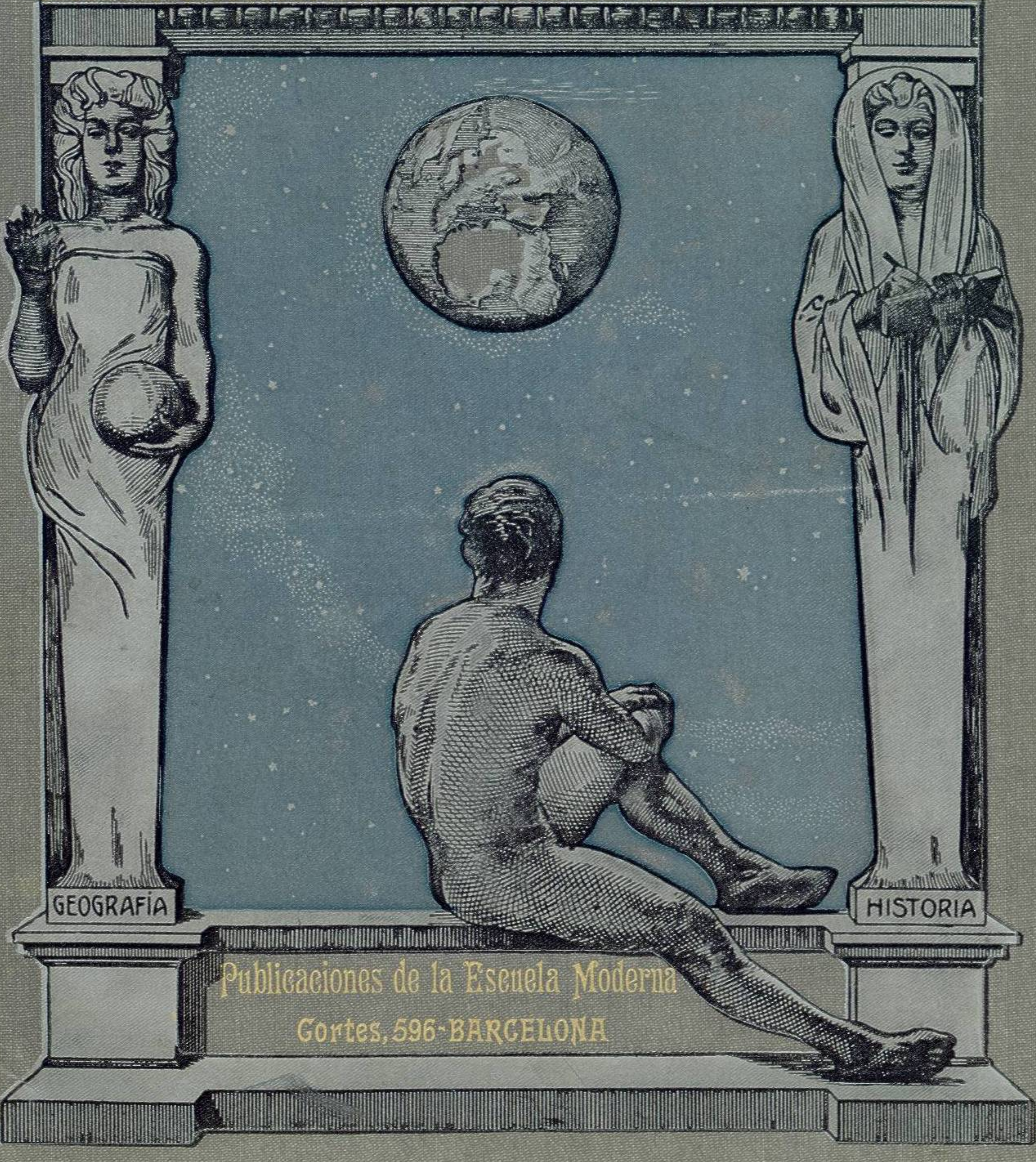
ELISEO RECLÚS

EL HOMBRE Y LA TIERRA



EL HOMBRE Y LA TIERRA

Tomo 5

EL HOMBRE Y LA TIERRA

Materias contenidas en el

TOMO I

LOS ANTEPASADOS — HISTORIA ANTIGUA

Orígenes. — Medios telúricos.
Trabajo. — Pueblos retrasados. — Familias, Clases, Pueblos.
Ritmo de la Historia. — Irania. — Caucasia. — Potamia.

TOMO II

Fenicia. — Palestina. — Egipto. — Libia. — Grecia.
Islas y costas helénicas. — Roma.

TOMO III

Oriente chino. — India. — Mundos lejanos.

HISTORIA MODERNA

Cristianos. — Bárbaros. — La segunda Roma.
Arabes y Bereberes. — Carlovingios y Normandos.
Caballeros y Cruzados.

TOMO IV

Municipios. — Monarquías. — Mongoles, Turcos, Tártaros
y Chinos. — Descubrimiento de la Tierra. — Renacimiento.
Reforma y Compañía de Jesús. — Colonias.
Rey Sol. — Siglo XVIII.

ELÍSEO RECLUS

EL HOMBRE Y LA TIERRA

VERSIÓN ESPAÑOLA POR A. LORENZO

BAJO LA REVISIÓN DE ODÓN DE BUEN

La Geografía es la Historia en el Espacio, lo mismo que la Historia es la Geografía en el Tiempo.

TOMO QUINTO

HISTORIA MODERNA

REVOLUCIÓN. – CONTRA-REVOLUCIÓN. – NACIONALIDADES.
NEGROS Y MUJIKS. – INTERNACIONALES.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

POBLACIÓN DE LA TIERRA. – REPARTO DE LOS HOMBRES.
LATINOS Y GERMANOS. – RUSOS Y ASIÁTICOS.



BARCELONA
ESCUELA MODERNA
596, – CALLE DE CORTES, – 596
1908

IMPRENTA ELZEVIRIANA
DE BORRÁS Y MESTRES
Rambla de Cataluña, 12
: : : BARCELONA : : :

HISTORIA MODERNA

(Continuación)

IMPRENTA ELZEVIRIANA
DE BORRÁS Y MESTRES
Rambla de Cataluña, 12
: : : BARCELONA : : :

HISTORIA MODERNA

(Continuación)

REVOLUCIÓN. — NOTICIA HISTÓRICA

Necker fué ministro de Hacienda de 1777 á 1781; De Calonne, de 1783 á 1787; Lomenie de Brienne, de Mayo de 1787 á Agosto de 1788; Necker, nombrado ministro por segunda vez, presidió entonces las elecciones.

1789. 5 de Mayo, apertura de los Estados generales; 17 de Junio, el Tercer Estado se constituye en Asamblea nacional; 20 de Junio, juramento del Juego de Pelota; 22 de Junio, una parte del clero se une al Tercer Estado; 23 de Junio, el rey anula las decisiones del Tercer Estado; el 27, se reunen los tres órdenes.

11 de Julio, destierro de Necker; 14 de Julio, toma de la Bastilla; 4 de Agosto, abandono de los privilegios.

1.º y 3 de Octubre, la reina da una comida á los guardias de corps; 5 y 6 de Octubre, salida de las mujeres de París, que traen de Versalles la familia real.

22 de Diciembre, división de Francia en departamentos; 29 de Diciembre, primera venta de bienes nacionales.

1790. 20 de Junio, abolición de los títulos, escudos de armas y libreas; 26 de Diciembre, decretos sobre la constitución civil del clero.

1791. 20 de Junio, detención de la familia real en Varennes; 17 de Julio, manifestación republicana diezmada en el Campo de Marte; 4 de Septiembre, la Legislativa reemplaza á la Asamblea constituyente.

Octubre-Noviembre, decretos contra los emigrados.

1792. 20 de Abril, declaración de guerra al Austria; 8 de Junio, formación de un campo revolucionario bajo París; 20 de Junio, el pueblo invade la Asamblea y el Palacio; 5 de Julio, «la Patria está en peligro»; 26 de Julio, manifiesto del duque de Brunswick.

10 de Agosto, el Palacio es tomado por asalto, el rey es conducido al Temple, se convoca la Convención.

24 de Agosto, toma de Longwy; 30 de Agosto, toma de Verdun; del 2 al 5 de Septiembre, matanzas en París; 20 de Septiembre, combate victorioso en Valmy.

21 de Septiembre, proclamación de la República por la Convención; 5 de Noviembre, victoria de Jemmapes.

6 de Noviembre, dictamen del Comité sobre el proceso de Luis XVI.

1793. 21 de Enero, ejecución de Luis XVI.

6 de Abril, formación del Comité de Salud pública; 31 de Mayo, los revolucionarios de París exigen la acusación de los Girondinos.

Septiembre, victoria de Hondschoote; 16 Octubre, victoria de Wattignies; 5 de Diciembre (15 Frimario, año II), la Convención se desembaraza de los Hebertistas, y en Abril de 1794, de los Dantonistas.

1794. 26 de Julio (9 Termidor, año II), caída de Robespierre.

1795. 20 de Marzo, derrota de los revolucionarios parisienses; 20 de Mayo, desarme de los arrabales.

5 de Octubre (13 Vendimiario, año III), sublevación realista en París, sofocada por el ejército; 26 de Octubre, el Directorio reemplaza á la Convención.

1796. Febrero á Agosto, conspiración y proceso de Babœuf.

14 de Abril, victoria de Montenotte, campaña de Italia.

1797. 4 de Septiembre (18 Fructidor, año V), el Directorio depura los Consejos de sus elementos realistas.

1798. 18 de Junio (30 Plarial, año VI), el Directorio es á su vez privado de varios de sus miembros.

1799. 9 de Noviembre (18 Brumario, año VII), golpe de Estado de Bonaparte.

He aquí los nombres de algunos hombres de diversos méritos, contemporáneos de la Revolución francesa.

Condorcet, nacido cerca de San Quintín, enciclopedista	1743-1794
Lavoisier, de París, químico	1743-1794
Goya y Lucientes, pintor aragonés	1746-1828
Gœthe (Wolfgang), poeta, de Francfort sobre el Mein.	1749-1832
Godwin (William), literato, nacido cerca de Cambridge	1756-1836
Burns (Robert), poeta escocés, nacido cerca de Ayr	1759-1796
Schiller (Friedrich), poeta, de Marbach	1759-1805
Cuvier (Georges), naturalista, de Montbeliard	1768-1832
Chateaubriand, literato, nacido en Saint-Malo	1768-1848
Humboldt (Alexander von), viajero, de Berlín.	1769-1859
Beethoven (Ludwig), de Bonn	1770-1827
Hegel, filósofo, de Stuttgart	1770-1831
Wordsworth, poeta, de Cumberland	1770-1850
Scott (Walter), novelista, de Edimburgo	1771-1832
Turner (John), pintor, de Devonshire	1775-1851



LA REVOLUCIÓN

La idea del ternario sagrado: Libertad, Igualdad, Fraternidad, se perdió pronto en los campos arrasados y en las ciudades tomadas por asalto.

CAPÍTULO XVI

Ideal de la Revolución. — La reina y el rey.
Ejército, clero, servidumbre. — Motines y rebeldías.
Convocatoria de los Estados Generales. — El Juego de Pelota.
La Bastilla. — El 4 de Agosto. — Los derechos del hombre.
Francia y Europa. — El Terror. — Babœuf.
Renovación de la ciencia. — Calendario. — Repercusión de la Revolución. — Países Bajos, Suiza, Italia.
Expedición de Egipto. — Santo Domingo.

El conjunto de los acontecimientos que ocurrieron en Francia al final del siglo XVIII y que recibió por antonomasia el nombre de «Revolución francesa», no podía elevar á plena realización más que las ideas completamente maduras. El ideal no se convierte en obras sino después de haberse hecho consciente, después de haber sido ardientemente querido, preparado, comprado

1793. 21 de Enero, ejecución de Luis XVI.

6 de Abril, formación del Comité de Salud pública; 31 de Mayo, los revolucionarios de París exigen la acusación de los Girondinos.

Septiembre, victoria de Hondschoote; 16 Octubre, victoria de Wattignies; 5 de Diciembre (15 Frimario, año II), la Convención se desembaraza de los Hebertistas, y en Abril de 1794, de los Dantonistas.

1794. 26 de Julio (9 Termidor, año II), caída de Robespierre.

1795. 20 de Marzo, derrota de los revolucionarios parisienses; 20 de Mayo, desarme de los arrabales.

5 de Octubre (13 Vendimiario, año III), sublevación realista en París, sofocada por el ejército; 26 de Octubre, el Directorio reemplaza á la Convención.

1796. Febrero á Agosto, conspiración y proceso de Babœuf.

14 de Abril, victoria de Montenotte, campaña de Italia.

1797. 4 de Septiembre (18 Fructidor, año V), el Directorio depura los Consejos de sus elementos realistas.

1798. 18 de Junio (30 Plarial, año VI), el Directorio es á su vez privado de varios de sus miembros.

1799. 9 de Noviembre (18 Brumario, año VII), golpe de Estado de Bonaparte.

He aquí los nombres de algunos hombres de diversos méritos, contemporáneos de la Revolución francesa.

CONDORCET, nacido cerca de San Quintín, enciclopedista	1743-1794
LAVOISIER, de París, químico	1743-1794
GOYA Y LUCIENTES, pintor aragonés	1746-1828
GŒTHE (Wolfgang), poeta, de Francfort sobre el Mein	1749-1832
GODWIN (William), literato, nacido cerca de Cambridge	1756-1836
BURNS (Robert), poeta escocés, nacido cerca de Ayr	1759-1796
SCHILLER (Friedrich), poeta, de Marbach	1759-1805
CUVIER (Georges), naturalista, de Montbeliard	1768-1832
CHATEAUBRIAND, literato, nacido en Saint-Malo	1768-1848
HUMBOLDT (Alexander von), viajero, de Berlín	1769-1859
BEETHOVEN (Ludwig), de Bonn	1770-1827
HEGEL, filósofo, de Stuttgart	1770-1831
WORDSWORTH, poeta, de Cumberland	1770-1850
SCOTT (Walter), novelista, de Edimburgo	1771-1832
TURNER (John), pintor, de Devonshire	1775-1851



LA REVOLUCIÓN

La idea del ternario sagrado: Libertad, Igualdad, Fraternidad, se perdió pronto en los campos arrasados y en las ciudades tomadas por asalto.

CAPÍTULO XVI

IDEAL DE LA REVOLUCIÓN. — LA REINA Y EL REY.
EJÉRCITO, CLERO, SERVIDUMBRE. — MOTINES Y REBELDÍAS.
CONVOCATORIA DE LOS ESTADOS GENERALES. — EL JUEGO DE PELOTA.
LA BASTILLA. — EL 4 DE AGOSTO. — LOS DERECHOS DEL HOMBRE.
FRANCIA Y EUROPA. — EL TERROR. — BABŒUF.
RENOVACIÓN DE LA CIENCIA. — CALENDARIO. — REPERCUSIÓN
DE LA REVOLUCIÓN. — PAÍSES BAJOS, SUIZA, ITALIA.
EXPEDICIÓN DE EGIPTO. — SANTO DOMINGO.

El conjunto de los acontecimientos que ocurrieron en Francia al final del siglo XVIII y que recibió por antonomasia el nombre de «Revolución francesa», no podía elevar á plena realización más que las ideas completamente maduras. El ideal no se convierte en obras sino después de haberse hecho consciente, después de haber sido ardientemente querido, preparado, comprado

por el sacrificio de numerosas víctimas voluntarias. Esto sentado, en ese mundo de sentimientos, de pensamientos y de imaginaciones que se agitó durante el siglo de la Enciclopedia, ¿cuál fué la dominante que se desprendió y tomó un carácter imperioso sin dejar subsistente la menor duda? Esta idea dominante está resumida en el famoso folleto de Sieyes *El Tercer Estado*, el «tercero», es decir, la burguesía, que es todo y, sin embargo, era considerada como nada. Hasta por definición, el Tercer Estado debía ser, aparte de la nobleza y del clero, el conjunto de la nación, lo mismo el pueblo de los campesinos y de los obreros, que las gentes instruídas ó ricas que sólo difieren de los nobles por la falta de un árbol genealógico en sus archivos de familia. Pero los que reivindicaron sus derechos de hombres, los que se llamaron con insistencia los iguales de los nobles y de los curas, fueron los burgueses propiamente dichos, los que constituyen la clase de los propietarios, de los jefes de industria y de los letrados.

No hay duda que la lamentable población de los pobres, los campesinos esquilmados por el impuesto y la gabela, los viejos que se arrastraban inclinados sobre el surco, los infelices demacrados en quienes el polvo mezclado con el sudor formaba concha, y que en tiempo de escasez comían pan de cortezas de árboles, todos esos míseros y hambrientos hubieran deseado que cambiara su situación si de ello hubieran tenido la menor esperanza; mas para ellos, como para el mujik ruso, «¡el cielo estaba demasiado alto!» El ideal del siglo XVIII que realizó la Revolución francesa está bien caracterizada por *Les Brigands*, de Schiller, drama representado por primera vez en 1782. Aquellos «bandidos» son burgueses enamorados de la justicia que enderezan los entuertos de los señores, del juez, del propietario; pero entre aquellos rebeldes sublevados por la iniquidad del siglo, no hay un solo obrero ni un campesino: Schiller no se había dado cuenta de que aquellos eran también, como los burgueses y los hijos de burgués, seres odiosamente explotados[1]: si se quejaban, nadie oía sus quejas.

De ese modo, la emancipación política de la parte del Tercer Estado que constituía la burguesía, ya querida, reivindicada por la

[1] Jean Jaurès; *Le Théâtre Social*.

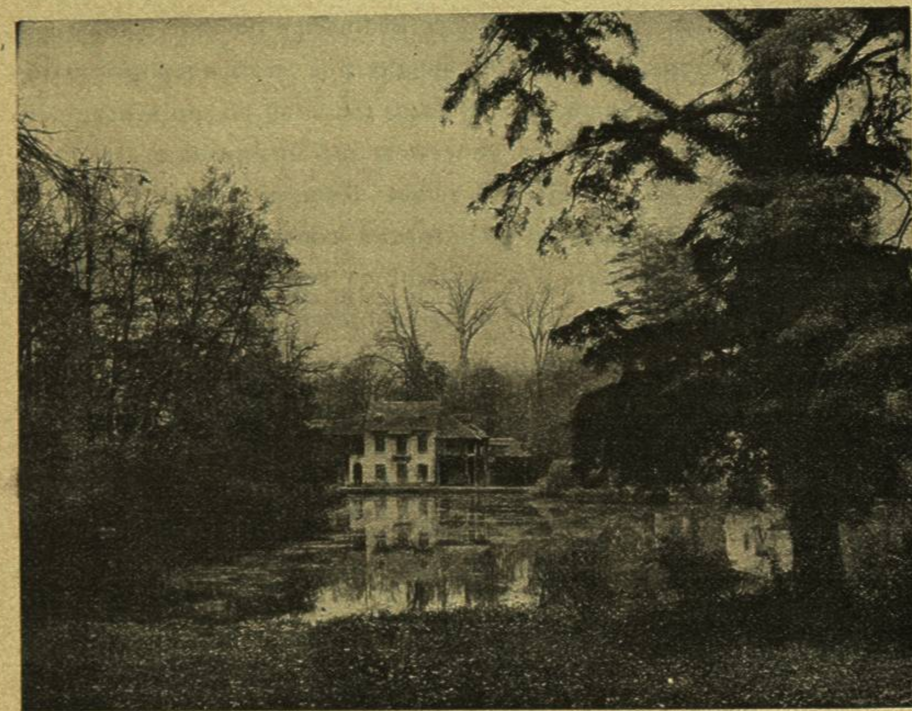
gran mayoría de los interesados, era inevitable: á este respecto, la revolución no tenía más que confirmar lo que la evolución de las inteligencias y de los intereses había realizado de una manera definitiva. ¿Pero eran republicanos aquellos burgueses que querían el reconocimiento de sus derechos adquiridos, y había de coincidir su triunfo con el de una forma política igualitaria? De ningún modo. Así como las colonias americanas, desprendiéndose de Inglaterra, se creían todavía fieles, leales y manifestaban con perfecta sinceridad su adhesión á la madre patria, así también Francia, al lanzarse á la gran aventura de rebeldía que había de terminar por la muerte violenta de los soberanos y la proclamación de la República, era con toda franqueza y entusiasmo completamente realista. La multitud no comprendía la existencia de una sociedad que no fuese gobernada por un rey, por un amo «bondadoso» ó «grande». Aparte de una minoría compuesta en su mayor parte de pensadores pertenecientes á la nobleza y á la alta burguesía, es decir, á las clases que disponían de tiempo suficiente y que podían darse cuenta personalmente de los actos y de la conducta de la corte, la masa de la nación no pedía más que precipitarse servilmente para llorar de emoción al paso de un rey. Durante los años más agitados que precedieron al «Ochenta y nueve», los hombres que después se distinguieron por el ardor con que combatieron los actos de la monarquía y que votaron sin vacilar la muerte de «Luis Capeto», tuvieron indudablemente por primer ideal un reino de grados jerárquicos, donde toda ley y toda gracia hubiera manado de un trono como de una fuente natural. Fué necesario que la impía lógica de los acontecimientos les impulsara y les forzara á hacerse republicanos. El cadalso levantado para el rey y la reina fué un accidente, el efecto de una desavenencia momentánea entre los autores principales del drama político, y cuando la historia adquirió su curso normal, produjo naturalmente la restauración de la monarquía.

Los hombres se despojan muy lentamente de sus preocupaciones hereditarias, y más de un siglo después de la Revolución — con este nombre llamada como si hubiera derribado todo — se observa ampliamente en Francia que el antiguo fondo monárquico subsiste todavía; la mayor parte de los supuestos ciudadanos no tienen la audacia de

serlo; piden amos que piensen y obren por ellos. Si el antiguo reino no se ha reconstituído, débese á que los candidatos de la dominación, comprendiendo en su número los tribunos del pueblo, son numerosos y se hacen guerra mutuamente. Y si se ha conservado la marca de la monarquía, otro tanto sucede con la de la Iglesia. Francia ha permanecido católica lo mismo que monárquica, y si bien no acepta ya los dogmas, continúa prendada de la autoridad, acata los actos de fuerza y acepta las opiniones hechas que le ofrecen los «pastores de los pueblos». Acerca de este punto la nación no cambia, ó, por mejor decir, se modifica muy lentamente por el desplazamiento del centro de gravedad de las altas clases hacia la clase media, de la nobleza y del clero hacia la burguesía, cada vez más numerosa y consciente de su inteligencia y de su fuerza.

En los últimos años de su existencia pre-revolucionaria, la monarquía careció completamente de prudencia, de espíritu de continuidad y de constancia. Diríase que, atacada de locura, se complacía en las aventuras y en las imprudencias para apresurar el día de su ruina. María Antonieta, que sólo se había hecho francesa para el triunfo de las representaciones fastuosas, para la alegría de las fiestas y el entretenimiento de las intrigas, permaneció princesa austriaca para los intereses de su casa, y declaradamente se hacía el agente de su madre María Teresa y luego de su hermano José II; sus ingerencias políticas la dejaban siempre en descubierto, y sus locos desatinos, sus amistades comprometedoras y por último el vergonzoso asunto del «Collar», que la puso en evidencia recibiendo alhajas de manos deshonradas, todas esas cosas la retenían en primer término expuesta á la malévola atención del París rebelde. En cuanto al rey, hombre de buena pasta, de voluntad nula y de grandes preocupaciones, se dejaba llevar á todas las incoherencias y á todas las contradicciones de los diversos políticos que le impulsaban sucesivamente, unas veces como rey de Francia, otras como marido de la «Austriaca», como filántropo de corazón sensible, y luego como gentilhombre, religioso observador de todos los viejos abusos. Por lo demás, la esencia de la monarquía no es el poder, sino el capricho. El príncipe debe sentirse superior á todo derecho, á toda regla,

para creerse verdaderamente el amo. «La esencia y la vida del gobierno, dice Michelet, eran las disposiciones arbitrarias». Hasta cuando el rey no lo era más que de nombre, después de la toma de la Bastilla, en Febrero de 1790, todavía conservaba su privilegio de hacer encerrar á quien quisiera[1].



EL PEQUEÑO TRIANÓN, DONDE MARÍA ANTONIETA JUGABA Á LA CAMPESINA

Hasta el año 1788 se aplicó el tormento en toda su ferocidad por orden del rey de Francia. La «cuestión» que, bajo tantas formas, es todavía de uso corriente ante los tribunales civiles y militares, se consideraba como un deber social. Luis XVI aceptó en 1780 la dedicatoria de una *Apología del tormento,* escrita por un parlamentario de Aix, Muyart de Vouglans, con aprobación especial del papa Pío VI.

No sólo procuraba el rey conservar las instituciones del pasado, sino que hasta las agravaba en diversas circunstancias. En 1781 impidió á los que no eran nobles todo adelanto en la carrera de las

[1] *Histoire de France*, vol. XVII, p. 337.

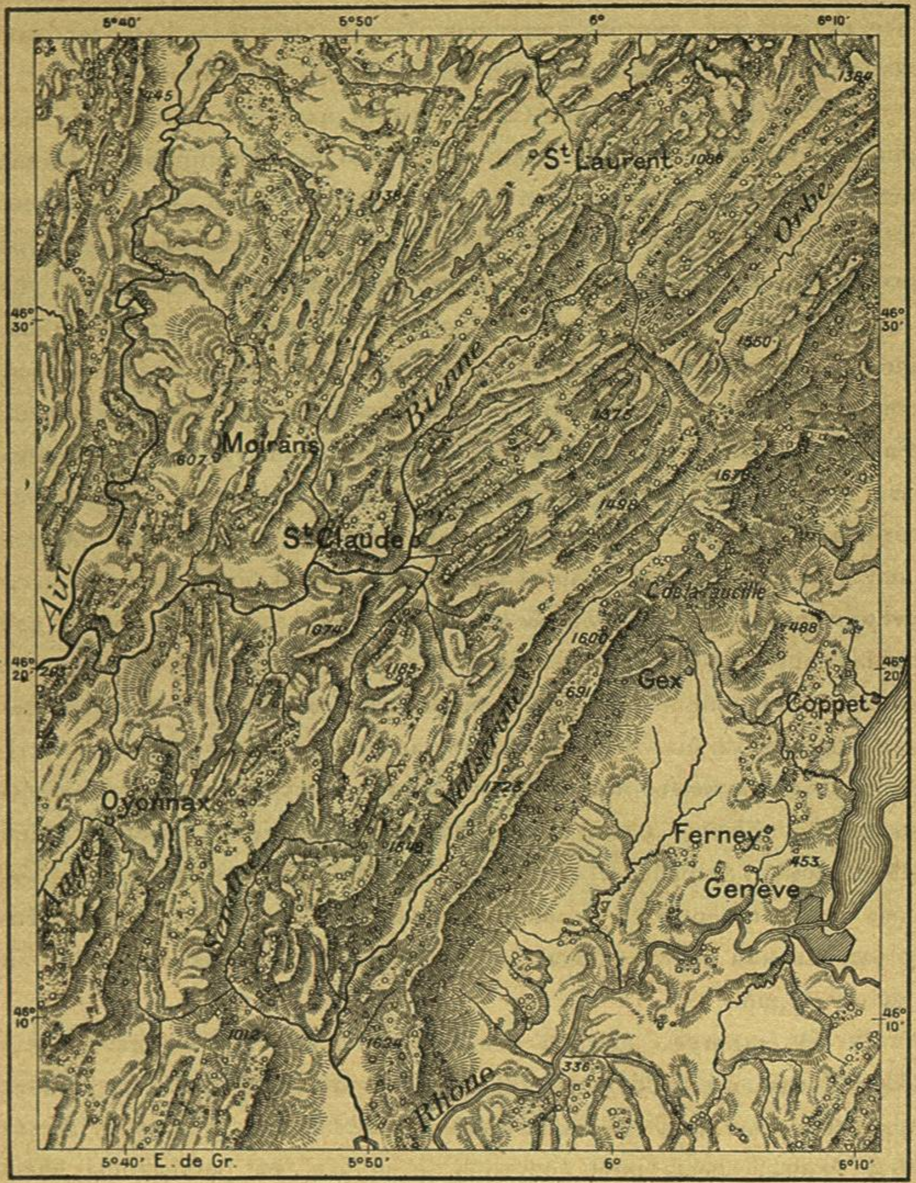
armas, no concediendo el grado de oficial más que á los hidalgos que tuvieran á lo menos cuatro grados de nobleza paterna, y no dando el título de oficial general sino á los personajes admitidos á montar en sus carrozas reales [1]. Por cierto que esa fué una de las causas que hicieron al ejército tan poco animoso en la defensa de la monarquía cuando llegaron los días de prueba. Todos se envidiaban recíprocamente: los cuerpos de tropas ordinarias odiaban á los regimientos privilegiados, los oficiales subalternos eran enemigos naturales de sus superiores inmediatos, y éstos tenían el mismo sentimiento de odio espontáneo contra los generales que encontraban su nombramiento en la cuna. El ejército estaba desorganizado de antemano cuando los acontecimientos le pusieron en contacto con el pueblo: se le vió disolverse delante de los motines sin luchar siquiera; las tropas lanzadas contra la multitud fraternizaban con ella.

Si los prelados de la Iglesia solían burlarse de las cosas santas, trataban muy en serio las cuestiones de los bienes temporales, y la resistencia tenaz del clero á toda medida que pudiera tender á igualar el impuesto, puede considerarse como la causa principal del déficit que arruinó á Francia y puso el reino á merced del pueblo. La Iglesia se sometió á participar en algo á los gastos generales, pero no desembolsaba contribución anual sino á título de donativo gracioso al rey; á lo sumo permitía contratar ciertos empréstitos sobre sus tierras, lo que no le costaba nada. Ya á la mitad del siglo, el proyecto que se tuvo de evaluar todos los bienes — una cuarta parte del territorio francés (A. Debidour), — fué rechazado como un sacrilegio, porque así se hubiera descubierto la riqueza del clero y comprobado oficialmente lo que ya se sabía de una manera general: el monopolio de un valor de cuatro mil millones en tierras, libres de todo impuesto, en un país donde el labrador sucumbía bajo el diezmo, las tasas y el servicio personal.

Constituye uno de los hechos más instructivos de este período final del antiguo régimen, la conservación de la servidumbre en los territorios pertenecientes á la abadía de Saint-Claude, comprendiendo, además de la ciudad, las doce parroquias de sus suburbios, las quince

[1] Michelet, *Histoire de France*, vol. XVII, p. 358.

N.° 427. Saint-Claude y Ferney.



1 : 400 000

0 5 10 20 Kil.

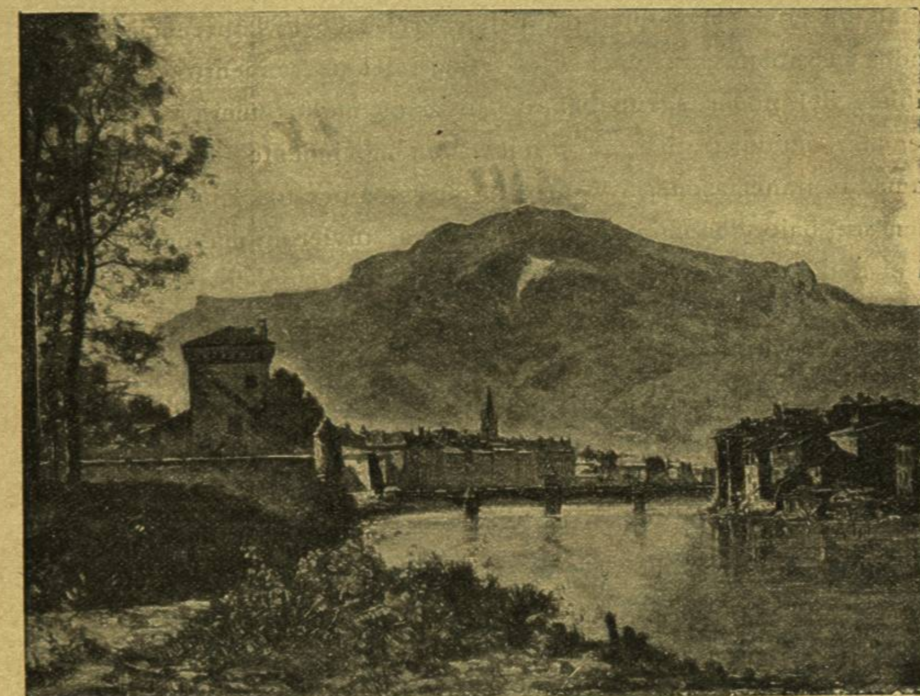
villas de la baronía de Moirans y las cinco del prebostazgo de Saint-Laurent-Grandvaux. Del mismo modo la nobleza, comprendiendo en esta clasificación los ricos ennoblecidos, se había declarado defensora de la esclavitud de los negros en las Antillas, y el clero veía

el más santo de los deberes en la conservación de su propiedad de siervos blancos, que las herencias, las confiscaciones, las intrigas, las captaciones le habían valido en los siglos anteriores.

Los religiosos de Saint-Claude, en número de veinticuatro, dependían directamente del papa, con título de canónigos, y usaban ornamentos que les asimilaban á los obispos. Frailes escogidos, esos altos personajes eran también la flor de la nobleza, puesto que no podían entrar en la comunidad sino á condición de ser nobles «de cuatro razas», á la vez del lado paterno y materno: representaban, pues, la elección de los escogidos entre los privilegiados de Francia, y como tales habían de sostener el combate por los intereses de su casta. En 1770, cuando los siervos «invendibles de cuerpos y de bienes» que poseían los canónigos de Saint-Claude dirigieron una humilde súplica al rey, la opinión pública se apasionó por aquellos desgraciados: un abogado de Saint-Claude, Christin, defendió su causa con vehemencia; después Voltaire aportó á ella aquella elocuencia que había puesto al servicio de Calas, y removió de nuevo Francia y el mundo, pero todo fué inútil: apoyados sobre el parlamento de Besançon, algunos de cuyos miembros tenían también siervos en sus territorios, los monjes-señores de Saint-Claude se sostuvieron firmes contra su propio obispo, contra el rey y contra la opinión; hasta en plena Revolución, después de la toma de la Bastilla, conservaron sus siervos, comprendiendo en aquella servidumbre los colonos extranjeros á quienes una suerte funesta había obligado á residir un año y un día en el país.

Y sin embargo, ¡aquella Francia donde las supervivencias de la Edad Media eran todavía tan poderosas y numerosas, se creía madura para constituir una sociedad ideal de ciudadanos iguales y libres! Para guiarla hacia aquel porvenir, se volvía con persistencia hacia el rey, quien, por su parte, se hallaba en la cruel duda de la elección de sus ministros, y, según el impulso que sufría, los tomaba alternativamente entre los adversarios ó los amigos de la corte. Después del enorme derroche de dinero que siguió á la caída de Turgot, Luis XVI llamó al protestante extranjero Necker, aunque por su mismo culto estuviese, por decirlo así, fuera de la ley aquel famoso banquero. Necker, que quería agradar á la opinión y conquistar la

popularidad, logró su objeto, sacrificando su fortuna, suprimiendo pensiones y prebendas, absteniéndose de aumentar los impuestos y hasta estableciendo tribunales provinciales para comprobar su administración. Aquello era hermoso en demasía, y la corte tuvo la bajeza de exigir de él, en recompensa de sus esfuerzos, que «abjurase



Cl. P. Sellier.

GRENOBLE EN LA ÉPOCA DE LA REVOLUCIÓN

solemnemente los errores de Calvino». Había encontrado dinero para sus empréstitos y se creía no tener ya necesidad de él (1781).

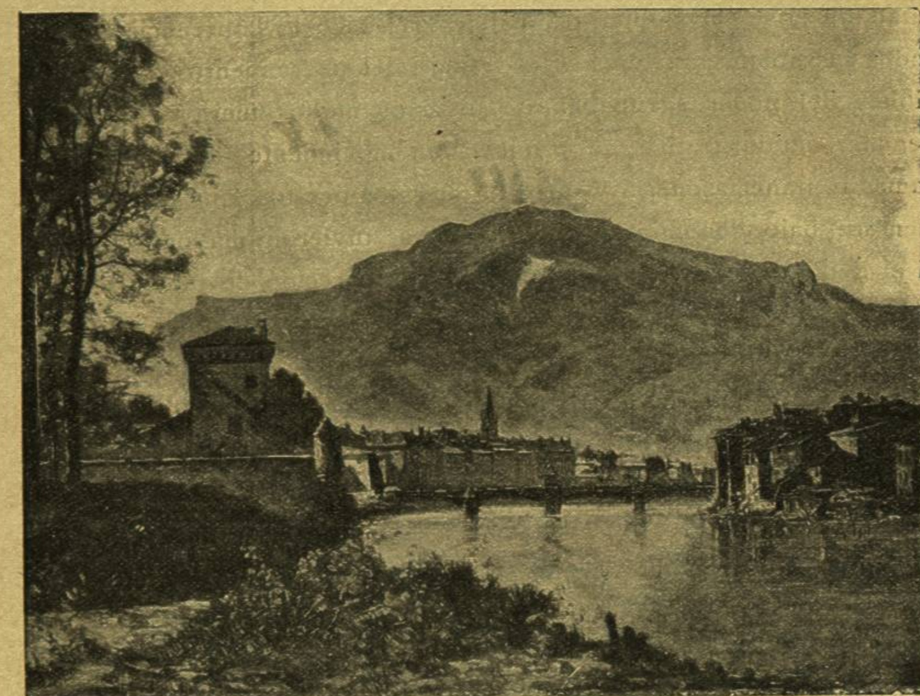
Se había ensayado la economía; con Calonne se iba á ensayar la prodigalidad. Puesto que la riqueza se mide con los gastos, pareció que no se podía gastar mucho: no obstante, Calonne arrojó millones sin contar, comprando palacios para el rey, para la reina, distribuyendo los regalos, las pensiones, los beneficios. Tan extrañas fueron las generosidades de aquel singular ministro de Hacienda, que algunos historiadores han creído ver en este personaje un revolucionario disfrazado que perpetraba todas aquellas locuras para preparar la catástrofe. «Siendo necesaria la reforma de la monarquía,

el más santo de los deberes en la conservación de su propiedad de siervos blancos, que las herencias, las confiscaciones, las intrigas, las captaciones le habían valido en los siglos anteriores.

Los religiosos de Saint-Claude, en número de veinticuatro, dependían directamente del papa, con título de canónigos, y usaban ornamentos que les asimilaban á los obispos. Frailes escogidos, esos altos personajes eran también la flor de la nobleza, puesto que no podían entrar en la comunidad sino á condición de ser nobles «de cuatro razas», á la vez del lado paterno y materno: representaban, pues, la elección de los escogidos entre los privilegiados de Francia, y como tales habían de sostener el combate por los intereses de su casta. En 1770, cuando los siervos «invendibles de cuerpos y de bienes» que poseían los canónigos de Saint-Claude dirigieron una humilde súplica al rey, la opinión pública se apasionó por aquellos desgraciados: un abogado de Saint-Claude, Christin, defendió su causa con vehemencia; después Voltaire aportó á ella aquella elocuencia que había puesto al servicio de Calas, y removió de nuevo Francia y el mundo, pero todo fué inútil: apoyados sobre el parlamento de Besançon, algunos de cuyos miembros tenían también siervos en sus territorios, los monjes-señores de Saint-Claude se sostuvieron firmes contra su propio obispo, contra el rey y contra la opinión; hasta en plena Revolución, después de la toma de la Bastilla, conservaron sus siervos, comprendiendo en aquella servidumbre los colonos extranjeros á quienes una suerte funesta había obligado á residir un año y un día en el país.

Y sin embargo, ¡aquella Francia donde las supervivencias de la Edad Media eran todavía tan poderosas y numerosas, se creía madura para constituir una sociedad ideal de ciudadanos iguales y libres! Para guiarla hacia aquel porvenir, se volvía con persistencia hacia el rey, quien, por su parte, se hallaba en la cruel duda de la elección de sus ministros, y, según el impulso que sufría, los tomaba alternativamente entre los adversarios ó los amigos de la corte. Después del enorme derroche de dinero que siguió á la caída de Turgot, Luis XVI llamó al protestante extranjero Necker, aunque por su mismo culto estuviese, por decirlo así, fuera de la ley aquel famoso banquero. Necker, que quería agradar á la opinión y conquistar la

popularidad, logró su objeto, sacrificando su fortuna, suprimiendo pensiones y prebendas, absteniéndose de aumentar los impuestos y hasta estableciendo tribunales provinciales para comprobar su administración. Aquello era hermoso en demasía, y la corte tuvo la bajeza de exigir de él, en recompensa de sus esfuerzos, que «abjurase



Cl. P. Sellier.

GRENOBLE EN LA ÉPOCA DE LA REVOLUCIÓN

solemnemente los errores de Calvino». Había encontrado dinero para sus empréstitos y se creía no tener ya necesidad de él (1781).

Se había ensayado la economía; con Calonne se iba á ensayar la prodigalidad. Puesto que la riqueza se mide con los gastos, pareció que no se podía gastar mucho: no obstante, Calonne arrojó millones sin contar, comprando palacios para el rey, para la reina, distribuyendo los regalos, las pensiones, los beneficios. Tan extrañas fueron las generosidades de aquel singular ministro de Hacienda, que algunos historiadores han creído ver en este personaje un revolucionario disfrazado que perpetraba todas aquellas locuras para preparar la catástrofe. «Siendo necesaria la reforma de la monarquía,

había que determinar los grandes cuerpos á consentirla, casi á desearla, y para esto, era preciso hacerse su cómplice, distribuirles con magnificencia y gracia los restos del tesoro, seducirles, hartarles y conducirles riendo hasta el borde del abismo» [1].

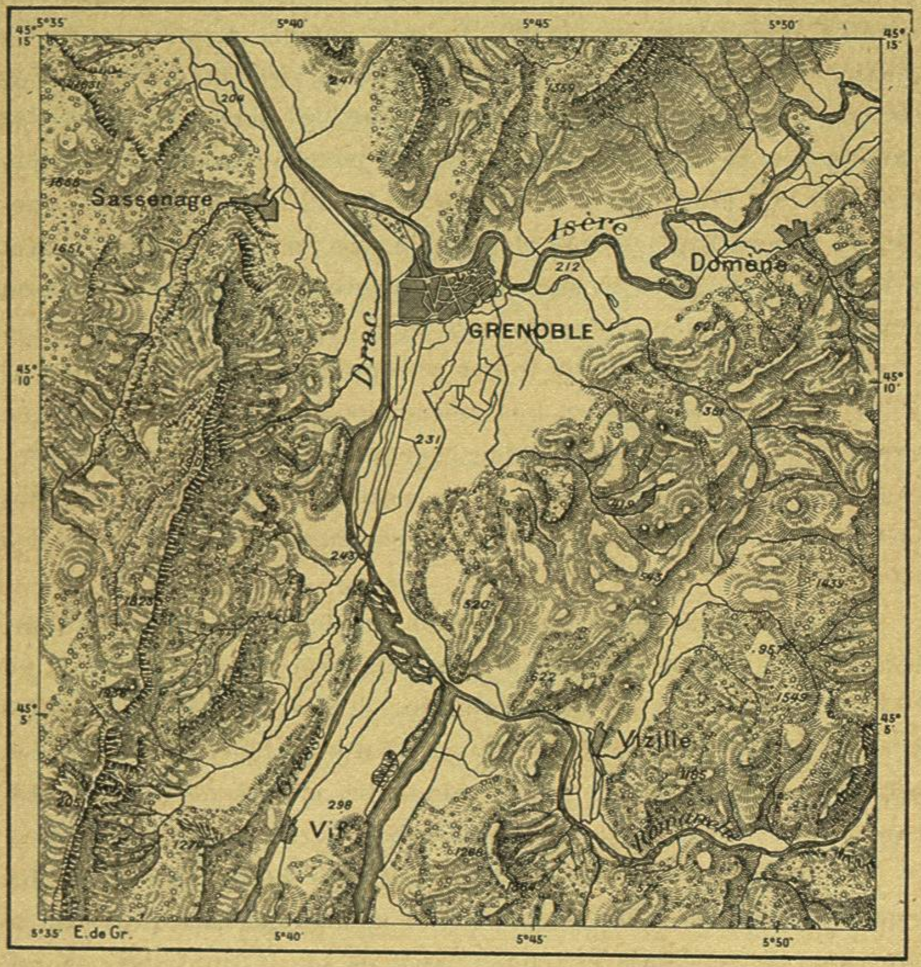
De tal modo parecía inevitable la ruina próxima del gobierno, que ya bajo el mundo oficial, en las sociedades secretas, se constituían muchos otros gobiernos, dispuestos á recoger la herencia. Entre todos los hombres á quienes el trabajo del pensamiento y las ambiciones del poder agrupaban de diversos modos fuera de la intervención administrativa, se producía un movimiento de vida intensa. Jamás la francmasonería y otros organismos ocultos, que han existido siempre bajo denominaciones diferentes, tuvieron mayor actividad: si el Estado con su jerarquía hubiera desaparecido de repente, inmediatamente se hubiera hallado un nuevo personal acostumbrado á las deliberaciones y á los discursos por una gran práctica en los conciliábulos clandestinos. El duque de Orleans, como jefe de la masonería, ensayaba ya el papel de monarca burgués que la «segunda rama» había de ejercer efectivamente en el siglo XIX. Casi todos los personajes que se hicieron famosos durante las grandes jornadas de la Revolución habían hecho su noviciado de hombres políticos en las logias de las sociedades secretas, y también en el misterio se formuló el «ternario sagrado», las tres palabras: Libertad, Igualdad, Fraternidad, escogidas después como símbolo de la República, admirable divisa tan lejana todavía de llegar á la realidad.

La parte de las diversas fracciones geográficas de Francia en el conjunto de la obra revolucionaria fué muy desigual: en un vasto territorio no todos los campos se parecen en fecundidad; los hay que no producen nada. Hubo provincias enteras que atravesaron el período dramático de los acontecimientos sin tomar en ellos carácter activo. El mediodía albigense y tolosano, particularmente, de tal modo había sido privado de fuerza y de savia vital en la época de su sangrienta persecución por las hordas feudales del Norte, que apenas tuvieron un poco de vigor y de energía que poner al servicio de las libertades públicas.

[1] Louis Blanc, *Histoire de la Révolution française*, 2.ª edición. Tomo II, p. 151.

En otras provincias, por el contrario, especialmente en el este del reino, los motines populares formaron un prólogo á la toma de la Bastilla y adquirieron una importancia especialísima por su número

N.º 428. Grenoble y Vizille.



1 : 200000
0 1 5 10 Kil.

y su incesante repetición. La insubordinación creciente de los «indocumentados, refractarios y contrabandistas salineros», señalada por las autoridades de Besançon entre otras, desde 1788, los actos de bandidaje igualitario que hicieron tan popular entre las clases bajas el nombre de Mandrin, los folletos irrespetuosos que circulaban por todas partes, los mercados saqueados, los panaderos ahorcados, los

palacios señoriales entregados á las llamas, los archivos y los pergaminos reducidos á cenizas — «las escrituras malditas que en todas partes hacen deudores y oprimidos» [1] —, todos esos hechos locales fueron olvidados en la amplitud del movimiento de que fueron á la vez el prefacio y uno de los principales factores. Y estos movimientos económicos no cesaron lo más mínimo al aproximarse la reunión de los Estados Generales — como lo atestigua el saqueo de las casas Reveillon y Henriot en 27 y 28 de Abril en París —, ni durante los años que siguieron; puede citarse también la rebelión tardía de los campesinos del cantón de Vaud, en 1802, los *Bourla-Papey*, Quema-Papeles, que al grito de «Paz á los hombres, guerra á los papeles», hicieron hogueras de montones de papel y tomaron posesión de las tierras disputadas [2].

Esta Jacquería obró sin tregua y constituyó una especie de base á las brillantes variaciones que ejecutaban en París las fuerzas que se hallaban en pugna; fué indudablemente influída por los acontecimientos de la capital, pero no es posible la explicación de éstos más que conociendo el apoyo que le prestaban las masas populares en los campos.

En cuanto á la parte que tomó en provincias la burguesía francesa, todavía inconsciente de lo que la diferenciaba del pueblo [3], en la obra preparatoria de la Revolución, se concentró en dos puntos vitales, Rennes y Grenoble. Esas capitales pertenecían á unas comarcas que eran las que menos sufrían los efectos de la centralización despótica del reino [4], y conservaban de ese modo una especie de virginidad. En virtud de las tradiciones hereditarias y de los convenios especiales estipulados con la monarquía, cada provincia se distinguía de las demás por algún rasgo de sus instituciones: así fué como Bretaña, fidelísima á su pasado, tenía todavía un parlamento que no era una simple asamblea de lacayos y de escribas, sino un cuerpo deliberante, tan orgulloso de sus prerrogativas como si el antiguo ducado fuera todavía un país libre y la unión con el reino limítrofe hubiera sido puramente voluntaria, resultando que cuando

[1] Citado por Taine, *Les Origines de la France Contemporaine*.
[2] Eug. Mottaz, *Les Bourla-Papey et la révolution Vaudoise*.
[3] Michel Bakounine, *Nota manuscrita*.
[4] Michelet, *Histoire de France*, vol. XVII, p. 419.

la corte rompió la resistencia del parlamento de París, vió levantarse en rebeldía el parlamento de Rennes, y fué preciso poner sitio á su palacio, detener á los manifestantes, enviando algunos á la Bastilla, á pesar de sus privilegios aristocráticos.

Lo ocurrido en Grenoble fué más grave: allí el parlamento tenía el pueblo consigo, y aquel pueblo tomó la iniciativa de la resistencia. El Delfinado no tenía, como Bretaña, el recuerdo de la independencia política, tenía algo que valía más: la práctica de las libertades positivas. Las regiones altas de la provincia, próximas á las nieves, que sólo comunican con los valles bajos por sendas difíciles, fueron abandonadas á sí mismas por administradores indolentes; se gobernaban como repúblicas autónomas, según sus costumbres, y se repartían el impuesto, siempre pagado escrupulosamente, aunque sin las condiciones exigidas por el capricho real. De ahí surgió un espíritu de digna resolución y de voluntad tenaz, del que participaban hasta los parlamentarios, á pesar de haberse pervertido por la práctica del embrollo.

Cuando llegó á Grenoble la orden de destierro de aquellos magistrados, la ciudad se sublevó en su honor. Aunque contrariando algo á los mismos interesados, se les acompañó en procesión triunfal, acentuando las manifestaciones de triunfo las mujeres del pueblo, que primeramente cubrieron su tránsito de flores, y después, amenazando con palos, se volvieron contra la tropa, abofetearon á los jefes, rodearon á los soldados, los inmovilizaron, los dispersaron, se apoderaron de las puertas de la ciudad y tocaron á rebato para llamar á los campesinos de las inmediaciones. Aquello era una revolución: las órdenes de la corte fueron formalmente desobedecidas, y los delegados de los tres órdenes se reunieron por su plena iniciativa en el palacio de Vizille, inmediato á la tumultuosa Romanche (21 de Julio de 1788). Sintiéndose representantes de Francia y no solamente del Delfinado, decidieron, en una larga sesión de veinte horas, que en lo sucesivo no se pagarían ya los impuestos á la simple demanda del rey, sino solamente por la voluntad del pueblo transmitida por los Estados Generales. De todas partes tenían los ojos fijos sobre los diputados delfineses y se les excitaba á la lucha; los soldados no osaban atacarles, unos porque eran del pueblo, otros

porque, ante el poder de la opinión pública, no sabían ya quiénes eran los verdaderos amos. Los diputados se dispersaron, pero la convocatoria de los Estados había quedado inevitable, y hasta con preponderancia del Tercero, es decir, de la burguesía francesa.

Precisamente un ministerio de combate, de pura violencia, el de Lomenie de Brienne, presentado por la reina como la expresión directa de su voluntad, fué el que, impulsado por la fuerza de las cosas, hubo de convocar los Estados, subordinando positivamente el rey á la nación. Este hombre provocativo despidió á los nobles para manifestar en qué desprecio tenía todo lo que no estaba sujeto á la domesticidad del rey, y luego, como por alarde, ofendió en su amor propio á todos aquellos pobres parlamentos de París y de provincias, que apenas pedían más que las apariencias exteriores en el respeto de sus antiguos privilegios. Por último, como por mofa de la representación nacional, instituyó un «tribunal pleno», compuesto de príncipes de la sangre y de los cortesanos inmediatos. A pesar de todo, cuando la caja se halló vacía, completamente vacía, fué necesario que Brienne se retirara y sometiese al rey á la humillación de llamar nuevamente á Necker, su enemigo personal, quien comenzó por sostener desdeñosamente el reino de Francia con su propia fortuna y con su crédito. Los Estados Generales iban á reunirse. La burguesía había triunfado: la nobleza, el clero y el rey pasaban á segundo término.

El movimiento de las elecciones tomó un carácter de grandeza épica, debido, no sólo á la importancia de los acontecimientos, sino también á los peligros inmediatos de la situación: Francia tenía hambre. El frío del invierno y la mala cosecha del año anterior habían triplicado la miseria; la mortalidad, agravada en muchos puntos por los motines, había aumentado extraordinariamente, y, á pesar de tantos males, el pueblo permanecía sostenido por la esperanza en tiempos nuevos y mejores. El voto, recogido en cada provincia según sus diferentes costumbres, fué casi universal, á excepción de París, ciudad siempre tratada inicuamente, donde el ejercicio del sufragio estaba sujeto á condiciones de censo. En provincias votaron todos, á excepción de los domésticos: unos cinco millones de hombres, hecho único en la historia del mundo, tomaron parte en la

gran consulta nacional, y los delegados partieron para Versalles llevando los «cuadernos» en que se consignaban las quejas, los votos, los acuerdos y las esperanzas del pueblo. Aunque muy moderados en la forma, los cuadernos del Tercero eran unánimes en sus reivindicaciones de justicia y de igualdad, pero atestiguaban una fe monárquica muy sincera, afectuosa y respetuosa; se mostraban también



De una estampa de la época.

LA TOMA DE LA BASTILLA

poseídos de veneración por el cristianismo bajo su forma católica, y, si reclamaban la libertad de conciencia, no pedían la libertad de cultos [1]. En cuanto á los nobles y á los sacerdotes, procuraban también disminuir la carga que había de pesar sobre su propia casta y echarla sobre la casta rival. Los nobles pedían la abolición de los diezmos, el cierre de los conventos y la venta parcial de los bienes eclesiásticos. El clero, por su parte, pedía la supresión de los privilegios del noble y, á cambio de una parte de sus tierras,

[1] Ch. L. Chassin, *Génie de la Révolution.*

reclamaba lo que reclama siempre: la educación de la infancia, el alma de las generaciones futuras [1].

Los Estados se reunieron el 5 de Mayo de 1789, fecha grande, considerada históricamente como el principio de una era nueva, la de la dominación burguesa en la Europa occidental. En un principio hubo movimiento sin avance: los órdenes, nobleza, clero y tercero, permaneciendo separados en sus respectivas salas de deliberaciones, sólo se ocuparon, en un lado, de conservar los privilegios, en otro, de suprimirlos; pero la asamblea del Tercero, impulsada por todo el movimiento del siglo, tuvo las grandes iniciativas: se constituyó en «Asamblea nacional» é intimó á los otros dos Estados á unírsele en la sala de las deliberaciones. Los curas, que se sentían pueblo por la pobreza y á quienes irritaba el aislamiento de sus colegas, fueron los primeros en obedecer, en un principio aisladamente los prelados, después en masa. La corte, que todavía poseía la fuerza bruta, se imaginó que tenía también la fuerza moral y que la Asamblea no tendría el valor de reunirse si un piquete de soldados les impedía la entrada, pero ya los representantes del pueblo, por realistas que fueran, se habían convertido en republicanos sin saberlo, y, echados de una sala, se lanzaron á otra, la sala famosa del Juego de pelota, para hacer allí, en un arranque de entusiasmo y por unanimidad, el juramento de «no separarse jamás». El rey en persona vino para ordenar á los diputados que se dispersaran y esperasen su buena voluntad. Y fué entonces cuando Mirabeau lanzó al maestro de ceremonias el famoso apóstrofe: «¡Decid á los que os envían, que nosotros estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no se nos arrancará sino por el poder de las bayonetas!»

París venía ya á sostener la Asamblea, sin cuyo auxilio ésta hubiera probablemente cedido, después de previas prisiones ó matanzas. Se atacó una cárcel para libertar los cautivos, se quemaron las casillas de consumos y se apoderó el pueblo de armas y municiones; los soldados de la guardia francesa, casi todos Parisienses, se mezclaron

[1] Michelet, *Histoire de France*, XVII, ps. 463, 464.

con el pueblo; el regimiento de Chateauvieux, compuesto de Suizos vaudenses de lengua romanda, sintiéndose francés de costumbres y de tendencias, se negó á tirar sobre la multitud; se organizaron las milicias, tanto más ardientes para la lucha, cuanto que estaban rodeadas de tropas extranjeras, Alemanes, Suizos, Croatas, Húngaros, soldadesca cuyo lenguaje ni siquiera se entendía.



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

DE LAUNAY

gobernador de la Bastilla, conducido al Hotel de Ville, donde no llegó con vida.

Y de repente, á pesar de jefes y consejeros, contra todo buen sentido y arrastrado por una fe ciega, por instinto unánime, el pueblo se precipitó ciegamente contra el bloc enorme de la Bastilla, contra el negro cubo de piedra á cuya sombra la ciudad se agitaba impotente, y la fortaleza, que hubiera podido defenderse por su sola masa, acabó por abrir sus puertas é hizo caer su puente levadizo, porque sus mismos defensores sintieron que había llegado el gran día: la Bastilla se entregó «por mala conciencia» [1], la voluntad colectiva de París le había hipnotizado.

La rendición de la Bastilla fué un acontecimiento capital que hizo temblar á los reyes, entusiasmó á los pueblos y tomó un sentido

[1] Michelet, *Histoire de la Révolution Française*, I, p. 203, edición de 1877.

reclamaba lo que reclama siempre: la educación de la infancia, el alma de las generaciones futuras [1].

Los Estados se reunieron el 5 de Mayo de 1789, fecha grande, considerada históricamente como el principio de una era nueva, la de la dominación burguesa en la Europa occidental. En un principio hubo movimiento sin avance: los órdenes, nobleza, clero y tercero, permaneciendo separados en sus respectivas salas de deliberaciones, sólo se ocuparon, en un lado, de conservar los privilegios, en otro, de suprimirlos; pero la asamblea del Tercero, impulsada por todo el movimiento del siglo, tuvo las grandes iniciativas: se constituyó en «Asamblea nacional» é intimó á los otros dos Estados á unírsele en la sala de las deliberaciones. Los curas, que se sentían pueblo por la pobreza y á quienes irritaba el aislamiento de sus colegas, fueron los primeros en obedecer, en un principio aisladamente los prelados, después en masa. La corte, que todavía poseía la fuerza bruta, se imaginó que tenía también la fuerza moral y que la Asamblea no tendría el valor de reunirse si un piquete de soldados les impedía la entrada, pero ya los representantes del pueblo, por realistas que fueran, se habían convertido en republicanos sin saberlo, y, echados de una sala, se lanzaron á otra, la sala famosa del Juego de pelota, para hacer allí, en un arranque de entusiasmo y por unanimidad, el juramento de «no separarse jamás». El rey en persona vino para ordenar á los diputados que se dispersaran y esperasen su buena voluntad. Y fué entonces cuando Mirabeau lanzó al maestro de ceremonias el famoso apóstrofe: «¡Decid á los que os envían, que nosotros estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no se nos arrancará sino por el poder de las bayonetas!»

París venía ya á sostener la Asamblea, sin cuyo auxilio ésta hubiera probablemente cedido, después de previas prisiones ó matanzas. Se atacó una cárcel para libertar los cautivos, se quemaron las casillas de consumos y se apoderó el pueblo de armas y municiones; los soldados de la guardia francesa, casi todos Parisienses, se mezclaron

[1] Michelet, *Histoire de France*, XVII, ps. 463, 464.

con el pueblo; el regimiento de Chateauvieux, compuesto de Suizos vaudenses de lengua romanda, sintiéndose francés de costumbres y de tendencias, se negó á tirar sobre la multitud; se organizaron las milicias, tanto más ardientes para la lucha, cuanto que estaban rodeadas de tropas extranjeras, Alemanes, Suizos, Croatas, Húngaros, soldadesca cuyo lenguaje ni siquiera se entendía.



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

DE LAUNAY

gobernador de la Bastilla, conducido al Hotel de Ville, donde no llegó con vida.

Y de repente, á pesar de jefes y consejeros, contra todo buen sentido y arrastrado por una fe ciega, por instinto unánime, el pueblo se precipitó ciegamente contra el bloc enorme de la Bastilla, contra el negro cubo de piedra á cuya sombra la ciudad se agitaba impotente, y la fortaleza, que hubiera podido defenderse por su sola masa, acabó por abrir sus puertas é hizo caer su puente levadizo, porque sus mismos defensores sintieron que había llegado el gran día: la Bastilla se entregó «por mala conciencia» [1], la voluntad colectiva de París le había hipnotizado.

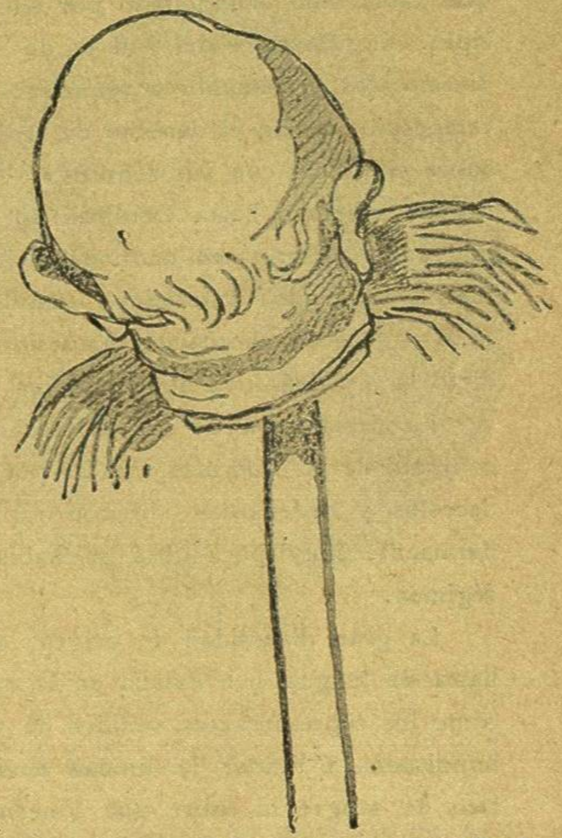
La rendición de la Bastilla fué un acontecimiento capital que hizo temblar á los reyes, entusiasmó á los pueblos y tomó un sentido

[1] Michelet, *Histoire de la Révolution Française*, I, p. 203, edición de 1877.

simbólico universal, cuyo efecto dura todavía; pero si en momentos desesperados es muy bello arriesgarlo todo por la causa que se ama, ¡cuán funesta ha sido la ilusión, nacida de la toma triunfante de la Bastilla, de que el entusiasmo popular basta para realizar lo imposible! No, las multitudes desordenadas, provistas de piedras y de armas halladas á la casualidad, corren gran peligro de sacrificarse inútilmente ante murallas sólidas, guarnecidas de hombres disciplinados que saben apuntar los cañones. La trompeta de Jericó ya no derriba los muros de las ciudades. Es imprudente embriagarse con palabras, que sólo representan vanas sonoridades. Para combatir, lo más seguro es siempre ser el más fuerte á la vez que el más clarividente: al fervor, al poder de la voluntad conviene unir la ciencia invencible.

Los acontecimientos de París despertaron ciertas poblaciones que habían quedado pasivas por efecto del largo sueño debido á las persecuciones antiguas y á la opresión continua. Hasta los Pirineos, hasta el mar de Gascuña, el pueblo fué sacudido por un gran estremecimiento, anunciador de sucesos temibles. Fué aquél, dicen los contemporáneos, el tiempo del «gran miedo». Acostumbrados á padecer, los campesinos se preparaban en muchos puntos á nuevos sufrimientos, buscando un refugio en los bosques y en las cavernas. Pero el ejemplo de París dió un nuevo ardor á las masas impacientes por sacudir el yugo: cada ciudad de provincias se apoderó de su Bastilla, y las ciudades impulsaron á su vez á los pueblos y las aldeas. El labrador comprendió que disponía de la fuerza, sitió el castillo del señor local, se apoderó de los archivos que le imponían la servidumbre y la talla, quemó los títulos que le despojaban de su bien, cesó de pagar censos y tributos y durante cierto tiempo se convirtió en hombre libre. ¡Desdichado del odioso propietario que hubiese brutalizado á sus siervos durante los tiempos de prosperidad! También le había de tocar el insulto y los malos tratamientos, su palacio sería derruído y él mismo correría peligro de muerte si no huía al extranjero. Porque Francia se organizaba, cada día aprendía el manejo de las armas, y, en esa multitud inmensa que ya sabía atacar y defenderse, los sustentáculos particulares del capricho real y de la nobleza, los regimientos de Alemanes y de Suizos, reclutados á costa de enormes gastos, se perdían como en un mar.

Los diputados de la nobleza residentes en Versalles, en la Asamblea, tomaron las cosas con galante benevolencia. Ya que el pueblo, antes esclavizado, arrojaba al fuego sus archivos, pergaminos y árboles genealógicos y no se sujetaba á las servidumbres personales, ¡los grandes lo sacrificarían todo dignamente! No hay duda que entre ellos algunos comprendieron que la prudencia les aconsejaba separar su causa de la de los nobles emigrados que huían como enemigos y se preparaban á luchar contra Francia; algunos se dejaron llevar por el fausto tradicional del gran señor que juega con las deudas y prodiga el oro como si lo poseyera siempre con exceso; pero otros también, penetrados bajo la epidermis por la filosofía del siglo, comprendían perfectamente que sus antiguos derechos estaban fuera del derecho y constituían una injusticia que ya era tiempo de hacerse perdonar. El alto sentimiento del sacrificio, y la gracia con que se supo realizarlo, hizo de aquella «noche del 4 de Agosto», en aquel mismo año 89, una fecha inolvidable. Todos estaban conmovidos, sentíanse dichosos por considerarse iguales, por ver derrumbarse aquellas barreras del feudalismo que habían hecho al hombre enemigo del Hombre. La emulación de justicia y de sacrificio se extendió á las ciudades y á las provincias privilegiadas, que sucesivamente y por aclamación renunciaron á todas las ventajas que la monarquía les



Croquis *d'après nature* ejecutado por David.

FOULLON, COMISARIO DE LOS VÍVERES

nacido en Saumur en 1717, ahorcado en la lanterna (en un reverbero) en 1789. Su cabeza fué paseada en la punta de una pica con la boca llena de paja.

había concedido para refundirse en la gran unidad francesa. Pudo creerse que en aquella noche de revolución se resumían y se realizaban todas las aspiraciones, todas las esperanzas de las generaciones pasadas.

La reflexión vino, sin embargo, y desde el día siguiente la obra de los «hombres prudentes» tuvo por objeto recoger en detalle lo que había sido abandonado por una entusiasta declaración de principio. Los decretos del 5 al 11 de Agosto notifican que, excepto el diezmo, las servidumbres reales no quedaban suprimidas, pero los campesinos tenían el derecho de redimirse de ellas «si se entendían sobre el precio con sus señores». Y todavía esos decretos, que el rey no sancionó hasta Octubre, no fueron jamás debidamente promulgados. Entretanto continuaba la Jacquería — sólo en Bretaña fueron saqueados veinticinco castillos antes del mes de Marzo de 1790 —, fueron ahorcados campesinos, y hasta Junio de 1792 no se dictó la ley definitiva aboliendo los derechos sin rescate.

La declaración de los «Derechos del hombre» dió cuerpo al conjunto de las reformas votadas por aclamación; pero leyes nuevas, decretos y ordenanzas vinieron rápidamente á probar que verdaderamente muy poca cosa se había logrado cambiar del antiguo régimen.

La gran diversidad de origen, de apariencia, de costumbres y hasta de lengua que existía en la nación francesa explica en parte cómo los representantes venidos de todas las provincias se sintieron impulsados á fundar la unidad nacional, no sobre un pretendido lazo de sangre ni sobre una fraternidad tradicional, sino sobre el derecho humano. Las fórmulas que sirvieron de base á la constitución del pueblo francés hubieran convenido perfectamente á la creación de una república que abarcara la humanidad entera [1]. En efecto, el movimiento del pensamiento tomó durante el siglo XVIII un carácter universal: excediendo con mucho los límites de Francia y del tiempo presente, se extendió al conjunto de los países y de los tiempos; con frecuencia la atención de los historiadores se fijaba más sobre los actos de Federico II, sobre el funcionamiento de la

[1] Jacques de Boisjolin, *Des Peuples de la France*, p. 9.

constitución inglesa, sobre la guerra de independencia de las colonias americanas, que sobre los negocios interiores de Francia; se presentaban como ejemplo las costumbres del pueblo chino, se interesaban por los negros de Santo Domingo ó por los insulares de la Oceanía. Por una especie de floración natural la Asamblea nacional proclamó los derechos del Francés, apoyándolos sobre la piedra angular del derecho de todos los hombres. Los legisladores se engañaron sin duda, puesto que, según la concepción masónica de la época, buscaron fuera del hombre, en un Ser supremo, el garante de la moral humana: tomaron su punto de apoyo fuera de la conciencia individual, que, aunque vacilante, no por eso deja de ser el gran resorte de toda obra sincera: considerando al hombre como un eterno menor, como un súbdito, quisieron guiarle por leyes, emanación de la voluntad divina de la cual eran los intérpretes. Como quiera que sea, los derechos del hombre, que proclamaron bajo la presión de la opinión soberana que al fin encontraba unos heraldos, representan bien el hecho capital de la historia desde los orígenes de la humanidad hasta nuestros días. Por primera vez una nación se declara solidaria de todas las naciones del mundo, de todas las razas, en nombre del derecho que posee cada hombre de ir en busca de la felicidad.



Retrato por Isabey.

EL GUEN DE KERANGAL

nacido en Landivisiau en 1746. Primer noble que en la noche del 4 de Agosto renunció á sus privilegios.

En aquella gran época, la más bella que haya atravesado aún la humanidad, el ideal de los más altos filósofos que emitieron el

pensamiento humano en toda su belleza pareció hallarse á punto de realizarse. En Mayo de 1790, cuando la discusión sobre el derecho del poder ejecutivo de declarar la guerra, Volney propuso á la Asamblea que «considerara á la universalidad del género humano como formando una sola y misma sociedad cuyo objeto es la paz y la felicidad de todos y de cada uno de sus miembros; que en esta gran sociedad general, los pueblos... considerados como individuos, gozan de los mismos derechos naturales y están sometidos á las mismas reglas de justicia que los individuos de las sociedades particulares y secundarias; que, por consiguiente, ningún pueblo tiene el derecho de invadir la propiedad de otro pueblo ni de privarle de la libertad ni de sus ventajas naturales». De ese modo todo el globo terrestre, en el pensamiento de los innovadores, quedaba ya enlazado por el mismo derecho de gentes. La federación de los hombres se constituía con la idea de la felicidad universal.

Semejante felicidad se consideraba de realización posible por la elaboración de «leyes justas» y por su igual aplicación á todos los ciudadanos. Se comprende fácilmente la pasión ferviente que se apoderó de los Franceses de aquella época respecto de la Ley, reverenciada simbólicamente como una diosa, como la que había de substituir á la arbitrariedad, reemplazando al capricho real multiplicado por los infinitos caprichos de los subordinados que, desde el amo hasta el último lacayo, caía sobre los desgraciados en una cascada de brutalidades, de injusticias y de crímenes. Hasta por definición, la ley, representada por una balanza, sería absolutamente justa, igual para todos, y esta seguridad bastaba á los desgraciados que tanto habían sufrido por la iniquidad de los juicios formulados en nombre del rey. Imaginábanse que, en lo sucesivo, la justicia impersonal se extendería sobre la nación, luminosa y bienhechora para todos como los rayos del sol. No sabían que la monarquía, convirtiéndose en poliarquía, no dejaba de ser un reinado: tantos hombres privilegiados por la posesión de un poder, otros tantos reyezuelos que discuten, sancionan y aplican las leyes en su beneficio. La ley fué siempre la que impuso el más fuerte.

Armada por el poder del pueblo del derecho de fabricar leyes, la Asamblea nacional renovó las ligaduras de Francia para ponerla

á los pies del gobierno fuerte, del cual había de ser la única consejera. Pero la nación vivía ya con vida propia y se organizaba espontáneamente para defenderse contra la vuelta ofensiva de los señores, contra el fisco, contra las gentes de negocios y contra los peligros que suscita el miedo.

De pueblo á pueblo se asociaban los campesinos, se agrupaban en federaciones con las ciudades; y de provincia á provincia, pasando por los antiguos límites, se hacían las alianzas: con idénticos intereses, el mismo amor á la paz, afanosos por las cosechas próximas y orgullosos por la libertad conquistada, los ciudadanos se reconocían y se abrazaban como hermanos, olvidando que en otro tiempo sus padres se habían odiado mutuamente. Como era natural, las uniones de amistad se formaban principalmente entre municipios y países cuyos habitantes estaban ya unidos por las costumbres, la facilidad de las comunicaciones y las ventajas recíprocas del cambio, y, desde este punto de vista, sería muy útil estudiar la repartición de los grupos en células primitivas que se constituyeron de ese modo con espontaneidad perfecta en toda Francia; pero en aquella gran época se sentía atracción mutua, no sólo por efecto de las semejanzas, sino también por los contrastes: complacíanse en unirse los de la llanura con los de la montaña y los de la viña con los del bosque, porque todos querían conocerse y fraternizar en un mismo sentimiento de heroísmo y de bondad. Todos habían llegado á ser mejores: aquellos fueron los días más dichosos que vió Francia, los únicos en su historia. La nación se había exaltado por el entusiasmo á



Gabinete de las Estampas.

VOLNEY

nacido en Craon en 1757, muerto en 1820.

una altura superior á sí misma, hasta el amor de todos los hombres.

La unificación de Francia, antes recortada en Estados feudales diferentes que la mano real ataba en un solo haz, se realizaba, pues, de una manera espontánea. Hubiera bastado dejar hacer para que el conjunto de la nación llegara á ser verdaderamente «uno», aunque con la diversidad normal de todos los grupos naturales constituídos para el trazado y la construcción de los caminos, para la demanda de las subsistencias y otros intereses comunes. En cierto modo Francia tenía ya sus cantones, sus distritos y sus departamentos antes que Sieyes concibiese el proyecto de división formal, que Roberto de Vaugondy trazase el mapa y que Thouret lo hiciese votar por la Asamblea; ésta, deseosa de establecer su propio poder, para regular la percepción de los impuestos, las atribuciones y la jerarquía de los funcionarios y la subordinación de los municipios al Estado, no se dejó influir por los votos de las poblaciones, y procedió brutalmente á la división del reino, obedeciendo á la preocupación de hacer las partes de dimensiones iguales.

Hasta fué convenido en un principio que cada uno de los 80 ú 81 (9 por 9) departamentos sería dividido en nueve distritos, divididos á su vez en nueve cantones. Es indudable que la naturaleza de las cosas, independientemente de la voluntad de los legisladores, exigía la supresión de las antiguas divisiones históricas, feudales, administrativas, clericales, militares, fiscales ó aduaneras, que frecuentemente debían su creación á un capricho y que se habían conservado siempre sin la menor atención á la voluntad de las poblaciones interesadas: provincias políticas, generalidades rentísticas, intendencias civiles, diócesis eclesiásticas, gobiernos del ejército, bailías ó senescalías judiciales, recursos parlamentarios, país de derecho romano y de derecho consuetudinario, de gabelas y de rescate, de ayudas y de favor, de concordato y de obediencia [1], todo eso debía desaparecer necesariamente, librar á Francia de su inextricable red de fronteras entremezcladas — y lo que de ello queda todavía sólo puede conservarse de una manera artificial —; pero los límites de departamentos, distritos y cantones no son menos artificiales en la mayor

[1] Louis Blanc, *Histoire de la Révolution française*, II, p. 402; — Edmond y Jules de Goncourt, *Histoire de la Société Française pendant la Révolution*, p. 393.

parte de sus contornos, y se borrarán también, no sin haber producido el resultado funesto de romper muchas comunicaciones naturales y entorpecer de mil maneras el movimiento espontáneo de las poblaciones.

Verdad es que una división natural en «país» hubiese dado al mapa de Francia un aspecto muy irregular; la superficie de los



Cl. P. Sellier.

LOS CABALLEROS DE SAN LUIS ENTREGANDO SUS INSIGNIAS DISTINTIVAS,
LO MISMO QUE LOS AGUADORES

diversos elementos yuxtapuestos hubiese variado fácilmente del simple al décuplo: las afinidades electivas difieren en todas las regiones según la naturaleza y las producciones del suelo, el desarrollo moral é intelectual de las poblaciones y la circulación general de la vida. Además, los progresos de la civilización y el aumento de las facilidades en las relaciones de vecindad, en la ausencia de una autoridad central, no hubiesen dejado de suprimir todas esas divisiones parcialmente facticias. En la época en que fueron trazadas las líneas administrativas de reparto, se necesitaban semanas para que el vaivén de las órdenes y de las respuestas pudiera hacerse entre la cabeza y las extremidades del gran cuerpo; ayer se empleaban horas, hoy

una altura superior á sí misma, hasta el amor de todos los hombres.

La unificación de Francia, antes recortada en Estados feudales diferentes que la mano real ataba en un solo haz, se realizaba, pues, de una manera espontánea. Hubiera bastado dejar hacer para que el conjunto de la nación llegara á ser verdaderamente «uno», aunque con la diversidad normal de todos los grupos naturales constituídos para el trazado y la construcción de los caminos, para la demanda de las subsistencias y otros intereses comunes. En cierto modo Francia tenía ya sus cantones, sus distritos y sus departamentos antes que Sieyes concibiese el proyecto de división formal, que Roberto de Vaugondy trazase el mapa y que Thouret lo hiciese votar por la Asamblea; ésta, deseosa de establecer su propio poder, para regular la percepción de los impuestos, las atribuciones y la jerarquía de los funcionarios y la subordinación de los municipios al Estado, no se dejó influir por los votos de las poblaciones, y procedió brutalmente á la división del reino, obedeciendo á la preocupación de hacer las partes de dimensiones iguales.

Hasta fué convenido en un principio que cada uno de los 80 ú 81 (9 por 9) departamentos sería dividido en nueve distritos, divididos á su vez en nueve cantones. Es indudable que la naturaleza de las cosas, independientemente de la voluntad de los legisladores, exigía la supresión de las antiguas divisiones históricas, feudales, administrativas, clericales, militares, fiscales ó aduaneras, que frecuentemente debían su creación á un capricho y que se habían conservado siempre sin la menor atención á la voluntad de las poblaciones interesadas: provincias políticas, generalidades rentísticas, intendencias civiles, diócesis eclesiásticas, gobiernos del ejército, bailías ó senescalías judiciales, recursos parlamentarios, país de derecho romano y de derecho consuetudinario, de gabelas y de rescate, de ayudas y de favor, de concordato y de obediencia [1], todo eso debía desaparecer necesariamente, librar á Francia de su inextricable red de fronteras entremezcladas — y lo que de ello queda todavía sólo puede conservarse de una manera artificial —; pero los límites de departamentos, distritos y cantones no son menos artificiales en la mayor

[1] Louis Blanc, *Histoire de la Révolution française*, II, p. 402; — Edmond y Jules de Goncourt, *Histoire de la Société Française pendant la Révolution*, p. 393.

parte de sus contornos, y se borrarán también, no sin haber producido el resultado funesto de romper muchas comunicaciones naturales y entorpecer de mil maneras el movimiento espontáneo de las poblaciones.

Verdad es que una división natural en «país» hubiese dado al mapa de Francia un aspecto muy irregular; la superficie de los



Cl. P. Sellier.

LOS CABALLEROS DE SAN LUIS ENTREGANDO SUS INSIGNIAS DISTINTIVAS, LO MISMO QUE LOS AGUADORES

diversos elementos yuxtapuestos hubiese variado fácilmente del simple al décuplo: las afinidades electivas difieren en todas las regiones según la naturaleza y las producciones del suelo, el desarrollo moral é intelectual de las poblaciones y la circulación general de la vida. Además, los progresos de la civilización y el aumento de las facilidades en las relaciones de vecindad, en la ausencia de una autoridad central, no hubiesen dejado de suprimir todas esas divisiones parcialmente facticias. En la época en que fueron trazadas las líneas administrativas de reparto, se necesitaban semanas para que el vaivén de las órdenes y de las respuestas pudiera hacerse entre la cabeza y las extremidades del gran cuerpo; ayer se empleaban horas, hoy

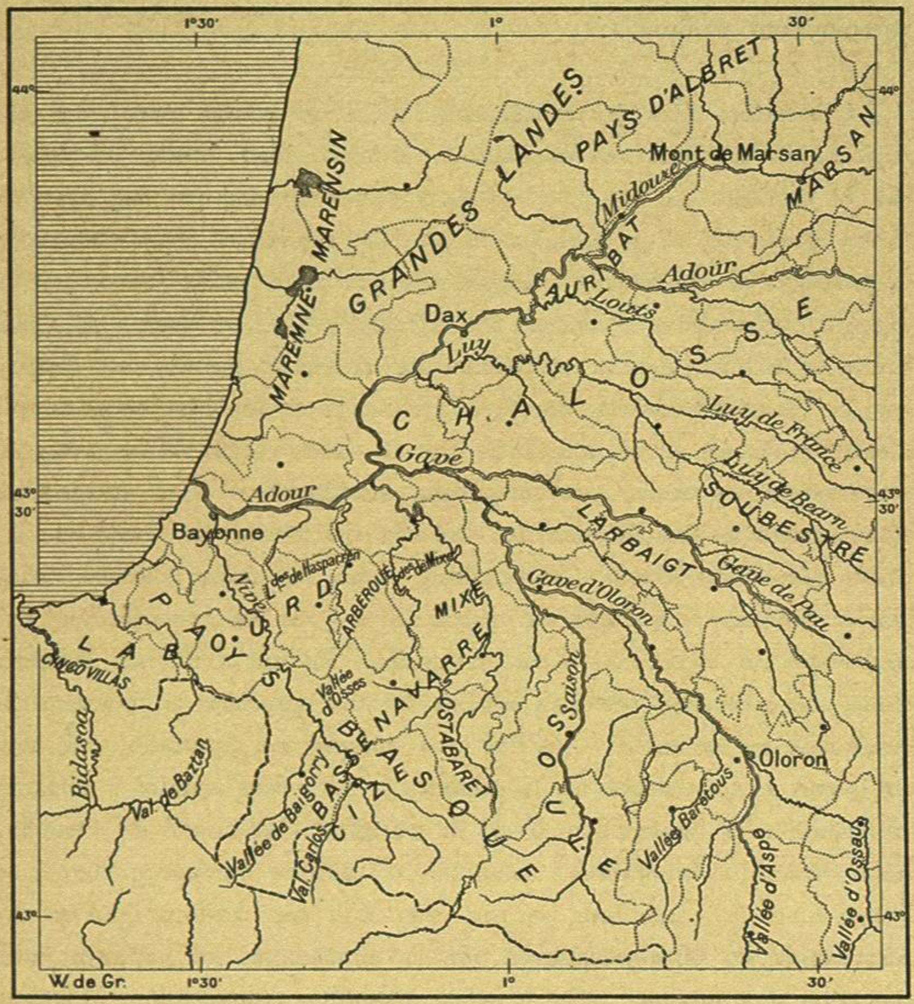
algunos minutos bastan. Es, pues, un verdadero contrasentido querer que se fije por líneas inmutables una historia que se modifica y se transforma siempre.

La nueva distribución administrativa de Francia había de llevar á los legisladores de las diversas asambleas á discutir con pasión las teorías contradictorias relativas á la organización política del reino, federalismo ó centralización. Esa fué precisamente la cuestión planteada por las colonias americanas después de su victoria común sobre las fuerzas británicas; pero la solución no podía ser la misma en las dos comarcas, puesto que las tradiciones históricas y las condiciones presentes diferían en ambas partes. En Francia triunfaron los centralizadores intransigentes, la patria fué declarada «una é indivisible», en el sentido de que las mismas leyes y las mismas formas de administración habían de aplicarse á las poblaciones más opuestas por el origen, las costumbres y los precedentes: en todas partes, al pie de los Pirineos y de los Alpes como en los Ardennes y en Bretaña, los ciudadanos — ó por mejor decir los súbditos — habían de conformarse con las órdenes venidas del centro. Evidentemente la unidad artificial que se quería fundar de ese modo estaba en discordancia con el movimiento de la historia, con el ritmo de la Tierra, y además sólo triunfó en apariencia, porque, según los medios, las leyes se aplican siempre diferentemente.

En 1791, un diputado de la Asamblea constituyente, Achard de Bonvouloir, protestó contra la absurda unificación de las leyes, declarando que la «mayoría de los anteriormente Normandos entendía conservar su costumbre», y abogaba por una «variedad de leyes y de reglamentos en relación con los hábitos y costumbres de cada provincia». Pero el fanatismo de la autoridad, falseando el sentido de la expresión «igualdad entre los hombres», quiso ignorar obstinadamente las tradiciones locales, las costumbres hereditarias que consideraban los indígenas como una parte de su existencia, y el nivel igualitario fué adoptado como símbolo de la Revolución. Hubo provincia que ganó con ello, pero otras perdieron, especialmente los «valles», es decir, las pequeñas repúblicas pirenaicas, que las murallas naturales de sus montañas habían defendido siempre contra el capricho de los señores, y que, en lo sucesivo, abiertas por la

construcción de caminos, la roturación de los bosques y sobre todo por el engrandecimiento del horizonte intelectual y moral, habían de

N.º 429. País y Cantones del País Vasco y del Bearn.



1: 1000000

0 10 25 50 Kil.

En los límites del mapa apenas hay más que los países de los altos valles cuya unidad haya sido respetada por la división en cantón.

Los puntos negros indican el lugar de las cabezas de cantón.

participar de la vida general de la gran nación que les abrazaba en su extenso territorio. Así fué como las comunidades libres, las «universidades» de los montañeses perdieron la gerencia libre de sus

intereses y sus asambleas soberanas, donde cada uno y cada una tenían el derecho absoluto de presencia, de palabra y de iniciativa. Esa confiscación de una herencia inapreciable tuvo por consecuencia inevitables rencores que se unieron á los elementos de reacción y de rompimiento nacional.

Los bellos días del entusiasmo inicial no podían durar. A excepción de algunos representantes, el clero hizo contra su voluntad el sacrificio de los privilegios, y donde quiera que fué bastante fuerte para excitar y sublevar al pueblo, reivindicó muy rudamente la posesión de sus tierras: campesinos que nada tenían fueron impulsados á batirse para conservar los millones de los prelados. El Cambresis se había rebelado, empujado por el mismo movimiento clerical que la Flandes próxima, donde la población de los campos se reunía alrededor de sus curas, clamando por la conservación de las antiguas tradiciones, es decir, por su propia servidumbre. Los campesinos murmuraban en las diócesis del Oeste y del Mediodía; hasta en ciudades tales como Nimes y Montauban, donde los odios se conservaban por el contacto inmediato de los católicos y de los protestantes, comenzaban los asesinatos y las matanzas. En tal conflicto, el clero tenía una preciosa ventaja: «sabía lo que quería» [1], mientras la Asamblea no lo sabía. Así fué que cuando los diputados católicos obligaron á sus colegas de la nobleza y del tercer estado á declarar francamente si profesaban ó no la religión tradicional de Francia, estos diputados vacilantes, inseguros y tímidos porque pertenecían á una edad de transición, porque eran á la vez católicos por la supervivencia y librepensadores por la educación, se hallaron muy perplejos y confusos. ¡En 1790 la Asamblea constituyente discutió muchas horas para saber si había de mantenerse la revocación del edicto de Nantes! Después se ocupó de la constitución del clero, ignorando el dogma que profesaba la Iglesia, y decidió pagar muy caro unas ceremonias extrañas, aceptables para el pueblo, pero despreciable para la mayor parte de sus representantes. Como el sátiro de la fábula, los representantes de la nación soplaban el frío y el calor.

[1] Michelet, *Histoire de la Révolution française*, vol. I, *passim*.

Francia hubo, pues, de permanecer católica, puesto que la nueva fe de la fraternidad de los hombres separada de todo mandamiento divino no tenía aún conciencia de sí misma. Si la burguesía sobrevivió triunfante á todos los acontecimientos caóticos de la Revolución, débese á que había acabado su evolución previa y no se dejaba separar de su ideal. Pero el pensamiento libre no se había presentado aún: la burguesía no se había desprendido del misticismo evangélico y creía siempre en una moral divina destilada por la Iglesia, y ésta, no habiendo terminado aún la serie de sus transformaciones, adquirió nuevamente la superioridad.

La sociedad civil trató de establecer, por lo mismo, un arreglo con la religión cristiana; hubo curas republicanos que se prestaron á esta conciliación, creyendo que podrían obedecer al Evangelio del Crucificado á la vez que al de los Enciclopedistas, y con toda sinceridad permanecían observadores de su fe después de pronunciar el juramento que se les exigía, en calidad de funcionarios, de permanecer «fieles á la nación, á la ley y al rey, y conservar la constitución». Pero una vez más se cumplió el proverbio bíblico: no se puede servir á dos señores. El papa desaprobó á los curas juramentados, y pronto la multitud de los católicos furiosos vió en ellos endemoniados y mágicos que envenenaban la hostia con sus maleficios; se rechazaron sus oraciones, se apartaron con horror de sus ceremonias, en tanto que se acudía apresuradamente alrededor de los santos que no habían mancillado su boca con palabras condenadas por la Iglesia y que permanecían en comunión directa con el Padre santo, representante por excelencia del antiguo régimen, mejor aún que el rey mismo. El antagonismo entre la sociedad revolucionaria y la cristiandad tradicional se hizo cada vez más violento, más irreconciliable, cuando la Asamblea, convencida de que el pueblo no podía pasarse sin un culto, acordó que la gran fiesta nacional sería en lo sucesivo la de la Razón, y que se celebraría en la misma iglesia de Nuestra Señora, en el mismo lugar y en substitución del culto suprimido y sobre su altar. Semejantes ceremonias, ejecutadas con pompa teatral y falsa, no eran más que una especie de parodia de la misa católica, siéndole muy inferiores, puesto que no procedían del pueblo y entre los figurantes ninguno sentía íntima convicción. El conflicto

entre la Razón y la Iglesia había de terminarse en provecho de esta última, puesto que la Razón se erigía también en diosa, pobre, impotente imitación del pasado. ¿Era una Minerva, una Virgen nueva? Pero las oraciones no subían hasta ella, mientras que en el fondo de las criptas, las antiguas supervivencias inclinaban todavía las frentes delante de las efigies ennegrecidas por el tiempo.

Por otra parte, aunque dejando á un lado las formas del catolicismo tradicional, que no se osó proscribir y que hasta Robespierre, convertido casi en papa en un mundo de fieles, protegió ostensiblemente, como para hallar en él la garantía más segura del poder absoluto, todos los republicanos, sus instituciones y sus obras participaban del espíritu católico; todos pretendían hacer de grado ó por fuerza la dicha de la humanidad, dictarle leyes inviolables, concebidas en un cerebro infalible. «En tanto que no hayáis encaminado sobre una misma huella y moldeado en una misma forma todos los hijos de la patria, decía Dueos, en vano proclamarán vuestras leyes la santa igualdad». Cada revolucionario llevaba en sí un dictador. Por fortuna, durante la grande y ferviente época de la Revolución, cuando aún obedecía á su primer impulso, todas esas dictaduras se combatían entre sí y de su choque nacía la resultante, la gran obra del pueblo. Porque la verdad es que por poderosos que se mostraran tales ó cuales individuos, por enérgicamente que su voluntad penetrara en el caos de las cosas, ni Mirabeau, ni Danton, ni ningún otro hubieran hecho nada sin la presión de abajo, sin el empuje de los infinitos clubs, de las asambleas pululantes que por todas partes se formaban, se agrupaban, se federaban, ayudando á componer, á renovar, á reanimar las asambleas más numerosas, más próximas al poder. Las federaciones arrastraban á los clubs y éstos á los cuerpos deliberantes. Los Franciscanos y los Jacobinos preparaban y decidían de antemano lo que el Municipio de París, la Constituyente y la Convención decretaban. Así es como la población francesa, excitada por el entusiasmo revolucionario, tomaba parte, con ó sin mandato, en las deliberaciones comunes.

A la guerra civil que se preparaba, encendida por el clero, y cuyos primeros chispazos hacían nacer incendios, amenazaba juntarse la guerra extranjera, tanto más temible cuanto que el ejército estaba

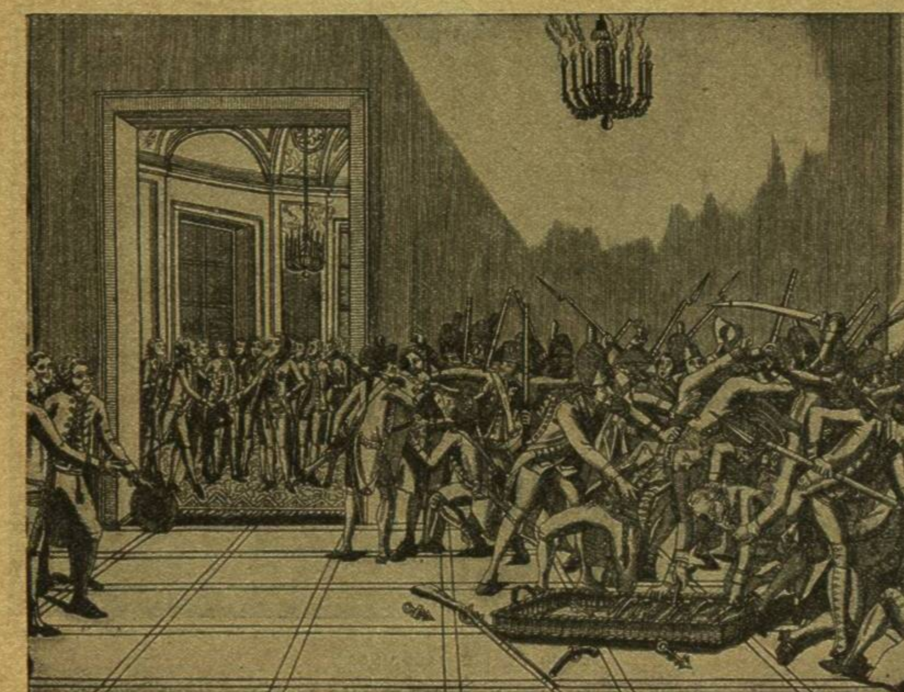


Cl. J. Kuhn, edit.

TOMA DE LAS TULLERÍAS (10 AGOSTO 1792)
POR J. BERTAUX

Museo de Versalles.

todavía mandado por nobles, enemigos más ó menos encubiertos de la Revolución, y que el rey mismo, quisiéralo ó no, era forzosamente el cómplice y el jefe virtual del ejército de los emigrados. Los campos de ataque se habían formado en la proximidad de la frontera, en Turín y en Tréveris, y de ambos lados las comunicaciones se hacían casi libremente: hasta los oficiales recibían sus pensiones y el Estado



Gabinete de las Estampas.

LOS CABALLEROS DEL PUÑAL
desarmados en presencia de Luis XVI (Febrero 1791).

pagaba los uniformes y los caballos; no se sabía dónde comenzaba ni dónde acababa Francia, y para Luis XVI estaba ciertamente lejos de París: allá tropas sólidas, fieles Alemanes le esperaban para reconducirle triunfalmente á su capital temblorosa y desarmada.

Por eso trató de huir: había ya recorrido en silla de posta más de las tres cuartas partes del camino, hacia el campo de Montmedy, desde donde hubiera podido dar la mano á los emigrados de Tréveris, cuando fué reconocido y devuelto desde Varennes á su palacio de las Tullerías (1791). El golpe fatal se había dado. Desde entonces

todavía mandado por nobles, enemigos más ó menos encubiertos de la Revolución, y que el rey mismo, quisiéralo ó no, era forzosamente el cómplice y el jefe virtual del ejército de los emigrados. Los campos de ataque se habían formado en la proximidad de la frontera, en Turín y en Tréveris, y de ambos lados las comunicaciones se hacían casi libremente: hasta los oficiales recibían sus pensiones y el Estado



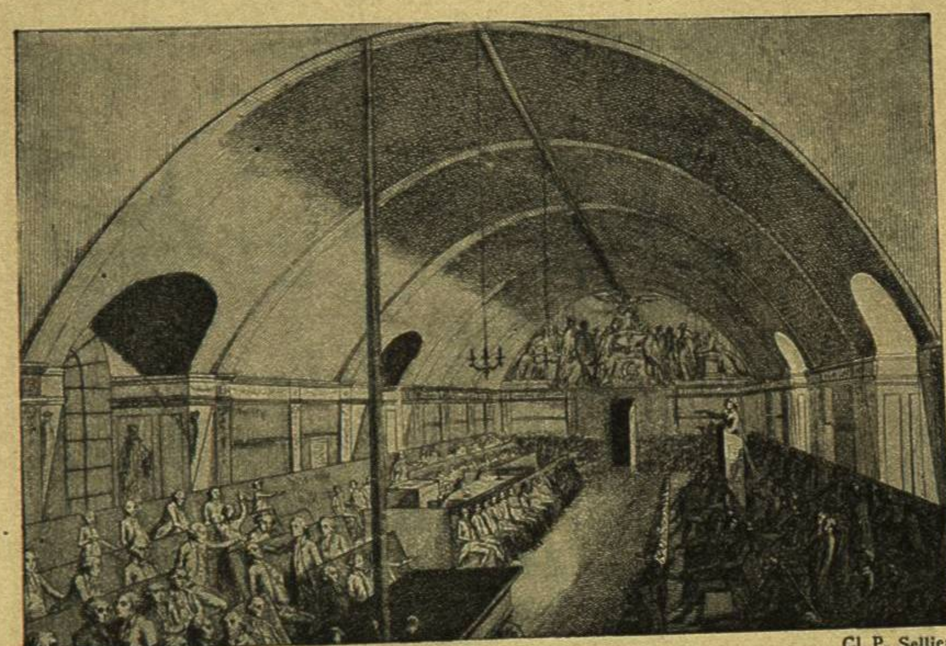
Gabinete de las Estampas.

LOS CABALLEROS DEL PUÑAL
desarmados en presencia de Luis XVI (Febrero 1791).

pagaba los uniformes y los caballos; no se sabía dónde comenzaba ni dónde acababa Francia, y para Luis XVI estaba ciertamente lejos de París: allá tropas sólidas, fieles Alemanes le esperaban para reconducirle triunfalmente á su capital temblorosa y desarmada.

Por eso trató de huir: había ya recorrido en silla de posta más de las tres cuartas partes del camino, hacia el campo de Montmedy, desde donde hubiera podido dar la mano á los emigrados de Tréveris, cuando fué reconocido y devuelto desde Varennes á su palacio de las Tullerías (1791). El golpe fatal se había dado. Desde entonces

el rey y la reina, más que sospechosos de haber hecho traición á la nación, no podían esperar ya reconciliarse con Francia, y cualesquiera que fuesen los testimonios de respeto y los juramentos de patriotismo cambiados de una parte y de otra, la ruptura conducía al proceso y á la sentencia contra Luis XVI, que fué ejecutado en 21 de Enero de 1793.

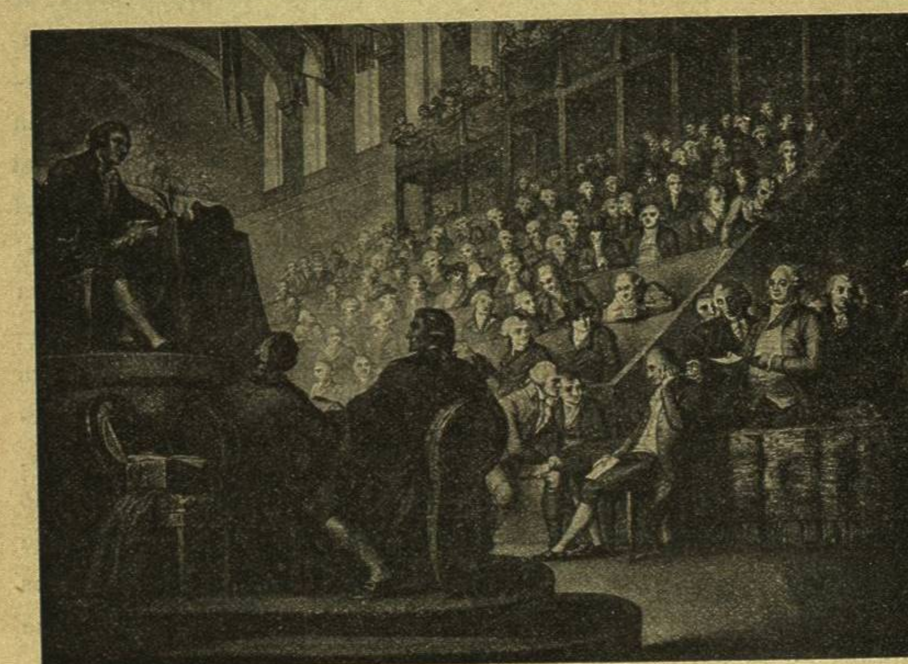


Cl. P. Sellier.

CLUB DE LOS JACOBINOS
Hoy dividido en muchas salas, que ocupan la Sociedad de Antropología de París y sus colecciones.

Ese acontecimiento excitó el furor de la Europa monárquica, sobre todo de Inglaterra, que había de hacerse perdonar la ejecución de Carlos I. Por lo demás, asesinato por asesinato, el primero fué grandemente excedido por el segundo en importancia simbólica. La revolución inglesa no fué en la historia más que un hecho de orden insular, nacional, una disputa entre sectas, en tanto que la muerte de Luis XVI fué un desafío lanzado á todos los monarcas. La Revolución francesa, al proclamar los Derechos del hombre, tomó un carácter mundial, y en nombre de todos los pueblos oprimidos guillotinó á su rey: se trataba en Francia de una lucha entre dos principios, la monarquía reputada de origen divino y la libertad de

todos los hombres virtualmente iguales desde su nacimiento. Luis XVI resultó ser la víctima representativa de todo el antiguo régimen, de todas las supervivencias por mucho tiempo consideradas como santas, y los emigrados franceses que hacían armas contra su patria, implorando contra ella á los gobiernos extranjeros, eran lógicamente los defensores de la causa común de todos los privilegiados



Gabinete de las Estampas.

LUIS XVI ANTE LA CONVENCIÓN

de Europa. Sobre los diversos Estados y sus variables fronteras, se cernían, como en las leyendas antiguas, los dos espíritus que se disputaban el mundo.

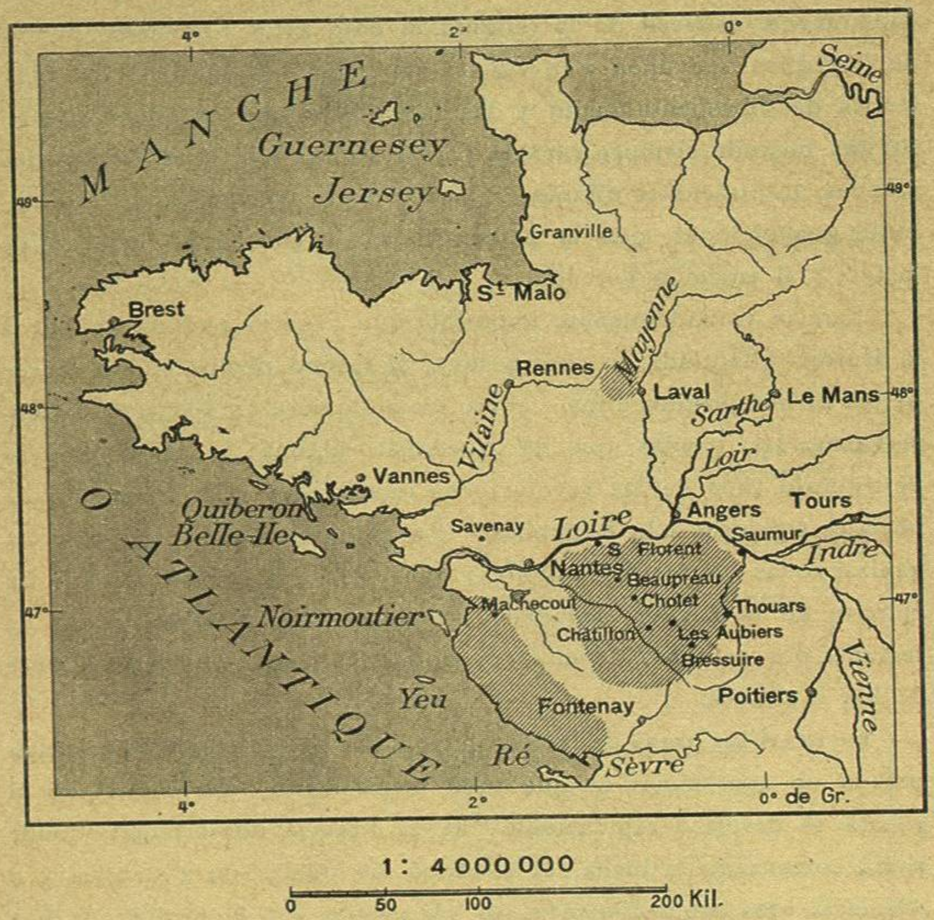
Francia, como nación, se hallaba entonces en una situación que parecía desesperada. En el Oeste, los curas y los nobles habían logrado sublevar los campesinos contra los burgueses de las ciudades, quienes, por su parte, se habían agregado con entusiasmo al número de los amigos de la Revolución. De ese modo, los viejos rencores, á los que se unía entre los rudos agricultores el justo descontento causado por la arrogante centralización parisién, habían hecho surgir de nuevo la guerra cruel que existía antiguamente

entre las ciudades latinizadas, cristianizadas, y los campesinos que permanecían paganos. De siglo en siglo se había conservado esa división; aunque los antiguos adoradores de las piedras levantadas hubiesen aprendido á prosternarse en las iglesias, la enemistad había persistido entre las dos castas. El odio de la gabela y otros impuestos aglomerado en los corazones de los campesinos, se exhalaba á la sazón contra los «azules», y el anuncio de una recluta de 300,000 hombres fué como la chispa aplicada á la pólvora. En realidad, los «chouanes» eran federalistas, y no hacían más que satisfacer su viejo instinto republicano yendo á «cazar perdices» en compañía de sus hidalgos, medio campesinos como ellos. Cadoudal dijo la palabra justa á un oficial recién desembarcado: — «Amigo, id á decir á los príncipes que aquí nos batimos por algo mejor que ellos».

El desorden caótico de la provincia había dejado á la guerra tiempo para prepararse, y fué tanto más difícil reprimir la sublevación, sobre todo en la Vendée, cuanto que la naturaleza del país era de las más propicias á las emboscadas y á las sorpresas. Un laberinto de cercados cuyos rodeos solamente conocían los indígenas, colinas recortadas por pliegues y valles, sin ningún observatorio natural desde donde pudiera alcanzarse una vista de conjunto sobre la comarca; mil, cien mil desfiladeros formados por aquellos caminos huecos donde se marcha por cornisas labradas sobre las rocas, ó se chapotea en el barro ó se hunde en los pantanos; por todas partes campos cultivados por fragmentos, prados, que eran otros tantos reductos fortificados, ocultos entre arboledas de ramas entremezcladas; por todas partes troneras entre las hojas desde donde se podía tirar sin ser visto; á cada instante y de todos los puntos del terreno, señales imitando los sonidos del campo, el canto lejano de un ave, el batir de unas alas, el rumor del insecto que socava los troncos de los árboles. Aquellos ruidos tranquilizadores eran otros tantos peligros de muerte.

Luego, al otro lado de Francia, resuenan los rumores de la gran guerra, que anuncian los cuerpos de ejército, los regimientos en línea, las baterías de cañones, los viejos generales de Federico II. Todos los gobiernos de Europa se mueven sucesivamente contra Francia, culpable de haberles arrojado en desafío la cabeza de su rey. Prusia, Austria y otros Estados aliados suministran las tropas, guiadas

N.° 430. Teatro de la guerra de la Vendée.



Los principales distritos de la insurrección vendeana están rayados según Vidal de La Blache.

Las primeras acciones de guerra son las de Saint-Florent, de Beaupréau, de Les Aubiers (25 de Abril de 1793), de Cholet, donde los Vendeanos quedaron victoriosos. Bressuire, Thouars, Saumur (6 Junio) fueron ocupados por ellos, pero Nantes resistió y los insurrectos entraron en sus acantonamientos, que supieron defender durante varios meses contra los ejércitos de la Convención. Por último fueron derrotados en Chatillon y luego en Cholet (17 de Octubre). Entonces tuvo lugar la lamentable expedición hacia Granville para dar la mano á los Chouanes del Mayenne y á los Ingleses. A la vuelta los Vendeanos fueron derrotados en el Mans, después en Savenay (23 de Diciembre).

La guerra, que principió, por la parte de los Blancs, por las matanzas de Machecoul (Marzo-Abril de 1793), terminó con los ahogamientos de Nantes y la devastación de la Vendée por las «columnas infernales», pero la guerra de emboscada duró hasta 1796.

El desastre de Quiberon data de Junio-Julio de 1795.

por los nobles emigrados, mientras Inglaterra suministra los subsidios. Fórmase una nueva cruzada contra la nación francesa y, sin contar el furor vindicativo del clero, no faltó el entusiasmo religioso en aquella

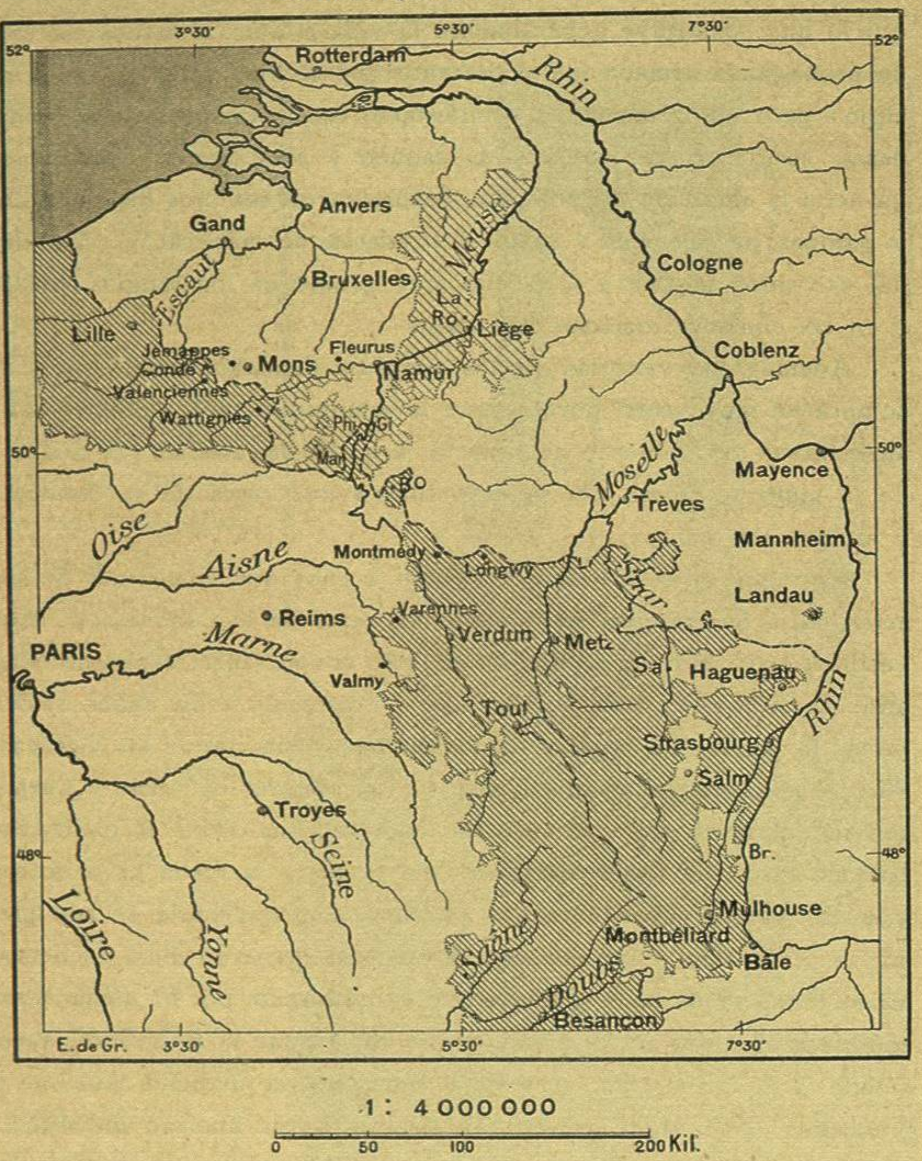
guerra santa. En muchas familias británicas constituía una parte verdaderamente esencial de la religión el odio á los Franceses, pueblo de libertinos que unen á la vez las supersticiones católicas, las blasfemias del librepensamiento y las frivolidades del mundo elegante. Se han buscado siempre razones para justificar los odios, y más que razones, inspiraciones divinas. Quedó, pues, convenido, y esto durante generaciones, que el patriotismo y la piedad no dejaban de maldecir al enemigo hereditario.

Parecía verdaderamente imposible que Francia pudiera resistir á la Europa conjurada en contra suya, al mismo tiempo que á la rebeldía de sus propios hijos. ¿Pero tenía siquiera un ejército? ¿Conservaban las bandas que le quedaban alguna cohesión en ese vertiginoso caos de las revoluciones interiores y bajo el mando de oficiales traidores á la República? En plena guerra había que reorganizar todas las fuerzas militares; transformar el ejército del rey en ejército de la nación; levantar, instruir y disciplinar las masas de reclutas por centenas de millar y oponerles á los sólidos batallones de los invasores.

De todas las obras de la Revolución, fué precisamente ésta, desesperada en apariencia, la que tuvo mejor éxito. El centro de la guerra se desplazó rápidamente: de la Francia nor-oriental, donde había comenzado la lucha, el conflicto fué trasladado á Bélgica y á Alemania; los acontecimientos se sucedieron con la rapidez de una erupción volcánica. Esos grandes éxitos militares, que consternaban á la reacción europea, hubieran debido tranquilizarla por el contrario, porque eran debidos á que el movimiento de la Revolución estaba ya desviado, separado de su objeto. De propósito deliberado y para fines políticos se procuró dirigir el ardor de la nación hacia la pasión de las batallas.

El impulso á que obedecieron los Franceses de la Revolución fuera de sus fronteras era del mismo orden complejo que el que originó el movimiento de las Cruzadas, cuando caballeros, monjes y campesinos lanzados á la liberación del Santo Sepulcro se daban cándidamente como pretexto la fe religiosa para satisfacer su pasión de guerra aventurera. Ciertos sentimientos elevados se mezclaban en parte al impulso que llevó á tantos jóvenes á la frontera. Algunos

N.° 431. Las guerras de la Revolución.



Los rayados estrechos cubren el territorio que Luis XIV y Luis XV añadieron al reino de Francia. El distrito de Montbéliard obedecía al Wurtemberg, los de Brisach, Salm, Saar-Union y Haguenau, á diversos príncipes alemanes; Mulhouse estaba unida á los cantones suizos; Landau, Philippeville, Mariemburgo y Bouillon formaban parte de Francia.

El obispado de Lieja está cubierto de rayas espaciadas. La = Lawfeld y Ro = Rocourt son lugares de batalla de la guerra de Siete años.

se creían heraldos de justicia y de libertad, pensando en la emancipación de sus hermanos de ultra-Rhin y del otro lado de los Alpes. Es posible que en su conjunto el ejército republicano estuviera algo

vagamente penetrado de ese ideal, hallándose así á mayor elevación que lo que constituye generalmente la vida militar, al menos ese celo de propaganda armada fué el pretexto que se hizo valer en un principio; pero no tardaron en manifestarse las costumbres de la soldadesca, surgieron los instintos de saqueo y asesinato y, considerada ya lícita la ambición del soldado, deslumbraron sus ojos los bordados y galones de sus jefes y hasta el «¡bastón de mariscal!». La idea del «ternario sagrado» se perdió muy pronto en los campos talados y en las ciudades tomadas por asalto.

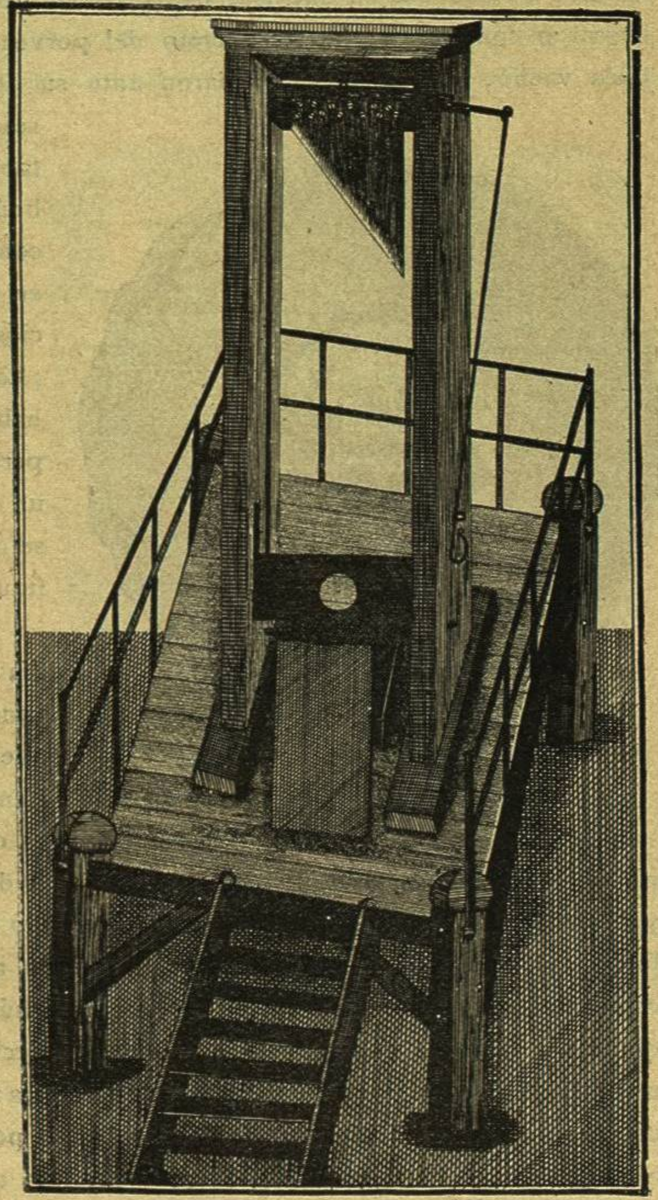
Además, las victorias de los ejércitos llamados republicanos se compraron muy caras, porque ante la inminencia de los peligros que amenazaban, el gobierno de Francia, á quien impulsaban los rumores de la multitud, tomó «la salud pública» por regla de su conducta y sanción de sus actos [1].

Así como antes los clérigos tenían á Dios por único juez de sus actos hacia los herejes, así también los jefes de la Convención, convertidos en dueños de la República, sólo creían tener responsabilidad ante su íntimo sentimiento del bien. Obedecían á un deber único: salvar la patria, sin reparar en los medios y sin contar las víctimas. Pero el gobierno se compone siempre de hombres de carne y hueso, con sus instintos, sus pasiones, sus amores y sus odios: la naturaleza humana hizo que los detentadores del poder y la turba de parásitos que les rodeaba viesen enemigos públicos principalmente en sus enemigos personales, y las ejecuciones sumarias debieron muy frecuentemente fundarse en datos y juicios falsos, resultando, por un monstruoso contrasentido, que en el momento preciso en que la República, sucediendo á la monarquía, pretendía constituir el derecho humano y proclamar como regla primera el respeto de la libertad individual, el nuevo régimen procedió, por el contrario, en sentido inverso de su principio, y tomó por axioma que la vida de un miembro de la comunidad carecía de importancia para la comunidad misma: algunas gotas de sangre más ó menos.

Tal fue la época llamada del «Terror», no porque en esos dos años que comenzaron en las matanzas de Septiembre de 1792 hubiera

[1] Théodore Duret, *Revue Blanche*, 15 Marzo 1901, p. 419.

más ó menos víctimas que en muchas épocas anteriores — la historia de Francia y la de otros países refieren muchos acontecimientos durante los cuales la sangre se derramó en mayor abundancia, — sino porque esta vez la sangre vertida fué la de un rey, de sacerdotes y de nobles: de ahí el epíteto de «terrible» dado particularmente á aquellas jornadas de venganza, en que la clase de los opresores vió el hacha volverse contra sí.



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

« LA VERDADERA GUILLOTINA ORDINARIA ES EL MÁS FIRME SOSTÉN DE LA LIBERTAD »

Sin embargo, aquel movimiento de reacción, fenómeno de retribución tan normal en una masa inconsciente, tuvo para la Francia republicana, que nacía á la vida moral, los más funestos resultados. Mientras que entre los ciudadanos, los unos se acostumbraban á la vista de la sangre, á las denuncias, á las prácticas policíacas, y se agrupaban de antemano al séquito de un déspota cualquiera;

vagamente penetrado de ese ideal, hallándose así á mayor elevación que lo que constituye generalmente la vida militar, al menos ese celo de propaganda armada fué el pretexto que se hizo valer en un principio; pero no tardaron en manifestarse las costumbres de la soldadesca, surgieron los instintos de saqueo y asesinato y, considerada ya lícita la ambición del soldado, deslumbraron sus ojos los bordados y galones de sus jefes y hasta el «¡bastón de mariscal!». La idea del «ternario sagrado» se perdió muy pronto en los campos talados y en las ciudades tomadas por asalto.

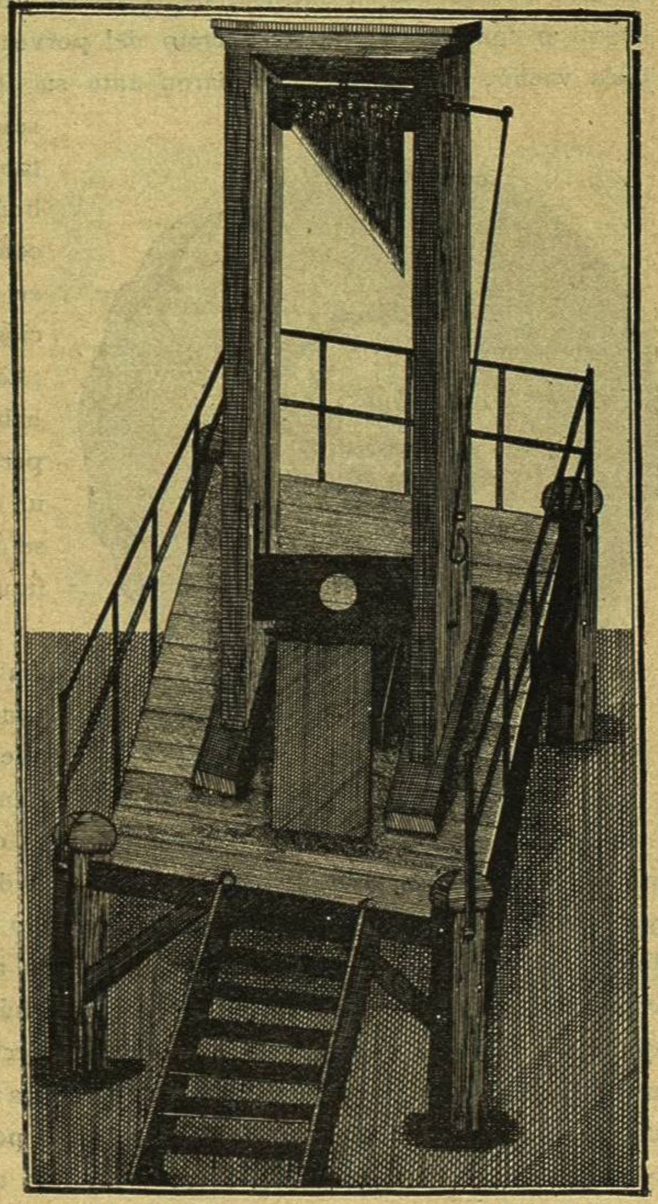
Además, las victorias de los ejércitos llamados republicanos se compraron muy caras, porque ante la inminencia de los peligros que amenazaban, el gobierno de Francia, á quien impulsaban los rumores de la multitud, tomó «la salud pública» por regla de su conducta y sanción de sus actos [1].

Así como antes los clérigos tenían á Dios por único juez de sus actos hacia los herejes, así también los jefes de la Convención, convertidos en dueños de la República, sólo creían tener responsabilidad ante su íntimo sentimiento del bien. Obedecían á un deber único: salvar la patria, sin reparar en los medios y sin contar las víctimas. Pero el gobierno se compone siempre de hombres de carne y hueso, con sus instintos, sus pasiones, sus amores y sus odios: la naturaleza humana hizo que los detentadores del poder y la turba de parásitos que les rodeaba viesen enemigos públicos principalmente en sus enemigos personales, y las ejecuciones sumarias debieron muy frecuentemente fundarse en datos y juicios falsos, resultando, por un monstruoso contrasentido, que en el momento preciso en que la República, sucediendo á la monarquía, pretendía constituir el derecho humano y proclamar como regla primera el respeto de la libertad individual, el nuevo régimen procedió, por el contrario, en sentido inverso de su principio, y tomó por axioma que la vida de un miembro de la comunidad carecía de importancia para la comunidad misma: algunas gotas de sangre más ó menos.

Tal fue la época llamada del «Terror», no porque en esos dos años que comenzaron en las matanzas de Septiembre de 1792 hubiera

[1] Théodore Duret, *Revue Blanche*, 15 Marzo 1901, p. 419.

más ó menos víctimas que en muchas épocas anteriores — la historia de Francia y la de otros países refieren muchos acontecimientos durante los cuales la sangre se derramó en mayor abundancia, — sino porque esta vez la sangre vertida fué la de un rey, de sacerdotes y de nobles: de ahí el epíteto de «terrible» dado particularmente á aquellas jornadas de venganza, en que la clase de los opresores vió el hacha volverse contra sí.

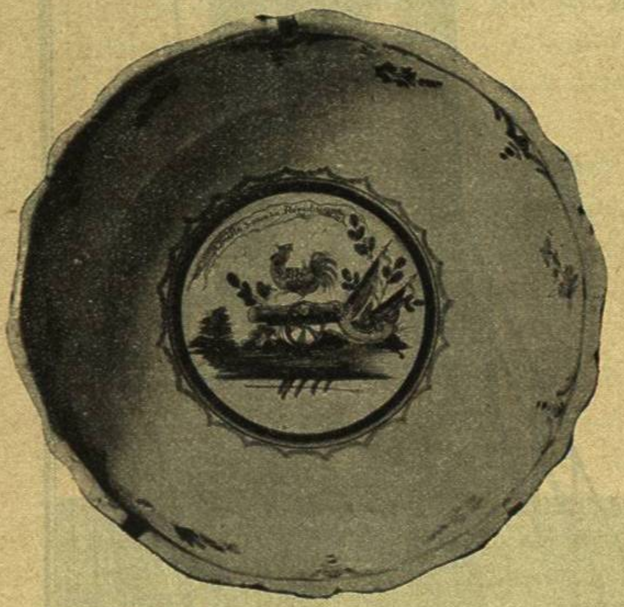


Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

« LA VERDADERA GUILLOTINA ORDINARIA ES EL MÁS FIRME SOSTÉN DE LA LIBERTAD »

Sin embargo, aquel movimiento de reacción, fenómeno de retribución tan normal en una masa inconsciente, tuvo para la Francia republicana, que nacía á la vida moral, los más funestos resultados. Mientras que entre los ciudadanos, los unos se acostumbraban á la vista de la sangre, á las denuncias, á las prácticas policíacas, y se agrupaban de antemano al séquito de un déspota cualquiera;

los otros se temían á sí mismos y cesaban de creer en la realización de su ideal. Entre las cabezas que se veían caer, algunas eran ciertamente de aquellas en que más había vibrado el pensamiento y que buscaron con mayor afán el secreto del porvenir. La opinión pública vaciló, los asesinos temblaron ante su obra de muerte y la reacción se hizo inevitable. Francia, ya sin brújula, sin línea de conducta, dejó el poder en manos de los ambiciosos y de los hábiles. ¡La Revolución sólo había sido una larga esperanza y la ilusión de un día! Su realización se remitía á los siglos futuros.



Museo Carnavalet.

PLATO CON LA INSCRIPCIÓN: «VELO POR LA NACIÓN»

La igualdad no podía ser más que una vana palabra para los que no tenían parte alguna en la propiedad, es decir, para la mayoría de la nación. Suele repetirse que la venta de las tierras nobles y de los terrenos de mano muerta eclesiástica dió por resultado transformar el campesino en propietario, pero esta apreciación no está conforme con los hechos. Sí es cierto que el número de los poseedores del suelo se aumentó en notables proporciones, no fijadas de una manera precisa por las estadísticas de la época; fué aquel aumento una revolución económica de gran importancia, porque asoció nuevas capas sociales á la vida de la tierra y produjo un impulso hacia el aumento de la producción, pero el principio del reparto de los bienes regido por las eventualidades de la herencia, de la habilidad y de la casualidad, no se modificó en lo más mínimo, y la multitud de los proletarios rurales quedó como estaba antes, privada de todo pedazo de tierra, condenada á no recolectar el trigo sino en los campos de

un propietario noble ó burgués. Verdad es que la ley reconocía y glorificaba el derecho á la propiedad, mas para los que ya poseían, como en la parábola del Evangelio: «El que tiene tendrá más, y al que nada tiene, hasta se le quitará lo que tenga». Tal era la consecuencia forzosa de la conservación del derecho romano en el régimen de las tierras. En realidad, eso era lo que la burguesía, embriagada por su acceso al poder, entendía por «Derechos del hombre»; proclamaba su potencia política, correlativa á su potencia económica y á su apropiación del suelo productor. Así, enorme fué el escándalo



que se produjo cuando en Septiembre de 1789, un cura de Issy-l'Eveque, pueblecillo pintoresco del Autonesado, tomó en serio la palabra igualdad y procedió tranquilamente al reparto igual de las tierras. Pronto se le hizo saber que atentaba contra el arca santa de la propiedad, mucho más sagrada que todos los tabernáculos religiosos. Los pobres, los vagabundos, debían quedar fuera de la propiedad, fuera de la ley.

La misma política se siguió respecto de los obreros de la industria. Por la supresión de los *jurandes* (jurados de los antiguos gremios) y de las *maitrises* (títulos de maestro), se libró el trabajo del conjunto de leyes y costumbres que prohibía el acceso de los oficios á los artesanos ambiciosos y á los burgueses incompetentes; pero los obreros no estaban armados contra las empresas de sus patronos. Los «defensores de todas las libertades», es decir, los legisladores, prohibieron á los obreros, por la ley de 14 de Junio de 1791, el derecho de coaligarse para la defensa de sus intereses, calificados de «supuestos» en el texto oficial. Chapelier, el ponente

de dicha ley, que, bajo diversas formas ha prevalecido después, estableció muy claramente la teoría que había de permitir á los patronos aislados ó asociados romper siempre la resistencia de los obreros aislados. «No hay corporaciones en el Estado, decía, no hay más que el interés particular de cada individuo y el interés general, y nadie debe inspirar á los ciudadanos un interés intermediario». En virtud de esos principios, la sociedad podría lógicamente impedir la formación de un club de jugadores de pelota ó de una asamblea de arqueólogos. De ese modo, la burguesía, conseguido su objeto, prohibía al pueblo todavía oprimido usar el lenguaje que ella misma había empleado. Los conquistadores del poder, reemplazando á los antiguos nobles, se habían apresurado á levantar el puente de la ciudadela donde acababan de entrar, y para asegurar más sólidamente el derecho exclusivo de los propietarios, los que nada poseían fueron excluídos del derecho de sufragio: más de la cuarta parte de los Franceses quedaron privados del voto por no pagar la contribución exigida, tres jornadas de trabajo, unos tres francos.

Por lo demás, la multitud todavía inconsciente, cuyo impulso se ejercía de una manera irresistible sobre los legisladores, apenas tenía una idea vaga de su derecho á la propiedad del suelo. Las ideas socialistas tenían escasísima representación en el gran movimiento precursor de la Revolución; casi todos los folletos escritos durante el período del entusiasmo renovador, proclaman el respeto debido á la propiedad, y por una singular inconsecuencia, en nombre de la propiedad misma, que es el primero de los privilegios, se pide la supresión de los privilegios. «¡Reformas, no Revolución!» tal era el grito universal de los innovadores que, sin saberlo ni quererlo, se introdujeron en el engranaje de la Revolución. En resumen, una veintena de escritos vagamente socialistas por la expresión, otros cinco ó seis de tendencia más precisa y consciente, tal es la significación del socialismo entre los cuatro mil folletos que, con los cuadernos, expresan los votos de Francia en 1789 [1]. Y durante el curso de los acontecimientos trágicos de los años siguientes, la lógica de las cosas no hizo brotar un ideal nuevo del pensamiento

[1] André Lichtenberger, *Revue Socialiste*, 2 Junio 1898.

de los escritores; el instinto primitivo no había tomado aún forma social. Ni la masa popular, ni los que la representaron, como Jacques Roux, Varlat, Leclerc, tuvieron doctrinas claras. Los que fueron llamados agitadores del pueblo no le guiaban, le seguían [1], limitándose á traducir sus vagas aspiraciones, que eran sencillamente «el deseo de mejorar, el sueño de comer hasta saciar su hambre». Y sin embargo, la historia demuestra que la Revolución, aunque sin haber formulado las primeras palabras del socialismo, fué su elemento precursor. La Revolución fué audaz, y una primera audacia engendra audacias nuevas.



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

FRANC. EMILIO GRACO BABEUF

nacido en Saint-Quentin en 1760, ejecutado en Vendome el 26 de Mayo (?) de 1797.

Un solo nombre recuerda tentativas hechas durante la Revolución, dirigidas á una transformación social que hubiera tenido por móvil la igualdad entre los hombres y por resultado poner en común la tierra y sus productos. Este nombre es el de Graco Babeuf, símbolo de la toma audaz de las tierras, á las que todos los ciudadanos tienen derecho. La sociedad fundada para realizar este ideal fué la de los «Iguales», que querían realizar «la comunidad de los bienes y del trabajo» [2]. Se les dió el nombre de «anarquistas», que no merecían, pues también contaban crear la igualdad por las leyes, los decretos, la constitución

[1] Bernard Lazare, *Histoire des Doctrines révolutionnaires*, p. 13.
[2] B. Philippe Buonarotti, *Conjuration pour l'égalité, dite de Babeuf*, p. 87.

de un comité de salud pública, la organización de un ejército de conjurados, cuyos soldados ni siquiera hubieran sido todos iniciados en el objeto de la empresa. Fracasaron esas sabias combinaciones, y el «Terror», que á la sazón funcionaba en beneficio de la reacción, aniquiló la sociedad de los «Iguales»: la muerte, las prisiones y el destierro dieron cuenta de sus esfuerzos. Babeuf fué guillotinado en 1797, pero su compañero, el pisano Buonarotti (1761-1837), vivió el tiempo suficiente para alcanzar después de 1830 nuevos apóstoles de la Igualdad, los representantes de las nacientes escuelas socialistas.

Así resultó que la gran Revolución fué absolutamente estéril para la realización del único ideal que hubiera hecho la revolución verdadera, la supresión de la pobreza. El movimiento económico continuó su curso que había de terminar en la agrupación de los capitales, en la fundación de las grandes fábricas, en el desarrollo del proletariado. En cuanto á la percepción de las contribuciones que el gobierno establecía sobre el trabajo de los ciudadanos, quedó la misma, y, como dice ingeniosamente un escritor escéptico, la reforma de los impuestos del antiguo régimen fué una sencilla mascarada; se les dió otro nombre para contentar al cándido público de los contribuyentes: la «talla» y las «vigésimas» fueron calificadas de «contribuciones territoriales»; la tasa de «maestros y jurados» y el derecho del «marco de oro» fueron reemplazadas por las «patentes»; se designó el derecho de «marca» por la palabra «timbre»; las «ayudas» se denominaron «contribuciones indirectas y derechos reunidos»; la terrible «gabela», que maldijeron tantos infelices condenados á galeras y á muerte, es actualmente el modesto «impuesto de la sal»; las «servidumbres» fueron suprimidas, pero se les reemplazó por las prestaciones. No hubo más que un cambio: el lenguaje administrativo se enriqueció con palabras nuevas [1]. Pero había otro impuesto, el de la sangre, que jamás se pagó tan horriblemente como en los años que siguieron al advenimiento oficial de la burguesía parlamentaria.

Al menos, una cosa quedó como obra de la Convención, intérprete de la clase que establecía entonces su dominación política: la

[1] G. de Molinari, *Grandeur et décadence de la Guerre*, p. 221.

burguesía comprendió que el saber le era indispensable para asegurar su poder, y supo aprovechar para la generación naciente todos los progresos realizados en el conjunto de las ciencias, fundando grandes escuelas, que eran como mesas abundantemente servidas, cuyas migajas cayeron sobre el pueblo reunido alrededor del festín. No hay duda que esas fundaciones habían de terminar en la constitución de un nuevo monopolio, el de los diplomas, de la dictadura intelectual; pero los iniciadores del nuevo orden de cosas no vieron al principio en su obra más que el lado generoso de la empresa, y como consecuencia la extensión de los estudios y las investigaciones tomaron un vuelo maravilloso.

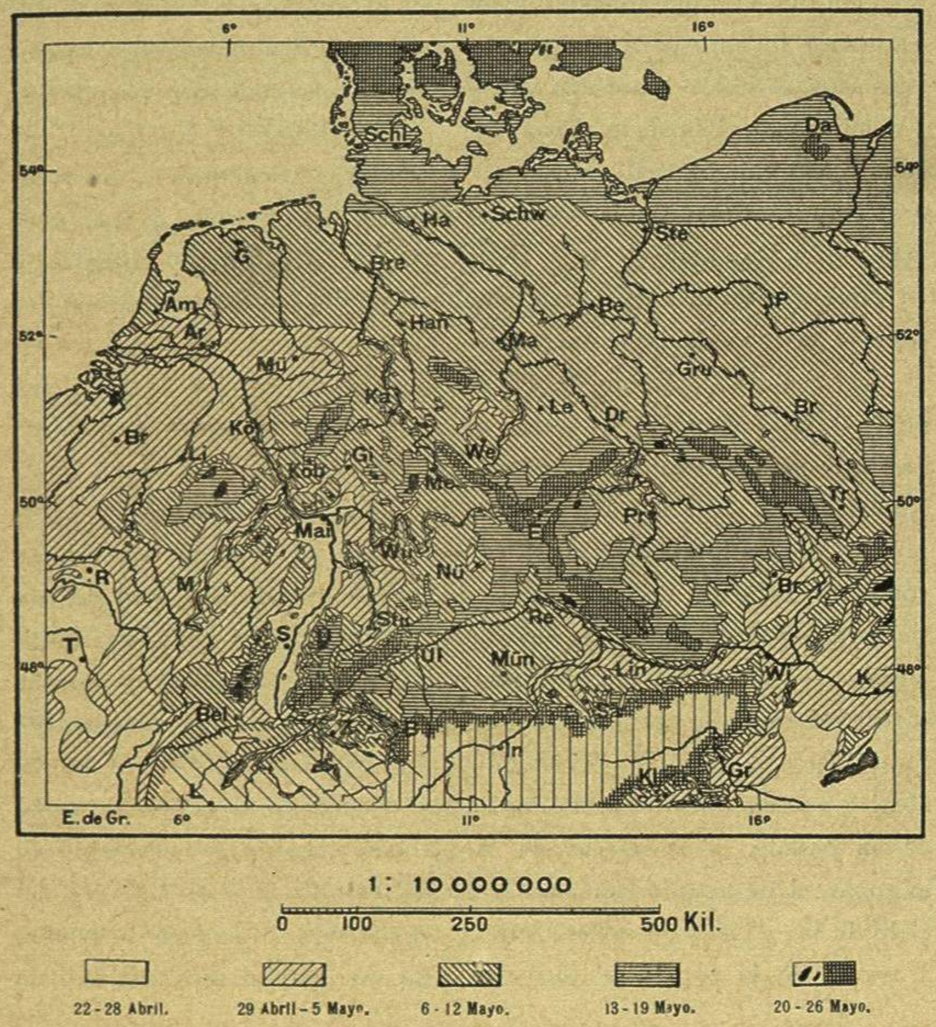
La Revolución francesa corresponde en la historia del pensamiento á una grandísima evolución, la que reemplazó las especulaciones metafísicas por la medida, el peso, la serie, la clasificación, y esto precisamente en una época en que aún prevalecía el lenguaje de la «sensibilidad», de la «sensiblería», y en que lo trágico de la vida iba casi siempre acompañado de retórica. Lavoisier, una de las víctimas de la Revolución, demostró por pesos infinitesimales cómo uno de los elementos del aire se combina con los cuerpos oxidados; Guyton de Morveau, por su método de notación química, instauró una nueva lengua que pudo servir durante un siglo, y aun en nuestros días, para guiar á los sabios en sus estudios; finalmente, por la fijación y el empleo del metro y de sus derivados, obra debida á las investigaciones de los astrónomos y de los matemáticos de la época, se simplificó grandemente la tarea material de los sabios: se hizo la claridad en sus cálculos, y pareció como si de pronto se alargara la vida, puesto que se podía producir mayor cantidad de trabajo. La forma misma del planeta que nos sostiene, medido en la Europa occidental, en Laponia y en las regiones ecuatoriales de América sirvió para determinar la longitud primaria del patrón, que se multiplica por las potencias sucesivas de diez para obtener todos los múltiplos del metro inicial — y que se divide por esas mismas cifras para obtener las subdivisiones del metro —, y que sirve también para determinar los pesos tomando el volumen del agua por intermediario. Á pesar de la tenacidad de la rutina, la medida nueva ha reemplazado gradualmente las «anas» y «brazas» antes empleadas,

y poco á poco ha conquistado el mundo, hasta en los pueblos cuya acta de nacimiento, en aquel «período terrible de la Revolución», llenó de un horror santo.

El cambio del calendario no ha tenido el mismo éxito, aunque el calendario empleado todavía en las naciones que se llaman civilizadas sea un conjunto de absurdos, algunos de los cuales tocan en el ridículo. ¿Qué fecha es esa del 1.º de Enero, que no corresponde absolutamente á nada terrestre ni á nada estelar? Los cristianos no pueden hallar otro argumento en su favor más que la leyenda relativa á la circuncisión del Hombre-Dios, por cuyo rito Jesús fué incorporado á aquella misma religión judía que había de destruir. Pero astronómica y lógicamente no debería hacerse partir el año más que del principio de una de las estaciones, sea de los solsticios del invierno ó del verano, sea de los equinoccios de la primavera ó del otoño. La Revolución francesa tomó su punto de partida en este último cambio de estación, en el 1.º Vendimiario, fecha que debía recordar al mismo tiempo á las edades futuras la proclamación de la República francesa. Sin embargo, la mayor parte de las tribus primitivas, y todos los hombres puede decirse, obedeciendo á su instinto natural, colocan el primer día del año en los primeros días de la primavera ó «primer tiempo» y celebran entonces la «renovación». La división del año en meses desiguales no es menos extraña. ¿Por qué esa diferencia de días — 28, 29, 30 y 31 —, diferencia que no tiene fundamento alguno, y que se recuerda, no por una razón lógica de ninguna especie, sino por medios mnemotécnicos más ó menos extraños? ¿No sería natural, como lo hicieron los matemáticos innovadores de la Revolución, dar á cada mes el mismo número de días — treinta, agrupados en tres décadas —, y añadir al final del año los cinco ó seis días reglamentarios que exige la posición respectiva del planeta, del sol y del mundo estelar? En cuanto á los nombres de estos meses, supervivencias del calendario romano, ¿no debieran cambiarse, no sólo en nombre del buen sentido, sino también en el de la dignidad humana? ¿No es absurdo llamar Septiembre al «noveno» mes y así sucesivamente hasta Diciembre ó «décimo», que es el mes duodécimo? Es verdaderamente indigno continuar en nuestros idiomas las prácticas de adulación inventadas por los cortesanos

arrodillados ante el conquistador Julio César y el todopoderoso Augusto. Por último, ¿á qué conservar la antigua división caldea de los meses en semanas ó grupos de siete días, cuyo ritmo es inde-

N.º 432. El 1.º Floreal en Alemania.



Este mapa, debido á E. Ihne (*Petermann's Mitteilungen*, 1905, p. 97), está basado sobre la fecha de floración de una docena de especies — endrino, ciruelo, grosellero, cerezo, peral, manzano, lila, castaño, espino majuelo, citiso, serbal, membrillo — observada durante una serie de años en muchas estaciones; las más importantes están marcadas por las primeras letras de su nombre. Faltan los informes respecto de los países alpinos.

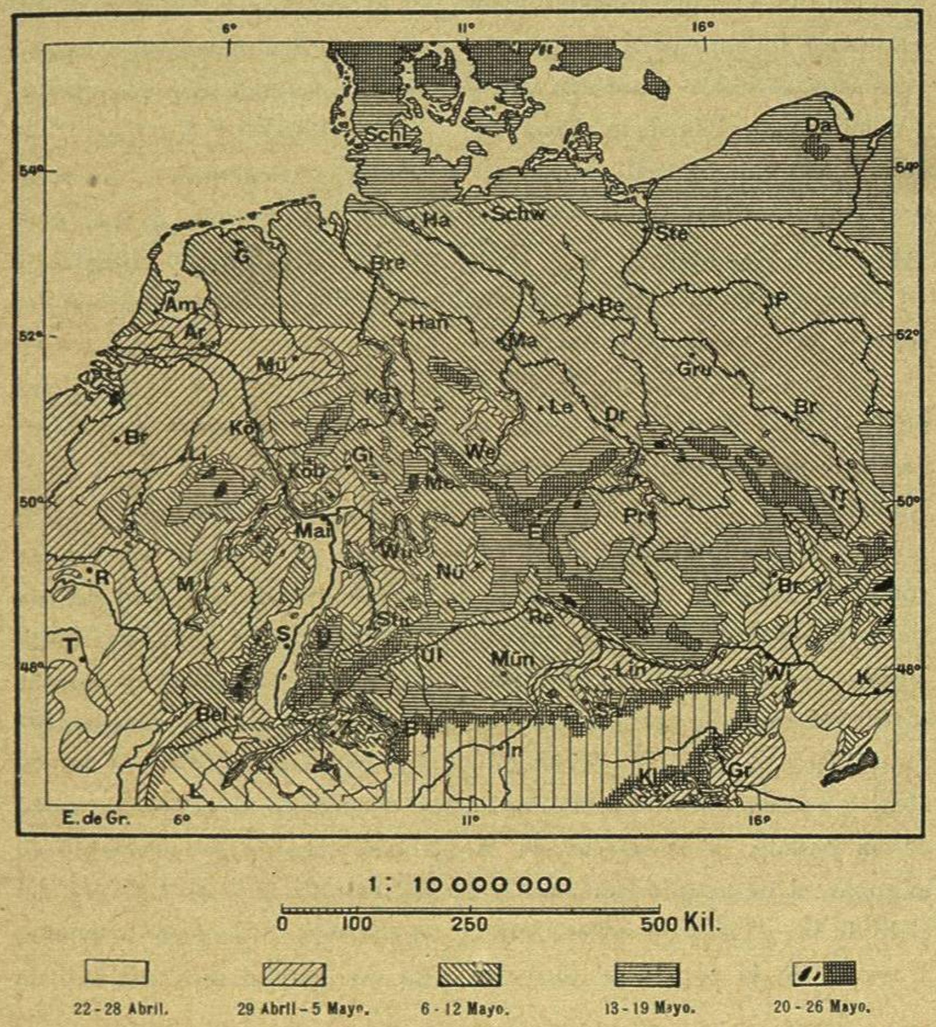
pendiente del de los años, y no ha de cambiarse la nomenclatura de los días, tomados sin ningún método á las mitologías antiguas, naturista, latina y cristiana?

y poco á poco ha conquistado el mundo, hasta en los pueblos cuya acta de nacimiento, en aquel «período terrible de la Revolución», llenó de un horror santo.

El cambio del calendario no ha tenido el mismo éxito, aunque el calendario empleado todavía en las naciones que se llaman civilizadas sea un conjunto de absurdos, algunos de los cuales tocan en el ridículo. ¿Qué fecha es esa del 1.° de Enero, que no corresponde absolutamente á nada terrestre ni á nada estelar? Los cristianos no pueden hallar otro argumento en su favor más que la leyenda relativa á la circuncisión del Hombre-Dios, por cuyo rito Jesús fué incorporado á aquella misma religión judía que había de destruir. Pero astronómica y lógicamente no debería hacerse partir el año más que del principio de una de las estaciones, sea de los solsticios del invierno ó del verano, sea de los equinoccios de la primavera ó del otoño. La Revolución francesa tomó su punto de partida en este último cambio de estación, en el 1.° Vendimiario, fecha que debía recordar al mismo tiempo á las edades futuras la proclamación de la República francesa. Sin embargo, la mayor parte de las tribus primitivas, y todos los hombres puede decirse, obedeciendo á su instinto natural, colocan el primer día del año en los primeros días de la primavera ó «primer tiempo» y celébran entonces la «renovación». La división del año en meses desiguales no es menos extraña. ¿Por qué esa diferencia de días — 28, 29, 30 y 31 —, diferencia que no tiene fundamento alguno, y que se recuerda, no por una razón lógica de ninguna especie, sino por medios mnemotécnicos más ó menos extraños? ¿No sería natural, como lo hicieron los matemáticos innovadores de la Revolución, dar á cada mes el mismo número de días — treinta, agrupados en tres décadas —, y añadir al final del año los cinco ó seis días reglamentarios que exige la posición respectiva del planeta, del sol y del mundo estelar? En cuanto á los nombres de estos meses, supervivencias del calendario romano, ¿no debieran cambiarse, no sólo en nombre del buen sentido, sino también en el de la dignidad humana? ¿No es absurdo llamar Septiembre al «noveno» mes y así sucesivamente hasta Diciembre ó «décimo», que es el mes duodécimo? Es verdaderamente indigno continuar en nuestros idiomas las prácticas de adulación inventadas por los cortesanos

arrodillados ante el conquistador Julio César y el todopoderoso Augusto. Por último, ¿á qué conservar la antigua división caldea de los meses en semanas ó grupos de siete días, cuyo ritmo es inde-

N.° 432. El 1.° Floreal en Alemania.



Este mapa, debido á E. Ihne (*Petermann's Mitteilungen*, 1905, p. 97), está basado sobre la fecha de floración de una docena de especies — endrino, ciruelo, grosellero, cerezo, peral, manzano, lila, castaño, espino majuelo, citiso, serbal, membrillo — observada durante una serie de años en muchas estaciones; las más importantes están marcadas por las primeras letras de su nombre. Faltan los informes respecto de los países alpinos.

pendiente del de los años, y no ha de cambiarse la nomenclatura de los días, tomados sin ningún método á las mitologías antiguas, naturista, latina y cristiana?

La Revolución francesa resolvió esta cuestión del calendario por los cuidados del matemático Romme. Desprendiéndose resueltamente de la «rutina cristiana», la nación «inscribió la República en la geometría celeste» (M. Chelet), en tanto que el cancionero Fabre d'Eglantine, elevado sobre sí mismo por el soplo de la Hora (Laurent Tailhade), inventó para designar los meses con denominaciones magníficas esos vocablos soberbios que por sí solos forman un poema: «Vendimiario, Brumario, Frimario, Nivoso, Pluvioso, Ventoso, Germinal, Floreal, Prarial, Mesidor, Termidor y Fructidor», nombres todos que á pesar de la contra-revolución han entrado y que permanecerán seguramente bajo los climas de la Europa occidental, y en otros países se imaginarán nombres según los mismos principios para la marcha de las estaciones.

En cuanto al cambio de era introducido en la serie de los tiempos por la Revolución francesa, no tenía razón de ser ni de prolongarse, y seguramente el porvenir no volverá á él. El año I de la República no fué el advenimiento de una humanidad nueva, despojada de las preocupaciones tradicionales y viviendo dichosa en completo espíritu de justicia y de paz fraternal: la edad de oro siempre esperada, siempre retardada, no surgió esta vez; la claridad fugitiva percibida no fué sino una falsa aurora. La era republicana sustituyendo á la era cristiana no fué sino una ilusión sucesora de otra ilusión. Ninguna revolución, por importante que sea en su ideal y en sus consecuencias realizadas, desprende el género humano de su pasado; y la misión de la historia consiste precisamente en exponer el desarrollo sistemático de los acontecimientos á través del ciclo de las edades, lo mismo que la repercusión de pueblo en pueblo á través de la superficie terrestre. La era verdadera [1], no hallada

[1] Véase acerca de este asunto: «Nouvelle proposition pour la suppression de l'ère chrétienne», *Temps Nouveaux*, 6 de Mayo de 1905.

He aquí su traducción, tomada del *Boletín de la Escuela Moderna*, de Barcelona, de 31 de Mayo de 1905:

«De la supresión de la era cristiana. — Hay cándidos que se imaginan que el proyecto de ley para la separación de la Iglesia y del Estado contiene la solución de los problemas futuros, relativamente á la verdadera emancipación de la conciencia humana.

» No hay tal. Discutan, enmienden y voten cuanto quieran los señores de la Cámara y del Senado, la situación siempre es la misma, porque el Estado y la Iglesia coinciden en tener una misma y única ambición, y puede decirse que se confunden esencialmente por sus principios: ambos pretenden la autoridad absoluta.

» Conocemos la Iglesia por Gregorio VII, Inocencio III, el Concilio de Trento y las inqui-

aún, será la que determine científicamente las fechas precisas del hecho conocido más antiguo en los anales de la humanidad.

La repercusión del gran drama de Francia sobre las otras comarcas de Europa y del mundo fué muy diversa, según la diferencia de

siciones de todas formas, católicas y protestantes; no le basta con poseer las almas, quiere también los cuerpos; no se contenta con las creencias, ambiciona también los bienes.

» El Estado por su parte quiere indudablemente convertir los súbditos en esclavos, sujetándolos por el impuesto, por las leyes y por una reglamentación íntima y molesta: con la pretensión además de dictar la moral y de reinar sobre las conciencias. Los catecismos se equivalen, tanto si van adornados con la cruz como si ostentan el escudo nacional.

» Á nosotros, pues, los rebeldes, corresponde arruinar á la vez la autoridad concebida por las gentes de la Iglesia y por los sicarios del Estado; hemos de hacernos libres. Libres de toda creencia en el milagro; desprendidos de todo razonamiento que vuelva nuestras ideas á la concepción de un señor absoluto, y nuestros actos á la práctica de la obediencia tradicional; hay que entrar de verdad en una sociedad nueva, en que toda fuerza sea debida á las individualidades pensantes y activas y á su agrupación autónoma en renacientes centros de energía.

» Somos nosotros mismos los que hemos de separarnos del Estado y de la Iglesia, no dando á las instituciones del pasado más que un valor histórico.

» De modo, que en esa cuestión de la Iglesia, lo mismo que en la del Estado, la política corriente sólo tiene para nosotros un interés puramente exterior; la verdadera evolución se verifica en nosotros. ¿Hasta qué punto hemos podido desprendernos de toda superstición religiosa y especialmente de las supervivencias cristianas? El lenguaje contiene multitud de expresiones procedentes de una creencia primitiva en el milagro: ¿hacemos un esfuerzo para abandonarlas, sustituyéndolas por formas verbales y por frases que tengan valor real en concordancia con la razón? ¡Cuántas veces en nuestras conversaciones hemos tropezado con las palabras «creación del hombre», «palabra de Evangelio», «bella moral cristiana», y cuántas veces, por la división del tiempo en semanas, fiestas, meses, años, siglos, era general, etc., hemos regresado á las absurdas concepciones cristianas! ¿Hay nada más desprovisto de buen sentido que la ordenación de los acontecimientos en dos categorías contrarias, la de los hechos ocurridos antes del presunto nacimiento de Jesucristo, suponiendo que haya existido, y la clasificación de los hechos ocurridos posteriormente á ese nacimiento? Según ese método irracional, todos los puntos de la historia se clasifican de conformidad con una fecha puramente hipotética, y según dos escalas contradictorias: una descendente hasta cero, otra ascendente desde ese mismo cero hasta nuestros días. Un doble sistema de numeración, que funciona en sentido inverso, perturba forzosamente la inteligencia y produce una confusión mnemotécnica que termina para muchos en la ignorancia: abandónase el conocimiento de una clasificación destinada de antemano á inmediato olvido. ¡Y pensar que hay en este momento en los bancos de la escuela más de cien millones de niños obligados á especular sobre ese fárrago de una doble cronología, que divide, por ejemplo, el reinado de Augusto en dos partes, desde el año 29 al año 0, y desde el año 0 al año 14! ¡Y que sea necesario adicionar toda una serie de más (+) con una serie de menos (—)!

» Entre las eras sucesivamente adoptadas por los pueblos, no hay seguramente una á la vez tan ridícula y tan contraria á un estudio serio de la historia.

» Se comprende la era de los judíos, que parten resueltamente de lo que creen ser el principio del mundo, según sus libros santos. Verdad es que, según diferentes copistas, cuya nomenclatura no era la misma, daban á esta creación de la tierra fechas que diferían aproximadamente en un millar de años, pero el principio quedaba á salvo. La mayoría de los otros pueblos contaban naturalmente las edades á partir del período en que comenzaban sus propios anales. Los caldeos y los egipcios partían de la fundación de Babilonia ó de la de Menfis; los griegos tenían la serie de los juegos nacionales, celebrados en Olimpia, y los romanos medían su existencia por la de la ciudad que aún hoy se llama la «Ciudad Eterna».

» Evidentemente hay que fijarse en un método que concuerde con la razón: no basta disfrazar el origen eclesiástico de la cronología de las escuelas, dándole el nombre de «era común» ó «era vulgar», por no decir «era de Nuestro Señor». Se ha buscado con empeño,

los medios. Ruda fué la sacudida, y en tanto que ciertos Estados, como la Gran Bretaña, extremaban su resistencia ante el peligro, otros, profundamente conmovidos, habían de acomodarse al nuevo orden de cosas, conforme á nuevos repartos geográficos: al viejo é

en los tiempos más remotos que recuerda el hombre, un hecho inicial que abarque toda la sucesión de acontecimientos que constituyen nuestra historia; sin embargo, hay que reconocerlo, la obscuridad de los documentos de que disponen los historiadores no les permite ponerse de acuerdo sobre la fecha precisa de los acontecimientos relativamente poco lejanos de nosotros, tales como los que precedieron á las guerras médicas y los conflictos entre Roma y Cartago; con mayor motivo se está en duda cuando se trata de hechos que, si ciertamente han ocurrido, la tradición los coloca más ó menos vagamente en las edades anteriores al florecimiento de la cultura en Egipto y en Mesopotamia. Respecto de estos hechos, las evaluaciones varían de centenas y aun de millares de años, y toda era que parta de uno de esos hechos de fecha incierta dará lugar á inocentes discusiones, debiendo ser de antemano recusada como hipotética.

»No es, pues, en la coyuntura de los acontecimientos terrestres, sino en los movimientos celestes, donde ha de buscarse una era inicial desde la cual puedan clasificarse todos los acontecimientos de la historia humana con sus fechas, las primeras más ó menos conjeturales, las segundas ya más aproximativas y las otras seguras y comprobadas por la comparación de los anales.

»En esto no hay más que seguir los estudios de los sabios que descifraron las escrituras cuneiformes. Conviene adoptar la era científica, á partir de la cual la historia clasificará sencillamente la serie de los hechos sin que la memoria de los escolares se obstruya, en honor de Jesucristo, con dos cronologías que se desarrollan en sentido inverso. Así, partiendo del primer eclipse reconocido, la construcción del Partenon dataría del año 11,004; el descubrimiento de América por los normandos respondería el año 12,542, y actualmente estaríamos en 13,447. Claro es que habiendo de ser serio el estudio en nuestras escuelas, la cronología sinóptica no se emplearía sino para fijar de una manera general la sucesión de todos los acontecimientos del mundo; pero habiendo tenido la historia de cada pueblo su evolución particular en el tiempo y en el espacio, habrá de ser estudiada en el período de su vida especial, en el curso de la duración de los siglos que le corresponden. Cada país, China, India, Grecia, Roma, Francia, Inglaterra nos aparecerá en su tiempo, en su sucesión general del ciclo humano.

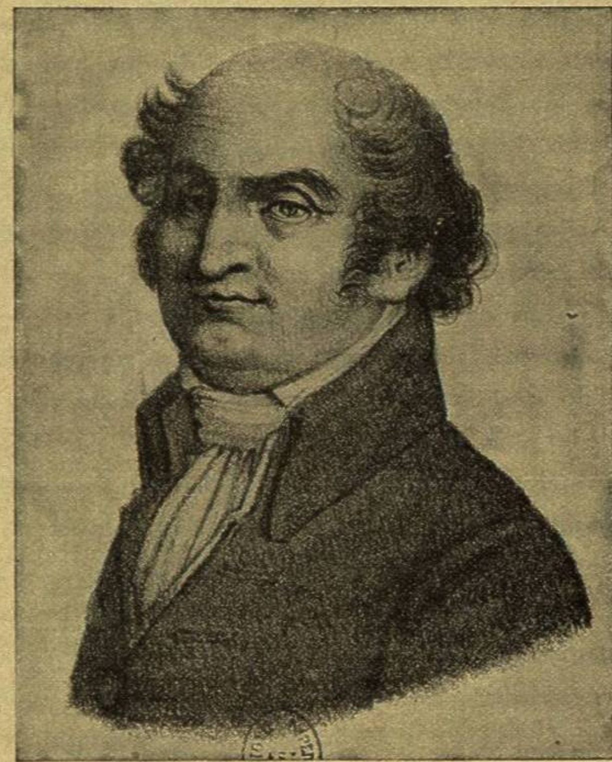
»No ignoro que una proposición como la que someto á nuestros amigos, sólo puede tener valor á condición de responder á un voto popular; si el deseo de saber y de la simplificación del estudio penetra profundamente en la masa de las naciones que se dicen civilizadas, es indudable que será recogida, discutida, resuelta y producirá una verdadera revolución intelectual; porque la supresión de un absurdo en beneficio de la verdad bien merece ese nombre.

»Ya en el siglo XVI, un erudito, José Scalígero, resolvió la cuestión de una manera análoga, pero no se vió en su trabajo más que un juego de ingenio; después, en 1892, el excelente Gabriel De Mortillet, el geólogo anticristiano, propuso una reforma cronológica poco diferente; pero se dirigía á unos sabios, que se limitaron á sonreir ante su celo iconoclasta.

»No hay que decir que no incurriremos en la tontería de presentar nuestro voto en forma de petición á ninguna sabia academia; harto sabemos de antemano la acogida que se le haría. Las academias se han instituído para conservar piadosamente las cosas pasadas, para honrar lo viejo y mantenerlo en su rancio carácter de antigüedad; ellas son la defensa del viejo lenguaje del gran siglo contra todas las invasiones del lenguaje moderno; á pesar suyo se han creado todas las palabras nuevas, todos los giros literarios que responden á las adquisiciones y á las transformaciones del pensamiento, á las pasiones de la vida. No hablo, pues, aquí más que á mis compañeros en rebeldía, quienes, por su acción directa, no sólo desean constituir una sociedad nueva, sino que quieren también darle toda una decoración artística correspondiente y un cuadro científico desembarazado de todas las formas trasnochadas de las religiones antiguas. Ha llegado el tiempo de las escuelas revolucionarias y de la ciencia emancipada, y confiamos en los jóvenes decididos á cortar definitivamente el cable que nos ligaba á la religión de la servidumbre y del milagro.»

inestable equilibrio sucedía forzosamente otro nuevo, más en relación con las condiciones ambientes.

Bélgica entró en el remolino revolucionario. Siendo contra la naturaleza antigua dependencia de España, que ésta, á causa de la imposibilidad material de las relaciones á través del territorio de Francia, hubo de transmitir á su aliada la no menos católica y devota Austria, Bélgica hizo también su revolución algunos meses después de la toma de la Bastilla. Conducida nuevamente por la fuerza bajo la dominación imperial, fué invadida en 1792 por los ejércitos republicanos para convertirse en un gran campo de batalla, en cuyo suelo propicio se disputaban los destinos de Europa. En cuanto á la próxima Holanda, ya habían pasado los días en que podía medirse victoriosamente con las flotas de Francia y de Inglaterra. Había desaparecido el viejo espíritu republicano, y la burguesía, harta de riquezas por la venta de especias, envilecida moralmente por la mala conciencia que da el parasitismo, no tenía ya la energía necesaria para emplear sus capitales en la defensa del territorio nacional. Sucesivamente se habían dirigido graves ataques á la independencia de Holanda por sus vecinos ingleses y prusianos, cuando las tropas francesas se presen-



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

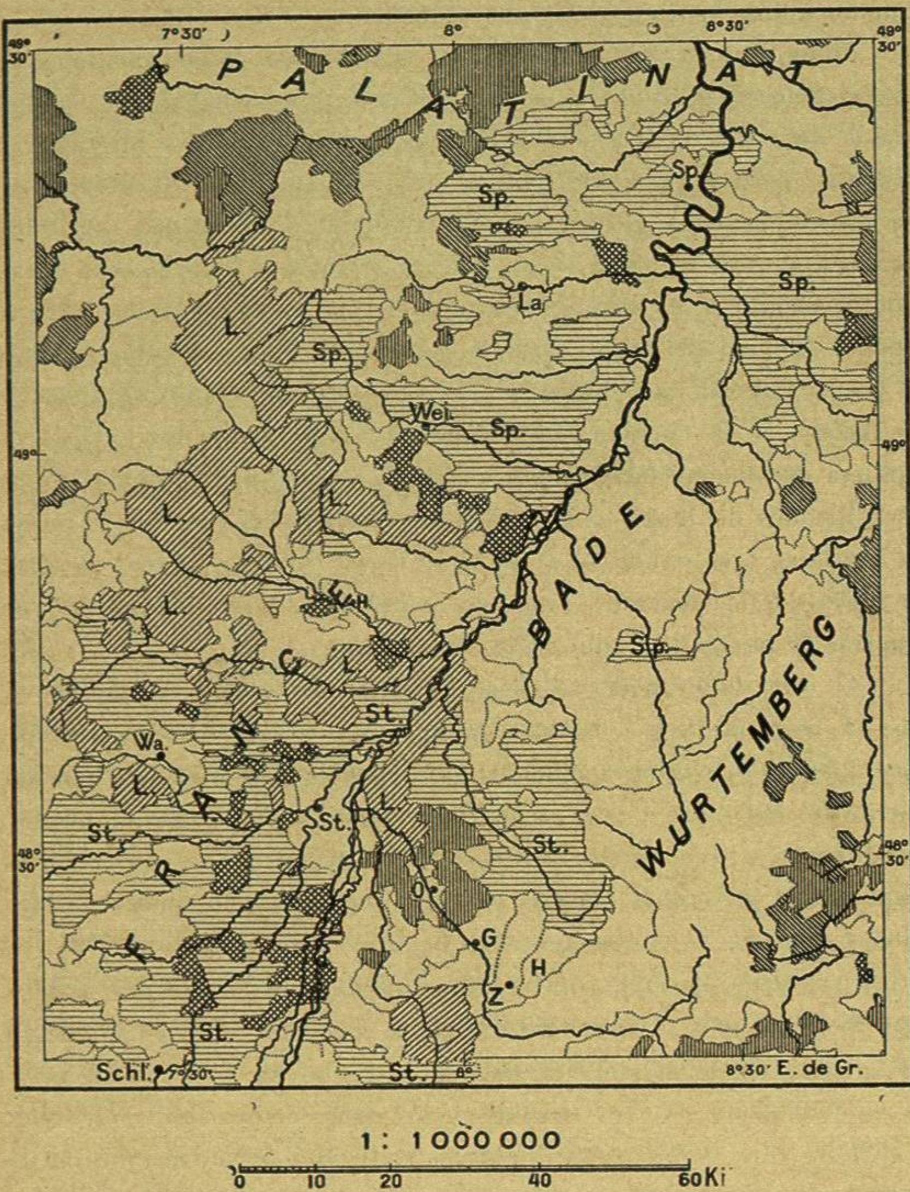
CH. G. ROMME

nacido en Riom en 1750, condenado á muerte en la reacción de Prarial, año III, se dió muerte á puñaladas con otros cinco amigos.

taron á su vez: en algunas semanas se entregó el país casi sin defensa, y la República bátava, satélite natural de la República francesa, quedó constituída (1795). Pero el nuevo Estado carecía ya de flota, ó lo que de ella le quedaba era insuficiente para rechazar los barcos de guerra ingleses. Las colonias lejanas de Holanda, teniendo cortadas sus comunicaciones con Amsterdam y hallándose faltas de fuerzas locales organizadas que pudiesen resistir á nuevos invasores, cayeron rápidamente en poder de los Ingleses, que obtuvieron con ello una indemnización de la gran pérdida que habían sufrido por la escisión de los Estados Unidos: verdad es que parte de ese mundo colonial hubo de ser devuelto después á Holanda, pero Inglaterra conservó el importantísimo punto estratégico del cabo de Buena Esperanza y Africa meridional con sus colonos holandeses, que durante el curso de cerca de un siglo no ha llegado á conciliar.

Las naciones están unidas unas á otras por un lazo de estrecha solidaridad: el intenso movimiento de reacción que se había producido en Inglaterra se extendía á Francia para hacerla también retroceder. A primera vista parece una paradoja considerar las causas principales del aborto que sufrió la Revolución en la conquista del imperio Indio por la Compañía de las Indias y, de una manera general, en el parasitismo colonial de Inglaterra, con sus forzosas consecuencias la destrucción de los enemigos indígenas y la esclavitud de los negros, y, sin embargo, esta afirmación se apoya sobre hechos innegables. ¿No fué, entre tantas causas que desviaron el espíritu revolucionario y le lanzaron en la vía fatal de la guerra más cruel y de la conquista, la más importante la adhesión inquebrantable de Inglaterra á todo el viejo régimen de derecho divino y de los privilegios señoriales? ¿No encontró la Europa monárquica el sólido punto de apoyo que acabó por darle el triunfo en el dominio de los mares y en los beneficios del comercio? ¿Y en qué halló esa fuerza reaccionaria la aristocracia inglesa sino en la complicidad del mismo pueblo, pervertido por sus victorias en las regiones lejanas, por la gloria militar, por las guerras de corso y por todas las infamias del parasitismo colonial? Los grandes crímenes cometidos por la trata de Africa y por la extremada explotación de Asia habían abatido por completo al pueblo después del período revolucionario del siglo XVII,

N.° 433. El valle del Rhin poco antes de la Revolución.



Entre el centenar de territorios distintos en los límites del mapa, señalamos: Spira y las propiedades de su obispo (Sp.), Estrasburgo y las propiedades de su obispo (St.), los distritos del señor de Lichtenberg (L.); las ciudades llamadas libres: Landau (La.), Wisemburgo ó Weissenburg (Wei.), Haguenau (H.), Wasselonne (Wa.), Schlettstadt (Schl.), Offemburgo (O.), Gegenbach (G.), Zell (Z.) y Harmersbach (H.).

y esa decadencia permitía á los nobles ingleses emplear contra una segunda revolución á la nación misma que había realizado la primera.

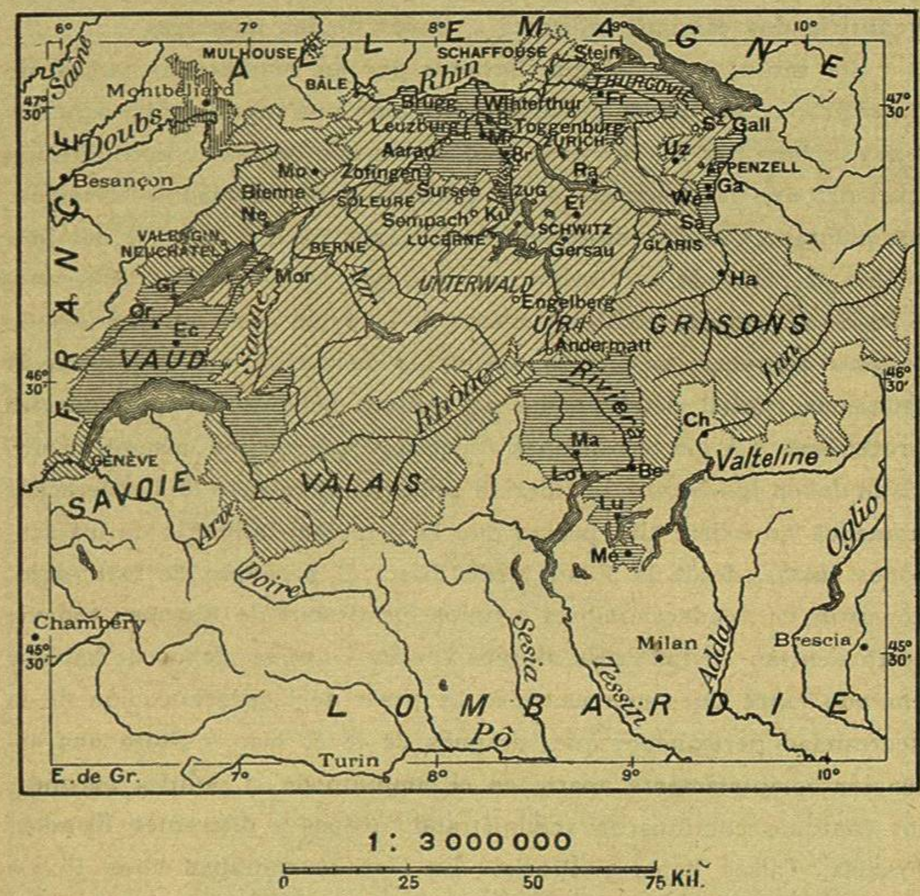
De todos modos, es notable que la Revolución se hiciera en Francia cuando había perdido todas sus colonias.

El imperio de Alemania, por su misma masa, podía resistir muy enérgicamente á los ejércitos republicanos que luchaban por la posesión del valle del Rhin. Por esa parte la guerra tuvo alternativas diversas, pero el resultado general del conflicto había de desarrollar en las poblaciones germánicas un movimiento de unidad patriótica análogo al que se había producido en Francia. Aunque sólo fuese por el choque y el amontonamiento, el caos se regularizaba poco á poco. Al final del siglo XVIII, la Revolución francesa había hallado el Santo Imperio compuesto de mil novecientos Estados, grandes y pequeños, si se cuentan separadamente todos los feudos en que la nobleza dominaba como señora absoluta [1]. Cien años después, todos esos Estados distintos, excepto dos, no existen más que bajo la forma de vestigios ó al menos de «cadáveres recalcitrantes», y ese contraste se debe exclusivamente á los acontecimientos determinados por las guerras y por el espíritu de la Revolución.

Al este de Francia hallábase Suiza en un estado de confusión, en un caos político solamente comparable al del imperio alemán. Los Estados ó cantones confederados formaban la menor parte del territorio helvético: éste comprendía también bailiazgos ó países-súbditos. De trece, siete cantones tenían rango de «ciudades libres imperiales» y algunas familias patricias mandaban en ellos á poblaciones urbanas y rurales privadas de todo derecho político; en los otros cantones el poder pertenecía al clero. Había además aliados que se unían más ó menos directamente á Suiza: como la república de Ginebra, los principados eclesiásticos de Basilea, Valais, Saint-Gall, la confederación de los Grisones y los principados de Neuchatel y Valengin. La intervención francesa, sostenida, principalmente en el cantón de Vaud, por insurrecciones locales, contrariada en otras partes, sobre todo en los cantones viejos, por la observancia hereditaria de las costumbres, puso fin á todo ese conjunto de supervivencias contradictorias, pero sin respeto para los «Derechos del hombre» solemnemente proclamados. En 1798 la República helvética fué cons-

[1] A. Himly, *Histoire de la formation territoriale des Etats de l'Europe centrale*, t. I, ps. 273 y siguientes.

N.° 434. Suiza en 1795.



He aquí, según A. Himly, los principales elementos de que se compone Suiza:

Los 13 cantones: Zurich, de que procedían las ciudades libres Stein y Winterthur; Berna con Brugg, Lenzburg, Aarau y Zofingen; Lucerna con Sempach y Sursee; Uri y el país de Andermatt; Schwitz con la ciudad vasalla de Kussnacht y el país de Einsideln (Ei.); Unterwalden; Zug; Glaris y la ciudad vasalla de Werdenberg (We.); Basilea; Fribourg; Soleure; Schaffhouse y por último Appenzell.

Los países dominados: Sarganos (Sa.), Turgovia y Frauenfeld (Fra.) pertenecientes á los ocho cantones viejos y Appenzell; — Baden (B.), Bremgarten (Br.), Mellingen (Me.), Rapperswyl (Ra.) á Zurich, Berna y Glaris; — Bellinzona (Be.) y la Riviera á los ocho cantones viejos; — Locarno (Lo.), Val Maggia (Ma.), Lugano (Lu.) y Meudrisio (Me.) á todos los cantones excepto Appenzell; — Morat (Mo.), Grandson (Gr.), Orbe (Or.) y Echallens (Ec.) á Berna y Friburgo; — Uznach (Uz.) y Gams (Ga.) á Schwitz y Glaris; — Engelberg y Gersau, libres bajo la protección de los cuatro cantones florestales; — el país de Vaud á la ciudad de Berna.

Los países asociados: La abadía de St.-Gall, Toggenburg, la ciudad de St.-Gall y Bienne.

Los países aliados: El Valais —, Mulhouse —, Neuchatel y Valengin —, Ginebra —, una parte del obispado de Basilea, con Val Moutier (Mo.) y Neuveville (Ne.) —, los Grisones y sus súbditos, Valtelina, Chiavenna (Ch.) y Haldenstein (Ha.).

tituída en país prácticamente vasallo, puesto que debía tomar parte en las guerras de la república vecina, suministrarle dieciocho mil

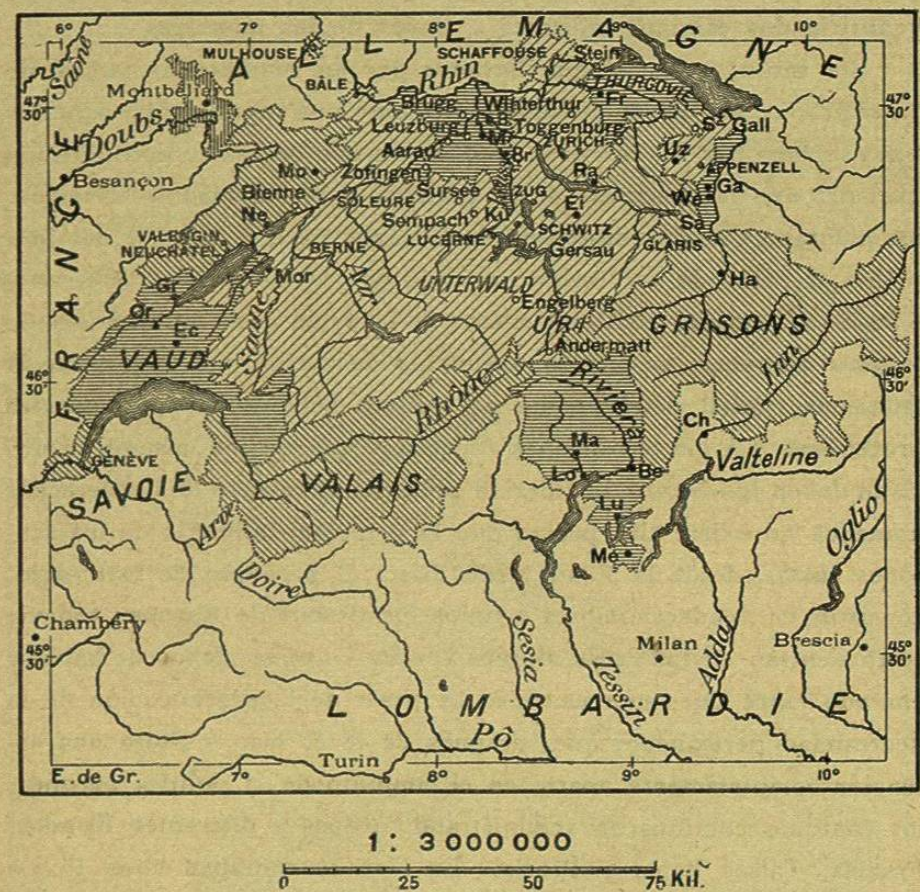
De todos modos, es notable que la Revolución se hiciera en Francia cuando había perdido todas sus colonias.

El imperio de Alemania, por su misma masa, podía resistir muy enérgicamente á los ejércitos republicanos que luchaban por la posesión del valle del Rhin. Por esa parte la guerra tuvo alternativas diversas, pero el resultado general del conflicto había de desarrollar en las poblaciones germánicas un movimiento de unidad patriótica análogo al que se había producido en Francia. Aunque sólo fuese por el choque y el amontonamiento, el caos se regularizaba poco á poco. Al final del siglo XVIII, la Revolución francesa había hallado el Santo Imperio compuesto de mil novecientos Estados, grandes y pequeños, si se cuentan separadamente todos los feudos en que la nobleza dominaba como señora absoluta [1]. Cien años después, todos esos Estados distintos, excepto dos, no existen más que bajo la forma de vestigios ó al menos de «cadáveres recalcitrantes», y ese contraste se debe exclusivamente á los acontecimientos determinados por las guerras y por el espíritu de la Revolución.

Al este de Francia hallábase Suiza en un estado de confusión, en un caos político solamente comparable al del imperio alemán. Los Estados ó cantones confederados formaban la menor parte del territorio helvético: éste comprendía también bailiazgos ó países-súbditos. De trece, siete cantones tenían rango de «ciudades libres imperiales» y algunas familias patricias mandaban en ellos á poblaciones urbanas y rurales privadas de todo derecho político; en los otros cantones el poder pertenecía al clero. Había además aliados que se unían más ó menos directamente á Suiza: como la república de Ginebra, los principados eclesiásticos de Basilea, Valais, Saint-Gall, la confederación de los Grisones y los principados de Neuchatel y Valengin. La intervención francesa, sostenida, principalmente en el cantón de Vaud, por insurrecciones locales, contrariada en otras partes, sobre todo en los cantones viejos, por la observancia hereditaria de las costumbres, puso fin á todo ese conjunto de supervivencias contradictorias, pero sin respeto para los «Derechos del hombre» solemnemente proclamados. En 1798 la República helvética fué cons-

[1] A. Himly, *Histoire de la formation territoriale des Etats de l'Europe centrale*, t. I, ps. 273 y siguientes.

N.° 434. Suiza en 1795.



He aquí, según A. Himly, los principales elementos de que se compone Suiza:

Los 13 cantones: Zurich, de que procedían las ciudades libres Stein y Winterthur; Berna con Brugg, Lenzburg, Aarau y Zofingen; Lucerna con Sempach y Sursee; Uri y el país de Andermatt; Schwitz con la ciudad vasalla de Kussnacht y el país de Einsideln (Ei.); Unterwalden; Zug; Glaris y la ciudad vasalla de Werdenberg (We.); Basilea; Fribourg; Soleure; Schaffhouse y por último Appenzell.

Los países dominados: Sarganos (Sa.), Turgovia y Frauenfeld (Fra.) pertenecientes á los ocho cantones viejos y Appenzell; — Baden (B.), Bremgarten (Br.), Mellingen (Me.), Rapperswyl (Ra.) á Zurich, Berna y Glaris; — Bellinzona (Be.) y la Riviera á los ocho cantones viejos; — Locarno (Lo.), Val Maggia (Ma.), Lugano (Lu.) y Meudrisio (Me.) á todos los cantones excepto Appenzell; — Morat (Mo.), Grandson (Gr.), Orbe (Or.) y Echallens (Ec.) á Berna y Friburgo; — Uznach (Uz.) y Gams (Ga.) á Schwitz y Glaris; — Engelberg y Gersau, libres bajo la protección de los cuatro cantones florestales; — el país de Vaud á la ciudad de Berna.

Los países asociados: La abadía de St.-Gall, Toggenburg, la ciudad de St.-Gall y Bienne.

Los países aliados: El Valais —, Mulhouse —, Neuchatel y Valengin —, Ginebra —, una parte del obispado de Basilea, con Val Moutier (Mo.) y Neuveville (Ne.) —, los Grisones y sus súbditos, Valtelina, Chiavenna (Ch.) y Haldenstein (Ha.).

tituída en país prácticamente vasallo, puesto que debía tomar parte en las guerras de la república vecina, suministrarle dieciocho mil

hombres de tropas, conforme con las tradiciones de la monarquía, y abrirle dos caminos militares á través de las montañas [1].

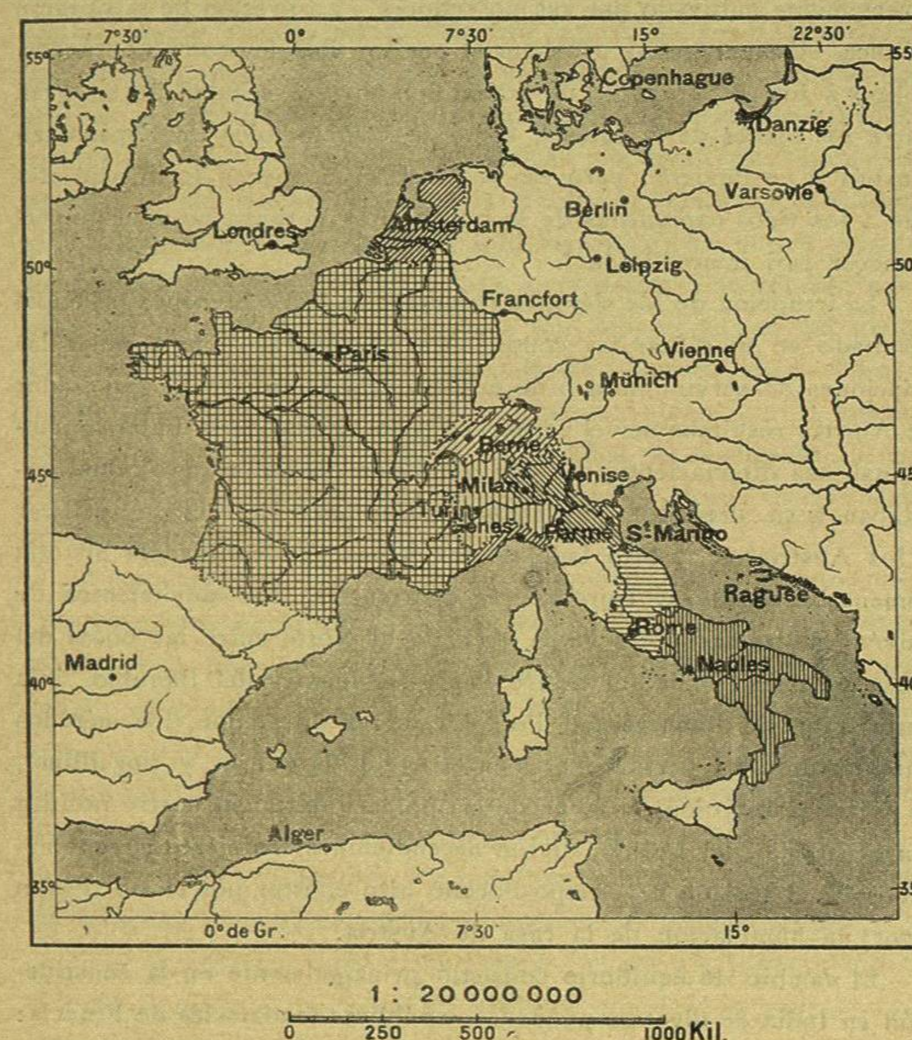
Sin razón, pues, aunque llevados por un sentimiento natural de amor propio, los Suizos se consideran como una raza elegida, superior á sus vecinos por los méritos: bajo el imperio de esa cómoda filosofía que atribuye la desgracia á los pecados y la felicidad á la virtud, los habitantes de los cantones republicanos de los Alpes y del Jura suelen alabarse de ser mucho mejores que los Franceses, Alemanes é Italianos, aunque el hecho mismo de la unión entre poblaciones de lenguas diferentes en una confederación demuestra suficientemente la influencia capital determinante del relieve helvético. A los montes protectores y á las condiciones especiales que de los mismos se derivan deben los Suizos su libertad política; el respeto de los derechos humanos no existe allí, puesto que la principal industria de los cantones suizos, desde la Edad Media hasta el principio de este siglo, consistió en vender hombres á todos los tiranos de Europa: todavía se encuentran en los valles alpinos ancianos que se alaban de haberse contado entre tales mercenarios. A pesar de la proclamación de la neutralidad permanente que, después de 1815, hizo á Suiza una situación completamente aparte en el conjunto de la política europea, los cantones continuaron suministrando tropas á diferentes Estados, Francia, Países Bajos y Prusia. En 1816 se contaban unos 30,000 soldados suizos suministrados á los soberanos extranjeros [2]. Por último, la constitución federal de 1848 prohibió los alistamientos para el servicio militar extranjero, aunque sin lograr suprimirlos por completo: hasta 1859 esa venta de hombres no se consideró como criminal [3].

Revoluciones análogas á la de Suiza se produjeron por efecto del gran impulso general en los Estados de la península italiana. Allí también el siglo XVIII había hecho su obra preparatoria para el cambio de equilibrio. El impulso, que había sido bastante poderoso para obligar al papa Clemente XIV á condenar y expulsar los jesuítas y que había dictado á Beccaria su libro de noble humanidad sobre *Los Delitos y las Penas*, agitaba toda la sociedad burguesa, sobre

[1] Ernest Nys, *Notes sur la Neutralité*, ps. 50, 51.
[2] E. van Muyden, *Essais Historiques, la Suisse sous le pacte de 1815*, tomo I, ps. 531 y siguientes.
[3] Ernest Nys, *Notes sur la Neutralité*, p. 93.

todo en el norte de Italia y en Toscana. También fué suscitada la cuestión de la propiedad, y se llegó hasta el atrevimiento de poner

N.° 435. Las repúblicas hermanas.



La república Bátava vivió de 1795 á 1806; la república Helvética se transformó en 1798; la república Cispadana, formada el 16 de Octubre de 1796 al sud del Po, se incorporó á la república Cisalpina; ésta, fundada el 9 de Julio de 1797, se convirtió, en 1802, en la república Italiana con Bonaparte por presidente. La república Ligura data de 5 de Junio 1797 y se refundió en el imperio en 1805. La república Romana duró desde el 13 de Febrero de 1798 hasta el mes de Septiembre de 1799; la república Partenopea vivió desde 23 de Enero á 13 de Junio de 1799.

la mano sobre los bienes del clero. Dícese que á mediados del siglo XVIII las dos terceras partes del territorio italiano, y quizá más

todavía, se hallaban en posesión de las órdenes eclesiásticas: de la tercera parte restante, la porción mayor consistía en grandes propiedades nobiliarias, y una novena parte escasa del territorio estaba directamente cultivado por sus poseedores. La presión de la opinión pública, elocuentemente proclamada por los filósofos contemporáneos, obligó á los gobernantes de Italia del norte á secularizar en gran parte los bienes de la Iglesia, como se hizo también en España, en Austria y en Baviera; pero esa secularización apenas aprovechó más que á los ricos capitalistas de la burguesía y la tierra no dejó de permanecer casi inmovilizada [1].

La irrupción de los ejércitos franceses en Italia tuvo por principal resultado no modificar las condiciones económicas, sino cambiar las relaciones de servidumbre ó de dependencia señorial. El emperador de Austria resultaba ser el verdadero señor feudal de la Italia septentrional, sea directamente, sea por mediación de los príncipes que gravitaban á su alrededor. Tratábase, pues, para Francia de rechazar á los Austriacos al otro lado de los Alpes: en realidad la historia comenzaba otra vez, bajo nuevas apariencias, los movimientos de vaivén que tantas veces había oscilado al Norte entre las bocas del Mosa y las del Rhin, al centro hacia las fuentes del Danubio, á la derecha en las llanuras del Po. La fuerza de ataque, los métodos nuevos, rápidos y perturbadores en el arte de la guerra, y, por último, en cierta proporción, el favor de las poblaciones cuya suerte política era el premio del triunfo, dieron ascendiente á los ejércitos republicanos, y el tratado de Campo-Formio hizo constar por cierto tiempo (1797) la humillación de la casa de Austria.

El cambio de equilibrio consistió principalmente en la constitución en Italia de diversas pequeñas repúblicas feudatarias de Francia: una república «Cisalpina», cuyo mismo nombre recordaba la antigua dominación de Roma, para la cual los campos del Po estaban «á la parte de acá» de los Alpes, tomó á Milán por capital. Una república Ligura tuvo por capital á Génova; los Estados de la Iglesia se transformaron en una apariencia de república Romana, y la sangre de San Genaro recibió la orden de liquidarse para anunciar alegremente la

[1] G. de Greef, *Essai sur la Monnaie, le Crédit et les Banques*, VIII, p. 5.

fundación de la república Partenopea. El Directorio, ministerio dictatorial que á la sazón gobernaba Francia, había adoptado esa línea de conducta política, muy hábil si hubiese sido sincera, de agrupar alrededor de la república maternal todo un criadero de repúblicas filiales, desde Amsterdam á Nápoles, que formaban á Francia una muralla de pueblos defensores que hubiesen asegurado para lo sucesivo el equilibrio europeo. Sin embargo, esas repúblicas no eran apenas más que un nombre sin realidad objetiva, simplemente una mancha de color sobre el mapa de Europa. Creadas y conservadas por la fuerza militar, esas hijas sólo esperaban un nuevo golpe de fuerza para desprenderse de su madre. Además, ¿no estaban advertidas de la suerte que les esperaba por las proclamas del general Bonaparte mostrando á sus soldados desde la altura de los Alpes los bellos campos de Italia? «Estáis mal alimentados y casi desnudos... Voy á conduciros á las llanuras más fértiles del mundo: allí encontraréis grandes ciudades, ricas provincias y en ellas hallaréis honor, gloria y riquezas» [1].

Esas ciudades, esas provincias fueron saqueadas, abrumadas á contribuciones y multas al mismo tiempo que se les anunciaba la libertad y la prosperidad futura. El general vencedor aturdía y asustaba á su propio gobierno con sus victorias sucesivas y repentinas como el rayo, y obraba á su antojo, sin tomarse siquiera la molestia de leer las órdenes del Directorio. Deja subsistir el poder temporal del papa despreciando sus compromisos; perdona aun al Austria y, con bajeza, por el tratado de Campo Formio, le abandona la república de Venecia, á la que se había prometido la independencia.

Por otra parte, aquel viejo Estado que parecía venerable por su grandeza pasada, había caído en el último grado de decrepitud moral. Cuando Venecia, suplantada por Portugal y España y después por Holanda é Inglaterra, hubo perdido su comercio lejano y luego su industria, conservó las riquezas adquiridas, pero las separó del movimiento de los cambios, empleándolas en préstamos, hipotecas, usura y compra de tierras. La república prudente, que antes no hacía adquisiciones fuera de las islas y de los promontorios fáciles de de-

[1] *Proclamation d'Albenga, 20 Germinal, an IV.*

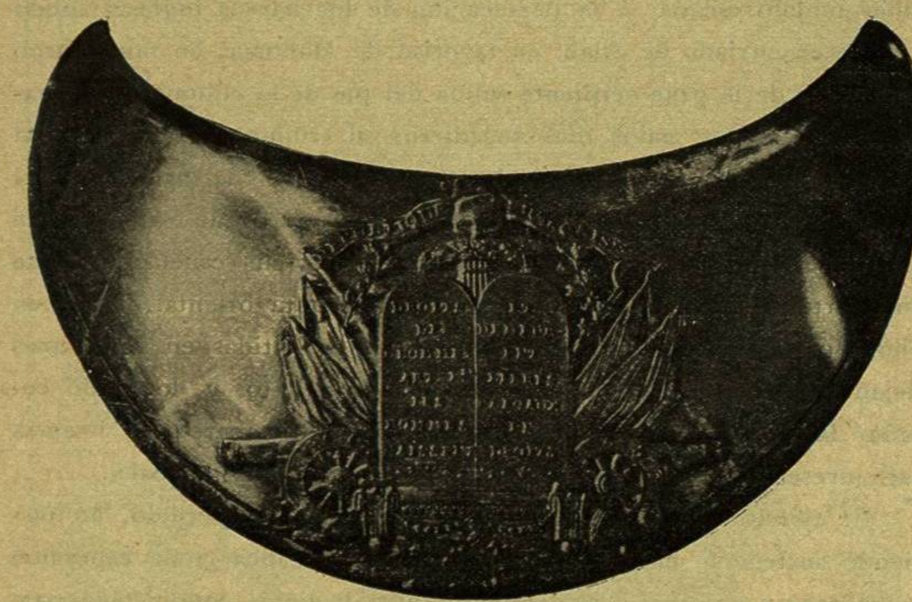
fender por mar, se ocupó en adquirir buenos territorios sobre tierra firme, y sus nobles capitalistas se transformaron en grandes propietarios territoriales. En 1780 Venecia poseía en Italia y en Istria, sobre las costas dálmatas y albanesas lo mismo que en las islas Jónicas grandes territorios poblados de unos tres millones de habitantes. Pero esas inmensas propiedades permanecían inmovilizadas en poder de sus detentadores: la corriente circulatoria general se había detenido para Venecia como para la mayor parte de las regiones italianas [1]. Desde el siglo XVII los ciudadanos de la famosa república sufrieron la humillación de ver á Holandeses é Ingleses hacerles una concurrencia favorecida por el éxito en los puertos de Liorna, Nápoles y Ancona. Venecia acabó por expedir sus propias mercancías á Liorna, donde llegaban á recogerlas los cargadores ingleses que las llevaban á Oriente. Por último, en vísperas de su caída, la aristocracia veneciana vivía dedicada á las formas más bajas del comercio capitalista, el juego y la prostitución. Uno de los más bellos edificios de la ciudad estaba consagrado á los juegos de azar, y los patricios, con sus togas de magistrados, presidían como banqueros, representando la majestad del Estado, aunque no siendo en realidad más que agentes asalariados de una compañía de capitalistas judíos y cristianos. Todos los jugadores se presentaban enmascarados, en tanto que los banqueros tenían la cara descubierta [2].

Por grande que fuera el abismo de vergüenza en que cayó Venecia por la desorganización de las instituciones de Estado en que toda iniciativa se negaba al pueblo, la vieja república no se hubiera entregado á la monarquía austriaca si la misma Francia no se hubiera encontrado en un estado de transición entre la forma republicana y el poder de uno solo. Una voluntad personal tomaba la dirección de Francia y se hacía obedecer: dictaba la conclusión inmediata de la paz con Austria para evitar que otros generales obtuviesen sobre las orillas del Rhin resultados más decisivos que los debidos á Bonaparte.

Esa misma voluntad decidió la admirable y romántica expedición de Egipto. Es evidente que la masa de la nación francesa, ni si-

[1] G. de Greef, *Essai sur la Monnaie, le Crédit et les Banques*, VIII, ps. 4 y 5.
[2] Daru, *Histoire de Venise*.

quiera la mayoría de un consejo de gobierno, tuvo la menor parte en aquellas aventuras quiméricas, concebidas por un jefe de ejército que aspiraba á la gloria de un Alejandro ó de un César. Sin embargo el Directorio dió su asentimiento á la ejecución de aquella fantasía, único medio de evitar el advenimiento de un amo temible, quizá con la esperanza secreta de que no volvería del peligroso viaje.



Museo Carnavalet.

ALZA-CUELLO DE OFICIAL CON LA DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE

Aunque genialmente concebida y brillantemente puesta en escena, la expedición de Egipto había de terminar por un fracaso, dado que el supuesto objetivo de la empresa era arrancar el dominio de las Indias á la Gran Bretaña y que el camino de Calcuta pasaba entonces por el cabo de Buena Esperanza: de ahí el nombre fantástico de «ala izquierda del ejército de Inglaterra» dado á las tropas enviadas al valle del Nilo. El Egipto, que había sido el intermediario natural entre el Oriente y el Occidente y que había de volverlo á ser un día, no lo era precisamente ya en la época en que Bonaparte iba á conquistarlo. La expedición carecía de seriedad: el gobierno de Francia veía en ella una prolongación de poder, un aplazamiento en el plazo inevitable de su caída; el general que se aventuraba al azar en un

país lejano sólo buscaba una falsa gloria, una conquista ficticia embellecida con recuerdos clásicos y bellas declamaciones humanitarias.

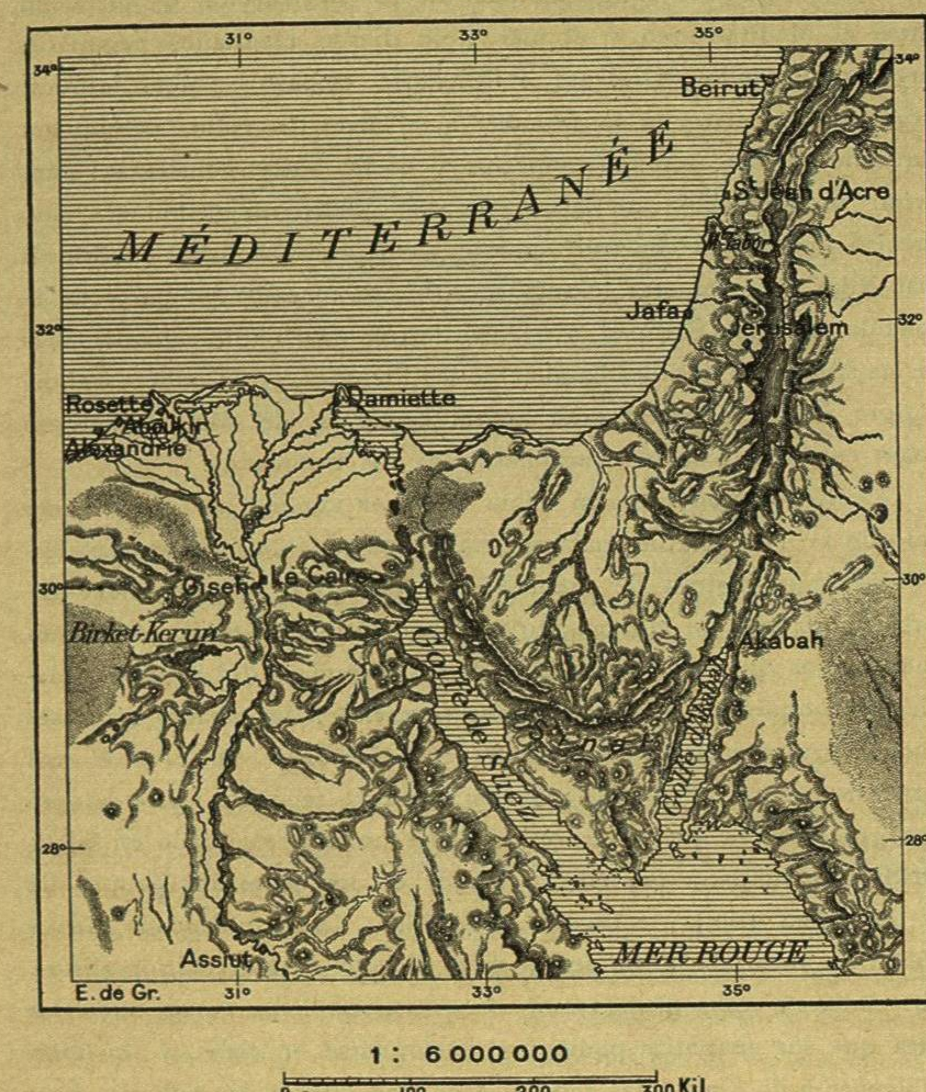
Acompañado de 36,000 soldados, á cada uno de los cuales había prometido á la vuelta de la expedición «con qué comprar seis arpentas de tierra»[1], Bonaparte obtuvo al principio fáciles victorias. Después de haberse apoderado de Malta de una manera desleal y haber podido escapar á la persecución de los barcos ingleses, pudo erigirse en enviado de Alah, en favorito de Mahoma, en taumaturgo dominador de la gran serpiente salida del pie de la columna de Pompeya[2]; pero los malos días sucedieron al triunfo rápido: la flota francesa fué aniquilada por Nelson en las aguas de Aboukir y el ejército fué á chocar inútilmente contra los muros de San Juan de Acre; después de una campaña horrible por sus crueldades, que Bonaparte, convertido temporalmente en déspota oriental, como un Timur ó un Murad, creía indudablemente permitidas en aquel país alejado de Europa, huyó, abandonando su ejército, y, logrando engañar la vigilancia de los barcos ingleses, desembarcó en Francia para presentarse de nuevo como el «Hombre providencial».

El ejército de Egipto quedaba necesariamente perdido, no pudiendo sostenerse más que á condición de sacrificar toda esperanza de regreso y acampar resueltamente sobre la tierra conquistada para constituirse en ella en Estado independiente, á la manera de las bandas de la Edad Media; pero los soldados franceses tenían empeño en volver á su patria, encontrándose así condenados de antemano á la capitulación, puesto que el mar estaba ocupado por los Ingleses. El recuerdo de la admirable expedición desapareció como un espejismo, no quedando de ella más que las memorias preciosas y el monumento elevado por los 175 miembros de la «Comisión de las Ciencias y de las Artes». Aquellos sabios que habían acompañado á los regimientos hasta la primera catarata para estudiar el suelo, el clima, las inscripciones, las estatuas, las tumbas y todo lo que quedaba de la antigua civilización egipcia, representaban sobre la tierra de Africa el impulso triunfante del espíritu del siglo XVIII,

[1] *Proclamation du 3 Floréal, an VI.*
[2] Entrevista de Bonaparte... y de varios muftis é imanes en el interior de la gran Pirámide... el 25 Termidor, año VI.

convertido en voluntad, gracias á la Revolución francesa. Ese concurso de investigaciones inteligentes debía llegar á la reconquista de toda una historia pasada que se creía enterrada para siempre.

N.º 436. Egipto y Siria de Bonaparte.



La piedra descubierta en Rosette, y que los azares de la guerra transportaron al *British Museum*, merced á la inscripción trilingüe, puso á los investigadores en la vía de la interpretación de los jeroglíficos, y poco á poco, de inscripción en inscripción, de manuscrito

país lejano sólo buscaba una falsa gloria, una conquista ficticia embellecida con recuerdos clásicos y bellas declamaciones humanitarias.

Acompañado de 36,000 soldados, á cada uno de los cuales había prometido á la vuelta de la expedición «con qué comprar seis arpentas de tierra»[1], Bonaparte obtuvo al principio fáciles victorias. Después de haberse apoderado de Malta de una manera desleal y haber podido escapar á la persecución de los barcos ingleses, pudo erigirse en enviado de Alah, en favorito de Mahoma, en taumaturgo dominador de la gran serpiente salida del pie de la columna de Pompeya[2]; pero los malos días sucedieron al triunfo rápido: la flota francesa fué aniquilada por Nelson en las aguas de Aboukir y el ejército fué á chocar inútilmente contra los muros de San Juan de Acre; después de una campaña horrible por sus crueldades, que Bonaparte, convertido temporalmente en déspota oriental, como un Timur ó un Murad, creía indudablemente permitidas en aquel país alejado de Europa, huyó, abandonando su ejército, y, logrando engañar la vigilancia de los barcos ingleses, desembarcó en Francia para presentarse de nuevo como el «Hombre providencial».

El ejército de Egipto quedaba necesariamente perdido, no pudiendo sostenerse más que á condición de sacrificar toda esperanza de regreso y acampar resueltamente sobre la tierra conquistada para constituirse en ella en Estado independiente, á la manera de las bandas de la Edad Media; pero los soldados franceses tenían empeño en volver á su patria, encontrándose así condenados de antemano á la capitulación, puesto que el mar estaba ocupado por los Ingleses. El recuerdo de la admirable expedición desapareció como un espejismo, no quedando de ella más que las memorias preciosas y el monumento elevado por los 175 miembros de la «Comisión de las Ciencias y de las Artes». Aquellos sabios que habían acompañado á los regimientos hasta la primera catarata para estudiar el suelo, el clima, las inscripciones, las estatuas, las tumbas y todo lo que quedaba de la antigua civilización egipcia, representaban sobre la tierra de Africa el impulso triunfante del espíritu del siglo XVIII,

[1] *Proclamation du 3 Floréal, an VI.*
[2] Entrevista de Bonaparte... y de varios muftis é imanes en el interior de la gran Pirámide... el 25 Termidor, año VI.

convertido en voluntad, gracias á la Revolución francesa. Ese concurso de investigaciones inteligentes debía llegar á la reconquista de toda una historia pasada que se creía enterrada para siempre.

N.º 436. Egipto y Siria de Bonaparte.



La piedra descubierta en Rosette, y que los azares de la guerra transportaron al *British Museum,* merced á la inscripción trilingüe, puso á los investigadores en la vía de la interpretación de los jeroglíficos, y poco á poco, de inscripción en inscripción, de manuscrito

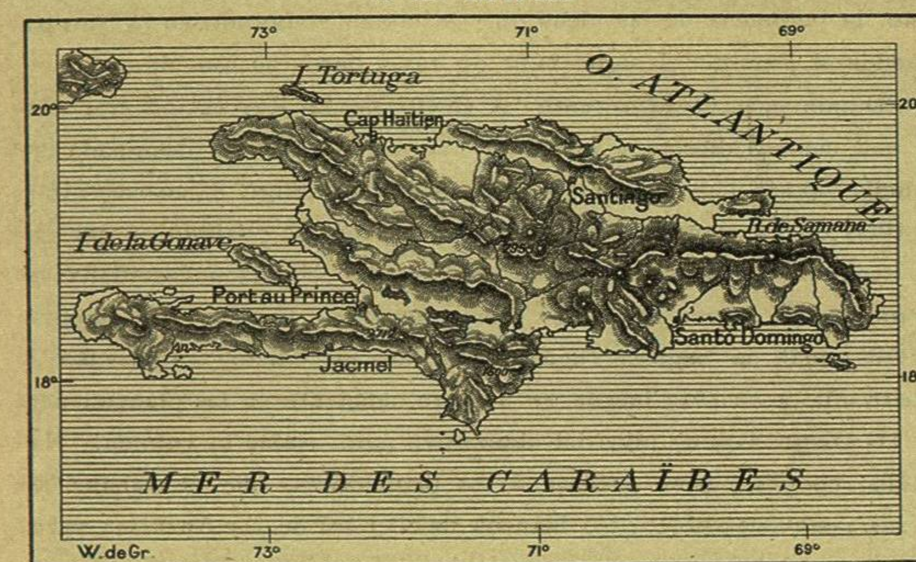
en manuscrito, se han revelado los anales del mundo antiguo. Las investigaciones de la Comisión de Egipto, de tan feliz iniciativa para el conocimiento del pasado, tuvieron una parte menor en la preparación del porvenir. Las medidas de nivelación efectuadas por Lepere para establecer la posibilidad de la construcción de un canal entre el Mediterráneo y el mar Rojo dieron resultados negativos, cuyo error pudo felizmente evidenciarse cincuenta años después. Según el geodésico de la expedición, el nivel del golfo de Suez era cerca de 10 metros (9,908) superior al de las aguas pelusianas; para evitar la inundación de las playas del Mediterráneo hubiera sido preciso limitarse á construir un canal con esclusas desde el Nilo al mar Rojo. No importa, el mundo africano formaba ya parte de la zona de atracción europea, y, menos de tres cuartos de siglo después de las fastuosas é inútiles batallas de las Pirámides y del monte Tabor, Egipto volvía á ser la gran puerta comercial del Mundo Antiguo como en tiempo de los Faraones y de los Ptolomeos.

La Revolución francesa había de tener también su eco al otro lado de la Tierra. Sin embargo, la nueva república de los Estados Unidos, muy inglesa de mentalidad y de moral, apenas podía dejarse influir por un movimiento revolucionario que tenía por objeto nada menos que la proclamación de los Derechos del hombre. Habiendo conquistado su independencia gracias á los aliados franceses que se presentaron con Lafayette y Rochambeau, no tuvo el mal gusto de romper completamente con la nueva república, pero adoptó una gran reserva que el menor incidente hubiera cambiado en hostilidad. La simpatía fué mucho mayor en los pequeños grupos de la burguesía criolla, formados en Méjico, Lima y Buenos Aires, donde les alcanzaba la influencia de la filosofía de los enciclopedistas. Sin embargo, esos grupos eran de escasísima importancia numérica para que sus simpatías pudieran transformarse en actos, y no hubo sublevación de tendencias republicanas más que en las colonias portuguesas del Brasil, donde el generoso Tiradentes, con algunos estudiantes y oficiales trató en vano de proclamar la independencia nacional en 1789, el año mismo que en Francia vió caer la Bastilla. La revolución se produjo cerca de un siglo después.

En cuanto á la gran insurrección peruana, la que dirigió Tupac

Amaru «Culebra resplandeciente» y que estalló en 1780, dos años antes que la independencia de los Estados Unidos fuese definitivamente reconocida, no fué en manera alguna una rebeldía cuyo objeto fuera la emancipación nacional: aunque provocada por un insoportable régimen de opresión, fué en el fondo una guerra dinástica

N.° 437. Isla de Haiti



1 : 6 000 000

0 100 200 300 Kil.

Durante el siglo XVII se establecieron unos colonos franceses al noroeste de la isla, y el tratado de Ryswik (1697) reconoció la división de Haiti entre Españoles y Franceses. Estos adquirieron la mitad española en 1795. Cuando fueron expulsados los Franceses se formaron Estados rivales. Desde 1844, las dos repúblicas de Santo Domingo y de Haiti poseen cada una la mitad de la isla, Este y Oeste, con Santo Domingo y Puerto Príncipe por capitales.

encaminada sencillamente á un cambio de dueño por la reconstitución del poder de los Incas. Las condiciones mismas de esa insurrección, que fué muy rápida y muy atrozmente reprimida, prueban cuán poco comparables entre sí eran entonces los medios de la América septentrional y los de la América del Sud. En tanto que los colonos de lengua inglesa, por haber hecho en su rededor una zona limpia de indígenas, no tenían que temer una liga de tribus indias que pudiera poner en peligro su absoluta dominación, los descendientes de los conquistadores, por el contrario, vivían en todas las partes de su inmenso territorio en medio de la multitud de las poblaciones so-

metidas: se hallaban inmediatamente frente á un elemento étnico movido contra ellos por el odio y el rencor, y menos enemigo de la España lejana que de los hijos de España, sus opresores directos. Por una confusión de perspectiva, debida á la proximidad de los dos continentes americanos, algunos escritores han buscado causas análogas para movimientos de origen completamente distinto. En todo caso, la influencia de las ideas que se habían elaborado en la Europa occidental durante el siglo XVIII no tuvo participación alguna.

Donde más se hizo sentir el efecto de la Revolución francesa de una manera directa y poderosa, fué en la gran isla designada en aquella época bajo el nombre de Santo Domingo y en las otras Antillas que pertenecían políticamente á Francia. Sabido es que en la Española y en los primeros años de la ocupación castellana se introdujeron negros africanos como esclavos. En 1517, la importación anual de negros, regularizada por un edicto, se elevaba á cuatro mil, y en 1522 fueron en número suficiente en las plantaciones de D. Diego Colón, hijo del almirante, para asolar la colonia. Ha solido repetirse, para excusar á los plantadores, que el trabajo de la tierra era imposible á los blancos bajo el sol de las Antillas; pero esa afirmación es inexacta, como lo han demostrado los mismos propietarios, importando «ajustados» blancos, pedidos á la madre patria, y que á cambio de los gastos de manutención y de un escaso salario, prometían trabajar para su patrón durante cierto número de años. Sin embargo, el régimen de la esclavitud africana se sobrepuso á todos los demás medios de trabajo, y los tratantes del Senegal y otras sociedades privilegiadas, inglesas, holandesas y francesas rivalizaron en celo en los siglos XVII y XVIII para la entrega de bellas «piezas de India» á los propietarios establecidos en las Antillas. Los plantadores franceses que, en la parte occidental de Santo Domingo, habían reemplazado á los Españoles, tuvieron pronto fama de poseer el mejor ganado humano, adquirido, como el de las demás colonias, por la astucia y ferocidades monstruosas. El «ciudadano» Ducœurjoly, en su precioso *Manual de los Habitantes de Santo Domingo* [1], París, año X, se complace en describir los «cuatro medios

[1] Citado por A. Corre, *Nos Créoles*, ps. 24, 29.

más generalmente empleados para procurarse los negros necesarios para el cultivo». El primer medio, «y el más productivo», era el rapto. La manera de proceder era sencilla. «Ocúltanse algunos individuos en los bosques ó cerca de los caminos, esperando al confiado viajero, como el cazador espera la tímida presa; otros se emboscan en los campos de arroz y se apoderan de todos los niños que se ponen allí para espantar los pájaros; hay también quienes se sitúan cerca de



Cl. P. Sellier.

UNA AZUCARERÍA EN SANTO DOMINGO

1. Molino. — 2. Hornillos y calderas. — 3. Moldes. — 4. Vinagrería. — 5. Cañas de azúcar. 6. Cocoteros. — 7. Palmeras brasileñas. — 8. Pajomirioba. — 9. Coles del país. — 10. Chozas de negros. — 11. Higuera.

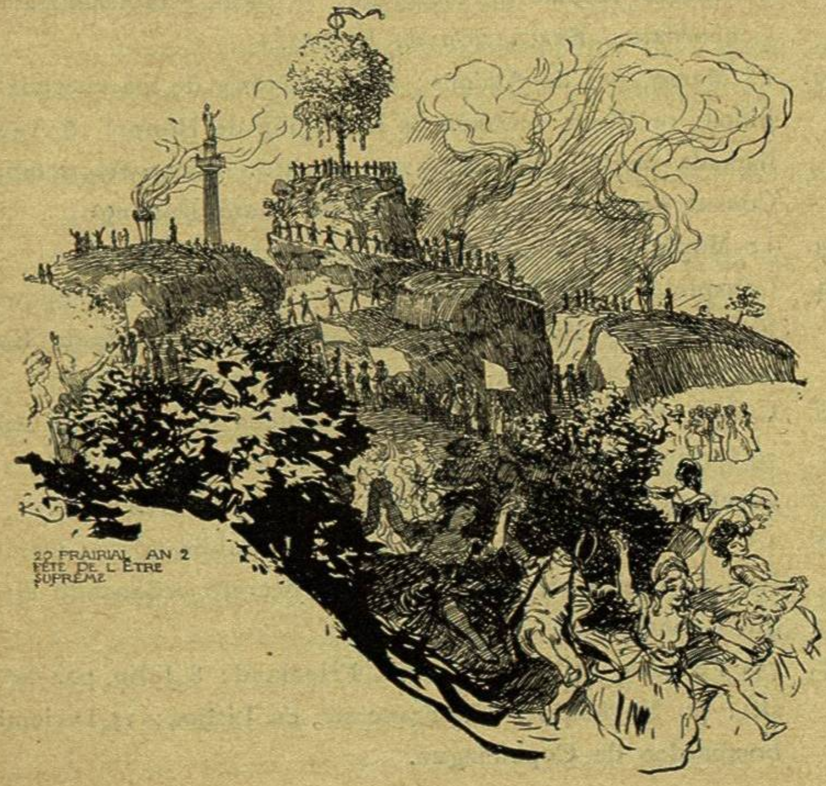
los manantiales y prenden á todos los desgraciados á quienes la sed obliga á acudir allí á beber, ó cerca de las bahías, para recoger á los que se dedican á la pesca para su alimento. Pero el puesto más ventajoso está en los prados, cuando la hierba está alta, ó cerca del sendero que comunica dos aldeas entre sí». Otro medio para procurarse esclavos, consiste en encender la guerra entre los soberanos de la Guinea. «Los vencidos que escapan á la muerte son condenados á la esclavitud... Llegan barcos, los jefes de tribus marchan en seguida á la conquista de algunos cantones, queman las poblaciones, devastan los campos y llevan cautivos todos los habitantes, á menos que, víctimas de su avaricia, no se conviertan ellos mismos en presa del tratante».

En tercer lugar puede «excitarse á varios soberanos contra sus propios súbditos». Por último, el medio final y más ingenioso es «reemplazar las antiguas penalidades impuestas por crímenes y delitos entre las naciones negras por la pena única de ser reducido á esclavitud y vendido... Se multiplicaron los crímenes para multiplicar los culpables. Los soberanos tenían gradaciones sutiles en los delitos para establecer los correspondientes castigos; estatuían que los delitos graves costarían la libertad, no sólo á los culpables, sino á todos los varones de su familia, á su familia entera, á sus amigos y tan lejos como quisieran extender su rigor despótico. Se vendían también los deudores insolventes, y en la costa los mercaderes tenían reservas de niños con los que traficaban en cuanto llegaban á la edad del trabajo.

Semejantes atrocidades debían conmover á la nación que, por sus representantes, acababa de proclamar los Derechos del hombre con delirante entusiasmo. Y sin embargo, apenas se levantaron algunas tímidas voces en pro de aquellos negros, ¡los más oprimidos entre los hombres! Lo que se llama los «derechos adquiridos», es decir, los crímenes tradicionales, se imponían á los filósofos más generosos; no se osaba tocar á la propiedad de los nobles y fastuosos sátrapas que tan fácilmente ganaban millones con el trabajo ajeno, y á quienes se había visto á veces en París abrir tan generosamente la mano; no se osaba despojar á tan poderosos aristócratas, pero éstos, cuya conciencia no estaba tranquila, protestaban de antemano contra una expropiación que parecía lógicamente inevitable y comenzaban ante todo la persecución cruel contra los hombres libres de color que se permitían reivindicar su derecho al voto: el mulato Vicente Ogé, en castigo del delito de haber querido votar, sufrió el suplicio de la rueda. El furor de los propietarios se convirtió en locura cuando la Asamblea Constituyente, en 1791, sin cuidarse del derecho de los negros, creyó, no obstante, que debía conceder á las gentes de sangre mezclada, nacidos de padre y de madre libres, el privilegio de formar parte de las asambleas coloniales. Entonces la mayoría de los blancos de Santo Domingo decretó la separación de Francia, culpable de haber promulgado la «Declaración de los Derechos del hombre», y así como los emigrados de Coblenza se aliaban á los Prusianos y á los Imperiales contra la Revolución, así también, y bajo la presión

de los intereses de casta, los plantadores de Santo Domingo se hicieron Ingleses ó Españoles contra la madre patria.

Los negros se agitaban á su vez como se habían agitado los hombres de sangre mezclada ya libres, y, tomando el negocio de su emancipación en sus propias manos, se emanciparon por sí mismos, cazando y matando á sus amos. Entonces, pero sólo entonces, la República francesa, reconociendo el hecho consumado, proclamó, aunque tarde, la igualdad de las razas ante el derecho humano. El representante Santhonax, que anunció la buena nueva, fué rodeado y adorado como un dios. Un ejército de negros, dichosos y libres, se precipitó á la conquista de todo el territorio de la isla, de donde expulsaron á Ingleses y Españoles. Se ha solido injuriar después á los que, á ejemplo de Dupont y de Robespierre, dicen: «¡Perezcan las colonias antes que un principio!», pero aquella vez, precisamente por observar el principio, la República conservó triunfalmente su colonia y hasta dobló su extensión, y algunos años después, por haber violado el principio se perdió definitivamente la colonia para Francia.

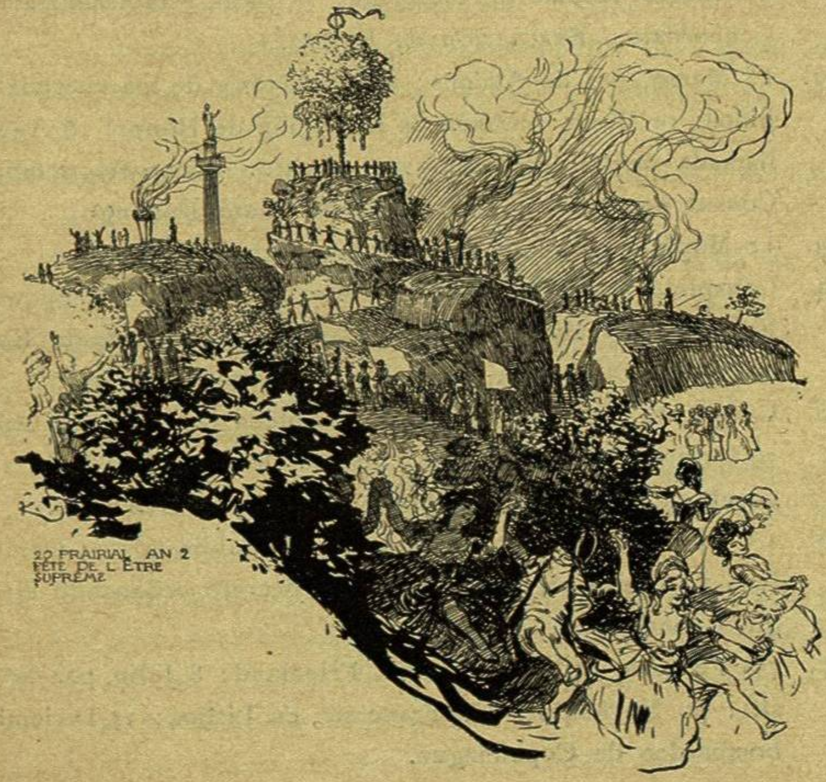


En tercer lugar puede «excitarse á varios soberanos contra sus propios súbditos». Por último, el medio final y más ingenioso es «reemplazar las antiguas penalidades impuestas por crímenes y delitos entre las naciones negras por la pena única de ser reducido á esclavitud y vendido... Se multiplicaron los crímenes para multiplicar los culpables. Los soberanos tenían gradaciones sutiles en los delitos para establecer los correspondientes castigos; estatuían que los delitos graves costarían la libertad, no sólo á los culpables, sino á todos los varones de su familia, á su familia entera, á sus amigos y tan lejos como quisieran extender su rigor despótico. Se vendían también los deudores insolventes, y en la costa los mercaderes tenían reservas de niños con los que traficaban en cuanto llegaban á la edad del trabajo.

Semejantes atrocidades debían conmover á la nación que, por sus representantes, acababa de proclamar los Derechos del hombre con delirante entusiasmo. Y sin embargo, apenas se levantaron algunas tímidas voces en pro de aquellos negros, ¡los más oprimidos entre los hombres! Lo que se llama los «derechos adquiridos», es decir, los crímenes tradicionales, se imponían á los filósofos más generosos; no se osaba tocar á la propiedad de los nobles y fastuosos sátrapas que tan fácilmente ganaban millones con el trabajo ajeno, y á quienes se había visto á veces en París abrir tan generosamente la mano; no se osaba despojar á tan poderosos aristócratas, pero éstos, cuya conciencia no estaba tranquila, protestaban de antemano contra una expropiación que parecía lógicamente inevitable y comenzaban ante todo la persecución cruel contra los hombres libres de color que se permitían reivindicar su derecho al voto: el mulato Vicente Ogé, en castigo del delito de haber querido votar, sufrió el suplicio de la rueda. El furor de los propietarios se convirtió en locura cuando la Asamblea Constituyente, en 1791, sin cuidarse del derecho de los negros, creyó, no obstante, que debía conceder á las gentes de sangre mezclada, nacidos de padre y de madre libres, el privilegio de formar parte de las asambleas coloniales. Entonces la mayoría de los blancos de Santo Domingo decretó la separación de Francia, culpable de haber promulgado la «Declaración de los Derechos del hombre», y así como los emigrados de Coblenza se aliaban á los Prusianos y á los Imperiales contra la Revolución, así también, y bajo la presión

de los intereses de casta, los plantadores de Santo Domingo se hicieron Ingleses ó Españoles contra la madre patria.

Los negros se agitaban á su vez como se habían agitado los hombres de sangre mezclada ya libres, y, tomando el negocio de su emancipación en sus propias manos, se emanciparon por sí mismos, cazando y matando á sus amos. Entonces, pero sólo entonces, la República francesa, reconociendo el hecho consumado, proclamó, aunque tarde, la igualdad de las razas ante el derecho humano. El representante Santhonax, que anunció la buena nueva, fué rodeado y adorado como un dios. Un ejército de negros, dichosos y libres, se precipitó á la conquista de todo el territorio de la isla, de donde expulsaron á Ingleses y Españoles. Se ha solido injuriar después á los que, á ejemplo de Dupont y de Robespierre, dicen: «¡Perezcan las colonias antes que un principio!», pero aquella vez, precisamente por observar el principio, la República conservó triunfalmente su colonia y hasta dobló su extensión, y algunos años después, por haber violado el principio se perdió definitivamente la colonia para Francia.



CONTRA-REVOLUCIÓN. — Noticia histórica

1799. 9-10 Noviembre (18 y 19 Brumario), golpe de Estado; 24 Diciembre, Bonaparte primer Cónsul.
1800. 14 Junio, Marengo; 3 Diciembre, Hohenlinden; 24 Diciembre, atentado de la calle de San Nicasio.
1801. 9 Febrero, tratado de Luneville; 15 Julio, establecimiento del Concordato. Evacuación de Egipto.
1802. 25 Marzo, paz de Amiens; «depuración» de los cuerpos elegidos; 19 Mayo, creación de la Legión de Honor; 16 Agosto, llamada de los emigrados; 2 Agosto, Bonaparte nombrado Cónsul perpetuo. — Expedición de Santo Domingo.
1803. 12 Mayo, ruptura de la paz; evacuación de Haiti.
1804. Conspiración de Cadoudal; 21 Marzo, ejecución del duque de Enghien; 18 Mayo, Napoleón es «emperador de la República»; 2 Diciembre, ceremonia de la consagración.
1805. Campo de Bolonia; 26 Mayo, Napoleón coronado en Milán; 19 Octubre, capitulación de Ulm; 21 Octubre, Trafalgar; 2 Diciembre, Austerlitz; 26 Diciembre, paz de Presburgo.
1806. 1.° Enero, abandono del calendario republicano; 14 Octubre, Iena y Auerstaedt; 21 Noviembre, decreto ordenando el bloqueo continental.
1807. 7-8 Febrero, Eylau; 14 Junio, Friedland; 8 Julio, paz de Tilsitt; 30 Noviembre, los Franceses en Lisboa; 17 Diciembre, bombardeo de Copenhague.

1808. Mayo, en la entrevista de Bayona, Napoleón depone á Carlos IV y Fernando VII; 22 Julio, capitulación de Bailén; 30 Agosto, capitulación de Cintra.
1809. 20 Febrero, toma de Zaragoza; 22 Abril, Eckmuhl; 21-22 Mayo, Essling ó Aspern; 6 Julio, Wagram; 14 Octubre, paz de Viena. El papa es conducido desde Roma á Savona.
1810. Rebeliones en Buenos Aires, Caracas y Méjico.
1811. Retroceso de los Franceses en España; 20 Marzo, nacimiento del rey de Roma. — Éxito de los insurgentes argentinos.
1812. 24 Junio, entrada de los Franceses en Rusia; 5-7 Septiembre, Borodino ó Moskova; 19 Octubre, abandono de Moscou; 25 Noviembre, paso del Beresina; Octubre, conspiración del general Mallet. — Primera locomotora de Stephenson.
1813. 26-27 Agosto, Dresde; 16-18 Octubre, Leipzig. — 13 Febrero, batalla de Salta y liberación de la Argentina; Bolívar en Caracas.
1814. Campaña de Francia; 31 Marzo, capitulación de París; 20 de Abril, despedida de Fontainebleau. Restauración.
1815. 1.° Marzo, Napoleón Bonaparte desembarca en el golfo Juan; 18 Junio, Waterloo. Terror blanco; 26 Septiembre, tratado de París.
1816. Destierro de los Convencionales. Nueva aparición de Bolívar en Venezuela.
1817. Travesía de los Andes por San Martín y batalla de Chacabuco.
1818. Batalla de Maipo; liberación de Chile.
1819. Liberación de los Andes granadinos.
1820. 1.° Enero, Riego se apodera de Cádiz.
1821. 7 Abril, toma de Atenas por los insurrectos griegos; 19 Junio, derrota de los hetairistas en Valaquia; 5 Octubre, toma de Tripolitza. — Liberación de Venezuela.
1822. 21 Julio, caída del acrópolis. — Separación del Brasil y de Portugal. — Champollion descifra la piedra de Rosette.
1823. 31 Agosto, combate del Trocadero; toma de Cádiz; 5 Noviembre, ejecución de Riego.
1824. 19 Abril, muerte de Byron. — Liberación del Perú.

1825. 5 Febrero, Ibrahim-Pacha desembarca en Morea; 26 Diciembre (14 antiguo estilo), conspiración de los Dekabristas. — Primer ferrocarril abierto al público, de Stokton á Darlington.

1826. 26 Abril, toma de Missolonghi por los Turcos; 25 (13) Junio, ejecución de los Dekabristas.

1827. 20 Octubre, batalla de Navarin. — En el archipiélago polar llega Parry á la latitud 82° 40′.

1828. Los Franceses en Morea. Competencia dinástica en Portugal.

1829. 14 Septiembre, Turquía reconoce la independencia de Grecia.

1830. 6 Julio, toma de Argel. Jornadas de Julio (24 á 26). Jornadas de Septiembre en Bruselas (23 á 27). 29 Noviembre, sublevación en Polonia.



CONTRA-REVOLUCIÓN

La obra entera de Napoleón consistió en la violación despreciativa de todas las armonías naturales.

CAPÍTULO XVII

Dieciocho Brumario. — Imperio francés. — Guerras europeas.
Restauración y reacción. — Intervención francesa en España.
Guerras de emancipación de las colonias españolas.
Brasil. — Independencia helénica.
Dekabristas. — Julio de 1830. — Bélgica, Polonia, Italia,
España, Inglaterra. — Abolición de la esclavitud.
Conquista de la Argelia.
Progresos materiales. — Romanticismo y clasicismo.

Francia se había abandonado cuando Bonaparte vino á tomarla; ya no creía en la libertad, pero creía en la fuerza y se embriagaba al rumor de las conquistas: para aquella nación había llegado el momento de obedecer á un general. Las etapas del servilismo fueron muy rápidas: menos de tres meses después de haber abandonado Egipto, el «hombre providencial» penetró á la

1825. 5 Febrero, Ibrahim-Pacha desembarca en Morea; 26 Diciembre (14 antiguo estilo), conspiración de los Dekabristas. — Primer ferrocarril abierto al público, de Stokton á Darlington.

1826. 26 Abril, toma de Missolonghi por los Turcos; 25 (13) Junio, ejecución de los Dekabristas.

1827. 20 Octubre, batalla de Navarin. — En el archipiélago polar llega Parry á la latitud 82° 40'.

1828. Los Franceses en Morea. Competencia dinástica en Portugal.

1829. 14 Septiembre, Turquía reconoce la independencia de Grecia.

1830. 6 Julio, toma de Argel. Jornadas de Julio (24 á 26). Jornadas de Septiembre en Bruselas (23 á 27). 29 Noviembre, sublevación en Polonia.



CONTRA-REVOLUCIÓN

La obra entera de Napoleón consistió en la violación despreciativa de todas las armonías naturales.

CAPÍTULO XVII

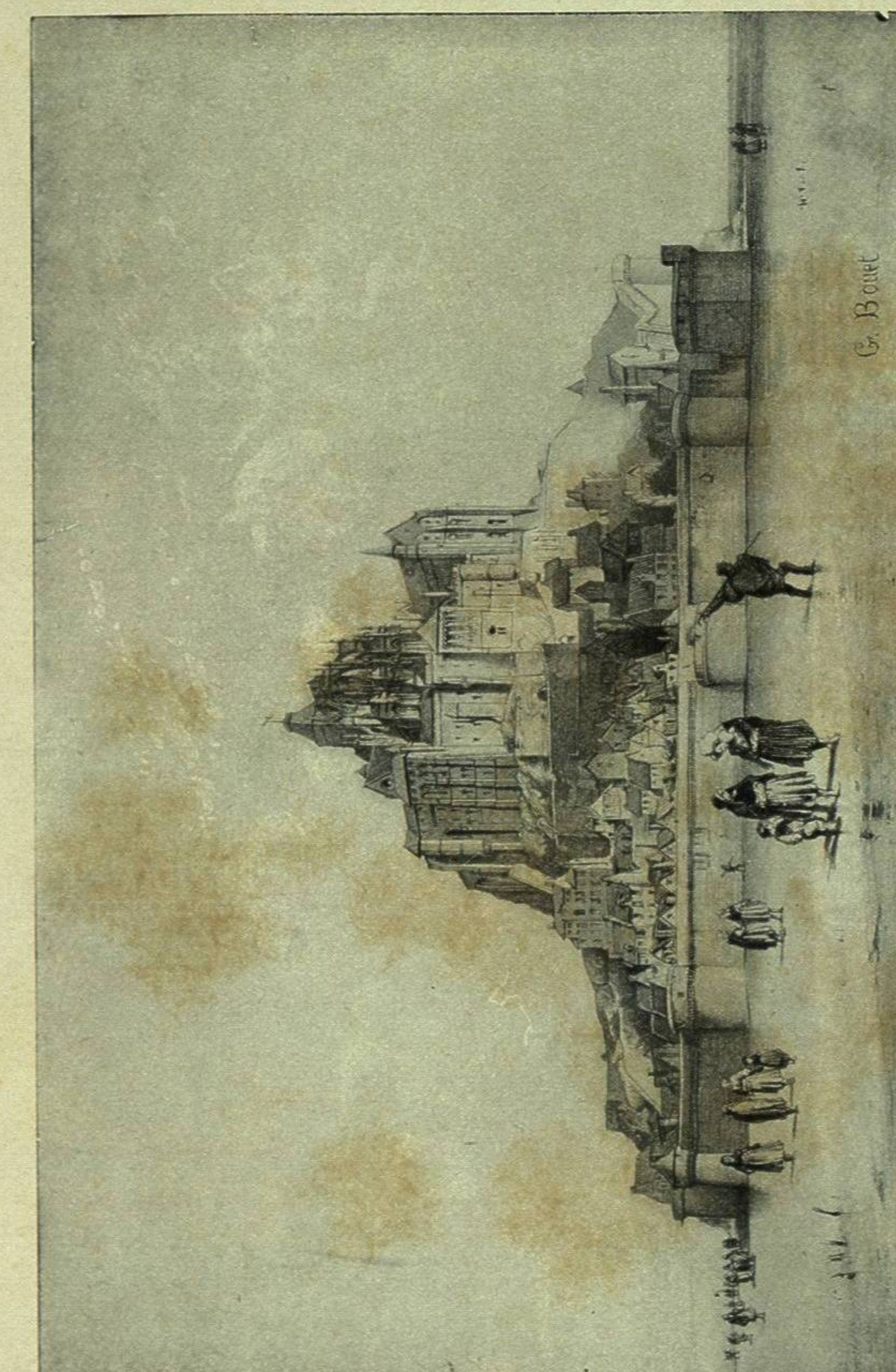
Dieciocho Brumario. — Imperio francés. — Guerras europeas.
Restauración y reacción. — Intervención francesa en España.
Guerras de emancipación de las colonias españolas.
Brasil. — Independencia helénica.
Dekabristas. — Julio de 1830. — Bélgica, Polonia, Italia,
España, Inglaterra. — Abolición de la esclavitud.
Conquista de la Argelia.
Progresos materiales. — Romanticismo y clasicismo.

Francia se había abandonado cuando Bonaparte vino á tomarla; ya no creía en la libertad, pero creía en la fuerza y se embriagaba al rumor de las conquistas: para aquella nación había llegado el momento de obedecer á un general. Las etapas del servilismo fueron muy rápidas: menos de tres meses después de haber abandonado Egipto, el «hombre providencial» penetró á la

cabeza de sus soldados en la sala de los «quinientos» y dispersó á los legisladores, cuyo presidente era su hermano y su cómplice. Tal fué el atentado del 18 Brumario (9 Noviembre 1799), que suprimía la República y restablecía la monarquía, bajo otras formas y otro nombre. Al principio el general Bonaparte se contentó con el título de cónsul, que quiso tener en participación con un Roger Ducos y un Sieyes, aquel mismo clérigo que, después de haber inaugurado la revolución burguesa con su folleto sobre el Tercer estado, vino á cerrar el ciclo por una constitución hecha para el uso del nuevo déspota, concentrando todos los poderes en la mano del Estado.

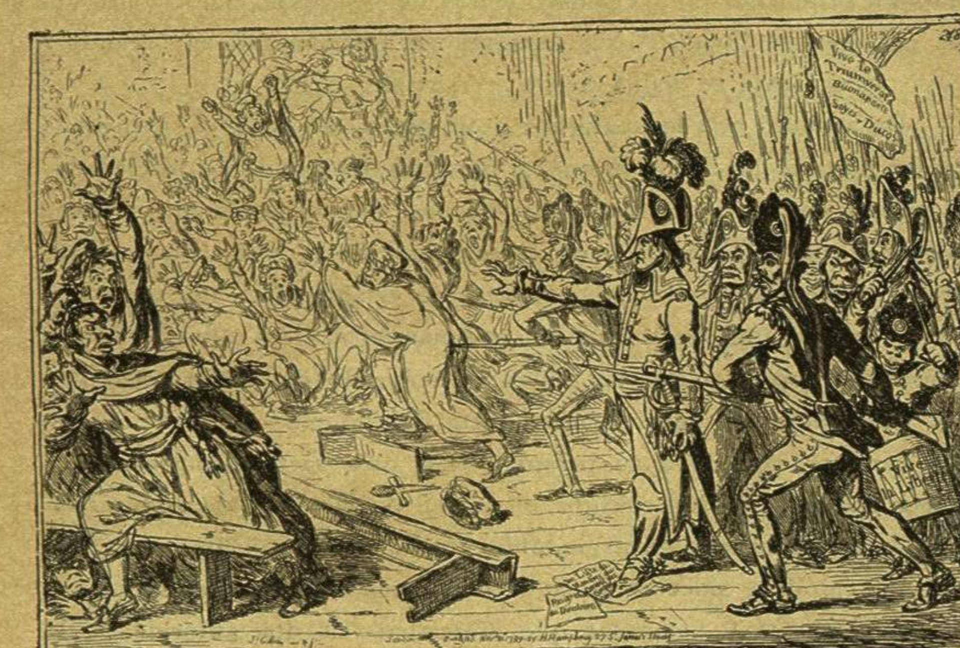
Pero era preciso desembarazarse de todos los republicanos que quedaban en Francia y á quienes los honores, los empleos, el dinero y las ambiciones militares no habían inspirado la prudencia de la cobardía y cuyo silencio forzado no garantizaba la futura obediencia. Una conspiración realista vino á punto para facilitar la deportación de aquellos hombres odiados á quienes se envió á morir de fiebre en los pantanos de la Guyana. La parte de ejército más sospechosa de espíritu republicano fué designada para la muerte: se la expidió á la isla de Santo Domingo, mezclada con partidas de chuanes testarudos. De ese modo Bonaparte se prometía una doble ventaja: no solamente separaba soldados cuya indisciplina inspiraba temor, sino que daba una garantía á todos los partidarios del antiguo régimen en Francia y en Europa por su brutal tentativa del restablecimiento de la esclavitud de los negros, y aquel mismo ejército encargado de proclamar la república, la supresión del servicio personal y de la servidumbre en las orillas del Rhin, recibía entonces la misión de esclavizar nuevamente á los negros y de restablecer la trata. En menos de dos años, el clima de Santo Domingo y el furor de los negros dieron cuenta de 35,000 hombres que habían desembarcado en el Cabo Haitiano al principio de 1802 y que llevaban consigo perros de combate habituados á comer carne de negros; los últimos Franceses fueron conducidos prisioneros por la flota inglesa en Noviembre de 1803. Francia perdió así la bella colonia que antes que Cuba llevaba el nombre de «Perla de las Antillas».

En cuanto á la isla doble de la Guadalupe, valientemente reconquistada, en 1794, contra los invasores ingleses, y que, bajo pabellón



EL MONTE SAINT-MICHEL

francés se había gobernado dignamente de una manera autónoma, asegurando á los negros armados sus derechos de ciudadanos libres, Bonaparte no podía tolerar que continuara dando tan bello ejemplo de libertad popular. Un ejército de invasión fué á restablecer por fuerza la esclavitud, á la que miles de negros, prefiriendo la muerte, supieron escapar por el suicidio en masa, mientras que muchos otros, conducidos á Europa y adiestrados como carceleros militares, pere-



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

EL DIECIOCHO BRUMARIO
Caricatura inglesa.

cieron en aquel servicio en todos los puestos peligrosos ó insalubres. Lo que quedaba en la Guadalupe de población negra ó blanca sabía ya á qué atenerse, y cuando se presentaron los Ingleses ante la isla, se les acogió con indiferencia, «sin odio y sin amor».

Respecto de los Estados Unidos, ya poderosos, Bonaparte se guardó mucho de proceder con la misma insolencia. Sin consultar á los colonos de Nueva Orleans y otros establecimientos de la comarca, vendió por la suma de ochenta millones á la república americana todo el territorio de la «Luisiana», de suelo todavía mal conocido, que se extendía desde las bocas de Alabama, en el golfo

de Méjico, hasta el estuario del Columbia en el Gran Océano, espacio que consta lo menos de 2.500,000 kilómetros cuadrados, cinco veces la superficie de Francia. No hay duda que esa adquisición amistosa que de golpe doblaba la superficie de las tierras de colonización poseídas por los Estados Unidos y que les aseguraba para el porvenir los caminos desde el Atlántico al Pacífico, no hacía más que anticipar un corto número de años ó de décadas la ocupación que se hubiera producido por la simple fuerza de las cosas, bajo la presión de millones de hombres que aumentaban rápidamente en número y cuyo ascendiente se había hecho irresistible.

De acuerdo con los antiguos propietarios de esclavos, representantes por excelencia de lo que se llama «principio de la propiedad», el primer cónsul quiso reconciliar de una manera brillante su poder personal con el gran elemento conservador de la antigua autoridad, con el catolicismo, y el Concordato quedó establecido. Por ese pacto con la Iglesia, que restablecía las antiguas formas del culto, el futuro emperador esperaba que su poder, preconizado de conformidad con los ritos, formaría para siempre parte del dogma religioso: quería dar carácter sagrado á su persona. Por otra parte, lisonjeábase de haber encerrado á los clérigos en la red de la jerarquía administrativa; creía dominarlos como humildes funcionarios, y si bien es verdad que los católicos sinceros se sintieron profundamente humillados por esas convenciones bastardas que mezclaban las dos autoridades, la Iglesia tiene la vida larga, y ¡cuántas veces los clérigos, cuyo deber consistía en servir al Estado, se alzaron como sus amos! El restablecimiento del catolicismo en su pompa oficial fué considerado como una gran victoria para los fieles del antiguo culto, y se manifestaron satisfechos del «nuevo Moisés», á pesar de las intemperancias de lenguaje y las brutalidades de que su despotismo y su mala educación le hicieron culpable respecto de algún alto prelado y del mismo papa.

Y en tanto que una voluntad dominante imponía á Francia la restauración de la Iglesia oficial, Chateaubriand, uno de esos ideólogos á los cuales profesaba Bonaparte un odio especial, colaboraba en la obra de reacción religiosa con su *Genio del Cristianismo*, trabajo puramente literario y superficial, que ponderaba la elegancia de las catedrales, la sonoridad de las campanas y el circuíto rápido

que forman los halcones en el cielo azul; para abogar por la causa de la religión decaída y encender nuevamente su llama, hubiera sido necesario creer ciegamente con profundidad y sencillez de alma en la misión del Crucificado, y ni el hombre de Estado ni el poeta tenían aquella «fe que transporta las montañas». En cuanto á la masa del pueblo, perdida ya la costumbre de las ceremonias religiosas y de las procesiones solemnes, pero penetrado todavía del espíritu católico de despotismo intelectual y de obediencia, se sometió de nuevo al servilismo tradicional. Sin embargo, no pudo olvidarse el interregno.

La reconstitución de la Iglesia entrañaba la reorganización de la instrucción pública, lo que se tuvo muy en cuenta: la universidad se modeló por el patrón del ejército. El amo que ante todo era general en jefe de las fuerzas de mar y tierra, se proponía formar soldados, y la educación dada en escuelas, colegios y liceos debía preparar la que se daba en los cuarteles. Ya no hubo consideración en la diversidad de raza ni de medio para variar proporcionalmente la enseñanza de los alumnos, sino que en todas partes hubo que conformarse con las mismas prácticas y el mismo método de enseñanza; todo se reguló por la baqueta del tambor. No se permitió al profesor ninguna iniciativa; no era éste más que un instrumento, un portavoz obligado á repetir á la hora indicada, al minuto, las fórmulas emanadas de lo alto. Nunca fué tan despreciado el pensamiento como bajo el régimen del «caporal chico»; toda superioridad intelectual era odiosa para aquel hombre que quería dominar solo y ser el amo de las almas, como lo era de los cuerpos. Cuando hubo tomado de las manos del papa la corona imperial para coronarse (1804), cuidó de su propia apoteosis consagrada por el catecismo escolar: «los cristianos deben á los príncipes que les gobiernan, y en particular á Napoleón nuestro emperador, el amor, el respeto, la obediencia, la fidelidad y el servicio militar. Honrar y servir á nuestro emperador es honrar y servir á Dios mismo».

La guerra permanente, interrumpida por cortas treguas para la reconstitución de los ejércitos, había llegado á ser el funcionamiento normal del imperio. En tierra se sucedían unos á otros triunfos inauditos, y Francia se rodeaba de Estados conquistados que gra-

vitaban á su rededor; pero en mar, toda la potencia que le quedaba después de Abouqir había sido bruscamente aniquilada. Delante del cabo de Trafalgar, Nelson destruyó la flota imperial junto con la de España; desde entonces todos los pontones y esquifes en que todavía ondeaba el pabellón francés no podían salir del fondo de los puertos; á lo más, protegidos por señales de tierra, podían deslizarse á lo largo de las costas de refugio en refugio.

Esa absoluta impotencia marítima contribuyó indudablemente de rechazo á lanzar sobre Europa todas las fuerzas agresivas de Francia[1]. Austerlitz, Iena, Wagram respondieron á las victorias inglesas de Abouqir y de Trafalgar. Por su parte la Gran Bretaña, única en el mando de los mares, pudo creerse desde entonces dueña del mundo, ó á lo menos de todas las costas de la Tierra: fué el principio de la talasocracia inglesa que había de durar más de un siglo; la aristocracia nobiliaria y comercial que gobernaba la nación sacó de este orgullo una fuerza indomable, y empleó en su formidable lucha contra Napoleón, todos sus recursos en dinero y en hombres, acumulando los empréstitos y las deudas, arruinando las industrias y reduciendo las multitudes proletarias á una miseria inmensa, pero con la certidumbre que después de la victoria definitiva, cuando llegara el agotamiento general de Europa, sería la primera entre las potencias y gozaría de una verdadera hegemonía, gracias á su monopolio de las manufacturas y á la posesión de los mercados lejanos.

Entonces fué cuando Napoleón concibió el proyecto de quitar á Inglaterra su mercado por excelencia, subyugando definitivamente Europa. El bloqueo continental (1806) debía aislar completamente la Gran Bretaña, haciendo de ella, más que una isla, una tierra perdida al otro lado de los océanos desiertos. Nadie podía permanecer neutral en la lucha; el pequeño Estado de Dinamarca lo aprendió bien á su costa en Septiembre de 1807, cuando el gobierno inglés, que sabía tan bien como su ilustre antagonista desconocer el derecho de gentes, hizo bombardear á Copenhague por sus barcos; durante cuatro días cubrió de fuego la ciudad y

[1] Friedrich Ratzel, *Das Meer als Quelle der Vœlkergrœsse*, p. 75.

se retiró después la flota dejando muertos más de dos mil pacíficos habitantes.

N.º 438. El Imperio de Napoleón en 1811.



El rayado inclinado cubre el territorio directamente dependiente del emperador y que fué dividido en departamentos; el rayado vertical indica los países cuyos potentados le estaban más ó menos sometidos.

Verdad es que cortando así toda relación entre la tierra firme y su dependencia natural de ultra-Mancha, el emperador empobrecía á sus súbditos, les privaba de los productos manufacturados y les

vitaban á su rededor; pero en mar, toda la potencia que le quedaba después de Abukir había sido bruscamente aniquilada. Delante del cabo de Trafalgar, Nelson destruyó la flota imperial junto con la de España; desde entonces todos los pontones y esquifes en que todavía ondeaba el pabellón francés no podían salir del fondo de los puertos; á lo más, protegidos por señales de tierra, podían deslizarse á lo largo de las costas de refugio en refugio.

Esa absoluta impotencia marítima contribuyó indudablemente de rechazo á lanzar sobre Europa todas las fuerzas agresivas de Francia[1]. Austerlitz, Iena, Wagram respondieron á las victorias inglesas de Abukir y de Trafalgar. Por su parte la Gran Bretaña, única en el mando de los mares, pudo creerse desde entonces dueña del mundo, ó á lo menos de todas las costas de la Tierra: fué el principio de la talasocracia inglesa que había de durar más de un siglo; la aristocracia nobiliaria y comercial que gobernaba la nación sacó de este orgullo una fuerza indomable, y empleó en su formidable lucha contra Napoleón, todos sus recursos en dinero y en hombres, acumulando los empréstitos y las deudas, arruinando las industrias y reduciendo las multitudes proletarias á una miseria inmensa, pero con la certidumbre que después de la victoria definitiva, cuando llegara el agotamiento general de Europa, sería la primera entre las potencias y gozaría de una verdadera hegemonía, gracias á su monopolio de las manufacturas y á la posesión de los mercados lejanos.

Entonces fué cuando Napoleón concibió el proyecto de quitar á Inglaterra su mercado por excelencia, subyugando definitivamente Europa. El bloqueo continental (1806) debía aislar completamente la Gran Bretaña, haciendo de ella, más que una isla, una tierra perdida al otro lado de los océanos desiertos. Nadie podía permanecer neutral en la lucha; el pequeño Estado de Dinamarca lo aprendió bien á su costa en Septiembre de 1807, cuando el gobierno inglés, que sabía tan bien como su ilustre antagonista desconocer el derecho de gentes, hizo bombardear á Copenhague por sus barcos; durante cuatro días cubrió de fuego la ciudad y

[1] Friedrich Ratzel, *Das Meer als Quelle der Vœlkergrœsse*, p. 75.

se retiró después la flota dejando muertos más de dos mil pacíficos habitantes.

N.° 438. El Imperio de Napoleón en 1811.



El rayado inclinado cubre el territorio directamente dependiente del emperador y que fué dividido en departamentos; el rayado vertical indica los países cuyos potentados le estaban más ó menos sometidos.

Verdad es que cortando así toda relación entre la tierra firme y su dependencia natural de ultra-Mancha, el emperador empobrecía á sus súbditos, les privaba de los productos manufacturados y les

retrotraía así hacia la barbarie primitiva, mas la esperanza de causar daño mayor al enemigo que el que se hacía á sí mismo le sostenía en aquella lucha insensata. El movimiento de los cambios se hallaba, pues, casi interrumpido, y sólo lo conservaba en distintos puntos el contrabando, sostenido en secreto por algún dignatario del imperio que de ese modo obtenía un grueso beneficio. No hay duda que el rudo interés comercial tenía gran parte en el levantamiento que se produjo contra el imperio después de sus primeros desastres; pero ha de reconocerse que fué justo: no se intenta impunemente atravesarse en la marcha de las naciones.

Pues la obra entera de Napoleón, en tanto que no se dejó llevar por el reflujo normal de la reacción triunfante, consistió precisamente en una intervención brutal y caprichosa en todos los acontecimientos europeos, en la violación despreciativa de todas las armonías naturales que proceden del acuerdo de los pueblos con el medio y en el sentido de su desarrollo histórico; ignoraba y quería ignorar todo lo que hubiera podido dar á su obra una estabilidad al menos momentánea.

Así, sin razón alguna, aparte del propósito de dotar á pesar suyo á su hermano mayor José y de imponerle el gobierno de un reino (1806), el emperador atrajo al rey de España, Carlos IV, y á su hijo Fernando á Bayona, en territorio francés, y por la amenaza obligó á los dos príncipes á la abdicación; pero la nación no se dejó dar tan fácilmente como una corona, y resistió con una valentía no excedida jamás. En ninguna ciudad sitiada se vió ejército más fríamente resuelto á morir que la guarnición de Zaragoza; cuando sus defensores, luchando de casa en casa y viendo estrecharse en su rededor el círculo de fuego, fueron á arrodillarse en la iglesia, cubierta con negras colgaduras, asistieron á sus propios funerales[1]. Pero á hombres indiferentes ante su propia muerte no les ofuscaban los crímenes de la guerra ni sus horrores consiguientes: la atávica ferocidad manifestada durante la guerra de siete siglos contra los Moros y después durante el período fanático de la Inquisición, se despertó contra el extranjero, que, por su parte, era el ejecutor de

[1] Madame de Staël, *De l'Allemagne*.

la violencia y la crueldad; jamás se vieron escenas más repugnantes que las reproducidas en *Los Estragos de la Guerra*, testimonio que nos ha dejado Goya, tomado de la atroz realidad, de aquellos años sangrientos. Por lo demás, la guerra de la Independencia española contra los ejércitos de Napoleón fué en su esencia



Cl. Kuhn, edit.

ZARAGOZA — TEMPLO DE LA VIRGEN DEL PILAR EN LA ORILLA DEL EBRO

íntima mucho más inspirada por el odio religioso que por las predicaciones políticas. Verdad es que en su aspecto general se nos presenta como el despertar de un pueblo contra su opresor, pero ese pueblo obedecía antes á sus sacerdotes, que veían en los Franceses hombres sin fe, ateos, revolucionarios y destructores de imágenes. El enemigo era principalmente calificado de «hereje» y de «judío», y eso es lo que dió su carácter feroz á la guerra de España. Al final de la matanza, los generales de Napoleón, cuyas victorias eran inútiles, debieron evacuar la península, llevando con

un gran botín, los restos de sus ejércitos, hostigados por los Ingleses de Wellington, otros herejes é hijos del diablo con quienes fué preciso transigir.

Y esa guerra de España duraba todavía cuando se produjo otra espantosa guerra: la de Rusia, que fué otra concepción imperial semejante á la expedición de Egipto por el lado romántico de la aventura, lejos de toda línea de abastecimiento y socorro. Naturalmente hostil á toda idea de independencia nacional, Napoleón no tuvo siquiera la precaución de emancipar á su paso Polonia, creándose así un precioso aunque tardío aliado, y, escaso de hombres por la batalla de Borodino, entró, no obstante, en Moscou, de donde le expulsó el incendio. Después, mientras huía rápidamente en berlina de viaje, el ejército se batía en retirada á través de las nieves, los pantanos, los bosques, los ríos desbordados y los hielos. Los Cosacos y los lobos perseguían y hostigaban á la multitud derrotada, que no era sino una rastra de bandas que dejaban tras de sí cadáveres, armas, heridos y prisioneros. De los 740,000 hombres que Bonaparte había llevado á Rusia, ¡sólo 14,000 volvieron á repasar la frontera! Hubo, sin embargo, una consecuencia del terrible drama militar que pudo calificarse de feliz: puso en contacto con los Eslavos y los Alófilos de la Rusia de Europa y de Asia á miles de jóvenes Occidentales prisioneros que, habiendo entrado en la vida civil de los Eslavos, fueron civilizadores, transmisores de ideas. Muchos revolucionarios rusos de la segunda mitad del siglo XIX recuerdan la parte considerable que tuvieron aquellos prisioneros franceses en la emancipación de su pensamiento.

El imperio se precipitaba hacia su fin. Francia no tenía ya soldados válidos y á la sazon se reclutaban los efebos para las grandes matanzas. Los pueblos, viendo declinar la estrella de Napoleón, se rebelaban sucesivamente contra él. En plena batalla los Sajones se pasaron al enemigo: le habían ayudado á defenderse, ayudaron á combatirle y á perseguirle. El teatro de la lucha fué llevado á la misma Francia, París fué ocupado y al emperador se le encerró en la isla de Elba; pero la jaula del águila estaba demasiado cerca de su antigua área: pronto se escapó de ella, y Francia devastada, exangüe, sin voluntad y no teniendo ya una palabra que decir, aun-

que se tratara de su mismo destino, dejó á Bonaparte recuperar el poder, como había permitido que Luis XVIII lo recibiera de los reyes extranjeros menos de un año antes y como le permitió recogerlo de nuevo cien días después.

Toda la nación se hallaba verdaderamente paralizada, impotente contra las hordas enemigas que venían de Oriente, trayendo con-



Cl. P. Lafitte y C.ª

CONGRESO DE VIENA, 1814-1815

Los dos grandes hombres del Congreso eran Metternich (sentado á derecha), autor de la fórmula: «El hombre comienza en el barón», y Talleyrand (en pie á izquierda): «La palabra ha sido dada al hombre para disfrazar su pensamiento».

sigo hasta tiradores de arco, Bachkirs y Kalmuks [1]. Y sin embargo, después del desastre de Waterloo, cuando las guarniciones extranjeras se establecieron por segunda vez en las ciudadelas francesas, se observó que el espíritu de la Revolución, que parecía dormido, había continuado subterráneamente su obra, pues el monarca comprendió que ante todo debía presentarse á sus nuevos súbditos con una Constitución parlamentaria. Pretendía otorgarla

[1] Jean de Bloch, *La Guerre*, t. I. *Description du mécanisme de la guerre*, p. 21.

gratuitamente, pero ¿la habría dado el rey si no se hubiera sentido forzado á darla?

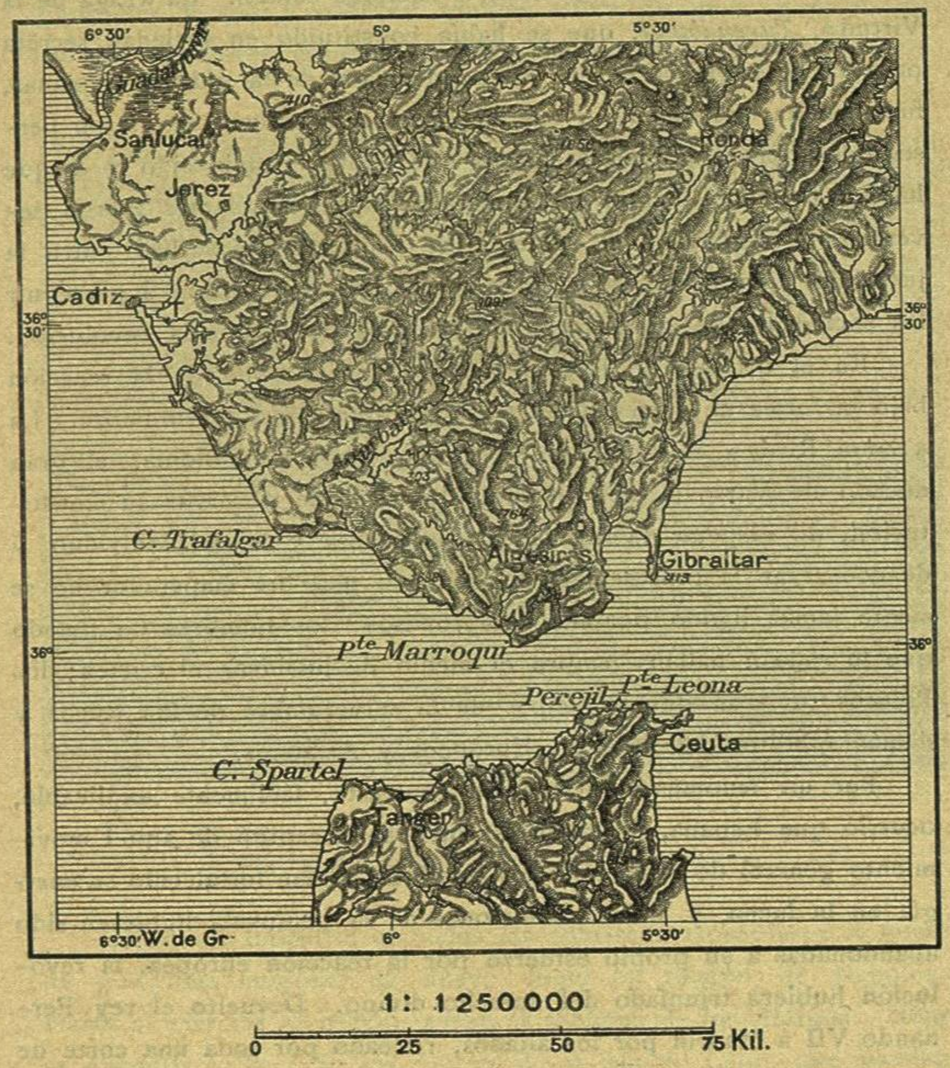
La restauración de la dinastía llamada legítima de los Borbones, lo mismo que la deposición de toda la familia ó del clan Bonaparte, hasta la ejecución de uno de ellos, el rey de Nápoles, Murat, revelaban el plan de los reyes que á la sazón disponían del suelo de Europa: querían, hacia todos y contra todos, restablecer el estado político y social del «concierto» de las naciones tal como existía antes de la toma de la Bastilla; querían que ni la Revolución francesa ni el mismo imperio hubiesen dejado huella alguna.

Después de su victoria, adquirida á tanta costa, que la dejaba bajo el peso de una deuda nacional, entonces considerada como formidable, de veinte mil millones, y que había reducido más de un millón de hombres á una miseria sin esperanza, la Gran Bretaña se había encerrado en su «espléndido aislamiento», mientras las tres grandes potencias de la Europa continental, Rusia, Austria y Prusia se habían unido estrechamente para constituir la «Santa Alianza», indicando el carácter sagrado de su unión por medio de fórmulas místicas. Los tres soberanos se colocaban bajo la dirección inmediata de Dios, y, aunque representando tres cultos diferentes, ortodoxia griega, catolicismo latino y protestantismo, se dejaban dirigir por el espíritu de la Roma papal, por la intolerancia religiosa: bajo esa sabia dirección querían restablecer á toda costa el «principio» de autoridad.

El acta de la «Santa Alianza», preparada desde Noviembre de 1814 á Junio de 1815 por el congreso de Viena, y firmada en París el 26 de Septiembre de 1815 entre los soberanos de Rusia, de Prusia y de Austria, declaraba que los tres signatarios se consideraban como «delegados por la Providencia para gobernar tres ramas de la misma familia», y esta familia debía ser dirigida por el antiguo método del castigo de amor. La reacción nobiliaria y clerical en Francia se adhirió frenéticamente á la antigua tradición monárquica y, á las órdenes del papa, se sometió á la dirección de los misioneros jesuítas; operáronse milagros, acompañados acá y acullá de matanzas, en las provincias donde la masa popular estaba aún ple-

namente sometida á sus curas, y la opresión se hizo tan odiosa y violenta contra los que no se prosternaban devotamente ante la Iglesia triunfante, que todas las oposiciones, hasta las más discor-

N.° 439. Estrecho de Gibraltar.



La isla de León es el nombre del apéndice unido al continente, y al extremo del cual hay Cádiz. T. = Trocadero, batalla de 31 Agosto de 1823.

dantes, llegaron á reconciliarse: los viejos republicanos, que habían plantado los árboles de la libertad y proclamado los Derechos del hombre, se asociaban con los bonapartistas idólatras, cuyos ojos

estaban siempre vueltos hacia Santa Elena. De ese modo se preparaban nuevos abortos revolucionarios para las generaciones futuras.

Las primeras víctimas del celo de la Santa Alianza fueron precisamente los hombres de abnegación y sacrificio que con más ardor habían luchado contra Napoleón, el enemigo común. La «Liga de la Virtud», *Tugendbund*, que se había constituído en sociedad secreta para la reconquista de la independencia y de la unidad alemanas, fué disuelta oficialmente y sus miembros más activos se vieron perseguidos por el gobierno mismo que habían restablecido y á que habían prestado fuerza; las camaraderías de estudiantes fueron severamente vigiladas; el régimen de espionaje se deslizó entre la juventud para desunirla y corromperla; se llegó hasta á perseguir las sociedades de gimnasia como refugios de la odiada revolución.

En el oriente de Europa se produjo la obra de la reacción bajo la forma de aumento del territorio reducido á servidumbre. La «Santa Rusia» se anexionó lo que quedaba de Polonia, el gran ducado de Varsovia, con promesa imperial de observar su Constitución, de respetar la libertad de la prensa y la del individuo y de conservar la representación nacional; pero un emperador no se siente jamás ligado por sus compromisos: los hombres de Estado que le rodean hallan siempre el medio de justificar el crimen; los Polacos tuvieron que participar de la servidumbre de los Rusos y demás súbditos del imperio, Europeos y Asiáticos.

Por un fenómeno notable de contraste, fácilmente explicable, ocurrió que España, única en Europa, se exceptuó de aquel movimiento general de retroceso: los hombres habían fortalecido su energía en la lucha, y si las poblaciones de la península hubiesen sido abandonadas á su propio esfuerzo por la reacción europea, la revolución hubiera triunfado del derecho divino. Devuelto el rey Fernando VII á Madrid por los aliados, rodeado por toda una corte de inquisidores y de frailes, se apresuró á restaurar el régimen de la caprichosa arbitrariedad; no dignándose hacer concesiones como Luis XVIII en Francia, rechazó la Constitución votada por las Cortes en 1812 durante la guerra de insurrección contra los Franceses, y se declaró rey absoluto. Restablecida la Inquisición, comenzó á funcionar, no sólo contra los herejes, sino principalmente contra lo

liberales: llenáronse las cárceles; miles de Españoles, y de los mejores, tomaron el camino del destierro; pero la necesidad de libertad que agitaba la nación en sus profundidades, consecuencia lógica del heroísmo perseverante manifestado en su guerra de independencia, era demasiado impetuoso y general para que el rey, pobre personaje ignorante, incapaz y cobarde, pudiera encontrar en sí y en su cortejo de confesores jesuítas, los recursos necesarios para la lucha.



Cl. J. Kuhn, edit.

EL PEÑÓN DE GIBRALTAR

Vista tomada desde el fondo de la bahía de Algeciras.

Estallaron rebeldías en todas las comarcas españolas y la guerra de guerrillas comenzó de nuevo como en tiempo de Napoleón. Hasta el ejército se rebeló contra el régimen de los clérigos. Riego se apoderó (1820) de los fuertes de la isla de León, que mandaba al sud de las cercanías de Cádiz, y el himno que cantaban sus soldados fué repetido con entusiasmo en Galicia, en Vizcaya, en Navarra, en Murcia y en Madrid; se quemaron los calabozos de la Inquisición y se marchó hacia el palacio del rey.

Entonces se repite la historia, y las peripecias que se habían

estaban siempre vueltos hacia Santa Elena. De ese modo se preparaban nuevos abortos revolucionarios para las generaciones futuras.

Las primeras víctimas del celo de la Santa Alianza fueron precisamente los hombres de abnegación y sacrificio que con más ardor habían luchado contra Napoleón, el enemigo común. La «Liga de la Virtud», *Tugendbund*, que se había constituído en sociedad secreta para la reconquista de la independencia y de la unidad alemanas, fué disuelta oficialmente y sus miembros más activos se vieron perseguidos por el gobierno mismo que habían restablecido y á que habían prestado fuerza; las camaraderías de estudiantes fueron severamente vigiladas; el régimen de espionaje se deslizó entre la juventud para desunirla y corromperla; se llegó hasta á perseguir las sociedades de gimnasia como refugios de la odiada revolución.

En el oriente de Europa se produjo la obra de la reacción bajo la forma de aumento del territorio reducido á servidumbre. La «Santa Rusia» se anexionó lo que quedaba de Polonia, el gran ducado de Varsovia, con promesa imperial de observar su Constitución, de respetar la libertad de la prensa y la del individuo y de conservar la representación nacional; pero un emperador no se siente jamás ligado por sus compromisos: los hombres de Estado que le rodean hallan siempre el medio de justificar el crimen; los Polacos tuvieron que participar de la servidumbre de los Rusos y demás súbditos del imperio, Europeos y Asiáticos.

Por un fenómeno notable de contraste, fácilmente explicable, ocurrió que España, única en Europa, se exceptuó de aquel movimiento general de retroceso: los hombres habían fortalecido su energía en la lucha, y si las poblaciones de la península hubiesen sido abandonadas á su propio esfuerzo por la reacción europea, la revolución hubiera triunfado del derecho divino. Devuelto el rey Fernando VII á Madrid por los aliados, rodeado por toda una corte de inquisidores y de frailes, se apresuró á restaurar el régimen de la caprichosa arbitrariedad; no dignándose hacer concesiones como Luis XVIII en Francia, rechazó la Constitución votada por las Cortes en 1812 durante la guerra de insurrección contra los Franceses, y se declaró rey absoluto. Restablecida la Inquisición, comenzó á funcionar, no sólo contra los herejes, sino principalmente contra lo

liberales: llenáronse las cárceles; miles de Españoles, y de los mejores, tomaron el camino del destierro; pero la necesidad de libertad que agitaba la nación en sus profundidades, consecuencia lógica del heroísmo perseverante manifestado en su guerra de independencia, era demasiado impetuoso y general para que el rey, pobre personaje ignorante, incapaz y cobarde, pudiera encontrar en sí y en su cortejo de confesores jesuítas, los recursos necesarios para la lucha.



Cl. J. Kuhn, edit.

EL PEÑÓN DE GIBRALTAR

Vista tomada desde el fondo de la bahía de Algeciras.

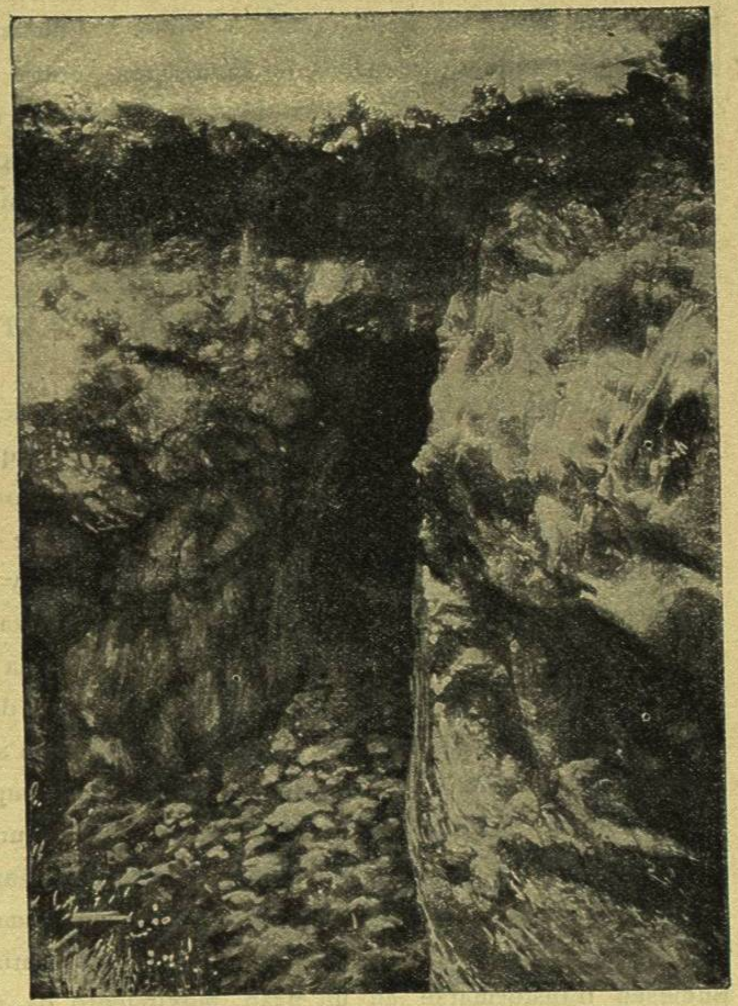
Estallaron rebeldías en todas las comarcas españolas y la guerra de guerrillas comenzó de nuevo como en tiempo de Napoleón. Hasta el ejército se rebeló contra el régimen de los clérigos. Riego se apoderó (1820) de los fuertes de la isla de León, que mandaba al sud de las cercanías de Cádiz, y el himno que cantaban sus soldados fué repetido con entusiasmo en Galicia, en Vizcaya, en Navarra, en Murcia y en Madrid; se quemaron los calabozos de la Inquisición y se marchó hacia el palacio del rey.

Entonces se repite la historia, y las peripecias que se habían

desarrollado en Francia antes de la Revolución se reprodujeron en España. El rey, asustado, prometió el restablecimiento de la Constitución de 1812 y renovó su juramento al pueblo reunido ante el palacio real. La Inquisición fué abolida por decreto, y las prisiones devolvieron sus cautivos; hasta dos mártires, que aún padecían á causa del tormento sufrido en los calabozos del Santo Oficio, ocuparon un puesto como ministros del Consejo; se abolieron los mayorazgos; los conventos, donde se había acumulado la riqueza del país, fueron obligados á devolver una parte. La burguesía triunfante se hizo cortés y parlamentaria, mientras que el rey, rumiando su venganza, maquina conspiraciones con la «Junta apostólica» del interior y con los soberanos extranjeros. Entonces se vió el curioso espectáculo de un ejército francés que penetra en España (1823) para realizar en ella una misión análoga á la encomendada al ejército de Brunswick en Francia al principio de la gran Revolución: el duque de Angulema, sobrino del rey Luis XVIII, mandaba las fuerzas invasoras, que avanzaban prudentemente por aquellos terribles desfiladeros donde algunos años antes habían sido sacrificados tantos Franceses; pero esta vez los invasores eran favorecidos por el clero, y el «ejército de la fe», formado por bandas reclutadas en distintos puntos, alrededor de los conventos y de las iglesias, les abría los caminos. En menos de diez meses terminó la campaña: el ejército francés se apoderó de Cádiz, librando al rey del respetuoso cautiverio á que estaba sometido, y entregado nuevamente el desgraciado á su instinto de feroz brutalidad y protegido por un ejército de ocupación que le defendía contra su propio pueblo, pudo dedicarse tranquilamente á la persecución de sus enemigos; pero la desorganización financiera y administrativa fué en aumento y España llegó á sufrir la vergüenza de que los corsarios de Argel capturaran sus navíos y devastaran sus costas sin que le fuera posible defenderse.

La angustia de la monarquía española se complicaba con las guerras exteriores que había de sostener contra sus colonias de América. Sábese con qué celoso empeño ocultaban los sucesores de Carlos V sus posesiones de ultramar. Habían tratado de hacer

las tinieblas y el silencio sobre aquellos inmensos territorios, y no explotaban sus riquezas más que por estricto monopolio atribuído á algunas casas financieras, que estaban también sometidas á un sistema de sospecha inquisitorial. Mapas, planos, estadísticas, documentos de historia y de etnología, se ocultaban cuidadosamente en los archivos, y hasta se condenaba á muerte, no sólo á los piratas que violaban las costas prohibidas, sino también á los náufragos á ellas arrojados por los accidentes marítimos. No fué uno de los menores triunfos del espíritu filosófico del siglo XVIII, la autorización graciosa concedida á unos astrónomos franceses para medir un arco de meridiano sobre la meseta de los Andes ecuatoriales, y después el permiso de viajes de exploración concedido á Españoles y extranjeros.



LA GRUTA DE CALIPSO EN LA ISLA DEL PEREJIL [1]

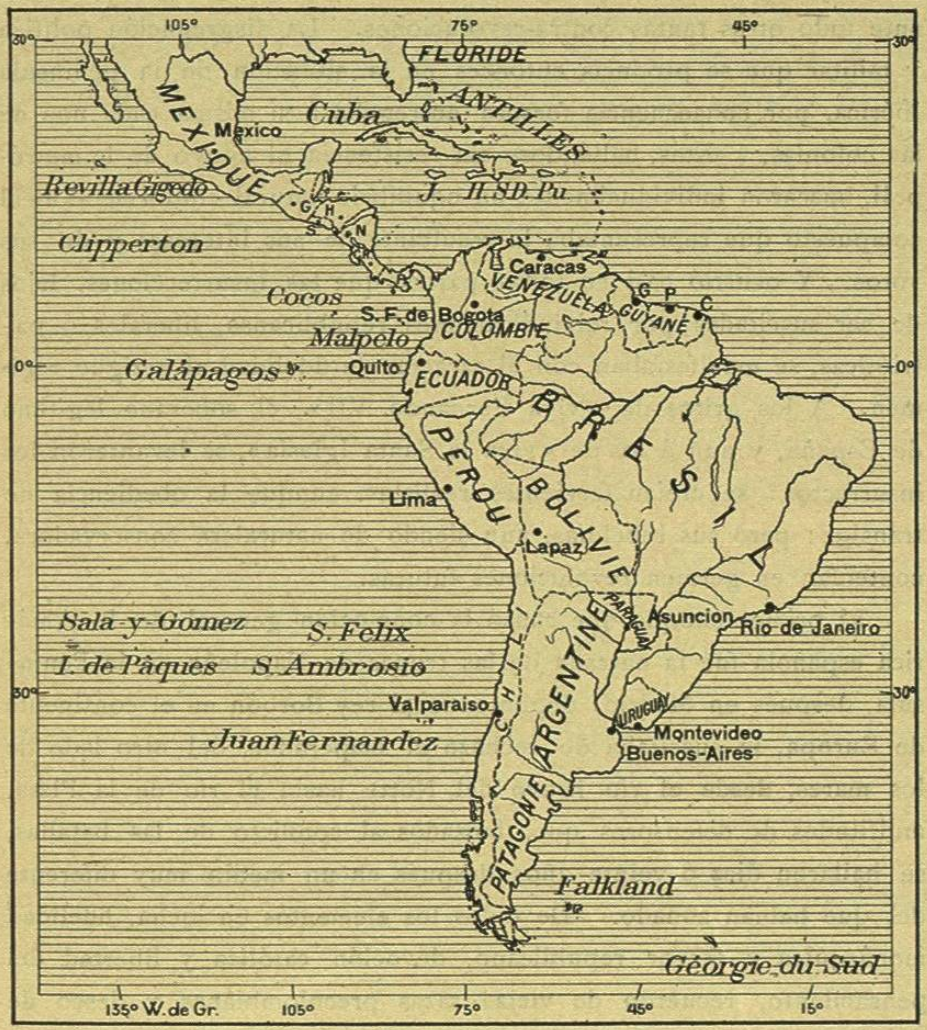
[1] Grabado tomado de *Les Phéniciens et l'Odyssée*, por Victor Bérard, librería Armand Colin.

Así pudo Félix de Azara, enviado especialmente para marcar los límites de las fronteras hispano-portuguesas, ocuparse además de la geografía de las comarcas pláteas, de las costumbres de la población, de los animales y de las plantas de la pampa y publicar después sus investigaciones en grandes obras destinadas al público. Del mismo modo los Neo-Granadinos Mutis y Caldas, y los Españoles Ruiz y Pavón se ocuparon de la historia natural de las regiones andinas. Por último, Alejandro de Humboldt, sabio rico, bien emparentado y muy recomendado por la diplomacia europea, logró forzar la entrada del Nuevo Mundo español, en compañía de su amigo Bonpland (1799), y pudo realizar aquel memorable viaje á la América equinoccial y sobre la meseta mejicana, que constituyó una verdadera revolución en el conocimiento de la Tierra y de los hombres.

Evidentemente la evolución natural debió tender á separar de España sus colonias americanas, del mismo modo que había separado de la Gran Bretaña los trece grupos políticos convertidos en los Estados Unidos. Al sud como al norte del doble continente, los descendientes de los Europeos sufrían con odio y desprecio las órdenes que les llegaban de la madre patria, que ya era para ellos el extranjero, á pesar de la comunidad de la lengua y de las tradiciones; privados de toda iniciativa en la gerencia de sus intereses locales, aceptaban con rabia y con el sentimiento de su derecho violado la dirección de los personajes inexpertos é incompetentes que se les enviaba de Europa, principalmente para hacerse una gran fortuna en su proconsulado; pero en las comarcas hispano-americanas esos grupos de descontentos habían sido muy poco numerosos durante tres siglos y demasiado esparcidos para que sus sentimientos tácitos pudiesen transformarse en un gran movimiento de rebeldía colectiva. No era bastante poderosa todavía la tensión de los ánimos; el vapor contenido no había llegado á suficiente presión para vencer la resistencia de las paredes sólidas que lo contenían. Además, la situación se hallaba particularmente complicada en la América española por el hecho de que los blancos, poco ó nada civilizados, fuesen Españoles ó criollos, se hallaban en contacto más ó menos inmediato con las poblaciones autóctonas que constituían la masa de la nación

y contrastaban con ellos por las lenguas, las tradiciones, las condiciones económicas y el estado intelectual y moral.

N.° 440. Imperio Hispano-Americano.



1 : 80 000 000

0 1000 2000 4000 Kil.

América central: G., Guatemala; H., Honduras; S., San Salvador; N., Nicaragua; C.-R., Costa-Rica; P., Panamá. — Guyana: G., Georgetown; P., Paramaribo; C., Cayena. — Antillas: J., Jamaica; H., Haiti; S. D., Santo Domingo; Pu., Puerto-Rico.

Los Hispano-Americanos estaban, pues, en presencia de dificultades capitales que no habían hallado los Anglo-Americanos en sus

primeras tentativas de independencia política. Hasta por una singular combinación de las fuerzas en lucha, las revoluciones de la América española, múltiples en sus orígenes y sus manifestaciones, tomaron en muchos puntos un carácter claramente clerical y retrógrado: fueron ante todo otras tantas contra-revoluciones. La disgregación política y militar que se producía entonces en la situación de la península Ibérica, por consecuencia forzosa entregaba á sí misma cada una de las colonias, y éstas, hallándose sin resistencia ni apoyo de la metrópoli, buscaron individualmente un equilibrio natural conforme al ideal compuesto que representaba la resultante de sus intereses y de sus votos. Y ocurrió casi en todas partes que las insurrecciones, lejos de ser suscitadas por reivindicaciones republicanas, liberales ó patrióticas, se manifestaban con el carácter de fidelidad al antiguo régimen. A los gritos de «viva Fernando VII», el soberano legítimo de España, y aun á los de «viva la Santa Iglesia», se levantaron los insurrectos: se creían fervientes realistas, aunque la obediencia no transige; pero sus rebeldías, aun siendo de naturaleza conservadora, contenían en germen revoluciones futuras.

El primer choque que causó la conmoción general de la América española fué la entrada de las tropas de Napoleón en la Península, después en Madrid: deponiendo al rey Borbón en el continente de Europa, le suscitaba de rechazo el emperador, del otro lado de los mares, desde el río Bravo del Norte hasta el río de la Plata, multitudes de defensores que, lanzados al conflicto de las batallas, se hallaron diez ó veinte años después en un medio muy diferente del que habían soñado. De todos los elementos en lucha, fidelidad monárquica y fervor republicano, devoción católica y libertad del pensamiento, recuerdo de viejas razas precolombianas y deseo de constituir una gran nación humana sin preocupaciones de origen ni de color, servidumbre económica, liberación del trabajo, ninguno logró triunfar por completo, y de todos los conflictos, de los compromisos, de las concesiones mutuas, salieron repúblicas políticamente independientes, de las que había desaparecido la esclavitud de los negros, lo mismo que el régimen opresivo de los «repartimientos» y de la «misa», pero casi todas permanecían sometidas á la Iglesia romana y al gobierno militar. Las antiguas naciones

azteca, maya, muysca, quichúa y guarani se habían reconstituído en grupos étnicos y al mismo tiempo transformado en pueblos modernos, con nuevas mezclas de raza, una lengua y un ideal renovados.

La inmensidad de los territorios comprendidos en la América española, desde las montañas Rocosas hasta las extensiones de la pampa, impedía de antemano todo movimiento de conjunto en las insurrecciones y en las guerras que habían de terminar en la constitución de las repúblicas hispano-americanas. Las distancias eran demasiado grandes para que las comunicaciones fuesen posibles; á lo sumo vagos ecos traían noticias más ó menos deformadas de los acontecimientos realizados. Las rebeliones se produjeron á miles de kilómetros unas de otras, y aun es de admirar que la solidaridad de los intereses entre los defensores de la independencia común haya podido triunfar de tantos obstáculos materiales para llegar poco á poco á cierta unidad de esfuerzos entre poblaciones agrupadas alrededor de centros tan distantes entre sí.

Esta localización forzada de las primeras tentativas de independencia permitió á muchas ciudades reivindicar el honor de haber sido las iniciadoras de la libertad, según la importancia atribuída á tal ó cual movimiento premonitorio. Desde el año 1809 Quito se había pronunciado en nombre de «Fernando VII y de la Santa Iglesia»; pero esta revolución local, debida á algunos abogados criollos, se hizo sin que la nación ecuatoriana tomase la menor parte y sin que se propagasen las vibraciones más allá de las fronteras. En Méjico, en Caracas y en Buenos Aires las sublevaciones tuvieron un alcance más considerable y fueron los puntos de partida de las luchas nacionales que duraron más de una decena de años para terminar por la definitiva separación de la antigua metrópoli.

Ya en 1808, con motivo de algunas perturbaciones ocurridas en la ciudad de Méjico, fué encarcelado el virrey Iturrigaray; pero la revolución propiamente dicha no estalló hasta dos años después, en la villa de Dolores, al norte de la capital, bajo la dirección del cura Hidalgo «en nombre de la Santa Religión y del buen rey Fernando VII». La lucha, que fué muy sanguinaria, se continuó, no tanto entre dos partidos nacionales, como entre dos sectas religio-

sas, devota una de la Virgen de Montserrat, los Españoles; otra de la Virgen de Guadalupe, los Indios del Anahuac. Gracias á revolucionarios generosos llegados de la misma península para dar á los rebeldes del Anahuac un sentido más elevado de la guerra que había costado ya tantas víctimas, se proclamó por fin la independencia de «Nueva España», conocida desde entonces con el nombre de Méjico, y los Gachupines, denominación injuriosa con que se designaba á todos los Españoles, hubieron de abandonar el Nuevo Mundo. ¡Pero cuántas veces la república mejicana se asemejó á un imperio absoluto, á una herencia de Motezuma!

En cuanto á las poblaciones de la América Central, divididas actualmente en cinco repúblicas diferentes, no dedicaron á la lucha contra España más que una acción indolente, y sufrieron sucesivamente tiranías diversas, cuya etiqueta es republicana desde 1823. El trabajo íntimo que se produjo en esas naciones donde, excepto Costa Rica, el elemento indígena, todavía mal «latinizado», dominó mucho, consistió principalmente en el conflicto entre las dos tendencias: la centralización política y la autonomía local. La falta forzada de relaciones entre focos de vida muy lejanos, sin ningún centro potente de atracción considerable, necesitó la ruptura de la región ístmica en Estados correspondientes á otros tantos países, cada uno de los cuales tiene su carácter físico bien determinado, una verdadera individualidad geográfica. Guatemala posee una osamenta continua de mesetas y de conos volcánicos paralelos al Océano; Salvador, mucho más populoso en proporción, pero de menor extensión, abre amplios valles entre sus alineados volcanes; Honduras se despliega en un inmenso abanico hacia la costa baja del mar de las Antillas, en tanto que su vertiente meridional se inclina en hemiciclo regular alrededor del golfo de Fonseca; Nicaragua sólo tiene regiones pobladas sobre el contorno de su gran lago, elevado solamente una treintena de metros sobre el mar, y Costa Rica es una zona transversal de gran elevación que se levanta entre los dos mares y se halla guarnecida al norte por una cadena de volcanes. El conjunto de la América Central, sinuoso y recortado, no tiene unidad geografica, y la naturaleza, tanto como la rivalidad de las ambiciones locales, ha contribuído al fracaso de las tentativas de

federación reproducidas diferentes veces en el curso del siglo XIX.

En el continente meridional del Nuevo Mundo, los grandes intereses habían gravitado principalmente alrededor de Buenos Aires y del estuario del Plata, cuya importancia comercial era ya grande, siendo fácil prever sus altos destinos mundiales. Los Ingleses, convertidos en los dueños absolutos del Océano después de la destrucción de las flotas española y francesa en Trafalgar, se apresuraron á hacer una demostración naval en 1806 delante de Buenos Aires y á proponer á los Argentinos su patrocinio y su concurso en caso de insurreccion contra España; pero se desconfió prudentemente de sus interesados ofrecimientos, y por dos veces los «Porteños» ó residentes del puerto de Buenos Aires les obligaron á reembarcarse: ya pensaban en la plena independencia, y á partir del principio de 1810 se instaló una junta revolucionaria en la capital. Los insurrectos, en pocos años, arrancaron todo el territorio de la Argentina á la dominación de los Españoles. Respecto del territorio natural comprendido entre los dos ríos Paraguay y Parana, sus habitantes, Guaranis silenciosos, obedecían con fervor á la pequeña aristocracia de los blancos de la Asunción, como en tiempo de la «reducción» habían obedecido á sus confesores los misioneros jesuítas; habían realizado pronto su revolución política desprendiéndose escrupulosamente de toda solidaridad con sus vecinos de la Argentina. Durante más de un cuarto de siglo, el pequeño Estado llamado república del Paraguay, quedó casi tan completamente cerrado á los extranjeros como lo estaba entonces la China y el Japón. Verdad es que aquel cierre fué impuesto por un hombre, tipo no igualado de aquellos déspotas á los cuales obedece ciegamente todo un pueblo. Francia, hijo de un francés y de una paraguaya, se trazó una línea de conducta rigurosa de la que no se separó nunca. Reinó por el terror, aunque sin crueldad: dueño de las almas, lo era de los cuerpos, siendo á la vez dictador político y confesor universal.

Todas las demás poblaciones sublevadas de la América española se sentían felizmente solidarias en sus reivindicaciones contra sus antiguos dominadores, y la Argentina dió de ello glorioso ejemplo, en 1817, cuando los cinco mil hombres que formaban el ejército de San Martín pasaron los Andes con todo su tren de guerra para

sas, devota una de la Virgen de Montserrat, los Españoles; otra de la Virgen de Guadalupe, los Indios del Anahuac. Gracias á revolucionarios generosos llegados de la misma península para dar á los rebeldes del Anahuac un sentido más elevado de la guerra que había costado ya tantas víctimas, se proclamó por fin la independencia de «Nueva España», conocida desde entonces con el nombre de Méjico, y los Gachupines, denominación injuriosa con que se designaba á todos los Españoles, hubieron de abandonar el Nuevo Mundo. ¡Pero cuántas veces la república mejicana se asemejó á un imperio absoluto, á una herencia de Motezuma!

En cuanto á las poblaciones de la América Central, divididas actualmente en cinco repúblicas diferentes, no dedicaron á la lucha contra España más que una acción indolente, y sufrieron sucesivamente tiranías diversas, cuya etiqueta es republicana desde 1823. El trabajo íntimo que se produjo en esas naciones donde, excepto Costa Rica, el elemento indígena, todavía mal «latinizado», dominó mucho, consistió principalmente en el conflicto entre las dos tendencias: la centralización política y la autonomía local. La falta forzada de relaciones entre focos de vida muy lejanos, sin ningún centro potente de atracción considerable, necesitó la ruptura de la región ístmica en Estados correspondientes á otros tantos países, cada uno de los cuales tiene su carácter físico bien determinado, una verdadera individualidad geográfica. Guatemala posee una osamenta continua de mesetas y de conos volcánicos paralelos al Océano; Salvador, mucho más populoso en proporción, pero de menor extensión, abre amplios valles entre sus alineados volcanes; Honduras se despliega en un inmenso abanico hacia la costa baja del mar de las Antillas, en tanto que su vertiente meridional se inclina en hemiciclo regular alrededor del golfo de Fonseca; Nicaragua sólo tiene regiones pobladas sobre el contorno de su gran lago, elevado solamente una treintena de metros sobre el mar, y Costa Rica es una zona transversal de gran elevación que se levanta entre los dos mares y se halla guarnecida al norte por una cadena de volcanes. El conjunto de la América Central, sinuoso y recortado, no tiene unidad geografica, y la naturaleza, tanto como la rivalidad de las ambiciones locales, ha contribuído al fracaso de las tentativas de

federación reproducidas diferentes veces en el curso del siglo XIX.

En el continente meridional del Nuevo Mundo, los grandes intereses habían gravitado principalmente alrededor de Buenos Aires y del estuario del Plata, cuya importancia comercial era ya grande, siendo fácil prever sus altos destinos mundiales. Los Ingleses, convertidos en los dueños absolutos del Océano después de la destrucción de las flotas española y francesa en Trafalgar, se apresuraron á hacer una demostración naval en 1806 delante de Buenos Aires y á proponer á los Argentinos su patrocinio y su concurso en caso de insurrección contra España; pero se desconfió prudentemente de sus interesados ofrecimientos, y por dos veces los «Porteños» ó residentes del puerto de Buenos Aires les obligaron á reembarcarse: ya pensaban en la plena independencia, y á partir del principio de 1810 se instaló una junta revolucionaria en la capital. Los insurrectos, en pocos años, arrancaron todo el territorio de la Argentina á la dominación de los Españoles. Respecto del territorio natural comprendido entre los dos ríos Paraguay y Parana, sus habitantes, Guaranis silenciosos, obedecían con fervor á la pequeña aristocracia de los blancos de la Asunción, como en tiempo de la «reducción» habían obedecido á sus confesores los misioneros jesuítas; habían realizado pronto su revolución política desprendiéndose escrupulosamente de toda solidaridad con sus vecinos de la Argentina. Durante más de un cuarto de siglo, el pequeño Estado llamado república del Paraguay, quedó casi tan completamente cerrado á los extranjeros como lo estaba entonces la China y el Japón. Verdad es que aquel cierre fué impuesto por un hombre, tipo no igualado de aquellos déspotas á los cuales obedece ciegamente todo un pueblo. Francia, hijo de un francés y de una paraguaya, se trazó una línea de conducta rigurosa de la que no se separó nunca. Reinó por el terror, aunque sin crueldad: dueño de las almas, lo era de los cuerpos, siendo á la vez dictador político y confesor universal.

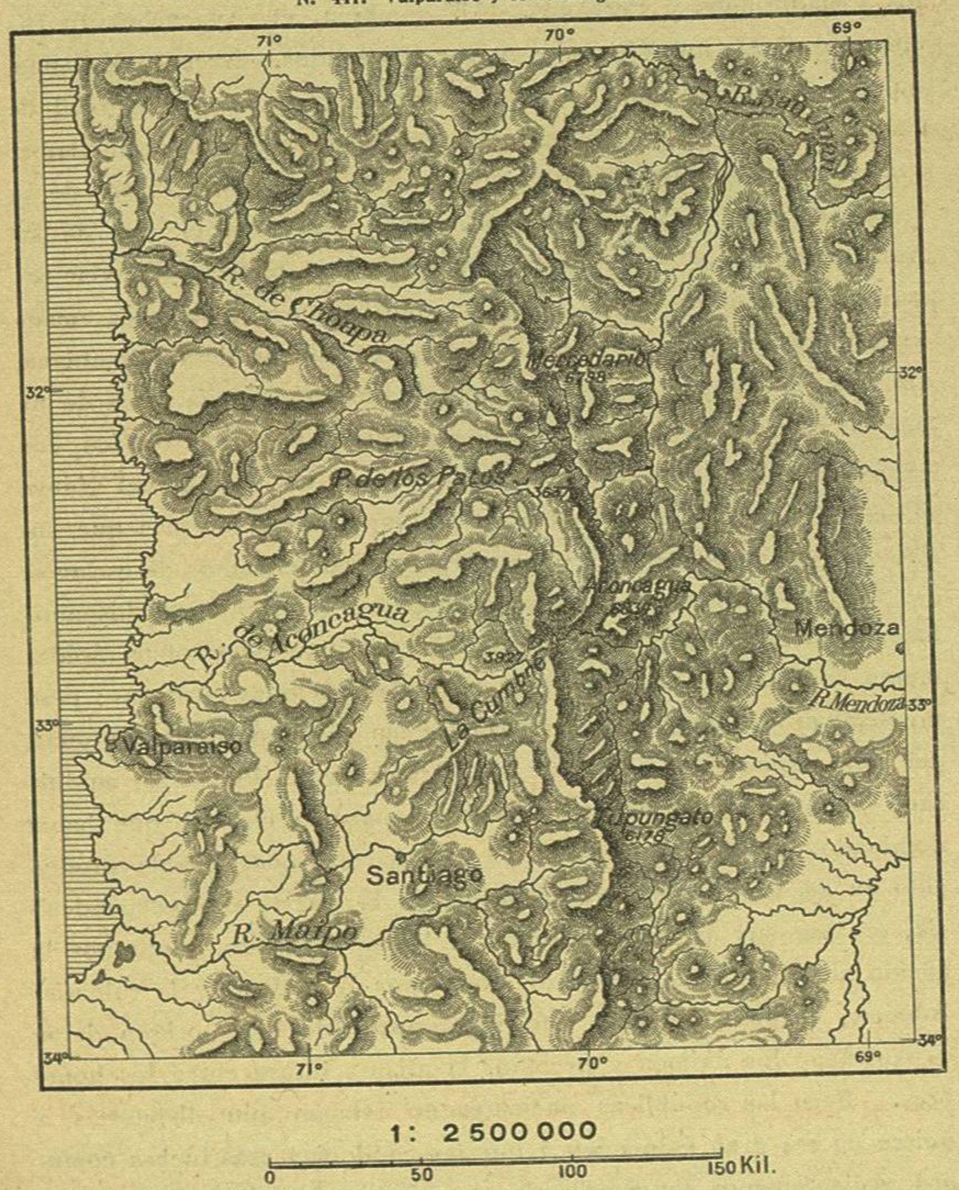
Todas las demás poblaciones sublevadas de la América española se sentían felizmente solidarias en sus reivindicaciones contra sus antiguos dominadores, y la Argentina dió de ello glorioso ejemplo, en 1817, cuando los cinco mil hombres que formaban el ejército de San Martín pasaron los Andes con todo su tren de guerra para

socorrer á los insurgentes de Chile. Las tropas españolas esperaban al enemigo á la salida del desfiladero de la Cumbre, por donde pasaba la senda seguida por todos los viajeros, pero el general argentino, ocultando su marcha, se dirigió al Norte, por Valle Hermoso, hacia un desfiladero ó *boqueti* de 3,565 metros de altura, desde donde bajó por la vertiente del Pacífico para rodear las posiciones de los Españoles é infligirles en Chacabuco una primera derrota, seguida un año después de la victoria decisiva de Maipo. Una flotilla chilena impidió en el litoral toda tentativa española.

En la parte septentrional del continente, también á la solidaridad de los pequeños ejércitos insurrectos formados en distintos puntos del territorio, desde las bocas del Orinoco hasta las tierras salinas del Atacama, debieron las repúblicas americanas el poder conquistar su independencia después de terribles peripecias y hasta de desastres que parecían definitivos. En Caracas estalló la revolución contra el régimen español en 1810: pronto fué sofocada, considerándose por los numerosos devotos de la comarca el terremoto que derrumbó la capital y otras varias ciudades de Venezuela como un castigo de lo alto. Pero la lucha se renovó sobre otros puntos, especialmente en Nueva Granada; y algunos triunfos militares obtenidos por el patriota Bolívar le abrieron las puertas de Caracas (1813). Por segunda vez tuvo que huir y emprender nuevamente la campaña de las mesetas neo-granadinas; mas, perseguido por el fracaso, se retiró otra vez al extranjero; después, en 1816, volvió á aparecer en Venezuela y esta vez pudo luchar con encarnizamiento sin abandonar el territorio disputado, y para asegurarse el concurso de los esclavos comenzó proclamando la abolición de la esclavitud. Entonces tomó la guerra verdadero aspecto revolucionario y republicano; el rey Fernando VII fué olvidado, y los *Llaneros* de las grandes llanuras de Venezuela, no menos atrevidos que los *Gauchos* de las pampas platenses, recorrían el espacio en sus rápidos caballos, embriagados con su salvaje independencia. Agrupándose y dispersándose alternativamente, sorprendían al enemigo ó desaparecían de repente; hasta se vió un escuadrón de esas bandas lanzarse en pleno río para apoderarse á nado de una flotilla española. Según la leyenda, aquella maravillosa caballería se componía de fantasmas: eran almas

del otro mundo, aparecidos que rodeaban al general Páez, el mejor teniente de Bolívar. En el otro campo estaba el gobernador general, quien escribió al rey dándole cuenta de una victoria sobre los

N.° 441. Valparaiso y el Aconcagua.



Colombianos: «Todo el que sabe leer y escribir ha sido tratado como rebelde; destruyendo todos los que tienen ese saber, espero cortar de raíz el espíritu de rebelión».

En 1819, la región de las montañas granadinas quedó libre de soldados españoles; dos años después, la victoria de Carabobo (Junio 1821), daba la independencia á Venezuela, pero Puerto Cabello resistió hasta 1823. De vez en cuando acudía Bolívar en socorro de los Ecuadorianos y Peruanos. Allá también, en Ayacucho (19 Diciembre 1824), los Españoles fueron derrotados. Excepto el Callao, que no sucumbió hasta 1826, todo el inmenso imperio colonial de Felipe II se había constituído en repúblicas nominales, sin haber conquistado aún sus libertades cívicas, pero ya en pleno goce de su independencia como Estados autónomos. Hasta en el mar de las Antillas, donde el gobierno español podía más fácilmente enviar socorros, la mitad de la isla Española que le quedaba se había emancipado también de su poder, primeramente bajo bandera colombiana, después en alianza con Haiti. España conservó todavía cerca de un siglo la isla de Cuba, «la Perla de las Antillas», y Puerto Rico, con un cortejo de islotes escasamente habitados. De todo aquel Nuevo Mundo que le había dado Colón, no supo conservar más que sus plantaciones de azúcar y de tabaco con sus campamentos de esclavos.

Libres de amos ó tutores extranjeros, las repúblicas hispanoamericanas se aprovecharon de su libertad para desarrollar rápidamente su comercio, ya abierto á todas las naciones europeas; pero no dejaban de quedar penetradas de las preocupaciones antiguas, del viejo espíritu teocrático de los Aztecas y de los Incas, modificado apenas por el régimen de la monarquia clerical que había dominado durante tres siglos. El cambio más considerable producido en las masas populares procedía de la guerra de independencia, en que sus diversas pasiones se habían exaltado, tanto por la afición al pillaje y la ferocidad, como por la audacia y la valentía. Además, el libre contacto con inmigrantes de todo origen debía expansionar los ánimos y preparar la alianza futura entre los hombres. Pero las repúblicas nacientes no estaban aún dispuestas á unirse en esa gran federación á que les conducían esas luchas comunes recientemente soportadas, la experiencia de tribulaciones análogas, el recuerdo de los mismos sufrimientos, el uso de una lengua culta y la disposición geográfica del continente, tan bien equilibrado en sus contornos, que les sirve de morada.

El Congreso de Panamá, al que Bolívar invitó á los republicanos representantes de las repúblicas hispano-americanas (1824), no produjo más que cambio de cortesías y resoluciones sin alcance: era imposible que poblaciones todavía bárbaras, como lo eran los descendientes mestizos de los Muyscas, de los Quichuas, de los Aymaras y de los Araucanos pudieran apreciar el valor de la unión federal entre comarcas lejanas que apenas conocían de nombre, y ni siquiera comprender el sentido de la elección que Bolívar había hecho de Panamá como anfictonía de la América emancipada. ¿Qué podían saber de aquella antesala de los dos mares, destinada á convertirse un día en el gran intermediario de las riquezas sobre la redondez terrestre? Además, el movimiento de reacción que sucede siempre á las convulsiones repentinas, se producía entonces en todos aquellos Estados, y el mismo Bolívar, que se empeñaba en la obra imposible de acumular presidencias de repúblicas, contribuyó en gran parte á aquella obra retrógrada: reemplazando á los antiguos dominadores, quiso gobernar por los mismos medios, supresión de periódicos, restablecimiento de los monasterios y sus escuelas, intervenciones militares y restauración de la dictadura; pero no tuvo tiempo de ejercer el poder absoluto. Depuesto con honor, se extinguió (1830) en su territorio de San Pedro, cerca de Santa Marta, quejándose del destino: «¿Qué hemos hecho, sino arar en el mar?»



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

SIMÓN BOLÍVAR, 1783-1830

exclamaba. ¿Había comprendido acaso los acontecimientos en que fué principal actor, y que, desprendiendo de España sus antiguas colonias, las habían hecho entrar en la gran confederación de naciones progresistas, libremente abiertas á la influencia de la civilización europea?

Al mismo tiempo que España, el pequeño reino de Portugal vió escapársele sus inmensas posesiones coloniales del Nuevo Mundo, en apariencia como rechazo de las revoluciones de Europa, pero en realidad por incompatibilidad de humor entre las autoridades de la metrópoli y los habitantes de la colonia. Los Portugueses de América, que habían llegado á ser casi tan numerosos como los del litoral de origen, se sentían bastante fuertes para negar obediencia á las órdenes llegadas de Lisboa y pretendían gobernarse por sí mismos. Sobre este asunto se halló tan unánime la opinión, que el Brasil, manifestándose como Estado monárquico, se desprendió de Portugal sin crisis revolucionaria, hasta sin efusión de sangre; le bastó, en 1822, dar la elección á su regente Pedro de Braganza entre el destierro ó un trono imperial. Entre su lealtad de soldado y su ambición de príncipe, no vaciló el personaje, y el Brasil tomó su rango entre los grandes Estados autónomos.

En tanto que el territorio de la civilización de tipo europeo se aumentaba en el Nuevo Mundo con todas las regions continentales donde se hablaban las lenguas de Iberia, español y portugués, se anexionaba en la cuenca del Mediterráneo aquella pequeña tierra de Grecia, preciosa herencia de los tiempos pasados que los conquistadores Osmanli habían unido violentamente durante algunos siglos al mundo de la cultura asiática. Por un movimiento de reflujo en sentido de Occidente á Oriente, Europa adquiría nuevamente la comarca que, entre todas, debía ser considerada como el país mismo de los orígenes, aquel en que, cien generaciones antes, se había realizado aquella gran labor intelectual y moral que fué el punto de partida de nuestra actividad moderna.

Después de la intervención rusa, en 1770, los Helenos de la Morea y de las islas tuvieron que sufrir terribles represalias, sobre todo por parte de las bandas albanesas que el gobierno turco

había soltado en Grecia con licencia de asesinato y de pillaje. Otra vez surgió la duda de si los vencidos podrían sobreponerse á sus desastres.

Es indudable que la raza griega, ó, por mejor decir, el conjunto de las diversas poblaciones que hablaban el idioma helénico y que se comprendía bajo el nombre de «Griegos», hubiera sido completamente exterminada y jamás hubiera podido resurgir la nación, si el régimen impuesto por los conquistadores turcos después de la toma de Constantinopla hubiese durado algunas generaciones. Todos los Griegos habían sido declarados esclavos, sin derecho á disponer de nada en propiedad, y desde la edad de diez años cada uno había de pagar un tributo, el *haratzch*, para rescatar un año de vida. Los cristianos habían de entregar anualmente de cada cinco hijos uno, para educarle en el culto de Islam y adiestrarle en la guerra contra sus propios compatriotas. Muchas madres mataban sus hijos con sus propias manos para sustraerlos á tan terrible destino; después se mataban ellas también. Felizmente, los Turcos ignorantes, incapaces de dirigir la administración formalista de lo que fué imperio bizantino, habían de confiar ese trabajo á los extranjeros, es decir, precisamente á unos Griegos que adquirían responsabilidad por el conjunto de su nación, y que, mediante dinero ó ciertas complacencias, solían lograr la concesión de privilegios para sí mismos ó para las gentes de su nacionalidad. Pronto llegó el día en que los Griegos no fueron ya obligados á entregar sus hijos para el servicio de las armas, y hasta muchos de ellos, gracias á su flexibilidad y á su inteligencia, llegaron á ejercer funciones diplomáticas muy elevadas, como *drogmans* (intérpretes), secretarios y embajadores efectivos, si no oficiales.

Además unos Fanariotas, ó sea Griegos nacidos en el barrio de Constantinopla llamado el Phanar ó el «fanal», obtuvieron en 1731 la dominación de la Moldavia y de la Valaquia bajo el señorío feudal del sultán. Por otra parte los dominadores Osmanli no ejercían exacciones prudentes: se apropiaban las tierras, ó se limitaban á apoderarse de las cosechas, á saquear las casas, á exigir dobles ó triples impuestos y á apalear á los descontentos; pero en su agrupación cívica los Griegos habían conservado siempre las

antiguas costumbres, y la dirección de sus escuelas y de sus iglesias bajo la responsabilidad de arcontes ó demogerontes. No sólo la práctica sino también el estudio de su lengua habían contribuído á conservar en ellos la conciencia de la unidad nacional. Los Turcos les permitían además el libre ejercicio de su religión y daban á su patriarca un lugar eminente al lado de la Sublime Puerta: tan lejos llevaban los vencedores la tolerancia del desprecio, que los ortodoxos griegos pedían á Dios y á los santos en sus oraciones diarias la destrucción de los bárbaros, es decir, de los Turcos, sus dominadores [1].

La apropiación de las tierras por los pachás turcos perjudicó á los Griegos desposeídos, obligándoles á inclinar su genio nacional hacia la industria y sobre todo hacia el comercio: ese cambio de trabajo tuvo por consecuencia entregar todo el movimiento de los cambios á hombres que por su nombre, su lengua, su apariencia misma y frecuentemente por su propaganda activa, eran los portadores del espíritu de independencia y en todos los puntos del Oriente helénico unían los elementos de una constante conjuración. Por último, aún existían Griegos que, á pesar de la conquista mahometana, habían sabido guardar intacto el tesoro de su nacionalidad: eran los Armatoles de Tracia, de Macedonia y de Tesalia, que se albergaban en los altos valles, en las mesetas escarpadas, y que, gracias á la complicidad de los campesinos de abajo, solían presentarse repentinamente en las granjas de los Osmanli; eran también los Klephtas, ó bandidos del Epiro, del Parnaso y del Taigeto, que defendían fieramente su «libertad sobre la montaña». Esos bandidos fueron los Griegos por excelencia y suministraron sus más atrevidos, sus más tenaces campeones á la libertad renaciente de la nación. Entre ellos continuó el florecimiento literario del idioma, enriqueciéndole con sus soberbios cantos, que llegaron á ser casi una epopeya durante la guerra de la Independencia.

Al final del imperio napoleónico, unos Griegos patriotas se dirigieron á los diplomáticos reunidos en Viena pidiéndoles que comprendieran la Helade en su plan de recomposición del equilibrio

[1] A. Genadios, *La Grèce Moderne et la Guerre de l'Indépendance*, trad. por Louis Ménard.

europeo: pero su petición fué rechazada desdeñosamente; no les quedaba más recurso que contar consigo mismos y constituirse en distintos puntos en sociedades secretas, ya para cultivar sencillamente su ideal, ya para preparar las conspiraciones en vista de la revolución

N.° 442. La Gran Grecia.



futura. Así se fundaron ó desarrollaron las sociedades atenienses de los Filomus, y después en Tesalia la Hetairia ó «camaradería fraternal», que inspiraba el poeta Constantino Rhigas. En 1821 se sublevaron unos hetairistas en Rumanía, contando con el prestigio de su jefe, el príncipe Alejandro Ypsilanti, que era hijo de un hospodar válaco y general ruso: acaso esperaban también la intervención del emperador de Rusia, á quien atribuían la piadosa ambi-

antiguas costumbres, y la dirección de sus escuelas y de sus iglesias bajo la responsabilidad de arcontes ó demogerontes. No sólo la práctica sino también el estudio de su lengua habían contribuído á conservar en ellos la conciencia de la unidad nacional. Los Turcos les permitían además el libre ejercicio de su religión y daban á su patriarca un lugar eminente al lado de la Sublime Puerta: tan lejos llevaban los vencedores la tolerancia del desprecio, que los ortodoxos griegos pedían á Dios y á los santos en sus oraciones diarias la destrucción de los bárbaros, es decir, de los Turcos, sus dominadores [1].

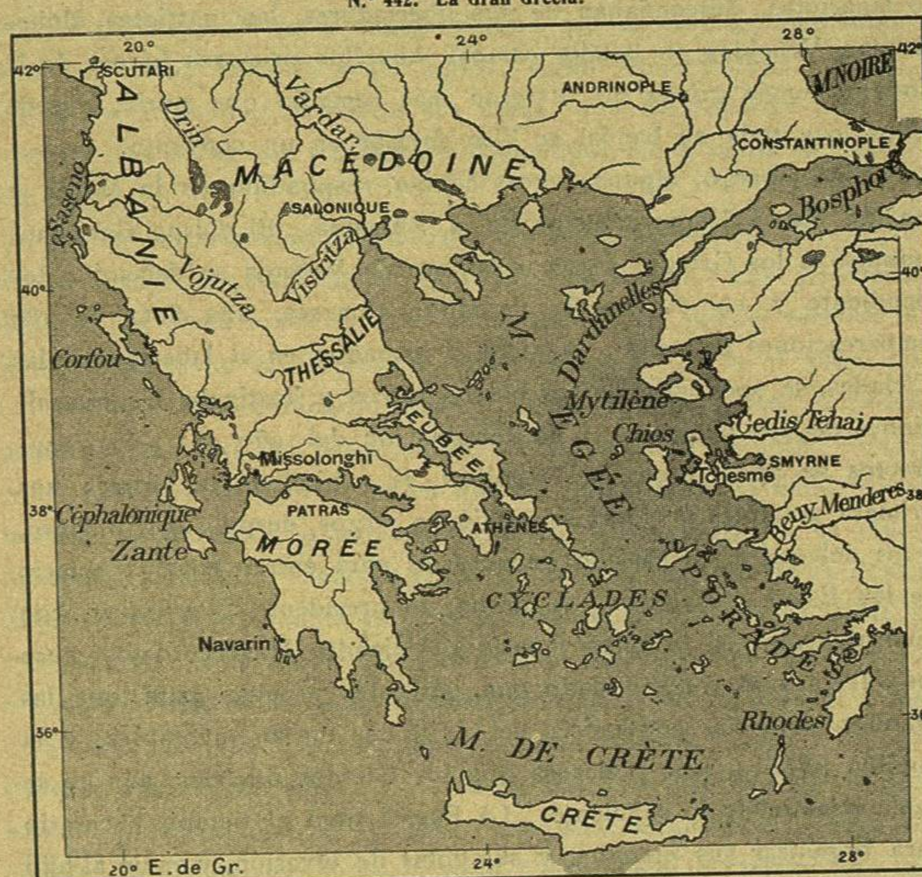
La apropiación de las tierras por los pachás turcos perjudicó á los Griegos desposeídos, obligándoles á inclinar su genio nacional hacia la industria y sobre todo hacia el comercio: ese cambio de trabajo tuvo por consecuencia entregar todo el movimiento de los cambios á hombres que por su nombre, su lengua, su apariencia misma y frecuentemente por su propaganda activa, eran los portadores del espíritu de independencia y en todos los puntos del Oriente helénico unían los elementos de una constante conjuración. Por último, aún existían Griegos que, á pesar de la conquista mahometana, habían sabido guardar intacto el tesoro de su nacionalidad: eran los Armatoles de Tracia, de Macedonia y de Tesalia, que se albergaban en los altos valles, en las mesetas escarpadas, y que, gracias á la complicidad de los campesinos de abajo, solían presentarse repentinamente en las granjas de los Osmanli; eran también los Klephtas, ó bandidos del Epiro, del Parnaso y del Taigeto, que defendían fieramente su «libertad sobre la montaña». Esos bandidos fueron los Griegos por excelencia y suministraron sus más atrevidos, sus más tenaces campeones á la libertad renaciente de la nación. Entre ellos continuó el florecimiento literario del idioma, enriqueciéndole con sus soberbios cantos, que llegaron á ser casi una epopeya durante la guerra de la Independencia.

Al final del imperio napoleónico, unos Griegos patriotas se dirigieron á los diplomáticos reunidos en Viena pidiéndoles que comprendieran la Helade en su plan de recomposición del equilibrio

[1] A. Genadios, *La Grèce Moderne et la Guerre de l'Indépendance*, trad. por Louis Ménard.

europeo: pero su petición fué rechazada desdeñosamente; no les quedaba más recurso que contar consigo mismos y constituirse en distintos puntos en sociedades secretas, ya para cultivar sencillamente su ideal, ya para preparar las conspiraciones en vista de la revolución

N.° 442. La Gran Grecia.



1 : 7 500 000

0 100 200 400 Kil.

futura. Así se fundaron ó desarrollaron las sociedades atenienses de los Filomus, y después en Tesalia la Hetairia ó «camaradería fraternal», que inspiraba el poeta Constantino Rhigas. En 1821 se sublevaron unos hetairistas en Rumanía, contando con el prestigio de su jefe, el príncipe Alejandro Ypsilanti, que era hijo de un hospodar válaco y general ruso: acaso esperaban también la intervención del emperador de Rusia, á quien atribuían la piadosa ambi-

ción de intentar la reconstitución del imperio de Bizancio; pero la Santa Alianza no permitió á los soberanos de Europa entenderse con rebeldes: éstos fueron pronto abandonados de todos, lo mismo de sus poderosos aliados que de la población servia y de los campesinos rumanos, quienes, aunque odiando á sus dominadores turcos ó fanariotas, desconfiaban de sus libertadores, los patriotas filohelenos. Vencidos en batalla campal, aquellos primeros héroes de la independencia griega no tuvieron más remedio que morir; uno de ellos, con toda su banda, se hizo abrasar en un convento.

Sin embargo, algunas voces habían respondido en la Morea y en las islas á los insurrectos de la Rumanía. El obispo Germanos impulsó á los Griegos á tomar las armas, Mesenia se declaró independiente y, en el espacio de algunos meses, una flota de 180 embarcaciones pequeñas, jugando al escondite en el laberinto de las Cíclades, se apoderaba de los barcos turcos y hostigaba las guarniciones de los puertos. A la terminación del año 1821, los insurrectos se apoderaron de Tripolitza, la capital de la Morea; una primera asamblea nacional se reunió en Argos, después en Epidauro, y los delegados, demasiado impacientes para entrar en el concierto de los Estados europeos, se dieron un presidente ó *proedros*, con poderes reales, el príncipe fanariota Alejandro Mavrocordatos; pero los Helenos no habían dado aún bastantes pruebas para que las grandes potencias adoratrices del éxito les fueran favorables, y la opinión pública, más poderosa que los Estados oficiales, aún no se había conmovido lo suficiente. La Puerta tuvo el tiempo necesario para organizar sus ejércitos y sus flotas de invasión, y envió al hijo del virrey de Egipto, Ibrahim-Pachá, quien penetró en la Morea á la cabeza de 20,000 hombres prácticos en la táctica europea por oficiales franceses (1825). La devastación y las matanzas fueron horribles: la Morea se convirtió en una soledad, mientras que á la parte opuesta del istmo de Corinto, la ciudad de Missolonghi, donde se habían refugiado miles de Griegos y de Filohelenos, entre ellos el gran poeta Byron, sufrió cerca de un año de sitio, que terminó por una heroica salida que se abrió paso á través del ejército sitiador, y la explosión de una ciudadela que confundió en las mismas ruinas los cadáveres de amigos y enemigos (1826). Entonces creyeron las potencias llegado el momento «de interceder por los Griegos», impulsadas por el ardor de los filohelenos, que de todas partes enviaban hombres y dinero. Tres extranjeros fueron colocados en primer término para la dirección de los negocios, Capo d'Istrias, un protegido ruso, como presidente; Cochrane, ya ilustre por su participación en la independencia sud-americana, como almirante en jefe; Church, otro inglés, como generalísimo. Rusia, Inglaterra y Francia enviaron sus flotas, que destruyeron casi sin combate los barcos de Ibrahim-Pachá reunidos en la bahía de Navarín (1827).

Ya había terminado la guerra: sólo faltaba despejar la Grecia de los rezagados musulmanes que aún quedaban. Las potencias dictaron las condiciones de paz, reconociendo en primer término el señorío feudal de la Puerta, é imponiendo á Grecia el pago de un tributo, pero terminaron, no obstante, por reconocer la independencia absoluta del pequeño reino. La historia moderna ofrece pocos ejemplos de una lucha en que los rebeldes hayan dado pruebas de mayor valor y perseverancia que en esta guerra de independencia helénica. Cuando Grecia fué reconocida libre de la dominación turca, quedaban en su territorio exactamente 600,000 Helenos y Albaneses: «Para emanciparlos habían dado su vida 300,000 de los suyos... un tercio había desaparecido para dar la libertad á los otros dos tercios»[1]. Ese valor de los Helenos suscitó en toda Europa grandísima admiración: desde la Revolución francesa no había experimentado la juventud semejante entusiasmo. Bajo el encanto de los recuerdos de la gran época, llegó á creerse que los héroes de la nueva Helade reanimarían el genio de la Grecia antigua, y puede decirse que la burguesía liberal se sintió entonces verdaderamente joven, embriagada de esperanza: le pareció que celebraba sus nupcias con el ideal.

Por lo demás, la emancipación política de una parte de Grecia no era más que el símbolo de la gran revolución que se realizaba en el mundo oriental. Como resultado, todos los Griegos se hallaban moralmente emancipados: lo que llamaban la «gran idea», es decir,

[1] Pierre de Coubertin, *Soc. Normande de Géogr.*, 1900, p. 147.

la solidaridad panhelénica, tomaba un cuerpo á cuyo alrededor debían gravitar en lo sucesivo, cualesquiera que fuesen las condiciones especiales de sus medios. Los Griegos, más que todos los otros pueblos, representaban realmente una «idea», debido á que la cuestión de lugar natal, de raza ó de lengua está en ellos completamente subordinada á la del voto personal. «¡Soy Heleno!» eso basta para que un Eslavo, un Válaco, un Albanés, un hombre de una nacionalidad formada por descendencia pueda y deba ser realmente considerado como Griego. La voluntad hace la patria de elección; las circunstancias exteriores no son nada, sólo interesa la vida en la profundidad de su esencia [1]. Hasta la cuestión de territorio, que tiene tanta importancia á los ojos de los patriotas de otras naciones, tiene un valor muy secundario para los Griegos. Pueden citarse como ejemplo los residentes del litoral del Asia Menor y los insulares del Archipiélago Turco, que son esencialmente helenos y conscientes de su raza, ardentísimos en su espíritu de cohesión nacional, pero que en manera alguna aspiran á ser súbditos del rey de Grecia, y, de antemano, desconfían de las infinitas molestias reglamentarias que les harían sufrir los burócratas del reino: les conviene más arreglarse con los Turcos, que no tienen la pretensión de imponerles un patriotismo otomano y les dejan vivir en comunidades distintas sin molestarles en sus congregaciones ni en sus escuelas. Los Griegos de Mytilini (Mitilene, Lesbos), de Esmirna y de Samos saben que son positivamente más libres y disfrutan de mayor prosperidad bajo la ruda tutela de los Osmanli que si estuvieran bajo la autoridad directa y centralizadora de los funcionarios atenienses, y esperan sin impaciencia la gran federación del porvenir. En realidad esa federación existe: los Griegos se reconocen en todas partes y se ayudan mutuamente de grupo en grupo, constituyendo su unidad moral fuera de los límites y fronteras políticas de la superficie.

Durante la guerra de la independencia helénica, la misma Rusia fué teatro de acontecimientos que atestiguaban el sentimiento de solidaridad que unían ya todas las naciones de Europa en un mismo

[1] Victor Bérard, *La Turquie et l'Hellénisme contemporain*, ps. 239, 240.

organismo. Tomando por pretexto la sucesión de Nicolás I al trono imperial en vez de su hermano mayor Constantino (1825), estallaron bruscamente conjuraciones políticas, que fueron fácilmente reprimidas por el terrible emperador que acababa de ceñirse la corona; pero el valor intelectual de los hombres que fueron condenados á muerte ó al destierro en el ejército del Cáucaso ó en las minas de Siberia hizo quizá más en pro del movimiento de las ideas en Rusia que lo que hubiera podido hacer un cambio de personal gubernamental ó la publicación de una carta constitucional. Los dekabristas ó «decembristas», así denominados por el mes en que estalló la revolución, dejaron tan noble ejemplo, una enseñanza tan elevada, que esta época puede ser considerada como el punto de partida del gran trabajo subterráneo realizado durante el siglo en las profundidades de la nación rusa.

Será en verdad en la historia de Rusia un hecho capital y de gloria eterna aquella conjuración de los dekabristas, en la que unos privilegiados nobles intentaron una revolución que no tenía más objeto que la destrucción de sus privilegios. Parece que se haya visto algo semejante en Francia en el siglo XVIII, cuando los nobles y los clérigos, libres de pensamiento y de lenguaje, se complacían en burlarse de las instituciones «sagradas» y de las «bases eternas de la sociedad», socavando, por decirlo así, el suelo sobre que sustentaban el trono y el altar; pero el movimiento ruso tuvo un modo de ser mucho más profundo. Los grandes señores y los prelados franceses, bastante inteligentes y perspicaces para presentir los acontecimientos inevitables, tomaban previamente su partido y, como galantes jugadores de dados, afectaban no dejarse conmover por los decretos del destino. El rey mismo se encogía de hombros al ver los signos precursores de la Revolución próxima, exclamando: «¡Detrás de mí, el diluvio!» Sin embargo, aquellos risueños burlones no supieron conservar hasta lo último su actitud de buen tono, y cuando se realizó la amenaza, cesaron en sus burlas y tomaron en serio aquellas ventajas de raza, de fortuna y de convencionalismos sociales que habían parecido despreciar. En Rusia, los Pestel, los Mouraviev-Apostol y sus compañeros eran mucho más sinceros: querían de todo corazón entrar como iguales en la sociedad de los

que antes les eran inferiores, y hallar en la libertad de todos la garantía de su propia libertad. Después, cuando llegaron los días de la represión, todos aquellos innovadores dejaron un ejemplo de nobleza y de valor que no se olvidará jamás.

Aquella explosión de fervor político corresponde á la rapidez del movimiento que se había producido en el alma rusa bajo la influencia de las ideas de la filosofía occidental. En la época de Pedro el Grande el czar fué únicamente á Europa á buscar ejemplos é instrumentos de reino, no ideas: la nación no tuvo parte alguna en aquella visita en que unos cortesanos póstumos hubieran querido ver la entrada de veinte millones de hombres en el mundo civilizado. Verdad es que después, por una especie de coquetería hacia la cultura de Occidente, la emperatriz Catalina hizo venir los filósofos á su corte, pero se guardó bien de aplicar á la administración de sus pueblos los consejos de su amigo Diderot. Sus cortesanos se apresuraron á hablar como ella el lenguaje á la moda, pero por mera afectación: «Se era filósofo como se hubiera sido verdugo, por servilismo» [1]. El Tártaro aparecía por completo bajo la epidermis del Ruso. No obstante, el pensamiento aumentó siempre su influencia, y es indudable que las ideas, aunque superficiales, que sembraron los escritores extranjeros, encontraron en diversos puntos un terreno favorable; fué como un elemento más unido á los que prepararon la gran evolución del pensamiento.

Ya la aristocracia polaca, situada en un medio geográfico mucho más próximo á la Europa occidental, había participado en el movimiento de los pueblos del Oeste; puede decirse que la frontera variable de la verdadera Asia comenzaba al otro lado del reino de Polonia. Pero con las guerras del principio del siglo esa frontera se desplazó bruscamente: la nación rusa, removida en sus masas profundas, entró en relación de lucha y de exterminio con los ejércitos invasores de Napoleón. El conflicto comenzó por batallas en regla, y se terminó por una serie de matanzas y por la dispersión de la multitud de los invasores en la tormenta, pero quedaron, sin embargo, cambio de simpatías y de ideas, á pesar del furor de las

[1] Michel Bakounine, *Société Nouvelle*, Septiembre 1896, p. 322.

batallas y de la embriaguez de la sangre derramada. Para rechazar al extranjero la nación hubo de levantarse libremente; habíanse despertado las iniciativas personales: los esclavos, poniéndose al lado de sus señores, soñaron recuperar sus tierras. El gran impulso del pueblo fué al mismo tiempo una marcha hacia la libertad. Aún no estaba tratada la paz entre los soberanos que habían triunfado de los ejércitos de Napoleón, cuando ya nacía en Rusia la conspiración de los hombres que se sacrificaban para que el mundo moscovita entrara en la nueva vía abierta por la Revolución francesa; se lanzaban hacia el porvenir con toda la candidez de bárbaros jóvenes que no habían conocido jamás las dudas ni las ilusiones.



LOS CINCO DEKABRISTAS AHORCADOS (1826)

PESTEL, nacido en 1793; oficial y diplomático. Su programa comprendía: la tierra á los campesinos, la instrucción laica y obligatoria, una Rusia federativa.

RYLEIF, nacido en 1784; ex-oficial, poeta de mérito. Era «buen juez» en San Petersburgo en 1825.

BESTRUGEF-ROUMIN; oficial de marina, poeta, periodista.

MOURAVIEV-APOSTOL, nacido en 1796; oficial. Refiere una leyenda que Romme, eludiendo mortal persecución y refugiado en Rusia, fué su preceptor.

KACHOVSKY, oficial retirado. El día del juramento al nuevo emperador mató á un general, tomándole por Nicolás.

Toda Europa se hallaba entonces en estado de fermentación política: por todas partes se reclamaba el cumplimiento de las promesas hechas por la Revolución ó por sus herederos en el poder, y principalmente en Francia se concentraba la lucha entre los partidos revolucionarios y los partidarios de la monarquía tradicional. Carlos X, el personaje sin prestigio que ocupaba el trono de Luis XIV, parecía escogido á propósito por el destino como un admirable ejemplo del sistema monárquico llevado al absurdo: falto de toda inteligencia política, pero infatuado al mismo tiempo con

su derecho divino, desafiaba á su pueblo, excitándole neciamente con leyes, decretos y ordenanzas, sin tener la fuerza necesaria para asegurar su ejecución. Los partidos más opuestos, republicanos é imperialistas, se habían reconciliado contra él. Tres días de revolución (1830), durante los cuales no fué resueltamente defendido más que por mercenarios extranjeros, bastaron para decidirle á la huída. Un hecho caracteriza al hombre: durante el viaje de Rambouillet á Cherburgo, donde se embarcó el 16 de Agosto para la isla de Wight, una de las grandes preocupaciones de Carlos X consistía en encontrar para sus comidas una mesa cuadrada; las mesas redondas no eran admitidas por la antigua etiqueta real. Después de una estancia de dos años en un palacio de la Gran Bretaña, murió olvidado en Austria.

Le reemplazó otro rey, el que el viejo Lafayette presentó al pueblo diciendo: «¡He aquí la mejor de las Repúblicas!» Pero Luis Felipe fué ante todo la burguesía triunfante: la Revolución que comenzó al final del siglo XVIII, no acabó completamente su obra hasta el advenimiento del «rey ciudadano». La gran industria, desarrollándose sobre el modelo suministrado por Inglaterra, se había apoderado de Francia y se daba una constitución de gobierno que, por medio del electorado censitario y el funcionamiento de las dos Cámaras, consolidaba el poder en manos de los propietarios de la tierra, de los ricos manufactureros y de los altos funcionarios. La sociedad legal, compuesta sobre poco más ó menos de un millón de electores, había realizado al fin su ideal después de sus dos experimentos fracasados: la reacción guerrera y la restauración. Las revoluciones suelen hacerse en dos veces antes que se consigan los resultados, y cuando vuelven al ataque por segunda vez ocurre por lo común que se presentan bajo una forma nueva y aun de apariencia contradictoria con la de su primera aparición. Así, por ejemplo, después de la victoria de la burguesía inglesa, representada por el *Commonwealth*, se realizó otra revolución que produjo la dictadura guerrera de Cromwell, y después la restauración de la dinastía legítima; pero menos de medio siglo después de la decapitación de Carlos I, la burguesía liberal y parlamentaria adquiría nuevamente su poder con Guillermo de Orange.

La revolución de «Julio», que había simbolizado en Francia el advenimiento de la clase media, instruída, emprendedora y ya rica, se propagó en el mundo europeo por una gran conmoción, y, en los puntos de equilibrio inseguro, por violentas convulsiones. En la vecindad inmediata de Francia, el pequeño reino de los Países Bajos, que se componía de dos mitades desproporcionadas por su



De una litografía de Decamps.

CARLOS X DE CAZA

historia anterior, rompió bruscamente la mancomunidad de la conveniencia política á que había sido condenado. Las poblaciones del Sud habían sido perjudicadas durante los quince años de unión oficial: los Walones de lengua francesa sufrían con impaciencia la obligación de someterse administrativamente al uso de un idioma que les parecía menos civilizado que el lenguaje materno; se quejaban también de la desigualdad de los impuestos, repartidos en detrimento suyo, y de las vejaciones de toda clase que habían de soportar incesantemente como un pueblo conquistado. Por otra parte el clero, todopoderoso en Flandes desde la época terrible de la dominación española, impulsó á sus dóciles feligreses hacia un movimiento de odio intransigente contra el régimen holandés en que prevalecían las tradiciones calvinistas. La alianza se había hecho en Bélgica entre liberales y clericales contra el enemigo común, y

su derecho divino, desafiaba á su pueblo, excitándole neciamente con leyes, decretos y ordenanzas, sin tener la fuerza necesaria para asegurar su ejecución. Los partidos más opuestos, republicanos é imperialistas, se habían reconciliado contra él. Tres días de revolución (1830), durante los cuales no fué resueltamente defendido más que por mercenarios extranjeros, bastaron para decidirle á la huída. Un hecho caracteriza al hombre: durante el viaje de Rambouillet á Cherburgo, donde se embarcó el 16 de Agosto para la isla de Wight, una de las grandes preocupaciones de Carlos X consistía en encontrar para sus comidas una mesa cuadrada; las mesas redondas no eran admitidas por la antigua etiqueta real. Después de una estancia de dos años en un palacio de la Gran Bretaña, murió olvidado en Austria.

Le reemplazó otro rey, el que el viejo Lafayette presentó al pueblo diciendo: «¡He aquí la mejor de las Repúblicas!» Pero Luis Felipe fué ante todo la burguesía triunfante: la Revolución que comenzó al final del siglo XVIII, no acabó completamente su obra hasta el advenimiento del «rey ciudadano». La gran industria, desarrollándose sobre el modelo suministrado por Inglaterra, se había apoderado de Francia y se daba una constitución de gobierno que, por medio del electorado censitario y el funcionamiento de las dos Cámaras, consolidaba el poder en manos de los propietarios de la tierra, de los ricos manufactureros y de los altos funcionarios. La sociedad legal, compuesta sobre poco más ó menos de un millón de electores, había realizado al fin su ideal después de sus dos experimentos fracasados: la reacción guerrera y la restauración. Las revoluciones suelen hacerse en dos veces antes que se consigan los resultados, y cuando vuelven al ataque por segunda vez ocurre por lo común que se presentan bajo una forma nueva y aun de apariencia contradictoria con la de su primera aparición. Así, por ejemplo, después de la victoria de la burguesía inglesa, representada por el *Commonwealth*, se realizó otra revolución que produjo la dictadura guerrera de Cromwell, y después la restauración de la dinastía legítima; pero menos de medio siglo después de la decapitación de Carlos I, la burguesía liberal y parlamentaria adquiría nuevamente su poder con Guillermo de Orange.

La revolución de «Julio», que había simbolizado en Francia el advenimiento de la clase media, instruída, emprendedora y ya rica, se propagó en el mundo europeo por una gran conmoción, y, en los puntos de equilibrio inseguro, por violentas convulsiones. En la vecindad inmediata de Francia, el pequeño reino de los Países Bajos, que se componía de dos mitades desproporcionadas por su



De una litografía de Decamps.

CARLOS X DE CAZA

historia anterior, rompió bruscamente la mancomunidad de la conveniencia política á que habia sido condenado. Las poblaciones del Sud habían sido perjudicadas durante los quince años de unión oficial: los Walones de lengua francesa sufrían con impaciencia la obligación de someterse administrativamente al uso de un idioma que les parecía menos civilizado que el lenguaje materno; se quejaban también de la desigualdad de los impuestos, repartidos en detrimento suyo, y de las vejaciones de toda clase que habían de soportar incesantemente como un pueblo conquistado. Por otra parte el clero, todopoderoso en Flandes desde la época terrible de la dominación española, impulsó á sus dóciles feligreses hacia un movimiento de odio intransigente contra el régimen holandés en que prevalecían las tradiciones calvinistas. La alianza se había hecho en Bélgica entre liberales y clericales contra el enemigo común, y

de esta alianza nació un nuevo pequeño Estado que desde el primer día hubo de proclamar su neutralidad y colocarse bajo la benévola protección de las potencias europeas; á la unión forzada con Holanda sucedió un matrimonio de conveniencia en Walonia y Flandes, igualmente asociadas contra su voluntad. La verdadera simpatía tiene la noble libertad por punto de partida, y no se establece sino en las asociaciones francas y espontáneas.

La sublevación de Polonia, que se produjo también al final de 1830, no logró su objeto como la revolución de Bélgica, pero produjo quizá mayores consecuencias, y el drama resultó mucho más trágico en la historia de las naciones. En primer lugar las tropas rusas se vieron obligadas á evacuar la comarca, y el ejército polaco, que parecía brotado de la tierra, se halló pronto bastante fuerte para sostener el choque de las formidables masas de los hombres lanzados en su contra. Las luchas comenzadas durante el frío invierno en la aspereza de los bosques, en los campos nevados, después en los fangos de la primavera á lo largo de los ríos desbordados, prosiguió durante un año, y con frecuencia batallas favorables interrumpieron la marcha de los invasores: pero la partida era demasiado desigual, y el 8 de Septiembre de 1831 la ciudad de Varsovia hubo de rendirse, siendo entregada á todos los horrores de una matanza de que la historia hablará siempre. Después, los restos de los batallones polacos fueron pronto rechazados sobre los territorios de Austria y de Prusia; miles de fugitivos fueron á pedir asilo al extranjero, especialmente á Francia, donde continuaron las inconciliables disensiones nacionales entre el partido del supuesto «rey» Czartoryski y los Polacos francamente revolucionarios, mientras que en la patria vencida, la fracción inteligente y consciente de la nación permanecía sometida á un régimen horrible de violencias é injusticias.

Las pequeñas revoluciones que estallaron en distintos puntos de la Italia del Norte fueron también reprimidas. Allí Metternich, que era el gran inspirador de la contra-revolución europea, pudo intervenir directamente por medio de los soldados de Austria, convertidos en ejecutores de sus altas obras. La Italia entera, incluso el Piamonte, el reino de las Dos Sicilias y los Estados Romanos, no

fué más que una dependencia del gobierno «imperial y real»; en aquella época la palabra «libertad» fué considerada como un crimen y no se pronunció más que en las «ventas» misteriosas de los «carbonarios».

En España se fué más libre, puesto que se luchaba; pero la lucha no tuvo un carácter franco. Los habitantes de la Península



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

EL LEVANTAMIENTO DE CADÁVERES

por Francisco de Goya y Lucientes, 1746-1828.

estaban todavía muy sujetos á los principios, á las tradiciones y á las costumbres de la monarquía católica para lanzarse con sinceridad á la revolución de independencia republicana: como en la vecina Francia, donde se había intentado disciplinar todos los elementos de libertad al servicio de la rama menor de los Borbones, simbolizando la burguesía liberal, se trató en España de reunir en un solo cuerpo político á los adversarios del antiguo régimen absolutista, formando con él el ejército de la reina Isabel, entronizada contra la costumbre dinástica de los Borbones, llamada «ley sálica». De un lado el clero, del otro la burguesía liberal, agrupaban sus fuerzas; los *Carlistas*, así llamados por el nombre de D. Carlos, el heredero legítimo del trono, y los *Cristinos*, que llevaban el nombre de la

regente, se hallaron frente á frente, no sólo alrededor de la capital, sino en las provincias, principalmente en Navarra y el país Vasco, cuyos habitantes, por odio á la centralización administrativa y por una justa pasión por sus libertades locales, se hallaron merced á extrañas circunstancias unidos al partido de la reacción. La naturaleza fragmentada del país facilitó la ruda perseverancia de los combatientes, y durante siete años, de 1833 á 1840, se prolongó la lucha, una de las más crueles que registra la historia. Triunfaron al fin los *Cristinos*, y España pudo gozar de una tregua en sus anales sangrientos.

A consecuencia de un movimiento paralelo, cuyas peripecias se desarrollaban trágicamente en el Estado limítrofe, dos soberanos se disputaban también el trono de Portugal, el feroz D. Miguel y la joven María de la Gloria. Allí también la causa de la joven reina, poco menos déspota que su rival, obtuvo el triunfo.

En Inglaterra se desarrollaban acontecimientos de mayor alcance, aunque sin producir efusión de sangre. En aquella época, el país cuya constitución servía de modelo á todas las monarquías parlamentarias que se formaban en Europa, se hallaba dificultado en su funcionamiento normal por prácticas electorales completamente injustas. A consecuencia de la extrema lentitud con que Inglaterra, regida por hombres de ley y los aristócratas profundamente conservadores, procede á la modificación de su antiguo equilibrio político, la representación parlamentaria recordaba todavía la época en que los condados del Sud estaban proporcionalmente más poblados y eran más ricos que los del Norte. Cuando se establecieron las bases de la delegación electoral, el Devonshire era un gran condado marítimo, el Somerset y el Wilts eran centros industriales, en tanto que el Lancashire, bajo un clima más rudo, tenía una población menos densa y más grosera [1]: de ahí la enorme preponderancia que se concedía antes de 1832 en materia de representación á la parte de Inglaterra situada al sud del río Trent; hoy todavía, á pesar de las diversas atenuaciones de esa injusticia introducidas por el tiempo,

[1] W. Bagshot, *The English Constitution*.

N.° 443. La representación inglesa en 1832.



Las 56 «villas podridas» que perdieron sus dos representantes en 1832 están señaladas con punto negro. G, Grampound en Cornwall es la única villa «desemancipada» anteriormente. Las 31 villas á las cuales se retiró uno de sus diputados están señaladas con punto abierto. Las otras villas con punto abierto y central conservaron sus dos representantes. Esta disminución de 143 representantes fué compensada por la creación de 22 representaciones dobles y 20 sencillas en las ciudades del Norte y por el aumento del número de las circunscripciones rurales.

Principales abreviaturas.—Condados: Mid-dlesex, Rut-land, Breck-nock (capital Breckon), Westm-oreland, Cumb-erland, Northumb-erland, etc. — Ciudades que designan un condado: D, Dorchester, (Dorset); S, Southampton (Hants); W, Wilton (Wilts); Oxf-ord; Hertf-ord; Bed-ford; Cam-ridge; Hunt-ingdon; Nort-hampton; Glo's-ter; Montm-outh; Carmar-then; Radnor; Here-ford; Montg-omery; Denb-igh; S, Shrewbury (Shropshire); Wo-rcester; Wa-rwick; Lei's-ter; N, Nottingham (Notts); L, Lancaster (Lancashire); Staff-ord.

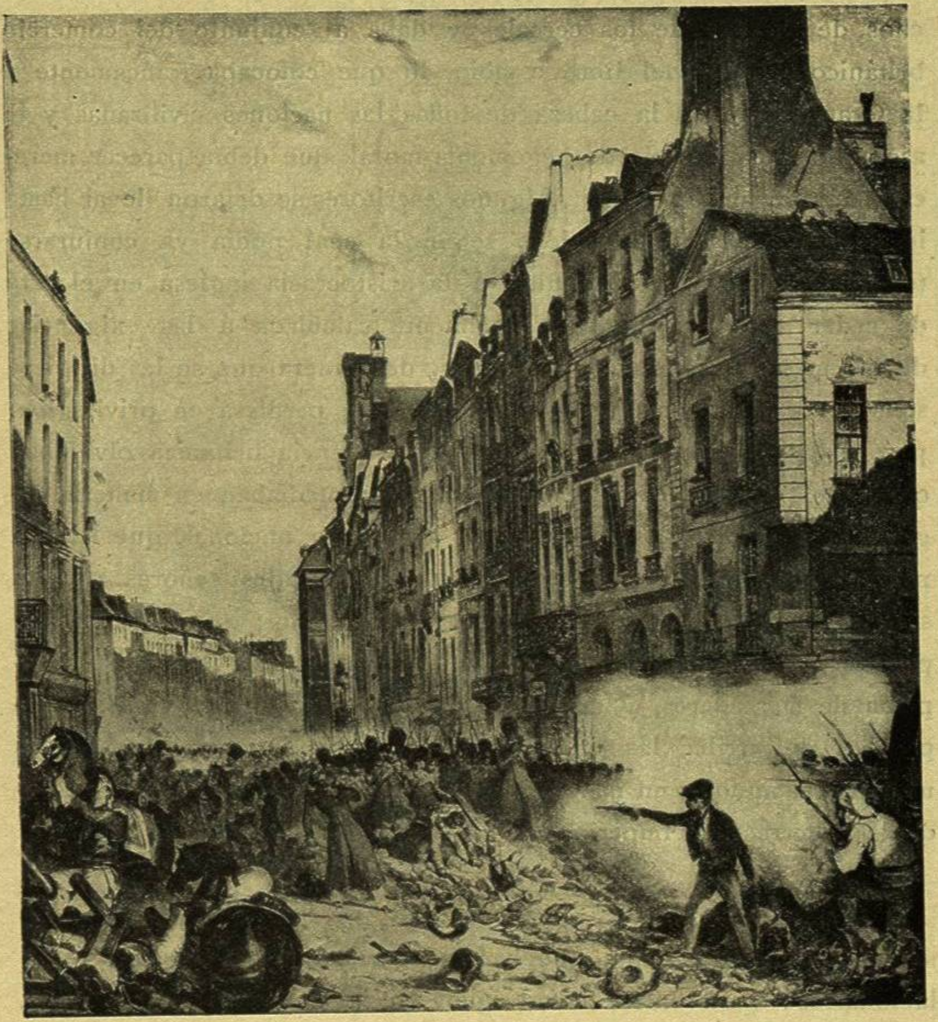
las regiones meridionales del reino están siempre muy favorecidas; establécese un contraste cada vez mayor entre la repartición geográfica de las fuerzas, de un lado en el Parlamento, de otro en la nación misma, cuya voluntad acaba siempre por prevalecer.

A pesar de la resistencia de todos los elementos conservadores, y principalmente de la Iglesia, esa voluntad nacional adiestrada ahora para un verdadero progreso, obligó á emancipar los esclavos de las colonias inglesas. Desde 1808 fué oficialmente prohibida la importación de los negros en las plantaciones americanas; en 1811 el Parlamento asimiló la trata á la piratería é hizo aprobar esta prohibición por tratados convenidos con las diversas naciones de Europa En 1830 el gobierno británico dió libertad á todos los esclavos de la Corona, y por último, en 1833 se realizó el gran acto de la liberación general: el Parlamento votó la cantidad de quinientos millones de francos como indemnización á los plantadores; el número de esclavos se elevaba á unos 639,000; sólo en la isla de Jamaica se contaban 322,000. Este acto de emancipación distó mucho de ser, como tanto se ha repetido, la primera medida colectiva tomada respecto de los negros esclavizados. Ya en 1792 la República francesa había pronunciado la liberación de los esclavos de Santo Domingo; sin embargo, la opinión convertida en legalista solía abolir los actos de la Revolución para no considerar como positivas más que las obras de los gobiernos bien establecidos. En el mismo año 1792, Dinamarca abolió la trata en sus colonias de las Indias occidentales, y en 1803 renovó su decisión de una manera más efectiva, prohibiendo que los miembros de una misma familia pudiesen ser separados, organizando la instrucción entre los negros, y por otras varias medidas, sin llegar hasta ordenar la liberación [1].

El ejemplo de la Gran Bretaña fué sucesivamente imitado por los demás Estados de Europa, en parte bajo la presión de la voluntad popular, pero más quizá todavía por obediencia al ascendiente de Inglaterra, que había consentido en privarse de los beneficios materiales de la trata de negros y de la producción en grande de los géneros coloniales, sin que para ella aceptase la concurrencia de

[1] *The Examiner*, 24 Marzo 1877.

las demás naciones. Habiendo sufrido las consecuencias económicas de su propio sacrificio, quiso hacer que se repartiera la carga. En la mayor parte de las Antillas, y principalmente en Jamaica, los plan-



Gabinete de las Estampas. Según una litografía de Charlet.

COMBATE DE LA CALLE DE SAN ANTONIO

tadores se arruinaron por completo á causa de la revolución producida en las condiciones del trabajo. Nada más justo: era natural que los negros, libres al fin del cepo y del látigo, olvidasen el camino de las odiadas plantaciones y reservasen su labor al huerto de la familia.

Las reformas, determinadas en Inglaterra por las victorias suce-

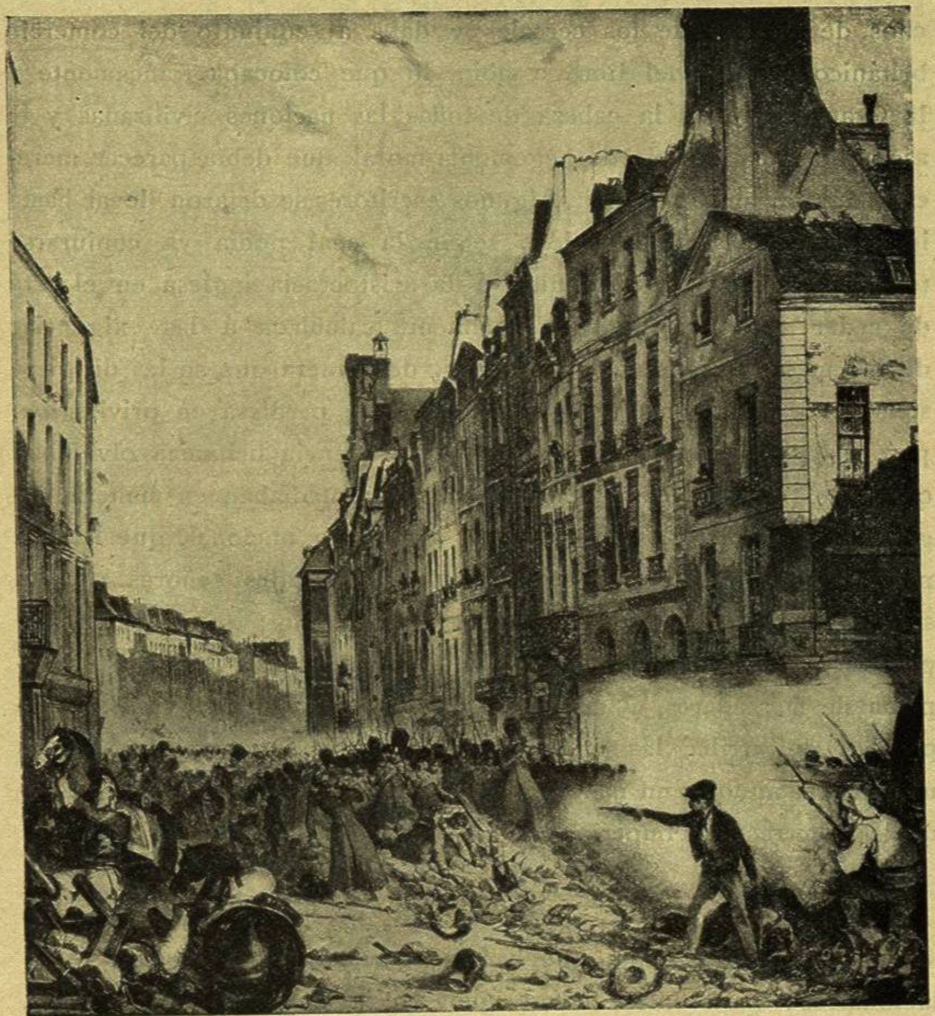
las regiones meridionales del reino están siempre muy favorecidas; establécese un contraste cada vez mayor entre la repartición geográfica de las fuerzas, de un lado en el Parlamento, de otro en la nación misma, cuya voluntad acaba siempre por prevalecer.

A pesar de la resistencia de todos los elementos conservadores, y principalmente de la Iglesia, esa voluntad nacional adiestrada ahora para un verdadero progreso, obligó á emancipar los esclavos de las colonias inglesas. Desde 1808 fué oficialmente prohibida la importación de los negros en las plantaciones americanas; en 1811 el Parlamento asimiló la trata á la piratería é hizo aprobar esta prohibición por tratados convenidos con las diversas naciones de Europa En 1830 el gobierno británico dió libertad á todos los esclavos de la Corona, y por último, en 1833 se realizó el gran acto de la liberación general: el Parlamento votó la cantidad de quinientos millones de francos como indemnización á los plantadores; el número de esclavos se elevaba á unos 639,000; sólo en la isla de Jamaica se contaban 322,000. Este acto de emancipación distó mucho de ser, como tanto se ha repetido, la primera medida colectiva tomada respecto de los negros esclavizados. Ya en 1792 la República francesa había pronunciado la liberación de los esclavos de Santo Domingo; sin embargo, la opinión convertida en legalista solía abolir los actos de la Revolución para no considerar como positivas más que las obras de los gobiernos bien establecidos. En el mismo año 1792, Dinamarca abolió la trata en sus colonias de las Indias occidentales, y en 1803 renovó su decisión de una manera más efectiva, prohibiendo que los miembros de una misma familia pudiesen ser separados, organizando la instrucción entre los negros, y por otras varias medidas, sin llegar hasta ordenar la liberación [1].

El ejemplo de la Gran Bretaña fué sucesivamente imitado por los demás Estados de Europa, en parte bajo la presión de la voluntad popular, pero más quizá todavía por obediencia al ascendiente de Inglaterra, que había consentido en privarse de los beneficios materiales de la trata de negros y de la producción en grande de los géneros coloniales, sin que para ella aceptase la concurrencia de

[1] *The Examiner*, 24 Marzo 1877.

las demás naciones. Habiendo sufrido las consecuencias económicas de su propio sacrificio, quiso hacer que se repartiera la carga. En la mayor parte de las Antillas, y principalmente en Jamaica, los plan-



Gabinete de las Estampas. Según una litografía de Charlet.

COMBATE DE LA CALLE DE SAN ANTONIO

tadores se arruinaron por completo á causa de la revolución producida en las condiciones del trabajo. Nada más justo: era natural que los negros, libres al fin del cepo y del látigo, olvidasen el camino de las odiadas plantaciones y reservasen su labor al huerto de la familia.

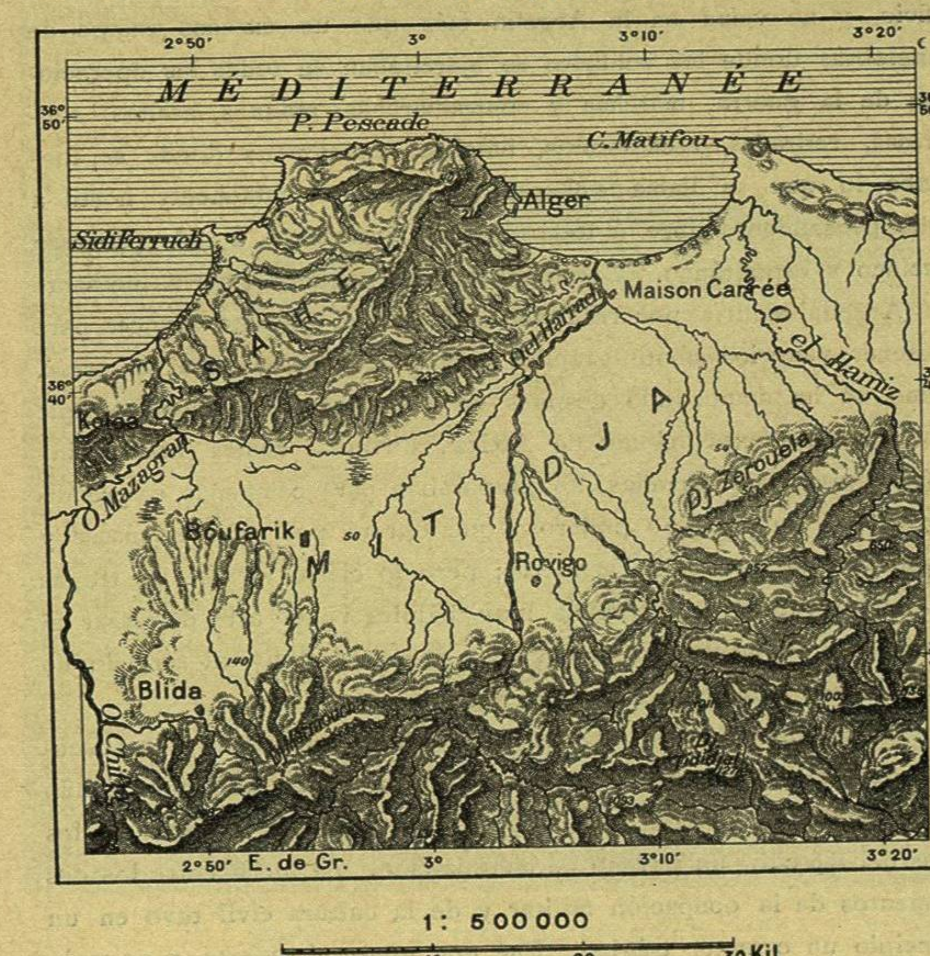
Las reformas, determinadas en Inglaterra por las victorias suce-

sivas de la opinión pública, se proseguían á pesar de los cambios de reinado y de ministerio. Hasta se dió el caso de que por mediación de un gobierno conservador se votó la medida más popular de aquella época, la que abolía ó reducía á poca cosa los derechos de entrada de los cereales y daba al conjunto del comercio británico el ideal del libre cambio, lo que colocaba francamente á la Gran Bretaña á la cabeza de todas las naciones civilizadas y le aseguraba una especie de hegemonía moral, que debía parecer merecida durante medio siglo. Algunos escritores se dejaron llevar hasta imaginarse una supuesta ley, según la cual podía ya conjurarse toda revolución: bastaba imitar á la aristocracia inglesa en el arte de ceder con una lentitud sabiamente calculada á las exigencias de las masas burguesas y populares, de manera que se les dirigiese siempre, ganando en ascendiente lo que se perdiera en privilegios, pero esos grandes admiradores de la prudencia británica olvidaban que esas reformas contemporizadoras no remediaban en manera alguna las enfermedades crónicas del organismo nacional, que Irlanda permanecía esclavizada por una liga de grandes señores que ni siquiera tenían el valor de residir en sus tierras; que la India, tan poblada y hambrienta, era siempre la cosa de una inhumana compañía de mercaderes, y que en Inglaterra, bajo la maravillosa prosperidad de arriba, las miserias de abajo continuaban royendo las multitudes, aunque en menor grado que en la época de las formidables guerras del Imperio.

El gobierno francés, comprometido en diferente vía que los ministros ingleses, tenía que hacerse perdonar sus orígenes revolucionarios: para entrar como igual en la asamblea de los reyes, Luis Felipe debía suministrar grandes garantías de prudencia conservadora y volverse enérgicamente contra sus ex-cómplices, lo que hizo cumplidamente: la primera década de su reinado se empleó principalmente en suscitar motines para reprimirlos después. Al mismo tiempo recurrió al medio habitual de corrupción distrayendo la atención pública hacia una guerra de conquista poco peligrosa. Algunos días antes de la revolución de Julio, una flota francesa desembarcó en las inmediaciones de Argel tropas que cayeron

rápidamente sobre la ciudad, dispersando á sus defensores y poniendo un término al gobierno de los soberanos corsarios. Aquel extraño principado, que desde más de tres siglos desafiaba á las potencias

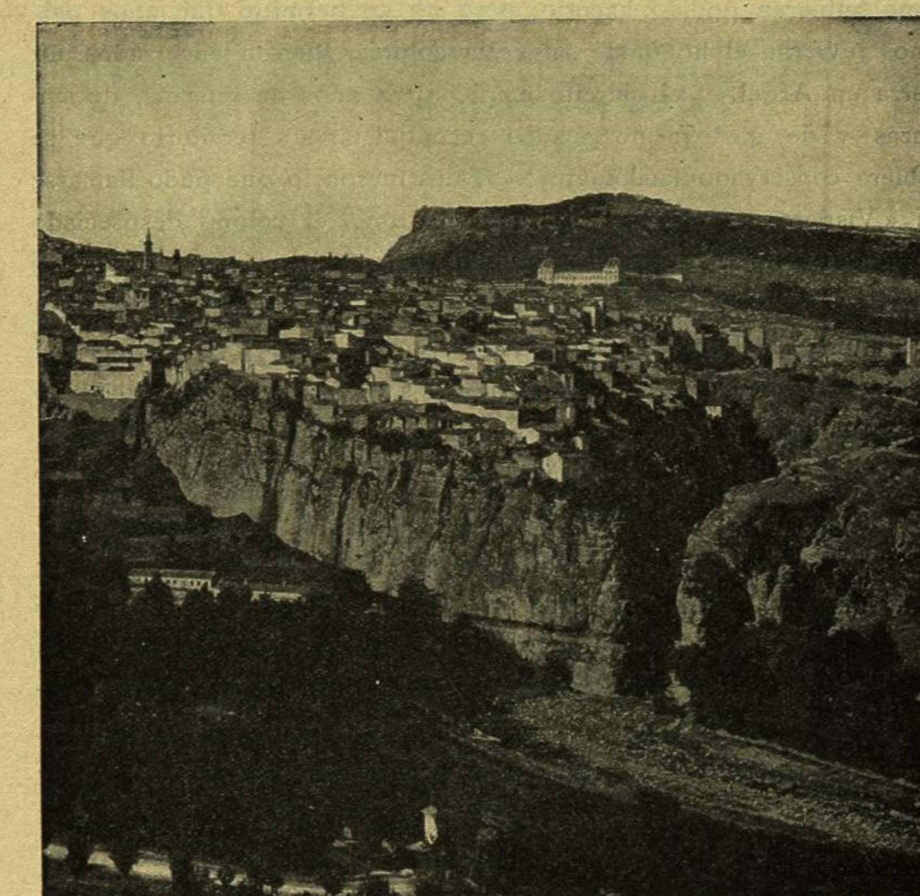
N.º 444. El Sahel de Argel y la Mitidja.



cristianas y cuya existencia no hubiera sido posible si no le hubieran protegido complicidades secretas, desapareció de las costas del Mediterráneo; pero la supresión de aquel nido de piratas hubiera podido realizarse sin que Francia se creyese obligada á hacer la guerra contra las poblaciones del interior ni iniciar las operaciones de conquista que se prosiguieron durante varias generaciones, y que ni al principio del siglo xx están aún terminadas.

La usurpación se iba haciendo previamente por contacto y poco á poco en las tierras; la anexión de una tribu traía consigo la de las siguientes, complicada con revueltas ofensivas por parte de los indígenas. Los jefes del ejército se interesaban mucho menos por la suerte de las poblaciones conquistadas que por las cosas de su oficio, y no veían en la Argelia más que un extenso campo de maniobras donde los soldados se ejercitaban en todas las operaciones de la guerra, marchas y contramarchas, ataques, asaltos, sorpresas, retiradas, escaramuzas, batallas, matanzas y donde se formaba lo que se llama «el espíritu militar», fatalmente hostil á todo pensamiento libre, á toda iniciativa individual, á todo progreso pacífico y espontáneo. Considerábase que aquella guerra incesante de Argelia tendría por resultado preparar el ejército francés para sostener victoriosamente grandes guerras europeas. Era un error, como se ha demostrado después en desastrosos conflictos, porque las pequeñas expediciones de Africa, dirigidas contra bandas incoherentes y mal armadas, no preparaban para campañas emprendidas contra un enemigo poderoso que obrara por grandes masas y dispusiera de formidable artillería; pero lo cierto es que las tropas de Africa volvieron á Francia muy hábiles en el arte de cazar al hombre, y lo mostraron bien en las calles de París, al servicio de los «buenos principios del orden y de la autoridad».

La conquista de la Argelia sólo hubiera producido consecuencias deplorables si aquella comarca hubiera debido continuar siendo una escuela de guerra, pero llegó á ser también, á pesar de los jefes del ejército, un terreno de colonización. La lucha entre los dos elementos de la ocupación militar y de la cultura civil tuvo en un principio un caracter trágico. Fué una guerra á muerte, y se pudo temer durante muchos años que la Argelia, transformada en un gran cuartel, quedase definitivamente cerrada á la invasión de las ideas y de las costumbres europeas. Pero el ejército, al que era indispensable todo un cortejo de proveedores, no podía maniobrar sin introducir á pesar suyo una población civil que diera solidez á sus anexiones estratégicas. La obra de conquista giraba en un círculo vicioso y, á pesar de todo, no podía menos de terminar por el empequeñecimiento y luego por la subordinación del elemento militar, fatal salida que éste trataba de evitar á toda costa. El gobierno dictatorial de la Argelia quería limitar la extensión del territorio ocupado por los paisanos[1]: todo Europeo que se adelantase fuera de los límites del país de campamento militar que formaba el



Cl. J. Kuhn, edit.

CONSTANTINA Y LA CORTADURA DEL RUMMEL

cuadro del Sahel y de la Mitidja, quedaba por eso mismo fuera de la ley: los centinelas tenían orden de hacer fuego sobre él. Después se hizo más todavía: se suprimió toda colonización, hasta en las inmediaciones de Argel. El mariscal Valée juzgó útil hacer una expedición guerrera que le prohibía el tratado de la Tafna, y Abd-el-Kader le declaró la guerra á su vez; entonces el mariscal

[1] Rouire, *Revue de Deux Mondes*, 15 Sept. 1901, p. 357.

aprovechó la situación para ordenar á todos los colonos del Sahel y de la Mitidja que abandonaran sus haciendas. Esta orden, lanzada el 20 de Noviembre de 1839, aniquiló de un golpe los esfuerzos de nueve años. En vano los agricultores quisieron defenderse solos, como hubieran podido hacerlo, pero no se permitió que unos paisanos tuvieran el honor de salvar la colonia: fueron encerrados por fuerza en Argel, y el ejército empleó tres años de guerras, de matanzas y de gastos enormes en reconquistar un territorio que se hubiera conservado fácilmente [1]. Tales fueron lo que pudo llamarse las «Vísperas argelinas». Y sin embargo, el colono despreciado acabó por triunfar de su enemigo natural el conquistador, y la Argelia se ha anexionado al mundo europeo, dando un gran paso en el conjunto de la evolución que une poco á poco la humanidad al tipo de civilización representado por los pueblos que han recibido la educación greco-romana.

En la época de la conquista de la Argelia, el Oriente mediterráneo se hallaba también turbado por el ruido de las armas. Un «pastor de los pueblos» se había revelado en la persona de Mehemet-Ali, quien, siendo un oficial sin fortuna, había llegado á la dignidad de pachá de Egipto (1804). Sus fuerzas, mandadas por su hijo Ibrahim, habían combatido en Morea y en Navarin, pero Mehemet no tardó en indisponerse con su señor feudal y emprendió una lucha cuyo término fué la derrota de los Turcos en Necib (24 Junio 1839). Europa intervino: Rusia, Austria, Inglaterra..., porfiaban á quién protegería más á Turquía para adquirir «derechos» sobre ella; Mehemet-Ali hubo de abandonar la Siria y limitarse á la posesión hereditaria de Egipto.

Después de las terribles guerras del Imperio, durante aquella parte del siglo XIX que vió á las poblaciones de la Europa moderna tomar aliento, se realizaron progresos decisivos en la marcha del pensamiento humano, en correspondencia con la extensión creciente de su dominio material. Comenzaron nuevamente los grandes viajes, emprendidos por hombres de ciencia y de iniciativa que abarcaban,

[1] Rouire, *Revue des Deux Mondes*, ps. 365 á 367.

como Humboldt, todos los estudios referentes al «Cosmos». Spix y Martius publicaron sobre el río de las Amazonas su admirable rela-

N.° 445. Archipiélago polar americano.



1 : 20 000 000

0 250 500 1000 Kil

B. I., al sudoeste de la tierra de North-Devon, Beechey Island. — P. M., en la península de Boothia, polo magnético norte.

En 1904-1906 Amundsen efectuó la primera circunnavegación completa del Nuevo Mundo por el pasaje del Noroeste.

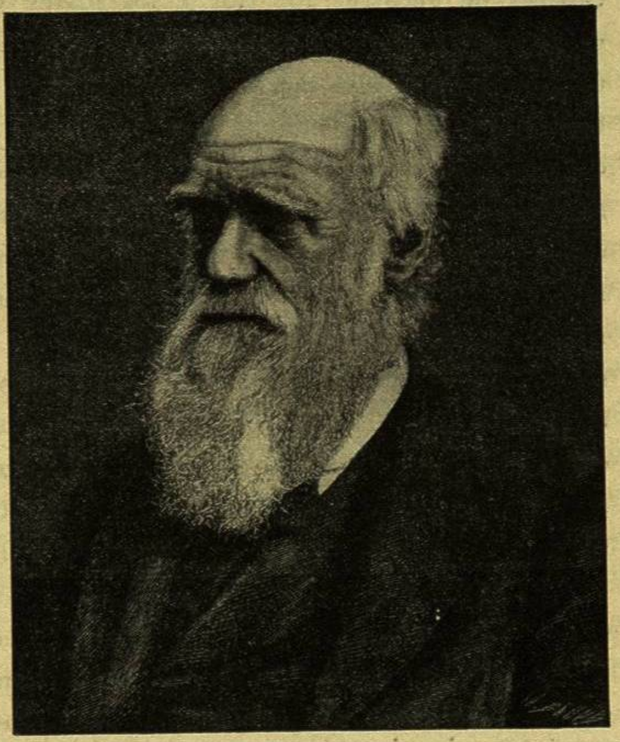
ción de viaje (1817-1820), que no fué excedido jamás así en precisión como en profundidad; Fitzroy, acompañado de Carlos Darwin,

dirigió sus bellas exploraciones del *Adventure* y del *Beagle*, punto de partida de tan preciosas investigaciones sobre la formación de las islas coralígenas, así como también sobre los movimientos de la corteza terrestre y sobre la génesis y la distribución de los animales.

En la misma época se fijaba la atención de los navegantes en las navegaciones polares, no sólo como las de Chancellor, de Hudson y de Bering, para descubrir un paso del «nordeste» ó del «noroeste» alrededor de las costas septentrionales de Asia ó de América, sino también para navegar directamente hacia el polo, como lo había hecho el piloto Baffin doscientos años antes. Siguiendo las huellas del ballenero Scoresby, uno de los observadores más sagaces que hayan estudiado el Océano Polar, unos marinos enviados por el gobierno británico, Sabine, John Ross y Parry se sucedieron rápidamente en los parajes del Norte. En 1827 alcanzó Parry la latitud de 82° 40', que permaneció durante muchos años la más aproximada al polo á que haya llegado el hombre; después, en 1831, James Ross descubrió en el caos de las islas y penínsulas del archipiélago polar, el punto preciso del polo magnético en que la aguja de la brújula se dirige hacia el suelo. La expedición de 1845, dirigida por Sir John Franklin, tuvo por el contrario un resultado fatal, pereciendo hombres y barcos en las tinieblas del Norte; en 1848, la marina británica no envió menos de cuatro expediciones de socorro; en 1850, diez vapores batían el mar alrededor de Beechey Island, que había sido uno de los lugares de invernadero de Franklin. Se recorrió en todos sentidos el laberinto tan complicado del archipiélago polar, y no sólo se pudieron hallar las huellas de la funesta expedición y reconocer todas las peripecias del drama final, sino que se descubrió además ese famoso paso del noroeste tan buscado hacia más de tres siglos. En 1853, unos navegantes venidos por el estrecho de Bering, encontraron sobre los hielos de la isla Melville otros viajeros llegados por el estrecho de Baffin. Sin embargo, ese camino, hallado á tanta costa, no ha podido ser utilizado todavía; y desde hace medio siglo nadie le ha vuelto á ver (1905). Respecto de las exploraciones antárticas, sostenidas con menos empeño que las del polo boreal, fueron detenidas por largo tiempo, cuando

James Ross, en su expedición de 1841 á 1843, se vió detenido á 1,315 kilómetros del polo austral por un gran acantilado de hielo y por el alto continente que contiene dos volcanes: el Erebus y el Terror.

El aumento de conocimientos que los viajeros obtenían en extensión, lo conquistaban los sabios en profundidad. El geólogo exploraba, examinaba el suelo, comparaba las rocas, buscaba sus analogías, sus diferencias y sus contrastes, observaba sus alturas, sus pliegues y sus inclinaciones, reconstruía las edades de la Tierra por los diferentes cambios cuyas huellas y sucesión veía. Al mismo tiempo el historiador estudiaba los monumentos y los archivos, recogía tradiciones y leyendas, tomaba los documentos ya juzgados para someterlos á nueva discusión más ceñida y más segura, resucitando así



CARLOS DARWIN, 1809-1882

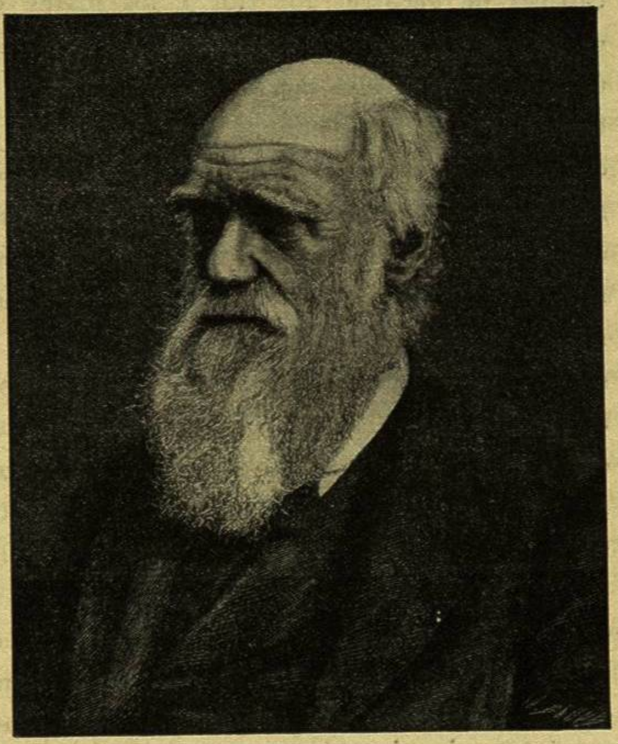
el tiempo pasado para hacerle conocer mejor que lo que se había conocido á sí mismo, presentando de este modo con mayor claridad el porvenir, hasta cuando se equivocaba en los detalles. La época de los Thierry y de los Michelet, de los Gervinus, de los Buckle y de los Ferrari no hay duda que fué una gran época, porque al referir sus altas acciones, estaba preparando otras nuevas. La humanidad se comienza incesantemente, pero siguiendo un modo normal y continuo: lo que hizo ayer nos enseña lo que hará mañana.

dirigió sus bellas exploraciones del *Adventure* y del *Beagle*, punto de partida de tan preciosas investigaciones sobre la formación de las islas coralígenas, así como también sobre los movimientos de la corteza terrestre y sobre la génesis y la distribución de los animales.

En la misma época se fijaba la atención de los navegantes en las navegaciones polares, no sólo como las de Chancellor, de Hudson y de Bering, para descubrir un paso del «nordeste» ó del «noroeste» alrededor de las costas septentrionales de Asia ó de América, sino también para navegar directamente hacia el polo, como lo había hecho el piloto Baffin doscientos años antes. Siguiendo las huellas del ballenero Scoresby, uno de los observadores más sagaces que hayan estudiado el Océano Polar, unos marinos enviados por el gobierno británico, Sabine, John Ross y Parry se sucedieron rápidamente en los parajes del Norte. En 1827 alcanzó Parry la latitud de 82° 40', que permaneció durante muchos años la más aproximada al polo á que haya llegado el hombre; después, en 1831, James Ross descubrió en el caos de las islas y penínsulas del archipiélago polar, el punto preciso del polo magnético en que la aguja de la brújula se dirige hacia el suelo. La expedición de 1845, dirigida por Sir John Franklin, tuvo por el contrario un resultado fatal, pereciendo hombres y barcos en las tinieblas del Norte; en 1848, la marina británica no envió menos de cuatro expediciones de socorro; en 1850, diez vapores batían el mar alrededor de Beechey Island, que había sido uno de los lugares de invernadero de Franklin. Se recorrió en todos sentidos el laberinto tan complicado del archipiélago polar, y no sólo se pudieron hallar las huellas de la funesta expedición y reconocer todas las peripecias del drama final, sino que se descubrió además ese famoso paso del noroeste tan buscado hacia más de tres siglos. En 1853, unos navegantes venidos por el estrecho de Bering, encontraron sobre los hielos de la isla Melville otros viajeros llegados por el estrecho de Baffin. Sin embargo, ese camino, hallado á tanta costa, no ha podido ser utilizado todavía; y desde hace medio siglo nadie le ha vuelto á ver (1905). Respecto de las exploraciones antárticas, sostenidas con menos empeño que las del polo boreal, fueron detenidas por largo tiempo, cuando

James Ross, en su expedición de 1841 á 1843, se vió detenido á 1,315 kilómetros del polo austral por un gran acantilado de hielo y por el alto continente que contiene dos volcanes: el Erebus y el Terror.

El aumento de conocimientos que los viajeros obtenían en extensión, lo conquistaban los sabios en profundidad. El geólogo exploraba, examinaba el suelo, comparaba las rocas, buscaba sus analogías, sus diferencias y sus contrastes, observaba sus alturas, sus pliegues y sus inclinaciones, reconstruía las edades de la Tierra por los diferentes cambios cuyas huellas y sucesión veía. Al mismo tiempo el historiador estudiaba los monumentos y los archivos, recogía tradiciones y leyendas, tomaba los documentos ya juzgados para someterlos á nueva discusión más ceñida y más segura, resucitando así el tiempo pasado para hacerle conocer mejor que lo que se había conocido á sí mismo, presentando de este modo con mayor claridad el porvenir, hasta cuando se equivocaba en los detalles. La época de los Thierry y de los Michelet, de los Gervinus, de los Buckle y de los Ferrari no hay duda que fué una gran época, porque al referir sus altas acciones, estaba preparando otras nuevas. La humanidad se comienza incesantemente, pero siguiendo un modo normal y continuo: lo que hizo ayer nos enseña lo que hará mañana.



CARLOS DARWIN, 1809 1882

Considerado materialmente, el gran progreso del tiempo consistió en dar al hombre del siglo XIX una movilidad mucho mayor, aumentándola en proporciones indefinidas. La aplicación del vapor al transporte de los viajeros y de sus riquezas había sido predicha con frecuencia, puede decirse, desde los tiempos de Grecia. ¿No había prometido Roger Bacon, en plena Edad Media, «unas máquinas como los barcos más grandes», dirigidas por un hombre solo, capaces de recorrer los ríos y los mares con más rapidez que si recibieran impulso de numerosos remeros, semejantes á carros sin tiro que se movieran con inmensa velocidad? En efecto, conociendo la acción del vapor bajo la cubierta de las marmitas y la facilidad del movimiento de las ruedas sobre guías de madera ó de metal, hubiera sido fácil asociar esos dos hechos bien conocidos, y deducir, como sin duda hizo Roger Bacon, toda la teoría de los ferrocarriles. Al menos, los industriales contemporáneos y hasta predecesores de los enciclopedistas habían construído ya barcos de vapor y los habían utilizado, á pesar de las risas y los sarcasmos de los hombres de buen sentido. Sábese que Denys Papin navegó durante el año 1707 con la ayuda del vapor en el río Fulda, entre Cassel y Munden, y que los barqueros de la localidad le rompieron su embarcación revolucionaria.

En el siglo siguiente el descubrimiento, triunfando de las preocupaciones y de la rutina, acabó por entrar en la industria fluvial y luego en la industria oceánica de los transportes; á los barcos de vapor sucedieron las locomotoras y los trenes sobre rieles. Hacia 1830, los países iniciadores, Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Bélgica, Alemania, construían ó poseían sus primeras vías férreas, y pronto el habitante de la proximidad de los ferrocarriles, obedeciendo cada vez más fácilmente á la sugestión de los viajes, se acostumbraba á la velocidad; de año en año se aumentaba la movilidad de los pueblos en proporciones imprevistas. La revolución realizada en las costumbres por la facilidad del desplazamiento es prodigiosa: en un país como Inglaterra, donde en todo el año se contaban entonces dos millones de viajeros en carruajes públicos, se ha llegado hoy á mil millones de individuos transportados por los ferrocarriles á larga distancia, y los otros vehículos también

transportan otros tantos viajeros. Para una parte de hombres siempre en aumento, la velocidad vertiginosa ha llegado á ser la necesidad de la vida.

En consecuencia, las condiciones y el equilibrio de los imperios han cambiado también. Inglaterra y los Estados Unidos del Norte, cuyos habitantes, gracias á sus ferrocarriles y á sus buques de vapor, son los más móviles de todos, se adelantaron considerablemente á todas las naciones por la adquisición y el prestigio de una ubicuidad relativa. La afición á los viajes, antes excepcional, ó más bien, difícil de satisfacer, fué ya una pasión realizable para el mayor número de habitantes; los movimientos de emigración que antes habían de realizarse por desplazamientos colectivos, á la manera de trombas, podían hacerse ya por individuos, por familias, por grupos espontáneos, cuya masa total excedió pronto á los antiguos éxodos en importancia numérica. Desde el punto de vista político, ese aumento de movilidad en los pueblos más fuertes, llamados «civilizados», les permitió también hacer la conquista material del mundo habitable. ¿Á qué pueblo bárbaro le era dable poder resistir con eficacia á gentes poderosamente armadas, que podían aparecer repentinamente sobre todas las costas y riberas, bogando contra viento y marea y lanzando con mortal exactitud y á grandes distancias sus balas incendiarias? En poder del vapor y de la pólvora, le fué posible á Europa apoderarse fácilmente de todas las partes del universo que constituyen actualmente su imperio colonial.

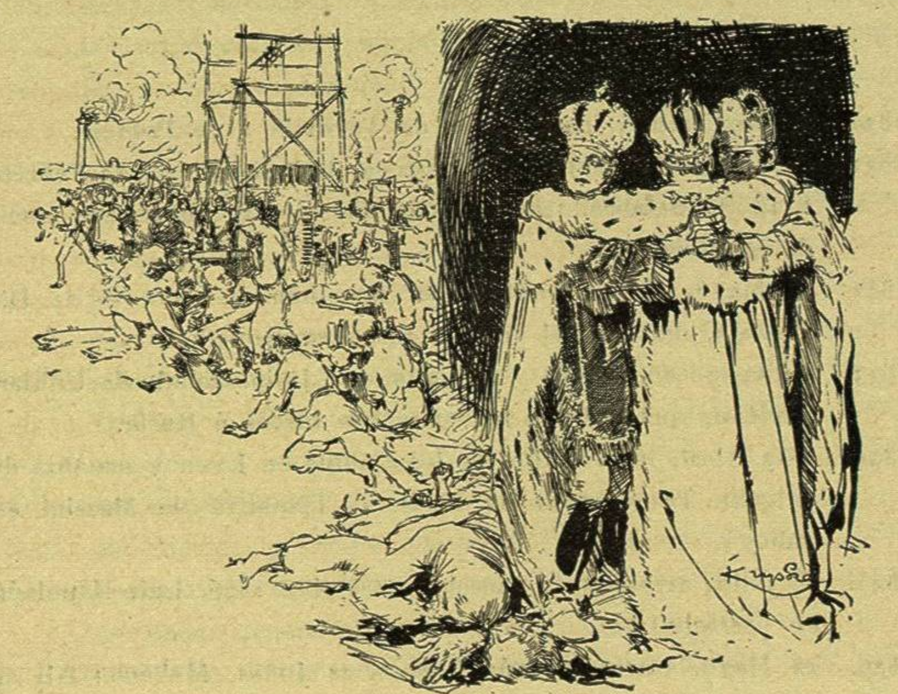
Todos los progresos industriales y científicos, todos los nuevos puntos de contacto entre los pueblos han tenido por consecuencia necesaria una evolución correspondiente del lenguaje. Los diccionarios clásicos, aumentados con todos los vocabularios técnicos y con las palabras nacidas de la invención popular, forman un conjunto constantemente renovado y de tan rápido aumento, que ya son insuficientes los gruesos volúmenes para contener todas esas riquezas verbales. La antigua lengua académica perece al impetuoso choque de todas esas novedades. En el siglo XVIII se creía todavía que la lengua podía «fijarse», como había deseado Richelieu al fundar la famosa compañía del lenguaje bello. Aunque los escrito-

res de la hermosa edad de la Enciclopedia estuviesen entonces en plena fermentación de una vida nueva, puede decirse que, á pesar suyo, la lengua, que hubieran querido conservar á todo trance, se modificaba y se ensanchaba. Fácilmente se explica el respeto que los escritores profesaban á su lenguaje tan elegante, tan preciso y tan puro: hallábase entonces al parecer en vía de tomar un carácter universal. Si los pueblos extranjeros lo ignoraban, al menos se le empleaba, bien ó mal, en todas las cortes, y los historiadores superficiales se imaginaban que la penetración del idioma se haría de arriba abajo, de los hombres de mundo á las gentes del pueblo. El éxito asombroso de la lengua francesa parecía definitivo; pero precisamente ese mismo éxito constituía un peligro, porque muchos hasta llegaron á creer que el francés adquiría un carácter exclusivo como expresión del pensamiento humano. La lengua francesa, demasiado bien defendida contra los innovadores, parecía intangible, y los escritores no osaban el más mínimo cambio en las palabras ni en las frases: se había inmovilizado. Y hasta después de la Revolución y después del Imperio, los poetas de 1819 se hallaban todavía bajo el dominio exclusivo de Racine y de Boileau [1]: sólo les era permitido buscar novedades en el ingenio de las perífrasis.

Para librarse de esa tiranía verbal no había más que un medio, la revolución, y, en efecto, una revolución fué el romanticismo. Se recurrió á la invectiva, á la burla, á la injuria por ambas partes. Los amigos se desunieron, las familias se enemistaron y jóvenes contra viejos se libraron verdaderas batallas en los teatros. El romanticismo triunfante llevaba en sí, como todos los progresos, su elemento de reacción: se complacía en los discursos ampulosos sobre la fe mística, y, remontándose hacia la Edad Media, celebraba los hombres cubiertos de hierro, los frailes encapuchados, las nobles damas de frente de marfil; se entretenían describiendo las ojivas de las catedrales, los corredores de los calabozos y las losas de los cementerios. Pero aquella enfermedad no duró mucho y, cuando terminó la lucha y cada autor en prosa ó en verso adquirió toda

[1] Remy de Gourmont, *Sur la Langue française*, «Mercure de France», Julio 1898, p. 75.

libertad de escribir á su gusto, la lengua francesa y los otros idiomas de la Europa occidental igualmente refinados por la lucha, enriquecidos por nuevas adquisiciones, se sintieron más amplios, más dúctiles, más comprensivos y mejor adaptados á la discusión de los grandes problemas que se presentan ante la sociedad contemporánea.



NACIONALIDADES. — NOTICIA HISTÓRICA

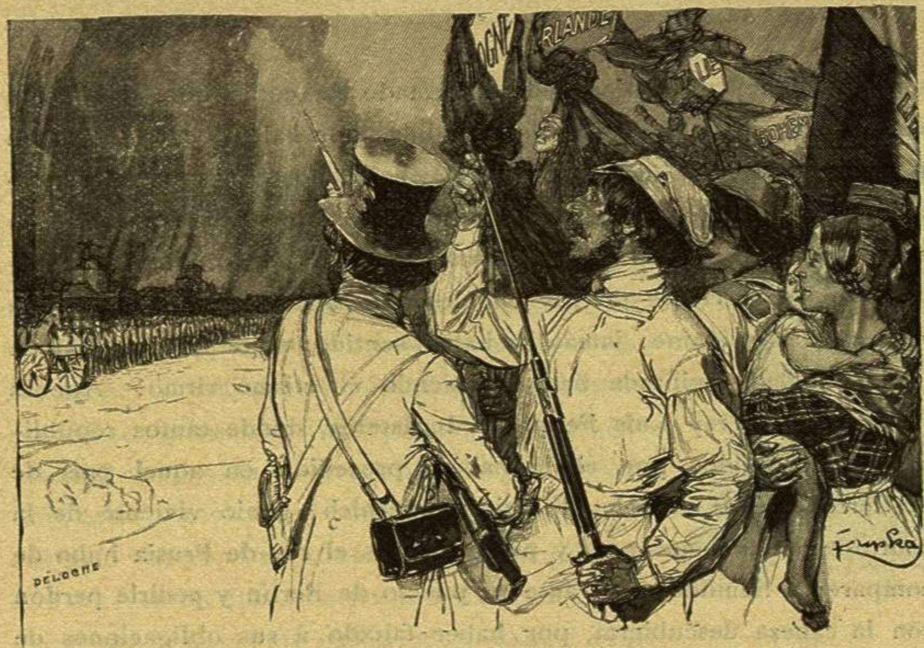
1830. 29 Noviembre, insurrección de Varsovia y de Polonia.
1831. 3-17 Febrero, motines en Módena, Bolonia, etc. — 13 Febrero y 16 Septiembre, trastornos en París. — 8 Septiembre, toma de Varsovia.
1832. 21 Mayo, Mehemet-Ali toma San Juan de Acre. — 21 Diciembre, derrota del ejército turco en Konieh.
1833. Agitación en Vendée y en Lyon. — 8 Julio, tratado de Unkiar-Skelessi, que entrega los estrechos turcos á Rusia.
1834. 9-13 Abril, insurrección de los Canuts en Lyon y matanza de la calle Transnonain en París. — Tentativa de Mazzini en Saboya.
1835. 28 Julio, atentado de Fieschi. — Octubre 1836, Luis Napoleón en Estrasburgo.
1839. 12 Mayo, trastornos en París. — 24 Junio, Mehemet-Ali es vencedor de los Turcos en Nezib.
1840. 6 Agosto, Luis Napoleón en Boulogne. — Las potencias intervienen en Oriente. — 11 Septiembre, bombardeo de Beirut.
1841. 13 Julio, un tratado internacional entrega los estrechos á la Puerta.
1843 á 1845, múltiples sublevaciones en Italia.
1846. 18 Febrero, motín en Cracovia; jacquería en Galizia.
1848. 3 Enero, motín en Milán. — 29 Enero-15 Febrero, los Napolitanos y los Toscanos obtienen una Constitución. — 10 Febrero, motín en Munich. — PARÍS, 24 Febrero, Revolución;

23-26 Junio, jornadas de guerra civil; 10 Diciembre, Luis Napoleón elegido presidente.
1848. CONFEDERACIÓN: 2-7 Marzo, movimientos en Stuttgart, Munich, Hannover, Francfort, Hamburgo, Carlsruhe, Mannheim, Heidelberg, etc; constituciones acordadas en Sajonia-Weimar, Nassau, Hesse-Darmstadt, etc. — VIENA: motín el 13 de Marzo; estado insurreccional durante algunos meses; el emperador huye el 15 de Mayo y el 7 de Octubre; ciérrase el período revolucionario por la toma de Viena el 1.° de Noviembre. — BERLÍN: los días 18 y 19 de Marzo se lucha en las calles de la capital prusiana; un ministerio liberal vivió hasta Noviembre. — PRAGA, sublevada el 19 de Marzo, es tomada el 17 de Junio.
1848. MILÁN: los Austriacos son expulsados el 19 de Marzo; después de la batalla de Custozza, 24 Junio, Radetzky recupera su posesión el 7 de Agosto. — VENECIA se subleva el 22 de Marzo; la República, proclamada el 9 de Agosto, subsiste durante más de un año. — SCHLESWIG: 24 Marzo, los Alemanes expulsan las autoridades dinamarquesas; en Abril, el ejército prusiano restablece el orden. — Abril-Mayo, insurrección de los Polacos de Prusia. — ROMA, 19 Noviembre, huída de Pío IX.
1848. FRANCFORT: 30 Marzo, reunión del pre-parlamento. — 14 Abril, aparecen partidas revolucionarias en Donauschingen; el país de Baden permanece en ebullición durante quince meses. — 18 Mayo, primera sesión del parlamento alemán. — 10 Julio, armisticio entre Prusia y Dinamarca, provocando de rechazo en Francfort el motín de 18 Septiembre.
1848. HUNGRÍA: Abril-Mayo, sublevación de los Servios, Croatas y Rumanos contra los Magyares; hostilidades desde Junio. — 29 Septiembre, primera batalla entre Austriacos y Húngaros; 31 Diciembre, éstos evacuan Budapest.
1849. 27 Febrero, derrota de los Húngaros en Kapolna; 6 Abril, victoria en Godollo, el 9 en Vacz y el 19 en Nagy-Sarlo; 21 Mayo, los Húngaros recuperan la fortaleza de Budapest; 17 Junio, entrada de los Rusos en Hungría; 28 Julio, los

Húngaros proclaman al fin la igualdad de las razas; 11 Agosto, Gœrgei se convierte en dictador y capitula el 13 en Vilagos.

1849. 9 Febrero, ROMA proclama la República; los Franceses desembarcan en Civita-Vecchia el 24 de Abril y, á pesar del motín del 13 de Junio en París, toman Roma el 30 de Junio. — FLORENCIA se revoluciona desde el 16 de Febrero al 25 de Mayo. — 23 Marzo, los Austriacos derrotan á los Piamonteses en Novara. — 1.º Abril, toma de Brescia y matanza.

1849. 28 Marzo, el rey de Prusia es elegido emperador de Alemania por el parlamento de Francfort; rehusa el 28 de Abril. — 20-30 Junio, combates en el país de Baden. — 23 Julio rendición de Rastadt, el 27 Agosto de Petrovaradin, el 28 Agosto de Venecia, el 27 Septiembre de Komorn.



LAS NACIONALIDADES

La palabra «socialismo» la entienden todos como «la lucha por el establecimiento de la justicia entre los hombres».

CAPÍTULO XVIII

REVOLUCIÓN DE 1848 EN FRANCIA Y EN EUROPA.
SONDERBUND. — SOCIALISMO Y SOCIALISTAS. — JORNADAS DE JUNIO.
LUCHAS EN ALEMANIA. — INSURRECCIÓN HÚNGARA.
SUBLEVACIONES EN MILÁN, VENECIA Y ROMA. — IMPERIO.
CUESTIÓN DE ORIENTE. — GUERRA DE ITALIA.
LA CHINA Y LAS POTENCIAS. — LOS TAIPINGS.
TRANSFORMACIÓN DEL JAPÓN. — LA EUROPA EN INDO-CHINA.
INSURRECCIÓN DE LOS CIPAYOS.

El cambio político al que la historia ha dado el nombre sonoro de «Revolución de 1848», merece, en efecto, ser puesto de relieve entre los acontecimientos del siglo XIX. Si los resultados aparentes fueron poco duraderos, al menos en Francia, donde estalló la chispa del incendio; si el derrumbamiento del trono representativo de la burguesía francesa dió lugar en menos de

Húngaros proclaman al fin la igualdad de las razas; 11 Agosto, Gœrgei se convierte en dictador y capitula el 13 en Vilagos.

1849. 9 Febrero, ROMA proclama la República; los Franceses desembarcan en Civita-Vecchia el 24 de Abril y, á pesar del motín del 13 de Junio en París, toman Roma el 30 de Junio. — FLORENCIA se revoluciona desde el 16 de Febrero al 25 de Mayo. — 23 Marzo, los Austriacos derrotan á los Piamonteses en Novara. — 1.° Abril, toma de Brescia y matanza.

1849. 28 Marzo, el rey de Prusia es elegido emperador de Alemania por el parlamento de Francfort; rehusa el 28 de Abril. — 20-30 Junio, combates en el país de Baden. — 23 Julio rendición de Rastadt, el 27 Agosto de Petrovaradin, el 28 Agosto de Venecia, el 27 Septiembre de Komorn.



LAS NACIONALIDADES

La palabra «socialismo» la entienden todos como «la lucha por el establecimiento de la justicia entre los hombres».

CAPÍTULO XVIII

Revolución de 1848 en Francia y en Europa.
Sonderbund. — Socialismo y socialistas. — Jornadas de Junio.
Luchas en Alemania. — Insurrección húngara.
Sublevaciones en Milán, Venecia y Roma. — Imperio.
Cuestión de Oriente. — Guerra de Italia.
La China y las potencias. — Los Taipings.
Transformación del Japón. — La Europa en Indo-China.
Insurrección de los cipayos.

El cambio político al que la historia ha dado el nombre sonoro de «Revolución de 1848», merece, en efecto, ser puesto de relieve entre los acontecimientos del siglo XIX. Si los resultados aparentes fueron poco duraderos, al menos en Francia, donde estalló la chispa del incendio; si el derrumbamiento del trono representativo de la burguesía francesa dió lugar en menos de

un año al restablecimiento de un estado de cosas que, de hecho, era el imperio napoleónico, la sacudida, por haber ocurrido en un período en que el mundo se hallaba en muchos países en una situación de equilibrio muy instable, se propagó rápidamente de reino en reino hasta extenderse á todo el mundo. Jamás la solidaridad, consciente ó inconsciente de los pueblos, se había manifestado de una manera más evidente; jamás se había sentido mejor que la vida de la humanidad civilizada batía siguiendo el mismo ritmo. Apenas desembarcó el rey Luis Felipe en Inglaterra, donde tantos republicanos perseguidos por él le habían precedido en aquel país de destierro, fué á unírsele el viejo Metternich, genio viviente de la contra-revolución europea, y poco después el rey de Prusia hubo de comparecer humildemente ante su pueblo de Berlín y pedirle perdón con la cabeza descubierta, por haber faltado á sus obligaciones de soberano constitucional.

De rechazo, Alemania y las provincias no germánicas que gravitaban á su rededor se hallaron más profundamente conmovidas que Francia: en este país, donde la cuestión de la unidad nacional no había ya de ser discutida, nadie agitaba la idea de federación, mientras que el voto unánime de todos los Alemanes se dirigía á la constitución de una gran patria sustraída á la dominación y á la rivalidad de los Estados directores, Austria y Prusia. El caos á que se llamaba la «confederación germánica» había sido embrollado por esos dos «malos pastores» y por los diversos príncipes y principículos entre quienes se hallaba repartido el imperio. El conjunto de los territorios se complicaba por *enclaves* y *desclaves* entremezclados, que hacían del laberinto de los Estados y de sus próximas ó lejanas dependencias un dédalo conocido solamente de algunos especialistas. La falta de unidad política determinada había producido la formación de gran número de pequeños centros, de focos independientes que conservaban su carácter original á cada parte de la comarca; pero las líneas divisorias entre los diversos Estados quedaban confusas y sin precisión alguna. Sin embargo, á cualquier pequeño principado que se perteneciera, y aunque se viviera en paz, en rivalidad ó en guerra, la nacionalidad alemana permanecía fijada por la lengua originaria: el Bávaro se tenía por Alemán como el Sajón, el Austriaco del Danubio era tan Germano como el Westfaliano del Ruhr ó del Wesser.

Una vez borrados todos los antiguos límites geográficos por las vías de comunicación y las grandes concentraciones urbanas, se halló que Alemania estaba naturalmente, en su misma esencia, mucho más unida que los países vecinos artificialmente unificados. El conjunto, á pesar de sus divisiones políticas, presenta un cuerpo más espontáneamente nacional que la misma Francia, desde Bretaña á Provenza y desde la Flandes liliense al país Vasco. La extrema diversidad política de los Estados alemanes podía suscitar un juicio equivocado sobre el hecho de la unidad profunda de las poblaciones, pero el primer acto de la revolución general fué proclamar la unidad del mundo germánico. A este respecto, el movimiento popular se acercó á la obra deseada mucho más que lo hizo después el imperio alemán reconstituído. Según la Constitución que votó por entusiasmo el «parlamento preparatorio» de Francfort, todos los Estados de lengua alemana se unían por un lazo federal y se hacían representar en Francfort por una asamblea salida del sufragio universal: el indigenato pertenecía de derecho en cada parte de Alemania á los naturales de todos los Estados; todas las aduanas interiores quedaban suprimidas; las monedas, los pesos, las medidas se hacían comunes; el ejército y la armada debían proceder en lo sucesivo de la gran patria. Verdad es que esas decisiones no fueron sancionadas por la realidad, y sólo dieron lugar á una vana ostentación, porque las revoluciones se emprenden por dos veces y no alcanzan su objeto sino por vías indirectas.



Museo Carnavalet.

FUSIL-PARAGUAS DE GUARDIA NACIONAL

Al mismo tiempo que los Alemanes, las diversas nacionalidades oprimidas por el reino de Prusia ó por el imperio de Austria,

Tcheques, Polacos, Rutenos, Eslovenos y Eslovacos, Croatas, Italianos y Rumanos, y por último y principalmente los Magyares, reivindicaban su independencia con ardor. Pero los sentimientos se entremezclan á veces de manera extraña, y aquellos mismos que más se quejaban de la injusticia con ellos cometida por sus opresores, juzgaban natural hacerse obedecer por pueblos de otras razas y de otras lenguas. Los más celosos patriotas que impulsaban á la rebeldía á los habitantes germánicos del Holstein y del Schleswig, se indignaban contra las pretensiones de Dinamarqueses, Polacos ó Bohemios que querían librarse del yugo alemán.

Precisamente entonces las poblaciones eslavas reposaban después de una terrible guerra civil. Mientras los Polacos de la Poznania trataban sin éxito de sublevar los campesinos para la reconquista de su independencia nacional, los campesinos de Galizia, de origen ruteno, se armaban con sus hoces para perseguir á los señores polacos, odiados como propietarios, y se calcula en dos mil el número de nobles y de clérigos que asesinaron. La dominación de Prusia y de Austria sobre las provincias polacas anexionadas se consolidaba tanto más cuanto mayores eran los odios tradicionales que dividían á los súbditos. Debido á esas disensiones locales, el gobierno austriaco pudo suprimir la autonomía política de la república de Cracovia, último resto de lo que fué el poderoso Estado de Polonia (1846).

En Austria, en Hungría y en la Eslavia del Sud se produjeron fenómenos análogos á los de los países polacos, pero en mucho más amplias proporciones. El caos de las nacionalidades se agitaba en aquellos países en remolinos de movimientos desiguales y contrarios. En la misma época Praga, Viena, Pest y Zagreb (Agram) estaban en insurrección; no había ni una aldea del sudeste de Europa hasta las puertas de Stamboul que no estuviera sublevada ó poseída de la febril esperanza de alguna gran transformación. Es indudable que si todos los oprimidos de diversas razas hubieran sabido concederse sus derechos mutuos y reunirse contra el opresor común, hubiesen triunfado de los gobiernos tradicionales, aplazando para después el arreglo equitativo de sus diferencias; pero los odios sociales, más vivos aún que el amor de la libertad y de la autono-

N.° 446. Confederación germánica.



El rayado horizontal limita la Confederación germánica (1820-1866), cuyo único órgano común era la Dieta residente en Francfort, que reunía los delegados de 36 Estados: Austria, Prusia, Baviera, Sajonia, Hannover, etc.

Los países dependientes de monarcas alemanes, pero que no formaban parte de la Confederación, están en blanco en el mapa: Prusia del Trans-Oder, Hungría, Croacia, Lombardía, etc.

Los puntos abiertos indican las ciudades donde se produjeron sublevaciones en 1848 (véase *Noticia histórica*, pág. 141); los puntos negros son en su mayor parte lugares en que se dieron batallas: C = Custozza; N = Novara; D = Donauschingen; R = Rastadt; Ka = Kapolna; G = Godollo; V = Vacz y Nagy-Sarlo; P = Petrowaradin; Ko = Komorn; B = Berna; L = Lucerna.

mía política, impidieron esa unión. Los señores magyares y polacos, habituados al mando y al goce de la fortuna, no podían admi-

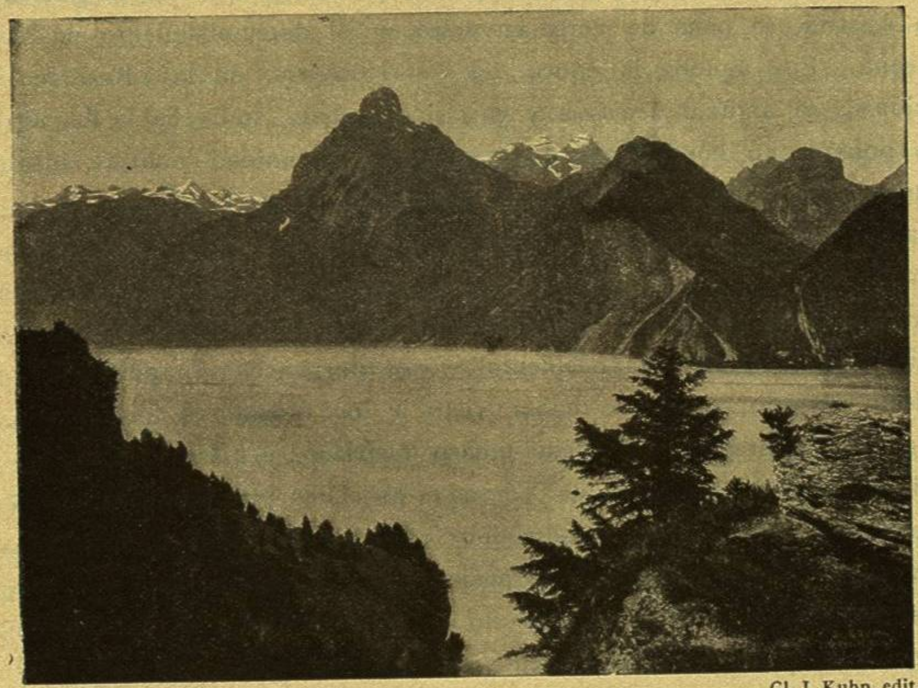
tir que sus campesinos rumanos, servios, croatas ó rutenos, que vivían bajo el peso del desprecio hereditario, fuesen admitidos como iguales en la participación de la victoria.

Escasos eran los hombres inteligentes y generosos, verdaderos intérpretes de la historia, que comprendían que la estrecha solidaridad entre todas las razas que aspiran á constituirse libremente era condición indispensable del éxito. Se dice que antes de entrar en lucha abierta con los Magyares, el patriarca Raietchitch, en nombre del Congreso nacional de los Servios reunido en Karlovic, propuso á los representantes de Hungría un concierto amistoso, en virtud del cual los Magyares consentirían en la unión fraternal de los Eslavos austriacos, mientras que éstos exigían el llamamiento de todas las tropas eslavas empleadas en Italia por el gobierno de Austria y negociar una alianza con el pueblo italiano, comprometido á la sazón en la gran lucha del *Risorgimento* [1]. Pero las ambiciones nacionales predominaron: los Magyares quisieron á la vez conquistar su autonomía y conservar su dominio. No habían llegado aún los tiempos para la solución natural, la única normal y lógica, es decir, la federación libre entre todas las nacionalidades de la Europa sud-oriental, desde Praga á Constantinopla.

En la pequeña Suiza tuvieron lugar también acontecimientos memorables que atestiguan la omnipotencia de la opinión contra las convenciones diplomáticas. Los jesuítas, hábiles siempre para tejer sus telas de araña, habían logrado buena acogida en cierto número de cantones y apoderarse de la educación de los niños en Lucerna y otras ciudades católicas. Siendo inteligentes para negociar, se habían creído también con fuerza para combatir, y bajo su patronato se había constituído la liga del *Sonderbund* — «Alianza distinta» —, que comprendía los siete cantones católicos de Schwitz, Lucerna, Uri, Unterwalden, Zug, Friburgo y Valais (1846). Después de largas vacilaciones y contemporizaciones, el resto de Suiza acabó por aceptar el desafío y triunfó de las bandas que dirigían los clérigos. La campaña duró pocos días (Noviembre 1847) y co-

[1] A d'Avril, *La Servie chrétienne*, p. 77.

gió desprevenidos á Metternich, Guizot y otros ministros, que hubieran prestado ayuda á la religión. Sin embargo, la diplomacia europea hablaba todavía de intervención, cuando se tuvo noticia de la nueva revolución que acababa de estallar en París. Al día siguiente, 29 de Febrero, los ciudadanos de Neuchatel se desembarazaron del personaje que gobernaba el cantón en nombre de Prusia, y, á pesar de toda la diplomacia de Europa, hacían reconocer su independen-



Cl. J. Kuhn, edit.

LAGO DE LOS CUATRO CANTONES
Rama meridional, vista desde el Este.

cia política y la abolición de todo señorío feudal prusiano. Tales acontecimientos tuvieron por resultado dar á Suiza mayor unidad política, pero en detrimento de las autonomías locales. Se había roto el poder de los jesuítas, pero en beneficio del Estado: la confederación de los Estados se había convertido en un Estado confederativo.

En Italia, como en Suiza, la Revolución había comenzado ya á conmover el pueblo de diversas provincias, en Lombardía, en Sicilia, antes que el rumor de París se oyera al otro lado de los Alpes;

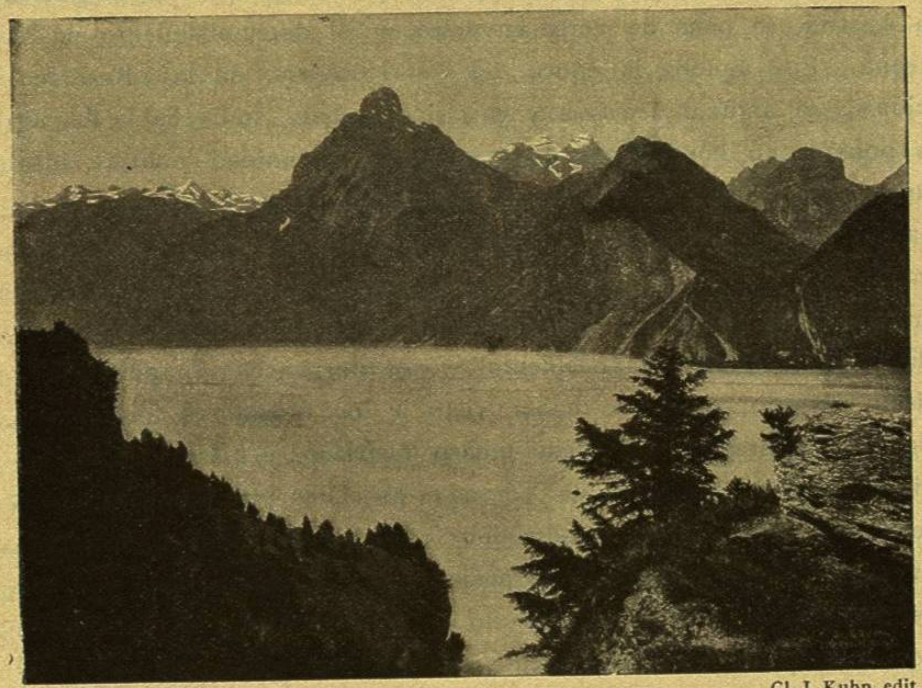
tir que sus campesinos rumanos, servios, croatas ó rutenos, que vivían bajo el peso del desprecio hereditario, fuesen admitidos como iguales en la participación de la victoria.

Escasos eran los hombres inteligentes y generosos, verdaderos intérpretes de la historia, que comprendían que la estrecha solidaridad entre todas las razas que aspiran á constituirse libremente era condición indispensable del éxito. Se dice que antes de entrar en lucha abierta con los Magyares, el patriarca Raietchitch, en nombre del Congreso nacional de los Servios reunido en Karlovic, propuso á los representantes de Hungría un concierto amistoso, en virtud del cual los Magyares consentirían en la unión fraternal de los Eslavos austriacos, mientras que éstos exigían el llamamiento de todas las tropas eslavas empleadas en Italia por el gobierno de Austria y negociar una alianza con el pueblo italiano, comprometido á la sazón en la gran lucha del *Risorgimento* [1]. Pero las ambiciones nacionales predominaron: los Magyares quisieron á la vez conquistar su autonomía y conservar su dominio. No habían llegado aún los tiempos para la solución natural, la única normal y lógica, es decir, la federación libre entre todas las nacionalidades de la Europa sud-oriental, desde Praga á Constantinopla.

En la pequeña Suiza tuvieron lugar también acontecimientos memorables que atestiguan la omnipotencia de la opinión contra las convenciones diplomáticas. Los jesuítas, hábiles siempre para tejer sus telas de araña, habían logrado buena acogida en cierto número de cantones y apoderarse de la educación de los niños en Lucerna y otras ciudades católicas. Siendo inteligentes para negociar, se habían creído también con fuerza para combatir, y bajo su patronato se había constituído la liga del *Sonderbund* — « Alianza distinta » —, que comprendía los siete cantones católicos de Schwitz, Lucerna, Uri, Unterwalden, Zug, Friburgo y Valais (1846). Después de largas vacilaciones y contemporizaciones, el resto de Suiza acabó por aceptar el desafío y triunfó de las bandas que dirigían los clérigos. La campaña duró pocos días (Noviembre 1847) y co-

[1] A d'Avril, *La Servie chrétienne*, p. 77.

gió desprevenidos á Metternich, Guizot y otros ministros, que hubieran prestado ayuda á la religión. Sin embargo, la diplomacia europea hablaba todavía de intervención, cuando se tuvo noticia de la nueva revolución que acababa de estallar en París. Al día siguiente, 29 de Febrero, los ciudadanos de Neuchatel se desembarazaron del personaje que gobernaba el cantón en nombre de Prusia, y, á pesar de toda la diplomacia de Europa, hacían reconocer su independen-



Cl. J. Kuhn, edit.

LAGO DE LOS CUATRO CANTONES
Rama meridional, vista desde el Este.

cia política y la abolición de todo señorío feudal prusiano. Tales acontecimientos tuvieron por resultado dar á Suiza mayor unidad política, pero en detrimento de las autonomías locales. Se había roto el poder de los jesuítas, pero en beneficio del Estado: la confederación de los Estados se había convertido en un Estado confederativo.

En Italia, como en Suiza, la Revolución había comenzado ya á conmover el pueblo de diversas provincias, en Lombardía, en Sicilia, antes que el rumor de París se oyera al otro lado de los Alpes;

hasta la actitud casi liberal de un nuevo papa, Pío IX, había atraído las miradas hacia Roma con la espera de un cristianismo regenerado que conduciría los pueblos libres y confiados hacia una era de justicia y de libertad.

Cuando la gran sacudida de Febrero trastornó todo el mundo oficial en Europa, el movimiento italiano se hizo inevitable; Venecia se hizo libre y republicana, y el rey de Cerdeña, Carlos Alberto, se vió obligado por la opinión pública á declarar la guerra á Austria, so pena de verse envuelto en el derrumbamiento de su trono. Fué aquella la época del *Resorgimento*, de la «Resurrección»: en algunas semanas y casi sin combate, Italia había llegado á ponerse en condiciones de reivindicar su unidad política, ideal antes sustentado por algunos hombres generosos, pero cuya realización no pudo ser jamás intentada. Desde los primeros días del conflicto entre los revolucionarios italianos y las guarniciones austriacas, éstas se vieron obligadas á evacuar Milán y las otras ciudades de la Lombardía occidental, focos por excelencia del patriotismo unitario, donde se había visto á los fumadores formar una liga para abstenerse de fumar tabaco austriaco, y á las jóvenes, olvidadas de los «amantes de Verona», asociarse por juramento para renunciar de antemano á todo amor con enemigo ó compatriota indiferente á las reivindicaciones nacionales. Tan grande era el ardor del sacrificio, que los mártires no se contaban ya y el cambio de equilibrio político era reconocido como inevitable por los conservadores más extremados; mas, por su parte, ¿no se condenaban de antemano los ardientes Italianos á un movimiento fatal de reacción, confiando la gerencia de sus derechos y el cuidado de su emancipación á enemigos naturales, á dos soberanos, el papa y el rey?

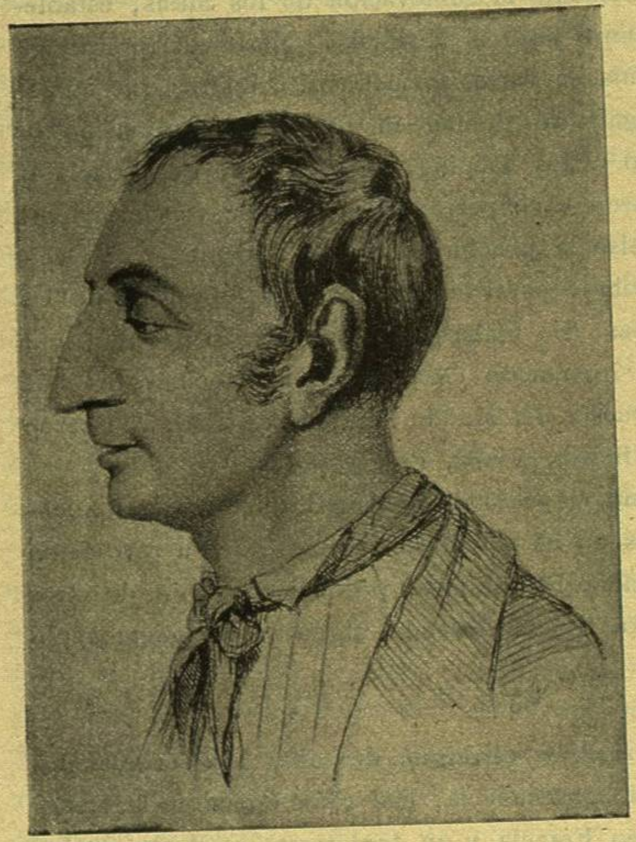
El rechazo de la revolución de Febrero apenas se hizo sentir en España, tan acostumbrado se hallaba el país á las conmociones de la guerra civil; en tanto que á pesar de su aislamiento tradicional, las islas Británicas fueron sacudidas por el movimiento de ondulación general. Se agitó el pueblo, y el Parlamento hubo de rodearse de un verdadero ejército; hasta en Irlanda se llegó á la franca rebeldía, condenada previamente á un lamentable fracaso, porque los Irlandeses, debilitados por una opresión varias veces secular, y además privados de toda fuerza física por el hambre, apenas sabían manejar sus palos y caían exangües á las orillas de los caminos.

Y cosa admirable, el rechazo de los acontecimientos de Europa fué más importante en consecuencias en la India lejana y en Extremo Oriente, y unos autores ingleses atribuyen á la resonancia de las revoluciones de Occidente la sublevación de los Sikhs, establecidos alrededor de Lahore y en el Pendjab, quienes derrotaron los ejércitos de la Compañía en varios encuentros, mientras que numerosas huelgas de Cingalianos ponían en peligro la dominación de Inglaterra. En cuanto á los Taiping de la China, que, hacia la misma época trastornaron el imperio del Medio, se ve ciertamente en su formidable impulso la prueba de que el Oriente y el Occidente comenzaban á vibrar paralelamente bajo la influencia de las mismas profundas causas; sin embargo, ningún hecho permitía unir directamente esa gran revolución china á los acontecimientos que hacia la extremidad opuesta del Mundo Antiguo agitaban á la sazón las ciudades de París, Berlín, Viena, Pest y Milán.

No sucedía lo mismo respecto de la América latina: la influencia moral de Francia es tal en aquellas comarcas, que su revolución conmovió en gran manera los ánimos, produciéndose en distintos puntos, especialmente en Nueva Granada, algunos movimientos políticos.

La revolución de 1848 se distingue de todas las revoluciones anteriores, y señala, en consecuencia, una gran época de la historia, porque, al menos en Francia y en Inglaterra, es decir, en los dos países que habían ya realizado una primera evolución política contra la monarquía, el movimiento tomó un carácter muy preciso en el sentido de una transformación social. La Revolución de 1789 no tuvo más ideal que el triunfo del Tercer estado, es decir, la burguesía, y la obra, en su conjunto, era debida á los propietarios del suelo y de las casas, á los industriales, á los comerciantes, á los artesanos preferidos, á los hombres de las profesiones liberales; el pueblo sólo había servido de comparsa, había aportado sus instintos de multitud, sus entusiasmos, sus cóleras; pero en 1848 fué

el obrero, el trabajador el autor principal de la revolución; quizá no conoce la palabra «socialismo», que es de invención reciente y de la que algunos escritores se disputan la paternidad, pero la hace entrar en la historia dándole su verdadera significación, que no tiene nada de abstracta y que todos interpretan como la «lucha por el establecimiento de la justicia entre los hombres».



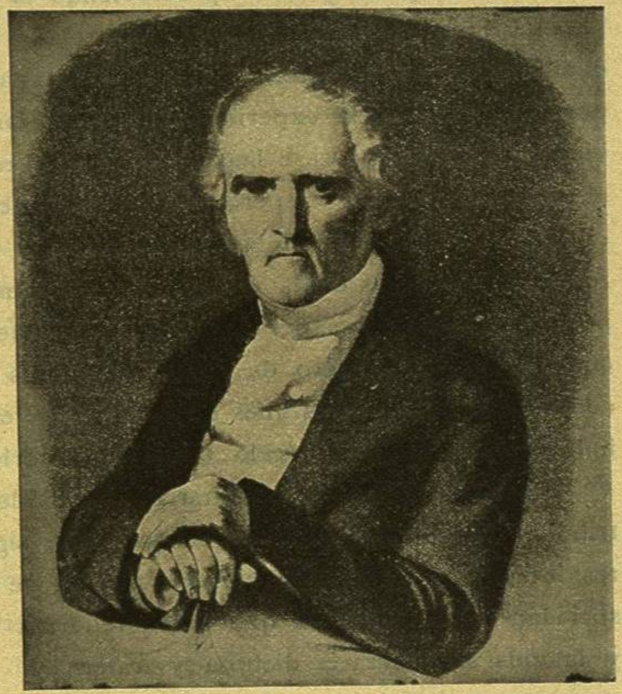
Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

SAINT-SIMON (1760-1825)

¡La justicia! se le había proclamado solemnemente medio siglo antes bajo el nombre de «Derechos del Hombre», y hasta se había añadido el grito de fraternidad á la proclamación de esos derechos. Desde aquella época parecía haber llegado el tiempo de la realización de aquel ideal, considerando que se habían inventado numerosas máquinas para aliviar el trabajo humano, y que por los procedimientos de la división del trabajo se había aumentado mucho la producción; pero, lejos de ver mejorarse su situación en proporción de los progresos mecánicos de la industria, los trabajadores se hallaban, por el contrario, en condiciones cada vez peores, porque la introducción de la máquina en la manufactura permitía al patrón escatimar los salarios de su material humano. ¿Qué importaba al trabajador verse oficialmente revestido de sus derechos, si carecía del de vivir?

He ahí por qué acogió con entusiasmo la ocasión de reivindicar

sus derechos. Las escuelas socialistas, ya muy numerosas á la sazón, habían hecho bellísimas promesas desde una veintena de años á la fecha: se les intimó su cumplimiento. Según relaciones de la época, presentóse en el Hotel de Ville, ante los miembros del gobierno provisional, una diputación de obreros, quienes, en un bello rasgo de generosidad, ofrecieron «poner tres meses de miseria al servicio de la República». París y la Francia entera tuvieron entonces nobilísimos rasgos, y el tipo de los hombres del 48, tal como ha quedado en la memoria de las generaciones siguientes, es el de un valiente y de un sincero, de figura luminosa y simpática, de barba ondulante, palabra ardiente, que se exaltaba con sus propios discursos de amplios períodos, más inspirados en una gran confianza en el porvenir que fundados en razonamientos sólidos sobre la realidad de las cosas. El hombre del 48 fué realmente bueno, y, durante las primeras semanas que siguieron á la revolución se pudieron sentir nuevamente las grandes emociones de fervor y de alegría revolucionaria que los entusiastas sintieron al principio de la Revolución francesa. Los extranjeros acudían en multitud á París: Carlos Dickens, para no citar más que un ejemplo, se ejercitaba en escribir en francés, la lengua republicana, que declaraba quería hablar en lo sucesivo.



Museo del Luxemburgo.

CARLOS FOURIER (1772-1837)

Sin embargo, los hombres no se alimentan solamente de pala-

bras, necesitan también pan, y la sociedad á que los obreros se dirigían para obtener su salario bien ganado, declaraba en quiebra sus promesas; no reconocía ya aquel «derecho al trabajo» que algunos ministros, y no de los de menor importancia, habían reconocido oficialmente. Los socialistas eran todavía una minoría ínfima, harto escasa para obrar sobre la opinión pública de otro modo que excitando la sorpresa y hasta promoviendo el escándalo. Es indudable que las doctrinas de renovación social, habiendo salido ya del dominio de la abstracción y de la fantasía, habían pasado todas por la prueba de la experimentación; habían intentado hacerse vivientes, cesando por ese hecho de pertenecer á la utopía para venir al terreno práctico [1]; pero ¡en qué desacuerdo se hallaban esas teorías, y qué imposibilidad había de sacar una resultante general! Algunos socialistas de la época hubieran comenzado por instituir el poder absoluto antes de «organizar» el nuevo funcionamiento social; el mayor número de los reformadores se hubiera contentado con utilizar para nuevos fines la jerarquía ya existente; algunos otros hubieran ante todo arrasado todas las autoridades establecidas.

Frente á la rutina hereditaria que condena al trabajo mal retribuído los no posesores del suelo, ¿qué significan los experimentos intentados en distintos lugares acerca de la constitución de una sociedad de armonía en que todos tendrían el porvenir asegurado y la vida se deslizaría dichosa y fraternal? Las tentativas fueron ciertamente muy interesantes, pero no pasaron de breves relámpagos sobre el negro fondo de la servidumbre tradicional. En 1812, Roberto Owen, después de haber demostrado que el hombre es determinado por su medio, quiso probar también en su manufactura de New-Lanark que dando á ese medio condiciones de justicia y de equidad perfecta, se lograría modificar paralelamente los individuos. Después, en 1824, sobre el terreno virgen de América, ensanchó sus experimentos y «armonías» sociales, que se imitaron en diversos lugares de los Estados Unidos, y que alcanzaron casi todas buen éxito material, aunque acabaron por dejarse absorber de nuevo por el ambiente del capitalismo todopoderoso.

[1] Bernard Lazare, *Histoire des doctrines révolutionnaires*, p. 3.

Aunque menos importantes por los ensayos de realización, los experimentos hechos en Francia tuvieron más influencia en la elaboración de las ideas. El poderoso genio de Carlos Fourier removió profundamente el ánimo de los pensadores y agrupó en su cortejo intelectual los hombres más generosos; pero aquellos discípulos, que representaban tan notable eflorescencia intelectual, no eran bastante numerosos ni lo suficientemente ricos para fundar un falansterio en el bello conjunto arquitectónico y jerárquico concebido por el maestro — sin contar que el falansterio sólo representaba el lado menor de su doctrina —; los ensayos en pequeño intentados en Condé-sur-Vesgre, en Brook-Farm ó en otros sitios, estaban condenados de antemano á perecer como obras incompletas. Asimismo la colonia de Menilmontant, atrevidamente establecida en las inmediaciones de París, y que intentó realizar la unión armónica de las tres fuerzas, el trabajo, el capital y el talento, chocaba harto ostensiblemente, por su traje y sus ritos, con las costumbres tradicionales de la burguesía, para que la ley no interviniera brutalmente y no dispersara los asociados, casi todos hombres de ciencia y de prestigio intelectual, destinados á dejar huella en la historia.

Otra doctrina más sencilla y hasta cándida, casi pueril en sus concepciones sociales, obró de una manera mucho más poderosa sobre cierta parte del pueblo: tal fué la doctrina comunista pura, formulada por Cabet en lenguaje evangélico, que daba satisfacción al viejo instinto de las masas que en todo tiempo les hizo ver el fin de sus males en la vuelta hacia la comunidad de las tierras y en su complemento natural la comunidad de los bienes, por lo que Cabet halló numerosos partidarios, y cuando se despidió del viejo mundo para fundar la Icaria sobre la tierra virgen de América, fué seguido por centenares de discípulos ansiosos de la vida de paz y de felicidad que esperaban gozar en su compañía. ¡Pobre Icaro, cuyas alas se derritieron por el fuego de los rayos del sol! Pero ¿cómo podía subsistir sin libertad una comunidad con individuos que no fueran frailes embrutecidos por la obediencia, la humillación y las maceraciones?

La suma de los experimentos que podía invocar el socialismo naciente para descubrir en breve plazo la dichosa solución de la

bras, necesitan también pan, y la sociedad á que los obreros se dirigían para obtener su salario bien ganado, declaraba en quiebra sus promesas; no reconocía ya aquel «derecho al trabajo» que algunos ministros, y no de los de menor importancia, habían reconocido oficialmente. Los socialistas eran todavía una minoría ínfima, harto escasa para obrar sobre la opinión pública de otro modo que excitando la sorpresa y hasta promoviendo el escándalo. Es indudable que las doctrinas de renovación social, habiendo salido ya del dominio de la abstracción y de la fantasía, habían pasado todas por la prueba de la experimentación; habían intentado hacerse vivientes, cesando por ese hecho de pertenecer á la utopía para venir al terreno práctico [1]; pero ¡en qué desacuerdo se hallaban esas teorías, y qué imposibilidad había de sacar una resultante general! Algunos socialistas de la época hubieran comenzado por instituir el poder absoluto antes de «organizar» el nuevo funcionamiento social; el mayor número de los reformadores se hubiera contentado con utilizar para nuevos fines la jerarquía ya existente; algunos otros hubieran ante todo arrasado todas las autoridades establecidas.

Frente á la rutina hereditaria que condena al trabajo mal retribuído los no posesores del suelo, ¿qué significan los experimentos intentados en distintos lugares acerca de la constitución de una sociedad de armonía en que todos tendrían el porvenir asegurado y la vida se deslizaría dichosa y fraternal? Las tentativas fueron ciertamente muy interesantes, pero no pasaron de breves relámpagos sobre el negro fondo de la servidumbre tradicional. En 1812, Roberto Owen, después de haber demostrado que el hombre es determinado por su medio, quiso probar también en su manufactura de New-Lanark que dando á ese medio condiciones de justicia y de equidad perfecta, se lograría modificar paralelamente los individuos. Después, en 1824, sobre el terreno virgen de América, ensanchó sus experimentos y «armonías» sociales, que se imitaron en diversos lugares de los Estados Unidos, y que alcanzaron casi todas buen éxito material, aunque acabaron por dejarse absorber de nuevo por el ambiente del capitalismo todopoderoso.

[1] Bernard Lazare, *Histoire des doctrines révolutionnaires*, p. 3.

Aunque menos importantes por los ensayos de realización, los experimentos hechos en Francia tuvieron más influencia en la elaboración de las ideas. El poderoso genio de Carlos Fourier removió profundamente el ánimo de los pensadores y agrupó en su cortejo intelectual los hombres más generosos; pero aquellos discípulos, que representaban tan notable eflorescencia intelectual, no eran bastante numerosos ni lo suficientemente ricos para fundar un falansterio en el bello conjunto arquitectónico y jerárquico concebido por el maestro — sin contar que el falansterio sólo representaba el lado menor de su doctrina —; los ensayos en pequeño intentados en Condé-sur-Vesgre, en Brook-Farm ó en otros sitios, estaban condenados de antemano á perecer como obras incompletas. Asimismo la colonia de Menilmontant, atrevidamente establecida en las inmediaciones de París, y que intentó realizar la unión armónica de las tres fuerzas, el trabajo, el capital y el talento, chocaba harto ostensiblemente, por su traje y sus ritos, con las costumbres tradicionales de la burguesía, para que la ley no interviniera brutalmente y no dispersara los asociados, casi todos hombres de ciencia y de prestigio intelectual, destinados á dejar huella en la historia.

Otra doctrina más sencilla y hasta cándida, casi pueril en sus concepciones sociales, obró de una manera mucho más poderosa sobre cierta parte del pueblo: tal fué la doctrina comunista pura, formulada por Cabet en lenguaje evangélico, que daba satisfacción al viejo instinto de las masas que en todo tiempo les hizo ver el fin de sus males en la vuelta hacia la comunidad de las tierras y en su complemento natural la comunidad de los bienes, por lo que Cabet halló numerosos partidarios, y cuando se despidió del viejo mundo para fundar la Icaria sobre la tierra virgen de América, fué seguido por centenares de discípulos ansiosos de la vida de paz y de felicidad que esperaban gozar en su compañía. ¡Pobre Icaro, cuyas alas se derritieron por el fuego de los rayos del sol! Pero ¿cómo podía subsistir sin libertad una comunidad con individuos que no fueran frailes embrutecidos por la obediencia, la humillación y las maceraciones?

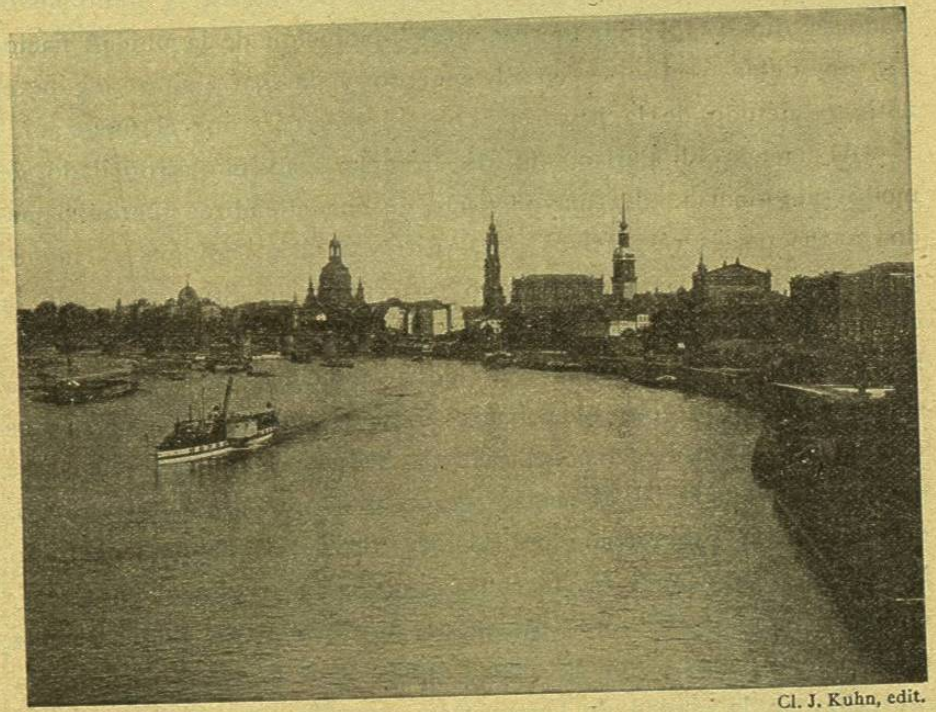
La suma de los experimentos que podía invocar el socialismo naciente para descubrir en breve plazo la dichosa solución de la

cuestión social era, pues, bien insuficiente. Además, los políticos empíricos, encargados de gobernar y legislar, distaban mucho de entenderse sobre la conducta que había de seguirse; hasta se daba el caso de que la mayor parte de ellos opinaban que no existe la «cuestión social» y que basta atender lo mejor posible las dificultades del momento sin tratar de modificar lo más mínimo las relaciones entre los capitalistas y la carne de trabajo. Mientras que innovadores elocuentes, generosos, aclamados, formando la más bella escuela de sociología militante que el mundo haya visto jamás, dirigían al pueblo sus excitaciones para impulsarle hacia una forma de sociedad más equitativa, otros hombres preparaban en silencio los medios de insurreccionar los trabajadores con el fin de diezmarlos á continuación por medio de una matanza saludable.

Su conspiración logró el objeto propuesto. Los obreros parados, á quienes se empleaba en los «talleres nacionales» en acarrear tierras de un lado para otro y en empedrar y desempedrar las calles, fueron repentinamente despedidos y, por decirlo así, desafiados á la rebeldía por la prensa al servicio de la burguesía. En efecto, la batalla estalló terrible, encarnizada, á fines del mes de Junio de 1848, y durante varios días se sucedieron los combates y las matanzas de prisioneros. Los obreros insurrectos, tratados de «Beduinos» por los generales de Africa, aprendieron á sus expensas que la burguesía republicana sabía igualar y quizá exceder á los reyes en la ferocidad de la represión. Al mismo tiempo que los vencedores de Junio habían reducido al silencio por largo tiempo las reivindicaciones del socialismo, habían transformado la república en una servidora de las monarquías de derecho divino; en Francia, bajo el falso nombre de «Presidencia», se hizo pronto el Imperio.

En Inglaterra se había realizado el movimiento de reacción paralelamente y hasta de una manera más completa, puesto que la agitación «cartista» había sido sofocada sin que el Parlamento hubiera de recurrir á los grandes medios de batalla ó de matanza. Privada de sus dos campeones, Europa volvía á ser presa de sus opresores tradicionales: un reflujo general sucedía á la ola que la Revolución había propagado á través del mundo.

El Parlamento de Francfort luchaba con dificultades insuperables: tenía que agrupar en una federación monarquías absolutas; después había de ocuparse de los hermanos alemanes no representados en la dieta, como los del Schleswig y los de las orillas del Vístula, y de muchos otros problemas insolubles para él. En



Cl. J. Kuhn, edit.

DRESDE Y EL ELBA

realidad, el Parlamento, dominado por el antagonismo de los dos poderes fuertes — Prusia y Austria —, sólo era un instrumento en manos de los príncipes federados que dejaban pasar la tempestad revolucionaria. Los Alemanes, que en nombre de la unidad germánica, se habían establecido ya victoriosamente en el Schleswig, evacuaron su conquista, y las barricadas levantadas en las mismas calles de Francfort (18 Septiembre) fueron deshechas sin dificultad. Para colmo de humillación, el Parlamento acabó por escoger como emperador de Alemania aquel mismo rey de Prusia que, durante todo el período revolucionario, había afectado ignorar la existencia de la asamblea y que había contrarrestado maliciosamente todas sus

decisiones. Y esta vez aún el rey no hizo á los delegados de la nación el honor de aceptar su ofrecimiento: no era al pueblo, á la burguesía, á quien consentía deber el imperio; únicamente los otros príncipes, sus primos y sus hermanos, le parecía que tenían derecho á dar la corona imperial; no admitía que la transformación se hiciera por abajo, sino que debía hacerse por arriba, y hubo historiadores que añadieron que esa gran revolución de la unidad nacional no debía realizarse en el acuerdo y la paz, sino según el antiguo método de la historia, «por el hierro y por el fuego».

Al menos el Parlamento de Francfort no fué atropellado de modo sanguinario. La mayor parte de sus miembros fueron llamados á sus países respectivos por Austria, Prusia, Sajonia y Hannover: el resto parlamentario buscó un refugio en Stuttgart, pero la última alocución del presidente fué cubierta con un redoble de tambores. Era aquel el último acto de la comedia; la tragedia había comenzado ya. Rechazados hacia el Sud después de sangrientos combates, los insurrectos del país de Baden, ó sea los defensores de la unidad nacional alemana, fueron más que diezmados; luego, después de la capitulación de Rastadt, donde se habían encerrado los últimos campeones de la causa vencida, el régimen del terror, impuesto por los invasores prusianos, mortificó á los Badenses durante muchos años. Por la misma época otros Prusianos dirigían la represión en la ciudad de Dresde: los consejos de guerra cortaban las cabezas, llenaban las cárceles y confiscaban las propiedades. Uno de los triunviros que habían dirigido la resistencia de los insurrectos de Dresde, Ricardo Wagner, ya célebre como autor del *Tannhäuser*, logró escaparse, mientras que Miguel Bakounine, el famoso agitador ruso que había sido el alma de la resistencia, fué preso, encerrado en un calabozo y entregado al emperador de Rusia, el gran jefe de la reacción europea.

Al czar Nicolás se dirigió también el gobierno de Austria para poner término á la insurrección de los Húngaros. Aquel pueblo asiático, hermano de los Turcos por el origen y por el lenguaje, había obedecido á destinos diferentes que su vecino de las comarcas balkánicas: la religión les había irremediablemente separado; mientras los Turcos se habían constituído en vanguardia de las na-

ciones musulmanas, los Húngaros ó Magyares, por su situación geográfica, se habían colocado á la cabeza de todas las naciones cris-

N.º 447. Llanura de Hungría.



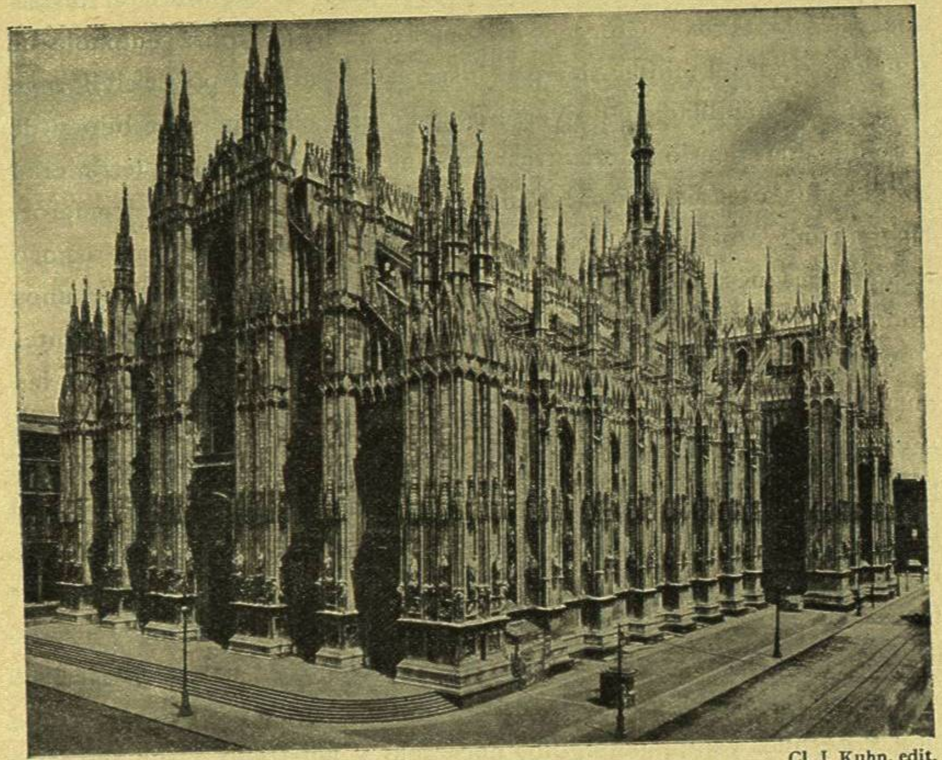
tianas, y unas veces vencedores y otras vencidos y hasta absolutamente sometidos, habían sufrido más que todos los demás en la lucha interminable y sin tregua. Pero, aunque sacrificándose por la

causa de todos, los Húngaros sólo eran acogidos á medias por los demás Europeos: apenas se les conocía y se veía en ellos lo que eran en efecto, Asiáticos no adaptados todavía á su medio en ese caos de los pueblos, Eslavos, Alemanes, Italianos, Rumanos y Friou-lanos, entre los cuales se habían aventurado. No pudiendo aprender todas esas lenguas tan diferentes de su propio idioma, los Húngaros tomaron naturalmente por lengua intermediaria la que se usaba en todas las cancillerías donde se redactaban convenciones y tratados. Sus propios escribas, sus frailes, decidieron emplear una misma lengua, el latín, y durante ocho siglos, hasta 1848, los soberanos y sus vasallos, los jueces, los clérigos, hasta los propietarios rurales le hablaron entre sí; el tal latín era muy modificado y estaba reducido á una especie de jerga, muy pobre en formas verbales [1].

La revolución de 1848, que impulsó á los Húngaros á la reivindicación de su nacionalidad, á la restauración de su lengua y á la reconquista de sus derechos, les hizo entrar por la primera vez como nación europea entre las poblaciones occidentales, agitadas á la sazón por el mismo movimiento de libertad. Su heroísmo les consagró como hermanos de aquellos que habían sido los mayores en la civilización aria. La situación militar de los Húngaros parecía desesperada en un principio: su ejército casi solamente constaba de bandas irregulares, mientras que los Eslavos de la comarca, unidos á los de las provincias vecinas, hasta á voluntarios de la Balkania, aportaban al servicio del Austria alemana y de su sólido ejército toda la fuerza de su entusiasmo guerrero. Cuando Viena estaba en plena insurrección y llamaba á sus vecinos Magyares, éstos, «siempre formalistas y juristas» (Asseline) esperaron una petición oficial, y no vinieron sino muy tarde y en muy corto número: Windischgrætz atacó á Viena el 28 de Octubre, la bombardeó el 29, contemporizó el 30, rechazó el ejército húngaro el 31 y penetró como vencedor en la capital austriaca el 1.º de Noviembre. Pronto le tocó el turno á Pest: el gobierno húngaro hubo de evacuar la ciudad y concentrar todas las fuerzas militares al este del Tisza. Pero el general polaco Bem, que después de haber mandado la Viena insu-

[1] Anton Bartel, 1896, *Dictionnaire*.

rrecta logró escaparse, realizaba en Transylvania prodigios de estrategia victoriosa, y poco después, Gœrgei, nombrado general en jefe del ejército magyar, poderosamente reorganizado por Kossuth, alcanzaba sucesivamente victorias que excitaban la esperanza de los republicanos de Europa: los Austriacos se vieron forzados á evacuar Pest y á replegarse en desorden hasta la frontera. Entonces el em-



Cl. J. Kuhn, edit.

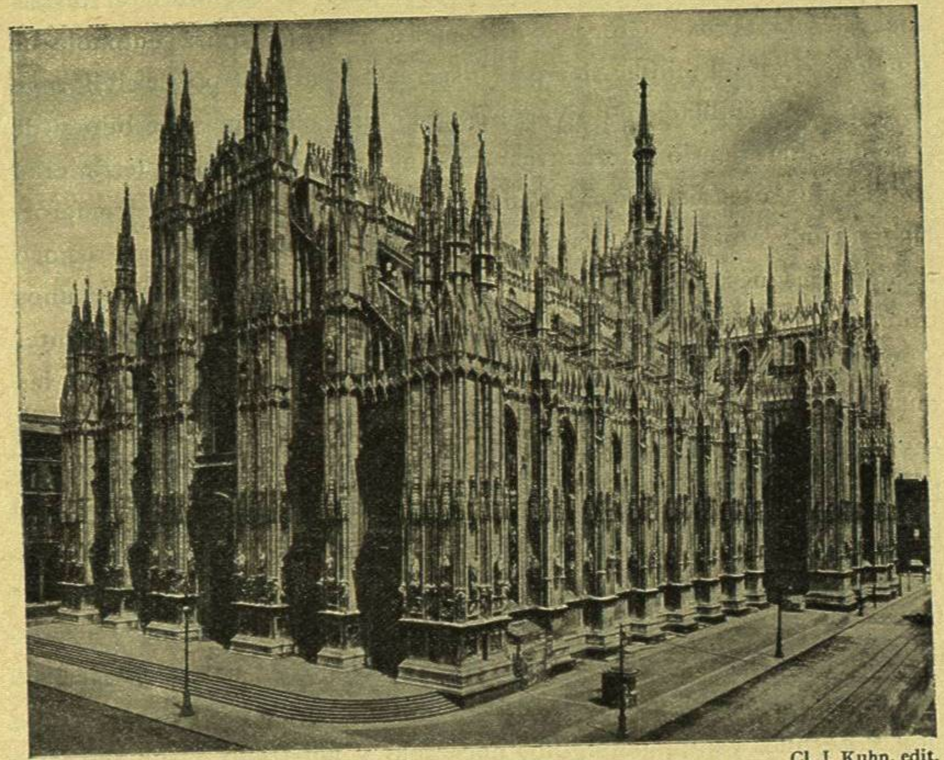
CATEDRAL DE MILÁN

perador de Austria tuvo que llamar á su socorro á su gran aliado Nicolás, czar de todas las Rusias: ciento cincuenta mil hombres penetraron en la comarca por las fronteras del Oeste y del Norte, al mismo tiempo que por el Sud avanzaban los Servios y que por el Oeste los Alemanes tomaban la ofensiva. El pequeño ejército húngaro, rodeado por todas partes, combatió desesperadamente hasta el momento en que Gœrgei, nombrado dictador, capituló en nombre de toda la nación en la llanura de Vilagos, no lejos de Arad (13 Agosto 1849). Poco después cesó toda resistencia, excepto en la fortaleza

causa de todos, los Húngaros sólo eran acogidos á medias por los demás Europeos: apenas se les conocía y se veía en ellos lo que eran en efecto, Asiáticos no adaptados todavía á su medio en ese caos de los pueblos, Eslavos, Alemanes, Italianos, Rumanos y Friulanos, entre los cuales se habían aventurado. No pudiendo aprender todas esas lenguas tan diferentes de su propio idioma, los Húngaros tomaron naturalmente por lengua intermediaria la que se usaba en todas las cancillerías donde se redactaban convenciones y tratados. Sus propios escribas, sus frailes, decidieron emplear una misma lengua, el latín, y durante ocho siglos, hasta 1848, los soberanos y sus vasallos, los jueces, los clérigos, hasta los propietarios rurales le hablaron entre sí; el tal latín era muy modificado y estaba reducido á una especie de jerga, muy pobre en formas verbales [1].

La revolución de 1848, que impulsó á los Húngaros á la reivindicación de su nacionalidad, á la restauración de su lengua y á la reconquista de sus derechos, les hizo entrar por la primera vez como nación europea entre las poblaciones occidentales, agitadas á la sazón por el mismo movimiento de libertad. Su heroísmo les consagró como hermanos de aquellos que habían sido los mayores en la civilización aria. La situación militar de los Húngaros parecía desesperada en un principio: su ejército casi solamente constaba de bandas irregulares, mientras que los Eslavos de la comarca, unidos á los de las provincias vecinas, hasta á voluntarios de la Balkania, aportaban al servicio del Austria alemana y de su sólido ejército toda la fuerza de su entusiasmo guerrero. Cuando Viena estaba en plena insurrección y llamaba á sus vecinos Magyares, éstos, «siempre formalistas y juristas» (Asseline) esperaron una petición oficial, y no vinieron sino muy tarde y en muy corto número: Windischgrætz atacó á Viena el 28 de Octubre, la bombardeó el 29, contemporizó el 30, rechazó el ejército húngaro el 31 y penetró como vencedor en la capital austriaca el 1.° de Noviembre. Pronto le tocó el turno á Pest: el gobierno húngaro hubo de evacuar la ciudad y concentrar todas las fuerzas militares al este del Tisza. Pero el general polaco Bem, que después de haber mandado la Viena insurrecta logró escaparse, realizaba en Transylvania prodigios de estrategia victoriosa, y poco después, Gœrgei, nombrado general en jefe del ejército magyar, poderosamente reorganizado por Kossuth, alcanzaba sucesivamente victorias que excitaban la esperanza de los republicanos de Europa: los Austriacos se vieron forzados á evacuar Pest y á replegarse en desorden hasta la frontera. Entonces el emperador de Austria tuvo que llamar á su socorro á su gran aliado Nicolás, czar de todas las Rusias: ciento cincuenta mil hombres penetraron en la comarca por las fronteras del Oeste y del Norte, al mismo tiempo que por el Sud avanzaban los Servios y que por el Oeste los Alemanes tomaban la ofensiva. El pequeño ejército húngaro, rodeado por todas partes, combatió desesperadamente hasta el momento en que Gœrgei, nombrado dictador, capituló en nombre de toda la nación en la llanura de Vilagos, no lejos de Arad (13 Agosto 1849). Poco después cesó toda resistencia, excepto en la fortaleza

[1] Anton Bartel, 1896, *Dictionnaire*.



Cl. J. Kuhn, edit.

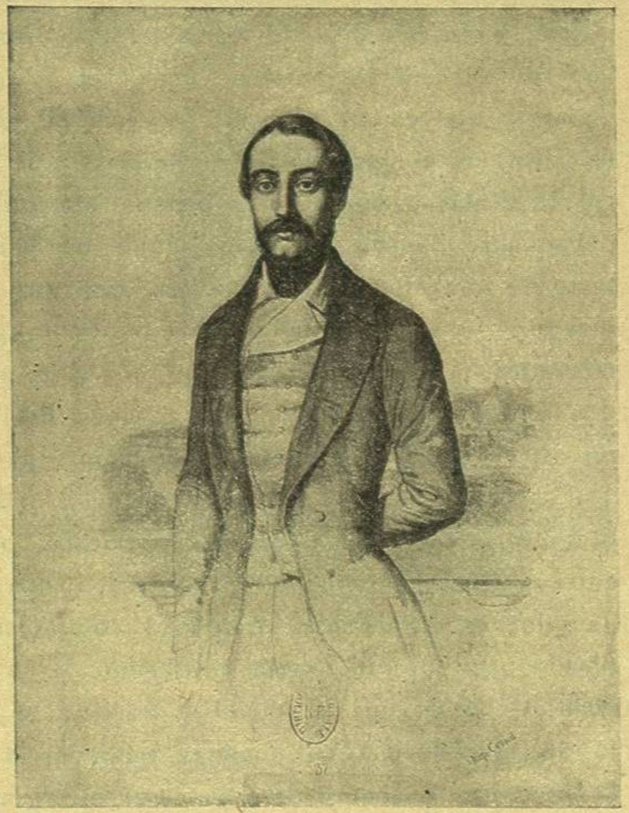
CATEDRAL DE MILÁN

de Komarom (Komorn), que Klapka defendió mucho tiempo después.

Los Húngaros se rindieron, no al señor feudal llamado legítimo, el emperador de Austria, sino al ejército ruso. El mariscal Paskievitch pudo escribir á su amo: «¡Señor, Hungría yace á los pies de Vuestra Majestad!» Pero los Austriacos se encargaron de la venganza: los consejos de guerra, que funcionaban en toda Hungría, germanizaban la población por el palo, el calabozo, el fusilamiento y la horca. Gœrgei, el general vencido, quizá culpable de traición, tipo del militar siempre insurrecto contra el poder civil, tuvo la suprema humillación de verse asignar una residencia de lujo y de percibir una pensión, mientras que sus camaradas de guerra eran condenados á las balas ó á la cuerda. El general austriaco más feroz, Haynau el «azotador», fué castigado de otro modo. Visitando poco tiempo después una fábrica de Londres, fué reconocido por unos obreros y corrió perseguido á correazos como un animal repugnante.

En Italia, la guerra del *Risorgimento* se desarrolló siguiendo las mismas peripecias que la guerra de la independencia magyar. Los revolucionarios del norte de la península tuvieron ventaja desde un principio, puesto que los Austriacos habían evacuado Milán y se habían retirado tras la línea del Mincio, y Venecia reconquistó la independencia que medio siglo antes les había arrebatado Bonaparte. En ayuda de los Lombardos acudían contingentes romanos y napolitanos, pero los republicanos no osaron combatir solos, y sacrificando sus justas desconfianzas contra un rey que primero hizo traición y después espió, persiguió, encarceló y ametralló á sus amigos, se dirigieron al rey Carlos Alberto, quien, con la esperanza de transformar su pequeño reino en una gran monarquía, consintió en una traición más, la de la causa del derecho divino. Sin embargo, esa alianza entre enemigos naturales no podía seguir adelante. Carlos Alberto carecía de fuerza para medirse contra el poderoso ejército austriaco que dirigía Radetzky, anciano enérgico, y, completamente batido en Custozza (25 Julio 1848) y después, al año siguiente, en una nueva campaña, en Novara (25 Marzo 1849), se vió obligado á entregar su abdicación entre las manos de su pueblo y á dejar el poder y la ambición de la corona de Italia á su hijo Víctor Manuel, quien á lo menos no tenía tras de sí un pasado de traición.

La victoria de Austria hubiera sido fácilmente en mayor escala utilizada si no se hubieran excitado también las ambiciones de Francia. Pero el conflicto tradicional entre Germanos y Galos por la dominación de Italia comenzó bajo una forma nueva, casi desconocida en su aspecto diplomático. Parece natural que Francia, á la sazón constituída oficialmente en república, interviniera para defender la independencia de las repúblicas hermanas, pero fué todo lo contrario: comprometida como Austria en el movimiento opuesto á la emancipación de las nacionalidades y de los individuos, envió sus ejércitos á Italia como campeón del papa; una y otra potencia renegaban de los buenos principios.



JOSÉ MAZZINI (1805-1872)

En Roma, donde la república había sucedido al reinado de Pío IX fugitivo, el alma de la resistencia era el triunviro Giuseppe Mazzini, el revolucionario de su generación, quien, sobre todos, aportó la mayor energía, la voluntad tenaz en la conspiración, una gran sagacidad en la elección de los hombres y la más generosa abnegación en la vida de todos los días. Como tipo del deber, suscitaba entusiasmos perseverantes, heroismos de sacrificio, y cuando habían caído los mejores, austero, impasible, sabía descubrir nuevas víctimas voluntarias que corrían á la muerte. No retrocedía ante la terrible necesidad del incesante sacrificio de los jóvenes entusiastas,

porque no podía imaginar para los demás alegría superior á la que sentía él mismo sufriendo por la reconquista de Italia una y libre. Rudo como un calvinista, era á la vez en ciertos aspectos el más intransigente de los católicos respecto de la tradición romana. Su divisa *Dio e Popolo* hacía derivar los derechos del pueblo de Dios mismo, y de ese Dios de Roma que por dos veces había dado el imperio del mundo á Italia, una bajo los césares, otra bajo los papas, y que en un porvenir próximo no dejaría, de ello tenía la fe cierta, de asegurar el tercer *primato* á la república de Italia entre las demás naciones del universo. Mazzini no era, pues, enemigo del «Padre Santo», que había huído de Roma para evitar el contacto de los republicanos malditos, sino que hubiera querido verle inaugurar una nueva era de dominación religiosa en que la fe democrática hubiera dado á los antiguos ritos un nuevo sentido; y ya que esto no fué posible por la ausencia del papa, intentó interpretar así en la ciudad Santa las ceremonias de la Iglesia.

La revolución, nacida del amor de la independencia, y fiel, no obstante, á la tradición romana, implicaba, pues, una contradicción entre estos dos términos: «Pueblo» y «Dios», y carecía fatalmente de solución. Igualmente absurdo y contradictorio fué el medio empleado para sofocar aquella revolución: á su mentira se opuso otra mentira, puesto que la república francesa, ó á lo menos el Estado híbrido que llevaba tal nombre, reivindicaba el honor de derrocar la república romana y de restablecer el régimen papal con la satisfacción de todas sus venganzas: todavía una vez más fué Francia «el soldado de Dios» según la antigua tradición eclesiástica. Verdad es que para ejercer el bajo oficio de gendarme del papado, el gobierno francés tuvo que reprimir previamente una insurrección en las calles de París; pero el pueblo, agotado por la lucha del año anterior, carecía de vigor para la batalla, y las tropas francesas, regimentadas al servicio del papa y transportadas delante de Roma, gracias al corto número de sus verdaderos defensores, pudieron vencer á los camisas rojas de Garibaldi.

Completamente deshonrada, la república francesa no tenía ya más que hacer que hundirse en su vergüenza: destruyendo la república hermana se destruía á sí misma, y bien inútilmente, puesto

que la influencia de Austria llegó á ser dominante. Francia hubo de suministrar el dinero y los hombres en beneficio de la antigua camarilla austriaca. En cuanto al papa, repuesto en posesión vitalicia de sus Estados, comprendió, con el sentido profundo de las cosas que inspira el presentimiento de la muerte, que había llegado el momento de proclamar solemnemente, sin la menor atenuación de lenguaje, la absoluta incompatibilidad de la Iglesia con la sociedad moderna. Curado de sus primeras ilusiones, el «Soberano Pontífice» vengó ante todo ampliamente las injurias hechas á la Santa Sede, después se atuvo á los principios de reacción absoluta que habían de hallar su expresión definitiva en el Syllabus de 1864.



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

JOSÉ GARIBALDI (1807-1882)

Aunque obediente á la ley del cambio, que es la de todas las cosas, el catolicismo tiene la pretensión de ser de una pieza, como aquellas piedras negras que se adoran en los templos de Asia: se dice y se cree inmutable en el pasado, porque el «Pontífice romano no puede ni debe reconciliarse ni transigir con el progreso, ni con el liberalismo, ni con la civilización moderna».

La obra de la reacción estaba ya terminada y preparaba su código impotente. Francia, que había dado el impulso al movimiento

revolucionario, no había de hacer más que pública retractación tomando de su pasado una de sus constituciones anteriores. Un gran partido, todopoderoso en la Asamblea, quería hacerla retroceder hasta San Luis, pero no fué tan lejos: deteniéndose en el Imperio, se imaginó conservar lo que se llama las «conquistas de la Revolución», es decir, una cierta igualdad política, económica y social, y reproducir al mismo tiempo aquel período de prestigio y de gloria militares que, contra lo que podía esperarse, había producido la humillación y la derrota. Acaso también el pueblo, descontento de todos los regímenes que se habían sucedido durante los dos años de ensayos republicanos, se lanzaba desesperadamente en lo desconocido, y creía que una voluntad personal podría realizar las mil promesas hasta entonces engañadoras, tantas veces repetidas por los escritores socialistas.

Como es natural, aquellas quiméricas esperanzas habían de ser defraudadas, porque un gobierno personal ha de tener siempre por preocupación dominante la voluntad del amo, representada naturalmente por la turba de los parásitos que le rodean, y Napoleón III no podía exceptuarse de esa ley.

En un libro famoso, *La Revolución social demostrada por el Golpe de Estado*, Proudhon trató de probar que el nuevo emperador, salido de la Revolución y elevado al poder por la voluntad de los pobres trabajadores de la ciudad y del campo, llegaría á ser forzosamente el ejecutor de una lógica de los acontecimientos, superior á sus caprichos y á los apetitos de su corte; le profetizó el papel forzado de mandatario del socialismo; pero ha de tenerse en cuenta la parte de ironía que el autor, que escribía bajo la amenaza del destierro y de la cárcel, había deslizado en su obra y que le permitía triunfar de la fuerza bruta. La historia del reinado de veinte años nos muestra que, á pesar de sus antecedentes de soñador semi-socialista y de sus congénitas tendencias de benevolencia igualitaria, el «hombre de Diciembre» fué arrastrado forzosamente por las consecuencias del perjurio y del asesinato á seguir una vía de persistente opresión. Si á veces fué el «agente de la Revolución social» debióse á que todos los hombres, y él como los otros, sirven de instrumentos involuntarios al destino.

Felizmente el impulso de libertad fué demasiado enérgico durante el período revolucionario para que fuera posible sofocarlo por completo: la fuerza viva de la actividad humana, irreprimible á pesar de todo, podía ser desviada de su objeto, y canalizada en vías laterales; pero había de manifestarse á pesar de todos los obstáculos y producir cambios considerables. Tal fué la razón por la que la prosperidad material se aumentó casi repentinamente de una manera tan notable en Francia y en toda la Europa continental durante los primeros años marcados por el triunfo de la reacción. A pesar del destierro y de la huída de gran número de republicanos y de la emigración de miles de buenos trabajadores, el movimiento industrial y comercial tomó un singular desarrollo, debido en gran parte á la iniciativa de todos aquellos que, no pudiendo ya aplicar su genio hacia las transformaciones políticas y sociales, se dirigían hacia la creación de las empresas y la aplicación de nuevos procedimientos: hubo un sencillo desplazamiento de las fuerzas. De ese modo el imperio se hizo popular en Francia durante muchos años. El pueblo no puede entretenerse en largos razonamientos sobre la complejidad de las cosas: sin buscar las razones, personifica los



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

PROUDHON (1809-1865)

revolucionario, no había de hacer más que pública retractación tomando de su pasado una de sus constituciones anteriores. Un gran partido, todopoderoso en la Asamblea, quería hacerla retroceder hasta San Luis, pero no fué tan lejos: deteniéndose en el Imperio, se imaginó conservar lo que se llama las «conquistas de la Revolución», es decir, una cierta igualdad política, económica y social, y reproducir al mismo tiempo aquel período de prestigio y de gloria militares que, contra lo que podía esperarse, había producido la humillación y la derrota. Acaso también el pueblo, descontento de todos los regímenes que se habían sucedido durante los dos años de ensayos republicanos, se lanzaba desesperadamente en lo desconocido, y creía que una voluntad personal podría realizar las mil promesas hasta entonces engañadoras, tantas veces repetidas por los escritores socialistas.

Como es natural, aquellas quiméricas esperanzas habían de ser defraudadas, porque un gobierno personal ha de tener siempre por preocupación dominante la voluntad del amo, representada naturalmente por la turba de los parásitos que le rodean, y Napoleón III no podía exceptuarse de esa ley.

En un libro famoso, *La Revolución social demostrada por el Golpe de Estado*, Proudhon trató de probar que el nuevo emperador, salido de la Revolución y elevado al poder por la voluntad de los pobres trabajadores de la ciudad y del campo, llegaría á ser forzosamente el ejecutor de una lógica de los acontecimientos, superior á sus caprichos y á los apetitos de su corte; le profetizó el papel forzado de mandatario del socialismo; pero ha de tenerse en cuenta la parte de ironía que el autor, que escribía bajo la amenaza del destierro y de la cárcel, había deslizado en su obra y que le permitía triunfar de la fuerza bruta. La historia del reinado de veinte años nos muestra que, á pesar de sus antecedentes de soñador semi-socialista y de sus congénitas tendencias de benevolencia igualitaria, el «hombre de Diciembre» fué arrastrado forzosamente por las consecuencias del perjurio y del asesinato á seguir una vía de persistente opresión. Si á veces fué el «agente de la Revolución social» debióse á que todos los hombres, y él como los otros, sirven de instrumentos involuntarios al destino.

Felizmente el impulso de libertad fué demasiado enérgico durante el período revolucionario para que fuera posible sofocarlo por completo: la fuerza viva de la actividad humana, irreprimible á pesar de todo, podía ser desviada de su objeto, y canalizada en vías laterales; pero había de manifestarse á pesar de todos los obstáculos y producir cambios considerables. Tal fué la razón por la que la prosperidad material se aumentó casi repentinamente de una manera tan notable en Francia y en toda la Europa continental durante los primeros años marcados por el triunfo de la reacción. A pesar del destierro y de la huída de gran número de republicanos y de la emigración de miles de buenos trabajadores, el movimiento industrial y comercial tomó un singular desarrollo, debido en gran parte á la iniciativa de todos aquellos que, no pudiendo ya aplicar su genio hacia las transformaciones políticas y sociales, se dirigían hacia la creación de las empresas y la aplicación de nuevos procedimientos: hubo un sencillo desplazamiento de las fuerzas. De ese modo el imperio se hizo popular en Francia durante muchos años. El pueblo no puede entretenerse en largos razonamientos sobre la complejidad de las cosas: sin buscar las razones, personifica los



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

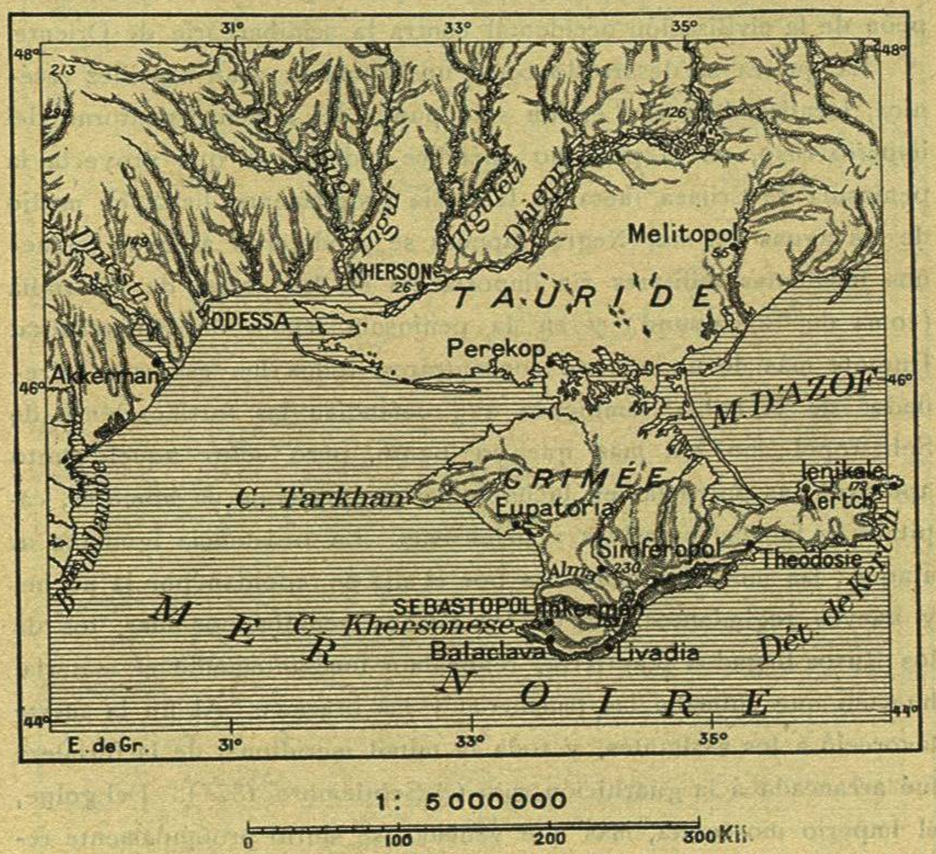
PROUDHON (1809-1865)

acontecimientos bajo el nombre de un hombre, al que atribuye las consecuencias del movimiento económico contemporáneo y hasta la abundancia de las mieses, cuyo origen conoce, sin embargo, puesto que son debidas á su trabajo.

Pero el imperio que habían querido unos electores ebrios todavía con su antiguo vino de gloria, no podía escapar á su destino, que era justificar su prestigio por medio de grandes guerras exteriores. La «cuestión de Oriente» presentó la ocasión favorable. Sola Turquía, en estado de descomposición política y casi impotente desde el punto de vista militar, no hubiera podido defenderse con la menor probabilidad de éxito contra un agresor tan formidable como Rusia. Y el terrible Nicolás I, el soberano que desde un tercio de siglo tronaba en su majestad solitaria como una verdadera divinidad, aquel amo reputado invencible, amenazaba entonces al imperio otomano, y sus tropas habían penetrado ya en los principados Danubianos. Constantinopla, tanto tiempo codiciada, hubiera sido para él presa fácil si las potencias occidentales, Francia é Inglaterra, no hubieran intervenido para defender á los Turcos. El interés tradicional de la Gran Bretaña se hallaba gravemente comprometido, porque la «reina de los mares», que, desde la toma de posesión de Gibraltar y de Malta, es la principal dominadora del Mediterráneo, no quería en manera alguna comprometer su imperio marítimo dejando á los Rusos la libre posesión de los Dardanelos. Pero, desde el punto de vista geográfico, tratábase también en aquel asunto de la dominación del mundo, porque las comarcas que baña el Mediterráneo oriental gobiernan los caminos de Europa hacia el Asia central y las Indias. Verdad es que el corazón de Asia, limítrofe del Caspio, se halla entregado de antemano á las ambiciones de Rusia, mas por lo que respecta al camino de las Indias, la Gran Bretaña tenía un verdadero interés nacional, considerando el equilibrio de las potencias, en prohibir á los ejércitos rusos la entrada en Constantinopla. Sin duda aquel «camino de las Indias» fué hasta nuestros días puramente virtual: nadie lo utilizaba, porque era prácticamente inabordable. Escasos exploradores emplearon esa vía á través del Asia Menor, los países del Eufrates, el Irán y las mesetas del Afganistán; todos los mercaderes, soldados ó funcionarios,

tomaban el camino desviado del cabo de Buena Esperanza ó del canal de Suez; pero no es menos cierto que la conquista de las dos Turquías, la de Europa y la de Asia por los ejércitos del czar, cambiando el centro de gravedad del mundo político y dando á los

N.° 448. Teatro de la guerra de Oriente.



1854. 22 Abril, bombardeo de Odesa; 14 Septiembre, desembarco de los Aliados en Eupatoria; 20 Septiembre, batalla del Alma; 26 Septiembre y 26 Octubre, combates en Balaclava; 5 Noviembre, batalla de Inkerman. — 1855. 8 Septiembre, toma de Malakoff. — 1856. Tratado de París. Livadia, residencia de los emperadores de Rusia.

Rusos intervención dominante en el Mediterráneo y en el golfo Pérsico, hubiera comprometido irreparablemente, primeramente el prestigio de Inglaterra, y después, por contactos graduales, su posesión efectiva en los vastos territorios de la península hindu. Por análoga razón, y con mayor urgencia, el gobierno británico empleó, medio siglo antes, todos sus recursos disponibles en bloquear y destruir la

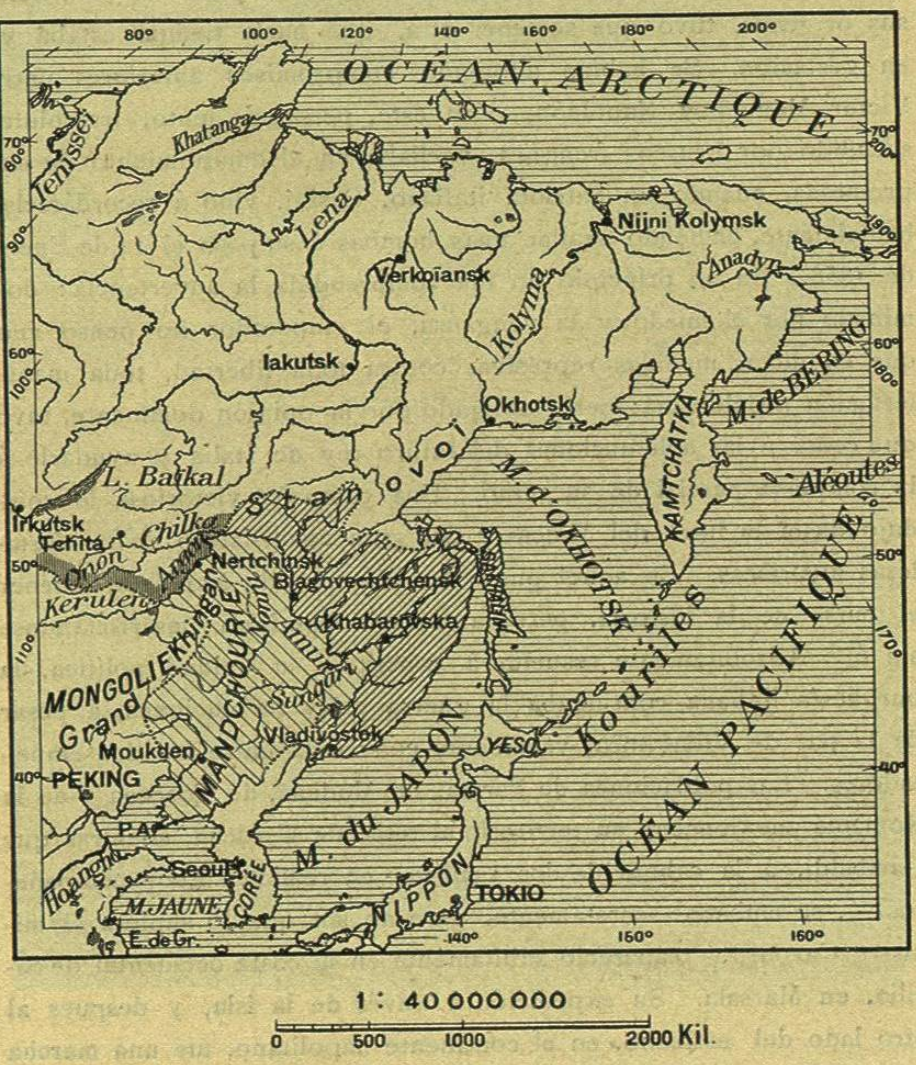
expedición francesa á Egipto. En cuanto á Francia, sus razones determinantes para medirse con el coloso ruso parecían menos claras, y, sin duda, si la nación hubiera resuelto por sí misma, no se hubiera arriesgado en esa temible aventura; pero el amo que se había dado soñaba quizá en una revancha de la retirada de Rusia, donde su tío sufrió su gran desastre, y tal vez quería presentarse como campeón de la civilización occidental contra la semibarbarie de Oriente.

La guerra se desarrolló como un drama de gran sencillez escénica, localizándose casi en un solo punto del inmenso contorno del imperio ruso, en el pequeño apéndice montañoso que proyecta la península de Crimea fuera de la Rusia propiamente dicha, en medio de las aguas del mar Negro; apenas se produjeron algunos pequeños incidentes militares sin importancia en las costas de Finlandia (toma de Bomarsund) y en la península lejana de Kamtchatka. Durante más de un año se concentraron todos los esfuerzos alrededor de la bahía ramificada que defendían las fortificaciones de Sebastopol; no era más que un punto, pero sobre aquel punto aplicaron las potencias en lucha todos sus recursos en hombres, capitales y fuerzas ofensivas y defensivas. La resistencia igualaba al ataque; las murallas demolidas por el día se reponían por la noche, y nuevos regimientos, los de los aliados venidos por mar, los de los Rusos llegados por tierra, renovaban incesantemente el material humano que colmaba las trincheras y las brechas. Al fin la suerte favoreció á los asaltantes, y toda la mitad meridional de la fortaleza fué arrancada á la guarnición rusa (8 Septiembre 1855). Del golpe, el imperio moscovita, más que vencido, se sintió profundamente rebajado, y Nicolás, presintiendo la caída, murió de humillación y de pesar; Rusia, demasiado entregada al despotismo para que le fuese posible cambiar de política, debió, sin embargo, «recogerse».

No obstante, en el momento mismo en que el prestigio de Rusia ó su potencia aparente se resentía más sensiblemente por los acontecimientos de Crimea, se desarrollaba de una manera prodigiosa en extensión material, como por una especie de crecimiento automático. El inmenso territorio que se extiende al oeste del Oussouri, entre la margen derecha del Amur y el litoral del Pacífico, quedaba anexionado al imperio y se abría á la colonización: Rusia poseía ya

una fachada sobre el libre Océano. Si por la parte del Oeste, en Europa, sus salidas marítimas sobre el Báltico y el mar Negro que-

N.° 449. Rusia del Pacífico.



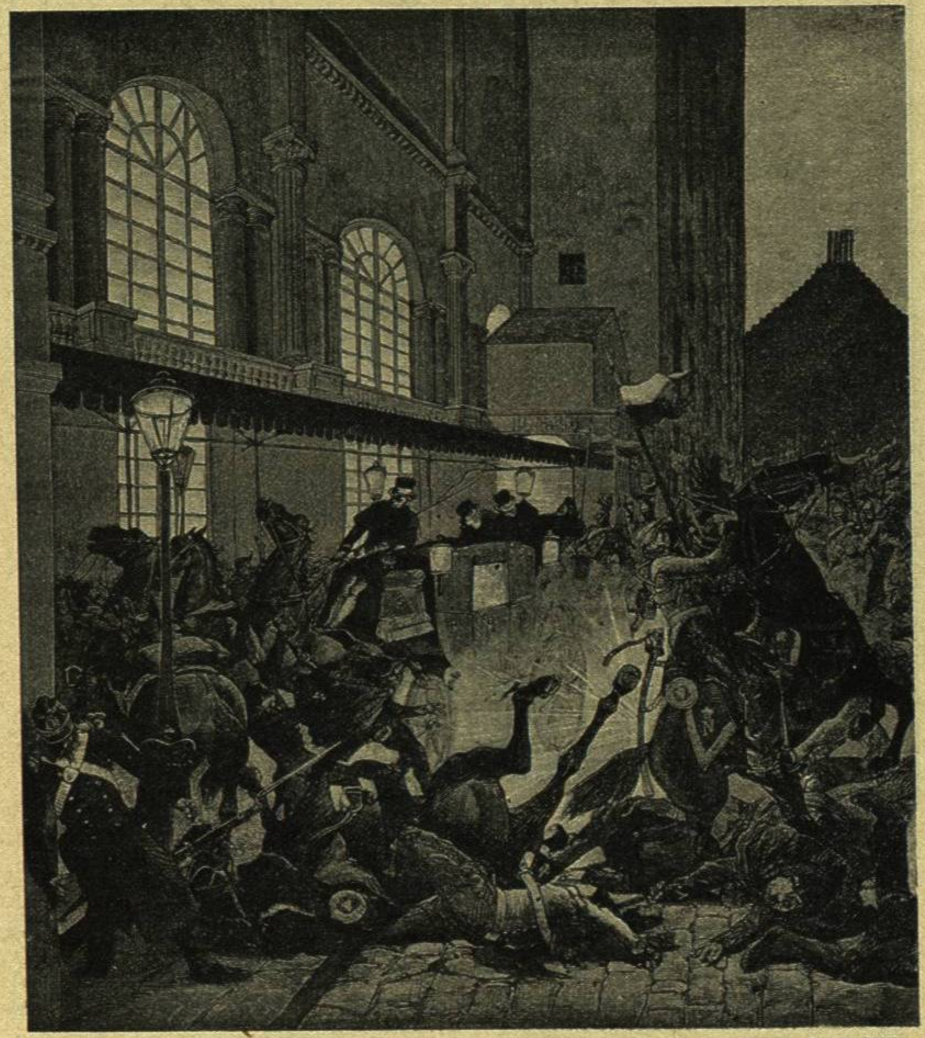
La línea formada de rayas verticales marca la frontera en el siglo XVIII. Las rayas inclinadas estrechas señalan los territorios adquiridos en 1858 (margen izquierda del Amur) y en 1860 (margen derecha del Amur). En 1875 se obtuvo del Japón el Sakhalín todo entero á cambio de las Kouriles. Las rayas espaciadas indican el territorio adquirido en 1900 y perdido en 1905, á consecuencia de la guerra ruso-japonesa. — P. A. = Port-Arthur.

daban dificultadas por los estrechos, por el lado del Este mandaba en los espacios oceánicos, y la pequeña ciudad que se fundó para albergar sobre las costas del Pacífico los primeros representantes de

la potencia eslava pudo darse con orgullo el título de Vladivostok, «Dominador del Oriente». El tratado formal de Aigoun en 1858 sancionaba las anexiones rusas.

Poco después de la guerra de Crimea, el imperio francés, fiel á sus orígenes, tuvo que sostener otra, que hacía tiempo estaba ya en gestación. Se habían adoptado compromisos anteriores entre Víctor Manuel y Napoleón, pero éste, personaje lento, irresoluto, sacudido por bruscos frenesíes, vacilaba en el cumplimiento de sus promesas, cuando un patriota italiano, Orsini, vino á recordárselas brutalmente, haciendo estallar unas bombas á su paso el 14 de Enero de 1858. En un principio no fué comprendida la advertencia: dominado por el miedo y la venganza, el emperador no pensó más que en dictar medidas represivas contra toda libertad, toda manifestación republicana; pero, obligado por la opinión dominante, tuvo que ceder á las solicitaciones del futuro rey de Italia y ayudarle á la conquista parcial de su reino. Una campaña victoriosa le condujo hasta la línea del Mincio y del gran cuadrilátero de las fortalezas austriacas. En aquel punto hubiera querido Napoleón detener el curso de la historia, pero la historia continuó desarrollándose sin él. Absolutamente resuelta á constituir su unidad política, la burguesía italiana continuaba la guerra y las revoluciones, á pesar de la paz de Villafranca, vanamente convenida entre los dos emperadores. Las poblaciones de Parma, de Módena, de Toscana y de la Romanía anexionaban su territorio al reino de Cerdeña, mientras que Garibaldi, á la cabeza de los «mil» — en realidad 1,067 compañeros —, se embarcó secretamente, pero no sin que lo supiera el ministro Cavour, y reapareció súbitamente en la costa occidental de Sicilia, en Marsala. Su expedición á través de la isla, y después al otro lado del estrecho, en el continente napolitano, fué una marcha triunfal y se terminó por una batalla decisiva (1859) en las márgenes del Vulturno. Al rey de Nápoles no le quedaba ya más recurso que encerrarse en la plaza fuerte de Gaeta con algunos fieles, y Garibaldi se preparó á marchar sobre Roma, que no hubiera resistido mejor que Palermo ó que Nápoles. Italia estaba muy próxima á «hacerse solamente», no *da se*, es decir, enteramente por sus propios esfuerzos, como hubiera querido, sino á pesar de las reticencias de

su caprichoso aliado. No quedó á éste más que rodear precipitadamente al papa con una guarnición francesa, encargada de ocupar



Cl. P. Sellier.

ATENTADO DE ORSINI

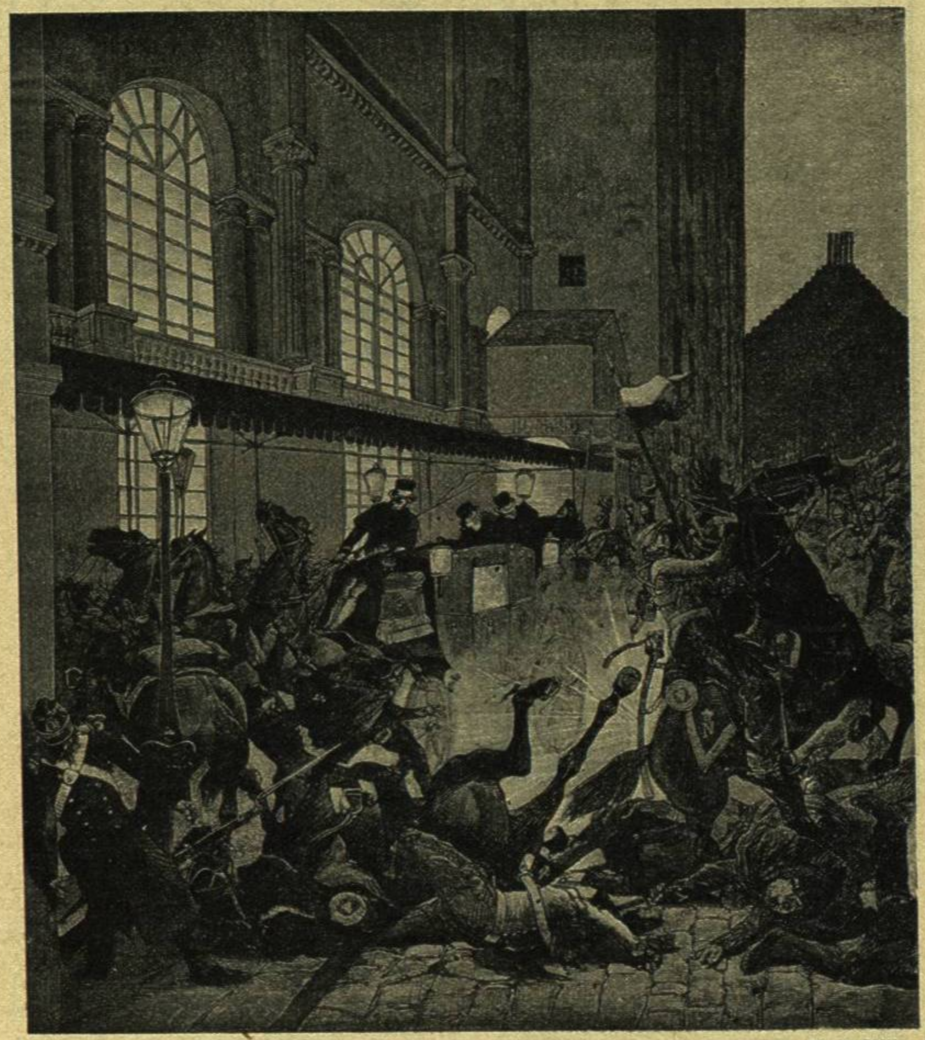
Calle Lepeletier, 14 de Enero de 1858

indefinidamente la ciudad de Roma, contra el pueblo italiano, que la consideraba como su capital. De este modo se encerraba él mismo en un callejón sin salida, porque la fuerza constante de las cosas obraba en sentido inverso de su voluntad de un día, sometida á las vicisitudes del tiempo. Así, cuando uno de sus ministros, respon-

la potencia eslava pudo darse con orgullo el título de Vladivostok, «Dominador del Oriente». El tratado formal de Aigoun en 1858 sancionaba las anexiones rusas.

Poco después de la guerra de Crimea, el imperio francés, fiel á sus orígenes, tuvo que sostener otra, que hacía tiempo estaba ya en gestación. Se habían adoptado compromisos anteriores entre Víctor Manuel y Napoleón, pero éste, personaje lento, irresoluto, sacudido por bruscos frenesíes, vacilaba en el cumplimiento de sus promesas, cuando un patriota italiano, Orsini, vino á recordárselas brutalmente, haciendo estallar unas bombas á su paso el 14 de Enero de 1858. En un principio no fué comprendida la advertencia: dominado por el miedo y la venganza, el emperador no pensó más que en dictar medidas represivas contra toda libertad, toda manifestación republicana; pero, obligado por la opinión dominante, tuvo que ceder á las solicitaciones del futuro rey de Italia y ayudarle á la conquista parcial de su reino. Una campaña victoriosa le condujo hasta la línea del Mincio y del gran cuadrilátero de las fortalezas austriacas. En aquel punto hubiera querido Napoleón detener el curso de la historia, pero la historia continuó desarrollándose sin él. Absolutamente resuelta á constituir su unidad política, la burguesía italiana continuaba la guerra y las revoluciones, á pesar de la paz de Villafranca, vanamente convenida entre los dos emperadores. Las poblaciones de Parma, de Módena, de Toscana y de la Romanía anexionaban su territorio al reino de Cerdeña, mientras que Garibaldi, á la cabeza de los «mil» — en realidad 1,067 compañeros —, se embarcó secretamente, pero no sin que lo supiera el ministro Cavour, y reapareció súbitamente en la costa occidental de Sicilia, en Marsala. Su expedición á través de la isla, y después al otro lado del estrecho, en el continente napolitano, fué una marcha triunfal y se terminó por una batalla decisiva (1859) en las márgenes del Vulturno. Al rey de Nápoles no le quedaba ya más recurso que encerrarse en la plaza fuerte de Gaeta con algunos fieles, y Garibaldi se preparó á marchar sobre Roma, que no hubiera resistido mejor que Palermo ó que Nápoles. Italia estaba muy próxima á «hacerse solamente», no *da se*, es decir, enteramente por sus propios esfuerzos, como hubiera querido, sino á pesar de las reticencias de

su caprichoso aliado. No quedó á éste más que rodear precipitadamente al papa con una guarnición francesa, encargada de ocupar



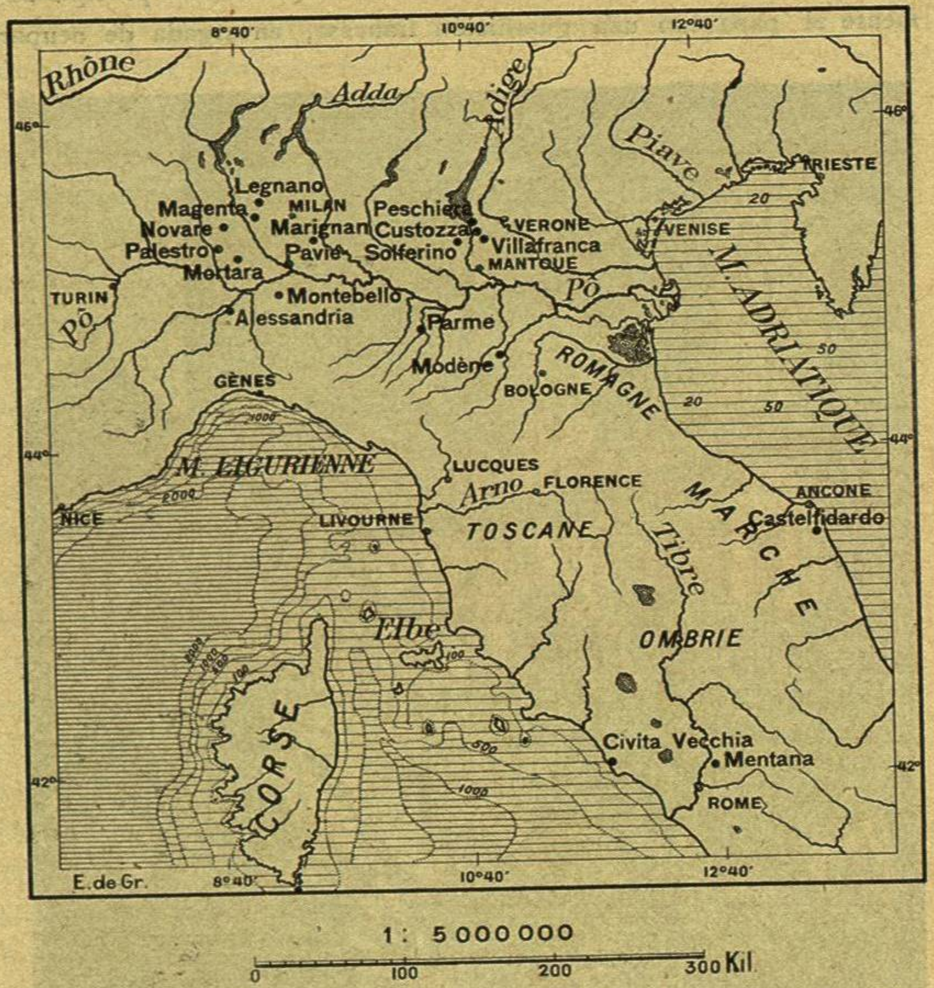
Cl. P. Sellier.

ATENTADO DE ORSINI

Calle Lepeletier, 14 de Enero de 1858

indefinidamente la ciudad de Roma, contra el pueblo italiano, que la consideraba como su capital. De este modo se encerraba él mismo en un callejón sin salida, porque la fuerza constante de las cosas obraba en sentido inverso de su voluntad de un día, sometida á las vicisitudes del tiempo. Así, cuando uno de sus ministros, respon-

N.º 450. Italia del Norte.



1848. 25 Julio, Custozza. — 1849. 2 Marzo, Novara; 25 Abril, desembarco de los Franceses en Civita-Vecchia; 30 Junio, toma de Roma.

1859. 20 Mayo, Montebello; 30 Mayo, Mortara; 31 Mayo, Palestro; 4 Junio, Magenta; 8 Junio, Marignan (Melagnano); 24 Junio, Solferino; 11 Julio, paz de Villafranca. Parma se reune á Italia; Módena expulsa á su duque y se une á Italia en 1860.

1860. 11 Mayo, desembarco de los Mil en Marsala; 24 Julio, Milazzo; 1.º Agosto, desembarco en Reggio; 7 Septiembre, entrada en Nápoles; 18 Septiembre, Castelfidardo (Piamonteses contra Pontificales); 22 Septiembre, batalla del Vulturno; 28 Septiembre, capitulación de Ancona. — 1861. 13 Febrero, capitulación de Gaeta. — 1862. 29 Agosto, derrota de los Garibaldinos en Aspromonte.

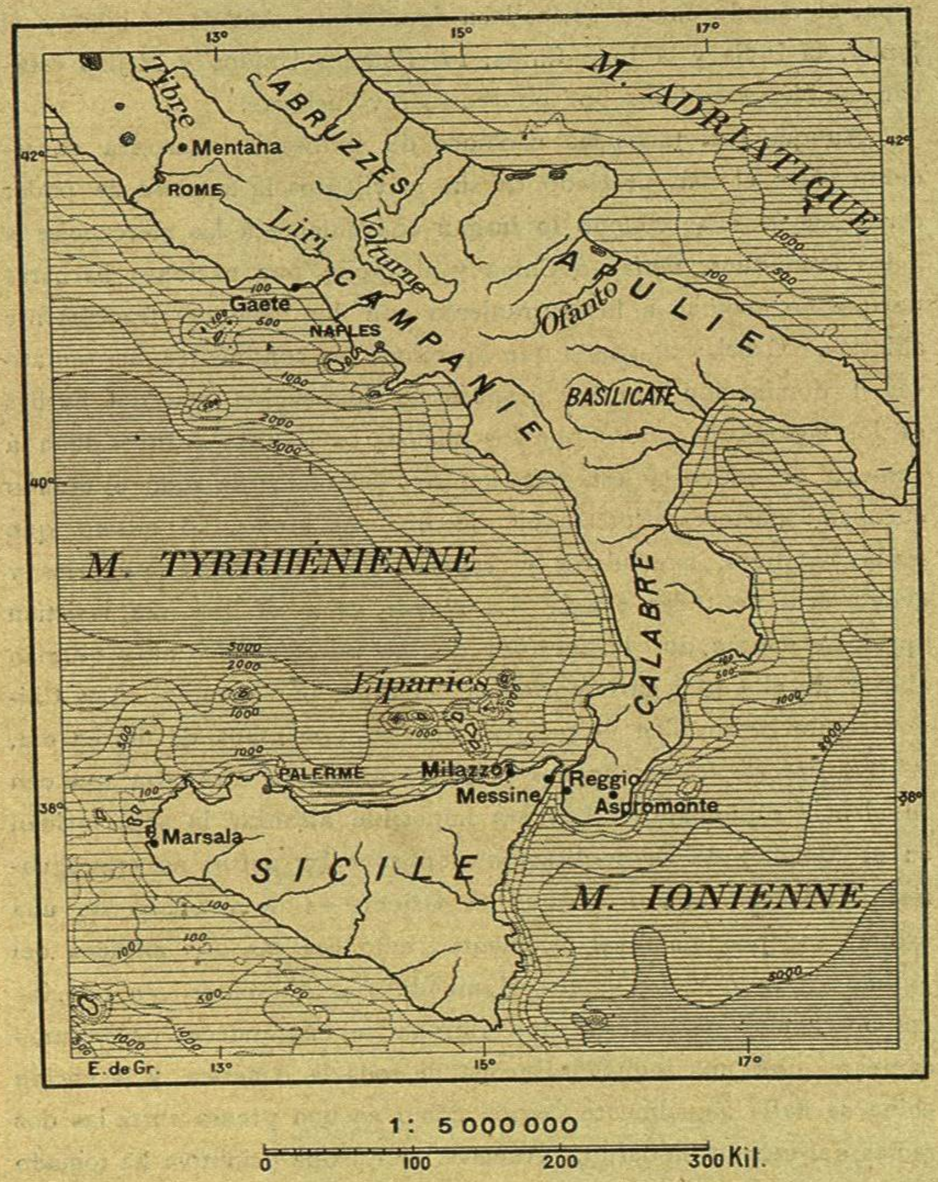
1866. 24 Junio, Custozza; 18 Julio, batalla de Lissa. — 1867. 30 Octubre, los Franceses ocupan Roma; 3 Noviembre, derrota de los Garibaldinos en Mentana. — 1870. 20 Septiembre, los Italianos entran en Roma.

El Legnano del mapa es el de la derrota de Barbarroja en 1175 y no el cuarto vértice del cuadrilátero del cual Peschiera, Verona y Mantua son los otros tres.

diendo á una interpelación en que se le preguntaba cuándo evacuaría á Roma el ejército francés, pronunció la palabra «¡jamás!», el

mundo acogió la declaración con una risa general. El humillante mentís no se hizo esperar muchos años: bastó que Italia, en su

N.º 451. Italia del Sud.



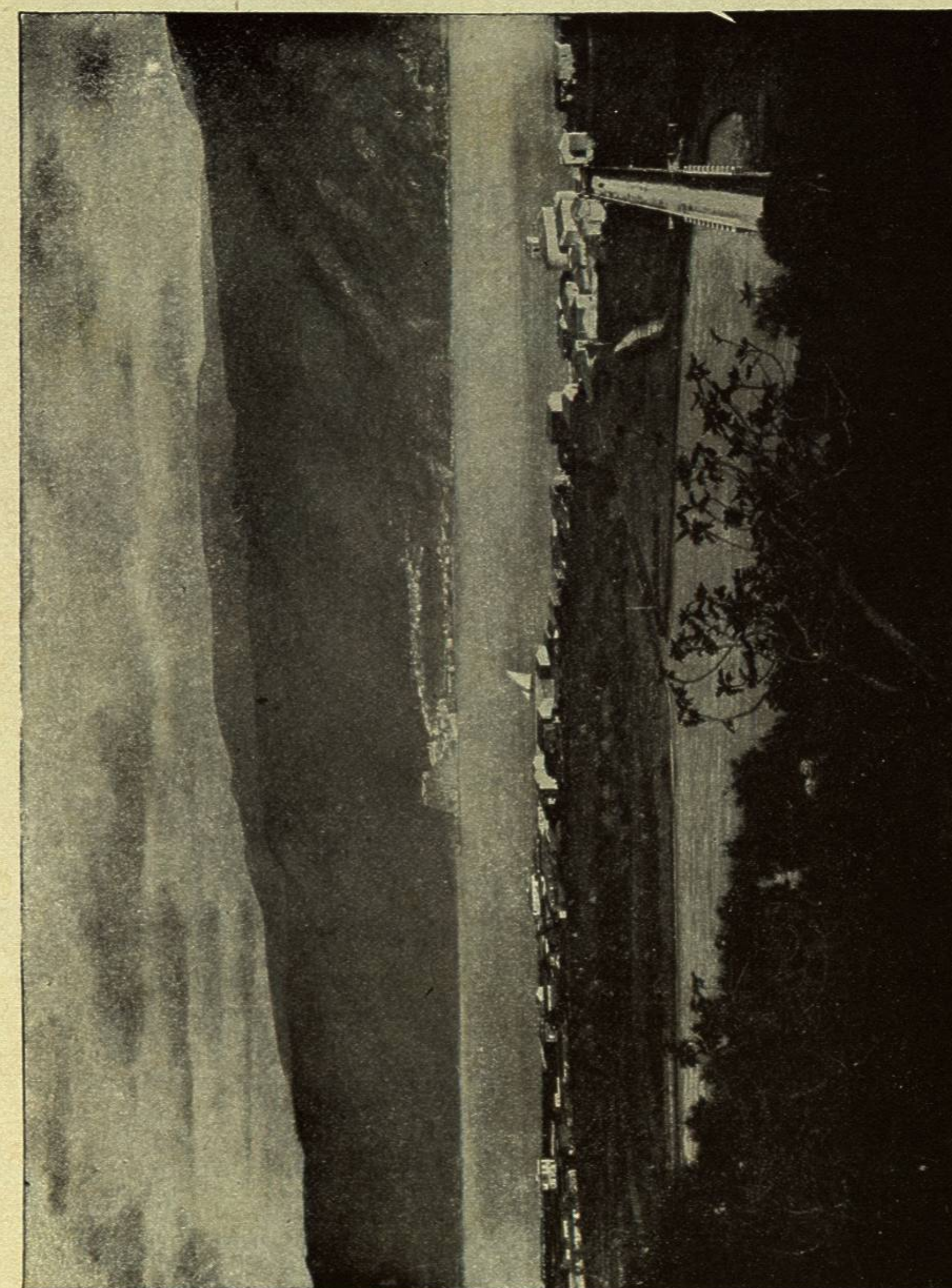
lucha por la unidad, tomase otro punto de apoyo diferente de Francia; se apoyó sobre Prusia, que también tenía que constituir, si no su independencia nacional, á lo menos su autoridad sobre la Alema-

nia unificada, y que, en ese conflicto, tenía los mismos adversarios que Italia.

En aquella época de tan grande importancia crítica para Europa, el mundo entero se hallaba igualmente agitado. China y el Japón, la India y la Indo-China, los Estados Unidos y Méjico estaban también sacudidos por poderosas revoluciones.

Aunque casi todas las naciones de civilización europea consideran como el más preciado de sus privilegios la facultad de poder cerrar sus puertas cuando lo juzgan conveniente á las mercancias y á los individuos, tenían á China y al Japón por naciones bárbaras porque no acogían á los extranjeros con las fronteras francamente abiertas. Gracias al vapor que aproxima los continentes, las tentativas de dominación moral y después de dominación material hechas en los siglos XVI y XVII por los misioneros jesuítas y otros iban á empezar de nuevo, y esta vez con representantes de todo el mundo europeo: pastores protestantes de diversas sectas, lo mismo que frailes católicos, mercaderes y especuladores de todas categorías y aventureros de todas clases. La mayor parte de los que insistían apasionadamente por la apertura de los puertos de China querían abusar de ella para la importación del opio, por ejemplo. Los Chinos comprendían bien el peligro, que se aumentaba de día en día, y para hacerle frente, apenas podían contar con otra cosa que con su ciencia diplomática. Les era imposible alcanzar la superioridad en el conflicto de las civilizaciones, porque las partes no eran iguales. Hubo un tiempo en que el Oriente se desarrollaba de una manera independiente del Occidente: entonces las dos mitades del Mundo Antiguo vivían aparte siguiendo vías diferentes, sin relaciones aparentes; pero desde que Europa se engrandeció desmesuradamente, hizo una segunda Europa de toda la América, y la nación china se halla actualmente cogida como en una prensa entre las dos ramas del mundo moderno. Además, la Europa primitiva ha tomado tal extensión que, por Rusia, ha llegado á ser la vecina continental inmediata de China, á la que amenaza invadir por diversos puntos.

Si el imperio chino, considerado como Estado, no se hallara cogido en la red de las costumbres, de los precedentes y de la eti-



SCILLA Y EL ESTRECHO, VISTA TOMADA AL NORTE DE MESSINA

Grabado tomado de «Les Phéniciens et l'Odyssée», por Victor Bérard. — (A. Colin, edit.)

queta, no hay duda que desde hace medio siglo se hubiera acomodado á las nuevas circunstancias políticas para desplazar su capital y darse otro centro de gravedad donde fuera más fácil organizar la resistencia. La posición estratégica de Pekin, la «residencia del norte», tuvo valor en otro tiempo porque los peligros más fáciles de prever eran los que hubieran podido amenazar la frontera septentrional. Los emperadores de la dinastía mandchou, descendientes de conquistadores que habían debido guerrear durante varias generaciones para vencer la resistencia china, temían con justa razón á las poblaciones guerreras de su antigua patria, y sabían también que los Mongoles habían descendido frecuentemente de sus mesetas para instalarse como amos en la comarca. Se comprende, pues, que la capital del imperio se haya conservado mucho tiempo en la región del norte, tan lejos del verdadero centro de China, que es la «Flor del Medio» entre los dos grandes ríos: podían abandonarse á sí mismas las poblaciones pacíficas y vigilar los vecinos turbulentos, con tanto más motivo cuanto que se veía formarse detrás de ellas, lentamente pero con el rigor inflexible del destino, una potencia más temible que la de los Mandchues y de los Mongoles, la potencia moscovita.

Pero en medio del siglo XIX la amenaza de Rusia era todavía muy lejana, y los ataques procedentes del lado del mar eran mucho más temibles. Si las potencias europeas quedaban separadas del Extremo Oriente por el espesor de la masa continental, tenían mucha facilidad para llegar á China por el litoral, y precisamente eran la parte del Sud y la del Centro, especialmente la cuenca del Si-kiang, la bahía de Hang-tcheu y el estuario del Yang-tse lo que les importaba hacer entrar en su círculo de influencia: en la época en que los comerciantes de Europa y de América decidían á sus gobiernos á forzar la entrada de los puertos chinos, el curso del Hoang-ho, que actualmente desemboca en el golfo de Petchili, hacia el norte del imperio, se abría también al sud de la península de Chan-tung. Hacia los puntos amenazados hubiera debido, pues, dirigirse todo el esfuerzo de resistencia, y, si la vida hubiera animado al gran cuerpo desde el punto de vista de la organización política, si los dueños oficiales del imperio con su jerarquía de mandarines no hu-

bieran estado momificados en la ciudad dos veces cerrada, en el gran sepulcro de la corte, no habrían dejado de moverse en la dirección del peligro, como lo habían hecho sus predecesores de las grandes épocas nacionales.

Una vuelta hacia Nan-king, la «residencia del Mediodía», hu-



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

TRABAJO DEL OPIO — COCCIÓN

biera llevado las fuerzas defensivas del Estado á la proximidad del centro de riqueza y de población; no hay duda de que si el gobierno chino hubiera dado ese ejemplo de iniciativa y de decisión en el peligro, las disensiones interiores que tomaron tal grado de acuidad cuando la rebeldía de los Tai-ping, se hubieran evitado en gran parte, y los mandarines no hubieran pasado por la humillación de entregar su pueblo á los mercenarios extranjeros. La elección de Han-keou, que es el centro comercial del imperio, y donde, por

consiguiente, convergen todos los recursos de las provincias, hubiera sido también conveniente; quizá desde el punto de vista estratégico, el de la defensa y del ataque contra todo peligro, el lugar mejor indicado por la Naturaleza hubiera sido la ciudad de Kiu-Kiang, colocada sobre una península rocosa de la margen meridional del



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

TRABAJO DEL OPIO — LLENANDO LOS POTES

Yang-tse, entre aquella enorme corriente y el mar interior del Poyang, recorrida por canales navegables en todos sentidos: de ahí el nombre de «Ciudad de los nueve ríos» que ha tomado la gran ciudad comercial abierta á la fuerza por los Ingleses á la navegación europea. De aquel punto central, situado casi á igual distancia entre Nan-king y Han-kou (Hankeu, Hankow), las vías mayores irradian á todas partes, sea por los ríos, sea por las brechas de las montañas, primeramente hacia todos los puntos de la gran cuenca fluvial

bieran estado momificados en la ciudad dos veces cerrada, en el gran sepulcro de la corte, no habrían dejado de moverse en la dirección del peligro, como lo habían hecho sus predecesores de las grandes épocas nacionales.

Una vuelta hacia Nan-king, la «residencia del Mediodía», hu-



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.
TRABAJO DEL OPIO — COCCIÓN

biera llevado las fuerzas defensivas del Estado á la proximidad del centro de riqueza y de población; no hay duda de que si el gobierno chino hubiera dado ese ejemplo de iniciativa y de decisión en el peligro, las disensiones interiores que tomaron tal grado de acuidad cuando la rebeldía de los Tai-ping, se hubieran evitado en gran parte, y los mandarines no hubieran pasado por la humillación de entregar su pueblo á los mercenarios extranjeros. La elección de Han-keou, que es el centro comercial del imperio, y donde, por

consiguiente, convergen todos los recursos de las provincias, hubiera sido también conveniente; quizá desde el punto de vista estratégico, el de la defensa y del ataque contra todo peligro, el lugar mejor indicado por la Naturaleza hubiera sido la ciudad de Kiu-Kiang, colocada sobre una península rocosa de la margen meridional del



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.
TRABAJO DEL OPIO — LLENANDO LOS POTES

Yang-tse, entre aquella enorme corriente y el mar interior del Poyang, recorrida por canales navegables en todos sentidos: de ahí el nombre de «Ciudad de los nueve ríos» que ha tomado la gran ciudad comercial abierta á la fuerza por los Ingleses á la navegación europea. De aquel punto central, situado casi á igual distancia entre Nan-king y Han-kou (Hankeu, Hankow), las vías mayores irradian á todas partes, sea por los ríos, sea por las brechas de las montañas, primeramente hacia todos los puntos de la gran cuenca fluvial

de la Flor del Medio, después al Sudeste hacia Fou-tcheu y los demás puertos de Fo-kien, al Sudoeste hacia Cantón, al Norte hacia Kai-fong y Pekin.

Pero en tanto que los gobernantes chinos se anquilosaban en sus palacios, convertidos en verdaderas tumbas, y se entretenían con la cantinela de las viejas fórmulas, los acontecimientos seguían su curso y en la masa de la nación se operaban grandes transformaciones: modificando su equilibrio, las condiciones económicas del mundo debían impulsar á la sociedad china, tan móvil como las de-



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

PUENTE DE LOS DIEZ MIL AÑOS EN FOU-TCHEU

más sociedades, á nuevas coyunturas. Sin razón se ha dicho que la Flor del Medio había conservado su desprecio hacia el extranjero, comparándose á lo que conocía de Europa esa región tan lejana, dividida en tantos pequeños Estados hostiles. China tenía conciencia de la majestad que le daban su larga duración, la grandeza de su pasado, la extensión de su territorio y la inmensidad de sus poblaciones, pero le faltaba la fuerza de su iniciativa, y esa fuerza pertenecía á los insolentes extranjeros que comerciaban en sus puertos. Esos «bárbaros de cabellos rojos», que eran en su mayor parte Ingleses de cabellera rubia, merecían, en efecto, el nombre de bárbaros, cuya profesión consistía principalmente en introducir de contrabando la funesta droga del opio, recogida en sus plantaciones de las Indias. Desde el punto de vista moral, la actitud de China

negándose á envenenar su pueblo, era dignísima, y la Gran Bretaña no tenía derecho á hablar de su cultura superior imponiendo á sus clientes el uso del veneno, so pena de bombardeo y asalto. Por lo demás, ese crimen político no presenta nada de excepcional en la historia de la humanidad. El torrente circulatorio de la vida internacional corrió siempre llevando impurezas; ¿cuál es la nación comercial de Europa que no haya de reprocharse haber vendido á los pueblos extranjeros, con mercancías diversas más ó menos útiles, los aguardientes adulterados y otros funestos productos?



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

ATRAVESANDO EL ESTUARIO DEL SI-HO

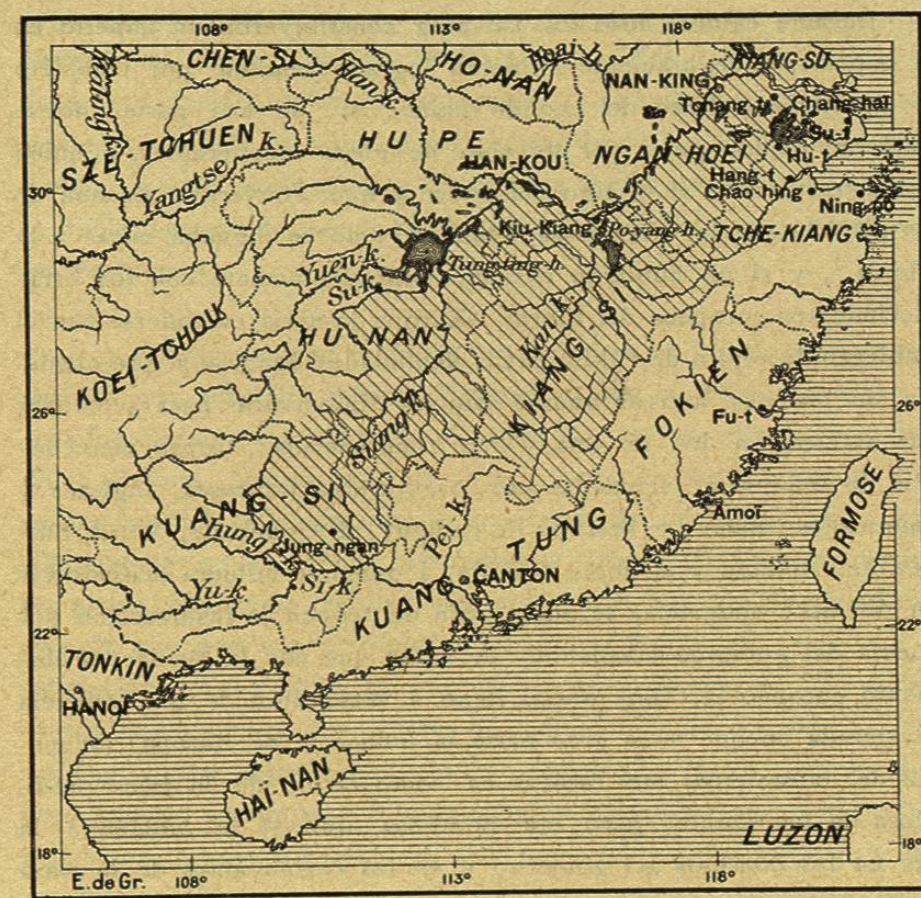
En 1839 comenzó la guerra llamada del opio, y naturalmente tuvo por primer teatro el estuario de Cantón, la escala más meridional del imperio, que es al mismo tiempo la más próxima de Europa y de sus colonias asiáticas en la India y la Insulinda. Todopoderosa en el mar, donde los juncos chinos, pesados y torpes, se aventuraban para ser echados á pique, la flota inglesa pudo maniobrar libremente sobre las costas, forzar varias veces la entrada de Cantón, bombardear los fuertes, tomar temporalmente en rehenes una de las islas situadas cerca de la desembocadura del Yang-tse, es decir, precisamente enfrente del centro del imperio, y apoderarse, esta vez definitivamente, de una isla que le aseguraba la dominación comercial y militar de toda la China meridional y de los mares que bañan el sudeste del Asia. Desde el año 1841, esa colina insular

de Hong-kong, absolutamente invulnerable por parte de los Chinos, no ha cesado de engrandecerse en riqueza, en población y en fuerza de ataque. En virtud del tratado de Nan-king, impuesto por los Ingleses en 1843, cinco puertos del litoral fueron abiertos libremente al comercio extranjero, Cantón, Amoi, Fou-tcheou, Ningp'o y Changhai. Al año siguiente, la escuadra americana y luego la francesa se presentaron para hacerse conceder las mismas ventajas; los Franceses estipularon además la abolición de las leyes de proscripción contra los misioneros cristianos y los catecúmenos indígenas: de nuevo los sacerdotes católicos, á los cuales vinieron á asociarse los protestantes de todas sectas, comenzaron su obra de disgregación del imperio.

Pocos años después, exactamente en la época en que el mundo occidental era tan profundamente sacudido en su armazón política, el imperio chino fué conmovido por la gran rebelión de los Tai-ping, á la cual han podido igualar en ruinas y matanzas las revoluciones anteriores del Extremo Oriente, pero que se distinguió de todas ellas por sus rasgos de origen extranjero. Las bandas agrupadas alrededor de los organizadores de la lucha que estalló en 1850, después de una larga preparación secreta, pertenecían casi exclusivamente á la clase de los Hakka, proletarios despreciados de las márgenes del Si-Kiang y de sus afluentes, en los cuales se ven Chinos del Norte, de raza muy pura, emigrados entre los Puntis, «raíces de la Tierra», ó aborígenes que constituyen el grueso de la población del Kuang-tung. Los insurrectos eran, pues, Chinos por excelencia, y en su marcha triunfal á través de las provincias del centro, á lo largo del eje de vida de la «Flor del Medio», reclutaron sus adherentes únicamente entre los Chinos patriotas para quienes la dominación de la dinastía mandchou era la peor de las humillaciones nacionales; el símbolo de la liberación consistía en dejarse crecer la cabellera, según la antigua moda popular: de ahí el nombre de Tchang-mao ó «Largos cabellos» que llegó á ser la denominación común de los insurrectos. Y esos Chinos puros se dejan influir de tal modo por las enseñanzas de algunos misioneros comprendidos á medias y por tratados religiosos de escaso valor, que adoptan la Biblia como libro sagrado y la hacen traducir par-

cialmente, elevan á Jesucristo al rango de sus dioses y reconocen á los protestantes como «hermanos en la fe». Recitan con reverencia las «diez grandes leyes del cielo», que no son sino los diez man-

N.° 452. China de los Tai-ping.



1 : 15 000 000

0 250 500 1000 Kil.

El imperio de Tai-ping, de 1851 á 1862, está indicado por un rayado. La ciudad de Jung-ngan en el Kuang-si fué tomada por los insurrectos en otoño de 1851, Nan-king el 19 Marzo 1853 y Ning-po el 9 Diciembre 1861. Esta ciudad fué reconquistada en 1862, Chao-hing y Su-tchen en 1863, Tchang-chen, Hang-tchen, Hu-tchen en la primavera de 1864, Nan-king el 19 Julio 1864.

damientos de los Judíos, traducidos por ellos con bastante exactitud, pero con la añadidura expresa de la prohibición de las «cosas sucias», es decir, del opio y del tabaco. El comunismo de los pri-

meros cristianos, que despertaban en ellos impresiones atávicas adormecidas desde tiempos remotos, les ayudó á poner los bienes en común y á decidir la reorganización de la propiedad territorial por grupos de veinticinco familias asociadas sobre un territorio único.

Durante catorce años los Tai-ping constituyeron un imperio en el imperio, y seguramente hubieran logrado cambiar por completo el equilibrio político del mundo chino, si, de una parte, no se hubieran dejado guiar por un amo de ideas incoherentes, á quien había trastornado el vértigo del poder y que, convertido en una de las personas de la «Santísima Trinidad», no se dignaba mirar á la Tierra [1], y si no hubieran chocado imprudentemente con los establecimientos europeos del litoral. Europa prefería entenderse con el gobierno decrépito de Pekin, cuyas debilidades conocía y que obedecía sus órdenes, á crear nuevas astucias diplomáticas para acomodar sus intereses á los de una China transformada; tropas mercenarias de toda raza, mandadas por aventureros franceses, ingleses y americanos, como Le Brethon de Coligny, d'Aiguebelle, Ward, Burgewine, Holland y el noble Gordon, á quien se hubiera deseado ver en diferente compañía, se encargaron de reducir la insurrección por cuenta del gobierno mandchou; de modo que con la ayuda del elemento europeo la China oficial llegó á verse libre de una rebeldía inveterada en que tenía gran parte la influencia de Europa: influencia de extranjeros, tan escasos en comparación de la masa prodigiosa de los Chinos, pero tan poderosa, que se la hallaba á la vez en los consejos del gobierno y en las revoluciones de la masa profunda.

Pero los extranjeros querían poseer una parte oficial de poder correspondiente á sus ambiciones, y mucho antes de tener fin la insurrección de los Tai-ping, estalló la guerra. La Gran Bretaña y Francia se habían encargado de representar los intereses del «mundo civilizado». El bombardeo y la ocupación de Cantón, luego dos ataques sucesivos del fuerte de Pei-ho y dos tomas de Tien-tsin, y, por último, la campaña victoriosa (1859) de los aliados que coronaron el asalto de Pekin, el incendio y el saqueo del Palacio de Verano, fueron los principales acontecimientos de la invasión franco-inglesa, que establecía claramente la superioridad militar de las potencias occidentales. Después de esas catástrofes, el gobierno chino hubo de ceder, y sucesivamente, acatando las exigencias de los embajadores extranjeros, se abrieron nuevos puertos al comercio europeo, se aumentó la lista de los privilegiados y se les entregó el examen y comprobación de las aduanas. Al mismo tiempo, los misioneros católicos y protestantes se establecían en el interior en los puntos que les convenían, y á los ojos de la multitud acumulaban la doble ventaja de ser á la vez funcionarios chinos y protegidos del extranjero.

[1] Lindesay Brine, *The Taeping Rebellion in China*.

Un cambio análogo se había producido en el Japón, pero de una manera más sencilla, noble y dramática: los resultados políticos y sociales fueron quizá, durante el siglo XIX, la maravilla más grande de la historia, porque se trata nada menos que de una nación que se arranca del ciclo cerrado de la civilización oriental y entra casi súbitamente en el mundo europeizado. Semejante transformación no puede explicarse evidentemente más que por una presión interior de una potencia extraordinaria. Se ha llegado á creer que la intimación del comodoro americano Perry, significada en 1853 al gobierno japonés para que abriera al comercio de los Estados Unidos los puertos del imperio, fué la razón decisiva de la gran revolución; pero aquélla no fué sino la ocasión. Es indudable que la república americana, propietaria hacía algunos años de la parte del litoral que en el Nuevo Mundo se halla precisamente en frente del Japón, había de buscar con gran empeño mercados extranjeros para su nuevo puerto de San Francisco; así también Rusia y todas las potencias europeas, que se apresuraron á imitar á los Estados Unidos y á reclamar el libro acceso á los puertos japoneses para sus barcos, tenían gran interés en hallar un mercado de la importancia del Japón; pero por grande que fuera la fuerza material y moral desarrollada en esa convergencia de esfuerzos exteriores, no podía triunfar de la política tradicional del Japón, religiosamente observada durante más de dos siglos, sino á condición de ser deseada por una gran

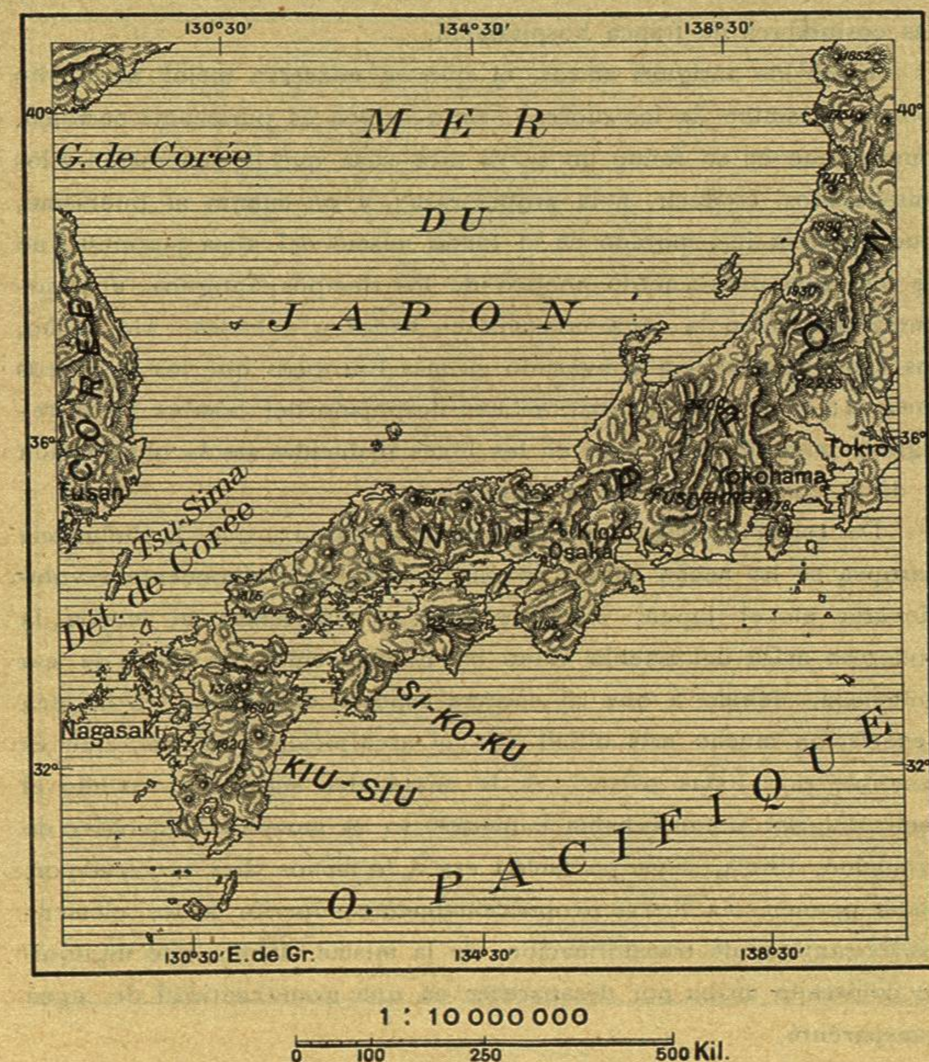
parte de la nobleza feudal de los *daimio*, que gobernaba á la sazón, bajo la aparente dominación del *siogoun* y á la sombra santa del *mikado*. La curiosidad de la nobleza japonesa estaba excitada en sumo grado: quería conocer ese mundo extranjero que se había anunciado por sus intervenciones en China, y sobre todo por sus maravillosos inventos. Apenas se abrió el imperio, cada gran señor japonés tuvo empeño en poseer libros, objetos de la industria europea, máquinas y se hizo construir un barco de vapor para visitar detenidamente las costas de su territorio.

Pero el conflicto debía surgir con violencia entre los patriotas conservadores y los jóvenes ansiosos de novedades. La revolución interior que había tenido por consecuencia indirecta la apertura de los puertos á los extranjeros, continuó disgregando la antigua organización del imperio, y, quince años después de la aparición de los buques del comodoro Perry, se halló que todo se había renovado. El mundo de los comerciantes, es decir, el pequeño feudalismo, que puede compararse á la burguesía de los pueblos occidentales, quedaba ya en libre comunicación con los importadores de todas las potencias civilizadas; los grandes señores feudales, que habían hecho del Japón una gran federación de aristocracias poderosas, debían á la sazón inclinarse ante el poder central del mikado, no restaurado en su antiguo absolutismo, sino trasformado sobre el modelo de los soberanos constitucionales de Europa. La imitación fué llevada hasta la puerilidad, pero no llegó hasta la tontería: aunque copiando á los extranjeros para tomarles armas y para adoptar artículos de ley, constituyendo una fuerte centralización, los diplomáticos japoneses han tenido gran cuidado de quitar á los visitadores europeos los privilegios de la jurisdicción consular, y no ha podido lograrse que concedan á los europeos el derecho de adquirir en toda propiedad la menor parcela de territorio: el Japonés queda dueño de su país.

En muchas circunstancias, el plagio de las costumbres occidentales por los Japoneses se exige por esas convenciones tácitas de una tiranía absoluta que se llama las conveniencias, y por tanto, respecto del vestido en las ciudades, se ha desarrollado una tendencia irresistible á modelarle sobre el de los Europeos, aunque haya

contraste natural entre unos y otros en el esqueleto, la actitud, el gusto artístico, el arte y las tradiciones; pero si por una parte muchos Japoneses practican una imitación ridícula, el conjunto de la

N.° 453. Japón meridional.



nación que se halla en relación con los Europeos tiende á un nacionalismo arrogante, á la conciencia exagerada de su valor relativamente á los otros pueblos, hasta á esa fea patriotería que busca la gloria de su país en la vergüenza de los otros, y que funda su alegría sobre el desastre de los rivales. Por un contraste natural,

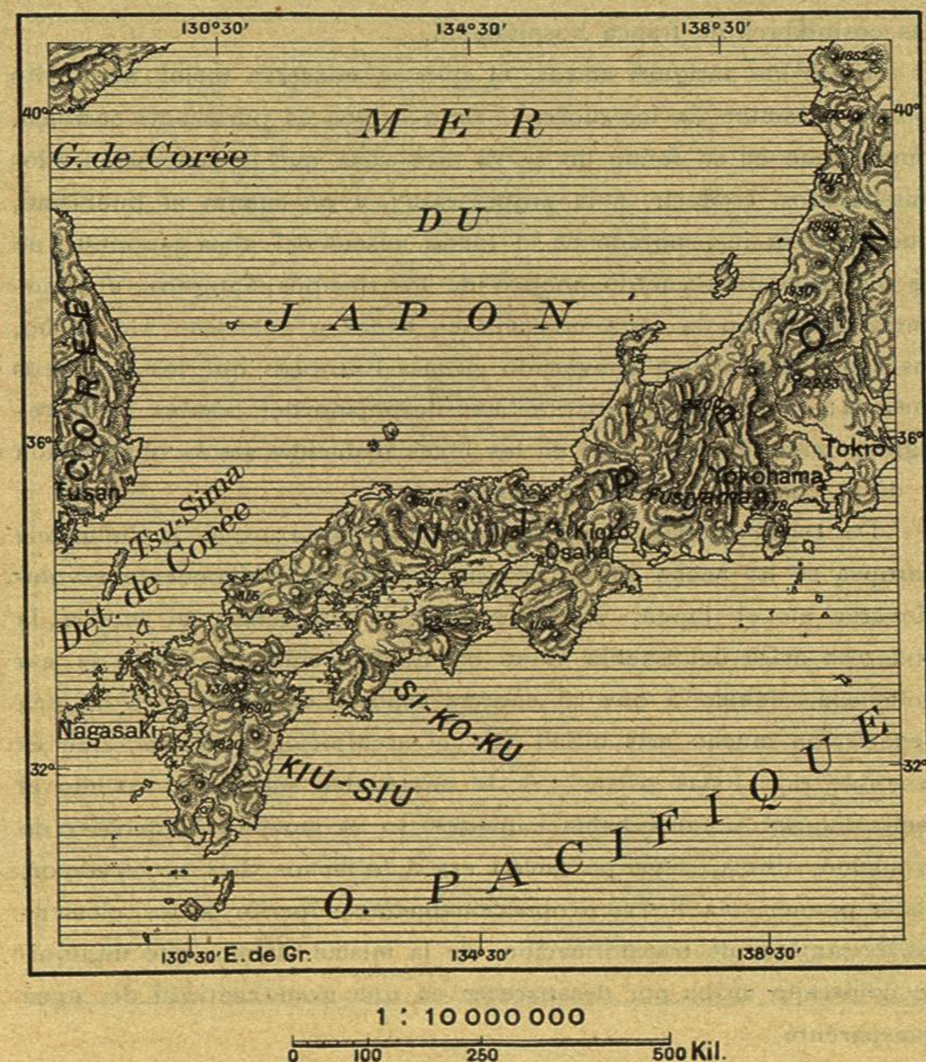
parte de la nobleza feudal de los *daimio*, que gobernaba á la sazón, bajo la aparente dominación del *siogoun* y á la sombra santa del *mikado*. La curiosidad de la nobleza japonesa estaba excitada en sumo grado: quería conocer ese mundo extranjero que se había anunciado por sus intervenciones en China, y sobre todo por sus maravillosos inventos. Apenas se abrió el imperio, cada gran señor japonés tuvo empeño en poseer libros, objetos de la industria europea, máquinas y se hizo construir un barco de vapor para visitar detenidamente las costas de su territorio.

Pero el conflicto debía surgir con violencia entre los patriotas conservadores y los jóvenes ansiosos de novedades. La revolución interior que había tenido por consecuencia indirecta la apertura de los puertos á los extranjeros, continuó disgregando la antigua organización del imperio, y, quince años después de la aparición de los buques del comodoro Perry, se halló que todo se había renovado. El mundo de los comerciantes, es decir, el pequeño feudalismo, que puede compararse á la burguesía de los pueblos occidentales, quedaba ya en libre comunicación con los importadores de todas las potencias civilizadas; los grandes señores feudales, que habían hecho del Japón una gran federación de aristocracias poderosas, debían á la sazón inclinarse ante el poder central del mikado, no restaurado en su antiguo absolutismo, sino trasformado sobre el modelo de los soberanos constitucionales de Europa. La imitación fué llevada hasta la puerilidad, pero no llegó hasta la tontería: aunque copiando á los extranjeros para tomarles armas y para adoptar artículos de ley, constituyendo una fuerte centralización, los diplomáticos japoneses han tenido gran cuidado de quitar á los visitadores europeos los privilegios de la jurisdicción consular, y no ha podido lograrse que concedan á los europeos el derecho de adquirir en toda propiedad la menor parcela de territorio: el Japonés queda dueño de su país.

En muchas circunstancias, el plagio de las costumbres occidentales por los Japoneses se exige por esas convenciones tácitas de una tiranía absoluta que se llama las conveniencias, y por tanto, respecto del vestido en las ciudades, se ha desarrollado una tendencia irresistible á modelarle sobre el de los Europeos, aunque haya

contraste natural entre unos y otros en el esqueleto, la actitud, el gusto artístico, el arte y las tradiciones; pero si por una parte muchos Japoneses practican una imitación ridícula, el conjunto de la

N.° 453. Japón meridional.



nación que se halla en relación con los Europeos tiende á un nacionalismo arrogante, á la conciencia exagerada de su valor relativamente á los otros pueblos, hasta á esa fea patriotería que busca la gloria de su país en la vergüenza de los otros, y que funda su alegría sobre el desastre de los rivales. Por un contraste natural,

precisamente los Japoneses que se creen más obligados á imitar á los Europeos en el traje, la etiqueta y los ademanes, son los que sienten mayor aversión á los extranjeros; en cuanto á la masa de la nación, que conserva las costumbres antiguas, las viejas tradiciones, los vestidos nacionales, conserva también la bondad nativa y las costumbres de franca hospitalidad.

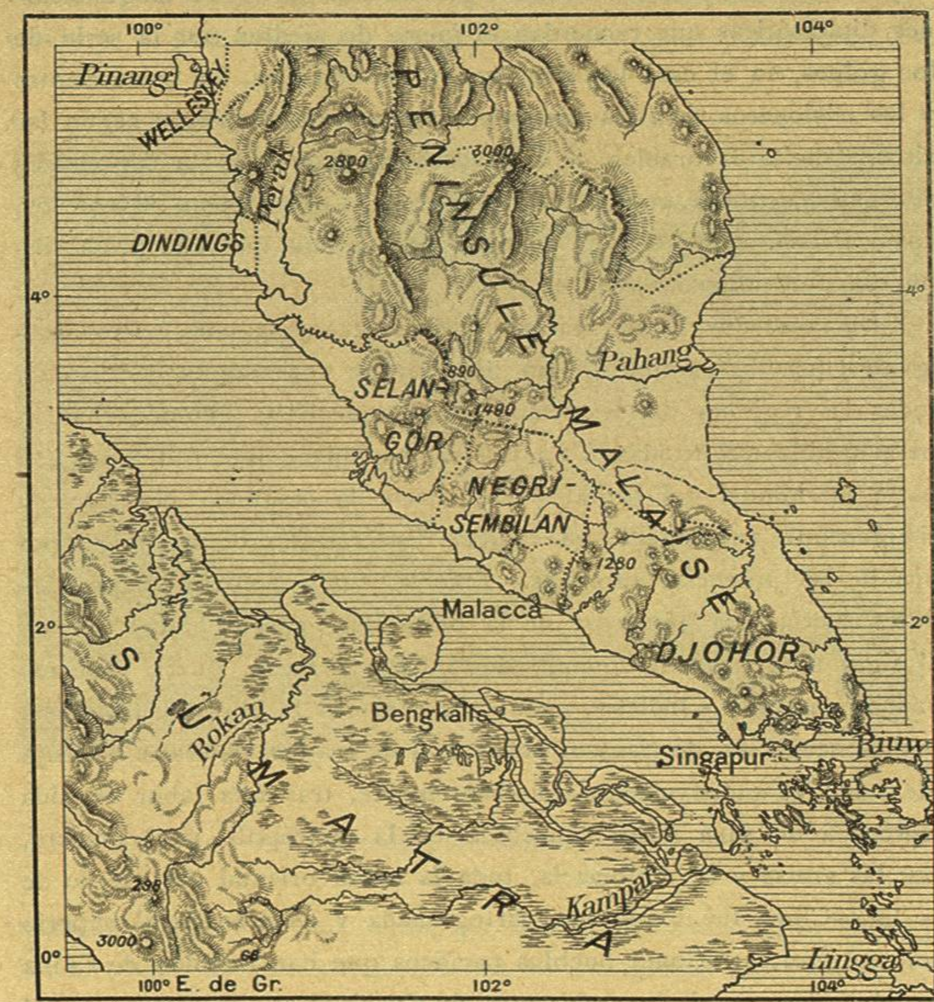
Entre los antiguos cultos, el que se conserva mejor es el rito *shinto*, «camino de los dioses», cuyo origen es puramente nacional, puesto que en su fondo no se ve otra cosa que la veneración á los antepasados, es decir, á la propia raza; y en cuanto al budhismo, que se creía incorporado en el fondo mismo del alma japonesa, no es más que un recuerdo poético de los tiempos antiguos, una superstición como la vaga creencia en hadas y duendes. De hecho, los Japoneses se han convertido en más Europeos que los Europeos mismos; en su mayor parte se han despojado del hombre viejo religioso para no creer sino en las leyes deducidas de la observación y de la comprobación de la experiencia.

De todos modos, una cosa resulta cierta: que la influencia europea se ha hecho sentir de una manera verdaderamente revolucionaria en el Japón, mientras que, en apariencia al menos, la poderosa masa del pueblo chino ha permanecido más libre de esa influencia, debido á que el enorme espesor continental es de una penetración mucho más difícil que el archipiélago japonés, que es accesible por todas partes. A la mitad del siglo XIX, cuando el reino del Sol Levante había empezado ya el movimiento decisivo de evolución, China, cuya población era á lo menos diez veces mayor, podía oponer una fuerza proporcionalmente superior á los elementos extranjeros de transformación, de la misma manera que un líquido coloreado acaba por desaparecer en una gran cantidad de agua transparente.

Entre el archipiélago Japonés y el continente de Asia, la península de Corea, en virtud de su misma posición geográfica, se hallaba colocada, por los acontecimientos realizados á la mitad del siglo, en una situación completamente equívoca é indecisa. Aunque de gran extensión y de una forma muy bien limitada, que le aseguran una individualidad perfecta, esta península no había podido

librarse de las invasiones sucesivas y alternadas de los dos imperios que la tenían cogida como entre unas mandíbulas. La toma de Pe-

N.º 454. Estrecho de Malacca.
(Véase pág. 191)



1 : 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

Las posesiones directas de la Gran Bretaña son la isla de Pinang, capital Georgetown y el distrito de Wellesley, el enclave de Dindings, la de Malacca y de Singapur. El protectorado comprende las provincias de Perak, Selangor, Negri-Sembilan, Djohor y Pahang.

kin por los aliados y la humillación definitiva del imperio apartó en lo sucesivo para la Corea el peligro de la dominación china, pero

China cedió el puesto á una poderosa heredera, que, á su vez y con el único objetivo de dominación, disputó al Japón el papel preponderante en la gerencia futura de la Corea, y se ve eliminada en nuestros días por la fuerza de las armas sobre los campos de batalla de la Mandchuria. Medio siglo de intrigas y de maquinaciones diplomáticas que recuerdan el juego de ajedrez por la serie de los golpes, en el cual los ministros y los cónsules, los comerciantes y los misioneros eran las piezas en continuas evoluciones según las circunstancias favorables ó desfavorables, han dado la supremacía alternativamente á uno ú otro gobierno; Corea, como Marruecos, como Persia, como el país de Siam, no es más que una presa disputada por potencias ávidas.

En tanto que la influencia europea trabajaba con éxitos desiguales, pero irresistibles, para penetrar de una manera decisiva en todas las regiones del Extremo Oriente que hasta entonces habían permanecido substraídas á su influencia, China, Japón, Corea, una parte meridional del litoral vuelto hacia la Insulinda era pura y simplemente anexionado en calidad de territorio de conquista por una de las potencias europeas. Francia, cuyos políticos emprendedores sentían no participar de la parte del imperio indio, que en el siglo XVIII pasó al dominio de la Gran Bretaña, quería una revancha en otras «Indias». En 1859 comenzó la obra de conquista por la ocupación de Saigón, sobre uno de los ríos laterales del bajo Mekong, y, sucesivamente, incesantemente, tras una labor seguida merced á un plan vasto concebido en la metrópoli, por contacto, por las armas y la diplomacia, toda la mitad oriental del cuerpo de la Indo-China fué explorada, cartografiada y anexionada al imperio colonial francés. Como pueblos pacíficos que han recibido de China su educación moral, los habitantes de Cochinchina, de Annam y del Tonkin resistieron muy débilmente, y si hubieran sido tratados con justicia, lo que es absurdo pedir á unos conquistadores, no habrían seguramente hecho la menor resistencia: agricultores adscriptos á la gleba, pagan el impuesto á quien lo exige, y por sus millones de trabajadores, por la regularidad de sus esfuerzos y la riqueza de la tierra cultivada, suministran grandes recursos económicos á la potencia que les explota. A pesar de la incoherencia de los regímenes

de gobierno que se han sucedido, la Indo-China francesa adquiere cada día mayor importancia en el mundo del Extremo Oriente.

La península Malaya, que se une al cuerpo continental de la Indo-China, entre el golfo de Martaban y el de Siam, por su orientación relativamente al estrecho de Malacca, se halla obligado á permanecer, á pesar de todo, mucho más indio que chino: nada ha



Documento comunicado por la Sra. Agassiz.

MINAS DE ESTAÑO DEL DISTRITO DE PERAK

cambiado á este respecto desde que «la luz irradiaba de la India», debido á que en esos pasajes la vía de navegación necesariamente costea el litoral occidental de la península para deslizarse en el estrecho de Malacca y contornear Singapur ó los islotes vecinos, lanzándose después libremente, sea al Norte hacia Bangkok, sea al Nordeste hacia los caminos de Cochinchina ó de China, sea también al Este ó al Sudeste hacia las tierras dispersas de la Insulinda. De ese modo se explica fácilmente por qué las potencias europeas, en su toma de posesión gradual del globo, han comenzado la anexión de la Indo-China por la costa occidental. Ya los Portugueses se apode-

raron en 1511 de la ciudad de Malacca, que, gracias á su posición sobre uno de los lugares más estrechos del canal, había llegado á ser el principal punto de cita de los navegantes, y desde hace más de dos siglos había impuesto su «usanza» á todos los pilotos de la Malasia. Los Holandeses y luego los Ingleses sucedieron á los Portugueses como dominadores de Malacca; Inglaterra se atribuyó sucesivamente la isla de Pulo-Pinang y el territorio opuesto de Wellesley, sobre la Península, después la isla de Singapur, los territorios de Perak, de Salangor y los Negri-Sembilan ó «nueve Estados» antes de establecer su poder en Pehang, sobre la costa oriental [1]: hasta el año 1888, cerca de cuatro siglos después de la llegada de los Europeos á la península, no se establecieron sobre las playas vueltas hacia el mar de China.

La fecha decisiva que marcó la anexión definitiva de todas las costas del Océano á la dominación europea, fué el año de la rebelión denominada de los «cipayos». Hasta entonces la Compañía de las Indias había aprovechado doblemente el poder de sus capitales, por una parte para aumentar sabiamente en la península la cuantía enorme de los impuestos, por otra parte para dominar al Parlamento inglés, en su sed de dominación que buscaba en primer término un provecho material, explotando á los infelices naturales del país, haciéndose dar por el presupuesto las fuerzas militares que necesitaba para redondear y consolidar sus conquistas. Sin embargo, la inmensidad de los intereses comprometidos en la dominación de tan vasto imperio había obligado al gobierno británico á reemplazar gradualmente á la Compañía como legislador, y la transferencia no se efectuaba sin choques y falsos movimientos que disminuyendo el prestigio de los amos á los ojos de la multitud de los súbditos, iban socavando la disciplina autoritaria y engendrando un ambiente de rebeldía entre los naturales del país, que muy pronto había de dar lugar á sangrientos choques. Por entonces, en 1857, se introdujo imprudentemente en los regimientos indígenas de la India una nueva arma, la carabina Enfield, cuyos cartuchos estaban untados de manteca: como resultado, Hindus y Musulmanes, que estaban separados por un odio

[1] Hugh Clifford, *The Geographical Journal*, January 1899.

tradicional, cuidadosamente alimentado y conservado en la sombra por sus jefes, se reconciliaron; los que adoran la vaca y los que maldicen al cerdo, violentados unos y otros en su fe y en sus prácticas religiosas, fueron impulsados á un mismo tiempo á la indisciplina y á la rebeldía. Una primera sublevación tuvo lugar en los acantonamientos de Mirath; dispersados, los cipayos rebeldes logra-



Documento comunicado por la Sra. Massieu.

UDAIPUR — PALACIO DEL CHAH DJEHAN

ron apoderarse de Delhi, la ciudad central del Hindostán, el punto de convergencia de sus grandes vías comerciales y el punto estratégico por excelencia de la doble vertiente del Indo y del Ganges, al mismo tiempo que la sede simbólica del imperio. Todos los descontentos, animados por una multitud de esos prodigios y profecías que surgen siempre en los períodos críticos, levantando verdaderas cruzadas, más terribles aún cuando se trata de dilucidar el destino de las razas, creyeron llegado el gran día del derrumbamiento y se insurreccionaron á su vez: se comprendió que el destino de Inglaterra

raron en 1511 de la ciudad de Malacca, que, gracias á su posición sobre uno de los lugares más estrechos del canal, había llegado á ser el principal punto de cita de los navegantes, y desde hace más de dos siglos había impuesto su «usanza» á todos los pilotos de la Malasia. Los Holandeses y luego los Ingleses sucedieron á los Portugueses como dominadores de Malacca; Inglaterra se atribuyó sucesivamente la isla de Pulo-Pinang y el territorio opuesto de Wellesley, sobre la Península, después la isla de Singapur, los territorios de Perak, de Salangor y los Negri-Sembilan ó «nueve Estados» antes de establecer su poder en Pehang, sobre la costa oriental [1]: hasta el año 1888, cerca de cuatro siglos después de la llegada de los Europeos á la península, no se establecieron sobre las playas vueltas hacia el mar de China.

La fecha decisiva que marcó la anexión definitiva de todas las costas del Océano á la dominación europea, fué el año de la rebelión denominada de los «cipayos». Hasta entonces la Compañía de las Indias había aprovechado doblemente el poder de sus capitales, por una parte para aumentar sabiamente en la península la cuantía enorme de los impuestos, por otra parte para dominar al Parlamento inglés, en su sed de dominación que buscaba en primer término un provecho material, explotando á los infelices naturales del país, haciéndose dar por el presupuesto las fuerzas militares que necesitaba para redondear y consolidar sus conquistas. Sin embargo, la inmensidad de los intereses comprometidos en la dominación de tan vasto imperio había obligado al gobierno británico á reemplazar gradualmente á la Compañía como legislador, y la transferencia no se efectuaba sin choques y falsos movimientos que disminuyendo el prestigio de los amos á los ojos de la multitud de los súbditos, iban socavando la disciplina autoritaria y engendrando un ambiente de rebeldía entre los naturales del país, que muy pronto había de dar lugar á sangrientos choques. Por entonces, en 1857, se introdujo imprudentemente en los regimientos indígenas de la India una nueva arma, la carabina Enfield, cuyos cartuchos estaban untados de manteca: como resultado, Hindus y Musulmanes, que estaban separados por un odio

[1] Hugh Clifford, *The Geographical Journal*, January 1899.

tradicional, cuidadosamente alimentado y conservado en la sombra por sus jefes, se reconciliaron; los que adoran la vaca y los que maldicen al cerdo, violentados unos y otros en su fe y en sus prácticas religiosas, fueron impulsados á un mismo tiempo á la indisciplina y á la rebeldía. Una primera sublevación tuvo lugar en los acantonamientos de Mirath; dispersados, los cipayos rebeldes logra-



Documento comunicado por la Sra. Massieu.

UDAIPUR — PALACIO DEL CHAH DJEHAN

ron apoderarse de Delhi, la ciudad central del Hindostán, el punto de convergencia de sus grandes vías comerciales y el punto estratégico por excelencia de la doble vertiente del Indo y del Ganges, al mismo tiempo que la sede simbólica del imperio. Todos los descontentos, animados por una multitud de esos prodigios y profecías que surgen siempre en los períodos críticos, levantando verdaderas cruzadas, más terribles aún cuando se trata de dilucidar el destino de las razas, creyeron llegado el gran día del derrumbamiento y se insurreccionaron á su vez: se comprendió que el destino de Inglaterra

dependía de la posesión de Delhi, hacia la cual se dirigían los combatientes. Pero el círculo de la insurrección se halló limitado, no se extendió en el Pendjab, y sólo cometió pequeñas usurpaciones en las presidencias de Madrás y de Bombay; la mayor parte de los príncipes substraídos permanecieron fieles al gobierno que les pensionaba, y los Afghanes se limitaron, sin intervenir para nada en absoluto en la contienda entablada, á contemplar el asalto desde las cumbres de sus montañas. Los Ingleses obtuvieron la ventaja y reconquistaron Delhi después de cuatro meses de sitio, pero la guerra duró más de un año con resultados diferentes, en movimientos de flujo y reflujo, acompañados de matanzas y de crueldades monstruosas. Naturalmente los «civilizados», que fueron los vencedores, reprobaron con dureza los crímenes de sus enemigos y se felicitaron de su propia energía en la política de terror y de exterminio sin piedad que había podido, aún á costa de grandes derramamientos de sangre, conseguir el triunfo sobre los indígenas rebeldes.

La Compañía de las Indias desapareció en el fracaso, y por su manifiesto de 1.° de Noviembre de 1858 la reina Victoria tomó directamente el poder. Inglaterra asumió, pues, toda responsabilidad en la buena ó mala gestión del inmenso imperio que, en aquella época, después de tener á los indígenas sometidos de nuevo, no contaba menos de 220 millones de habitantes. Pero ¿cómo una responsabilidad tomada de tan lejos y con perfecta ignorancia de causa, hubiera podido apoyarse sobre una administración verdaderamente honrada y escrupulosa de los intereses de aquel pueblo inmenso? En primer lugar hubiera sido una singular ilusión y mejor un error muy grande creer que la misma nación inglesa podía tomar, en solidaridad franca, la defensa de poblaciones asiáticas cuyas tradiciones le son tan ajenas á la par que desconocidas, cuyas costumbres son tan diferentes de las suyas. Pequeños burgueses y multitudes de proletarios comenzaban apenas á agitarse por su propia liberación; no habiendo llegado todavía al sentimiento de simpatía que hubiera debido unirles á sus hermanos irlandeses del Reino Unido, no se podía esperar que sintiesen las injusticias cometidas contra los Hindus como aquellas de que eran directamente víctimas, y confiaban el buen gobierno de aquellas colonias

lejanas á la casta política superior, y en el seno de esta casta se delegaba naturalmente el cuidado de las cosas de la India á algunos especialistas, es decir, á los mismos personajes cuyas funciones de grandes jefes ó de capitalistas les habían hecho antiguamente los opresores de la India y los usufructuarios de sus riquezas: en realidad el antiguo régimen de la Compañía se conservaba bajo nuevas apariencias; la aristocracia británica no se resignaba á abandonar su dominio; bajo un aspecto variado conservaba su presa.

No obstante, la rebelión había cambiado realmente algo el equilibrio general de las poblaciones hindus: habían tenido como un lejano presentimiento de la unidad nacional. Verdad es que entre los cipayos insurrectos, pertenecientes á todas las razas y que se comprendían mutuamente por el empleo de una jerga militar, no podía existir lo que en las naciones de Occidente se llama «patriotismo». Los rebeldes de la India, Vichnuitas, Sivaitas, ó Musulmanes, Mahrattis, Radjputas ó Bengalis no hubieran comprendido un grito de reivindicación de «¡la India para los Indios!» ó de «¡la India una!» análogo al que había asociado toda la burguesía italiana en una misma nación; menos aún hubieran podido repetir como los Alemanes: «¡Nuestra tierra se extiende tan lejos como resuena nuestra lengua!». Lo que les había unido, no era el amor filial por el suelo donde vinieron á la vida, ni el sentimiento de solidaridad cordial con los compañeros de existencia y de trabajo; era el rencor de los sufrimientos comunes, era el sentimiento de solidaridad ante la desgracia de todos, era el odio contra el extranjero orgulloso y brutal, era la incompatibilidad total de vida y de comprensión mutua con seres de una casta absolutamente distinta. Y, sin embargo, de ese patriotismo negativo, que necesitaba una activa colaboración de esfuerzos, una simpatía pasajera en las fatigas, las batallas, el cautiverio y la muerte, nació cierto patriotismo hindu, que unía vagamente contra el Inglés á gentes de origen diverso, separadas por odios y tradiciones hereditarias. De la misma derrota surgió el pensamiento de un futuro triunfo, en el que tomarían parte todas las poblaciones de aquella inmensa comarca, cuya maravillosa individualidad geográfica, entre la muralla de montes casi infranqueables del Norte y los dos mares que se unen al Sud, se conoce actualmente de una

manera cada vez más precisa. La red de ferrocarriles y de caminos, las vías de comunicación de diversa índole, de que las necesidades estratégicas y comerciales han cubierto la península desde la gran rebelión, ha dado á esa unidad geográfica de la India un valor que no podía tener en una época todavía reciente, cuando las inmensas extensiones del Asia y de la Dravidia debían parecer á sus habitantes como un mundo sin límites.

A pesar de las razas, de las lenguas y de las castas, la India está en vía de hacerse «una», como se hizo «una» Italia, y de darse una clase selecta de voluntad y de acción que aspire á crear la nacionalidad compuesta de elementos antes incoherentes. Con eso basta: siempre fué una ínfima minoría la que determinó el movimiento en la masa profunda y sin voluntad de las multitudes subyacentes.



NEGROS Y MUJIKS. — NOTICIA HISTÓRICA

1850. 15 de Noviembre, una nueva dieta hace retroceder á Alemania á la situación anterior á 1848.

1851. 2 de Diciembre, golpe de Estado de Luis Napoleón, aprobado el 20 de Diciembre por un plebiscito. — En China, los Tai-ping comienzan sus conquistas.

1854. 10 de Abril, tratado franco-inglés contra Rusia; 20 de Septiembre, desembarco de los aliados en Eupatoria; lucha alrededor de Sebastopol, que se rinde el 8 de Septiembre de 1855.

1856. 16 de Noviembre, y 1857, 29 de Diciembre, los Ingleses bombardean á Cantón.

1858. 14 de Enero, atentado de Orsini (141 muertos y heridos).

1859. Mayo-Julio, campaña de Italia. — Octubre, rebelión de John Brown.

1860. Julio-Octubre, expedición á Pekin y saqueo del Palacio de Verano. — Mayo á Septiembre, los Mil conquistan las Dos Sicilias; los Piamonteses invaden los Estados Pontificios y se unen á Garibaldi.

1861. 13 de Febrero, capitulación de Gaeta. — 3 de Marzo, manifiesto imperial suprimiendo la servidumbre en Rusia. — 12 de Abril, primeras hostilidades en los Estados Unidos. — 21 de Julio, derrota de los Nordistas en Bull Run.

1862. Garibaldi derrotado por los Piamonteses en Aspromonte. — Los Tai-ping atacan á Chang-hai. — Los Nordistas son derrotados varias veces, pero impiden á los Sudistas conservarse al Norte del Potomac.
1863. Sublevación de Polonia. — Los Alemanes ocupan el Holstein. 2-4 de Julio, victoria nordista de Gettysburgo y toma de Vicksburgo.
1864. 1.° de Febrero, Prusia y Austria invaden Dinamarca. — 19 de Julio, toma de Nan-king. — Marcha de Sherman hacia Savannah y de Grant sobre Richmond.
1865. 9-17 de Abril, rendición de Lee y de Jackson, cerca de Richmond. — 14 de Abril, asesinato de Lincoln.



NEGROS Y MUJIKS

El Hombre llega cada vez más á sentirse hombre en la gran fraternidad humana.

CAPÍTULO XIX

Población de América. — Trata de los negros.
Educación de esclavos. — Movimiento abolicionista.
Tentativa de John Brown. — Emigración de Europa á América.
Guerra de Secesión. — Emancipación de los negros.
Guerra de Méjico. — Doctrina de Monroe.
Abolición de la servidumbre en Rusia.

Paralelamente al Mundo Antiguo, el Nuevo Mundo hubo de sufrir también, durante la segunda mitad del siglo XIX, grandes cambios de equilibrio político, obligados por el desplazamiento de los intereses y el movimiento de las ideas; pero, no obstante, hubo una gran diferencia entre las revoluciones de la América moderna y las de Europa y de Asia, debido á que en los viejos continentes, las naciones y las clases comprometidas en los conflictos pertenecían por el origen al mismo territorio en que com-

1862. Garibaldi derrotado por los Piamonteses en Aspromonte. — Los Tai-ping atacan á Chang-hai. — Los Nordistas son derrotados varias veces, pero impiden á los Sudistas conservarse al Norte del Potomac.

1863. Sublevación de Polonia. — Los Alemanes ocupan el Holstein. 2-4 de Julio, victoria nordista de Gettysburgo y toma de Vicksburgo.

1864. 1.° de Febrero, Prusia y Austria invaden Dinamarca. — 19 de Julio, toma de Nan-king. — Marcha de Sherman hacia Savannah y de Grant sobre Richmond.

1865. 9-17 de Abril, rendición de Lee y de Jackson, cerca de Richmond. — 14 de Abril, asesinato de Lincoln.



NEGROS Y MUJIKS

El Hombre llega cada vez más á sentirse hombre en la gran fraternidad humana.

CAPÍTULO XIX

Población de América. — Trata de los negros.
Educación de esclavos. — Movimiento abolicionista.
Tentativa de John Brown. — Emigración de Europa á América.
Guerra de Secesión. — Emancipación de los negros.
Guerra de Méjico. — Doctrina de Monroe.
Abolición de la servidumbre en Rusia.

Paralelamente al Mundo Antiguo, el Nuevo Mundo hubo de sufrir también, durante la segunda mitad del siglo XIX, grandes cambios de equilibrio político, obligados por el desplazamiento de los intereses y el movimiento de las ideas; pero, no obstante, hubo una gran diferencia entre las revoluciones de la América moderna y las de Europa y de Asia, debido á que en los viejos continentes, las naciones y las clases comprometidas en los conflictos pertenecían por el origen al mismo territorio en que com-

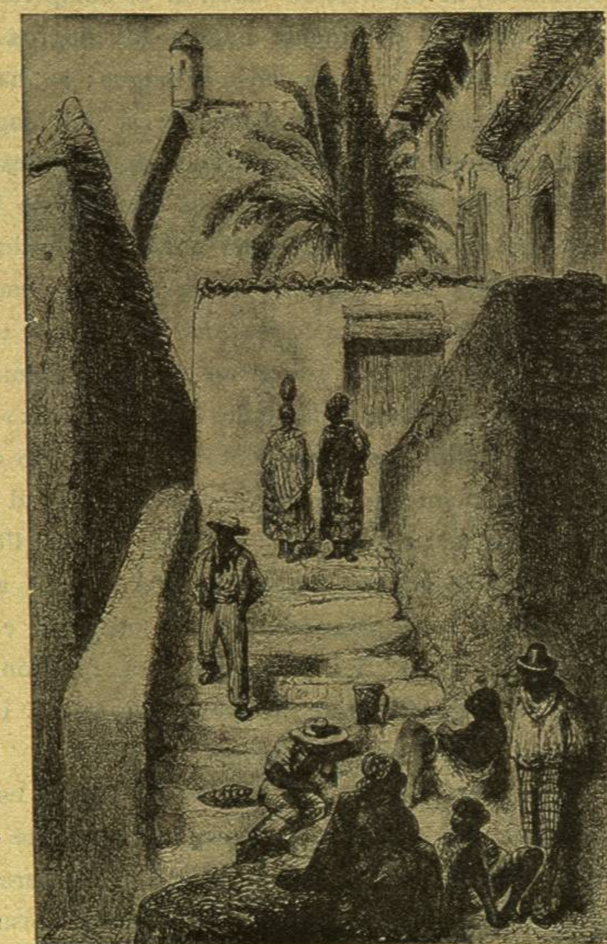
batían, mientras que los combatientes en lucha sobre el nuevo continente en su gran mayoría procedían de ultramar y representaban, por la sangre como por las ideas, el conjunto de la humanidad progresiva.

Los aborígenes de las Américas, evidentemente no podían tomar más que una mínima parte en las revoluciones: todo lo restante fué arrastrado en el conflicto á consecuencia del trastorno general. Las poblaciones asimilables, es decir, las tribus agrícolas que vivían en las comarcas conquistadas por los Españoles, que en el curso de los siglos se habían casi mezclado completamente por efecto de los cruzamientos, se hallaron forzosamente empeñados en las guerras de la independencia hispano-americana. Atraídos con más ó menos poder y eficacia á la órbita de la civilización europea, aquellos elementos, con la levadura suministrada por los descendientes de raza blanca, contribuyeron á constituir las nuevas naciones de la América latina. En cuanto á los cazadores nómadas que recorrían las regiones centrales del Brasil y la mayor parte de la América del Norte, no podían ser utilizados por los blancos como servidores en la mina, el campo ó la pradera. Los pseudo-civilizados, incapaces de domesticarlos directamente, y demasiado egoístas para dominarlos y educarlos por la dulzura y la razón, como trató de hacerlo William Penn, recurrieron al medio primitivo del exterminio bárbaro.

A pesar de todo, la raza indígena de los Amerindianos del Norte no desaparecerá de la Tierra, puesto que una gran parte de sus representantes es al presente culta y se mezcla libremente con la población de origen europeo; pero los exterminadores no carecen de gentes, hasta de sabios, que les justifiquen y que les den la razón: la evicción, la destrucción de los débiles por los fuertes, tal es la idea del derecho que propagan bajo el nombre de «ley de Darwin». La concepción del mundo que se habían formado los Pieles Rojas, incompatible con la que tienen los «Caras Pálidas», produjo fatalmente el conflicto entre los dos elementos inconciliables, como se había producido el conflicto tradicional entre el pastor Abel y el labrador Caín [1].

[1] Paul Carus, *The Monist*, Abril 1899, p. 400.

A la mitad del siglo XIX, los descendientes de los aborígenes eran mucho menos numerosos en proporción de otro elemento étnico, los nietos de los Africanos importados durante los dos siglos precedentes por los mercaderes de esclavos. En 1860, en vísperas de la guerra civil que había de estallar entre las dos mitades de la república norteamericana, se contaban cerca de cuatro millones de negros y mestizos en los Estados Unidos, es decir, más de diez veces el número de los antiguos propietarios de la tierra. Las cuatro quintas partes de la gente de color eran esclavos, y se comprende que ese ganado humano no haya podido ejercer influencia directa alguna sobre la nación ambiente compuesta de blancos, Europeos de origen; pero los mismos negros libres se hallaban completamente fuera de la sociedad de los ciudadanos de raza pálida, sea por su condición de baja clientela y de pobreza, sea por la repugnancia instintiva y más aún religiosa sentida contra «los hijos de Cham». Hallábanse, por decirlo así, perdidos en el espacio, puesto que quedaban «tabús» en su país de residencia y que el rapto brutal que sufrieron sus antepasados había roto el lazo que les unía á su patria de origen. ¿De qué parte de Africa habían venido sus padres ó



Cl. P. Sellier.

UNA CALLE DE BAHÍA

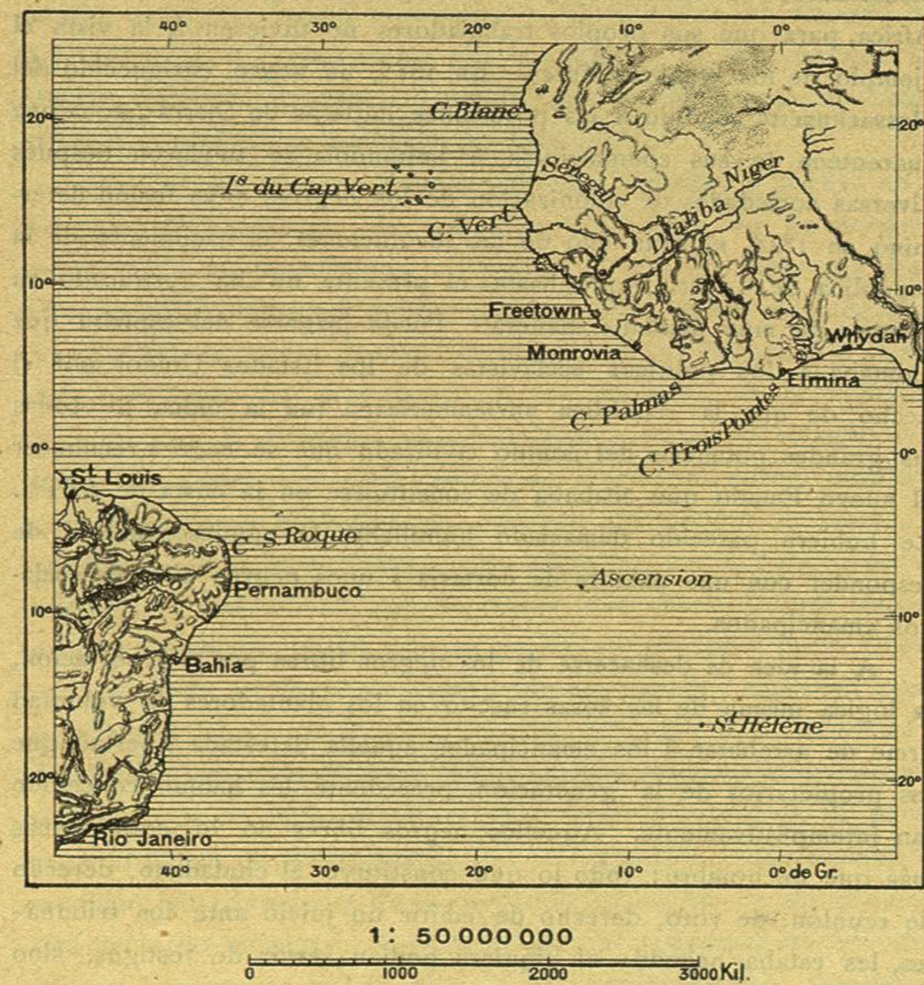
sus abuelos? ¿Cuáles habían sido los lugares de etapa después del día de su captura? Lo ignoraban.

Aun entre las Antillas, que son para la población la verdadera Africa del Nuevo Mundo, y la tierra ancestral, situada al este del Atlántico, la disociación material es completa. Importados de diversas partes del continente negro, los negros no han podido conservarse unidos por una misma lengua; se han reconstituído por la adopción forzada de las costumbres, del lenguaje, de la religión de sus antiguos dominadores franceses ó ingleses, holandeses ó españoles. Sin duda los negros de Haiti ó de la Jamaica se relacionan con sus antepasados por sus fibras más íntimas; en su comprensión de las cosas ven en gran parte y razonan como sus parientes de raza; tienen proverbios análogos con el mismo tono irónico, se repiten los mismos cantos y practican todavía las mismas supersticiones. Lo que queda en Haiti del culto del «Vadoux» debe semejarse mucho á la adoración de la serpiente en el templo de Whydah, y tal lento envenenamiento semejante á una enfermedad de languidez, no ofrece diferencia entre su manifestación en las villas africanas y bajo las palmeras de Santo Domingo. Pero si las analogías de existencia, de instinto y de pensamientos se conservan entre los parientes separados, éstos no tienen ya ninguna relación unos con otros, y el Haitiano especialmente no tiene más patria intelectual que Francia, el país de sus antiguos amos.

La antigua capital del Brasil, Bahía, es el único punto de la América meridional donde espontáneamente se haya producido la necesidad de comunicación y de libre comercio con la madre patria, y esto probablemente debido á que los mismos negros seguían con frecuencia esta vía marítima. Los negros Minas, que constituyen una aristocracia de color en aquella tierra del Nuevo Mundo, á lo menos han oído hablar del «país de las minas», que es la «Costa de Oro», y conocen el nombre de Elmina, ciudad del centro de la región de donde fueron arrebatados sus abuelos á viva fuerza. Muchos de aquellos antiguos esclavos ó hijos de esclavos que llegaron á ser libres, volvieron á la comarca de origen, formando poderosas corporaciones en algunas poblaciones del litoral. Intereses comerciales, relaciones de parentesco y de amistad constantemente cre-

cientes unen los dos continentes, bastante aproximados en aquellos puntos, y gracias á ese primer modo de unión, las relaciones serán cada vez más numerosas entre el Portugal americano, que es el Brasil, y las diversas colonias portuguesas cedidas últimamente á nuevos

N.° 455. Istmo entre América y África.



dueños. Entre los Negros de Africa más ó menos mestizos que se llaman «Portugueses», el Brasil es familiarmente conocido bajo el nombre de *Tabom* [1], abreviatura del saludo usual «Sta bom», «¿Cómo está usted?»

[1] Richard Burton, *To the Gold Coast for Gold*.

Los plantadores de la América del Norte trataron también de establecer relaciones directas entre los Estados esclavistas y la costa de Guinea; pero aquella obra no dió buenos resultados en razón de estar dirigida, al menos en parte, por propietarios de esclavos que tenían al mismo tiempo la pretensión de ser filántropos y querían desembarazarse de los emancipados, deportándoles á las costas de Africa, para que sus propios trabajadores no tuviesen á la vista el ejemplo de los hombres libres. En 1815, un negro enriquecido del Massachusetts condujo á las posesiones inglesas de Sierra Leona una cuarentena de sus compatriotas, é imitándole se fundaron después diversas sociedades de colonización de los negros, cuya fusión determinó en 1848, el gran año de las revoluciones, el nacimiento de la república de Liberia, que hasta el presente no ha justificado su nombre de muy brillante manera. Puede juzgarse del espíritu que animaba á los políticos esclavistas de los Estados Unidos por el hecho de que la república norteamericana fué la única de todas las grandes potencias del mundo civilizado que se negó á reconocer el nuevo Estado que acababa de constituirse en la costa de Africa. Le hubiera parecido demasiado humillante la condescendencia de responder con una palabra de cortesía á unos negros hijos de esclavos emancipados.

A la idea de deshacerse de los negros libres por la deportación, la lógica misma de las cosas suscitó en los plantadores la voluntad firme de arrebatar á los emancipados aquella detestada libertad que los propietarios de la generación precedente les habían concedido tan intempestivamente. Aquellos negros libres no lo eran apenas más que de nombre; todo lo que constituye el ciudadano, derecho de reunión, de voto, derecho de emitir un juicio ante los tribunales, les estaba negado: ni siquiera podían servir de testigos, sino contra esclavos ú hombres de su casta, y eso sin la formalidad de un juramento, considerado como una cosa demasiado noble para una boca africana acostumbrada á la mentira [1]. Un traje de infamia les designaba á lo lejos á la desconfianza y al desprecio del blanco. Si un negro tenía la audacia de defenderse contra un agresor ó un

[1] *Negro-law of South Carolina*, ps. 13 y siguientes.

insultador de la raza noble, era castigado, y si tenía la desgracia de matar á su adversario, era juzgado como asesino. Tenía horas señaladas para salir de su vivienda y para volver á ella, y si se le hallaba en un momento prohibido se le perseguía á latigazos [1]. No se le concedía pasaporte, y en la mayor parte de los Estados Unidos se les prohibía todo viaje en ferrocarril: de hecho los negros libres estaban internados como prisioneros. En virtud de un acuerdo del Tribunal Supremo, «no tenían ninguna especie de derecho que los blancos hubieran de respetar; podían justa y legalmente ser reducidos á esclavitud en beneficio del blanco» [2].

He aquí lo que los Estados del Sud decidían á porfía: en el año 1859 la legislación de Arkansas votaba una ley de destierro contra todos los emancipados del Estado, y el 1.° de Enero siguiente hizo poner en subasta y vender como esclavos todos los desgraciados que no se habían decidido á abandonar sus hogares; la misma ley de destierro fué promulgada al año siguiente en el Missouri; la Luisiana y el Mississipi se apresuraron á seguir el ejemplo dado por el Arkansas. En otras partes se llegaba al mismo resultado por resoluciones hipócritas, so pretexto de castigar la pereza, la embriaguez y la inmoralidad; ¿qué negro no corría peligro de ser acusado de inmoralidad por el blanco que quería hacerle trabajar para su beneficio? A las mismas puertas de la capital de la Unión, los esclavistas del Maryland pedían que los setenta y cinco mil emancipados del Estado fuesen nuevamente reducidos á la esclavitud ó distribuídos entre los ciudadanos blancos, apoyando su atroz demanda en que el negro libre, corrompiéndose por la ociosidad, el blanco tiene el deber de «moralizarle por el trabajo». ¡Por espíritu de sacrificio los educadores de la sociedad consentían en ser propietarios de carne humana! Verdad es que la legislatura no osó promulgar francamente la ley, pero la votó indirectamente autorizando á los blancos á tomar los hijos de los negros á su voluntad y «permitiendo á las gentes de color renunciar á su libertad». Horrible permiso que parecía una orden. Desde entonces toda emancipación de negro quedó absolutamente prohibida al propietario, á no ser

[1] *Negro-law of South Carolina*, p. 24.
[2] *Revue des Deux Mondes*, 1.° Diciembre 1860.

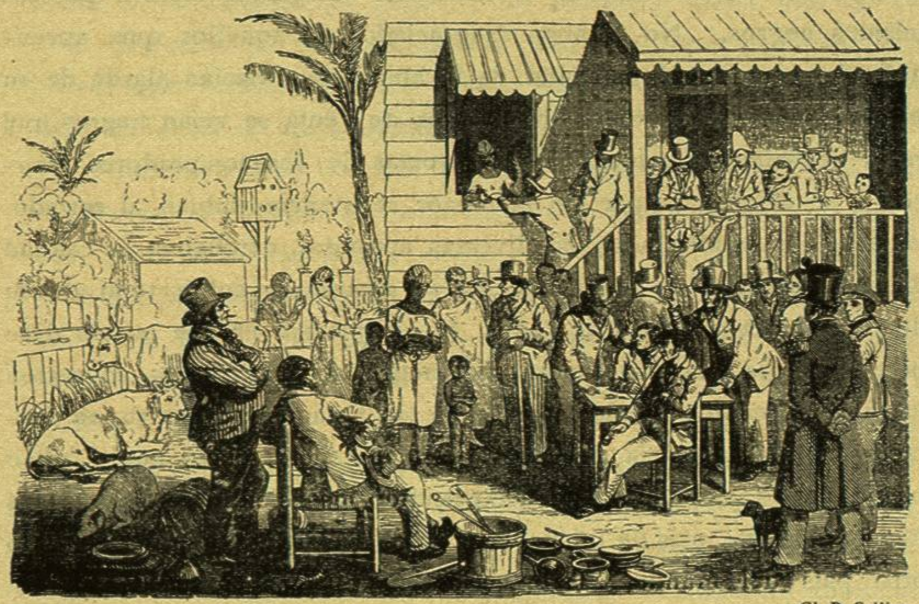
por orden de la legislación, cuando el negro hubiera revelado la existencia de un complot contra los blancos: «¡el traidor á su causa era el único que fuese digno de la libertad!

De ese modo la esclavitud y esa servidumbre disfrazada que se llamaba la libertad del negro iban agravándose de año en año en virtud de la importancia de los intereses amenazados. Pasó el tiempo en que, bajo la influencia de la filosofía del siglo XVIII, los plantadores eran los primeros que deploraban la «repugnante institución» y tomaban por argumento contra Inglaterra el «crimen» de haberles legado la deplorable herencia. Al principio del siglo XIX, en el mismo Congreso, Mason y Jefferson hablaban indignados contra el crimen á que se les había condenado contra su voluntad, y las sociedades de emancipación de los negros se formaban principalmente entre los plantadores. Hasta se dió el caso de que la legislatura de Virginia, en 1831 y 1832, discutiera los medios para la extinción gradual de la esclavitud. Veinte años después, el Virginio que acerca de la esclavitud hubiera empleado el lenguaje desaprobador de su padre, corría el riesgo de ser expulsado como indigno de la sociedad de sus iguales. El senador Hammond decía: «Hubo un tiempo en que todavía teníamos dudas y escrúpulos; pero hoy no dudamos... Nuestra conciencia queda tranquila, nuestra resolución es serena y firme». El famoso Calloun añadía «que la esclavitud es la base más segura y más estable de las instituciones libres en el mundo». Y todos en competencia exponían afirmaciones del mismo género hasta que un gobernador de Estado, Mac Duffie, pronunció la fórmula definitiva: «La esclavitud es la piedra angular de nuestro edificio republicano».

La causa de los ricos y de los propietarios de hombres tuvo naturalmente á su servicio la Iglesia en cuerpo, no solamente en los Estados de esclavos, sino también en los Estados libres: la Biblia, el Nuevo Testamento, no menos que el Antiguo, no toca á la propiedad del hombre por el hombre sino para declararla sagrada como todas las demás. Hasta las sectas que habían tenido tendencias revolucionarias en su origen y habían afirmado con Wesley que «la esclavitud es el conjunto de todos los crímenes», esos mismos grupos de fieles habían llegado, de concesión en concesión, á permitir

á sus obispos que se hicieran propietarios de esclavos. Unicamente los cuákeros habían permanecido intransigentes, y debido á eso precisamente eran también los únicos á quienes la gran aristocracia evangélica negaba el título de «hermanos».

La Iglesia, en la mayoría de sus pastores, se había regimentado sólidamente; era preciso también domesticar la ciencia, y ésta se prestó



Cl. P. Sellier.

VENTA DE UNA NEGRA Y DE SUS HIJOS
(Estampa de 1844).

muy bien en la persona de los sabios: por una parte los sacerdotes establecían como mejor podían que Canaán, el Sirio, y su padre Cham ó Ham, el antepasado de los Hamitas, habían sido malditos por Dios, y que á los negros, aunque no pertenecían á su raza, les había alcanzado la maldición; por otra, los antropólogos americanos, adheridos en masa á los partidarios de la multiplicidad de los orígenes humanos, enseñaban la diversidad fundamental, absoluta, específica del blanco y del negro y la inferioridad indiscutible de éste, intermediario natural entre el hombre y el mono. Es decir, que desde el punto de vista de la doctrina, clérigos y sabios se hallaban en oposición completa, pero la contradicción sólo era aparente, porque el odio lo concilia todo, y se podía tomar argumento de una ó

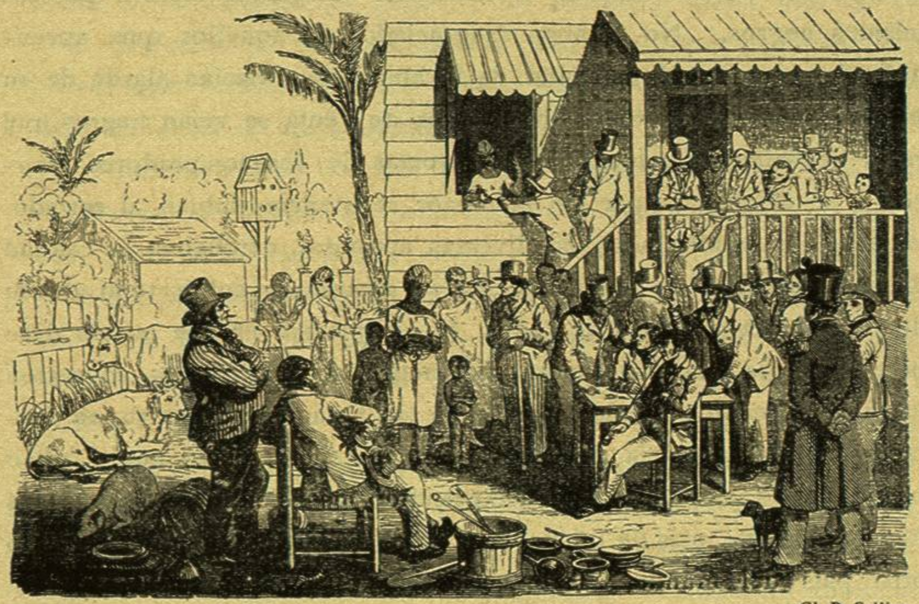
por orden de la legislación, cuando el negro hubiera revelado la existencia de un complot contra los blancos: «¡el traidor á su causa era el único que fuese digno de la libertad!

De ese modo la esclavitud y esa servidumbre disfrazada que se llamaba la libertad del negro iban agravándose de año en año en virtud de la importancia de los intereses amenazados. Pasó el tiempo en que, bajo la influencia de la filosofía del siglo XVIII, los plantadores eran los primeros que deploraban la «repugnante institución» y tomaban por argumento contra Inglaterra el «crimen» de haberles legado la deplorable herencia. Al principio del siglo XIX, en el mismo Congreso, Mason y Jefferson hablaban indignados contra el crimen á que se les había condenado contra su voluntad, y las sociedades de emancipación de los negros se formaban principalmente entre los plantadores. Hasta se dió el caso de que la legislatura de Virginia, en 1831 y 1832, discutiera los medios para la extinción gradual de la esclavitud. Veinte años después, el Virginio que acerca de la esclavitud hubiera empleado el lenguaje desaprobador de su padre, corría el riesgo de ser expulsado como indigno de la sociedad de sus iguales. El senador Hammond decía: «Hubo un tiempo en que todavía teníamos dudas y escrúpulos; pero hoy no dudamos... Nuestra conciencia queda tranquila, nuestra resolución es serena y firme». El famoso Calloun añadía «que la esclavitud es la base más segura y más estable de las instituciones libres en el mundo». Y todos en competencia exponían afirmaciones del mismo género hasta que un gobernador de Estado, Mac Duffie, pronunció la fórmula definitiva: «La esclavitud es la piedra angular de nuestro edificio republicano».

La causa de los ricos y de los propietarios de hombres tuvo naturalmente á su servicio la Iglesia en cuerpo, no solamente en los Estados de esclavos, sino también en los Estados libres: la Biblia, el Nuevo Testamento, no menos que el Antiguo, no toca á la propiedad del hombre por el hombre sino para declararla sagrada como todas las demás. Hasta las sectas que habían tenido tendencias revolucionarias en su origen y habían afirmado con Wesley que «la esclavitud es el conjunto de todos los crímenes», esos mismos grupos de fieles habían llegado, de concesión en concesión, á permitir

á sus obispos que se hicieran propietarios de esclavos. Unicamente los cuákeros habían permanecido intransigentes, y debido á eso precisamente eran también los únicos á quienes la gran aristocracia evangélica negaba el título de «hermanos».

La Iglesia, en la mayoría de sus pastores, se había regimentado sólidamente; era preciso también domesticar la ciencia, y ésta se prestó



Cl. P. Sellier.

VENTA DE UNA NEGRA Y DE SUS HIJOS
(Estampa de 1844).

muy bien en la persona de los sabios: por una parte los sacerdotes establecían como mejor podían que Canaán, el Sirio, y su padre Cham ó Ham, el antepasado de los Hamitas, habían sido malditos por Dios, y que á los negros, aunque no pertenecían á su raza, les había alcanzado la maldición; por otra, los antropólogos americanos, adheridos en masa á los partidarios de la multiplicidad de los orígenes humanos, enseñaban la diversidad fundamental, absoluta, específica del blanco y del negro y la inferioridad indiscutible de éste, intermediario natural entre el hombre y el mono. Es decir, que desde el punto de vista de la doctrina, clérigos y sabios se hallaban en oposición completa, pero la contradicción sólo era aparente, porque el odio lo concilia todo, y se podía tomar argumento de una ó

de otra teoría: que los negros fuesen hombres malditos, abrumados bajo el peso de un crimen original, irremisible, ó que fuesen una especie in[illegible]or al *homo sapiens*, poco importaba, puesto que de todas [illegible] les podía declarar destinados á eterna servidumbre. [illegible] sobre fuerzas que, fuera de allí, en todas partes son ene[illegible] Iglesia y la Ciencia, los esclavistas tenían también la audacia de hacerse aceptar la condición natural de esclavo por los mismos negros. No faltaban desgraciados de aquéllos que, aprendido de memoria el estribillo de la abjuración, hacían alarde de su propia bajeza, y en todos los bazares de venta se veían negros que reían bestialmente celebrando las bromas de los compradores blancos y se dejaban palpar sin la menor resistencia: subían al estrado, saltaban, se manifestaban en diversas actitudes, detallaban la calidad de sus músculos, de su fuerza, de su destreza y sobre todo de su docilidad; despreciados de todos, se complacían en ese mismo desprecio. A la educación moral del negro acompañaba la educación física, emprendida metódicamente en los Estados del centro, en contacto con la industria pecuaria. El valor del esclavo negro como bestia de trabajo había sido comprendido más científicamente en los Estados Unidos, país de iniciativa comercial é industrial, que en todo otro país del mundo. Había criaderos ó ganaderos en Virginia, Kentucky y Missouri, que, imitando á los zootécnicos ocupados en los cruzamientos de las razas animales, se ingeniaban con provecho en aplicar aquella industria al hombre negro, y los resultados obtenidos eran notabilísimos. A la mitad del siglo XIX, aquellos Estados de la zona media donde penetraba ya el régimen industrial de los blancos con su trabajo asalariado, desplazaban gradualmente sus intereses agrícolas y no producían algodón, arroz ni azúcar como los Estados meridionales del litoral; se ocupaban principalmente de la producción y de la exportación del ganado y de los hombres, llegando á vender anualmente hasta cien mil negros llamados «Virginios» en los mercados de Charleston, Savannah, Mobila y Nueva Orleans. Y aquellos hombres, fuerza es reconocerlo, eran verdaderamente bellos, admirables muestras de la ciencia práctica de los criadores. Se les podía palpar las piernas, los brazos, los lomos; todos los músculos bien salientes, se manifestaban fácilmente, dis-

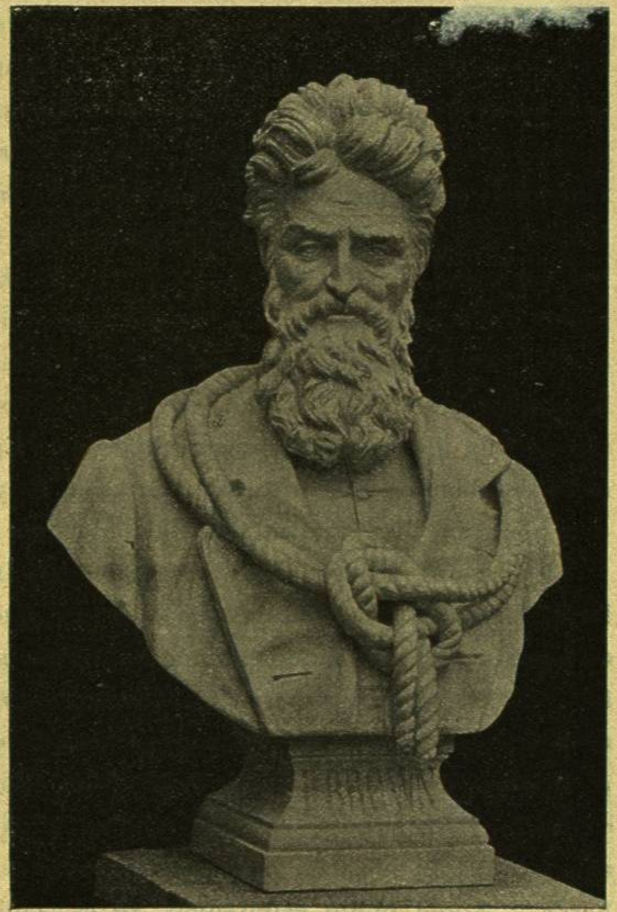
puestos para todos los trabajos; los brazos pendían rectamente á ambos lados del pecho abultado; los dientes eran blancos, bien alineados, sólidos, capaces de romper de un golpe los dos huesos de pacana. Los criadores estaban orgullosos de su ganado humano y pretendían al mismo tiempo haber sabido dar á aquellos [illegible]osos cuerpos el género de alma que les convenía. «Puesto que la felicidad es la carencia de penas y de cuidados, decía uno de ellos, creo que nuestros esclavos son los cuatro millones de hombres más felices que alumbra el sol». Pero Satán se introdujo en el Edén bajo la forma de un abolicionista.

Hubiera podido creerse que los «republicanos» de la Nueva Inglaterra defenderían en todo tiempo la emancipación de los siervos, pero es lo cierto que medio siglo después de la fundación de la República ninguno pensaba en libertar los esclavos: todos se atenían á la letra y al espíritu de la Constitución que había conservado la servidumbre de los Africanos. El primer blanco que osó reclamar en un diario la libertad de los esclavos, William Lloyd Garrison, fué arrastrado con una cuerda al cuello por las calles de Boston y reducido á prisión (1835). Pero aquel periodista era un héroe: pronto no estuvo solo, agrupando algunos valientes en su derredor; cada gran ciudad vió surgir una sociedad de abolicionistas, y el partido aumentó rápidamente en proporción de las mismas transformaciones que se operaban entre los esclavistas y que tendían á transformar una sencilla institución de hecho en la aplicación de un sistema absoluto de política y de moral. En nombre del «principio» de la esclavitud, las gentes del Sud se sobreponían á la Constitución; mas por lo mismo las del Norte comenzaban, con Sumner, á invocar «una ley más alta», y, con Wendell Phillips, á «maldecir la república infame». Mientras que en el Sud se empezaba á perseguir y á ahorcar á los viajeros sospechosos de tendencias abolicionistas, unos rebeldes enemigos de las leyes se ligaban en los Estados del Norte en conjuraciones y en sociedades secretas para socorrer á los esclavos fugitivos y guiarles hacia la tierra libre del Canadá por los «ferrocarriles subterráneos», es decir, por los caminos seguros que enlazaban unas á otras el corto número de casas hospitalarias abiertas por la noche á los desgraciados negros.

Pero hasta la época (1851) en que la Sra. Beecher Stowe publicó la famosa novela *Uncle Tom's Cabin*, que recorrió el mundo entero, hasta el Africa y el fondo de la China, el partido de los abolicio- [illegible] francamente despreciado por todos los que se preciaban [illegible] tener nobles pensamientos y gracioso lenguaje; hablar de los negros con simpatía era indicio de vulgaridad, y como sucedió cincuenta años después con el epíteto «anarquista», la palabra «abolicionista» indicaba, no sólo un criminal, sino además un ignorante: sobre este punto los sabios estaban de acuerdo con los personajes oficiales. Boston se decía *the hub of the Universe*, «el cubo de la rueda del Universo», y, sin embargo, en ese centro universal era rechazada en términos despreciativos toda idea encaminada á la libertad de los negros por los que pretendían la dominación moral de la sociedad. La Universidad de Harvard, por acuerdo unánime de profesores y estudiantes, condenaba solemnemente la mala doctrina de la emancipación.

Entre tanto, la diferencia de las condiciones económicas entre el Norte y el Sud, y sobre todo el espíritu de dictadura que se había apoderado de los políticos esclavistas, tendían á hacer la guerra inevitable entre las dos mitades de la república americana: mucho antes de la lucha final, lo anunciaban bruscos conflictos que surgían en distintos puntos, porque constituye uno de los rasgos esenciales de la historia el hecho de que los grandes trastornos vayan precedidos de estremecimientos precursores. Y así ocurrió que, después de un voto del Congreso creando en 1854 los dos nuevos territorios de Kansas y Nebraska, estalló la guerra espontáneamente en la primera de esas dos comarcas entre esclavistas y colonos libres. Los propietarios de esclavos del Missouri, excitados hacía tiempo por los políticos del Congreso, tenían empeño en poblar el Kansas de negros esclavos. En los días del voto los Missourianos invadieron las salas de la votación, acometieron á los labradores venidos de los países libres y después anunciaron su victoria. Por otra parte, la ola de los trabajadores continuaba dirigiéndose desde los Estados del Norte y del Nordeste hacia el suelo nuevo, y hubo luchas sangrientas en distintas ocasiones, sirviendo de preludio de la gran guerra que había de estallar pocos años después; muchos de

los hombres que tomaron parte en aquellas escaramuzas hicieron allí su aprendizaje para la terrible lucha. El Kansas fué conquistado por los abolicionistas del Norte, pero en realidad fué perdido para la causa, puesto que el primer artículo de la Constitución [illegible] absolutamente á todo negro, esclavo ó libre, la residencia en el territorio del Estado: ¡siempre la oscilación entre el bien y el mal!



Según J. C. de Blezer.

JOHN BROWN

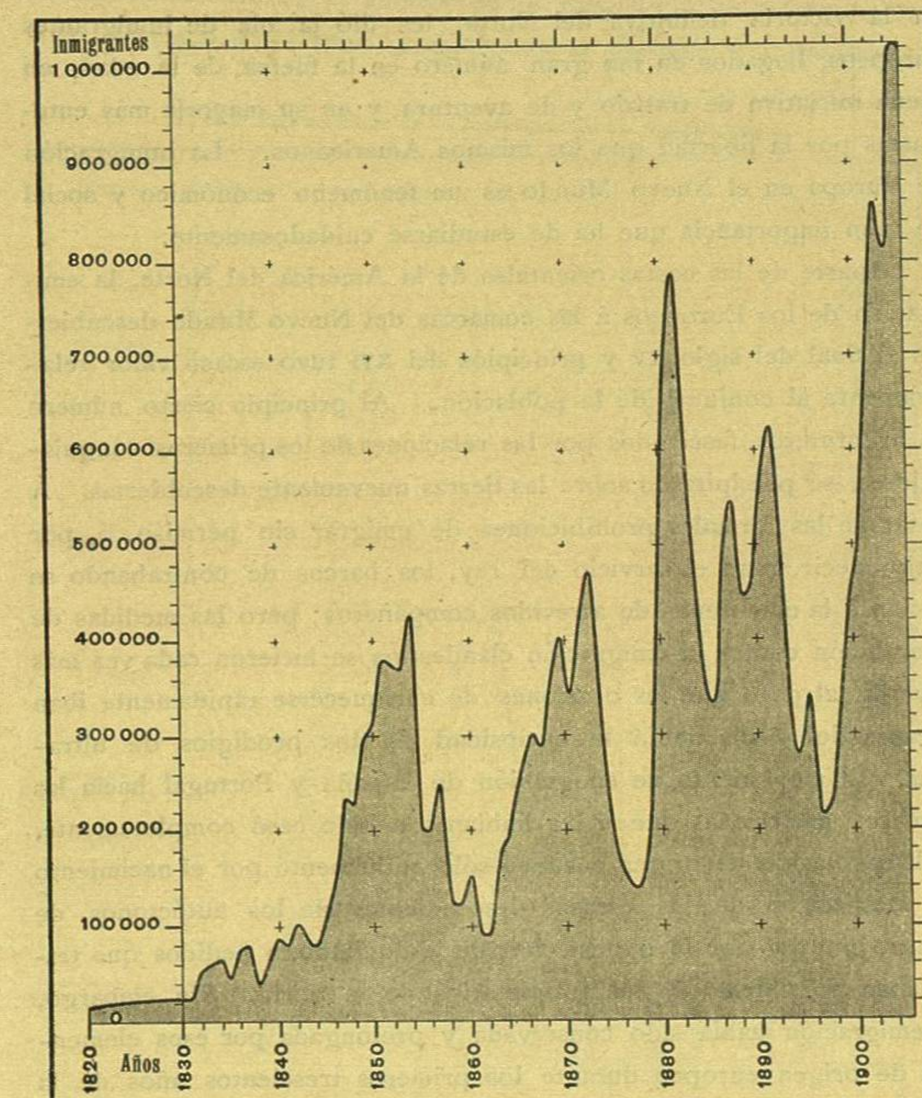
nació en 1800; fué ahorcado en 2 de Diciembre de 1859.

Unicamente los intereses estaban en juego en las guerras civiles del Kansas: faltaba allí el fervor revolucionario por una causa desinteresada. Los negros esclavos estaban demasiado estrechamente oprimidos para que les fuera posible suscitar por sí mismos una guerra servil: los propietarios disponían de una fuerza material harto considerable y la policía de las plantaciones se hacía de una manera tan rigurosa que la menor tentativa hubiera sido inmediatamente descubierta y reprimida; es á algunos blancos, y especialmente á John Brown, á quienes corresponde el honor de representar la nación en lo que tenía de más noble y generoso. Aquel colono virginio de origen septentrional, concibió el proyecto de reunir en su rededor un ejército de negros fugitivos y constituir con ellos una

república guerrera en los montes Alleghany, transformados en ciudadela. «Dios mismo, decía, había creado aquellas montañas para hacer de ellas el lugar de defensa de los esclavos rebeldes». Puritano convencido, pero más hombre de acción que de oración, se creía escogido para empuñar la espada del Señor en una guerra de emancipación de los negros. Aquella guerra fué corta, puramente local y mínima por el número de los combatientes, pero fué heroica por parte de los agresores y mucho más noble por su objeto que aquella que se produjo después, llamada guerra de «Secesión». En tanto que ésta, que movió millones de hombres durante cuatro años, intentó, aunque sin conseguirlo, desarrollar sus formidables conflictos sin tocar el texto literal de la Constitución, el incidente de la rebeldía y la muerte de John Brown se terminó, sin la menor hipocresía, fuera de toda acción oficial y convenida. El héroe fué el inspirador de todos los que, en el gran conflicto, tuvieron fija la vista en un ideal verdaderamente humano. Como lo repitió el *ritornello* del himno guerrero que cantaron después los negros libres, «El alma de John Brown marchaba delante de ellos».

En cuanto á los hechos materiales de la pequeña insurrección local, la majestuosa historia oficial parece que trata de olvidarlos, y en aquellos Estados Unidos, donde suelen recordarse los grandes hombres con el respeto supersticioso de todo lo que les pertenece, no se halla piedra ni inscripción que recuerde en términos laudatorios ni siquiera decentes la memoria de John Brown. El 16 de Octubre de 1859, John Brown, con sus mismos hijos y veintidós amigos se apoderó de un almacén de armas situado en la ciudad de Harper's Ferry. Aquel punto estratégico, en la confluencia del Potomac y del Shenandoah, estaba muy bien escogido, y si los negros de las inmediaciones hubieran acudido á su socorro, si la insurrección se hubiera propagado de campiña en campiña, hubiera podido resistir mucho tiempo; pero no se produjo el levantamiento esperado, y de todas partes acudieron las milicias virginias á sitiarle. La pequeña partida, más que diezmada, fué pronto capturada, y John Brown, cubierto de heridas, fué ahorcado el 2 de Diciembre en un pueblecillo inmediato á Harper's Ferry. Su último acto, antes de ceñir su cuello la cuerda de la horca, fué besar en la frente á un niño negro que

N.° 456. Inmigración á los Estados Unidos de 1820 á 1905.



Las cifras más recientemente publicadas y que no ha conocido el autor, exceden de un millón de inmigrantes: 1.027,000 desde el 1.° de Julio de 1904 al 30 de Junio de 1905 y 1.030,000 durante los doce meses siguientes.

se hallaba entre los curiosos: acto simbólico y promesa de un porvenir no realizado aún entre las razas de la República americana.

Si los historiadores de los Estados Unidos, más fieles á la letra que al espíritu, no hacen completa justicia á la insurrección de John

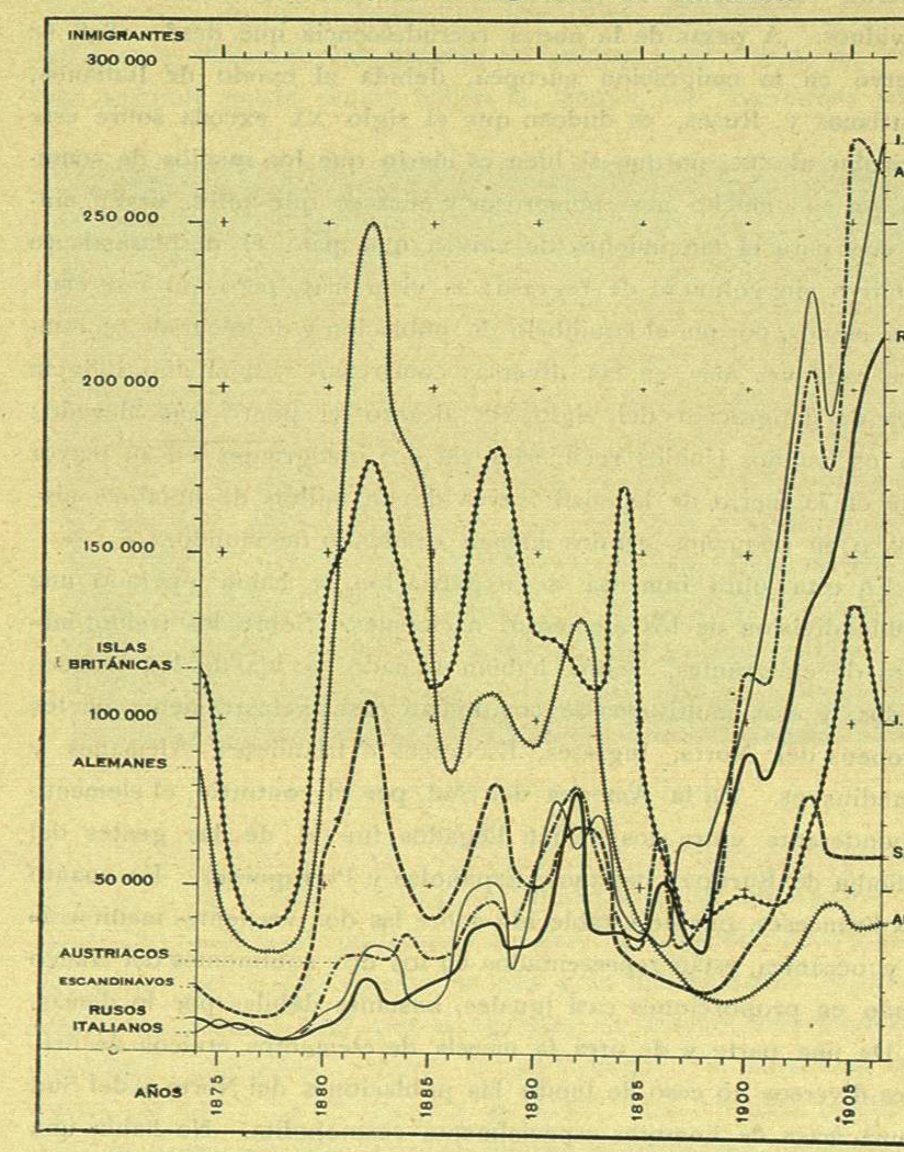
Brown, quizá no tengan tampoco en cuenta el enorme apoyo que, en la victoria definitiva del Norte, les dió la ola de inmigrantes europeos, llegados en tan gran número en la fuerza de la edad, en plena iniciativa de trabajo y de aventura, y en su mayoría más entusiastas por la libertad que los mismos Americanos. La inmigración de Europa en el Nuevo Mundo es un fenómeno económico y social de gran importancia que ha de estudiarse cuidadosamente.

Aparte de las costas orientales de la América del Norte, la emigración de los Europeos á las comarcas del Nuevo Mundo descubiertas al final del siglo XV y principios del XVI tuvo escaso valor relativamente al conjunto de la población. Al principio cierto número de aventureros, fascinados por las relaciones de los primeros conquistadores, se precipitaron sobre las tierras nuevamente descubiertas. Á pesar de las formales prohibiciones de emigrar sin permiso, ó, por mejor decir, para el servicio del rey, los barcos de contrabando se hacían á la mar llenos de atrevidos compañeros; pero las medidas de precaución contra la emigración clandestina se hicieron cada vez más severas, al paso que las ocasiones de enriquecerse rápidamente iban escaseando y disminuía la curiosidad de los prodigios de ultramar. El movimiento de emigración de España y Portugal hacia las comarcas americanas que se les habían sometido cesó completamente, y la población de origen europeo sólo se aumentó por el nacimiento de mestizos ó de los escasos descendientes de los autóctonos de sangre pura y por la importación de «alquilados» pedidos que trabajaban por cuenta de los propietarios de la tierra. Sin embargo, la emigración había sido conservada y prolongada por esos elementos de origen europeo durante los primeros trescientos años de la ocupación.

Desde la mitad del siglo XVIII la importación de los «alquilados» alemanes en Pennsylvania tuvo importancia suficiente para alarmar á Burke, quien en 1765 expresó el temor de que aquella colonia se hiciera completamente extraña á la Gran Bretaña por la lengua, las costumbres y las tendencias; sin embargo, la emigración no tomó un carácter continuo y regular hasta después de las guerras del Imperio, al principio del siglo XIX. A medida que disminuía la trata de esclavos y que el trabajo asalariado tendía á reemplazar la compra

directa de los negros, el número de los emigrantes de Europa aumentaba: de miles se elevaba gradualmente á decenas y á centenas de

N.º 457. País de origen de los inmigrantes en los Estados Unidos.



millares anuales. Durante los cien años que terminaron en 30 de Junio de 1900, la multitud de hombres que abandonó voluntariamente Europa para buscarse una nueva patria al otro lado del Océano pudo evaluarse en treinta millones.

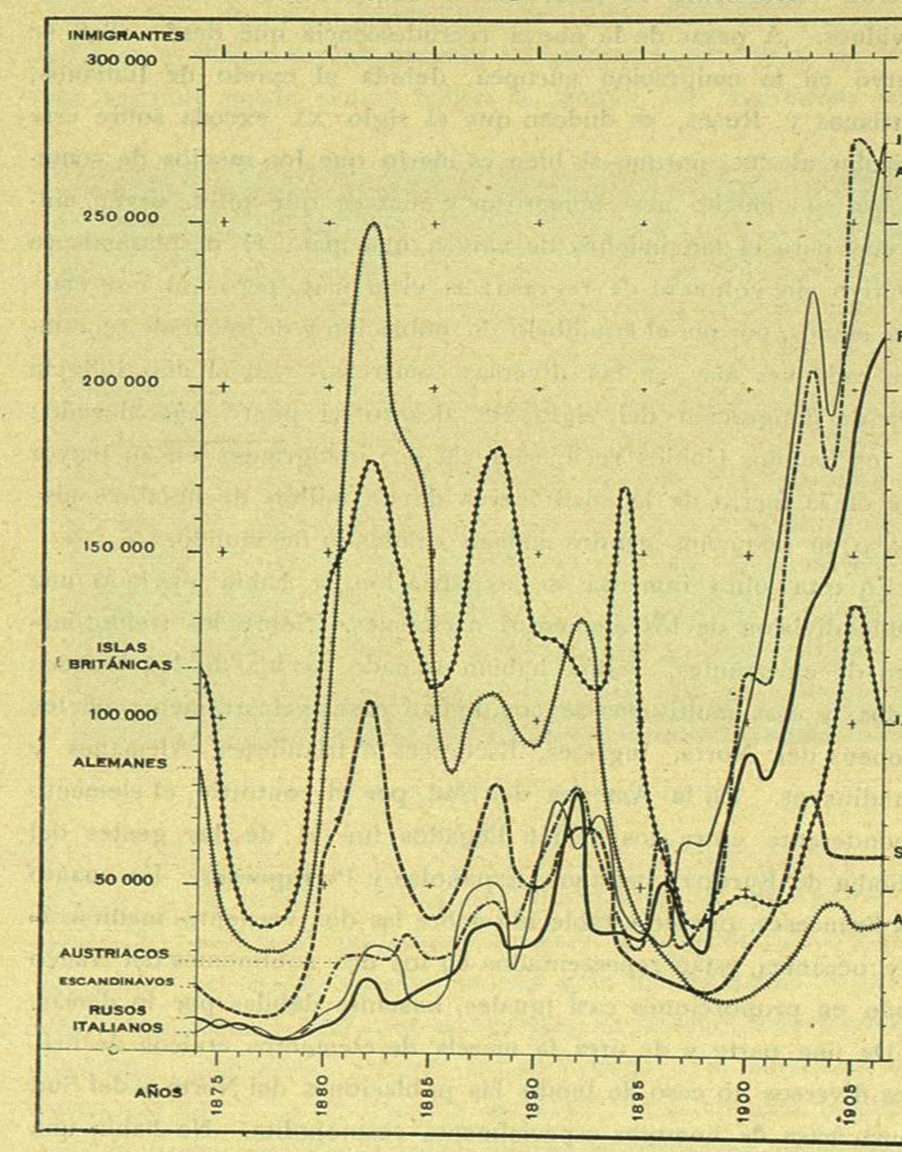
Brown, quizá no tengan tampoco en cuenta el enorme apoyo que, en la victoria definitiva del Norte, les dió la ola de inmigrantes europeos, llegados en tan gran número en la fuerza de la edad, en plena iniciativa de trabajo y de aventura, y en su mayoría más entusiastas por la libertad que los mismos Americanos. La inmigración de Europa en el Nuevo Mundo es un fenómeno económico y social de gran importancia que ha de estudiarse cuidadosamente.

Aparte de las costas orientales de la América del Norte, la emigración de los Europeos á las comarcas del Nuevo Mundo descubiertas al final del siglo XV y principios del XVI tuvo escaso valor relativamente al conjunto de la población. Al principio cierto número de aventureros, fascinados por las relaciones de los primeros conquistadores, se precipitaron sobre las tierras nuevamente descubiertas. Á pesar de las formales prohibiciones de emigrar sin permiso, ó, por mejor decir, para el servicio del rey, los barcos de contrabando se hacían á la mar llenos de atrevidos compañeros; pero las medidas de precaución contra la emigración clandestina se hicieron cada vez más severas, al paso que las ocasiones de enriquecerse rápidamente iban escaseando y disminuía la curiosidad de los prodigios de ultramar. El movimiento de emigración de España y Portugal hacia las comarcas americanas que se les habían sometido cesó completamente, y la población de origen europeo sólo se aumentó por el nacimiento de mestizos ó de los escasos descendientes de los autóctonos de sangre pura y por la importación de «alquilados» pedidos que trabajaban por cuenta de los propietarios de la tierra. Sin embargo, la emigración había sido conservada y prolongada por esos elementos de origen europeo durante los primeros trescientos años de la ocupación.

Desde la mitad del siglo XVIII la importación de los «alquilados» alemanes en Pennsylvania tuvo importancia suficiente para alarmar á Burke, quien en 1765 expresó el temor de que aquella colonia se hiciera completamente extraña á la Gran Bretaña por la lengua, las costumbres y las tendencias; sin embargo, la emigración no tomó un carácter continuo y regular hasta después de las guerras del Imperio, al principio del siglo XIX. A medida que disminuía la trata de esclavos y que el trabajo asalariado tendía á reemplazar la compra

directa de los negros, el número de los emigrantes de Europa aumentaba: de miles se elevaba gradualmente á decenas y á centenas de

N.º 457. País de origen de los inmigrantes en los Estados Unidos.



millares anuales. Durante los cien años que terminaron en 30 de Junio de 1900, la multitud de hombres que abandonó voluntariamente Europa para buscarse una nueva patria al otro lado del Océano pudo evaluarse en treinta millones.

Jamás en el curso de la historia se había realizado semejante emigración de los pueblos: los grandes exodos pudieron tener la misma importancia relativa que la población de América, pero no pusieron ciertamente en movimiento tan poderosas multitudes de individuos. A pesar de la nueva recrudescencia que desde 1898 se observó en la emigración europea, debida al exodo de Italianos, Austriacos y Rusos, es dudoso que el siglo XX exceda sobre este particular al XIX, porque si bien es cierto que los medios de comunicación son mucho más numerosos y eficaces que antes, sirven mucho más para el movimiento de vaivén que para el desplazamiento definitivo sin voluntad de regreso: se viaja más, pero quizá se emigrará menos, porque el equilibrio de población y de recursos se establece cada vez más en las diversas comarcas. En el año 1882 la curva de emigración del siglo XIX alcanzó el punto más elevado: sólo los Estados Unidos recibieron 788,992 inmigrantes, en su mayor parte en la fuerza de la edad; cerca de un millón de hombres aislados ó en pequeños grupos habían cambiado de mundo.

En esta obra inmensa de expatriación se había operado una notable división de los elementos nacionales. Sobre los treinta millones de emigrantes, veinte habían tomado la vía de los Estados Unidos, y esas multitudes se componían casi exclusivamente de los Europeos del Norte, Ingleses, Escoceses é Irlandeses, Alemanes y Escandinavos. En la América del Sud, por el contrario, el elemento preponderante entre los recién llegados fué el de las gentes del Mediodía de Europa: Italianos, Españoles y Portugueses. En cuanto á los Franceses, pueblo establecido sobre las dos vertientes mediterránea y oceánica, están representados en los dos continentes del Nuevo Mundo en proporciones casi iguales, bastante débiles por lo demás.

De una parte y de otra la mezcla de elementos étnicos de orígenes diversos no cesó de fundir las poblaciones del Norte y del Sud en una masa de hombres especialmente cosmopolita. No había una familia que no contase entre los suyos Eslavos, Alemanes y Latinos.

Por fácil que haya llegado á ser la emigración, es decir, el desprendimiento de la persona al medio natal, exige siempre valor, iniciativa y resolución. Antiguamente solía verificarse á mano armada, por la conquista como en tiempo de los Mamertinos, ó por caravanas de mercaderes, bajo la protección de las costumbres y de los tratados. Actualmente los individuos aislados, más que las familias, los clanes ó las sectas, son los que intentan la temible aventura del desarraigo; pero se hace con prudencia, á veces con cierta timidez, á la manera de los animales con tentáculos, procurando prever los peligros y disminuir los riesgos; en primer lugar tratan de crearse una segunda patria donde hallen la lengua, las tradiciones mater-



Cl. P. Sellier.

EMIGRANTES ATRAVESANDO EL ATLÁNTICO
(Estampa de 1855).

nas, y, si es posible, costumbres análogas á las del «país», y las simpatías cordiales de parientes y amigos. Los provincianos y extranjeros que van á establecerse en una gran ciudad no se dispersan en ella á la ventura, sino que se agrupan en barrios, esforzándose por ayudarse mutuamente contra la indiferencia ó la hostilidad de los desconocidos y los peligros de la suerte. Las diversas nacionalidades se reunen en islotes arqueológicos en todas las ciudades capitales, París, Londres, New-York, San Francisco, lo mismo que antiguamente en las Universidades los estudiantes se distribuían en «hospitales», en «colegios», en «naciones». Cuando por la feliz casualidad de una circunstancia imprevista un emigrante halla una resi-

dencia muy hospitalaria, frecuentemente vienen otros compatriotas á formar enjambres á su rededor como las abejas en torno de una «madre». Así ha sucedido con los «Barcelonetas» de los Altos Alpes, que han llegado á ser comerciantes de telas en Méjico, quienes fueron sucesivamente llamados ó invitados por parientes y amigos que habían logrado hacer fortuna en esa industria hacia mediados del siglo XIX. En cincuenta años el número de los capitalistas «barcelonetas», que por lo demás son gentes sin iniciativa, aunque favorecidos por un trabajo de rutina que sólo pide ayuda mutua, se ha elevado á cuatrocientos cincuenta «que valen» seguramente más de un centenar de millones [1].

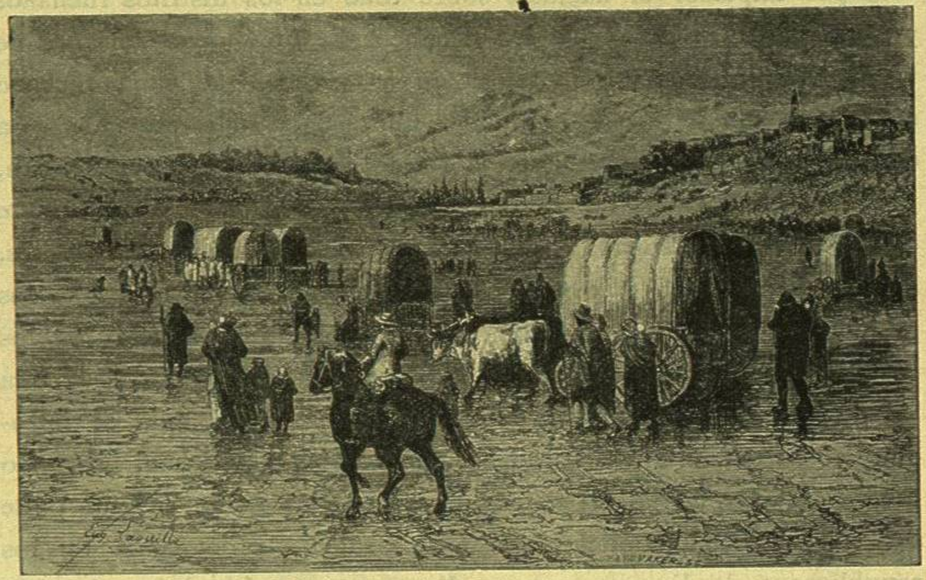
Los ejemplos del mismo género eran ya antiguamente la regla, y son en el día más frecuentes á medida que el hombre ha llegado á sentirse más hombre en la gran fraternidad humana. El que tiene sentimientos nobles y se juzga justo y bueno hallará en todas partes compañeros ó los merecerá al menos. Los deseos más comunes de los que se desplazan sobre la superficie de la tierra se revelan principalmente por los nombres que dan á las nuevas comarcas donde se establecen, y donde frecuentemente creen reconocer rasgos amados del país de origen. La Nueva Inglaterra, para no citar más que esta colonia moderna, es, entre todas, aquella en que se ha reproducido la «Vieja comarca» por los nombres, la disposición y el aspecto de las ciudades y las villas. ¿Qué población inglesa no tiene su homónima en la provincia americana, que fué precisamente la primera en desprenderse de la madre patria?

En nuestros días, los hombres que emigran á otras tierras, bajo otros cielos, por amor á las aventuras ó por curiosidad de lo desconocido, son una excepción. El pan y la libertad son los dos principales objetivos de los emigrantes europeos, y lo han sido sobre todo durante el período de revolución que se señaló á mediados del siglo XIX.

El exodo irlandés que se produjo en aquella época y que vació de habitantes ciertos distritos, tuvo el hambre por causa única. Un hambre atroz, cuya causa ocasional fué la enfermedad de las

[1] Em. Chabaud, *Des Barcelonnettes à Mexico;* Edmond Demolins, *Les Français d'aujourd'hui, types sociaux du Midi et du centre,* ps. 29 y siguientes.

patatas, pero cuyo verdadero motivo consistía en la apropiación de la tierra por el capitalista extranjero, produjo una mortalidad que se llevó más del décimo de la población, y la mayor parte de los desgraciados que quedaban no tenían más pasión que la de la huída, la de buscar la salvación en aquellos Estados Unidos de América donde se sabía que había compañeros de miseria que habían obte-



EMIGRANTES DIRIGIÉNDOSE HACIA EL FAR-WEST
(Estampa de 1855).

nido trabajo, buenos jornales y hasta fortuna. Todos aquellos que poseían alguna tierra la vendían á cualquier precio para el coste del pasaje; otros se dirigían á la opinión pública de Inglaterra, dolorosamente conmovida por las noticias del hambre, donde de todas partes afluían las suscripciones; por último, muchos propietarios sobre cuyos territorios habían perecido trabajadores, consentían en pagar el viaje de sus campesinos, acaso con la esperanza de librarse al mismo tiempo del remordimiento de su crimen. Todos esos medios reunidos obraron tan bien, que en el espacio de seis años, de 1847 — el *black forty seven* — á 1852, la población irlandesa descendió de 8.100,000 individuos á 6 millones. La «Pobre anciana» *Shan Von Vocht*, como llaman melancólicamente los Irlandeses á su madre patria, había perdido más de la cuarta parte de sus hijos. De 1826 á

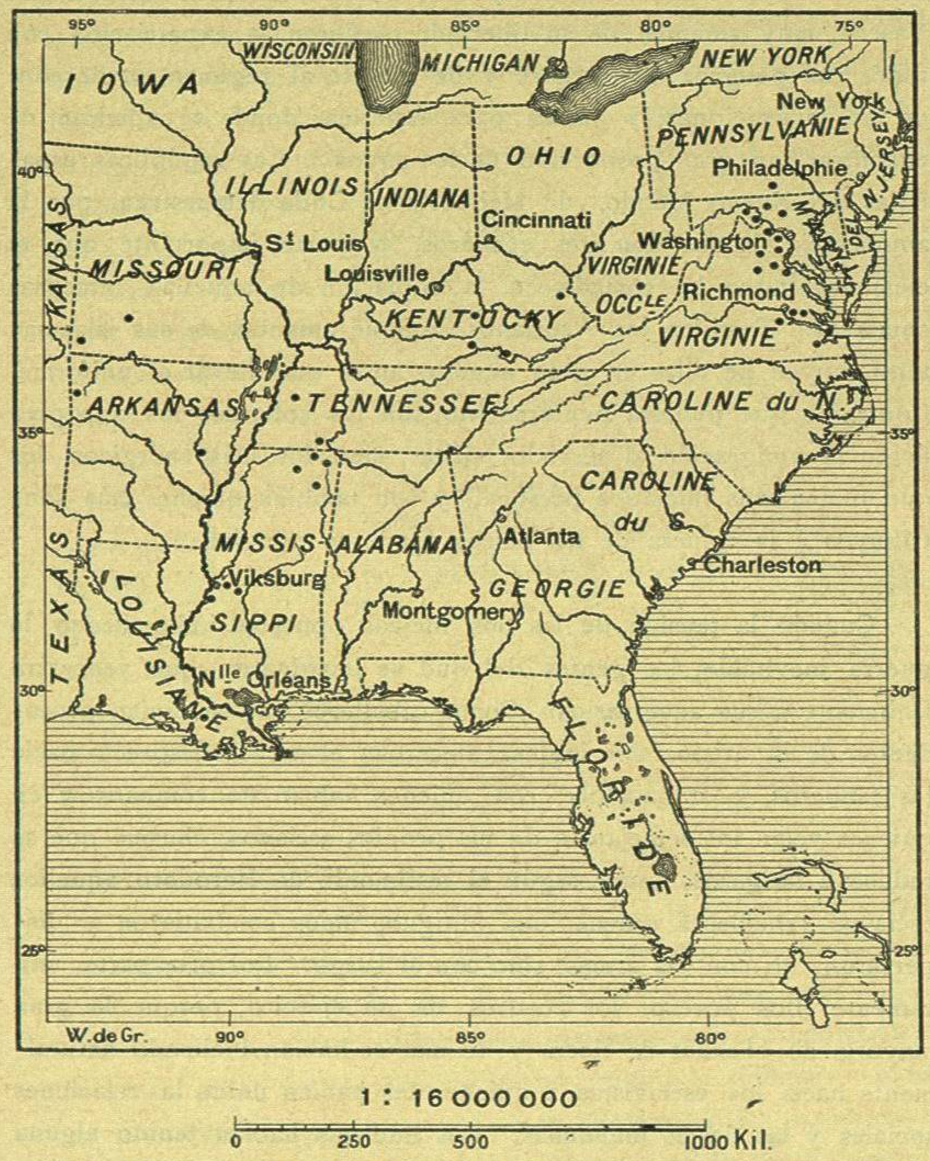
1905, la estadística de la inmigración en los Estados Unidos registró la entrada de 4.104,000 Irlandeses y de 3.345,000 Escoceses é Ingleses propiamente dichos.

La emigración alemana, en un principio menor numéricamente, destinada á superar en mucho la emigración irlandesa y después á ser reemplazada por una poderosa ola italiana y eslava, tuvo también por impulsor el hambre, sobre todo en los distritos rhenanos y silesios; sin embargo, á los famélicos se unió otro elemento de mayor valor intelectual y moral, el de los hombres que habían luchado en su país por la causa popular y que habían sido vencidos. La desilusión les hacía muy triste la residencia en la patria madrastra, y se dirigían hacia la república de los Estados Unidos, que, aunque distante del ideal soñado, ofrecía amplio espacio á sus inmigrantes, libertad plena de ir y venir y fácil acceso á las tribunas y á los periódicos. Es difícil apreciar en su valor en la historia de los Estados Unidos la influencia de esta inmigración republicana, ó á lo menos radical, germánica en grandísima mayoría, que se introdujo en el conjunto de la educación nacional americana. En todo caso es indudable que la guerra de «Secesión» debió en gran parte sus consecuencias abolicionistas á la ardiente propaganda de los republicanos de Europa que se alistaron en multitudes en las filas de los Federales del Norte y que consolidaron el ejército mucho más en concepto moral que material, puesto que aportaban sus convicciones republicanas y el odio á la esclavitud. Solamente los alemanes suministraron á la Unión 190,000 milicianos: á ellos se atribuye sobre todo la conservación del Estado del Missouri en la liga del Norte.

También entre los rebeldes han de clasificarse los prófugos que se destierran voluntariamente para sustraerse al servicio militar, procedentes en su mayor parte de Alemania y de Austria-Hungría, jóvenes que prefieren los peligros de un país desconocido á los cuarteles del país natal. Las islas Británicas, donde el ejército se recluta entre mercenarios, no han dado á las colonias esa categoría de ocupantes, y Rusia sólo ha contribuído en los últimos años con sus mennonitas y otras gentes de fe, á quienes sus principios religiosos y humanitarios prohiben el uso de las armas. Pero prece-

dentemente, las grandes insurrecciones de Polonia habían dado por resultado dirigir hacia la Europa occidental y los Estados Unidos

N.º 458. Teatro de la guerra de Secesión.



Los puntos negros indican los lugares de batalla. — Gettysburgo está en Pennsylvania, cerca de la frontera del Maryland; Savannah es la ciudad más meridional de la Carolina del Sud.

la mayoría de los patriotas polacos que habían podido escapar á la prisión, á la deportación ó á la muerte. Francia y España tuvie-

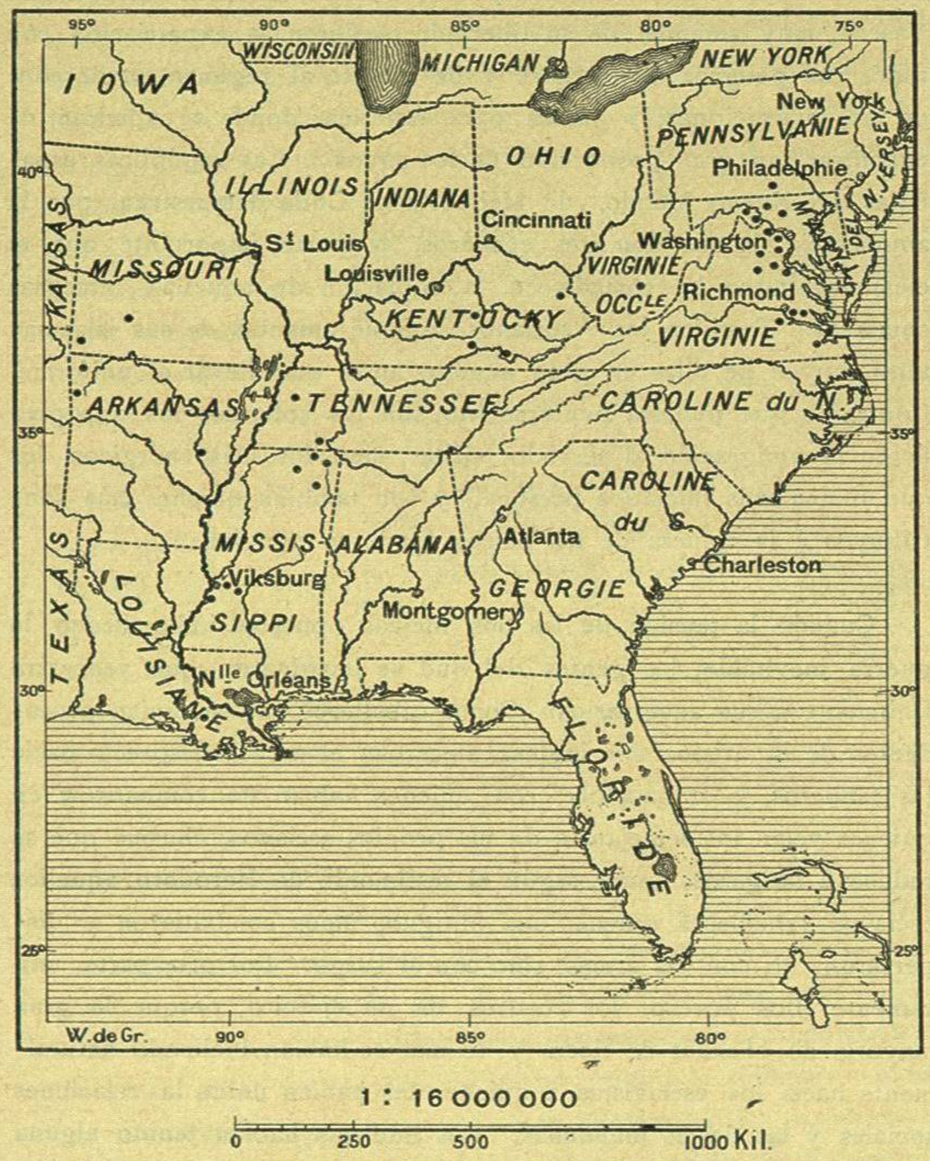
1905, la estadística de la inmigración en los Estados Unidos registró la entrada de 4.104,000 Irlandeses y de 3.345,000 Escoceses é Ingleses propiamente dichos.

La emigración alemana, en un principio menor numéricamente, destinada á superar en mucho la emigración irlandesa y después á ser reemplazada por una poderosa ola italiana y eslava, tuvo también por impulsor el hambre, sobre todo en los distritos rhenanos y silesios; sin embargo, á los famélicos se unió otro elemento de mayor valor intelectual y moral, el de los hombres que habían luchado en su país por la causa popular y que habían sido vencidos. La desilusión les hacía muy triste la residencia en la patria madrastra, y se dirigían hacia la república de los Estados Unidos, que, aunque distante del ideal soñado, ofrecía amplio espacio á sus inmigrantes, libertad plena de ir y venir y fácil acceso á las tribunas y á los periódicos. Es difícil apreciar en su valor en la historia de los Estados Unidos la influencia de esta inmigración republicana, ó á lo menos radical, germánica en grandísima mayoría, que se introdujo en el conjunto de la educación nacional americana. En todo caso es indudable que la guerra de «Secesión» debió en gran parte sus consecuencias abolicionistas á la ardiente propaganda de los republicanos de Europa que se alistaron en multitudes en las filas de los Federales del Norte y que consolidaron el ejército mucho más en concepto moral que material, puesto que aportaban sus convicciones republicanas y el odio á la esclavitud. Solamente los alemanes suministraron á la Unión 190,000 milicianos: á ellos se atribuye sobre todo la conservación del Estado del Missouri en la liga del Norte.

También entre los rebeldes han de clasificarse los prófugos que se destierran voluntariamente para sustraerse al servicio militar, procedentes en su mayor parte de Alemania y de Austria-Hungría, jóvenes que prefieren los peligros de un país desconocido á los cuarteles del país natal. Las islas Británicas, donde el ejército se recluta entre mercenarios, no han dado á las colonias esa categoría de ocupantes, y Rusia sólo ha contribuído en los últimos años con sus mennonitas y otras gentes de fe, á quienes sus principios religiosos y humanitarios prohiben el uso de las armas. Pero prece-

dentemente, las grandes insurrecciones de Polonia habían dado por resultado dirigir hacia la Europa occidental y los Estados Unidos

N.º 458. Teatro de la guerra de Secesión.



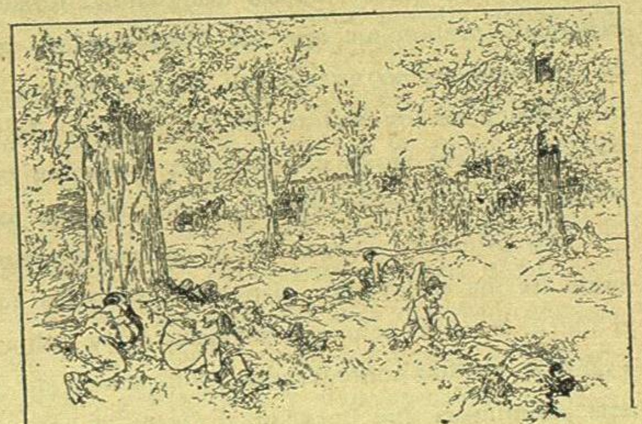
Los puntos negros indican los lugares de batalla. — Gettysburgo está en Pennsylvania, cerca de la frontera del Maryland; Savannah es la ciudad más meridional de la Carolina del Sud.

la mayoría de los patriotas polacos que habían podido escapar á la prisión, á la deportación ó á la muerte. Francia y España tuvie-

ron también parte en ese movimiento de emigración por causa de leyes militares, pero en esas dos comarcas los focos de emigración se limitaron durante mucho tiempo casi exclusivamente á las provincias Vascas entre el Adour y los Pirineos cántabros; porque los Vascos, muy amantes de su libertad, prefieren la expatriación con todos sus peligros de desastre y de muerte al régimen envilecedor de las guarniciones, y parten para América, donde se admiran de encontrar tan gran proporción de los suyos. Las repúblicas españolas del Nuevo Mundo, de Méjico y de Chile demuestran, por la abundancia de sus nombres eúskaros, la parte importante que el elemento vasco ha tomado en la población de aquellas inmensas comarcas. También los Azorianos, aunque amantes de sus islas natales, huyen de ellas en gran número antes que llevar el uniforme. Contra lo que pudiera pensarse, no son los cobardes los que prefieren la emigración al servicio militar, sino los más enérgicos, los que tienen más iniciativa personal, y son también quienes más contribuyen á la riqueza de los países donde se refugian.

Cuando la tensión de las dos fuerzas opuestas hubo hecho la guerra inevitable, las gentes del Sud se imaginaron que vencerían fácilmente á sus adversarios. Como caballeros que se creían procedentes de la aristocracia inglesa, afectaban el mayor desprecio hacia los tenderos y trabajadores con quienes habían de combatir y en quienes veían los semejantes de sus propios esclavos, chusma que se reduce á latigazos, como, según el testimonio de Herodoto, aquellos esclavos rebeldes á quienes sus antiguos amos combatieron y dispersaron, no con las armas, sino con el látigo. Por otra parte, únicamente ellos poseían los cuadros de un ejército, porque la gran mayoría de oficiales de tierra y de mar se habían inclinado naturalmente hacia los esclavistas á quienes les habían unido las relaciones sociales y las fiestas mundanas. Los Sudistas habían tenido alguna experiencia militar en Méjico y en la América central, y el hábito del mando en los campamentos de sus negros había hecho de ellos oficiales natos: en su comparación, las gentes del Norte no eran al primer contacto más que bandas indisciplinadas. Sin embargo, por confiados que fuesen, si no en la justicia, al menos en la legalidad,

en la tradición jurídica de su causa, lo mismo que en su excelencia personal, los esclavistas del Sud no podían dudar de este hecho incontestable, la superioridad material de sus adversarios del Norte, á quienes indudablemente pertenecía la fuerza, porque eran con mucho los más numerosos, y á sus compactas filas podían añadir la multitud infinita de los inmigrantes de Europa, que se presentaban tan dispuestos á empuñar las armas de guerra como las herramientas de trabajo; además tenían los prodigiosos recursos que les daba una industria muy superior á la de las gentes del Sud, y de antemano disponían de los tesoros que dan la ciencia y la iniciativa; por último, la red de ferrocarriles, cuyas mallas se entrecruzaban sobre todo el territorio, les permitía hacer que las tropas maniobraran fácilmente para el ataque y para la defensa.



Cl. del *Century*.

ESCENA DE GUERRA
(Croquis de Frank. H. Schell).

El herido de la izquierda pide al dibujante que separe el cuerpo del soldado que había venido á morir sobre él. En el centro un joven se venda el tobillo, á los pies del cadáver de su padre.

Evidentemente los políticos que lanzaron los Estados confederados á la rebeldía y á la guerra no ignoraban esas enormes ventajas que poseían los Estados unionistas, pero en su jactancia, explicable por los precedentes, imaginaban que sus adversarios no sabrían utilizar esas inmensas fuerzas: contaban sobre la conservación del ascendiente que el orgullo, la violencia y el hábito de la autoridad les habían asegurado siempre en las asambleas deliberantes: el dominio que siempre habían ejercido en el Senado, que frecuentemente habían disputado con buen éxito en la Cámara de los representantes, contaban adquirirlo también sobre la multitud innumerable que se agitaba en las ciudades industriales del Norte. El desprecio de sus adversarios es una gran fuerza, pero no conviene abusar

de ella. Los Sudistas no habían igualado á sus adversarios en la seriedad del estudio ni en la intensidad del trabajo material y moral, pero les habían vencido con frecuencia por la vehemencia del discurso, por la facundia oratoria; habituados á mandar los negros, creían poder también dominar á los blancos: la embriaguez de sus palabras les siguió hasta los campos de batalla, llegando á reivindicar la superioridad intelectual, aunque su literatura, comparada con la del Norte, y especialmente con la de la Nueva Inglaterra, careciese de todo valor. A esa desigualdad humillante daban una razón rarísima: pretendían que los Meridionales, conservadores naturales de la tradición, no querían en manera alguna separarse de la literatura clásica de los Milton, de los Dryden, de los Goldsmith, de los Pope, y de ese modo contrariaban todos los esfuerzos que hubieran podido dar por resultado la creación de una nueva literatura [1].

Los primeros sucesos de la guerra parecieron justificar la confianza de los esclavistas. Un bombardeo les entregó (16 Abril 1861) el fuerte Sumter, principal fortaleza de la bahía de Charleston, ciudad «santa» de los confederados, y la acción de Bull Run, en las tierras pantanosas que bordean al Oeste el bajo Potomac, terminó por la huída casi ridícula de los Federales, tropas sin cohesión que veían el fuego por primera vez. Fué preciso detener bruscamente las operaciones militares en que se habían comprometido imprudentemente y limitarse á la defensiva, parapetándose detrás de las fortificaciones en tierra, donde los reclutas se ejercitaban en el aprendizaje de su oficio. Pero el simple campamento sobre un punto de futuro ataque determinaba cada vez más el estado de guerra, y las escaramuzas tomaban gradualmente el carácter de batalla. La posición geográfica de las dos capitales enemigas, Washington y Richmond, obligaba á los ejércitos á gravitar alrededor de esas plazas. En tanto que los «Confederados» ó Sudistas, más audaces y más libres en sus movimientos, se aventuraban con singular audacia hasta la proximidad de Washington, y trataban de sorprenderla por una campaña sostenida en el Maryland y en la Pennsylvania, los «Federales» ó gentes del Norte impulsaban lentamente sus trabajos de aproximación hacia Rich-

[1] Thomas Nelson Page, *Marva Chan*.

mond, ya por el Norte, á través de los valles paralelos de los ríos que les separan de James-river, ya por el Este, en la misma península que se levanta ó más bien que se eleva por grados en la dirección de la ciudad ambicionada. ¡Cuántas veces los ejércitos, instruídos uno y otro en la matanza, chocaron en batallas indecisas, y cuántas veces avanzaron y retrocedieron sucesivamente después de terribles asaltos acometidos por ambas partes! Acaso no haya habido guerra más sangrienta; rara vez fueron sacrificadas más vidas humanas sobre los campos de batalla que durante aquella lucha de cuatro años.

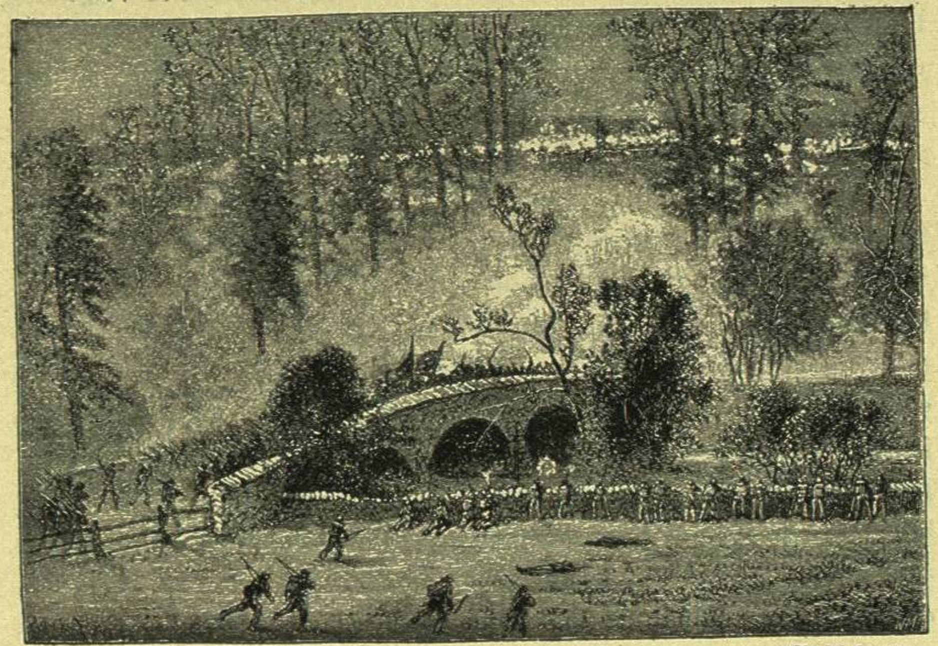
Primeramente vencidos por tierra, los Federales habían tenido la victoria en su primer combate naval, y pronto la ventaja capital que dan la industria y el comercio permitió á los asaltantes extender su bloqueo á lo largo de las costas del territorio esclavista y hasta penetrar en los estuarios y en las desembocaduras de los ríos del litoral. Verdad es que hubo corsarios del Sud y marinos extranjeros que lograron muchas veces forzar el bloqueo para introducir en el territorio sitiado armas, provisiones y correspondencia, pero esos desembarcos se hacían á gran coste, á cambio de algodón, cuya cosecha disminuía cada año. Llegó el día en que el círculo de hierro juntó sus dos extremos, cuando las flotillas de los ríos del interior se reunieron delante de Vicksburgo á los barcos llegados del mar por el bajo Mississipi, y mientras el grueso de los ejércitos se estrechaba sobre el contorno del núcleo formado por las dos capitales, el enorme circuito que se prolongaba á lo lejos hacia el Sudoeste se hallaba comprimido por las fuerzas del Norte: virtualmente el conflicto había de resolverse en pro de la serpiente que tenía ya á su víctima en sus abiertas fauces.

Sin embargo, la alucinación producida por el resultado de las primeras batallas y el deseo secreto que tenían las potencias europeas de anular la concurrencia temible de una rival triunfante en industria y en comercio, produjeron en el espíritu de la mayoría de los políticos la idea de que la resistencia de los Confederados acabaría por cansar á los fanáticos de la Unión y hasta por agotar sus recursos. El hombre de Estado más famoso que vivió en aquella época, el ilustre Gladstone, ya conocido con el nombre de *Great*

Old Man, dió, no obstante, la prueba de su falta de clarividencia política, puesto que felicitó públicamente á los jefes de la Confederación por haber sabido «crear una nación». Lo que les faltaba para ello era una idea directora dominante capaz de levantar la masa popular y apasionarla de una manera duradera por el entusiasmo de una causa noble. Pero si los propietarios de esclavos afectaban creer que la esclavitud de los negros era verdaderamente un principio por el cual es justo sacrificar la vida, la masa de los «pequeños blancos» no propietarios permanecía perfectamente indiferente á aquella palabrería, y si por una parte odiaba á los negros á causa de la diferencia de la piel y de la concurrencia del trabajo, por otra detestaba á los «grandes blancos», los altaneros patronos. Sin embargo, si los políticos de los Estados confederados se hubieran apoyado sobre el principio fundamental de toda libre asociación, si hubieran reivindicado el derecho natural del hombre á la autonomía personal y á la libertad de la agrupación según las simpatías, si hubieran dicho sencillamente «Vuestra compañía nos desagrada, gentes del Norte, y deseamos vivir en lo sucesivo como nos convenga, escogiendo nuestros aliados á nuestro gusto», se hubieran hallado sobre un terreno sólido y hubieran sido inatacables desde el punto de vista de la justicia humana. Puede creerse que hubieran tomado esa franca actitud si hubieran estado solos, pero se presentaban en la lucha al lado de los despreciados blancos de clase ínfima y, lo que es peor, acompañados de chusma de esclavos, y en esta situación compleja no podían reclamar á la vez el derecho á su libertad personal y el de esclavizar á los otros. Se veían, pues, obligados á atenerse á los precedentes históricos, á los textos legales, á la discusión de las confusas fórmulas de constitución y de jurisprudencia; como antes en el recinto del Congreso, discutían puntos de derecho en el campo de batalla, y á la voz chillona de los abogados acompañaba el estampido del cañón.

Por su parte los Unionistas se desprendían muy lentamente de su formalismo constitucional para adoptar francamente un principio: el del derecho del hombre á la libertad. Las manifestaciones oficiales se referían á la letra de la ley: únicamente los abolicionistas á quienes se llamaba «sectarios» y «fanáticos», saltaban sobre el

«compromiso del Missouri», el «proceso Dreat Scott, los juicios del Tribunal Supremo» y otros precedentes parlamentarios y legales. Los emigrantes que se hacían recibir en el número de los ciudadanos y se alistaban en multitud en el ejército, veían también las cosas desde un punto de vista más elevado que los nacidos en el país, acostumbrados á las sutilezas constitucionales: se necesita la herencia de algunas generaciones en las tradiciones absurdas para



Cl. del *Century*.

BATALLA DE ANTIETAM

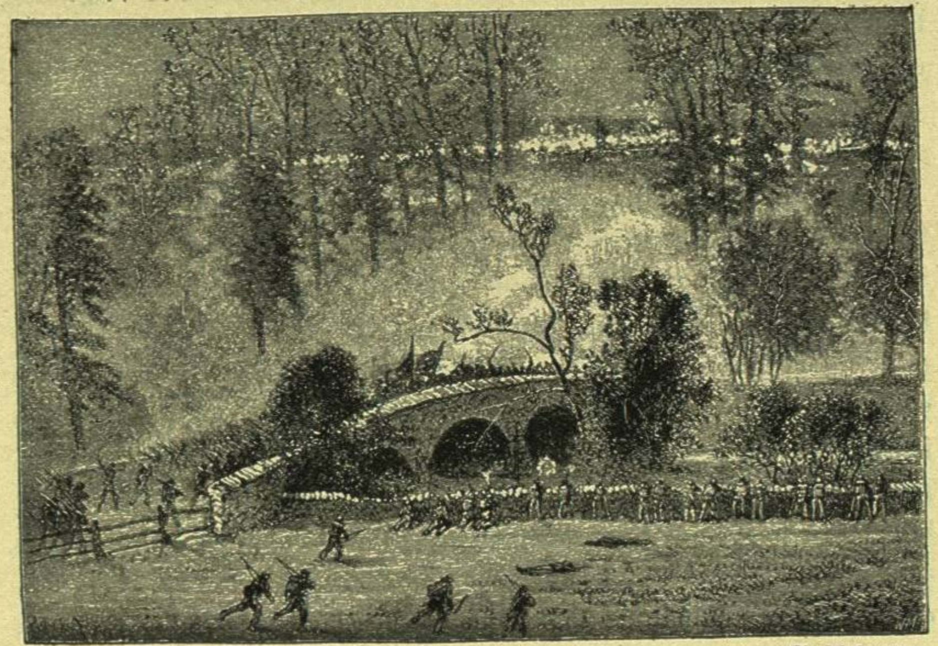
Los Federales ganan el puente de Burnside (17 de Septiembre de 1862) según el croquis de Edwin Forbes, hecho durante el combate.

sostener que los negros eran una «propiedad» del mismo género que el ganado. Los extranjeros recién llegados hubieran considerado muy natural que se sacaran los esclavos de las plantaciones y se les regimentara contra sus antiguos amos; pero el escrupuloso presidente Lincoln y los sabios jurisconsultos que le rodeaban no vieron desde un principio en el negro más que la pura mercancía determinada por los antecedentes legales, y hasta ocurrió que cuando la lógica de los acontecimientos hubo hecho justicia de toda esa logomaquia, cuando á pesar de todo fué preciso emancipar y armar los

Old Man, dió, no obstante, la prueba de su falta de clarividencia política, puesto que felicitó públicamente á los jefes de la Confederación por haber sabido «crear una nación». Lo que les faltaba para ello era una idea directora dominante capaz de levantar la masa popular y apasionarla de una manera duradera por el entusiasmo de una causa noble. Pero si los propietarios de esclavos afectaban creer que la esclavitud de los negros era verdaderamente un principio por el cual es justo sacrificar la vida, la masa de los «pequeños blancos» no propietarios permanecía perfectamente indiferente á aquella palabrería, y si por una parte odiaba á los negros á causa de la diferencia de la piel y de la concurrencia del trabajo, por otra detestaba á los «grandes blancos», los altaneros patronos. Sin embargo, si los políticos de los Estados confederados se hubieran apoyado sobre el principio fundamental de toda libre asociación, si hubieran reivindicado el derecho natural del hombre á la autonomía personal y á la libertad de la agrupación según las simpatías, si hubieran dicho sencillamente «Vuestra compañía nos desagrada, gentes del Norte, y deseamos vivir en lo sucesivo como nos convenga, escogiendo nuestros aliados á nuestro gusto», se hubieran hallado sobre un terreno sólido y hubieran sido inatacables desde el punto de vista de la justicia humana. Puede creerse que hubieran tomado esa franca actitud si hubieran estado solos, pero se presentaban en la lucha al lado de los despreciados blancos de clase ínfima y, lo que es peor, acompañados de chusma de esclavos, y en esta situación compleja no podían reclamar á la vez el derecho á su libertad personal y el de esclavizar á los otros. Se veían, pues, obligados á atenerse á los precedentes históricos, á los textos legales, á la discusión de las confusas fórmulas de constitución y de jurisprudencia; como antes en el recinto del Congreso, discutían puntos de derecho en el campo de batalla, y á la voz chillona de los abogados acompañaba el estampido del cañón.

Por su parte los Unionistas se desprendían muy lentamente de su formalismo constitucional para adoptar francamente un principio: el del derecho del hombre á la libertad. Las manifestaciones oficiales se referían á la letra de la ley: únicamente los abolicionistas á quienes se llamaba «sectarios» y «fanáticos», saltaban sobre el

«compromiso del Missouri», el «proceso Dreat Scott, los juicios del Tribunal Supremo» y otros precedentes parlamentarios y legales. Los emigrantes que se hacían recibir en el número de los ciudadanos y se alistaban en multitud en el ejército, veían también las cosas desde un punto de vista más elevado que los nacidos en el país, acostumbrados á las sutilezas constitucionales: se necesita la herencia de algunas generaciones en las tradiciones absurdas para



Cl. del *Century*.

BATALLA DE ANTIETAM

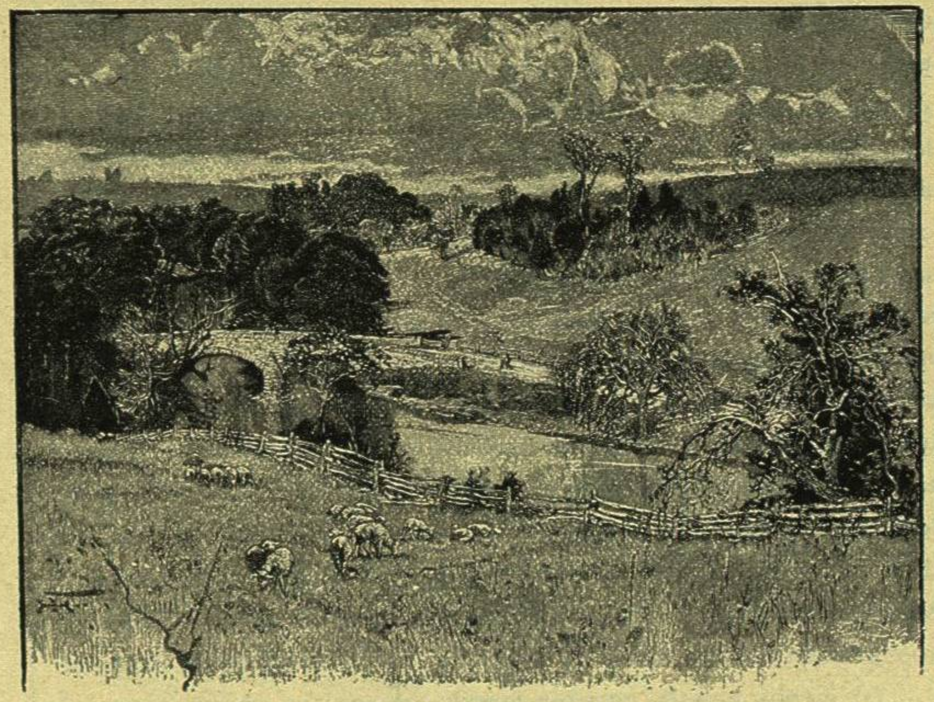
Los Federales ganan el puente de Burnside (17 de Septiembre de 1862) según el croquis de Edwin Forbes, hecho durante el combate.

sostener que los negros eran una «propiedad» del mismo género que el ganado. Los extranjeros recién llegados hubieran considerado muy natural que se sacaran los esclavos de las plantaciones y se les regimentara contra sus antiguos amos; pero el escrupuloso presidente Lincoln y los sabios jurisconsultos que le rodeaban no vieron desde un principio en el negro más que la pura mercancía determinada por los antecedentes legales, y hasta ocurrió que cuando la lógica de los acontecimientos hubo hecho justicia de toda esa logomaquia, cuando á pesar de todo fué preciso emancipar y armar los

negros, el respeto de la fórmula obligó á los deliberantes á designarles por una extraña perífrasis: no se vió en ellos más que «contrabando de guerra», es decir, simples objetos, como pólvora y balas, y durante mucho tiempo las actas y documentos relativos á ese contrabando vivo fueron redactados en una jerga incomprensible á todo jurisconsulto que no estuviera iniciado en el asunto. Asimismo, cuando el nuevo Estado — la Virginia Occidental — se desprendió del Estado esclavista familiarmente llamado «Old Virginia», la voluntad formal de los habitantes no pareció suficiente para justificar aquel acto administrativo, calificado de atentado por los Sudistas, y Lincoln se vió obligado á envolverlo en una docta palabrería que sirvió de tema á los sofismas de miles de casuistas.

A pesar de todo, fué preciso recurrir al acto por excelencia, á la decisión última que formaba como el núcleo de todo aquel montón de cosas secundarias discutidas entre las dos mitades de la república norteamericana. La proclama del 1.° de Enero de 1863 anunció que «todas las personas que estuvieran en estado de esclavitud en cada uno de los Estados rebeldes contra la Unión quedaban libres para siempre». Puede decirse que la revolución quedaba hecha, puesto que los Unionistas estaban de acuerdo para combatir en nombre de un principio y que sus inmensos recursos no se aplicaban ya á la casualidad para una causa cuya justicia se ignoraba. Pero la emancipación gradual de los 3.200,000 esclavos que vivían en las plantaciones de los Estados del Sud debía completarse lógicamente por la liberación de los 800,000 negros esclavizados que todavía existían en los Estados ocupados por los Unionistas. El escrupuloso presidente Lincoln fijaba en 1.° de Enero de 1900 el plazo de emancipación del último trabajador negro de los Estados Unidos, pero el encadenamiento de los hechos pedía una solución más rápida, y pronto fueron definitivamente manumitidos los esclavos en todos los Estados. Pero ocurrió que, habituados á la disciplina por la terrible escuela de la esclavitud, los negros del Sud continuaron observándola durante la guerra, sea con sus antiguos amos, sea con sus emancipadores: todo lo más algunos miles de ellos huyeron de las plantaciones para unirse á los ejércitos federales en los que los oficiales del Norte les acogieron como «contrabando de guerra», per-

mitiéndose utilizarlos en pro de la Unión incorporándoles en los regimientos en marcha. Por último, cuando los Federales pudieron pasar de la defensiva á la franca ofensiva y penetrar á lo lejos en las plantaciones de los Estados meridionales, armados con la proclamación de la libertad, los negros útiles pudieron acudir de todas partes á las filas de los invasores y unos 200,000 combatieron por la



Cl. del *Century*.

EL PUENTE DE BURNSIDE EN 1886

causa de su raza, pero sin el menor atentado á la legalidad aparente, sin que el hecho de tomar las armas pudiera dar á sus actos el menor carácter de insurrección.

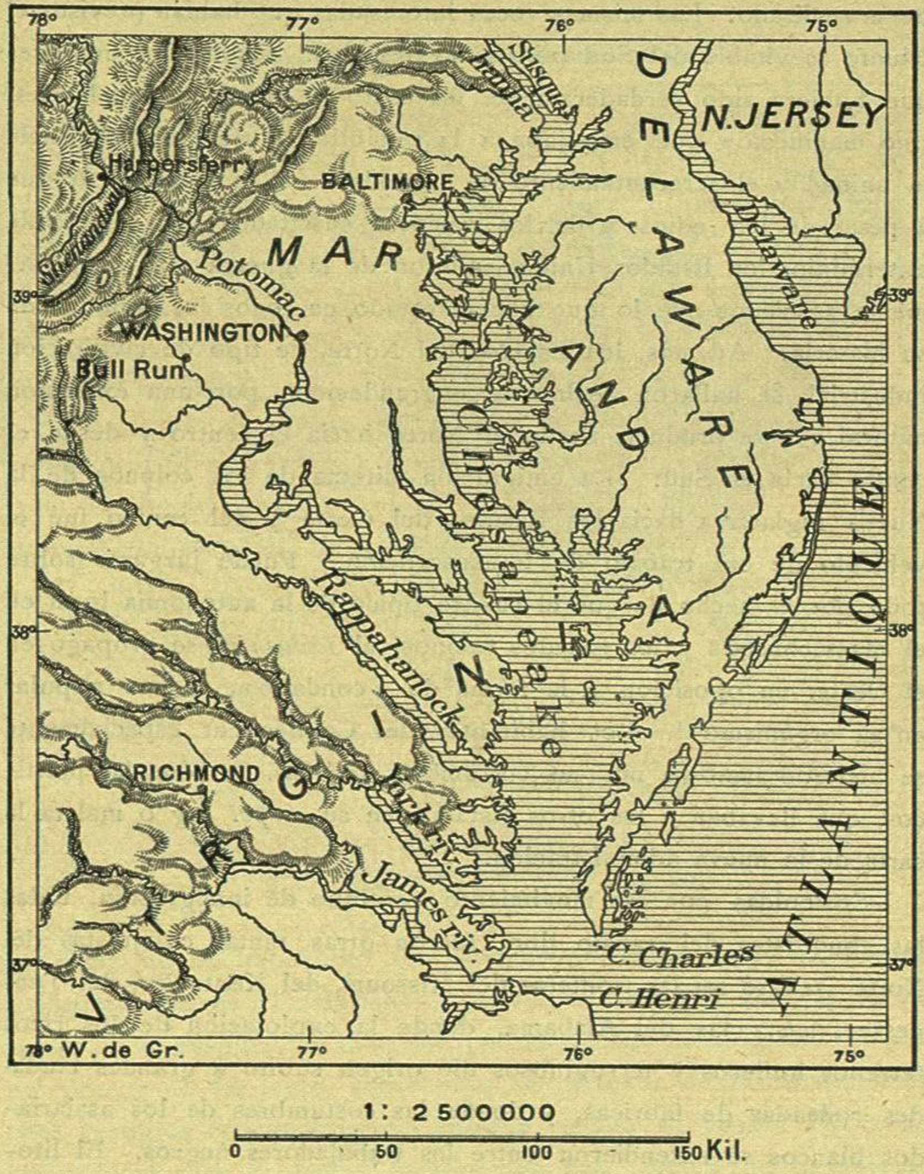
Los acontecimientos se precipitaron. El cambio de frente definitivo se realizó en los primeros días de Julio de 1863, inmediatamente antes de la fiesta nacional. Entonces fué cuando Vicksburgo, que era como el muro que obstruía á los Federales el camino natural del Missisipi, cayó en su poder, y que la última tentativa de los Confederados, avanzando en masa con el grueso de su ejército, fué á estrellarse contra el triángulo poderosamente fortificado de las

colinas de Gettysburgo, en Pennsylvania. La fuerza de la rebelión quedó rota definitivamente: hombres, recursos materiales y confianza comenzaron á desvanecerse, y todo lo que quedaba disponible se dirigía hacia las fortificaciones múltiples que formaban un laberinto de emboscadas delante de Richmond. El inmenso territorio comprendido entre el Atlántico, el golfo de Méjico y el Missisipi no tenía ya elementos de resistencia: se le hubiera podido comparar con la cáscara de huevo casi vacía. De ese modo las tropas federales hacían esfuerzos para atravesar aquella región en su mayor diámetro. Después de las victorias decisivas ganadas en la parte central del territorio de la insurrección, es decir, delante de la curva superior del gran río Tennessee — donde terminan las cadenas meridionales de los Alleghanies y donde comienzan las extensas llanuras en cultivo de la Georgia —, el general Sherman dispuso sus tropas en columnas paralelas, no para destruir el enemigo, que no podía oponer ejércitos de combate, sino para asolar los campos, cortar las líneas de comunicación, los caminos, puentes y ferrocarriles, quemar ciudades, villas y plantaciones, hacer absolutamente imposible toda continuación de la guerra, estableciendo un vacío completo entre los Estados mississipianos y los atlánticos. Destrucción más metódica no se había realizado jamás, ni aun quizá en tiempo de los Mongoles. El incendio se propagó sobre un espacio de más de 100 kilómetros de ancho por más de 500 kilómetros de largo.

Al menos aquella terrible marcha alcanzó su objeto estratégico: llegado á la orilla del mar, cerca de Savannah, el general Sherman se unió á la flota del Atlántico, y el cerco se estrechó alrededor de los Confederados hasta ahogarlos. Era el principio del año 1865: á la sazón los Federales avanzaban á la vez por el Norte, el Sud, el Este y el Oeste sobre las posiciones del general Lee, alrededor de Richmond y de Petersburgo, y el 17 de Abril, los últimos rebeldes, rodeados por todas partes, se vieron obligados á deponer las armas. Así terminó aquella sangrienta guerra, y el equilibrio político y social de la nueva república que surgió de la tormenta se halló completamente cambiado. En lo sucesivo las gentes de piel blanca continuaron irracionalmente, en su mayoría, despreciando y aun odiando á las gentes de piel negra ó morena, pero ya no se

trataba de «principio» de esclavitud ni de «institución divina». Como para dar un carácter épico al fin de la formidable lucha, Lin-

N.º 459. Las dos capitales de la guerra de Secesión.



coln, el presidente que había sido el portavoz de la emancipación de los negros, fué asesinado en pleno triunfo.

La victoria de los Estados del Norte sobre los Estados del Sud

produjo las consecuencias ordinarias: hizo aceptar el éxito como legítimo á la gran mayoría de los que lo hubieran reprobado de antemano, é hizo también brotar á miles los profetas del día siguiente, los que decían haber anunciado los acontecimientos mucho antes de haberse realizado. Las mismas voces interesadas que habían previsto el triunfo inevitable del Sud porque lo deseaban, reconocían entonces que hubiera sido verdaderamente insensato no creer en aquel «destino manifiesto» que empujaba á la república norteamericana hacia la unidad y el acrecentamiento de su poder. Y es bien cierto que á pesar de los odios y de los rencores suscitados por el terrible exterminio, los Estados Unidos salieron de la guerra más estrechamente asociados que lo que habían estado en todos los períodos de su historia. Además, los Estados del Norte, de tipo de civilización industrial, se hallaron realmente engrandecidos por una extensión natural que se producía desde el Norte hacia el centro y desde el centro hacia el Sud. La emigración directa de los colonos de la Nueva Inglaterra hacia los Estados del Oeste y del centro fué el vehículo de ese trabajo de intususcepción. Puede juzgarse sobre todo por el hecho de que el cuadro típico de la autonomía local en el Massachusetts y los Estados vecinos, el *township*, se propagó en el Oeste, en oposición á la forma de «condado», menos popular en su organismo [1]. Los habitantes del Connecticut especialmente se hicieron famosos por sus costumbres viajeras, de nómadas políticos, que llevaban á los otros Estados en su *carpet bag* ó maleta la carta de la nueva administración.

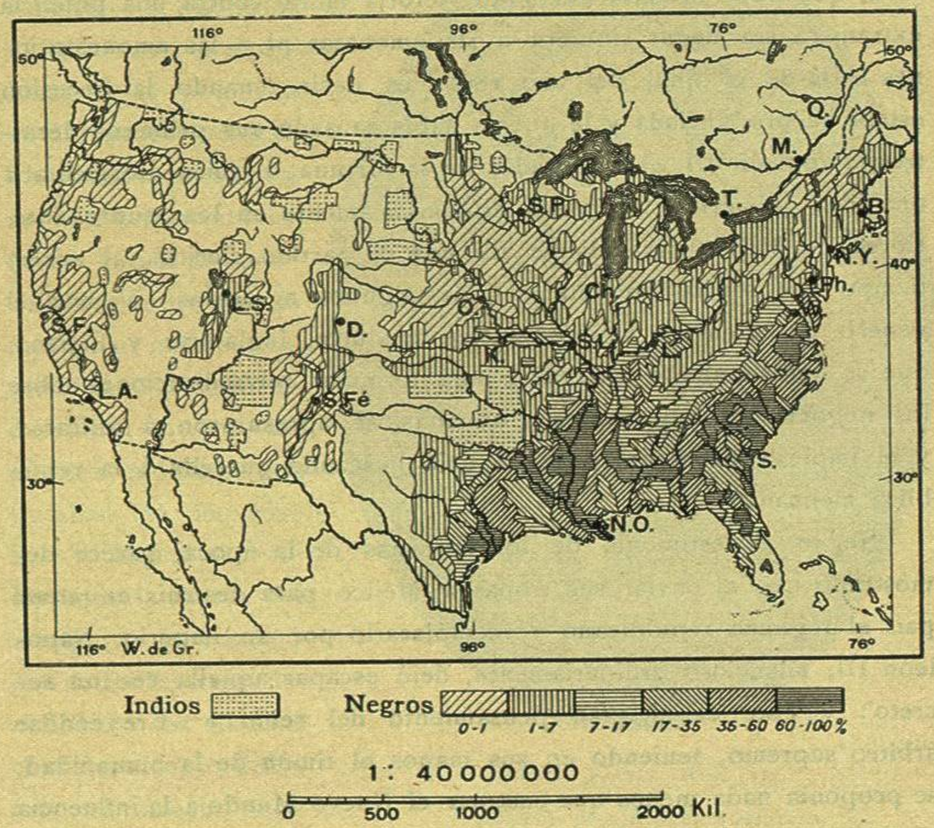
Sostenidas por ese movimiento continuo de inmigración, todas las conquistas del trabajo libre fueron otras tantas conquistas del Norte: rebasó así las fronteras del Missouri, del Kentucky, del Tennessee, hasta las del Alabama, donde la explotación de los ricos terrenos hulleros y ferruginosos dió origen súbito á grandes ciudades rodeadas de fábricas, y donde las costumbres de los asalariados blancos se extendieron entre los trabajadores negros. El litoral de la Florida, con sus soberbios hoteles, donde van á miles los valetudinarios y los ociosos de las ciudades atlánticas, se ha con-

[1] Emile Boutmy, *Eléments d'une Psychologie politique du Peuple Américain*, p. 42.

vertido también en una especie de prolongación económica de las costas de la Nueva Inglaterra, de New-York y de New-Jersey.

En cuanto al resultado mayor de la guerra, la emancipación de los negros, claro es que si fué proclamada en una fecha precisa, no fué realizada en seguida. La esclavitud no desapareció, ó por me-

N.º 460. Los Indios y los Negros en los Estados Unidos.



jor decir, no se transformó sino lentamente en su forma industrial moderna, que es el salariado; todavía en nuestros días, cerca de medio siglo después de la emancipación oficial, se conservan en las prácticas y en las leyes, sobre todo en el fondo de las almas, muchos vestigios repugnantes del antiguo estado de cosas. Hasta se ha dado el caso de haber juristas que han tratado de restablecer indirectamente la esclavitud por toda clase de artificios legales y de haber hallado cómplices en los tribunales y en los parlamentos de los Estados. Semejantes iniquidades son inevitables, porque las an-

produjo las consecuencias ordinarias: hizo aceptar el éxito como legítimo á la gran mayoría de los que lo hubieran reprobado de antemano, é hizo también brotar á miles los profetas del día siguiente, los que decían haber anunciado los acontecimientos mucho antes de haberse realizado. Las mismas voces interesadas que habían previsto el triunfo inevitable del Sud porque lo deseaban, reconocían entonces que hubiera sido verdaderamente insensato no creer en aquel «destino manifiesto» que empujaba á la república norteamericana hacia la unidad y el acrecentamiento de su poder. Y es bien cierto que á pesar de los odios y de los rencores suscitados por el terrible exterminio, los Estados Unidos salieron de la guerra más estrechamente asociados que lo que habían estado en todos los períodos de su historia. Además, los Estados del Norte, de tipo de civilización industrial, se hallaron realmente engrandecidos por una extensión natural que se producía desde el Norte hacia el centro y desde el centro hacia el Sud. La emigración directa de los colonos de la Nueva Inglaterra hacia los Estados del Oeste y del centro fué el vehículo de ese trabajo de intususcepción. Puede juzgarse sobre todo por el hecho de que el cuadro típico de la autonomía local en el Massachusetts y los Estados vecinos, el *township*, se propagó en el Oeste, en oposición á la forma de «condado», menos popular en su organismo [1]. Los habitantes del Connecticut especialmente se hicieron famosos por sus costumbres viajeras, de nómadas políticos, que llevaban á los otros Estados en su *carpet bag* ó maleta la carta de la nueva administración.

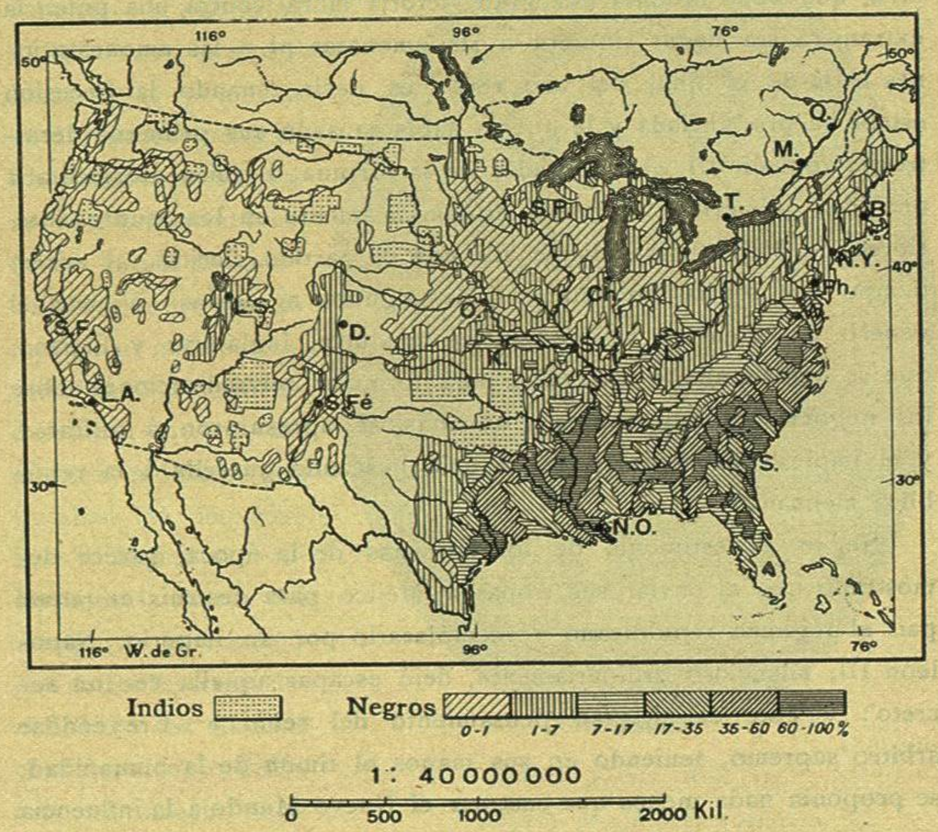
Sostenidas por ese movimiento continuo de inmigración, todas las conquistas del trabajo libre fueron otras tantas conquistas del Norte: rebasó así las fronteras del Missouri, del Kentucky, del Tennessee, hasta las del Alabama, donde la explotación de los ricos terrenos hulleros y ferruginosos dió origen súbito á grandes ciudades rodeadas de fábricas, y donde las costumbres de los asalariados blancos se extendieron entre los trabajadores negros. El litoral de la Florida, con sus soberbios hoteles, donde van á miles los valetudinarios y los ociosos de las ciudades atlánticas, se ha con-

[1] Emile Boutmy, *Eléments d'une Psychologie politique du Peuple Américain*, p. 42.

vertido también en una especie de prolongación económica de las costas de la Nueva Inglaterra, de New-York y de New-Jersey.

En cuanto al resultado mayor de la guerra, la emancipación de los negros, claro es que si fué proclamada en una fecha precisa, no fué realizada en seguida. La esclavitud no desapareció, ó por me-

N.º 460. Los Indios y los Negros en los Estados Unidos.



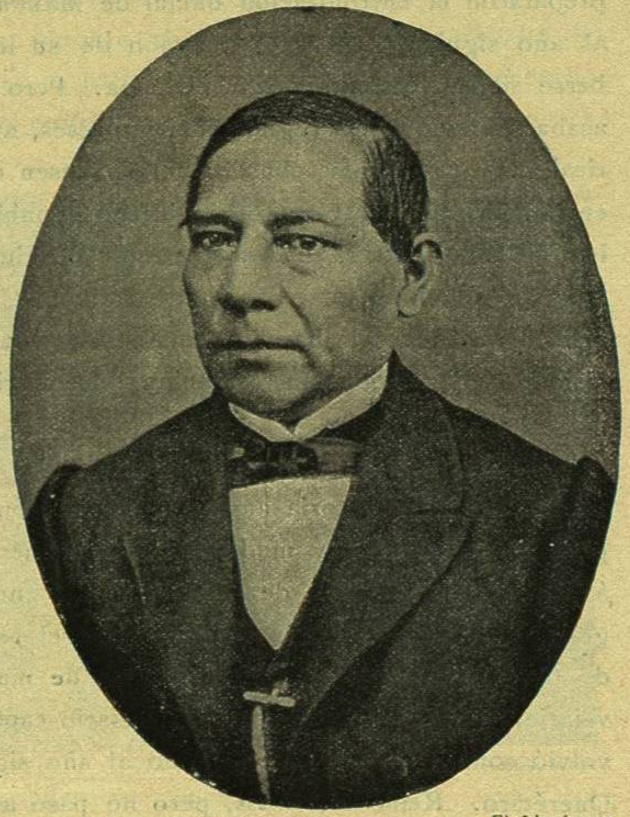
jor decir, no se transformó sino lentamente en su forma industrial moderna, que es el salariado; todavía en nuestros días, cerca de medio siglo después de la emancipación oficial, se conservan en las prácticas y en las leyes, sobre todo en el fondo de las almas, muchos vestigios repugnantes del antiguo estado de cosas. Hasta se ha dado el caso de haber juristas que han tratado de restablecer indirectamente la esclavitud por toda clase de artificios legales y de haber hallado cómplices en los tribunales y en los parlamentos de los Estados. Semejantes iniquidades son inevitables, porque las an-

tiguas instituciones tienen la vida dura; y, además, ¿no toman todas las explotaciones del hombre por el hombre, esclavitud, servidumbre, salariado, formas análogas, difíciles de distinguir en los diversos medios?

La república norteamericana salió tan poderosa de la guerra civil, que pudo obtener una gran victoria moral contra una potencia extranjera sin llegar siquiera á las amenazas ni á las amonestaciones. Desde el final del año 1861, es decir, cuando la Secesión estaba ya pronunciada y la guerra había causado sus primeros desastres, Napoleón III, el emperador de la fortuna, á quien atormentaba una idea quimérica, intervenía diplomáticamente en los asuntos interiores de Méjico para aliarse allí con el partido clerical, al mismo tiempo que servía los intereses de algunos agiotistas. Viendo el género de aventura á que se les conducía, Inglaterra y España, que se habían aliado á Francia para formular reivindicaciones sobre los negocios de empréstitos y aduanas, se apresuraron á retirarse, y el imperio napoleónico quedó solo buscando querella á la república mejicana.

Según el testimonio de los cronistas de la época, parece demostrado que al enviar sus tropas á Méjico para destruir en aquel país el régimen republicano y reemplazarlo por un imperio, Napoleón III, silencioso ordinariamente, dejó escapar aquella vez un secreto: «¡Este es el gran pensamiento del reino!» Creyéndose árbitro supremo, teniendo en sus manos el timón de la humanidad, se proponía nada menos que sustraer el Nuevo Mundo á la influencia preponderante de los Anglo-Americanos y hacer para la Hispano-América lo que creía haber hecho para Francia, trazarle un cauce permanente como á los ríos rectificados, arrancarla definitivamente al régimen incierto y variable de los instintos y los caprichos populares, imponerle una evolución venida de arriba y regida por la voluntad de un hombre, de un emperador, presunto razonable y prudente siempre. Para dar á su designio una apariencia absolutamente desinteresada, se guardó mucho de imitar á su tío, que dispuso de los tronos para su dinastía: el escogido por él como representante de su ideal monárquico pertenecía á la antigua casa de

Austria, la de todas las familias reales de Europa hacia la cual los fanáticos de la tradición de servidumbre levantan los ojos con la mayor veneración. El momento parecía bien escogido para entronizar el descendiente de los Habsburgo en aquel país que había sido conquistado por los lugartenientes de Carlos V. En efecto, la «doctrina de Monroe», que prohibía á las potencias de Europa intervenir en los asuntos americanos, se hallaba momentáneamente herida de caducidad, puesto que la república norteamericana estaba entonces desunida; quizá los mismos políticos que trataban de imperializar á Méjico esperaban que la fuerza del ejemplo y la comunidad de los intereses decidirían á los Estados confederados, es decir, á la aristocracia esclavista de las regiones floridianas y mississipianas á aliarse íntimamente al nuevo imperio mejicano.



Cl. Lippincott.

BENITO JUÁREZ, 1806-1872

Presidente de la República Mejicana.

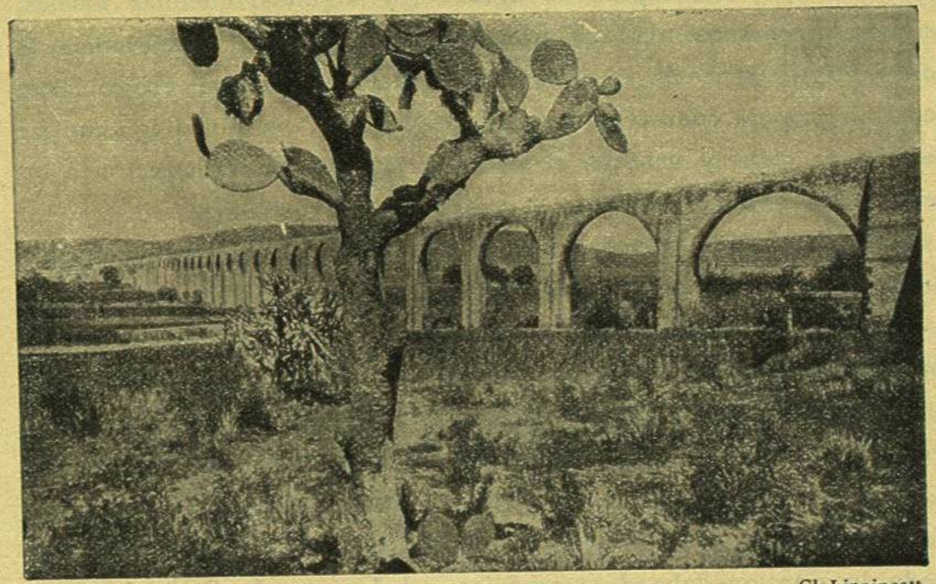
Pero todas esas combinaciones carecían de presciencia y de sagacidad: el pensamiento más grande de Napoleón fué en realidad una grandísima locura. En primer lugar las tropas francesas que habían triunfado de los más temibles ejércitos sobre los campos de batalla de Europa, se hallaron frente á valientes enemigos á quienes habían despreciado injustamente de antemano; su primer choque serio fué un fracaso para aquellas tropas: el asalto de Puebla,

en 5 de Mayo de 1862, fué victoriosamente rechazado, y pasó más de un año antes que el ejército francés pudiera reorganizarse y penetrar al fin en Puebla para abrirse el camino de Méjico. Los Franceses entraron en la ciudad el 10 de Junio de 1863 y en ella prepararon la entronización oficial de Maximiliano, que se presentó al año siguiente á tomar posesión de su imperio, después de haberse hecho consagrar por el papa. Pero la guerra no se había acabado; aunque los regimientos franceses, apoyando al ejército clerical de los generales conservadores, fuesen casi siempre vencedores en batalla campal, y que el gobierno republicano presidido por el indio Benito Juárez, tuviera que huir de ciudad en ciudad, no dejaba de organizar guerrillas que hostigaban por todas partes á los vencedores, les cortaban los caminos y se apoderaban de sus provisiones. Se ahorcaban centenares de patriotas, pero renacían á millares.

Cuando la ruina completa de los esclavistas produjo la gran evolución de la historia americana, Napoleón comprendió que debía preparar su retirada y modificar prudentemente su política, dejando á Maximiliano librarse de su situación si aun era posible. El desgraciado creyó conseguir su objeto por el terror, y por un decreto de Octubre de 1865 decretó la pena de muerte en el término de veinticuatro horas contra todo adversario capturado. Ese decreto se volvió contra él y le fué aplicado al año siguiente en los fosos de Querétaro. Reinó tres años, pero no pasó un día de aquel imperio sin que los historiadores leyeran claramente su horóscopo de víctima expiatoria: el gran pensamiento le fué funesto. Sin embargo, el crimen político de que Francia, sacrificada á las quimeras de su amo, se había hecho culpable sin tener en él participación moral, no le suscitó sentimientos de odio y de venganza en el alma de los Mejicanos. Un seguro instinto había advertido á éstos que el invasor, enemigo de ocasión y no de naturaleza, no les odiaba, y le perdonaron, prefiriendo recordar las enseñanzas de la Revolución francesa á los caprichos incoherentes de la contra-revolución imperial. Además, comprendían que en la lucha de los intereses, tan ruda entre las naciones como entre los individuos, nada tenían que temer y sí mucho que esperar de la solidaridad moral de sus her-

manos «latinos», mientras que por el contrario, se encontraban en el caso de temerlo todo de sus amigos de un día, vecinos de ultra Río Grande.

Como quiera que sea, el resultado de la guerra de Méjico dejó perfectamente sentada la «doctrina de Monroe» como una verdad política ya indiscutible: durante el medio siglo que acababa de transcurrir, las ambiciones se habían convertido en una firme realidad. En lo sucesivo no podría imaginar la mente más quimérica



Cl. Lippincott.

EL ACUEDUCTO DE QUERÉTARO

que Francia, Inglaterra ó cualquiera otra potencia europea pudieran modificar á su capricho el equilibrio político del Nuevo Mundo, ni en la América del Norte ni en la América del Sud.

El principio establecido por el presidente Monroe, con motivo de las sublevaciones de la independencia hispano-americana, no podía encontrar ya contradictores. Por la fuerza de las cosas, lo mismo que por la conciencia orgullosa de su misión entre las naciones, los Estados Unidos habían llegado á disponer en todo el mundo occidental de una verdadera superioridad; constituían una república patrona de otras repúblicas, que formaba, por decirlo así, en la ordenación general del mundo, el contraste con el imperio ruso,

el más poderoso de todos por la extensión territorial, y el que representa por excelencia los principios conservadores del despotismo antiguo.

Después del gran trastorno de la guerra de Crimea, el gobierno ruso tuvo que hacer un arreglo con la opinión pública excitada. Aunque la nación no tuviera un solo órgano representativo directo por el cual pudiera manifestarse oficialmente su comprensión de las cosas, no por eso dejaba de agitarse, y algunas rebeldías locales, signos precursores de una transformación general, atestiguaban la creciente impaciencia de los súbditos. Por más que el gobierno central quisiera conservar la rutina tradicional, no podía ignorar ese estado de cosas y buscaba el medio de dar alguna satisfacción á las exigencias populares.

No hay duda que la nación rusa, con el egoísmo colectivo correspondiente á ese montón de hombres determinados por la serie secular de los acontecimientos, permitía á sus gobernantes proseguir su política de conquista y opresión contra el extranjero; hasta veía con cierta satisfacción las anexiones lejanas que añadían al imperio las inmensas extensiones asiáticas; aprobaba las campañas del Cáucaso, que terminaban en 1859 por la captura de Chamil, profeta y guerrero, y en 1864 pacificaban por la despoblación completa todo lo que quedaba de territorios rebeldes en la Caucasia occidental, dándose el caso de que la misma masa del pueblo ruso se hallaba ciertamente de acuerdo con su gobierno para aprobar la sofocación de una nueva insurrección polaca en 1863. Como tantas otras poblaciones, la de la «Santa Rusia» sólo pedía justicia para sí misma y participaba voluntariamente en la injusticia cometida contra las otras.

Las mejoras materiales son las que los gobiernos se dejan arrancar más fácilmente, porque son los primeros en aprovecharse de ellas. La red de los ferrocarriles comenzó á unirse á la única línea de gran comunicación que existía entonces, la que unía las dos capitales, Moscou y Petersburgo. Algunos caminos, á los que se habían anticipado las vías férreas en diversas regiones del imperio, se trazaron en diversas comarcas y se construyeron algunos puentes sobre los ríos. Al mismo tiempo se abrieron escuelas para los hijos de la burguesía naciente y se publicaron amnistías para lo pasado; dióse libertad á algunos dekabristas desterrados que todavía vivían y los miembros de sus familias fueron declarados rehabilitados.

Al mismo tiempo, en 1857, se decidió poner la mano sobre el arca santa de la servidumbre, que, desde el atentado de Boris Godunov contra la libertad rusa, había roído tan profundamente el corazón de la nación. Como siempre en semejante circunstancia, esta decisión «liberal» del gobierno había sido dictada por la necesidad. El emperador Alejandro expuso su razón á los nobles reunidos en el Kreml': «Demos la libertad para que no sea tomada á viva fuerza». Las sublevaciones parciales y las rebeldías individuales de los campesinos eran frecuentes, y, por otra parte, muchos señores estaban de corazón con los rebeldes. Había siervos desesperados que en multitud huían hacia las estepas de la Rusia meridional, y se producían sangrientos conflictos en las casas de campo de los señores. Se evaluaba por término medio anual en setenta el número de los propietarios asesinados por los campesinos, á veces con el refinamiento del tormento y de la hoguera [1].

En 17 de Marzo de 1861 (el 5 en el calendario ruso) se inauguró la era de la emancipación. Calcúlese la inmensidad del cambio económico y social en todo el organismo de la nación, considerando que el número de campesinos varones que habían de emanciparse en la Rusia europea, en Siberia y en la Transcaucasia se elevaba á cerca de doce millones (diez millones y medio de individuos existían según el censo de 1857, el último que los contó), de los cuales de ochocientos á novecientos mil pertenecían á los dominios imperiales y á las diversas administraciones. Añadiendo á esas «almas» de hombres, las de las mujeres de todas las edades, el conjunto de los siervos, poco distante de 23 millones, representaba, según Semevsky, más de la mitad (53 %) de toda la clase de los campesinos del imperio y más del tercio (37 ½ %) de la población de la Rusia propiamente dicha.

[1] Alex. Tratchevski, *Revue Internationale de Sociologie*, Agosto 1895, p. 19.

el más poderoso de todos por la extensión territorial, y el que representa por excelencia los principios conservadores del despotismo antiguo.

Después del gran trastorno de la guerra de Crimea, el gobierno ruso tuvo que hacer un arreglo con la opinión pública excitada. Aunque la nación no tuviera un solo órgano representativo directo por el cual pudiera manifestarse oficialmente su comprensión de las cosas, no por eso dejaba de agitarse, y algunas rebeldías locales, signos precursores de una transformación general, atestiguaban la creciente impaciencia de los súbditos. Por más que el gobierno central quisiera conservar la rutina tradicional, no podía ignorar ese estado de cosas y buscaba el medio de dar alguna satisfacción á las exigencias populares.

No hay duda que la nación rusa, con el egoísmo colectivo correspondiente á ese montón de hombres determinados por la serie secular de los acontecimientos, permitía á sus gobernantes proseguir su política de conquista y opresión contra el extranjero; hasta veía con cierta satisfacción las anexiones lejanas que añadían al imperio las inmensas extensiones asiáticas; aprobaba las campañas del Cáucaso, que terminaban en 1859 por la captura de Chamil, profeta y guerrero, y en 1864 pacificaban por la despoblación completa todo lo que quedaba de territorios rebeldes en la Caucasia occidental, dándose el caso de que la misma masa del pueblo ruso se hallaba ciertamente de acuerdo con su gobierno para aprobar la sofocación de una nueva insurrección polaca en 1863. Como tantas otras poblaciones, la de la «Santa Rusia» sólo pedía justicia para sí misma y participaba voluntariamente en la injusticia cometida contra las otras.

Las mejoras materiales son las que los gobiernos se dejan arrancar más fácilmente, porque son los primeros en aprovecharse de ellas. La red de los ferrocarriles comenzó á unirse á la única línea de gran comunicación que existía entonces, la que unía las dos capitales, Moscou y Petersburgo. Algunos caminos, á los que se habían anticipado las vías férreas en diversas regiones del imperio, se trazaron en diversas comarcas y se construyeron algunos puentes sobre los ríos. Al mismo tiempo se abrieron escuelas para los hijos de la burguesía naciente y se publicaron amnistías para lo pasado; dióse libertad á algunos dekabristas desterrados que todavía vivían y los miembros de sus familias fueron declarados rehabilitados.

Al mismo tiempo, en 1857, se decidió poner la mano sobre el arca santa de la servidumbre, que, desde el atentado de Boris Godunov contra la libertad rusa, había roído tan profundamente el corazón de la nación. Como siempre en semejante circunstancia, esta decisión «liberal» del gobierno había sido dictada por la necesidad. El emperador Alejandro expuso su razón á los nobles reunidos en el Kreml': «Demos la libertad para que no sea tomada á viva fuerza». Las sublevaciones parciales y las rebeldías individuales de los campesinos eran frecuentes, y, por otra parte, muchos señores estaban de corazón con los rebeldes. Había siervos desesperados que en multitud huían hacia las estepas de la Rusia meridional, y se producían sangrientos conflictos en las casas de campo de los señores. Se evaluaba por término medio anual en setenta el número de los propietarios asesinados por los campesinos, á veces con el refinamiento del tormento y de la hoguera [1].

En 17 de Marzo de 1861 (el 5 en el calendario ruso) se inauguró la era de la emancipación. Calcúlese la inmensidad del cambio económico y social en todo el organismo de la nación, considerando que el número de campesinos varones que habían de emanciparse en la Rusia europea, en Siberia y en la Transcaucasia se elevaba á cerca de doce millones (diez millones y medio de individuos existían según el censo de 1857, el último que los contó), de los cuales de ochocientos á novecientos mil pertenecían á los dominios imperiales y á las diversas administraciones. Añadiendo á esas «almas» de hombres, las de las mujeres de todas las edades, el conjunto de los siervos, poco distante de 23 millones, representaba, según Semevsky, más de la mitad (53 %) de toda la clase de los campesinos del imperio y más del tercio (37 ½ %) de la población de la Rusia propiamente dicha.

[1] Alex. Tratchevski, *Revue Internationale de Sociologie*, Agosto 1895, p. 19.

El trabajo puramente administrativo de la emancipación, comenzado por grados ante todo en los gobiernos más próximos á la Europa civilizada, se prolongó durante un período de dos años, pero los pagos de dinero impuestos á los campesinos por la tierra que recibieron en propiedad indivisa de sus comunes continuaron hasta el final del siglo. En efecto, no se dejó á los siervos emancipados la tierra que ocupaban cuando estaban adscriptos á la gleba: se les hizo pagar el valor de la tierra cuya propiedad no se les podía negar en justicia; el gobierno mismo no permitía á los señores privarles de ella, y en cuanto á los campesinos, no cesaban de reivindicarla en sus leyendas, en sus cantos, en sus relaciones en torno del hogar y en todos los momentos, en todas las ocasiones en que hallaban oportunidad para manifestar libremente su pensamiento, su aspiración predominante.

No sólo se les impuso el pago á un precio que representaba en algunos distritos tres veces el valor comercial de la tierra, sino que ni siquiera se les permitió adquirir la superficie total del terreno que cultivaban bajo la servidumbre. El *nadyel* fué disminuído, sobre todo en las provincias fértiles del Mediodía, y únicamente hubiera podido sustentar al trabajador y á su familia por medio de la aplicación de procedimientos perfeccionados, á la sazón desconocidos en Rusia. En el fondo, con aquel pago, los campesinos indemnizaban al señor por su libertad personal y por librarse de las tres jornadas de servidumbre semanal que le debía todo siervo, hombre ó mujer [1].

Uno de los más bruscos cambios producidos por la emancipación de los siervos fué la ruina de una gran parte de la nobleza. Apenas los nobles — sobre todo los que no visitaban sus tierras sino para pasar en ellas una temporada durante el estío — recibían las obligaciones que representaban el precio de la compra de sus tierras, las negociaban y derrochaban su importe ostentando un lujo fastuoso; otros vendían las tierras que constituían su fortuna particular: se dice que más de 30 millones de hectáreas se convirtieron así en poco tiempo en la presa de los especuladores y de los

[1] Kropotkine, *Notas manuscritas.*

usureros, en tanto que el Estado, por las facilidades ofrecidas á la hipoteca de las tierras y también por confiscaciones, se hacía propietario de hecho de la mayor parte de los territorios señoriales. Por último, muchos propietarios, sin duda la mayoría, más atraídos por la vida del funcionario que por la del gentilhombre rural, preferían arrendar sus tierras á los campesinos á darlas valor por sí mismos y sólo conseguían precipitar en la ruina á sus antiguos siervos.

Aumentando rápidamente la población agrícola, para la que el cultivo de la tierra era el único trabajo posible, con la carencia de tierras suficientes, pronto se elevaron los precios de los arrendamientos. De ese modo, desde hace cuarenta años, la situación de una cuarentena de millones de campesinos no ha cesado de empeorar en la Rusia central: el «rescate», los impuestos crecientes, los arrendamientos elevados, el incesante predominio de la rutina y la ignorancia de los buenos métodos de cultivo han conducido al agricultor ruso á la misma situación que el de Irlanda. Verdad es, no puede negarse, que hay excepciones: la iniciativa y la ayuda mutua han sido suficientes en distintos puntos, principalmente en el gobierno de Moscou, para hacer reemplazar el primitivo hierro puntiagudo por el arado profundo, y para introducir con el trébol un método de división cuadrienal. ¡Pero cuántos campesinos sucumben á la miseria, y cuántos cambian una esclavitud por otra, la del *barine* por la del usurero, judío ú ortodoxo, más implacable todavía! ¡Cuántos municipios, cuántos distritos se ven diezmados á consecuencia de las malas cosechas y del hambre siempre amenazador!

Un hecho grave se produjo en la misma época: el nacimiento de un proletariado industrial; una nueva casta se formaba así, al mismo tiempo que la casta de la burguesía aumentaba su fuerza por la fundación de manufacturas y la dominación del comercio; pero á pesar de todo, los obreros de fábrica son en Rusia la ínfima minoría. Si en las provincias centrales las pequeñas industrias rurales y de estación ocupan más de siete millones de personas, el servicio de las manufacturas, á pesar de las primas y de los favores gubernamentales, apenas exige dos millones de trabajadores; es decir, ha

tomado al trabajo agrícola menos de la quincuagésima parte del aumento de población habido entre 1861 y 1905. Todavía actualmente la inmensa mayoría de la población rusa no tiene más recurso que la agricultura.

Toda gran revolución es generadora de progreso y de regreso, y según que la historia examine los unos ó los otros, se inclina á deplorar ó á celebrar los resultados del acontecimiento. Pero en cuanto á las consecuencias de la emancipación de los siervos de Rusia, no hay duda posible. A pesar de todas las reticencias y de las malas voluntades, á pesar de las toscas tentativas de los reformadores que trataban de quitar con una mano lo que daban con la otra, la esclavitud estaba positivamente abolida; el amo no tenía ya el derecho de azotar á su doméstico, ni la señora podía clavar alfileres en la carne de la sierva rival; el trabajador podía labrar la tierra cantando, porque había comprado su tierra y la llamaba suya y podía removerla y fecundarla con amor.

La admirable consecuencia de la emancipación fué que comenzó á formarse una opinión pública en aquella masa antes inerte, y que, en virtud de la lógica de las cosas, era necesario dar cierta satisfacción á esa opinión pública, llegando hasta admitir en Rusia la institución del jurado, con gran escándalo de los viejos conservadores, y uno de los más sensacionales veredictos del nuevo tribunal fué la absolución de una joven, Vera Zassoulitch, que había vengado la fustigación de un prisionero en la persona del culpable principal, el general de la policía (1878). Asimismo el gobierno fué impulsado por el espíritu de emancipación hasta permitir á los campesinos exponer sus quejas y formular sus proposiciones en las asambleas cantonales ó *zemstvo*.

Rusia vió esas cosas extrañas: los jueces de paz elegidos en segundo grado por todos los campesinos al igual que sus señores, luego unos parlamentos donde los labriegos se permitían discutir sus intereses con buen sentido, hasta con ingenio y bello lenguaje. Indudablemente diversas medidas restrictivas, sobre todo bajo el reinado de Alejandro III, llegaron á suprimir casi por completo aquel primer ensayo de una representación directa de los intereses; pero la cosa cierta, inevitable, que ningún gobierno puede borrar de la historia,

es que la nación rusa se hallaba ya colocada por su movimiento social y político en un medio análogo al de las demás naciones cultas de Europa; que, por consiguiente, todas las revoluciones del pensamiento habían de hallar allí una sociedad preparada para comprenderlas. El mundo moderno se había engrandecido con toda la inmensidad de Rusia.



INTERNACIONALES. — NOTICIA HISTÓRICA

1866. 14 de Junio, declaración de guerra de Prusia y de Italia á Austria; 24 de Junio, Custozza; 3 de Julio, Sadowa ó Koniggratz; 4 de Julio, restitución de Venecia á Francia; 17 de Julio, los Prusianos llegan hasta Viena; 20 de Julio, Lissa; 21 de Julio, armisticio. — Congreso de la Internacional obrera en Ginebra. — 4 de Noviembre, Mentana.

1867. 5 de Febrero, los Franceses abandonan Méjico; 19 de Junio, ejecución de Maximiliano. — Rusia vende el Alaska á los Estados Unidos. — Insurrecciones en Creta y en Cuba.

1868. 17 de Septiembre, insurrección de Cádiz; 30 de Septiembre, huída de Isabel II. — Toma de Samarkand por los Rusos. — Golpe de Estado en el Japón.

1869. 17 de Noviembre, apertura del canal Suez.

1870. 8 de Mayo, plebiscito; 19 de Julio, declaración de guerra á Prusia; 2 de Agosto, primeras escaramuzas; 14-18 de Agosto, Borny, Rezonville, Gravelotte, Saint Privat; 1-2 de Septiembre, Sedán; 4 de Septiembre, proclamación de la República; 18 de Septiembre, cerco de París; 27 de Octubre, rendición de Metz; 9 de Noviembre, Coulmiers.

1871. 3 de Enero, Bapaume; 10 de Enero, Villersexel; 18 de Enero, el rey de Prusia es proclamado emperador alemán en Versalles; 28 Enero, rendición de París y armisticio; 1.º de Febrero, el ejército del Este se refugia en Suiza.

1870. 20 de Septiembre, entrada de los Italianos en Roma; 16 de Noviembre, Amadeo de Saboya, rey de España.

1871. 8 de Febrero, elecciones en Francia; 1.º de Marzo, paz; 18 de Marzo - 28 de Mayo, Commune de París.

1872. Principio de la guerra carlista.

1873. 11 de Febrero, Amadeo sale de España. — 24 de Mayo, Mac-Mahon reemplaza á Thiers. — Julio, movimientos federalistas en Málaga, Cádiz, Sevilla, Cartagena. — 16 de Septiembre, evacuación del territorio francés por los ejércitos alemanes; 20 de Noviembre, organización del Septenado. — Los Rusos toman Khiva.

1874. 3 de Enero, golpe de Estado del general Pavía; 12 de Enero, rendición de Cartagena; 29 de Diciembre, restauración de la monarquía por Martínez Campos.

1875. 30 de Enero, la república francesa es votada por 353 votos contra 352. — Sublevación en Herzegovina.

1876. 28 de Febrero, fin de la guerra carlista. — 29 de Mayo, deposición de Abd-ul-Aziz, asesinado el 11 de Junio; 31 de Agosto, Abd-ul-Hamid reemplaza á Murad V. — Guerra servio-turca.

1877. 16 de Mayo, golpe de Estado de Mac-Mahon; Octubre, reelección de los 363. — 22 de Junio, los Rusos atraviesan el Danubio; Julio-Diciembre, luchas alrededor de Plevna; 18 de Noviembre, toma de Kars.

1878. 14 de Febrero, la flota inglesa atraviesa los Dardanelos; 3 de Marzo, tratado de San Stefano; 13 de Junio - 13 de Julio, Congreso de Berlín.

1879. 30 de Enero, dimisión de Mac-Mahon. — Guerra anglo-afghana. — Guerra entre Chile y una alianza bolivio-peruana.

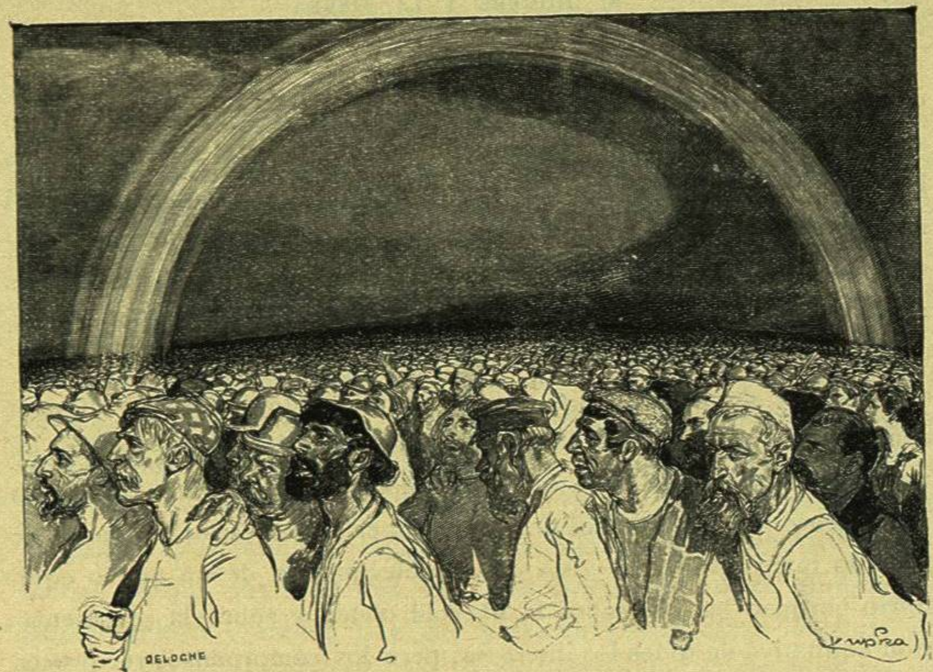
1881. Los Rusos entran en Turkmenia y los Franceses en Túnez. Tesalia es devuelta á Grecia.

1882. 11 de Julio, bombardeo de Alejandría; los Ingleses ocupan Egipto. — Toma de Hanoi.

1883. Estalla la guerra entre Servia y Bulgaria. — Los Franceses se apoderan de Annam.

1884. Los Rusos toman Merv. — Guerra franco-china.

1885. Febrero, la conferencia de Berlín organiza la ocupación europea de Africa. — 18 de Septiembre, reunión de Rumelia á Bulgaria. — 26 de Enero, toma de Khartum por el Mahdi.— 28 de Febrero, derrota de Lang-Son; 9 de Junio, paz franco-china. Inglaterra anexiona Barmania.
1886. Un bloqueo europeo impide á Grecia emprender la guerra.
1889. 15 de Noviembre, proclamación de la república en el Brasil.
1894-1895. Guerra chino-japonesa. — Primeros trabajos del Transiberiano.
1896. 1.º de Marzo, derrota de los Italianos en Adua.
1897. Rebeldía de Creta; guerra greco-turca.
1898. Proceso Dreyfus. — Mayo á Agosto, guerra hispano-americana. — Septiembre, batalla de Omdurman; Franceses é Ingleses en Fachoda. — Los Rusos se instalan en Port-Arthur y los Ingleses en Wei-hai-wei.
1899. Enero, los Alemanes en Kiao-Tcheu. — Insurrección en las Filipinas.
1900. Sublevación de los Boxers en China; expedición europea.



INTERNACIONALES

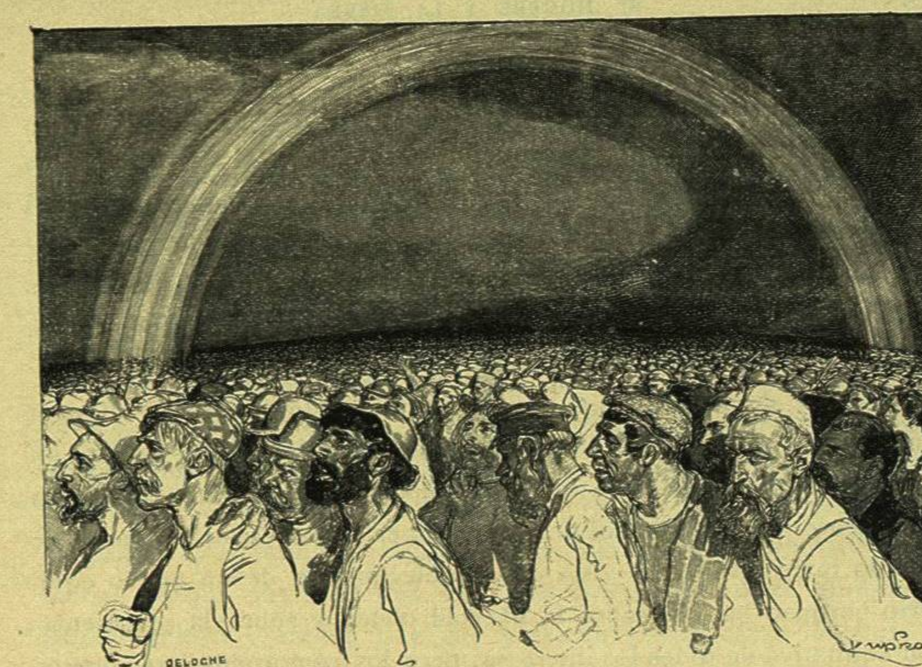
La conciliación entre el Capital y el Trabajo es imposible, pero cada nueva lucha da lugar á transacciones que se acercan á la justicia.

CAPÍTULO XX

Internacional obrera. — Canal de Suez. — Sadowa.
Unidad italiana. — Guerra franco-alemana. — España.
La Commune de París y el federalismo español.
Filoxera. — Guerra ruso-turca. — Tratado de Berlín.
Expansión colonial. — Repartición de África. — Europa y Asia.
Guerra americano-española. — Sindicato de las naciones.

Las diversas revoluciones de Europa que arrojaron fuera de su patria á todos los desterrados ó emigrados, dieron un resultado importantísimo en la historia, ayudaron á constituir agrupaciones nuevas aparte de los sentimientos exclusivos, siempre mezquinos, del origen nacional. En aquellos barrios del centro de Londres, donde, por un fenómeno de agregación debido á la necesidad del apoyo mutuo, se hallaban todos los revolucionarios extranjeros, Italianos de Venecia, de Génova y de Roma, Españoles

1885. Febrero, la conferencia de Berlín organiza la ocupación europea de Africa. — 18 de Septiembre, reunión de Rumelia á Bulgaria. — 26 de Enero, toma de Khartum por el Mahdi.— 28 de Febrero, derrota de Lang-Son; 9 de Junio, paz franco-china. Inglaterra anexiona Barmania.
1886. Un bloqueo europeo impide á Grecia emprender la guerra.
1889. 15 de Noviembre, proclamación de la república en el Brasil.
1894-1895. Guerra chino-japonesa. — Primeros trabajos del Transiberiano.
1896. 1.° de Marzo, derrota de los Italianos en Adua.
1897. Rebeldía de Creta; guerra greco-turca.
1898. Proceso Dreyfus. — Mayo á Agosto, guerra hispano-americana. — Septiembre, batalla de Omdurman; Franceses é Ingleses en Fachoda. — Los Rusos se instalan en Port-Arthur y los Ingleses en Wei-hai-wei.
1899. Enero, los Alemanes en Kiao-Tcheu. — Insurrección en las Filipinas.
1900. Sublevación de los Boxers en China; expedición europea.



INTERNACIONALES

La conciliación entre el Capital y el Trabajo es imposible, pero cada nueva lucha da lugar á transacciones que se acercan á la justicia.

CAPÍTULO XX

INTERNACIONAL OBRERA. — CANAL DE SUEZ. — SADOWA.
UNIDAD ITALIANA. — GUERRA FRANCO-ALEMANA. — ESPAÑA.
LA COMMUNE DE PARÍS Y EL FEDERALISMO ESPAÑOL.
FILOXERA. — GUERRA RUSO-TURCA. — TRATADO DE BERLÍN.
EXPANSIÓN COLONIAL. — REPARTICIÓN DE ÁFRICA. — EUROPA Y ASIA.
GUERRA AMERICANO-ESPAÑOLA. — SINDICATO DE LAS NACIONES.

Las diversas revoluciones de Europa que arrojaron fuera de su patria á todos los desterrados ó emigrados, dieron un resultado importantísimo en la historia, ayudaron á constituir agrupaciones nuevas aparte de los sentimientos exclusivos, siempre mezquinos, del origen nacional. En aquellos barrios del centro de Londres, donde, por un fenómeno de agregación debido á la necesidad del apoyo mutuo, se hallaban todos los revolucionarios extranjeros, Italianos de Venecia, de Génova y de Roma, Españoles

de Barcelona y de Valencia, Parisienses y Badenses, Polacos y Rusos, la alianza había de hacerse: la comunidad del objeto, de los intereses y de los medios empleados producía una concordancia al menos parcial entre los proscritos, á pesar del obstáculo que oponían las diferencias de costumbres y de lenguaje, como también las rivalidades de las ambiciones de los que codiciaban el poder. De ese modo se constituía una especie de gobierno oculto de los Estados Unidos de Europa, sin que la orgullosa Inglaterra se dignase conocer los actos de los hombres caídos que le habían pedido un asilo y que trabajaban para la reconstrucción del mundo. Constituía ciertamente un hecho político de primer orden aquel intento de acuerdo internacional en vista del establecimiento de un nuevo equilibrio europeo basado sobre la libertad cívica y sobre la representación equitativa de todos los intereses; pero los compromisos recíprocos tomados por los contratantes carecían de la sanción popular, única que podía darles la realización futura, y ocurría además que la mayoría de aquellos hombres políticos, habían participado en el gobierno de su país de origen, y no aplicaban un absoluto desinterés á la realización de su misión.

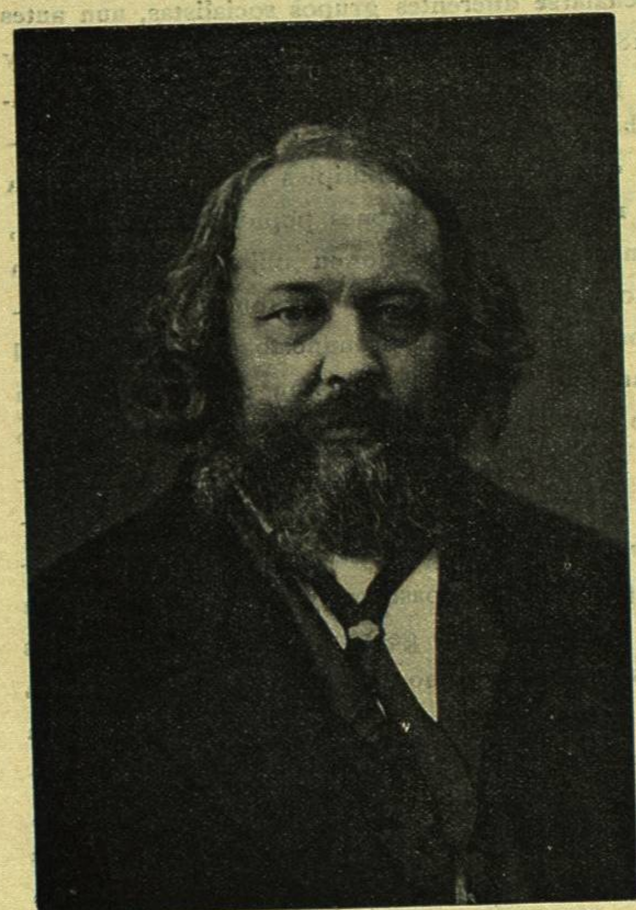
¡Cuánto más importante que aquella concordia provisional entre personajes de diversas naciones, fué la otra Internacional, la que nació espontáneamente entre trabajadores y hambrientos pertenecientes á todas las naciones que se reconocían hermanos por la voluntad común! Los astrónomos, los geógrafos, los viajeros habían descubierto la unidad material del planeta, y unos humildes obreros ingleses, alemanes, suizos y franceses, sintiéndose dichosos por amarse en razón de que habían sido destinados á odiarse y que se expresaban difícilmente en una lengua que no era la suya, se estrechaban en un mismo grupo y se unían para formar una sola nación, despreciando todas las tradiciones y las leyes de sus respectivos gobiernos. Esa unidad moral, esa humanidad de que en otro tiempo hablaban los filósofos y que la mayoría consideraban como un sueño imposible, comenzaba á tener un principio de realización en las calles tristes y fangosas de Londres, bajo la niebla pesada y negruzca.

Los principios de la obra fueron poca cosa y apenas pueden dis-

tinguirse sus orígenes, que son numerosos y que se hallan muy lejos en el pasado, como las raíces y las raicillas de un gran árbol que se buscan y se estudian entre las hendiduras de la tierra. Á justo título pueden señalarse diferentes grupos socialistas, aun antes de la revolución de 1848, como precursores de La Internacional, y algunas vanidades de partido se han aprovechado de ello para atribuirse la gloria de haber dado el impulso decisivo á ese movimiento. El hecho es que después de múltiples iniciativas, la nueva sociedad apareció en 1864 en las reuniones populares de Londres, absoluta y definitivamente consciente de su objeto, hablando un lenguaje cuyos términos todos habían sido escrupulosamente precisados, porque los hombres que los pronunciaban se dirigían al mundo entero y sabían que sus palabras serían oídas de siglo en siglo. Comprendiendo que «la emancipación de los trabajadores no se haría sino por los trabajadores mismos», la Asociación Internacional apelaba á todas las energías de los que trabajan para combatir todo monopolio, todo privilegio de clase, y les ponía en guardia contra toda participación en las pasiones y en las intrigas de la política burguesa. En su contenido general, el manifiesto de los obreros internacionales resonaba como un grito de guerra contra todos los gobiernos; pero, sobre éstos, se dirigía fraternalmente á todos los hombres, entre los cuales «la verdad, la justicia y la moral debían constituir la línea de conducta, sin distinción de color, de fe ni de nacionalidad. ¡No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes!» Quizá sobraba en esta proclama de los obreros asociados la palabra «fe», porque el hombre que cree en un poder sobrenatural y se conforma ciegamente con las órdenes que supone se le envían desde el cielo no puede comprender la libertad, y, por consecuencia, no puede pertenecer á una asociación de compañeros que reivindican sus derechos y se disponen á conquistarlos.

Grande fué la emoción en el mundo de la clase poseedora que se distribuye los beneficios y hace trabajar en su provecho á las multitudes de campesinos y obreros. Impulsada por la lógica de las cosas, que muestra en el presente la realización del porvenir, la burguesía se imaginó que la gran masa obrera formaba parte de

la flor del proletariado agrupado en una Internacional, y en su terror creyó ver de repente miles y miles de obreros hostiles ponérsele frente á frente. Fué aquella una ilusión de que se vengó después aplicando las prisiones, los destierros y los fusilamientos en masa; mas por escaso que fuera al principio el número de los hombres conscientes de la fuerza de la idea, comprendiendo el antagonismo absoluto del trabajo libre y del monopolio capitalista, las persecuciones no podían aniquilarla. Esta vez la semilla se había arrojado sobre una tierra favorable. En Francia, especialmente, se tuvo la candidez de creer, después de la Commune, que las leyes, los decretos y las amenazas de proceso habían suprimido La Internacional, que la simiente había sido extirpada ó esterilizada; pero quede el nombre ó desaparezca, que las etiquetas cambien ó se modifiquen, nada importa al hecho que permanece cierto, firme, inquebrantable como un decreto del destino. ¡La Internacional es el producto mismo de la civilización contemporánea! Los trabajadores se han salvado de la ignorancia primera: saben y sabrán cada vez con mayor certidumbre que sus intereses son los mismos acá y allá

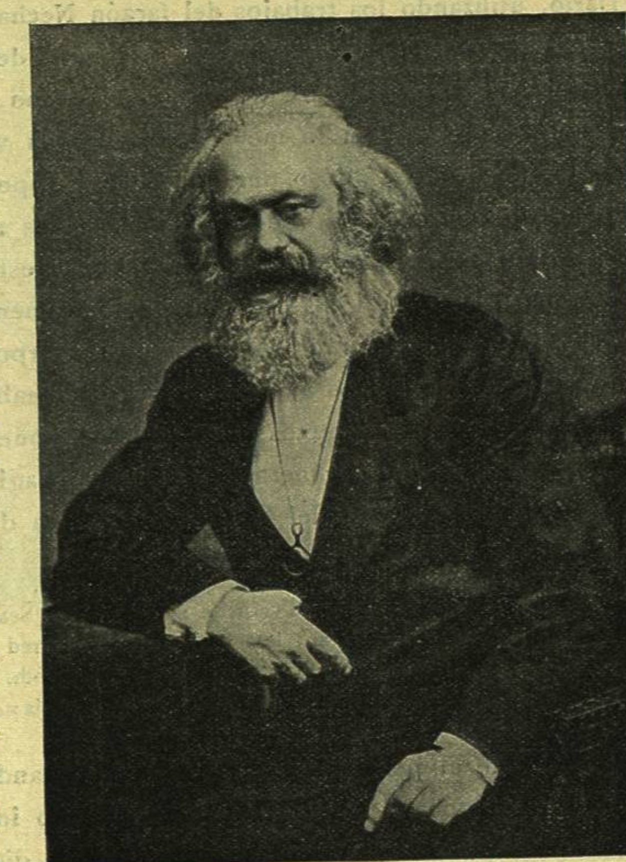


Cl. del *Reveil de la Chine*

MIGUEL BAKOUNINE, 1814-1876
representante de la tendencia federalista y anarquista en La Internacional.

de las fronteras y de los mares, sobre toda la superficie del globo, que su patria se empequeñecerá constantemente comparada con la gran patria, que es la Humanidad.

Por más que los gobiernos combatían La Internacional en uno de sus elementos, la Internacional obrera, no dejaban de ser arrastrados por la corriente de la historia hacia manifestaciones que habían de dar el mismo resultado: también ellos trabajaban por el empequeñecimiento de los límites nacionales, sobre el continente de Europa: las redes de ferrocarriles se enlazaban unas con otras en mallas cada vez más numerosas; se abría un subterráneo debajo de los Alpes para unir Francia é Italia, mientras que en la América del Norte se plantaban rieles apresuradamente sobre las mesetas y los desiertos de las Rocosas para poner en comunicación, á través de los continentes, los dos grandes puertos del Atlántico y del Pacífico, New-York y San Francisco.



Cl. Pinkau y Gehler.

CARLOS MARX, 1818-1883
representante de la tendencia centralista y socialista en La Internacional.

Se trabajaba para hacer algo todavía más grande, para cortar el pedúnculo que unía Africa al resto del Mundo Antiguo. Era en realidad la continuación de una obra que la naturaleza había hecho ya, probablemente durante un corto período de las edades cuater-

narias, y que los hombres habían terminado también por una vía indirecta hace más de dos mil años. La leyenda y la historia hablan de un canal, trazado desde la rama oriental del Nilo hasta el golfo de Arsinoe, á la extremidad del mar Rojo, y se sabe que Darío, utilizando los trabajos del faraón Nechao, le dió una anchura suficiente para que pasaran dos trirremes de frente. Cerrado por las arenas, el canal fué reparado en tiempo de los Ptolomeos, y después restaurado á lo menos por segunda vez durante el reinado de Trajano: era el «Río» por donde se transportaban á las orillas del Nilo los bloques de pórfido extraídos de las montañas ribereñas del mar Rojo. Amru restableció una vez más esta vía navegable, pero después arenas y fangos continuaron nuevamente su obra y durante once siglos Africa volvió á soldarse al cuerpo continental de Asia. No obstante, todos los grandes hombres deseaban la restauración del canal egipcio. Los versos que Marlowe pone en boca de Tamerlán prueban de qué manera excitaba las imaginaciones la preocupación del rompimiento del istmo en la época del Renacimiento:

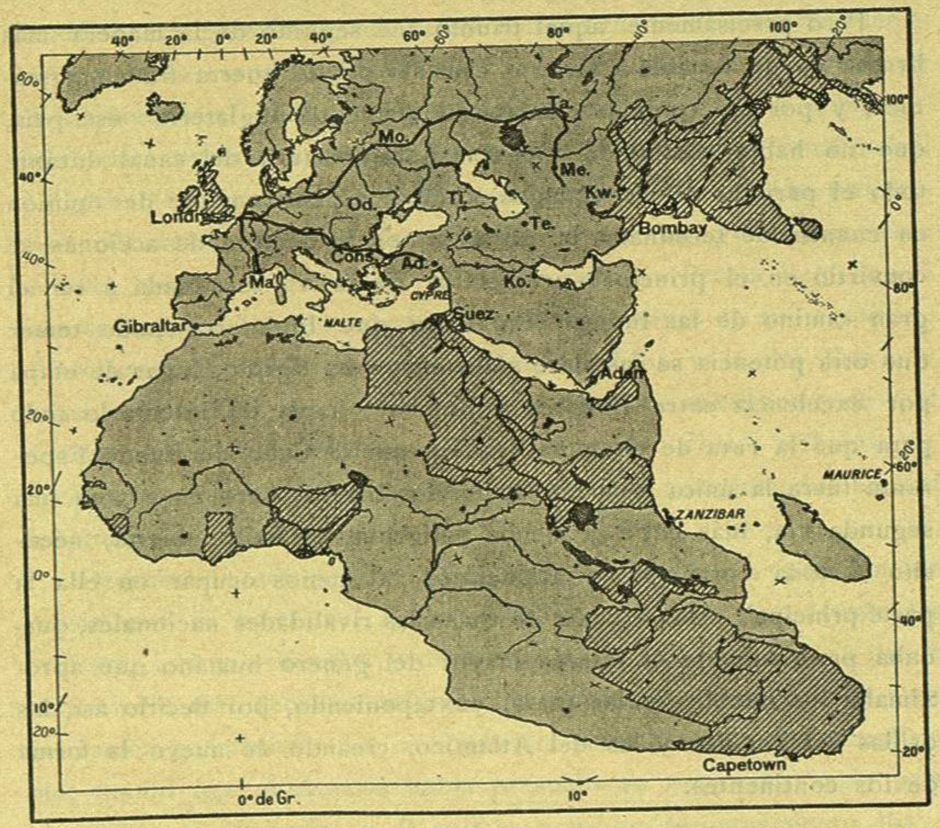
> «And here, not far from Alexandria,
> Whereas the Tyrrhene and the Red Sea meet,
> Beeing distant less than full a hundred leagues,
> I mean to cut a channel to them both,
> That men might quickly sail to India» [1].

Durante el período de fervor de la grande industria moderna, precisamente cuando se esperaba del trabajo intensivo de los obreros una especie de renovación mundial, los discípulos de Saint Simon, fanáticos de la apertura del istmo asiático-africano, hicieron de él casi un dogma de su religión, y los ingenieros por ellos enviados hicieron sobre el terreno las nivelaciones preliminares y los proyectos de la obra, continuados después en beneficio de los especuladores y de los banqueros. Puede decirse que, virtualmente, el canal estaba ya abierto cuando Bourdaloue hubo terminado su trabajo geodésico de mar á mar en 1847. Pero hubieron de pasar más de veinte años antes de que la empresa lograra triunfar defi-

[1] *Tamburlaine the Great.* — Y aquí, no lejos de Alejandría — donde el Mediterráneo y el mar Rojo se aproximan — y están separados por menos de cien leguas — yo cavaré un canal — para que el hombre abrevie su ruta hacia las Indias.

nitivamente de las rivalidades políticas, de la envidia comercial y de la animadversión de la Gran Bretaña y de la Puerta; y aun ese triunfo no se hubiera obtenido seguramente sin las prodigiosas liberalidades del khedive de Egipto, Ismail Pachá, sin los millones y

N.º 461. Rutas de Londres á Bombay.



La actual ruta de tierra pasa por Moscou, Tachkent, Merv, esperando la vía férrea de Odessa, Tiflis, Teherán y Kwettah. — La ruta de mar pasa por el Cabo ó por Gibraltar, Suez y Aden. — Las rutas mixtas son las de Marsella y Suez ó de Constantinopla, Adana y Koveit.

El arco de gran círculo que une Londres á Bombay es en este mapa una línea recta; las distancias — 1 centímetro por 10 grados, son correctas á lo largo de la base y en la dirección normal. El barco que dobla el Cabo de Buena Esperanza se halla más lejos de Bombay que á su salida de Londres.

millones de francos pagados en reclamo y sin el trabajo gratuíto de los siervos fellahin que recogían la tierra del canal en sus cestos de fibras vegetales. Por último, el 17 de Noviembre de 1869, una suntuosa escuadra de barcos decorados y floridos remontó el canal inter-oceánico desde Port-Said al lago Timsah. Era aquel cierta-

mente un hecho capital en la historia del comercio y hasta en la de la toma de posesión del globo por la humanidad, pero el apreciador superficial de los acontecimientos sólo vió un triunfo de Francia, que por sus ingenieros había hecho los estudios, había suministrado los capitales y cuya soberana, bella todavía, presidía magníficamente el cortejo.

Pero precisamente aquel triunfo fué seguido de la manera más brusca de un terrible trastorno causado por la guerra franco-germánica, y por un singular cambio de frente de Inglaterra: ese país, que no había cesado de oponerse á la apertura del canal durante todo el período de los trabajos, cambió repentinamente de opinión en cuanto fué terminada la obra, y por la compra de acciones se convirtió en el principal propietario de la vía destinada á ser el gran camino de las Indias. En tanto que Inglaterra pudo temer que otra potencia se instalase sólidamente en Egipto, lugar de etapa por excelencia entre Londres y Bombay, había de intentarlo todo para que la ruta de circunnavegación por el Cabo de Buena Esperanza fuera la única frecuentada por los barcos, pero en cuanto una segunda vía, más corta y menos peligrosa, se halló abierta, necesitó á toda costa, si no apoderarse, al menos ocupar en ella la parte principal. Mas á pesar de todas las rivalidades nacionales, quedaba predominante el interés mayor del género humano que aproximaba los pueblos y las razas, yuxtaponiendo, por decirlo así, las orillas del Pacífico y las del Atlántico, creando de nuevo la forma de los continentes.

Semejantes resultados dominan singularmente en la historia esencial del mundo sobre las consecuencias relativamente pasajeras causadas por los conflictos de pueblo á pueblo, y hasta por las guerras de invasión, por terribles que sean y por numerosos que fuesen los desastres causados por esos choques. En aquella época ya no pertenecía á Francia la iniciativa en los asuntos europeos, pues que ya no tenía política nacional y se hallaba gobernada por un hombre enfermo, gastado, vacilante y solapado. El juego de la diplomacia estaba dirigido por Prusia, guiada y dominada por un hombre de clara inteligencia, de voluntad poderosa é indudablemente superior á todo escrúpulo ó preocupación. Ya el conde de Bismark había despejado completamente el terreno político en la asamblea del mundo germano, estableciendo de una manera indiscutible la hegemonía de Prusia en los asuntos de Alemania. Ante todo (1864) se solucionaba en provecho de Prusia la cuestión de las fronteras de Dinamarca, apoderándose de toda la parte, incontestablemente germánica, de aquel reino situada al sud de Flensburg, y hasta extendiendo el límite político á cerca de un centenar de kilómetros al Norte, en pleno territorio del imperio dinamarqués: para ponerse en regla con el principio de las nacionalidades, se había dicho que los Dinamarqueses podrían en ocasión propicia unirse de nuevo á la patria escandinava por un voto libremente emitido, pero ese voto no se pidió jamás. Prusia llegó así á hacerse dueña del anejo estratégico más importante de su territorio: el Holstein domina la desembocadura del Elba y la del Trave, y posee las campiñas cruzadas por el gran canal de navegación de Kiel al Elba, considerado desde la anexión como uno de los trabajos que habían de emprenderse con más urgencia para completar los medios de acción del futuro imperio [1].

Después de ese primer golpe que aseguraba la posición de Prusia por la parte del Norte y le daba una frontera estratégica perfecta, á la vez ofensiva y defensiva, se trataba de hacer un nuevo movimiento más decisivo todavía, expulsando al Austria de la Confederación germánica. La combinación parecía tanto más irrealizable, cuanto que el Austria había prestado su apoyo á Prusia para conquistar el Holstein, y el primer acto de reconocimiento iba á ser declararle la guerra. No se vaciló lo más mínimo; sabias maniobras diplomáticas lograron embrollar las dos grandes potencias alemanas, y estalló la guerra (1866), y Prusia, mejor armada, preparada desde mucho antes, perfectamente consciente de su objeto y bien en regla con Europa, donde se había asegurado la alianza de Italia y la no intervención de los Franceses y de los Rusos, marchó casi matemáticamente á la victoria. Dos semanas después de la declaración de guerra, ganaba la batalla decisiva de Sadowa y se

[1] Véase el mapa n.º 295, pág. 495, tomo III.

mente un hecho capital en la historia del comercio y hasta en la de la toma de posesión del globo por la humanidad, pero el apreciador superficial de los acontecimientos sólo vió un triunfo de Francia, que por sus ingenieros había hecho los estudios, había suministrado los capitales y cuya soberana, bella todavía, presidía magníficamente el cortejo.

Pero precisamente aquel triunfo fué seguido de la manera más brusca de un terrible trastorno causado por la guerra franco-germánica, y por un singular cambio de frente de Inglaterra: ese país, que no había cesado de oponerse á la apertura del canal durante todo el período de los trabajos, cambió repentinamente de opinión en cuanto fué terminada la obra, y por la compra de acciones se convirtió en el principal propietario de la vía destinada á ser el gran camino de las Indias. En tanto que Inglaterra pudo temer que otra potencia se instalase sólidamente en Egipto, lugar de etapa por excelencia entre Londres y Bombay, había de intentarlo todo para que la ruta de circunnavegación por el Cabo de Buena Esperanza fuera la única frecuentada por los barcos, pero en cuanto una segunda vía, más corta y menos peligrosa, se halló abierta, necesitó á toda costa, si no apoderarse, al menos ocupar en ella la parte principal. Mas á pesar de todas las rivalidades nacionales, quedaba predominante el interés mayor del género humano que aproximaba los pueblos y las razas, yuxtaponiendo, por decirlo así, las orillas del Pacífico y las del Atlántico, creando de nuevo la forma de los continentes.

Semejantes resultados dominan singularmente en la historia esencial del mundo sobre las consecuencias relativamente pasajeras causadas por los conflictos de pueblo á pueblo, y hasta por las guerras de invasión, por terribles que sean y por numerosos que fuesen los desastres causados por esos choques. En aquella época ya no pertenecía á Francia la iniciativa en los asuntos europeos, pues que ya no tenía política nacional y se hallaba gobernada por un hombre enfermo, gastado, vacilante y solapado. El juego de la diplomacia estaba dirigido por Prusia, guiada y dominada por un hombre de clara inteligencia, de voluntad poderosa é indudablemente superior á todo escrúpulo ó preocupación. Ya el conde de Bismark había despejado completamente el terreno político en la asamblea del mundo germano, estableciendo de una manera indiscutible la hegemonía de Prusia en los asuntos de Alemania. Ante todo (1864) se solucionaba en provecho de Prusia la cuestión de las fronteras de Dinamarca, apoderándose de toda la parte, incontestablemente germánica, de aquel reino situada al sud de Flensburg, y hasta extendiendo el límite político á cerca de un centenar de kilómetros al Norte, en pleno territorio del imperio dinamarqués: para ponerse en regla con el principio de las nacionalidades, se había dicho que los Dinamarqueses podrían en ocasión propicia unirse de nuevo á la patria escandinava por un voto libremente emitido, pero ese voto no se pidió jamás. Prusia llegó así á hacerse dueña del anejo estratégico más importante de su territorio: el Holstein domina la desembocadura del Elba y la del Trave, y posee las campiñas cruzadas por el gran canal de navegación de Kiel al Elba, considerado desde la anexión como uno de los trabajos que habían de emprenderse con más urgencia para completar los medios de acción del futuro imperio [1].

Después de ese primer golpe que aseguraba la posición de Prusia por la parte del Norte y le daba una frontera estratégica perfecta, á la vez ofensiva y defensiva, se trataba de hacer un nuevo movimiento más decisivo todavía, expulsando al Austria de la Confederación germánica. La combinación parecía tanto más irrealizable, cuanto que el Austria había prestado su apoyo á Prusia para conquistar el Holstein, y el primer acto de reconocimiento iba á ser declararle la guerra. No se vaciló lo más mínimo; sabias maniobras diplomáticas lograron embrollar las dos grandes potencias alemanas, y estalló la guerra (1866), y Prusia, mejor armada, preparada desde mucho antes, perfectamente consciente de su objeto y bien en regla con Europa, donde se había asegurado la alianza de Italia y la no intervención de los Franceses y de los Rusos, marchó casi matemáticamente á la victoria. Dos semanas después de la declaración de guerra, ganaba la batalla decisiva de Sadowa y se

[1] Véase el mapa n.º 295, pág. 495, tomo III.

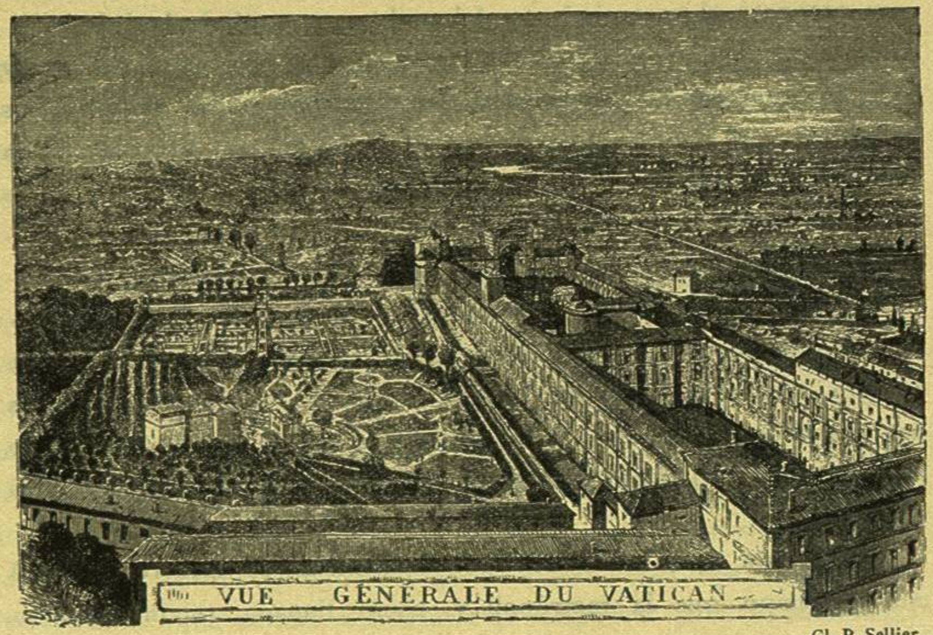
aprovechaba con gran habilidad de su triunfo para no pedir apenas á Austria más que satisfacciones morales, tanto más eficaces en realidad cuanto que imponían al vencido una especie de gratitud. El viejo imperio de Habsburgo se encontraba excluído de la Confederación germánica, mientras que los otros Estados de Alemania, reinos, electorados, principados y ciudades «libres» cambiaban de orientación y gravitaban forzosamente en el círculo de la hegemonía prusiana.

De ese modo la nación alemana, que en 1848 había intentado constituirse espontáneamente por entero y por la libre voluntad de sus pueblos, reaparecía veinte años después reformada por la voluntad de un amo, pero esta vez incompleta, mutilada, puesto que los Alemanes austriacos habían sido rechazados de la nueva agrupación, y había de fiar á guerras ó á revoluciones futuras el término de la obra comenzada. En el fondo, esa política de «hierro y de sangre», en que los historiadores adoradores del éxito vieron el testimonio del genio monárquico de Prusia, consistió en impedir, por la fuerza y por la astucia, la formación libre y plena de la nación alemana, para rehacerla después bajo el aspecto de un ejército, cuyos cuadros no comprenden todavía todos sus regimientos.

La unidad pan-germánica no está, pues, hecha todavía; en cuanto á la unidad italiana, puede considerarse esta etapa de la historia como definitivamente reconocida. Sin embargo, Italia, en su campaña contra Austria, no fué afortunada. Perdió en tierra la batalla de Custozza, y en mar, su flota, de la que esperaba mucho, fué en parte destruída y dispersada en el Adriático, cerca de la isla de Lissa. Entonces Austria, habiendo salvado completamente respecto de Italia su prestigio militar, pero obligada, no obstante, á sostener su ejército al otro lado de los Alpes para cubrir su capital contra Prusia, salió de apuros por medio de un golpe teatral, cediendo Venecia á su aliado Napoleón III, quien, á su vez, la entregó á Víctor Manuel, bajo reserva de una aceptación por el sufragio popular. Después de varias hipocresías diplomáticas, destinadas á atribuir á Prusia el mérito de la cesión, el antiguo reino de Piamonte, llegado á los límites naturales de la Península, pudo al fin redondear su territorio hasta el hemiciclo de los Alpes: Ita-

lia estaba hecha desde el punto de vista geográfico, aunque incompleta siempre, si la política hubiera de obedecer al voto de las poblaciones, porque es indudable que en el Tirol meridional y en Istria, los ciudadanos de lengua italiana se manifestarían en gran mayoría deseosos de entrar en la unidad peninsular.

Provisionalmente, la guarnición francesa continuaba protegiendo



Cl. P. Sellier.

VISTA DEL VATICANO Y DE SUS JARDINES

al papa contra la entrada de las tropas de Italia en Roma, ¿pero quién no presentía cuán contraria era aquella testarudez á las necesidades de la historia? En cuanto la guerra franco-alemana hubo manifestado la superioridad de Prusia, el gobierno italiano se apresuró á ocupar todo el territorio de Roma, provincia y ciudad, «con el fin de asegurar la independencia espiritual del papa» (20 de Septiembre de 1870). La ironía era algo fuerte, pero ¿qué había de hacer Pío IX más que someterse y pronunciar la excomunión mayor contra el invasor? Precisamente acababa de reunirse un concilio en el Vaticano para votar la infalibilidad del Soberano Pontífice. Estaba en la lógica de las cosas que á la supresión efectiva y total del poder temporal correspondiese la exaltación del poder espiritual.

Convertido en el «prisionero del Vaticano», el papa se elevaba al rango de los dioses.

En la misma época España se hallaba en una crisis de nacimiento y de adaptación á las ideas modernas. En 1868 se produjo un movimiento general de reprobación contra las intrigas y las costumbres de la corte, que produjo la expulsión de la reina Isabel II en el momento en que se aliaba estrechamente con Napoleón y el papa para asegurar el sostenimiento del poder temporal de la Iglesia.

Aunque la revolución hubiera llevado á la disputa del poder toda una multitud de ambiciosos, príncipes, generales, diplomáticos y oradores, el impulso liberal de abajo dió en un principio á la situación un carácter casi republicano: se expulsaron los jesuítas, se suprimieron los bienes de manos muertas, se proclamó la entera libertad de la prensa y de la enseñanza; hasta se abolieron los consumos, ese cáncer de la vida nacional, y se concedió á cada ciudadano de veinticinco años el derecho de sufragio. La república se hubiera instituído en España si el Estado no hubiera tenido esos dos parásitos, el ejército y la armada, y si el Estado mismo no hubiera sido el parásito de sus lejanas colonias, las Filipinas y las Antillas.

Cuba, «la perla antillana» por excelencia, se insurreccionó al mismo tiempo que la metrópoli y, como España, reivindicaba su independencia, procurando desembarazarse de su peligrosa institución, la esclavitud de los negros, germen seguro de revoluciones y de matanzas futuras. Pero se ganaba demasiado dinero en las ricas plantaciones para que los ávidos funcionarios y los aventureros de ultramar no tuviesen empeño en reprimir la insurrección cubana y conservar la esclavitud de los Africanos: la elocuencia de los discursos sobre el honor nacional bastó para engañar á la cándida multitud de los ciudadanos. Harto enredada todavía en todo su aparato monárquico, con sus colonias de esclavos inclusive, España no podía dejar de reconstituirse en monarquía, y la regencia de Serrano no tuvo otra misión que practicar humillantes diligencias en busca de un rey. Se creyó haber encontrado uno en la persona de un príncipe de Hohenzollern, pero esa elección hubiera podido hacer que estallara la guerra entre Francia y Alemania antes que Bismark

estuviera completamente dispuesto para el ataque, y los cortesanos dedicados á buscar soberanos se dirigieron hacia otro personaje, el príncipe Amadeo de Saboya, que consintió en probar el fruto, á veces amargo, de la realeza (1870): no le faltó mucho para que su destino fuera análogo al de otro coronado, el emperador Maximiliano. Durante más de dos años tuvo que luchar contra sus enemigos, de un lado los carlistas, de otro los republicanos, y lo que es peor, contra sus falsos amigos los monárquicos constitucionales y liberales; sobre todo hubo de conformar su voluntad con las órdenes de la Iglesia y con las de los grandes propietarios de Cuba. Por último, llegó al extremo de tener que abdicar (1873), dejando el poder al partido que se mostrara más fuerte.

A mediados de 1870, la lucha diplomática entablada hacía mucho tiempo entre Francia y Prusia, llegó á la declaración de guerra. Bismark tuvo el talento de producir la ruptura definitiva, hasta por mentiras telegráficas, pero arreglándose de modo que el adversario pronunciara la palabra fatal: ante la opinión pública, tan fácil de engañar, las culpas habían de pesar sobre Francia, lo que constituía ya una primera victoria. Pero desde los primeros días de las hostilidades Prusia obtuvo un segundo éxito á los ojos del mundo, demostrando que estaba absolutamente dispuesta para el combate, mientras Francia, confiada á viejos militares sin inteligencia y envidiosos unos de otros, sólo había sabido alabarse neciamente de haber previsto hasta el «último botón de polaina», cuando en realidad había sido cogida de improviso y no poseía planes, ni víveres, ni la artillería necesarios; iba á batirse al azar contra un enemigo que veía claramente su objetivo.

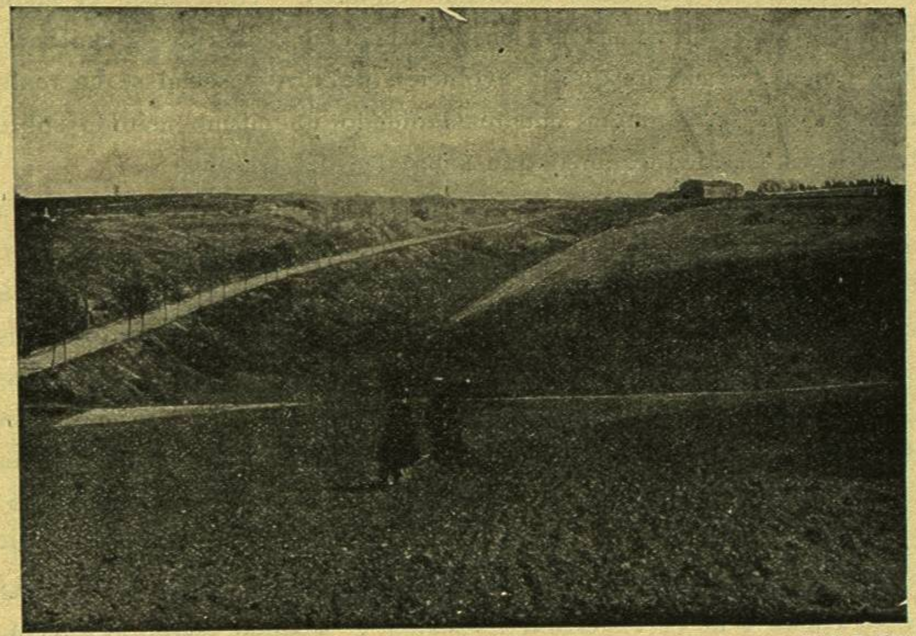
Las probabilidades generales, sacadas del equilibrio de las naciones, estaban también en favor de Alemania. Si el imperio francés poseía cierto prestigio, debido á sus guerras afortunadas, se hallaba, sin embargo, bastante disminuído por su última aventura mejicana y por sus diversos fracasos diplomáticos con Prusia, en tanto que ésta gozaba de un prestigio nuevo, brillante y obtenido en la guerra contra Austria con una seguridad de método que no habían tenido los vencedores de Magenta y de Solferino. Verdad

es que el régimen imperial de Francia, consciente de su creciente debilidad, había tratado de consolidarse por medio de un plebiscito que había respondido á sus preguntas equívocas con una aprobación insignificante; pero Prusia no había tenido necesidad de recurrir á semejantes subterfugios: la guerra contra Francia era realmente popular. Si el gobierno francés podía crear un entusiasmo ficticio haciendo gritar por su policía: «¡A Berlín, á Berlín!» los ejércitos alemanes que marchaban apresuradamente hacia la frontera francesa estaban decididos á combatir, á vencer y, si era preciso, á llegar á París y aun más allá. Mientras que en Francia la masa de los habitantes no tenía ninguna animosidad especial contra el Alemán, ó más bien se atenía á la malevolencia nativa sentida espontáneamente contra todo extranjero, los jóvenes de Germania habían aprendido todos en la escuela que el Francés es «el enemigo hereditario»; todos habían recitado la lección que les ordenaba vengar la muerte de Conradino, perpetrada en el siglo XIII por el rey Carlos de Anjou, y la devastación del Palatinado ordenada por Louvois; todos participaban del entusiasmo patriótico de los nacionalistas por la reconquista de la Alsacia Lorena, y muchos llegaban hasta el odio feroz al Francés que inspiraba Rückert: «¡Sobre el campo del vecino, arroja á lo menos una piedra, para que al caer aplaste una flor!»

Desde el punto de vista general de la unidad nacional, que, en el fondo, era la razón de ser de la expansión germánica y de ese detalle, secundario aunque terrible, denominado la batalla, la matanza ó la invasión, también Francia se hallaba en notable desventaja. En la época en que Alemania estaba dividida en numerosos Estados, imperios, reinos, principados, ciudades libres y de dependencia medioeval, y en que la Italia misma, «aquella hermosa expresión geográfica», se hallaba descompuesta en fragmentos políticos, de los cuales, el más precioso, pertenecía á una potencia extranjera, había llegado á ser proverbial contrastar aquellos enredos de fronteras y de territorios enclavados en otros de nacionalidad distinta con lo que se llamaba «la gloriosa unidad francesa». Se habían tomado en su sentido estrecho los calificativos de «una é indivisible» dados á la república comprendida entre los Pirineos y el Rhin, y, sin embargo,

esas mismas palabras, lanzadas como grito de guerra durante las discusiones civiles que siguieron á la caída de la monarquía, prueban que las tendencias naturales á la disociación política habían sido poderosas. El hecho es que Francia, tomada en su conjunto, es mucho menos «una» que Alemania y aun que Italia.

La razón profunda de ese contraste es esencialmente geográfica. Francia pertenece á dos vertientes: por su cara meridional forma parte



Cl. P. Sellier.

BATALLA DE GRAVELOTTE (16 AGOSTO 1870)

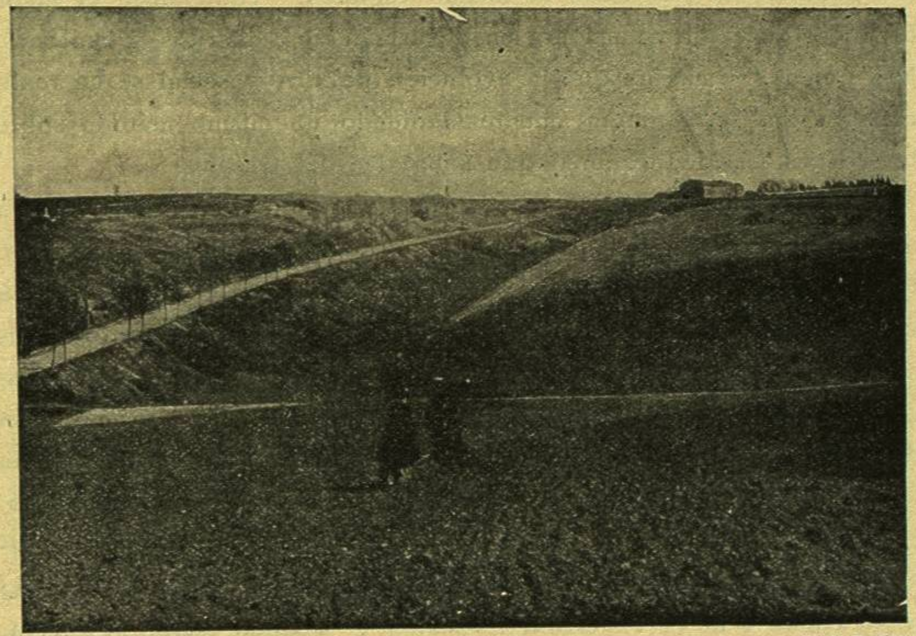
del área mediterránea, y por la cara opuesta, comprendiendo la mayor parte de sus cuencas fluviales, mira hacia el Océano, en tanto que Alemania está por entero en la pendiente norte y que, por el contrario, Italia es completamente mediterránea. De ahí resulta que, á pesar de las mezclas, los cruzamientos, las entradas y salidas, la población del territorio de doble inclinación que ha llegado á ser Francia ha conservado una notabilísima diversidad, si no en las ciudades, al menos en los distritos rurales apartados. Es evidente que entre el Euskaro del Nive ó del Bidasoa y el Ardenés ó el Lorenés, hay una diferencia de tipo mucho mayor que entre el Tirolés y el Mecklemburgués ó que entre el Lombardo y el Siciliano, tan distintos, no

es que el régimen imperial de Francia, consciente de su creciente debilidad, había tratado de consolidarse por medio de un plebiscito que había respondido á sus preguntas equívocas con una aprobación insignificante; pero Prusia no había tenido necesidad de recurrir á semejantes subterfugios: la guerra contra Francia era realmente popular. Si el gobierno francés podía crear un entusiasmo ficticio haciendo gritar por su policía: «¡A Berlín, á Berlín!» los ejércitos alemanes que marchaban apresuradamente hacia la frontera francesa estaban decididos á combatir, á vencer y, si era preciso, á llegar á París y aun más allá. Mientras que en Francia la masa de los habitantes no tenía ninguna animosidad especial contra el Alemán, ó más bien se atenía á la malevolencia nativa sentida espontáneamente contra todo extranjero, los jóvenes de Germania habían aprendido todos en la escuela que el Francés es «el enemigo hereditario»; todos habían recitado la lección que les ordenaba vengar la muerte de Conradino, perpetrada en el siglo XIII por el rey Carlos de Anjou, y la devastación del Palatinado ordenada por Louvois; todos participaban del entusiasmo patriótico de los nacionalistas por la reconquista de la Alsacia Lorena, y muchos llegaban hasta el odio feroz al Francés que inspiraba Rückert: «¡Sobre el campo del vecino, arroja á lo menos una piedra, para que al caer aplaste una flor!»

Desde el punto de vista general de la unidad nacional, que, en el fondo, era la razón de ser de la expansión germánica y de ese detalle, secundario aunque terrible, denominado la batalla, la matanza ó la invasión, también Francia se hallaba en notable desventaja. En la época en que Alemania estaba dividida en numerosos Estados, imperios, reinos, principados, ciudades libres y de dependencia medioeval, y en que la Italia misma, «aquella hermosa expresión geográfica», se hallaba descompuesta en fragmentos políticos, de los cuales, el más precioso, pertenecía á una potencia extranjera, había llegado á ser proverbial contrastar aquellos enredos de fronteras y de territorios enclavados en otros de nacionalidad distinta con lo que se llamaba «la gloriosa unidad francesa». Se habían tomado en su sentido estrecho los calificativos de «una é indivisible» dados á la república comprendida entre los Pirineos y el Rhin, y, sin embargo,

esas mismas palabras, lanzadas como grito de guerra durante las discusiones civiles que siguieron á la caída de la monarquía, prueban que las tendencias naturales á la disociación política habían sido poderosas. El hecho es que Francia, tomada en su conjunto, es mucho menos «una» que Alemania y aun que Italia.

La razón profunda de ese contraste es esencialmente geográfica. Francia pertenece á dos vertientes: por su cara meridional forma parte



Cl. P. Sellier.

BATALLA DE GRAVELOTTE (16 AGOSTO 1870)

del área mediterránea, y por la cara opuesta, comprendiendo la mayor parte de sus cuencas fluviales, mira hacia el Océano, en tanto que Alemania está por entero en la pendiente norte y que, por el contrario, Italia es completamente mediterránea. De ahí resulta que, á pesar de las mezclas, los cruzamientos, las entradas y salidas, la población del territorio de doble inclinación que ha llegado á ser Francia ha conservado una notabilísima diversidad, si no en las ciudades, al menos en los distritos rurales apartados. Es evidente que entre el Euskaro del Nive ó del Bidasoa y el Ardenés ó el Lorenés, hay una diferencia de tipo mucho mayor que entre el Tirolés y el Mecklemburgués ó que entre el Lombardo y el Siciliano, tan distintos, no

obstante, el uno del otro. Lo que ha podido causar la ilusión de los extranjeros y aún de los Franceses mismos que alaban su unidad nacional, es, por una parte, la confusión que se hace con mucha frecuencia entre todo el país y la ciudad de París, considerada como un compendio de la nación, aunque ésta se distinga de él por tan notables contrastes, y por otra, la extraña aberración de los que ven en la uniformidad administrativa el indicio de una semejanza entre las poblaciones sometidas al mismo régimen. Hallándose el mapa dividido de la misma manera en departamentos, distritos y cantones, hay quien se imagina que la evolución política y social se ha realizado natural y espontáneamente siguiendo un mismo método sobre las costas del Mediterráneo que sobre las del Océano.

Aún desde otro punto de vista era superior Alemania á Francia al comenzar el conflicto: Alemania no tenía colonias. El imperio francés no había podido seguir una política recta, bien dirigida como una flecha, porque había necesitado dispersar su pensamiento y sus actos. En consecuencia, toda la nación se había hallado como «descentrada» en su fuerza de resistencia: la conquista y la ocupación de la Argelia, los asuntos de Méjico, de la China y de la Indo-China lo mismo que todas las anexiones coloniales habían reducido proporcionalmente la parte de Francia en la vida de Europa: á ese desplazamiento de energía debe atribuirse en gran parte la formación de la Italia «una» y de la victoriosa Alemania [1]. Cuando estalló la guerra, el gobierno francés tuvo que abandonar precipitadamente todos sus proyectos lejanos: hubo colonia, el Gran Bassam, por ejemplo, que fué completamente evacuada, y en la principal de las posesiones francesas, la Argelia, alguna población oprimida creyó llegado el momento favorable de reconquistar su independencia. Hubo matanzas de los nuevos ocupantes, y la reconquista de la Kabilia costó largos y penosos esfuerzos.

Por último, en 1870 Francia estaba mucho más dividida política y socialmente, y por tanto mucho menos disciplinada que Alemania: precisamente el progreso que había realizado en el sentido de la idea republicana y socialista la dividía en dos campos enemigos, que imposibilitaban toda obra común. Cuando se declaró la guerra, los enemigos del imperio, que representaban la flor intelectual de Francia, protestaron con indignación, y la policía hubo de proceder ante todo á aterrorizar la población de París; después, cuando la rueda de la Fortuna dió la vuelta y cayó el imperio ante las aclamaciones de los republicanos, cuando el mundo contempló de lejos con estupor el espectáculo de las poblaciones francesas, y sobre todo de la capital, rebosando de alegría y de entusiasmo á la noticia de un desastre, pero de un desastre que les libraba de un amo, todo el organismo militar cambió en seguida de aspecto y de orientación. Mientras que los guardias nacionales y los cuerpos francos se constituían rápidamente para tomar parte en la resistencia, los que pertenecían á la casta militar se desinteresaban de la lucha; mariscales, como Bazaine, reservaban su ejército con la esperanza de restablecer el imperio ó de ayudar á alguna reacción monárquica; otros grandes personajes militares sólo se batieron por la forma, y más de uno con el deseo de ser vencidos. Una franca enemistad, excitada por los jefes, reinó

[1] Friedrich Ratzel, *Das Meer als Quelle der Vœlkergrœsse*, p. 75.



Cl. Geiser.

PAISAJE DE LA GRAN KABILIA

Detrás de la población, situada en la cima de la montaña, según la manera agradable á las Kabilas, se distingue claramente la cresta de las altas cimas del Djurdjura.

pronto entre los soldados regulares y los ciudadanos sin mandato que tenían la pretensión de defenderse sin haber pasado por el cuartel ni el calabozo disciplinario: era necesario evitar la victoria á toda costa, puesto que hubiera aprovechado á la República con todas sus consecuencias sociales. Desunida Francia, su derrota era inevitable, y causa admiración que la resistencia hubiese durado tanto; ocurrió al fin que los que no habían querido la guerra fueron los que prolongaron la lucha y defendieron con la mayor energía la causa de Francia, que había llegado á ser la de la República.

Las tropas imperiales fueron rápidamente derrotadas en Alsacia y en la frontera de Lorena. Después de horribles matanzas, el ejército de Bazaine, fuerte de 170,000 hombres, se dejó encerrar en Metz, de donde ni siquiera intentó salir, entregado de antemano por sus jefes; el 2 de Septiembre, unos cuarenta días después de la declaración de guerra, otro gran ejército, cercado delante de Sedan, trató en vano de abrirse paso, y, como resultado, el emperador quedó prisionero y cayó el imperio: todo parecía terminado ya, pero la República no quiso declararse vencida. Del suelo brotaron nuevos ejércitos. París, que Thiers, treinta años antes, había rodeado de fuertes para bombardear la ciudad en caso de rebeldía, quiso utilizarlos contra el enemigo, á pesar de su gobierno, que se preparaba á la huída, y los Prusianos hubieron de hacer una larga y penosa campaña de invierno, extendida hasta las inmediaciones de Besançon, de Bourges, de Rennes, y ocupar casi la mitad de Francia, antes que la opinión pública permitiera al gobierno inclinarse ante el derecho de la fuerza y firmar los preliminares de la paz que habían de costar á la nación dos provincias populosas y cinco mil millones de francos (1871), la mayor contribución de guerra que se haya pagado jamás: los hacendistas hablan de ese movimiento de fondos con respetuosa emoción.

El rebajamiento de Francia y la exaltación de Prusia, transformada en imperio de Alemania, produjeron gran conmoción en el mundo. Todos los que juraban por opiniones tradicionales y sufrían antiguos prestigios vieron con estupor que se habían engañado hasta entonces y que habrían de volverse hacia un nuevo sol levante. Por un cambio brusco, unas frases triviales y sin substancia racional sucedieron á los antiguos y gastados lugares comunes; se aprendió á exponer las mismas necedades cambiando los nombres. En muchos puntos, desde el fondo de América hasta los archipiélagos oceánicos, se convino en que Francia había cesado de existir y sólo tenía apariencia de vida merced á la generosidad del vencedor. Como consecuencia, Americanos del Norte, Australianos, Rusos y Japoneses, afectados por un nuevo sentido de la historia, comprendieron que la literatura francesa había sido exageradamente enaltecida y que se dedicaba en las escuelas un número excesivo de horas á la enseñanza de una lengua hablada por una nación de vencidos. Hasta los pequeños pueblos bárbaros donde la enseñanza pública no existe aún, pero donde á lo menos hay un embrión de ejército, se apresuraron á reemplazar el tricornio y el chacó por el casco puntiagudo, que era un modo de rendir homenaje á la civilización, es decir, á la fuerza. De todas partes surgieron profetas anunciando la desaparición definitiva de Francia, no por efecto de su entrada próxima en la unidad superior de un mundo más civilizado, sino por efecto de la conquista y de la supresión violentas. Se llegó á presentar la cosa en fórmulas científicas, y según la «ley de Brück», que regula los destinos de los hombres conforme al ciclo del meridiano magnético, la nación francesa quedaría completamente borrada del gran libro de Oro después de la batalla de Sedan. Por último, se extendió la manía, quizá más en Francia que en Alemania, de contrastar lo que se llama el «genio latino», que sería el de la centralización, del catolicismo y del jacobinismo, con lo que se dice ser el «genio germánico», que, con la posesión de todas las virtudes, representaría ante todo el impulso personal y la libre iniciativa. En virtud de este contraste de los dos genios, el ejército del emperador Guillermo representaría el espíritu de libertad en la historia del mundo contemporáneo.

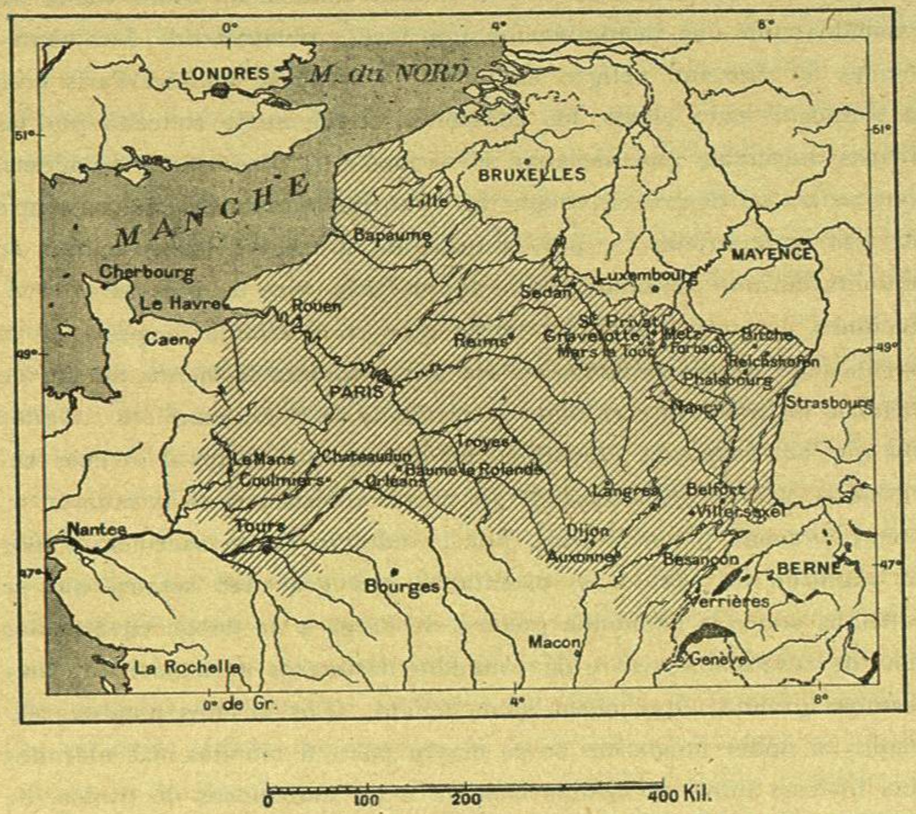
Pero, aunque en plena angustia, Francia vivía aún, y hasta puede decirse que, gracias á la ruina momentánea del gobierno central, la vida de la nación tomaba un carácter más espontáneo, más sincero, más notable por sus contrastes y, al mismo tiempo, más excitante y consolador por sus promesas para el porvenir. Las dos Francias que durante la guerra se habían levantado una contra otra, haciendo así toda victoria común absurda é imposible, volvían á encontrarse des-

pués de la paz más enemigas y más encarnizadas que nunca en la lucha. Todos los partidos políticos y religiosos que veían en las ideas republicanas y socialistas una amenaza para sus privilegios, se habían reunido en una masa compacta y furiosa para retrotraer al pueblo al gremio de la iglesia y de la monarquía, aunque para conseguirlo hubiera que apoyarse sobre la complicidad del extranjero que acababa de infligir á Francia la más cruel de las humillaciones. No desagradaba al vencedor ver su víctima luchar confundida en lo que se imaginaba había de ser el desorden caótico de la Revolución. Bismark no hizo, pues, nada en pro de los partidos monárquicos para reconstituír la monarquía que deseaban á toda costa, y, por otra parte, Italia, aunque constituída en Estado monárquico, había de ser absolutamente hostil al retroceso de una Francia de derecho divino, aliada del papado. Entregada á sus propias fuerzas, la reacción monárquica francesa contaba al menos con todos aquellos Franceses, y eran muy numerosos, que odiaban á París y á los republicanos en general por su larga resistencia y no veían salvación más que en la paz, el silencio y la rutina. Bajo el nombre de «rurales», con que se envanecían, los representantes monárquicos de Francia, que formaban la mayoría de la Asamblea, hasta hubieran querido alejarse de París como de una ciudad apestada y residir en alguna ciudad de calles pacíficas, Bourges, por ejemplo, que fué ya, en tiempos pasados, la residencia de los reyes vencidos. En cuanto á París, la ciudad maldita, se decidió ponerla á los pies de un ídolo católico, en castigo de sus pecados, y sobre la colina de Montmartre se erigió lentamente la fea basílica del Sagrado Corazón.

Pero frente á aquella asamblea rural, cuyo primer acto fué una humillación penitenciaria y que estaba resuelta á colocarse bajo el dominio de un rey, heredero de un Luis XIV y de un Luis XVI, muchas ciudades, París la primera, se constituyeron en «communes». ¿Qué entendía la multitud republicana por esa palabra de múltiples orígenes históricos procedentes de Francia y de Italia, de la Edad Media, del Renacimiento y de la Revolución? Ante todo veía una organización de lucha sin tregua contra la monarquía que querían reconstituír los Rurales y contra el poder temporal, ejercido por curas y frailes; pero veía también lo que había visto cerca de un

siglo antes, en la República misma, el alba de una sociedad nueva en la que habría más justicia y más libertad, en la que nadie carecería de pan, y en la que el hombre, libre del temor del hambre, podría

N.° 462. Francia invadida en 1871.



El territorio ocupado por los Alemanes al final del armisticio — 26 de Febrero de 1871 — es el rayado según Vidal-Lablache; Bitche, que no abrió sus puertas hasta el 11 de Marzo, Langres, Auxonne y Besançon estaban entonces libres de tropas alemanas. — Belfort, sitiada desde el 4 de Noviembre de 1870, no capituló hasta que recibió orden de París, y la guarnición salió el 18 de Febrero con los honores de guerra. — A las fechas de batallas dadas página 245 y en que Coulmiers, Bapaume y Villersexel son consideradas como victorias francesas, añadamos la defensa de Chateaudun (18 de Octubre), la batalla indecisa de Beaune-la-Rolande (18 Noviembre), las derrotas del Mans (10-12 Enero) y de Saint-Quentin (19 Enero).

ocuparse de aspiraciones más elevadas, comprender las alegrías de la vida intelectual y moral.

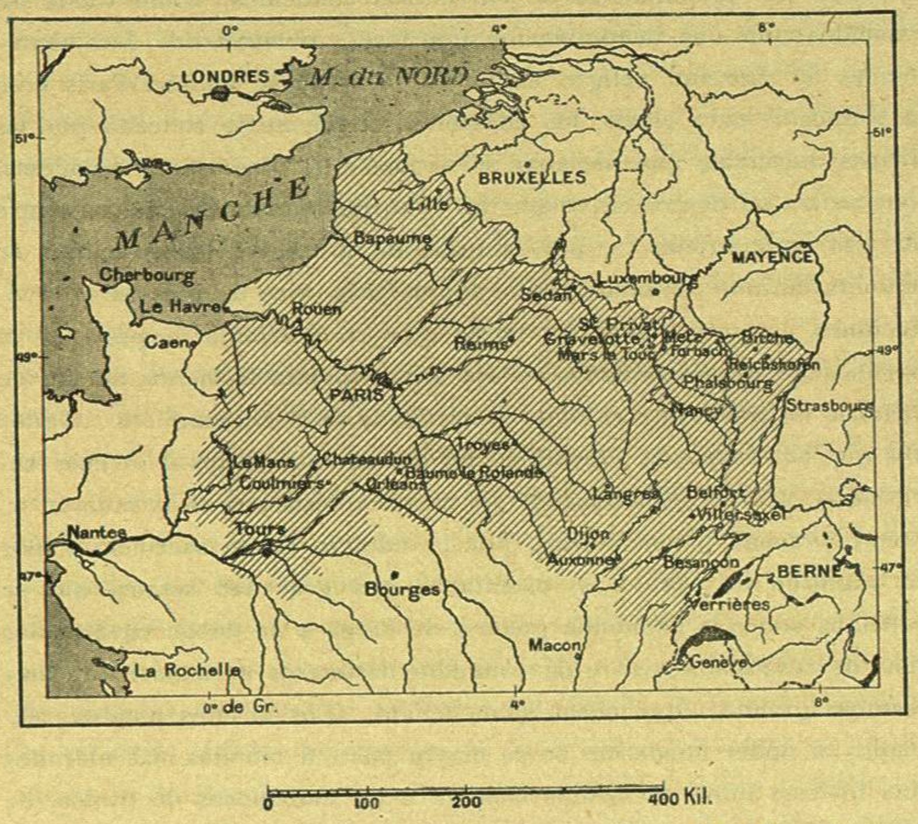
Las circunstancias que determinaron el movimiento de la Commune de París eran, bien considerado todo, un hecho relativamente insignificante, el escaso vigor de la defensa por parte del gobierno y el abandono de un parque de artillería de que los Prusianos podrían

pués de la paz más enemigas y más encarnizadas que nunca en la lucha. Todos los partidos políticos y religiosos que veían en las ideas republicanas y socialistas una amenaza para sus privilegios, se habían reunido en una masa compacta y furiosa para retrotraer al pueblo al gremio de la iglesia y de la monarquía, aunque para conseguirlo hubiera que apoyarse sobre la complicidad del extranjero que acababa de infligir á Francia la más cruel de las humillaciones. No desagradaba al vencedor ver su víctima luchar confundida en lo que se imaginaba había de ser el desorden caótico de la Revolución. Bismark no hizo, pues, nada en pro de los partidos monárquicos para reconstituír la monarquía que deseaban á toda costa, y, por otra parte, Italia, aunque constituída en Estado monárquico, había de ser absolutamente hostil al retroceso de una Francia de derecho divino, aliada del papado. Entregada á sus propias fuerzas, la reacción monárquica francesa contaba al menos con todos aquellos Franceses, y eran muy numerosos, que odiaban á París y á los republicanos en general por su larga resistencia y no veían salvación más que en la paz, el silencio y la rutina. Bajo el nombre de «rurales», con que se envanecían, los representantes monárquicos de Francia, que formaban la mayoría de la Asamblea, hasta hubieran querido alejarse de París como de una ciudad apestada y residir en alguna ciudad de calles pacíficas, Bourges, por ejemplo, que fué ya, en tiempos pasados, la residencia de los reyes vencidos. En cuanto á París, la ciudad maldita, se decidió ponerla á los pies de un ídolo católico, en castigo de sus pecados, y sobre la colina de Montmartre se erigió lentamente la fea basílica del Sagrado Corazón.

Pero frente á aquella asamblea rural, cuyo primer acto fué una humillación penitenciaria y que estaba resuelta á colocarse bajo el dominio de un rey, heredero de un Luis XIV y de un Luis XVI, muchas ciudades, París la primera, se constituyeron en «communes». ¿Qué entendía la multitud republicana por esa palabra de múltiples orígenes históricos procedentes de Francia y de Italia, de la Edad Media, del Renacimiento y de la Revolución? Ante todo veía una organización de lucha sin tregua contra la monarquía que querían reconstituír los Rurales y contra el poder temporal, ejercido por curas y frailes; pero veía también lo que había visto cerca de un

siglo antes, en la República misma, el alba de una sociedad nueva en la que habría más justicia y más libertad, en la que nadie carecería de pan, y en la que el hombre, libre del temor del hambre, podría

N.° 462. Francia invadida en 1871.



El territorio ocupado por los Alemanes al final del armisticio — 26 de Febrero de 1871 — es el rayado según Vidal-Lablache; Bitche, que no abrió sus puertas hasta el 11 de Marzo, Langres, Auxonne y Besançon estaban entonces libres de tropas alemanas. — Belfort, sitiada desde el 4 de Noviembre de 1870, no capituló hasta que recibió orden de París, y la guarnición salió el 18 de Febrero con los honores de guerra. — A las fechas de batallas dadas página 245 y en que Coulmiers, Bapaume y Villersexel son consideradas como victorias francesas, añadamos la defensa de Chateaudun (18 de Octubre), la batalla indecisa de Beaune-la-Rolande (18 Noviembre), las derrotas del Mans (10-12 Enero) y de Saint-Quentin (19 Enero).

ocuparse de aspiraciones más elevadas, comprender las alegrías de la vida intelectual y moral.

Las circunstancias que determinaron el movimiento de la Commune de París eran, bien considerado todo, un hecho relativamente insignificante, el escaso vigor de la defensa por parte del gobierno y el abandono de un parque de artillería de que los Prusianos podrían

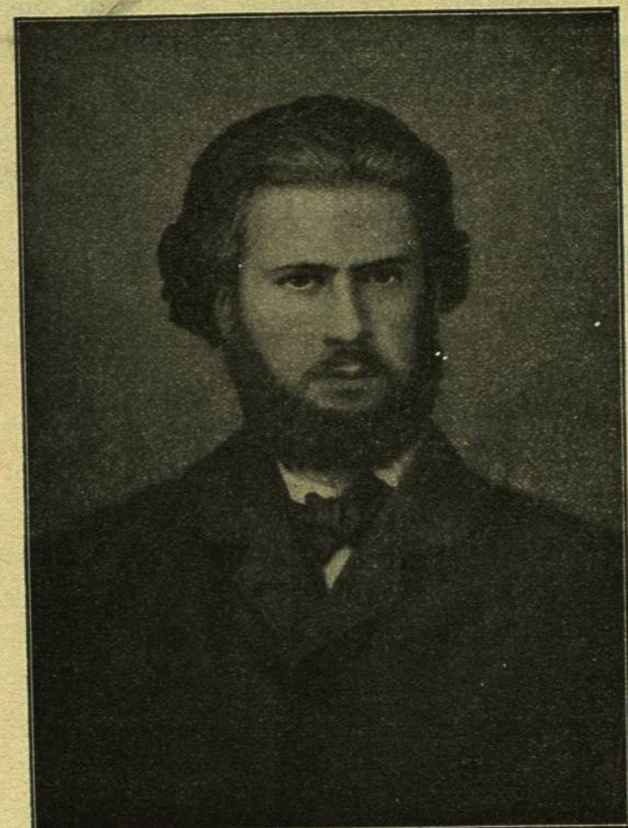
apoderarse al entrar en París; pero eso fueron simples detalles. Francia estaba desunida; era necesario que los dos elementos opuestos se agrupasen francamente uno con otro en toda la sinceridad de sus aspiraciones, en toda la rectitud de sus voluntades. Tal es lo que hicieron los comunalistas de París, más conocidos, como todos los vencidos, por una denominación injuriosa, *communards*. Las condiciones de supremo peligro en que á la sazón se hallaba París eran á propósito para elevar los corazones: triplemente rodeada por las tropas alemanas, que ansiaban el saqueo; por las tropas francesas, que ardían en deseos de vengar las victorias germánicas con la sangre de sus compatricios, y por la masa de la nación francesa, que se hubiera lanzado voluntariamente sobre París, foco de incesantes revoluciones, la gran ciudad no podía esperar el triunfo, á pesar de la inmensidad de sus recursos. Para quien tuviera la menor noción de historia no podía ofrecer duda el resultado fatal del conflicto. Todos los que aclamaban la Commune, viejos revolucionarios ó jóvenes entusiastas, sabían de antemano que estaban destinados á la muerte, y, como víctimas propiciatorias, por la nobleza de su sacrificio y por la amplitud de sus ideas, ostentaban una gravedad serena, que se reflejaba sobre la fisonomía general de París, y le daban en aquellos días de resolución viril y de completo desinterés un aspecto de majestuosa grandeza que jamás había tenido. Los mismos hombres enviados al poder obedecían en su mayor parte á móviles más elevados que los que impulsan ordinariamente á los ambiciosos de títulos, de honores y de influencia; también veían ante sí, pasado un plazo de algunas semanas ó de algunos meses, la inevitable derrota.

Condenados de antemano á una implacable represión, los hombres de la Commune hubieran debido aprovechar aquel corto plazo de existencia para dejar grandes é incomparables ejemplos, para plantear, para más allá de revoluciones y contrarrevoluciones, una sociedad futura desembarazada del hambre y del azote del dinero; mas para iniciar semejante obra hubiera sido preciso concertarse en una voluntad común y poner en práctica un saber experimentado ya, lo que no era posible, porque los insurrectos de París representaban grupos muy discordes que forzosamente habían de obrar en sentido inverso unos de otros: unos sujetos todavía á accesos de romanticismo jacobino, otros que sólo tenían honrados intentos revolucionarios; únicamente una minoría se daba cuenta de que era preciso proceder con método á la destrucción de todas las instituciones del Estado y á la supresión de todos los obstáculos que impiden la agrupación espontánea de los ciudadanos. En resumen, la obra del gobierno de la Commune fué mínima, y no podía ser de otro modo, puesto que en realidad estaba en manos del pueblo armado. Si los ciudadanos hubieran sido impulsados por una voluntad común de renovación social, la hubiesen impuesto á sus delegados; pero sólo les preocupaba la defensa: combatir bien y bien morir.

La falta principal que cometió el gobierno de la Commune, falta inevitable, puesto que derivaba del mismo principio sobre el cual se había constituído el poder, consistía precisamente en ser un gobierno y en reemplazar é imponerse al pueblo por la fuerza de las cosas. El funcionamiento natural del poder y el vértigo de mando le llevó á considerarse como el representante de todo el Estado francés, de toda la República, y no sólo de la Commune ó división territorial de París como tomando la iniciativa de invitar á una libre asociación á otras communes, campos, villas y ciudades. De tal modo se contagió el nuevo poder con la locura gubernamental, que se creyó obligado á entrar en relaciones oficiales con los representantes de los Estados monárquicos europeos, olvidando su origen inmediato, la rebeldía: salido del pueblo, se imaginaba pertenecer ya á otra clase, la de los dominadores; pero el pueblo hablaba también por su boca cuando publicó el decreto que abolía el servicio militar, rompió sus lazos con el clero, devolvió las prendas empeñadas en el Monte de Piedad y las multas y retenciones de salario á los obreros y abolió el pago de alquileres por las habitaciones. ¿No era eso ya como un principio de sociedad comunista?

En París se vió por primera vez en el mundo lo que jamás ha tenido analogía en la historia; los Parisienses no odiaban al enemigo que les había tenido sitiados durante cinco meses, dejando en sus monumentos las señales marcadas con sus obuses. Los Alemanes acampaban todavía alrededor de los fuertes exteriores del Este, desde Saint-Denis hasta Villeneuve Saint-Georges, y no se odiaba á aquellas gentes que ejercían por mandato su oficio de soldados.

El mundo, que tenía fijas sus miradas en París, vió con admiración que las ideas de la fraternidad de los pueblos, proclamadas por *La Internacional*, se habían convertido en una realidad viviente. Lo que literatos y artistas, Eugenio Pelletan (en *La Presse*) y Courbet, habían pedido en tiempo del Imperio, el derribo de la columna de Vendome, el pueblo de París lo quería efectuar á la presencia misma de aquellos á quienes el alto pilar recordaba sus derrotas. Cosa inaudita hasta entonces, los vencidos derribaron con entusiasmo el monumento de antiguas victorias, no para adular vilmente á los que acababan de vencerles á su vez, sino para atestiguar sus simpatías fraternales á los hermanos á quienes se había conducido contra ellos y sus sentimientos de execración contra los amos y los reyes, que, de una parte y de otra, conducían sus súbditos al matadero. Aunque la Commune de París no tuviera más que ese hecho en su activo, merece ser colocada muy alto en la evolución de las edades contemporáneas.



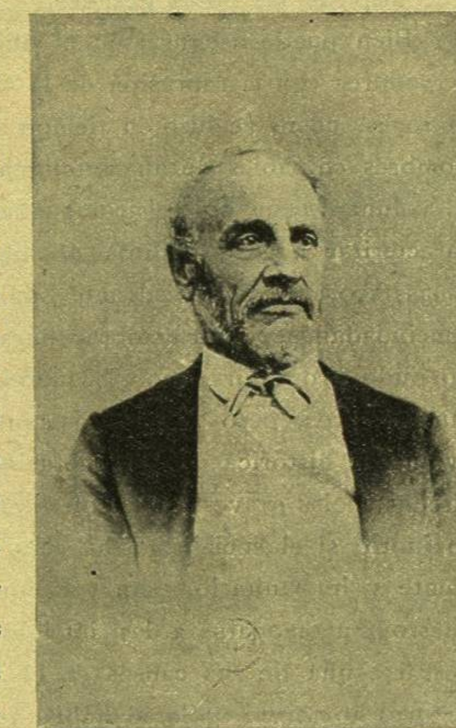
VARLIN

Obrero encuadernador, fusilado en Mayo 1871.

Varlin, miembro de La Internacional, formaba parte de la minoría, de tendencia socialista.

Evidentemente, una sociedad nueva que obraba en tan completo desacuerdo con la antigua política, no podía suscitar en el mundo rutinario de las clases gubernamentales más que un sentimiento uni-

versal de horror y de reprobación. Los miembros de la Commune comenzaron por limitar su sueldo á lo más estricto, y continuaron comiendo modestamente en el bodegón de la esquina; los que habían sido tomados entre los obreros jornaleros continuaron su compañerismo con los compañeros de trabajo, dejando á sus mujeres y sus hijas en sus talleres de costura, en los lavaderos ú ocupaciones ordinarias. Tal derogación de las tradiciones de todo gobierno que se respeta no podían perdonarse, y desde los primeros encuentros alrededor de París, el ejército regular no dejó de aplicar á sus prisioneros el nuevo código de guerra, que permite á todo militar arrogarse el derecho de muerte sobre todo paisano. A aquellas matanzas la Commune respondió por un «decreto sobre los rehenes», que ejecutó tarde y sin arrostrar la responsabilidad completa, mientras que la matanza de los comunalistas continuaba alegremente alrededor de París; después, durante la «semana sangrienta», en las calles y en las casas, y por fin, pasados los setenta días, en los cuarteles y en las cárceles. El contraste entre las dos morales se manifestaba evidente: en tanto que los socialistas de París, respetuosos con la vida humana, se decidieron contra su voluntad y en virtud de legítima defensa á las represalias contra personajes de la casta enemiga, el asesinato de todo ciudadano de la ciudad rebelde era considerado como meritorio entre clérigos, jueces y soldados. Vióse un jefe del ejército del «orden», uno de los oficiales superiores que durante el Imperio había llevado la vida más vil, jactarse des-



E. Carjat y C.ª Gabinete de las Estampas.

CARLOS DELESCLUZE (1809-1871)

Muerto en las barricadas el 25 de Mayo.

En el Consejo de la Commune Delescluze pertenecía á la mayoría y representaba el elemento jacobino.

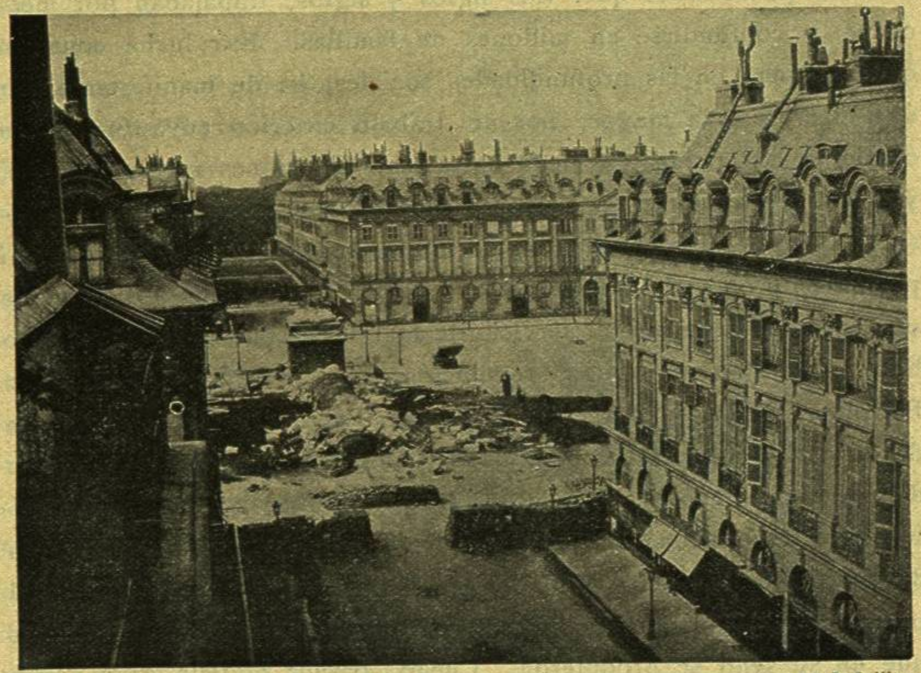
pués cínicamente de haber elegido entre los prisioneros, designando para la muerte á todos los que tenían una cabeza noble, inteligente y digna; á los ancianos, porque habían obedecido á sus convicciones, á los más jóvenes, porque habían obrado por el entusiasmo que inspiran las cosas grandes.

Bien puede asegurarse: el objeto que se propusieron los conservadores con la represión de la Commune fué operar una selección al revés, como se hizo en tiempo de la Inquisición, suprimiendo los hombres culpables de una inteligencia superior, de gran pensamiento y voluntad que no se acomodaban al embrutecimiento que ha de caracterizar á los súbditos obedientes. Esa selección de las víctimas favoreció al clericalismo español, que impidió, en efecto, á sus conciudadanos pensar y obrar durante trescientos años; en Francia no pudo proseguirse con bastante método para llegar á resultados tan decisivos, pero ha tenido consecuencias muy apreciables en la evolución histórica de la generación siguiente. ¡Cuántas veces, en circunstancias graves, se ha observado que faltaban hombres! En su conjunto, si el socialismo ha cesado en su carácter generoso, ferviente y humanitario, para transformarse en un partido político dispuesto á acomodarse á las intrigas de los parlamentos, ¿no ha de buscarse una de sus causas en el hecho de haberle privado de sus mejores hombres? ¡Se le había herido en la cabeza!

Pero «nada se pierde», y si es cierto que la reacción pudo creer decapitada al fin «la hidra socialista», los acontecimientos de la Commune, aumentados por el eco, se propagaron á lo lejos en las masas profundas de los pueblos como una garantía de emancipación y libertad. En todas partes, hasta en el fondo de las prisiones rusas y de las minas de Siberia, renació la confianza en el porvenir. La historia de París proclamando la fraternidad de los hombres, tomó proporciones épicas.

Esa notable fuerza moral que posee el solo nombre de París en el conjunto de la evolución humana, y como consecuencia en el movimiento de las revoluciones, se explica, como su fuerza de atracción material, por las condiciones geográficas de su medio. De todas partes acuden las mariposas á aquel foco de luz, á riesgo de abrasarse. La convergencia de los ríos hacia el centro natural de

la cuenca del Sena es como un símbolo del movimiento que lleva á los hombres de inteligencia y de ambición hacia aquel foco de actividad. No se trata solamente de los inmigrantes que se dirigen á París como á cualquiera otra gran ciudad en busca de clientes para su comercio ó para su profesión; considerado desde ese punto de vista, París es inferior á otras aglomeraciones urbanas donde se



Cl. P. Sellier.

LA COLUMNA DE VENDOME DERRIBADA

crea más riqueza monetaria en menos tiempo; se trata principalmente de los que allí acuden atraídos por la vida intelectual, moral y artística de la ciudad, por el encanto que ejerce como persona colectiva, por la fascinación que produce. París es el país tropical, la primavera eterna de la inteligencia. Las cifras traducen ese estado de cosas, puesto que, teniendo en cuenta todas las proporciones, París es la ciudad capital que recibe mayor número de visitantes, y donde la vida se hace más intensa y más variada en sus manifestaciones.

Los elementos primordiales de la población indígena presentan también, respecto de la evolución, un carácter notable de dualidad

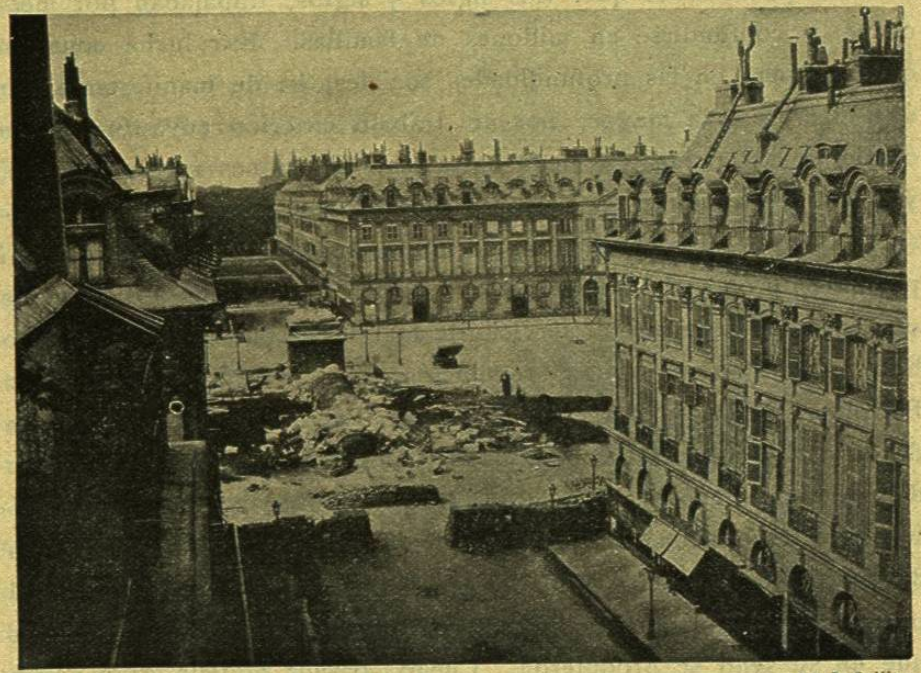
pués cínicamente de haber elegido entre los prisioneros, designando para la muerte á todos los que tenían una cabeza noble, inteligente y digna; á los ancianos, porque habían obedecido á sus convicciones, á los más jóvenes, porque habían obrado por el entusiasmo que inspiran las cosas grandes.

Bien puede asegurarse: el objeto que se propusieron los conservadores con la represión de la Commune fué operar una selección al revés, como se hizo en tiempo de la Inquisición, suprimiendo los hombres culpables de una inteligencia superior, de gran pensamiento y voluntad que no se acomodaban al embrutecimiento que ha de caracterizar á los súbditos obedientes. Esa selección de las víctimas favoreció al clericalismo español, que impidió, en efecto, á sus conciudadanos pensar y obrar durante trescientos años; en Francia no pudo proseguirse con bastante método para llegar á resultados tan decisivos, pero ha tenido consecuencias muy apreciables en la evolución histórica de la generación siguiente. ¡Cuántas veces, en circunstancias graves, se ha observado que faltaban hombres! En su conjunto, si el socialismo ha cesado en su carácter generoso, ferviente y humanitario, para transformarse en un partido político dispuesto á acomodarse á las intrigas de los parlamentos, ¿no ha de buscarse una de sus causas en el hecho de haberle privado de sus mejores hombres? ¡Se le había herido en la cabeza!

Pero «nada se pierde», y si es cierto que la reacción pudo creer decapitada al fin «la hidra socialista», los acontecimientos de la Commune, aumentados por el eco, se propagaron á lo lejos en las masas profundas de los pueblos como una garantía de emancipación y libertad. En todas partes, hasta en el fondo de las prisiones rusas y de las minas de Siberia, renació la confianza en el porvenir. La historia de París proclamando la fraternidad de los hombres, tomó proporciones épicas.

Esa notable fuerza moral que posee el solo nombre de París en el conjunto de la evolución humana, y como consecuencia en el movimiento de las revoluciones, se explica, como su fuerza de atracción material, por las condiciones geográficas de su medio. De todas partes acuden las mariposas á aquel foco de luz, á riesgo de abrasarse. La convergencia de los ríos hacia el centro natural de

la cuenca del Sena es como un símbolo del movimiento que lleva á los hombres de inteligencia y de ambición hacia aquel foco de actividad. No se trata solamente de los inmigrantes que se dirigen á París como á cualquiera otra gran ciudad en busca de clientes para su comercio ó para su profesión; considerado desde ese punto de vista, París es inferior á otras aglomeraciones urbanas donde se



Cl. P. Sellier.

LA COLUMNA DE VENDOME DERRIBADA

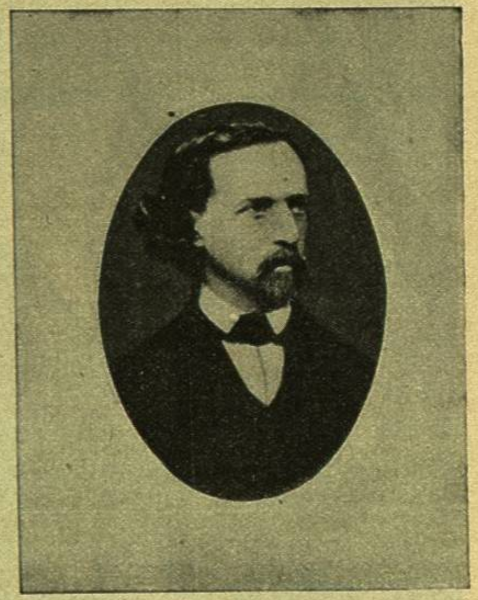
crea más riqueza monetaria en menos tiempo; se trata principalmente de los que allí acuden atraídos por la vida intelectual, moral y artística de la ciudad, por el encanto que ejerce como persona colectiva, por la fascinación que produce. París es el país tropical, la primavera eterna de la inteligencia. Las cifras traducen ese estado de cosas, puesto que, teniendo en cuenta todas las proporciones, París es la ciudad capital que recibe mayor número de visitantes, y donde la vida se hace más intensa y más variada en sus manifestaciones.

Los elementos primordiales de la población indígena presentan también, respecto de la evolución, un carácter notable de dualidad

étnica. El estudio del mapa de las Galias nos muestra los Belgas, pueblos que seguramente eran germanos ó muy germanizados, encontrándose en los valles bajos del Marne y del Oise, con los Celtas propiamente dichos: allí se unían las dos aguas, aportando cada una su carácter propio; la herencia, legado del medio anterior, producía contrastes forzosos en la mentalidad y en las energías de las diversas poblaciones que, tras siglos y siglos, trabajaban por mezclarse y confundirse en millones de familias. Esa lucha continua que se opera en las profundidades sociales, ha de manifestarse por una efervescencia mayor, por un trabajo exterior cuya fuerza, en ocasiones excepcionales, llega hasta las explosiones revolucionarias, y pueden producirse en diferente sentido, sea en dirección progresiva, sea, por el contrario, en un movimiento de regresión. He ahí por que, durante el período de la Reforma, el París de los Ligueros obraba indudablemente al servicio de la Iglesia contra el pensamiento libre: ¡qué triste contra-revolución fué la matanza de la San Bartolomé! Pero en otras circunstancias, París se halló á la cabeza de la nación francesa, combatiendo y sufriendo por la causa común de todos los pueblos. La década que lleva por excelencia el nombre de «Revolución» merece realmente ser distinguida por la ola de sentimientos y de pensamientos de que París fué entonces el porta-voz para el género humano y por la significación de los actos que en su seno se produjeron. Luego, pasada aquella gran época de que data el mundo moderno, en varios otros momentos del siglo XIX se desarrollaron acontecimientos de importancia mundial: la revolución de 1848, que repercutió en crisis secundarias en el mundo entero é inauguró, por decirlo así, la entrada oficial del socialismo en las agitaciones políticas, y la revolución de 1871, la Commune de París, que suscitó tantas esperanzas en los ánimos de los pueblos oprimidos.

Algunos días antes de la Commune, Bismarck, mirando desde la cima de una colina la ciudad de París, que acababa de capitular, la mostraba á sus cortesanos con ademán desdeñoso diciendo: «¡la bestia está muerta!» Y quizá nunca fué la acción revolucionaria de París tan poderosa en la historia de la evolución general. A partir del momento

de la proclamación de la Commune y más aún después de su terrible fin, los oprimidos de todas las naciones, conscientes de solidaridad, se sintieron verdaderamente unidos en un mismo ideal, designado por un mismo término simbólico. España, especialmente, que se hallaba en estado de revolución permanente desde la expulsión de la reina Isabel II, fué profundamente conmovida por el ejemplo de París, y cuando se proclamó la república española (1873), el movimiento general que se produjo en la mayor parte de las provincias y de los municipios tomó un carácter esencialmente comunalista. El principio de la Federación, que parece escrito sobre el mismo suelo de España, donde cada división natural de la comarca ha conservado su perfecta individualidad geográfica, pareció estar á punto de triunfar: llegó hasta ser generalmente acogido por cierto tiempo y llevó al poder á un ferviente discípulo de Proudhon, el íntegro Pí y Margall, uno de los pocos hombres á quienes el ejercicio de la autoridad no pudo corromper. Pero la centralización militar había llegado á ser demasiado poderosa para que soltara la nación, que era su presa, y se suscitó una nueva insurrección carlista que hizo necesario el ejército. Republicanos de ocasión, oradores de palabra altisonante, se prestaron á ese juego para afirmar la dominación del sable, y el día 3 de Enero de 1874, un general, seguido de sus tropas, entró en el salón de sesiones del Congreso, obligando á los diputados á retirarse. Así se instalan las monarquías.

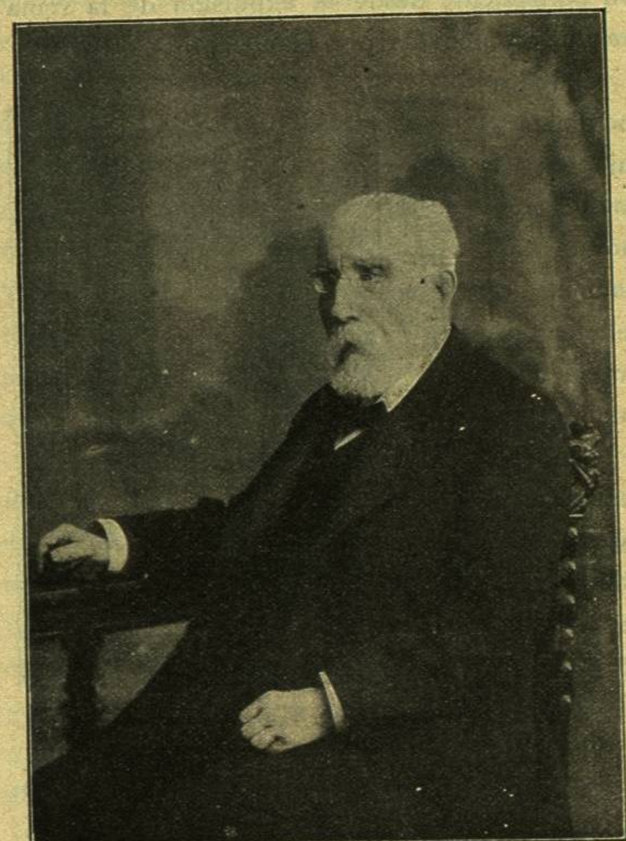


JUAN BAUTISTA MILLIÈRE, 1817-1871

Aunque no tomó parte en la Commune, fué fusilado el 21 de Mayo en la Plaza del Panteón.

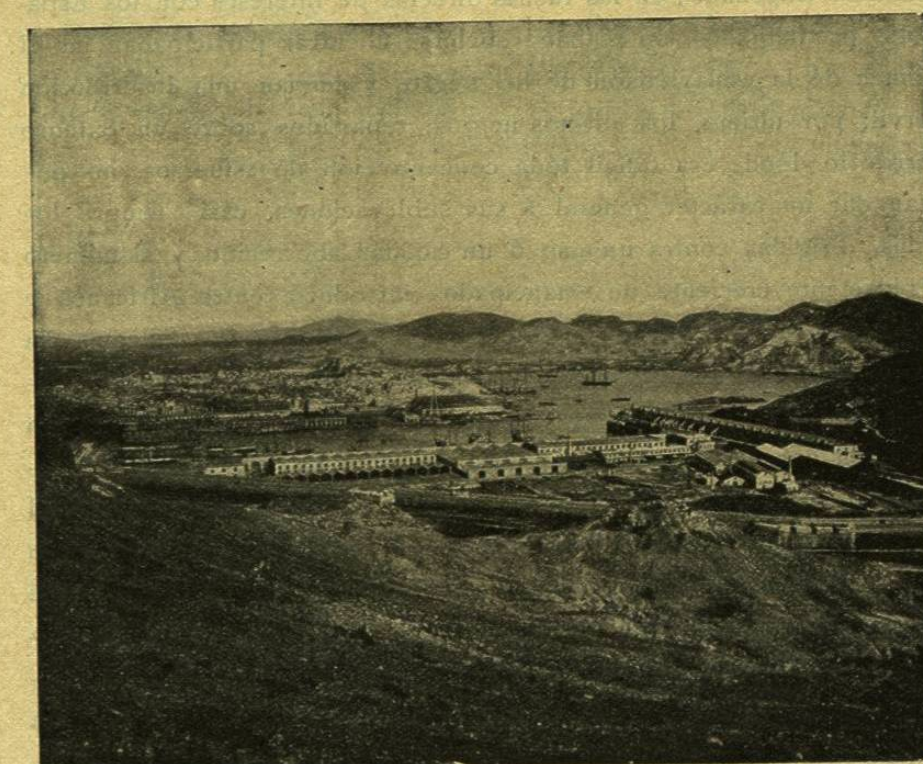
No obstante, uno de los municipios federados que había hecho surgir la revolución, la ciudad de Cartagena, se defendía aún valientemente, apoyada por la cintura de fuertes que le rodea y por los

barcos de guerra de que se había apoderado. Representada por hombres más conscientes, más lógicos, más resueltos, más tenaces que la mayoría de los revolucionarios de la época, el municipio de Cartagena se aproximó mucho más que el de París al ideal de igualdad y de fraternidad entre ciudadanos y atacó con mayor franqueza los problemas sociales: durante mucho tiempo los proletarios Cartageneros recordaron sus dichosos días de trabajo y de bienestar durante el sitio. Los defensores de la ciudad tomaron muy en serio su misión: no vacilaron en libertar los mil quinientos penados del presidio (12 Julio de 1873) y confiarles la tripulación de la flota; con ellos emprendieron cruceros en pleno Mediterráneo; con ellos libraron un combate naval contra los buques «del orden» y se presentaron ante Almería y Alicante; después, cuando capituló el fuerte de Cartagena que resistió el último, atravesaron la línea del bloqueo en el buque acorazado *La Numancia* para entregar á las autoridades francesas de Orán (12 Enero 1874) los personajes revolucionarios que la reacción triunfante hubiera fusilado.



FRANCISCO PÍ Y MARGALL

Al terminar el año, llamado por Martínez Campos, Alfonso XII, el joven hijo de la reina Isabel, debidamente bendecido por el papa para emprender su tarea de reparación monárquica y religiosa, desembarcaba en Barcelona, y, más carlista que el mismo D. Carlos, ponía manos á la obra para borrar las huellas de las revoluciones que acababan de conmover España. Inmediatamente abolió el jurado, el matrimonio civil, la libertad de enseñanza, devolvió á la Iglesia y á las congregaciones los bienes eclesiásticos no vendidos, prohibió á los no católicos todo ejercicio público del culto: se acercó todo lo posible al régimen de los buenos tiempos de la Inquisición, sin lograr á pesar de todo satisfacer á la Iglesia. En las colonias mantuvo incólumes los privilegios de los plantadores, dando satisfacción á la república de los Estados Unidos, de la cual había capturado un buque y fusilado unos ciudadanos.



Cl. J. Kuhn, edit.

CARTAGENA Y SU BAHÍA

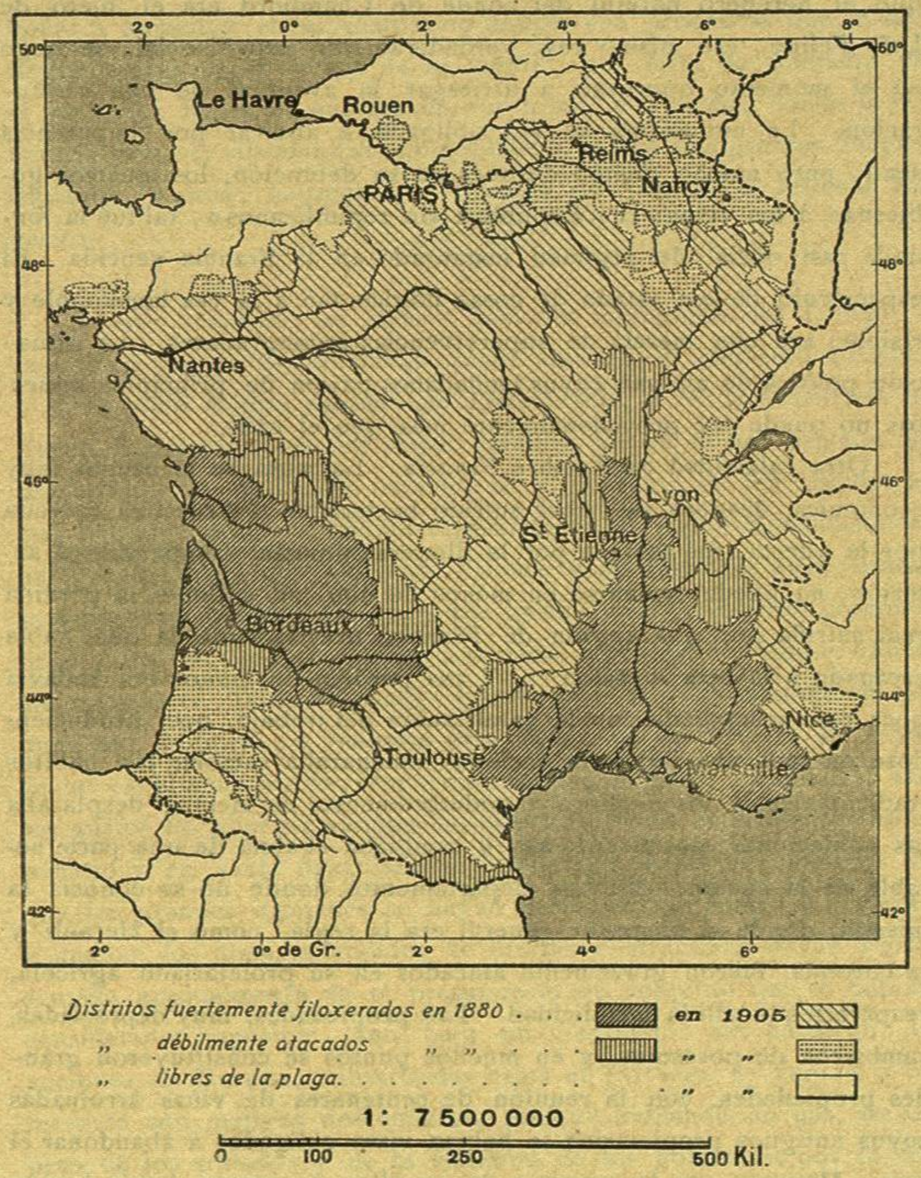
Respecto de este asunto, la monarquía española no podía esperar más que ganar tiempo, porque ningún hombre de buen sentido podía dudar del «destino manifiesto» que esperaba á las colonias antillanas. No hay duda que la población de Cuba estaba demasiado

dividida en sus intereses para que le fuera posible emanciparse de la «madre patria» mientras existieran allí negros esclavos. Los «peninsulares», es decir, los nacidos en España, mercaderes ó funcionarios, que habían ido á explotar á los habitantes de la isla, eran muy numerosos y se apoyaban desvergonzadamente sobre la guarnición. Por otra parte, los Cubanos de raza blanca ó mezclada, que se hallaban empeñados en las luchas directas de intereses con los Españoles privilegiados, no osaban rebelarse mientras participaban en el crimen de la esclavización de los negros y temían una insurrección servil; por último, los mismos negros, repartidos sobre un extenso territorio donde era difícil toda concentración de esfuerzos, no podían dar un carácter general á sus sublevaciones, casi siempre locales, dirigidas contra un amo ó un capataz aborrecido, y el número rápidamente creciente de emancipados introducía entre Africanos y Africanos, una rivalidad de intereses y de simpatías. Además, la vigilancia de la isla era fácil: los barcos podían sin dificultad bloquear los principales accesos de la costa, y la forma muy estrecha de Cuba permitía á un ejército español dominar bien todo el interior del país. Así se explicaba en cierto modo la tenacidad del gobierno español como dominador de Cuba, pero ¿qué hombre de Estado hubiera podido contar á la vez con la extinción pacífica de la esclavitud y con la constante longanimidad de los rudos y poderosísimos vecinos del Norte, los mercaderes americanos? La pérdida de Cuba, de Puerto Rico y de las islas Vírgenes, sólo era para España una cuestión de tiempo.

Como la península Ibérica, después de su ensayo de república federal, Francia, después de la Commune, se halló arrastrada por un movimiento de reacción extremada; pero, lo mismo que en España, era imposible á los gobernantes franceses ir hacia el pasado tan lejos como deseaban y como la lógica les exigía. En primer lugar no osaron restablecer la monarquía, que era precisamente su primer deber de «rurales» y de cristianos. La terrible resistencia de aquel París que odiaban, de que habían huído y que, sin embargo, les fascinaba, les llenaba de terror, viéndose obligados á prometer, á ofrecer garantías que hubiera sido difícil recusar en seguida. A lo menos, los hijos de los comunalistas asesinados, viendo las cosas desde un punto

de vista elevado, pudieron atestiguar la victoria de sus padres, puesto que en la conservación de la palabra «República» había á pesar de

N.º 463. Invasión de la filoxera.
(Véase pág. 280).



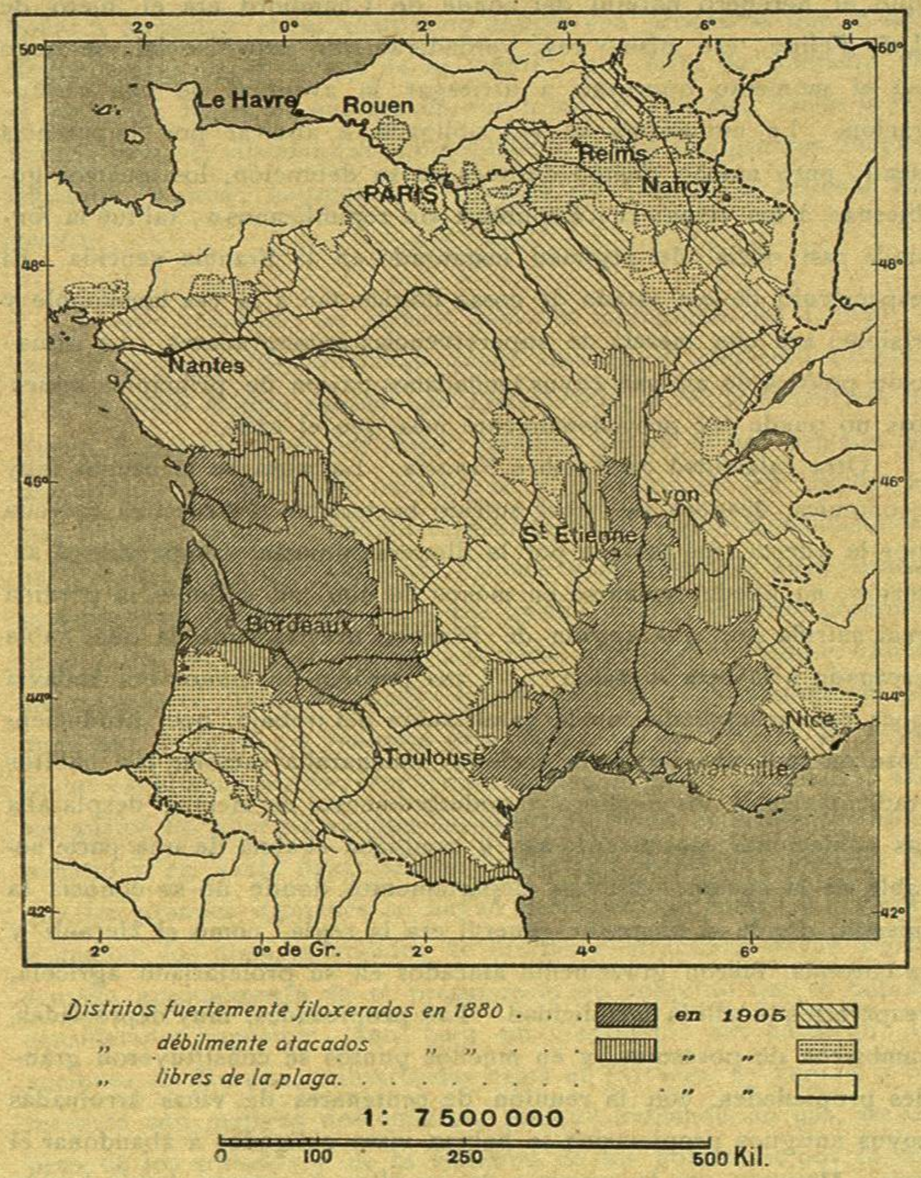
todo el reconocimiento de un principio nuevo, el del derecho del hombre substituyendo al derecho divino. Bien lo comprendían los fanáticos reaccionarios, pero estaban ligados é impedidos por un con-

dividida en sus intereses para que le fuera posible emanciparse de la «madre patria» mientras existieran allí negros esclavos. Los «peninsulares», es decir, los nacidos en España, mercaderes ó funcionarios, que habían ido á explotar á los habitantes de la isla, eran muy numerosos y se apoyaban desvergonzadamente sobre la guarnición. Por otra parte, los Cubanos de raza blanca ó mezclada, que se hallaban empeñados en las luchas directas de intereses con los Españoles privilegiados, no osaban rebelarse mientras participaban en el crimen de la esclavización de los negros y temían una insurrección servil; por último, los mismos negros, repartidos sobre un extenso territorio donde era difícil toda concentración de esfuerzos, no podían dar un carácter general á sus sublevaciones, casi siempre locales, dirigidas contra un amo ó un capataz aborrecido, y el número rápidamente creciente de emancipados introducía entre Africanos y Africanos, una rivalidad de intereses y de simpatías. Además, la vigilancia de la isla era fácil: los barcos podían sin dificultad bloquear los principales accesos de la costa, y la forma muy estrecha de Cuba permitía á un ejército español dominar bien todo el interior del país. Así se explicaba en cierto modo la tenacidad del gobierno español como dominador de Cuba, pero ¿qué hombre de Estado hubiera podido contar á la vez con la extinción pacífica de la esclavitud y con la constante longanimidad de los rudos y poderosísimos vecinos del Norte, los mercaderes americanos? La pérdida de Cuba, de Puerto Rico y de las islas Vírgenes, sólo era para España una cuestión de tiempo.

Como la península Ibérica, después de su ensayo de república federal, Francia, después de la Commune, se halló arrastrada por un movimiento de reacción extremada; pero, lo mismo que en España, era imposible á los gobernantes franceses ir hacia el pasado tan lejos como deseaban y como la lógica les exigía. En primer lugar no osaron restablecer la monarquía, que era precisamente su primer deber de «rurales» y de cristianos. La terrible resistencia de aquel París que odiaban, de que habían huído y que, sin embargo, les fascinaba, les llenaba de terror, viéndose obligados á prometer, á ofrecer garantías que hubiera sido difícil recusar en seguida. A lo menos, los hijos de los comunalistas asesinados, viendo las cosas desde un punto

de vista elevado, pudieron atestiguar la victoria de sus padres, puesto que en la conservación de la palabra «República» había á pesar de

N.° 463. Invasión de la filoxera.
(Véase pág. 280).



todo el reconocimiento de un principio nuevo, el del derecho del hombre substituyendo al derecho divino. Bien lo comprendían los fanáticos reaccionarios, pero estaban ligados é impedidos por un con-

junto de circunstancias que les impedían retroceder saltando sobre el siglo hasta los años que precedieron á la fecha fatal de 1789. Hasta el mismo rey que habían escogido, y al que reconocían el doble privilegio de reconciliar las dos ramas de la monarquía, puesto que el heredero natural del conde de Chambord era el nieto de Luis Felipe; ese mismo rey, verdaderamente providencial, se negó en el momento oportuno á arriesgar la aventura de una restauración. La monarquía se vió obligada á abdicar por impotencia senil; pero mucho tiempo después de su defunción, los muertos gobiernan á los vivos: la «República sin republicanos», tal fué la fórmula casi oficial del régimen instaurado en la Francia vencida. El espectáculo de ese estado de cosas ilógico fué á la vez lamentable y risible; era una mezcla de supervivencias incongruentes. La situación política de un país cuyos ciudadanos parten de principios opuestos no puede ser provisionalmente más que el caos.

Otra calamidad cayó sobre Francia. La masa de la nación, muy económica, después de haber sufrido la terrible destrucción causada por la guerra, fué asolada por la filoxera, desastre comparable al anterior: no puede evaluarse en menos de diez mil millones la pérdida real sufrida por una región de Francia, precisamente la que había escapado á la otra invasión [1]. Y esa pérdida de dinero era todavía poca cosa comparada con la paralización del trabajo, que, produciéndose en toda una industria nacional, amenazaba cambiar los hábitos tradicionales, y los modificaba poderosamente, en efecto; desplazaba las poblaciones, por decirlo así, y cambiaba el alma de una parte notable de la nación. Muchos departamentos donde no se conocía la miseria, donde el bienestar general era la regla, como el Herault y la Gironda, fueron gravemente atacados en su proletariado agrícola, reapareciendo allí la mendicidad. Las propiedades, muy depreciadas, cambiaron de posesores, y en muchos puntos se constituyeron grandes propiedades, con la reunión de centenares de viñas arruinadas cuyos antiguos propietarios se habían visto obligados á abandonar el país. Mientras que la mayoría de aquellos á quienes había herido el desastre se volvían hacia el gobierno para pedir, unos socorros,

[1] Gabriel Hanoteau, *Nouvelle Revue*, 15 Noviembre 1902.

otros destinos, algunos hombres de iniciativa se ingeniaban buscando mejores procedimientos de cultivo ó creando nuevas industrias; otros fueron á establecerse en Argelia ó en colonias lejanas. Es indudable también que la propagación de la filoxera ha contribuído á aumentar en el campesino francés esa prudencia que le distingue acerca del aumento de su familia: por falta de confianza en el porvenir, limita el número de sus hijos, y Francia, donde la juventud escasea, disminuiría en población si los inmigrantes Belgas, Italianos, Suizos, Germanos y Eslavos no vinieran á rellenar los vacíos.

A este respecto, las demás naciones civilizadas del mundo, á excepción de ciertas comarcas donde domina el elemento burgués — tales como el país «sajón» en Transilvania, y muchos distritos de Nueva Inglaterra, — no se dejan dominar por el mismo espíritu de prudencia, y la población aumenta en el conjunto de los Estados en que los economistas formulan regularmente sus cuadros estadísticos; pero desde otro punto de vista, Europa y las naciones europeizadas se aventuran menos á la ligera que antes en los conflictos diplomáticos y en las violencias á mano armada. El terrible choque francoalemán parece haber inspirado prudencia á los conductores de los pueblos. Aunque en ninguna otra época de la historia se hayan hecho en el mundo, en proporción de los recursos nacionales, tantos gastos de guerra; aunque los ejércitos hayan excedido mucho en número y en sabia organización á todas las masas de hombres de que los grandes capitanes se hayan hecho seguir hasta el presente, y aunque los almacenamientos de fuerzas destructivas hayan representado gradualmente en el presupuesto un conjunto que se hubiese considerado imposible, aun bajo un Napoleón; sin embargo, las naciones de Europa, militarizadas hasta el extremo, se limitan á observarse con maligna desconfianza, aunque hablando de paz, de respeto de los tratados y de la solicitud de los gobiernos por la felicidad de los pueblos. Cada nación emplea millones y hasta miles de millones en blindar sus fronteras y sus barcos, en llenar sus arsenales de obuses y sus cuarteles de carne de cañón. La guerra ha sido proclamada santa, evocadora de fuerza y de valor; hasta el

gran estratégico de las victorias alemanas, de Moltke, se dignó últimamente romper su silencio habitual para declarar que la paz universal «no es un hermoso sueño». Sin embargo, los pueblos civilizados no osan arriesgarse en las bellas realidades de nuevas guerras y de nuevas matanzas.

Desde la capitulación de París, la Europa llamada cristiana ha permanecido en paz armada, y la guerra sólo se ha producido en la península de los Balkanes, donde los Rusos, so pretexto de las matanzas y de los grandes horrores cometidos en los países eslavos de Turquía, contaban con fáciles triunfos. Pensábase que el hombre enfermo no osaría resistir al «coloso del Norte». Resistió, no obstante, y las peripecias de la guerra ruso-turca, 1877 y 1878, fueron tales que hicieron dudar todavía más á los fautores de luchas armadas, y evidenciaron cómo tales aventuras, en caso de resistencia firme, pueden ocasionar terribles percances al asaltante. No hay duda que Rusia era con mucho la más fuerte en hombres y en material de guerra, y, despreciando á su enemigo, contaba confiadamente con un éxito rápido; pero los generales cortesanos que rodeaban al soberano, marchando al alcance de su triunfo, le hicieron asistir á grandes desastres. Por lanzarse precipitadamente á través de los Balkanes camino de Constantinopla, el ejército ruso fué atacado por los flancos y se vió obligado á mantenerse á la defensiva; después vino á chocar imprudentemente contra los muros de Plevna, dejando las largas pendientes cubiertas de cadáveres. Se comprendió entonces el cambio que los progresos de la balística habían operado en las condiciones de la guerra, aumentando las ventajas de los sitiados resueltos que esperan tranquilamente al enemigo. Sin embargo, la desigualdad de las fuerzas y de los recursos era demasiado grande entre los beligerantes para que la victoria definitiva no quedara para los Rusos, ayudados por los Rumanos; pero tampoco esta vez lograron su objeto: Tsarograd, «la ciudad de los Czares». Poco seguros sobre la actitud de la ciudad populosa y sobre la de la flota inglesa, se detuvieron en el arrabal de San Stefano, donde (1878) dictaron una paz humillante á los Turcos, dejándoles apenas poner un pie en tierra de Europa, bajo la alta inspección del vencedor.

N.º 464. Disminución de Turquía durante el siglo XIX.



Este mapa está á la escala de 1 á 10 000 000.

Rusia ocupó parte de Besarabia en 1812. Hacia la misma época Servia obtenía una semi-independencia. En 1829, Rusia avanzó hasta el Danubio é hizo reconocer á Valaquia y á Moldavia (unidas en 1861) un estatuto especial. Grecia llegó á ser Estado independiente en 1830. En 1856, la Besarabia del Sud fué dada á Moldavia.

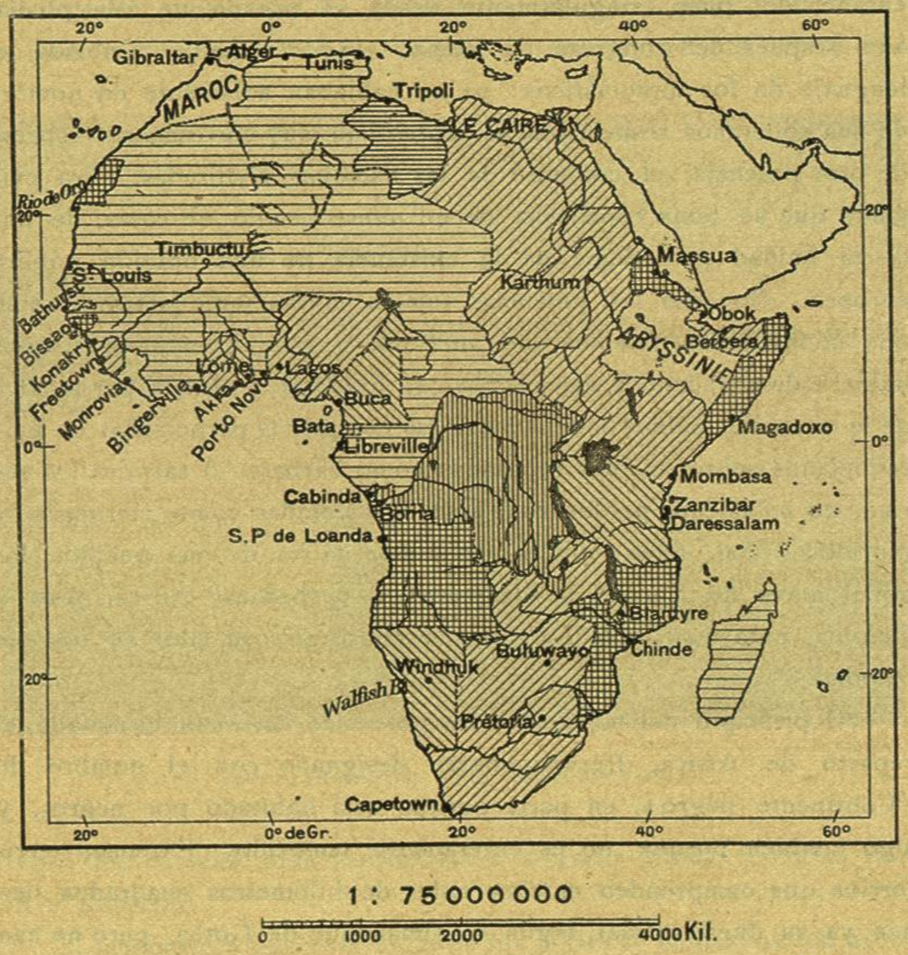
En 1878, Rumanía hubo de evacuar la margen derecha del Prut, pero obtuvo la Dobrudja; Servia se engrandeció con el distrito de Nich, y Montenegro con una banda de territorio que comprendía Dulcigno; Bulgaria fué desprendida de Turquía y Rumelia quedó dirigida por un gobernador cristiano; Bosnia y Herzegovina fueron entregadas á Austria y el distrito de Novi-Pazar (N. P.) se ocupó en conjunto.

En 1881, Grecia obtuvo Thessalia; en 1885, Rumelia se unió á Bulgaria; en 1897, Creta fué declarada autónoma bajo un gobernador heleno.

Sin embargo, ese gran cambio de equilibrio en la fuerza relativa de las grandes potencias europeas era demasiado considerable para que éstas no pidieran revisar el contrato, y enviaron sus ministros á Berlín bajo la presidencia del conde de Bismarck, considerado como una especie de decano en los consejos de la fuerza, y allí se hizo sin apelación el nuevo reparto de los territorios de la Balkania y del Asia Menor entre los Estados. Servia y Montenegro, emancipados del feudalismo turco, recibieron un aumento de territorio; Bulgaria se constituyó en principado tributario, y Rumelia, al sud de los Balkanes, quedó provincia turca: la nacionalidad búlgara resultó así cortada en dos; era necesario conservar elementos de intrigas y de guerras futuras. Rumanía fué pagada por la ayuda que prestó á Rusia en un momento peligroso con la pérdida de la Besarabia, y se le dieron los pantanos de la Dobrudja en cambio de la provincia fértil y populosa que se vió obligada á abandonar. Los Rusos se tomaron, naturalmente, una buena parte del territorio de la nación vencida: á la Besarabia de Europa unieron una banda del Asia Menor en la que se halla la plaza fuerte de Kars y el puerto tan felizmente situado de Batum. En cuanto á Austria, que había prestado algunos servicios diplomáticos, recibió en cambio una pequeña abra en el Adriático, y, regalo mucho más importante, la gerencia indefinida de las dos provincias eslavas de la Bosnia y de la Herzegovina, grandes trozos de la península balkánica, á propósito para redondear el imperio austro-húngaro, modificando la extraña forma que le daba el largo corte del litoral de la Dalmacia. Para todos hubo, hasta Persia sacó una parcela de tierra. Por último, la Gran Bretaña, que pudo considerarse vencida al mismo tiempo que Turquía, á la que no había podido socorrer eficazmente hasta el último momento, debió al talento de su plenipotenciario lord Beaconsfield, la cesión de la isla de Chipre, mediante pensión, así como una especie de protectorado sobre el Asia Menor. Sin embargo, esta última cláusula, que hubiera exigido gran despliegue de fuerzas lo mismo que grandes desembolsos, ha quedado casi letra muerta, aunque la nación inglesa hubiera podido aprovechar esta situación para hacerse la protectora eficaz de los Armenios y asegurar así una poderosísima clientela en aquel pueblo inteli-

gente. Otras estipulaciones del tratado de Berlín fueron también escritos vanos, entre otras, aquella por la cual la Puerta se comprometía á distribuir por igual la justicia entre todos sus súbditos,

N.º 465. África recortada en posesiones europeas.



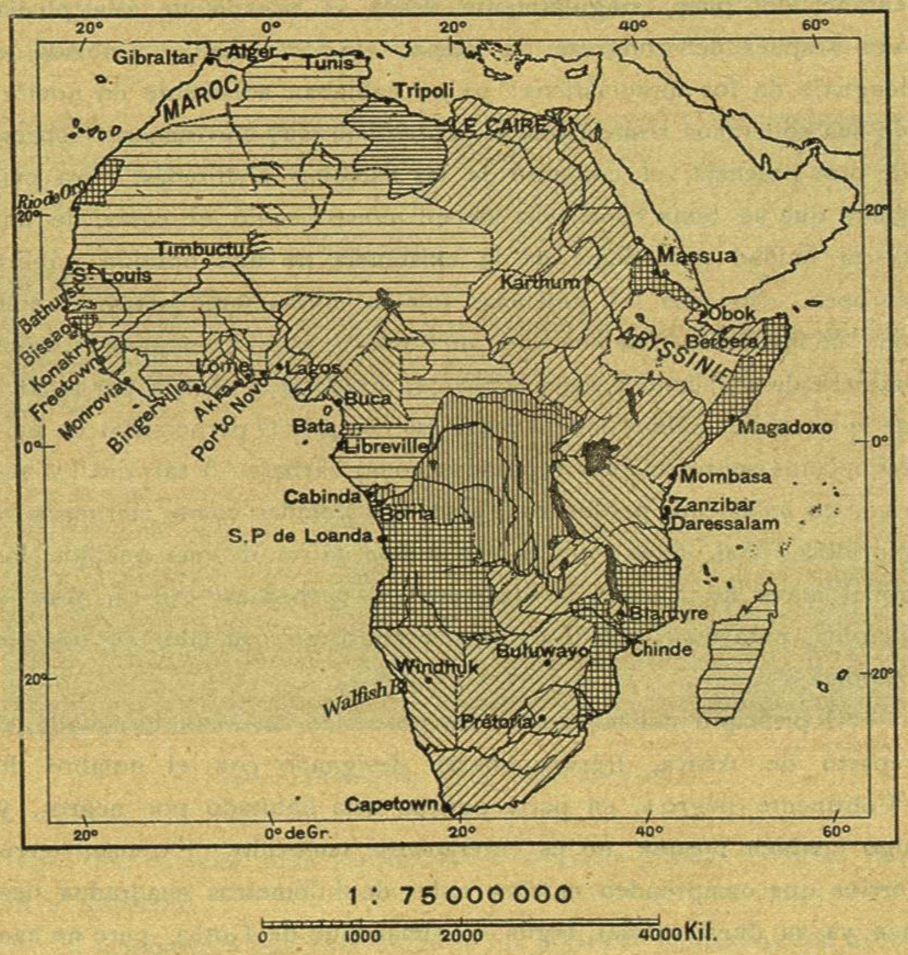
La Gran Bretaña ocupa Egipto, Sudán, etc., desde el Cairo á Mombasa, el África meridional desde Blantyre á Capetown, además domina en Bathurst, Freetown, Akka y Lagos, y por último en Walfishbay, Zanzíbar y Berbera. — Las posesiones francesas dan al mar en Argel, Túnez, San Luis, Konakry, Bingerville, Porto-Nuovo y Libreville, y del lado opuesto del continente comprenden Madagascar y el territorio de Obock. — Alemania se ha instalado en Daressalam, Windhuk, Buca y Lome. — Turquía conserva Trípoli. — El rey de los Belgas, bajo el nombre de soberano del Estado independiente del Congo, reina en Boma. — Italia posee Massua y Magadoxo; España, Río de Oro y Bata; Portugal, Bissao, Cabinda, San Pablo de Loanda y Chinde.

sin excepción de raza ni de culto, y especialmente á proteger los agricultores armenios contra los bandidos kurdos: jamás promesa alguna fué más atrozmente violada.

Sin embargo, ese gran cambio de equilibrio en la fuerza relativa de las grandes potencias europeas era demasiado considerable para que éstas no pidieran revisar el contrato, y enviaron sus ministros á Berlín bajo la presidencia del conde de Bismarck, considerado como una especie de decano en los consejos de la fuerza, y allí se hizo sin apelación el nuevo reparto de los territorios de la Balkania y del Asia Menor entre los Estados. Servia y Montenegro, emancipados del feudalismo turco, recibieron un aumento de territorio; Bulgaria se constituyó en principado tributario, y Rumelia, al sud de los Balkanes, quedó provincia turca: la nacionalidad búlgara resultó así cortada en dos; era necesario conservar elementos de intrigas y de guerras futuras. Rumanía fué pagada por la ayuda que prestó á Rusia en un momento peligroso con la pérdida de la Besarabia, y se le dieron los pantanos de la Dobrudja en cambio de la provincia fértil y populosa que se vió obligada á abandonar. Los Rusos se tomaron, naturalmente, una buena parte del territorio de la nación vencida: á la Besarabia de Europa unieron una banda del Asia Menor en la que se halla la plaza fuerte de Kars y el puerto tan felizmente situado de Batum. En cuanto á Austria, que había prestado algunos servicios diplomáticos, recibió en cambio una pequeña abra en el Adriático, y, regalo mucho más importante, la gerencia indefinida de las dos provincias eslavas de la Bosnia y de la Herzegovina, grandes trozos de la península balkánica, á propósito para redondear el imperio austro-húngaro, modificando la extraña forma que le daba el largo corte del litoral de la Dalmacia. Para todos hubo, hasta Persia sacó una parcela de tierra. Por último, la Gran Bretaña, que pudo considerarse vencida al mismo tiempo que Turquía, á la que no había podido socorrer eficazmente hasta el último momento, debió al talento de su plenipotenciario lord Beaconsfield, la cesión de la isla de Chipre, mediante pensión, así como una especie de protectorado sobre el Asia Menor. Sin embargo, esta última cláusula, que hubiera exigido gran despliegue de fuerzas lo mismo que grandes desembolsos, ha quedado casi letra muerta, aunque la nación inglesa hubiera podido aprovechar esta situación para hacerse la protectora eficaz de los Armenios y asegurar así una poderosísima clientela en aquel pueblo inteli-

gente. Otras estipulaciones del tratado de Berlín fueron también escritos vanos, entre otras, aquella por la cual la Puerta se comprometía á distribuir por igual la justicia entre todos sus súbditos,

N.° 465. África recortada en posesiones europeas.



La Gran Bretaña ocupa Egipto, Sudán, etc., desde el Cairo á Mombasa, el África meridional desde Blantyre á Capetown, además domina en Bathurst, Freetown, Akka y Lagos, y por último en Walfishbay, Zanzíbar y Berbera. — Las posesiones francesas dan al mar en Argel, Túnez, San Luis, Konakry, Bingerville, Porto-Nuovo y Libreville, y del lado opuesto del continente comprenden Madagascar y el territorio de Obock. — Alemania se ha instalado en Daressalam, Windhuk, Buca y Lome. — Turquía conserva Trípoli. — El rey de los Belgas, bajo el nombre de soberano del Estado independiente del Congo, reina en Boma. — Italia posee Massua y Magadoxo; España, Río de Oro y Bata; Portugal, Bissao, Cabinda, San Pablo de Loanda y Chinde.

sin excepción de raza ni de culto, y especialmente á proteger los agricultores armenios contra los bandidos kurdos: jamás promesa alguna fué más atrozmente violada.

Aunque las deliberaciones solemnes del consejo de Europa no pudiesen tener valor real sino ratificadas por la voluntad de los mismos pueblos, dábales cierta importancia el hecho de proceder de una asamblea que representaba toda Europa. El mundo oficial se había ensanchado, pues, singularmente desde el tratado de Westphalia, aun después del congreso de Viena. También había cambiado el lenguaje de los diplomáticos: ya no hablaban solamente en nombre de sus soberanos respectivos, se expresaban muy cortésmente respecto de otra potencia, el conjunto de las naciones civilizadas. Era evidente que se tenía conciencia de un nuevo estado de cosas, de una cierta unidad procedente de la existencia de una opinión pública europea. No sólo las potencias temían mutuamente atacarse, sino que comprendían también que una nueva gran guerra en Europa hubiera desagradado á los mismos que hubieran tenido la perspectiva de la victoria. Sabían también que las conquistas perpetradas en países lejanos sobre pueblos reputados como bárbaros ó salvajes les serían, no solamente perdonadas, sino consideradas como meritorias y gloriosas. Así, pues, con la excitación tácita de sus pueblos, los gobernantes de Europa se dedicaron á despedazar Africa, Asia y Oceanía, para distribuir los trozos y constituir con ellos su imperio colonial.

Al principio del siglo XX, las potencias casi han terminado el reparto de Africa, frecuentemente designado con el nombre de «Continente negro», en parte porque está habitado por negros, y algo también porque no es enteramente conocido. Extensos territorios que comprenden muchos miles de kilómetros cuadrados tienen ya su dueño oficial, según el almanaque de Gotha, pero no han sido recorridos aún por ningún viajero. Desde el punto de vista de la conquista, poco importa, porque es indudable que la fuerza militar de ataque que poseen los Estados europeos es suficientemente grande para triunfar de hordas sin disciplina ni estrategia; basta que tal ó cual país sea atribuído por convención diplomática á la Gran Bretaña, á Francia ó Alemania para que la tal potencia escoja con calma su hora de ocupación general ó parcial y de explotación comercial. Actualmente el continente africano puede ser considerado como una simple dependencia económica de Europa, y puede

afirmarse que los blancos, con su fuerza real, que les da tan absurda superioridad, y con su prestigio triunfante, no hubieran encontrado ninguna resistencia si la ocupación de las diversas comarcas no hubiera por su parte dado lugar á injusticias y á atrocidades de todo género; sin contar que en muchas ocasiones las guerras y las insurrecciones han sido voluntariamente suscitadas, porque daban mo-



Cl. L. Cuisinier.

VADO Á TRAVÉS DEL NÍGER CERCA DE BAFELÉ

tivo á los oficiales para reprimirlas y adquirir gloria, honores, títulos y ascensos.

El argumento por excelencia de los políticos dedicados con ardor á recortar el mundo en territorios coloniales, consiste en la exposición de la necesidad de dar salida á la población exuberante de Europa y á la sobreabundancia de los productos manufacturados. A ese artículo fundamental se añaden, aunque con íntima incredulidad, algunas frases repetidísimas sobre la influencia moralizadora de la civilización cristiana, y la conciencia queda satisfecha. Es verdad que la mayor parte de esos territorios anexionados bajo latitudes lejanas, no son á propósito para la aclimatación de los Europeos, y también que éstos, aunque el clima les fuera propicio, no hallarían

en ellos ocupaciones conformes á su género de vida. Aquellas grandes extensiones agregadas al territorio llamado «colonial» no deben ser consideradas como verdaderas colonias, puesto que no están destinadas á recibir colonos; sólo pueden servir para albergar á los excedentes de la población emigrante de Europa; son sencillamente lugares de residencia de algunos mercaderes que tratan de explotar las riquezas naturales del territorio y de satisfacer las necesidades de los indígenas. Mas como la mayor parte de aquellos naturales, habituados á una existencia sencillísima, encuentran á su alrededor, en los productos de la tierra, cuanto les es necesario, los esfuerzos de los supuestos colonizadores han de combinarse de modo que susciten nuevas demandas, especialmente la del aguardiente ó de un veneno cualquiera bautizado con ese nombre: entre los negros impulsados á la locura, la moneda, antes desconocida, sólo se utiliza para la compra de ginebra [1]. Tal es, en los países ocupados del continente negro, lo que se considera como el principio de la civilización, la etapa que sucede á la de la esclavitud. Admitamos que en ello hay progreso, puesto que al comprador negro se le ha puesto actualmente la etiqueta de hombre libre.

Los orígenes de las anexiones coloniales modernas del Africa se remontan á las edades de las exploraciones marítimas, genovesas y portuguesas, cuando los navegantes de los siglos XIII y XIV descubrieron la isla de Lagname, llamada después Madeira, y la tierra de Lancelot, denominada en el día Lanzerote, en las Canarias. Pronto pasaron los exploradores desde las islas al litoral; desde aquella época residen en Africa representantes de Europa, comerciantes y misioneros, y se va haciendo la mezcla de las sangres á la vez que la de las ideas. Todavía, en recuerdo de los Portugueses, los negros del Congo dan á los Europeos los nombres de M'putu, «gente del Putu», de Portugal [2]. Los indígenas de la región costeña son deudores de algo más que el nombre á los misioneros de Lisboa y de Oporto que se les presentaron: les deben la cruz con que sin conocer su origen, adornan sus casas; les deben la consagración oficial á un santo patrón, *la zina dia santu*: negros y negras fetichistas,

[1] A. d'Almada Negreiros, *Congrès Colonial international de Paris*, 1900.
[2] Ch. Lemaire, *Notas manuscritas*.



CATARATA DEL ZAMBEZE — VICTORIA FALLS

Cl. J. Kuhn, edit.

en virtud de la aspersión, son verdaderos bautizados. También fueron sacerdotes del Cristo quienes llevaron á los Africanos las estampitas de Jesús, de la Virgen y de los santos que se han ido cambiando gradualmente en fetiches y que se han considerado durante mucho tiempo como de procedencia autóctona; esas figurillas groseras, erizadas de clavos, representan el Crucificado acribillado á lanzazos, y la Virgen de los Dolores. En el interior del país no se ven esos fetiches, que sólo existen en las comarcas occidentales antiguamente visitadas por los catequistas: imágenes groseras, tal es lo que resta de las antiguas conversiones; las formas religiosas que enseñaron en otro tiempo los sacerdotes católicos se deterioran de la manera más extraña por el regreso á las antiguas concepciones en cuanto los misioneros cesan de visitar la comarca. Entre los Bambas, ribereños del bajo Congo, los jóvenes de la tribu se someten por los brujos á un estado de síncope semejante á la muerte durante tres días, después resucitan. Evidentemente se trata con esto de imitar al «Señor Jesús» en el gran misterio de su muerte y de su vuelta triunfante á la vida[1].

El imperio colonial portugués, que se extendía hacia las comarcas desconocidas del interior, no tenía límites precisos, suponiéndose que comprendía todas las comarcas del continente, aparte de la Mauritania y de la cuenca nilótica; pero los países ocupados constituían una escasa superficie relativa; el pequeño Portugal sólo podía suministrar un corto número de plantadores y aventureros. Los Holandeses les despojaron de la parte meridional del Africa, es decir, el distrito del Cabo de Buena Esperanza, que pasó después á ser posesión de los Ingleses con todo el territorio adyacente; después, los recién venidos, anexionándose terrenos, llegaron durante el curso del siglo á apoderarse osadamente de una amplia zona en la región del Zambeze, fingiendo ignorar completamente la pretensión de Portugal, reconocida hacía tres siglos por el derecho público europeo, de poseer toda la anchura del continente africano, desde la costa á la contra-costa, desde Angola á Mozambique. Además, después de haber tomado el territorio que les convenía, los Ingleses

[1] Keane, *Man, Past and Present*, p. 109.

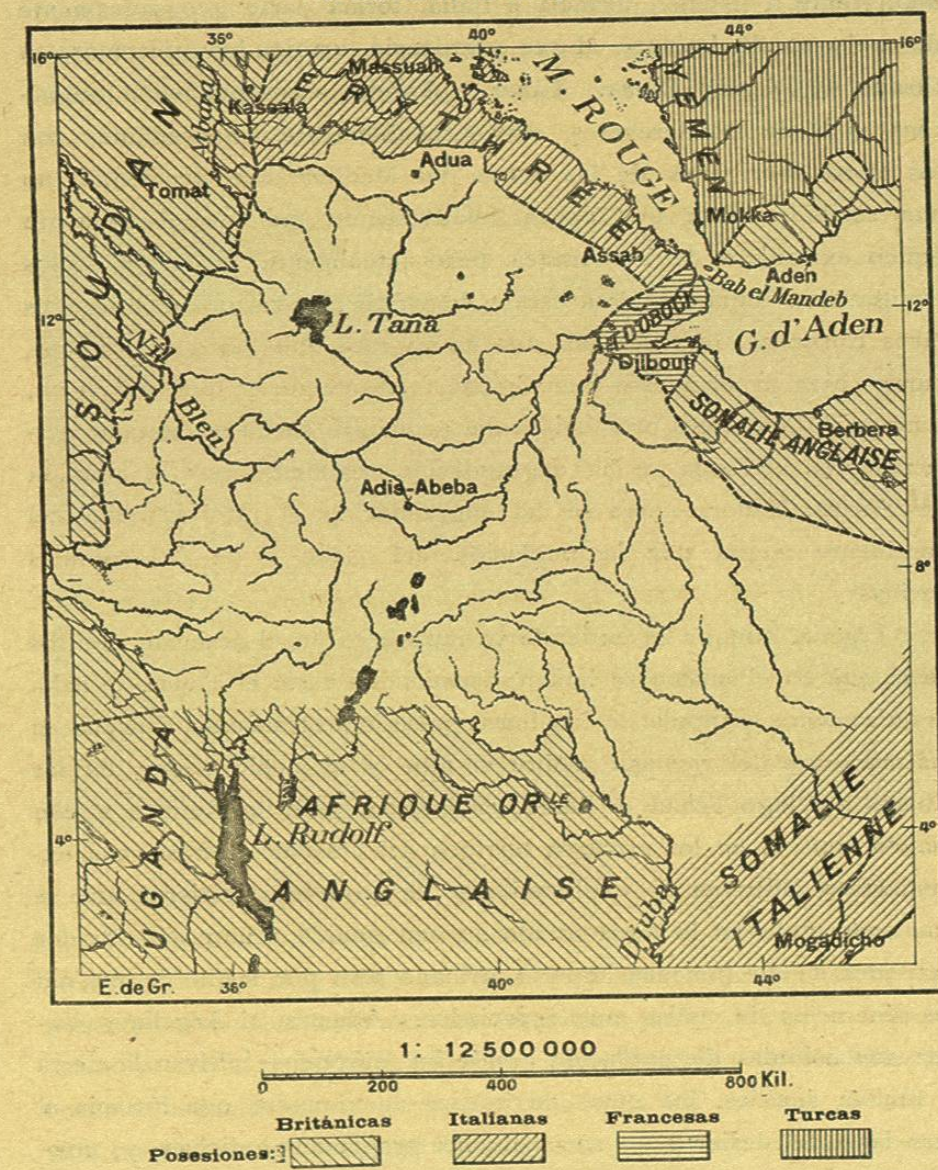
extienden sobre el resto de las posesiones portuguesas una especie de protectorado y, en la opinión general de los profetas políticos, todo el antiguo territorio lusitano pasará tarde ó temprano á la dominación de Inglaterra. Portugal, convertido en feudatario de la Gran Bretaña, no pasa en realidad de ser el usufructuario de las riquezas territoriales de que el dueño eminente se apoderará por anexiones sucesivas en proporción de los intereses del momento. ¿No se dió el caso, durante la guerra contra los Boers de las repúblicas holandesas, de servirse del puerto de Lourenço-Marquez como si aquella admirable abra le perteneciera oficialmente?

A esas importantísimas posesiones de la punta meridional de Africa donde se hallaba, antes de la apertura del canal de Suez, el lugar de etapa necesario para los navegantes entre las tierras ribereñas del Atlántico, supo unir Inglaterra una banda de terrenos que se extiende al Norte hasta Tanganyika y que continúa no lejos de la otra extremidad del lago para continuarse por la cuenca nilótica hasta el Mediterráneo. A pesar de la laguna que separa en dos esta zona mediana del Africa, los nacionalistas ingleses cuentan utilizarla en su beneficio por la construcción de una vía férrea de siete á ocho mil kilómetros de longitud que uniría el puerto del Cabo al de Alejandría y que por medio de bifurcaciones se uniría de distancia en distancia á los mercados del litoral sobre el Océano Índico y el mar Rojo. Puede considerarse esta obra realizada ya en más de la mitad, puesto que el ferrocarril del Sud atraviesa el Zambeze — la línea se abrió en Septiembre de 1905 —, que el del Norte alcanza á Khartum, y que, en los espacios intermedios, los barcos de vapor van y vienen sobre el Nilo y sobre los grandes lagos. La Gran Bretaña es, pues, la soberana preponderante de toda la mitad oriental de Africa, donde las otras potencias sólo tienen colonias de importancia secundaria. Sin embargo, no todo se presenta aún á medida del deseo de los ambiciosos de territorio, porque los montes de Etiopía, donde nace el Nilo Azul, se levantan todavía insumisos como una alta ciudadela, y el Egipto inglés queda incompleto mientras no posea las fuentes del río y no pueda arreglar su curso para el riego de sus llanuras.

Los mercaderes británicos poseen también en el oeste de Africa

riquísimos territorios de explotación, entre los cuales se hallan las populosas tierras que recorre el Níger inferior; pero de ese lado

N.° 466. La Abisinia independiente.



del continente ha correspondido á Francia la mayor extensión de terreno, del cual una gran parte se compone de soledades desiertas, porque, como decía un ministro inglés, «el gallo galo gusta de escarbar la arena»; pero las principales colonias francesas de Africa

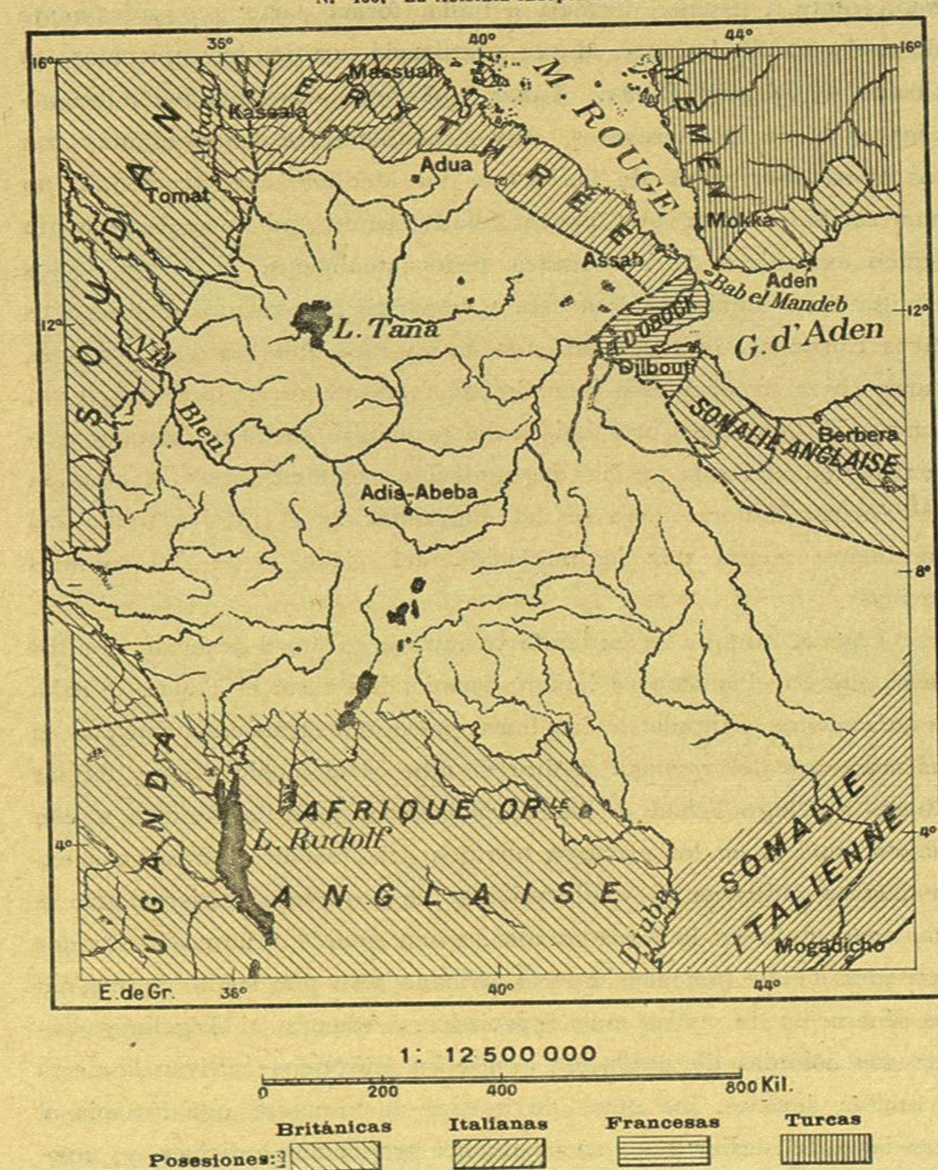
extienden sobre el resto de las posesiones portuguesas una especie de protectorado y, en la opinión general de los profetas políticos, todo el antiguo territorio lusitano pasará tarde ó temprano á la dominación de Inglaterra. Portugal, convertido en feudatario de la Gran Bretaña, no pasa en realidad de ser el usufructuario de las riquezas territoriales de que el dueño eminente se apoderará por anexiones sucesivas en proporción de los intereses del momento. ¿No se dió el caso, durante la guerra contra los Boers de las repúblicas holandesas, de servirse del puerto de Lourenço-Marquez como si aquella admirable abra le perteneciera oficialmente?

A esas importantísimas posesiones de la punta meridional de Africa donde se hallaba, antes de la apertura del canal de Suez, el lugar de etapa necesario para los navegantes entre las tierras ribereñas del Atlántico, supo unir Inglaterra una banda de terrenos que se extiende al Norte hasta Tanganyika y que continúa no lejos de la otra extremidad del lago para continuarse por la cuenca nilótica hasta el Mediterráneo. A pesar de la laguna que separa en dos esta zona mediana del Africa, los nacionalistas ingleses cuentan utilizarla en su beneficio por la construcción de una vía férrea de siete á ocho mil kilómetros de longitud que uniría el puerto del Cabo al de Alejandría y que por medio de bifurcaciones se uniría de distancia en distancia á los mercados del litoral sobre el Océano Índico y el mar Rojo. Puede considerarse esta obra realizada ya en más de la mitad, puesto que el ferrocarril del Sud atraviesa el Zambeze — la línea se abrió en Septiembre de 1905 —, que el del Norte alcanza á Khartum, y que, en los espacios intermedios, los barcos de vapor van y vienen sobre el Nilo y sobre los grandes lagos. La Gran Bretaña es, pues, la soberana preponderante de toda la mitad oriental de Africa, donde las otras potencias sólo tienen colonias de importancia secundaria. Sin embargo, no todo se presenta aún á medida del deseo de los ambiciosos de territorio, porque los montes de Etiopía, donde nace el Nilo Azul, se levantan todavía insumisos como una alta ciudadela, y el Egipto inglés queda incompleto mientras no posea las fuentes del río y no pueda arreglar su curso para el riego de sus llanuras.

Los mercaderes británicos poseen también en el oeste de Africa

riquísimos territorios de explotación, entre los cuales se hallan las populosas tierras que recorre el Níger inferior; pero de ese lado

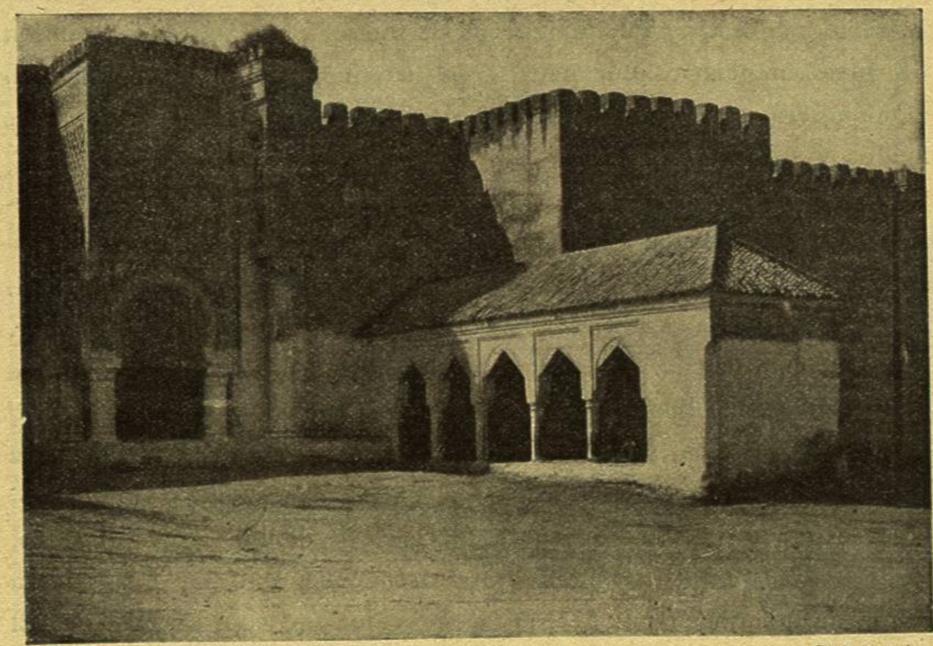
N.º 466. La Abisinia independiente.



del continente ha correspondido á Francia la mayor extensión de terreno, del cual una gran parte se compone de soledades desiertas, porque, como decía un ministro inglés, «el gallo galo gusta de escarbar la arena»; pero las principales colonias francesas de Africa

comprenden más de la mitad de los países mauritanos, es decir, la región que puede llamarse la Europa africana. Es una comarca que, por su posición sobre el contorno de la cuenca del Mediterráneo, frente á España, Francia é Italia, forma parte geográficamente de ese «mundo latino», al que perteneció también históricamente en tiempo de la gran Roma. Túnez y Argelia, cuya población autóctona es la de los Bereberes, muy probablemente emparentados con los otros aborígenes de las costas del Mediterráneo occidental, no han recibido hasta una época relativamente reciente el elemento étnico extranjero de los Arabes, pero actualmente, el reflujo de los inmigrantes, Italianos, Franceses y Españoles, mezclados con algunos otros Europeos, implanta allí una nueva raza que, por sus orígenes, parece bien predispuesta á arraigarse fuertemente, y que, en efecto, á pesar de los malos pronósticos del principio, se ha aclimatado perfectamente. Europa se ha engrandecido realmente por la anexión del Africa Menor, como se ha engrandecido al otro extremo del continente negro por la población del Cabo y de las colonias vecinas.

Argelia, aunque se extiende ya muy lejos en el desierto, por los oasis que en el mismo se hallan diseminados hasta el Touat, se halla prácticamente separada de las demás posesiones francesas situadas en las márgenes del Senegal, sobre el alto y el medio Níger, en las riberas del lago Tchad ó Tzadé, en las del golfo de Guinea, y, con mayor motivo, en los espacios tórridos del Ouadai: costosísimas expediciones militares y exploraciones de atrevidos viajeros que se han aventurado en lo desconocido no han podido reunir aún los dos extremos de ese inmenso imperio africano sino por medio de una red de itinerarios de mallas muy espaciadas. Además, si Argelia y Túnez son colonias de población donde los Europeos cultivan la tierra y fundan familias, los otros territorios anexionados por Francia al otro lado del desierto no son colonias propiamente dichas, y, consideradas desde el punto de vista utilitario, son siempre una causa de pérdida para el presupuesto nacional, y no pueden dar beneficio más que á negociantes y proveedores del ejército. Sin embargo, la Tierra se empequeñece diariamente por efecto de la velocidad y de la ubicuidad que los nuevos motores dan al hombre; el espacio desierto que separa la meseta mauritana del valle nigeriano se estrecha en consecuencia, y el conjunto de la Francia africana hasta el Congo promete presentar un día cierta unidad geográfica. Se puede aspirar racionalmente á la construcción de un ferrocarril que una el golfo de Gabes al delta del Níger por el lago Tzadé y á la creación de una vía transafricana como trozo de una línea de tránsito rápido entre Francia y el Brasil.



Cl. Duveyrier.

MEZQUITA EN MEKNES

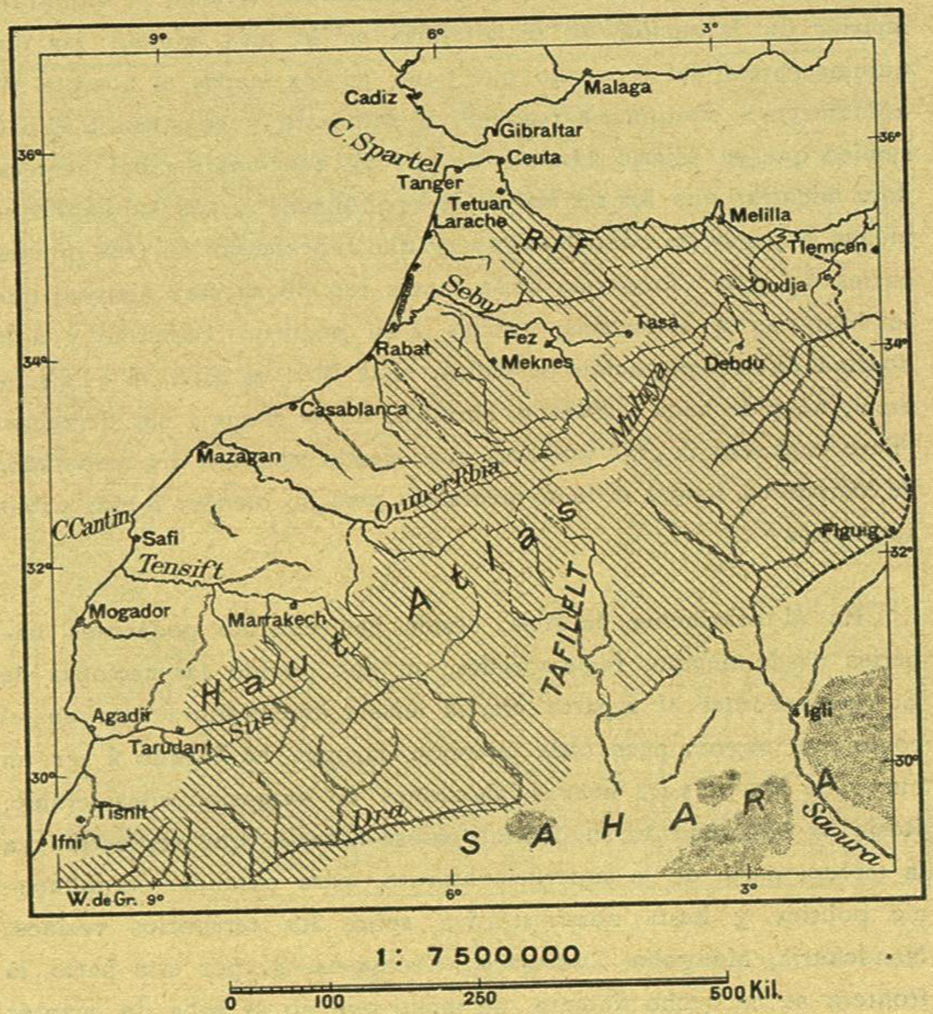
En cuanto á Alemania, igualmente rica en desiertos, posee al sudoeste de Africa grandes extensiones rocosas que un presupuesto generoso trata penosamente de fertilizar, pero al este del continente es donde se halla su territorio más abundante en población, en recursos actuales y en promesas: rodea de un extremo á otro el mar interior de Africa, el Tanganyika, y confina con el Nyanza, más extenso aún. A esa Africa alemana corresponde, al otro lado del Tanganyika, el inmenso Estado del Congo, llamado «independiente» por los tratados porque todavía no pertenece á ninguna potencia europea, pero del cual ha hecho su territorio particular un soberano de Europa y que subvencionan los recursos financieros

votados por su Parlamento. Ese reino congolés, ciento veinte veces mayor que Bélgica, completa la lista de las anexiones europeas con la Erythrea y la Somalia italianas y la pequeña parte de España en islas y en costas. No queda más que tomar que la Etiopía, á menos que ese imperio se europeíce poco á poco, es decir, se entregue á los mercaderes, á los industriales y á los especuladores de Europa. Al Norte, la Tripolitana tiene ya su presunto conquistador, reconocido por las potencias cristianas, Italia; por último, al extremo nor-occidental, Marruecos da lugar cada año á la reunión de plenipotenciarios europeos y al movimiento de las escuadras. ¿Quién será el dichoso poseedor, ó quiénes serán los participantes ávidos y celosos?

Si Marruecos ha escapado hasta el presente á la toma de posesión por una potencia europea, débese precisamente á que su posesión es ambicionada hace siglos y las ambiciones rivales se neutralizan. Marruecos tiende hacia España: Ceuta avanza hacia Gibraltar, Tánger hacia Tarifa. Cuando transcurridos los setecientos años de guerra entre musulmanes y cristianos por la posesión del suelo ibérico en beneficio de los últimos, ocurrió que éstos tomaron posición para perseguir á sus enemigos hasta en el vecino continente, y aquel impulso dió por resultado la toma de Ceuta y de los otros presidios, fortines del litoral mauritano que, desde el punto de vista de la conquista, no tienen por decirlo así, más que un valor simbólico. El verdadero protector de Marruecos contra una invasión española fué en realidad la Gran Bretaña, que ocupó Tánger de 1662 á 1684 y, algunos años después, apoderándose de Gibraltar, plantó una espina en la carne misma de España y vigiló el estrecho. Herida en lo vivo, la nación humillada no podía pensar en llevar más adelante sus conquistas sobre el continente africano. Ya lo intentó en diversas ocasiones, pero sencillas advertencias á la sordina procedentes de diversas partes de Europa, le significaron que debía contentarse con las posiciones adquiridas. Por su parte, Francia, lamentando las ocasiones perdidas, vigila en la frontera argelina, trata de infiltrar su protectorado sobre los límites del imperio, mientras que Inglaterra y Alemania trabajan por implantar sólidamente su comercio y su influencia en los puertos del litoral.

Para excusar de antemano, sea la anexión de Marruecos por uno de los Estados europeos, sea la repartición de la comarca, compárase ese imperio á Turquía, calificándole también de «hombre en-

N.º 467. El Marruecos del Sultán y el Bled es Siba.



El Bled es Siba está rayado según el mapa de M. Camille Fidel (*Bulletin de la Société de Géographie d'Oran*, 1903). El Bled el Maghzen comprendía entonces el Marruecos marítimo, desde Tetuán á Ifni, como también á Fez, Marrakech, Tafilete y varios distritos. En 1907, según M. de Segonzac, se reduciría al triángulo Tánger, Fez, Rabat.

fermo»; pero esta broma no está justificada: ninguna población oprimida reclama allí la intervención extranjera, y, excepción hecha de los comerciantes judíos, no hay entre las tribus animosidad de

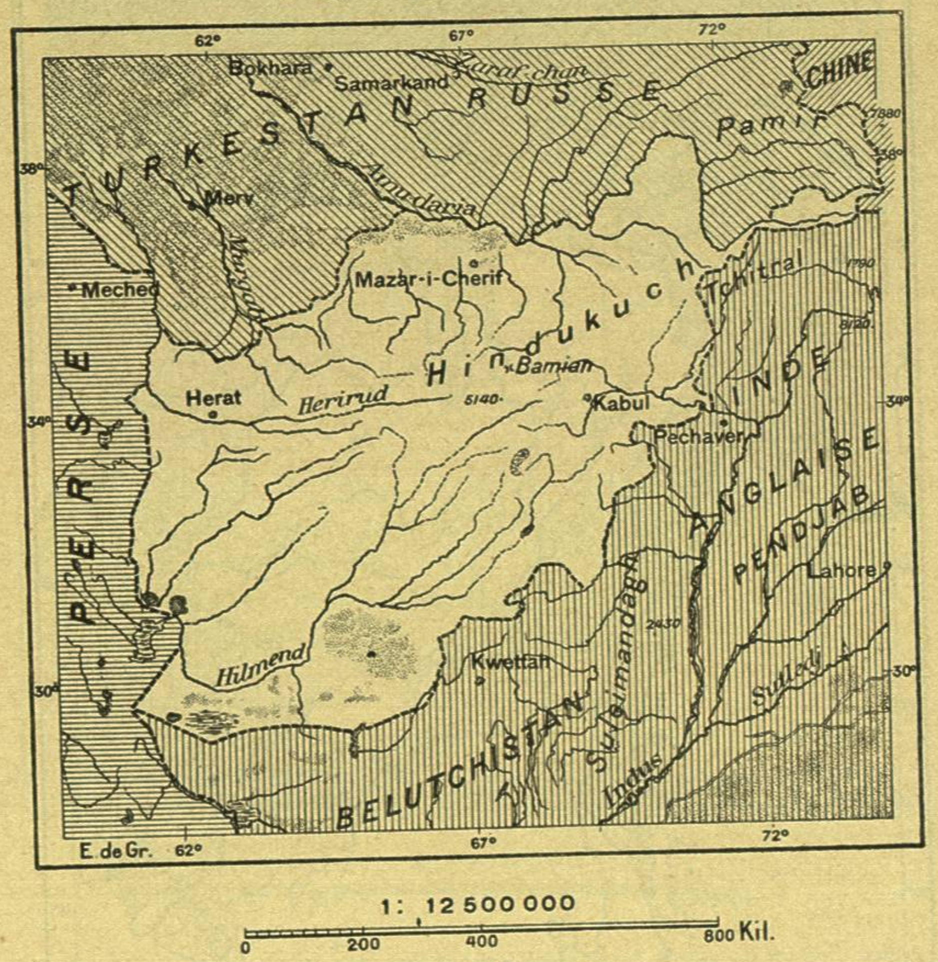
raza ni odio de religión; Marruecos no necesita todos esos médicos que le rodean ofreciéndole remedios y preservativos. Si de repente desapareciesen los *bachadur*, ministros ó embajadores extranjeros que residen en Tánger, y si las poblaciones marroquíes no tuvieran que desconfiar de esos diplomáticos de ambiciones rivales, el equilibrio interior de la nación no se alteraría en lo más mínimo: las dos quintas partes del territorio que tiene en los mapas el nombre de «Marruecos» continuaría pagando el impuesto y constituiría el país sumiso que se dejaría administrar por los funcionarios del emperador, mientras que los territorios independientes cuyos habitantes se niegan á pagar las contribuciones y que representan las tres quintas partes del país [1] formarían otras tantas repúblicas muy activas, que se bastarían á sí mismas, gracias á su pequeño comercio y á la libertad de la emigración periódica. Ese Bled es Siba, el «País libre», no pide nada á Europa, sino que no se toque á sus derechos. ¿Pero cual será la gran potencia que, siendo sucesora del emperador de Marruecos, tendrá el tacto necesario para no ofender á esas tribus autónomas?

En el continente de Asia, donde han existido poderosos imperios desde tiempos inmemoriales, no han podido las naciones de Europa proceder al reparto con la misma desenvoltura que en el continente negro; pero cada posesión europea ha llegado á ser un punto de apoyo para nuevas anexiones de extensión considerable. Rusia ha aprovechado su dominio sobre Siberia, que representa ya la tercera parte de la superficie asiática, para extender su influencia política y hasta administrativa sobre los territorios vecinos, Mandchuria, Mongolia, Dsungaria, Kachgaria, y, por esta parte, la frontera se ha hecho flotante, de modo que no se sabe de cuántos centenares de miles de kilómetros cuadrados se ha ensanchado el territorio ruso. Por su parte los Ingleses, dueños de la India, van dominando cada vez más los principados vasallos y consolidando por nuevas anexiones sus «fronteras científicas» del Oeste sobre las altas tierras de los Baloutches y de los Afghanes; en el centro, ata-

[1] R. de Segonzac, *Société de Géog. d'Alger et de l'Afrique du Nord*, 2.° trim., 1902, página 183.

can al Tibet al otro lado del formidable Himalaya; mientras que al Este redondean sus dominios de la Barmania y se apoderan de los ricos y pequeños Estados de la península malaya. Por último, Francia, habiendo introducido sus soldados y sus funcionarios sobre

N.° 468. El Afghanistán independiente.



el litoral del mar de China, extiende sus posesiones en el interior á expensas del reino de Siam, reducido actualmente á un Estado mínimo.

Al occidente de Asia, Anatolia y Persia presentan un espectáculo análogo al de Marruecos; esas comarcas deben también á ambiciones rivales su permanencia bajo el yugo de sus actuales amos mahometanos. Rusia, Inglaterra y Alemania ambicionan el Asia Me-

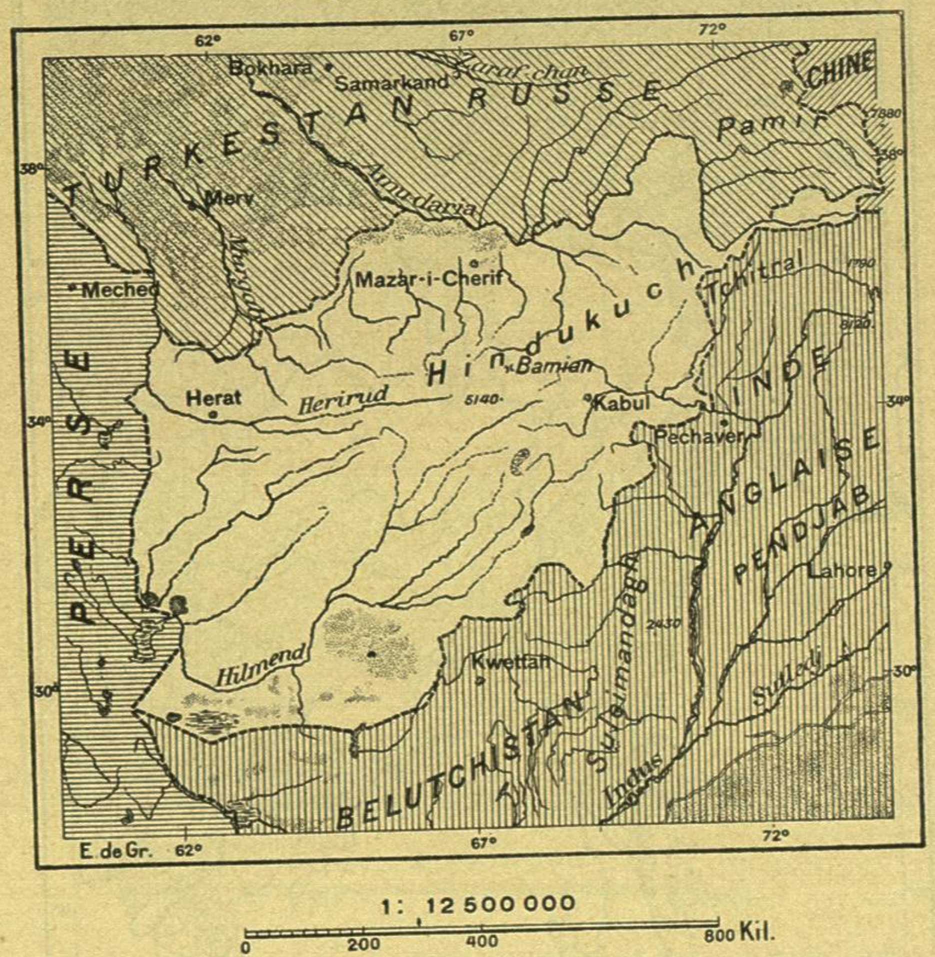
raza ni odio de religión; Marruecos no necesita todos esos médicos que le rodean ofreciéndole remedios y preservativos. Si de repente desapareciesen los *bachadur*, ministros ó embajadores extranjeros que residen en Tánger, y si las poblaciones marroquíes no tuvieran que desconfiar de esos diplomáticos de ambiciones rivales, el equilibrio interior de la nación no se alteraría en lo más mínimo: las dos quintas partes del territorio que tiene en los mapas el nombre de «Marruecos» continuaría pagando el impuesto y constituiría el país sumiso que se dejaría administrar por los funcionarios del emperador, mientras que los territorios independientes cuyos habitantes se niegan á pagar las contribuciones y que representan las tres quintas partes del país [1] formarían otras tantas repúblicas muy activas, que se bastarían á sí mismas, gracias á su pequeño comercio y á la libertad de la emigración periódica. Ese Bled es Siba, el «País libre», no pide nada á Europa, sino que no se toque á sus derechos. ¿Pero cual será la gran potencia que, siendo sucesora del emperador de Marruecos, tendrá el tacto necesario para no ofender á esas tribus autónomas?

En el continente de Asia, donde han existido poderosos imperios desde tiempos inmemoriales, no han podido las naciones de Europa proceder al reparto con la misma desenvoltura que en el continente negro; pero cada posesión europea ha llegado á ser un punto de apoyo para nuevas anexiones de extensión considerable. Rusia ha aprovechado su dominio sobre Siberia, que representa ya la tercera parte de la superficie asiática, para extender su influencia política y hasta administrativa sobre los territorios vecinos, Mandchuria, Mongolia, Dsungaria, Kachgaria, y, por esta parte, la frontera se ha hecho flotante, de modo que no se sabe de cuántos centenares de miles de kilómetros cuadrados se ha ensanchado el territorio ruso. Por su parte los Ingleses, dueños de la India, van dominando cada vez más los principados vasallos y consolidando por nuevas anexiones sus «fronteras científicas» del Oeste sobre las altas tierras de los Baloutches y de los Afghanes; en el centro, ata-

[1] R. de Segonzac, *Société de Géog. d'Alger et de l'Afrique du Nord*, 2.º trim., 1902, página 183.

can al Tibet al otro lado del formidable Himalaya; mientras que al Este redondean sus dominios de la Barmania y se apoderan de los ricos y pequeños Estados de la península malaya. Por último, Francia, habiendo introducido sus soldados y sus funcionarios sobre

N.º 468. El Afghanistán Independiente.

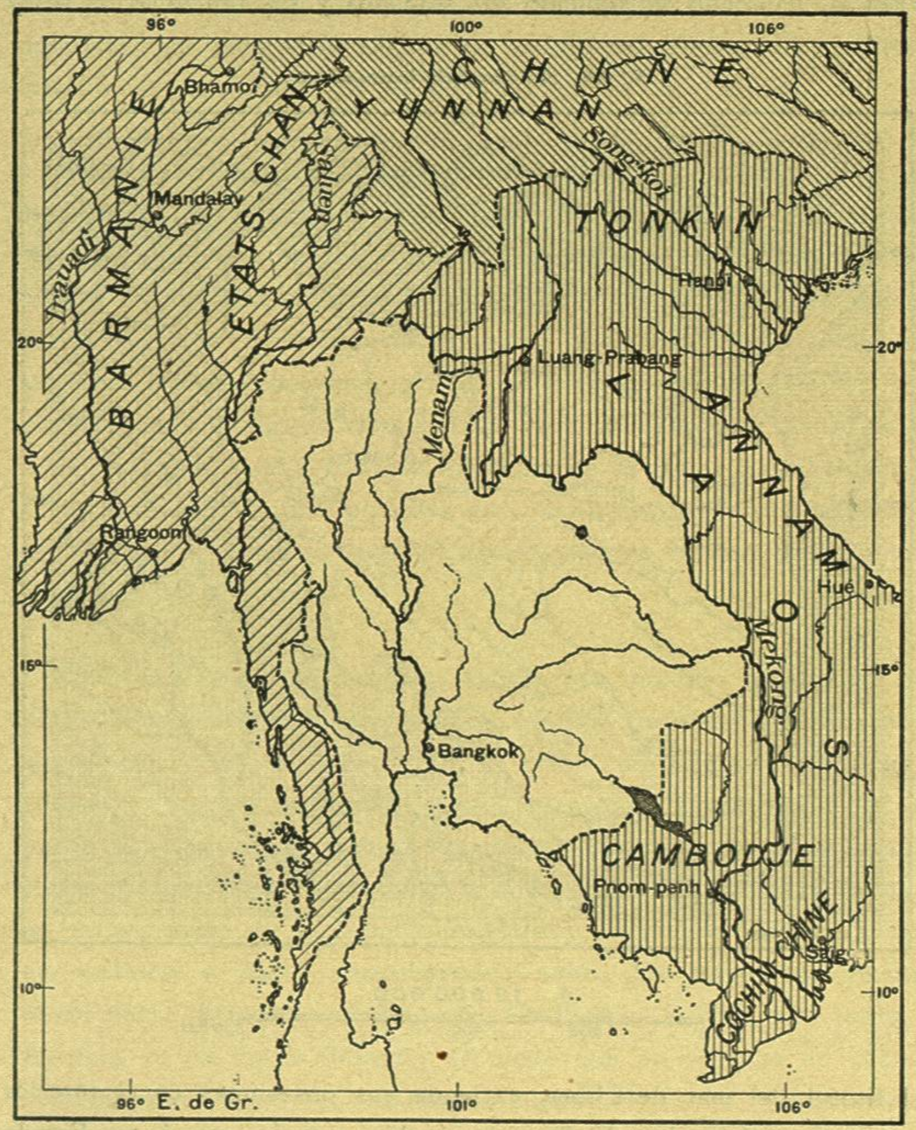


el litoral del mar de China, extiende sus posesiones en el interior á expensas del reino de Siam, reducido actualmente á un Estado mínimo.

Al occidente de Asia, Anatolia y Persia presentan un espectáculo análogo al de Marruecos; esas comarcas deben también á ambiciones rivales su permanencia bajo el yugo de sus actuales amos mahometanos. Rusia, Inglaterra y Alemania ambicionan el Asia Me-

nor y Mesopotamia, de donde resultan conflictos incesantes y la prolongación de la dominación turca. Persia es como un extenso tablero

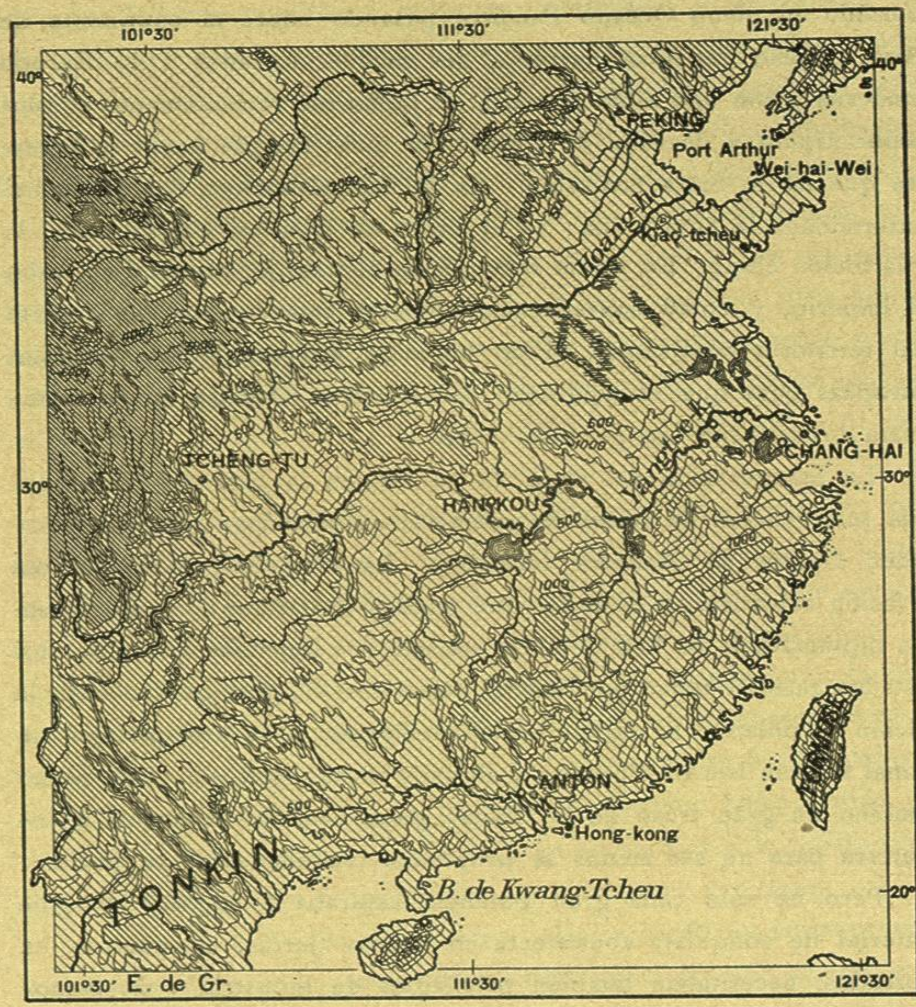
N.° 469. Siam entre Barmania y Annam.



1 : 12 500 000
0 200 400 800 Kil.

de ajedrez donde los jugadores ingleses y rusos adelantan sabiamente las piezas al mismo tiempo que dirigen respetuosos homenajes al chah de los chahs en su palacio de Teherán.

N.° 470. La China y las Potencias.



1 : 20 000 000
0 200 600 1200 Kil.

Desde 1895, Port-Arthur fué ocupado sucesivamente por el Japón, por Rusia, y últimamente por el Japón. Formosa ha quedado en poder de los Japoneses. La Gran Bretaña domina desde 1841 en Hong-Kong, cuyo territorio se ha ensanchado recientemente; China le ha cedido también Wei-hai-wei. Kiao-tcheu es una posesión alemana, y la bahía de Kwang-Tcheu una posesión francesa. Todas las potencias tienen concesiones territoriales en Chang-hai.

Los puntos redondos indican las puertas abiertas al comercio extranjero.

Donde el régimen europeo no se introduce directamente por vía de conquista, se desliza indirectamente por vía de iniciación, y de ese modo, transformando todo su organismo interior, el Japón

ha llegado á ser, por decirlo así, un fragmento de Europa transportado al pleno Océano Pacífico, pasando sobre el continente de Asia. Como potencia europea, por medios tomados á la Europa moderna y con una sabia maestría, el Japón fué recientemente el vencedor rápido y decisivo de China: no hubo choque naval ó terrestre que no le fuera favorable. En la desembocadura del Yalou fué exterminada la flota china; en el asalto de Wei-hai-wei se rindió la guarnición china. En pocas semanas las fuerzas japonesas dominaron el imperio, y como consecuencia hubieran tomado una buena parte del territorio continental, si no hubieran intervenido las potencias europeas para que el equilibrio del Extremo Oriente no se modificara bruscamente en perjuicio suyo.

La inauguración del siglo XX se hizo en la Flor del Medio por una intervención de todas las potencias «civilizadas», Japón y Estados Unidos de América inclusive. La verdadera razón de esa invasión colectiva no es de las que pueden declararse: los instrumentos diplomáticos no han de hacer constar con ingenuo candor que los Estados pueden tener por móvil, como los simples particulares, la afición al pillaje. El Japón había anexionado á su archipiélago nacional la gran isla de Formosa y algunos islotes, y Rusia quiso tomar también un gran trozo de la China; pues Francia, Alemania é Inglaterra para no ser menos se proponían también sacar su parte.

Pero no sólo cada gran potencia aspiraba á adquirir un gaje material de conquista consistente en buenas tierras, en puertos, en mercados, necesitaban también privilegios de industria y de monopolio en tal ó cual provincia del interior; los negociantes de Europa y de los Estados Unidos fijaban su atención y su codicia en las minas conocidas ó presuntas, en tal ó cual serie de estaciones para futuros ferrocarriles, y, más ávidos que los diplomáticos, más insaciables que los mismos mercaderes, los misioneros protestantes y católicos reclamaban por todas partes pagos, pensiones, excusas con regalos expiatorios, aparte de las venganzas por persecuciones y ultrajes, verdaderos ó supuestos. El eco de las reclamaciones fué oído por las potencias de Europa, pero todas querían intervenir á la vez, temiendo que alguna de ellas resultase aventajada en el momento de la distribución del despojo. Lo que se llamó la «guerra» fué

horrible en extremo, por cuanto no hubo resistencia: allí no hubo más que matanza y pillaje; todos se complacían primeramente en ello y se felicitaban mutuamente por sus crímenes; después, cuando Europa conoció la verdad, bandidos y asesinos se lavaron las manos acusando á sus aliados: Franceses, Ingleses, Rusos, Alemanes, Americanos y Japoneses echaron unos sobre otros la responsabilidad de la horrible matanza, al mismo tiempo que reclamaban amplias indemnizaciones por la obra realizada y pedían por añadidura castigos para sus adversarios. La Iglesia cristiana hizo otro tanto, como para atestiguar con brillo la parte que había tomado en la guerra de exterminio y de botín: viéronse en las capillas cabezas de decapitados expuestas á la gloria del Dios vengador y de sus fieles misioneros [1].

Aunque las potencias de Europa unidas al Japón se ocupan con celo de ocupar poco á poco el contorno de China, el imperio es demasiado extenso, y su población, recensada en 1901 en número de 425 millones de individuos, representa una parte demasiado considerable de la humanidad culta para que los asaltantes no reconocieran la imposibilidad de repartir inmediatamente la China; en consecuencia se ha aplazado esta obra formidable de fraccionamiento del imperio chino de conformidad con un trazado ampliamente comprendido de «esferas de influencias», ó más bien se ha dejado á la buena providencia que protege á los hábiles en el reparto del botín.

Los Estados Unidos de América, rivales de Rusia en la pretensión de ser la primera entre las grandes potencias del mundo moderno, tomaron una parte secundaria en los asuntos de China: tenían otros intereses más apremiantes. La «doctrina de Monroe», que oponen con rudeza á los gobiernos europeos en las cuestiones políticas relativas al Nuevo Mundo, lógicamente hubiera debido prohibirles toda intervención en debates referentes á naciones y á comarcas no americanas; pero no fué así, y la conciencia de su fuerza aumentó la ambición de la república americana, viéndole los otros Estados tomar parte en el reparto de las islas Oceánicas: disputó el archipiélago de Samoa á los Alemanes y á los Ingleses, para apro-

1 *New-York Herald*, 18 Septiembre 1900.

piarse finalmente una de las islas y apoderarse de todo el grupo de Hawai, más cercano á sus costas. En realidad, esta última adquisición no era, bajo forma política, más que un negocio comercial: unos plantadores americanos y algunos de esos misioneros religiosos que se hallan siempre en todo asunto de captación, habían monopolizado gradualmente y cultivado las buenas tierras del archipiélago para la producción de la caña de azúcar. Trabajadores alquilados, importados de las Azores, de las islas Oceánicas, de la China y del Japón, reemplazaban sobre aquellos campos á los indígenas, que quedaban fatalmente destinados á la miseria y á la muerte, y las abundantísimas cosechas pudieron pronto, gracias á la anexión, beneficiarse de la libre importación en los Estados Unidos, aunque el caso constituyera una infracción de la doctrina tradicional y representara la continuación de la antigua política de los esclavistas.

Después estalló la guerra hispano-americana, en la que el gobierno español se halló empeñado por su loca obstinación en continuar la opresión económica y política de Cuba: un poco de prudencia, una apariencia de justicia, algunos sentimientos equitativos hubiesen hecho de los Cubanos, que con justificados motivos desconfiaban de sus vecinos los Yankees, ardientes patriotas castellanos. Pero los dominadores rara vez saben moderarse, y suelen llegar hasta los límites extremos de su poder tentando al destino; su obcecación, que llaman el honor, lo quiere así. España marchó, pues, conscientemente á su ruina, dejando en buena actitud á los políticos de los Estados Unidos, quienes, como es natural, tuvieron la pretensión de intervenir en nombre de la justicia y de la humanidad. Los últimos actos de la soldadesca española en la desgraciada Cuba, donde, con algunas intermitencias, la lucha duraba cerca de cuarenta años, fueron verdaderamente horribles: jamás los procedimientos de guerra habían causado tantos desastres en la colonia. El censo de 1887 indicó una población insular de 1.742,000 individuos, el que más de diez años después, siguió á la retirada de las guarniciones españolas, dió un total menor de 269,000 personas. Los patriotas de la isla pudieron creer que esas pérdidas serían el rescate de su libertad y que los Estados Unidos cumplirían su promesa de respetar la perfecta autonomía de los Cubanos, libertados por las armas de la República

americana, grande y generosa. Y en efecto, oficialmente, desde 1902, Cuba tiene el rango de potencia independiente, con su presidente de la República, su vicepresidente y dos Cámaras elegidas, pero esas son ficciones que no engañan á nadie: desde todos los puntos de vista, y sobre todo económicamente, la gran isla forma parte del dominio del gran capital americano. Pero la guerra presentaba otros



Cl. Kuhn, edit.

UN RINCÓN DEL PUERTO DE LA HABANA

objetivos, la rica Antilla, Puerto Rico, y allá lejos, en los mares de China, el vasto archipiélago de las Filipinas.

La extrema desproporción de las fuerzas entre los barcos americanos y las flotas españolas, de material gastado y de artillería vieja, dió á las peripecias de la guerra, en las Filipinas y en las aguas antillanas, un aspecto teatral propio para excitar la imaginación de las gentes sencillas y para producir el pueril entusiasmo del pueblo vencedor. El desfile circular de los barcos del almirante Dewey, pasando sucesivamente delante de la flota española, en la bahía de Manila, y en menos de una hora transformarla en inmenso brasero; los barcos del almirante Cervera escapando uno tras otro de la estre-

piarse finalmente una de las islas y apoderarse de todo el grupo de Hawai, más cercano á sus costas. En realidad, esta última adquisición no era, bajo forma política, más que un negocio comercial: unos plantadores americanos y algunos de esos misioneros religiosos que se hallan siempre en todo asunto de captación, habían monopolizado gradualmente y cultivado las buenas tierras del archipiélago para la producción de la caña de azúcar. Trabajadores alquilados, importados de las Azores, de las islas Oceánicas, de la China y del Japón, reemplazaban sobre aquellos campos á los indígenas, que quedaban fatalmente destinados á la miseria y á la muerte, y las abundantísimas cosechas pudieron pronto, gracias á la anexión, beneficiarse de la libre importación en los Estados Unidos, aunque el caso constituyera una infracción de la doctrina tradicional y representara la continuación de la antigua política de los esclavistas.

Después estalló la guerra hispano-americana, en la que el gobierno español se halló empeñado por su loca obstinación en continuar la opresión económica y política de Cuba: un poco de prudencia, una apariencia de justicia, algunos sentimientos equitativos hubiesen hecho de los Cubanos, que con justificados motivos desconfiaban de sus vecinos los Yankees, ardientes patriotas castellanos. Pero los dominadores rara vez saben moderarse, y suelen llegar hasta los límites extremos de su poder tentando al destino; su obcecación, que llaman el honor, lo quiere así. España marchó, pues, conscientemente á su ruina, dejando en buena actitud á los políticos de los Estados Unidos, quienes, como es natural, tuvieron la pretensión de intervenir en nombre de la justicia y de la humanidad. Los últimos actos de la soldadesca española en la desgraciada Cuba, donde, con algunas intermitencias, la lucha duraba cerca de cuarenta años, fueron verdaderamente horribles: jamás los procedimientos de guerra habían causado tantos desastres en la colonia. El censo de 1887 indicó una población insular de 1.742,000 individuos, el que más de diez años después, siguió á la retirada de las guarniciones españolas, dió un total menor de 269,000 personas. Los patriotas de la isla pudieron creer que esas pérdidas serían el rescate de su libertad y que los Estados Unidos cumplirían su promesa de respetar la perfecta autonomía de los Cubanos, libertados por las armas de la República

americana, grande y generosa. Y en efecto, oficialmente, desde 1902, Cuba tiene el rango de potencia independiente, con su presidente de la República, su vicepresidente y dos Cámaras elegidas, pero esas son ficciones que no engañan á nadie: desde todos los puntos de vista, y sobre todo económicamente, la gran isla forma parte del dominio del gran capital americano. Pero la guerra presentaba otros



Cl. Kuhn, edit.

UN RINCÓN DEL PUERTO DE LA HABANA

objetivos, la rica Antilla, Puerto Rico, y allá lejos, en los mares de China, el vasto archipiélago de las Filipinas.

La extrema desproporción de las fuerzas entre los barcos americanos y las flotas españolas, de material gastado y de artillería vieja, dió á las peripecias de la guerra, en las Filipinas y en las aguas antillanas, un aspecto teatral propio para excitar la imaginación de las gentes sencillas y para producir el pueril entusiasmo del pueblo vencedor. El desfile circular de los barcos del almirante Dewey, pasando sucesivamente delante de la flota española, en la bahía de Manila, y en menos de una hora transformarla en inmenso brasero; los barcos del almirante Cervera escapando uno tras otro de la estre-

cha garganta de Santiago y yendo, sin combatir, á tropezar de escollo en escollo á todo lo largo de la costa, fueron cuadros poderosamente trágicos de que se apoderaron los periodistas, los novelistas, los actores y los versificadores, exaltando hasta el delirio el patriotismo de los políticos de América. Su lenguaje había cambiado súbitamente, y en las asambleas cesó de celebrarse la emancipación de los pueblos sobre el modo lírico para no pensar más que en la conquista y el botín: como los cortesanos de Napoleón antes de la campaña de Rusia, los de los «héroes» americanos no hablaban más que de los «pliegues temblorosos de la bandera» y del «vuelo del águila de alas desplegadas». Pero lo que es aún más grave, la República se dejó infectar completamente por el ejemplo de todas las brutalidades antiguas.

Verdad es que la conquista violenta es inconciliable con la Constitución, pero esa Constitución, que se afecta continuar venerando religiosamente, carece de la elasticidad necesaria para que pueda conformarse con ella la política americana, que se desarrolla y se modifica con el tiempo, en bien ó en mal, según los impulsos del mismo pueblo. Por otra parte, el Tribunal Supremo, que es el gran intérprete de la Constitución, ha declarado repetidas veces que la voluntad del Congreso es superior á la Constitución. Al principio de la guerra de la independencia, el pago de las tasas por las colonias no representadas en el Parlamento de Westminster les parecía la injusticia por excelencia, y más de un siglo después, esas mismas colonias convertidas en República norteamericana, hallaban perfectamente justo imponer derechos de varias clases á las poblaciones de Puerto Rico, sin necesidad de consultarles[1].

Y á pesar de la Constitución y de la doctrina de Monroe, la América de Washington se cree con derecho para conservar la posesión colectiva de las Filipinas, y procede á la ocupación de aquellas islas por medios tomados de las prácticas del exterminador hebreo Josué y del atormentador Torquemada. En los tiempos modernos, fecundos en horribles represalias, como todas las edades de la humanidad, oscilantes entre el bien y el mal, hay pocos incidentes

[1] Darius H. Pingrey, *The Forum*, Octubre 1900.

tan abominables como la orden militar del general Smith, condenando á muerte á todos los varones de la isla Samar mayores de diez años.

De ese modo, al principio del siglo XX, la República norteamericana se une á las otras grandes potencias en la triste solidaridad de política agresiva, creadora de desavenencias internacionales, y se



Cl. P. Sellier.

UNA ESCENA DE EVICCIÓN EN IRLANDA

Bajo la dirección de la policía, el arrendatario es expulsado y la casa queda inhabitable.

acostumbra á la idea de nuevas guerras. Y sin embargo, el conjunto de los pueblos civilizados se halla actualmente repartido de una manera muy estrecha sobre el globo empequeñecido para que sufra las mismas conmociones, participe en los mismos movimientos de opinión y tienda á administrarse según principios comunes. En oposición á esta tendencia, pero sometiéndose á ella en apariencia, puesto que no se habla ya del «concierto europeo», sino del concierto mundial, los diversos grandes Estados, obedeciendo á sus tradiciones de rivalidad y de odio, continúan su antigua política de conquista y de anexión, de privilegios y de monopolios y hasta

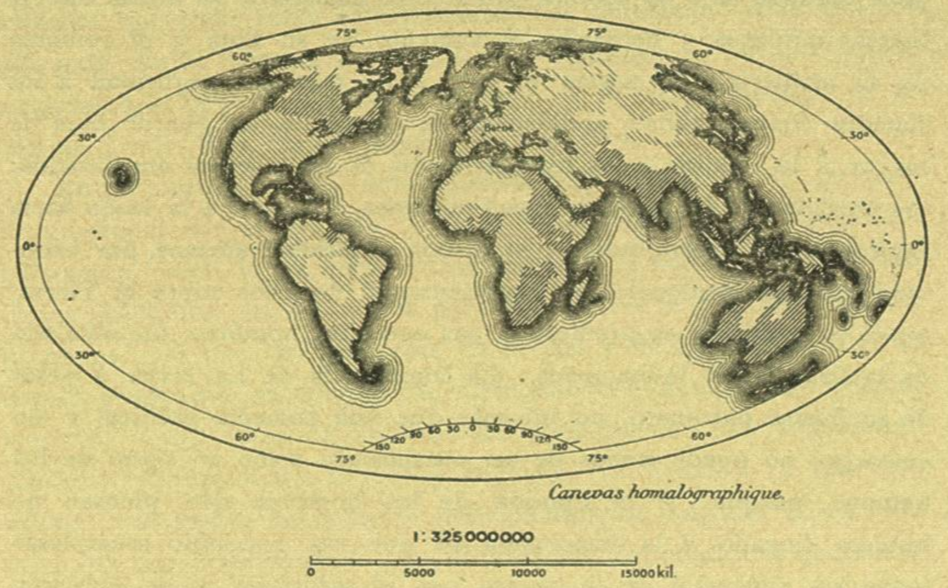
tratan de levantar murallas de la China á lo largo de sus fronteras, y no abdican en manera alguna el viejo derecho de opresión y de matanza sobre sus súbditos. Se ha visto á la Puerta matar metódicamente más de 300,000 Armenios, de quienes temía su activa inteligencia y sus sentimientos demasiado libres; se ha visto á Rusia asistir complaciente á esos horrores y hasta facilitarlos, quizá con objeto de que sus regimientos, en un porvenir próximo, pudieran apoderarse fácilmente de una tierra sin habitantes sospechosos de espíritu revolucionario; se ha visto, en fin, á cada gobierno reservarse para continuar en su país, según las circunstancias, toda clase de actos por censurados que sean por la opinión del mundo entero. Sin embargo, sobre esas naciones y sobre los que las rigen, aparece ya, y cada vez con mayor claridad, una imagen más grande, la del género humano constituyéndose en organismo unitario.

¿No es ya un hecho de importancia capital que casi todas las naciones cultas de la Tierra se hayan asociado en «Unión postal universal» para el transporte á través de los continentes y los mares, de las cartas y documentos, de los impresos y papeles de negocios, de las muestras de comercio, y por último, para el pago de pequeñas cantidades de dinero, y esto por un precio mínimo determinado de antemano según una tarifa uniforme? Desde el año 1875 funciona el servicio de una manera irreprochable, sin que los diversos Estados hayan de ocuparse de él más que para suministrar á la empresa universal el material necesario á las expediciones y para percibir la parte de los ingresos que les corresponde según las cuentas generales. Cada año se da á los interesados alguna nueva facilidad, alguna reducción de tasa; cada año la Unión postal cuenta con algún nuevo país en su liga que comprende ya más de mil millones de hombres, y el movimiento prodigioso de sus negocios aumenta en proporciones imprevistas. Para esta inmensa tela de araña que extiende sus hilos sobre toda la superficie de la Tierra, se ha escogido como centro la ciudad de Berna, humilde capital que no hace sombra á Londres, ni á París, ni á Chicago.

Después del éxito de esa hermosa obra mundial, se han lanzado muchas otras con el mismo resultado por la iniciativa de los individuos y de los grupos, á quienes los gobiernos, obligados por

la fuerza de la opinión pública, han debido suministrar medios de ejecución. Así también los marinos de todas las naciones cambian las noticias por medio de señales conocidas de todos, y los contagios, peste ó cólera, son detenidos en el lugar de origen, y telegrafiado el estado del barómetro de observatorio en observatorio, se traza diariamente desde 1863 el mapa de las presiones atmosféricas, base de toda previsión del tiempo. Y aun eso no pasa de insig-

N.° 471. Unión postal universal.



En 1907, China, Abisinia, Marruecos, Afghanistán, Nepal, Bhutau y el sultanato de Oman no forman todavía parte oficialmente de la Unión postal universal. En China, un servicio independiente se relaciona con la Unión universal y sólo cuesta 25 céntimos expedir una carta de Europa á cualquier gran ciudad china.

El rayado estrecho cubre las diferentes partes del imperio británico entre las cuales el franqueo de las cartas sólo cuesta 10 céntimos por 15 gramos. Los territorios dejados en blanco son aquellos en que, á consecuencia de la falta de habitantes, no está organizado el servicio.

nificantes resultados del acuerdo mundial en comparación de los que tantos filántropos esperan del arbitraje. Verdad es que por el momento empiezan mal, conviniendo para escoger como árbitros á los personajes cuyo objetivo es directamente opuesto al de las naciones, á los dominadores que viven como parásitos de la médula del pueblo y cuyo interés inmediato consiste en tenerle en esclavitud. Cuando la conferencia de La Haya se reunió en 1899, los inspiradores de

aquel Congreso internacional creyeron atestiguar una habilidad genial haciendo que el czar expidiera las invitaciones, aquel entre todos los hombres que, por el título y la ilusión de los pobres de espíritu, se acerca más á la majestad divina. Se imaginó cándidamente que la paz universal tenía grandes probabilidades de realización entre los pueblos porque el emperador de todas las Rusias se declaraba partidario de la conciliación universal; pero en el momento mismo en que el czar convocaba á los delegados de las potencias para reunirse bajo su sombra protectora, llamaba á las armas nuevas fuerzas militares y decretaba el aumento de su flota y el refuerzo de su artillería. Al mismo tiempo, como para dar seguridad á los Estados conquistadores ambiciosos de anexiones, se guardó bien de invitar á la reunión á los representantes de los pueblos amenazados: los enviados de las repúblicas sud-africanas, á las que á la sazón hacía Inglaterra una guerra indigna, no fueron admitidos; además, por «conveniencia internacional», el representante de Dios sobre la Tierra, aquel cuya misión es predicar la paz entre los hombres, fué olvidado en la lista de las invitaciones. La conferencia de La Haya, á pesar de su ilustre patronato, no fué más que una comedia política, y sin embargo, no puede menos de ser considerada como un signo de los tiempos, porque, si la opinión de los hombres que piensan no hubiera llegado á la conclusión de que era necesario reemplazar todas las violencias de la guerra por el arbitraje, no se hubieran tomado la molestia de practicar aquel engaño.

Como quiera que sea, la aparición de esa nueva anfictionía de los pueblos se manifiesta cada vez más, á pesar de los intereses privados, exclusivos de los diversos Estados que quisieran conservar su aislamiento, y que, bien á su pesar, se han visto obligados á constituirse en un sindicato general. El escenario se ha ampliado, puesto que comprende ahora el conjunto de las tierras y de los mares, pero las fuerzas que luchaban en cada Estado particular son igualmente las que se combaten en toda la Tierra. En cada país el Capital trata de avasallar á los trabajadores; así también sobre el gran mercado del mundo, el Capital, aumentado desmesuradamente, prescindiendo de todas las antiguas fronteras, trata de hacer que obre en su provecho la masa de los productores y de asegurarse la clientela de todos los consumidores del globo, salvajes y bárbaros, lo mismo que civilizados. Se ha dado ya el caso de que una orden de bolsa determinara el envío de una escuadra, cuando el ministerio francés hizo ocupar Mitilene para recuperar un crédito usurario, y la guerra de Grecia contra Turquía, en 1897, estuvo de tal modo mezclada de especulaciones sobre los fondos otomanos, que surgió la duda de hasta qué punto las hostilidades eran serias ó servían para ocultar bajo la farsa de las batallas y del fuego de los cañones el juego más desenfrenado del alza y de la baja. Era evidente que todo había sido preparado de antemano: todo se arregló para dar la victoria á los gruesos batallones de Turquía y para asegurar á la pequeña Grecia la posesión á lo menos mediata de la isla de Creta, que era el objeto de la guerra.

En la actualidad, la omnipotencia del Capital y su carácter internacional son fenómenos tan bien establecidos que se habla sencillamente, como de un hecho consumado, de la próxima substitución de los gobiernos por los bancos para la gerencia de la administración, lo mismo que para las empresas de la paz y de la guerra. Por lo demás, puesto que ya administran directamente — aunque bajo nombre supuesto — los miles de millones del presupuesto, ¿no administran también indirectamente todos los negocios del Estado? Y, por eso mismo, ¿no toman las diversas individualidades políticas un carácter cada vez más internacional bajo la dirección del sindicato, que puede tener interés en exaltar á tal ó cual figura de la farsa política y que no ve en las naciones sino cifras que inscribir, según las necesidades del momento, en tal ó cual columna del gran libro? Y sin embargo, por terriblemente poderosos que hayan llegado á ser esos grupos de comanditarios que se disputan los tesoros del mundo, no son todavía los dueños; cada día se producen conflictos entre ellos y las multitudes de trabajadores que emplean, debido á que la contradicción económica es absoluta entre el Capital y el Trabajo: en tanto que el primero tiene por tendencia natural reducir á esclavitud á todos los que se hallan á su servicio, el segundo no puede menos que envilecerse y hundirse en la baja rutina si no es libre, espontáneo, alegre y creador de fuerza personal y de iniciativa. La conciliación de esos dos contrarios, cuadratura del círculo que bus-

can algunos hombres de bien, es imposible, pero á cada nueva lucha, da lugar el resultado á transacciones temporales que, si hay progreso, se aproximan gradualmente á la justicia, que trae consigo la libre participación de todos los hombres en el trabajo, en sus productos y en las maravillas que descubre.

Tal es el ideal de la sociedad. Estudiemos el estado actual de las cosas para ver si, en su rápida marcha del día, se mueve la humanidad en la dirección deseada.



LIBRO CUARTO

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Población de la Tierra. — Las ciudades y los campos.
Latinos y Germanos. — Rusos y Asiáticos.
Inglaterra y su cortejo.
El Nuevo Mundo y la Oceanía. — El Estado moderno.
La Cultura y la Propiedad.
La Industria y el Comercio. — La Religión y la Ciencia.
Educación. — Progreso.

can algunos hombres de bien, es imposible, pero á cada nueva lucha, da lugar el resultado á transacciones temporales que, si hay progreso, se aproximan gradualmente á la justicia, que trae consigo la libre participación de todos los hombres en el trabajo, en sus productos y en las maravillas que descubre.

Tal es el ideal de la sociedad. Estudiemos el estado actual de las cosas para ver si, en su rápida marcha del día, se mueve la humanidad en la dirección deseada.

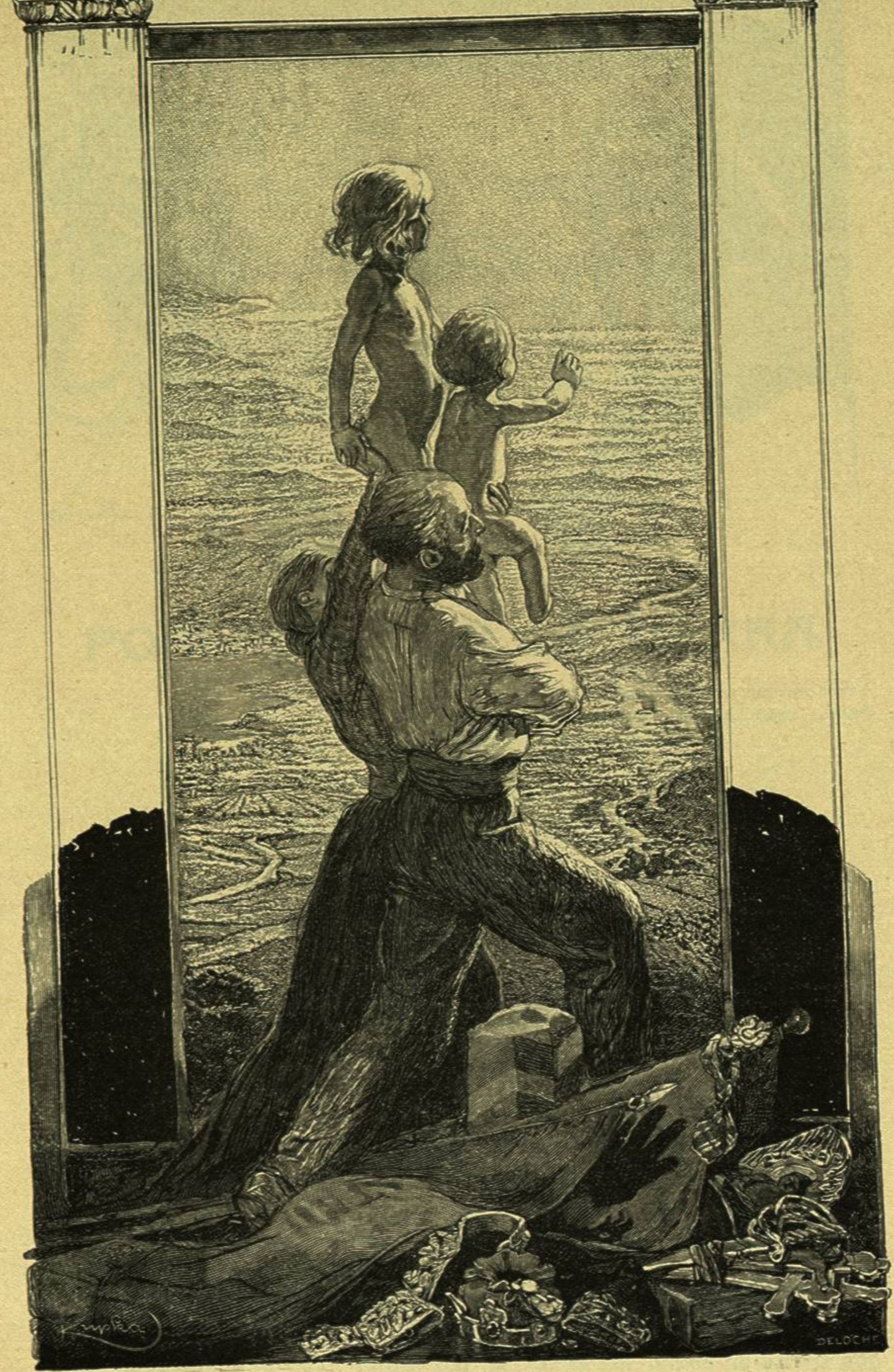


LIBRO CUARTO

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Población de la Tierra. — Las ciudades y los campos.
Latinos y Germanos. — Rusos y Asiáticos.
Inglaterra y su cortejo.
El Nuevo Mundo y la Oceanía. — El Estado moderno.
La Cultura y la Propiedad.
La Industria y el Comercio. — La Religión y la Ciencia.
Educación. — Progreso.

LIBRO CUARTO



HISTORIA CONTEMPORÁNEA



POBLACIÓN DE LA TIERRA

El hecho de trazar una frontera política sobre la cima de los Alpes ha bastado para elevar prácticamente aquellas montañas.

CAPÍTULO PRIMERO

Conocimiento científico del planeta. — Regiones polares.
Recuento de los hombres.
Colonización del Norte. — Patriotismo y odios nacionales.
Fronteras llamadas naturales. — Nacionalidades.
Ganglios mundiales. — Razas suprimidas.

A lo menos los progresos del hombre en el conocimiento de su morada son incontestables. En los orígenes de la historia el horizonte que rodeaba á cada tribu le parecía el límite del mundo; lo desconocido le sitiaba por todos lados. Ahora la ciencia de todos beneficia á cada uno: no hay hombre de mediana instrucción que no tenga la sensación de vivir sobre una bola terrestre á la cual podría dar la vuelta sin haber de luchar con monstruos y sin tropezar con prodigios.

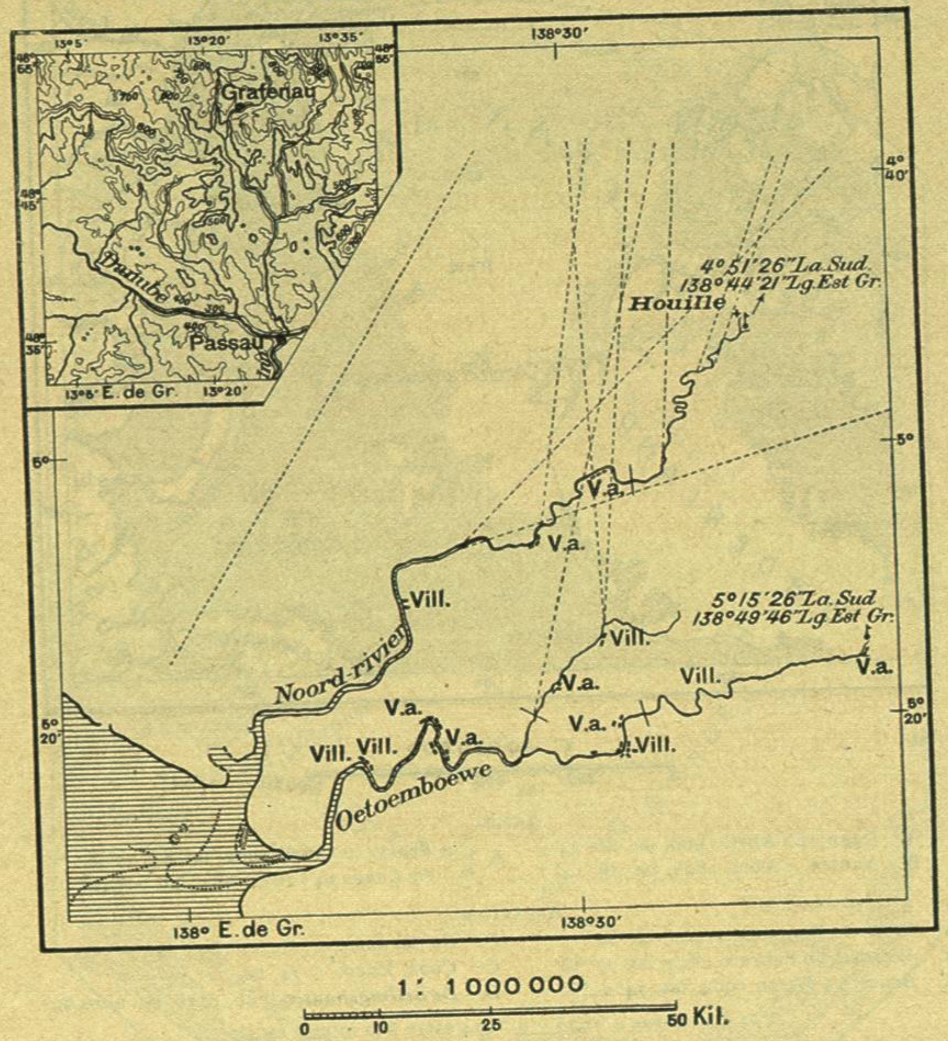
Durante el siglo XIX se fijaron definitivamente los rasgos principales del planeta entre los círculos polares; los misterios se han disipado poco á poco; los viajeros africanos han acabado por desenredar la madeja de los ríos nilóticos, congoleses y zambézicos y han descubierto las sangrías de los grandes lagos hacia las cuencas fluviales; las relaciones del Tsangbo al Brahmaputra fueron aclaradas á su vez, y muchas otras cuestiones menos importantes fueron dilucidadas. En resumen, es actualmente posible presentar un cuadro casi coherente de la tierra limitada á los cinco continentes, pero se está lejos aún de poseer mapas de gran escala de todos los países habitados. Europa, desde Finlandia á Portugal, desde Escocia al Mar Negro; el Africa septentrional, desde Orán al Mar Rojo; la India, la mayor parte de los Estados Unidos tienen su colección constituída por mapas topográficos, llamados de Estado Mayor, donde han sido representados los detalles completos del modelado y de las aguas, los bosques, los cultivos y las habitaciones humanas; pero ¡qué omisiones en los mapas de otros países! Los atlas en curso de publicación, como los de Stieler y de Vivien de Saint-Martin, que dibujan los países no europeos en escalas que varían del 5 al 8.000,000° del tamaño verdadero, hallan frecuentemente dificultades para llenar las mallas de la red de triangulación; á falta de datos precisos el cartógrafo se ve obligado á interpretar los documentos que posee. El proyecto de Penck, consistente en el trazado de una figuración del mundo á la escala uniforme del millonésimo, no podría ejecutarse aún para el Tibet, la Amazonia, el Sahara y la Papuasia sin grandes manchas blancas; pero ese mapa se hará, como se harán también después los trazados precisos que constituyen los mapas topográficos, porque no pasa día sin que se aumente con nuevos detalles ese inventario de las formas de la superficie terrestre y sin que se dibuje con más rigurosa exactitud.

Pero falta conocer los dos casquetes polares, defendidos por los bancos y las murallas de hielo. En la zona boreal, el espacio no recorrido sólo era, en 1903, de 3.980,000 kilómetros cuadrados [1], ó sea la 128.ª parte de la superficie terrestre, una vez y media la su-

[1] Olinto Marinelli, *Rivista Geog. Ital.*, Abril 1903, p. 194.

perficie del Mediterráneo, y las exploraciones polares se suceden tan rápidamente en nuestros días, que puede esperarse cada año una extensión notable de los itinerarios en la dirección del polo.

N.º 472. Estudio progresivo del globo: Papuasia y valle del Danubio.



El trazado de estos dos ríos de Nueva Guinea (ó Papuasia), que desembocan en la costa sud-occidental, se efectuó en Octubre de 1906 por J. H. Hondius van Herwerden. Las líneas puntilladas indican direcciones de cimas lejanas. Los ríos son navegables para los barcos que calan tres metros hasta los trazos transversales.

V. a.: ciudad abandonada; Vill.: villa ocupada en 1906.

En los parajes de la zona polar austral, es decir, hacia la Antártida, la superficie del vacío que han de conquistar los explora-

N.° 473. Región polar ártica.



1: 40 000 000

0 250 500 1000 Kil.

Ártida:

A. *Cagni*, 25 Abril 1900, lat. 86° 34'.
B. *Nansen*, 7 Abril 1895, lat. 86° 14'.
C. *Peary*, 21 Abril 1902, lat. 84° 17' [1].
D. *De Long*, 24 Junio 1881, lat. 77° 42'.

Antártida:

A. *Scott*, 21 Diciembre 1902, lat. 82° 17'.
B. *Weddell*, 20 Febrero 1823, lat. 74° 15'.
B'. *Bruce*, 13 Marzo 1904, lat. 74° 1'.
C. *De Gerlache*, 23 Marzo 1898, lat. 71° 36'.
C'. *Cook*, Enero 1774, lat. 71° 10'.
D. *De Bellingshausen*, Feb. 1820, lat. unos 69°.

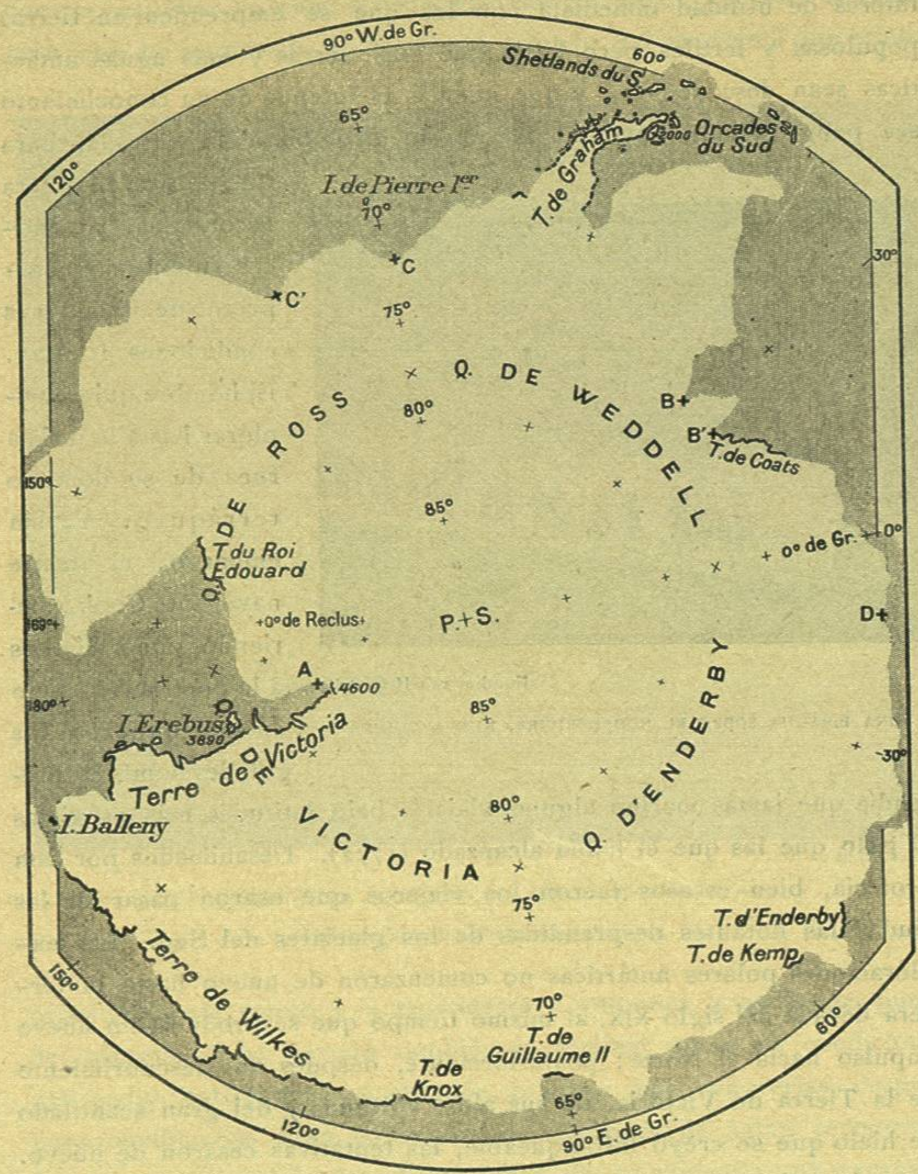
Los dos mapas n.° 473 y n.° 474 están á la misma escala.

dores es mucho más extensa, y menos claramente delimitada: puede evaluarse actualmente en 20 millones de kilómetros cuadrados, lo que representa una superficie equivalente á las dos terceras partes de Africa.

[1] Después, el 21 Abril 1906, llegó más cerca del polo, á 87° 6'.

Hay en esto algo de humillante para el genio del hombre, y la competencia que se ha establecido entre sabios belgas, ingleses, franceses, escoceses, alemanes y noruegos para forzar el paso de los

N.° 474. Región polar antártica.



bancos de hielo meridionales, prueba que el hombre ha sentido como una herida de amor propio por no haber más que tocado apenas los contornos del supuesto continente. Verdad es que los viajes de

N.° 473. Región polar ártica.



1: 40 000 000

0 250 500 1000 Kil.

ÁRTIDA:

A. *Cagni*, 25 Abril 1900, lat. 86° 34′.
B. *Nansen*, 7 Abril 1895, lat. 86° 14′.
C. *Peary*, 21 Abril 1902, lat. 84° 17′ [1].
D. *De Long*, 24 Junio 1881, lat. 77° 42′.

ANTÁRTIDA:

A. *Scott*, 21 Diciembre 1902, lat. 82° 17′.
B. *Weddell*, 20 Febrero 1823, lat. 74° 15′.
B′. *Bruce*, 13 Marzo 1904, lat. 74° 1′.
C. *De Gerlache*, 23 Marzo 1898, lat. 71° 36′.
C′. *Cook*, Enero 1774, lat. 71° 10′.
D. *De Bellingshausen*, Feb. 1820, lat. unos 69°.

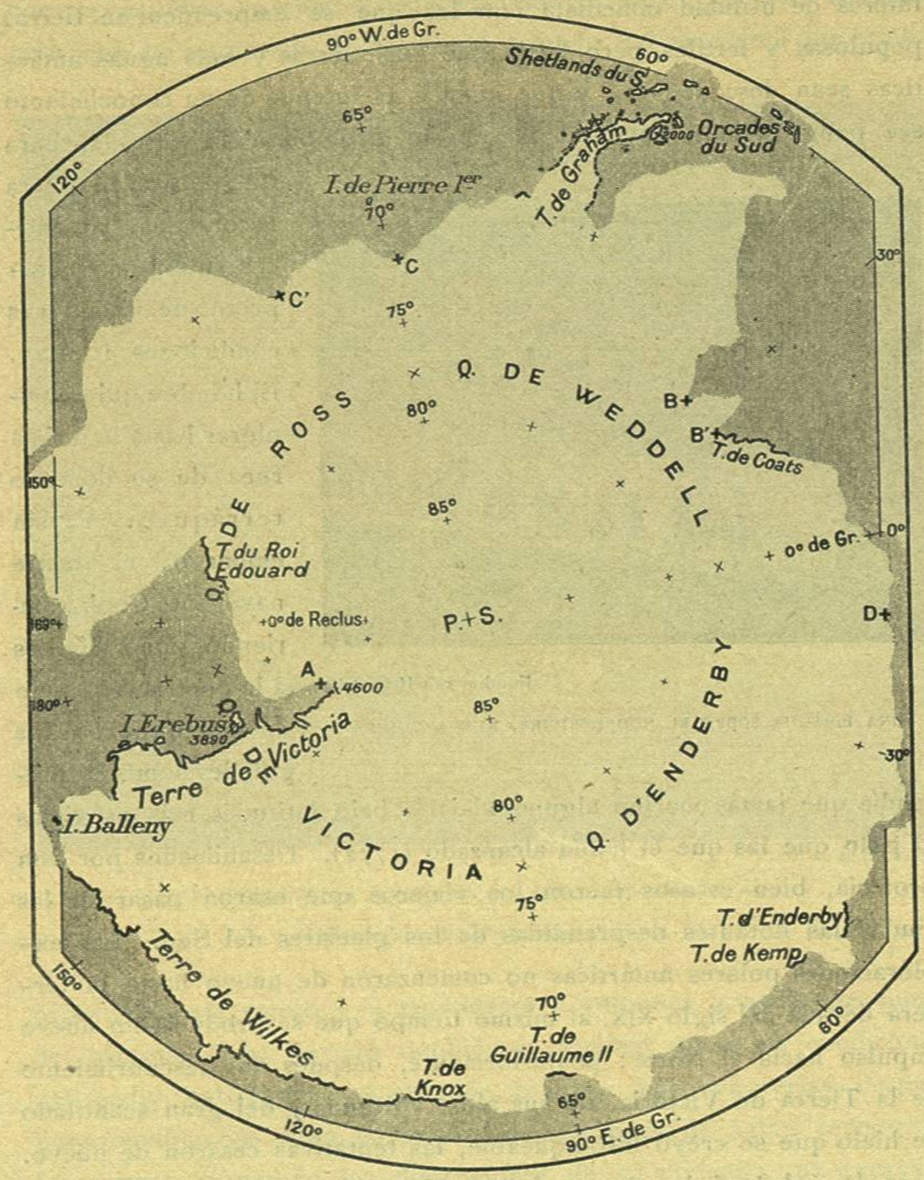
Los dos mapas n.° 473 y n.° 474 están á la misma escala.

dores es mucho más extensa, y menos claramente delimitada: puede evaluarse actualmente en 20 millones de kilómetros cuadrados, lo que representa una superficie equivalente á las dos terceras partes de Africa.

[1] Después, el 21 Abril 1906, llegó más cerca del polo, á 87° 6′.

Hay en esto algo de humillante para el genio del hombre, y la competencia que se ha establecido entre sabios belgas, ingleses, franceses, escoceses, alemanes y noruegos para forzar el paso de los

N.° 474. Región polar antártica.



bancos de hielo meridionales, prueba que el hombre ha sentido como una herida de amor propio por no haber más que tocado apenas los contornos del supuesto continente. Verdad es que los viajes de

penetración hechos en ese reino de las nieves y de los hielos, donde nadie cuenta hallar hermanos en humanidad, donde no se ha encontrado hasta ahora mamífero ni reptil — solamente pinguinos, peces y un insecto, — verdad es que esos viajes no son comparables en interés de utilidad inmediata con los que se emprenden en tierras populosas y fértiles, pero basta que esas tierras y esas aguas antárticas sean desconocidas, y que además el intento de su conocimiento sea peligrosísimo, como si la muerte prohibiera la entrada, para que el hombre quiera recorrerlas, y conocer su forma y el aspecto de todas sus condiciones físicas. El hombre quiere explorar hasta la última roca de su dominio terráqueo. Y, sin embargo, el ilustre navegante Cook, queriendo poner límites á la posteridad, como suelen hacerlo los grandes hombres, pretendía que jamás marino alguno viajaría bajo latitudes más próximas al polo que las que él había alcanzado (1772). Desanimados por esta profecía, bien escasos fueron los viajeros que osaron pasar de las ciudadelas flotantes desprendidas de los glaciares del Sud. Las exploraciones polares antárticas no comenzaron de nuevo hasta la tercera década del siglo XIX, al mismo tiempo que se producía un nuevo impulso hacia el Norte; posteriormente, después del descubrimiento de la Tierra de Victoria, de sus altos volcanes y del gran acantilado de hielo que se creyó infranqueable, las tentativas cesaron de nuevo. Pero la voluntad humana es indomable. Los viajes polares antárticos se renovaron con el siglo XX: la primera invernada en los bancos australes se hizo con Adrián de Gerlache (estío de 1898); después los marinos de la *Discovery* osaron subir al volcán Terror

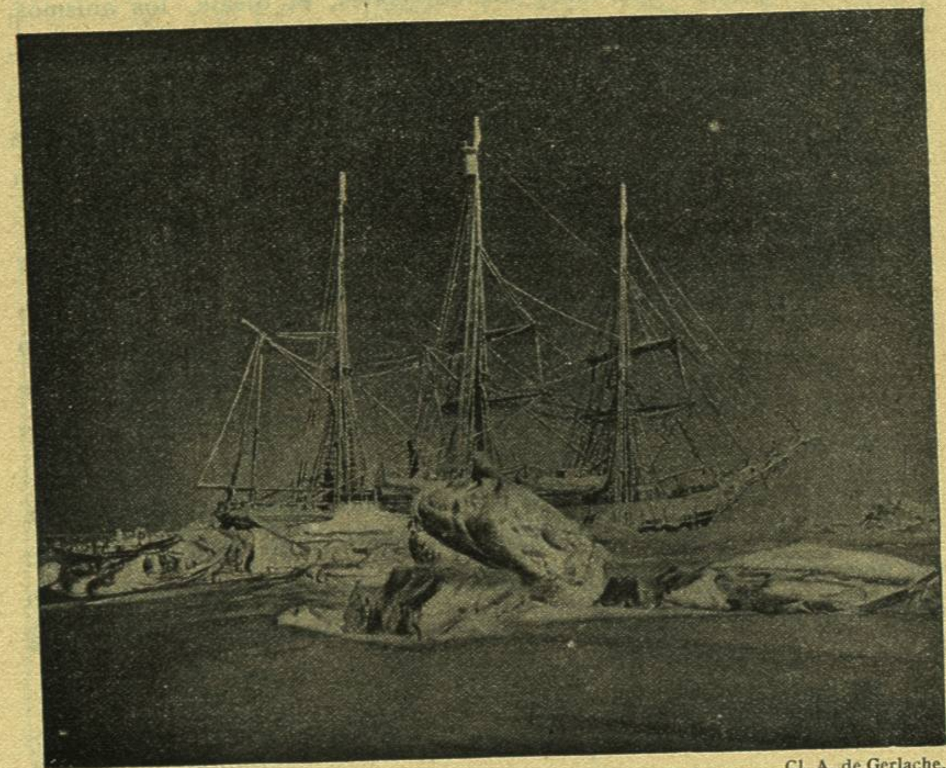


Hondius van Herwerden.

UNA PIRAGUA SOBRE EL NOORD-RIVIER, NUEVA GUINEA

y avanzar al Sud á través de las nieves sobre las mesetas del continente de hielo (1902-1903).

Y no es la curiosidad de los contornos exteriores lo único que excita al habitante de la Tierra: quiere también penetrar bajo la corteza, estudiar su composición, estudiar su vida. La obra de reacción que ha impulsado al hombre á triunfar del espacio á que estaba primitivamente sujeto y á trasladarse á voluntad á cualquier punto del planeta, le ha llevado también á dominar todas las condiciones del medio, nativo ó de su elección, primero para conocerlas, después para modificarlas á su conveniencia. Después de haber reconocido las formas y medido las dimensiones de su vivienda, ha excavado el suelo, ha escudriñado sus cimientos, ha seguido las venas de arena, de arcilla ó de carbón, los hilos de agua ó de metal, ha comparado los terrenos entre sí, ha descubierto su edad y su rela-



Cl. A. de Gerlache.

LA «BÉLGICA» COGIDA EN LOS HIELOS DEL ANTÁRTICO

Fotografía tomada á la luz de la luna.

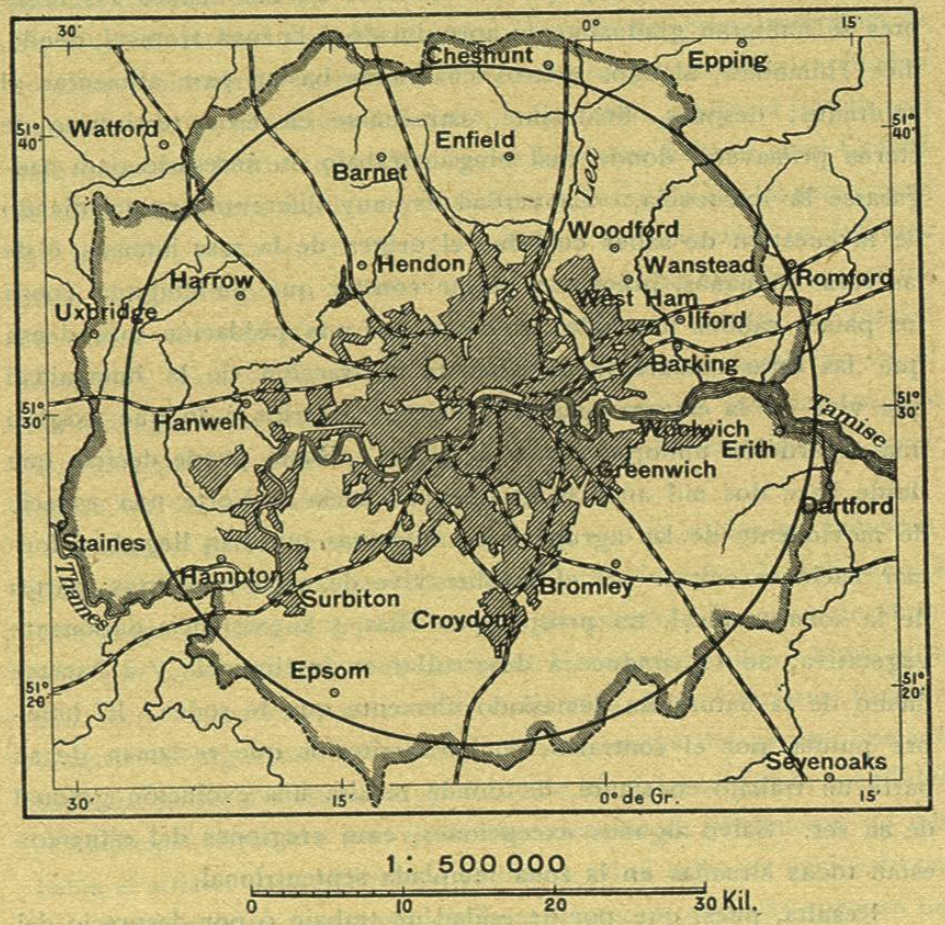
ción de sucesión: ha llegado á ser geólogo, y esos mismos mapas que ha sabido hacer para indicar las posiciones respectivas de todos los rasgos de la superficie terrestre, los ha recogido para indicar en ellas la superposición de los estratos lo mismo que su aplicación y uso en sus trabajos. Mientras que unos trabajadores exploran así la Tierra, otros recorren los ríos, los lagos y los mares: estudian su temperatura, la salinidad, las corrientes, el oleaje, los abismos, los torbellinos; señalan los peligros y descubren los medios de evitarlos. Otros exploran los golfos de fuego, las lavas y los cráteres, en tanto que otros sondean el espacio aéreo y estudian sus fenómenos hasta más allá de los confines del aire respirable á una altura tres veces superior á la de las montañas más elevadas. Después el hombre ha querido enlazar la geología con la geografía por la historia, hallar el por qué y el cómo de cada rasgo del suelo, reconstituir la evolución gradual de cada modelado y, del mismo modo que el estudiante pasa de la anatomía á la fisiología, ha de considerar el geógrafo el globo terrestre como un ser viviente cuyos órganos se modifican incesantemente.

¡Cuántas investigaciones anejas, cuántas ciencias especiales se refieren á esos órdenes primarios de estudios en el gran dominio del género humano! No por miles, sino por millones para ser justo con todos los humildes, deben contarse los colaboradores de la obra inmensa: el conocimiento y la ordenación del planeta.

Relativamente á la superficie de la tierra habitable, el número de los hombres es todavía muy pequeño, puesto que apenas excede de mil quinientos millones. Siguiendo las metáforas de los poetas, pueden compararse las generaciones humanas á las «arenas del mar» ó á las «olas del Océano», pero esas son exageraciones: en realidad, si todos los hombres se hallaran distribuídos sobre los continentes á igual distancia unos de otros, cada uno de ellos tendría por territorio particular el espacio de nueve hectáreas, ó sea 90,000 metros cuadrados, y apenas vería á 300 metros de distancia en todas direcciones á sus vecinos más próximos. Si, por el contrario, se quisiera reunir á todos los hombres en alguna gran llanura rodeada de un hermoso anfiteatro de montañas, dando á cada individuo un

metro cuadrado de espacio, es decir, mucho más que el que tienen las multitudes oprimidas en las fiestas ó en las reuniones políticas, la superficie de los terrenos ocupados por el género humano tendría

N.° 475. Londres y el género humano.



El contorno rayado limita *London Police District*, llamado también *Greater London*, cuya superficie es de 1,787 kilómetros cuadrados y que contiene 7.113,561 habitantes (1906).

El círculo trazado alrededor de Charing Cross como centro tiene 22,800 metros de radio y 1,680.000,000 de metros cuadrados de superficie.

una extensión de 1,600 kilómetros cuadrados, ó sea la 90.000ª parte de la tierra firme. Así Londres y sus grandes suburbios bastarían para contener todos los habitantes de la Tierra [1].

[1] *Bull. de la Soc. Neuchâteloise de Géographie*, t. V, 1889-90, p. 122.

Pero los hombres no se concentran todos en un punto, ni se colocan como en las casillas de un tablero de ajedrez que cubriera la Tierra. Su distribución es en extremo irregular y obedece á leyes de múltiples factores. Parece que la primera condición hubiera sido procurarse el alimento, y que en el curso de las edades los hombres se hubieran gradualmente aproximado á la zona tropical, donde, dice Humboldt, algunos metros cuadrados bastan para alimentar al habitante; después, finalmente, estrecharse en esos territorios de eterna primavera, donde casi ningún trabajo es necesario para asegurarse la existencia. La verdad es muy diferente: prescindiendo de la cuestión de saber cuál fué el origen de la raza humana, ó de las razas humanas, preciso es hacer constar que en ninguna época los países cálidos han sido habitados por una población más densa que las otras comarcas; actualmente la fracción de la humanidad que vive en la cintura ecuatorial es muy inferior á lo que exigiría una repartición uniforme sobre el globo. Hasta puede decirse que desde hace dos mil años se ha operado hacia el Norte una especie de movimiento de las agrupaciones humanas que han llegado á formar naciones cultas. Si el hombre vive de nada en ciertas partes de la zona tropical, no prospera en ellas, y la existencia puramente vegetativa, no le conduce á desarrollar su inteligencia y á hacerse dueño de la naturaleza demasiado clemente que le rodea. El hombre pulula, por el contrario, en los territorios que reclaman de su parte un trabajo constante, de donde resulta una evolución gradual de su ser. Salvo algunas excepciones, esas «regiones del esfuerzo» están todas situadas en la zona templada septentrional.

Resulta, pues, que, por necesidad de trabajo ó por desprecio del clima, ninguna comarca se ha hallado demasiado fría para la existencia del hombre. En la zona donde el suelo está endurecido por largos meses de invierno, el habitante primitivo encontraba medio de vida dedicándose á la pesca ó á la caza; al presente la humanidad ha sabido procurarse allí provisiones en abundancia; por el vestido, las habitaciones confortables y el combustible ha creado un medio nuevo, transportando al Norte el clima del Mediodía: careciendo de sol, ha almacenado sus fuerzas y las utiliza lejos de las comarcas donde obran naturalmente. Ya no causa admiración ver ciudades

poderosas como Petersburgo á tanta distancia del ecuador, bajo el grado 60 de latitud, muy cerca de la línea isotérmica que indica el punto del hielo para la temperatura media anual: más de un millón de personas se estrechan en aquella ciudad de fundación apenas secular, construída sobre un suelo alternativamente fangoso y helado. En Siberia muchas ciudades situadas al norte del cero isotérmico se pueblan rápidamente; grupos de habitaciones permanentes se fundan cada año en la dirección del polo. En 1890, hacia el grado 49, bajo la misma latitud que Francia, se hubieran hallado en el Canadá oriental los últimos cultivos y las últimas casas de los blancos; pero allí también, como en el mundo antiguo, la población se continúa hacia el círculo polar. Nada impide que la bahía de Hudson reciba un collar de ciudades sobre todo su contorno y que se funden comercios, sanatorios, fábricas y establecimientos científicos en el archipiélago de la Artida. El Spitzberg tiene ya sus hoteles, sus tinglados para la carga y descarga, sus principios de caminos; acaso tendrá un día su Babilonia y su Alejandría.

Estando ya la Tierra abierta á todos — á lo menos en principio, porque el hombre no se pertenece aún, — conviene á cada individuo, á cada grupo de amigos dejarse ir espontáneamente á la fuerza de atracción que tal ó cual parte de la Tierra ejerce sobre ellos. Nada sería más fácil, al parecer, que realizar el voto formulado por Ricardo Wagner de organizar una «emigración racional» del género humano hacia los países del Mediodía; pero no se ha dicho que de la movilidad actualmente adquirida por el hombre, resulta el movimiento de que habla el artista. Los individuos en buena salud se hacen un ideal conforme al clima que les ha modelado; ¡cuántas veces se ha visto un Escocés sofocarse de calor al lado de un Meridional aterido de frío! Todo lo que se puede prever es que un porvenir próximo sabrá utilizar los climas diversos del globo para hacer frente á las debilidades del organismo individual: el niño podrá ser criado al aire vivificante del Norte, el reumático podrá hallar un clima seco, el nervioso podrá residir en las cimas de las montañas, el anciano se calentará en los países del sol.

Ya proceda de cada hombre aislado ó de todo grupo humano, el deseo de cambiar de residencia, la población de la Tierra se halla

Pero los hombres no se concentran todos en un punto, ni se colocan como en las casillas de un tablero de ajedrez que cubriera la Tierra. Su distribución es en extremo irregular y obedece á leyes de múltiples factores. Parece que la primera condición hubiera sido procurarse el alimento, y que en el curso de las edades los hombres se hubieran gradualmente aproximado á la zona tropical, donde, dice Humboldt, algunos metros cuadrados bastan para alimentar al habitante; después, finalmente, estrecharse en esos territorios de eterna primavera, donde casi ningún trabajo es necesario para asegurarse la existencia. La verdad es muy diferente: prescindiendo de la cuestión de saber cuál fué el origen de la raza humana, ó de las razas humanas, preciso es hacer constar que en ninguna época los países cálidos han sido habitados por una población más densa que las otras comarcas; actualmente la fracción de la humanidad que vive en la cintura ecuatorial es muy inferior á lo que exigiría una repartición uniforme sobre el globo. Hasta puede decirse que desde hace dos mil años se ha operado hacia el Norte una especie de movimiento de las agrupaciones humanas que han llegado á formar naciones cultas. Si el hombre vive de nada en ciertas partes de la zona tropical, no prospera en ellas, y la existencia puramente vegetativa, no le conduce á desarrollar su inteligencia y á hacerse dueño de la naturaleza demasiado clemente que le rodea. El hombre pulula, por el contrario, en los territorios que reclaman de su parte un trabajo constante, de donde resulta una evolución gradual de su ser. Salvo algunas excepciones, esas «regiones del esfuerzo» están todas situadas en la zona templada septentrional.

Resulta, pues, que, por necesidad de trabajo ó por desprecio del clima, ninguna comarca se ha hallado demasiado fría para la existencia del hombre. En la zona donde el suelo está endurecido por largos meses de invierno, el habitante primitivo encontraba medio de vida dedicándose á la pesca ó á la caza; al presente la humanidad ha sabido procurarse allí provisiones en abundancia; por el vestido, las habitaciones confortables y el combustible ha creado un medio nuevo, transportando al Norte el clima del Mediodía: careciendo de sol, ha almacenado sus fuerzas y las utiliza lejos de las comarcas donde obran naturalmente. Ya no causa admiración ver ciudades

poderosas como Petersburgo á tanta distancia del ecuador, bajo el grado 60 de latitud, muy cerca de la línea isotérmica que indica el punto del hielo para la temperatura media anual: más de un millón de personas se estrechan en aquella ciudad de fundación apenas secular, construída sobre un suelo alternativamente fangoso y helado. En Siberia muchas ciudades situadas al norte del cero isotérmico se pueblan rápidamente; grupos de habitaciones permanentes se fundan cada año en la dirección del polo. En 1890, hacia el grado 49, bajo la misma latitud que Francia, se hubieran hallado en el Canadá oriental los últimos cultivos y las últimas casas de los blancos; pero allí también, como en el mundo antiguo, la población se continúa hacia el círculo polar. Nada impide que la bahía de Hudson reciba un collar de ciudades sobre todo su contorno y que se funden comercios, sanatorios, fábricas y establecimientos científicos en el archipiélago de la Artida. El Spitzberg tiene ya sus hoteles, sus tinglados para la carga y descarga, sus principios de caminos; acaso tendrá un día su Babilonia y su Alejandría.

Estando ya la Tierra abierta á todos — á lo menos en principio, porque el hombre no se pertenece aún, — conviene á cada individuo, á cada grupo de amigos dejarse ir espontáneamente á la fuerza de atracción que tal ó cual parte de la Tierra ejerce sobre ellos. Nada sería más fácil, al parecer, que realizar el voto formulado por Ricardo Wagner de organizar una «emigración racional» del género humano hacia los países del Mediodía; pero no se ha dicho que de la movilidad actualmente adquirida por el hombre, resulta el movimiento de que habla el artista. Los individuos en buena salud se hacen un ideal conforme al clima que les ha modelado; ¡cuántas veces se ha visto un Escocés sofocarse de calor al lado de un Meridional aterido de frío! Todo lo que se puede prever es que un porvenir próximo sabrá utilizar los climas diversos del globo para hacer frente á las debilidades del organismo individual: el niño podrá ser criado al aire vivificante del Norte, el reumático podrá hallar un clima seco, el nervioso podrá residir en las cimas de las montañas, el anciano se calentará en los países del sol.

Ya proceda de cada hombre aislado ó de todo grupo humano, el deseo de cambiar de residencia, la población de la Tierra se halla

retenida en su evolución por una serie de fenómenos en que la rutina y la fuerza de antiguas supervivencias influyen en gran manera. El planeta está recortado políticamente por una red de fronteras que dividen las diversas partes de la Tierra declaradas propiedad imperial, real ó nacional, y se ha de realizar toda una revolución del pensamiento antes de modificar á este respecto las convenciones tradicionales. Por lo demás es tanto más fácil desatinar, engañarse y engañar á los demás en semejante asunto, cuanto que se imaginan bajo una misma palabra cosas muy diferentes y que hasta se las emplea en la conversación corriente en sentidos muy opuestos de amor y odio, de ternura y de ferocidad. Tal es la palabra «patria», que significa el lugar donde se despierta á la vida en los brazos del padre, y que se comprende también como el territorio cerrado en cuyo rededor todos los hombres son enemigos.

Verdad es que, tomada en su primera acepción, el amor de la «patria» es legítimo y normal. Se ama naturalmente más lo que se conoce mejor: nada más conforme á la evolución humana. La comunión de amor creada por el trabajo hace querer el surco de donde se ha sacado el sustento, donde se ha penado, donde se ha sufrido, y también donde, después de penas y fatigas, se ha encontrado consuelo y reposo. En esta tierra que nos ha dado la existencia y los medios de conservarla, se han formado también todas las asociaciones de la vida; en ella, después de haber mamado la leche materna, se vieron y se conocieron todos nuestros semejantes, se amó y se fundó la familia, se saboreó la caricia del lenguaje que se comprende y del canto que nos hizo reir ó llorar. He ahí puras y nobles fuentes que manan directamente de las condiciones normales de la vida. No es extraño que cada grupo humano, creyéndose, si no solo en el mundo, al menos el único interesante y merecedor de la felicidad, dé un valor excepcional al rincón de tierra que habita, ni que las otras regiones le parezcan inferiores porque no le pertenecen. Además, las comarcas más populosas, las «patrias» más «ilustres», distinguiéndose entre todas por ventajas materiales evidentes, dan á sus habitantes la idea de un mérito colectivo, como si el suelo del territorio nacional, más noble que el de otros países, fuera una recompensa especial debida á sus residentes por el Destino.

Esta ilusión de propietario explica hasta cierto punto la pretensión que tiene el patriota de amar su país con amor excesivo; pero á esa causa se unen otras que son execrables. Si en toda nación se encuentran individuos que trabajan por desembarazarse de toda preocupación, de todo impulso irracional, de toda idea puramente tradicional, la nación misma en su conjunto se halla todavía en la moral primitiva de la fuerza; complácese en asolar, arrebatar, matar y cantar victoria sobre los cadáveres insepultos; se glorifica



UNA CASA EN LA FRONTERA EN HALLUIN (NORTE)
De una fotografía de M. Leprêtre.

con todo el daño que sus antepasados hicieron á otros pueblos; se entusiasma, enloquece celebrando en verso, en prosa, en representaciones triunfales todas las abominaciones cometidas por los suyos en país extranjero, y hasta invita solemnemente á su dios á participar en la embriaguez popular. Y no se limita á ponderar las matanzas antiguas, sino que se complace en preparar otras nuevas, no sólo contra países limítrofes, sino, lo que es más incomprensible, contra tierras lejanas cuyos habitantes ni siquiera han oído hablar de sus invasores. Al amor del suelo y de la lengua natal, que se alaba siempre cándidamente como fuente de patriotismo, se mezclan la avidez del pillaje y el odio al extranjero para hacer que florezca esa flor híbrida que suele celebrarse como la más bella. No

obstante, los progresos morales é intelectuales realizados durante el curso de las generaciones han abierto muchos ojos; no son pocos los que comienzan á comprender cuán absurdo es en los otros ese egoísmo «etnocéntrico» que no quieren admitir que sea tan estúpido en ellos mismos. Cualquiera que sea nuestra verdadera significación nacional, todos queremos ser el «pueblo del Medio», como los Chinos. Si la «gran nación» francesa ha repetido por las mil voces de sus diarios que «marcha á la cabeza de la civilización», Hegel, á quien los Alemanes creen confiados en su palabra, afirma que su pueblo es «la incorporación del espíritu objetivo», lo que puede traducirse por esta frase más sencilla: «los Alemanes son los únicos que comprenden la verdad» [1].

Al mismo género de manía ha de atribuirse el insistente mal gusto con que los sabios de diversos países afectan hablar de sus trabajos como perteneciendo á la ciencia «alemana», á la ciencia «francesa», sin comprender que esa vanidad es tan ridícula como la que resultaría de envanecerse de la ciencia «borgoñona», «valdense» ó del Salzkammergut.

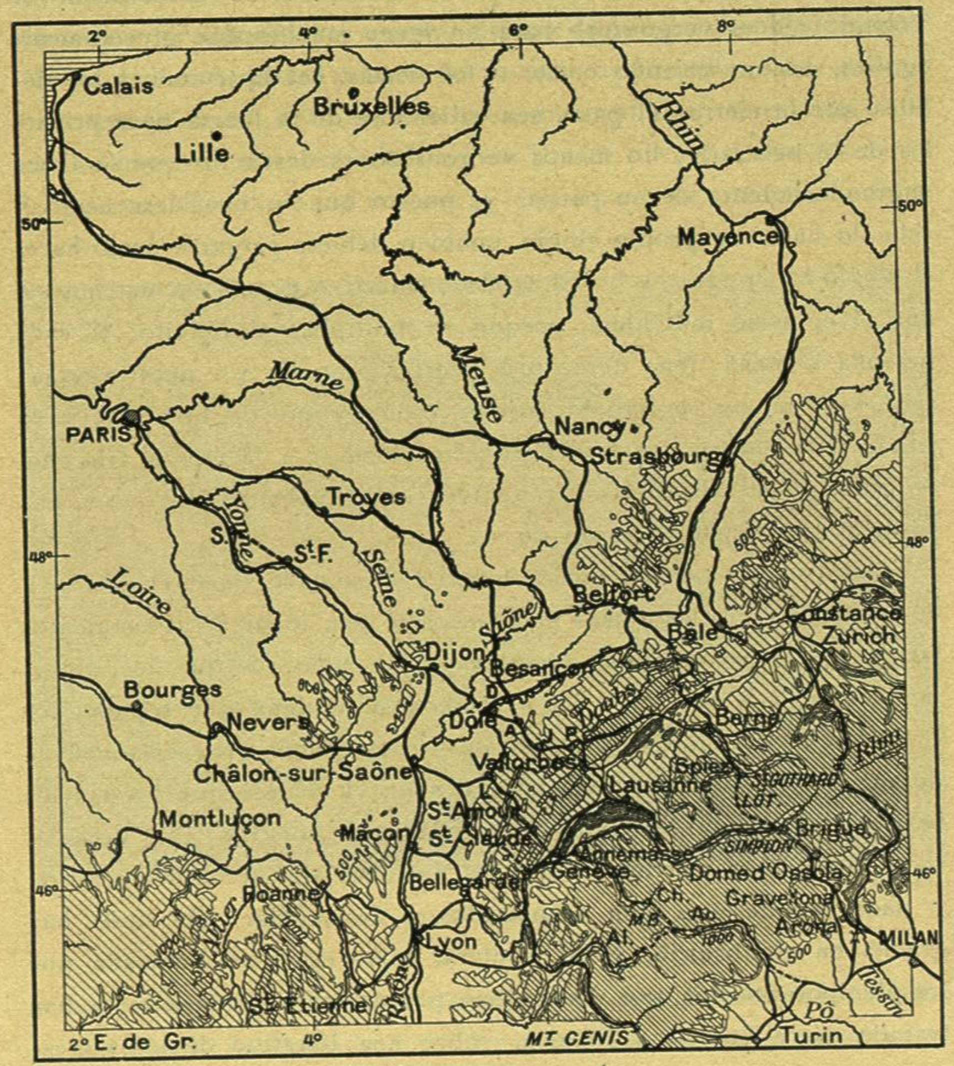
¡Qué contraste con el lenguaje de nuestros antepasados de 1789! Escúchese á Condorcet hablando del establecimiento del sistema métrico: «La Academia ha procurado excluir toda condición arbitraria, todo lo que pudiera indicar á sospechar la influencia de un interés particular de Francia ó de una pretensión nacional; ha querido, en una palabra, que, si los principios y los detalles de esta operación pudieran pasar solos á la posteridad, fuese imposible adivinar por qué nación fué ordenada y ejecutada». Y el decreto de la Constituyente en 1792 reproducía la idea en términos semejantes. En la misma época el estandarte del conde de Warwick, tomado durante la guerra de Cien años, en 1427, fué quemado por la guardia nacional de Montargis como tributo respetuoso á la fraternidad de los pueblos.

El fondo del debate sobre la idea de patria y sobre los problemas políticos en general consiste en saber si existe una moral colectiva diferente de la moral individual; si la grosería censurada al hombre aislado es plausible en los grupos cultos. La psicología

[1] Ludwig Gumplowicz, *Sociale Sinnestäuschungen*, «Neue Deutsche Rundschau», 1896.

N.° 476. Vías férreas entre Calais y Milán.

(Véase pág. 333)



1: 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

Trabajo en ejecución: Túnel de Lötschberg, desde Spiez á Brigue.

Trabajos en proyecto, que suscitan grandes objeciones: Joux en Vallorbes mejorando la línea de Pontarlier; Lons-le-Saulnier á Ginebra por Saint-Claude; Saint-Amour á Bellegarde; Chamounix á Aosta, sub-franqueando el Mont-Blanch; Albertville á Aosta por el pequeño Saint-Bernard; Sens á Saint-Florentin; Labarre (D) á Arc-Senans (A).

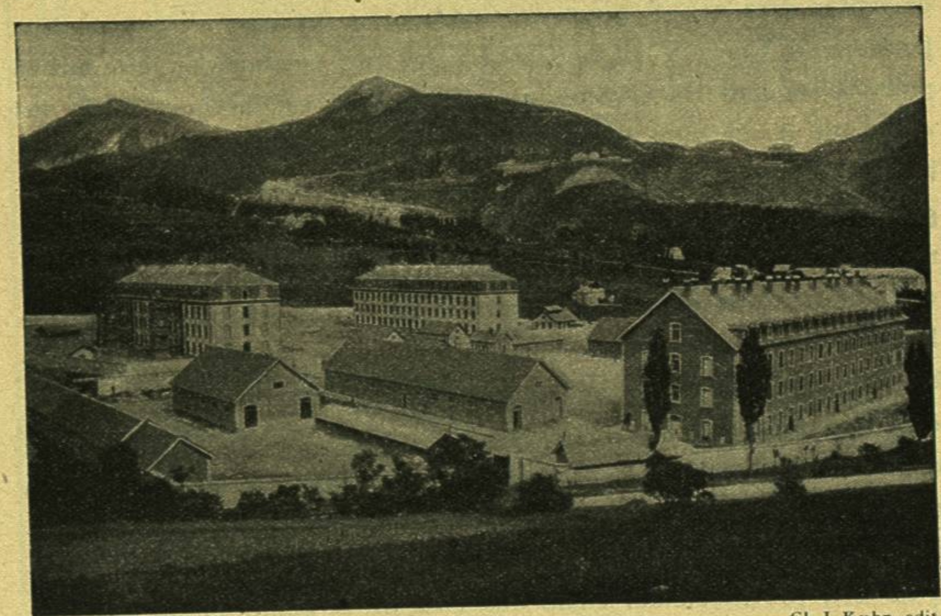
de las multitudes es indudablemente una ciencia nueva, pero no ha intentado jamás presentar como bueno lo que constantemente con-

dena como malo en el individuo. Basta conformarse con la «moral cristiana», para tener que admitir la verdad de la observación de Tolstoi: «Si es vergonzoso para un joven manifestarse groseramente egoísta, sea no dejando comer á los demás, sea apartando á los débiles que le cierran el paso, sea valiéndose de la fuerza para privarles de lo necesario, no menos vergonzoso es desear lo que se llama engrandecimiento de su patria, y, puesto que se considera necio y ridículo hacer su propio elogio, también debiera juzgarse necio hacer el elogio de su país...» [1]. El egoísmo colectivo es todavía más funesto que el egoísmo individual, porque se multiplica al infinito; si cada persona humana tiene derecho á nuestra simpatía y á nuestra adhesión, con mayor motivo lo exigen cada grupo de hombres, cada tribu, cada nación. Ateniéndose sencillamente á la moral, tal como se practica actualmente entre gentes que se respetan, los odios patrióticos no tienen ya razón de ser.

Las patrias, tal como cada hombre de Estado tiene el «deber» de levantar sobre las demás naciones, sólo dan lugar á razonamientos falsos y á complicaciones funestas. Ante todo, lo que los diplomáticos repiten acerca de las «fronteras naturales» que separan los Estados en virtud de una especie de predestinación geográfica, carece de razón. No hay fronteras naturales en el sentido que les dan los patriotas. Dejando aparte el caso de las islas, como la Gran Bretaña, todos los límites marcados entre las naciones son obras del hombre, y nada impide que sean desplazados ó destruídos. Sin duda hay grados en el absurdo, y tal frontera, como esa línea truncada que los plenipotenciarios, tras discusiones, protocolos y rectificaciones han trazado entre Francia y Bélgica, sobre una longitud de unos trescientos kilómetros á vista de pájaro, es una fantasía risible para el contrabandista y alguna vez muy molesta para el viajero pacífico; pero las líneas de partición política trazadas sobre las cimas alpinas y sobre las crestas de los Pirineos no son menos arbitrarias y no respetan más las afinidades naturales. Es indudable que el límite franco-belga separa Flandes de Flandes, Hainaut de Hainaut y Ardenne de Ardenne; pero la línea de demarcación señalada de piedra

[1] *La Revue Blanche*, 1.° Mayo 1896, traducción de Alf. Athys.

en piedra sobre los grandes Alpes, ¿no corta en dos unos territorios cuyos habitantes hablan la misma lengua, practican las mismas costumbres y formaban parte en otro tiempo de la misma confederación? ¿No ha rechazado violentamente de un lado hacia Italia, de otro hacia Francia, los *escarts* del Brianςonesado, antes unidos en república? Y en los Pirineos, ¿no desune la frontera Vascos y Vascos, Aragoneses y Aragoneses, Catalanes y Catalanes? Muy á su pesar, pastores y leña-



Cl. J. Kuhn, edit.

UNA VISTA DE BRIANÇON — CUARTELES Y FORTIFICACIONES

dores de una y de otra parte respetan esa línea ficticia que, de parte de los Estados soberanos, les valen amenazas, multas y prisiones.

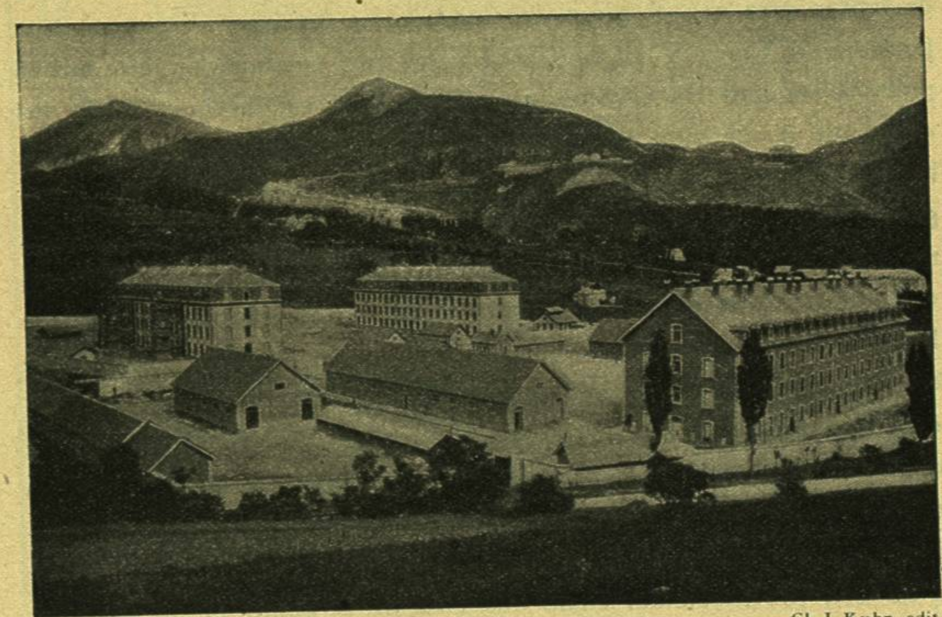
En resumen, el río es todavía la frontera menos nefasta de todas, porque la atracción ejercida por los suelos fértiles del valle y el comercio que por él circula, se opone á la tendencia que tiene la frontera á despoblar sus inmediaciones, mientras que en la montaña esta última acción se une á la de la altura, cuyo efecto normal es rarificar la población. No es extraño, pues, que sobre algunas decenas de miles de kilómetros que suman los límites de los Estados europeos, la corriente de agua no entre á lo sumo más que por un millar de kilómetros, cuyo trozo más largo está representado por

dena como malo en el individuo. Basta conformarse con la «moral cristiana», para tener que admitir la verdad de la observación de Tolstoi: «Si es vergonzoso para un joven manifestarse groseramente egoísta, sea no dejando comer á los demás, sea apartando á los débiles que le cierran el paso, sea valiéndose de la fuerza para privarles de lo necesario, no menos vergonzoso es desear lo que se llama engrandecimiento de su patria, y, puesto que se considera necio y ridículo hacer su propio elogio, también debiera juzgarse necio hacer el elogio de su país...» [1]. El egoísmo colectivo es todavía más funesto que el egoísmo individual, porque se multiplica al infinito; si cada persona humana tiene derecho á nuestra simpatía y á nuestra adhesión, con mayor motivo lo exigen cada grupo de hombres, cada tribu, cada nación. Ateniéndose sencillamente á la moral, tal como se practica actualmente entre gentes que se respetan, los odios patrióticos no tienen ya razón de ser.

Las patrias, tal como cada hombre de Estado tiene el «deber» de levantar sobre las demás naciones, sólo dan lugar á razonamientos falsos y á complicaciones funestas. Ante todo, lo que los diplomáticos repiten acerca de las «fronteras naturales» que separan los Estados en virtud de una especie de predestinación geográfica, carece de razón. No hay fronteras naturales en el sentido que les dan los patriotas. Dejando aparte el caso de las islas, como la Gran Bretaña, todos los límites marcados entre las naciones son obras del hombre, y nada impide que sean desplazados ó destruídos. Sin duda hay grados en el absurdo, y tal frontera, como esa línea truncada que los plenipotenciarios, tras discusiones, protocolos y rectificaciones han trazado entre Francia y Bélgica, sobre una longitud de unos trescientos kilómetros á vista de pájaro, es una fantasía risible para el contrabandista y alguna vez muy molesta para el viajero pacífico; pero las líneas de partición política trazadas sobre las cimas alpinas y sobre las crestas de los Pirineos no son menos arbitrarias y no respetan más las afinidades naturales. Es indudable que el límite franco-belga separa Flandes de Flandes, Hainaut de Hainaut y Ardenne de Ardenne; pero la línea de demarcación señalada de piedra

[1] *La Revue Blanche*, 1.° Mayo 1896, traducción de Alf. Athys.

en piedra sobre los grandes Alpes, ¿no corta en dos unos territorios cuyos habitantes hablan la misma lengua, practican las mismas costumbres y formaban parte en otro tiempo de la misma confederación? ¿No ha rechazado violentamente de un lado hacia Italia, de otro hacia Francia, los *escarts* del Brianςonesado, antes unidos en república? Y en los Pirineos, ¿no desune la frontera Vascos y Vascos, Aragoneses y Aragoneses, Catalanes y Catalanes? Muy á su pesar, pastores y leña-



Cl. J. Kuhn, edit.

UNA VISTA DE BRIANÇON — CUARTELES Y FORTIFICACIONES

dores de una y de otra parte respetan esa línea ficticia que, de parte de los Estados soberanos, les valen amenazas, multas y prisiones.

En resumen, el río es todavía la frontera menos nefasta de todas, porque la atracción ejercida por los suelos fértiles del valle y el comercio que por él circula, se opone á la tendencia que tiene la frontera á despoblar sus inmediaciones, mientras que en la montaña esta última acción se une á la de la altura, cuyo efecto normal es rarificar la población. No es extraño, pues, que sobre algunas decenas de miles de kilómetros que suman los límites de los Estados europeos, la corriente de agua no entre á lo sumo más que por un millar de kilómetros, cuyo trozo más largo está representado por

la corriente Drina-Save-Danubio, desde Bajina-Bachta (Servia) á Silistria (Dobrudja).

Diversas potencias que se habían repartido el suelo en la Antigüedad y en la Edad Media, procediendo con lógica estipulaban que la frontera, marcada por murallas, empalizadas ó por un foso de trabajo humano, se dedicaría á la naturaleza salvaje, prohibida á los hombres. Era, en efecto, el medio más seguro de impedir al desgraciado desposeído que volviera al sitio del hogar devastado y de labrar otra vez el surco acostumbrado. Así procedieron el emperador de China y el de Corea entre sus dominios, y esa misma práctica seguían los barones feudales para el establecimiento de sus «marcas» de división territorial. Pero las convenciones se olvidan, la vigilancia se rebaja, mientras el amor de la tierra dura en el campesino, y cuando han pasado los años, los lustros y los siglos, la marca prohibida se habita de nuevo. En nuestros días los Estados obran de otro modo, y hasta con resultados más funestos, porque la línea de frontera ejerce como una especie de hipnotismo sobre los soldados, los gendarmes y los carabineros encargados del cuidado de conservar los límites y los postes. En todas partes por donde se ha tolerado la existencia de un sendero, de un canal ó de un ferrocarril, cada pasajero va seguido de una mirada inquisidora; si parece sospechoso se le interroga, se le registra, se le encarcela, perteneciendo como una cosa al sargento de la patrulla. Por ambos lados y á lo largo de los caminos algo frecuentados se elevan cuarteles, y todos los pasajes considerados como de valor estratégico hállanse obstruídos por fortificaciones.

Tómese como ejemplo de separación política una frontera de las llamadas naturales, la de los Alpes entre Francia é Italia, y se reconocerá que lo escarpado de las pendientes, la altura de los collados, la abundancia de las nieves, la fatiga de las ascensiones son poca cosa en hecho de límites, en comparación con los cordones de aduanas y de puestos militares. En otro tiempo los montañeses se comunicaban libremente de vertiente á vertiente durante una gran mitad del año; no teniendo motivos para odiarse, se ayudaban mutuamente de montaña á montaña, y, según las estaciones, conducían sus rebaños sobre los eriales más favorecidos. Había municipio,

cuyas fronteras no estaban indicadas por mojones, que se había establecido sobre la cima de una montaña para tener campos sobre una

N.° 477. Vías férreas de Marsella á Milán.



pendiente y praderas y bosques sobre la pendiente opuesta. ¿No se extendía una misma república desde los valles bajos franceses á los valles bajos italianos, y, entre los caminos, no había un túnel, la «Tra-

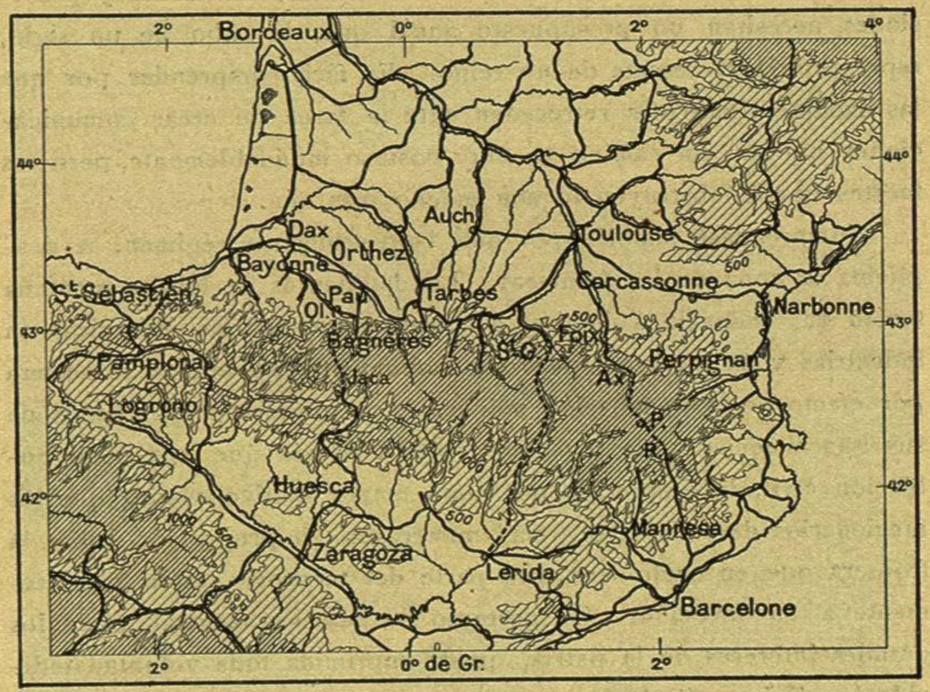
versette» del Viso, que, centenares de años antes del siglo de los ingenieros, evitaba ya á los montañeses el harto penoso acceso de la cima? Ahora «reina el orden» sobre aquellas alturas y hay autoridades celosas que vigilan para que los vecinos no se visiten mutuamente sin expedientes ó sin interrogatorios. No se traza ya sendero en los Alpes sin permiso de Roma y de París. Desde hace cuarenta años existen cinco caminos carreteros sobre los collados de la frontera francesa-italiana, los del Pequeño San Bernardo, del Mont Cenis, del Mont Genevre, del collado de Larche y del collado de Tende, y durante esta edad de tanto progreso no se ha trazado un nuevo camino. Asimismo no existe más vía férrea que la que pasa bajo las montañas de la Maurienne, entre Modana y Bardonneche, vía que quizá no existiría aún si en la época en que fué construída no hubieran pertenecido las dos vertientes al mismo soberano, á la vez dueño del Piamonte y de Saboya. ¡Qué complicaciones causa á las autoridades francesas la apertura del túnel del Simplón! Aun admitiendo que las «cuestiones patrióticas» no entren para nada en la elección de una nueva vía entre París y Milán, entre Inglaterra é Italia, ¿podrá decirse otro tanto de la línea Marsella-Milán? Sería, sin embargo, indispensable reunir esas dos grandes ciudades europeas por el corto empalme — veinte kilómetros á vuelo de pájaro entre Briançon y Bardonneche — que pasaría bajo el collado de las Echelles de Planpinet en un subterráneo de poco más de tres kilómetros. Mientras esa línea mayor de comunicación no se termine, el comercio de Marsella será gravemente perjudicado por el mismo gobierno que tiene obligación de protegerle, porque la estrategia militar no permite que se taladren túneles en su frontera. Hace medio siglo que se disputa acerca de otra vía férrea, considerada como absolutamente urgente, la que uniría Niza y Turín por el collado de Tende. Su construcción está decidida, votada y aprobada; pero no basta establecer el presupuesto de un ferrocarril, formular y verificar su trazado, es preciso también construir los fuertes que le han de bombardear y depositar las pólvoras que le harán saltar. Finalmente, los Italianos plantan la vía contorneando la frontera francesa.

Las fortificaciones, tal es, en efecto, la gran cuestión relativa á las fronteras. Júzguese por Briançon, el antiguo lugar de mercado

donde se reunían los pacíficos montañeses de la parte de acá y de allá para discutir sus asuntos y renovar su amistad. Al presente es un conjunto de murallas, de bastiones, de cuarteles, de puentes fortificados, de baterías abiertas en la roca, y cada montaña próxima,

N.º 478. Vias férreas de la Gironda al Ebro.

(Véase pág. 336)



1: 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

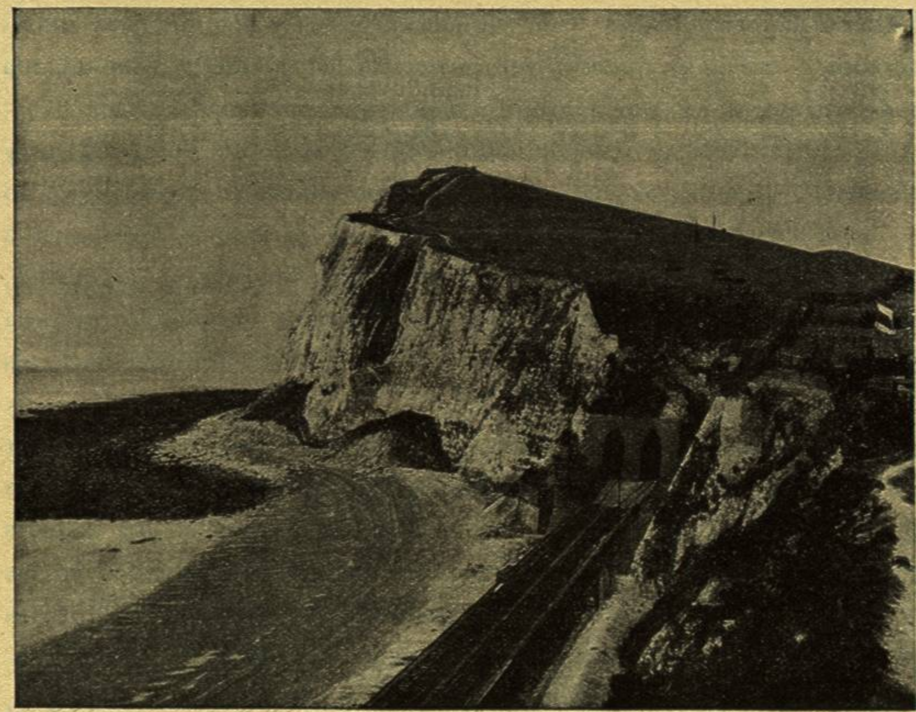
Las vías cuya construcción está, según parece, decidida, son las de Olorón á Jaca por el Somport (altura 1,632 metros); de St.-Girons á Lérida, pasando en túnel á 1,300 metros de altura sobre el collado de Salau; de Ax á Puigcerdá por el collado de Puymorens (1,931 metros), y de Puigcerdá á Ripoll por el collado de Tosa (1,800 metros). El Pourtalet está á algunos kilómetros al este de Somport.

escalada por una sucesión de fuertes, tiene en su cima otra ciudadela. Los reductos se elevan hasta sobre la zona de las avalanchas, y los cazadores alpinos que guarnecen aquellas murallas siempre cubiertas de nieve, no pueden acercarse á ellas sin cavar trincheras y túneles. La más alta cima de todo el macizo, el Chaberton, que tiene 3,138 metros, ó sea 1,800 metros más que Briançon, perdida como en el

fondo de un abismo, está también coronada por un fuerte, obra italiana que se impone á todos los trabajos de defensa de los picos franceses: las dos naciones se combaten con millones, cambiando cumplimientos diplomáticos. El camino del monte Genevre está cortado en diferentes puntos y se halla suspendido sobre formidables precipicios que franquean puentes levadizos. Los dispendios realizados de una parte y de otra en construcciones, maniobras y provisiones necesitan un presupuesto anual que, al cabo de un siglo, representaría el rescate de un reino. Es fácil comprender por qué las naciones limítrofes retroceden ante la tarea de crear comunicaciones nuevas: un camino es muy costoso indudablemente, pero los fuertes que le obstruyen lo son mucho más aún.

Compréndese también por qué, bajo semejante régimen, se despuebla la zona de las fronteras. Los habitantes de la alta montaña tenían ya tendencia á emigrar á comarcas menos frías, más ricas en industrias y en recursos; pero ese movimiento espontáneo se acelera por efecto de la dominación militar. Los grandes jefes, dueños de sus guarniciones y no teniendo frente á sí más que una débil población civil, la desprecian por tanto mayor motivo cuanto que los funcionarios de toda clase, más numerosos en proporción sobre la frontera que en cualquiera otra parte del territorio, están absolutamente á su devoción. So pretexto de defensa nacional y de los grandes intereses de la patria, queda suprimida toda voluntad individual. Sujetos á obedecer siempre, los ciudadanos prefieren alejarse, no dejando alrededor de los cuarteles y de las fortificaciones más que los proveedores y parásitos de tales sitios. En realidad, puede decirse que el hecho de trazar una frontera política sobre la cima de los Alpes ha bastado para elevar prácticamente aquellas montañas y hacerlas inaccesibles á sus antiguos habitantes.

Los Pirineos nos muestran el mismo fenómeno económico, de una manera más notable todavía. No existe un solo gran camino que franquee esta cordillera á más de 2,000 metros de altura: entre el collado de Puymorens (1,931 metros) al Este, y el Pourtalet (1,795) al Oeste, sobre un espacio rectilíneo de 190 kilómetros, no hay un solo camino carretero entre el valle del Garona y el valle del Ebro. Ningún ferrocarril atraviesa los Pirineos, porque la línea de Perpignan á Barcelona se engancha en los promontorios extremos de la cordillera sobre el litoral marítimo, en tanto que la vía de Bayona á Madrid rodea absolutamente los montes del lado Oeste, para describir una gran curva á través del país Vasco. La red de los ferrocarriles presenta, pues, una laguna de 430 kilómetros entre dos de sus líneas paralelas, y sin embargo, en el enorme espacio intermediario, el trazado del ferrocarril que reuniría las dos grandes ciudades y centros de comercio, Toulouse y Zaragoza, se halla bien indicado. Proyectos y presupuestos se han presentado por docenas y han sido discutidos por todas las asambleas deliberantes; los mapas ya trazados en vista de esta línea indispensable llenarían bibliotecas, pero los empeños de la política electoral impiden á Tolosanos y Aragoneses pensar en lo que les conviene: basta á los candidatos plantar jalones de cuando en cuando y hacer que algunos ingenieros recorran la línea futura para que todo el mundo quede satisfecho. Luego,



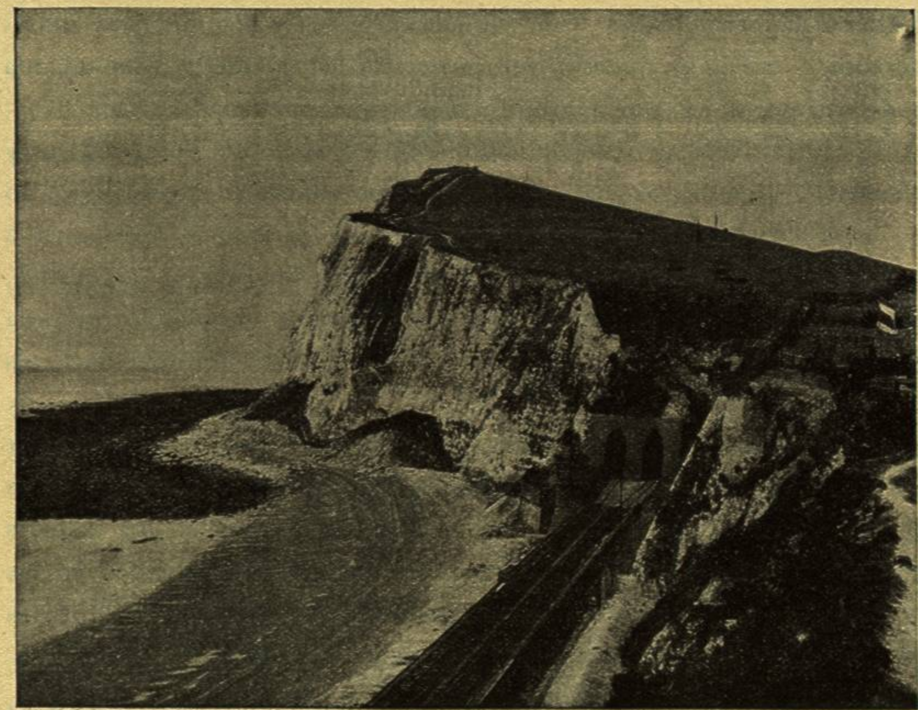
Cl. J. Kuhn, edit.

EL ACANTILADO DE SHAKESPEARE, Á DOS KILÓMETROS AL OESTE DE DOUVRES

fondo de un abismo, está también coronada por un fuerte, obra italiana que se impone á todos los trabajos de defensa de los picos franceses: las dos naciones se combaten con millones, cambiando cumplimientos diplomáticos. El camino del monte Genevre está cortado en diferentes puntos y se halla suspendido sobre formidables precipicios que franquean puentes levadizos. Los dispendios realizados de una parte y de otra en construcciones, maniobras y provisiones necesitan un presupuesto anual que, al cabo de un siglo, representaría el rescate de un reino. Es fácil comprender por qué las naciones limítrofes retroceden ante la tarea de crear comunicaciones nuevas: un camino es muy costoso indudablemente, pero los fuertes que le obstruyen lo son mucho más aún.

Comprendese también por qué, bajo semejante régimen, se despuebla la zona de las fronteras. Los habitantes de la alta montaña tenían ya tendencia á emigrar á comarcas menos frías, más ricas en industrias y en recursos; pero ese movimiento espontáneo se acelera por efecto de la dominación militar. Los grandes jefes, dueños de sus guarniciones y no teniendo frente á sí más que una débil población civil, la desprecian por tanto mayor motivo cuanto que los funcionarios de toda clase, más numerosos en proporción sobre la frontera que en cualquiera otra parte del territorio, están absolutamente á su devoción. So pretexto de defensa nacional y de los grandes intereses de la patria, queda suprimida toda voluntad individual. Sujetos á obedecer siempre, los ciudadanos prefieren alejarse, no dejando alrededor de los cuarteles y de las fortificaciones más que los proveedores y parásitos de tales sitios. En realidad, puede decirse que el hecho de trazar una frontera política sobre la cima de los Alpes ha bastado para elevar prácticamente aquellas montañas y hacerlas inaccesibles á sus antiguos habitantes.

Los Pirineos nos muestran el mismo fenómeno económico, de una manera más notable todavía. No existe un solo gran camino que franquee esta cordillera á más de 2,000 metros de altura: entre el collado de Puymorens (1,931 metros) al Este, y el Pourtalet (1,795) al Oeste, sobre un espacio rectilíneo de 190 kilómetros, no hay un solo camino carretero entre el valle del Garona y el valle del Ebro. Ningún ferrocarril atraviesa los Pirineos, porque la línea de Perpignan á Barcelona se engancha en los promontorios extremos de la cordillera sobre el litoral marítimo, en tanto que la vía de Bayona á Madrid rodea absolutamente los montes del lado Oeste, para describir una gran curva á través del país Vasco. La red de los ferrocarriles presenta, pues, una laguna de 430 kilómetros entre dos de sus líneas paralelas, y sin embargo, en el enorme espacio intermediario, el trazado del ferrocarril que reuniría las dos grandes ciudades y centros de comercio, Toulouse y Zaragoza, se halla bien indicado. Proyectos y presupuestos se han presentado por docenas y han sido discutidos por todas las asambleas deliberantes; los mapas ya trazados en vista de esta línea indispensable llenarían bibliotecas, pero los empeños de la política electoral impiden á Tolosanos y Aragoneses pensar en lo que les conviene: basta á los candidatos plantar jalones de cuando en cuando y hacer que algunos ingenieros recorran la línea futura para que todo el mundo quede satisfecho. Luego,



Cl. J. Kuhn, edit.

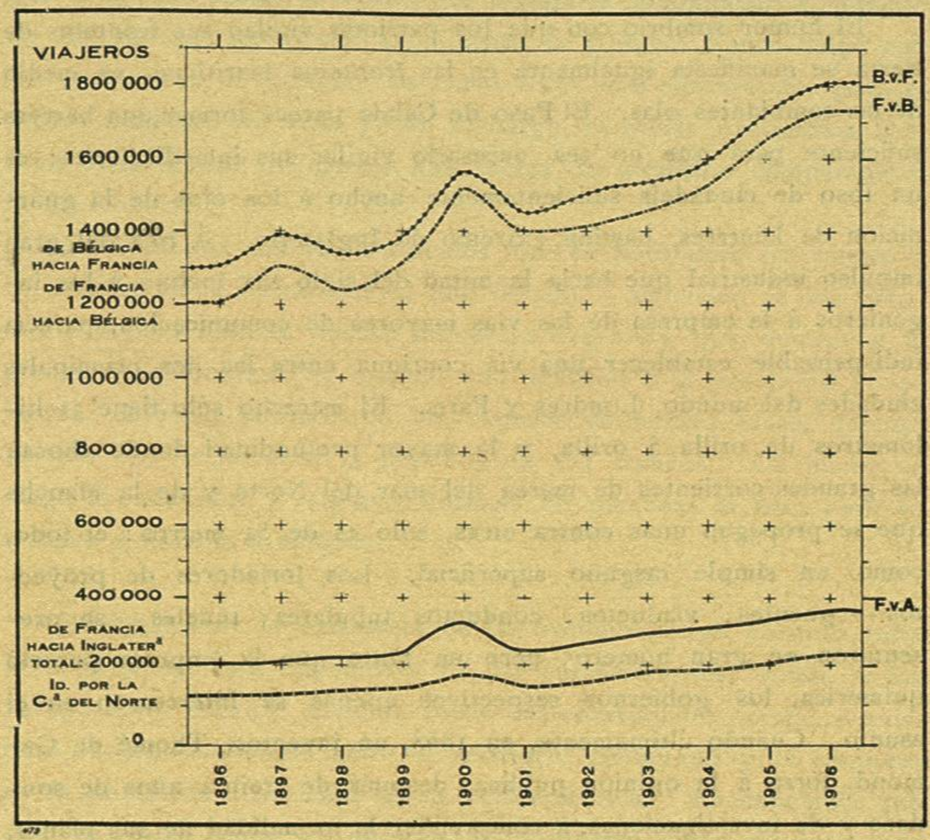
EL ACANTILADO DE SHAKESPEARE, Á DOS KILÓMETROS AL OESTE DE DOUVRES

después de beber, siempre se halla la ocasión de colocar la vieja frase: «¡Ya no hay Pirineos!», cuando éstos se elevan cada vez más, por decirlo así, entre las filas de soldados, de gendarmes, de migueletes y de carabineros. Lo mismo que en los Alpes, la población disminuye, más que diezmada por la emigración, á pesar del atractivo que ejercen en verano las villas de curación y de placer. La frontera no representa para los gobiernos respectivos más que motivos de desconfianza y de vigilancia, y los residentes son considerados como impertinentes que perturban las operaciones de aduana y de estrategia, y por tanto, lo mejor que pueden hacer los habitantes primitivos es irse de allí. Al extremo de desconfianza y enemistad se debe, como única causa, que durante medio siglo no se haya construído más que una carretera y ningún ferrocarril á través de los Pirineos. Doce incentivos han brotado en los valles, esperando el día en que la alianza más íntima de los pueblos permita perforar las montañas sin guarnecer con fortalezas las inmediaciones de los subterráneos.

Es evidente que los verdaderos intereses locales no suelen ser los comprendidos por administraciones lejanas que viven en grandes ciudades donde nada recuerda los pastos, los bosques ni las bellezas de la montaña. En otro tiempo, todos los pueblos situados en las dos vertientes á lo largo de los Pirineos, lo mismo que sobre las mesetas de la península española, estaban unidos por *facieres*, palabra que se escribía también *paseries*, como si se derivase de paz, y esos contratos, por períodos variables de diez, nueve, siete ó cinco años, estipulaban pactos de amistad, valederos hasta en tiempo de guerra: «Los habitantes de las montañas y valles franceses y españoles podrán comerciar, comunicar con sus vecinos y cambiar sus mercancías como en tiempo de paz. Y los ganados de dichos países podrán pacer en todas las partes de la montaña como en tiempo de paz.» Tales eran las convenciones expresas de los *facieres*, firmados por los delegados de los municipios en nombre de su «soberanía legítima» y siempre al aire libre, bajo la inmensidad del cielo, al lado del mojón fronterizo. Aun en los tratados europeos, hasta en el tratado de Utrecht en 1713, fueron considerados como valederos aquellos contratos: continuaron formulándose análogos contratos hasta

después de la Revolución francesa; hacia el final del siglo XIX (1887) celebrábanse todavía cerca de San Juan de Luz, pero habiendo perdido ya su sentido, que los gendarmes, los carabineros y los em-

N.º 479. Viajeros que atraviesan la Mancha y la frontera franco-belga.



En realidad, el contraste es menor que el que resulta de las cifras anteriores, suministradas por las compañías del Oeste y del Norte. Por los puertos bretones, por Saint-Malo y Granville, con escala en las islas Normandas, por Dunkerque hacia los puertos ingleses y escoceses del mar del Norte, se produce cierto movimiento que se añadiría al que indica el diagrama.

Además la vía férrea directa París-Colonia-Berlín-San Petersburgo, atraviesa Bélgica, y su tráfico carga indebidamente las curvas superiores.

Es notable que, año tras año, el número de viajeros que entran en Francia por la frontera del Norte sea superior al de los que por la misma salen. Respecto del movimiento anglo-francés, los informes no permiten apreciar si sucede allí lo mismo.

pleados del gobierno afectan ignorar [1]. Ardouin-Dumazet [2] cita supervivencias análogas, bajo el nombre de derecho de *compascuité*, es

[1] Wentworth Webster, *Société Ramond*, 1892.
[2] *Voyage en France*, 41.ª serie, ps. 88, 131 y 157.

decir, de pasto en común; los veintiún municipios del país de Cize hacen pacer sus ganados en el valle español de Aezcoa; asimismo el país francés de Baretous tiene derecho de pasto sobre el valle de Roncal, mediante el homenaje anual consistente en la entrega de tres becerras de dos años, sin defectos.

El humor sombrío con que los patriotas vigilan sus fronteras de tierra se manifiesta igualmente en las fronteras marítimas, en medio de las cambiantes olas. El Paso de Calais parece formar una barrera suficiente para que no sea necesario vigilar sus inmediaciones; es un foso de ciudadela suficientemente ancho á los ojos de la guarnición de Douvres, bastión extremo de Inglaterra. Á raiz del gran impulso industrial que hacia la mitad del siglo XIX inclinó á los ingenieros á la empresa de las vías mayores de comunicación, parecía indispensable establecer una vía continua entre las dos principales ciudades del mundo, Londres y París. El estrecho sólo tiene 31 kilómetros de orilla á orilla, y la mayor profundidad donde chocan las grandes corrientes de marea del mar del Norte y de la Mancha que se propagan unas contra otras, sólo es de 54 metros: el todo, como un simple rasguño superficial. Los forjadores de proyectos — puentes, viaductos, conductos tubulares, túneles — se presentaron en gran número; pero en tanto que la empresa pareció quimérica, los gobiernos respectivos apenas se interesaron en el asunto. Cuando últimamente, en 1868, un inventor, Thomé de Gamond, forzó á la opinión pública, después de treinta años de sondeos y de investigaciones, á comprender la formalidad de sus planes, cuando trabajos preliminares sobre las costas de Francia y de Inglaterra demostraron que la obra era perfectamente práctica, las autoridades militares británicas, poseídas de repentino espanto, prohibieron en absoluto la continuación del trabajo: el pensamiento de que unos regimientos invasores podrían aparecer un día saliendo debajo del mar se presentó como espantosa visión. Indudablemente ese temor es pueril, pero está basado en las ventajas incalculables que ha valido á la Gran Bretaña su posición puramente insular. Sin embargo, es seguro que, gracias á ese nuevo camino que uniera materialmente la isla inglesa á su antiguo continente, Londres hubiera visto decuplicar anualmente el número de sus visitantes europeos, y la Gran

Bretaña, convertida en el puente de todo el Mundo Antiguo hacia América, sería por eso mismo el depósito casi exclusivo del comercio continental, en detrimento del Havre, de Dunkerque, de Amberes, de Rotterdam, de Brema y de Hamburgo. Puede juzgarse la pérdida que desde ese punto de vista sufre Inglaterra comparando el número de viajeros que atraviesan anualmente la frontera franco-belga con los que cruzan el estrecho: es cinco veces más considerable para el primer conjunto de vías, y, sin embargo, el grupo Amsterdam-Bruselas dista mucho de ejercer una fuerza de atracción comparable á la de Londres.

No contento con los obstáculos que la Naturaleza ha puesto á la entrada en el Reino Unido, este Estado, á imitación de los Estados Unidos y bajo la misma influencia regresiva que determinó la guerra del Transvaal, ha tomado una decisión á la vez inútil y vejatoria: la visita sanitaria de los viajeros de tercera clase, quienes además han de justificar la posesión de 125 francos. De hecho se niega la admisión á algunas docenas de personas al año, pero se molesta y humilla á millares.

Para justificar la existencia de las fronteras, cuyo absurdo salta á la vista, se saca argumento de las nacionalidades, como si las agrupaciones políticas tuvieran todas una constitución normal y existiera superposición real entre el territorio delimitado y el conjunto de la población consciente de su vida colectiva. Es indudable que cada individuo tiene el derecho de agruparse y de asociarse con otros según sus afinidades, entre las cuales la comunidad de costumbres, de lengua y de historia es la primera en importancia, pero esa misma libertad de agrupación individual implica la movilidad de la frontera; ¡cuán poco de acuerdo está la franca voluntad de los habitantes con los convencionalismos oficiales!

La rebelión de Grecia durante la primera mitad del siglo XIX fué el acontecimiento que más contribuyó á dar cuerpo á ese ilusorio principio de las nacionalidades, al que se ha querido dar una virtud especial, como si el derecho de insurrección tuviera otro origen esencial que la voluntad del individuo uniéndose á otras voluntades. Los prodigiosos acontecimientos que recordaban los clásicos y los

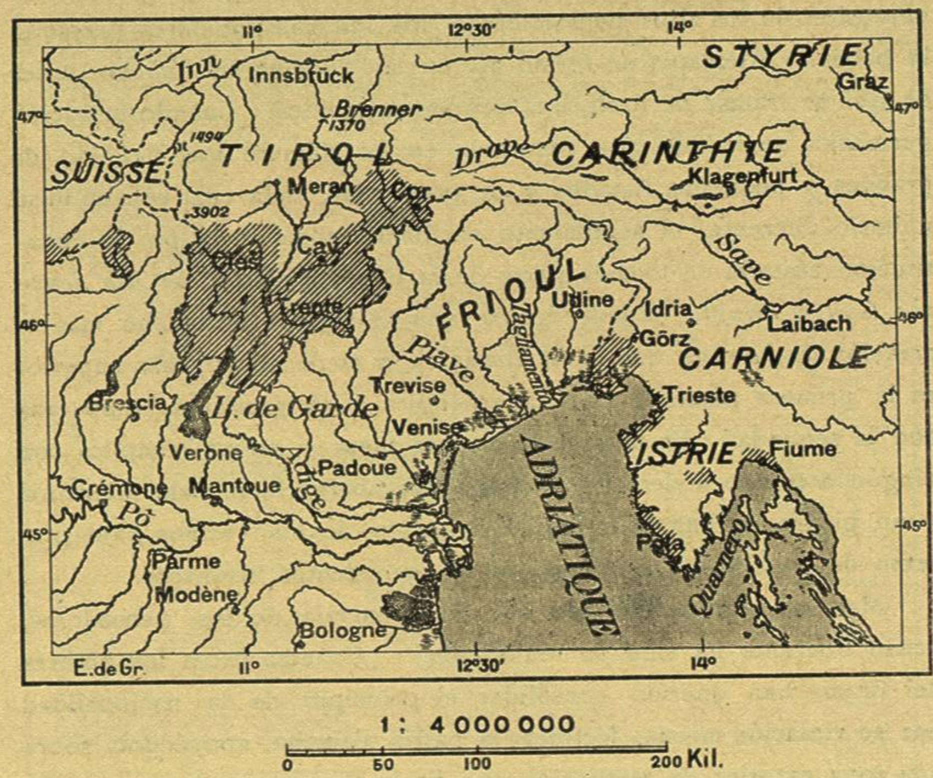
románticos de la burguesía instruída, los nombres de Atenas, de Maratón, de Platea y Salamina obraban sobre los ánimos como un exorcismo: mientras los insurrectos de la Morea y de las islas se rebelaban simplemente para desembarazarse de los exactores osmanlis, sus amigos de la Europa occidental, los «filhelenos», creían asistir á una resurrección de los Milcíades y Pericles; la Grecia antigua surgía de su tumba con los Botzaris y los Capo d'Istria. La oposición de las razas y de las lenguas entre Griegos europeos y Turcos de procedencia asiática, lo mismo que el contraste entre cristianos y musulmanes, entre la cruz y la media luna, ayudaba á fortificar la idea quimérica de la existencia de nacionalidades reales constitutivas de los seres colectivos; la cuestión del origen verdadero de los Griegos modernos, Chkipetares ó Eslavos, sólo estaba planteada para un corto número de eruditos.

Después del experimento de Grecia y de la solución incompleta que le dieron las grandes potencias europeas, vino la formación de Italia, más característica desde el punto de vista de las nacionalidades que la tentativa casi abortada de la emancipación helénica, porque, mientras la nación griega, dispersada sobre todas las costas de Oriente, no ofrece frontera precisa en ninguna parte de su dominio, la población de lengua italiana corresponde de una manera bastante exacta á los contornos geográficos de la Península: *le Alpi che cingono l'Italia*, limitan, excepto algunos enclaves, la comarca *dove suona il si* [1]. Además, esa unidad italiana, que parecía tan bien indicada por el recinto en anfiteatro de los Alpes, había sido antes aclamada por muchos escritores: desde el tiempo de la Revolución francesa había constituído la reivindicación por excelencia de todos los patriotas de la Península. ¡Y cuántas veces éstos, pasando del deseo á la acción, intentaron la obra de emancipación y de unificación de Italia! El conjunto de esas tentativas constituye una de las epopeyas más notables que nos presenta la historia de los pueblos. Italia «una» se ha hecho ya; sin embargo queda todavía una Italia «no redimida», que comprende Istria, el Trentino y Malta, mientras que la nacionalidad «redimida» convertida en gran potencia, se ha apresurado

[1] Los Alpes que ciñen Italia... donde suena el sí. En la pág. 344, la misma idea: donde suena la lengua alemana.

á imitar á sus antecesoras, atentando contra otras nacionalidades en el continente de Africa para darse un cortejo de colonias, y ocupa la Eritrea y la Somalia oriental, esperando que la muerte del «hombre enfermo» le haga heredera de la Tripolitana y le permita hacer valer sus «derechos» á la posesión de la Albania.

N.° 480. Italia irredenta.



Las partes rayadas están habitadas por Italianos no unidos á la madre patria, ó por Latinos de lengua románica (alrededor de Cles, de Cavalese y de Cortina). Cerca de Trento hay un islote germánico y otros dos en Italia, al este del lago de Garda. Las poblaciones eslavas penetran á lo largo del valle del Save hasta las inmediaciones de Udina.

La tercera gran experiencia, la de Alemania, mucho más complicada, se prosigue hace varias generaciones; pero ¿puede verse seriamente en esta evolución confusa un desarrollo del principio de las nacionalidades? Cuando la nación alemana se empeñó en ese movimiento de unidad, no se hallaba, como Italia, sostenida en su obra por el símbolo visible que da un territorio geográfico bien

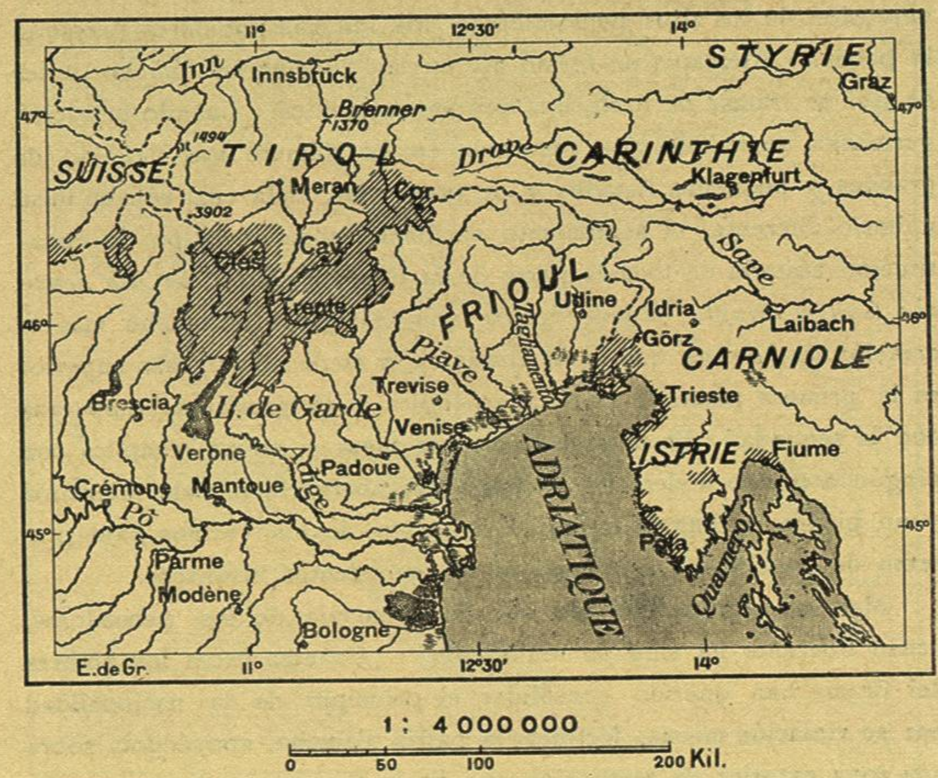
románticos de la burguesía instruída, los nombres de Atenas, de Maratón, de Platea y Salamina obraban sobre los ánimos como un exorcismo: mientras los insurrectos de la Morea y de las islas se rebelaban simplemente para desembarazarse de los exactores osmanlis, sus amigos de la Europa occidental, los «filhelenos», creían asistir á una resurrección de los Milcíades y Pericles; la Grecia antigua surgía de su tumba con los Botzaris y los Capo d'Istria. La oposición de las razas y de las lenguas entre Griegos europeos y Turcos de procedencia asiática, lo mismo que el contraste entre cristianos y musulmanes, entre la cruz y la media luna, ayudaba á fortificar la idea quimérica de la existencia de nacionalidades reales constitutivas de los seres colectivos; la cuestión del origen verdadero de los Griegos modernos, Chkipetares ó Eslavos, sólo estaba planteada para un corto número de eruditos.

Después del experimento de Grecia y de la solución incompleta que le dieron las grandes potencias europeas, vino la formación de Italia, más característica desde el punto de vista de las nacionalidades que la tentativa casi abortada de la emancipación helénica, porque, mientras la nación griega, dispersada sobre todas las costas de Oriente, no ofrece frontera precisa en ninguna parte de su dominio, la población de lengua italiana corresponde de una manera bastante exacta á los contornos geográficos de la Península: *le Alpi che cingono l'Italia*, limitan, excepto algunos enclaves, la comarca *dove suona il sì* [1]. Además, esa unidad italiana, que parecía tan bien indicada por el recinto en anfiteatro de los Alpes, había sido antes aclamada por muchos escritores: desde el tiempo de la Revolución francesa había constituído la reivindicación por excelencia de todos los patriotas de la Península. ¡Y cuántas veces éstos, pasando del deseo á la acción, intentaron la obra de emancipación y de unificación de Italia! El conjunto de esas tentativas constituye una de las epopeyas más notables que nos presenta la historia de los pueblos. Italia «una» se ha hecho ya; sin embargo queda todavía una Italia «no redimida», que comprende Istria, el Trentino y Malta, mientras que la nacionalidad «redimida» convertida en gran potencia, se ha apresurado

[1] Los Alpes que ciñen Italia... donde suena el *sí*. En la pág. 344, la misma idea: donde suena la lengua alemana.

á imitar á sus antecesoras, atentando contra otras nacionalidades en el continente de Africa para darse un cortejo de colonias, y ocupa la Eritrea y la Somalia oriental, esperando que la muerte del «hombre enfermo» le haga heredera de la Tripolitana y le permita hacer valer sus «derechos» á la posesión de la Albania.

N.° 480. Italia irredenta.



Las partes rayadas están habitadas por Italianos no unidos á la madre patria, ó por Latinos de lengua románica (alrededor de Cles, de Cavalese y de Cortina). Cerca de Trento hay un islote germánico y otros dos en Italia, al este del lago de Garda. Las poblaciones eslavas penetran á lo largo del valle del Save hasta las inmediaciones de Udina.

La tercera gran experiencia, la de Alemania, mucho más complicada, se prosigue hace varias generaciones; pero ¿puede verse seriamente en esta evolución confusa un desarrollo del principio de las nacionalidades? Cuando la nación alemana se empeñó en ese movimiento de unidad, no se hallaba, como Italia, sostenida en su obra por el símbolo visible que da un territorio geográfico bien

claro, marcado por límites precisos. Alemania no tiene fronteras naturales: Galia, Eslavia, Escandinavia y Germania se penetran mutuamente y por intrusiones profundas. Para que pudiera nacer la conciencia común de la Unidad nacional, desarrollarse, alcanzar su madurez de realización, el lazo de cohesión debería ser, no el territorio, sino la lengua ó al menos el parentesco de las lenguas. Fundándose por grados en un mismo dialecto noble, que sirva para la expresión de los altos pensamientos, los idiomas populares preparan la patria. Alemania se formó así en las conciencias mucho antes de que se tratase de darle una existencia práctica. Cuando la nación germánica se hallaba aún recortada en un número mal definido de grandes y pequeños Estados y de provincias, cada cual con su ideal unitario diferente, el sentimiento nacional trabajaba ya por la constitución unitaria de toda la parte de la Europa central, *wo die deutsche Zunge klingt*. Puede decirse que Alemania es mucho más la creación de Lessing que la de Bismarck, y es de notar ¡ cuán superior es la primera parte de la obra en lógica y en precisión comparada con la segunda ! Es completa, en una pieza y no se complica con ningún atentado á derechos extranjeros; abarca bien toda Alemania y no piensa en engrandecerse á expensas de los vecinos bajo pretexto de política, de estrategia ni de precedentes históricos.

Mas, en comparación de aquella Alemania de los pensadores, ¡ cuán diferente ha sido su realización ! ¡ Cuántas veces los autores del drama han querido consolidar el principio de la nacionalidad por su violación misma, fortificar la patria alemana, apoyándola sobre una zona exterior de territorios que no le pertenecen, y que, en virtud de la lengua, del origen, lo mismo que por la voluntad precisa de los habitantes, son una parte viviente de la carne de otra nación! A pesar de los comentarios, las restricciones y las glosas científicas, no puede haber duda sobre el hecho de la unión de los Alsacianos de lengua alemana, lo mismo que los Loreneses al conjunto político de que París es la capital. No es dudoso tampoco que los Dinamarqueses que viven al norte del Eider hasta la frontera actual del Jylland son verdaderos Dinamarqueses, no menos por el corazón que por la lengua y la tradición de los abuelos. Por último, cerca de siglo y medio ha transcurrido en las llanuras orientales de la Ger-

N.° 481. Área del Pangermanismo.



Fuera de las fronteras de Alemania, los países habitados por poblaciones de lengua alemana están cubiertos de un rayado estrecho, y los habitados por poblaciones de lenguas germánicas (flamenco-holandés, dinamarqués-noruego, sueco), de un rayado ancho.

Los alófilos del Imperio, Loreneses, Dinamarqueses y Eslavos diversos, están representados por un puntillado. — Algunos pangermanistas reclaman para Alemania toda la Europa central, desde Amberes á la Transylvania y desde Trieste á Dorpat.

mania desde que los Polacos de la Poznania fueron violentamente atribuídos á Prusia, y los descendientes de los que fueron así arrancados á todo su pasado, han quedado Polacos á pesar de todo, pro-

testando siempre en el fondo de su corazón contra la injusticia imperdonable cometida con su raza.

De ese modo, Alemania como Italia y como Grecia — porque ésta en sus ambiciones nacionales, reivindica como otros tantos Helenos, muchos Rumanos, Albaneses, Eslavos y hasta Turcos de Macedonia, de Tracia y de las islas, — todas esas naciones de grandes apetitos no tienen ya el derecho de reprochar á las otras, Francia, Gran Bretaña ó Rusia, no haber respetado en sus anexiones amistosas ó en sus brutales conquistas, el «principio» de las nacionalidades. El hecho es que unos y otros se han dejado guiar igualmente por un espíritu colectivo de expoliación y de pillaje, y ese espíritu se manifiesta sobre todo cuando se trata de tierras lejanas que se califican hipócritamente de «colonias», aunque en su mayor parte no lleguen á ser lugares de residencia para los emigrados del país conquistador, y queden siendo únicamente comarcas de «explotación» extremada, donde los militares van á «sacrificarse por la gloria de la patria», y donde los especuladores tratan de enriquecerse por el trabajo gratuito de esclavos, de *coolíes*, *boys* ó siervos. Como es natural, todos esos atentados se explican por medio de la jerga convencional relativa á la «lucha por la existencia»; nombres de sabios, fórmulas truncadas y afirmaciones pedantescas dan un aspecto filosófico á las antiguas preocupaciones, á las vanidades hereditarias, á las pasiones odiosas. Con palabras griegas y giros alemanes se justifican las matanzas á los ojos de los culpables; les basta llamarse originarios de una raza superior y presentar como prueba la fuerza, la brutalidad misma. «Eso mismo hacían, sin haber aprendido antropología, los antiguos Hebreos cuando degollaban sin remordimiento Filisteos y Amalecitas»[1].

Pero el patriotismo agresivo se ha hecho sabio durante el curso del siglo XIX para dar más consistencia á esta ilusión de las nacionalidades. Antiguamente los conquistadores no se ingeniaban para enseñar su idioma á los vencidos; al contrario, complacíanse en ver en ellos seres inferiores, incapaces de elevarse hasta la dignidad de sus amos por el uso de las mismas expresiones, de los mismos ademanes, del mismo sonido de voz; el vencedor gusta de burlarse del

[1] Paul Mantoux, *Pages Libres*, 22 Marzo 1902.

incomprensible tartamudeo de su cautivo: todas las crueldades le parecen justificadas por esta diferencia de lenguaje que, según él, constituye una prueba evidente de desigualdad, en detrimento de aquellos á quienes puede insultar en su bello idioma de victorioso. ¡Cuántas veces, desde las guerras de Galaad y de Efraim, referidas en el libro de los Jueces[1], se ha recurrido á la matanza de los enemigos porque no habían sabido pronunciar la palabra *Shibboleth* ú otra palabra de paso con el verdadero acento del terreno! Verdad es que no se había descubierto aún lo que se llama el principio de las nacionalidades. Después se han apresurado á disfrazar los vencidos de compatriotas: se les harta de lecciones y de ejemplos para que aprendan la lengua del vencedor, y que, desde la segunda generación, pueda considerárseles como pertenecientes á la raza. Y así, por orden superior, las muestras de las casas, las inscripciones de los coches y los anuncios oficiales están escritos en el idioma de los conquistadores: el Eslovaco, el Servio y el Rumano han de esforzarse por hablar magyar, el Polaco y el Dinamarqués expresarse en alemán y el Bretón ha de rezar en francés.

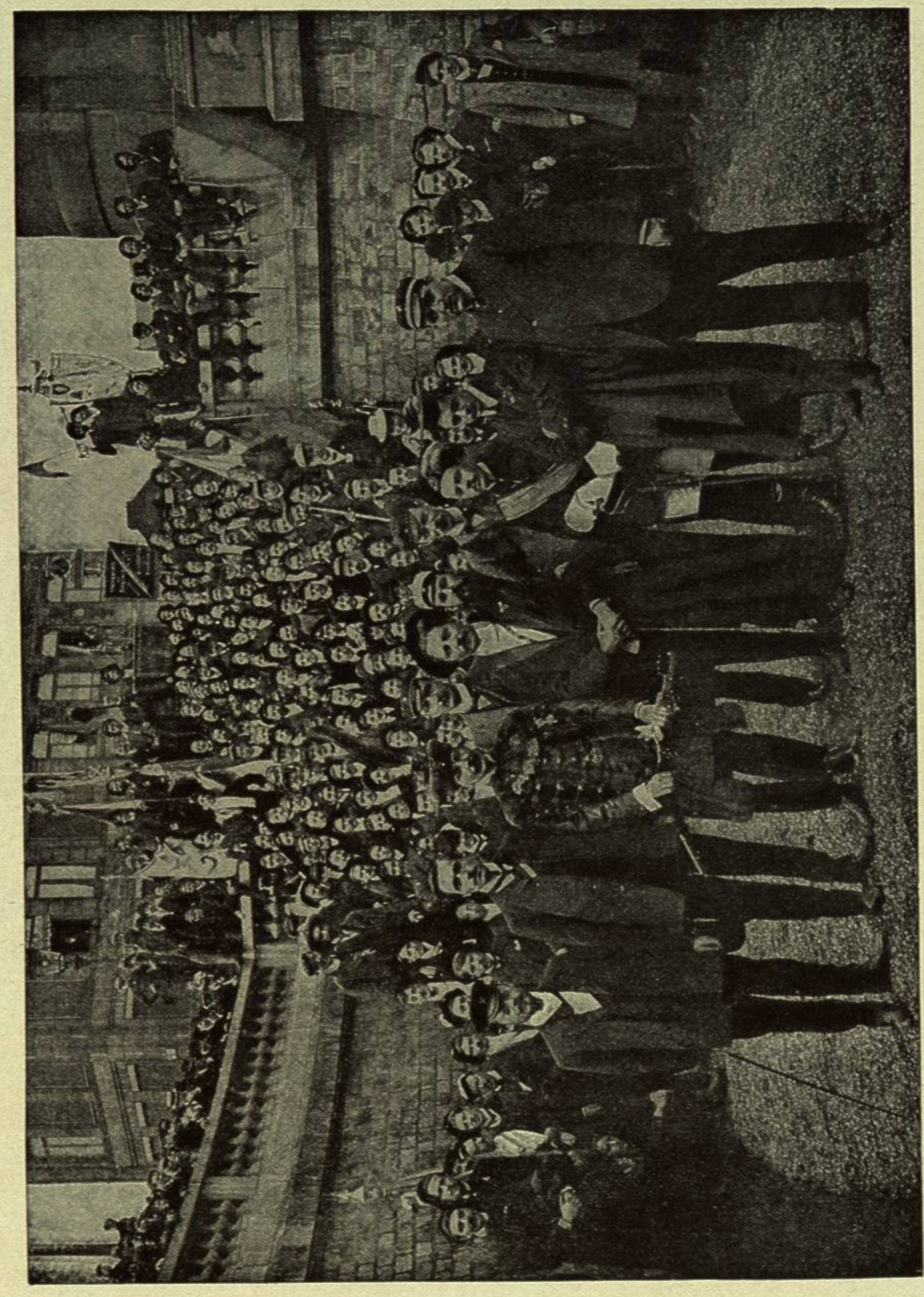
Sin embargo, los odios nacionales se atenúan á pesar de los esfuerzos intentados por los nacionalistas y los gobernantes. Verdad es que existen odios de frontera á frontera, pero ¿qué es ese odio en comparación del que se producía espontáneamente en otro tiempo contra el hombre de fuera sólo porque era extranjero? Todos los viajeros que han visitado varias veces Inglaterra durante un período de algunas décadas, no pueden menos de haber notado progresos admirables realizados en aquel país respecto de benevolencia mutua y de cortesía en la última mitad del siglo. Antes el extranjero debía temer la grosería, y en ocasiones hasta la violencia de los naturales. El continental denunciado á la multitud por su figura, su traje, su lenguaje ó su acento, era ridiculizado é insultado, *Damned Frenchman* era una de las expresiones usuales con que el extranjero, aunque no perteneciera á la nación de los «enemigos hereditarios», solía ser perseguido en sus paseos. El Inglés desconocido, y con mayor motivo el no Inglés, que llegaba á una población por primera vez, no podía

[1] Capítulo XII, vers. 5 y 6.

confiar en el respeto de las gentes, sobre todo de los niños. En cuanto era notado comenzaba el peligro, principalmente si tenía la desgracia de ostentar algún defecto físico, ó si iba demasiado bien ó mal vestido: «*Bill, there is a stranger, heave a stone at him!*» tal era el grito con que se le acogía [1]. Y con frecuencia la amenaza se cumplía, y el extranjero, apedreado, se veía obligado á refugiarse en un establecimiento, donde todavía le perseguían las risas y las burlas de los concurrentes, entre los cuales los de más edad prolongaban su tormento, sometiéndole como si fuera un espía, á un interrogatorio en regla. A veces se le cortaba la retirada antes de que hallara un asilo, y los insultadores le rodeaban danzando como salvajes alrededor de una víctima destinada al sacrificio. Esa danza era denominada «*to dance the hog*» — la danza del puerco espín. Un escritor muy conocido que ha estudiado profundamente la vida rural en Inglaterra, refiere que su madre, holandesa de nacimiento, no podía salir de su casa sin verse hostigada por perseguidores y sin que se desarrollara en su rededor la ronda feroz. Cincuenta años después ha habido un cambio notable. Sin duda el «hombre viejo» no se ha desvanecido todavía por completo, y en diversos puntos, en los campos lejanos no está el extranjero al abrigo de toda injuria, pero comunmente la cortesía y hasta la benevolencia y la cordialidad se manifiestan bajo todas sus formas.

A pesar de la obstinada persistencia con que los espíritus atrasados se empeñan en conservar y aun en bañar en sangre los límites de la frontera — límites que ni siquiera tienen el mérito de la duración, puesto que cambian con frecuencia, — las cadenas que unen el individuo al suelo natal se han hecho más frágiles, por decirlo así, y los atractivos especiales de cada comarca ejercen menos presión para retener á los hombres. La población tiende cada vez más á repartirse sobre el planeta, según las ventajas de toda clase que presentan los diversas comarcas desde el punto de vista del clima, de los recursos para el trabajo, de las facilidades de la vida y hasta de las bellezas de los paisajes. Gracias á este acuerdo cada vez más acen-

[1] Bill, ahí va un extranjero, tírale una piedra.



Ruso Italiano Húngaro Dinamarqués Francés Sueco Noruego Alemán Inglés Belga

Cl. Cayez

EL CONGRESO DE LOS ESTUDIANTES EN LILLE

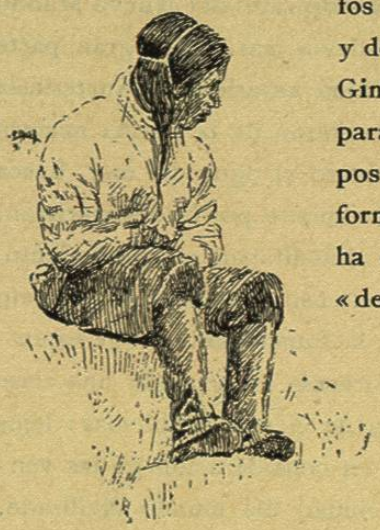
tuado entre el hombre y el globo, puesto que cada individuo puede ya prever, anticipar y hasta vivir el día en que se establece sobre un suelo de elección, sobre una tierra que se había «prometido» á sí mismo, se hace una distribución normal de los hombres en las diversas partes de la Tierra en proporción de sus elementos de acomodación. El exodo de unos veinte millones de Europeos hacia la América del Norte ha sido el resultado más importante de esta movilidad del hombre, pero otras regiones templadas y hasta tropicales del Nuevo Mundo se han poblado también y se poblarán todavía más. Una gran parte de las extensiones siberianas y de la China exterior, la Australasia y muchas comarcas africanas reciben y recibirán de la misma manera nuevas poblaciones: el género humano, como el agua del mar, busca su nivel, y actualmente puede hallarlo fácilmente por la desaparición, al menos parcial, de los obstáculos que dificultaban su movimiento.

Como conviene á un organismo tan extenso y tan complejo como es el del cuerpo mundial, el conjunto de la humanidad escoge espontáneamente tal ó cual centro para la gerencia especial de una clase de intereses ó para la discusión profunda de ciertos problemas: lejos de reconocer una capital única, designa, en consideración de las ventajas que de ella han de resultar, una ciudad del mundo civilizado, en Europa ó en el Nuevo Mundo, como lugar de administración permanente ó de reunión temporal. En ciertos casos, los gobiernos, obrando como individuos, eligen la ciudad directora, frecuentemente la iniciativa pertenece á las sociedades científicas ú otras, guiadas en la adopción por la importancia de los trabajos realizados en tal ó cual punto, y algunas veces hasta por la belleza del lugar. Á decenas se han constituído así centros naturales, aceptados por todos en perfecta unanimidad. De ese modo París es la ciudad escogida por todos los Estados para residencia de la «Comisión del metro»; Londres, ó por mejor decir, su suburbio Greenwich, está señalado por el meridiano internacional común, y allá se centralizan los informes relativos á las longitudes terrestres; «la hora de Greenwich» regula los cronómetros de todo el mundo, según un modo de convenio al que únicamente Francia ha negado su aprobación. Berna, que no pasa de ser una humilde capital comparada con las grandes ciudades del mundo, ha sido tomada para estación central de organización

tuado entre el hombre y el globo, puesto que cada individuo puede ya prever, anticipar y hasta vivir el día en que se establece sobre un suelo de elección, sobre una tierra que se había «prometido» á sí mismo, se hace una distribución normal de los hombres en las diversas partes de la Tierra en proporción de sus elementos de acomodación. El exodo de unos veinte millones de Europeos hacia la América del Norte ha sido el resultado más importante de esta movilidad del hombre, pero otras regiones templadas y hasta tropicales del Nuevo Mundo se han poblado también y se poblarán todavía más. Una gran parte de las extensiones siberianas y de la China exterior, la Australasia y muchas comarcas africanas reciben y recibirán de la misma manera nuevas poblaciones: el género humano, como el agua del mar, busca su nivel, y actualmente puede hallarlo fácilmente por la desaparición, al menos parcial, de los obstáculos que dificultaban su movimiento.

Como conviene á un organismo tan extenso y tan complejo como es el del cuerpo mundial, el conjunto de la humanidad escoge espontáneamente tal ó cual centro para la gerencia especial de una clase de intereses ó para la discusión profunda de ciertos problemas: lejos de reconocer una capital única, designa, en consideración de las ventajas que de ella han de resultar, una ciudad del mundo civilizado, en Europa ó en el Nuevo Mundo, como lugar de administración permanente ó de reunión temporal. En ciertos casos, los gobiernos, obrando como individuos, eligen la ciudad directora, frecuentemente la iniciativa pertenece á las sociedades científicas ú otras, guiadas en la adopción por la importancia de los trabajos realizados en tal ó cual punto, y algunas veces hasta por la belleza del lugar. Á decenas se han constituído así centros naturales, aceptados por todos en perfecta unanimidad. De ese modo París es la ciudad escogida por todos los Estados para residencia de la «Comisión del metro»; Londres, ó por mejor decir, su suburbio Greenwich, está señalado por el meridiano internacional común, y allá se centralizan los informes relativos á las longitudes terrestres; «la hora de Greenwich» regula los cronómetros de todo el mundo, según un modo de convenio al que únicamente Francia ha negado su aprobación. Berna, que no pasa de ser una humilde capital comparada con las grandes ciudades del mundo, ha sido tomada para estación central de organización

para Correos y Telégrafos, como también para órgano internacional de los Ferrocarriles, el secretario de las Sociedades de la Paz, la oficina de Propiedad artística y literaria, etc., etc. Las sociedades sabias se agrupan alrededor de Roma para la estadística, y los geólogos se dirigen á Berlín para la confección de su mapa común, mientras que Bruselas, ya centro del «Instituto Colonial Internacional» y de la «Oficina geológica», se ocupa de dirigir á los bibliógrafos el boletín de todos los libros, artículos y documentos diversos publicados cada año [1]. Ginebra es la residencia de la «Convención» para la asistencia de los heridos en los campos de batalla; Estrasburgo centraliza los informes relativos á la seismología; un palacio ha de erigirse en La Haya para recibir los «delegados de la paz», etc.



UN ESQUIMAL

Además de los centros de actividad que conviene no desplazar para conservar la regularidad del trabajo, hay puntos de reunión, variables cada año ó en diferentes períodos, que atraen los interesados, sabios, artistas, industriales ú otros, hacia las comarcas que, según las épocas ó el trabajo especial de que se trate, parece que tienen la mayor fuerza de atracción. Esos puntos de reunión se convierten en realidad, durante algunos días, en los centros naturales donde espontáneamente se dirige la vida de la humanidad. Los congresos itinerarios pasean libremente sobre la Tierra sus obras colectivas.

Ampliándose el espacio, la mejor organización de los recursos permite á la población aumentarse indefinidamente de año en año, de década en década, y cada nueva evaluación hecha por los etnógrafos desde el principio del siglo XIX, prueba que hay un notable aumento. ¡Y sin embargo, se han verificado inútiles exterminios, como si al hombre le faltase sitio para vivir! Verdad es que en la serie de tribus eliminadas, se cuentan muchas que no se han suprimido voluntariamente y que han muerto sólo á consecuencia de haber sido impotentes para hacerse un nuevo medio. Los Europeos van por todas partes acompañados de un cortejo de enfermedades, terribles guardias de corps de que suelen servirse inconscientemente llevándolas por delante para hacerse sitio, y merecen el nombre que les dan los Tinehs de la América boreal, *Ewie Daellini*, «los que arrastran la muerte tras de sí» [1]. De ese modo han desaparecido hasta el último muchos insulares oceánicos, no porque se les haya exterminado de propósito deliberado, sino indirectamente por el medio creado á su alrededor. Así también la llegada del hombre blanco á las regiones boreales ha hecho desaparecer los autóctonos. Y los Lapones rusos de la península de Kola se hallan evidentemente en vía de extinción: enfermos en su mayor parte, cubiertos de llagas y de úlceras, sucios y nauseabundos, tristes y desinteresados de sí mismos, disminuye gradualmente su número, y no cuentan ya, al principio del siglo XX, más que 16,000 individuos repartidos en veinticinco villas, sobre un espacio de unos 100,000 kilómetros cuadrados [2]. Los Esquimales de la Groenlandia polar eran todavía 300 en 1890; doce años después habían disminuído un tercio (Peary). Del otro lado de las tierras boreales de América, desde la punta Barrow á las islas Aleutienas, no hay más que 500 indígenas, donde vivían cinco veces más á la mitad del siglo XIX. Empobreciendo los mares boreales, los balleneros han suprimido los recursos que permitían á los ribereños continuar el combate de la vida.



UN NIÑO ESQUIMAL

La destrucción de los aborígenes ha sido frecuentemente voluntaria: el fusil, el veneno, los contagios conscientemente diseminados han hecho obra de muerte. Así los colonos de la Tasmania mataron todos los «negros» de la isla; hasta se daban primas á los asesinos para adelantar la tarea, y había cazadores dedicados á la

[1] «L'Office Bibliothèque» de Bruselas ha adoptado la clasificación decimal (Principio Melvil Dewey).

[1] Petitot; Elie Reclus, *Le Primitif d'Australie*, págs. 371 y siguientes.
[2] Gœbel, *Globus*, n.° 16, 23 de Octubre de 1902.

caza humana; la última mujer de Tasmania, una vieja de setenta y cinco años, llamada por burla Lalla Rook, fué muerta en 1876, como una mona, entre las ramas de un árbol donde se había refugiado. Otras tribus australianas fueron destruídas de la misma manera, y en el Queensland se tuvo la ingeniosa idea de instituir una policía «negra», es decir, indígena, destinada al exterminio de los vagabundos de su propia raza que se hallaren en las inmediaciones de los campamentos. Los Guanches de las Canarias habían sido ya muertos ó vendidos en su mayor parte fuera del Archipiélago, desde el siglo XVI, y el último insular de pura sangre murió en 1828. La América del Norte, sobre todo California, fué un inmenso matadero de los aborígenes: desaparecieron naciones enteras, hace cerca de un siglo, en la época en que Cooper escribió su libro *El último Mohicano*, verdad, no tan sólo para los Indios de aquella tribu, sino también para muchas otras poblaciones cazadoras del Nuevo Mundo. En la América meridional los Españoles y los Portugueses realizaron una obra de destrucción análoga á la de los Anglo-Americanos de la América del Norte, y en las Antillas no quedan ya descendientes de los millones de naturales que encontraron allí los conquistadores: apenas 120 Caribes en los bosques de la Dominica, es todo lo que queda de las antiguas tribus, con algunos mestizos de San Vicente y los de las islas de la bahía, en la costa de Honduras. En la Tierra del Fuego dura todavía la caza del hombre: la mitad muere de tisis en las misiones.

Hubo expulsiones en masa, especialmente aquella cuya terrible responsabilidad aceptaron los Rusos, después de la ocupación de los altos valles caucásicos, que fueron á la vez matanzas parciales, porque semejantes éxodos no pueden realizarse sin ocasionar una formidable pérdida de hombres, por efecto de las enfermedades, del hambre, de la nostalgia, de los conflictos con los extranjeros. Perdiendo su patria y su nombre los desgraciados pierden su alma. ¿Quién hablará ya de los Tcherkesses, de los Abkhazes, de los Tchetchenes ni de los Lesghienses? Se han confundido con los Turcos, los Griegos y otros, entre los cuales se hallan los trozos de tierra que se les ha distribuído. Sin embargo, continúan existiendo representantes de la raza, y si se habla de la desaparición total de esas tribus sólo se tendrá razón á medias, porque su muerte no es más que aparente. Muchas naciones son así consideradas como destruídas, cuando no han hecho sino asimilarse á las poblaciones circundantes. A lo menos su descendencia se ha conservado, como la de los Sabinos ha persistido en Roma, como la de los Iberos y los Liguros persisten en las Galias, é Inglaterra tiene sus Bretones. La sangre de los Algonquines y de los Seminolas se encuentra entre los Americanos del Norte, y la de los Araucanos entre los Hispano-Chilenos.

Varios estadísticos han aventurado la evaluación del número de hombres que podría alimentar nuestro globo planetario. Esa evaluación depende en primer lugar del género de vida que se suponga al habitante medio, porque una población cazadora de unos 500 millones viviría estrecha en este globo donde viven hoy triple número de hombres; pero si se trata de basarse sobre la alimentación media del Europeo, ¡cuántos puntos sujetos á controversia suscita semejante estudio! La productividad de los diferentes territorios depende de factores tan poco conocidos todavía, la «ración necesaria» varía aún de tal modo, según los autores especialistas, que no ha de extrañarse la divergencia de los resultados. Woyeikov ha calculado [1] que una población de dieciséis mil millones de hombres en la sola banda ecuatorial comprendida entre el grado 15 norte y el grado 15 sud sería perfectamente normal. En las regiones tropicales productivas en bananas y otras plantas de considerable rendimiento nutritivo, basta una superficie de 15 metros cuadrados, dice Humboldt, para producir regularmente el alimento de un hombre. Es decir, que si en las cuencas del Ganga y de otros ríos de la India, sobre la vertiente oriental de la meseta mejicana, en las Yungas de Bolivia y los valles fluviales de Colombia, del Brasil, sobre las costas de la América central, se utilizaran las tierras de fecundidad poderosa, se hallarían fácilmente territorios diez y veinte veces mayores que los 22,500 kilómetros cuadrados necesarios para asegurar su subsistencia á la humanidad entera, que, proporcionalmente, podría alcanzar sin peligro quince, veinte, treinta

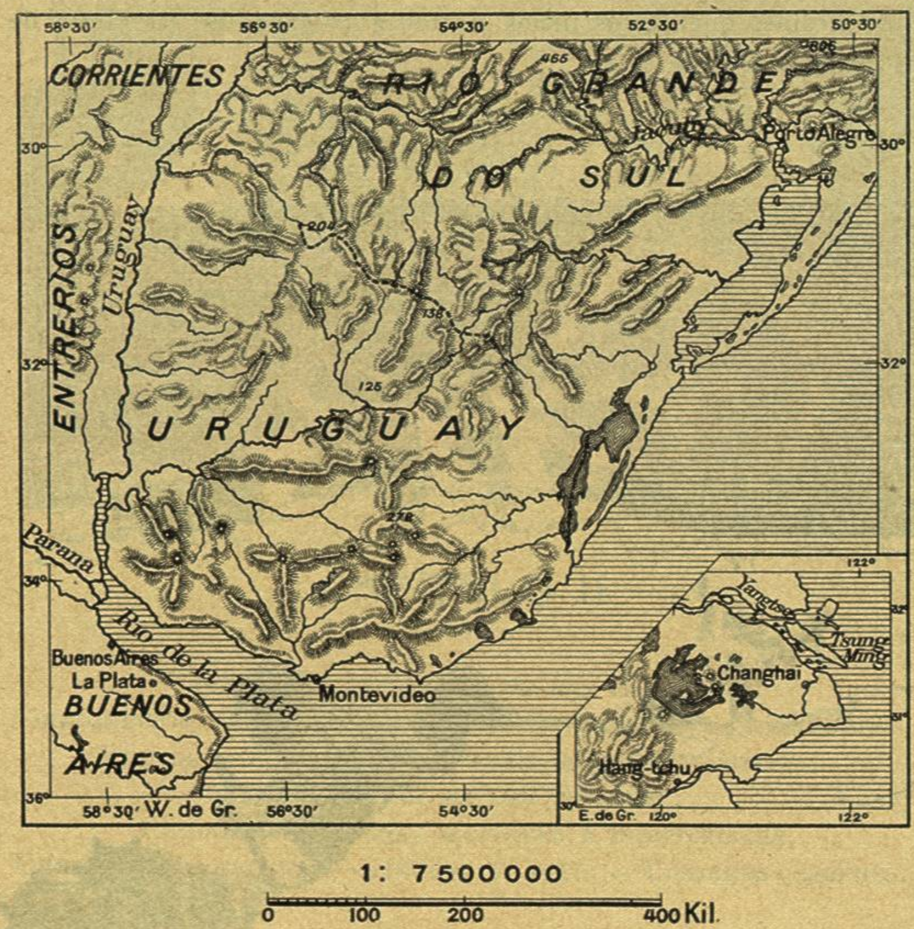
[1] Giuseppe Ricchieri, *Università popolare*, 1903, n.° 24.

mil millones de individuos. Existen ya distritos puramente agrícolas en que la población, viviendo únicamente del producto de sus huertos, excede con mucho en densidad kilométrica á los distritos industriales que existen alrededor de nuestras fábricas de la Europa occidental. Sirva de ejemplo la isla de Tsung-Ming, donde cerca de 1.200,000 habitantes, que corresponden á 1,475 por kilómetro cuadrado, renuevan incesantemente el suelo para sacar de él su pan.

Haciendo constar que ninguna consideración de cantidad puede prevalecer sobre la cualidad de la humanidad de mañana, podemos admitir con un evaluador circunspecto, Ravenstein, que la capacidad de acomodación de nuestra Tierra se elevaría á seis mil millones de seres humanos. Sin embargo, semejantes cálculos carecen de valor positivo en cuanto parten de la hipótesis primera de que las condiciones actuales de trabajo no han de cambiar, y que la Tierra se llenará poco á poco siguiendo el modelo presentado en nuestros días por las diversas regiones de Europa: ha de considerarse este hecho capital, que el cultivo no tiene aún el carácter intensivo dictado por la ciencia, y que el aumento de los productos facilitará el aumento de los hombres, según una tasa completamente imprevista. Además, ha de reconocerse que la extensión de las buenas tierras, actualmente muy limitada, no puede menos de ensancharse en grandes proporciones, en una parte por la irrigación del suelo, en otras por el drenaje ó por la mezcla de los terrenos. En realidad antes no existían «buenas tierras»: todas han sido creadas por el hombre, cuya potencia creadora, lejos de haber disminuído, se ha aumentado, por el contrario, en enormes proporciones. Las regiones que en nuestros días han llegado á ser fecundas, estaban antes cubiertas de bosques y pantanos; gradualmente, de siglo en siglo, el hombre ha conquistado por la azada ó el arado mayores extensiones, y los mismos espacios que no podían alimentar un solo individuo por la caza ó por la pesca, alimentan hoy á centenares; hasta los campos de guijarros, las canteras, las rocas, como las de Malta, se convierten en fértiles jardines en los que el trabajo almacena, bajo forma de plantas, una reserva de calor solar cada vez más considerable. Todo progreso de la ciencia agrícola sobre los diez mil millones de hectáreas que la humanidad posee

en tierras cultivables, representa un aumento posible de alimento y un aumento correspondiente de alimentados. Precisamente la parte del mundo que, en su conjunto, está mejor adaptada á la produc-

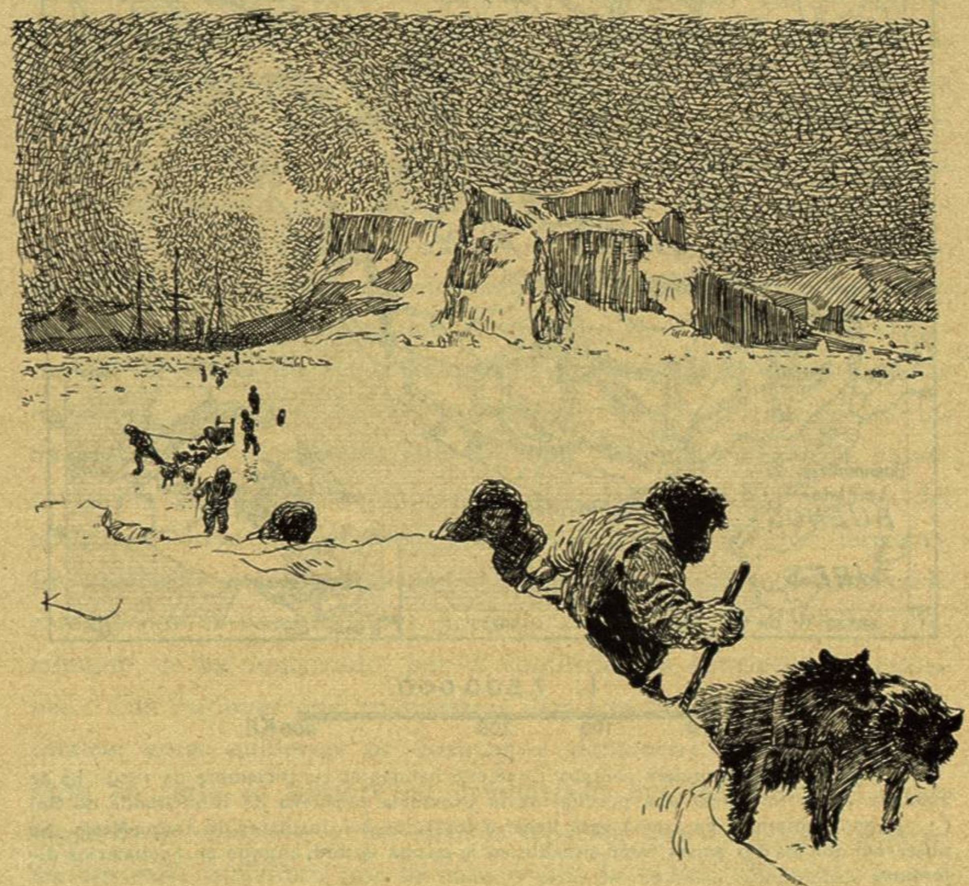
N.° 482. Dos territorios de la misma población: Uruguay y Tsung-Ming.



La República del Uruguay contaba 1.038,086 habitantes en Diciembre de 1904: ha de añadirse á ese territorio una porción de la provincia brasileña de Río Grande do Sul (1.149,070 habitantes en 1900) para llegar á los 1.200,000 insulares de Tsung-Ming. Se observará que los dos países están situados en la misma latitud, aunque en hemisferios diferentes.

ción vegetal y, por consecuencia, á la alimentación humana, está apenas tocada por el trabajo en la inmensidad de su contorno; y ese trabajo está dedicado en una buena parte á la producción ó á la cosecha de géneros industriales de utilidad secundaria. Hay ex-

tensión forestal de un millar de kilómetros cuadrados que apenas ofrece algunos claros donde el hombre se ocupa en arañar el suelo para depositar en él la semilla que se reproducirá al céntuplo, si las hierbas locas no lo sofocan inmediatamente. En Colombia hay aglomeración de cabañas habitadas por pescadores que no tienen otros jardines que cestos llenos de tierra colgados de las ramas de los grandes árboles.





REPARTO DE LOS HOMBRES

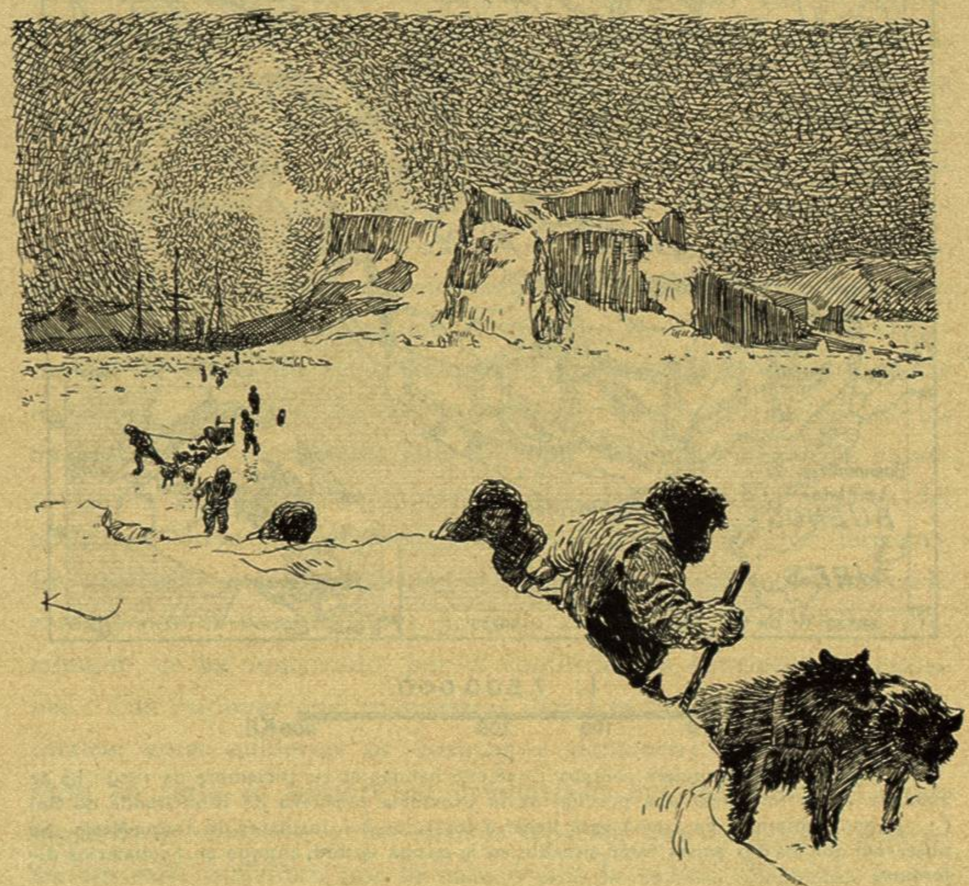
La geografía no es una cosa inmutable; se hace y se rehace todos los días, y á cada instante se modifica por la acción del hombre.

CAPÍTULO II

Horror y esplendor de las ciudades.
Inmigración de los campesinos. — Reparto de las ciudades.
Red de etapas. — Crecimiento normal y anormal.
Originalidad de las ciudades.
Ciudades políticas, militares é industriales.
Organización urbana. — Higiene y arte. — Ciudades-jardines.

A la fuerza de atracción natural del suelo que tiende á repartir normalmente los hombres, á distribuirlos de una manera rítmica sobre toda la Tierra, se une en el mundo moderno una fuerza completamente opuesta en apariencia, la que agrupa centenas de millares y hasta millones de hombres en ciertos puntos estrechos alrededor de un mercado, de un palacio, de un foro ó de un parlamento. Hay ciudades, ya considerables al principio de la era de las vías férreas, que se convierten en ciudades

tensión forestal de un millar de kilómetros cuadrados que apenas ofrece algunos claros donde el hombre se ocupa en arañar el suelo para depositar en él la semilla que se reproducirá al céntuplo, si las hierbas locas no lo sofocan inmediatamente. En Colombia hay aglomeración de cabañas habitadas por pescadores que no tienen otros jardines que cestos llenos de tierra colgados de las ramas de los grandes árboles.





REPARTO DE LOS HOMBRES

La geografía no es una cosa inmutable; se hace y se rehace todos los días, y á cada instante se modifica por la acción del hombre.

CAPÍTULO II

Horror y esplendor de las ciudades.
Inmigración de los campesinos. — Reparto de las ciudades.
Red de etapas. — Crecimiento normal y anormal.
Originalidad de las ciudades.
Ciudades políticas, militares é industriales.
Organización urbana. — Higiene y arte. — Ciudades-jardines.

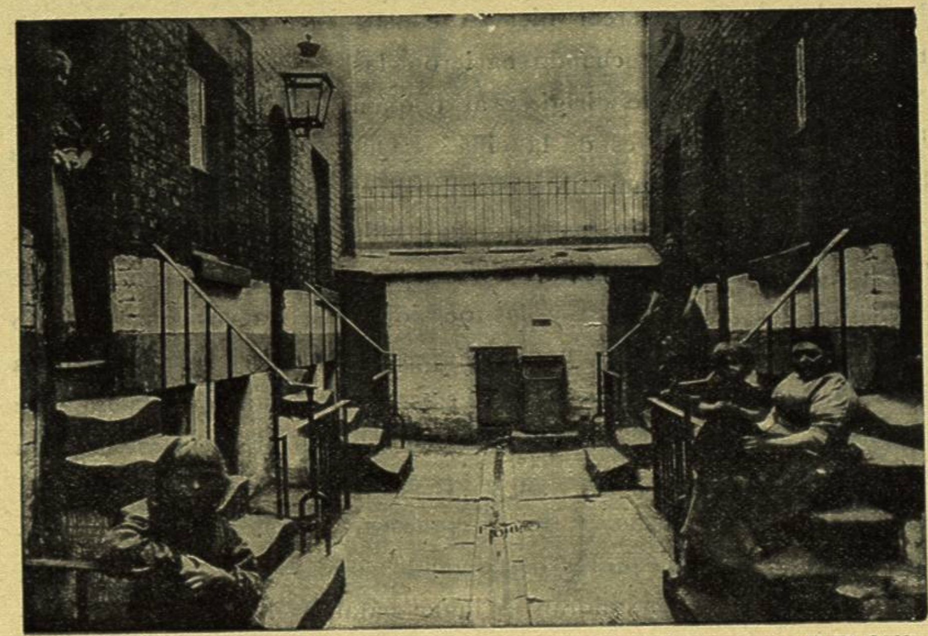
A la fuerza de atracción natural del suelo que tiende á repartir normalmente los hombres, á distribuirlos de una manera rítmica sobre toda la Tierra, se une en el mundo moderno una fuerza completamente opuesta en apariencia, la que agrupa centenas de millares y hasta millones de hombres en ciertos puntos estrechos alrededor de un mercado, de un palacio, de un foro ó de un parlamento. Hay ciudades, ya considerables al principio de la era de las vías férreas, que se convierten en ciudades

inmensas, en montones de casas alineadas, recorridos por una red infinita de calles y callejuelas, de bulevares y de avenidas, sobre las cuales pesa durante el día una cúpula grisácea de humo, y por la noche se eleva un resplandor, que ilumina el cielo. Las Babilonia y las Nínive de la antigüedad asombraron á los pueblos; pero ¡cuánto más grandes, complejas y bullidoras de materia humana y de máquinas prodigiosas son las Babilonias modernas, que unos maldicen y otros celebran! Rousseau, deplorando el envilecimiento de tantos campesinos que van á perderse en las grandes ciudades, llama á éstas «Golfos de la especie humana», en tanto que Herder ve en ellas los «Campos atrincherados de la civilización». He aquí cómo las juzga Ruskin [1], dirigiéndose á la ciudad que en nuestros días es la mayor y no la peor de todas, la capital del inmenso imperio británico: «Hacer dinero es el gran juego de los Ingleses. Véase esa enorme, esa sucia ciudad de Londres, ruidosa, humeante, hedionda, feo montón de ladrillos recalentados que exhalan veneno por cada poro. ¿Imagináis que sea una ciudad de trabajo? ¡Ni una de sus calles! Es una gran ciudad de juego, pero un juego muy feo y laborioso y que, no obstante, no es sino un juego... Es una gran mesa de billar sin bayeta con bolsas tan profundas como el insondable abismo, pero billar al fin». Es verdad; se justifican todos los vituperios de los que maldicen, pero también todas las exaltaciones de los que glorifican. ¡Cuántas fuerzas vivas se han extinguido por falta de aplicación, ó se han destruído recíprocamente por el odio en esas ciudades de aire impuro, de mortales contagios, de luchas desordenadas! Pero también de esas reuniones de hombres han brotado las ideas, y allí se han originado nuevas obras y han estallado las revoluciones que han desembarazado á la humanidad de las gangrenas seniles. «Hay en el mundo una fermentación infernal», exclama Barbier, y, por su parte, Hugo magnifica ese mismo París en versos entusiastas: «París es la ciudad madre... adonde para nutrirse de la idea acuden las generaciones».

La obra múltiple de las ciudades, para el bien y para el mal, se representa en las pasiones y en la voluntad de las gentes que

[1] *The Crown of the wild Olive*, ps. 31, 32. — Edit. de 1897.

huyen del campo y de las pequeñas poblaciones en busca de una vida más amplia, soliendo hallar en una gran ciudad el abatimiento y la muerte. Pero sin ocuparnos de los atrevidos innovadores que se dirigen voluntariamente hacia tal ó cual Babilonia moderna, han de tenerse en cuenta los innumerables que son conducidos hacia los centros de población, quedando allí como aluviones que arrastrara



Cl. W. Swift.

UN RINCÓN DE LIVERPOOL

Un retrete, una fuente y un depósito de basura para doce casas.

la corriente para abandonarlos sobre las playas: los campesinos despojados jurídicamente de su tierra por la conveniencia de algún gran propietario ó por el capricho del señor que transforma sus campos en terrenos de pasto ó de caza; los domésticos rurales que la gente de la ciudad atrae á su rededor; las nodrizas que reemplazan á las madres; los obreros, soldados, empleados y funcionarios á quienes se asigna una vivienda en la gran ciudad y, en general, todos los que, obedeciendo á unos amos ó al amo más imperioso, la necesidad económica, aumentan forzosamente la población urbana.

De burla puede calificarse el lenguaje de los propietarios moralistas que aconsejan á los campesinos que queden sujetos á la tierra, cuando por las mismas exigencias les desarraigan y les crean condiciones de vida que les obligan á huir hacia la ciudad. ¿Quién suprimió los comunales, quién redujo y después abolió completamente los derechos de uso, quién roturó los bosques y los eriales, privando así al campesino del combustible necesario? ¿Quién cercó la propiedad para marcar bien la constitución de una aristocracia territorial? Después, cuando nacieron las grandes industrias, ¿no cesó el propietario de dirigirse al pequeño hilador del campo y á los humildes fabricantes de la villa? ¿Qué extraño es que la huída hacia la ciudad sea inevitable cuando el campesino no tiene ya tierras comunales, cuando las pequeñas industrias han llegado á faltarle, cuando los recursos disminuyen al mismo tiempo que se aumentan las necesidades y las ocasiones de nuevos gastos? No utilizando ya el señor de una manera permanente la mano de obra agrícola, ésta se ve forzada á desterrarse, condenada por la falta de trabajo. Cuando el propietario necesita muchos brazos para la siega ó la vendimia, no se dirige ya á los antiguos clientes de su tierra, sino á los advenedizos, á los Irlandeses, á los Flamencos, á los «Gavachos», á trabajadores desconocidos que vienen no se sabe de dónde, de quienes se ignoran el lugar natal, la lengua, las costumbres y que desaparecen sin dejar huellas.

De ese modo el gran número de los inmigrantes atraídos hacia el torbellino de las ciudades obedece á una ley más poderosa que su voluntad: su capricho personal no tiene más que una parte muy secundaria en la fuerza que le ha solicitado. En cuanto á la proporción, relativamente poco considerable, de los fugitivos del campo que se dirigen voluntariamente hacia las ciudades, se descompone en elementos de valor muy desigual, porque si cada uno quiere buscar allí su alegría, su interés y una satisfacción más intensa de su vida personal, este ideal varía absolutamente según los individuos, y los hay que se abandonan á una especie de afán inexplicable en apariencia. Admira ver en las montañas del Jura, en los Pirineos ó en los Cevennes algunas casitas admirablemente situadas, cuyos propietarios legales las dejan arruinarse, á pesar de tener

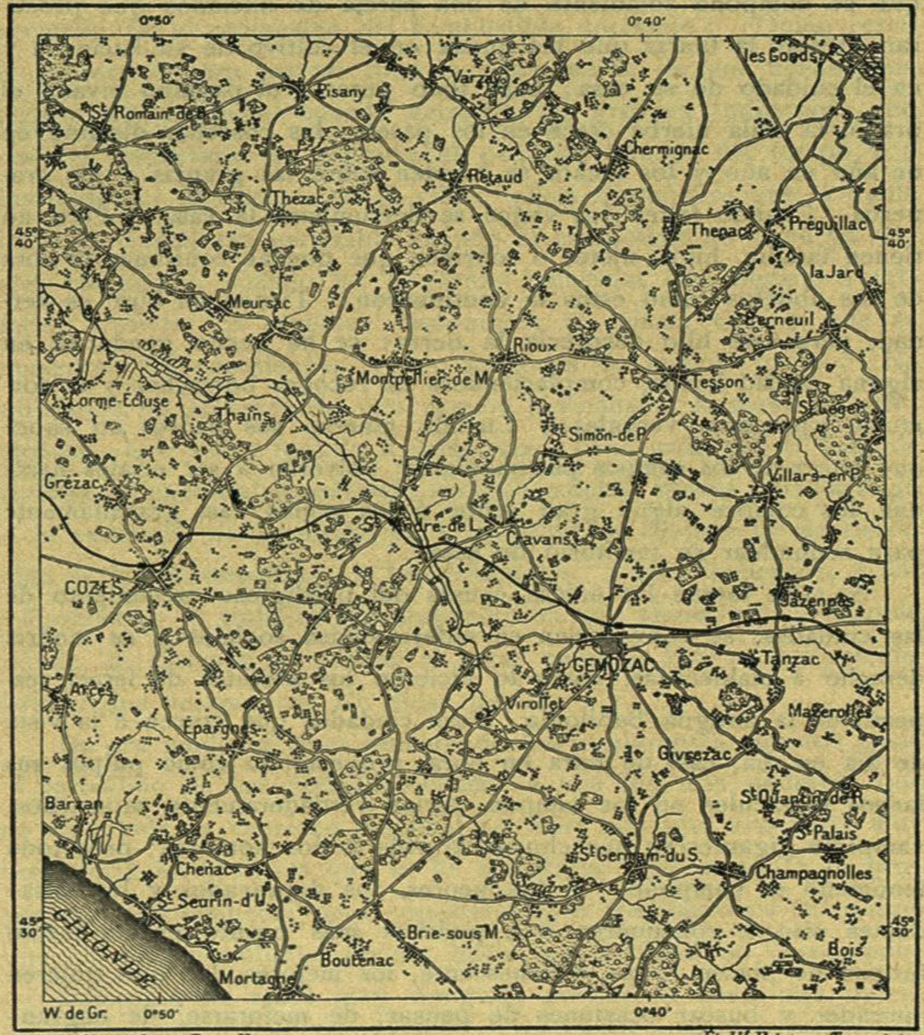
en su ventaja todo lo que puede hacerlas dignas de ser conservadas y amadas: á su lado, sombreando el techo, se eleva el árbol patrimonial; una fuente de agua pura mana en un pliegue de la pradera; todo lo que se ve desde el umbral, jardín, huerto, prado, campos y bosquecillos pertenecían y aun pertenecen á la familia, que se compone solamente de una pareja de ancianos que procuran utilizar la fuerza que les queda en el cultivo de su hacienda y en el cuidado de su casa; pero todo perece, el pantano invade el prado, la mala hierba crece en los paseos, las cosechas disminuyen de año en año y los techos se hunden sobre las granjas y los graneros. Cuando falten los viejos se derrumbará la casa. ¿Pero no tienen familia, hijos, nietos ó sobrinos que puedan continuar la obra de los abuelos como éstos la continuaron? Tienen un hijo, es verdad, pero este hijo desprecia la tierra: se ha hecho gendarme en alguna ciudad lejana, complaciéndose en recoger borrachos y en formular «procesos verbales». Cuando mueran sus padres no sabrá qué hacer de los campos patrimoniales: volverán á ser eriales hasta que los compre algún gran señor ó los reciba casi gratuitamente para redondear su territorio de caza.

Si tales fueran las únicas causas del prodigioso crecimiento de las ciudades, se convertirían en enfermedades sociales y se tendría derecho á maldecirlas, como lo hicieron los profetas de Israel respecto de la antigua Babilonia. Esas ciudades que crecen á la vista de día en día, casi de hora en hora, proyectando como pulpos sus largos tentáculos en los campos, serían verdaderamente monstruos, vampiros gigantescos que chupan la vida de los hombres; pero todo fenómeno es complejo. Si los peores, los depravados y los decadentes van á consumirse ó á pudrirse más pronto en un medio furioso de placer, ó ya delicuescente, los mejores, los que quieren aprender y buscar ocasiones de pensar, de mejorarse, de engrandecerse como escritores, como artistas y aun como apóstoles de alguna verdad, los que se dirigen piadosamente hacia los museos, las escuelas, las bibliotecas y reaniman su ideal al contacto de otros hombres igualmente prendados de grandes cosas, esos son también los inmigrantes de las grandes ciudades, y gracias á ellos continúa rodando el carro de la civilización humana á través de las

edades. Cuando aumentan las ciudades, la humanidad progresa; cuando disminuyen, el cuerpo social amenazado regresa hacia la barbarie.

Antes de haberse dado la pena de reflexionar, puede fácilmente

N.º 483. Ciudades normalmente espaciadas.



Institut Géographique, Bruxelles. *Établᵗ Patesson-Toussaint.*

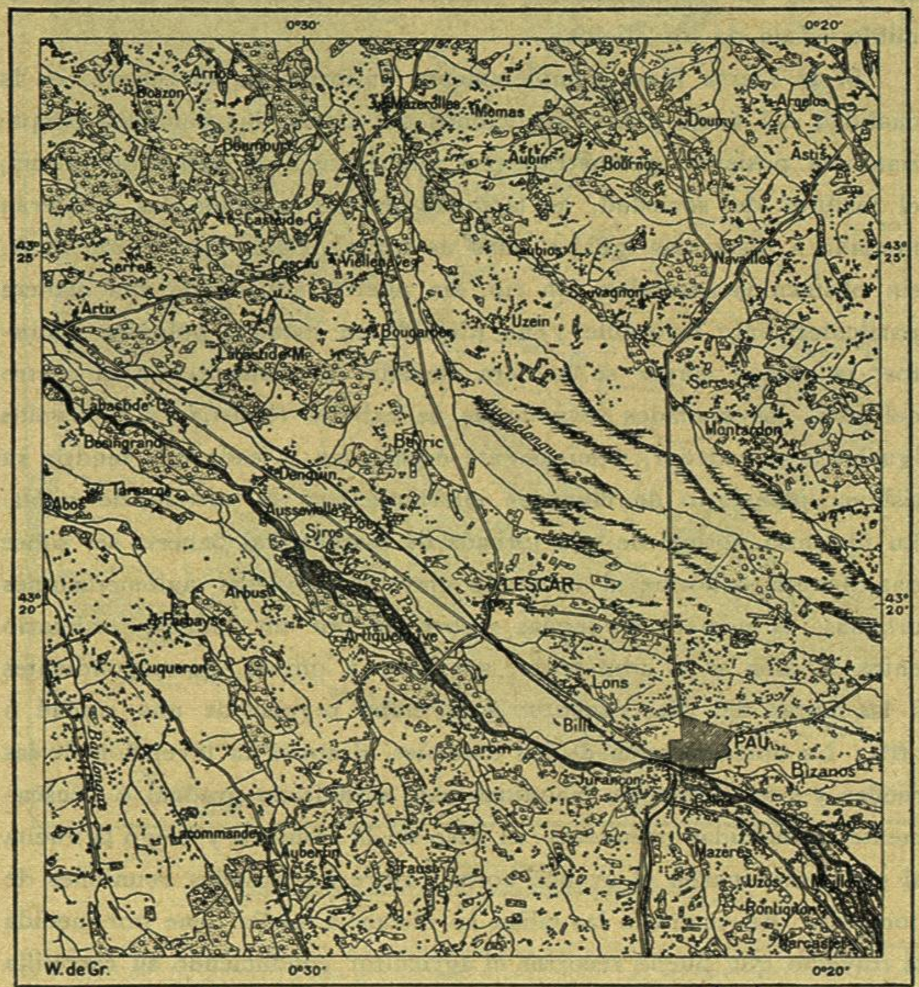
1 : 200000

0 1 5 10 Kil.

imaginarse que las ciudades se hayan distribuído á la casualidad, y muchas tradiciones nos hablan de fundadores de ciudades que se entregaban al destino para la elección del terreno donde habrían

de establecerse los hogares domésticos y donde se elevarían las murallas protectoras: del vuelo de las aves, de la parada de un ciervo perseguido, del choque de un barco contra la costa se hace depen-

N.º 484. Ciudades anormalmente espaciadas.



Institut Géographique, Bruxelles. *Établᵗ Patesson-Toussaint.*

1 : 200000

0 1 5 10 Kil.

der la construcción de una ciudad. La capital de Islandia, Reykjavik, nació por la voluntad de los dioses [1]. En 874, cuando el fugitivo Ingolfr, al llegar á la vista de Islandia, lanzó al mar las imágenes de

[1] Labonne, *Annuaire du Club Alpin*, 1886.

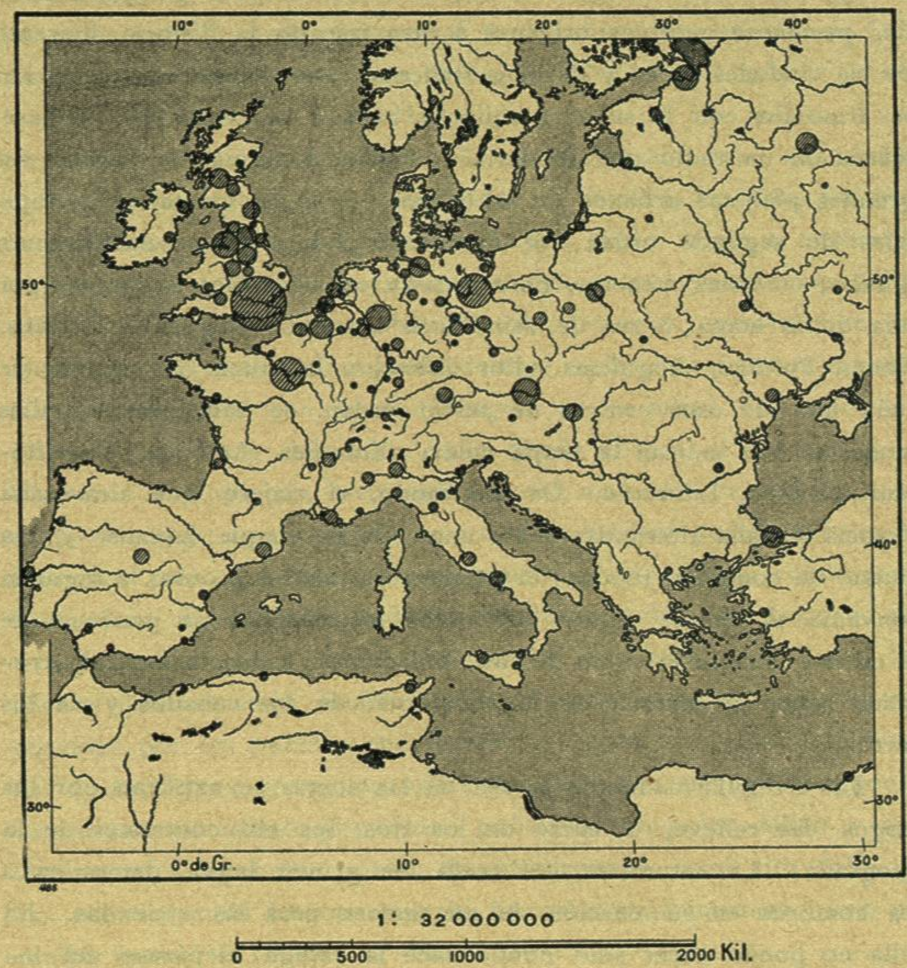
madera que representaban los ídolos del hogar, trató de seguirlos, pero en vano, porque los perdió de vista, y se vió obligado á fundar en la orilla un campamento provisional, hasta que, tres años después, encontró las maderas sagradas cerca de las cuales transfirió su ciudad, tan ventajosamente situada como puede serlo en aquel temible «País de los Hielos».

Si la Tierra fuera completamente uniforme en su relieve, en la cualidad del suelo y las condiciones del clima, las ciudades ocuparían una posición geométrica por decirlo así: la atracción mutua, el instinto de sociedad, la facilidad de los cambios las hubieran fundado á distancias iguales unas de otras. Dada una región llana, sin obstáculos naturales, sin río, sin puerto, situada de una manera particularmente favorable y no dividida en Estados políticos distintos, la ciudad mayor se hubiera elevado directamente en el centro del país; las ciudades secundarias se habrían repartido á intervalos iguales á su rededor, rítmicamente espaciadas, y cada una tendría su sistema planetario de ciudades inferiores con su cortejo de villas. La distancia normal de una jornada de marcha, tal debería ser sobre una llanura uniforme el intervalo entre las diversas aglomeraciones urbanas: el número de leguas recorridas por un andador ordinario entre el alba y el crepúsculo, sea doce á quince, correspondientes á las horas del día, constituiría la etapa regular de una ciudad á otra. La domesticación de los animales, después la invención de las ruedas y por último las máquinas han modificado gradual ó bruscamente las medidas primitivas: el paso de la montura y luego la vuelta al eje determinaron el avance normal entre las grandes reuniones de hombres. En cuanto á las villas, su distancia media tiene por medida el trayecto que puede recorrer el agricultor conduciendo su carretilla cargada de paja ó de espigas. El agua para el ganado, el transporte fácil de los frutos del suelo, he ahí lo que determina el sitio del establo, del granero y de la cabaña.

En muchas comarcas pobladas desde tiempos remotos y que presentan todavía en la distribución urbana de sus habitantes las distancias primitivas, se halla, en el desorden aparente de las ciudades, un orden de distribución que fué evidentemente determinado por el paso de los caminantes. En la «Flor del Medio», en Rusia,

donde los ferrocarriles son de creación relativamente reciente, en la misma Francia, se puede observar la admirable regularidad con que

N.º 485. Ciudades europeas á partir de 100.000 habitantes.



La superficie de los círculos es proporcional á la población de las ciudades que representan á razón de 150,000 habitantes por milímetro cuadrado. Las aglomeraciones de 100,000 habitantes están representadas en lo posible con sus suburbios. Además, cierto número de ciudades han debido ser fusionadas en un solo círculo. He aquí los grupos: South Shields, Gateshead, Sunderland y Newcastle. — Breston, Blackburn y Burnley. — Halifax, Bradford y Leeds. — Birkenhead, Oldham, Manchester y Liverpool. — Derby, Nottingham y Sheffield. — Wolverhampton, Salford y Birmingham. — Southampton, Brighton y Portsmouth con Londres. — La Haya y Rotterdam. — Gante, Amberes y Bruselas. — Roubaix y Lille. — Altona y Hamburgo. — Schoneberg, Rixdorf, Charlotemburgo y Berlín. — Bochum, Gelsenkirchen, Barmen, Elberfeld, Dortmund, Duisburgo, Essen y Dusseldorf.

se distribuyeron las aglomeraciones urbanas antes que las explotaciones mineras é industriales viniesen á turbar el equilibrio natural

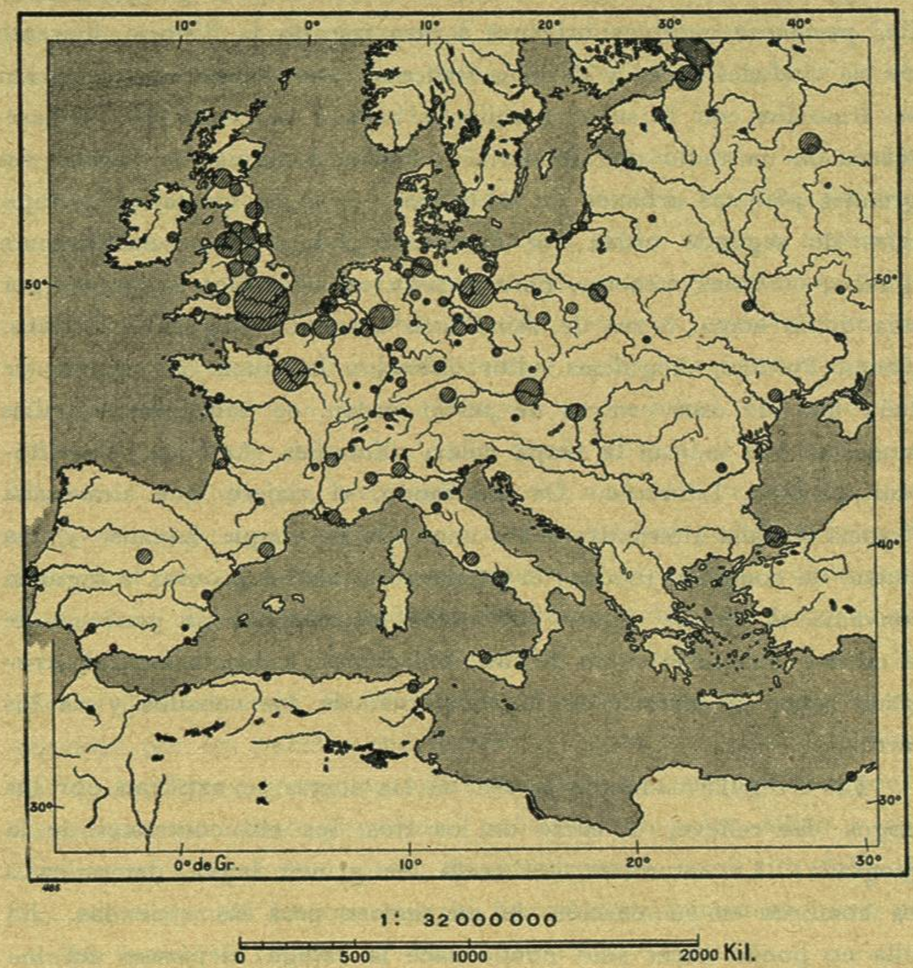
madera que representaban los ídolos del hogar, trató de seguirlos, pero en vano, porque los perdió de vista, y se vió obligado á fundar en la orilla un campamento provisional, hasta que, tres años después, encontró las maderas sagradas cerca de las cuales transfirió su ciudad, tan ventajosamente situada como puede serlo en aquel temible «País de los Hielos».

Si la Tierra fuera completamente uniforme en su relieve, en la cualidad del suelo y las condiciones del clima, las ciudades ocuparían una posición geométrica por decirlo así: la atracción mutua, el instinto de sociedad, la facilidad de los cambios las hubieran fundado á distancias iguales unas de otras. Dada una región llana, sin obstáculos naturales, sin río, sin puerto, situada de una manera particularmente favorable y no dividida en Estados políticos distintos, la ciudad mayor se hubiera elevado directamente en el centro del país; las ciudades secundarias se habrían repartido á intervalos iguales á su rededor, rítmicamente espaciadas, y cada una tendría su sistema planetario de ciudades inferiores con su cortejo de villas. La distancia normal de una jornada de marcha, tal debería ser sobre una llanura uniforme el intervalo entre las diversas aglomeraciones urbanas: el número de leguas recorridas por un andador ordinario entre el alba y el crepúsculo, sea doce á quince, correspondientes á las horas del día, constituiría la etapa regular de una ciudad á otra. La domesticación de los animales, después la invención de las ruedas y por último las máquinas han modificado gradual ó bruscamente las medidas primitivas: el paso de la montura y luego la vuelta al eje determinaron el avance normal entre las grandes reuniones de hombres. En cuanto á las villas, su distancia media tiene por medida el trayecto que puede recorrer el agricultor conduciendo su carretilla cargada de paja ó de espigas. El agua para el ganado, el transporte fácil de los frutos del suelo, he ahí lo que determina el sitio del establo, del granero y de la cabaña.

En muchas comarcas pobladas desde tiempos remotos y que presentan todavía en la distribución urbana de sus habitantes las distancias primitivas, se halla, en el desorden aparente de las ciudades, un orden de distribución que fué evidentemente determinado por el paso de los caminantes. En la «Flor del Medio», en Rusia,

donde los ferrocarriles son de creación relativamente reciente, en la misma Francia, se puede observar la admirable regularidad con que

N.º 485. Ciudades europeas á partir de 100.000 habitantes.



La superficie de los círculos es proporcional á la población de las ciudades que representan á razón de 150,000 habitantes por milímetro cuadrado. Las aglomeraciones de 100,000 habitantes están representadas en lo posible con sus suburbios. Además, cierto número de ciudades han debido ser fusionadas en un solo círculo. He aquí los grupos: South Shields, Gateshead, Sunderland y Newcastle. — Breston, Blackburn y Burnley. — Halifax, Bradford y Leeds. — Birkenhead, Oldham, Manchester y Liverpool. — Derby, Nottingham y Sheffield. — Wolverhampton, Salford y Birmingham. — Southampton, Brighton y Portsmouth con Londres. — La Haya y Rotterdam. — Gante, Amberes y Bruselas. — Roubaix y Lille. — Altona y Hamburgo. — Schoneberg, Rixdorf, Charlotemburgo y Berlín. — Bochum, Gelsenkirchen, Barmen, Elberfeld, Dortmund, Duisburgo, Essen y Dusseldorf.

se distribuyeron las aglomeraciones urbanas antes que las explotaciones mineras é industriales viniesen á turbar el equilibrio natural

de las poblaciones [1]. Así, la ciudad capital de Francia, París, se ha rodeado, hacia las fronteras ó las costas del país, de ciudades que sólo á ella ceden en importancia: Burdeos, Nantes, Ruán, Lille, Nancy, Lyon. La antigua ciudad, fenicia y después griega, Marsella, pertenece por sus orígenes á otra fase de la historia diferente de las ciudades galas y después francesas; sin embargo, su posición se armoniza con la suya, porque se halla á la extremidad mediterránea de un radio que doblaría la distancia normal de París á los grandes planetas urbanos de su órbita. Entre la capital y las capitales de segundo orden, se fundaron, á intervalos sensiblemente iguales, ciudades menores, pero todavía considerables, separadas por una doble etapa, ó sea de veinticinco á treinta «leguas»: Orleans, Tours, Poitiers, Angulema. Por último, á la mitad del camino de cada uno de esos centros de tercer orden, se han formado villas modestas que indican la etapa media: Etampes, Amboise, Chatellerault, Ruffec, Libourne. De ese modo, el viajero que atravesaba Francia hallaba alternativamente una villa de simple descanso y una ciudad de completo reposo: la primera bastaba al peatón, la segunda convenía al jinete. Sobre casi todos los caminos se producía de la misma manera el ritmo de las poblaciones, cadencia natural arreglada sobre la marcha de los hombres, de los caballos y de los carruajes.

Las irregularidades de la red de las etapas se explican por los rasgos del relieve, el curso de los ríos, los mil contrastes de la geografía. La naturaleza del suelo, en primer lugar, determina á los hombres en su elección de un terreno para las viviendas. La villa no puede nacer sino donde nace la espiga; sepárase del ingrato erial, de los montones de guijarros, de las duras arcillas, y surge espontánea en la proximidad de las tierras flojas, fáciles de labrar, y no en las regiones bajas y húmedas, de fecundidad excepcional: la historia de la agricultura enseña además que los aluviones blandos alejan al hombre por su insalubridad, y no fueron dedicados al cultivo sino por esfuerzos colectivos correspondientes á un período ya muy adelantado de la humanidad.

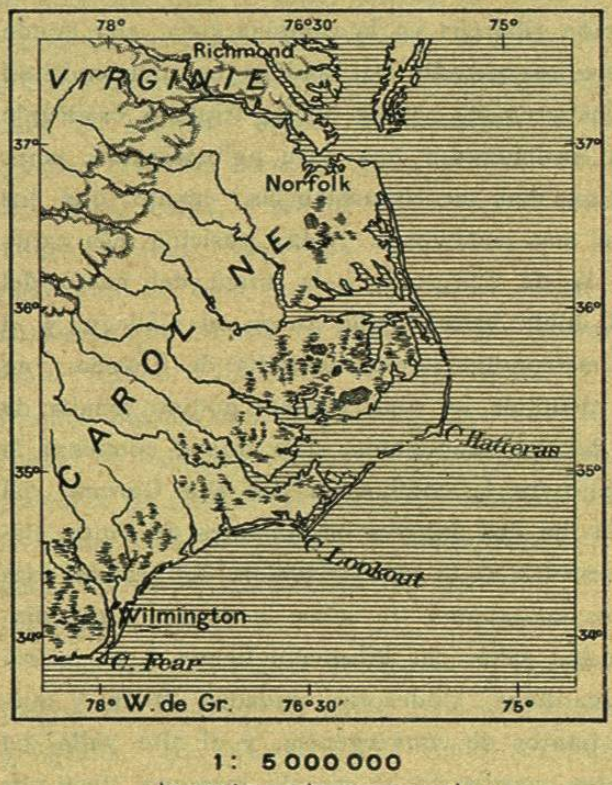
[1] Gobert, *Le Gerotype*.

Las tierras demasiado desiguales, lo mismo que los suelos demasiado áridos, no atraen tampoco las poblaciones é impiden ó retrasan su fundación. Los glaciares, las nieves, los vientos fríos expulsan, por decirlo así, á los hombres de los ásperos valles de las montañas: la tendencia natural de las ciudades consiste en fundarse inmediatamente fuera de la región difícil en el primer punto favorable que se presenta á la salida misma de los valles. Cada torrente tiene su población ribereña en la campiña baja, allá donde su cauce, repentinamente ensanchado, se ramifica en una multitud de ramas á través de los arenales. Cada doble, triple ó cuádruple confluente de valles da nacimiento á una gran aglomeración, tanto más considerable, en igualdad de circunstancias, cuanto que los cauces convergentes son más caudalosos. ¿Hay posición más naturalmente indicada que la de Zaragoza, á la mitad del curso del Ebro, en el cruce del doble valle donde corren el Gállego y el Huerva? Y Toulouse, metropolitana del mediodía de Francia, ¿no ocupa un lugar que el dedo de un niño hubiera podido señalar de antemano como punto de cita de pueblos, sitio donde comienza la navegación fluvial, debajo de la confluencia del alto Garona, del Ariege y del Lers? En los dos ángulos occidentales de Suiza, Basilea y Ginebra están situadas en la encrucijada de las grandes vías seguidas por los pueblos emigrantes, y, sobre la vertiente meridional de los Alpes, todos los valles sin excepción tienen á su puerta de salida una ciudad guardiana; poderosas ciudades, Milán y muchas otras, marcan los puntos de convergencia, y el alto valle del Po, constituyendo los tres cuartos de un círculo inmenso, tiene por centro natural la ciudad de Turín.

Sobre el curso inferior del río, la fundación de ciudades se determina por condiciones análogas á las del medio: á la conjunción de dos corrientes ó sobre un punto de bifurcación de tres ó cuatro vías navegables ó de los caminos naturales que se presentan á la vez, en lugar de las dos únicas de la parte inferior ó superior del río. Aparte de otros grupos que se fijan en las escalas de parada necesarias, rápidos, cascadas, desfiladeros rocosos, donde vienen á calar los barcos, donde se trasbordan las mercancías; los estrechos de los ríos, en los sitios donde el cruce se hace con facili-

dad, están también indicados como solar de villa ó de ciudad, si se juntan otras ventajas á las que ofrece la angostura fluvial. Tal curva bien marcada de un río, aproximando su valle á un gran centro de actividad situado en otra cuenca, puede reunir también los hombres en gran número. Así se edificó Orleans en la orilla derecha del Loira, que se desarrolla más al Norte en la dirección de París, y Tzaritsin se halla en el sitio en que el Volga se acerca al Don. Por último, sobre cada río, el punto vital por excelencia es el sitio, próximo á la desembocadura, en que viene á detenerse la marea ascendente y sostener la corriente superior y donde los barcos, conducidos por la corriente de agua dulce, encuentran naturalmente á los de mar bogando con el flujo. En la organización hidrográfica, ese punto de reunión puede ser asimilado al cuello del árbol, entre el sistema de la vegetación aérea y el de las raíces profundas, tal es la forma normal del gran puerto europeo en los mares de marea: Hamburgo ó Londres, Amberes ó Burdeos.

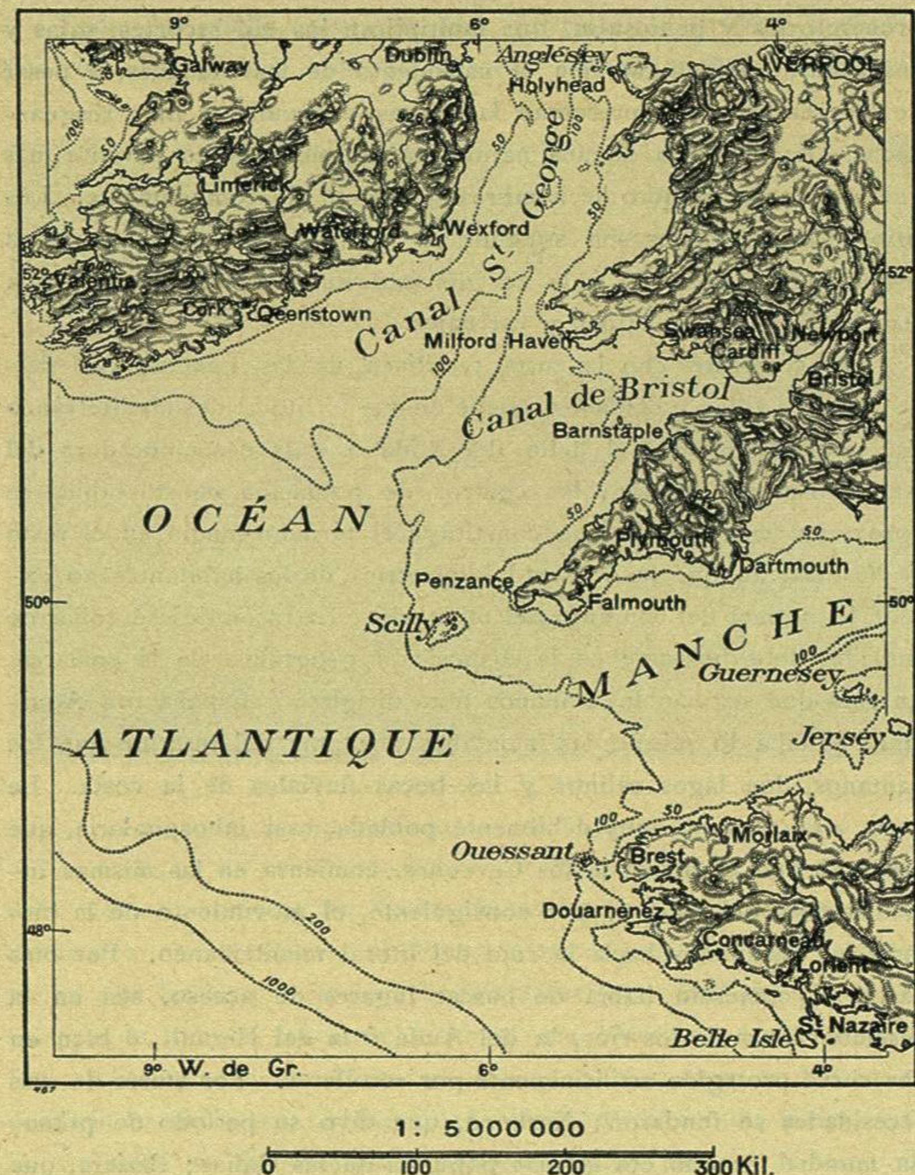
N.º 486. Costa desierta.



Los recortes del litoral influyen también sobre la repartición de las ciudades. Algunas costas arenosas apenas curvadas, inabordables á los barcos, á excepción de los días de absoluta calma, son en todo lo posible evitadas por el hombre del interior, lo mismo que por el marino aventurado sobre el Océano. Ejemplo: en la costa

de 220 kilómetros de longitud, que se perfila en línea recta desde el estuario del Gironda hasta la desembocadura del Adour, no hay

N.º 487. Costas con muchos puertos.



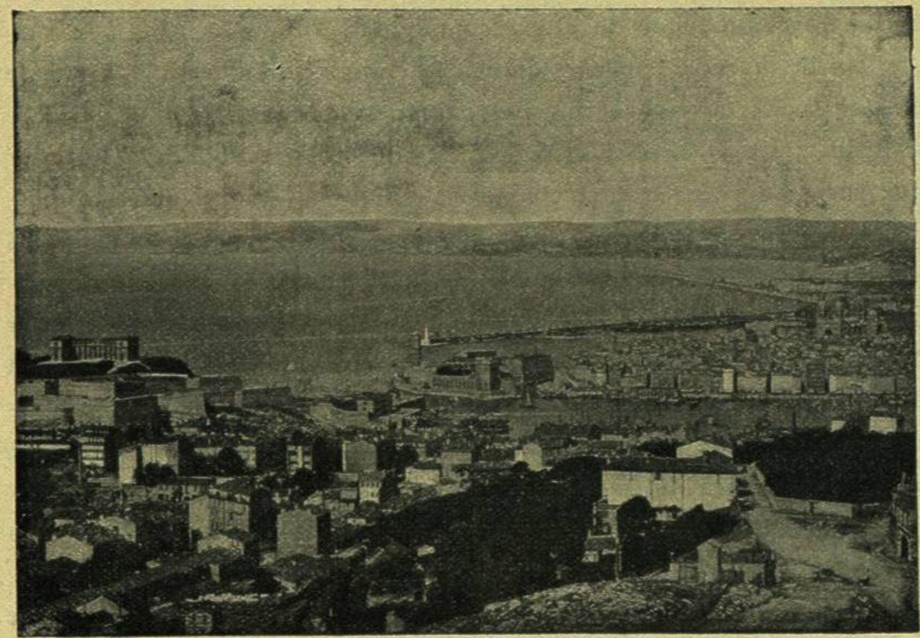
otra ciudad que la pequeña Arcachón, simple estación balnearia y residencia veraniega, situada detrás de la orilla, dentro de las murallas formadas por las dunas del cabo Ferret. Así también los for-

midables cordones litorales que bordean las Carolinas, á lo largo del Atlántico, no dan acceso, entre Norfolk y Wilmington, más que á pobres pueblecillos que sostienen entre sí con gran dificultad un peligroso tráfico. En otras regiones costeras, islas, islotes, rocas, promontorios y penínsulas, que multiplican los mil recortes, calas y ensenadas, impiden también el nacimiento de las ciudades, á pesar de las ventajas que presentan las aguas profundas y bien resguardadas. La violencia de una naturaleza atormentada no permite más que á un corto número de hombres agruparse allí cómodamente. Los sitios más favorables son aquellos en que la costa, bajo un clima templado, es accesible á la vez del exterior y del interior á toda clase de vehículos, barcos y carruajes.

Por contraste con la costa rectilínea de las Landas, casi desprovista de villas y ciudades, puede citarse el litoral del Mediterráneo languedociense entre el delta del Ródano y la desembocadura del Aude. En esta región, los centros de población considerables se aproximan más que lo que constituye el término medio en el resto de Francia, aunque la densidad kilométrica de los habitantes no excede lo normal del conjunto del territorio. La razón de ese collar de ciudades debe buscarse en la disposición geográfica de la comarca. La ruta que seguían los Italianos para dirigirse á España ó á Aquitania evitaba lo mismo las montañas abruptas del interior que los pantanos, los lagos salinos y las bocas fluviales de la costa. La parte alta, abrupta, muy débilmente poblada, casi inhospitalaria, que limita al Sud el muro de los Cevennes, comienza en las mismas inmediaciones del mar, y, por consiguiente, el movimiento de la historia fué rechazado hacia la ruta del litoral mediterráneo. Por otra parte, el comercio había de buscar lugares de acceso, sea en la desembocadura de los ríos, la del Aude ó la del Herault, ó bien en una curva protegida artificialmente por escolleras. Por efecto de esas necesidades se fundaron: Narbona, que tuvo su período de potencia mundial cuando era la más populosa de las Galias; Beziers, que fué próspera en tiempo de los Fenicios y que es todavía uno de los grandes mercados agrícolas de Francia; Agde, la ciudad griega, á la que ha sucedido en importancia Cette, otra ciudad de origen helénico; Montpellier, la capital intelectual del Mediodía, donde los Sarra-

cenos y los Judíos fueron los precursores del Renacimiento. Al otro lado se estrechan todavía las ciudades, y la antigua Nimes, sentada al borde de su fuente, concierta con el curso del Ródano por las tres ciudades Aviñón, Beaucaire y Arles.

Todas las condiciones naturales, agrícolas, geográficas y climáticas influyen en bien ó en mal sobre el desarrollo de las ciudades;



Cl. J. Kuhn, edit.

MARSELLA Y EL PUERTO, VISTOS DESDE NUESTRA SEÑORA DE LA GUARDIA

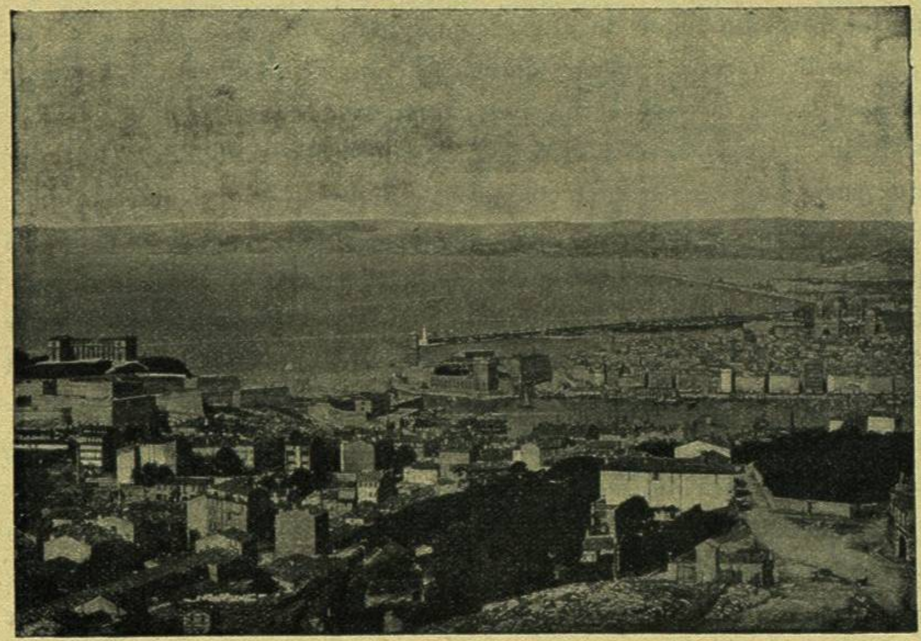
cada ventaja aumenta su fuerza de atracción, cada desventaja las disminuye. La grandeza de los grupos urbanos se mide exactamente por la suma de los privilegios naturales; admitiendo, como se comprende, que el ambiente histórico sea idénticamente el mismo. Dos ciudades, una de Africa y otra de Europa, que se hallen en condiciones similares, no dejarán de ser muy diferentes, puesto que la evolución de la historia circundante difiere para cada una: sin embargo, habrá paralelismo en sus destinos. Por un fenómeno análogo al de las perturbaciones astrales, dos centros urbanos próximos se influyen mutuamente, sea para desarrollarse de común acuerdo cuando sus ventajas se completan, como Liverpool, la comerciante,

midables cordones litorales que bordean las Carolinas, á lo largo del Atlántico, no dan acceso, entre Norfolk y Wilmington, más que á pobres pueblecillos que sostienen entre sí con gran dificultad un peligroso tráfico. En otras regiones costeras, islas, islotes, rocas, promontorios y penínsulas, que multiplican los mil recortes, calas y ensenadas, impiden también el nacimiento de las ciudades, á pesar de las ventajas que presentan las aguas profundas y bien resguardadas. La violencia de una naturaleza atormentada no permite más que á un corto número de hombres agruparse allí cómodamente. Los sitios más favorables son aquellos en que la costa, bajo un clima templado, es accesible á la vez del exterior y del interior á toda clase de vehículos, barcos y carruajes.

Por contraste con la costa rectilínea de las Landas, casi desprovista de villas y ciudades, puede citarse el litoral del Mediterráneo languedociense entre el delta del Ródano y la desembocadura del Aude. En esta región, los centros de población considerables se aproximan más que lo que constituye el término medio en el resto de Francia, aunque la densidad kilométrica de los habitantes no excede lo normal del conjunto del territorio. La razón de ese collar de ciudades debe buscarse en la disposición geográfica de la comarca. La ruta que seguían los Italianos para dirigirse á España ó á Aquitania evitaba lo mismo las montañas abruptas del interior que los pantanos, los lagos salinos y las bocas fluviales de la costa. La parte alta, abrupta, muy débilmente poblada, casi inhospitalaria, que limita al Sud el muro de los Cevennes, comienza en las mismas inmediaciones del mar, y, por consiguiente, el movimiento de la historia fué rechazado hacia la ruta del litoral mediterráneo. Por otra parte, el comercio había de buscar lugares de acceso, sea en la desembocadura de los ríos, la del Aude ó la del Herault, ó bien en una curva protegida artificialmente por escolleras. Por efecto de esas necesidades se fundaron: Narbona, que tuvo su período de potencia mundial cuando era la más populosa de las Galias; Beziers, que fué próspera en tiempo de los Fenicios y que es todavía uno de los grandes mercados agrícolas de Francia; Agde, la ciudad griega, á la que ha sucedido en importancia Cette, otra ciudad de origen helénico; Montpellier, la capital intelectual del Mediodía, donde los Sarra-

cenos y los Judíos fueron los precursores del Renacimiento. Al otro lado se estrechan todavía las ciudades, y la antigua Nimes, sentada al borde de su fuente, concierta con el curso del Ródano por las tres ciudades Aviñón, Beaucaire y Arles.

Todas las condiciones naturales, agrícolas, geográficas y climáticas influyen en bien ó en mal sobre el desarrollo de las ciudades;



Cl. J. Kuhn, edit.

MARSELLA Y EL PUERTO, VISTOS DESDE NUESTRA SEÑORA DE LA GUARDIA

cada ventaja aumenta su fuerza de atracción, cada desventaja las disminuye. La grandeza de los grupos urbanos se mide exactamente por la suma de los privilegios naturales; admitiendo, como se comprende, que el ambiente histórico sea idénticamente el mismo. Dos ciudades, una de Africa y otra de Europa, que se hallen en condiciones similares, no dejarán de ser muy diferentes, puesto que la evolución de la historia circundante difiere para cada una: sin embargo, habrá paralelismo en sus destinos. Por un fenómeno análogo al de las perturbaciones astrales, dos centros urbanos próximos se influyen mutuamente, sea para desarrollarse de común acuerdo cuando sus ventajas se completan, como Liverpool, la comerciante,

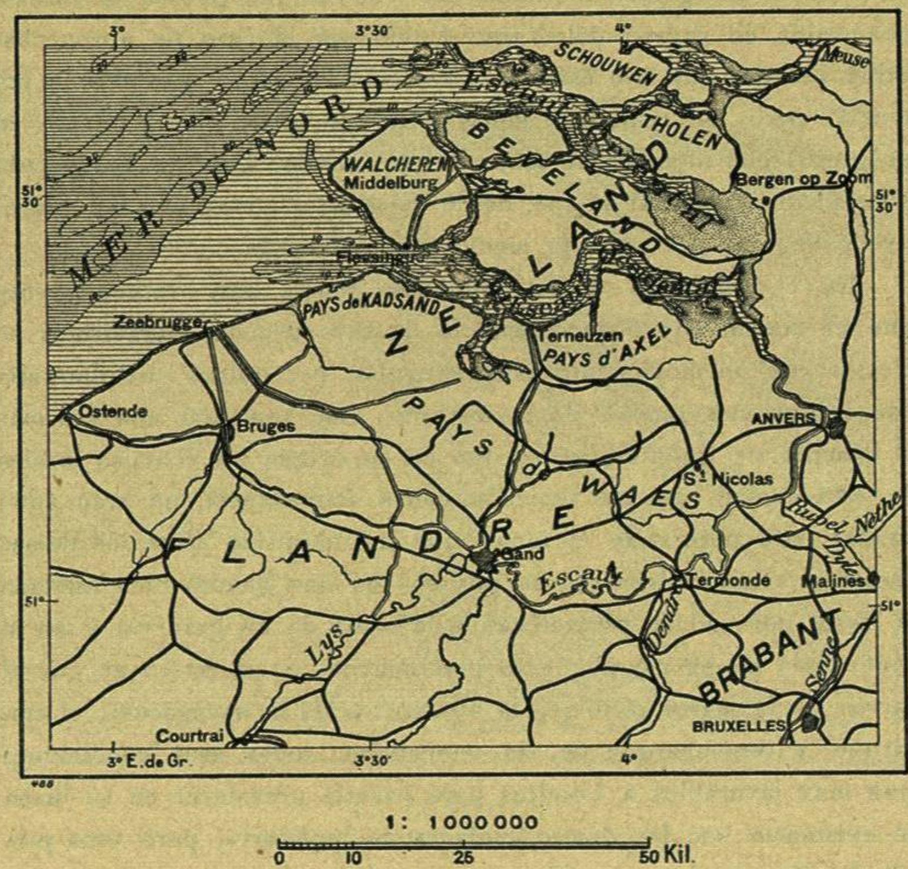
y Manchester, la manufacturera, sea para perjudicarse cuando los privilegios son del mismo orden: así es como, cerca de Burdeos, sobre el Garona, la ciudad de Libourne, situada al otro lado del «Entre dos Mares», sobre el Dordoña, hubiera podido prestar al tráfico servicios casi idénticos; pero la proximidad de la primera ha perjudicado á la segunda; ésta, comida por su rival, y después de haber perdido todo su valor marítimo ó poco menos, sólo tiene importancia como lugar de etapa continental.

Ha de hacerse constar también el notable fenómeno consistente en que la fuerza geográfica puede, como la del calor ó la de la electricidad, transportarse á distancia, obrar lejos de su hogar y hacer que surja de rechazo una ciudad que diversas razones hacen preferible al lugar de origen. Pueden citarse como ejemplo tres de los puertos del Mediterráneo donde los deltas fluviales crean condiciones especiales para las ciudades de cambio: Alejandría, que á pesar de su alejamiento de la corriente nilótica, es el depósito comercial de toda la cuenca; Venecia, el puerto de la llanura padana, y Marsella, el del valle del Ródano. Odesa, alejada veinte kilómetros de la desembocadura del Dniepr, vigila su tráfico.

Después de las ventajas del clima y del suelo, las del subsuelo ejercen á veces una influencia decisiva. Tal ciudad nace bruscamente en un sitio desfavorable en apariencia, gracias á la riqueza subterránea de la comarca en piedras de construcción, en arcillas útiles para modelar ó esculpir, en substancias químicas, en metales de toda especie, en combustibles minerales. Potosí, Cerro de Pasco, Virginia-City han nacido en regiones donde, á no existir las venas de plata, jamás hubiera podido fundarse ciudad alguna. Merthyr-Tydfil, Le Creusot, Essen, Lieja y Scranton son creaciones de la hulla. Todas las fuerzas naturales, antes inutilizadas, han dado origen á ciudades nuevas precisamente en los sitios en que antes se evitaba, sea al pie de las cataratas, como Ottawa, sea en las montañas, al alcance de los conductos que distribuyen la electricidad, como en los valles de Suiza. Cada adquisición del hombre crea puntos vitales en lugares imprevistos, lo mismo que cada nuevo órgano se da centros nerviosos correspondientes. ¡Qué cambio tan rápido se operará en la repartición de las ciudades cuando el hom-

bre domine la aviación y la aeronáutica! Así como ahora busca á la orilla del mar sitios favorables para expedir y recibir los barcos, así también se sentirá naturalmente inclinado como el águila hacia las altas cimas desde donde su mirada alcance el infinito del espacio.

N.º 488. Un puerto de estuario: Amberes y el Escalda.



La navegación es excesivamente difícil en el Escalda, á causa de los bancos de arena, de los codos bruscos del cauce, de las corrientes de marea y de las nieblas frecuentes. A pesar de esas contrariedades, el puerto de Amberes goza de gran prosperidad. El puerto de Zeebrugge, recientemente abierto al tráfico, lo mismo que el canal marítimo que le une á Brujas, ha de prestar servicios al comercio belga sin perjudicar á Ostende ni á Amberes.

A medida que se amplía el dominio de la humanidad consciente y que las atracciones se hacen sentir sobre un espacio más extenso, las ciudades pertenecientes á un organismo mayor pueden agregar á sus ventajas especiales, causa de su origen, otros privilegios de una naturaleza más general que les aseguren una misión

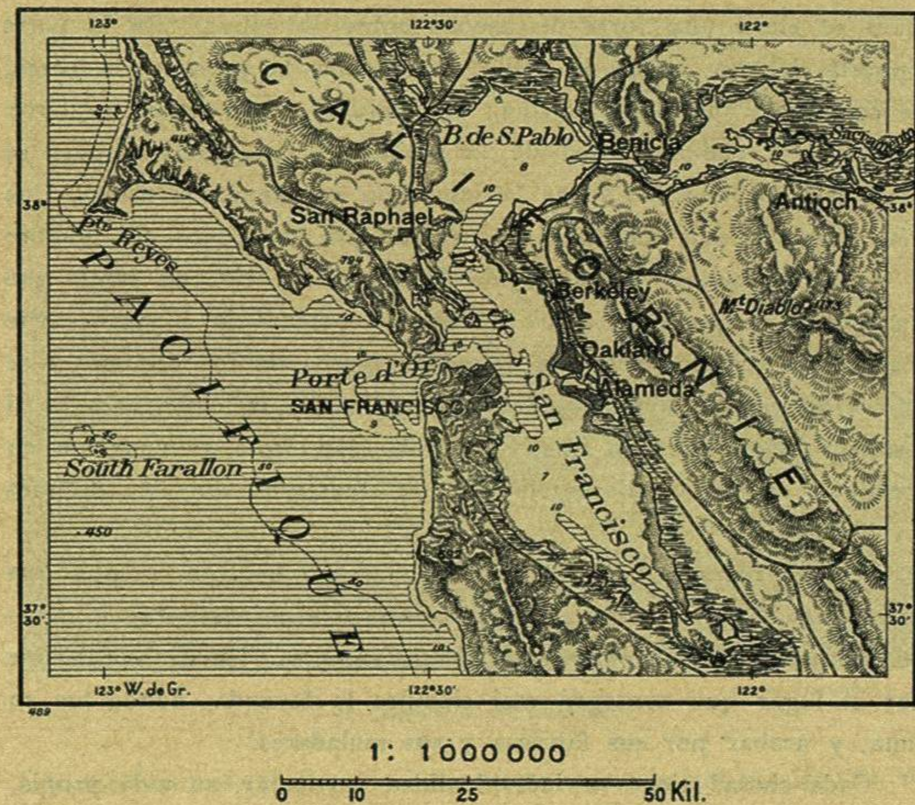
histórica de mayor importancia. Así, como hemos visto, Roma, París, Berlín no han cesado de adquirir, en su mismo engrandecimiento, nuevas causas de ampliación [1]; ¿y no puede decirse lo mismo de Londres, actualmente la mayor ciudad del mundo? La causa principal de su prosperidad, la situación del puerto á la cabeza de la navegación marítima del Támesis, ha puesto la ciudad, convertida en capital del Reino Unido, en el caso de aprovechar otras ventajas que, sin esas circunstancias, hubieran quedado en potencia, pero sin realizarse jamás. De ese modo, de progreso en progreso relativamente al conjunto del mundo, Londres ha llegado á ser el punto central al que, desde todas las extremidades del globo, puede llegarse por término medio más fácilmente.

En el desarrollo de las ciudades, ocurre muy frecuentemente que el crecimiento ó decrecimiento de esos grandes organismos se efectúa con un movimiento muy irregular, por golpes que determinan evoluciones rápidas de la historia. Así, tomando una vez más el ejemplo de Londres, se ve que en su origen las ventajas locales de esta ciudad, aunque teniendo cierta importancia, no eran suficientes para procurarle el rango que ha adquirido entre las demás ciudades. Indudablemente, su posición en una llanura bien limitada al Norte por colinas protectoras, á la orilla de un gran río y en la confluencia de un río pequeño, precisamente en el punto en que el vaivén de la marea facilitaba la alternativa de la navegación, el embarque y desembarque de las mercancías, todas esas condiciones eran muy favorables á Londres para hacerle prevalecer en su lucha de existencia con las demás ciudades de Inglaterra, pero esos privilegios locales no adquirieron su verdadero valor hasta que los Romanos escogieron esa posición para hacer de ella el centro de convergencia de las rutas trazadas en todos sentidos en la mitad meridional de la gran isla. La Roma británica debía elevarse en el lugar escogido como punto central. Pero cuando las legiones romanas hubieron de abandonar Albión y todas las «rutas altas», *high streets*, construídas entre los puestos militares y el puerto de la comarca, fueron abandonadas, Londinium perdió por eso mismo

[1] J. G. Kohl, *Die Geographische Lage der Hauptstädte Europas.*

toda su importancia y no fué más que una simple ciudad de Bretaña, reducida, como tantas otras, á sus ventajas puramente locales, y durante doscientos años quedó completamente ignorada de la historia [1]. Fué preciso que se restablecieran las relaciones con el continente para que la posición de Londres adquiriese nuevamente su valor.

N.º 489. Un puerto de alta mar: San Francisco.



Los favores administrativos, la atracción de cortesanos y cortesanas, de funcionarios, policías, soldados y la multitud interesada que se agrupa alrededor de los «diez mil de arriba» dan á las capitales un carácter muy variado y distinto para que convenga estudiarlas como tipos de grupo urbano: su desarrollo es en gran parte ficticio. Se puede razonar mejor sobre la vida de las ciudades que deben su historia casi únicamente al medio geográfico. No

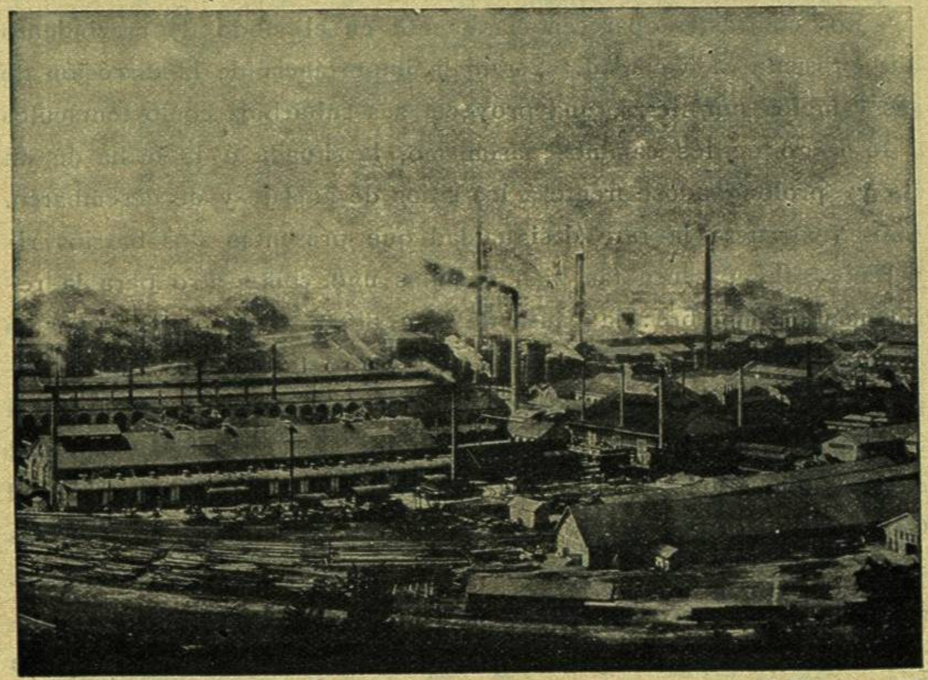
[1] Gomme, *Village Communities*, ps. 48, 51; Green, *The Making of England*, p. 118.

hay trabajo más fructífero para un hombre estudioso que la biografía de una ciudad cuyo aspecto, mejor todavía que los anales, permite consignar sobre el terreno los cambios sucesivos desarrollados de siglo en siglo siguiendo cierto ritmo. Se ve reaparecer ante los ojos de la inteligencia la cabaña del pescador y la de su vecino el hortelano; dos ó tres haciendas ocupaban parte de la campiña, un molino movía su rueda bajo el peso de la caída del agua. Después se elevó una torre de acecho sobre la colina. En la parte opuesta del río, sobre la orilla que tocaba la proa de la barca, se construyó una nueva cabaña; una posada y una tienda atrajeron pasajeros y viajeros cerca de la casita del barquero, después se estableció un mercado sobre la inmediata explanada nivelada. Una vía, cada vez más ampliamente, trazada por los pasos del hombre y de los animales, descendió de la llanura al río, en tanto que un sendero serpentino escaló la colina; comenzaron á manifestarse los futuros caminos sobre la pisoteada hierba de los campos, y se edificaron casitas sobre los cuatro ángulos de la encrucijada. El oratorio llegó á ser la iglesia, la torre del vigía se convirtió en fortaleza, cuartel ó palacio; la aldea se transformó en villa, después en ciudad.

La verdadera manera de estudiar una aglomeración urbana que cuente una larga existencia histórica, consiste en visitarla en detalle conforme á los fenómenos de su crecimiento. Ha de comenzarse por el lugar que consagró casi siempre la leyenda, donde fué su cuna, y acabar por sus fábricas y sus muladares.

Cada ciudad tiene su individualidad particular, su vida propia, su fisonomía, trágica ó triste en unas, alegre, ingeniosa en otras. Las generaciones que en ellas se sucedieron le han dejado su carácter distintivo; constituye una personalidad colectiva cuya impresión sobre el ser aislado es mala ó buena, hostil ó benévola. Pero la ciudad es también un personaje muy complejo, y cada uno de sus diversos barrios se distingue de los otros por un carácter particular. El estudio lógico de las ciudades, á la vez en su desarrollo histórico y en la fisonomía moral de sus edificios públicos y privados, permite juzgarlos como se juzgarían unos individuos: se observa cuál es la dominante de su carácter y hasta qué punto, en la

complejidad de sus influencias, han sido útiles ó funestas al progreso de las poblaciones que se han hallado en el radio de su actividad. Hay ciudades que se ven al primer aspecto dedicadas al trabajo, pero que pueden contrastar singularmente entre sí, según el funcionamiento normal ó patológico dado á las industrias locales, que se desarrollan en condiciones de paz, de igualdad relativa y de



Cl. Schneider y C.ª

EL CREUSOT Y SUS FÁBRICAS

tolerancia mutua, ó que son arrastradas en los remolinos de una furiosa concurrencia, de una especulación caótica y de una explotación feroz de la clase de los proletarios. Otras ciudades se manifiestan á primera vista superficiales, burguesas, rutinarias, sin originalidad, sin vida; otras han sido edificadas para la dominación, para la opresión de los países circundantes, y son instrumentos de conquista y opresión, á cuya vista se experimenta un sentimiento de temor ó de horror espontáneo. Hay otras además, de aspecto siempre viejo, aun en sus partes modernas, lugares de sombra, de misterio ó de miedo, donde uno se siente penetrado de los sentimientos de otra edad, en tanto que hay ciudades eternamente jóvenes que predisponen á la

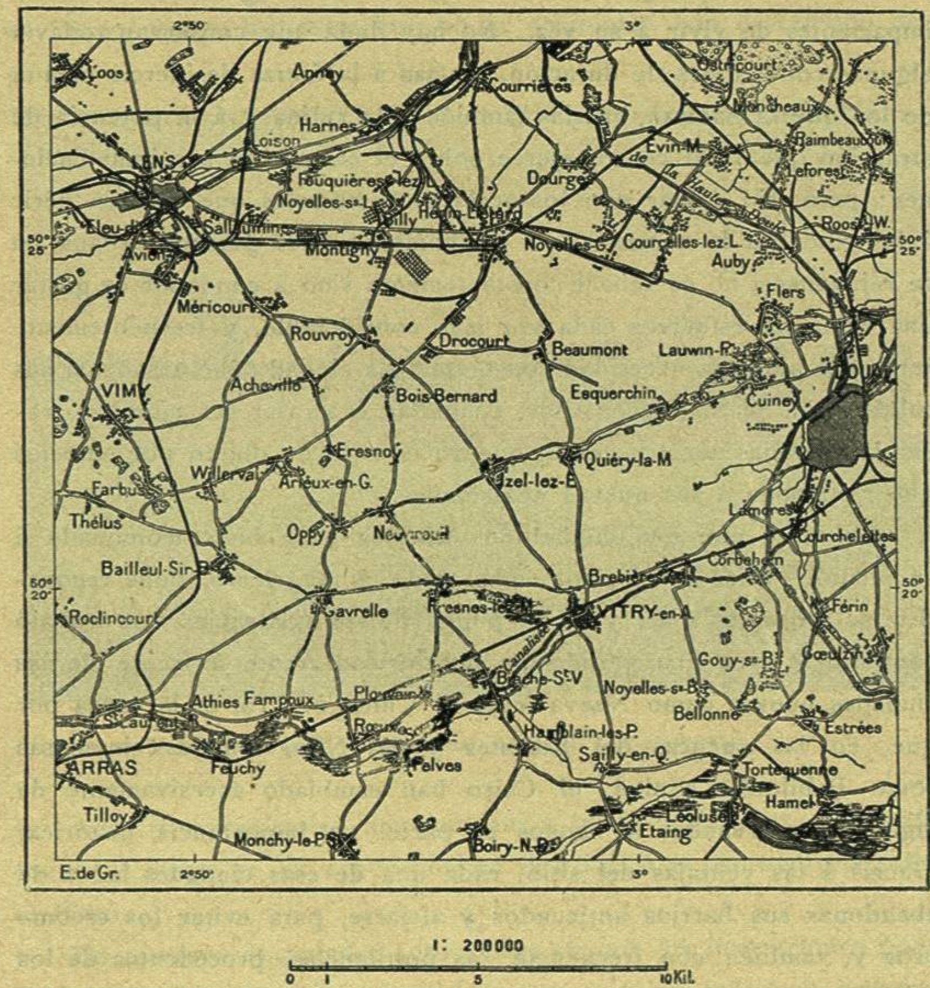
alegría, donde la menor construcción tiene un perfil original, donde las casas son alegres como los habitantes, de aspecto poético, añadiendo su propia vida á la del hombre. Por último, ¡cuántas ciudades de aspectos múltiples, donde cada clase social encuentra barrios que se le asemejan y en las que los siglos modifican muy lentamente la actitud y el lenguaje! ¡Cuántos lugares lamentables ante los cuales se querría llorar!

Los contrastes aparecen claramente en el modo de crecimiento que presenta cada ciudad. Según la importancia de la dirección de sus cambios por tierra, una proyecta sus suburbios como tentáculos á lo largo de los caminos; asimismo, la situada á la orilla de un río va prolongándose frente á los sitios de anclaje y de desembarco. Causa extrañeza la rara desigualdad que presentan dos barrios ribereños, que parecen tan bien situados uno como otro para la residencia del hombre: la causa de esta diferencia se explica por la dirección del movimiento fluvial. La plaza de Burdeos, por ejemplo, sugiere á primera vista la idea de que el verdadero centro del círculo habitado debería hallarse en la orilla derecha del río, en el sitio en que se elevan las casas del arrabal de La Bastida; pero el Garona, que describe una curva poderosa, inclina sus aguas vivas sobre los muelles de la orilla izquierda, y del lado por donde corre el verdadero río se establece también la actividad comercial, la actividad política: la población sigue la marcha de las aguas y se aleja de los bancos fangosos de la orilla derecha. El monopolio ha hecho el resto, apoderándose del arrabal estrechándolo entre rieles y barreras y afeándolo con depósitos y cobertizos.

Suele decirse que las ciudades tienen tendencia á crecer constantemente hacia el Oeste. Este hecho, que se comprueba en muchos casos, se explica muy bien en las comarcas de la Europa occidental y en las que tienen un clima análogo, puesto que en esos países sopla con más frecuencia el viento de Occidente, y los habitantes que se establecen en los barrios sueltos hacia el aire libre están menos expuestos á las enfermedades que los que viven en la parte opuesta de las ciudades, bajo un viento cargado de impurezas al pasar sobre las chimeneas, las alcantarillas y miles ó millones de personas humanas. Además, no ha de olvidarse que los

ricos, los ociosos, los artistas, que pueden gozar plenamente de la contemplación de los cielos, tienen más á menudo ocasión de admirar las bellezas del crepúsculo vespertino que las de la aurora: siguen inconscientemente el movimiento del sol en su dirección de Este á

N.° 490. Ciudades agrícolas é industriales.



Oeste, y á la caída de la tarde se complacen en verle descender en las nubes resplandecientes; pero ese crecimiento normal de las ciudades siguiendo la marcha del sol tiene muchas excepciones: la forma y el relieve del suelo, el atractivo de los sitios pintorescos, la dirección de las aguas corrientes, los barrios parasitarios originados por las necesidades de la industria y del comercio han desviado frecuente-

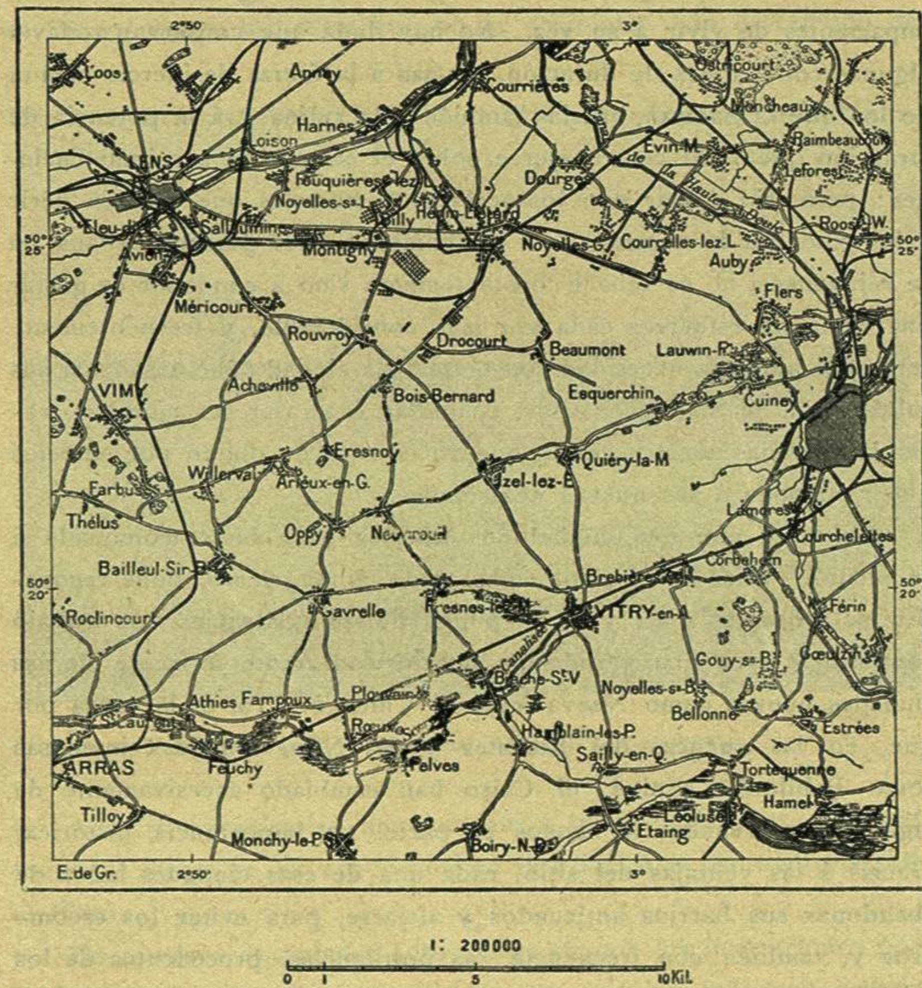
alegría, donde la menor construcción tiene un perfil original, donde las casas son alegres como los habitantes, de aspecto poético, añadiendo su propia vida á la del hombre. Por último, ¡cuántas ciudades de aspectos múltiples, donde cada clase social encuentra barrios que se le asemejan y en las que los siglos modifican muy lentamente la actitud y el lenguaje! ¡Cuántos lugares lamentables ante los cuales se querría llorar!

Los contrastes aparecen claramente en el modo de crecimiento que presenta cada ciudad. Según la importancia de la dirección de sus cambios por tierra, una proyecta sus suburbios como tentáculos á lo largo de los caminos; asimismo, la situada á la orilla de un río va prolongándose frente á los sitios de anclaje y de desembarco. Causa extrañeza la rara desigualdad que presentan dos barrios ribereños, que parecen tan bien situados uno como otro para la residencia del hombre: la causa de esta diferencia se explica por la dirección del movimiento fluvial. La plaza de Burdeos, por ejemplo, sugiere á primera vista la idea de que el verdadero centro del círculo habitado debería hallarse en la orilla derecha del río, en el sitio en que se elevan las casas del arrabal de La Bastida; pero el Garona, que describe una curva poderosa, inclina sus aguas vivas sobre los muelles de la orilla izquierda, y del lado por donde corre el verdadero río se establece también la actividad comercial, la actividad política: la población sigue la marcha de las aguas y se aleja de los bancos fangosos de la orilla derecha. El monopolio ha hecho el resto, apoderándose del arrabal estrechándolo entre rieles y barreras y afeándolo con depósitos y cobertizos.

Suele decirse que las ciudades tienen tendencia á crecer constantemente hacia el Oeste. Este hecho, que se comprueba en muchos casos, se explica muy bien en las comarcas de la Europa occidental y en las que tienen un clima análogo, puesto que en esos países sopla con más frecuencia el viento de Occidente, y los habitantes que se establecen en los barrios sueltos hacia el aire libre están menos expuestos á las enfermedades que los que viven en la parte opuesta de las ciudades, bajo un viento cargado de impurezas al pasar sobre las chimeneas, las alcantarillas y miles ó millones de personas humanas. Además, no ha de olvidarse que los

ricos, los ociosos, los artistas, que pueden gozar plenamente de la contemplación de los cielos, tienen más á menudo ocasión de admirar las bellezas del crepúsculo vespertino que las de la aurora: siguen inconscientemente el movimiento del sol en su dirección de Este á

N.° 490. Ciudades agrícolas é industriales.



Oeste, y á la caída de la tarde se complacen en verle descender en las nubes resplandecientes; pero ese crecimiento normal de las ciudades siguiendo la marcha del sol tiene muchas excepciones: la forma y el relieve del suelo, el atractivo de los sitios pintorescos, la dirección de las aguas corrientes, los barrios parasitarios originados por las necesidades de la industria y del comercio han desviado frecuente-

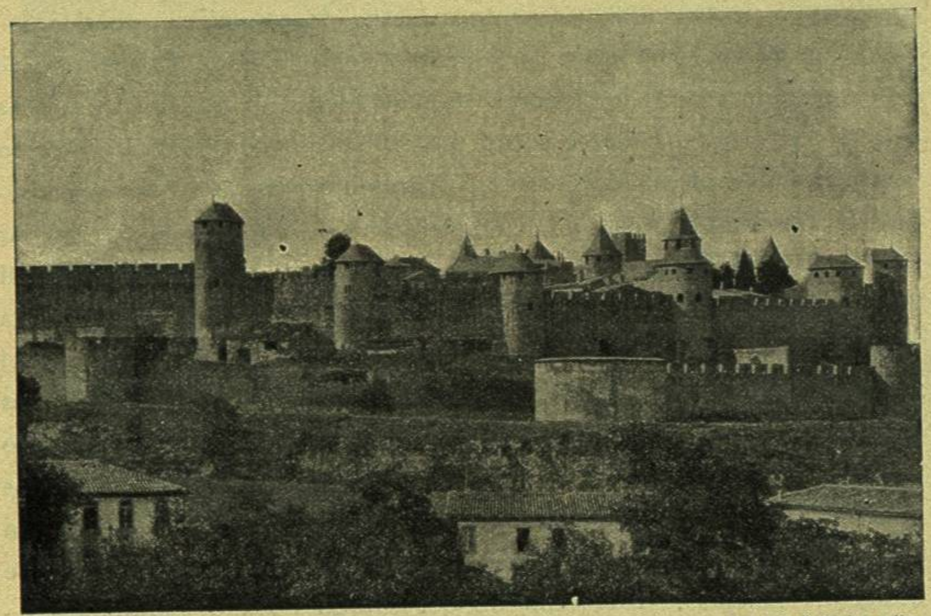
mente á los hombres de la riqueza y de la ociosidad hacia otras partes de las ciudades. Bruselas y Marsella son dos ejemplos de esta divergencia del tipo normal.

Por el hecho de su mismo desarrollo, la aglomeración urbana, como todos los organismos, tiende á morir. Obedeciendo á las condiciones del tiempo, ya se siente vieja cuando surgen otras ciudades impacientes de vivir á su vez. No hay duda que conservan todavía algunas condiciones de duración, gracias á la fuerza de inercia común de los que la habitan, gracias también á la rutina y á la potencia de atracción que todo centro ejerce sobre el círculo de sus inmediaciones; pero, sin contar con los accidentes mortales que pueden herir á las ciudades lo mismo que á los hombres, cada persona urbana no se rejuvenece, no se rehace constantemente sino á condición de gastar una suma de esfuerzos cada vez más considerable, y frecuentemente retrocede ante esa necesidad constante. La ciudad debe ensanchar sus calles y sus plazas, reconstruir, desplazar ó arrasar sus murallas, reemplazar viejas construcciones que ya carecen de objeto por edificios que respondan á sus nuevas necesidades.

En tanto que una ciudad de América nace bien acomodada á su medio, París, envejecido, embarazado y mugriento, debe reconstituirse todos los días, y en la pugna de las existencias, ese trabajo continuo le crea una grandísima inferioridad frente á frente de las ciudades nuevas como Nueva York y Chicago. Tal es la causa por que, en las cuencas del Eufrates y del Nilo, ciudades inmensas como Babilonia, Nínive, el Cairo han cambiado sucesivamente de lugar. Conservando, al menos en parte, su importancia histórica, gracias á las ventajas del sitio, cada una de esas ciudades había de abandonar sus barrios anticuados y alejarse, para evitar los escombros y, también con frecuencia, las pestilencias, procedentes de los montones de inmundicia: generalmente el puesto abandonado de las ciudades que se desplazan se ocupa por sepulcros.

Otras causas de muerte, más decisivas porque tienen por causa el mismo desarrollo de la historia, han herido á algunas ciudades antes famosas: circunstancias análogas á las que produjeron su creación hicieron su destrucción inevitable. El cambio de un camino ó de una encrucijada por otras vías más favorables puede suprimir re-

pentinamente la ciudad que los transportes habían creado: Alejandría arruinó á Pelusa, Cartagena de las Indias entregó Puerto Bello á la soledad de los bosques. La atracción del comercio y la represión de la piratería cambiaron de lugar muchas ciudades edificadas sobre el litoral rocoso del Mediterráneo. Antes estaban suspendidas sobre ásperas colinas y se ceñían con espesas murallas para defenderse contra los señores y los corsarios; en la actualidad han descendido de



Cl. J. Kuhn, edit.

UNA PARTE DE LA CIUDAD ALTA DE CARCASSONNE

sus rocas y se extienden ampliamente á la orilla del mar: en todas partes el *borgo* se ha convertido en *marina;* á la Acrópolis sucede el Pireo.

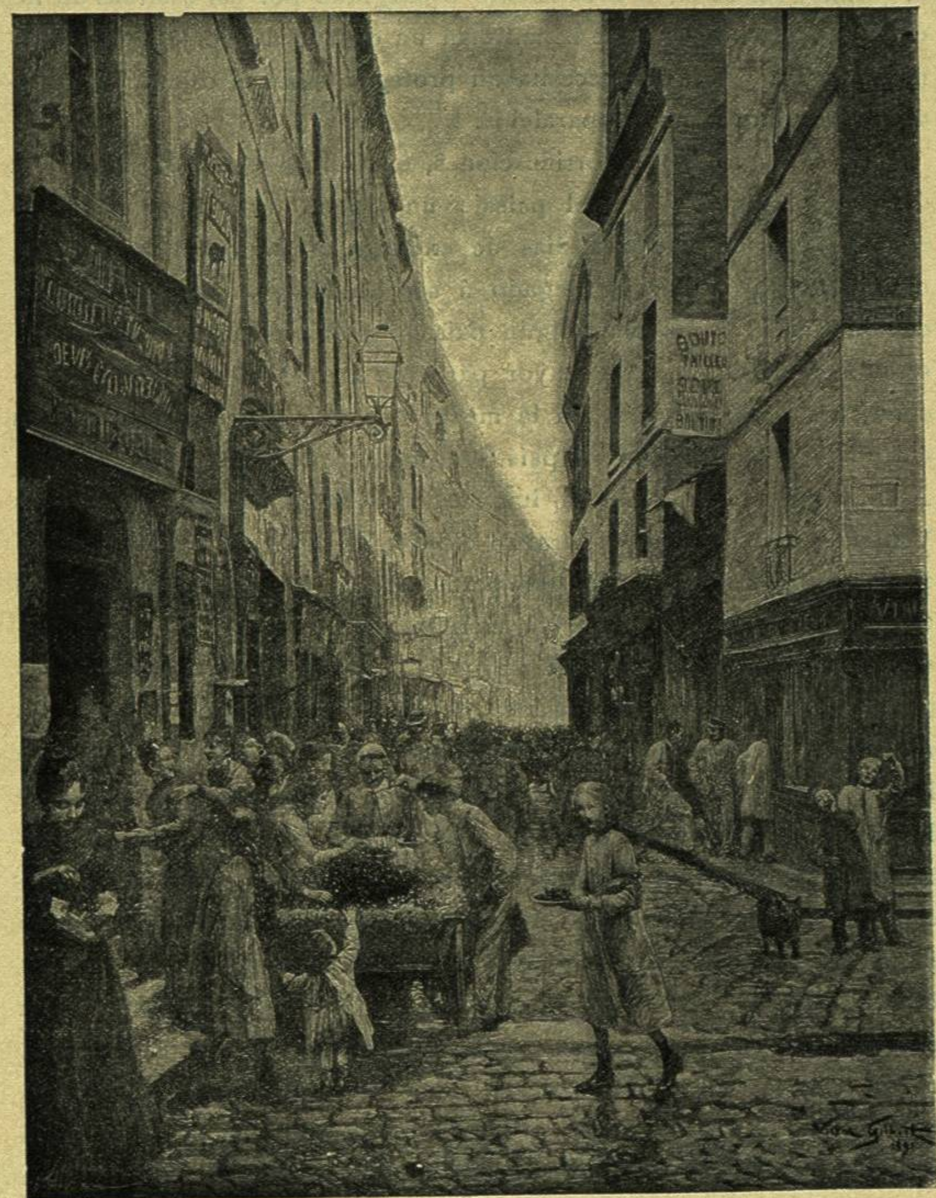
En nuestras sociedades autoritarias en que las instituciones políticas han solido dar á la voluntad de uno solo una influencia preponderante, ha ocurrido que el capricho de un soberano colocaba algunas ciudades en sitios donde no hubieran nacido espontáneamente; fundadas en lugares antinaturales, sólo se han desarrollado á costa de un enorme derroche de fuerzas vivas: así se edificaron con exagerados dispendios Madrid y Petersburgo, cuyas casitas rurales y aldeas primitivas, abandonadas á sí mismas, sin Carlos V ni Pedro I, jamás hubieran

llegado á ser ciudades populosas como lo son en el día. Sin embargo, aunque creadas por el despotismo, viven como si tuvieran un origen normal, debido al trabajo asociado de los hombres: aunque no destinadas por el relieve natural del suelo á ser centros, lo son, sin embargo, por la convergencia de los caminos, de los canales, de los ferrocarriles, de las correspondencias y de los cambios intelectuales; porque la geografía no es una cosa inmutable; se hace y se rehace todos los días; á cada instante se modifica por la acción del hombre.

Ya no se habla de César constructor de capitales; grandes capitalistas ó especuladores, presidentes de sindicatos financieros, le han sucedido como fundadores de ciudades. Vense construcciones erigidas en algunos meses sobre una extensión considerable, con un instrumental espléndido, un orden maravilloso, sin que falten escuelas, bibliotecas y museos. Si la elección de lugar es favorable, las nuevas creaciones entran vigorosamente en el movimiento general de la vida, y el Creusot, Crewe, Barrow-on-Furness, Denver, la Plata ocupan un lugar entre los centros de población; pero si el lugar ha sido mal escogido, las ciudades mueren con los intereses particulares que les dieron nacimiento: Cheyenne-City, habiendo cesado de ser la estación final de un ferrocarril, adelanta sus casitas sobre la línea férrea, y Carson-City desaparece cuando se agotan las minas de plata que agruparon los habitantes en aquel horrible desierto. Además, si el capricho del capital trata á veces de fundar ciudades que los intereses generales de la sociedad condenan á perecer, también destruyen numerosos grupos de poblaciones que conservan condiciones de vida. ¿No vemos en los grandes suburbios de algunas ciudades importantes que grandes banqueros y propietarios territoriales aumentan cada año su territorio en centenares de hectáreas, cambiando metódicamente los cultivos en plantaciones ó en parques de faisanes ó de caza mayor, arrasando aldeas y villas para poner en su lugar y á distancias proporcionales algunas casillas de guardas?

Entre las ciudades semi ó completamente ficticias y que no responden á las necesidades reales de las sociedades trabajadoras entregadas á sí mismas, han de contarse también las plazas de guerra, al menos las que hacen construir en nuestros días los grandes Estados

centralizados. Era muy diferente cuando la ciudad contenía toda la tribu ó formaba el núcleo natural de la nación; entonces necesitaba



Cl. P. Sellier.

PARÍS — LA HORA DE LA COMIDA, BARRIO DEL TEMPLE

Cuadro de V. Gilbert.

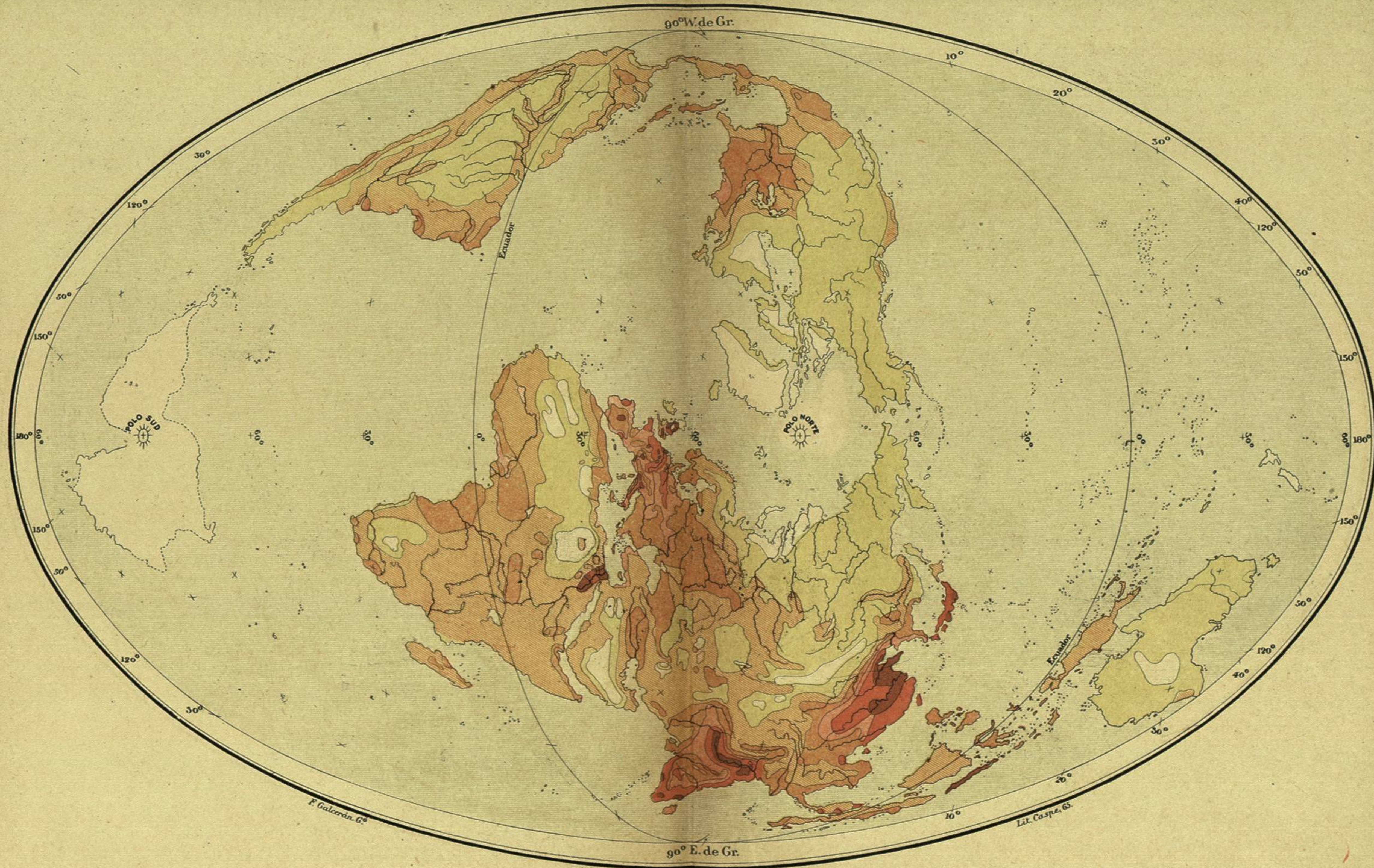
protegerse elevando murallas que contorneaban exactamente el límite de los barrios y elevaban en sus ángulos torres de acecho. En aquella

época, la ciudadela, donde todos los ciudadanos se refugiaban en caso de peligro supremo, lo era el templo, edificado en la cima de la colina guardiana, el monumento consagrado por las estatuas de los dioses. Las ciudades que constituían un organismo doble, como Atenas, Megara y Corinto necesitaban proteger hasta el camino intermediario por largos muros paralelos.

El conjunto de las fortificaciones, explicándose por la naturaleza del suelo, adquiría con el paisaje un aspecto armonioso y pintoresco. Pero en nuestros días de extrema división del trabajo, en que la fuerza militar ha llegado á ser prácticamente independiente de la nación y en que ningún paisano puede entrometerse á dar opiniones estratégicas, la mayor parte de las ciudades fuertes tienen contornos desagradables, sin la menor armonía con las ondulaciones del suelo y que cortan el país en rasgos que ofenden á la vista. A lo menos los ingenieros italianos del Renacimiento, y después Vauban y sus émulos procuraban dibujar el perfil de sus plazas fortificadas siguiendo una simetría perfecta: algunas de esas obras, que tienen el aspecto de cruz de estrellas con radios y gemas, contrastan regularmente por los muros blancos de sus bastiones y reductos con la tranquila placidez de las campiñas frondosas. Pero nuestras plazas modernas no pretenden parecer bellas; no preocupa la belleza á sus constructores. Basta una mirada sobre el plano de las ciudades fortificadas para ver, en efecto, que son feas, repugnantes y en completa discordancia con su medio. Lejos de enlazarse con los contornos del país, ni de prolongar libremente sus brazos por los campos, la plaza de guerra parece amputada de sus miembros, herida en sus órganos esenciales. Obsérvese la triste forma exterior tomada por ciudades como Estrasburgo, Metz y Lille. Esta última ciudad se ha hallado de tal modo estrechada entre sus murallas, que ha debido resurgir, por decirlo así, fuera de la zona de las servidumbres militares. Roubaix y Tourcoing doblan la aglomeración fortificada y en la actualidad se trata de reagrupar los tres elementos en un total armonioso por medio de amplias avenidas.

A pesar de la belleza de algunos edificios, la gracia de sus paseos y el atractivo de su población, París es también una de las ciudades afeadas por el cerco brutal de sus murallas. Desprendida de

REPARTO DE LA POBLACIÓN DEL GLOBO.



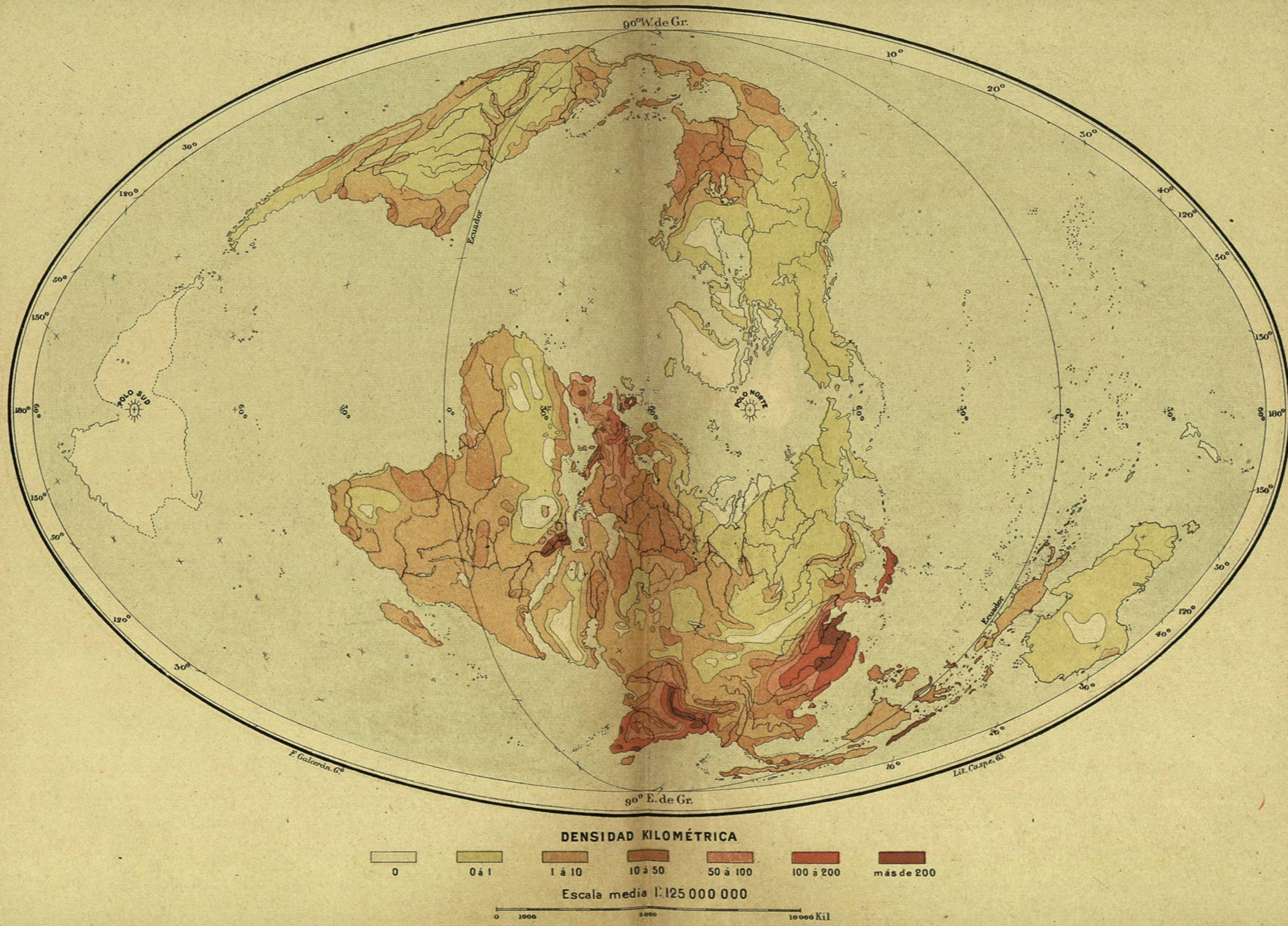
DENSIDAD KILOMÉTRICA

0	0 á 1	1 á 10	10 á 50	50 á 100	100 á 200	más de 200

Escala media 1:125 000 000

0 1000 5000 10000 Kil

REPARTO DE LA POBLACIÓN DEL GLOBO.



ese desagradable óvalo de líneas truncadas, el organismo se hubiera desarrollado de una manera estética y racional, hubiera tomado una figura elegante dada por la vida.

Otra causa de fealdad en nuestras ciudades modernas proviene de la invasión de las grandes industrias manufactureras. Casi cada aglomeración urbana está obscurecida por uno ó varios arrabales



Cl. P. Sellier.

LA CIUDAD DE AIRE SOBRE EL LYS

Aire sufrió varios sitios en los siglos XVII y XVIII; sus fortificaciones perdieron todo su valor hace ya mucho tiempo.

erizados de chimeneas fétidas y atravesados por calles negras: bordéanlas inmensas construcciones, ciegas ó agujereadas por muchas ventanas de pesada simetría. El suelo tiembla bajo el esfuerzo de las máquinas en movimiento, bajo el peso de los camiones y de los trenes de mercancías. ¡Cuántas ciudades existen, sobre todo en la joven América, donde el aire es casi irrespirable, donde todo cuanto alcanza la vista, el suelo, los caminos, las casas, el cielo rezuma el lodo y el carbón! ¡Cómo recordar sin horror y repugnancia una

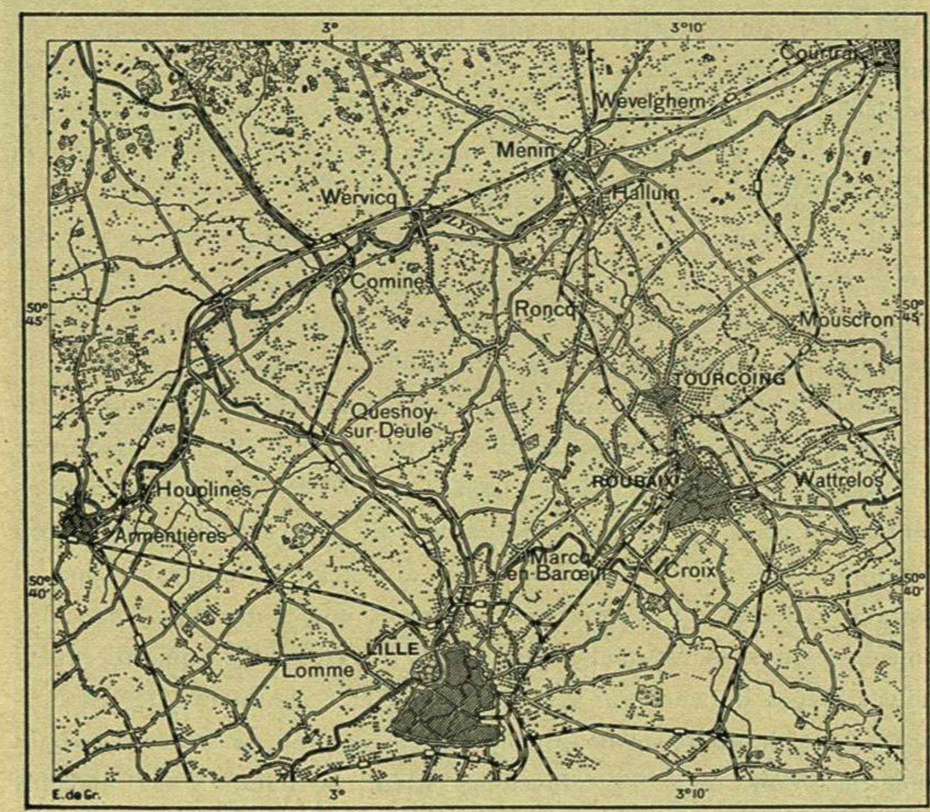
aglomeración minera como aquella interminable y sinuosa Scranton, cuyos setenta mil habitantes no tienen siquiera una hectárea de hierba sucia ni de follaje ennegrecido para consolar los ojos entristecidos por todas las fealdades de la fábrica! Y la enorme Pittsburgo, con su corona semicircular de altos suburbios flamígeros y humeantes, ¿cómo imaginársela bajo una atmósfera más sucia, ya que, según los indígenas, haya ganado en limpieza de las calles y en claridad de los horizontes desde la introducción del gas natural en las fábricas? Otras ciudades, menos negras, son poco menos repulsivas porque las compañías de ferrocarriles se han apoderado de las calles, plazas y paseos, por donde hacen circular sus trenes, causando víctimas á su paso, y molestando con sus silbidos, humaredas y trepidaciones. Algunos de los más bellos sitios de la Tierra han sido deshonrados: en vano tratará de seguir el paseante en Búffalo las márgenes del admirable Niágara, á través de barrancos, cruzamiento de líneas, canales cenagosos, montones de tierra, de basura y de todas las inmundicias de la ciudad.

Una bárbara especulación afea también las calles por las distribuciones del terreno, donde los empresarios construyen grandes barrios combinados de antemano por arquitectos que ni siquiera han visitado el sitio, ni mucho menos se han tomado la molestia de interrogar á los futuros habitantes; aquí construyen una iglesia ojival para los episcopales, allá un edificio romano para los presbiterianos, acullá una especie de panteón para los baptistas; trazan sus calles en cuadros y en losanges, varían caprichosamente el dibujo geométrico de las plazas y el estilo de las casas, conservando religiosamente los sitios más ventajosos para las tiendas de bebidas funestas. Ciudades ficticias, construídas sobre un tipo vulgar que por algún detalle atestigua siempre la insolencia fastuosa de los constructores.

De todos modos, toda ciudad nueva llega pronto, por la misma yuxtaposición de las viviendas, á constituir un organismo colectivo, cada una de cuyas células procura desarrollarse en perfecta salud, primera condición de la salud del conjunto. La historia enseña que las enfermedades de los unos producen las de los otros; por tanto, es peligroso para los palacios dejar que la peste se cebe en los tugurios. Ningún municipio ignora la importancia que tendría un

saneamiento completo de la población por la limpieza de las calles, la apertura de jardines floridos y sombreados por grandes árboles, la desaparición rápida de todas las inmundicias y la difusión del agua pura en abundancia en todos los barrios y en todas las casas. Á

N.° 491. Lille, Roubaix, Tourcoing.



1 : 250 000

0 2 5 10 15 kil.

Todas las ciudades cuyos nombres están indicados tienen lo menos 5,000 habitantes. La densidad de población de este territorio montado sobre la frontera es de unos 1,000 habitantes por kilómetro cuadrado.

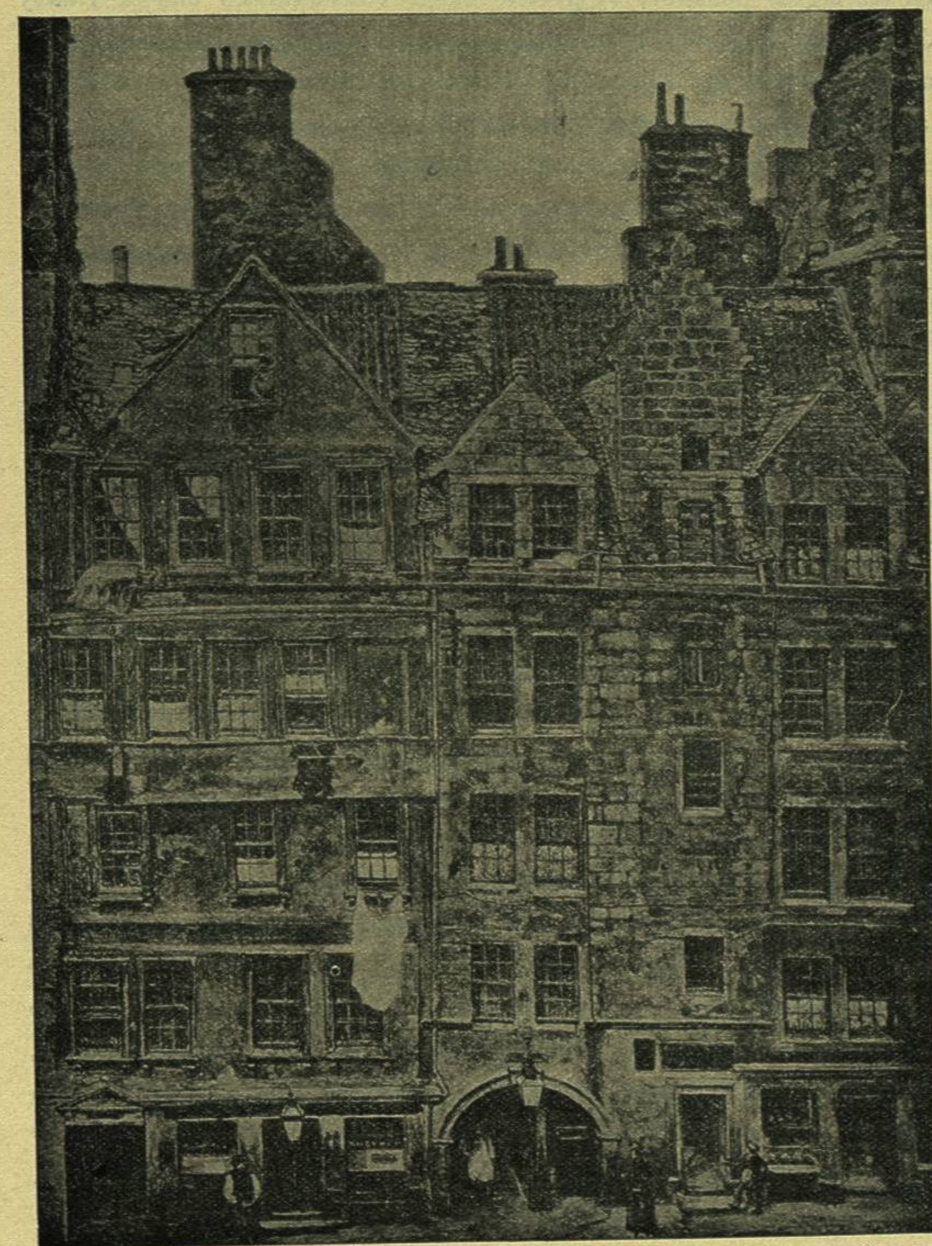
este respecto, las ciudades de los países más adelantados están en rivalidad pacífica para poner en práctica ó ensayar procedimientos particulares de limpieza y de comodidad. Verdad es que las ciudades, como los Estados, tienen gobernantes excitados por el medio mismo á ocuparse principalmente de sus intereses privados; pero

ya es mucho saber lo que conviene hacer para que los organismos urbanos funcionen un día mecánicamente para la adquisición de provisiones, la circulación de las aguas puras, del calor, de la luz, de las fuerzas, del pensamiento, la repartición constante de los instrumentos y la expulsión de las materias que han llegado á ser inútiles ó funestas. Ese ideal está todavía muy lejos de ser realizado; al menos, muchas ciudades han llegado ya á ser bastante salubres para que la vida media sea más elevada que la de muchas poblaciones rurales, cuyos habitantes aspiran continuamente el hedor de muladares y basureros y han quedado en la ignorancia primitiva de toda higiene.

La conciencia de la vida urbana se manifiesta también por las preocupaciones de arte. Como la antigua Atenas, como Florencia, Nürnberg y las demás ciudades libres de la Edad Media, cada una de nuestras ciudades modernas se empeña en embellecerse: hasta la villa más humilde se da un campanario, una columna ó una fuente esculpida. Arte muy triste y pesado en general el manipulado por profesores titulares, bajo la vigilancia de una comisión de incompetentes, tan presuntuosa como ignorante. El arte verdadero es siempre espontáneo y no se acomoda á las alineaciones impuestas por el trazado callejero. Los hombres mezquinos que tanto abundan en los consejos municipales, suelen proceder á la manera de aquellos Mummius capaces de encargar á sus soldados la restauración de los cuadros deteriorados; se imaginan que alcanzarán la belleza por la simetría y que unas reproducciones idénticas darán á sus ciudades obras como el Parthenon ó como la iglesia de San Marcos. ¿No tenemos en Europa una ciudad, cuyas mismas construcciones la hacen vulgar por excelencia, la extensa Munich, que contiene tantas y tan escrupulosas imitaciones de monumentos griegos y bizantinos, obras maestras á las que faltan el medio, el aire, el suelo y los hombres?

Aunque los copistas logren la reproducción de monumentos en todo exactos á los que les han servido de modelos, no dejarán de producir un trabajo contra la Naturaleza, porque un edificio no se comprende sin las condiciones de espacio y de tiempo que lo han producido. Cada ciudad tiene su vida propia, sus rasgos, su fisonomía particular: ¡con qué veneración se aproximarían á ella los

constructores! ¡Es un atentado contra la personalidad colectiva constituída por la ciudad quitarle su originalidad para erizarla de cons-



Cl. B. Home.

CASAS VIEJAS DE LA HIGH-STREET EN EDIMBURGO

trucciones vulgares ó de monumentos contradictorios con su carácter actual ó con su pasado! El gran arte consiste en transformar la

ciudad nueva para adaptarla á las necesidades del trabajo moderno, conservando todo lo que tuvo de pintoresco, de curioso ó de bello en los siglos pasados; es preciso saber conservar en ella la vida y darle la salubridad y la utilidad perfectas, del mismo modo que unas manos piadosas restablecen la salud de un enfermo. Así es como en la ciudad de Edimburgo unos hombres inteligentes, á la vez artistas y sabios, emprendieron la restauración de la admirable calle de High-Street, que desciende de la fortaleza al palacio de Holyrood, uniendo las dos células principales de la antigua ciudad. Abandonada repentinamente, cuando la marcha á Inglaterra del rey Jacobo, por los parásitos de la corte, chambelanes, militares, hombres de placer, proveedores y hombres de ley, esta avenida de casas ricas cambió de habitantes; los pobres hicieron de ellas su vivienda, acomodando lo mejor posible las grandes salas, dividiéndolas por medio de tabiques groseros. Dos siglos después de la deserción de aquella calle, se había convertido en un conjunto de caserones con patios nauseabundos, de rincones invadidos por las fiebres: la población, vestida con harapos insanos, siempre manchados de lodo, se componía en gran parte de enfermizos, escrofulosos y anémicos. A los vicios elegantes de la corte habían sucedido los vicios con toda su pública repugnancia. Contra esas horribles sentinas dirigieron sus ataques los restauradores, transformando gradualmente cada casa, restableciendo las escaleras de anchas rampas y las salas de chimeneas monumentales, introduciendo en todas partes grandes oleadas de aire puro y de luz, á la vez que conducían agua abundante al último desván y colocaban bajo-relieves y adornos en las desnudas paredes del edificio. Lo pintoresco de las construcciones se conservó con respeto y hasta se aumentó con torres, azoteas y miradores, despojado todo del horrible acompañamiento de la basura y de la hediondez; la calle, antes repugnante y sucia, está ahora limpia y ostenta en sus balcones flores y follaje, lo mismo que, en un jardín, la flor brota del pie de la rama primera cuando un trastorno violento ha conmovido el suelo que le sustenta.

Pero en una sociedad donde los hombres no tienen el pan seguro, donde los miserables y hasta los hambrientos constituyen todavía una gran proporción entre los habitantes de cada gran ciudad, la

reforma de los barrios insalubres no pasa de ser un bien á medias, porque los desgraciados que los habitaban se ven expulsados de sus antiguos tugurios y forzosamente han de buscar otros en los suburbios adonde llevarán sus emanaciones ponzoñosas. Por excepcionalmente ilustrados y de gusto perfecto que sean los ediles de una ciudad, aunque cada restauración ó reconstrucción de edificio se hiciera de una manera irreprochable, no dejarían de ofrecer todas nuestras ciudades el penoso y fatal contraste del lujo y de la miseria, consecuencia necesaria de la desigualdad, de la hostilidad, que cortan en dos el cuerpo social. Los barrios suntuosos, insolentes, tienen como contraste unas casas mezquinas, que ocultan tras sus paredes exteriores, bajas y desniveladas, patios húmedos, con un pavimento formado de mezclas solidificadas de toda clase de suciedades. Hasta en las ciudades cuyos administradores procuran ocultar hipócritamente todos los horrores, cubriéndolos con exterioridades decentes y blanqueadas, la miseria rezuma sin remedio: se siente que allí detrás cumple la muerte su obra más cruelmente que donde no hay hipócritas ocultaciones. ¿Cuál es, entre nuestras ciudades modernas, la que no tiene su *White-Chapel* y su *Mile-End road?* Por bella, por grandiosa que pueda ser en su conjunto una aglomeración urbana, siempre tiene sus vicios aparentes ó secretos, su tara, su enfermedad crónica, que conduce irrevocablemente á la muerte si no se logra restablecer la libre circulación de una sangre pura en todo el organismo.

¡Cuántas ciudades están todavía muy lejos del tipo de salubridad y de estética futuras! Un diagrama, publicado en el anuario de Petersburgo para el año 1892, da un notable ejemplo del consumo de vidas humanas de aquella capital: partiendo del año 1754, época en que la población de Petersburgo era de 150,000 individuos, la curva de acrecentamiento se eleva en 126 años á 950,000 personas, en tanto que la curva de población hipotética, calculada según la mortalidad y sin contar los inmigrantes, desciende á 50,000 bajo cero. La natalidad no llega á exceder algo de la mortalidad hasta 1885, año de la gran limpieza. ¡Cuántas ciudades en el mundo, como Budapest, Lima, Rio de Janeiro, estarían en vía de ruina rápida si no vinieran los campesinos á llenar los huecos dejados por los muertos! Si los Parisienses se extinguen al cabo de dos ó tres

ciudad nueva para adaptarla á las necesidades del trabajo moderno, conservando todo lo que tuvo de pintoresco, de curioso ó de bello en los siglos pasados; es preciso saber conservar en ella la vida y darle la salubridad y la utilidad perfectas, del mismo modo que unas manos piadosas restablecen la salud de un enfermo. Así es como en la ciudad de Edimburgo unos hombres inteligentes, á la vez artistas y sabios, emprendieron la restauración de la admirable calle de High-Street, que desciende de la fortaleza al palacio de Holyrood, uniendo las dos células principales de la antigua ciudad. Abandonada repentinamente, cuando la marcha á Inglaterra del rey Jacobo, por los parásitos de la corte, chambelanes, militares, hombres de placer, proveedores y hombres de ley, esta avenida de casas ricas cambió de habitantes; los pobres hicieron de ellas su vivienda, acomodando lo mejor posible las grandes salas, dividiéndolas por medio de tabiques groseros. Dos siglos después de la deserción de aquella calle, se había convertido en un conjunto de caserones con patios nauseabundos, de rincones invadidos por las fiebres: la población, vestida con harapos insanos, siempre manchados de lodo, se componía en gran parte de enfermizos, escrofulosos y anémicos. A los vicios elegantes de la corte habían sucedido los vicios con toda su pública repugnancia. Contra esas horribles sentinas dirigieron sus ataques los restauradores, transformando gradualmente cada casa, restableciendo las escaleras de anchas rampas y las salas de chimeneas monumentales, introduciendo en todas partes grandes oleadas de aire puro y de luz, á la vez que conducían agua abundante al último desván y colocaban bajo-relieves y adornos en las desnudas paredes del edificio. Lo pintoresco de las construcciones se conservó con respeto y hasta se aumentó con torres, azoteas y miradores, despojado todo del horrible acompañamiento de la basura y de la hediondez; la calle, antes repugnante y sucia, está ahora limpia y ostenta en sus balcones flores y follaje, lo mismo que, en un jardín, la flor brota del pie de la rama primera cuando un trastorno violento ha conmovido el suelo que le sustenta.

Pero en una sociedad donde los hombres no tienen el pan seguro, donde los miserables y hasta los hambrientos constituyen todavía una gran proporción entre los habitantes de cada gran ciudad, la

reforma de los barrios insalubres no pasa de ser un bien á medias, porque los desgraciados que los habitaban se ven expulsados de sus antiguos tugurios y forzosamente han de buscar otros en los suburbios adonde llevarán sus emanaciones ponzoñosas. Por excepcionalmente ilustrados y de gusto perfecto que sean los ediles de una ciudad, aunque cada restauración ó reconstrucción de edificio se hiciera de una manera irreprochable, no dejarían de ofrecer todas nuestras ciudades el penoso y fatal contraste del lujo y de la miseria, consecuencia necesaria de la desigualdad, de la hostilidad, que cortan en dos el cuerpo social. Los barrios suntuosos, insolentes, tienen como contraste unas casas mezquinas, que ocultan tras sus paredes exteriores, bajas y desniveladas, patios húmedos, con un pavimento formado de mezclas solidificadas de toda clase de suciedades. Hasta en las ciudades cuyos administradores procuran ocultar hipócritamente todos los horrores, cubriéndolos con exterioridades decentes y blanqueadas, la miseria rezuma sin remedio: se siente que allí detrás cumple la muerte su obra más cruelmente que donde no hay hipócritas ocultaciones. ¿Cuál es, entre nuestras ciudades modernas, la que no tiene su *White-Chapel* y su *Mile-End road?* Por bella, por grandiosa que pueda ser en su conjunto una aglomeración urbana, siempre tiene sus vicios aparentes ó secretos, su tara, su enfermedad crónica, que conduce irrevocablemente á la muerte si no se logra restablecer la libre circulación de una sangre pura en todo el organismo.

¡Cuántas ciudades están todavía muy lejos del tipo de salubridad y de estética futuras! Un diagrama, publicado en el anuario de Petersburgo para el año 1892, da un notable ejemplo del consumo de vidas humanas de aquella capital: partiendo del año 1754, época en que la población de Petersburgo era de 150,000 individuos, la curva de acrecentamiento se eleva en 126 años á 950,000 personas, en tanto que la curva de población hipotética, calculada según la mortalidad y sin contar los inmigrantes, desciende á 50,000 bajo cero. La natalidad no llega á exceder algo de la mortalidad hasta 1885, año de la gran limpieza. ¡Cuántas ciudades en el mundo, como Budapest, Lima, Rio de Janeiro, estarían en vía de ruina rápida si no vinieran los campesinos á llenar los huecos dejados por los muertos! Si los Parisienses se extinguen al cabo de dos ó tres

generaciones, cúlpese al olor pernicioso de la ciudad; si los Judíos polacos son declarados inútiles como reclutas en mayor número que los jóvenes de otras nacionalidades, cúlpese á las ciudades en que vegetan pobremente en el *ghetto*.

¡Cuántas aglomeraciones existen cuyo cielo parece un velo funerario! Penetrando en una ciudad ahumada, Manchester, Seraing, Essen, El Creusot ó Pittsburgo, se ve que las obras de los liliputienses humanos empañan la luz, profanan la hermosura de la Naturaleza. Una cantidad de carbón escapada á la combustión, formando un velo continuo de una fracción de milímetro de espesor [1], basta, sobre todo unida á la niebla, para contrabalancear la luz solar. La atmósfera opaca que á veces pesa sobre Londres es justificadamente célebre.

Además del problema del humo, fácil de resolver, el saneamiento de los centros urbanos suscita otros muchos. El sistema de evacuación de las aguas sucias y de la basura casera, la clarificación de las aguas de cloaca, sea por procedimientos químicos, sea por su empleo racional en agricultura, distan mucho de haber recibido soluciones satisfactorias ó aceptadas y no pocos municipios ni siquiera piensan en tales asuntos. La elección de un suelo firme para el tránsito rodado que no dé polvo ni lodo, y la organización eficaz de los transportes en común tienen también su influencia sobre la salud general.

Numerosos indicios demuestran que el movimiento de flujo que lleva hacia las ciudades la población de los campos puede detenerse y aun transformarse en un movimiento de reflujo. En primer lugar, la carestía de alquileres urbanos conduce naturalmente á los trabajadores á fijar su residencia en los suburbios, y los jefes de industria tienen interés en favorecer el exodo, puesto que ha de producir la baja en los precios de la mano de obra. La bicicleta, los tranvías de servicio matinal y los trenes obreros han permitido á miles de trabajadores y empleados de corto sueldo alojarse con alguna ventaja pecuniaria en un aire menos cargado de ácido carbónico. Debido á esa facilidad, en Bélgica, los municipios rurales de muchos

[1] Ch. Dufour, *Bulletin de la Soc. Vaudoise des Sciences Naturelles*, Junio-Septiembre 1895, p. 145.

distritos han conservado su población gracias á la extensión de los «cupones semanales». En 1900 no se contaban menos de 150,000 obreros que residían por la noche y el domingo en su pueblo y cada día de la semana iban á trabajar hasta 50 kilómetros de distancia, — mediante el abono semanal de 2'25 francos, — en una fábrica ó manufactura de alguna ciudad lejana. Pero tal solución es bastarda,



CASAS DE BOURNEVILLE
Villa industrial de los contornos de Manchester.

porque el jefe de familia se agota en largos trayectos, en malas comidas, en cortos reposos nocturnos, aparte de que el saneamiento de las villas suscita los mismos problemas que el de las ciudades [1].

Más aún: la electricidad suministrada por el agua corriente, tiende á reemplazar al carbón y á dispersar las fábricas á lo largo de los ríos. Así se ha visto la ciudad de Lyon, á pesar de su potencia de atracción por el trabajo y el florecimiento artístico, disminuir en muchos miles anuales el número de habitantes, no por

[1] Emile Vandervelde, *L'Exode rural*.

falta de prosperidad, sino al contrario, porque sus ricos tejedores y otros industriales habían extendido su dominio de actividad por los departamentos vecinos hasta los Alpes, en busca de cascadas ó rápidos que les suministraran la fuerza motriz necesaria.

Considerándolo bien, toda cuestión de utilidad se confunde con la misma cuestión social. ¿Llegarán todos los hombres sin excepción á respirar el aire en cantidad suficiente, á gozar plenamente de la luz del sol, á disfrutar la belleza de la frondosidad de los árboles y del perfume de las flores, á alimentar suficientemente su familia libre del temor de que le falte el pan? Pues en este caso, y únicamente de ese modo, podrán las ciudades realizar su ideal y transformarse en absoluta conformidad con las necesidades y los placeres de todos, convirtiéndose en cuerpos orgánicos perfectamente sanos y bellos.



BARRIO OBRERO EN MANCHESTER
Tipo de los *slums* ingleses.

Á ese programa pretende responder la ciudad-jardín. Y efectivamente, industriales inteligentes y arquitectos innovadores han logrado crear en Inglaterra, donde el tugurio urbano era de lo más repugnante, cierto número de centros en condiciones tan perfectamente sanas para el pobre como para el rico. Port-Sunlight, Bourneville y Letchworth contrastan felizmente con los *slums* de Liverpool, de Manchester y otras ciudades análogas, y las tablas de mortalidad de esas localidades rivalizan por la pequeñez de sus cifras con las de los barrios más suntuosos de nuestras capitales — 10 ó 12 defunciones anuales por 1,000 habitantes; — pero resulta que siempre son privilegiados los que habitan las ciudades jardines, y la buena voluntad de los filántropos no basta para conjurar las consecuencias del antagonismo que existe entre el Capital y el Trabajo.

No es indispensable recurrir á esas creaciones de nuestra época para encontrar notables pruebas del anhelo de belleza que sentían algunas ciudades antiguas, el cual únicamente se satisface por la formación de un conjunto armónico. Pueden citarse especialmente las municipalidades de los Polabos, gentes de origen eslavo que viven en la cuenca del Jeetze, afluente hanoveriano del Elba. Allí están todas las casas dispuestas á distancias proporcionadas alrededor de una gran plaza ovalada, en la cual se hallan un pequeño estanque, un bosque de encinas ó de tilos, algunas mesas y asientos de piedra; cada vivienda dominada por un alto caballete, vuelve su fachada hacia la plaza y presenta sobre su puerta una inscripción biográfica y moral. La verdura de los jardines exteriores se desarrolla en un hermoso círculo de árboles únicamente interrumpido por el camino que une la plaza á la carretera general; sobre esa línea de unión con las otras villas se han construído la iglesia, la escuela y la posada [1].



CASA OBRERA EN LETCHWORTH
Nueva ciudad-jardín á 50 kilómetros de Londres.

De tal modo se halla concentrada la población en algunas grandes ciudades, que excede de 1,000 habitantes por hectárea, especialmente en algunos barrios de París; en Praga se estrechan más aún las multitudes; en New-York, en 1896, la pululación de los seres humanos alcanzó su mayor densidad, 1,860 individuos por hectárea

[1] Dr. Tetzner, *Globus*, 7 Abril 1900.

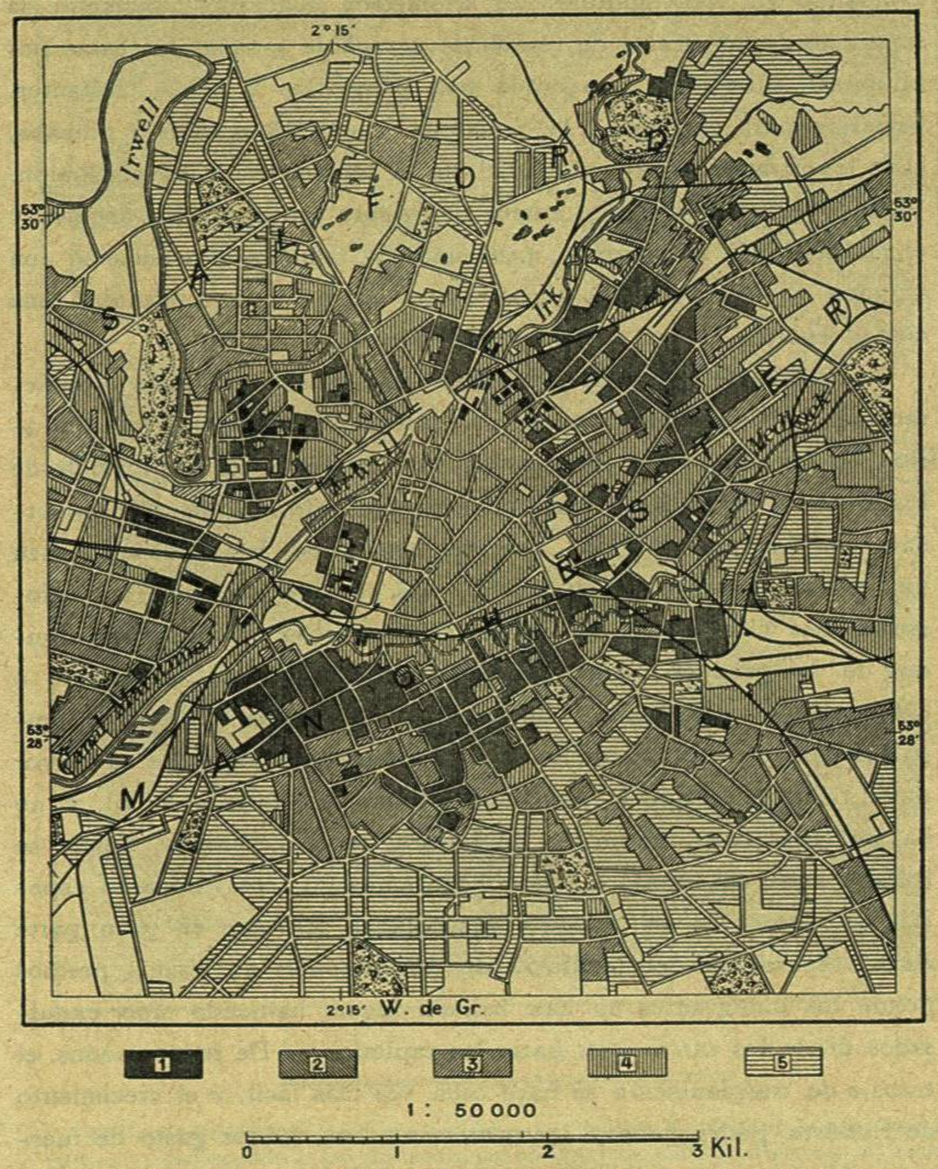
en una extensión de 130 hectáreas [1]. Alrededor de las ciudades que el ramo de guerra no ha rodeado de una marca prohibida á la edificación, la campiña se cubre de quintas y de casas. Atraídos hacia lo que es su centro natural, los agricultores se aproximan cada vez más al macizo continuo de construcciones y forman en su contorno un anillo de población densa; obligados, en consecuencia, á contentarse con menor espacio para su habitación y sus cultivos, se entregan á un trabajo más intenso: de pastores se hacen labradores, y de labradores se hacen hortelanos: los mapas demográficos manifiestan bien ese fenómeno de la repartición anular de los campesinos transformándose en horticultores. Así la ciudad de Bayreuth está ceñida de una zona donde la densidad de la población es de 109 habitantes por kilómetro cuadrado; alrededor de Bamberg, la densidad kilométrica alcanza la cifra de 180 individuos, y el terreno sobre que se ha reunido aquella multitud era en su origen de escasísimo valor; mezcla de arena y de turba, sólo convenía antes al crecimiento de las coníferas: actualmente se halla transformado en un suelo incomparable para la horticultura [2]. En la región mediterránea sucede que el amor á la ciudad, en lugar de poblar la campiña de suburbio, la despuebla por el contrario. El gran privilegio de poder discutir los intereses públicos ha cambiado por tradición todo el mundo en ciudadanos. El llamamiento de la agora como en Grecia, de la vida municipal como en Italia, atrae á los habitantes hacia la plaza central donde se debaten los asuntos comunes, más aún en los paseos públicos que entre las sonoras paredes de la casa de la ciudad. Así en Provenza, el pequeño propietario, en vez de habitar en sus campos, permanece siendo ante todo un «urbano» inveterado. Aunque posee su casa de campo, no se instala en aquella vivienda rural, sino que reside en la ciudad, desde donde puede ir, paseándose por el camino que forma la línea de unión, á visitar sus árboles frutales y á recoger la cosecha. Los trabajos del campo son para él cosa secundaria [3].

Por un movimiento de reacción muy natural contra el espan-

[1] Lawrence Corthell, *Revue Scientifique*, 27 Junio 1896, p. 815.
[2] Chr. Sandler, *Volks-Karten*, p. 1.
[3] Edmond Demolins, *Les Français d'aujourd'hui*, ps. 106, 107.

toso consumo de hombres, el envilecimiento de los caracteres y la corrupción de tantas almas cándidas que se mezclan y confunden en

N.º 492. Slums de Manchester y Salford.



Según los trabajos de T. R. Marr, *Housing conditions in Manchester and Salford*, los cuadros negros de casas ó cubiertos de los rayados 1 y 2 deben desaparecer á causa de sus deplorables condiciones higiénicas. Las demás habitaciones son relativamente sanas.

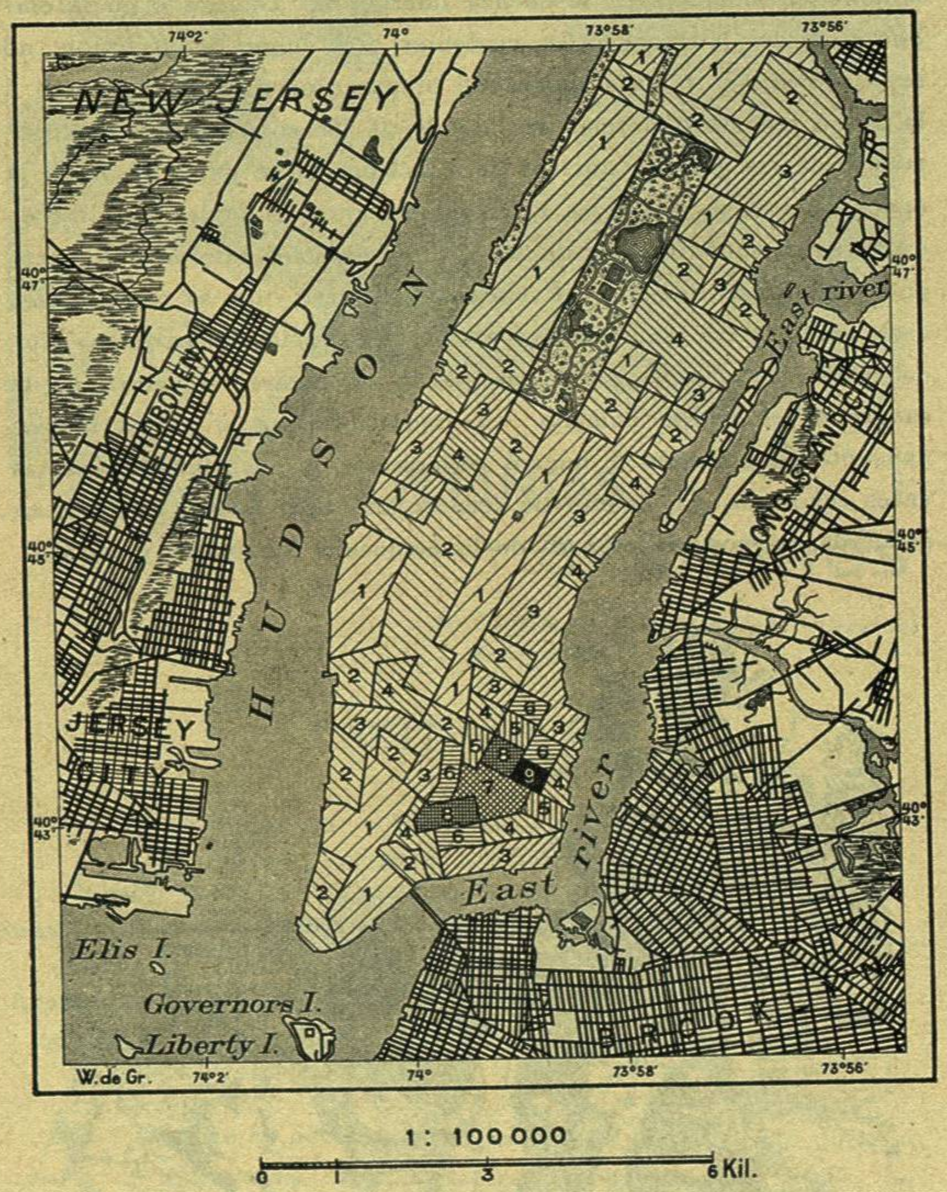
la «cuba infernal», algunos reformadores piden la destrucción de las ciudades, la vuelta voluntaria de la población hacia la campiña. No

hay duda que en una sociedad consciente, que quisiera resueltamente el renacimiento de la humanidad por la vida de los campos, esa revolución sin precedente sería estrictamente posible, puesto que evaluando en cien millones de kilómetros cuadrados solamente la superficie de las tierras de residencia agradable y sana, dos casas por kilómetro cuadrado, capaz cada una para siete ú ocho habitantes, bastarían para albergar á la humanidad; pero la naturaleza humana, cuya ley primera es la sociabilidad, no se acomodaría á esa dispersión. Verdad es que necesita el rumor del viento que agita los árboles y el murmullo de los arroyos, pero necesita también la asociación con algunos y con todos: el globo entero es para la humanidad una ciudad enorme, única que puede satisfacerle.

Actualmente nada hace presumir que esas prodigiosas aglomeraciones hayan alcanzado su mayor extensión imaginable; al contrario: en los países de colonización nueva, donde la agrupación de los hombres se ha hecho espontáneamente, de manera que concordara con los gustos y los intereses modernos, las ciudades tienen una población proporcional mucho más considerable que las aglomeraciones urbanas de las envejecidas comarcas de Europa, y algunos de los grandes núcleos de atracción tienen más del cuarto ó del tercio, á veces hasta la mitad de los habitantes del país. Comparada con el conjunto de su círculo atractivo, Melbourne es mayor que Londres, porque la población circundante es más móvil, y no ha de arrancarse, como en Inglaterra, de los campos, donde se hallaba arraigada durante siglos. Sin embargo, ese fenómeno especial de plétora en las ciudades australianas proviene en gran parte de la repartición del territorio de las campiñas en vastos predios donde los inmigrantes no han hallado lugar, habiendo sido expulsados desde los *latifundios* hacia las capitales [1]. De todos modos, el trabajo de trasplantación se hace cada vez más fácil, y el crecimiento de Londres podrá hacerse incesantemente con menor gasto de fuerzas. Al principio del siglo XX, esta ciudad apenas consta de un séptimo de la población de las islas Británicas; no es imposible que adquiera también el tercio ó el cuarto de los habitantes del

[1] J. Denain-Darrays, *Questions diplomatiques et coloniales*, 1.° Febrero 1903.

N.° 493. Barrios de New-York.
(Véase pág. 395)



En la ciudad de New-York, los rayados 1 á 9 indican la densidad de población por barrios; 1 corresponde á 250-500 habitantes por hectárea, y así sucesivamente por aumentos de 250; la cifra 9 á 2,250-2,500 por hectárea.

país, con mayor motivo si se considera que Londres no es solamente el centro atractivo de la Gran Bretaña y de Irlanda, sino que es también el principal mercado de Europa y de una gran parte

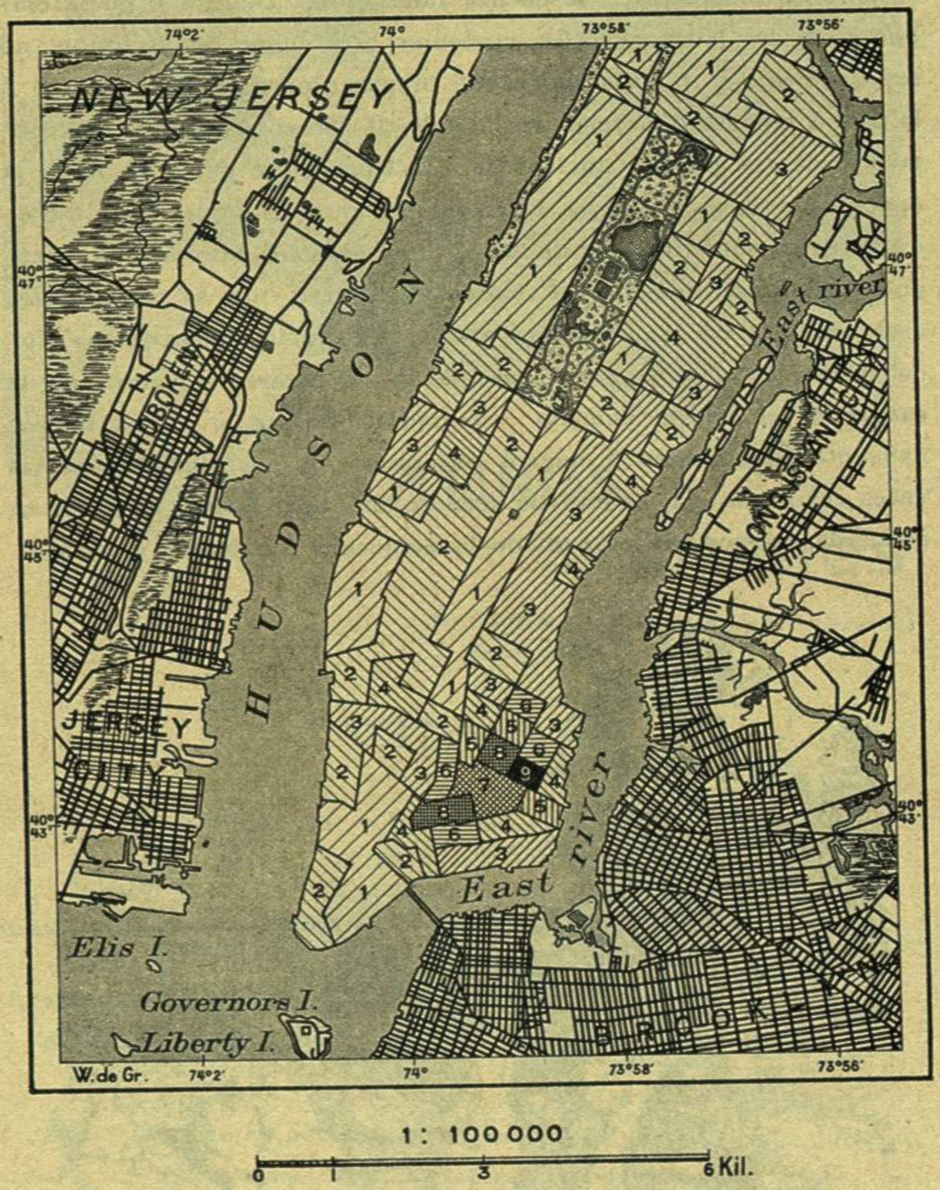
hay duda que en una sociedad consciente, que quisiera resueltamente el renacimiento de la humanidad por la vida de los campos, esa revolución sin precedente sería estrictamente posible, puesto que evaluando en cien millones de kilómetros cuadrados solamente la superficie de las tierras de residencia agradable y sana, dos casas por kilómetro cuadrado, capaz cada una para siete ú ocho habitantes, bastarían para albergar á la humanidad; pero la naturaleza humana, cuya ley primera es la sociabilidad, no se acomodaría á esa dispersión. Verdad es que necesita el rumor del viento que agita los árboles y el murmullo de los arroyos, pero necesita también la asociación con algunos y con todos: el globo entero es para la humanidad una ciudad enorme, única que puede satisfacerle.

Actualmente nada hace presumir que esas prodigiosas aglomeraciones hayan alcanzado su mayor extensión imaginable; al contrario: en los países de colonización nueva, donde la agrupación de los hombres se ha hecho espontáneamente, de manera que concordara con los gustos y los intereses modernos, las ciudades tienen una población proporcional mucho más considerable que las aglomeraciones urbanas de las envejecidas comarcas de Europa, y algunos de los grandes núcleos de atracción tienen más del cuarto ó del tercio, á veces hasta la mitad de los habitantes del país. Comparada con el conjunto de su círculo atractivo, Melbourne es mayor que Londres, porque la población circundante es más móvil, y no ha de arrancarse, como en Inglaterra, de los campos, donde se hallaba arraigada durante siglos. Sin embargo, ese fenómeno especial de plétora en las ciudades australianas proviene en gran parte de la repartición del territorio de las campiñas en vastos predios donde los inmigrantes no han hallado lugar, habiendo sido expulsados desde los *latifundios* hacia las capitales [1]. De todos modos, el trabajo de trasplantación se hace cada vez más fácil, y el crecimiento de Londres podrá hacerse incesantemente con menor gasto de fuerzas. Al principio del siglo XX, esta ciudad apenas consta de un séptimo de la población de las islas Británicas; no es imposible que adquiera también el tercio ó el cuarto de los habitantes del

[1] J. Denain-Darrays, *Questions diplomatiques et coloniales*, 1.° Febrero 1903.

N.° 493. Barrios de New-York.

(Véase pág. 395)

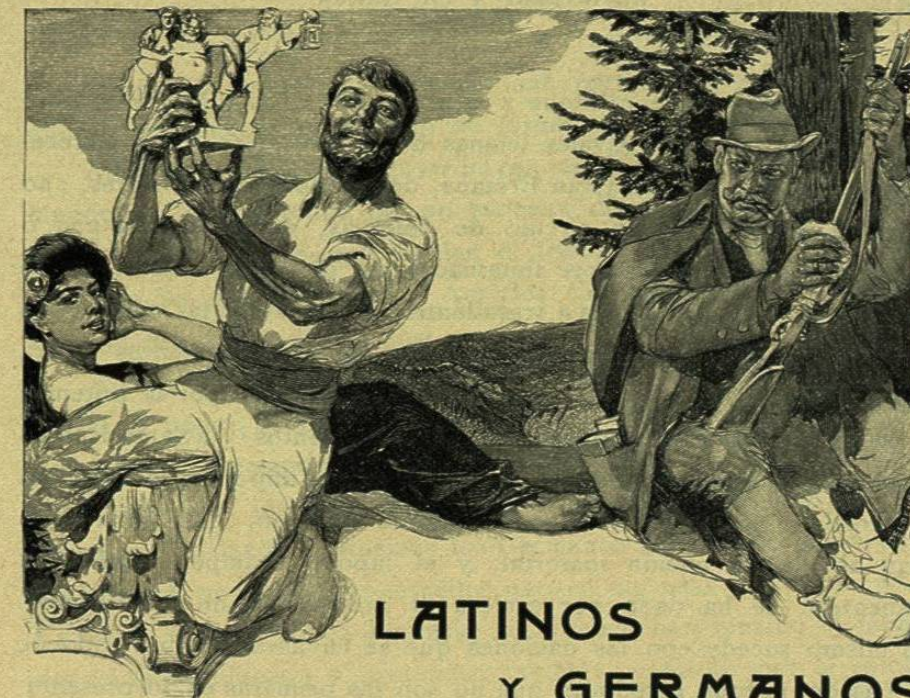


En la ciudad de New-York, los rayados 1 á 9 indican la densidad de población por barrios; 1 corresponde á 250-500 habitantes por hectárea, y así sucesivamente por aumentos de 250; la cifra 9 á 2,250-2,500 por hectárea.

país, con mayor motivo si se considera que Londres no es solamente el centro atractivo de la Gran Bretaña y de Irlanda, sino que es también el principal mercado de Europa y de una gran parte

del mundo colonial. Una aglomeración próxima de diez, de veinte millones de hombres en la cuenca inferior del Támesis ó en la embocadura del Hudson, ó en cualquier otro lugar de atracción, no sería imposible, y hasta hemos de prepararnos á esta idea como á la de un fenómeno normal de la vida de las sociedades. El crecimiento de los grandes núcleos de atracción no se detendrá hasta la época en que se establezca el equilibrio entre el poder atractivo de cada centro sobre los habitantes de los espacios intermedios; pero entonces no se detendrá el movimiento, sino que se transformará cada vez más en ese incesante cambio de población entre las ciudades que se observa ya y que puede compararse al vaivén de la sangre en el cuerpo humano. Es indudable que el nuevo funcionamiento dará origen á nuevos organismos, y las ciudades, tantas veces renovadas ya, habrán de renacer aún bajo nuevos aspectos en concordancia con el conjunto de la evolución económica y social.





LATINOS Y GERMANOS

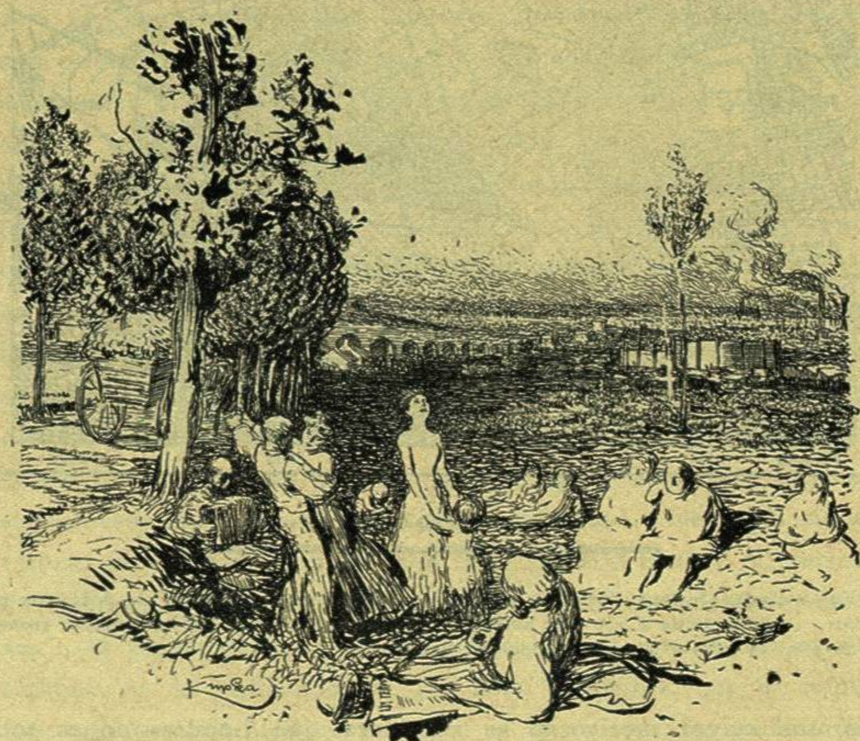
La Historia no ha desertado de las riberas del Mediterráneo.

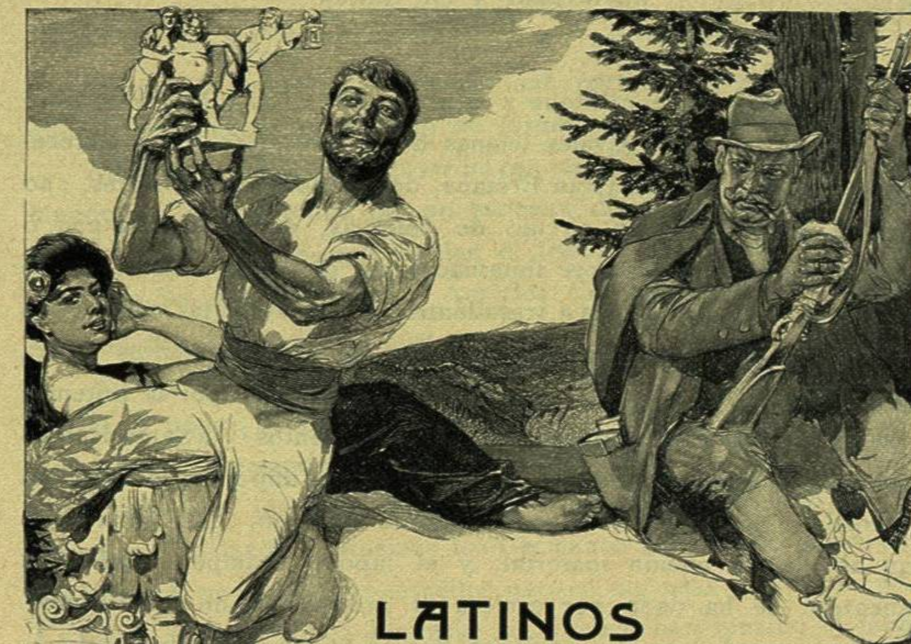
CAPÍTULO III

Vanidades nacionales. — Latinos. — Oriente mediterráneo.
El hombre enfermo. — Grecia. — Italia.
Península Ibérica.
Francia: sus colonias, el proceso Dreyfus, París y la Provincia.
Oligantropía. — África Menor. — Marruecos y Sahara.
Alemania: sus defensas marítimas, la navegación interior.
Austria-Hungría. — Bélgica. — Holanda. — Escandinavia.

Así como el individuo, en su pasión instintiva de durar á todo trance, rechaza la idea de la muerte y suscita en su imaginación el sueño de la inmortalidad personal, las naciones tampoco quieren admitir que puedan desaparecer: los cambios inevitables, revoluciones y catástrofes, quieren que respeten su existencia. No sólo querrían las naciones continuar viviendo, sino que pretenden tener la primacía, si no en todo, á lo menos en algo que las clasifique en la primera categoría. Suele aceptarse irónica-

del mundo colonial. Una aglomeración próxima de diez, de veinte millones de hombres en la cuenca inferior del Támesis ó en la embocadura del Hudson, ó en cualquier otro lugar de atracción, no sería imposible, y hasta hemos de prepararnos á esta idea como á la de un fenómeno normal de la vida de las sociedades. El crecimiento de los grandes núcleos de atracción no se detendrá hasta la época en que se establezca el equilibrio entre el poder atractivo de cada centro sobre los habitantes de los espacios intermedios; pero entonces no se detendrá el movimiento, sino que se transformará cada vez más en ese incesante cambio de población entre las ciudades que se observa ya y que puede compararse al vaivén de la sangre en el cuerpo humano. Es indudable que el nuevo funcionamiento dará origen á nuevos organismos, y las ciudades, tantas veces renovadas ya, habrán de renacer aún bajo nuevos aspectos en concordancia con el conjunto de la evolución económica y social.





LATINOS Y GERMANOS

La Historia no ha desertado de las riberas del Mediterráneo.

CAPÍTULO III

Vanidades nacionales. — Latinos. — Oriente mediterráneo.
El hombre enfermo. — Grecia. — Italia.
Península Ibérica.
Francia: sus colonias, el proceso Dreyfus, París y la Provincia.
Oligantropía. — África Menor. — Marruecos y Sahara.
Alemania: sus defensas marítimas, la navegación interior.
Austria-Hungría. — Bélgica. — Holanda. — Escandinavia.

Así como el individuo, en su pasión instintiva de durar á todo trance, rechaza la idea de la muerte y suscita en su imaginación el sueño de la inmortalidad personal, las naciones tampoco quieren admitir que puedan desaparecer: los cambios inevitables, revoluciones y catástrofes, quieren que respeten su existencia. No sólo querrían las naciones continuar viviendo, sino que pretenden tener la primacía, si no en todo, á lo menos en algo que las clasifique en la primera categoría. Suele aceptarse irónica-

mente que Francia se califique á sí misma de «Gran Nación», pero ¿cuál de sus vecinas ó rivales lejanas no se considera como merecedora de ese título? La Gran Bretaña, dominadora de los mares, ¿no rodea el mundo con un círculo de colonias, de las cuales una ó varias á la vez están siempre iluminadas por el sol en el zenit? ¿No se alaba la «Anglo-Sajonia» trasatlántica de ser entre las naciones la más audaz é ingeniosa y la más apta para los descubrimientos y para el progreso? ¿No se considera Alemania la primera por la potencia de su genio y por la amplitud de sus pensamientos? «Santa Rusia» se intitula la gran devoradora de reinos y de imperios, la heredera universal de todos los Estados del Mundo Antiguo. La China es la gran abuela, la nación inmortal, y el Japón, el imperio del «Sol Naciente», se ha dado por carrera la inmensidad de los tiempos. Lo mismo sucede con las naciones que se envanecen sobre todo de su pasado, porque reconocen que no son las primeras en lo presente. Grecia se enorgullece de ser el país de Platón y de Aristóteles, de Herodoto y de Tucídides, de Esquilo y de Sófocles, de Apeles y de Fidias, en tanto que Roma habla de su antiguo imperio sobre el mundo entonces conocido y de que gobierna todavía en muchos países por su lengua, su espíritu, su religión, su moral y sus leyes. Por último, los más pequeños Estados creen tener al menos una superioridad, y con sinceridad harto cándida, por ejemplo, los Suizos, en sus fiestas nacionales celebran sus virtudes, y hasta el pueblo errante de los Judíos, llevando su patria en la suela de los zapatos, se proclama el «Elegido de Dios».

Para dar más cuerpo á sus reivindicaciones de superioridad, los patriotas de cada nación se complacen en apoyarse sobre una fracción más extensa de la humanidad, á la cual aplican, ciertamente sin razón, el nombre de «raza», de una significación muy elástica. Á los pueblos mediterráneos que participaron de la antigua civilización romana se les llama «Latinos», como si las lenguas que hablan, italiano, español, portugués, francés, rumano y romanche les constituyeran una especie de descendencia moral respecto de los antiguos habitantes del Lacio; hasta suelen añadirse los Helenos de Europa, de las islas y del Asia Menor á esa pretendida raza de los Latinos, y se les da como clientela natural las tierras del África Menor ó Mauritania, cuyos residentes bereberes son harto poco numerosos para que se les conceda el derecho de formar una raza aparte

Además los Latinos se atribuyen también la mitad del Nuevo Mundo, es decir, todas las poblaciones de origen muy mezclado, blanco, rojo y negro, que hablan el francés, el español ó el portugués, en las Antillas, Méjico, América Central y todo el continente colombiano al sud de Panamá.

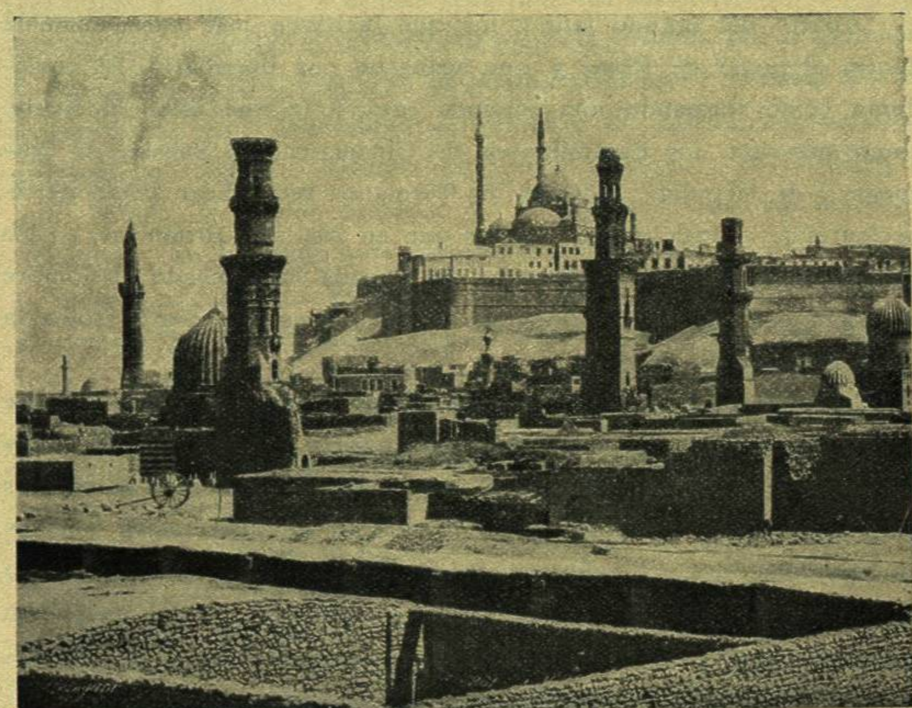
Aparte del mundo latino, los que lucharon más enérgicamente contra el poder de Roma y que acabaron por derribarlo, se consideran como formando una segunda raza, á la que unen al Norte, como sub-raza, los Escandinavos de Dinamarca, de Suecia, de Noruega y de Islandia. Además los Germanos reivindican como pertenecientes á su raza todos aquellos que en las islas Británicas, en los Estados Unidos y en la Potencia del Canadá han tomado el nombre de «Anglo-Sajones» y pretenden también constituir por sí solos la raza directora del mundo.

Los Eslavos de la Europa oriental, desbordándose al Oeste sobre Alemania, al Sudoeste sobre Austria-Hungría y Balkania, al Sudeste sobre las regiones caucásicas y al Este sobre los inmensos territorios del Asia, abarcan también bajo el nombre de raza eslava muchos pueblos sometidos. Finalmente, las naciones dominadoras del mundo de cultura de tipo europeo se dignan consentir en ceder un puesto á su lado, bajo el nombre de «raza amarilla», á los quinientos millones de Chinos, de Indo-Chinos y de Mongoles.

En cuanto á los Japoneses, los clasificadores se hallan indecisos: ¿se les colocará entre los «amarillos», á los cuales pertenecen por el origen, el color, la lengua y las tradiciones, ó se les unirá á los Anglo-Sajones con los cuales están estrechamente aliados en concepto político y cuyas costumbres tratan de copiar? ¿Y con qué nombre designarán los trescientos millones de peninsulares hindus ó dravidianos? Ordinariamente hay tendencia á no ver en ellos más que una simple dependencia de la «raza» anglo-sajona que les gobierna.

Desde la última mitad del siglo XIX, gran número de «Latinos», considerados como personajes representativos, se abandonan á cierto

desaliento y parecen admitir como una especie de axioma que «el alma latina está vacía», que el genio de la raza está definitivamente agotado. Tales necedades sólo pueden explicarse por la vanidad herida. Los triunfos rápidos y decisivos del ejército alemán en la guerra de 1870, la superioridad incontestable de tales ó cuales Alemanes, Ingleses, Americanos ó Rusos en diversos ramos de la cien-



Cl J. Kuhn, edit.

LA CIUDADELA DEL CAIRO

cia ó del arte, la furia de aplicaciones industriales por cuyo medio los Estados Unidos se han colocado en primer término, constituyen tantas pruebas brillantes de la extensión de los progresos materiales é intelectuales en el mundo, que los Latinos no pueden evidentemente reivindicar la hegemonía: se sienten distanciados, y por despecho se creen ya muertos. Son risibles todas esas letanías y oraciones fúnebres pronunciadas sobre su difunta raza por los mismos Latinos y repetidas en coro por Anglo-Sajones y Germanos. Felizmente ese duelo se aplica á pueblos vivos y bien vivos: la historia no ha desertado de las riberas del Mediterráneo.

Á excepción de dos puntos estratégicos, Gibraltar y Malta, la parte occidental de este mar interior es bien latina, pero las costas orientales son muy disputadas, y la mayoría de poblaciones que por esa parte pertenecen á la vertiente mediterránea, permanecen aún fuera del círculo de las anexiones europeas, si no en concepto político — porque Egipto ha venido á ser dependencia directa de la Gran



Cl. del *Globus*.

EXCAVACIÓN DE UN TEMPLO EN NIPPUR

Bretaña —, al menos en cuanto á las costumbres, á las lenguas y á la conciencia étnica. Aquellas admirables comarcas, teatro de nuestra primera civilización histórica, han sido de tal modo pisoteadas, gastadas, arrasadas, puede decirse, por los conquistadores sucesivos, que á duras penas han podido reflorecer. Los restos de las grandes naciones que allí se sucedieron, Armenios y Heteos, Elamitas y Caldeos, descendientes de los pueblos del Asia Menor, Frigios y Licios, Fenicios de Siria, Egipcios del Nilo y gentes de la Cirenaica, se han

visto forzados á prosternarse ante tantos amos, que han llegado á perder toda energía: ni siquiera conciben ya que, como sus antepasados, les sea posible vivir en independencia política: cambiar de dominadores, adquirir algunos privilegios, obtener tolerancia para sus cultos respectivos, á eso se limita su ambición colectiva. Toda iniciativa ha desaparecido; á esos indígenas no les queda más que la ductilidad, la plasticidad, la astucia para acomodarse á su condición servil, á lo menos para conseguir algún beneficio material. Desde los principios de la historia, en los países mediterráneos del Oriente existe, relativamente á ciertos aspectos, un gran retroceso: la población ha disminuído y la superficie completamente desierta se ha aumentado. Las arenas en muchos puntos llegan hasta las orillas del Eufrates, y los Beduínos nómadas recorren hoy lo que antes fué la fecunda campiña de los Caldeos.

Sobre una gran parte del territorio de la antigua Siria, la población se ha concentrado sobre las dos vertientes de los montes del litoral, especialmente hacia las dos metrópolis actuales, de una parte Beirout, de la otra Damasco. Aunque dependientes del Gran Señor, gran parte de los habitantes de la comarca han conservado las prácticas religiosas de los tiempos de la dominación bizantina. Los cultos y las sectas, con sus ritos y sus tradiciones hereditarias, son las causas determinantes de la división de los hombres en sociedades y en naciones diversas, y esto, no sólo porque las religiones orientan especialmente la vida, sino porque corresponden á una instrucción y á una educación particulares: modifican la voluntad, las costumbres y hasta el tipo del rostro y del cuerpo.

Entre Musulmanes, Metualis, Drusos, Maronitas, Griegos unidos, Griegos ortodoxos, Sirios y Armenios, que en su mayor parte proceden del mismo fondo étnico y de los mismos cruzamientos de raza, las diferencias se han hecho profundas y manifiestas en las fisonomías, la expresión, las actitudes, en todo el «ritmo visible de la vida», porque las «grandes características del individuo proceden de nuestras ideas dominantes» [1]. Las sociedades son «organismos que las ideas dominantes modifican según un tipo particular». La

[1] André Chevrillon, *En Syrie*, «Société Normande de Géographie», Enero-Febrero de 1898, p. 33.

faz cambia al mismo tiempo que las ideas; sobre el fondo nacional se planta una nueva marca, la del carácter profesional, al cual se sobrepone el tipo moral, el de la idea.

Entre los diversos Sirios, el cristiano no tiene la superioridad moral. Separado de las funciones nobles y respetadas, despreciado, rechazado, tenido por inferior por su mismo nacimiento, obligado á ingeniarse para defenderse, á vivir de artificios y de astucias, reducido á las resignaciones pacientes, á las solicitaciones prolongadas, el cristiano de Oriente se ha hecho á la vez humilde, obsequioso é inteligente, pero de una inteligencia que no crea ni inventa y á la que faltan las ideas generales. Carece de voluntad, de iniciativa, de pensamiento original y personal [1].



Cl. P. Sellier.

MENDIGA JUDÍA EN JERUSALÉN

La pequeña Palestina, con la estrecha cuenca cerrada del Jordán, es también un campo de religiones diversas, que representan otras tantas patrias diferentes. Los musulmanes, los que profesan el culto del sultán, son los más numerosos, pero acogen con tolerancia á cristianos y judíos. Los primeros forman tantos ejércitos enemigos como ritos diferentes existen: católicos romanos, ortodoxos griegos, protestantes de denominaciones diversas tienen iglesias, capillas, conventos, hospitales, cuyos intereses distintos son muy enérgicamente defendidos; frecuentemente han estallado escaramuzas que hubieran tomado proporciones de verdaderas batallas si los soldados musulmanes no hubieran intervenido caritativamente. Cada uno de esos cristianos se cree con derecho especial á poseer el lugar santo donde sus propios pecados han sido expiados por la muerte de un Dios, y considera como un ultraje que otros puedan tener una pretensión igual á la suya.

[1] André Chevrillon, *En Syrie*, «Société Normande de Géographie», Enero-Febrero de 1898, p. 35.

En cuanto á los Judíos, ¿no están en su propio país, en el terreno que el mismo Jehovah dió á sus antepasados? Musulmanes y cristianos son por ellos considerados como intrusos en aquella tierra de promisión, y sin embargo, aun siendo descendientes de los más antiguos inmigrantes, necesitan pedir humildemente un acceso que no siempre se les concede. Los Judíos son actualmente en número de sesenta mil, ó sea como uno sobre diez habitantes, en los límites de la Palestina, y sobre esos sesenta mil individuos, cerca de la mitad se compone de mendigos y parásitos sostenidos por la caridad de los ricos banqueros de Occidente. La gloria de Israel no resplandece en la Jerusalén actual; sin embargo, el «pueblo elegido» espera confiadamente reconstruir un día su templo sobre la montaña de Sión. Sobre los diez millones de Judíos esparcidos en el mundo, hay unos doscientos mil, «los Sionistas», que se han ligado en una sociedad que espera contra toda esperanza que les será devuelta la tierra de los abuelos á pesar del sultán, de los mahometanos y de los cristianos, y aun de la inmensa mayoría de sus correligionarios indiferentes; pero la pequeña Palestina, cuyo suelo alimenta escasamente en el día 340,000 habitantes, ¿cómo podrá recibir la multitud de los Judíos que vuelvan del tercero y tan largo cautiverio? ¡Entonces intervendrá el milagro para que afluyan hacia Jerusalén, la nueva Londres, todas las riquezas del mundo entero!

Ya el país limítrofe de la Judea, Egipto, sólo pertenece á un dueño musulmán. Sabido es que en la repartición de Africa — casi enteramente terminada en nuestros días, puesto que Abisinia y Marruecos son los únicos trozos no repartidos todavía, la Gran Bretaña se ha adjudicado las tierras del Nilo, las más deseables del mundo por su maravillosa fertilidad y por su posición en el centro mismo del grupo de los antiguos continentes, en el paso de Europa á las Indias.

Hasta se dice que Inglaterra considera como suya la bahía de Bomba, directamente al sud de Creta, habiéndose asegurado así de antemano la posesión de todo el litoral que se extiende á 1,000 kilómetros al oeste de Alejandría; del mismo modo que los antiguos Ptolomeos y otros dominadores de Egipto, se inclina fácilmente á considerar la Cirenaica como una dependencia natural de la tierra del Nilo, y aunque Italia estableciera, como desea, sus colonias en el

país de Barka, Inglaterra habrá tomado al menos su ventaja de intervención y de vigilancia naval. El interés de ese Estado es evidente: el establecimiento de un ferrocarril entre un puerto de la Cirenaica y Suez permitiría reducir en veinticuatro horas lo menos el trayecto de Londres á Bombay por Marsella, Alejandría y Port-Said; por un paquebot rápido, la travesía del Mediterráneo, de Bran-

N.° 494. Mediterráneo inglés.



La bahía de Bomba es la que penetra por el Este en el país de Barka.

disi á Bomba, no emplearía más que una treintena de horas. La posesión de Chipre, en el golfo que baña á la vez las costas de Cilicia y las de Siria, á la vista del Taurus y del Líbano, contribuye también poderosamente á dar á los Ingleses una posición preponderante en el Mediterráneo oriental.

Pero aunque Chipre y Egipto hayan sido arrancados al imperio del Jefe de los Creyentes, este imperio existe aún, y la misma rivalidad de las potencias le promete una duración larga. En realidad Turquía, con sus dependencias de Europa, de Asia y de Africa, no se pertenece á sí misma; es la cosa de lo que se llama

En cuanto á los Judíos, ¿no están en su propio país, en el terreno que el mismo Jehovah dió á sus antepasados? Musulmanes y cristianos son por ellos considerados como intrusos en aquella tierra de promisión, y sin embargo, aun siendo descendientes de los más antiguos inmigrantes, necesitan pedir humildemente un acceso que no siempre se les concede. Los Judíos son actualmente en número de sesenta mil, ó sea como uno sobre diez habitantes, en los límites de la Palestina, y sobre esos sesenta mil individuos, cerca de la mitad se compone de mendigos y parásitos sostenidos por la caridad de los ricos banqueros de Occidente. La gloria de Israel no resplandece en la Jerusalén actual; sin embargo, el «pueblo elegido» espera confiadamente reconstruir un día su templo sobre la montaña de Sión. Sobre los diez millones de Judíos esparcidos en el mundo, hay unos doscientos mil, «los Sionistas», que se han ligado en una sociedad que espera contra toda esperanza que les será devuelta la tierra de los abuelos á pesar del sultán, de los mahometanos y de los cristianos, y aun de la inmensa mayoría de sus correligionarios indiferentes; pero la pequeña Palestina, cuyo suelo alimenta escasamente en el día 340,000 habitantes, ¿cómo podrá recibir la multitud de los Judíos que vuelvan del tercero y tan largo cautiverio? ¡Entonces intervendrá el milagro para que afluyan hacia Jerusalén, la nueva Londres, todas las riquezas del mundo entero!

Ya el país limítrofe de la Judea, Egipto, sólo pertenece á un dueño musulmán. Sabido es que en la repartición de Africa — casi enteramente terminada en nuestros días, puesto que Abisinia y Marruecos son los únicos trozos no repartidos todavía, la Gran Bretaña se ha adjudicado las tierras del Nilo, las más deseables del mundo por su maravillosa fertilidad y por su posición en el centro mismo del grupo de los antiguos continentes, en el paso de Europa á las Indias.

Hasta se dice que Inglaterra considera como suya la bahía de Bomba, directamente al sud de Creta, habiéndose asegurado así de antemano la posesión de todo el litoral que se extiende á 1,000 kilómetros al oeste de Alejandría; del mismo modo que los antiguos Ptolomeos y otros dominadores de Egipto, se inclina fácilmente á considerar la Cirenaica como una dependencia natural de la tierra del Nilo, y aunque Italia estableciera, como desea, sus colonias en el

país de Barka, Inglaterra habrá tomado al menos su ventaja de intervención y de vigilancia naval. El interés de ese Estado es evidente: el establecimiento de un ferrocarril entre un puerto de la Cirenaica y Suez permitiría reducir en veinticuatro horas lo menos el trayecto de Londres á Bombay por Marsella, Alejandría y Port-Said; por un paquebot rápido, la travesía del Mediterráneo, de Bran-

N.º 494. Mediterráneo inglés.



La bahía de Bomba es la que penetra por el Este en el país de Barka.

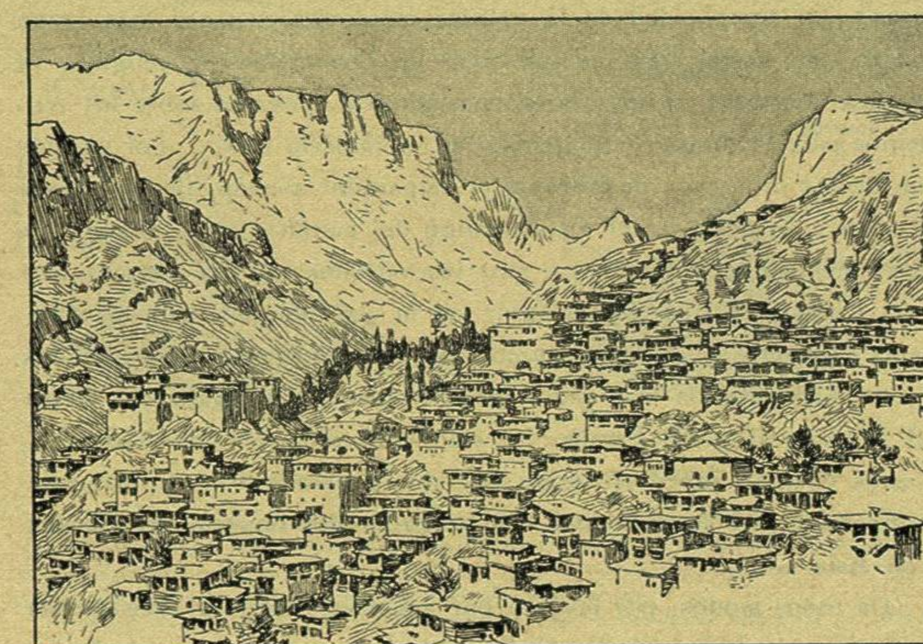
disi á Bomba, no emplearía más que una treintena de horas. La posesión de Chipre, en el golfo que baña á la vez las costas de Cilicia y las de Siria, á la vista del Taurus y del Líbano, contribuye también poderosamente á dar á los Ingleses una posición preponderante en el Mediterráneo oriental.

Pero aunque Chipre y Egipto hayan sido arrancados al imperio del Jefe de los Creyentes, este imperio existe aún, y la misma rivalidad de las potencias le promete una duración larga. En realidad Turquía, con sus dependencias de Europa, de Asia y de Africa, no se pertenece á sí misma; es la cosa de lo que se llama

el «concierto europeo», es decir, Inglaterra en su «espléndido aislamiento» y los dos grupos de Estados, Triplice y Duplice. Si el sultán es el amo temible es porque se le permite serlo, y verdaderamente los gobiernos de Europa son muy amplios en sus autorizaciones: le dan poder para oprimir á sus súbditos de toda raza, de toda lengua, de toda religión; puede imponer á capricho los impuestos y embolsarse su producto, hasta puede usar ilimitadamente del derecho de vida y muerte que pertenece á los soberanos absolutos.

Las matanzas de Armenia, demasiado sabiamente organizadas para que se viera en ellas el resultado de levantamientos populares y de guerra entre razas, fueron quizá, de todas las abominaciones modernas, las que representan el mayor cúmulo de crímenes. En la misma Constantinopla, la matanza del 26 al 29 de Agosto de 1896 se hizo con un método que atestigua la fría voluntad del ordenador de los asesinatos. La víspera se marcaron con yeso las casas de los Armenios destinados á la muerte, y aquellos desgraciados, vigilados por todas partes, no podían huir y habían de resignarse pacientemente á lo inevitable. Luego, al amanecer, los matarifes y gentes de oficios sangrientos, diestros en descuartizar animales, comenzaban su tarea, y procedían rápidamente, sin tumulto, sin gritos, al sacrificio de sus víctimas: casi en todas partes la operación se hacía en pleno día, sobre el umbral de la puerta que había de quedar manchada de sangre en signo de la ira imperial. Así perecieron miles de hombres en la fuerza de la edad. ¿Cuántos exactamente? Las relaciones oficiales quedarán indudablemente desconocidas mucho tiempo; las evaluaciones aproximadas hablan de siete mil cadáveres. En cuanto á los que de 1894 á 1896, y todavía en 1900, perecieron bajo los golpes de los Kurdos en las provincias de Van, Erzerum, Mamuret-el-Azis, Bitlis, Sivas, Diarbekir y Halep, las cifras de apreciación varían de 300 á 500,000, y una emigración continua, sobre todo hacia la Transcaucasia, ha reducido aún á algunas centenas de mil verosímilmente el número de los Armenios de aquellas provincias, que antes de las matanzas llegaba á un millón, según unos, y dos millones, según otros [1], creyéndose generalmente que los Armenios no constituían la mayoría más que en distritos limitados, como alrededor de Zeitun, Much, Van, etc. En la relación de los horrores de aquel tiempo, ha de hacerse mención especial de los habitantes de Zeitun, quienes, viendo el aspecto de las cosas, organizaron la defensa de sus montañas, hicieron prisionera la guarnición (28 de Octubre de 1895), y resistieron á un ejército turco hasta que los cónsules europeos negociaron

[1] Consúltese Pierre Quillard, *Pour l'Arménie*, *Cahiers de Quinzaine*, Junio 1902.



Cl. del *Daily Graphic*.

ZEITUN, EN EL TAURUS

una rendición (30 de Enero de 1896). Esta solución «salvaba la faz» del sultán y protegía los Armenios contra toda grave molestia ulterior. Los Zeituniotas habían conquistado el derecho á la existencia.

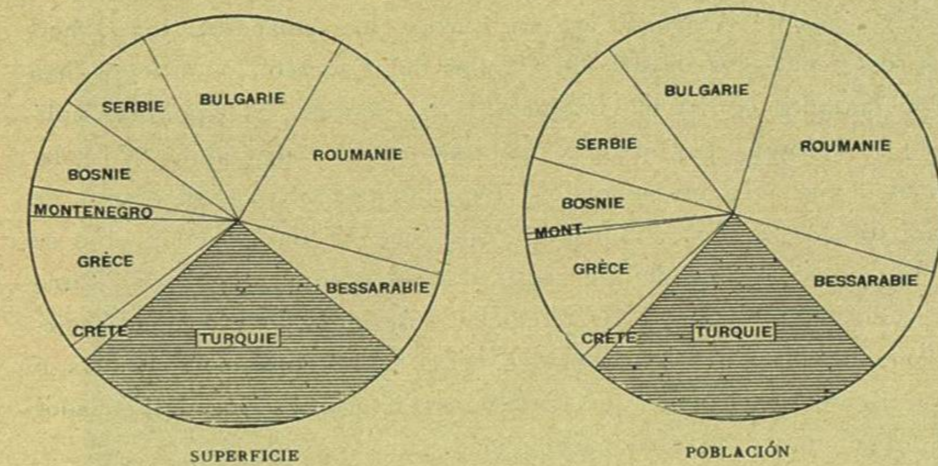
Á primera vista parece imposible explicarse que semejantes actos hayan sido tolerados por las potencias europeas, porque se exige á lo menos cierto decoro en la conducta de los amos; pero es tradicional en esta materia que los soberanos tengan las manos libres, y además los gobernantes, teniendo todos sobre su conciencia algún hecho análogo, se sienten más ó menos solidarios hasta en el crimen, y por espíritu de cuerpo tratan de hacer el silencio, de encu-

brir el atentado que hubieran debido evitar. Por otra parte, es posible que en este asunto de los Armenios haya habido también cierta complicidad tácita. Sin hablar de esos supuestos hombres de Estado, de esos viles diplomáticos que ponen su honor en recibir decoraciones y títulos de la mano sanguinaria, ¿no tendría Rusia algún interés en ver desembarazada su frontera transcaucásica de un pueblo de tendencias independientes, casi republicanas, asociado por muchos de sus jóvenes á los grupos temibles de los estudiantes rusos? La complicidad de la política moscovita es tanto más grave cuanto que hasta 1882, so pretexto de comunidad de religión, la práctica constante de los czares consistió en apoyarse sobre los Armenios para facilitarse inteligencias en el imperio turco. Por último, uno de los soberanos de Europa, el emperador alemán, afectó á pesar de todo y siempre ser el «gran amigo del sultán», cuyo ejército ha hecho encuadrar y maniobrar por los oficiales de sus propias tropas. Cualquiera que sea la razón de la actitud protectora de Alemania respecto al gobierno turco, los beneficios materiales debidos á esta benevolencia han sido considerables. La futura vía férrea del Bósforo al golfo Pérsico ha sido concedida á unos Alemanes, y éstos cuentan sobre el apoyo del sultán para entrar rápidamente en posesión del instrumental del comercio del imperio en Europa y en Asia.

De todos modos, por favor ó por amenaza, Turquía, considerada como potencia europea, se halla completamente á merced de los capitalistas que dirigen su hacienda y disponen indirectamente de los ejércitos y de las flotas de Europa. El «Sultán Rojo» no tiene más remedio que inclinarse cuando los embajadores extranjeros vienen á traerle sus órdenes. Inglaterra marca á su antojo los límites del país situado detrás de Adén sin que el gobierno turco tenga nada que replicar; Rusia expide libremente por los Dardanelos sus barcos de guerra más ó menos disfrazados en vapores de placer; Francia, cuidadosa siempre de los intereses de capitalistas y negociantes averiados, toma tranquilamente una isla en prenda, sin que se haga la menor tentativa para disputársele. Por fin Austria confisca en su beneficio dos provincias en parte mahometanas, mientras que otras provincias conquistan su independencia. Durante el último

siglo, el territorio y la población de Turquía de Europa han disminuído cerca de tres cuartas partes [1].

No ya á un «hombre enfermo», sino á un amputado de brazos y piernas debería compararse lo que resta del imperio de Souleiman el Magnífico. De ese modo, hallándose Turquía bajo la dependencia cada día más estrecha de los capitalistas europeos, es de presumir que éstos continuarán distribuyendo el país á sus protegidos reales,



Disminución de Turquía desde 1812 á 1905

Disminución de Turquía desde 1812: Besarabia, 44,572 kilómetros cuadrados; Grecia, 65,036; Rumanía, 131,020; Servia, 48,303; Montenegro, 9,438; Bulgaria-Rumelia, 96,660; Bosnia-Herzegovina, 51,018; Creta, 8,660; total, 454,707 kilómetros cuadrados; resta 169,910 kilómetros cuadrados; disminución proporcional, 72,8 por 100.

Los distritos que obedecían al Sultán en 1812 están actualmente ocupados por más de 25 millones de habitantes, de los cuales 6.130,200 solamente han quedado bajo el dominio de la Puerta: disminución proporcional, 75,8 por 100.

como lo han hecho ya respecto de Rumanía, de Servia, de Bulgaria, de Bosnia-Herzegovina, de la isla de Samos y de Creta.

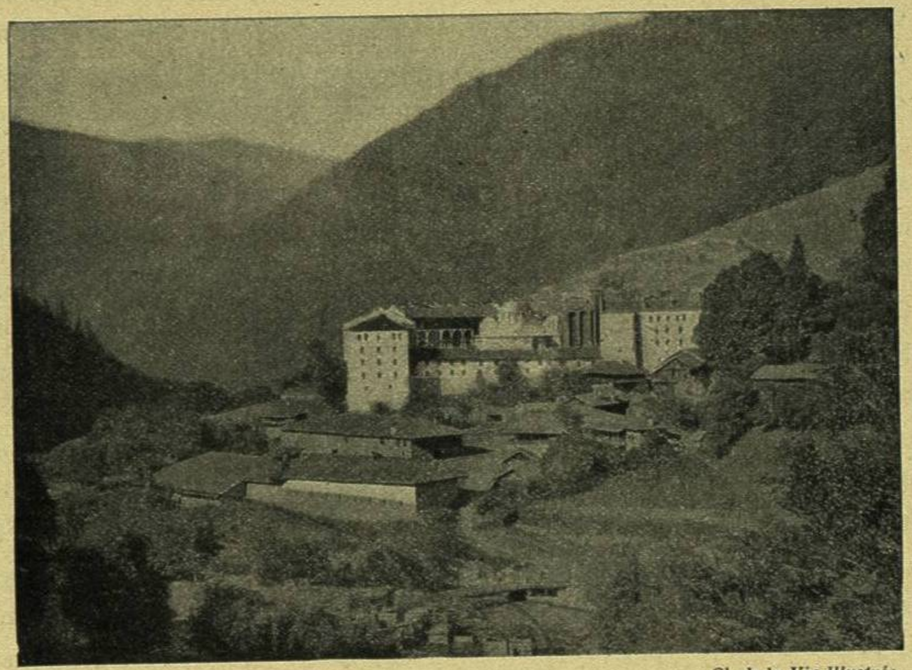
Sin embargo, los recursos de toda clase en hombres, en tierras y en productos variados que posee Turquía en Europa y en el Asia anterior, en los límites que se le han querido dejar por cierto tiempo, son todavía de gran valor. En primer lugar el pueblo turco, en Europa, es aquel cuyos individuos son los más fuertes y los más sanos; si no es el más inteligente, si hasta es el menos flexible

[1] Véase el mapa n.º 464, p. 283.

á la adaptación, es al menos el más honrado y el más sincero, lo mismo que el más sobrio y el que usa menos bebidas excitantes. Ciertamente también los Albaneses y los Lazes, los Kurdos, los Árabes y tantos otros pueblos encerrados en los límites de lo que se llama Turquía, tienen una grande vitalidad nacional y constituirían admirables elementos de progreso en un país libre; pero sus fuerzas se emplean en dañarse los unos á los otros; y del mismo modo que en Asia las pasiones de los Kurdos han sido suscitadas contra sus vecinos de Armenia, así en Europa los Albaneses, los Tcherkesses expulsados de los altos valles del Cáucaso, los Griegos han sido lanzados contra los Búlgaros y los Servios; el equilibrio político se conserva por el odio recíproco de los sometidos. No solamente existe el odio de pueblo á pueblo por simples diferencias de raza, de lengua y de tradiciones, sino que en un mismo pueblo se detestan recíprocamente de clase á clase porque el gobierno turco ha confiado todas las bajas tareas de opresión y de exacción á sujetos escogidos entre los vencidos. De sus propios compatriotas ó correligionarios han de quejarse en sus infortunios los desgraciados de cada culto ó de cada nacionalidad.

Ha de notarse que en el Oriente turco, la administración se ocupa muy poco de las subdivisiones territoriales; los indígenas dependen de tal ó cual autoridad, no en virtud del lugar que habitan, sino de la religión que profesan; habitantes cuyas casas están contiguas se hallan sujetos á diferentes impuestos y regidos por leyes diferentes, porque su dios — ó el ceremonial de adoración del mismo dios — no es el mismo. Esa concepción del gobierno, que haría honor á la tolerancia de los Turcos, si no fuera acompañada de otras prácticas menos laudables, explica cómo entre los habitantes del imperio no hubo jamás conciencia común; siempre se sintieron desunidos, arrastrados por intereses hostiles, animados de ambiciones diferentes. La unidad artificial que se les dió durante los períodos de expansión y de conquista provino únicamente de la solidez de los ejércitos, es decir, del régimen del terror; mas en cuanto ese lazo de la fuerza llegó á relajarse y aun á soltarse completamente, los pueblos, enemigos ante todo por la voluntad gubernamental, se hallaron unos junto á otros como fieras encerradas en una jaula co-

mún. Poco á poco, al levantamiento concertado contra los opresores Osmanlis, ha reemplazado una lucha que casi deja en paz á los Turcos y de la que el espectador no iniciado no puede comprender nada: Griegos, Búlgaros, Koutzo-Válacos, Servios, Montenegrinos, hasta facciones rivales de idéntica nacionalidad se matan entre sí con el beneplácito del gobierno de Stambul y de las cinco poten-



Cl. de la *Vie Illustrée.*

MONASTERIO DE RILA EN MACEDONIA

cias. Actualmente, pues, los odios, las ambiciones rivales, las supervivencias y supersticiones monárquicas son demasiado tenaces para que pueda esperarse la única solución verdaderamente normal, que sería la libre federación de todas las poblaciones de la Europa sud-oriental en un conjunto de grupos iguales en derechos, de municipios autónomos, formando unidad únicamente por los intereses comunes y la resistencia á las agresiones del exterior. Ese sería el único medio de evitar el crimen que se prepara después de tantos otros, la expulsión de todos los Turcos de sus antiguas conquistas de Europa. Hasta nuestros días toda constitución de un Estado cristiano en la Balkania tuvo por consecuencia práctica la expulsión

de los musulmanes. Pero en la historia de las naciones, ¿qué nación tuvo siempre bastante respeto hacia el suelo y la libertad ajena para tener ahora el derecho de tirar la primera piedra á los descendientes de los antiguos conquistadores? ¿No habrá llegado aún el tiempo de vivir todos en paz los unos junto á los otros sobre esta buena Tierra, tan amplia que podría recibir sin pena una población diez veces mayor y darle en abundancia el pan y el bienestar? Hagamos constar, no obstante, que existen elementos de concordia, procedentes de los revolucionarios turcos, búlgaros, macedonios y armenios que se han entendido en Ginebra, en París ó en otros puntos.

De todos los Orientales, los Griegos son los más aproximados á este ideal de la federación futura, y esto porque su existencia como nación no está materialmente unida á la del pequeño reino helénico, que comprende oficialmente, según los tratados, una parte de la península del Pindo, la Morea, las islas Jónicas y las islas Egeas de Europa. Grecia es más que esto, porque fuera del reino hay regiones griegas cuyos habitantes, poseídos de un ardiente patriotismo de raza y de lengua, no consentirían en cambiar su suerte por la de los electores de Atenas ó de Patras: indudablemente se les considera como formando parte del conjunto de los súbditos del Gran Señor; á veces hasta han de sufrir vejaciones de parte de funcionarios rudos ó de diplomáticos odiosos, pero esas molestias son el precio con que pagan su autonomía positiva en la libre administración de sus escuelas y otros establecimientos, lo mismo que en la gerencia de sus intereses comunes: de ese modo constituyen la célula de espera de un cuerpo político y social mucho más amplio y de más alta significación que el pequeño Estado encerrado en las fronteras del Epiro y de la Tesalia.

Quizá tengan una conciencia exagerada de su fuerza colectiva, y, como todos los patriotas, se atribuyan en el porvenir mayor parte que la que les corresponda. El hecho es que han sido amargamente sorprendidos cuando se han apercibido que en el movimiento de desintegración sufrido por la Turquía contemporánea, pueblos tenidos por ellos en escasa estimación y considerados como bárbaros, sin derechos, se han levantado enfrente de ellos reclamando la igualdad en el reparto ó la federación. Todavía necesitan tiempo

para habituarse á la idea de que Turcos y Búlgaros no se someterán á su hegemonía.

El período de expansión parece terminado para el mundo helénico. Actualmente la gran tarea es un trabajo de elaboración interna que eleva y renueva el conjunto de la nación y le permite, no ciertamente igualar á sus abuelos — porque Grecia brillaba entonces como llama aislada en medio de las tinieblas —, sino no ser



Cl. J. Kuhn, edit.

EL PUERTO DE GÉNOVA

inferior á ninguna de las naciones cultas en las diversas manifestaciones de la vida, no sólo el comercio y la industria, sino también las artes y el pensamiento. Hay todavía ciertas partes de Grecia cuyas poblaciones sólo á medias parecen desprendidas de la barbarie supersticiosa de la Edad Media turca ó veneciana. La áspera Etolia, los montes salvajes del Taigeto son todavía comarcas de miseria y de ignorancia; muchas islas que en otro tiempo fueron cultivadas por poblaciones prósperas, no son hoy sino rocas cuyos míseros habitantes emigran hacia lugares más dichosos. El monopolio mata hasta pasados los siglos: así es como la mayor parte de los insulares griegos del Egeo no practican la pesca ni la navegación, á pesar de la excelencia de sus radas y de sus abrigados

de los musulmanes. Pero en la historia de las naciones, ¿qué nación tuvo siempre bastante respeto hacia el suelo y la libertad ajena para tener ahora el derecho de tirar la primera piedra á los descendientes de los antiguos conquistadores? ¿No habrá llegado aún el tiempo de vivir todos en paz los unos junto á los otros sobre esta buena Tierra, tan amplia que podría recibir sin pena una población diez veces mayor y darle en abundancia el pan y el bienestar? Hagamos constar, no obstante, que existen elementos de concordia, procedentes de los revolucionarios turcos, búlgaros, macedonios y armenios que se han entendido en Ginebra, en París ó en otros puntos.

De todos los Orientales, los Griegos son los más aproximados á este ideal de la federación futura, y esto porque su existencia como nación no está materialmente unida á la del pequeño reino helénico, que comprende oficialmente, según los tratados, una parte de la península del Pindo, la Morea, las islas Jónicas y las islas Egeas de Europa. Grecia es más que esto, porque fuera del reino hay regiones griegas cuyos habitantes, poseídos de un ardiente patriotismo de raza y de lengua, no consentirían en cambiar su suerte por la de los electores de Atenas ó de Patras: indudablemente se les considera como formando parte del conjunto de los súbditos del Gran Señor; á veces hasta han de sufrir vejaciones de parte de funcionarios rudos ó de diplomáticos odiosos, pero esas molestias son el precio con que pagan su autonomía positiva en la libre administración de sus escuelas y otros establecimientos, lo mismo que en la gerencia de sus intereses comunes: de ese modo constituyen la célula de espera de un cuerpo político y social mucho más amplio y de más alta significación que el pequeño Estado encerrado en las fronteras del Epiro y de la Tesalia.

Quizá tengan una conciencia exagerada de su fuerza colectiva, y, como todos los patriotas, se atribuyan en el porvenir mayor parte que la que les corresponda. El hecho es que han sido amargamente sorprendidos cuando se han apercibido que en el movimiento de desintegración sufrido por la Turquía contemporánea, pueblos tenidos por ellos en escasa estimación y considerados como bárbaros, sin derechos, se han levantado enfrente de ellos reclamando la igualdad en el reparto ó la federación. Todavía necesitan tiempo

para habituarse á la idea de que Turcos y Búlgaros no se someterán á su hegemonía.

El período de expansión parece terminado para el mundo helénico. Actualmente la gran tarea es un trabajo de elaboración interna que eleva y renueva el conjunto de la nación y le permite, no ciertamente igualar á sus abuelos — porque Grecia brillaba entonces como llama aislada en medio de las tinieblas —, sino no ser



Cl. J. Kuhn, edit.

EL PUERTO DE GÉNOVA

inferior á ninguna de las naciones cultas en las diversas manifestaciones de la vida, no sólo el comercio y la industria, sino también las artes y el pensamiento. Hay todavía ciertas partes de Grecia cuyas poblaciones sólo á medias parecen desprendidas de la barbarie supersticiosa de la Edad Media turca ó veneciana. La áspera Etolia, los montes salvajes del Taigeto son todavía comarcas de miseria y de ignorancia; muchas islas que en otro tiempo fueron cultivadas por poblaciones prósperas, no son hoy sino rocas cuyos míseros habitantes emigran hacia lugares más dichosos. El monopolio mata hasta pasados los siglos: así es como la mayor parte de los insulares griegos del Egeo no practican la pesca ni la navegación, á pesar de la excelencia de sus radas y de sus abrigados

ancones, á pesar de sus brisas alternadas; el recuerdo confuso de la gloria pasada no despierta su iniciativa. La causa está, dice Philippson [1], en la antigua dominación de Venecia, que prohibía todo tráfico no reglamentado por ella en su exclusivo beneficio.

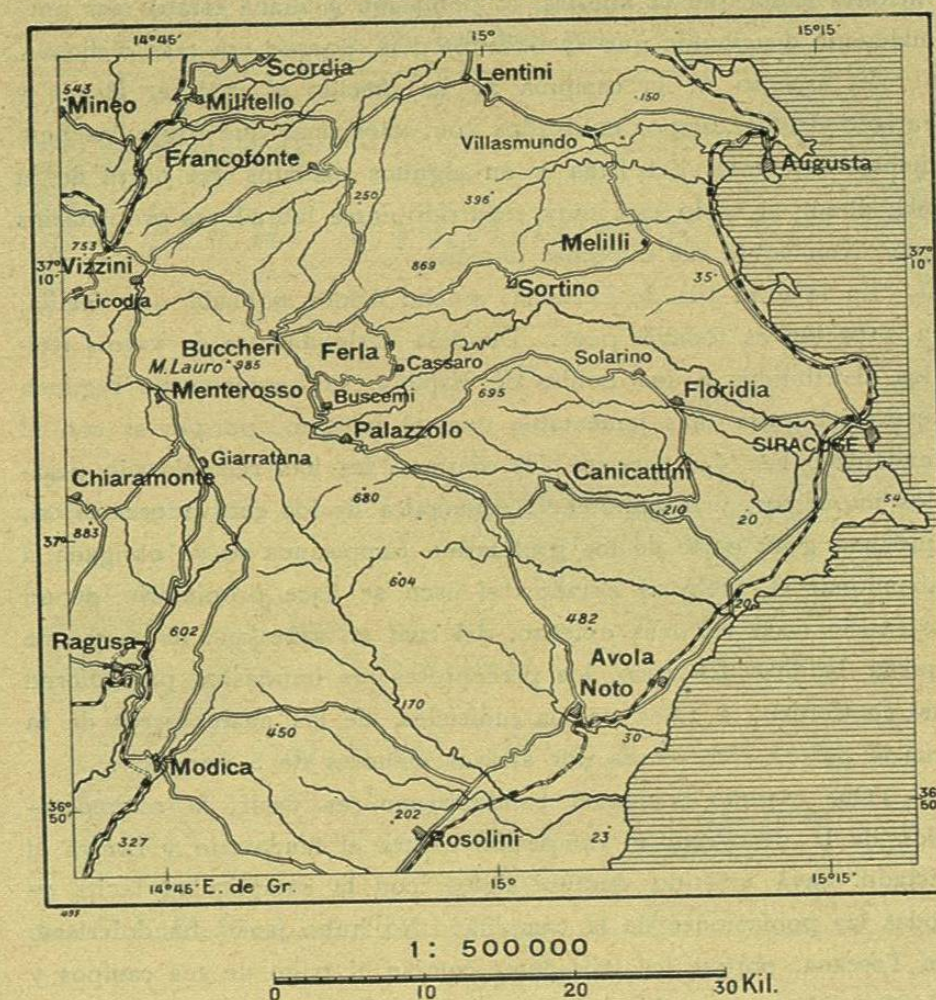
Lo mismo que Grecia, Italia es muy desigual por el desenvolvimiento de sus diversas partes. El contraste es tan grande entre la mitad septentrional de la Península y la mitad meridional, que ha podido ser considerado por muchos Italianos como la oposición normal de dos naciones encerradas en un mismo cuadro geográfico, pero quedando moralmente extranjeras la una á la otra. El hecho es que la mayor parte de los Napolitanos y de los Sicilianos se inclinan á creerse pueblos vencidos reunidos por la fuerza á los «Piamonteses» ó «Continentales». Desde todos los puntos de vista difiere la evolución: mientras que en el Norte, Milán, Turín, Génova, participan del movimiento intenso de la vida europea y Florencia vuelve á la vida de arte y de belleza que tuvo en la época del Renacimiento, Nápoles está en vía de dejarse distanciar y de perder hasta la primacía puramente material que le daba el número de sus habitantes; en cuanto al territorio de las provincias montuosas que dependen de aquella ciudad, sigue cojeando á la Italia del Norte. El meridional permanece inferior en todos conceptos, exceptuando las cualidades nativas de bondad, de rectitud y de cándida cordialidad. La industria se introduce en el país sin haber sido llamada y á pesar suyo; los comisionados que le envía el gobierno para dirigirle, dominarle y morigerarle son hombres venidos del Norte, y suele considerarse á tales funcionarios como intrusos y parásitos. El mismo Garibaldi no profirió la palabra decisiva que hubiera podido hacer que surgiera nuevamente la Gran Grecia de su largo sueño.

A pesar de los beneficios sucesivos de la «civilización», los Sicilianos, bajo ciertos conceptos, se hallan en un estado social muy inferior á sus antepasados los Sículos, como lo demuestra el estado de los campos. Actualmente los labradores y otras gentes de la tierra trabajan los grandes feudos de los ricos propietarios

[1] Petermann's Mitteilungen, Ergänzungsheft.

siempre ausentes que habitan las ciudades, hasta cuando han de andar diariamente una ó dos leguas para ir á cultivar su campo: no hay más que grandes aglomeraciones urbanas en Sicilia, porque los

N.º 495. Municipios de Sicilia.



Este mapa contiene absolutamente todas las aglomeraciones de casas que se hallan en el mapa del Estado Mayor italiano, cuya escala es de 1 á 100,000. Y sin embargo, esta porción de Sicilia tiene una densidad kilométrica muy elevada, cerca de 130, ó sea más del doble que la de Francia.

campos están desiertos por la noche. La causa de esta enorme deperdición de fuerzas es la inseguridad del país, que no ha cesado desde el período de las guerras cartaginesas: en todos tiempos fué peligroso habitar en el campo, bajo los Romanos, durante las guerras

serviles, después, cuando las incursiones de los Sarracenos, y actualmente por el bandolerismo. En tiempo de los Sículos, por el contrario, las villas se extendían alegremente entre los cultivos, y los habitantes no pensaban en construir muros de defensa. Setenta generaciones antes que la nuestra, la población siciliana estaba más normalmente distribuída que en nuestros días, porque era más dichosa [1].

El aspecto de la campiña no ha tomado el carácter alegre y variado de los campos cultivados con amor, más que sobre las pendientes orientales del Etna y en algunos distritos del norte de la isla, donde el suelo está muy repartido entre labradores propietarios que viven sobre sus estrechas parcelas [2].

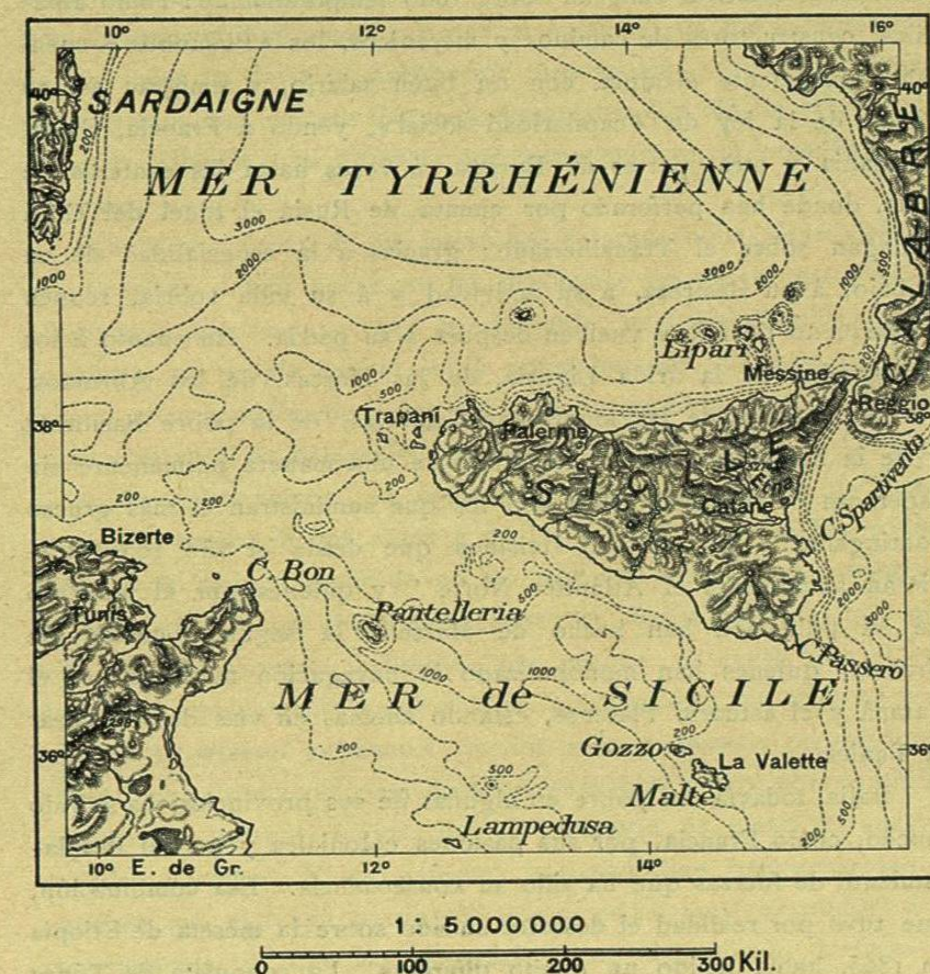
En la gran isla de Cerdeña, mucho menos poblada que Sicilia, la situación es todavía peor. Dividida antiguamente en vastos feudos distribuídos á los nobles de España, ha heredado un régimen territorial quizá más lamentable que el antiguo, porque si con el feudalismo han desaparecido los diezmos, les han reemplazado pesados impuestos, y la impotencia económica de los cultivadores es tal, que una gran parte de los proletarios campesinos se ve obligada á abandonar el suelo al Estado: el fisco se hace propietario de un territorio cada vez más extenso, del cual no sabe qué hacer y que queda baldío. En 1900, los perceptores de impuestos procedieron así en Cerdeña á 3,887 ventas judiciales, de las cuales cerca de la cuarta parte — 856 — era por atrasos menores de 5 francos [3].

¿Qué extraño es que el bandolerismo, es decir, la reivindicación de la tierra por el campesino contra el feudatario y contra el Estado, haya existido durante siglos, con la complicidad tácita de todas las poblaciones de la campiña? No hubo jamás bandolerismo en Toscana, porque los labradores comían el trigo de sus campos y la fruta de sus vergeles; no lo hubo tampoco en la inmensa llanura lombardo-véneta, porque la naturaleza del país, cruzada de caminos en todos sentidos, facilitaba la represión; pero en toda la parte meridional de Italia y en las dos grandes islas Sicilia y Cerdeña, donde las montañas ofrecían antes retiros seguros á los perseguidos,

[1] Georges Perrot, *Revue des Deux Mondes*, 1.° Junio 1897, p. 627.
[2] Paul Ghio, *Notes sur l'Italie contemporaine*, p. 86.
[3] Paul Ghio, *Ibid.*, p. 95.

los bandidos han solido constituir verdaderos Estados en las fronteras flotantes. Paul Ghio nos habla de un jefe de banda que poseía la montaña de las Marcas y se calificaba de «grandísimo dueño y poderosísimo príncipe»; acuñaba moneda con su propia efigie, y si hubiera

N.° 496. Italia, Malta, Túnez.



Malta, por cuenta de Inglaterra, Bizerta, por cuenta de Francia, vigilan el istmo mediterráneo. Italia tiene una estación de torpederos en Mesina.

recibido la investidura del papa, nada le hubiera impedido entrar en la asamblea de los altos personajes oficiales. Un Pedro de Calabria, fuera de la ley en el siglo anterior, se proclamó «emperador de los montes, rey de los bosques y mediador de los caminos de Nápoles á Florencia».

Las condiciones económicas eran muy diferentes en las dos mitades de la península; el movimiento de emigración, que ha tomado una importancia capital en la vida de Italia, presenta un contraste notable según el lugar de origen de los emigrantes. Las gentes del Norte, obreros que disponen no sólo de sus brazos sino de una instrucción relativa, emigran sobre todo temporalmente: como albañiles, constructores de caminos y mecánicos, los «Piamontes» cuentan seguramente siempre con un buen salario, y emigran así en virtud de la ley de «capilaridad social», yendo á Francia, Suiza, Alemania y otras partes de Europa, á veces hasta las canteras de Asia, donde han perforado por cuenta de Rusia el túnel del Gran Khingan sobre el Transiberiano; gracias á la especialidad de su trabajo, á su destreza, á su actividad y á su vida sobria, reunen un pequeño peculio y vuelven después á su patria. En cuanto á los expatriados de la árida Liguria, de las Marcas, de los Abruzzos, de los Pouilles, de las montuosas Calabrias, de la pobre Basilicata y de la hambrienta Sicilia, emigran de una manera permanente sin esperanza de regreso. Ellos son los que suministran el más grueso contingente á los 200,000 Italianos que desde el año 1903 atraviesan anualmente el Atlántico Norte [1], y quienes por el aumento de su población han hecho de Marsella la segunda ciudad de Francia, quienes han monopolizado la navegación fluvial sobre el Paraná y el estuario Platense, estando además en vías de italianizar la Tunicia.

Italia, todavía tan pobre en algunas de sus provincias, ha sufrido mucho, como Francia, por sus pasiones coloniales y por el desplazamiento de fuerzas que ha sido su consecuencia. Esa combinación, que tuvo por realidad el desastre sufrido sobre la meseta de Etiopía en 1895, había tenido un objeto diferente. La conquista de Túnez era muy deseada por los políticos de la península: la tradicional gloria popular hubiera quedado satisfecha si hubiera continuado la política de la gran Roma contra Cartago, y la empresa no presentaba peligro; pero las potencias de Europa no dieron, según parece, su consentimiento: sobre todo la Gran Bretaña, que posee el arsenal

[1] Véanse Diagramas números 456 y 457, páginas 213 y 215.

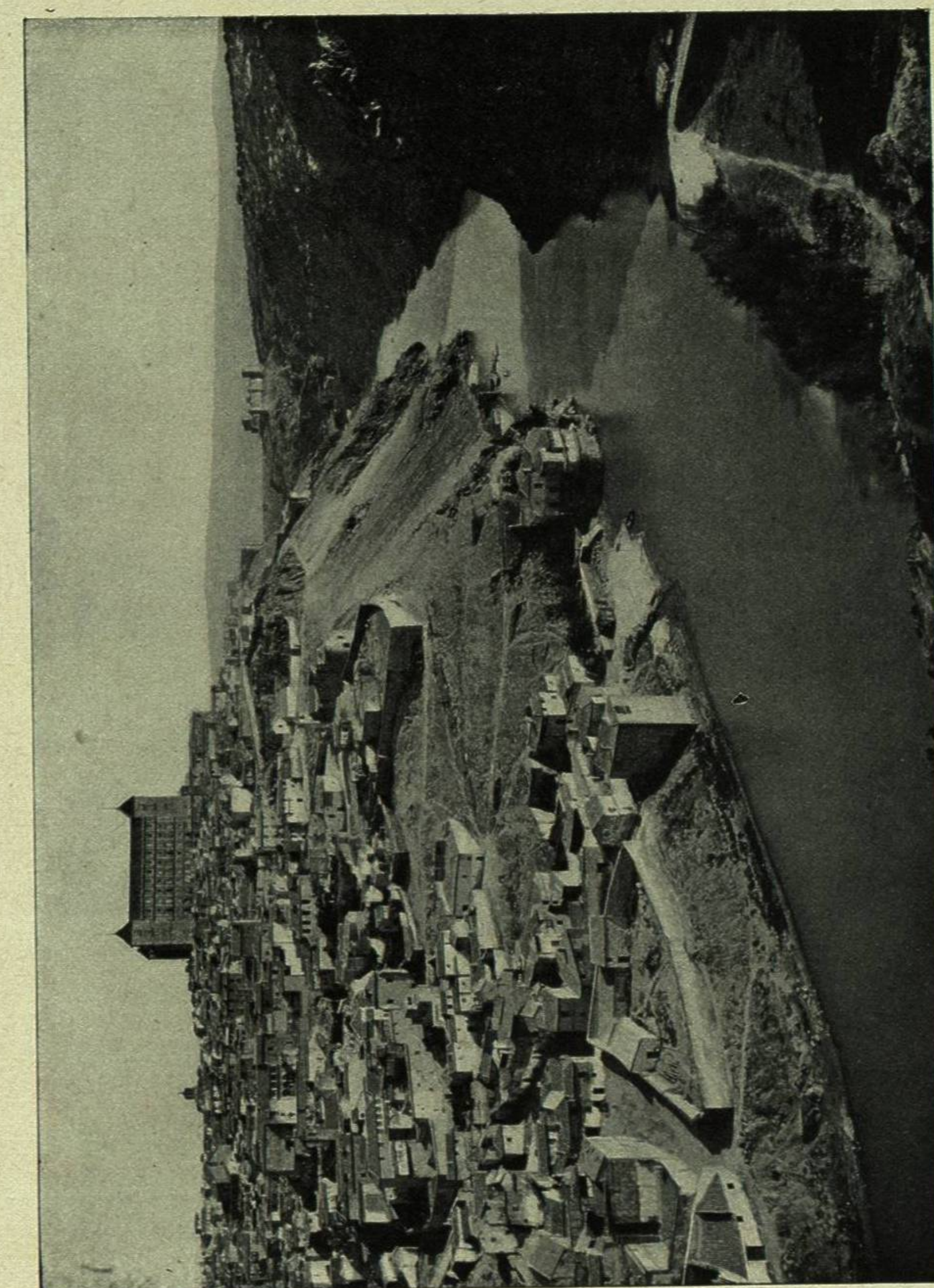
de Malta en el centro del Mediterráneo, veía con malos ojos la extensión de Italia «una» á los dos lados del mar Interior. Bajo la inspiración de Bismarck, que embrollaba así Francia é Italia para mucho tiempo, la ocasión fué aprovechada por otro ladrón, y en la actualidad Italia hace casi abiertamente sus preparativos para la anexión de la Tripolitana y de la Cirenaica: ya no es más que cuestión de oportunidad, toda vez que el sindicato de los banqueros y de los reyes ha dado su aprobación diplomática. Se habla también de proyectos que, cuando llegue la desmembración del Imperio turco, darán la Albania á la potencia que tiene enfrente al otro lado del Adriático.

Sea lo que fuere de las anexiones futuras, Italia tiene siempre que resolver el más grave de los problemas en sus propios límites. Obedece á dos amos, y, por consiguiente, se halla dividida contra sí misma: su propia capital cobija dos soberanos, forzosamente enemigos, puesto representan dos principios opuestos, uno de origen celeste, el otro de delegación nacional. El papa, si no es Dios, es á lo menos su vicario, su embajador directo, encargado de dictar al mundo entero de los fieles y de los infieles las infalibles voluntades de lo alto, á pesar de no ser más que un pequeño príncipe, de territorio de tal modo circunscrito en todos sentidos, que una bala de cañón pasaría fácilmente por encima, en tanto que el rey de Italia, sencillamente hombre y un poco maldito, es un gran personaje, el «buen hermano» de los más poderosos emperadores. ¿Cómo conciliar esos elementos inconciliables, sino por continuas escapatorias y subterfugios, por un armazón de mentiras que no engañan á nadie? Y los patriotas italianos, que han encerrado al papa en un estrecho barrio de Roma, están muy orgullosos á la consideración de que de todas las partes del mundo católico se elevan los votos en un coro inmenso hacia el «Soberano Pontífice». Él mismo es también un Italiano, y los que sienten la pérdida de la antigua dominación romana se complacen en ver en él como un reflejo en el círculo inmenso de la Iglesia. Los conflictos, son, pues, inevitables, puesto que la tensión de los espíritus se produce en sentido inverso, suscitando odios y rencores. Las luchas entre Güelfos y Gibelinos continúan bajo otras formas, y, mientras las na-

ciones estén encerradas en sus fronteras y envueltas en sus viejas tradiciones políticas, el mismo balanceo que en las épocas de la Edad Media y del Renacimiento arrastrará ahora á Italia, unas veces hacia su vecina del Norte, Alemania, otras hacia cualquier otro gran Estado.

Los dos reinos que se reparten desigualmente la península Ibérica, España y Portugal, se han conservado separados y hostiles, encerrándose cada uno en su patriotismo local y en la rutina administrativa. La consecuencia natural ha sido hacer de Portugal una cantidad no apreciable, que apenas tiene una apariencia de independencia política. Demasiado débil para no tener necesidad de apoyos extranjeros en la cuestión de orden internacional; demasiado dividido, hasta en concepto geográfico, por el contraste que presentan las dos mitades del país separadas por el estuario del Tajo; demasiado ignorante y desprovisto de valor propio en la masa de su población; por último, demasiado privado de sus elementos enérgicos por la constante emigración que lleva sus mejores hijos hacia las costas brasileñas, Portugal carece de fuerza para reaccionar contra los intereses de familia, de poder y de dinero que atraen sus amos á la órbita de las potencias extranjeras, ó más bien en la de la Gran Bretaña, reina de los mercados portugueses por el símbolo de su moneda, tan acertadamente denominada el «soberano». Á pesar de la humillación que los Ingleses le hicieron sufrir en 1885, cuando, pasando del valle del Limpopo á las orillas del lago Nyassa, se apoderaron de la cuenca media del Zambeze, tradicionalmente considerada hasta entonces como posesión portuguesa, la sujeción política del pequeño reino á la política inglesa se ha hecho tan patente, que hasta las colonias africanas de Loanda y de Mozambique, sin hablar de Lourenço Marquez, están ya subordinadas á las exigencias administrativas y fiscales de Inglaterra.

Quizá se halle España en vías de sufrir una humillación semejante. Tan unida á los puertos británicos por los caminos del Océano como lo está á Francia, y no teniendo con ésta más que dos vías férreas de unión directa, la península es en gran parte vasalla del capital inglés, que comandita en ella gran número de minas, ferro-



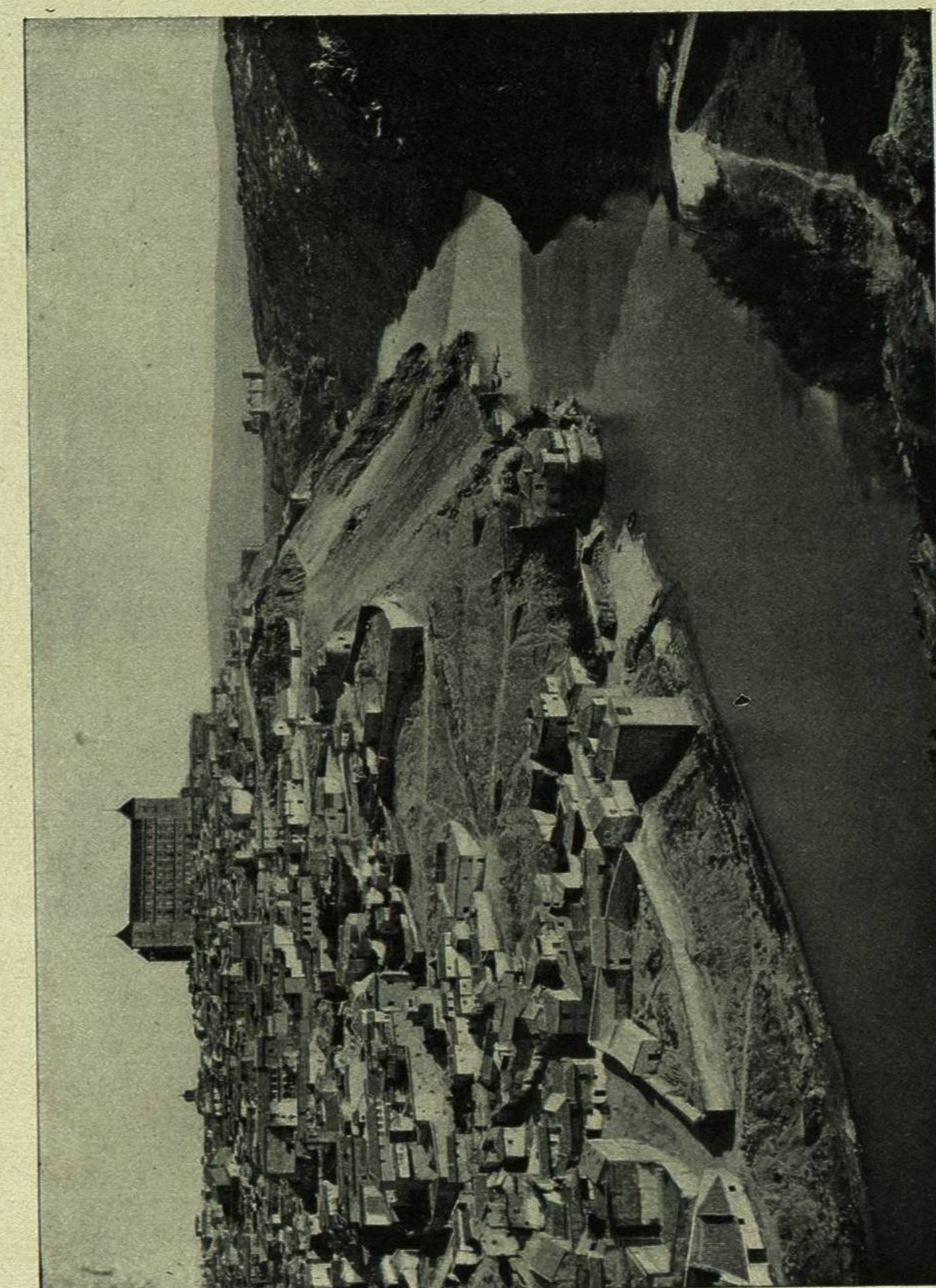
Cl. J. Kuhn, edit.

TOLEDO Y EL TAJO

ciones estén encerradas en sus fronteras y envueltas en sus viejas tradiciones políticas, el mismo balanceo que en las épocas de la Edad Media y del Renacimiento arrastrará ahora á Italia, unas veces hacia su vecina del Norte, Alemania, otras hacia cualquier otro gran Estado.

Los dos reinos que se reparten desigualmente la península Ibérica, España y Portugal, se han conservado separados y hostiles, encerrándose cada uno en su patriotismo local y en la rutina administrativa. La consecuencia natural ha sido hacer de Portugal una cantidad no apreciable, que apenas tiene una apariencia de independencia política. Demasiado débil para no tener necesidad de apoyos extranjeros en la cuestión de orden internacional; demasiado dividido, hasta en concepto geográfico, por el contraste que presentan las dos mitades del país separadas por el estuario del Tajo; demasiado ignorante y desprovisto de valor propio en la masa de su población; por último, demasiado privado de sus elementos enérgicos por la constante emigración que lleva sus mejores hijos hacia las costas brasileñas, Portugal carece de fuerza para reaccionar contra los intereses de familia, de poder y de dinero que atraen sus amos á la órbita de las potencias extranjeras, ó más bien en la de la Gran Bretaña, reina de los mercados portugueses por el símbolo de su moneda, tan acertadamente denominada el «soberano». Á pesar de la humillación que los Ingleses le hicieron sufrir en 1885, cuando, pasando del valle del Limpopo á las orillas del lago Nyassa, se apoderaron de la cuenca media del Zambeze, tradicionalmente considerada hasta entonces como posesión portuguesa, la sujeción política del pequeño reino á la política inglesa se ha hecho tan patente, que hasta las colonias africanas de Loanda y de Mozambique, sin hablar de Lourenço Marquez, están ya subordinadas á las exigencias administrativas y fiscales de Inglaterra.

Quizá se halle España en vías de sufrir una humillación semejante. Tan unida á los puertos británicos por los caminos del Océano como lo está á Francia, y no teniendo con ésta más que dos vías férreas de unión directa, la península es en gran parte vasalla del capital inglés, que comandita en ella gran número de minas, ferro-

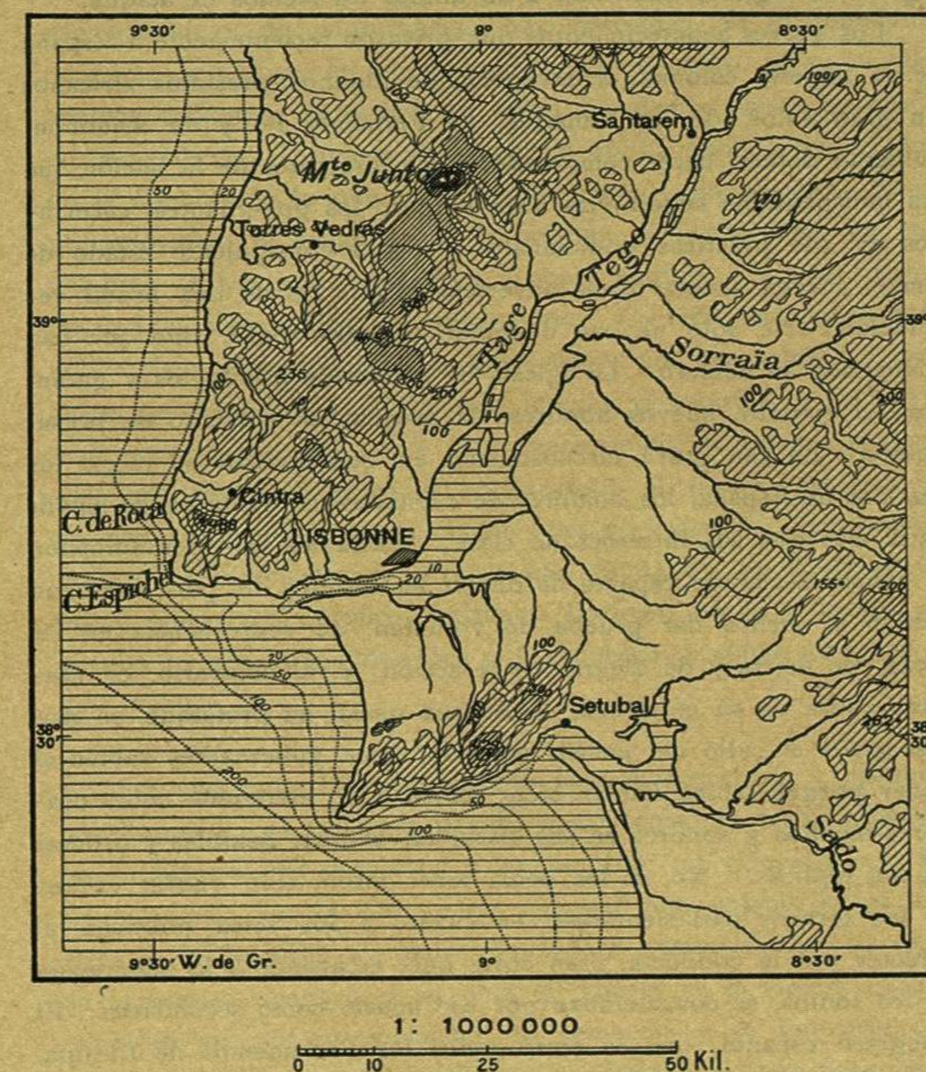


Cl. J. Kuhn, edit.

TOLEDO Y EL TAJO

carriles, manufacturas y otras empresas. Hasta el ultraje indeleble hecho á España como nación por la ocupación militar de Gibraltar contribuye, de tal modo son débiles los hombres, á aumentar el

N.º 497. Lisboa y el Tajo.



prestigio de Inglaterra; ese dardo clavado en la carne viva produce la enfermedad de todo el cuerpo. Ese solo punto, apenas perceptible sobre el conjunto del mapa, basta para determinar toda la política del Estado. España ni siquiera osa defenderse: la posición de Algeciras domina la de la ciudadela inglesa sobre el golfo, y la

Gran Bretaña ha significado á los Españoles que consideraría como acto «poco amistoso» la construcción de toda obra militar sobre la punta que hace frente á sus propias fortificaciones, y España se ha visto obligada á interrumpir sus trabajos defensivos, mientras los ingenieros ingleses aumentan á su antojo los medios de ataque.

Los graves acontecimientos que privaron recientemente á España de su imperio colonial, á excepción de algunos presidios africanos sin gran valor, de las Canarias, de Fernando Po y de Annobon, hubieran debido hacer comprender á los directores de la nación que era indispensable seguir vías nuevas; pero los gobernantes, encerrados en sus prácticas tradicionales y en el consiguiente estado de alma, ¿pueden aceptar otras advertencias que las de una brutal revolución? No sólo no han destruído un solo abuso, sino que han aumentado su número. La Iglesia ha reclamado privilegios y garantías; el ejército, nuevos honores; la marina, un aumento de presupuesto. En tan grave circunstancia, en que estaban en juego los destinos de España, los hombres de «Estado» no veían en su mayor parte más que sus intereses de clase. Todos los que por ambición se habían declarado capaces de dirigir los asuntos del país, hubieran debido al menos dar prueba de voluntad, de consecuencia en las ideas, de fuerza y de alegría en la acción, y, al contrario, en ninguna época de su existencia la España oficial ha profesado en más alto grado el culto del énfasis oratorio. Los gobernantes subían al poder porque sabían hablar bien: habían sido escogidos como oradores amplios y sonoros en sus discursos, hábiles, flexibles y prontos en sus réplicas. No se les pedía tener razón, sino quedar encima en los torneos parlamentarios; en cuanto á los actos políticos, al carácter y á la conducta, eran cosas que, escapando á la admiración de los tontos, se consideraban por eso mismo como secundarias. El Congreso español, que es entre todos los Parlamentos de Europa, «elegido» según las prácticas administrativas más desvergonzadas, era también el en que se oían los más bellos discursos. Los desastres se sucedieron uno tras otro, pero ¡qué fuertes palabras se pronunciaron para dramatizar esas desgracias ó para transformarlas en otros tantos triunfos! Con ellas pudiera escribirse una antología, comparable á los más bellos modelos de la antigüedad clásica.

Si España ha pagado así los gastos de su derrota con admirables prosopopeyas, no está menos obligada, como los demás pueblos, á acomodarse á la vida contemporánea. Á medida que las cuestiones nacionales cesan de ser exóticas, exteriores, para tocar á los intereses de provincia ó de clase, el arte de decir con sonoridad disminuye de importancia: hay necesidad en lo sucesivo de ocuparse de hechos, de cifras, de elementos precisos. Una evolución análoga á la que se realizó en todos los demás países se produjo en la península. Aunque el socialismo no ha abolido aún el floreo de la frase — de lo que todavía está lejos, — no obstante, ha simplificado algo el lenguaje de la tribuna, y los artistas en bellas palabras se han visto obligados á poner sordina á su voz para no desagradar á su público de trabajadores. La vida nacional se vuelve más seria y el lenguaje ha de conformarse por una sobriedad mayor á esa participación cada vez más intensa al estudio de los problemas contemporáneos. Como dice exactamente un escritor moderno: «No hay razón de acusar de degenerado al pueblo español; aun no está constituído, puede decirse que no existe» [1]. Su formación normal fué sofocada en germen por Fernando de Aragón, Carlos V, Felipe II...; pero España y Portugal nacen á la vida: los dueños se ven obligados, bien á pesar suyo, á contar con una opinión pública.

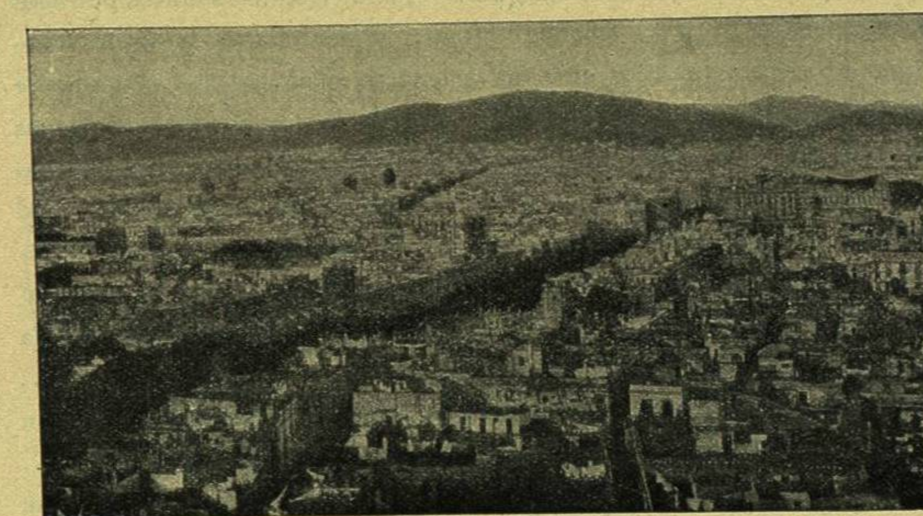
Francia, como España, ha sido muy menoscabada y disminuída políticamente: ya no le es posible soñar, como lo hizo varias veces en su historia, en conservar ó reconquistar el primer rango entre las naciones; ha de contentarse con ser una unidad en el «concierto» de las ocho «grandes potencias», con clasificar su ejército en la tercera categoría y su flota de guerra en la tercera ó cuarta, mientras que por su población, su comercio y su industria queda más atrás en la lista de preeminencia. Impotente para hacer prevalecer su voluntad en los consejos de Europa, ha tratado de indemnizarse por anexiones de territorios ultramarinos: despues de la Gran Bretaña, es la nación que más ha sufrido esa enfermedad contagiosa

[1] R. Mella, *Crise d'une nacionalité*, «Humanité Nouvelle», Julio 1900, p. 97.

á que Novicov ha dado el nombre de «kilometritis»[1]. La extensión del imperio colonial que, según los mapas, se supone pertenece á Francia, excede con mucho en superficie al espacio que la metrópoli ocupa en Europa. La consecuencia inevitable de todas esas anexiones consiste en debilitar el país, si no colonizador, al menos conquistador: esa vegetación frondosa de ramas adventicias ha de agotar la savia del tronco principal. Bastaría que la potencia se comprometiera en empresas vitales de ataque ó de defensa con el resto de Europa para que le fuese imposible ocuparse de las comarcas situadas completamente fuera de su órbita de atracción. ¿No es eso, por lo demás, lo que sucedió durante las guerras de la Revolución y del Imperio? La mayor parte de las posesiones francesas de ultramar dejaron de pertenecerle porque ningún interés tenían las poblaciones indígenas en defenderse contra el menor ataque de los barcos ingleses que «mandaban á las olas». Durante la misma guerra de 1870, hubo territorios de los oficialmente designados «colonias francesas» que fueron completamente evacuados, sin que un enemigo se tomara la molestia de atacarlos. Evidentemente todos esos países alejados de la comarca de donde proceden los invasores permanecen como adquisiciones precarias, puesto que los conquistadores no han arraigado y sólo están allí como explotadores odiados ó como visitadores temidos. La proporción de los naturales de Francia que residen en los territorios llamados coloniales, situados fuera de la Mauritania, y que no tienen por habitantes más que indígenas con ó sin derecho de voto, es infinitesimal, por decirlo así. En todas las colonias africanas, asiáticas ú oceánicas, exceptuando la Reunión y la Nueva Caledonia, apenas se cuentan 25,000 Europeos civiles, de los cuales á lo sumo 20,000 son Franceses, y 36,000 soldados venidos de la Metrópoli. Las posesiones de la Indo-China, que tienen ciertamente gran importancia económica y que no pueden menos de aumentar constantemente su valor, deben sus progresos materiales mucho menos á sus propietarios y administradores franceses que á los mercaderes europeos de otro origen, á los inmigrantes chinos y principalmente á los mismos indígenas,

[1] *Conscience et volonté*, p. 277 y siguientes.

que son hombres de trabajo y de inteligencia. En cuanto á las Antillas francesas, la Martinica y la Guadalupe, los hijos de los antiguos esclavos, todavía negros ó mulatos por su origen africano, han llegado, no obstante, á ser franceses por la lengua, la educación, el sufragio y la conciencia nacional; mas por el comercio han entrado ya, á pesar de las tarifas diferenciales, en el círculo de atracción de los Estados Unidos.



Cl. Ant. Thomas.

VISTA GENERAL DE BARCELONA

A pesar del número y de la extensión de sus posesiones coloniales, en las que los patriotas franceses fingen hallar la fuerza, y que en realidad son una causa de debilidad, Francia comprende la inseguridad de su posición entre dos Estados mucho más poderosos que ella, el uno por su dinero y sus flotas, la Gran Bretaña; el otro por su población y su ejército, el imperio germánico; y se ha visto también obligada á buscar una alianza, aun á riesgo de atropellar lo que antes respetaba con el nombre de los principios republicanos. Los diplomáticos se han esforzado por armonizar las notas de la Marsellesa con las del Himno del Czar, y el noble ideal que inspiraba á los hombres de la Convención ha sido olvidado por sus descendientes. Sin embargo, á los regocijos oficiales y populares ocasionados por esta alianza, se han unido sentimientos muy diferentes: al lado de los aduladores que se sienten dichosos reconociéndose como

lacayos de un elevado personaje, no han faltado hombres que se sintieran satisfechos al manifestar simpatía por un pueblo extranjero, formándose una unión que, aparte de las ceremonias oficiales, constituye un elemento de la fraternidad futura. La derrota de Rusia en Oriente y la Revolución que ruge desde el mar Negro al Báltico ha avivado ese sentimiento, mientras que en las altas esferas se ha enfriado proporcionalmente.

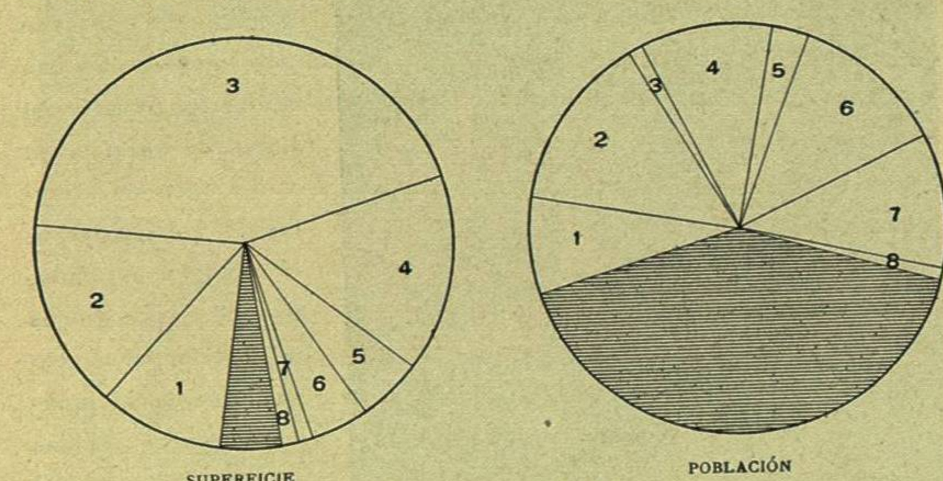
La política «bajamente burguesa» que dirigió los asuntos políticos de Francia y de toda Europa durante el centenario de la Revolución, se caracterizó bien por las amenazas oficiosas que el gabinete francés dirigió á la Puerta en 1898, después de las horribles matanzas de Armenia. El sultán, embriagado por su omnipotencia, osó contrariar algunas indignas especulaciones de capitalistas europeos. «Tened cuidado, se le avisó en seguida, no han de hacerse ilusiones en Constantinopla. El morboso temor de las responsabilidades, que ha paralizado la acción de las potencias, no garantiza en modo alguno á la Puerta la impunidad acerca de las indemnizaciones de que se trata... Mientras sólo se trataba de humanidad, de derecho y de protección á una clientela en peligro de muerte, Europa podía retroceder... Cada potencia encuentra toda su lucidez y toda su energía cuando se trata de los intereses materiales de sus jurisdiccionales» [1]. Matad vuestros Armenios si se os antoja, pero no toquéis á nuestro dinero.

En verdad que semejante indiferencia ante las injusticias más flagrantes, ante los crímenes colectivos más espantosos, podía fundadamente inclinar á los pesimistas á pensar que el manantial de todas las buenas pasiones se había irremediablemente agotado. Y sin embargo, en aquella época se produjo un acontecimiento en sí trivial, una injusticia cometida á sabiendas con un oficial por el delito de no ser simpático á sus camaradas. Cosas semejantes ocurren todos los días, pero se necesita cierta combinación de circunstancias, además el tiempo necesario para que la opinión se apasione y por último el talento y el querer comunicativos de algunos hombres valientes para determinar el movimiento general.

Todos esos elementos se reunieron en el proceso Dreyfus, que

[1] Artículo de *Le Temps*, reproducido por el *Mechveret*, 1.º Agosto 1898.

fué el proceso del ejército, no solamente del ejército francés, sino de todos los ejércitos de todos los tiempos y de todos los países, porque estableció las consecuencias fatales de la autoridad indiscutida, la crueldad, la necedad, el espíritu sistemático de capricho y de mentira, y sobre todo la subordinación de todo sentimiento de justicia y de honor al espíritu de cuerpo. Tantos votos y tantas voluntades, lanzándose de todas las partes del mundo, se unieron en este proceso, representación de millones de otros procesos desconocidos ó



Francia y sus colonias

1. Argelia y Túnez. — 2. Sudán y Africa occidental, desde el Senegal al Dahomey. — 3. Sahara. — 4. Congo. — 5. Madagascar. — 6. Cochinchina, Cambodge, Annam. — 7. Tonkin. — 8. Otras colonias en Asia, Africa, América y Oceanía.

descuidados en general, aunque conocidos en un círculo local, que puede verse en él un acontecimiento de orden universal y que por esto mismo ha «contribuído á la futura unidad de la raza humana». Además alcanzó una belleza trágica por su larga duración, por sus conmovedoras peripecias y por su efecto teatral. «Por los ataques feroces, pueriles, hipócritas de los unos, tuvo el interés complicado de los dramas bárbaros, y por la firme defensa de los ciudadanos, adquirió la sencilla belleza armoniosa de la tragedia antigua» [1].

Esa guerra furiosa de las dos mitades de Francia, á propósito de un hombre que ni por su genio, ni por su inteligencia, ni sus cuali-

[1] Ch. Péguy, *Revue Blanche*, 15, VIII, 1899, ps. 631, 632.

lacayos de un elevado personaje, no han faltado hombres que se sintieran satisfechos al manifestar simpatía por un pueblo extranjero, formándose una unión que, aparte de las ceremonias oficiales, constituye un elemento de la fraternidad futura. La derrota de Rusia en Oriente y la Revolución que ruge desde el mar Negro al Báltico ha avivado ese sentimiento, mientras que en las altas esferas se ha enfriado proporcionalmente.

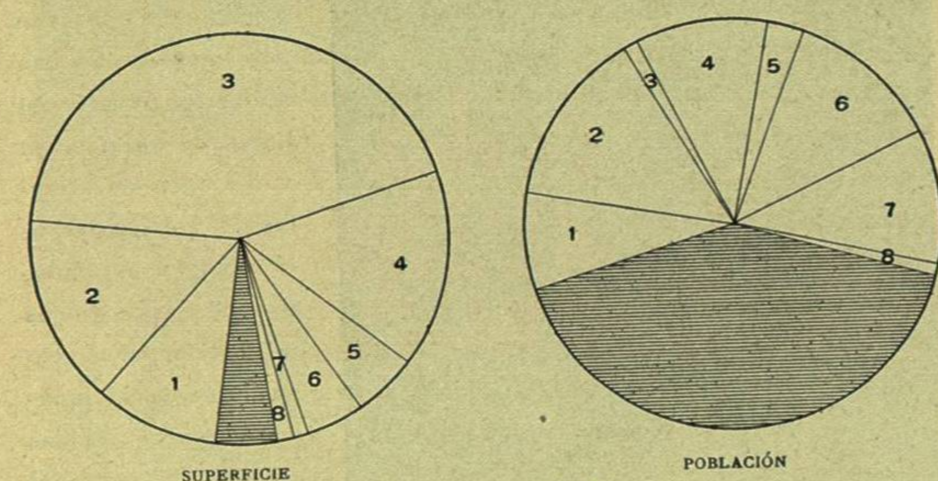
La política «bajamente burguesa» que dirigió los asuntos políticos de Francia y de toda Europa durante el centenario de la Revolución, se caracterizó bien por las amenazas oficiosas que el gabinete francés dirigió á la Puerta en 1898, después de las horribles matanzas de Armenia. El sultán, embriagado por su omnipotencia, osó contrariar algunas indignas especulaciones de capitalistas europeos. «Tened cuidado, se le avisó en seguida, no han de hacerse ilusiones en Constantinopla. El morboso temor de las responsabilidades, que ha paralizado la acción de las potencias, no garantiza en modo alguno á la Puerta la impunidad acerca de las indemnizaciones de que se trata... Mientras sólo se trataba de humanidad, de derecho y de protección á una clientela en peligro de muerte, Europa podía retroceder... Cada potencia encuentra toda su lucidez y toda su energía cuando se trata de los intereses materiales de sus jurisdiccionales»[1]. Matad vuestros Armenios si se os antoja, pero no toquéis á nuestro dinero.

En verdad que semejante indiferencia ante las injusticias más flagrantes, ante los crímenes colectivos más espantosos, podía fundadamente inclinar á los pesimistas á pensar que el manantial de todas las buenas pasiones se había irremediablemente agotado. Y sin embargo, en aquella época se produjo un acontecimiento en sí trivial, una injusticia cometida á sabiendas con un oficial por el delito de no ser simpático á sus camaradas. Cosas semejantes ocurren todos los días, pero se necesita cierta combinación de circunstancias, además el tiempo necesario para que la opinión se apasione y por último el talento y el querer comunicativos de algunos hombres valientes para determinar el movimiento general.

Todos esos elementos se reunieron en el proceso Dreyfus, que

[1] Artículo de *Le Temps*, reproducido por el *Mechveret*, 1.° Agosto 1898.

fué el proceso del ejército, no solamente del ejército francés, sino de todos los ejércitos de todos los tiempos y de todos los países, porque estableció las consecuencias fatales de la autoridad indiscutida, la crueldad, la necedad, el espíritu sistemático de capricho y de mentira, y sobre todo la subordinación de todo sentimiento de justicia y de honor al espíritu de cuerpo. Tantos votos y tantas voluntades, lanzándose de todas las partes del mundo, se unieron en este proceso, representación de millones de otros procesos desconocidos ó



Francia y sus colonias

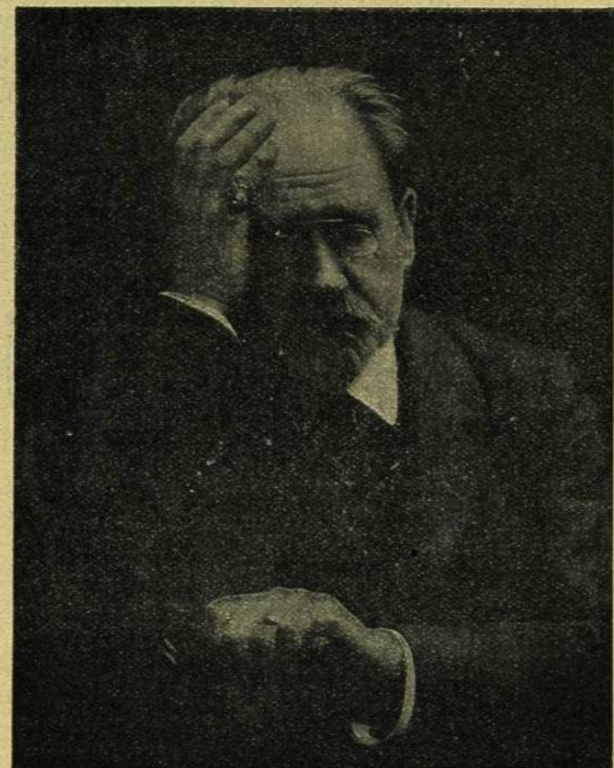
1. Argelia y Túnez. — 2. Sudán y Africa occidental, desde el Senegal al Dahomey. — 3. Sahara. — 4. Congo. — 5. Madagascar. — 6. Cochinchina, Cambodge, Annam. — 7. Tonkin. — 8. Otras colonias en Asia, Africa, América y Oceanía.

descuidados en general, aunque conocidos en un círculo local, que puede verse en él un acontecimiento de orden universal y que por esto mismo ha «contribuído á la futura unidad de la raza humana». Además alcanzó una belleza trágica por su larga duración, por sus conmovedoras peripecias y por su efecto teatral. «Por los ataques feroces, pueriles, hipócritas de los unos, tuvo el interés complicado de los dramas bárbaros, y por la firme defensa de los ciudadanos, adquirió la sencilla belleza armoniosa de la tragedia antigua»[1].

Esa guerra furiosa de las dos mitades de Francia, á propósito de un hombre que ni por su genio, ni por su inteligencia, ni sus cuali-

[1] Ch. Péguy, *Revue Blanche*, 15, VIII, 1899, ps. 631, 632.

dades morales se elevaba lo más mínimo sobre el vulgo, es uno de los mil incidentes de la lucha incesante que se desarrolla en todos los medios entre conservadores é innovadores, pero quizá en Francia con más encarnizamiento que en otros países, á causa de la potencia casi equivalente de los elementos en oposición, simbolizados por el contraste geográfico del macizo central y de las llanuras, es decir, del lugar de rarefacción y del foco de atracción. Sin embargo, el contraste es doble, porque si las regiones montuosas del centro constituyen un mundo diferente de las cuencas del Sena, del Saona y del Garona, hay también oposición clara entre el Norte y el Mediodía, pero las dos formas de antagonismo se manifiestan de diverso modo. La individualidad provincial persiste mucho tiempo en los inmigrantes de París, especialmente los procedentes de Auvernia, de la Marche y de Saboya, que continúan viviendo aparte entre la misma multitud, concentrados en el pensamiento de la ganancia. Puede decirse en general que todo provinciano llega con un sentimiento de respeto casi religioso por la gran ciudad, que representa á sus ojos, y con razón, un centro intelectual muy superior á su medio primitivo, al mismo tiempo que la ciudad donde se desarrolla la gran historia y donde se concentran inmensos tesoros aportados de todo el mundo. Pero el «Meridional» propiamente dicho, el



Cl. J. Kuhn, edit.

EMILIO ZOLA (1840 - 1902)

Tolosano, el Marsellés y el Gascón ven las cosas de otra manera: no se creen inferiores al Parisién; diríase que han conservado un resto del orgullo de los Romanos ó de los ciudadanos de la *Provincia*, cuando éstos se aventuraron en las regiones frías, pantanosas ó selváticas del Norte de la Galia; quizá recuerdan instintivamente los días de la Edad Media, anteriores al atroz Simón de Monfort, cuando las gentes de la lengua de oc, Albigenses y otros, tenían amplia conciencia de la superioridad de su civilización comparada con la de los Bárbaros del Norte; quizá algunos Meridionales, sin darse apenas cuenta, lleguen con un sentimiento de venganza. Sus grandes habladores despliegan allí su tonante elocuencia como en país conquistado.



Cl. J. Kuhn, edit.

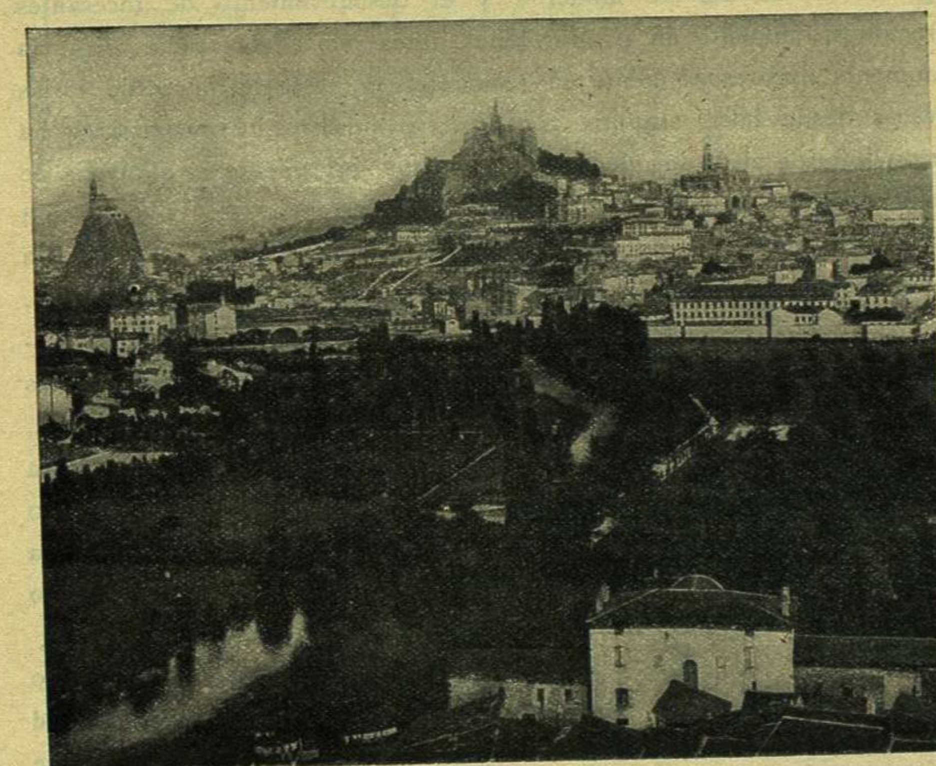
LA GRUTA DE LOURDES

He ahí un fenómeno que puede parecer extraño, y que sin embargo es una consecuencia natural de la opresión, aquí y allá victoriosa, que los invasores del Norte hicieron sufrir en otro tiempo á las poblaciones meridionales; éstas reaccionan ahora contra los Sep-

tentrionales de una manera muy compleja. Mientras que hace seiscientos años el Mediodía representaba sin duda alguna la parte más avanzada de la nación, su acción se complica en nuestros días con elementos regresivos muy poderosos. Al lado de una mayoría de electores cuyo color político se denomina «radical» y aun «radical socialista», cuyos representantes se dedican á la separación de la Iglesia y del Estado, al lado de campesinos que entran libremente en la vía corporativa, hasta comunista, se hallan los grupos más violentamente supersticiosos y reaccionarios. Si la lengua provenzal trata de renacer á la vida, lo que es su derecho — justifica su ambición legítima por poemas de gran belleza literaria —, el sentido general de ese movimiento se inclina francamente hacia la reacción católica. ¿No es vergonzoso que la pasión cruel de las corridas de toros, con la muerte del animal y todo el espantoso preludio de caballos destripados y de hombres en peligro se haya apoderado de tantas ciudades del Mediodía, y que hayan sentido despertar su antiguo espíritu municipal contra el gobierno central, culpable de querer aplicar las leyes, poco draconianas por cierto, dictadas durante el siglo para la protección de los animales?

En ese conflicto de las dos Francias, es natural que los elementos conservadores se hayan descargado de cuanto podía servirles de estorbo para el combate. La monarquía les molesta, tanto más que, lejos de ser un principio absoluto, está subordinada á la existencia de una familia real ó imperial, y que varias de esas familias se disputan el poder. Fracasadas las tentativas de restauración, precisamente á causa de las luchas entre candidatos á la soberanía, pareció más práctico declararse republicanos conforme á la opinión del papa, porque un nombre no compromete á nada, y bajo el de «Cosa común» pueden abarcarse todas las supervivencias del pasado más en contradicción con las ideas nuevas. Naturalmente el centro de unión para la derecha y la izquierda del gran ejército conservador había de ser la vieja Iglesia católica, diestramente adaptada á todas las maniobras modernas, pero incapaz de transigir sobre los principios que son, como lo fueron siempre, la sumisión de las inteligencias y de las voluntades á la tradición religiosa. El respeto á los intereses adquiridos es aquí de tal modo acatado, que el personal de

la reacción francesa parece haber cambiado apenas durante un siglo. Una de las más interesantes y lógicas consecuencias de la historia consiste en que, bajo la República oficial, la mayor parte de los que mandan el ejército francés son precisamente los nietos de los emigrados realistas que invadieron Francia á sueldo de la coalición de



Cl. J. Kuhn, edit.

EL PUY DE VELAY

A la izquierda San Miguel de Aiguilhe, en el centro Nuestra Señora de Francia, á la derecha la Catedral.

los reyes. Los nombres enumerados en los anuarios coinciden admirablemente, á un siglo de distancia, con los que figuraban en Coblenza y en Quiberon en la lista de los mercenarios extranjeros [1]. Por una evolución muy natural y que, por tanto, á nadie puede culparse de ella, los realistas invasores de Francia se han transformado en «patriotas intransigentes».

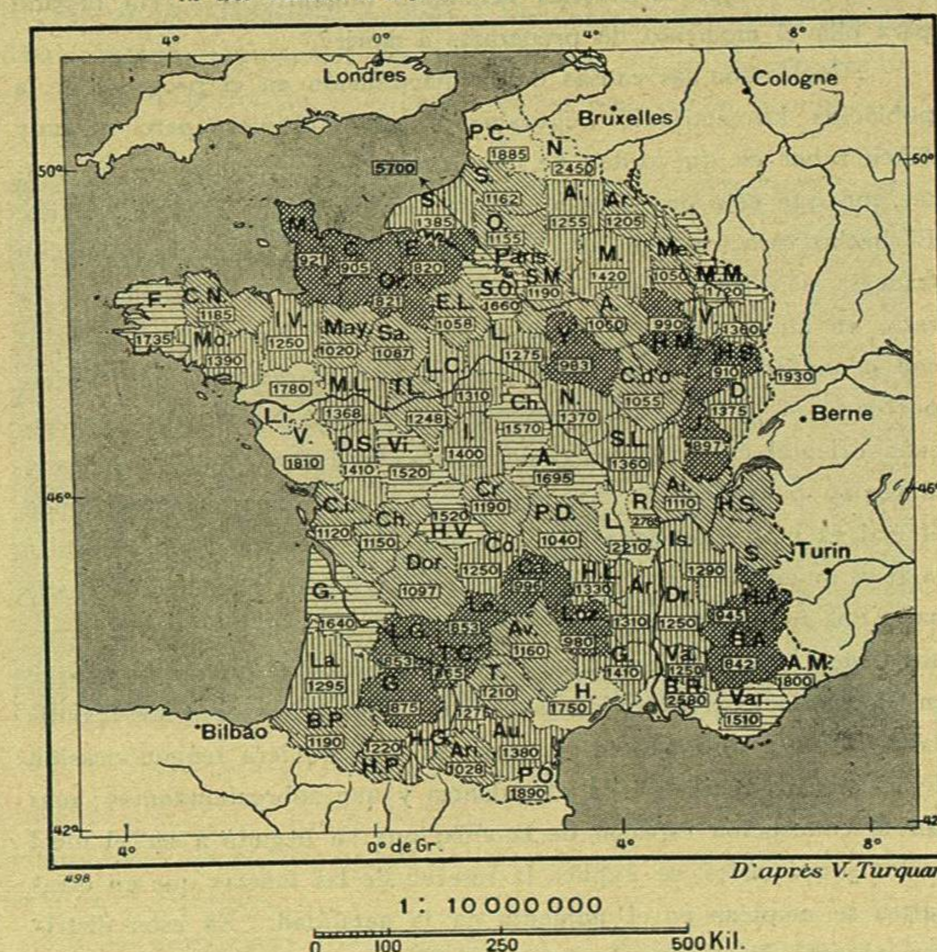
[1] Urbain Gohier, *L'Armée de Condé*, «Revue Blanche», 1.º Julio 1898.

Sin ser única á este respecto entre las naciones, Francia es, no obstante, el grupo étnico que se cita ordinariamente como menos fecundo en progenitura. En tanto que en la mayor parte de las comarcas europeas y de los otros continentes pertenecientes al mismo tipo de civilización, la población, ayudada por los admirables progresos de la higiene moderna y el descubrimiento de incesantes recursos, aumenta en proporciones antes jamás alcanzadas, Francia aumenta muy escasamente en residentes, y hasta ha sucedido varias veces desde hace algunos años que el número de nacimientos ha sido inferior al de las defunciones, y que únicamente la afluencia de extranjeros ha impedido un verdadero retroceso en la población francesa. A excepción de Bretaña, es decir, de la provincia francesa que menos participa de la vida general de la nación, todo el país, sobre todo sus campesinos, profesan el precepto de la «reserva moral» calurosamente recomendada por Malthus y Stuart Mill. Las consecuencias son tales, que el generalísimo de las fuerzas alemanas, viendo ante todo en las poblaciones reservas de hombres útiles para el combate y para la matanza, celebra la victoria que el ejército germánico obtiene cada año sobre el ejército francés: una rebaja anual de cien mil nacimientos equivale, en efecto, en el equilibrio militar, á una enorme matanza en un campo de batalla.

Resulta, pues, que esas causas profundas, íntimas, del retroceso ó del progreso de la población, hacen más, si no por la prosperidad verdadera, al menos por la influencia relativa de las naciones, que los bruscos acontecimientos políticos, las inmigraciones ó los exodos. La población de un simple cantón de una veintena de mil individuos, cuya tasa de nacimientos durante cuatro siglos excediera de las defunciones un dos por ciento — uniría, por ejemplo, la natalidad de Austria-Hungría, treinta y ocho por mil, á la mortalidad inglesa, dieciocho por mil —, podría teóricamente llegar á cincuenta millones de hombres, lo suficiente para cubrir el territorio de la Alemania entera; si luego por un brusco cambio se cambiara la proporción por completo, los cincuenta millones se reducirían otra vez á algunos miles de individuos al cabo del mismo plazo de cuatrocientos años. Así se ha visto á la población franco-canadiense aumentar de una manera maravillosa, elevar sus flotas humanas como

una marea y mostrar sus veinticinco mil individuos allí donde sólo existía un millar cien años antes; y, por otra parte, que naciones que han perdido sus recursos en tierra, en agua, en relaciones co-

N.° 498. Aumento de la población francesa durante el siglo XIX.



Las cifras indican la población de 1900, por 1,000 habitantes en 1800; se ve que en una quincena de departamentos ha habido disminución efectiva.

A 1,000 habitantes en 1800, corresponden aproximadamente en 1900: Francia 1,450, España 1,800, Italia 2,400, Suiza 2,500, Alemania, Bélgica, Holanda 3,000 (?), Inglaterra 3,500 (?).

merciales, han acabado por desaparecer, tales los Hymiaritas y los Babilonios, no dejando más que un nombre y vestigios donde habían cultivado extensos campos y edificado ciudades populosas. Pero esas revoluciones, de tan alta importancia histórica, fijan menos la aten-

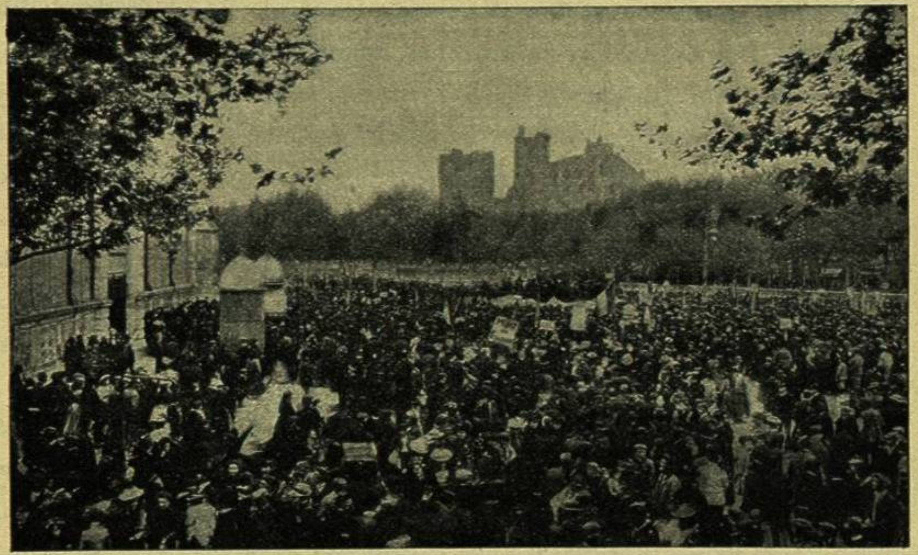
ción que los hechos bruscos, de interés completamente secundario. «La despoblación mata las naciones sin causar dolor á los individuos que las forman, y no sintiéndose dolor, ninguna queja se oye» [1]. ¿Amenaza actualmente la existencia de la nación francesa esa enfermedad social que Aristóteles denominó oligantropía? ¿Ha llegado para ella el momento de prepararse á morir?

¿Cuáles son las causas de la disminución en el progreso de la población kilométrica? Seguramente son múltiples, pero es muy difícil saber en qué orden de importancia han de colocarse, sin contar con que este orden puede variar según las diversas provincias. El hecho característico en la disminución parcial de la población francesa consiste en que «la pobreza conserva la vitalidad de la raza, en tanto que la riqueza ó el bienestar constituye un pacto con la muerte» [2]. Los cuatro grupos de departamentos que se despueblan son las riquísimas comarcas de la baja Normandía, la Gascuña oriental con el Quercy, una parte del Languedoc, Provenza y la región borgoñona y champañesa. Los dos departamentos donde el mal es más inveterado, el Eure y el Lot-y-Garona, en los cuales la lista anual de los muertos excede á la de los nacimientos desde hace dos tercios de siglo, se clasifican entre aquellos cuyos terrenos tienen la mayor fecundidad. No puede decirse que aquí, porque en el banquete de la vida no haya cubierto, se vean los candidatos al festín obligados á retirarse, ni que siquiera tengan ocasión de nacer; los recursos son abundantes y aun sobreabundantes; mas por la concepción especial de la vida, que ha llegado á ser el ideal de los propietarios, se explica la reserva de las fuerzas que en otras partes se emplean en el aumento de la natalidad. En esos distritos, no sólo disminuye regularmente el número de los matrimonios y aumenta el de los célibes, sino que los mismos esposos se acercan cada vez más al celibato [3].

¿Cuál es, pues, su ideal? Perpetuar la riqueza ó al menos el bienestar en la familia. No pudiendo conservar sus bienes para sí más allá de la tumba, el egoísta posesor quiere al menos que su

[1] Arsène Dumont, *Revue Scientifique*, 20 Julio 1895, p. 92.
[2] Arsène Dumont, *Revue mensuelle de l'Ecole d'Anthropologie de Paris*, 15 Enero 1897
[3] Edmond Demolins, *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons*, p. 130.

propiedad no sea fraccionada, y prefiere correr el riesgo de haber de transmitirla á un pariente, á repartirla entre varios hijos. Cosa rara y antinatural: la procreación de los hijos, es decir, la evocación de la generación que viene y que debiera continuar fácilmente la obra de la humanidad, se deja á los desgraciados, á los que no tienen cuidado alguno del porvenir. Y esta incuria de los genitores es quizá preferible al cuidado de los que ven en los hijos la



Cl. Allard.

UNA MULTITUD MERIDIONAL — (Narbona 5 de Mayo de 1907)

simple continuidad del nombre, de la herencia, de la influencia aristocrática ó burguesa.

Si el propietario tiene empeño en la eterna duración de su propiedad, al menos puede transmitirla á los suyos, mientras que otra categoría de individuos ni siquiera tiene este ideal. El funcionario, el hombre dedicado á la vigilancia de sus conciudadanos, se inclina fácilmente á no tener más que ambiciones personales. Los oficiales, los empleados del Estado, los asalariados de las compañías, no tienen una existencia asegurada, no sólo por su trabajo, como parece á primera vista, sino por la benevolencia de sus superiores, que pueden despedirles, arruinarles cuando les convenga. Además, todos esos empleados no tienen en perspectiva ascensos ó mejoras

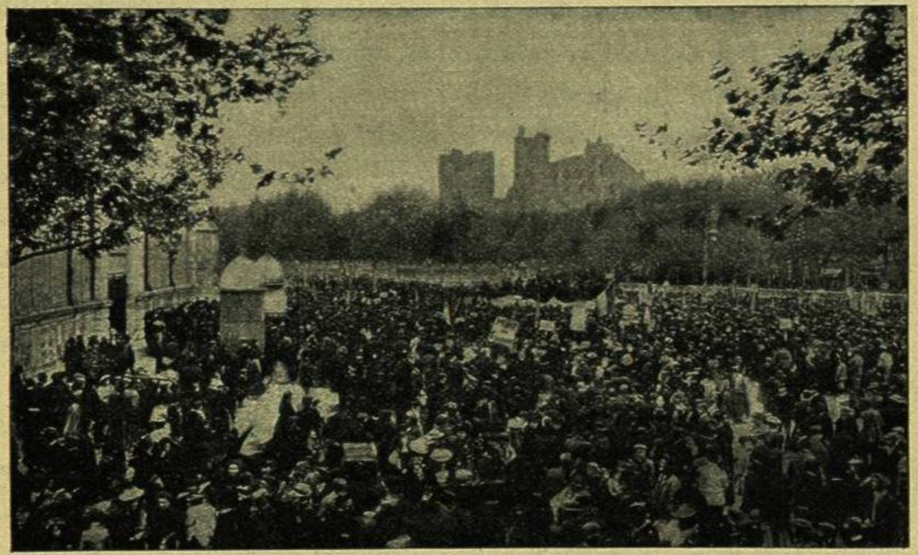
ción que los hechos bruscos, de interés completamente secundario. «La despoblación mata las naciones sin causar dolor á los individuos que las forman, y no sintiéndose dolor, ninguna queja se oye» [1]. ¿Amenaza actualmente la existencia de la nación francesa esa enfermedad social que Aristóteles denominó oligantropía? ¿Ha llegado para ella el momento de prepararse á morir?

¿Cuáles son las causas de la disminución en el progreso de la población kilométrica? Seguramente son múltiples, pero es muy difícil saber en qué orden de importancia han de colocarse, sin contar con que este orden puede variar según las diversas provincias. El hecho característico en la disminución parcial de la población francesa consiste en que «la pobreza conserva la vitalidad de la raza, en tanto que la riqueza ó el bienestar constituye un pacto con la muerte» [2]. Los cuatro grupos de departamentos que se despueblan son las riquísimas comarcas de la baja Normandía, la Gascuña oriental con el Quercy, una parte del Languedoc, Provenza y la región borgoñona y champañesa. Los dos departamentos donde el mal es más inveterado, el Eure y el Lot-y-Garona, en los cuales la lista anual de los muertos excede á la de los nacimientos desde hace dos tercios de siglo, se clasifican entre aquellos cuyos terrenos tienen la mayor fecundidad. No puede decirse que aquí, porque en el banquete de la vida no haya cubierto, se vean los candidatos al festín obligados á retirarse, ni que siquiera tengan ocasión de nacer; los recursos son abundantes y aun sobreabundantes; mas por la concepción especial de la vida, que ha llegado á ser el ideal de los propietarios, se explica la reserva de las fuerzas que en otras partes se emplean en el aumento de la natalidad. En esos distritos, no sólo disminuye regularmente el número de los matrimonios y aumenta el de los célibes, sino que los mismos esposos se acercan cada vez más al celibato [3].

¿Cuál es, pues, su ideal? Perpetuar la riqueza ó al menos el bienestar en la familia. No pudiendo conservar sus bienes para sí más allá de la tumba, el egoísta posesor quiere al menos que su

[1] Arsène Dumont, *Revue Scientifique*, 20 Julio 1895, p. 92.
[2] Arsène Dumont, *Revue mensuelle de l'Ecole d'Anthropologie de Paris*, 15 Enero 1897
[3] Edmond Demolins, *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons*, p. 130.

propiedad no sea fraccionada, y prefiere correr el riesgo de haber de transmitirla á un pariente, á repartirla entre varios hijos. Cosa rara y antinatural: la procreación de los hijos, es decir, la evocación de la generación que viene y que debiera continuar fácilmente la obra de la humanidad, se deja á los desgraciados, á los que no tienen cuidado alguno del porvenir. Y esta incuria de los genitores es quizá preferible al cuidado de los que ven en los hijos la



Cl. Allard.

UNA MULTITUD MERIDIONAL — (Narbona 5 de Mayo de 1907)

simple continuidad del nombre, de la herencia, de la influencia aristocrática ó burguesa.

Si el propietario tiene empeño en la eterna duración de su propiedad, al menos puede transmitirla á los suyos, mientras que otra categoría de individuos ni siquiera tiene este ideal. El funcionario, el hombre dedicado á la vigilancia de sus conciudadanos, se inclina fácilmente á no tener más que ambiciones personales. Los oficiales, los empleados del Estado, los asalariados de las compañías, no tienen una existencia asegurada, no sólo por su trabajo, como parece á primera vista, sino por la benevolencia de sus superiores, que pueden despedirles, arruinarles cuando les convenga. Además, todos esos empleados no tienen en perspectiva ascensos ó mejoras

en su situación sino á condición de agradar á sus jefes: todo adelanto es á ese precio. El interés les impone visitas, servicios, complacencias y cierta buena presencia para aumentar las probabilidades de avance, y los gastos están casi siempre en relación con el rango á que se aspira. En tales condiciones es imposible una familia numerosa; constituiría hasta un escándalo á los ojos de los que pueden distribuir las dotaciones y las plazas á los hijos suplementarios. Razones análogas impulsan á las mismas prácticas á los que ejercen profesiones liberales, como médicos y abogados; por último, los individuos cuyas funciones imponen una educación relativamente superior, es decir, los directores y profesores de facultades y de colegios, son generalmente pobres en hijos: por una risible ironía de las cosas, los pontífices de la moral pública, de acuerdo con otros pontífices, los sacerdotes célibes, se dedican ostensiblemente á la abstención voluntaria [1]. Además de los hechos de limitación consciente de las familias que en tan gran número se observa entre propietarios y aristócratas, se ha de mencionar también, según la mayoría de los médicos, los hechos de esterilidad conyugal procedentes, en las familias acomodadas, de la sobrealimentación en substancias azoadas. Suele imaginarse que aumentando las dosis de alimentación, haciendo trabajar excesivamente el aparato digestivo, se gana en fuerza y en salud, y sucede lo contrario. La infecundidad de los matrimonios suele ser causada por esa riqueza continua de alimentos tónicos á los cuales se añade el vino puro, el café fuerte y los licores, sucediendo lo que con las plantas ampliamente nutridas, que se llenan de hojas y no dan fruto [2].

La composición social de muchos centros industriales que conservan oficialmente una posición muy secundaria en los departamentos, impone la existencia de un núcleo poderoso de familias muy ricas que tienen el orgullo de su posición y desdeñan el mundo de los funcionarios. A esa aristocracia industrial corresponde un numeroso proletariado que constituye la gran mayoría de la población, y una clase intermediaria de revendedores que viven de la clientela

[1] Arsène Dumont, *Profession et Natalité*, sesión de la Sociedad de Antropología de París, 4 Febrero 1897.
[2] Maurel, *De la dépopulation de la France*, la misma Sociedad, 18 Diciembre 1896.

de los obreros y suelen estar sometidos al poder discrecional de los dueños. Y resulta que esas diversas clases tienen una gran natalidad, muy superior á la de las sociedades burguesas compuestas de rentistas y de funcionarios. La existencia es aleatoria, lo mismo para el obrero que para el patrón; uno y otro corren tras la fortuna, aceptando sus consecuencias; arriesgando diariamente pérdidas y ganancias, no temen aventurar hijos en la batalla de la vida; hasta



Cl. Geiser.

EL VIEJO TENES, ANTIGUO NIDO DE PIRATAS

se ha observado que, por el contagio de las ideas y el espíritu de imitación, la población agrícola que rodea los centros obreros se siente inclinada á fundar familias numerosas. Dumont ha hallado numerosos ejemplos alrededor de Dunkerque, de Lillebonne y otras ciudades industriales.

Las condiciones económicas y sociales reaccionan de diverso modo sobre el equilibrio de la población, haciendo variar constantemente las oscilaciones de la vida y de la muerte. Como quiera que sea el estado ó el resultado de esas alternativas, el progreso no es movimiento que se mide solamente por orden numérico, siguiendo la estadística precisa de las cabezas de hombres, mujeres y

niños. No hay duda que el número es un elemento de civilización, pero no es el principal, y hasta en ciertos casos puede ser un obstáculo al desarrollo de un verdadero progreso en bienestar personal y colectivo, lo mismo que en bondad mutua.

Por otra parte, la inmigración de las poblaciones vecinas toma en Francia el lugar de los que dejan de nacer en ella, y es indudable que los hijos de extranjeros son «buenos Franceses», tan perfectos patriotas como fueron entusiastas Prusianos los Dubois-Reymond, los Verdy del Vernois y otros descendientes de los calvinistas. Se ha notado con frecuencia que entre los hombres que con más vehemencia han discurrido sobre la «gloria de Francia», se halla cierto número cuyos abuelos nacieron fuera de sus fronteras: el suelo, el medio y la lengua modelan el individuo que se coloca entre la masa de la nación. En resumen, no parece que Francia, comparada con sus vecinas, les ceda en valor en su parte de trabajo útil.

A las naciones latinas, y sobre todo á Francia ha de considerarse unida el Africa menor, es decir, la parte del continente africano que las extensiones arenosas y pedregosas del Sahara, antes — á lo menos parcialmente — ocupadas por un brazo de mar (De Lapparent), limitan sobre todo el frente meridional, desde el golfo de Gabes hasta el Atlántico de las Canarias. Por la continuidad de las tierras emergidas, esta «Africa menor», la Mauritania, pertenece al continente negro, mas por su arquitectura geológica, por la dirección, la naturaleza y los pliegues de sus cadenas de montañas (Ed. Suess), por sus plantas y su fauna, como por sus razas de hombres autóctonos, esta comarca es mucho más europea que africana: forma un todo con el mundo mediterráneo, que constituyen Italia y sus islas, Provenza, Languedoc, las Baleares y la península Ibérica.

No obstante, los acontecimientos políticos separaron frecuentemente durante el curso de la historia las dos vertientes del mar interior: eran tan grandes los peligros de la navegación antes de la época moderna, que los movimientos de colonización eran casi siempre impedidos ó largamente retardados y las expediciones militares solían ser comprometidas: para ir de una orilla á otra se empleaban entonces tantos días como horas tardan en la actualidad los

buques de marcha rápida. Después de la destrucción del imperio romano, se produjo la separación completa entre las poblaciones de las dos orillas, y aun la emigración victoriosa de los Arabes pudo hacerse á lo largo de la costa septentrional del continente sobre la enorme distancia que separa el mar Rojo del Atlántico, el Sinaí de los Pirineos. Habiendo sido interrumpido el movimiento normal del Norte al Mediodía, entre las dos unidades del mundo mediterráneo, se manifestó una presión secundaria de Este á Oeste.

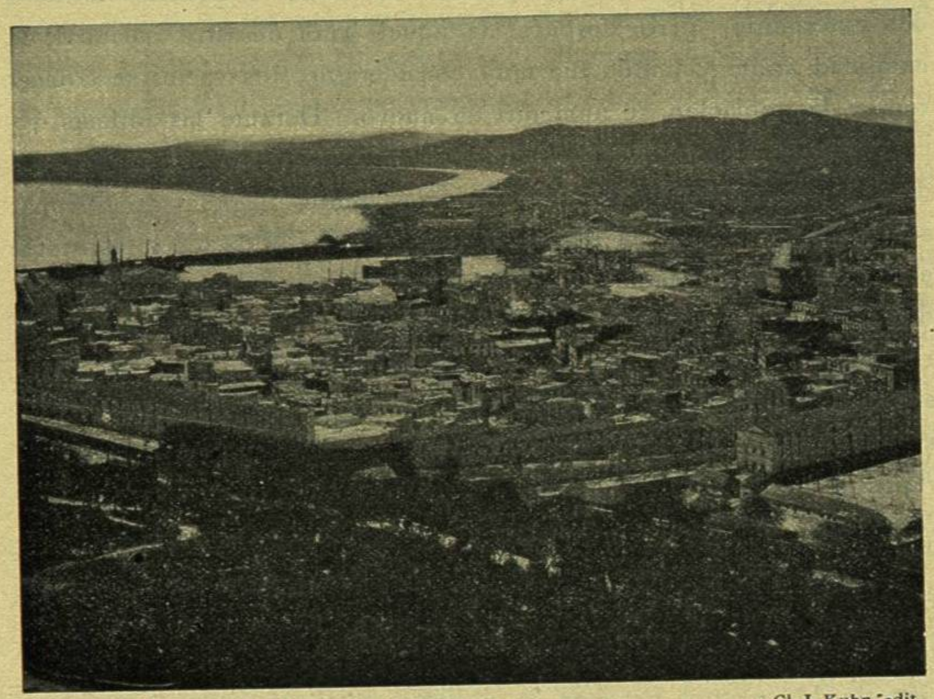
Actualmente ha podido reconstituirse la cohesión natural, aunque brutalmente, por la conquista militar. La Argelia y Túnez son colonias francesas, ó por mejor decir, sud-europeas, puesto que los principales inmigrantes son Franceses del Mediodía, Españoles, Mahoneses, Malteses é Italianos: éstos predominan mucho en Túnez, en tanto que los Españoles sobresalen en número sobre los Franceses en la Orania. Sin embargo, las tierras mauritanas no son sino muy parcialmente, desde el punto de vista etnológico, anejos de la Europa moderna; son ante todo un país bereber, y aun, en cierta medida, una región de conquista árabe: Asia se mezcla allí con Europa y con la antigua Occitania. Cuando Napoleón III, con gran escándalo de los colonos franceses, calificó la Argelia de «reino árabe», dijo una gran parte de verdad. Por lo demás, los militares franceses que unieron la Argelia á Europa profesaron siempre la misma opinión que el emperador de su elección, y esta opinión les era impuesta por el espíritu de cuerpo: el deseo de mandar, tan propio de soldados, les hacía preferir los súbditos árabes, de quienes eran amos absolutos, á los conciudadanos franceses, á quienes podían despreciar, pero que se hallaban protegidos por la ley común.

Vino después la era de la colonización oficial; se había impedido á los inmigrantes establecerse á su antojo sobre tierras amistosamente compradas á los Arabes; á la sazón se trataba de determinar de antemano el lugar donde se edificaría una villa de tal número de casas con jardines de tantas áreas y campos de tantas hectáreas, adonde se expediría un número de cultivadores fijado en las oficinas de París, con un cuaderno de cargos debidamente firmado y marcado por toda la serie de las autoridades militares y civiles. Ain-Fouka, la primera villa fundada por el general Bu-

geaud, que recibió en la historia la reputación de un gran colonizador, fué inaugurada militarmente por una compañía de 147 colonos, precedida de oficiales, soldados y tambores. Cada concesionario recibió con la casa y el campo una dote de 700 francos y una mujer enviada de Tolón por el general. Se comprende lo que llegaría á ser la población de aquella villa oficial, felizmente reemplazada al poco tiempo por familias de verdaderos labradores. Fouka se ha convertido en la graciosa villa costeña de Castiglione, de casas desparramadas en la playa y en las viñas.

La farsa de la colonización oficial se cambió después en tragedia, cuando, en 1848, la Asamblea Nacional, queriendo desembarazarse de los revolucionarios parisienses, quiso instalar de un golpe quince mil colonos en una cuarentena de villas fundadas en diversos puntos á la casualidad. Aquello fué un lamentable desastre: la mayor parte de los colonos improvisados perecieron ó se dispersaron; hubo población en que sólo quedó un individuo, llamado por irrisión «el guarda de las ruinas». Una vez más quedó probado que la colonización oficial es más funesta que útil por los gastos que ocasiona, los malos elementos que aporta y el desaliento en que sumerge á los colonos libres.

Retardada por esa deplorable ingerencia del gobierno en la colonización, la población se ha ido efectuando, no obstante, de una manera continua, como resultado de las iniciativas personales. Desde los primeros días se produjo un principio de toma de posesión efectiva fuera de las fortalezas y de los campos ocupados por los soldados y los parásitos del ejército, y á pesar de la incertidumbre política del porvenir, algunos valientes hortelanos y labradores se aventuraron en los campos, fuera de la zona del cañón, comenzando con la piqueta la era de la anexión positiva. Diezmados por las fiebres y por las balas, los rudos campesinos no se desanimaron: á los primeros sucedieron otros más numerosos; las villas desocupadas por la muerte se repoblaron de nuevo, después por segunda y tercera vez. Hasta las villas oficiales acabaron por prosperar cuando los antiguos concesionarios desaparecieron y en ella se instaló la colonización libre. Las casas blancas con tejados rojos se elevaron sobre las colinas al lado de los pinos y de los algarrobos iluminando de lejos el espacio, en tanto que las tiendas negras de los Arabes, pegadas al suelo, se perdían en los accidentes del terreno. Las habitaciones europeas se agrupaban, alineándose en calles; nacían villas unidas por caminos, luego por ferrocarriles: el conjunto de los puntos ocupados se enlazaba en un todo geográfico por una red de vías de comunicación, y poco á poco la sociedad civil europea, la del trabajo y de la industria, reemplazó, rechazándolas á cuarteles y campamentos, á las tropas de todas armas y de todos uniformes, únicas que en las primeras décadas habían representado á los ojos de los Arabes la «gran tienda» de Francia. Al principio los musulmanes de Africa creyeron que Francia era un país dividido en cuatro grandes tribus, los Zuavos, los Cazadores de Africa, los Grandes Capotes y los «Alegres» ó disciplinarios, así llamados por antífrasis. Los Arabes no veían en los paisanos más que una casta inferior comparable á la de sus pastores [1].



Cl. J. Kuhn, edit.

BONA — VISTA TOMADA DESDE HIPONA

[1] Emile Masqueray, *Souvenirs et Visions d'Afrique*, p. 36.

Algunos profetas, grandes partidarios de la fuerza, habían afirmado ya que, en el conflicto inevitable de razas, los inmigrantes europeos, aumentando incesantemente en número, acabarían por exterminar las poblaciones de otro origen, para ocupar su lugar, como los Ingleses han reemplazado á los Pieles Rojas y á los Tasmanios. Un hambre atroz que hizo perecer quizá más de medio millón de indígenas argelinos, en 1857, pareció dar razón á aquellos teóricos del exterminio, pero después de aquel gran desastre nacional, la natalidad árabe y kabila fué muy considerable, los vacíos se colmaron, y la población se aumentó de nuevo. Durante las últimas décadas, el aumento de los elementos nacionales que pueden calificarse de «indígenas», en comparación con las gentes llegadas de Europa, se ha conservado en la misma proporción que la de los inmigrantes extranjeros, no formando éstos más que una sexta ó séptima parte de la cifra total de los habitantes. Desde el punto de vista numérico, los elementos africanos y asiáticos poseen, pues, una gran superioridad, compensando en parte la preponderancia que dan al elemento francés el prestigio de la conquista, la posesión de las riquezas militares y la cohesión política, administrativa, industrial y comercial.

La mayor debilidad de los indígenas, comparados con los Franco-Europeos, consiste en su falta de unidad. Ante todo cada ciudad rompe la cohesión del mundo árabe; casi sin excepción, la población de los grupos urbanos es europea en gran mayoría, y hasta en aquellos en que el elemento árabe es muy considerable, la dirección se halla tan bien centralizada en manos de Franceses por las instituciones políticas y las ventajas de la cultura intelectual y de la fortuna, que su preponderancia es enorme: no hay comparación posible entre los habitantes de origen europeo y los indígenas. Y no es eso todo: las ciudades están unidas unas á otras, cuando no por ferrocarriles, por caminos, donde la circulación consciente, representada por los mensajes, las cartas, los periódicos y los envíos de todas clases es esencialmente francesa: esa red que representa el sistema nervioso entre todos los ganglios de las ciudades, asegura la superioridad de los inmigrantes desde el punto de vista de la cohesión y de la influencia.

Pero hay más todavía: existen ciertos distritos rurales donde los Arabes están en minoría y donde sus territorios étnicos se hallan, por consecuencia, separados unos de otros. Por ejemplo, el Sahel de Argel y la gran llanura de la Mitidja son tierras esencialmente francesas, donde los Arabes apenas son ya huéspedes tolerados y en su mayor parte simples mercenarios. En esta región se produce una laguna tanto mayor en el mundo árabe, en cuanto casi inmediatamente al este de los campos ocupados por las villas francesas de la Mitidja se eleva la alta ciudadela del Djurdjura, habitada por cerca de un millón de Kabilas que tienen perfecta conciencia de su origen distinto como nación. Hacia su centro, la masa de los Arabes de la Argelia francesa se halla cortada en dos mitades diferentes. Al sud de Orán la población de los campos por colonos españoles y franceses ha producido un fenómeno análogo: á pesar de la presencia de Marroquíes en número de 7,000 (censo de 1900), los musulmanes están en minoría efectiva en el distrito de Orán, y los Arabes del Oeste, limítrofes de la frontera, tienen cortada toda comunicación fácil con los Arabes del Este que viven sobre las mesetas y las alturas que dominan el valle del Cheliff. En realidad puede decirse que la conciencia colectiva de la nacionalidad árabe es debida principalmente á la presencia de los Franceses en Argelia. Antes de la mitad del siglo, la diferencia esencial, única á los ojos de los indígenas, era la del culto: la desemejanza de origen se manifiesta cada vez más y reemplaza parcialmente á la de la fe, á medida de los progresos de la irreligión y de una superior comprensión de las cosas.

Sin embargo, si los contrastes históricos están mejor comprendidos, no deja de verificarse una aproximación moral, á pesar de los mismos individuos que son objeto de ella, en contra de sus propias y constantes afirmaciones. Se pretenden inconciliables para siempre, como el fuego y el agua; pero eso son vanas palabras, expresiones adverbiales. Ante todo, los colonos de Europa, aventurados á lo lejos en medio de Kabilas y de Arabes, han de obedecer al instinto de conservación, y aclimatarse moralmente, adaptarse á la nueva residencia: la lengua, el modo de pensar y las costumbres se modifican algunas veces de una manera completa. Respecto de los indígenas que permanecen en las ciudades, el fenómeno es análogo: la mayo-

Algunos profetas, grandes partidarios de la fuerza, habían afirmado ya que, en el conflicto inevitable de razas, los inmigrantes europeos, aumentando incesantemente en número, acabarían por exterminar las poblaciones de otro origen, para ocupar su lugar, como los Ingleses han reemplazado á los Pieles Rojas y á los Tasmanios. Un hambre atroz que hizo perecer quizá más de medio millón de indígenas argelinos, en 1857, pareció dar razón á aquellos teóricos del exterminio, pero después de aquel gran desastre nacional, la natalidad árabe y kabila fué muy considerable, los vacíos se colmaron, y la población se aumentó de nuevo. Durante las últimas décadas, el aumento de los elementos nacionales que pueden calificarse de «indígenas», en comparación con las gentes llegadas de Europa, se ha conservado en la misma proporción que la de los inmigrantes extranjeros, no formando éstos más que una sexta ó séptima parte de la cifra total de los habitantes. Desde el punto de vista numérico, los elementos africanos y asiáticos poseen, pues, una gran superioridad, compensando en parte la preponderancia que dan al elemento francés el prestigio de la conquista, la posesión de las riquezas militares y la cohesión política, administrativa, industrial y comercial.

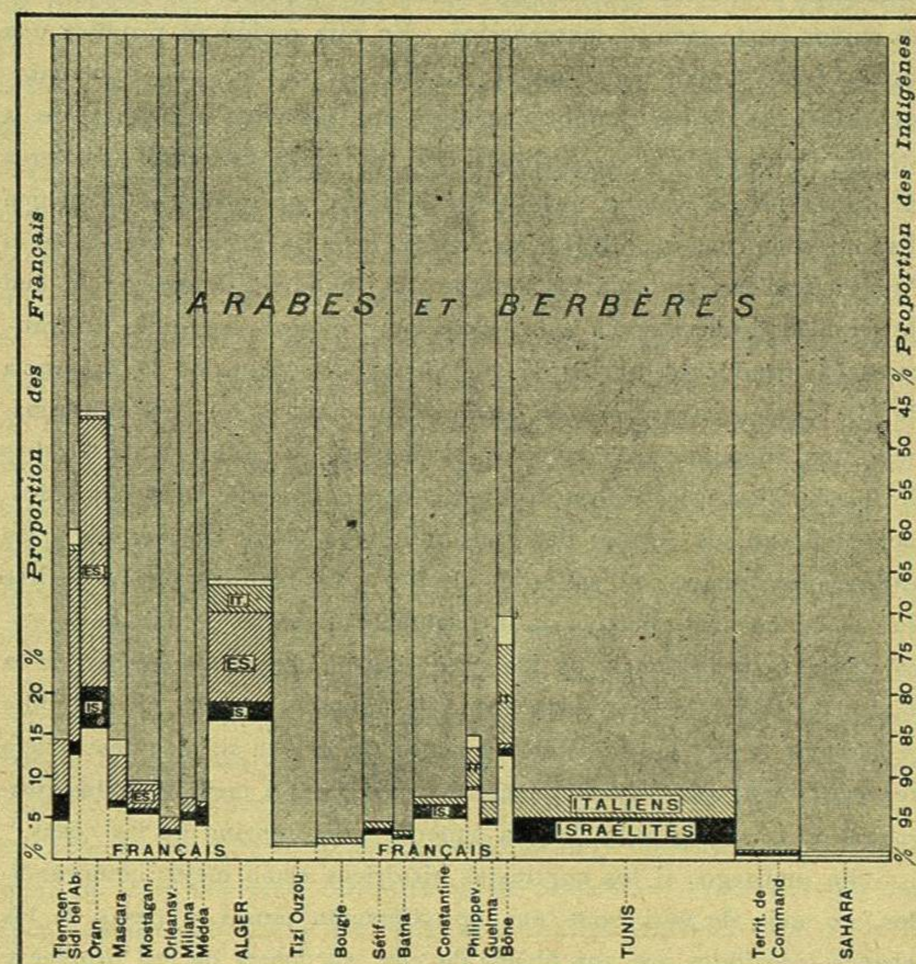
La mayor debilidad de los indígenas, comparados con los Franco-Europeos, consiste en su falta de unidad. Ante todo cada ciudad rompe la cohesión del mundo árabe; casi sin excepción, la población de los grupos urbanos es europea en gran mayoría, y hasta en aquellos en que el elemento árabe es muy considerable, la dirección se halla tan bien centralizada en manos de Franceses por las instituciones políticas y las ventajas de la cultura intelectual y de la fortuna, que su preponderancia es enorme: no hay comparación posible entre los habitantes de origen europeo y los indígenas. Y no es eso todo: las ciudades están unidas unas á otras, cuando no por ferrocarriles, por caminos, donde la circulación consciente, representada por los mensajes, las cartas, los periódicos y los envíos de todas clases es esencialmente francesa: esa red que representa el sistema nervioso entre todos los ganglios de las ciudades, asegura la superioridad de los inmigrantes desde el punto de vista de la cohesión y de la influencia.

Pero hay más todavía: existen ciertos distritos rurales donde los Arabes están en minoría y donde sus territorios étnicos se hallan, por consecuencia, separados unos de otros. Por ejemplo, el Sahel de Argel y la gran llanura de la Mitidja son tierras esencialmente francesas, donde los Arabes apenas son ya huéspedes tolerados y en su mayor parte simples mercenarios. En esta región se produce una laguna tanto mayor en el mundo árabe, en cuanto casi inmediatamente al este de los campos ocupados por las villas francesas de la Mitidja se eleva la alta ciudadela del Djurdjura, habitada por cerca de un millón de Kabilas que tienen perfecta conciencia de su origen distinto como nación. Hacia su centro, la masa de los Arabes de la Argelia francesa se halla cortada en dos mitades diferentes. Al sud de Orán la población de los campos por colonos españoles y franceses ha producido un fenómeno análogo: á pesar de la presencia de Marroquíes en número de 7,000 (censo de 1900), los musulmanes están en minoría efectiva en el distrito de Orán, y los Arabes del Oeste, limítrofes de la frontera, tienen cortada toda comunicación fácil con los Arabes del Este que viven sobre las mesetas y las alturas que dominan el valle del Cheliff. En realidad puede decirse que la conciencia colectiva de la nacionalidad árabe es debida principalmente á la presencia de los Franceses en Argelia. Antes de la mitad del siglo, la diferencia esencial, única á los ojos de los indígenas, era la del culto: la desemejanza de origen se manifiesta cada vez más y reemplaza parcialmente á la de la fe, á medida de los progresos de la irreligión y de una superior comprensión de las cosas.

Sin embargo, si los contrastes históricos están mejor comprendidos, no deja de verificarse una aproximación moral, á pesar de los mismos individuos que son objeto de ella, en contra de sus propias y constantes afirmaciones. Se pretenden inconciliables para siempre, como el fuego y el agua; pero eso son vanas palabras, expresiones adverbiales. Ante todo, los colonos de Europa, aventurados á lo lejos en medio de Kabilas y de Arabes, han de obedecer al instinto de conservación, y aclimatarse moralmente, adaptarse á la nueva residencia: la lengua, el modo de pensar y las costumbres se modifican algunas veces de una manera completa. Respecto de los indígenas que permanecen en las ciudades, el fenómeno es análogo: la mayo-

ría de ellos se convierten en proletarios lo mismo que los otros obreros que se reunen en Argel y en los puertos secundarios del litoral. Entre esos dos extremos las aproximaciones se hacen de

N.º 499. Reparto de la población del Africa del Norte.



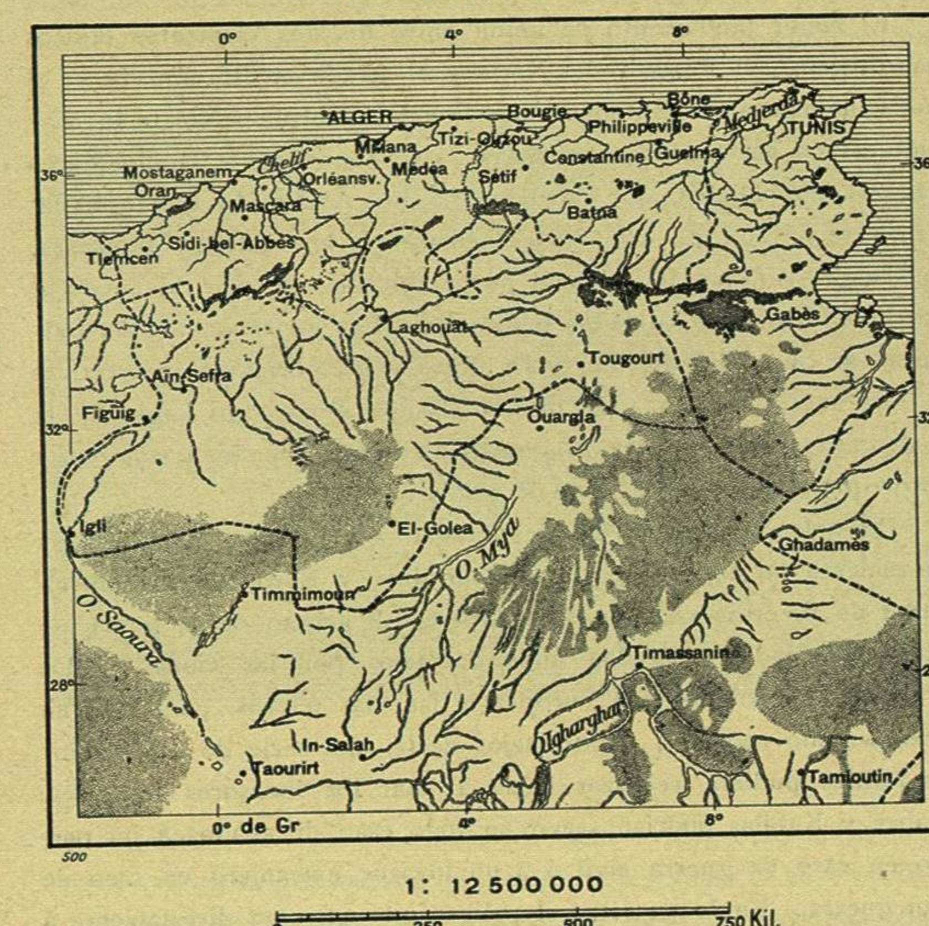
Los distritos de Argelia están colocados de izquierda á derecha, en el mismo orden que la longitud de las capitales. El ancho de las columnas es proporcional á la población total del distrito representado. En cada columna el orden de las nacionalidades es el mismo: de abajo arriba Franceses (en blanco), Israelitas (en negro), Españoles é Italianos (dos rayados de sentido diferente), otros extranjeros (en blanco), Arabes y Bereberes (incluso Marroquíes).

diversos modos, á pesar del cambio de insultos y odios, y de las injusticias de que es culpable la raza victoriosa.

Por el mismo vestido se aumenta la semejanza. La mayor parte

de los colonos argelinos no visten como campesinos franceses: más parecen Españoles, con su chaqueta corta, su ancha faja de lana negra, roja ó morada y sus alpargatas. En cuanto á los Arabes y gentes de toda raza que pueblan los suburbios y barrios bajos de

N.º 500. Argelia, Túnez, Sahara.



las ciudades, y que con más ó menos fundamento se tienen por «musulmanes», muchos llevan una vestidura sin nombre, compuesta de piezas sucias, aunque pintorescas, en que el amplio calzón, el turbante y la chechia recuerdan el antiguo traje mediterráneo del Sud, en tanto que el resto se parece al traje de los Napolitanos. Y la mezcla de las razas, que no existiría á juzgar por las estadísticas, se prosigue incesantemente fuera de las uniones oficiales.

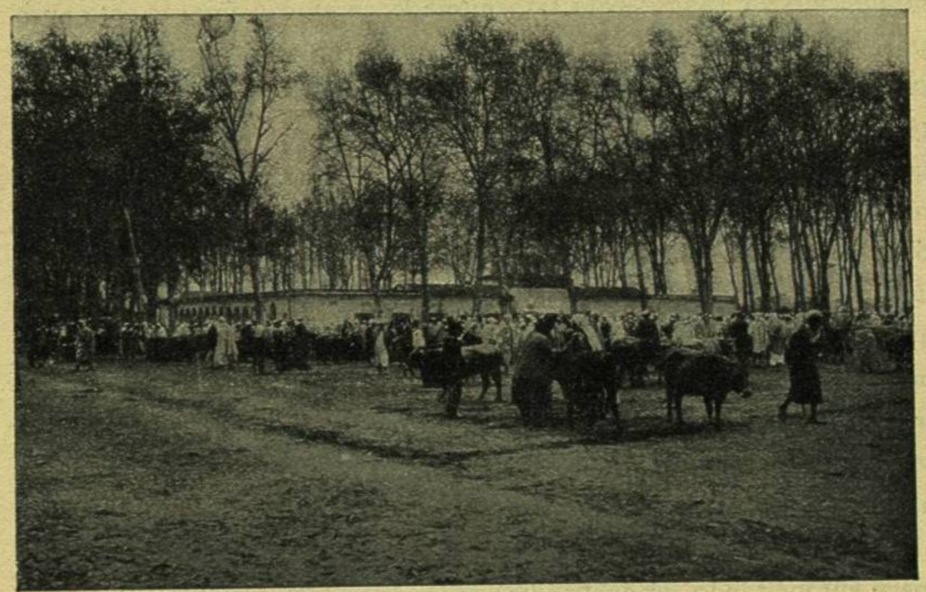
¡Cuántas huellas de sangre europea son evidentes en la mayor parte de las ciudades, y aun en los campos! Por último, desde el punto de vista moral, han de verse Arabes y colonos franceses discutiendo en el mercado sus compras y sus ventas: allí se ve que constituyen la misma pasta humana, con las mismas sutilezas, la misma astucia y en el fondo con la misma bondad.

El mejor fundamento de unión entre los dos elementos étnicos más diversos, el Francés del Norte y el Arabe medio nómada, es el que suministran los Europeos meridionales y principalmente los Españoles con sus familias numerosas. ¿No son ya éstos medio Moros por sus antepasados, que devuelven á los Arabes lo que antiguamente recibieron de ellos? En cuanto á los colonos franceses, padecen la enfermedad nacional por excelencia, es decir, el miedo al matrimonio y á los cuidados paternales. Las jóvenes de casas burguesas se casan difícilmente, y las dotes y las posiciones respectivas de fortuna se discuten antes durante largos años. Las llagas de la «paleopartenia» y de la «oligantropía» existen también sobre esta tierra que ante todo se trata de poblar.

De todos modos no ha de temerse actualmente que se haga nuevamente la separación entre Mauritania y Europa. Los musulmanes de diversas razas que constituyen el grueso de la población están demasiado separados unos de otros por las ciudades, los territorios de colonización europea y las vías férreas, para que un levantamiento nacional, ó por mejor decir, una serie de sublevaciones locales pudiera rechazar hacia al mar los invasores franceses. Arabes y Kabilas podrían servir en todo caso de aliados á un partido en caso de guerra civil ó á un invasor extranjero en caso de gran guerra. En lo sucesivo el peligro que amenaza directamente á la dominación francesa no vendrá ciertamente de los musulmanes de Africa, aunque esa perspectiva preocupe á ciertos escritores sospechosos. El fanatismo de religión ó de origen étnico es superficial, no cabe duda: lo que se toma por tal no suele ser más que el amor propio fortificado por la antigua rutina. La era de la guerra santa pasa para el Arabe como ha pasado para el cristiano, y si alguna vez el panislamismo, desde el Indo al Adriático y desde el Nilo al Atlántico, hubiera de levantarse delante del Europeo, sería

un episodio de la guerra eterna, del explotado contra el explotador, y no de la del mahometano contra el rumí.

No, las influencias de procedencia europea prevalecerán cada vez más; pero ¿no es una ley ineludible que la colonia alcance un día su mayor edad política, y si entonces se halla, como no es dudoso, en condiciones diferentes de las de la metrópoli por algunos elementos esenciales, reivindique su autonomía? Llegado ese caso,



Cl. Geiser.

ESCENA DE MERCADO EN ARGELIA

los Argelinos, procedentes de tantas razas mediterráneas, Liguros é Iberos por el origen común, se sentirán Argelinos y no Franceses, y, respecto de la metrópoli, tendrán un ideal de emancipación ó de libre federación política; entonces habrán de ser tratados esos colonos de ultramar con la más estricta prudencia, con un tacto delicado y respetuoso para conservar su homenaje y su simpatía. El peligro de la unidad colonial sería grande si las flotas francesas no tuvieran ya su completa libertad de movimiento, si Marsella y Tolón hallaran cortadas sus comunicaciones con Argel y Bizerta. Especialmente Túnez, donde, entre los Europeos, los colonos franceses están en minoría, correría el riesgo de caer como fruto maduro

en poder de la nación de Europa más inmediata, la que la geografía designe como heredera de la Roma antigua.

Sea lo que fuere de las perspectivas políticas de orden secundario, Mauritania queda siendo una nueva provincia de la «más grande Europa», hasta incluyendo Marruecos, á pesar de la aparente independencia de que ahora goza. Ese país del «Occidente», el Maghreb de los Arabes, está rodeado por todas partes por las potencias europeas, cuyos representantes con gran cortejo de invernantes se han establecido en Tánger para transformarla en ciudad francamente europea, indicio de su futura toma de posesión. Trabajado en el interior por toda clase de intrigas, el gobierno central no parece obrar sin pedir los consejos y recibir los subsidios de los rivales de Europa que se disputan su herencia, y en cuanto á las tribus independientes, que constituyen el *bled es siba* (país insumiso), dependen también de Europa, al menos indirectamente, puesto que los objetos de fabricación industrial tienen todos ese origen, y cada año se aumenta esta dependencia comercial por la fuerza de las cosas. Además, obreros marroquíes, por decenas de millar, se han habituado á ir á la vecina Argelia á trabajar como leñadores, labradores, boyeros y peones, uniéndose así económicamente á la civilización europea: bastaría dejar la acción espontánea, sin la menor presión exterior, á las influencias naturales del simple contacto para que Marruecos se fuera europeizando gradualmente; toda guerra de conquista retardará el movimiento, añadiendo el odio y el deseo de venganza á los sentimientos ya hostiles procedentes de la idea de superioridad religiosa, porque el musulmán, adorador del dios único, desprecia al «perro rumí», al que no tiene menos de tres dioses en uno solo y además una diosa madre, á menos, lo que es más grave todavía, que permanezca indiferente á toda idea ó práctica religiosa.

La europeización y más especialmente el afrancesamiento automático de Marruecos se realizará más rápidamente con la construcción de vías férreas, y ya puede decirse que el ferrocarril que se construye hasta el desierto de Figuig y más allá, ha hecho maravillas. Las gentes de los oasis, á quienes las brutalidades militares habían iniciado en la guerra, se dejan seducir por el cebo de un tráfico fructífero, y actualmente, sobre los collados del Gran Atlas,

se hace la invasión comercial de Marruecos. Pero la principal puerta de acceso que da entrada al imperio de Occidente es, por el lado de la frontera argelina, la amplia avenida que se abre por Oudjda, en dirección de Fez, entre los montes del litoral del Atlas propiamente dicho. El vaivén de las emigraciones y del comercio se ha hecho siempre por este valle intermedio, que es por donde



Cl. J. Kuhn, edit.

UNA CALLE DE LAGHOUAT

forzosamente habrá de pasar la continuación del ferrocarril longitudinal de Mauritania, entre el golfo de las Sirtes y el Atlántico: por el interior de las tierras, paralelamente á la costa, se desenvuelve el eje normal del movimiento humano, la vía histórica de los Bereberes y de los Romanos, de los Vándalos y de los Bizantinos, de los Arabes y de los Franceses. Lo mismo que en Túnez, la costa mediterránea es en Marruecos muy poco accesible: las cordilleras del litoral forman otras tantas murallas sucesivas que impiden el tráfico y que, en la mayor parte de la extensión costeña, hasta han impedido toda visita de extranjeros. Los islotes y penínsulas que posee España entre Melilla y Ceuta sólo son rocas esté-

riles en que no hay senda que penetre al interior y donde á veces se iza pabellón de socorro para pedir algunos barriles de agua pura á las embarcaciones que pasan.

La misma política de espectación y de buena voluntad hubiera bastado para unir gradualmente á Francia los diversos oasis distribuídos por el desierto al sud de Túnez y de la Argelia: el interés económico por sí solo unirá las colonias mauritanas á las posesiones francesas del Senegal y del Níger, pero esa conducta excluiría la realización de grandes hechos de armas y como consecuencia el ascenso de brillantes oficiales. Se han preferido, pues, las costosas expediciones militares causantes de exterminios parciales. Antes que esas hazañas tuvieran ejecución se había hallado el medio de suprimir todo comercio de caravanas: el tráfico del Sudán, molestado por las aduanas y las exacciones, se había inclinado por completo hacia Marruecos y la Tripolitana, y los Tuaregs se habían convertido en irreconciliables enemigos. Hasta 1897, después de cuarenta y siete años de ocupación argelina, los agentes postales de Ain-Sefra, en el extremo sud de la Orania, no recibieron por primera vez un correo de Tombuctu, con una cuarentena de cartas: los indígenas que hicieron ese trayecto emplearon más de tres meses en atravesar el desierto. Por parte de los Franceses fué preciso esperar hasta el año 1900 que una expedición, la de Foureau, que partió de los puertos extremos de la Argelia, realizara la travesía del desierto, no sin grandes fatigas y con peligro de desastres. Es, no obstante, cierto que con perfecto desprecio del gobierno francés, los mercaderes tuatis y otros, y sobre todo los guerreros tuaregs, caminaban libremente desde las fronteras de Argelia hasta las orillas del Níger; todas las noticias importantes de Europa, más ó menos modificadas según las pasiones y las esperanzas de los indígenas, se propagaban á través de las soledades á lo largo de las huellas de las caravanas. Y vendrá un día en que, por las indicaciones de la geografía, las vías mayores de Europa hacia la América del Sud pasarán por el Sahara transmauritano.

En Europa, la misión de importancia preponderante desde el punto de vista material corresponde incontestablemente á la rival hereditaria de Francia, á Germania. Los progresos que ésta ha realizado, durante el último tercio de siglo, llegan al prodigio, y hasta exceden en su mayor parte, en industria y en comercio, el aumento admirable que ha alcanzado la población, que de cuarenta millones se ha elevado á sesenta. Una serie de visitas, hechas con algunos años de intervalo á sus capitales y comarcas más laboriosas, Berlín, Hamburgo, Sajonia, Westphalia y las orillas del Rhin, permite hacer constar cuán considerables han sido los cambios y cómo se ha transformado la pobreza relativa de Alemania, entre las naciones de Europa, en riqueza. Las observaciones más instructivas á este respecto son las que pueden hacerse en los países nuevos, donde una industria particular ha nacido súbitamente con un perfecto conjunto de aplicaciones científicas de que no han podido aprovecharse tan completamente los establecimientos más antiguos. Del mismo modo, tal páramo arenoso donde en distintos sitios solían corromperse aguas negruzcas y donde brotaban algunos matorrales, se ha convertido en suntuosa campiña, cuyo suelo, sabiamente compuesto, produce bellísimas y ricas cosechas que de todas partes vienen á admirar los agrónomos.

Si los progresos materiales, variantes en todas las ramas del trabajo, no suministrasen un patrón preciso, un «metro» para los progresos intelectuales y morales, podría intentarse medir el paso realizado por la nación alemana en su marcha hacia un porvenir de igualdad y de justicia; pero semejantes apreciaciones no pueden hacerse; hay quizá hasta impedimento absoluto opuesto á la marcha paralela de las dos evoluciones, la material y la intelectual, como si la energía de la nación no pudiera producir más de un resultado á la vez. No podemos emitir más que juicios parciales, elementos del juicio definitivo que pronunciará la historia. Dejándose guiar por ciertos indicios, desprendidos de su inmenso enredo con los mil fenómenos de la realidad, algunos orgullosos patriotas pueden llegar fácilmente hasta la insensatez. ¿No era una idea loca la que inducía á Hegel á ver en la constitución del Estado prusiano una especie de realización del ideal de los pueblos en marcha? Al menos el filósofo admitía las razas no germánicas como pertenecientes al género humano, mientras que hay discípulos lógicos que van hasta á hacer

riles en que no hay senda que penetre al interior y donde á veces se iza pabellón de socorro para pedir algunos barriles de agua pura á las embarcaciones que pasan.

La misma política de espectación y de buena voluntad hubiera bastado para unir gradualmente á Francia los diversos oasis distribuídos por el desierto al sud de Túnez y de la Argelia: el interés económico por sí solo unirá las colonias mauritanas á las posesiones francesas del Senegal y del Níger, pero esa conducta excluiría la realización de grandes hechos de armas y como consecuencia el ascenso de brillantes oficiales. Se han preferido, pues, las costosas expediciones militares causantes de exterminios parciales. Antes que esas hazañas tuvieran ejecución se había hallado el medio de suprimir todo comercio de caravanas: el tráfico del Sudán, molestado por las aduanas y las exacciones, se había inclinado por completo hacia Marruecos y la Tripolitana, y los Tuaregs se habían convertido en irreconciliables enemigos. Hasta 1897, después de cuarenta y siete años de ocupación argelina, los agentes postales de Ain-Sefra, en el extremo sud de la Orania, no recibieron por primera vez un correo de Tombuctu, con una cuarentena de cartas: los indígenas que hicieron ese trayecto emplearon más de tres meses en atravesar el desierto. Por parte de los Franceses fué preciso esperar hasta el año 1900 que una expedición, la de Foureau, que partió de los puertos extremos de la Argelia, realizara la travesía del desierto, no sin grandes fatigas y con peligro de desastres. Es, no obstante, cierto que con perfecto desprecio del gobierno francés, los mercaderes tuatis y otros, y sobre todo los guerreros tuaregs, caminaban libremente desde las fronteras de Argelia hasta las orillas del Níger; todas las noticias importantes de Europa, más ó menos modificadas según las pasiones y las esperanzas de los indígenas, se propagaban á través de las soledades á lo largo de las huellas de las caravanas. Y vendrá un día en que, por las indicaciones de la geografía, las vías mayores de Europa hacia la América del Sud pasarán por el Sahara transmauritano.

En Europa, la misión de importancia preponderante desde el punto de vista material corresponde incontestablemente á la rival

hereditaria de Francia, á Germania. Los progresos que ésta ha realizado, durante el último tercio de siglo, llegan al prodigio, y hasta exceden en su mayor parte, en industria y en comercio, el aumento admirable que ha alcanzado la población, que de cuarenta millones se ha elevado á sesenta. Una serie de visitas, hechas con algunos años de intervalo á sus capitales y comarcas más laboriosas, Berlín, Hamburgo, Sajonia, Westphalia y las orillas del Rhin, permite hacer constar cuán considerables han sido los cambios y cómo se ha transformado la pobreza relativa de Alemania, entre las naciones de Europa, en riqueza. Las observaciones más instructivas á este respecto son las que pueden hacerse en los países nuevos, donde una industria particular ha nacido súbitamente con un perfecto conjunto de aplicaciones científicas de que no han podido aprovecharse tan completamente los establecimientos más antiguos. Del mismo modo, tal páramo arenoso donde en distintos sitios solían corromperse aguas negruzcas y donde brotaban algunos matorrales, se ha convertido en suntuosa campiña, cuyo suelo, sabiamente compuesto, produce bellísimas y ricas cosechas que de todas partes vienen á admirar los agrónomos.

Si los progresos materiales, variantes en todas las ramas del trabajo, no suministrasen un patrón preciso, un «metro» para los progresos intelectuales y morales, podría intentarse medir el paso realizado por la nación alemana en su marcha hacia un porvenir de igualdad y de justicia; pero semejantes apreciaciones no pueden hacerse; hay quizá hasta impedimento absoluto opuesto á la marcha paralela de las dos evoluciones, la material y la intelectual, como si la energía de la nación no pudiera producir más de un resultado á la vez. No podemos emitir más que juicios parciales, elementos del juicio definitivo que pronunciará la historia. Dejándose guiar por ciertos indicios, desprendidos de su inmenso enredo con los mil fenómenos de la realidad, algunos orgullosos patriotas pueden llegar fácilmente hasta la insensatez. ¿No era una idea loca la que inducía á Hegel á ver en la constitución del Estado prusiano una especie de realización del ideal de los pueblos en marcha? Al menos el filósofo admitía las razas no germánicas como pertenecientes al género humano, mientras que hay discípulos lógicos que van hasta á hacer

de los Alemanes una humanidad especial; así el libro de los hermanos Lindenschmit[1] desarrolla claramente esta idea: sólo el Germano tiene derecho al título de hombre; y el general de Kretschmann, hablando de los Franceses, declara: «Esa nación podrida no llegará jamás á elevarse á la altura intelectual que nos hacen alcanzar Dios y nuestros príncipes».

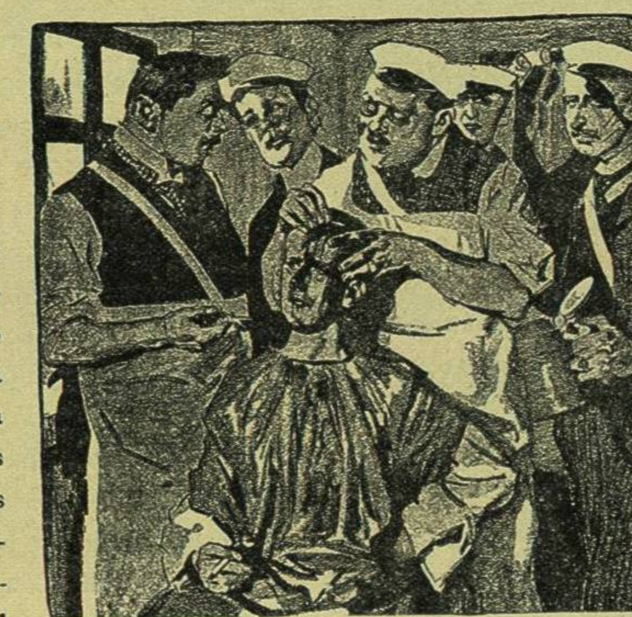
De todos modos, ciertas cualidades esenciales del que quiere merecer el nombre de hombre, no son todavía el atributo de la multitud de los súbditos del emperador germánico. ¿Hablan y obran con el poder propio de hombres? ¿Ha aumentado su dignidad de lenguaje y de actitud desde que han aumentado los salarios y abunda más el pan? La opinión general manifestada por la prensa, el tono de los discursos pronunciados en las asambleas, el tenor de las conversaciones sostenidas en los sitios públicos apenas permiten sostener que el Alemán término medio, tomado por tipo nacional, haya realmente progresado en valor personal desde que celebra la victoria de Sedán.



Cl. Pierre Laffite y C.ª

MÚSICOS EN MARCHA

No hay duda que la opinión pública, compuesta de millones de intereses privados, acaba por triunfar de las voluntades del amo que las manifieste más ruidosamente; es indudable que no faltan elementos de renovación; pero su acción no se ejerce más que en ciertos dominios limitados, como el arte; de hecho la lucha no se entabla sobre los asuntos esenciales: el mismo principio de la soberanía divina, imperial y real, no está puesto en discusión, y el pueblo permanece enteramente sometido por la «gracia de Dios». Por allí no ha pasado ningún «Ochenta y nueve», y los súbditos no parecen desear en manera alguna que la tempestad venga á purificar el aire impuro. La palabra «Revolución», frecuentemente empleada en antiguas fraseologías, parece no tener ya sentido. La disciplina por que pasan todos los niños, los escolares, los estudiantes, los soldados, los empleados, los funcionarios, ha llegado á ser el alma de la nación, y esa alma ha revestido un carácter mecánico, y opera por medio de palancas que se mueven desde Postdam ó de Berlín. Esa misma disciplina maniobra igualmente en las filas de los socialistas, es decir, entre los enregimentados en una organización futura: el conflicto entre los diversos partidos, que parece formidable los días de elecciones, no es después de todo tan violento como parece y contiene futuros acomodamientos. En cuanto al Alemán término medio, gusta de tomar las cosas «cómodamente», *bequem*, sin pensar que acomodándose tranquilamente á la injusticia, facilita la tarea de sus amos y les permite obrar á su antojo, ensanchar el círculo de su opresión metódica. Lo cierto es que medio siglo después de las revoluciones de 1848, el pueblo germánico, muy enriquecido materialmente, muy culto, muy ampliamente provisto de un bagaje de conocimientos detallados, es, no obstante, más fácil de engañar y de reducir. ¿No es uno de los signos históricos menos dudosos que todo el ejército



Cl. Arena.

ESTUDIANTES ALEMANES

Después del duelo se curan sabiamente las heridas.

[1] *Die Rätsel der Vorwelt, oder sind die Deutschen eingewandert?* Mainz, 1846.

de los estudiantes alemanes, fuerte de más de treinta mil hombres, se haya tan bien adaptado á sus intereses de clase, aristocrática ó burguesa, que repudie en masa el socialismo? Evidentemente esa juventud debiera representar la vanguardia del pensamiento nacional, aunque sólo fuese por audacia internacional y por efervescencia juvenil; pero desde los tiempos gloriosos de la *Tugendbund* se ha hecho sensata, y los desafíos heroicos se han convertido en abuso de la cerveza ó en hazañas de matonismo.

Desde cierto punto de vista, puede decirse que en Alemania dura la Edad Media, porque la Revolución de 1848, muy parcial y muy combatida por todos los elementos reaccionarios, no tuvo el tiempo ni la voluntad metódica de abolir todo lo que resta del sistema feudal. Hasta 1857 no fué completamente abolida la esclavitud en Prusia: si antes de esa fecha un Americano hubiera tenido la humorada de presentarse allí con los esclavos de sus plantaciones, el Estado le hubiera protegido su «propiedad» [1]. Ese respeto de la propiedad va acompañado de la más rigurosa observancia de los privilegios de la propiedad señorial en Alemania, y esos privilegios, algunos de los cuales han sido transferidos directamente á la jerarquía del Estado, contienen todavía muchas desigualdades sociales, á pesar del sufragio universal, que el pueblo ha recibido como regalo y que no ha conquistado por la gran lucha. Las asambleas superiores de los diversos Estados representan casi únicamente las antiguas supervivencias feudales, y los círculos militares superiores son, por el hecho de las costumbres del ascenso, asambleas estrictamente nobiliarias. Por último, la ley de lesa majestad, la única que no perdona jamás, se aplica en Alemania con temible severidad: no se admite que en esta grave materia puedan tener dudas los súbditos: una personalidad viviente, un ser que obra, que escribe y que habla está en el centro de todo, en el mecanismo del Estado, y no admite que se desconozca ó que se desfigure su carácter.

Á pesar de cuanto se diga y se repita por costumbre, sobre todo en Francia, por reacción contra las ilusiones de antaño, hay entre república y monarquía algo más que una diferencia de palabras, que

[1] Eduard Meyer, *Die Sklaverei in Alterthum*, p. 12.

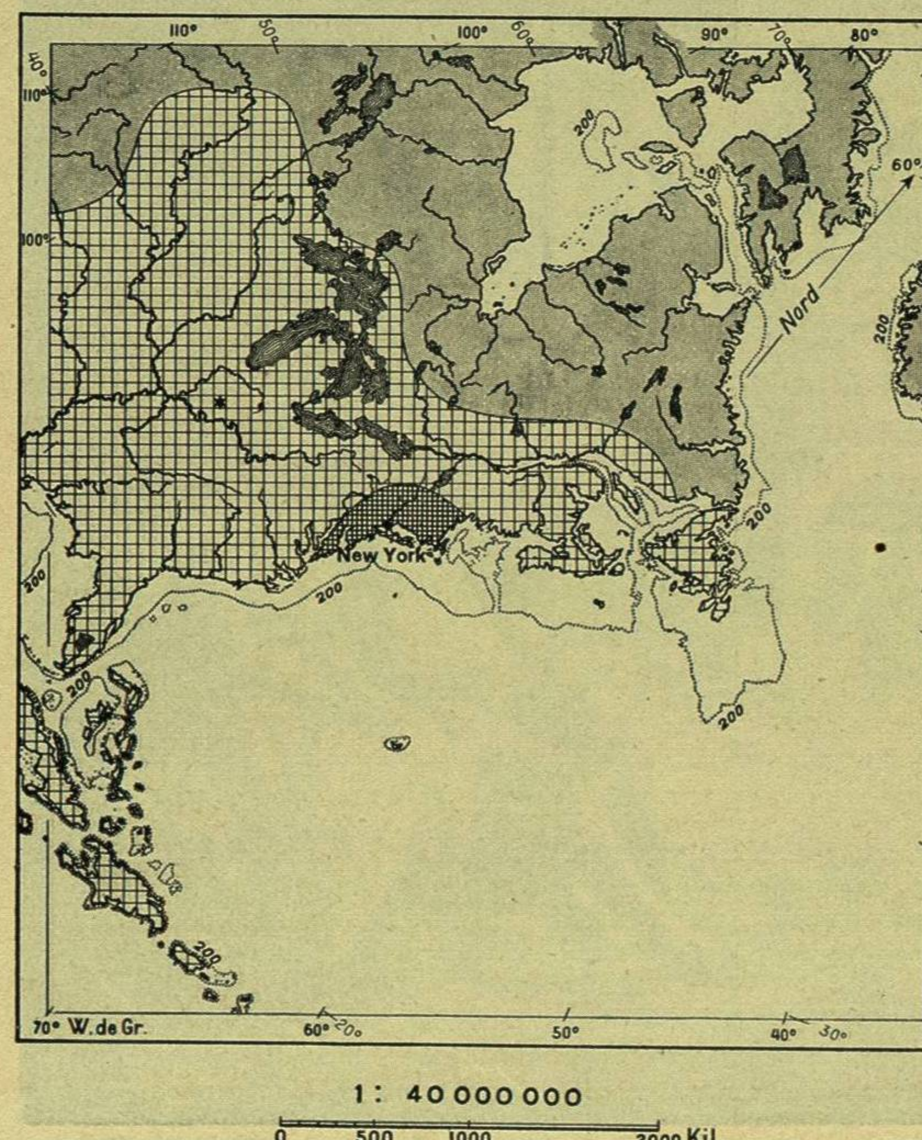


ESCENA DE PEQUEÑA CIUDAD ALEMANA
Ilustración de *Hermann et Dorothée*.

un contraste de símbolos. En monarquía, la lógica, lo mismo que la ley, obliga á todos los ciudadanos á ocuparse de la persona oficial, cualquiera que sea su importancia, mientras que en república puede

prescindirse de ese individuo, si carece de importancia, á pesar de la rutina y de la centralización de los poderes jerárquicos. Significa

N.os 501-502. Océano Atlántico norte

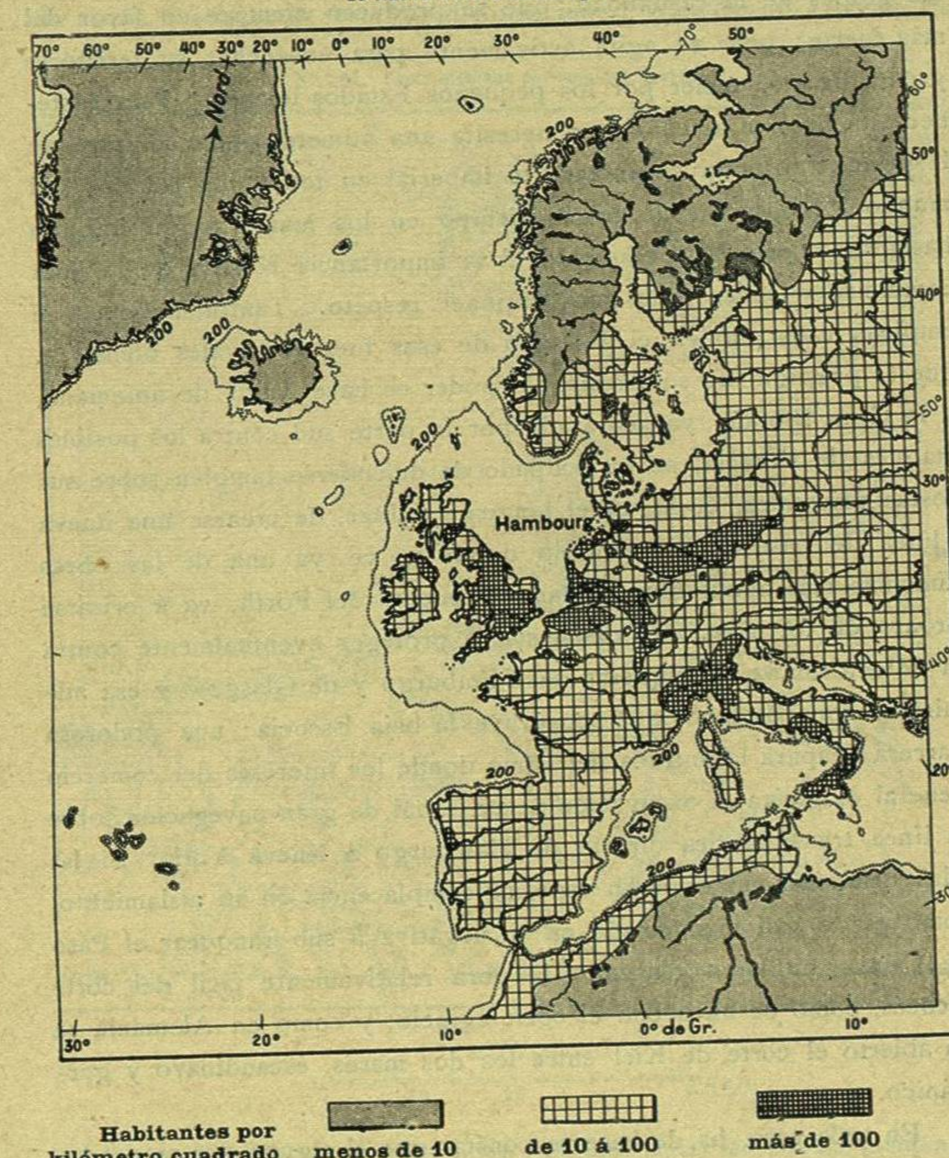


El arco de gran círculo que reune Hamburgo y Nueva York está tomado como base rectilínea de las dos mitades de este mapa. La estrella al sud del lago Michigan indica la posición en 1905 del centro de gravedad de la población de los Estados Unidos.

un gran estorbo menos la desaparición de un absurdo tradicional momificado en un hombre erigido en dios y que la multitud suele

tomar como tal: despojado de ese quiste molesto, el cuerpo social tiene más probabilidades de funcionar en salud, y el ánimo, estando

de Nueva York á Hamburgo.



En los límites del mapa, las líneas rectas que representan los trayectos más directos demuestran la importancia del istmo escocés y del estrecho de Belle-Ile para la travesía rápida del Atlántico en verano.

libre de esa pesadilla, pasa entonces á la solución de otros problemas.

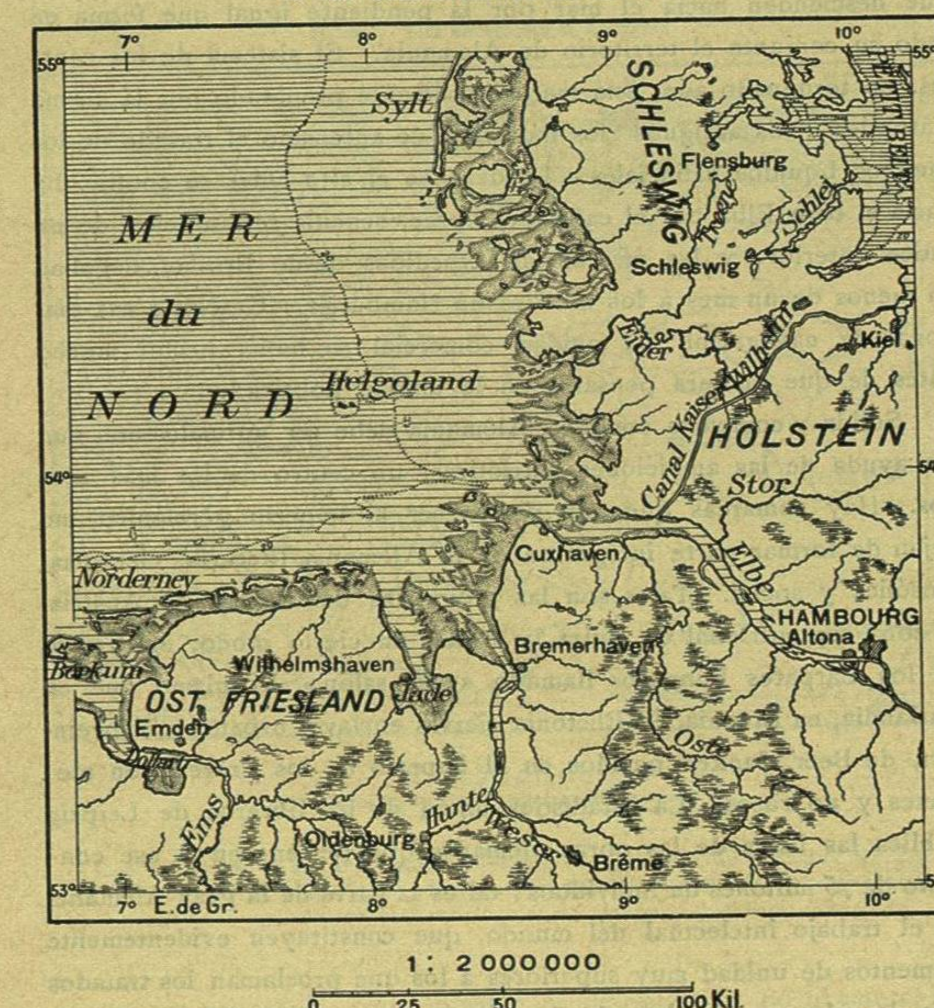
Cuando un soberano participa de las pasiones de su pueblo, suele

considerársele como su inspirador, y á él se le atribuyen las conquistas. Disponiendo de una potencia material prodigiosa, tiene el pudor de no utilizarla en guerras europeas, y por esta parte espera los golpes de la casualidad, que se producen siempre en favor del más fuerte; pero se agita activamente para ensanchar su territorio y para hacerse temer por los pequeños Estados lejanos. Para sostener esta política amenazadora necesita una numerosa flota militar que le permita ostentar su estandarte imperial en todos los puertos del mundo y conservar al mismo tiempo en los mares de su imperio bastantes barcos para responder á la importancia relativa de la flota comercial y sobre todo para imponer respeto. Tantos millones se emplean cada año en el aumento de esas fuerzas navales ofensivas, que el prestigio de su irresistible poder se hace sentir de antemano, y la Gran Bretaña, ya acorazada por la parte sud contra los posibles ataques de Francia, se ha ocupado de defenderse también sobre sus costas orientales, ó, según el lenguaje militar, de crearse una nueva «línea de base». El estuario donde se ve ya una de las obras humanas más admirables, el famoso puente del Forth, va á erizarse pronto de fortificaciones dispuestas á proteger eventualmente contra la flota alemana las riquezas de Edimburgo y de Glasgow y esa admirable zona de labor que constituye la baja Escocia: una poderosa barrera ocupará la entrada del istmo donde los intereses del comercio general exigirían la excavación de un canal de gran navegación sobre la línea transatlántica directa de Hamburgo á Nueva York. Si las islas Británicas no tuvieran especial complacencia en su aislamiento, como así lo han manifestado en su negativa á sub-franquear el Paso de Calais, hubieran realizado la obra relativamente fácil del corte escocés, como se ha hecho el corte egipcio, y como en Alemania se ha abierto el corte de Kiel entre los dos mares, escandinavo y germánico.

En todo caso, ha de hacerse constar que si alguna vez se produjera un conflicto marítimo entre las dos potencias, la que abandonó la isla Helgoland en cambio de Zanzíbar y la que de ella tomó posesión, Alemania tendría seguramente grandísimas ventajas geográficas. Avanzando hasta muy lejos en los mares boreales, la isla anglo-bretona es atacable por muchos puntos y se vería obligada á

dispersar sus fuerzas, hasta en las aguas occidentales; Alemania, por el contrario, no puede ser abordada por ningún punto: su costa baja del mar del Norte está defendida en toda su extensión por los bancos de arena ó acorazada con sus fortificaciones. Gracias al «tirante de

N.° 503. Costa alemana del mar del Norte.



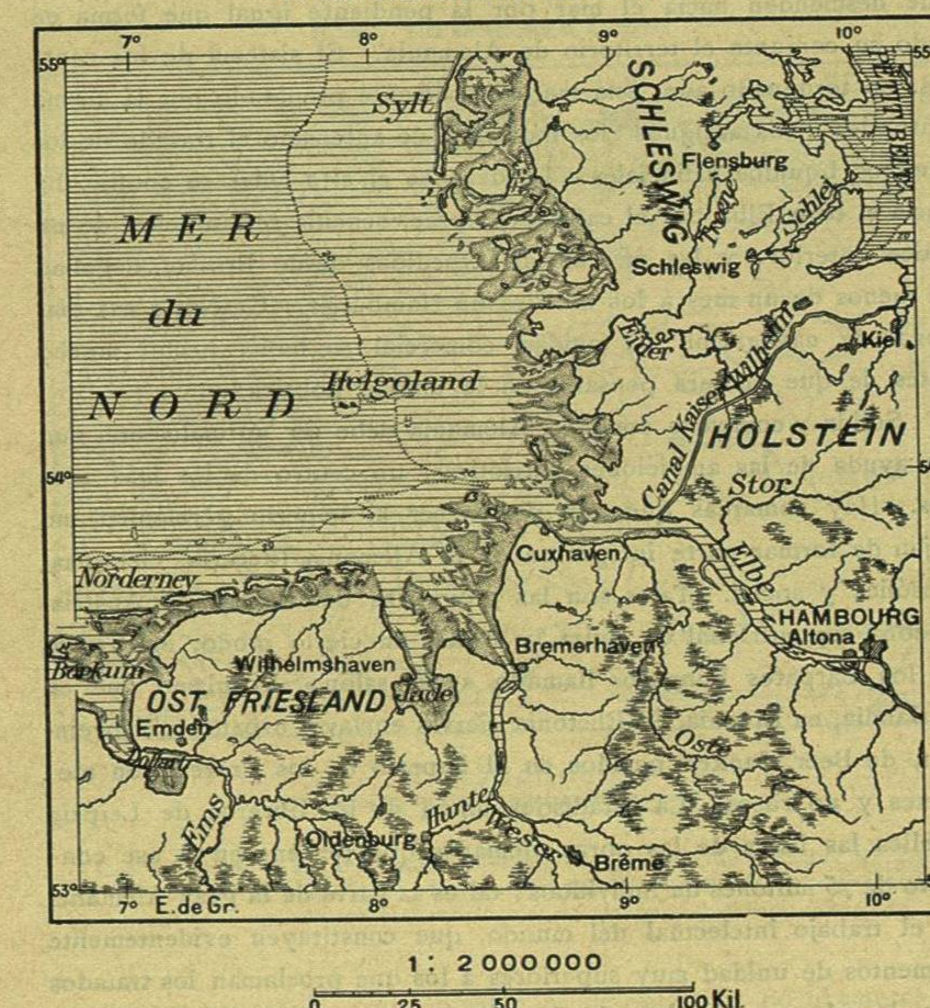
agua» de los barcos de guerra de nuestros días, las costas alemanas del Báltico son muy poco accesibles á las flotas enemigas y están además protegidas por su alejamiento de las bases de operación inglesa y francesa y por el paso forzado á la vista de Copenhague. La fuerza de ataque delante del Elba y del Weser, es decir, allí donde afluyen todos los recursos de Alemania, permanecería toda

considerársele como su inspirador, y á él se le atribuyen las conquistas. Disponiendo de una potencia material prodigiosa, tiene el pudor de no utilizarla en guerras europeas, y por esta parte espera los golpes de la casualidad, que se producen siempre en favor del más fuerte; pero se agita activamente para ensanchar su territorio y para hacerse temer por los pequeños Estados lejanos. Para sostener esta política amenazadora necesita una numerosa flota militar que le permita ostentar su estandarte imperial en todos los puertos del mundo y conservar al mismo tiempo en los mares de su imperio bastantes barcos para responder á la importancia relativa de la flota comercial y sobre todo para imponer respeto. Tantos millones se emplean cada año en el aumento de esas fuerzas navales ofensivas, que el prestigio de su irresistible poder se hace sentir de antemano, y la Gran Bretaña, ya acorazada por la parte sud contra los posibles ataques de Francia, se ha ocupado de defenderse también sobre sus costas orientales, ó, según el lenguaje militar, de crearse una nueva «línea de base». El estuario donde se ve ya una de las obras humanas más admirables, el famoso puente del Forth, va á erizarse pronto de fortificaciones dispuestas á proteger eventualmente contra la flota alemana las riquezas de Edimburgo y de Glasgow y esa admirable zona de labor que constituye la baja Escocia: una poderosa barrera ocupará la entrada del istmo donde los intereses del comercio general exigirían la excavación de un canal de gran navegación sobre la línea transatlántica directa de Hamburgo á Nueva York. Si las islas Británicas no tuvieran especial complacencia en su aislamiento, como así lo han manifestado en su negativa á sub-franquear el Paso de Calais, hubieran realizado la obra relativamente fácil del corte escocés, como se ha hecho el corte egipcio, y como en Alemania se ha abierto el corte de Kiel entre los dos mares, escandinavo y germánico.

En todo caso, ha de hacerse constar que si alguna vez se produjera un conflicto marítimo entre las dos potencias, la que abandonó la isla Helgoland en cambio de Zanzíbar y la que de ella tomó posesión, Alemania tendría seguramente grandísimas ventajas geográficas. Avanzando hasta muy lejos en los mares boreales, la isla anglo-bretona es atacable por muchos puntos y se vería obligada á

dispersar sus fuerzas, hasta en las aguas occidentales; Alemania, por el contrario, no puede ser abordada por ningún punto: su costa baja del mar del Norte está defendida en toda su extensión por los bancos de arena ó acorazada con sus fortificaciones. Gracias al «tirante de

N.° 503. Costa alemana del mar del Norte.



agua» de los barcos de guerra de nuestros días, las costas alemanas del Báltico son muy poco accesibles á las flotas enemigas y están además protegidas por su alejamiento de las bases de operación inglesa y francesa y por el paso forzado á la vista de Copenhague. La fuerza de ataque delante del Elba y del Weser, es decir, allí donde afluyen todos los recursos de Alemania, permanecería toda

entera dispuesta á dirigirse á los puntos designados. El puerto de Emden, descuidado hace muchos siglos, excava nuevamente sus canales y reconstruye sus diques, para completar ese frente de defensa que se extiende desde la frontera de Holanda hasta la de Dinamarca, y que tan admirablemente es servido por los caminos del interior que descienden hacia el mar por la pendiente igual que forma en todo su conjunto el territorio de Alemania. El sistema de los canales, no terminado aún, está maravillosamente preparado por la misma Naturaleza: los antiguos ríos indicaban de antemano el trazado de los caminos líquidos artificiales. Desde 1669 el alto Oder se continuaba hacia el bajo Elba por el canal del Spree, sencilla restauración de un cauce anterior, y las mercancías expedidas desde Breslau llegaban en menos de un mes á los muelles de Hamburgo. Gracias á esa diagonal de navegación, la unidad comercial se había hecho mucho antes de que pudiera pensarse en la unidad política [1].

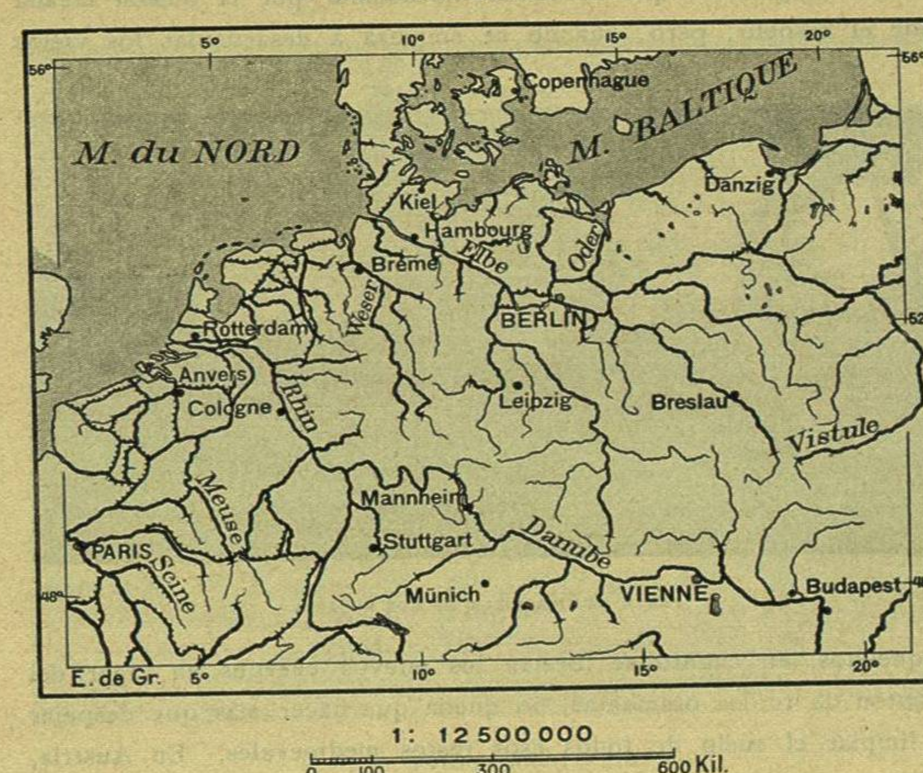
Sólida y compacta como es, Alemania debe ser normalmente, aun sin ayuda de las ambiciones patrióticas, un centro de los más activos. Hay comarcas que, sin pertenecer al imperio germánico, no dejan de formar parte integrante de la Alemania literaria, científica, filosófica y social. Tales son las provincias danubianas de Austria, la zona septentrional de Suiza, y hasta, en cierto modo, el distrito de los Cárpatos húngaros llamado «país sajón», lo mismo que en Curlandia, en Livonia, en Ehstonia ciertos enclaves urbanos: Schweinfurt, de Beer, Junker, nacidos en el imperio de los Czares, son alemanes y no rusos. La estadística anual de los libreros de Leipzig publica las listas de las obras alemanas que pertenecen á ese conjunto de 75 millones de individuos: tal es la parte de la gran Alemania en el trabajo intelectual del mundo, que constituyen evidentemente elementos de unidad muy superiores á los que proclaman los tratados bajo la salvaguardia de soldados y gendarmes; mas á pesar de las fronteras, el verdadero trabajo de agrupación natural funciona libremente en el organismo humano.

Esa unidad natural y libre no satisface á patriotas impacientes, que la querrían artificial y forzada. Á ese deseo de engrandeci-

[1] J. Partsch, *Lage und Bedeutung Breslaus*, p. 11.

miento, frecuentemente enunciado con fracaso, responde, del otro lado del lago de Constanza, un sentimiento evidente de temor: conste que Suiza está estratégicamente abierta á lo largo de la frontera del Rhin. Á pesar del lazo nacional que ardientemente anima á los Suizos, tanto más cuanto es pequeña su patria, el instinto les advierte que

N.° 504. Vías navegables de Alemania.



La construcción de un canal desde el Elba al Weser y al Rhin fué rechazada hace algunos años por el Reichstag. Convendría además unir el Elba al Danubio, después el Oder al Vístula y al Danubio y, por último, mejorar ó doblar el canal que une el Rhin al Danubio.

la defensa estratégica, muy posible en teoría, sería, no obstante, imposible, porque la voluntad resuelta no puede ser la pasión colectiva de todo un ejército, y es bien sabido que las palabras sonoras pronunciadas en los banquetes patrióticos no tienen valor de profecía.

Del lado de Austria, los sentimientos distan mucho de ser unánimes: por un lado el bloque tcheque es un obstáculo entre Berlín y Viena, después, aunque existen numerosos patriotas austriacos, los

intereses inmediatos de la conquista alemana están muy bien servidos hasta en los discursos oficiales y en pleno parlamento del Imperio. Todos saben que la fábrica de la antigua monarquía de los Habsburgos no responde ya á las necesidades modernas, no siendo más que una supervivencia que ha perdido su razón de ser. Es indudable que no faltan en el mundo otros monumentos, venerables sólo por su misma antigüedad, que subsisten únicamente por la ilusión creada por el respeto; pero, cuando se empieza á desarticular los viejos



Cl. del *Globus*.

PARTE DE UNA VILLA DE LOS POLABOS

esqueletos, en cuanto se forman los nuevos cuerpos en lugar del montón de roídas osamentas, no queda que hacer más que despejar y limpiar el suelo de todos esos restos medioevales. En Austria, más que en parte alguna, la escoba simboliza el gran instrumento del reino.

Las nacionalidades se despiertan cada vez más, se preparan á la lucha y no admiten ya un medio que funcione en vista de adiestrar siervos y soldados. Un nuevo equilibrio se constituye y todos los interesados que rodean este mundo en vía de refundición siguen con avidez las peripecias de una génesis que esperan modificar en su beneficio. Alemania no se contenta con aspirar á su legítima parte de aumento, que es la región ocupada por la población de lengua germánica, sino que mira sobre los Alpes hasta las costas del Adriático, y reclama como suya esa misma ciudad de Trieste, que Italia reivin-

dica también y que los Eslavos de Istria consideran que les pertenece de derecho.

¿Cómo solucionar todos esos conflictos y calmar esas ambiciones sin recurrir á los perros de la guerra? La misma cuestión de equilibrio entre los grupos nacionales que presenta tan incierto el porvenir de la Balkania, amenaza á Austria-Hungría, y no podrá resolverse



Cl. del *Globus*.

CASA DE LAS INMEDIACIONES DE HAMBURGO

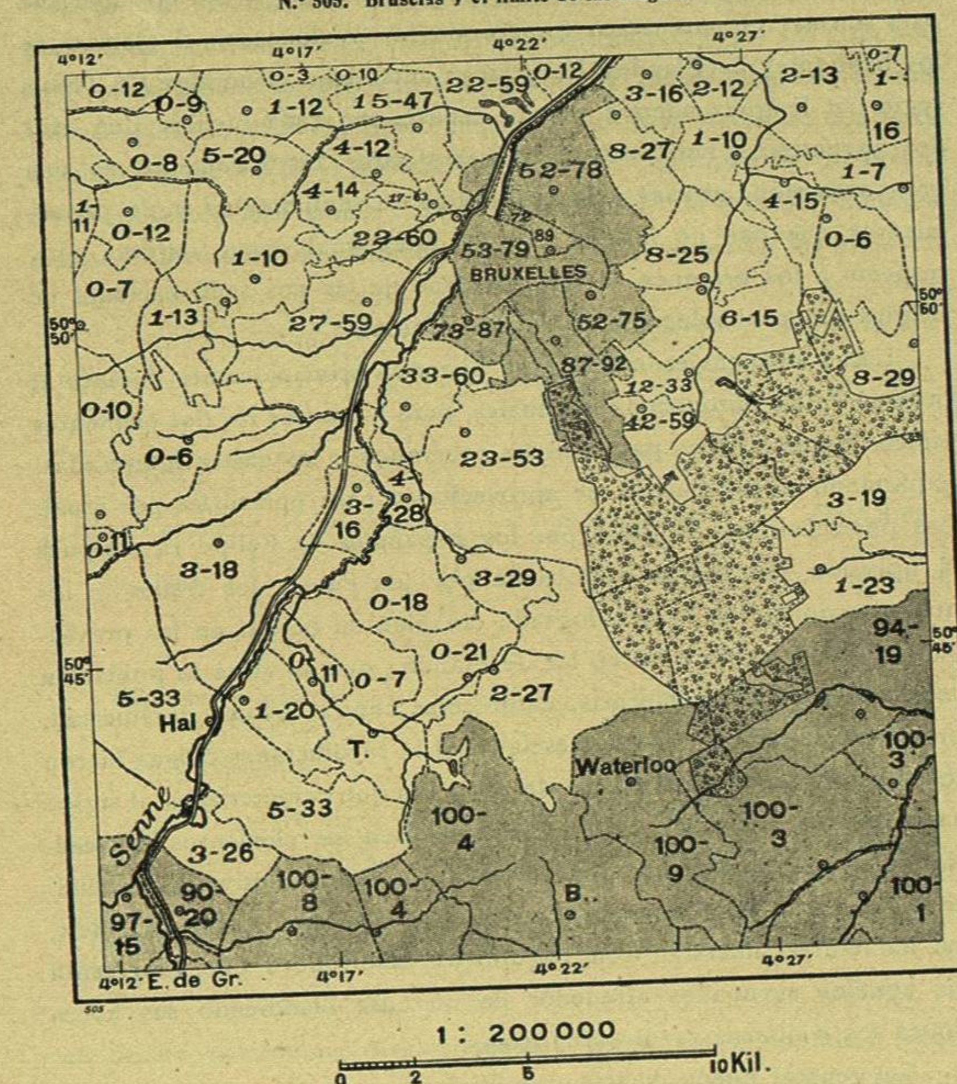
sino de la misma manera, por la libre discusión entre gentes de lenguas, de razas, de costumbres diferentes. La confederación de todos esos pueblos diversos, hasta enemigos, pero solicitados por intereses generales comunes, nacerá del caos actual y servirá de ejemplo á los grandes Estados centralizados del centro de Europa; pero los «piadosos deseos» no tienen sentido en política, en la que sólo importa conocer los movimientos y determinar su resultante. Es, pues, cierto que en el estado actual de la civilización que no respeta los derechos del individuo ni los de las minorías, el debate oficial se circunscribirá á las grandes potencias, imperios de Rusia y de Alemania, reinos

de Italia y de Hungría: el derecho de intervención de los pequeños, Servios y Croatas, Albaneses y Rumanos, Eslovenos y Eslovacos, solamente será reconocido en proporción de sus rebeldías. A ellos corresponde exigir y tomar, no se les dará sino lo que habrán conquistado.

Y están ciertamente en camino de conquistar su libertad. A este respecto la evolución es evidente de una veintena de años á esta parte. A pesar de los obstáculos que oponen los gobiernos á toda instrucción que contenga un rasgo de libre examen, á la escuela que no amasa el cerebro del niño para hacer de él un súbdito leal, las noticias del mundo entero circulan cada vez más y penetran en las apartadas villas. Los pueblos oprimidos comprenden gradualmente que su caso no es único en el mundo, y cada día confirma en ellos la voluntad de defenderse y de aprovechar las enseñanzas de sus vecinos. A decir verdad, las cuestiones se mezclan y en la lucha no se distingue siempre claramente el señor en cuyo beneficio se hace el trabajo diario, del opresor que limita las libertades políticas y cuya residencia se halla lejos, las rarezas gubernamentales unen Fiume á Budapest y Lemberg á Viena. Las reivindicaciones del Ruteno contra el Polaco austriaco, del Rumano y del Croata contra el Magyar, del Italiano, del Esloveno y del Tcheque contra el Alemán, se nutren de la resistencia del Poznanio contra las órdenes de Berlín, de la de los Finlandeses contra San Petersburgo, de la del Armenio contra Estambul. El ejemplo del Egipcio y del Hindu se levantan frente al Inglés, los del Malgache, del Congolés y del Atchino mismo no son perdidos para el Eslavo y el Georgiano.

Sobre las otras fronteras de Alemania se presentan fenómenos análogos que muestran la instabilidad del equilibrio político actual y la inevitable aproximación de grandes revoluciones: Bélgica, antes campo de batalla de la Europa occidental, continúa disputada entre fuerzas contrarias, representadas actualmente por los dos elementos étnicos de Flamencos y Walones, parcialmente diferentes por el origen y completamente distintos por el lenguaje: los primeros tienen un hablar tudesco, cuyos dialectos tienden cada vez más, bajo el esfuerzo del patriotismo local, á confundirse con el holandés; los segundos,

N.º 505. Bruselss y el límite de las lenguas.



Los límites indicados son los de los municipios de esta porción del Brabante. La primera cifra (inclinada) indica la proporción de los francofonos *entre los que sólo hablan una lengua*; cuando esa cifra pasa de 5o el territorio es puntillado. La segunda cifra da la proporción de las personas que pueden hablar francés entre los habitantes de más de tres años. Coincidiendo esas dos cifras para los municipios walones de la parte baja del mapa, se ha inscrito en segunda línea la proporción de las personas que saben el flamenco. Se nota el paso brusco de una lengua á otra, como Tourneppe (T.) y Braine el Alleud (B.).

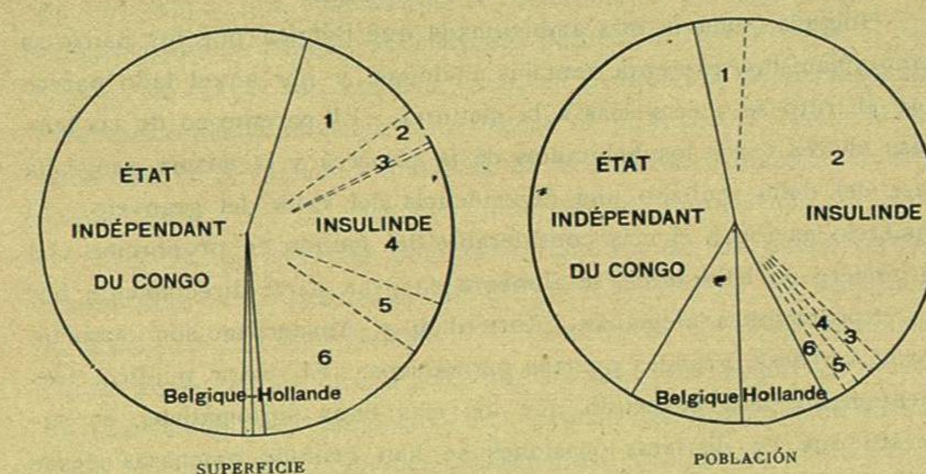
por el contrario, hablan diversos dialectos de una lengua que se aproxima al francés y gravitan hacia él por efecto del comercio y de la literatura. El contraste de los idiomas parece una razón sufi-

ciente á los que sólo ven las cosas del momento y de la superficie para afirmar el parentesco francés de los Walones, y el alemán de los habitantes de Flandes, designados antes bajo el nombre de Thiois según su lengua; además, puede decirse con toda justicia que esos dos parentescos han acabado por realizarse históricamente en una gran extensión, gracias á la comunidad de sentimientos y de pensamientos que dan un mismo sustento intelectual: poco importa que, respecto á los orígenes, la más germana de las dos semi-naciones de Bélgica sea probablemente la de los Walones.

Una y otra tuvieron una gran historia, principalmente durante el período de las autonomías comunales, pero basta que los dos elementos étnicos fueran rivales para que los soberanos y las castas interesadas, explotando su desacuerdo, se aprovechasen para oprimirles por igual. Las persecuciones dirigidas por los Españoles de Felipe II, después la opresión sistemática establecida por los curas, los frailes y los nobles propietarios habían logrado tan bien su objeto en las provincias belgas, y sobre todo en las de Flandes, que se vió á la población rebelarse contra las reformas, enfurecerse contra la idea de libertad, prosternarse para permanecer esclava. Las revoluciones belgas fueron todas contrarias al movimiento de progreso que caracterizaba al siglo: hasta aquella misma de 1830 mezcló tan bien los elementos de reacción y de independencia, que ofrece duda si hay motivo para felicitarse por ella ó para censurarla. Todavía en nuestros días, en Thielt, los habitantes muestran con orgullo un bajo-relieve que representa sus abuelos agrupados alrededor de un cura blandiendo sus hoces contra los «infames revolucionarios».

En general puede decirse que Walonia, más ilustrada, más instruída, más abierta á las nuevas ideas y más industriosa, se ha prestado moralmente á las influencias del movimiento de emancipación, procedente principalmente de Francia, mientras que las provincias flamencas, fieles al espíritu católico, han resistido más enérgicamente á la influencia francesa, al menos en lo político, porque se ven obligadas por las condiciones económicas á aprender con más ó menos perfección la lengua francesa, que es la de la vida más activa, y la cuarta parte de los Flamencos se cuenta entre los «bilingües» de Bélgica; además, el mercado del trabajo solicita cada año una cen-

tena de mil de obreros belgas occidentales de lengua thioise para pasar semanas ó meses en Francia en los campos ó en las canteras, sin contar todos los que van á establecerse definitivamente al otro lado de la frontera. Habiendo llegado á ser, por efecto de una larga dominación del régimen clerical, los que más ampliamente participan de la posesión del poder, de la distribución de títulos, honores, plazas y sinecuras, los Flamencos suelen complacerse en las ambicio-



Bélgica, el Congo, Holanda y sus colonias

1. Sumatra. — 2. Java y Madoera. — 3. Bali y Lombok. — 4. Borneo (porción holandesa). — 5. Celebes. — 6. Otras islas y porciones de islas, especialmente la mitad occidental de la Papuasia.

La densidad kilométrica de la población de Java es de unos 230, ó sea tres veces la de Francia, y cerca de 500 veces la de Papuasia ó Nueva Guinea.

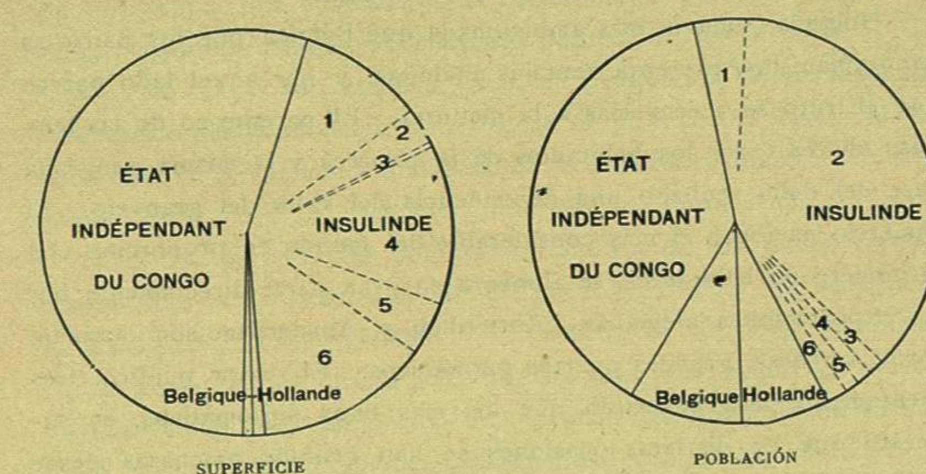
nes de un patriotismo exclusivamente belga, pero no faltan voces flamencas que hablan en favor de una alianza más íntima con los Países Bajos. El imperio germánico amenaza por el Este y su objetivo principal es la ciudad de Amberes, que, hallándose en el camino directo de Alemania hacia la Mancha, sufre el ascendiente del país de cuyo comercio se aprovecha; Amberes es un gran puerto alemán de expedición hacia Inglaterra y los países transoceánicos, y los ferrocarriles belgas son los agentes naturales de la influencia alemana. Bélgica es un trozo tanto más deseable para los anexionistas de la Europa central, cuanto que aportaría probablemente, con su población tan densa y sus prodigiosas riquezas industriales, un gran lote

ciente á los que sólo ven las cosas del momento y de la superficie para afirmar el parentesco francés de los Walones, y el alemán de los habitantes de Flandes, designados antes bajo el nombre de Thiois según su lengua; además, puede decirse con toda justicia que esos dos parentescos han acabado por realizarse históricamente en una gran extensión, gracias á la comunidad de sentimientos y de pensamientos que dan un mismo sustento intelectual: poco importa que, respecto á los orígenes, la más germana de las dos semi-naciones de Bélgica sea probablemente la de los Walones.

Una y otra tuvieron una gran historia, principalmente durante el período de las autonomías comunales, pero basta que los dos elementos étnicos fueran rivales para que los soberanos y las castas interesadas, explotando su desacuerdo, se aprovechasen para oprimirles por igual. Las persecuciones dirigidas por los Españoles de Felipe II, después la opresión sistemática establecida por los curas, los frailes y los nobles propietarios habían logrado tan bien su objeto en las provincias belgas, y sobre todo en las de Flandes, que se vió á la población rebelarse contra las reformas, enfurecerse contra la idea de libertad, prosternarse para permanecer esclava. Las revoluciones belgas fueron todas contrarias al movimiento de progreso que caracterizaba al siglo: hasta aquella misma de 1830 mezcló tan bien los elementos de reacción y de independencia, que ofrece duda si hay motivo para felicitarse por ella ó para censurarla. Todavía en nuestros días, en Thielt, los habitantes muestran con orgullo un bajo-relieve que representa sus abuelos agrupados alrededor de un cura blandiendo sus hoces contra los «infames revolucionarios».

En general puede decirse que Walonia, más ilustrada, más instruída, más abierta á las nuevas ideas y más industriosa, se ha prestado moralmente á las influencias del movimiento de emancipación, procedente principalmente de Francia, mientras que las provincias flamencas, fieles al espíritu católico, han resistido más enérgicamente á la influencia francesa, al menos en lo político, porque se ven obligadas por las condiciones económicas á aprender con más ó menos perfección la lengua francesa, que es la de la vida más activa, y la cuarta parte de los Flamencos se cuenta entre los «bilingües» de Bélgica; además, el mercado del trabajo solicita cada año una cen-

tena de mil de obreros belgas occidentales de lengua thioise para pasar semanas ó meses en Francia en los campos ó en las canteras, sin contar todos los que van á establecerse definitivamente al otro lado de la frontera. Habiendo llegado á ser, por efecto de una larga dominación del régimen clerical, los que más ampliamente participan de la posesión del poder, de la distribución de títulos, honores, plazas y sinecuras, los Flamencos suelen complacerse en las ambicio-



Bélgica, el Congo, Holanda y sus colonias

1. Sumatra. — 2. Java y Madoera. — 3. Bali y Lombok. — 4. Borneo (porción holandesa). — 5. Celebes. — 6. Otras islas y porciones de islas, especialmente la mitad occidental de la Papuasia.

La densidad kilométrica de la población de Java es de unos 230, ó sea tres veces la de Francia, y cerca de 500 veces la de Papuasia ó Nueva Guinea.

nes de un patriotismo exclusivamente belga, pero no faltan voces flamencas que hablan en favor de una alianza más íntima con los Países Bajos. El imperio germánico amenaza por el Este y su objetivo principal es la ciudad de Amberes, que, hallándose en el camino directo de Alemania hacia la Mancha, sufre el ascendiente del país de cuyo comercio se aprovecha; Amberes es un gran puerto alemán de expedición hacia Inglaterra y los países transoceánicos, y los ferrocarriles belgas son los agentes naturales de la influencia alemana. Bélgica es un trozo tanto más deseable para los anexionistas de la Europa central, cuanto que aportaría probablemente, con su población tan densa y sus prodigiosas riquezas industriales, un gran lote

colonial, ese enorme Estado del Congo, que ocupa el centro del continente africano. De todas las iniquidades perpetradas en Africa por los blancos, las que desde hace veinte años se han cometido en el «Estado independiente del Congo» son quizá las más horribles: son las más recientes, las más científicamente organizadas, aquellas en que el comercio y la autoridad se han mezclado con más astucia; pero ¿quién es el Inglés, el Alemán ó el Francés que con manos puras puede protestar sin ser tachado de parcialidad?

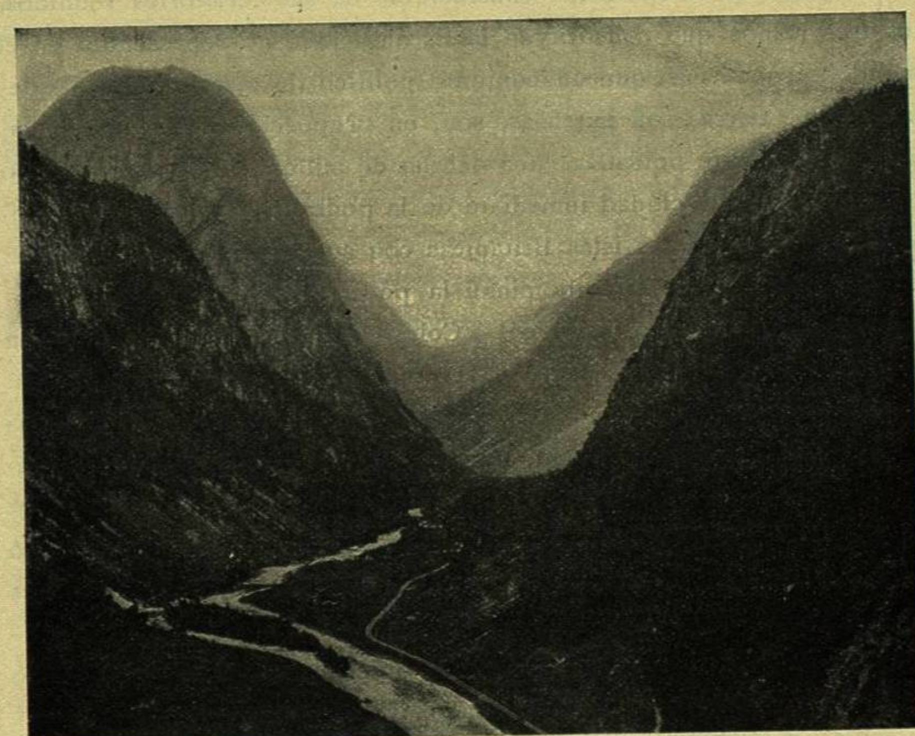
Holanda, todavía más ambicionada que Bélgica por los patriotas pangermanistas, presenta ventajas análogas; y por aquel lado parece que el fruto se acerca más á la madurez. El parentesco de las lenguas abarca todos los habitantes de la comarca y la misma geografía hace del delta renhano una dependencia del valle del gran río. El comercio nacional, el más considerable del mundo en proporción con el número de habitantes, se alimenta en gran parte directamente por las exportaciones alemanas. Rotterdam y Amsterdam son también, como Amberes, grandes puertos germánicos. El rumor público, frecuentemente más advertido que los más finos diplomáticos, ha supuesto que en distintas ocasiones se han gruñido amenazas desde Berlín y que el jefe de los grandes batallones había hecho comprender á la soberana de los Países Bajos, convertida en vasalla por su matrimonio, que estaba dispuesto á dar orden de marcha á sus tropas en caso de desorden ó de huelgas prolongadas. ¿Es cierto que el emperador haya hablado como amo? Poco importa, puesto que la opinión basta para crear la situación política. Holanda se siente en peligro, y su caso es tanto más grave cuanto que está absolutamente incapacitada para defenderse; como un barco demasiado cargado de velamen, corre el riesgo de zozobrar por la sola acción de la tempestad. Pero la suerte de Holanda será seguida por el inmenso imperio colonial que ocupa el ángulo del mundo asiático entre la Indo-China y Australia. La pérdida ó simplemente la disminución de la autonomía de los Países Bajos desplazaría, pues, el equilibrio de la potencia, no sólo en Europa, sino también en la región de sus antípodas. Insulinda es la preciada joya del planeta, y surge la duda de qué amo extranjero sucederá á los Holandeses como poseedor de aquellas maravillas, ya que desgraciadamente los indígenas no se gobiernan ellos mismos. Claro es que la Gran Bretaña tiene esencialísimo interés en no permitir que el imperio alemán complete su litoral por la anexión de Holanda y en no consentir que una nueva India se constituya en beneficio de su rival; mas para apoyar su voluntad necesita disponer de la fuerza.

Á pesar de la extensión considerable de sus territorios reunidos, los tres reinos que constituyen la Escandinavia no representan en el mundo europeo más que un conjunto político de tercer orden. Además, si las tierras son extensas, son, en proporción de su superficie, muy escasamente pobladas: una decena de millones de habitantes son poca cosa en la vecindad inmediata de la poderosa Alemania, de la inmensa Rusia y de las islas Británicas con sus innumerables colonias.

Dos hechos recientes dominan la política de los países escandinavos, libre al fin del temor del «Coloso del Norte»: la humillación de Rusia en Extremo Oriente y la escisión de Noruega con Suecia. Ha de verse en este último acto, que ha sido posible por las derrotas de Liao-Yang y de Moukden, una victoria del principio de nacionalidad, nacionalidad lingüística, nacionalidad geográfica, modelada por el contraste de la montaña y de la llanura, del mar siempre abierto al Oeste y de la cuenca periódicamente cubierta de hielo al Este. La victoria fué pacífica, lo que prueba el progreso gradual de la prudencia humana, pero fué incompleta, puesto que el país autónomo busca un rey (1905) y no ha osado ir hasta el fin de su pensamiento: Escandinavia, tranquilizada respecto de Rusia, está siempre dominada por el temor á sus otros vecinos.

El doble reino de Suecia y Noruega, bajo la presidencia constitucional del mismo rey, ha podido temer durante mucho tiempo la invasión de Rusia por el Oeste del territorio, contra la cual forma una poderosa barrera. Imagínese el litoral ruso continuando al Oeste, desde la península de Kola hasta el cabo Norte, después al Sudoeste y al Sud por toda la costa noruega de fjords, y como resultado, Rusia poseerá algo más que «esa ventana abierta sobre Europa» que le da la fundación de San Petersburgo. Esa fachada inmensa sobre el Atlántico boreal y el mar del Norte, disponiendo de puertos admirables y de una flota servida por todo un pueblo de marinos, ejercía

sin duda tal atracción sobre el gobierno de San Petersburgo, que el pueblo de la Península había de procurar apoyarse sobre Alemania. La adquisición de ese territorio escandinavo por el imperio ruso — ó hasta de un fragmento, porque el territorio moscovita se aproxima á lo largo del Kangama á menos de 30 kilómetros del mar libre [1] — habría dado forzosamente á la rivalidad tradicional de la Gran Bre-



UN VALLE DE NORUEGA

taña y de Rusia un carácter trágico. La tentativa de rusificación y de militarización de la Finlandia en 1899 pudo considerarse como un primer movimiento del gran imperio en dirección de la Noruega septentrional. La guerra ruso-japonesa impidió la continuación de esa política, y quizá los Finlandeses son actualmente bastante fuertes para que sean definitivamente frustrados los deseos del czar blanco.

Era, pues, natural que en su conjunto el grupo escandinavo gravitase en la órbita de Alemania ó de Inglaterra, y los acontecimientos

[1] Véase mapa n.° 508, p. 487.

que podrían separarle de ese grupo son demasiado recientes para que sea posible un cambio de frente. La misma Dinamarca, á la que alianzas dinásticas deberían aproximar á Rusia y á Inglaterra, se deja llevar relativamente al imperio germánico en una especie de vasallaje y ha de fingir el olvido al ultraje nacional que sufre desde que órdenes de Berlín impiden á los Dinamarqueses anexionados á la fuerza manifestar libremente sus votos, conforme al tratado de 1864.



UN VALLE DE SUECIA

Al entrar en el mundo de la civilización moderna, los Escandinavos han traído á ella un carácter claramente determinado por las condiciones particularísimas de su medio: tienen rasgos propios, en los cuales se halla la influencia de esa naturaleza del Norte, de largos estíos, de interminables inviernos, de días que se confunden con los días sin otro intervalo que un misterioso crepúsculo, de noches que suceden á las noches, separadas solamente por una fugitiva aurora. La tierra en que han nacido les domina demasiado poderosamente por sus fenómenos para que puedan sustraerse á ella como se hace en un medio de oscilaciones más iguales; no pueden sustraerse á la impresión de las grandes extensiones lacustres y de los bosques interminables, de las nieves que cubren el suelo durante varios meses y de los hielos que endurecen el agua de los lagos, de los estuarios

y del mismo mar [1]. Los Escandinavos del Extremo Norte piensan siempre en sus largas noches, y la intimidad de su vida con la Naturaleza les conserva en un verdadero culto por la belleza de las cosas exteriores: en este concepto han permanecido siendo paganos.

La dispersión de los escasos habitantes sobre extensos espacios tuvo también consecuencias de importancia mayor sobre el carácter de los Escandinavos. Confinados en los claros cultivables del gran bosque ó en las estrechas ensenadas de sus fjords sinuosos, los diversos grupos habían de contar con su energía para conquistar el alimento diario; nada tenían que hacer del patronato lejano de un señor ó de la protección de leyes promulgadas en tal ó cual parte en elevada asamblea; necesitaban deliberar en pequeños grupos, obrar con atrevimiento y libertad personales, permanecer dueños de sí mismos: de ahí esos ánimos tan fuertemente voluntarios que se han manifestado en las grandes empresas de penetración polar, en la travesía de la Groenlandia, en la conquista de los hielos árticos, lo mismo que en la investigación del ideal en la expresión literaria de su pensamiento.

Las lenguas que se hablan en las comarcas escandinavas se unen estrechamente con el alemán y sus literaturas han sido grandemente influídas por los pensadores de la Europa central, aunque hayan conservado siempre una singular originalidad. Se ha observado además que, durante su bello período literario, en el siglo XIX, Dinamarca y Noruega han estado cada una animadas de impulso diferente. Los escritores dinamarqueses fueron en su mayor parte pesimistas, mientras que los Noruegos eran optimistas, llenos de vigor y de entusiasmo juvenil. ¿No consistía la causa de ese notable contraste en la situación política de ambos países, uno que se siente impotente frente á la Alemania invasora, otro que, colocado al lado de Suecia, se halla más alejado del peligro inmediato y comercia alegremente con el mundo entero? Las condiciones del medio cósmico se reflejan en la vida social de los pueblos y en el pensamiento de sus escritores: á ellos deben los Escandinavos su poderosísima originalidad, y si la expresan de una manera enérgica, es gracias á su libertad

[1] Maurice Gandolphe, *Société Normande de Géographie*, Julio-Agosto de 1898, p. 220.

relativa, mayor, más activa que la de la mayor parte de las demás naciones.

De esa iniciativa han dado recientemente una nueva prueba [1], proponiendo la fundación de una liga pangermánica que abarque, no solamente los pueblos europeos de origen teutónico, Alemanes, Es-



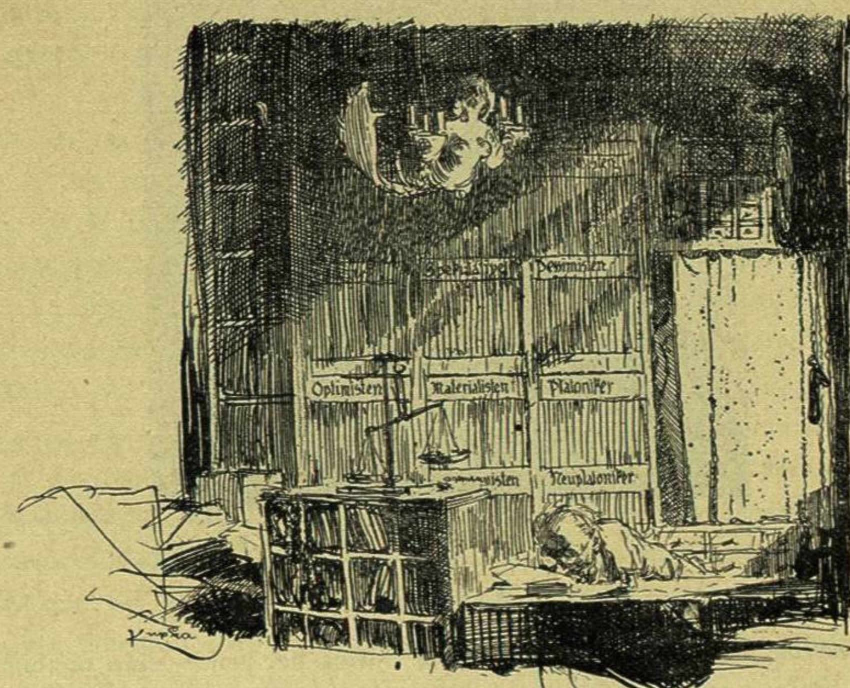
Cl. J. Kuhn, edit.

HENRIK IBSEN (1828-1906)

candinavos, Holandeses y Flamencos, Suizos del Norte, sino también los Ingleses, «Bretones» germanizados, y los Canadienses y Americanos de lengua inglesa, aunque sea difícil considerar estos últimos como verdaderamente Alemanes de raza en el pensamiento de sus autores. Evidentemente esta liga debería ser eminentemente pacífica, ¿pero no es el colmo de la utopía suponer que semejante alianza puede ser pura de toda idea de dominación, cuando los tres núcleos á cuyo rededor se constituiría el inmenso organismo de más de qui-

[1] Bjoenstjerne Bjoernson, *Berliner Tagblatt*, Abril 1903.

nientos millones de hombres tienen como base esencial la jerarquía militar, la servidumbre colonial y el odio de las razas de color diferente? La agrupación soñada no podrá realizarse hasta que se hayan hecho las revoluciones interiores en cada una de esas naciones. ¿No es la unión entre los hombres de buena voluntad, independientemente de la raza y de la lengua, el camino más corto para llegar al fin, la fraternidad humana?





RUSOS Y ASIÁTICOS

La posesión de Constantinopla no equivale á la de los caminos hoy desiertos que se hallan en los pantanos del Seistan.

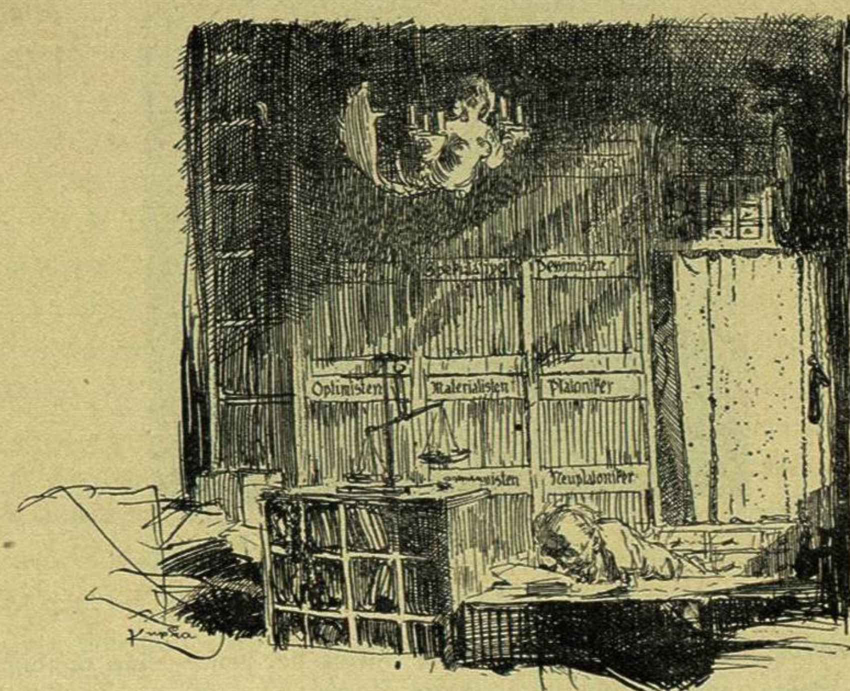
CAPÍTULO IV

Panslavismo. — Trabajo de concentración unitaria. — Kola. Alófilos. — Judíos. — Polacos y Alemanes de las provincias bálticas. — Finlandeses. — Tcherkesses, Georgianos y Armenios. — Doukhobortzi. — Rechazo de los Asiáticos. Transcaspiana, Turkestán y estepas. — Irán é Iranios. Pamir, Tibet, Mongolia, Siberia. — Mandchuria. — China y Chinos. Japón y Japoneses. — Corea.

El pangermanismo, que había sido precedido por el panhelenismo, había de dar nacimiento á otras tentativas de agrupación por razas, verdaderas ó supuestas; el panslavismo ha encontrado también sus fanáticos. El filólogo ruso Grigorovitch, que hizo un viaje á los Balkanes hacia 1825, descubrió allí, por decirlo así, la nacionalidad eslava de los Búlgaros, que á la sazón se hacían la ilusión de ser Griegos [1].

[1] Novicov, *Conscience et volonté sociales*, p. 185.

nientos millones de hombres tienen como base esencial la jerarquía militar, la servidumbre colonial y el odio de las razas de color diferente? La agrupación soñada no podrá realizarse hasta que se hayan hecho las revoluciones interiores en cada una de esas naciones. ¿No es la unión entre los hombres de buena voluntad, independientemente de la raza y de la lengua, el camino más corto para llegar al fin, la fraternidad humana?





La posesión de Constantinopla no equivale á la de los caminos hoy desiertos que se hallan en los pantanos del Seistan.

CAPÍTULO IV

Panslavismo. — Trabajo de concentración unitaria. — Kola. Alófilos. — Judíos. — Polacos y Alemanes de las provincias bálticas. — Finlandeses. — Tcherkesses, Georgianos y Armenios. — Doukhobortzi. — Rechazo de los Asiáticos. Transcaspiana, Turkestán y estepas. — Irán é Iranios. Pamir, Tibet, Mongolia, Siberia. — Mandchuria. — China y Chinos. Japón y Japoneses. — Corea.

El pangermanismo, que había sido precedido por el panhelenismo, había de dar nacimiento á otras tentativas de agrupación por razas, verdaderas ó supuestas; el panslavismo ha encontrado también sus fanáticos. El filólogo ruso Grigorovitch, que hizo un viaje á los Balkanes hacia 1825, descubrió allí, por decirlo así, la nacionalidad eslava de los Búlgaros, que á la sazón se hacían la ilusión de ser Griegos [1].

[1] Novicov, *Conscience et volonté sociales*, p. 185.

Tal fué el origen de la nueva religión del patriotismo eslavo. Después otros sabios descubrieron los «hermanos» de Austria-Hungría, se estudiaron sus costumbres, sus trajes, sus leyendas, y en Rusia se fundaron sociedades para ayudar á sus lejanos compatriotas y darles conciencia de la gran nacionalidad eslava. Se glorificó á los Servios, se elogió á los Montenegrinos, mas por un fenómeno de psicología fácil de comprender, los Polacos, nación tan eslava como la que más, quedaron tácitamente excluídos de la gran confraternidad: su patriotismo nacional, por el cual tantas veces habían combatido, les hacía poco dignos de entrar en la familia; se les reprochaba también no profesar la religión ortodoxa, lo que también era el caso de los Eslavos más alejados de Rusia, los Croatas y los Tcheques. Los panslavistas rusos tendrán gran interés en hacer simpático su gran imperio á los Eslavos occidentales, en hacerle amar é invocar como protector eventual en caso de opresión por parte de los Germanos ó de los Magyares; pero el imperio ruso no es amable, y hacia la parte de Occidente muestra siempre su carácter hostil y amenazador.



Cl. del *Globus*.

JÓVENES BÚLGAROS

El obstáculo capital que se opone á la propagación del panslavismo es el mismo que se levanta contra la marcha del pangermanismo, y en Rusia es mucho más difícil de rechazar: el carácter

despótico del imperio, desde todos los puntos de vista, tradicional, militar, administrativo, hasta religioso, es contrario á todo movimiento espontáneo de gravitación; el mundo relativamente civilizado de Occidente no puede sentirse atraído hacia la monarquía autocrática

N.° 506. Eslavos exteriores.



El rayado estrecho cubre los territorios de los Eslavos no sometidos al yugo ruso; el rayado ancho, el de los Eslavos de Rusia.

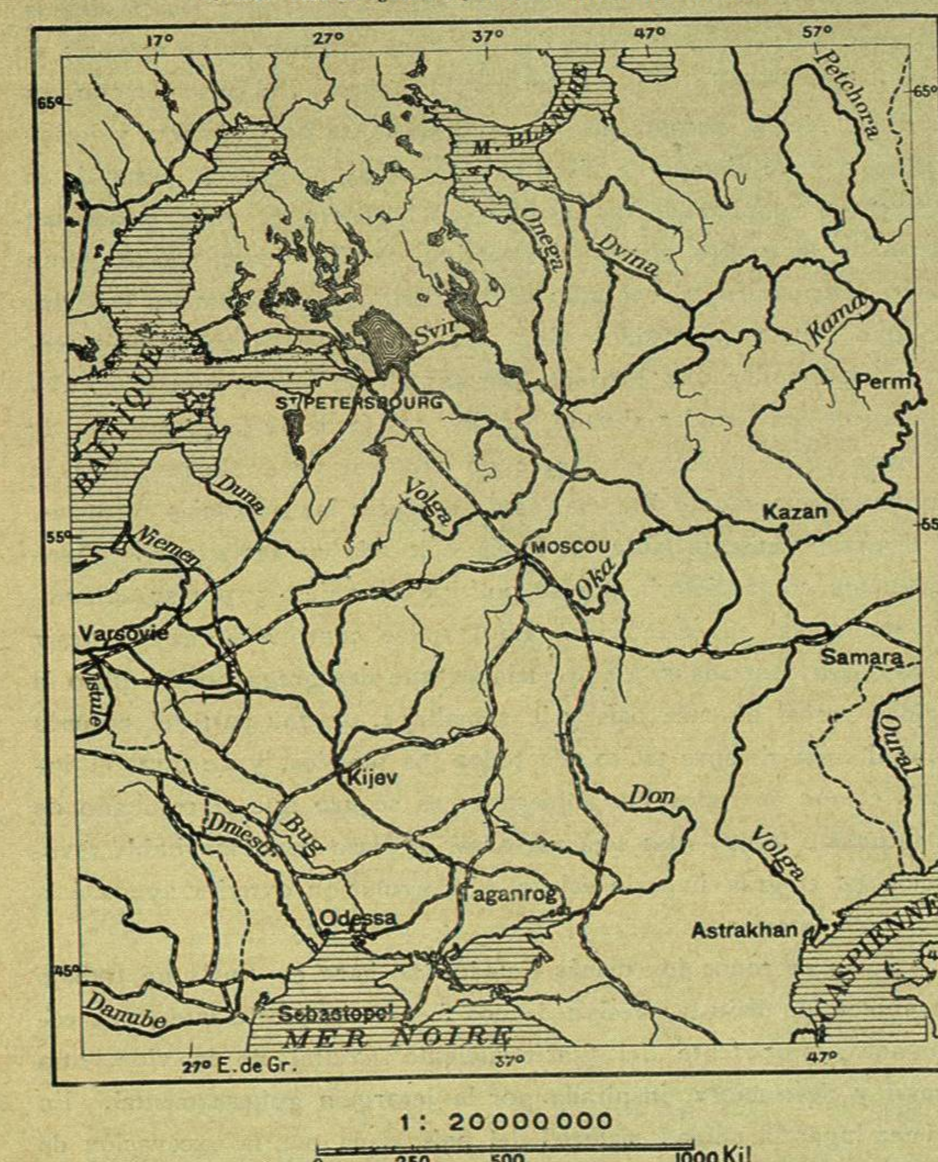
de la Europa oriental. No hay duda que los Tcheques y los Moravos sienten cierto orgullo de raza pensando que están estrechamente emparentados con los Eslavos de la gran Rusia, pero saben también que son muy superiores á la nación rusa por el conjunto de su civilización y no querrían en manera alguna cambiar su suerte por la de sus vecinos polacos. Asimismo Croatas, Servios y Eslovenos, aunque se quejan con motivo de la dominación de sus amos políticos, Austriacos y Húngaros, saben perfectamente que no ganarían nada si los reemplazasen los Moscovitas.

La fuerza activa del panslavismo se halla, pues, singularmente limitada en su campo de acción. Le quedaban las poblaciones rutenas de la Galizia, que los agentes rusos excitaban contra los propietarios polacos y que no habían alcanzado un nivel de cultura superior al de los mujiks de Rusia; pero el gobierno ruso ha encontrado el medio de desagradar á esos Rutenos extranjeros y de hacer que prefieran sus dominadores austriacos. Los Rutenos eran en su mayor parte «Griegos unidos», es decir, ortodoxos de la misma religión que los Rusos, aunque sometidos á la supremacía de Roma: el Santo Sínodo se ha hecho más que sospechoso á esos vecinos de la Galizia persiguiendo duramente sus propios súbditos *uniates* y forzándoles á cambiar de obediencia. La simpatía de los Rutenos se inclina, no hacia los Rusos propiamente dichos, sino solamente hacia los «Pequeños Rusos», de quienes son hermanos por la lengua y por las costumbres, y, en todas las circunstancias en que esas simpatías han tomado forma activa, han sido reprimidas como revolucionarias: las simples manifestaciones de confraternidad entre sabios, arqueólogos ó gramáticos, están severamente prohibidas. El panslavismo es, pues, mal visto con justo motivo por la mayoría de los Eslavos occidentales; no teniendo por amigos, de la parte de Europa, más que periodistas venales, no puede obrar más que hacia Oriente y proseguir la conquista de las naciones y tribus de Asia, turcas, mongolas y chinas. ¿Y no se ha visto, en efecto, engrandecerse el imperio ruso casi diariamente?

Mientras que la autocracia moscovita espantaba no sin motivo á los Eslavos de Turquía y de la Europa central, la República francesa le adulaba y acababa por obtener su alianza, pagando con largueza

las costas con sus empréstitos financieros. Esta unión «duplice» de Francia y Rusia, respondiendo á la «triplice» de Alemania, Austria é Italia, debe en parte su origen á los instintos reaccionarios de todo

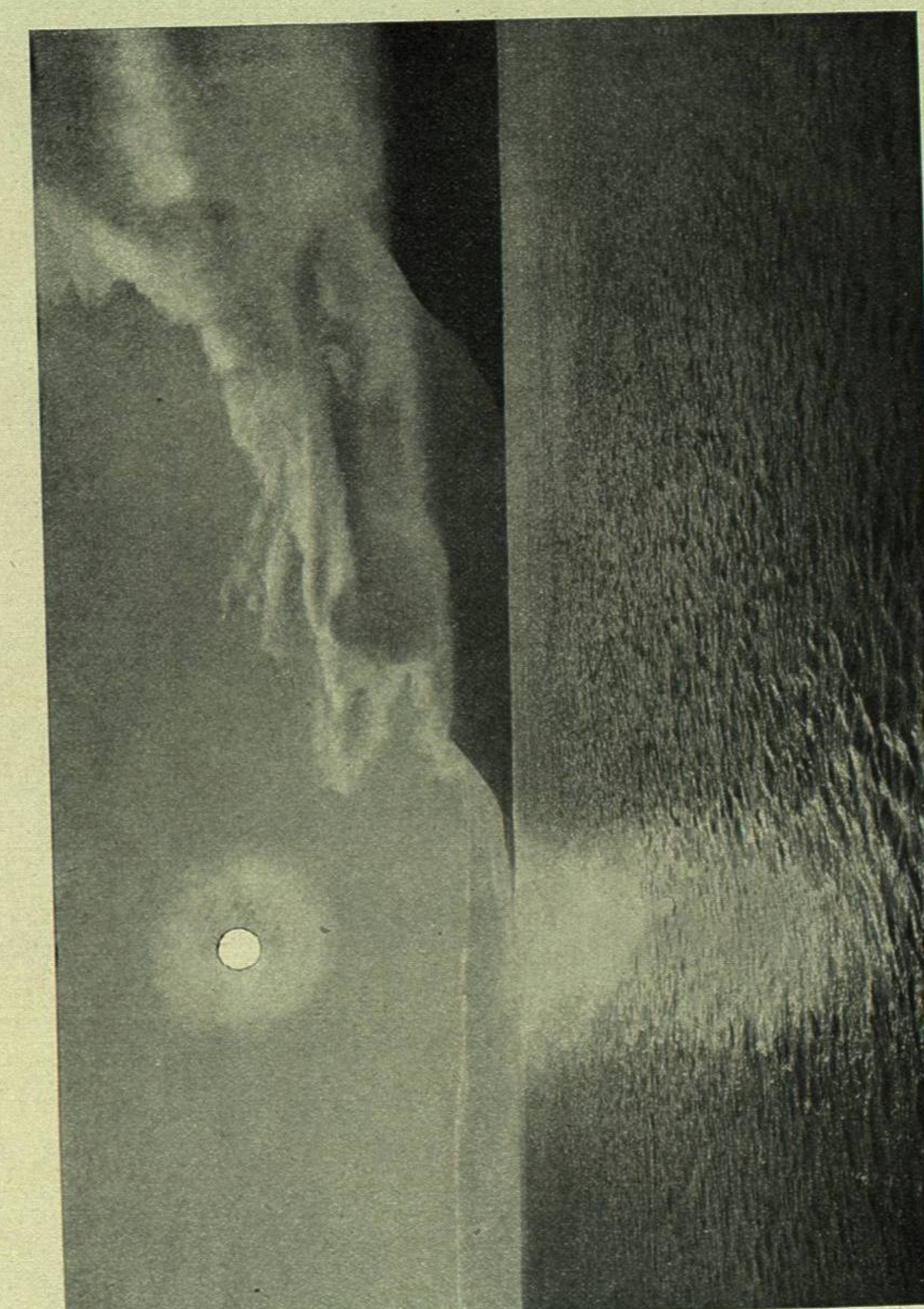
N.° 507. Vías navegables y principales ferrocarriles de Rusia.



lo que resta de los antiguos partidos monárquicos, dichosos por tener todavía un emperador á quien hacer la corte, un protocolo que observar bajamente y ocasión de cambiar adulaciones por cruces y títulos.

Pero ha de verse en esta alianza el rechazo de la guerra franco-alemana: las aproximaciones espontáneas entre naciones suelen hacerse bajo la influencia de un odio ó de un temor común. Verdad es que aparte de las confabulaciones oficiales y de los enredos diplomáticos, se manifiesta realmente una simpatía entre Franceses y Rusos, debida en gran parte á la aversión de que unos y otros en su mayoría se han dejado invadir respecto de los Alemanes. Del mismo modo, en la Edad Media, durante las largas disensiones de Inglaterra y Francia, ésta tuvo siempre á Escocia por aliada natural; á pesar de la diferencia completa de los medios y del género de vida, la amistad nacía de la guerra contra el enemigo común. Hasta cierto punto podría compararse el conjunto de las naciones á una batería eléctrica en que metales y líquidos diferentes, yuxtapuestos en orden alternado, desarrollan una corriente por sus electricidades contrarias. La alianza de los Estados situados en los dos focos de la gran elipse de Europa no ha podido efectuarse sin producir un doble resultado, la rusificación moral de Francia, admitida entre las potencias correctas, y el afrancesamiento moral de Rusia, colocada en una situación absolutamente contradictoria por su política extranjera y por su autocracia tradicional en el interior. La Duplice contribuye muy á pesar suyo á esa contradanza de atracciones que desagrega poco á poco la unidad verbal de cada país y le substituye, de una parte el acuerdo natural, casi siempre tácito, de todos los pueblos, y de otra, el interés común de todos los gobiernos: es seguro que el resultado de la intimidad franco-rusa será apresurar el plazo de la inevitable revolución en el gran imperio eslavo. La evolución exterior ayuda á la evolución interior.

Como en todos los demás Estados, se hace en Rusia un trabajo de unificación bajo la presión de dos fuerzas muy diferentes, una espontánea, procedente del funcionamiento natural de la vida, otra brutal y destructora, inspirada por la jerarquía gubernamental. En primer lugar la unidad material del país, dada por la excavación de canales, la navegación de los ríos y la construcción de los ferrocarriles, es una necesidad primera, á la vez consecuencia y causa de la aproximación de los hombres y de la solidaridad económica de los intereses. En este concepto Rusia debe forzosamente unificarse, re-



Cl. del Photo-Club.

EL SOL DE MEDIA NOCHE EN SPITZBERG

gular su movimiento interior en focos de vida cada vez más activos y atraer sus fronteras hacia el centro, aunque aumentando prodigiosamente los recursos del conjunto. Evidentemente el poder ha de ceder tratando de aprovechar lo mejor posible todo ese trabajo de la industria moderna, que entorpece con sus exacciones anticipadas, la colocación de sus parásitos y su extremada reglamentación. Además trata de desviar la red de los ferrocarriles y de los caminos de su destino natural, que es facilitar las comunicaciones; desde el principio escogió una anchura de vía mayor que la normal, de modo que viajeros y mercancías han de sufrir un trasbordo: quiere emplear los ferrocarriles como un inmenso aparato estratégico, un medio de defensa y de ataque contra los vecinos, uniendo fortaleza á fortaleza; mas á pesar de todo y de las molestias que ocasionan á viajeros y á expeditores, esos medios de comunicación funcionan normalmente, ayudando á la circulación de las mercancías y de las ideas y aun de la revolución.

El trabajo de unificación al interior se completa con un aumento de facilidad en las relaciones con el exterior. Sabido es que, á pesar de la inmensidad de su territorio y de la longitud actualmente incalculable de su litoral marítimo, Rusia no tiene salida completa hacia el mar: el golfo de Finlandia y el Báltico se hallan, si no cerrados, semi-cerrados á su salida por las islas dinamarquesas; el mar Negro está mandado por los dos estrechos ó ríos del Bósforo y del Helesponto; el mar Blanco permanece bloqueado durante seis largos meses de invierno; Nikolaiev y Vladivostok, sobre las lejanas costas de la Mandchuria, tienen también su período anual de hielos y nieblas. Y, sin embargo, se sabe también que la Rusia novgorodiana tenía ya su libre salida por la costa murmana antes que Ivan el Terrible hiciese temblar á sus cortesanos de Moscou, antes que Pedro el Grande abriera sobre Europa la ventana que le daba el puerto del Neva, antes que Nicolás I impusiera su nombre á la ciudad dueña del laberinto amuriano y que unas flotas desplegasen la bandera rusa sobre el Océano Pacífico. La opresión brutal de los czares había cerrado la puerta de salida sobre el Atlántico boreal, aun apoderándose de la comarca: Kola se había convertido en lugar de destierro desde mediados del siglo XV; se habían constituído monopolios de pesca en

gular su movimiento interior en focos de vida cada vez más activos y atraer sus fronteras hacia el centro, aunque aumentando prodigiosamente los recursos del conjunto. Evidentemente el poder ha de ceder tratando de aprovechar lo mejor posible todo ese trabajo de la industria moderna, que entorpece con sus exacciones anticipadas, la colocación de sus parásitos y su extremada reglamentación. Además trata de desviar la red de los ferrocarriles y de los caminos de su destino natural, que es facilitar las comunicaciones; desde el principio escogió una anchura de vía mayor que la normal, de modo que viajeros y mercancías han de sufrir un trasbordo: quiere emplear los ferrocarriles como un inmenso aparato estratégico, un medio de defensa y de ataque contra los vecinos, uniendo fortaleza á fortaleza; mas á pesar de todo y de las molestias que ocasionan á viajeros y á expeditores, esos medios de comunicación funcionan normalmente, ayudando á la circulación de las mercancías y de las ideas y aun de la revolución.

El trabajo de unificación al interior se completa con un aumento de facilidad en las relaciones con el exterior. Sabido es que, á pesar de la inmensidad de su territorio y de la longitud actualmente incalculable de su litoral marítimo, Rusia no tiene salida completa hacia el mar: el golfo de Finlandia y el Báltico se hallan, si no cerrados, semi-cerrados á su salida por las islas dinamarquesas; el mar Negro está mandado por los dos estrechos ó ríos del Bósforo y del Helesponto; el mar Blanco permanece bloqueado durante seis largos meses de invierno; Nikolaiev y Vladivostok, sobre las lejanas costas de la Mandchuria, tienen también su período anual de hielos y nieblas. Y, sin embargo, se sabe también que la Rusia novgorodiana tenía ya su libre salida por la costa murmana antes que Ivan el Terrible hiciese temblar á sus cortesanos de Moscou, antes que Pedro el Grande abriera sobre Europa la ventana que le daba el puerto del Neva, antes que Nicolás I impusiera su nombre á la ciudad dueña del laberinto amuriano y que unas flotas desplegasen la bandera rusa sobre el Océano Pacífico. La opresión brutal de los czares había cerrado la puerta de salida sobre el Atlántico boreal, aun apoderándose de la comarca: Kola se había convertido en lugar de destierro desde mediados del siglo XV; se habían constituído monopolios de pesca en

beneficio del czar y de sus cortesanos; los conventos del mar Blanco, poseedores de inmensos territorios, habían detenido el desarrollo de toda industria. Hasta el fin del siglo XVIII, bajo el reinado de la emperatriz Catalina, no se decidió el establecimiento de un puerto en el fjord de Kola, pero los úkases promulgados á tal efecto quedaron letra muerta. Se necesitó la enseñanza de los navegantes extranjeros para mostrar la importancia náutica de esos puertos de la

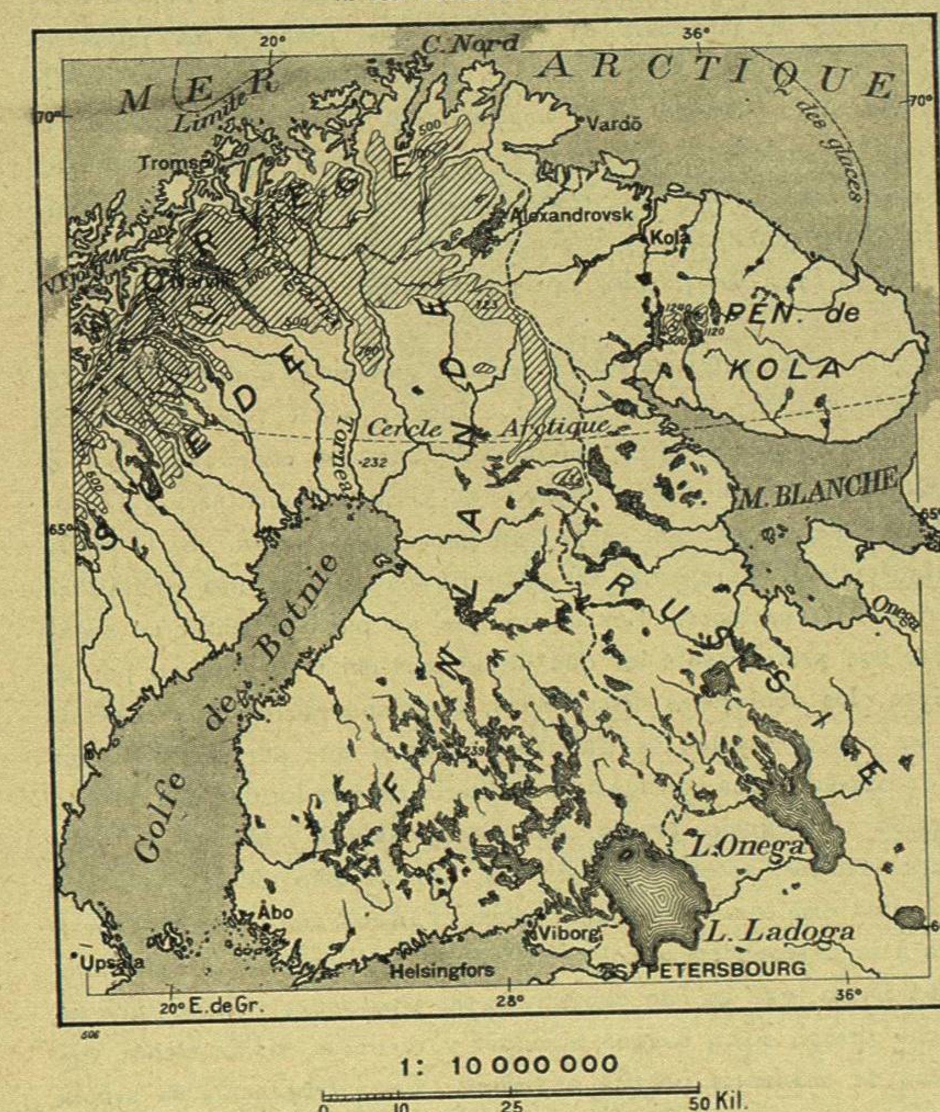


CAMPAMENTO DE LAPONES

costa murmana, que quedan completamente libres de hielos durante todo el año. Entre todas esas ensenadas, la de Catalina, rebautizada ahora con el nombre de Alexandrovsk, presenta muchas ventajas para la arribada de barcos y la construcción de una ciudad, aunque el sitio, como la estación vecina, Vardo la noruega, se halla á unos 300 kilómetros del círculo polar (69° 12′) y queda, por consiguiente, durante cerca de dos meses — desde el 24 de Noviembre al 17 de Enero — en las tinieblas de la gran noche ártica. El nuevo puerto sobresaldría sobre los demás como lugar de provisión marítima para Moscou, Petersburgo y el resto de Rusia si estuviera unido á la red de los ferrocarriles por una vía de 1,275 kilómetros, indicada de antemano por el surco abierto en la raíz de la península murmana, desde el mar Blanco á Kola por lagos y ríos. Del comercio ruso

depende hallar en aquel punto la puerta libremente abierta sobre el mar, tantos siglos hace deseada.

N.° 508. Pedúnculo escandinavo.



El territorio de Finlandia se adelanta en una estrecha banda en dirección de Tromso, al norte de Kangama, hasta una treintena de kilómetros del fondo de los fjords.

Mucho más importante era todavía en el equilibrio general del mundo la libre salida abierta que Rusia creyó darse sobre las aguas del Pacífico japonés y chino. Rusia, si no cerrada, al menos moles-

tada en la dirección de Occidente, se abría completamente á Oriente, volviendo su principal fachada hacia Asia, donde nada parecía detenerla; pero quiso abarcar demasiado, y no contenta con ocupar las vías estratégicas de Mandchuria y de ser instalada en Port-Arthur, hizo sentir su influencia en Corea; pensó tratar á los Japoneses como había tratado á los Chinos... Llegado el conflicto, el Amarillo ha vencido al Blanco, y el imperio ruso sale desprestigiado de la aventura, quedando sin autoridad en Occidente como en Oriente. Todo eso sería poca cosa, si las derrotas lejanas no hubieran permitido á los «humillados y vencidos» de su propio territorio levantar la cabeza, y á los pueblos oprimidos renacer á la esperanza.

¡Cuántos contrastes étnicos existen aún en el inmenso territorio concedido al czar por la «gracia de Dios», es decir, por la herencia y la conquista! Los 147 millones de hombres enumerados por la estadística [1] distan mucho todavía de constituir una nación homogénea y de sentirse unidos por un patriotismo común. Si la fuerza desapareciera de repente, se mostraría en seguida una grandísima variedad de naciones. Los únicos que no pueden pensar en separarse son precisamente los que distan más del tronco eslavo por su origen, los aborígenes diseminados, á quienes se designa generalmente con el nombre de «alófilos»; gentes que por efecto de una larga opresión, una conciencia hereditaria de inferioridad política han perdido todo genio propio, toda individualidad. Muchos de esos grupos étnicos, antes independientes, han perdido todo, y se unen á la masa rusa como una simple materia humana, sin añadir una nueva idea á la independencia colectiva. Tales son los Ziranes del Kama y del Dvina, que no han conservado sus tradiciones y viven hace ya mucho tiempo como siervos humildes y rastreros, sin la menor voluntad de existencia política autónoma; hasta desprecian su propia lengua y no tienen más ambición que ser admitidos entre los amos, aunque sólo sea como servidores [2]. En el fondo no difieren mucho de los campesinos rusos, su modo de pensar y sus supersticiones

[1] Véase Diagramas páginas 507 y 509.
[2] Chakov, *Division ethnografique de la Russie*, Sociedad de Geogr. de San Petersburgo, 11-24 Octubre 1900.

son semejantes; en cuanto la lengua se ha hecho común, Tártaros y Kalmukos, Ostiaks y Vógulos, Tcheremisses y Mordvines se han transformado en Rusos, pero se ha observado que el tipo mongol se conserva mucho mejor entre las mujeres que entre los hombres en la Rusia oriental. Es un hecho constante que se nota lo mismo en Finlandia que entre los Alemanes de las «Sette Comuni» de los Alpes y en la isla de Capri: el tipo originario se conserva principalmente en la mujer, conservadora de la raza.



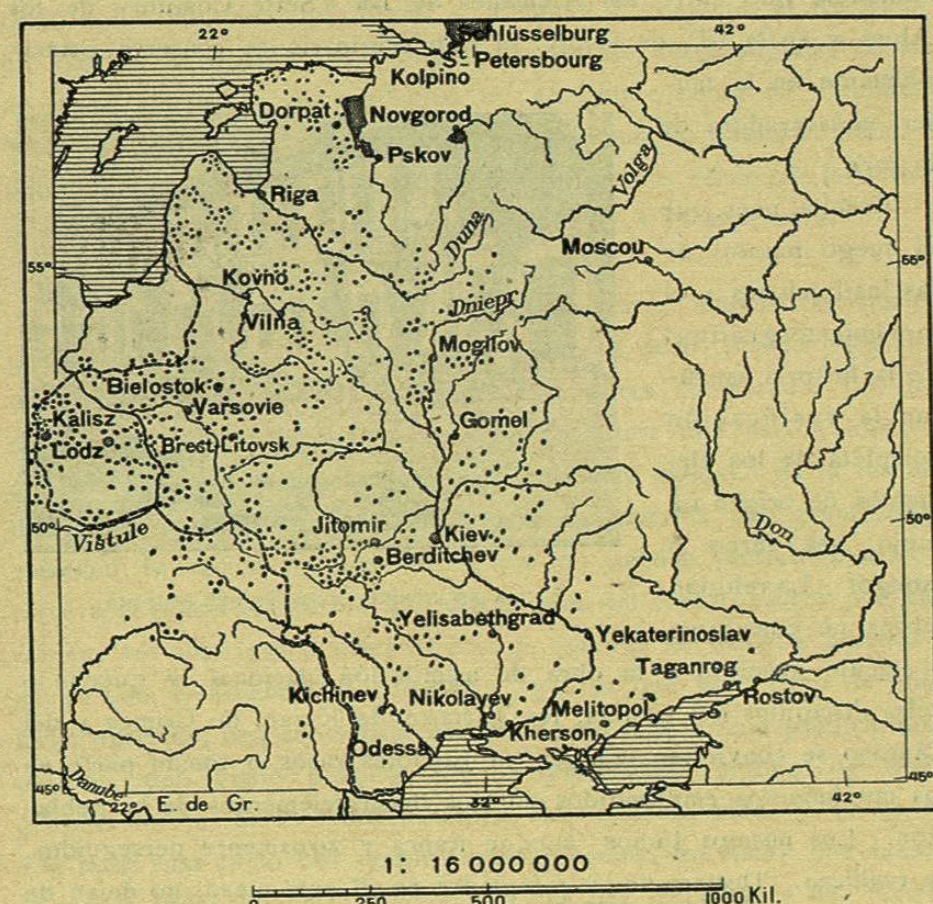
Cl. Joté.

CASA EN KICHINEV, DESPUÉS DEL POGROMO

Resulta, pues, que el juego natural de las instituciones y el movimiento gradual de la historia aseguran la rusificación completa de los elementos de origen turanio, sea turco ó mongol. La religión misma no constituye obstáculo absoluto á la obra de asimilación nacional, y quedando fieles discípulos del profeta, los Tártaros de Kazan, de Crimea y del Cáucaso se convierten también en patriotas rusos ó toman parte en los movimientos emprendidos por los demás elementos de la población. Los mismos Judíos, aunque franca y atrozmente perseguidos, se rusifican. Desterrados ó refugiados en el extranjero, no dejan de llamarse Rusos, y lo son, en efecto, casi todos por la lengua, las ideas y las aspiraciones. Tienen una tendencia evidente á entrar en la gran masa de la nación, á desprenderse de la casta hereditaria que las necesidades de la existencia les había impuesto, llegando hasta hacerse en Europa, por el estudio y el saber, los representantes del genio ruso. El gobierno, fiel observador de las supervivencias del pasado, puede decirse que sostiene las prácticas del internado ó domicilio forzado, toda vez que el territorio asignado á la residencia de los Judíos está estrictamente delimitado; en realidad están confi-

nados en un extenso ghetto: para ellos la frontera es doble, y, cuando necesitan franquearla, se les ponen infinitos gastos y dificultades de todo género. Los Judíos son encerrados, ó al menos molestados materialmente, y mucho más en el concepto intelectual, puesto

N.° 509. Area de los Judíos de Rusia.



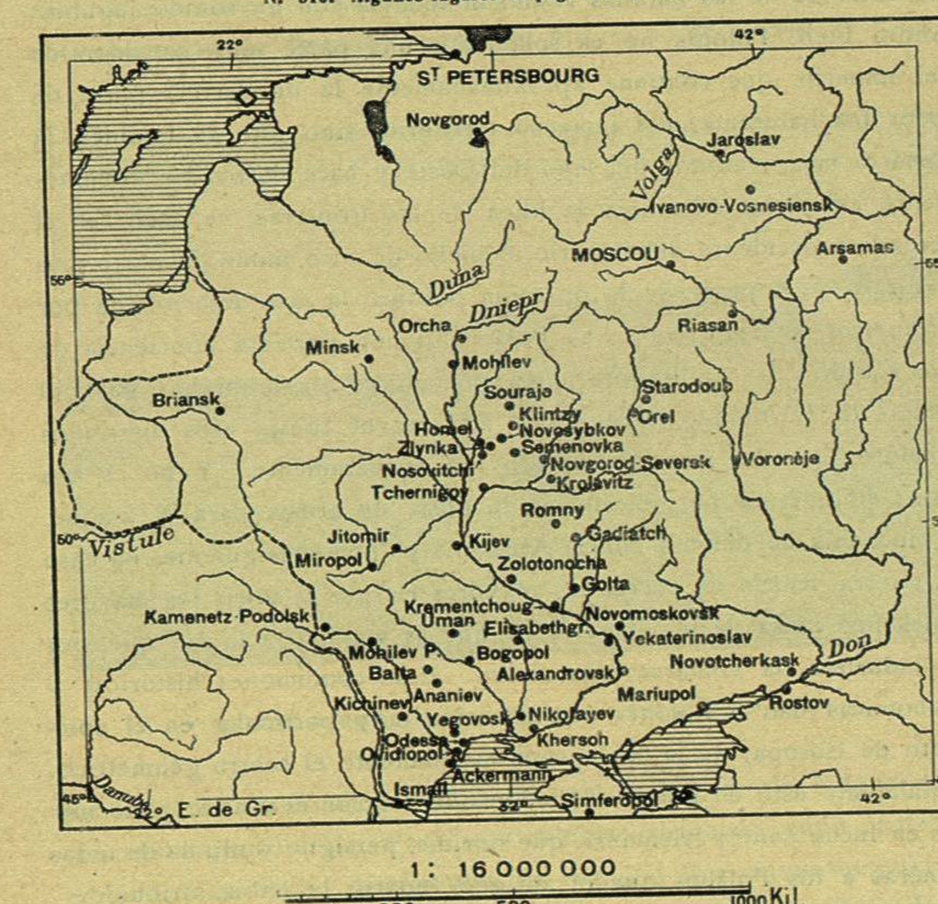
Antes de los acontecimientos recientes, se admitía que los Judíos formaban la mayoría de la población en Berditchev, Bielostok y Kamenetz-Podolsk.

En 1905 tuvieron lugar los pogromos en la mayor parte de las villas y ciudades indicadas en el mapa n.° 510.

que se han adoptado medidas severísimas para restringir entre ellos los progresos de la enseñanza. «Prohibición de aprender», he ahí la regla, por lo demás conforme con el principio de toda autoridad tradicional, y la válvula de seguridad que á pesar de todo ha sido preciso abrir, en forma de autorización y de licencias, es singular-

mente estrecha. No obstante, tan fuerte es el impulso que lleva á los Judíos á vivir de la vida del cerebro, que los reglamentos prohibitivos de la instrucción se violan en todas partes, y que, en proporción, la parte israelita de la población rusa no es inferior en

N.° 510. Algunos lugares de pogromos recientes.



conocimientos á los elementos eslavos; quizá le sea superior. A pesar de toda la opresión de arriba y de los prejuicios de abajo, los Judíos rusos participan del conjunto de los movimientos de la nación: han entrado en la gran unidad rusa, estadío preliminar de una evolución más extensa.

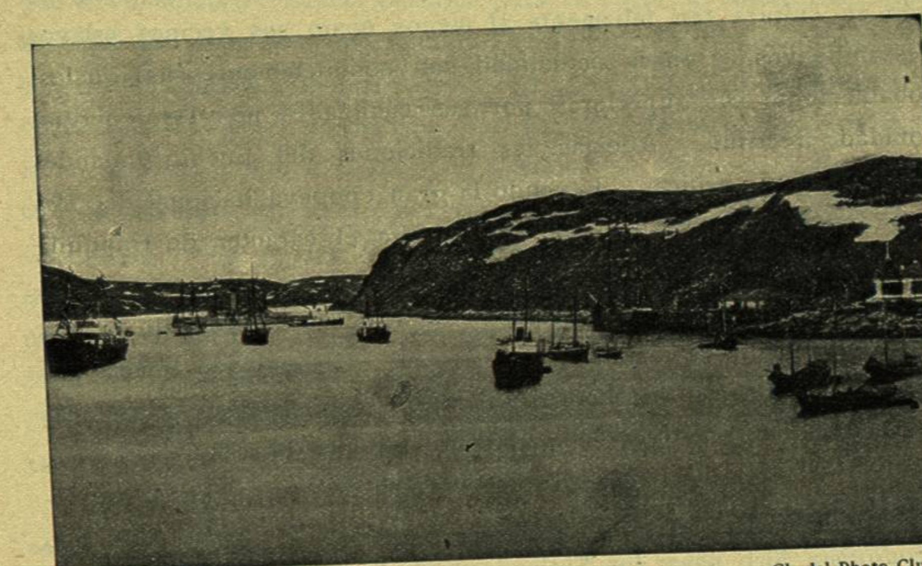
Pero en el mismo seno del imperio existen francas hostilidades nacionales que impiden á la inmensa Rusia presentarse al mundo como un todo político. Aunque la anexión de Polonia comenzara

hace ya más de un siglo, no es aún más que un hecho brutal; la asimilación no se ha realizado, la lengua recuerda constantemente á unos y á otros la diferencia de nacionalidad, la religión marca periódicamente en los ritos y las plegarias una línea precisa de demarcación, y las tradiciones y los recuerdos hablan de sangre derramada; los nombres de las batallas resuenan todavía con un sonido lúgubre. Ahora bien, Polonia no es solamente una parte muy considerable del imperio, que contiene aproximadamente la duodécima parte de todos los habitantes del inmenso territorio, sino que es también la comarca más avanzada del lado del Oeste y hace desbordar circularmente en plena Alemania la línea de las fronteras, es decir, es el verdadero occidente del imperio, ó dicho de otro modo, la parte más civilizada y, á pesar de la opresión política, la más desarrollada por las fuerzas intelectuales. Los Polacos tienen perfecta conciencia de haber sido los civilizadores, los portadores de antorchas para el oriente de Europa, y tienen tanto más rencor contra esos discípulos rebeldes, que les han esclavizado tan bárbaramente. Y no es eso todo: Polonia es por excelencia la plaza de armas para el ataque, la ciudadela de defensa contra Alemania y, por consiguiente, en caso de guerra, habría de correr los mayores riesgos y sufrir los mayores males por causa de ese imperio de que es víctima, á la vez que, por su industria, la comarca más activa. Esas condiciones históricas y económicas dan á Polonia una situación muy particular en el conjunto de Europa, de la cual ocupa exactamente el centro geométrico. Moralmente está en guerra de independencia contra Rusia, y no menos en lucha contra Alemania, que oprime, persigue y ultraja de todas maneras á los Polacos que el antiguo reparto le había atribuído.

No hay tregua más que de la parte del Sud: Austria, solicitada en todos sentidos por las nacionalidades en conflicto, tiene gran interés en tratar bien á los Polacos, que participan ampliamente de las posiciones honoríficas; pero éstos allá no pueden considerarse como inocentes, respecto de los Rutenos, del crimen de opresión que reprochan á los Rusos y á los Alemanes. Los campesinos rutenos que labran el suelo en el territorio de la señoría ó szalachta polaca han referido frecuentemente sus miserias. De ese modo la violación del derecho contra los pueblos de la comarca ha creado en esas re-

giones de Europa una situación insostenible bajo el régimen de las políticas imperiales de capricho y de arbitrariedad.

Sobre las costas del Báltico existe otra lucha de nacionalidades, pero más complicada y menos franca en sus procedimientos. Allí los Alemanes, en número de unos ciento veinte mil, sufren la violación de sus derechos naturales, especialmente por la rusificación de su universidad de Dorpat — conocida por el nombre ruso de Your-



Cl. del Photo-Club.

EL PUERTO DE ALEXANDROVSK, EN LA PENÍNSULA DE KOLA

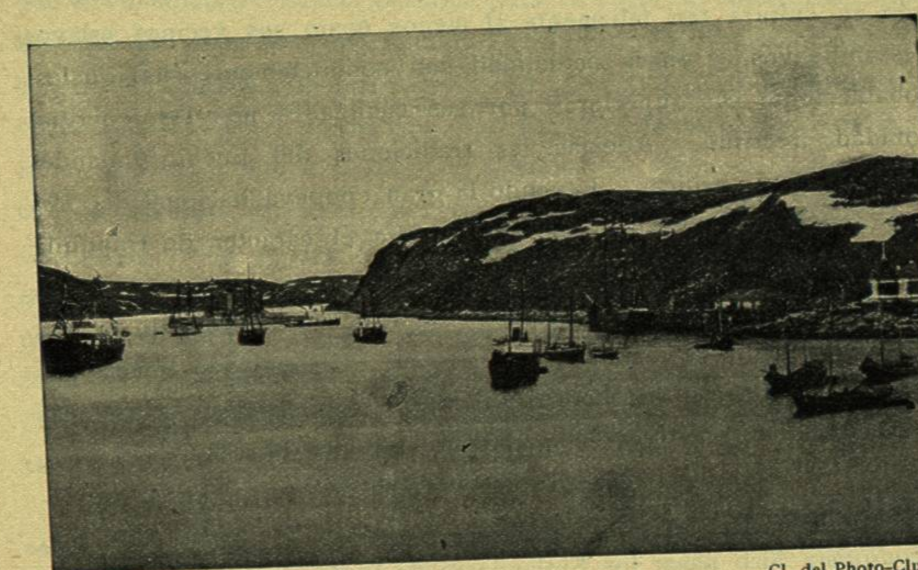
yev —, donde sus hijos estudiaban con profesores de lengua y de educación germánicas. Pero esas colonias alemanas, cuyo centro es la ciudad de Riga, comprenden en realidad dos clases de intereses contradictorios, la rica burguesía dominante y el proletariado de los *Kleindeutschen*, tenido en escasa consideración por sus mismos compatriotas. Además, los Alemanes, que fueron hasta 1819 los dueños absolutos de la tierra, y por ella, campesinos ellos mismos, Ehstas, Lives y Lettons, son todavía grandemente privilegiados por la riqueza, los empleos, los títulos y su parte de dominación política. Proporcionalmente, la aristocracia alemana de las Provincias bálticas ha participado más que los mismos Rusos en la posesión del poder, y muchos de sus representantes han cooperado tranquilamente á la

hace ya más de un siglo, no es aún más que un hecho brutal; la asimilación no se ha realizado, la lengua recuerda constantemente á unos y á otros la diferencia de nacionalidad, la religión marca periódicamente en los ritos y las plegarias una línea precisa de demarcación, y las tradiciones y los recuerdos hablan de sangre derramada; los nombres de las batallas resuenan todavía con un sonido lúgubre. Ahora bien, Polonia no es solamente una parte muy considerable del imperio, que contiene aproximadamente la duodécima parte de todos los habitantes del inmenso territorio, sino que es también la comarca más avanzada del lado del Oeste y hace desbordar circularmente en plena Alemania la línea de las fronteras, es decir, es el verdadero occidente del imperio, ó dicho de otro modo, la parte más civilizada y, á pesar de la opresión política, la más desarrollada por las fuerzas intelectuales. Los Polacos tienen perfecta conciencia de haber sido los civilizadores, los portadores de antorchas para el oriente de Europa, y tienen tanto más rencor contra esos discípulos rebeldes, que les han esclavizado tan bárbaramente. Y no es eso todo: Polonia es por excelencia la plaza de armas para el ataque, la ciudadela de defensa contra Alemania y, por consiguiente, en caso de guerra, habría de correr los mayores riesgos y sufrir los mayores males por causa de ese imperio de que es víctima, á la vez que, por su industria, la comarca más activa. Esas condiciones históricas y económicas dan á Polonia una situación muy particular en el conjunto de Europa, de la cual ocupa exactamente el centro geométrico. Moralmente está en guerra de independencia contra Rusia, y no menos en lucha contra Alemania, que oprime, persigue y ultraja de todas maneras á los Polacos que el antiguo reparto le había atribuído.

No hay tregua más que de la parte del Sud: Austria, solicitada en todos sentidos por las nacionalidades en conflicto, tiene gran interés en tratar bien á los Polacos, que participan ampliamente de las posiciones honoríficas; pero éstos allá no pueden considerarse como inocentes, respecto de los Rutenos, del crimen de opresión que reprochan á los Rusos y á los Alemanes. Los campesinos rutenos que labran el suelo en el territorio de la señoría ó szalachta polaca han referido frecuentemente sus miserias. De ese modo la violación del derecho contra los pueblos de la comarca ha creado en esas re-

giones de Europa una situación insostenible bajo el régimen de las políticas imperiales de capricho y de arbitrariedad.

Sobre las costas del Báltico existe otra lucha de nacionalidades, pero más complicada y menos franca en sus procedimientos. Allí los Alemanes, en número de unos ciento veinte mil, sufren la violación de sus derechos naturales, especialmente por la rusificación de su universidad de Dorpat — conocida por el nombre ruso de Your-



Cl. del Photo-Club.

EL PUERTO DE ALEXANDROVSK, EN LA PENÍNSULA DE KOLA

yev —, donde sus hijos estudiaban con profesores de lengua y de educación germánicas. Pero esas colonias alemanas, cuyo centro es la ciudad de Riga, comprenden en realidad dos clases de intereses contradictorios, la rica burguesía dominante y el proletariado de los *Kleindeutschen*, tenido en escasa consideración por sus mismos compatriotas. Además, los Alemanes, que fueron hasta 1819 los dueños absolutos de la tierra, y por ella, campesinos ellos mismos, Ehstas, Lives y Lettons, son todavía grandemente privilegiados por la riqueza, los empleos, los títulos y su parte de dominación política. Proporcionalmente, la aristocracia alemana de las Provincias bálticas ha participado más que los mismos Rusos en la posesión del poder, y muchos de sus representantes han cooperado tranquilamente á la

obra de rusificación. Un cambio en el equilibrio de Europa justificaría quizá su conciencia autorizándoles para «germanizarse» y ejercer contra los Lituanios análogas persecuciones á las que sufren los Polacos de Alemania.

En Finlandia se presenta la cuestión con mayor claridad: allí el crimen es manifiesto y todo un pueblo sufre por él directamente sin sentirse culpable de ningún mal ajeno. Establecidos en la comarca desde tiempo inmemorial, los Suomis ó Finlandeses se han desarrollado en cultura tan felizmente al menos como sus vecinos eslavos ó escandinavos, y en la actualidad son completamente sus iguales, probablemente sus superiores por sus cualidades morales, energía, probidad, rectitud. Además las tradiciones del pueblo finlandés fueron siempre pacíficas. Leyendo la gran epopeya nacional del *Kalevala*, recogida por Elías Lonnrot, admira el carácter de tranquila majestad que presentan sus héroes. En tanto que Homero se complace en las narraciones guerreras, y la canción de Rolando es una larga descripción de batallas, el *Kalevala* evita cuidadosamente los cuadros sangrientos: los héroes finlandeses realizan sus hazañas más por el poder del canto y de la palabra que por la espada; el vencedor no es el de más fuerte brazo, sino el de más poderosa inteligencia, el que pronuncia las *palabras originales* [1]. Cuando en 1809 la conquista hizo pasar los Finlandeses de la dominación del rey de Suecia á la del czar, no se mezclaron, como el común de los súbditos, á las multitudes dominadas del resto del imperio, sino que el emperador les aseguró, á título de «gran duque de Finlandia», la conservación de su constitución especial, de su dieta y de su existencia independiente de «nación libre». Sin embargo, á pesar de las promesas del soberano, el pueblo finlandés no pudo «bendecir sus destinos», y sucesivamente sus libertades fueron disminuídas y sus cargas aumentadas. El primer golpe directo se le dió en 1899 por la anexión, más ó menos disfrazada, al resto del imperio; gran número de Finlandeses que se negaron á inclinarse ante el violador de su juramento se alejaron de su patria; pero la lucha dista mucho de haber terminado.

[1] René Puaux, prefacio de *Pour ma Finlande*, por Iuhani Aho.

Al menos, el gobierno ruso, obligado por consideraciones de buen tono hacia Europa que le observa, se ve forzado á guardar cierto respeto al pueblo finlandés, tan notable por su educación, sus conocimientos y su amor al trabajo, aunque sobre los otros confines de su imperio, del lado de Asia, no se cree obligado á tales precauciones y proceda rápidamente á las prisiones y á las matanzas. Sabido es cómo se prosiguió la guerra caucásica durante generaciones, que sirvió como de escuela práctica para el «arte de matar hombres». Es evidente que, aun sin combate, Rusia hubiera podido conquistar el Cáucaso, puesto que desde el fin del siglo XVIII le había encerrado en el círculo de sus posesiones; las llanuras de la Circaucasia eran recorridas en todos sentidos por Cosacos, y, al otro lado de los montes, Georgia se había dado al imperio; los dos mares, al Este el Caspio, al Oeste el mar Negro, pertenecían á sus barcos: en lo sucesivo, las tribus del Cáucaso, encerradas en sus altos valles, no podían comunicarse con el resto del mundo más que por el territorio ruso, y forzosamente habían de entenderse con el pueblo sitiador para la conservación de su pequeño tráfico, lo mismo que para el vaivén de sus emigraciones temporales.

La dominación rusa llegó á ser más inevitable aún cuando se terminó el camino militar de Vladikavkas á Tiflis, al principio del siglo XIX, por el paso del Darial, á lo largo del Terek y del Aragva, y cuando la cadena del Cáucaso quedó cortada en dos. Un segundo camino, el del Mamisson, unió el valle del Teret al del Rion, cortando además la Caucasia occidental en dos fragmentos, después otros caminos en distintos territorios escalaron los montes á través de los bosques. De ese modo, como canta Lermontov, el gigante Kazbek se puso á temblar cuando vió á los enanos de la llanura avanzar contra él, armados de palas y piquetas, armas mucho más temibles que el cañón.

Pero esa dominación que se efectuaba por la fuerza misma de las cosas, los Rusos quisieron apresurarla por la destrucción de los plantíos y de las poblaciones y por el exterminio de los hombres. Cada valle fué sucesivamente conquistado y limpiado de enemigos. Á la mitad del siglo XIX los Tcherkesses del Cáucaso occidental, que apenas habían sufrido las consecuencias de la guerra, llegaban á medio

millón; cuando después fueron perseguidos en sus altos valles, se les evaluó en unos 300,000: cerca de la mitad de los montañeses habían perecido. Pero el odio del vencedor se encarnizó contra ellos: una proclama del príncipe gobernador, el gran duque Miguel, ordenó que se hiciera el vacío delante de él, en el espacio de un mes, so pena de cautiverio. El vacío se hizo, en efecto, y en los seis primeros meses del año 1864 atravesaron el mar Negro cerca de 260,000 fugitivos; de 1858 á 1864 se contaron oficialmente cerca de 400,000. La Puerta les ofrecía un asilo en diversas partes de la Turquía europea y de Anatolia, pero se habían vuelto salvajes por la guerra y rudos por la suerte; convertidos en perversos, no veían más que enemigos, y sus nuevos vecinos les detestaban; se asesinaban recíprocamente, y las nuevas colonias no arraigaban en el suelo. Los 150,000 Tcherkesses que se habían domiciliado en Bulgaria, cerca de la frontera servia, han desaparecido: todos han muerto ó se han dispersado. La raza ha cesado de existir [1].

Después de la horrible despoblación del Cáucaso occidental, despojado de sus Tcherkesses, Abkhazes y Adighés, parecía indispensable que Rusia tratara de disipar en lo posible las huellas de su mala obra, haciendo entrar la vida en las viviendas abandonadas, entregando á otras manos el arado; pero el gobierno ruso no se atrajo á los habitantes de las comarcas vecinas, Armenios, Grousianos ó Lazes, que hubieran podido adoptar un género de vida análogo al de los Abkhazes; deseoso de rusificar completamente el país, ofreció tierras á colonos de la Pequeña Rusia, pero sin suministrarle ventajas que pudieran compensar el cambio absoluto de medio: los hijos de la estepa no se acostumbraron á las rocas abruptas, á las profundas gargantas de la montaña. Además, para atraerlos y retenerlos, hubiera sido preciso construir caminos, establecer depósitos y mercados y sobre todo dejar á los colonos la libre elección de los terrenos y de los cultivos; en una palabra, hubiérase necesitado que la administración funcionara en sentido inverso de su naturaleza. Sin embargo, se proyectaron grandes obras con objeto de repoblar la antigua Abkhasia y del territorio de los Adighés; pero los planos

[1] Eugène Pittard, *Dans la Dobrodja*, p. 103.

N.° 511. Pueblos de Caucasia.



Eslavos: 1, Grandes Rusos; 2, Pequeños Rusos; 3, algunos Búlgaros diseminados.
Caucásicos: 4, Georgianos y Lazes; 5, Adighés; 6, Kabardes; 7, Abkhazes; 9, Tcherkesses; 10, Avares; 11, otros Lezghienes; 12, Koubatchi.
Turcos y Tártaros: 13, Tártaros; 14, Nogais; 15, Kirghizes; 16, Koumiks; 17, Turcos propiamente dichos.
Arios: 8, Osses; 18, Armenios; 19, Tates y Taliches; 20, Kurdos; 21, Griegos; 22, Alemanes.
Mongoles: 23, Kalmukos.

En T. se halla el antiguo centro de los Tcherkesses; en D., el de los Dukhobortzi, antes de su emigración.

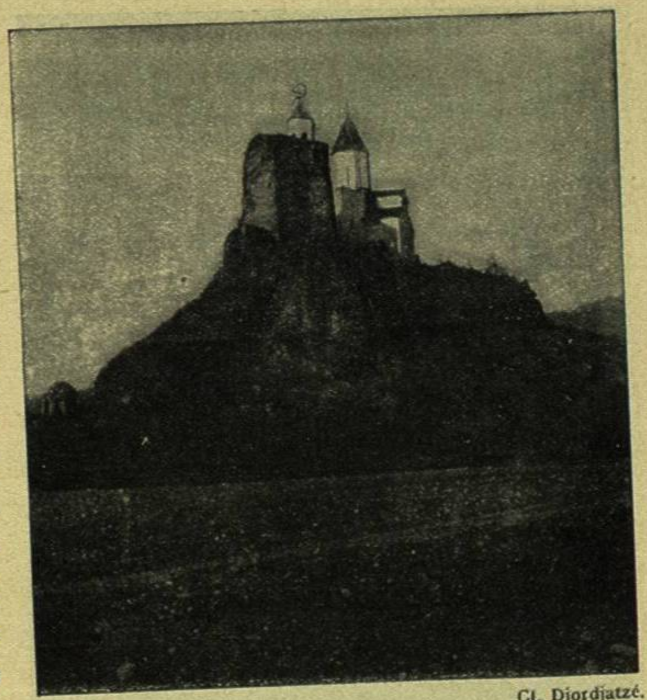
fueron olvidados, ó principiados de una manera incoherente y sin continuación. Al principio del siglo XX se evaluaba en 15,000 individuos solamente el número de los habitantes del territorio, dejando

desierto un territorio que se extiende sobre un espacio de unos 10,000 kilómetros cuadrados. De los residentes, las cuatro quintas partes son Abkhazes que habían aceptado la gracia del vencedor, no se contaban más que 600 Tcherkesses y el resto se componía de colonos de origen diverso, en su mayor parte establecidos en la proximidad del litoral: el interior estaba casi completamente desierto [1]. Para atraer la gran emigración bastaría «dejar hacer», después de haber construído y dispuesto convenientemente el camino que une la desembocadura del Rion al estrecho de Yeni-kaleh. La antigua cornisa establecida por Mitrídates estaba hacía tiempo destruída por las erosiones y los desprendimientos; pero es extraño que el primer cuidado de los Rusos no haya sido construir ese camino estratégico y comercial. Se ha intentado dos veces reconstruir la obra: primeramente los ingenieros del gobierno se encargaron de ella, comenzándola por un centenar de puntos y no terminándola en ninguna parte; después el general Annenkov, quien dirigió la construcción del ferrocarril transcaucásico en condiciones de celeridad inusitada, y transportó de una vez veinticinco mil trabajadores procedentes de las provincias del interior devastadas por el hambre, prometió acabar el camino en dos años; pero no cumplió completamente su palabra, y los créditos no se le continuaron por más tiempo. No obstante, la toma de posesión definitiva de la comarca por los colonos, agrícolas é industriales, es sólo cuestión de tiempo, porque la presión de la población creciente se produce también, al Oeste y al Este, hacia Novo-Rossiisk y hacia Batum; la vía borrará nuevamente la huella de las antiguas matanzas.

Al sud del Cáucaso, en los amplios y bien abiertos valles del Rion y del Kura, la rusificación de los indígenas se hace de una manera automática, por la misma fuerza de las cosas, puesto que la colonización modifica constantemente el equilibrio en beneficio de Rusia, y que al mismo tiempo, el poder, la dirección administrativa, el mando de las tropas, todas las iniciativas de autoridad pertenecen al czar y á sus representantes; pero esto no basta á los dominadores de la comarca: al juego natural procedente de la situación eco-

[1] Jean Carol, *Les Deux Routes du Caucase.*

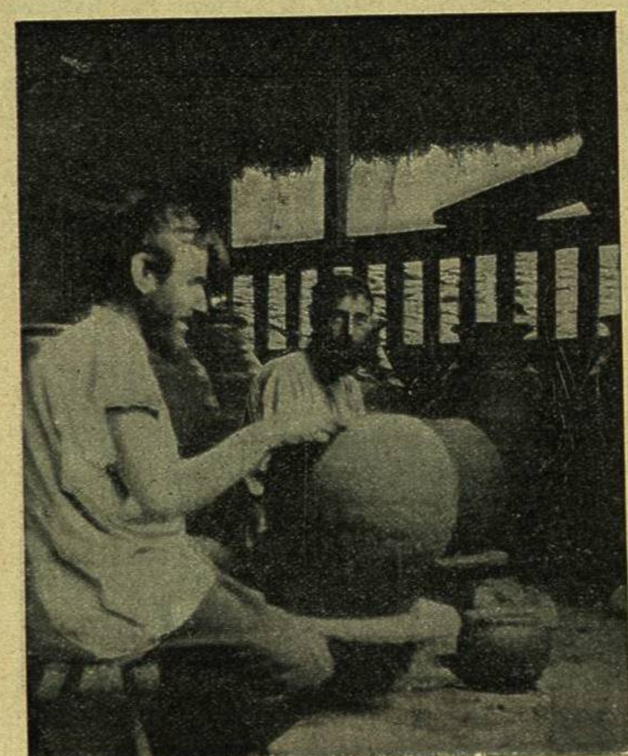
nómica y de las condiciones políticas del país se juntan las maniobras brutales de los centralizadores, para quienes toda diversidad de lengua, de religión ó de costumbres, relativamente á la práctica de los Rusos, es verdaderamente un delito, casi un crimen. Han olvidado que los Kartvels ó Georgianos son, por la misma acta del tratado primitivo, simples aliados del imperio ruso; quieren ignorar que en 1799, cuando el rey Jacobo III, triste personaje, libertino y enfermizo, se dejó persuadir por el ministro ruso de que haría bien en poner su reino en manos del czar de todas las Rusias, éste dió su «palabra imperial» de que respetaría para siempre los derechos y privilegios de sus leales Georgianos; no quieren acordarse de que se garantizó á la nación la conservación de su lengua, de sus costumbres, de su religión, de su milicia, hasta de su moneda. Y, no obstante, durante todo el siglo XIX, la única política de los czares consistió en combatir la antigua civilización y suprimir las relaciones ya establecidas con el Occidente, que había introducido su literatura en el país. Actualmente los reclutas georgianos son deportados á la Rusia del Norte, hasta la Siberia; la lengua kartvel está prohibida ante los tribunales, en las escuelas, en los seminarios y hasta en muchas iglesias. Para romper la nacionalidad georgiana el gobierno adquiere ó expropia territorios considerables que reparte entre colonias de Cosacos ó de campesinos rusos. Durante la guerra de



Cl. Djordjatzé.

IGLESIA Y CASTILLO DE CHILDA-INISSELI
VALLE DEL ALAZÁN, GEORGIA

Crimea, los Georgianos gozaron de una especie de neutralidad tácita, pero desde aquella época, el régimen de opresión se ha hecho más rudo y ha llegado á parecerse al de Polonia, con la agravante de que la presencia de varias razas permite al poder central excitar unas contra otras y «asegurar el orden» á poca costa [1]. Los poetas de la nación comparan tristemente su patria al antepasado Prometeo, encadenado en el Cáucaso; pero no tienen como él la invencible confianza en el porvenir; saben que si no sobrevienen grandes acontecimientos antes de una ó dos generaciones, sus hijos ó sus nietos serán Rusos.



Cl. Nevinson.

ALFAREROS DE GOURIE, AL SUD DE BATUM

Los Haikanes ó Armenios no recibieron seguridades directas de parte de sus dominadores actuales, puesto que habían ya perdido su independencia política en las épocas sucesivas en que pasaron bajo el régimen moscovita por la anexión de la Georgia y las conquistas sobre Persia y Turquía. Pero las promesas indirectas y los compromisos diplomáticos no faltaron. Dueños de la metrópoli religiosa, Etchmiadzin, los Rusos han hecho de ella ante todo un centro administrativo para la repartición de las diócesis y de las parroquias, para el nombramiento de los prelados y de sus subordinados. El objeto del poder consiste en utilizar todos los sacerdotes armenios como

[1] Warlam Tcherkesof, *Notas manuscritas.*

simples lacayos de iglesia, encargados de arrastrar á la fuerza á los Georgianos al girón de la ortodoxia. El uso de la lengua de los abuelos está para siempre prohibido en las escuelas; está también prohibido á los Haikanes aprender su propia historia y la geografía de su país, hablar su propio idioma en toda circunstancia oficial ó ante funcionarios: los opresores saben que la lengua es el vehículo del pensamiento, y que cambiando la palabra se acaba por cambiar el alma. Sin embargo, los Armenios, deseosos de instruirse en todo y contra todos, secundan cuanto pueden los esfuerzos de los habitantes de Tiflis, que desean poseer una gran escuela universitaria en su ciudad, que tan bien situada se halla para ser un centro de estudios; pero el gobierno ruso, persuadido de que la enseñanza, aun dada por profesores eslavos y en idioma eslavo, no dejaría de ser provechosa á los Armenios, ha resistido hasta ahora á las peticiones de Tiflis, y los jóvenes están obligados á ir á la Rusia propiamente dicha ó al extranjero á estudiar. En toda ocasión los Armenios tropiezan contra la mala voluntad consciente de sus dominadores, y la menor protesta produce el destierro á Siberia, es decir, la muerte rápida ó lenta. La salvación sólo puede hallarse en el acuerdo entre los diferentes pueblos sometidos al czar.

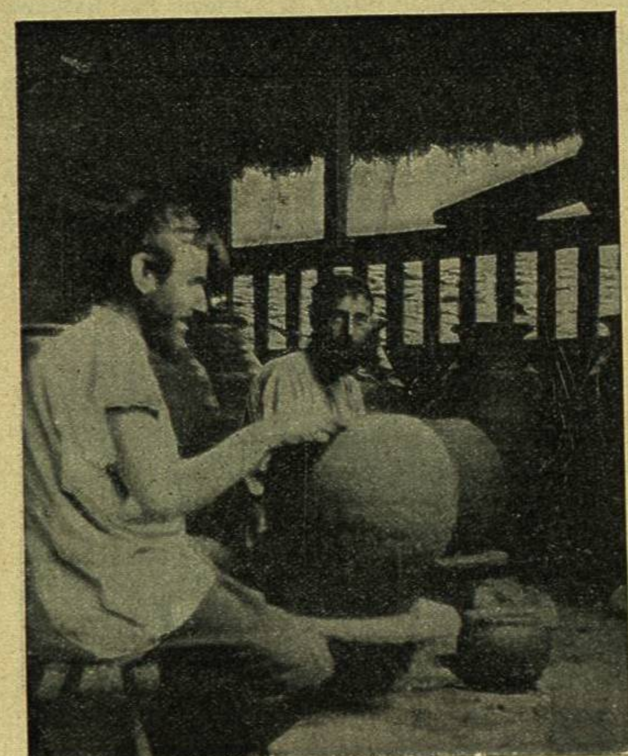


Cl. Roinachvili, en Tiflis.

TIPO GEORGIANO

Lo que existe en el fondo de la política rusa respecto de sus

Crimea, los Georgianos gozaron de una especie de neutralidad tácita, pero desde aquella época, el régimen de opresión se ha hecho más rudo y ha llegado á parecerse al de Polonia, con la agravante de que la presencia de varias razas permite al poder central excitar unas contra otras y «asegurar el orden» á poca costa [1]. Los poetas de la nación comparan tristemente su patria al antepasado Prometeo, encadenado en el Cáucaso; pero no tienen como él la invencible confianza en el porvenir; saben que si no sobrevienen grandes acontecimientos antes de una ó dos generaciones, sus hijos ó sus nietos serán Rusos.



Cl. Nevinson.

ALFAREROS DE GOURIE, AL SUD DE BATUM

Los Haikanes ó Armenios no recibieron seguridades directas de parte de sus dominadores actuales, puesto que habían ya perdido su independencia política en las épocas sucesivas en que pasaron bajo el régimen moscovita por la anexión de la Georgia y las conquistas sobre Persia y Turquía. Pero las promesas indirectas y los compromisos diplomáticos no faltaron. Dueños de la metrópoli religiosa, Etchmiadzin, los Rusos han hecho de ella ante todo un centro administrativo para la repartición de las diócesis y de las parroquias, para el nombramiento de los prelados y de sus subordinados. El objeto del poder consiste en utilizar todos los sacerdotes armenios como

[1] Warlam Tcherkesof, *Notas manuscritas.*

simples lacayos de iglesia, encargados de arrastrar á la fuerza á los Georgianos al girón de la ortodoxia. El uso de la lengua de los abuelos está para siempre prohibido en las escuelas; está también prohibido á los Haikanes aprender su propia historia y la geografía de su país, hablar su propio idioma en toda circunstancia oficial ó ante funcionarios: los opresores saben que la lengua es el vehículo del pensamiento, y que cambiando la palabra se acaba por cambiar el alma. Sin embargo, los Armenios, deseosos de instruirse en todo y contra todos, secundan cuanto pueden los esfuerzos de los habitantes de Tiflis, que desean poseer una gran escuela universitaria en su ciudad, que tan bien situada se halla para ser un centro de estudios; pero el gobierno ruso, persuadido de que la enseñanza, aun dada por profesores eslavos y en idioma eslavo, no dejaría de ser provechosa á los Armenios, ha resistido hasta ahora á las peticiones de Tiflis, y los jóvenes están obligados á ir á la Rusia propiamente dicha ó al extranjero á estudiar. En toda ocasión los Armenios tropiezan contra la mala voluntad consciente de sus dominadores, y la menor protesta produce el destierro á Siberia, es decir, la muerte rápida ó lenta. La salvación sólo puede hallarse en el acuerdo entre los diferentes pueblos sometidos al czar.



Cl. Roinachvili, en Tiflis.

TIPO GEORGIANO

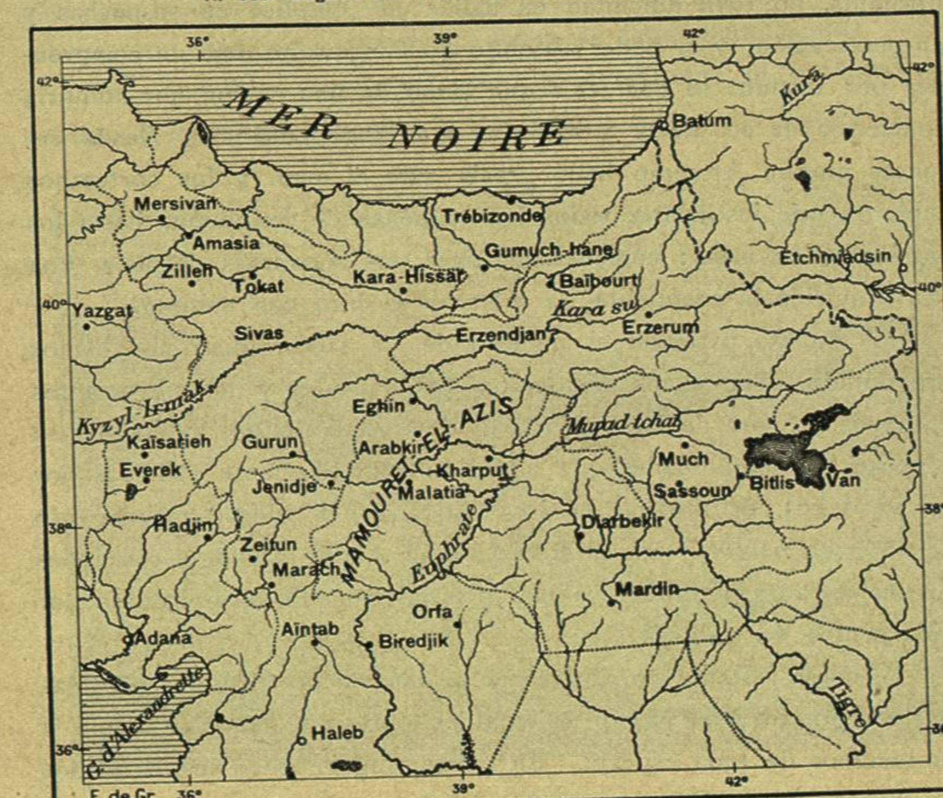
Lo que existe en el fondo de la política rusa respecto de sus

fieles súbditos los Armenios, se ha manifestado recientemente por la actitud del gobierno turco, que se hallaba entonces ante el imperio eslavo en estado de semi-dependencia, y que si no hubiera deseado las matanzas de Armenios en el Haiasdan turco no hubieran tenido lugar. Pero esos crímenes fueron deseados. Como ha dicho un hombre de Estado, «el gobierno de Stambul intentó suprimir la cuestión armenia suprimiendo los Armenios». El pueblo de los Haikanes se halló durante mucho tiempo en las mismas condiciones que los demás pueblos de Turquía, ese país de capricho y de opresión bárbara, y, como los Griegos y los Rayas de todo origen, habían sido sometidos á los «comederos», es decir, á todo género de exacciones, á los impuestos forzosos, á las contribuciones ordinarias y extraordinarias, á los servicios personales. Pero la opresión no se hacía de una manera metódica y podía variar según el carácter de los administradores: además las gentes quedaban en libertad de atender á su manera sus pequeños negocios comunales, de gobernarse religiosamente como mejor les pareciera, de hablar su lengua á su conveniencia, de abrir escuelas cuando reunían dinero para ello; por otra parte, la mayoría de los funcionarios pertenecían á su nación, y éstos se esforzaban á veces por evitar cargas á sus compatriotas, haciéndolas recaer sobre gentes de otras razas, Griegos, Kurdos y hasta Turcos. Gracias á su instrucción superior y á su flexibilidad natural, la clase ilustrada de los Armenios había llegado á ocupar en el imperio, y sobre todo en Constantinopla, una situación casi privilegiada, y como consecuencia de ello la desgraciada población del Haiasdan percibía algunas ventajas; por último, la influencia del gobierno inglés, entonces tan poderoso cerca de la Puerta y protector natural de las misiones y de las escuelas protestantes, británicas y americanas, numerosas en Armenia, se ejercía directamente en favor del pueblo que sus protegidos trataban de convertir.

Pero la naturaleza de la báscula política en todo gobierno de capricho le obliga á inclinarse unas veces á derecha, otras á izquierda, y cada una de esas oscilaciones pueden tener por consecuencia la destrucción de un pueblo. Eso es lo que sucedió á los Armenios. Una potencia temible, Rusia, reemplazó á la Gran Bretaña en el favor del sultán y en la dirección de su política. Se le dijo que esos

Armenios soñaban con su independencia: se le refirió, lo que era verdad, que esos Armenios fundaban imprentas, que escribían libros y

N.° 512. Lugares donde han ocurrido matanzas en Armenia.



D'après P. Quillard

1: 7 500 000

0 100 200 400 Kil.

Los puntos negros indican algunos de los lugares de matanzas ó de lucha.

Fechas de las principales matanzas: 1894, Agosto-Septiembre, Much, Sassoun; — 1895, 30 Septiembre, Constantinopla; 3 Octubre, Ak-hissar, á 130 kilómetros de Constantinopla; 8, Trebizonda; 15, Hadjin; 21, Erzindjan; 23, Marache; 25, Gumuchhane, Bitlis; 27, Biredjik, Orfa, Baibourt; 28, Kara-hissar; 30, Erzeroum; 1.° Noviembre, Diabekir; 1 á 5, Arapghir; 7, Mardin; 4 á 9, Malatia; 8, Eghin; 10 á 11, Karpouth; 12, Sivas, Gurun; 15, Aintab, Mersivan, Amasia, Tokat; 18, Marache, Venidjé; 20, Van; 28, Zilleh; 30, Kaisarieh; 28 Diciembre, Biredjik; — 1896, 1.° Enero, Orfa; Junio, Van; Agosto, Constantinopla; Septiembre, Eghin; 6 Octubre, Erzeroum; 5 Noviembre, Everek.

De 1896 á 1904 no han cesado las matanzas, pero han sido menos sistemáticas.

periódicos, que enseñaban á sus hijos la historia de los tiempos antiguos en que la raza haikana era poderosa y libre; se agregó que entre esos jóvenes Armenios, jóvenes salidos de las universidades extranjeras, Ginebra, Zurich y París, muchos eran socialistas, hasta

anarquistas, y publicaban folletos de propaganda en que se atacaba directamente su autoridad. Rusia, que ya desconfiaba de la inteligencia armenia, del espíritu de libertad que germina en la raza oprimida, no tuvo dificultad en hallar un cómplice en sospechas y en persecución, y el poder absoluto de Turquía no dejó de comprender por instinto lo que tenía que temer de una nación que adquiría conciencia de su fuerza y aspiraba á su independencia. Desde entonces ningún Armenio halló gracia ante el amo, y los cortesanos supieron que justificaría todos los crímenes de extorsión, hasta los asesinatos en masa: comenzaron, pues, las matanzas; después, una vez adquirida la costumbre, la matanza se hizo con método.

¿A cuánto asciende el número de los sacrificados? nos hemos preguntado. Según los misioneros, los cónsules y los negociantes europeos, la cifra de las víctimas es de trescientos mil lo menos; se conocen las comunidades que han sido metódicamente visitadas por los verdugos, es decir, por los soldados del cuerpo privilegiado denominado *hamidié*, por el mismo sultán Abdul-Hamid, y relaciones circunstanciadas permiten evaluar un término medio aproximativo por cada centro de matanza [1].

Pero esa matanza no representa ni con mucho todas las pérdidas sufridas por el Asia Menor oriental en población, en civilización y en recursos de toda especie. En primer lugar, todos los Armenios que han podido huir, en grupos ó aisladamente, unos por la frontera persa, otros hacia Rusia, otros aun á Bulgaria, al Archipiélago, la isla de Chipre, en las embajadas y en las iglesias de las misiones, llegan quizá á un número tan considerable como el de los asesinados. Esas muertes y ese exodo han producido fácilmente el regreso á la barbarie. En muchos distritos, el de Van por ejemplo, los Armenios por sí solos construían las casas, cultivaban sus huertos y jardines, tejían las telas y fabricaban los muebles. Verdad es que en las villas del Sassoun, los asesinos, á petición de los montañeses kurdos, salvaban un artesano por cada oficio, hortelano, albañil, herrero, carpintero; pero esos hombres, no teniendo la alegría del trabajo, pronto dejaron perecer su industria. Y si la civilización material sufrió tan

1 Víctor Bérard, *La Politique du Sultan*; — Lepsius, *L'Armenie et l'Europe*.

terrible retroceso, ¡qué diremos de la moralidad de los pueblos habituados á la vista de la sangre humana, que se han complacido en el saqueo y la matanza, y entre los cuales quedan sobre todo los cobardes que se hacen pequeños y humildes para comprar una vida demasiado cara cuando se conserva á costa de tanta humillación!

El patriotismo ruso, tal como le comprende el gobierno, le obliga á mortificar, no sólo á los alófilos, como los Kartvel y los



Cl. Djabadari.

UN PAISAJE DE LA TRANSCAUCASIA MERIDIONAL.

Haikanes, sino también á los Rusos de origen puro cuyas prácticas religiosas no se modelan sobre el tipo ortodoxo. En la Rusia propiamente dicha, muchas sectas, unas compuestas de conservadores *raskolniki*, otras de innovadores, como los Stoundistas, son francamente perseguidas; pero al otro lado del Cáucaso, en plena Asia, los *Dukhobortzi* ó «Luchadores por el Espíritu» han sido perseguidos como caza. Establecidos hace más de cincuenta años en los valles meridionales de la Transcaucasia, entre Kars y Tiflis, esos hombres de fe cultivaban pacíficamente la tierra, no pensando sino en su salvación y negándose á todo servicio militar, por respeto á la palabra divina: «No matarás». Azotes, cárceles, hasta ser diezmados, nada les hizo ceder, y acaso la secta hubiera desaparecido

completamente en los calabozos de Siberia si la opinión pública del mundo civilizado, en primer lugar la de los Cuákeros ingleses, no hubiera intervenido. Se les dejó la libertad del destierro, y la mayor parte de los Doukhobors viven ahora en comunidad en el frío país de Alberta, que recorre el Saskatchevan; después, el deseo del martirio, que explica su vida anterior, parece haber dominado á algunos «Luchadores» y ha turbado la paz de su nuevo territorio.

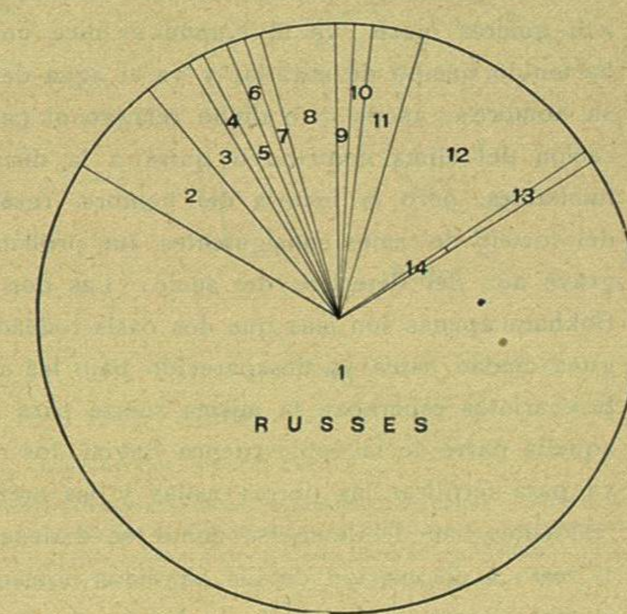
Las fronteras de la Rusia transcaucásica por la parte de Turquía y de Persia están actualmente fijadas por la diplomacia europea, mas por el Este, en el continente de Asia, el aumento del territorio se prosigue de una manera casi continua: parecía que nada podría detener ese movimiento, irresistible como el de la marea que hace refluir el Occidente sobre el Oriente, obrando en sentido inverso del movimiento histórico de los pueblos mediterráneos, que algunos teóricos han querido erigir en ley [1].

Las inmensas usurpaciones de Rusia en los territorios del Asia central constituyen un doble fenómeno de gran importancia para el equilibrio moral y político del mundo: Asia se europeiza, y Europa, por intermedio de Rusia, tiende á regresar hacia el tipo asiático. Cada documento estadístico que llega de aquellos lejanos países, aunque envueltos en espesa confusión por la política, prueba que las dos evoluciones se prosiguen continuamente. El área de la civilización europea se ensancha en Caucasia, en Turkmenia, en Dsungaria, en Mongolia y en China; pero nada se da gratuitamente en el mundo, y la asiatización de una parte de la Tierra corresponde á la europeización de la otra parte.

Ahora bien, las enseñanzas de la historia nos muestran los peligros del Oriente, que conquistó á los Macedonios y los Griegos de Alejandro, después los Romanos de Heliogábalo y los cristianos de las Cruzadas. Un veneno cien veces secular, el de una servidumbre tradicional, atávica, se infiltra fácilmente en las venas del Europeo: la concepción oriental relativa á la necesidad de un gobierno fuerte se encuentra allí consolidada proporcionalmente, y sabido es cuánto

[1] W. M. Ramsay, *Geographical Journal*, Septiembre, 1902, p. 258.

abundan en Occidente las almas bajas, dispuestas á renunciar á su voluntad y á obedecer. Bajo la influencia del veneno, la divinidad del «czar blanco» parece evidentísima á los ojos de sus súbditos de Europa y de los aduladores que pretenden querer también servirle. Los bandidos turkmenos, de quienes Skobelev ha hecho por sus victorias soldados de la Santa Rusia, traen su entusiasmo guerrero al servicio de un despotismo sin límites, y, por el hecho de la solidaridad que actualmente liga todos los pueblos, la agravación del poder absoluto, que la fuerza de las cosas da al hombre que es á la vez el sucesor de Djenghiz-khan y el de Ivan el Terrible, recae sobre la opinión de toda la Europa occidental, y no se trata sino de oponer Cosacos á Rusos, Lituanios á Polacos, Tártaros á Armenios, Kalmukos á Finlandeses, Turkmenos á Judíos ó Georgianos.



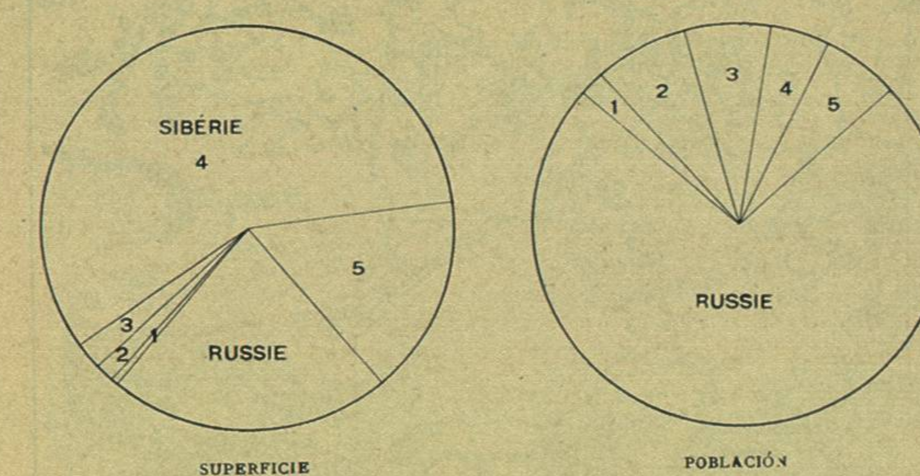
COMPOSICIÓN ETNOGRÁFICA DE «TODAS LAS RUSIAS»

ARIOS: 1, Rusos; 2, Polacos; 3, Lituanios; 4, Rumanos y Latinos; 5, Germanos; 6, Armenios; 7, otros Arios.
SEMITAS: 8, Judíos.
CAUCÁSICOS: 9, Georgianos; 10, otros Caucásicos.
URALO-ALTAIANOS: 11, Finlandeses; 12, Turco-Tártaros; 13, Mongoles y Uralo-Altaianos.
OTROS PUEBLOS: 14, Chinos, Japoneses, Coreanos é Hiperbóreos.

El título de un metal puro decrece fatalmente á consecuencia de su mezcla con otro metal; por la misma razón la cualidad de la civilización europea ha disminuído por la anexión de «todas las Rusias», como disminuyó antes por la conquista del Nuevo Mundo. Muchos años habrán de transcurrir quizá antes de que, por una lenta elaboración, hayamos podido eliminar de nuestro organismo el veneno dejado por todos los antiguos despotismos de Asia.

La conquista rusa halló los Estados transcaspianos en lamentable situación de guerra, de servidumbre, de pobreza, y por el pronto, por su intervención, aumentó la miseria y la despoblación. Las aguas salinas de los pantanos y las arenas del desierto cubrieron gran parte de los terrenos antes cultivados, la naturaleza salvaje se extendía sobre los trabajos del hombre. Multitud de canales de riego arruinados vertían sus aguas en lodazales pantanosos, y las fiebres reinaban permanentemente en las comarcas antes más populosas. «Si quieres morir, ve al Kunduz», dice un proverbio. «Aun no ha tenido tiempo de mirarla, y ya el agua del Marutchak ha matado su hombre», añade otro dicho relativo al país de Merv. La desecación del clima contribuyó quizá á la disminución de las tierras habitables, pero la incuria del hombre, resultado de las guerras y del cortejo de males consiguientes, fué probablemente una causa más grave aún del deterioro del suelo. Las dos ciudades Samarkand y Bokhara apenas son más que dos oasis rodeados por las dunas. Alguna ciudad había ya desaparecido bajo las arenas movedizas, y los Bokhariotas esperaban la misma suerte para su capital sitiada. En aquella parte de la doble cuenca fluvial, los ríos afluentes no bastan ya para fertilizar las tierras malas y las arcillas, y las poblaciones residentes han de detenerse donde se detienen las aguas, quedando el resto á disposición de los bandidos nómadas, por un lado hasta el mar Caspio, por otro hasta las estepas herbosas de Siberia, con la sola interrupción de las dos corrientes fluviales del Iaxarte y del Oxus. Todas las regiones antes prósperas de este Irán exterior presentaban el aspecto de la ruina, de la tristeza y del abandono. Los arqueólogos buscan allí los restos de ciudades antiguas y recorren penosamente vastas soledades que se sabe estaban antes pobladas por numerosos agricultores. Los Mongoles «han pasado por allí», es cierto, mas el país hubiera podido florecer nuevamente como han vuelto á prosperar las regiones de la Europa del Centro y del Occidente, si las comarcas del alto Iaxarte y del alto Oxus no hubieran estado, por decirlo así, «en el aire», amenazadas por las hordas de enemigos nómadas, entre montañas, mesetas difíciles de cruzar y soledades desiertas más temibles aún, puesto que interrumpían toda comunicación con otros países civilizados. ¿Qué arquitecto reconstruiría hoy las soberbias mezquitas de la Transoxiana, entre las cabañas de los indígenas y los horribles cuarteles de los Rusos?

El rebajamiento intelectual y moral ha marchado á la par con el empobrecimiento material. Bajo el régimen de los Tamerlán, que hacían temblar el mundo, y ante los cuales todavía tiembla el mundo por atavismo, Bokhara había llegado á ser por excelencia la ciudad de la hipocresía y del vicio. Léanse, en confirmación, las terribles



División del imperio ruso

Fuera de la Rusia de Europa propiamente dicha, la estadística distingue: 1, Polonia; — 2, Finlandia; — 3, Caucasia, comprendida la Ciscaucasia; — 4, Siberia; — 5, Transcaspiana, Turkestán y provincias de las Estepas (desde el Ural, al Oeste, hasta el lago Balkach, al Este, y Omsk, al Norte), sin los territorios de Bokhara y de Khiva.

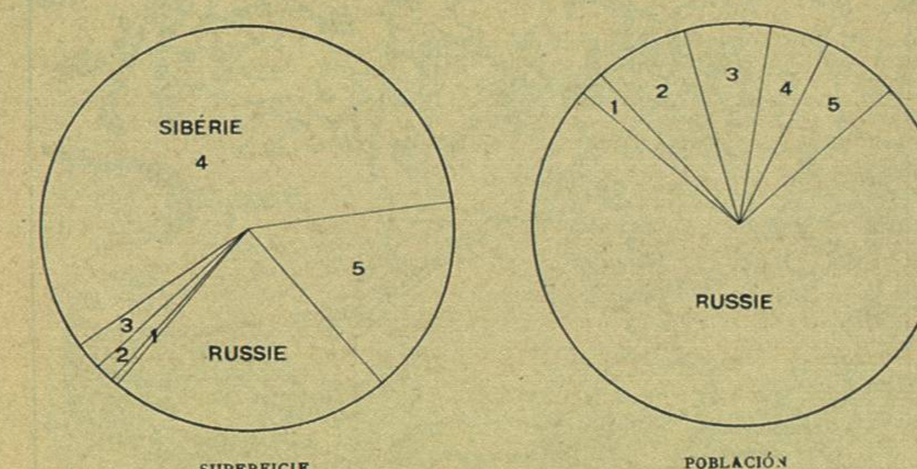
descripciones que daba Vambéry [1] á mediados del siglo XIX, época en que algunas partes de la Turkmenia, especialmente el Bokhara, eran más inaccesibles que la China, el Japón y el Tibet. La casta fanática de los *mollah* ejercía entonces su inquisición con un terrible rigor, y, bajo su dominio, se había producido ciertamente una gran regresión en toda la comarca por comparación con los tiempos helénicos y los primeros siglos de la propaganda musulmana. Esta región del Turán es uno de los países que ostentan más visiblemente el carácter de la caducidad, y, á este respecto, conviene citarle como ejemplo, lo mismo que Babilonia, el reino de Palmira y las provincias del Asia Menor.

[1] *Voyage d'un faux derviche.*

La conquista rusa halló los Estados transcaspianos en lamentable situación de guerra, de servidumbre, de pobreza, y por el pronto, por su intervención, aumentó la miseria y la despoblación. Las aguas salinas de los pantanos y las arenas del desierto cubrieron gran parte de los terrenos antes cultivados, la naturaleza salvaje se extendía sobre los trabajos del hombre. Multitud de canales de riego arruinados vertían sus aguas en lodazales pantanosos, y las fiebres reinaban permanentemente en las comarcas antes más populosas. «Si quieres morir, ve al Kunduz», dice un proverbio. «Aun no ha tenido tiempo de mirarla, y ya el agua del Marutchak ha matado su hombre», añade otro dicho relativo al país de Merv. La desecación del clima contribuyó quizá á la disminución de las tierras habitables, pero la incuria del hombre, resultado de las guerras y del cortejo de males consiguientes, fué probablemente una causa más grave aún del deterioro del suelo. Las dos ciudades Samarkand y Bokhara apenas son más que dos oasis rodeados por las dunas. Alguna ciudad había ya desaparecido bajo las arenas movedizas, y los Bokhariotas esperaban la misma suerte para su capital sitiada. En aquella parte de la doble cuenca fluvial, los ríos afluentes no bastan ya para fertilizar las tierras malas y las arcillas, y las poblaciones residentes han de detenerse donde se detienen las aguas, quedando el resto á disposición de los bandidos nómadas, por un lado hasta el mar Caspio, por otro hasta las estepas herbosas de Siberia, con la sola interrupción de las dos corrientes fluviales del Iaxarte y del Oxus. Todas las regiones antes prósperas de este Irán exterior presentaban el aspecto de la ruina, de la tristeza y del abandono. Los arqueólogos buscan allí los restos de ciudades antiguas y recorren penosamente vastas soledades que se sabe estaban antes pobladas por numerosos agricultores. Los Mongoles «han pasado por allí», es cierto, mas el país hubiera podido florecer nuevamente como han vuelto á prosperar las regiones de la Europa del Centro y del Occidente, si las comarcas del alto Iaxarte y del alto Oxus no hubieran estado, por decirlo así, «en el aire», amenazadas por las hordas de enemigos nómadas, entre montañas, mesetas difíciles de cruzar y soledades desiertas más temibles aún, puesto que interrumpían toda comunicación con otros países civilizados. ¿Qué arquitecto recons-

truiría hoy las soberbias mezquitas de la Transoxiana, entre las cabañas de los indígenas y los horribles cuarteles de los Rusos?

El rebajamiento intelectual y moral ha marchado á la par con el empobrecimiento material. Bajo el régimen de los Tamerlán, que hacían temblar el mundo, y ante los cuales todavía tiembla el mundo por atavismo, Bokhara había llegado á ser por excelencia la ciudad de la hipocresía y del vicio. Léanse, en confirmación, las terribles



División del imperio ruso

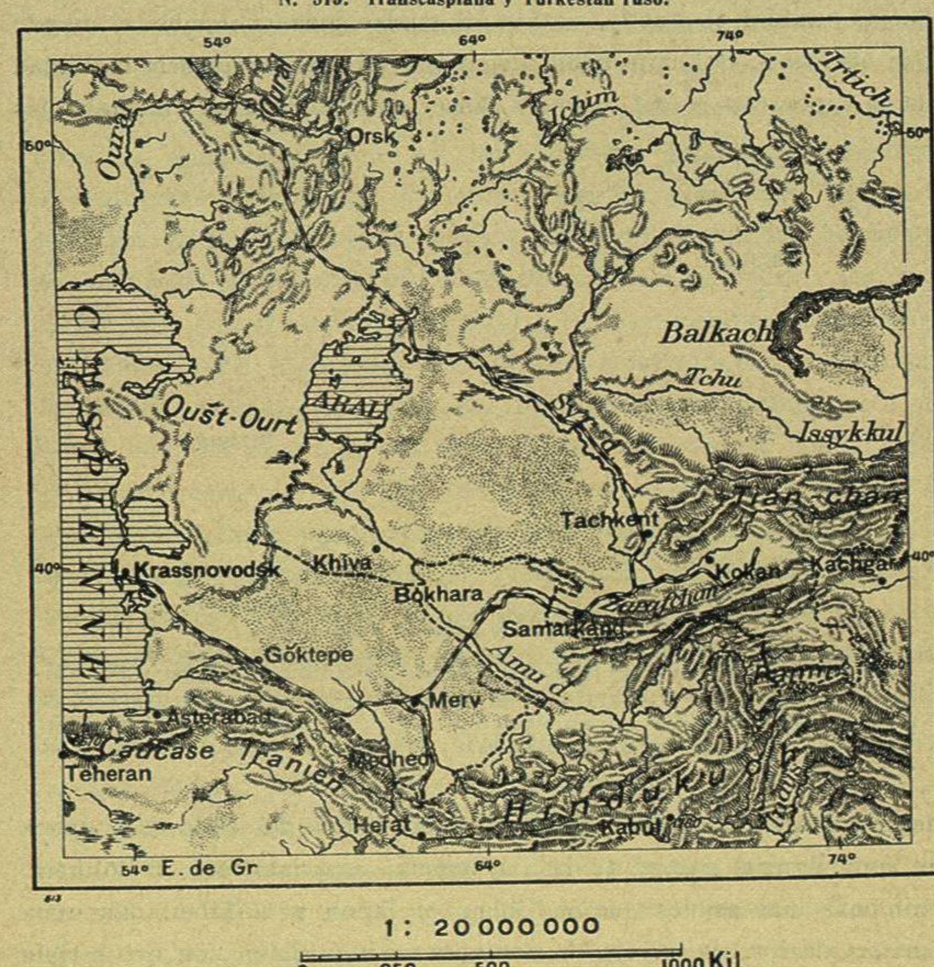
Fuera de la Rusia de Europa propiamente dicha, la estadística distingue: 1, Polonia; — 2, Finlandia; — 3, Caucasia, comprendida la Ciscaucasia; — 4, Siberia; — 5, Transcaspiana, Turkestán y provincias de las Estepas (desde el Ural, al Oeste, hasta el lago Balkach, al Este, y Omsk, al Norte), sin los territorios de Bokhara y de Khiva.

descripciones que daba Vambéry [1] á mediados del siglo XIX, época en que algunas partes de la Turkmenia, especialmente el Bokhara, eran más inaccesibles que la China, el Japón y el Tibet. La casta fanática de los *mollah* ejercía entonces su inquisición con un terrible rigor, y, bajo su dominio, se había producido ciertamente una gran regresión en toda la comarca por comparación con los tiempos helénicos y los primeros siglos de la propaganda musulmana. Esta región del Turán es uno de los países que ostentan más visiblemente el carácter de la caducidad, y, á este respecto, conviene citarle como ejemplo, lo mismo que Babilonia, el reino de Palmira y las provincias del Asia Menor.

[1] *Voyage d'un faux derviche.*

En la actualidad ha comenzado un nuevo orden de cosas en concepto político para los valles del Sir y del Amu, gracias á los colonos llegados en gran número de Europa, á las industrias introducidas

N.° 513. Transcaspiana y Turkestán ruso.



Los emires de los dos Estados de Khiva (55,000 kilómetros cuadrados, 800,000 habitantes) y de Bokhara (20,000 kilómetros cuadrados, 1.250,000 habitantes) gozan de una autonomía comparable á la del Bey de Túnez.

en la comarca, á los medios de comunicación que unen las ciudades entre sí y á Rusia. El imperio moscovita se ha anexionado todo el Turkestán, á excepción de una parte de la Bactriana, situada al sud de Amu y dejada provisionalmente al reino-tampón que el emir de Kabul tiene el encargo de conservar intacto entre las dos potencias que le estrechan haciéndose muy sospechosa la una á la otra.

La esclavitud ha sido suprimida por efecto de los cambios económicos á continuación de una gran matanza de cautivos, y los piratas no visitan ya en cuadrillas la meseta del Irán, hasta más allá del Meched, para capturar allí pacíficos labradores. La población aumenta de nuevo en aquellas comarcas que una especie de consentimiento general considera, con razón ó sin ella, como la cuna del mundo y que los dominadores sucesivos habían casi despoblado. La paz entre



Cl. del *Globus*.

LA «IOURTE» KIRGHIZE Y SUS HABITANTES

las tribus y las razas permite restablecer los canales de irrigación, restaurar los cultivos á lo largo de los ríos y reconstruir las antiguas capitales. Las grandes extensiones desiertas que antes limitaban el territorio del cultivo aparte de los valles superiores de los ríos y que privaban á aquellas comarcas de toda importación comercial, de todo alimento intelectual, no son ya obstáculos, puesto que existen caminos, líneas de fortines y de posadas que aseguran en toda estación la continuidad de las relaciones. Un ferrocarril que parte del puerto de Krasnovodsk, que hace frente á Baku, prolonga la base septentrional del Cáucaso iranio y, escogiendo como estación los campamentos de los Turkmenos, antes los más temidos, pasa á Merv para lanzar como una antena una bifurcación hacia la brecha de Herat, mientras que otra línea, atravesando el Oxus sobre un puente que

es una de las maravillas de la industria moderna, llega á las ciudades, antes misteriosas, de Bokhara y de Samarkand. Otras vías se destacan del Transiberiano y harán de Tachkend y de las ciudades del Ferghana colonias completamente rusas, y, sin duda, en un porvenir próximo penetrarán en el corazón de China por la vía más recta, el antiguo camino de la «seda», abierto entre el Alai y el Trans-Alai.

Por otra parte, preciso es decirlo, el régimen de dominación, por duro que sea, es indudablemente menos malo que el de la guerra incesante, del pillaje y de los tormentos. Los empalamientos, las quemas á fuego lento, los degüellos solían practicarse en el círculo de esos pequeños soberanos. Algunas tribus turkmenas no tenían absolutamente más profesión que la violencia y el asesinato. En cuanto un niño sabía sostenerse sobre un caballo, seguía á su padre cogiéndose á las crines de su cabalgadura y tomaba parte en la expedición de guerra. Se le confiaban las orejas y las narices cortadas y se le enseñaba á despojar los cadáveres de sus joyas y de sus amuletos. No era cosa rara agujerear la pantorrilla de un esclavo para pasar por el agujero y atar una cuerda que el Turkmeno ataba luego al arzón de su silla. El desgraciado corría al lado del corcel: si caía, agotado, á pesar de los latigazos que le daban la fuerza de la desesperación, el jinete cortaba la cuerda y el esclavo quedaba agonizando en el suelo.

En otro tiempo las condiciones geográficas de la cadena que forma el Cáucaso iranio hacían las guerras entre vecinos de arriba y de abajo absolutamente inevitables é incesantes: unos y otros necesitaban el agua. En efecto, los Iranios han de conservar, en toda la longitud de su curso, los arroyos que brotan en las alturas, antes que dejarlos agotarse en el desierto, y tratan de captarlos por completo para sus cultivos por medio de canales de irrigación. Por su parte los bandidos de la llanura procuran no dejarse arrebatar las aguadas acostumbradas; cada gota de agua que se les quita se rescata con sangre. Además, esos nómadas eran también agricultores y necesitaban agua para sus campos, que hacían cultivar por cautivos reclutados en diversos puntos y trabajaban sometidos á la acción del látigo. No les bastaba poseer los lagos de Daman-i Koh ó «Piedmont», sino que trataban también de remontar las cimas y los valles

del interior para apoderarse de la región de los manantiales. La guerra era, pues, continua y perjudicaba á todos los puntos á la vez antes que los ejércitos rusos hubiesen inmovilizado las poblaciones en el círculo prescrito. Los nómadas turanios realizaban el asalto de la meseta del Irán lentamente, por adquisiciones sucesivas, y nadie tenía ya la audacia de resistirles. Cerca de cada manantial de los altos valles se ven las torres de defensa donde se refugiaban los indígenas cuando la voz de alarma anunciaba la llegada de un alamán ú horda de destructores turkmenos. La conquista rusa puso fin á esa guerra incesante y á la despoblación, y los habitantes del Khorassan y del Seistán están tan reconocidos á los que les han traído la paz, que muchos lo manifiestan por la adopción de los trajes y costumbres de Rusia: llegan hasta saludar descubriéndose la cabeza, lo que antes se hubiera considerado como el colmo de la inconveniencia [1].

El Irán es la comarca de Asia cuyas condiciones geográficas han sido más profundamente cambiadas y trastornadas por la extensión del mundo civilizado. La meseta de Elam, tan felizmente situada en otro tiempo para la constitución de una individualidad nacional bien caracterizada, al mismo tiempo que de una invencible potencia militar, aquella fortaleza natural que se avanzaba en promontorio sobre las tierras profundas de la Mesopotamia y que, por otro lado, se hallaba defendida por mares y soledades, aquella comarca soberbia, manantial de vida donde la civilización se irradiaba al Occidente hacia Europa, al Oriente hacia las Indias, se halla actualmente entregada de antemano á las empresas de las dos potencias rivales que la sitian, y precisamente por los dos lados donde antes era inatacable. El golfo Pérsico no es actualmente más que una inmensa rada para los barcos ingleses que desembarcan sus marinos como conquistadores sobre diversos puntos; sobre el reverso septentrional, el mar Caspio es un lago completamente ruso, en tanto que Cosacos y Turkmenos regimentados no esperan más que una señal para escalar las pendientes exteriores de la meseta y descender hacia Teherán: sus caminos suben ya al asalto de todos los puntos estratégicos.

Después del paso devastador de los Mongoles sobre la meseta

[1] A. Vambéry, *La Geographie*, 15 Marzo 1901.

de Irán, la potencia militar había de declinar á consecuencia de la grandísima desigualdad que han creado las diferencias del armamento, con ventaja de las naciones occidentales, hasta de los Turcos, en sus relaciones con Persia. Sin embargo, los Iranios tomaron dos veces la ofensiva. El chah Abbas, al final del siglo XVI, y luego el aventurero Nadir-chah, ciento cincuenta años después, hicieron gran figura en el mundo musulmán, pero su fuerza sólo se dirigió al lado de Oriente. Nadir, estableciendo su capital en Meched, hacia el este del Cáucaso iranio, rechazó ante sí los guerreros afghanes y descendió hasta la India, donde destronó al Gran Mongol; al Noroeste pudo rechazar las avanzadas de los Rusos hasta el pie del Cáucaso, pero ese fué el último esfuerzo exterior de la Persia y, desde esta época, el reino hubo de limitarse estrictamente al cuidado de sus propios asuntos interiores.

Ese trastorno de la historia, consecuencia del cambio de valor y de importancia que han sufrido las condiciones del medio geográfico durante el curso de los siglos, se presenta para Persia de una manera verdaderamente trágica. La solidez natural, la continuidad de las murallas exteriores y la unidad interior de la comarca habían hecho de la Irania una tierra bendecida por Ormuzd, el dios del Bien, y hela ahora entregada al dios del Mal, debido á que el ambiente mismo, como todos los demás fenómenos, tiene su evolución en el infinito de las cosas. Cierto es que Persia ha conservado sus montes, sus desiertos y su clima, pero sus pueblos, aunque todavía los primeros por el refinamiento de la inteligencia, han cambiado de industria, de lengua, de religión y de costumbres; su poder se ha convertido en debilidad relativamente á la fuerza de las comarcas circundantes. Los centros de vida política han cambiado de lugar en la superficie de la tierra, y tenemos como hecho de primer orden que domina todos los demás, que el mundo solidario de la civilización común se ha aumentado alrededor de la meseta de Irán. En los siglos primitivos de la historia, los habitantes de las altas llanuras de Persia recurrían á Babilonia, al país de Assur, á Armenia, á la Margiana y á la Bactriana; actualmente recurren á potencias que mandan en los extremos del Mundo Antiguo y cuyas capitales se hallan en comarcas completamente ignoradas de los Daríos y de los

Chosroes. Rusia é Inglaterra son al presente los dos poderes rivales á quienes Persia debe contentar estudiando sus voluntades y sus caprichos y evitando sus cóleras. Nada les hubiera sido más fácil que extender la mano sobre el país y apoderarse de él tranquilamente, si hubieran podido entenderse sobre la línea de las fronteras y si no estuviera sobreentendida cierta obligación de decencia diplomática que impide apresurarse en materia de anexiones. Desde 1430,



Cl. del *Géogr. Journal.*

DALIKI, EN EL CAMINO DE BOUCHIR Á CHIRAS

Fotografía de P. Molesworth-Sykes.

se enseña en el Seistán, entre Ghirichk, sobre el Helmend, y Farah, el lugar de la futura batalla donde ha de decidirse la suerte de Asia [1]. Cuando se exparció esa profecía en el mundo iranio, se ignoraba qué pueblos chocarían en el gran conflicto; sábese ahora que han de ser los ejércitos de los Rusos y de los Ingleses.

A la mitad del siglo XVIII la marina británica fundó su primer establecimiento sobre la tierra de Irán, en Bouchir, uno de los puertos del golfo Pérsico, lo que era para los Ingleses una consecuencia necesaria de la conquista de los reinos hindus que estaban en camino de realizar. En absoluto necesitaban poseer, como concesionarios ó

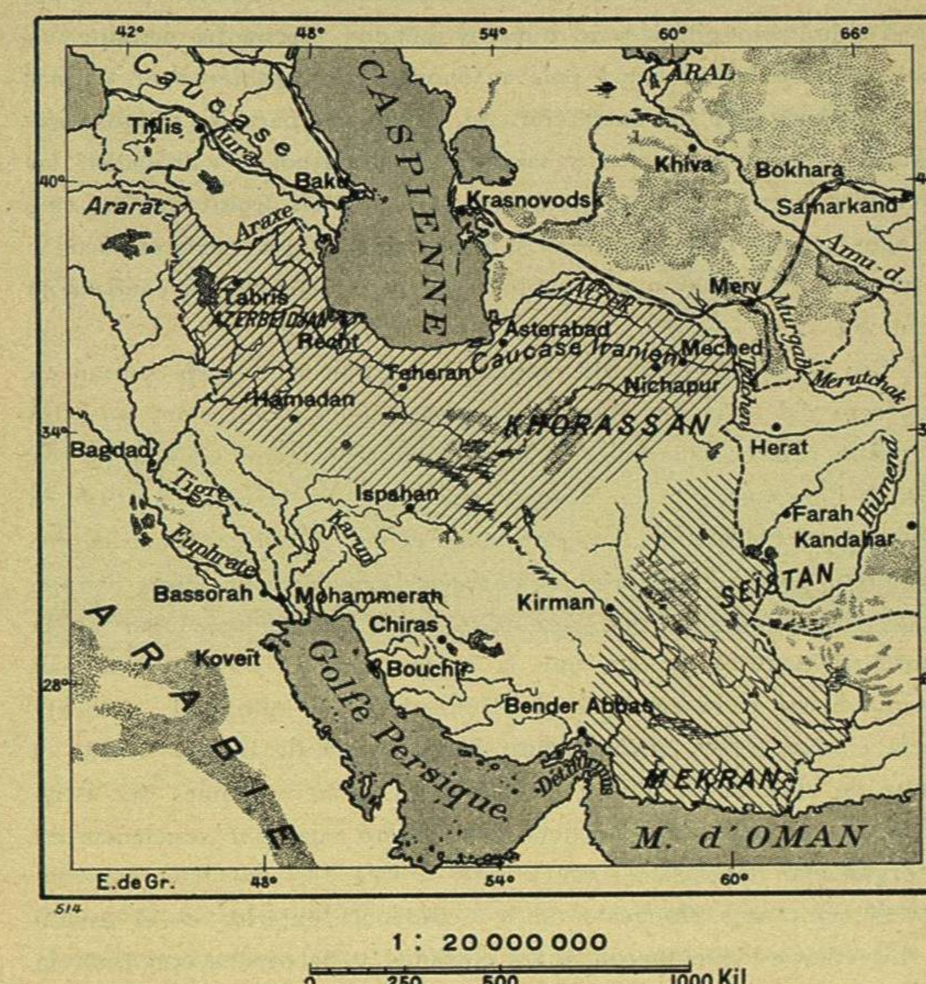
[1] A. Vambéry, *La Géographie*, 15 Marzo 1901.

como concesionarios usufructuarios, puntos de depósito de provisiones y de etapa sobre el camino militar de las Indias. Se instalaron en Bouchir, por la misma razón que después tomaron la isla de Malta, Aden y Perim, adquirieron las acciones del canal de Suez, dieron la batalla de Tell-el-Kebir, instalaron sus regimientos indios en el Cairo, luego á lo largo del valle del Nilo, y, por último, en Berbera, en la costa de los Somalis. A su establecimiento de Bouchir sucedieron muchos otros, y puede decirse que actualmente el golfo Pérsico es un mar completamente anglo-indio: el gobierno de Teherán, los pequeños sultanes de la costa de Arabia sólo mandan en apariencia. Además una compañía británica posee la línea del telégrafo que sigue el litoral hasta las posesiones inglesas del Mekran y al puerto indio de Kuratchi. Por los mercados de Bassorah y de Mohammerah, de Koveit, como por la navegación del río Karun, y, por último, por las operaciones bancarias de sus protegidos, los Parsis, la Gran Bretaña dispone de todo el comercio meridional del Irán. Ningún ataque le sería más sensible que una tentativa de concurrencia á su monopolio comercial en las bocas del Eufrates, por lo que acoge con verdadera rabia los proyectos de Alemania sobre el ferrocarril del Bósforo á Bagdad y Bassorah.

Á su vez, los Rusos son dueños en la otra parte de la comarca limítrofe de su territorio transcaucásico y transcaspiano. Hace ya mucho tiempo que vengaron su fracaso de los primeros años del siglo XVIII. Treinta años después del establecimiento de la nueva dinastía turkmena que reside en Teherán, se apoderaban de toda la Armenia persa que toca al Ararat y fijaban la frontera á su gusto; hasta prohibían á todo buque de guerra persa la navegación del mar Caspio; sin tener derecho por tratado, instalaban un arsenal en el islote de Achurada, lengua de arena que, situada en el ángulo sud-oriental del mar, pertenece incontestablemente á Persia; además, mucho tiempo después ni se daban siquiera la pena de contestar á las demandas obsequiosas del gabinete de Teherán, pensando, sin duda, que les convenía tener un depósito de armas y de tropas en ese puerto militar, y era pura magnanimidad de su parte no haber penetrado más adelante. En el Norte, desde el punto de vista comercial, ocupan una situación análoga á la de los Ingleses en el Sud,

y por el camino de Enzeli y de Recht al Oeste, por el de Meched al Este, realizan todo el movimiento de las mercancías, del mismo modo que si la ocasión se presenta podrán dirigir la marcha de las tropas y la expedición de las piezas de artillería.

N.° 514. La Persia dividida.



Los dos rayados indican las esferas de influencia que la Gran Bretaña y Rusia se han reconocido en 1907.

El camino terrestre directo de Europa á las Indias pasaría por Tiflis, Recht, Teherán, seguiría el flanco sud del Cáucaso iranio para llegar á Farah y Kandahar, después á Kwettah y el valle del Indo.

Persia está, pues, en situación análoga á la de un cuerpo que se disputan dos carnívoros: su cabeza está entre unas fauces devo-

como concesionarios usufructuarios, puntos de depósito de provisiones y de etapa sobre el camino militar de las Indias. Se instalaron en Bouchir, por la misma razón que después tomaron la isla de Malta, Aden y Perim, adquirieron las acciones del canal de Suez, dieron la batalla de Tell-el-Kebir, instalaron sus regimientos indios en el Cairo, luego á lo largo del valle del Nilo, y, por último, en Berbera, en la costa de los Somalis. A su establecimiento de Bouchir sucedieron muchos otros, y puede decirse que actualmente el golfo Pérsico es un mar completamente anglo-indio: el gobierno de Teherán, los pequeños sultanes de la costa de Arabia sólo mandan en apariencia. Además una compañía británica posee la línea del telégrafo que sigue el litoral hasta las posesiones inglesas del Mekran y al puerto indio de Kuratchi. Por los mercados de Bassorah y de Mohammerah, de Koveit, como por la navegación del río Karun, y, por último, por las operaciones bancarias de sus protegidos, los Parsis, la Gran Bretaña dispone de todo el comercio meridional del Irán. Ningún ataque le sería más sensible que una tentativa de concurrencia á su monopolio comercial en las bocas del Eufrates, por lo que acoge con verdadera rabia los proyectos de Alemania sobre el ferrocarril del Bósforo á Bagdad y Bassorah.

Á su vez, los Rusos son dueños en la otra parte de la comarca limítrofe de su territorio transcaucásico y transcaspiano. Hace ya mucho tiempo que vengaron su fracaso de los primeros años del siglo XVIII. Treinta años después del establecimiento de la nueva dinastía turkmena que reside en Teherán, se apoderaban de toda la Armenia persa que toca al Ararat y fijaban la frontera á su gusto; hasta prohibían á todo buque de guerra persa la navegación del mar Caspio; sin tener derecho por tratado, instalaban un arsenal en el islote de Achurada, lengua de arena que, situada en el ángulo sud-oriental del mar, pertenece incontestablemente á Persia; además, mucho tiempo después ni se daban siquiera la pena de contestar á las demandas obsequiosas del gabinete de Teherán, pensando, sin duda, que les convenía tener un depósito de armas y de tropas en ese puerto militar, y era pura magnanimidad de su parte no haber penetrado más adelante. En el Norte, desde el punto de vista comercial, ocupan una situación análoga á la de los Ingleses en el Sud,

y por el camino de Enzeli y de Recht al Oeste, por el de Meched al Este, realizan todo el movimiento de las mercancías, del mismo modo que si la ocasión se presenta podrán dirigir la marcha de las tropas y la expedición de las piezas de artillería.

N.° 514. La Persia dividida.



1 : 20 000 000

0 250 500 1000 Kil.

Los dos rayados indican las esferas de influencia que la Gran Bretaña y Rusia se han reconocido en 1907.

El camino terrestre directo de Europa á las Indias pasaría por Tiflis, Recht, Teherán, seguiría el flanco sud del Cáucaso iranio para llegar á Farah y Kandahar, después á Kwettah y el valle del Indo.

Persia está, pues, en situación análoga á la de un cuerpo que se disputan dos carnívoros: su cabeza está entre unas fauces devo-

radoras; sus pies están sujetos por otras mandíbulas. Lo mismo que el Afghanistán, Turquía y Marruecos, esos «hombres enfermos», Persia no debe la apariencia de independencia que le queda más que á la envidia de las potencias, incapaces de ponerse de acuerdo sobre la manera de despedazarla. Ningún fenómeno de la historia contemporánea muestra más elocuentemente cuán inestable é incierto es el equilibrio político de nuestro mundo. Persia ha cesado virtualmente de existir como país autónomo, y su gobierno no es más que una máquina de extracción de impuestos para los gastos reales, las pensiones civiles y militares, las fastuosas embajadas, las funciones inútiles. Hasta para la fijación de las fronteras, los empleados persas no son sino los porta-mira de los oficiales rusos y británicos. En cuanto al pueblo, todavía no ha dado á conocer su voluntad.

Ese conflicto de las dos potencias europeas que representan en el centro del Asia dos formas diferentes de la civilización, es quizá el hecho más considerable de la historia al principio del siglo XX, porque Persia es, con la Mesopotamia limítrofe, el verdadero centro monumental del Mundo Antiguo, como el istmo de Suez es su centro marítimo. Allí se hallará en el porvenir la etapa mayor entre Europa y las Indias, lo que por otra parte tuvo ciertamente lugar en la época prehistórica, puesto que la lengua aria y la civilización correspondiente se extendieron al Oriente hacia el Indo y al Occidente hacia el mar Egeo, descendiendo de la meseta de Irania. Desde el punto de vista de su misión histórica, Persia merece, pues, ser estudiada con atención especialísima como punto vital por excelencia en el organismo terrestre.

El signo más elocuente de la decadencia exterior es el estado de los edificios que fueron antes elevados y decorados con toda la magnificencia del arte para servir de universidades, y que son actualmente utilizadas como cuadras ó caravanserails, á menos que no caigan en ruinas. Y los hombres se muestran igualmente decaídos. ¡Qué degeneración, al menos aparente, entre esos «hijos puros» del Irán, «que no mentían jamás» (Herodoto), y los Persas escépticos de nuestros días, que sufren vergonzosamente la más vil de las tiranías y no se excusan de tal estado sino por el desprecio de sí

mismos y de todos; la larga duración de la servidumbre ha hecho de ellos los embusteros más ingeniosos. Cuando las formas de la cortesía exigen que al presentarse delante de un superior se incline el cuello como para decir: «Toma tu sable y córtame la cabeza», fácilmente se comprende que toda sinceridad ha de estar desterrada de la conversación. Es allí necesario que cada persona se acomode á su interlocutor para hacer frente á sus astucias y librarse de sus



Cl. del *Geogr. Journal*.

COLUMNA EN EL DESIERTO AL SUDESTE DE KIRMAN

Fotografía de P. Molesworth-Sykes.

Ese pilar, de 16 metros de altura, destinado á jalonar el camino, data de la época seldjoucida.

intrigas: «pichón con pichón, halcón con halcón», tal es el proverbio que se repite con general complacencia como línea de conducta para los negocios; pero el Iranio de buena compañía comprende en seguida con quién habla, porque es profundo observador. Considerando que debe á la sociedad culta en que vive una perfecta cortesía, tiene empeño en procurarle las ventajas de una conversación nutrida de alusiones clásicas, hermosos versos declamados con gracia y fuerza, nobles pensamientos bien expresados y presentados con oportunidad. Por lo demás, esos deberes de sociedad no impiden que una cierta arrogancia de buen tono y un cierto desprecio de los hombres y de

las cosas se mezclen entre los amigos y entre los huéspedes al lenguaje más refinado [1].

La larga herencia de cultura se manifiesta entre los Persas, acaso más que en los demás pueblos que han dejado tras de sí un pasado cien veces secular de civilización. Tal es la causa por la que la regresión operada en la vía del pueblo parezca más extraña que lo sería su muerte. Que Babel haya caído, que Nínive haya sido cubierta por las arenas, el fin natural de todas las cosas así lo quiere: lo que ha vivido vuelve al polvo. Pero á pesar de todo, la Persia vive aún en su decadencia profunda. Había allí millones de hombres, allí continuúan aunque disminuídos; ciudades populosas se elevaban en medio de jardines de rosales, no todas han sido demolidas y los rosales florecen. La lengua, tan rica y tan bella, subsiste, y es una de las más apreciadas y de las más influyentes del Asia; se extiende, modifica los lenguajes vecinos y obra sobre la literatura contemporánea; en cada siglo, desde Firdousi, los poetas resucitaron el pasado en el esplendor de sus versos y los hombres eminentes han atestiguado la persistencia del genio iranio; en nuestros mismos días, los Babis, esos héroes que querían abrir la «puerta» de un nuevo mundo de justicia y de bondad, nos han mostrado una virtud de sacrificio y una grandeza de alma que jamás han sido sobrepujadas. Esas altas manifestaciones de la vida moral atestiguan que el flujo interior no se ha agotado: se parecen á esos *kanat* ó canales de irrigación cuyas aguas no se ven brillar ni se percibe su murmurio, pero que no dejan de fertilizar la tierra ni de producir bellísimas flores. Todo revela que si la fuerza del Irán está amortiguada, no está destruída, y que un agua pura continúa corriendo misteriosamente bajo la roca quemada.

Los Persas propiamente dichos tienen el gran mérito de amar la paz, de evitar cuidadosamente toda ocasión de disputa. Los ejércitos del chah se componen casi únicamente de Turcos, hombres que á las costumbres violentas de la soldadesca reunen temibles caracteres atávicos, porque descienden de bandidos mercenarios atraídos al país para contener á los habitantes: son conquistadores por herencia; en

[1] Hermann (Arminius) Vambéry, *Sittenbilder aus dem Morgenlande*, p. 137 y siguientes.

todo tiempo, aun cuando no estaban encuadrados en regimientos ni en batallones y no recibían las órdenes directas de sus jefes, se creían con derecho á derramar sangre. A este respecto su mentalidad es rarísima: se regalan fastuosamente los asesinatos que han cometido, de tal modo les parece el acto noble y digno de envidia: «Te doy ese cadáver como si tú le hubieras matado»; y el amigo acepta con orgullo el don siniestro que le convierte en asesino. Así son los Turcos que en los últimos siglos han impuesto soberanos á Persia. La familia que reina actualmente pertenece á la tribu de los Khadjar, cuyo territorio originario se halla en el ángulo sud-oriental del mar Caspio, constituyendo el territorio estratégico de Asterabad. Antes que los Khadjar, otra tribu turkmena había conquistado la preeminencia guerrera y dominó todo el mundo iranio en la persona de Nadir-chah, el «Hijo de la Espada». Esa tribu es la de los Afchar, que vive en los altos valles del Atrek y del Gurgen, disputando á unos Kurdos, transplantados lejos de los montes armenios, la posesión de aquellas tierras.

Y sin embargo, entre esos mismos soldadotes, es tal el poder atractivo ejercido por la civilización irania, que todos la aceptan sin protesta y hasta con ostentación. Muchas tribus de indudable procedencia turkmena ó semítica hablan el persa tan bien como los Farsis de Chiras. En los distritos exclusivamente turcos, como ciertas partes del Azerbeidjan, la población se ha hecho bilingüe en muchos puntos, degradándose poco á poco la lengua turca al estado de dialecto, en tanto que el persa toma el carácter de lengua noble; la familia reinante, lo mismo que las de los principales dignatarios, procedentes igualmente de los Khadjar y de los Afchar, gentes reputadas como impuras, tratan de probar que son de pura raza irania, y los versos que aprenden, los que se recitan ó se cantan delante de ellos en los banquetes celebran los maravillosos combates de Rustem y de Feridun contra los impuros demonios de las noches, es decir, contra los mismos antepasados de los que pretenden celebrarlos. Sabido es que semejante fenómeno se produce en todas las comarcas donde conquistadores bárbaros se hallan en contacto con vencidos que les son muy superiores en cultura. Así los Mandchues se esfuerzan en llegar á ser Chinos, y lo llegan á ser en efecto: la

incontestable superioridad de la civilización irania ha penetrado profundamente en todos los elementos de la meseta.

Hasta en el Oriente se impone á todos los vecinos. Los Turcos de Europa hablan el persa á medias y lo que poseen en arquitectura es completamente derivado de los monumentos persas. Por la parte del Norte, antes que Rusia hubiera intervenido, todos los progresos científicos, industriales y artísticos procedían de las mesetas limitadas del Norte por el Cáucaso transcaspiano, y del lado del Este, esa misma civilización tuvo tal influencia, que más de doscientos millones de individuos hablan en la India lenguas derivadas en gran parte del persa: los Ingleses estuvieron á punto de hacer del hindostani la lengua oficial de toda la península. ¡Qué sería, pues, si, en vez de apreciar únicamente la influencia ejercida por la nación persa desde Mahoma, se reuniese, en el ciclo de la obra irania, todos los pueblos que se alaban de tener por idiomas lenguas procedentes del de los Arios protohistóricos! No es ya sólo el Oriente, sino el mundo entero el que hubiera sufrido la acción preponderante de los pueblos que vivieron allá arriba sobre las tierras iranias. Los Persas actuales, contando con ellos los alófilos de toda raza, no pasan probablemente de siete millones, y todos los Europeos, Americanos, Australianos é Hindus que, con razón ó sin ella, se consideran directamente de sangre aria, todos aquellos también que, con perfecta justicia, pueden al menos afirmar que pertenecen á la misma esfera de radiación intelectual, representan una multitud cien veces superior á la de Irania, es decir, unos setecientos millones de individuos. Podrían añadirse aún los quinientos millones de habitantes del Asia oriental, puesto que esos también, por mediación de las Baks ó «Cien familias», recibieron el primer impulso de los inmigrantes de Elam, ó sea de los montañeses iranios [1].

Por último, presagiando el curso de la historia, tal como se anuncia en un porvenir próximo, como si los acontecimientos se hubieran realizado ya, ¿no es de toda evidencia que los pueblos de la Tierra se dirigen en el sentido indicado por el movimiento de las ideas arias? La civilización contemporánea en su conjunto, con su

[1] Terrien de la Couperie, *passim*. — Véase el primer capítulo del tomo III.

cortejo de ciencias y de filosofías, no puede concebirse de otro modo que unida por mil lazos al mundo ario, y, por consiguiente, hemos



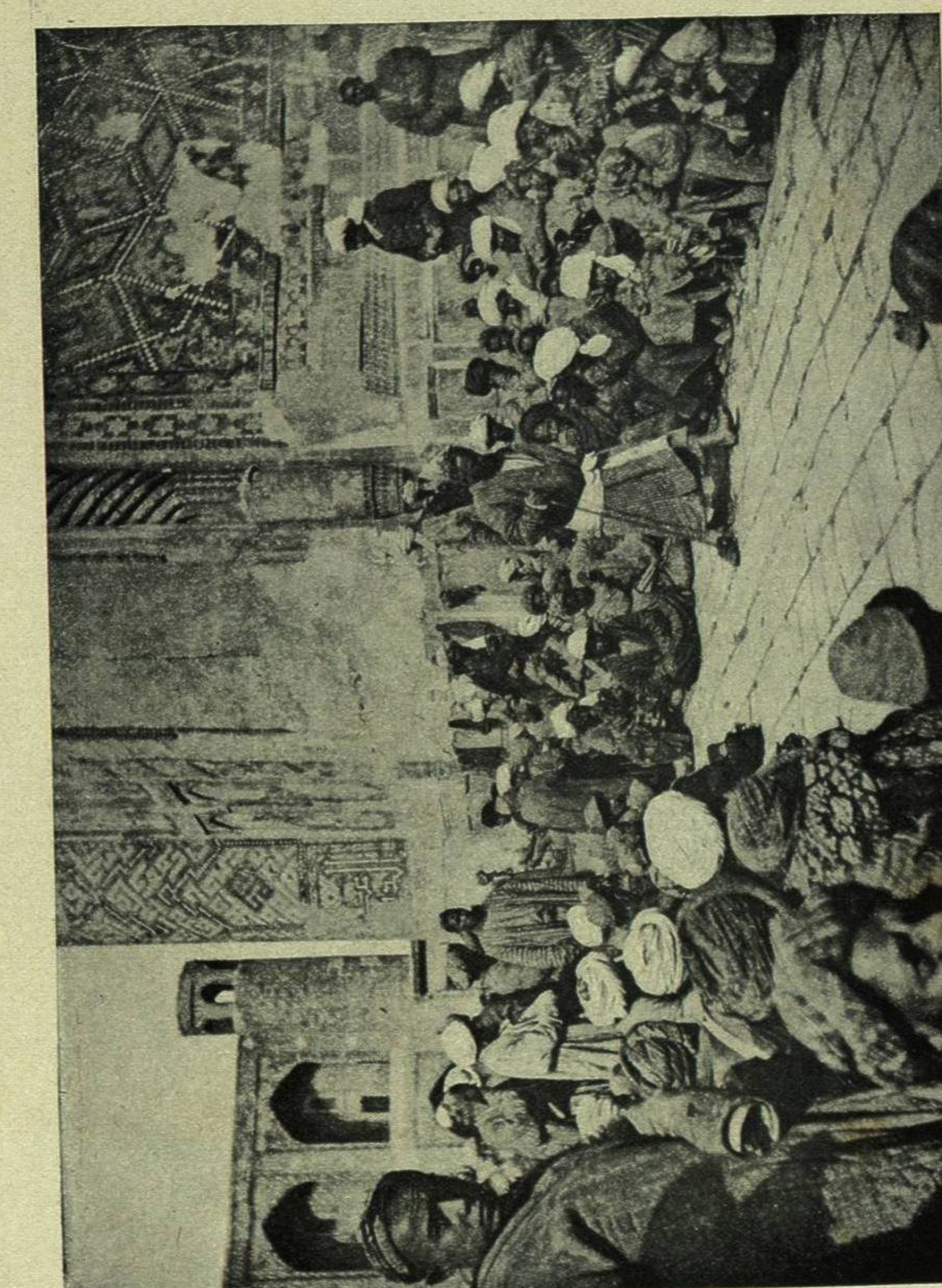
PUERTA DE MEZQUITA EN TURKESTÁN
Cuadro de Vereschagin.

de considerar todos como una patria de las almas aquella alta tierra del continente asiático donde se habla la lengua original de nuestro pensamiento común.

La situación humillante que ocupa Persia entre los Estados no

disminuye en lo más mínimo la importancia virtual de la comarca en el conjunto geográfico del Mundo Antiguo, y cuando los pueblos no se entreguen á los caprichos de los conquistadores ni de los reyes hereditarios, cuando el hombre, según la antigua profecía, haya procurado la victoria definitiva al viejo Ormuzd, el genio del Bien, por la acuidad de su inteligencia y la fuerza de su brazo, Persia readquirirá las ventajas que tuvo antiguamente en la economía general del mundo. Lo que en otro tiempo constituyó su importancia, fué haber sido el lugar obligado de paso de todos los progresos entre los pueblos de Oriente y los de Occidente: al fin recobrará su carácter de intermediario natural entre la India y Europa, porque la Geografía lo quiere así. Del mismo modo que el camino oceánico tan desviado que doblaba el continente africano por el Cabo de Buena Esperanza ha sido reemplazado por la vía relativamente corta que pasa por el canal de Suez, así también esta línea de navegación deberá dejar un día sus viajeros en el camino directo de 8,000 kilómetros que, por Viena, Constantinopla, Bagdad, Ispahan y Kandahar, ó por Perekop, Kertch, Tiflis y Teherán, transportará los Occidentales en menos de una semana á Kuratchi, á Bombay, á Delhi, á cualquier ciudad de la inmensa red de la India. Ese país del Irán, del cual se apartan muy prudentemente los viajeros, se convertirá en un centro de atracción donde convergerán las vías mayores de la civilización. Los Occidentales aprenderán entonces á conocer mejor sus hermanos de lengua, de costumbres y de genio, de quienes les habían separado tantos siglos de cultura diferente, y renovarán con ellos los lazos del antiguo parentesco, y comprenderán también por qué la lucha de influencia entre Inglaterra y Rusia á propósito del territorio persa ha perseverado durante generaciones y ha suscitado tantos odios. La posesión de Constantinopla, por la que se ha derramado tanta sangre, no vale la de los caminos, hoy casi desiertos, que se hallan en los pantanos de Seistán.

Al este de la Persia y del Afghanistán se continúa el frente de batalla para las dos potencias en conflicto; pero en esa región, las conquistas de Rusia, muy diferentes en esto de las anexiones de territorio hechas por Inglaterra, tienen la ventaja capital de realizarse

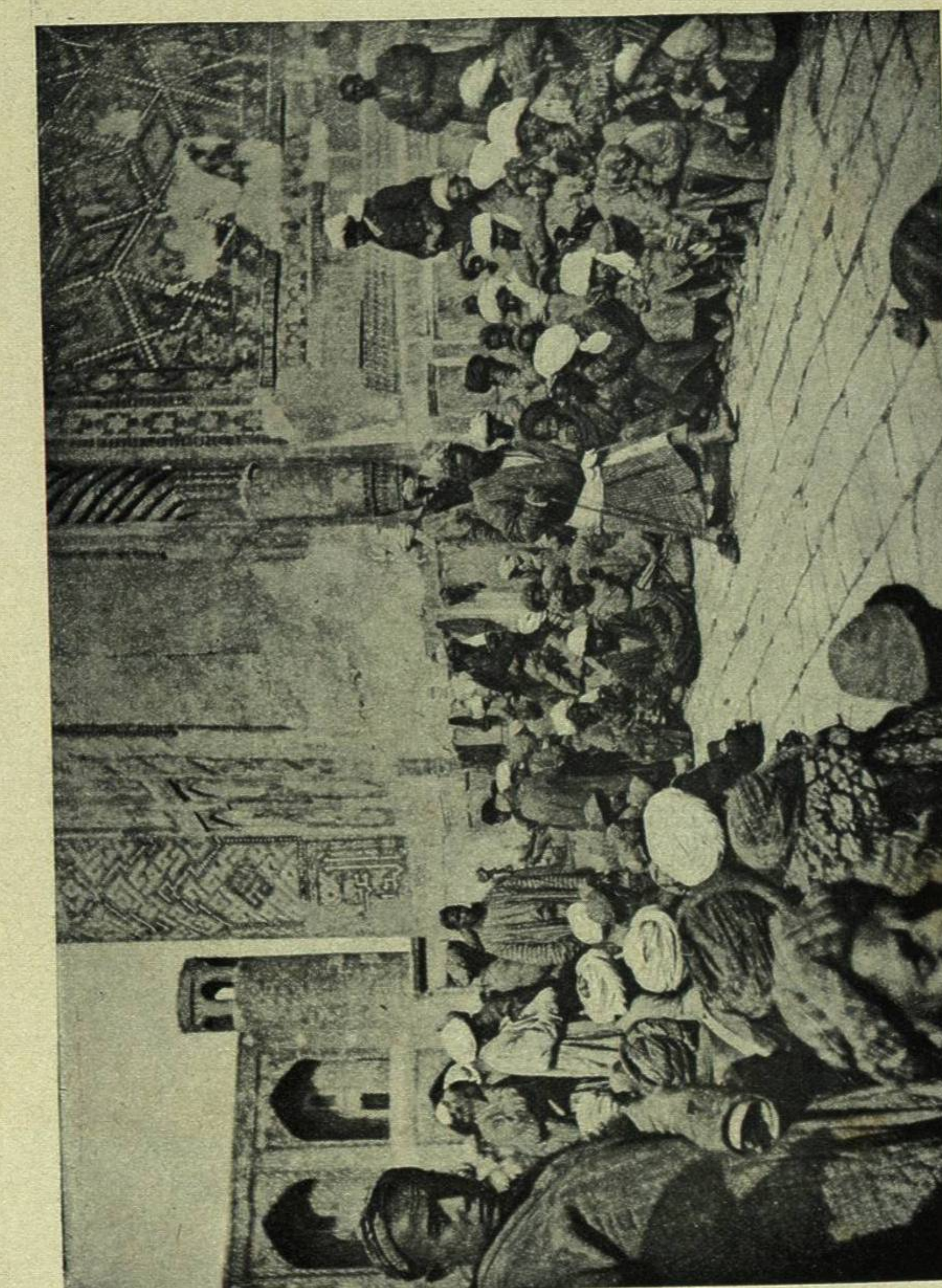


EL DERVICHE CUENTISTA EN SAMARKAND

Cl. Paul Nadar.

disminuye en lo más mínimo la importancia virtual de la comarca en el conjunto geográfico del Mundo Antiguo, y cuando los pueblos no se entreguen á los caprichos de los conquistadores ni de los reyes hereditarios, cuando el hombre, según la antigua profecía, haya procurado la victoria definitiva al viejo Ormuzd, el genio del Bien, por la acuidad de su inteligencia y la fuerza de su brazo, Persia readquirirá las ventajas que tuvo antiguamente en la economía general del mundo. Lo que en otro tiempo constituyó su importancia, fué haber sido el lugar obligado de paso de todos los progresos entre los pueblos de Oriente y los de Occidente: al fin recobrará su carácter de intermediario natural entre la India y Europa, porque la Geografía lo quiere así. Del mismo modo que el camino oceánico tan desviado que doblaba el continente africano por el Cabo de Buena Esperanza ha sido reemplazado por la vía relativamente corta que pasa por el canal de Suez, así también esta línea de navegación deberá dejar un día sus viajeros en el camino directo de 8,000 kilómetros que, por Viena, Constantinopla, Bagdad, Ispahan y Kandahar, ó por Perekop, Kertch, Tiflis y Teherán, transportará los Occidentales en menos de una semana á Kuratchi, á Bombay, á Delhi, á cualquier ciudad de la inmensa red de la India. Ese país del Irán, del cual se apartan muy prudentemente los viajeros, se convertirá en un centro de atracción donde convergerán las vías mayores de la civilización. Los Occidentales aprenderán entonces á conocer mejor sus hermanos de lengua, de costumbres y de genio, de quienes les habían separado tantos siglos de cultura diferente, y renovarán con ellos los lazos del antiguo parentesco, y comprenderán también por qué la lucha de influencia entre Inglaterra y Rusia á propósito del territorio persa ha perseverado durante generaciones y ha suscitado tantos odios. La posesión de Constantinopla, por la que se ha derramado tanta sangre, no vale la de los caminos, hoy casi desiertos, que se hallan en los pantanos de Seistán.

Al este de la Persia y del Afghanistán se continúa el frente de batalla para las dos potencias en conflicto; pero en esa región, las conquistas de Rusia, muy diferentes en esto de las anexiones de territorio hechas por Inglaterra, tienen la ventaja capital de realizarse



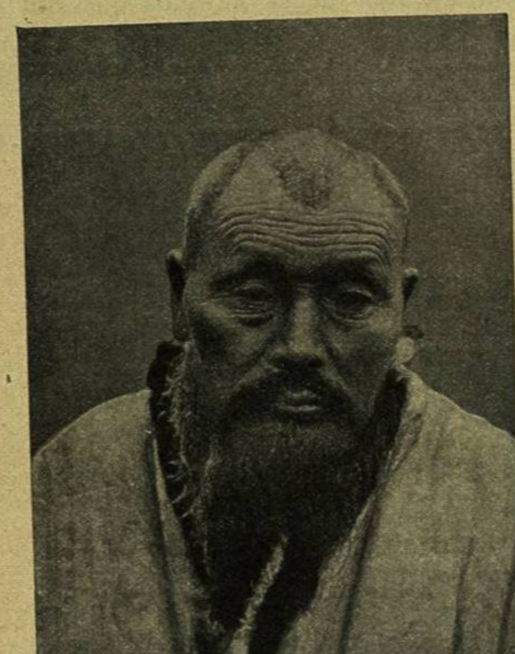
Cl. Paul Nadar.

EL DERVICHE CUENTISTA EN SAMARKAND

como por un fenómeno de crecimiento natural y según las leyes de afinidad geográfica. Cada país limítrofe se agrega fácilmente á la comarca vecina ya conquistada. Así como la Armenia del Sud continúa naturalmente los valles y las montañas de la Armenia del Norte; como las orillas meridionales del Caspio completan armoniosamente el círculo del litoral ruso; como el curso del Oxus se continúa por altos valles hasta los terraplenes nevados que dominan la India, la prolongación normal de las llanuras de la Siberia del Sud se hace hacia la Mongolia, sobre el reverso del Altai y del Sayan; hasta en el Océano Pacífico, la isla de Sakhalin se continúa al Sud por la tierra de Yeso, en la que los etnólogos hallarían de sobra Ainos barbudos, hermanos de los mujiks de la Gran Rusia. Toda unión de un nuevo territorio al inmenso imperio quedaba, si no justificada, al menos explicada, excusado de antemano, bajo pretexto de cohesión geográfica. Provistos de tales razones que parecen buenas á los favorecidos por la suerte, los invasores rusos podían marchar poco á poco hasta el fondo de la China, y lo hubieran hecho á no haber tropezado en su camino con temibles adversarios.

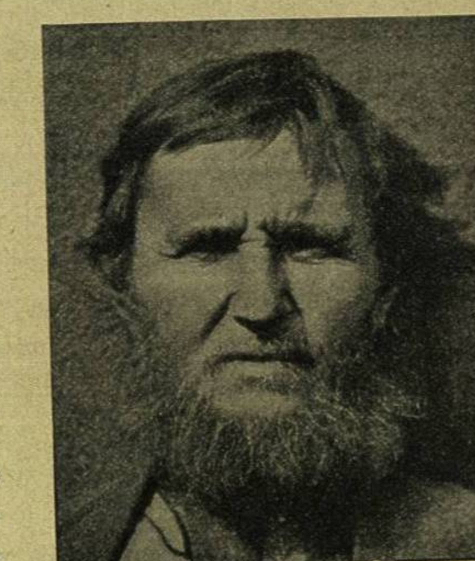
Además, no es sólo la continuidad geográfica de los territorios lo que facilita la obra de conquista, las condiciones etnológicas son también favorables á las usurpaciones de Rusia. Los adversarios que encuentra son hermanos de raza para gran número de alófilos que pueblan el imperio. Los Turcomanos, que se defendieron con tan extraordinaria valentía contra los Rusos de Skobelev, se reconciliaron fácilmente cuando vieron en las filas del ejército moscovita otras tribus turcomanas que tenían sus costumbres, su lengua y su mentalidad. Los Kirghiz de la Kachgaria reconocerán como compatriotas á los que vengan de las estepas occidentales, y desde los Buriatos á los otros Mongoles, la transición será casi insensible. Por la misma fuerza de las cosas, los Rusos han seguido el método de los cazadores de elefantes salvajes, que introducen animales domésticos en el cercado donde el cautivo se agita por su libertad para calmarle y acostumbrarle gradualmente á la servidumbre. Todos los tipos asiáticos están representados en la Rusia europea, hasta los Kalmukos, y pueden presentarse

en Asia como Rusos auténticos, y lo son por el consentimiento universal, cualquiera que sea la diferencia de los orígenes. ¿No es á la vez Samoyedo y Ruso el admirable viajero Potanin? Nadie se ocupa de investigar qué proporción de sangre eslava corre por sus venas. Escritores polacos, enemigos irreconciliables de Rusia, y al mismo tiempo fervientes adeptos de la teoría según la cual la supremacía intelectual y moral pertenece á la pretendida «raza» aria, se complacían en rechazar á los «Moscovitas» fuera de ese mundo privilegiado, y á ver en ellos mestizos de Mongoles, Asiáticos, y no Europeos. Mas precisamente porque esa tesis tiene una parte de verdad, los Rusos se asocian fácilmente á sus vecinos los Orientales por el genio natural y los atraen de tiempo en tiempo á su órbita.


TIPO KIRGHIZ

Al nordeste del Afghanistán, la forma geométrica del suelo ha dado grandes ventajas á Rusia, al menos para el aumento de su prestigio militar. En efecto, en los puntos dominadores de las mesetas pamirianas existen puestos militares desde donde los soldados, si fuese necesario, podrían descender sobre la vertiente meridional del Hindu-kuch en el Kachmir y el Kafiristán, en el caso muy improbable en que expediciones estratégicas de alguna importancia tuvieran lugar en aquella región de los hielos y de la muerte. Desde el punto de vista político, esos destacamentos de tropa algunos sólo tienen importancia porque atraen la atención de los pueblos circunvecinos y, como una especie de símbolo fatídico, les muestran unos representantes armados de la nación militar invocada por los unos, temida por los otros. En la gran llanura de la Kachgaria, que se extiende al oriente de

los Pamir, ya la potencia de Rusia, aunque figurada por una simple decoración, es considerada como un hecho material é indiscutible: se nos dice que en el año 1897, el cónsul general de Rusia establecido en Kachgar disponía en realidad, gracias á su pequeña tropa de 64 Cosacos, del poder efectivo sobre todas las comarcas que riega el Tarim [1], no existiendo la autoridad china más que en apariencia. A decir verdad, el hecho ha sido negado por otros viajeros; es probable que haya sido temporalmente exacto.


Cl. P. Sommier.
TCHEREMISSE DE LOS MONTES URALES

En cuanto al Tibet y á la Mongolia, es difícil saber hasta qué punto se había llevado el trabajo de anexión á Rusia, antes de la guerra de 1904, puesto que el misterio de los conventos budhistas permite á los diplomáticos ocultar sus maniobras. Sólo se sabe que el palacio de Dalai-lama, tan rigurosamente prohibido á los viajeros comunes y hasta á hombres del valor intelectual y de la notoriedad de un Sven Hedin, se abre, ó al menos se abría á un monje obscuro, súbdito fiel del czar blanco, y se sabe que se han cambiado regalos entre los dos soberanos, acompañados de papeles importantes en que se fija el destino de los pueblos del Asia central, sin contar con su voluntad.

En Mongolia tienen lugar las mismas idas y venidas de los piadosos emisarios en las grandes bonzerías que gobiernan las tribus nómadas, porque los Mongoles no son ya la terrible nación de los hombres de guerra, que, poseídos de la locura de las aventuras, descendían como diluvios irresistibles sobre China ó sobre Europa. Modernas evaluaciones que no pueden menos de creerse exageradas, dicen que la población mongola se compone en su mayoría

[1] Holderer, *Bulletin de la Société de Géographie*, 2.º trimestre, 1899, p. 203.

de lamas: en las regiones orientales, los padres parece que consagran dos hijos de cada tres al sacerdocio [1]. El gobierno chino tiene gran empeño en procurar la disminución de la natalidad entre esos temidos Mongoles que tan frecuentemente pusieron el imperio en peligro. Por su parte los conquistadores rusos pueden marchar adelante sin inquietarse por esa turba de sometidos, ocupada únicamente en su salvación espiritual y en los medios de alcanzarla con plegarias, genuflexiones y balanceos de la cabeza y de los miembros. Como se ve, los Occidentales, representados especialmente por los Rusos, no han de temer ya, como sus antepasados eslavos ó sármatas, una invasión de los Hunos: no son ya los Mongoles los que se desbordan sobre Europa; al contrario, son los Europeos los que se desbordan sobre el Extremo Oriente, los unos Ingleses, Alemanes y Franceses, en los puertos del litoral, los otros Rusos en las regiones del interior. En ese movimiento general de invasión, la acción de los Eslavos es con mucho la más importante, porque los Europeos que se establecen en las regiones costeñas no suelen fijarse en ellas definitivamente: no suelen residir allí más que como extranjeros y sin familia, mientras que los Rusos, llegados por Siberia, se fijan comunmente y crean familia y descendencia mezclándose con las poblaciones indígenas, que se asimilan gradualmente. El territorio de los Amarillos se invade así definitivamente y se convierte en parte integrante del área de la civilización europea. De modo que, por atrasados que sean, en su mayoría, los colonos eslavos del Asia, no es menos verdad que, en su conjunto, llevan consigo el pensamiento europeo, es decir, el progreso, el filoneismo, y lo llevan en valor virtual sobre la cultura china, misoneista, vuelta hacia el pasado. El cambio de equilibrio ha sido completo durante esos dos mil años.

Toda la parte septentrional del continente, la Siberia, es ya una «Rusia de Asia», á pesar del mismo gobierno, que se ingeniaba desde la época de Ivan el Terrible en hacer de ese territorio un simple dominio del Estado sin libres relaciones con las provincias europeas. El comercio estaba estrictamente monopolizado, la inmi-

[1] Marcel Monnier, *Le tour d'Asie, l'Empire du Milieu*, p. 126.

gración no era tolerada sino bajo ciertas reglas y en regiones designadas, y aun no se ejercía sino por pandillas de fugitivos escapados á la servidumbre. Los valles del Altai, sin excepción, quedaban interceptados hasta á los colonos libres. Toda la comarca era un territorio imperial reservado á los siervos que se enviaban allí para la explotación directa de las minas. El resto del país era ante todo considerado como una gran cárcel, donde, según la gravedad de los delitos y de los crímenes, el poder distribuía los castigos, condenando los unos á residencia fija, los otros á la estancia en una fortaleza y otros aún al duro trabajo de las minas ó al cautiverio del presidio. Por decenas de mil se contaban los desgraciados criminales civiles, vagabundos ó condenados políticos, los mejores hombres, la flor de Rusia, que,



SOCIALISTAS RUSOS CONDENADOS Á TRABAJOS FORZADOS

conducidos de etapa en etapa sobre la frontera del Ural, se distribuían de diverso modo en la inmensa extensión siberiana hasta las *toundras* heladas del litoral polar. Mas poblando la Siberia de sus adversarios políticos, el gobierno ruso se exponía á desarrollar las tendencias separatistas de los Siberianos, y quizá éstos hubieran intentado hacerse independientes si las poblaciones indígenas, de origen mongol, turco ó mandchu no hubieran tenido tiempo de mezclarse

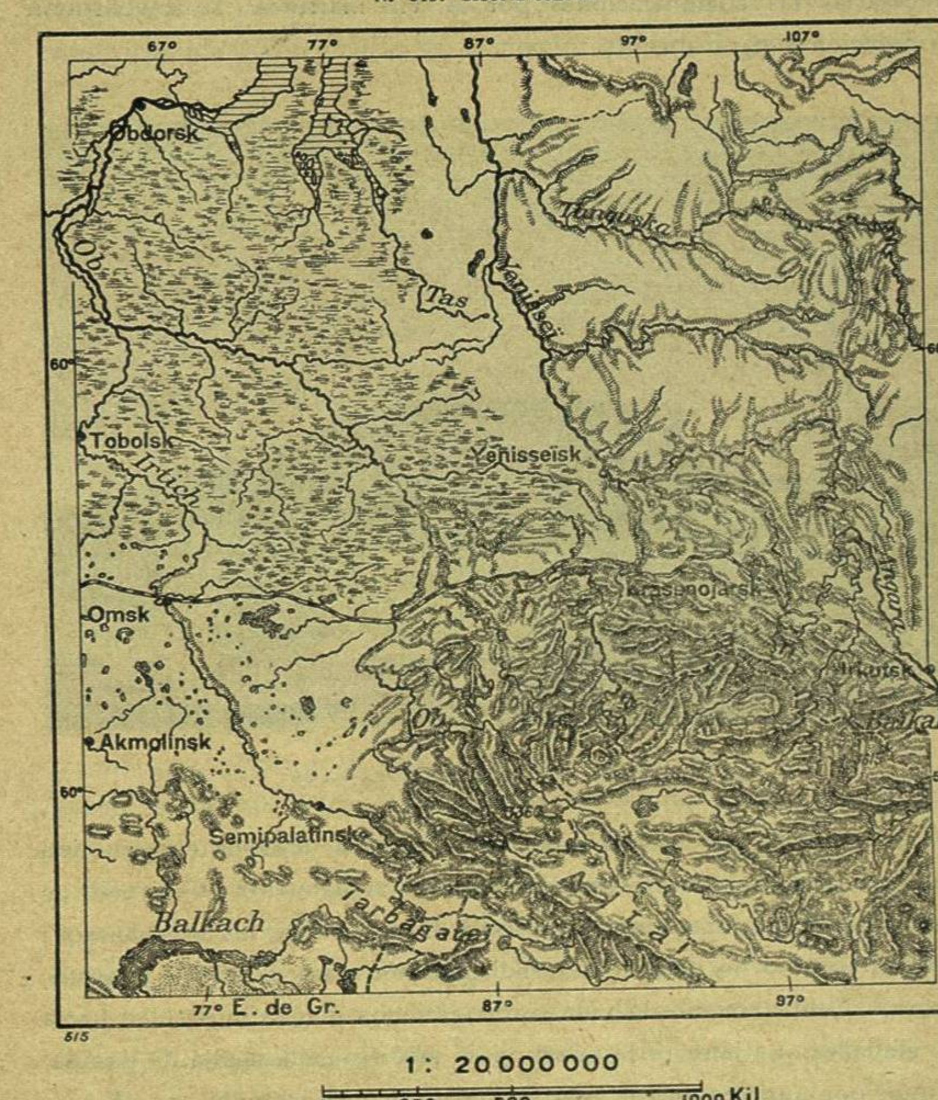
íntimamente á la parte indiferente de la población rusa y á formar con ella una masa abúlica, sometida á todas las servidumbres.

Además Siberia dependía de la Rusia europea por un hilo, verdadero lazo material difícil de romper, porque todos tenían interés en conservarle. Ese lazo, que conserva la unión política de las dos comarcas de Europa y de Asia, era el gran camino, el *trakt*, que reunía el comienzo del Ural, entre Perm y Yekaterinburgo, al lago Baikal y al río Amur. Avenidas abiertas á hachazos en la inmensa *taiga* ó selva «negra», puentes sobre los ríos y arroyos, barcos para el cruce de los grandes ríos unían en una línea continua de muchos miles de kilómetros, las diversas pistas trazadas á través de arenales, pantanos ó rocas. El convoy de carros ó trineos, según la estación, se movía lentamente en largas filas sobre el interminable camino; sin embargo, al cabo de semanas ó meses, viajeros y mercancías acababan por llegar á su destino. Lugares de etapa, que eran al mismo tiempo mercados y puntos de cita de población, se sucedían de distancia en distancia, y en los sitios más favorables se elevaban hileras de casas bordeando el *trakt* en algunas leguas de longitud. De ese modo nacieron todas las ciudades de la Siberia meridional, allá donde no les habían precedido los grupos de población. Es curioso ver por los mapas de densidad kilométrica cómo se ha agrupado espontáneamente la población sobre el curso de la línea de vida, que es la verdadera prolongación de Europa á través de la masa continental de Asia.

En la historia de la civilización general, el *trakt* adquirió una importancia mucho mayor que la que poseen los mismos ríos, esas admirables vías de comunicación que suministran el Ob', el Yenisei y el Lena con sus numerosos afluentes. En efecto, el *trakt* se desarrolla del Oeste al Este, constituyendo la mitad de la vía que reune el Atlántico al Pacífico, mientras que los ríos corren uniformemente hacia el Norte, en dirección de las tundras inhabitables. Sin embargo, esas poderosas corrientes han llegado á ser también los vehículos de una circulación vital muy activa en toda su red meridional, gracias al vapor que las utiliza durante la mitad del año en que están libres de los hielos. Hasta en sus estuarios del Norte, el Ob' y el Yenisei se abren gradualmente al comercio de Europa. Ese «paso del Este»

ó del «Nordeste» que buscaron durante mucho tiempo los navegantes ingleses y holandeses, acabó por ser considerado como imposible antes de la expedición que hizo para siempre célebre el nombre de

N.° 515. Siberia central.



Nordenskjold, pero será ciertamente fácil en una época próxima y alcanzará una real importancia económica en el comercio del mundo, porque los obstáculos, antes casi insuperables, son de aquellos que pueden apartarse. Primeramente el régimen de las estaciones y el

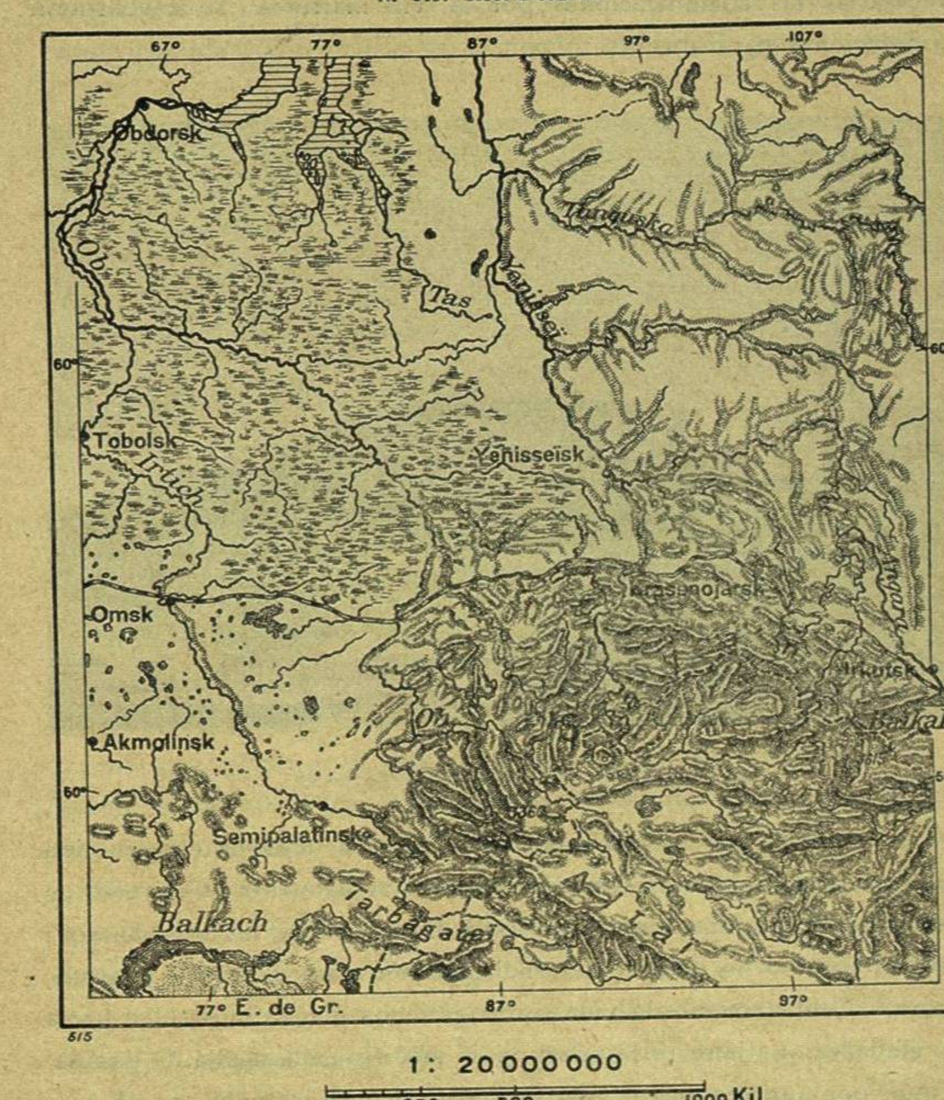
íntimamente á la parte indiferente de la población rusa y á formar con ella una masa abúlica, sometida á todas las servidumbres.

Además Siberia dependía de la Rusia europea por un hilo, verdadero lazo material difícil de romper, porque todos tenían interés en conservarle. Ese lazo, que conserva la unión política de las dos comarcas de Europa y de Asia, era el gran camino, el *trakt*, que reunía el comienzo del Ural, entre Perm y Yekaterinburgo, al lago Baikal y al río Amur. Avenidas abiertas á hachazos en la inmensa *taiga* ó selva «negra», puentes sobre los ríos y arroyos, barcos para el cruce de los grandes ríos unían en una línea continua de muchos miles de kilómetros, las diversas pistas trazadas á través de arenales, pantanos ó rocas. El convoy de carros ó trineos, según la estación, se movía lentamente en largas filas sobre el interminable camino; sin embargo, al cabo de semanas ó meses, viajeros y mercancías acababan por llegar á su destino. Lugares de etapa, que eran al mismo tiempo mercados y puntos de cita de población, se sucedían de distancia en distancia, y en los sitios más favorables se elevaban hileras de casas bordeando el *trakt* en algunas leguas de longitud. De ese modo nacieron todas las ciudades de la Siberia meridional, allá donde no les habían precedido los grupos de población. Es curioso ver por los mapas de densidad kilométrica cómo se ha agrupado espontáneamente la población sobre el curso de la línea de vida, que es la verdadera prolongación de Europa á través de la masa continental de Asia.

En la historia de la civilización general, el *trakt* adquirió una importancia mucho mayor que la que poseen los mismos ríos, esas admirables vías de comunicación que suministran el Ob', el Yenisei y el Lena con sus numerosos afluentes. En efecto, el *trakt* se desarrolla del Oeste al Este, constituyendo la mitad de la vía que reune el Atlántico al Pacífico, mientras que los ríos corren uniformemente hacia el Norte, en dirección de las tundras inhabitables. Sin embargo, esas poderosas corrientes han llegado á ser también los vehículos de una circulación vital muy activa en toda su red meridional, gracias al vapor que las utiliza durante la mitad del año en que están libres de los hielos. Hasta en sus estuarios del Norte, el Ob' y el Yenisei se abren gradualmente al comercio de Europa. Ese «paso del Este»

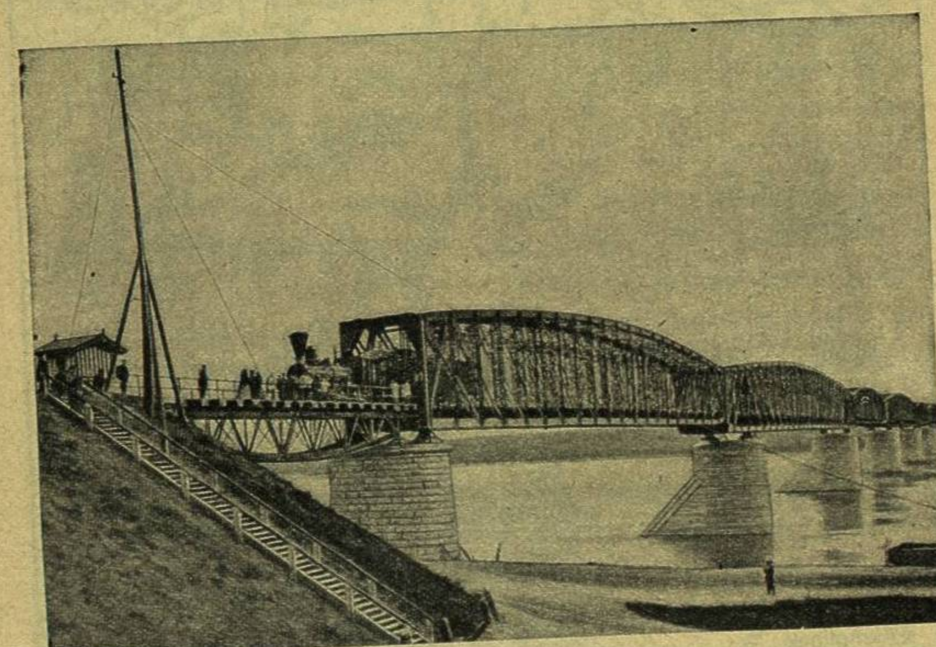
ó del «Nordeste» que buscaron durante mucho tiempo los navegantes ingleses y holandeses, acabó por ser considerado como imposible antes de la expedición que hizo para siempre célebre el nombre de

N.° 515. Siberia central.



Nordenskjold, pero será ciertamente fácil en una época próxima y alcanzará una real importancia económica en el comercio del mundo, porque los obstáculos, antes casi insuperables, son de aquellos que pueden apartarse. Primeramente el régimen de las estaciones y el

estado de los hielos será cada vez mejor conocido y previsto, y la mejor construcción de los barcos, sus instrumentos más poderosos y más completos permitirán á los marinos atravesar los bancos de hielo. Cuando la atracción del comercio de los ríos siberianos haya hecho necesarias las comunicaciones por la vía marítima, se encontrarán tripulaciones para abrirlas.



PUENTE DEL TRANSIBERIANO SOBRE EL OB

El *trakt* ha perdido su importancia relativa desde la construcción del ferrocarril transcontinental que recorre actualmente el trayecto en menos horas que días empleaban antes los carros de los caravaneros; pero el camino no deja de ser indispensable para el tráfico intermediario. Evidentemente la vida se dirigirá con mayor intensidad hacia las ciudades que jalonan la nueva vía á una distancia media de parada, y que, por una revolución casi súbita, se hallan incluídas en el área de atracción de las grandes ciudades europeas. Un puerto de Siberia, Vladivostok, la «Dominadora del Oriente», sirve oficialmente de estación terminal sobre el Pacífico al ferrocarril de la Eurasia, pero una vía de empalme, que ha llegado á ser la línea principal, se ramifica hacia el Sud para ir á unirse al golfo de Pe-tchili y el

mar de Corea, bajo un clima más benigno, donde no ha de temerse el cierre de los puertos por los hielos del invierno. Dalniy, la «Lejana», apropiada por Rusia durante su corto período de extensión mandchuriana completa, Port-Arthur, al extremo de la península avanzada de Liao-tung, estas dos ciudades forman un conjunto marítimo completo con puerto de comercio, puerto de guerra, arsenales



Cl. Sochatchevski.

ALDEA DE USOLA, SOBRE EL «TRAKT», CERCA DE IRKOUTSK

y canteras. Para ir á esas ciudades nuevas, construídas, si no en pleno territorio chino, al menos de civilización confuciana, ha sido necesario atravesar montañas, llanuras y ríos de la Mandchuria y edificar allí, de distancia en distancia, no sólo estaciones, sino también fortalezas y ciudades donde la población se ha reunido rápidamente. ¿Cómo habían de fingir los diplomáticos de toda nación la creencia en la próxima evacuación de la Mandchuria por los ejércitos rusos de ocupación, cuando éstos habían de guardar toda una red de ferrocarriles y de ciudades de etapa? En efecto, los Rusos se habían comprometido á evacuar los campos mandchues desprovistos de caminos; ¿pero no era eso concentrarse á lo largo de las vías estratégicas? Ese compromiso es lo mismo que si, tratándose de una mina, conservaran para sí únicamente las venas de metal.

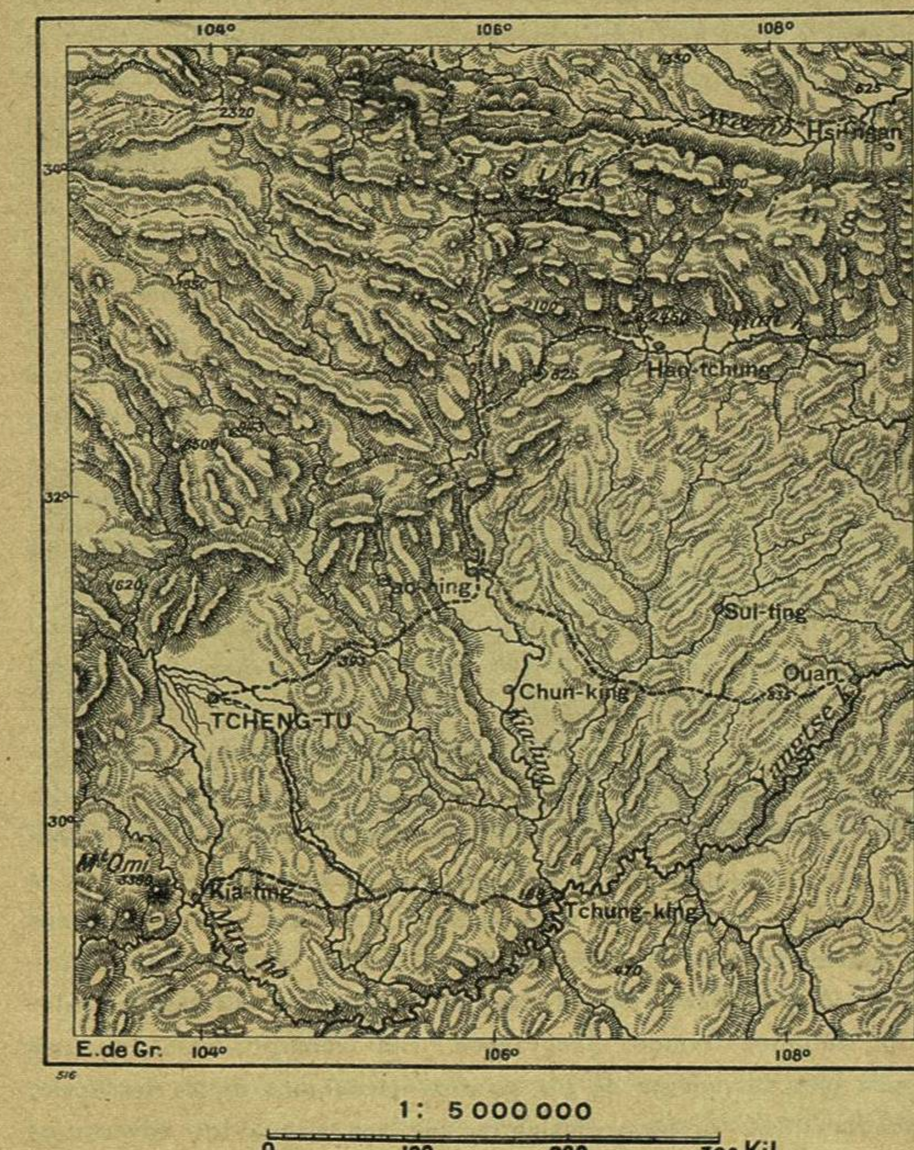
La revolución que esta nueva vía introduce en la circulación de

la vida en la superficie de la Tierra, hará sentir rápidamente sus efectos. El camino transcontinental apenas fué utilizado en un principio más que para el transporte de tropas: los intereses estratégicos dominaban sobre toda consideración de utilidad nacional ó internacional, y además, el estado rudimentario de la vía, con sus puentes inseguros y su material insuficiente, no permitía la organización de trenes para el comercio y el transporte regular de viajeros y mercancías. Después se ha procurado la facilidad de los viajes á las gentes de las clases afortunadas y de formar trenes de lujo desde Calais á Peking; el cambio será muy considerable en la dirección y en la mezcla de los elementos étnicos, puesto que las razones de economía y de rapidez harán preferir la vía directa por tierra al largo rodeo marítimo por la circunnavegación de Asia. Pero la fuerza de las cosas traerá pronto la utilización democrática de la nueva vía, y el vaivén de los emigrantes trabajadores entre Europa y Asia se realizará sin dificultad, mucho más importante en sus consecuencias que las antiguas irrupciones de Hunos ó de Mongoles.

Y, sin embargo, esos primeros resultados, de un incalculable valor histórico, no serán más que un débil principio, porque el ferrocarril siberiano no sigue el trazado directo que la atracción mutua de las naciones acabará por imponer á las líneas de mayor circulación entre Europa y Asia. Ante todo la misma China continúa su red de vías férreas, lo que doblará y centuplicará su potencia de atracción sobre Europa y modificará además la vida social de los Hijos de Han, porque en aquel extenso país los transportes utilizan principalmente el admirable sistema fluvial y los viajeros caminan generalmente á pie, por lo que las carreteras tienen mucha menor importancia que las sendas, con frecuencia trazadas económicamente sobre la cresta de los diques fluviales y de las divisiones entre los campos; aun en territorios montañosos se había frecuentemente reemplazado los caminos por escaleras que atacaban de frente las escarpas: centenas y millares de escalones conducen desde la llanura inferior á los pastos de la altura, regados por las lluvias ó las nieves. Sobre el camino principal que une el valle de Ouan, sobre el Yang-tse, á Tcheng-tu, la capital de Szetchuen, todas las escaladas de montes se hacen por escalones de granito labrados sobre los

costados de las rocas; el collado de Chen-kia-tchao, de 385 metros, presenta una soberbia gradería de cinco mil escalones [1].

N.° 516. Provincia de Szetchuen.



La transformación de todo ese antiguo instrumental, transformación que ha durado siglos en Europa y que será en el imperio del

[1] Isabelle Bishop, *Journal of the R. Geographical Society*, Julio 1897, p. 21.

Medio obra de algunas décadas, necesitará ciertamente en un porvenir muy próximo la unión directa de Europa al Asia oriental por las vías que pasan al norte y al sud del Tian-chan. Los antiguos caminos de las caravanas de la «Seda» y del «Jade» se abrirán nuevamente bajo una forma moderna, teniendo todos por objeto la China central, cuyo punto vital por excelencia es el codo superior del Hoang-ho, en la gran vuelta de Lan-tcheu. A pesar de su política de celoso aislamiento, y en contradicción con la voluntad de los que gobiernan, Rusia llegará á ser forzosamente el punto de paso más activo entre las dos mitades del Mundo Antiguo. Esa misma comarca, que, hasta una época reciente, estaba amurallada, por decirlo así, sin comunicaciones libres con el mar, poseerá con el tiempo las principales encrucijadas de la gran vía internacional entre el Occidente y el Oriente: de antemano pueden señalarse esos puntos vitales [1].

¿No se ve en seguida, desde el punto de vista político, que esa atribución económica á Rusia de las vías transasiáticas tendrá por consecuencia exponer á las empresas del imperio occidental toda la parte de la China al norte del río Amarillo? En efecto, la capital actual de la Flor del Medio está situada al extremo septentrional de la China propiamente dicha, en el punto de cruce formado por dos grandes vías, que descienden de la Mongolia y de la Mandchuria hacia las llanuras del Pei-ho y del Hoang-ho. Las necesidades de la defensa así lo exigían, pero los Chinos se hallan hoy frente á un enemigo que puede atacarles, no solamente de frente, por la Mandchuria y la Mongolia, sino también de flanco por los caminos que descienden por el Tian-chan y del Pamir, y esas son circunstancias completamente imprevistas que cambian en absoluto el valor de los antiguos tratados geográficos. Sin embargo, China no está ya sola para la defensa de los puntos amenazados de su territorio, donde la Rusia agresiva encuentra una vez más á los adversarios que tiene en el Asia Menor, en Persia, en el Afghanistán y sobre las fronteras del Tibet; es decir, en el inmenso contorno del imperio, donde quiera que se desarrolla el conflicto entre Inglaterra y

[1] Véase el mapa de la página 545.

Rusia. En China esta lucha es además singularmente complicada por las maniobras de todas las potencias del mundo, el Japón en primer término, después Francia, hasta la pequeña Bélgica, empeñadas todas en asegurarse territorios, concesiones ó mercados.

Pero si China hubiera de ser conquistada, militarmente ocupada por soldados extranjeros, regularmente administrada por funcionarios



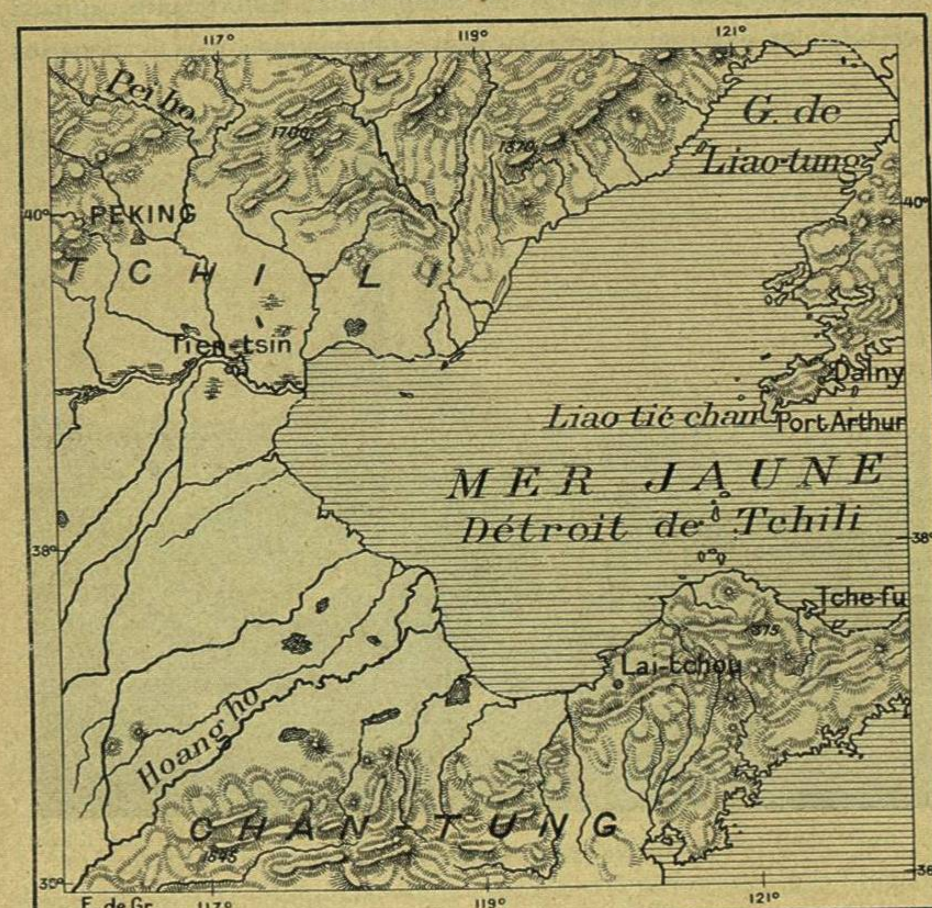
Cl. P. Sellier.

UNA DE LAS CALLES PRINCIPALES DE MOUKDEN

europeos, no dejaría de ser China por sus costumbres y el genio de sus habitantes. Así como Italia, sometida á los reyes de España, á los emperadores alemanes ó austriacos, á los ejércitos republicanos é imperiales de Francia, no había cesado por eso de ser por su territorio una «expresión geográfica» perfectamente caracterizada, y por su población una «persona étnica» de las mejor caracterizadas, China también sufrió todas las invasiones, no ciertamente sin ser modificada ó al menos habiendo perdido algo de su personalidad nacional. Tiene la fuerza invencible que da la paciencia, y el tiempo acaba por darle razón. Hasta fuera de China, allí

donde han arraigado las colonias chinas, se conservan crecientes, inasimilables, en medio de poblaciones heterogéneas, tratando siempre de agruparse, sea en un barrio distinto, sea en una ciudad se-

N.º 517. Pekin y el Mar Amarillo.



1 : 5 000 000

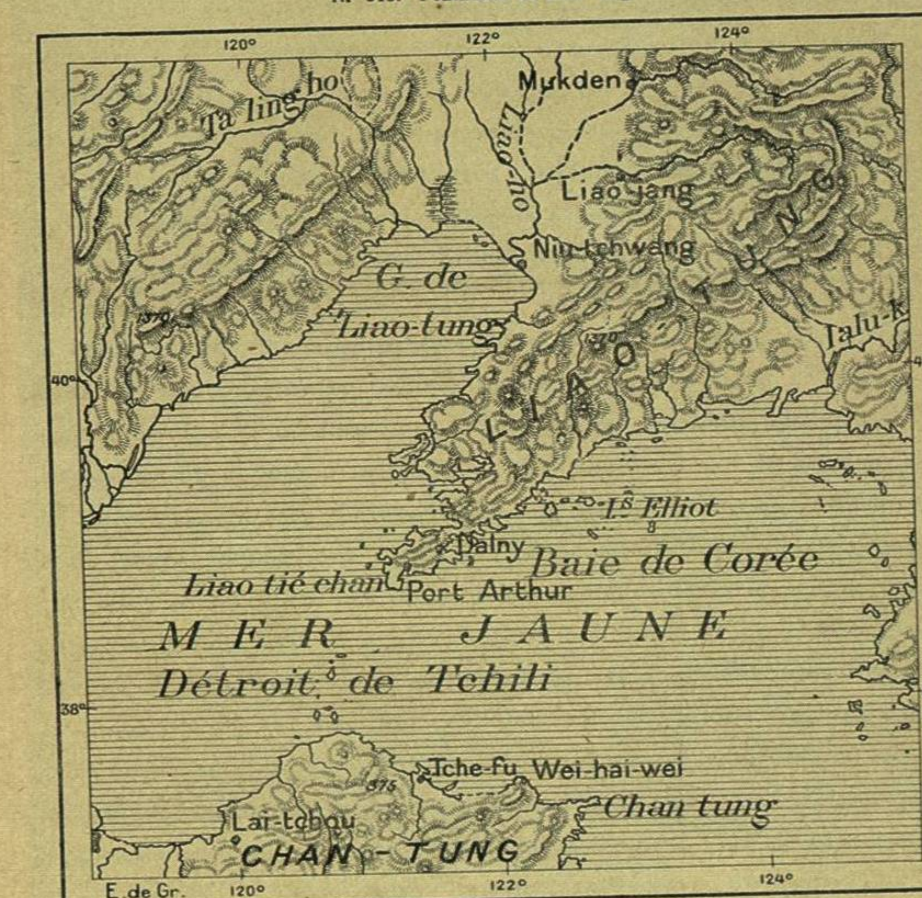
0 100 200 300 Kil.

La bahía de la parte inferior del mapa es la de Kiao-tcheou, concedida al gobierno alemán.

parada. Así, cerca de Saigon, los Chinos han construído las cabañas y las barracas de Cholon, una ciudad particular, que recorta una red de corrientes naturales y de canales en que hormiguean los juncos y barquillas. Allí están como en su país, y de seguro más sólidamente fijos que sus vecinos de Saigon, los funcionarios y soldados franceses.

Por lo demás, la prodigiosa fuerza de resistencia que presentan los Chinos á las tentativas de asimilación ejercidas contra ellos en el extranjero es un hecho tan bien conocido, que ha de verse en él

N.º 518. Península de Liao-tung.



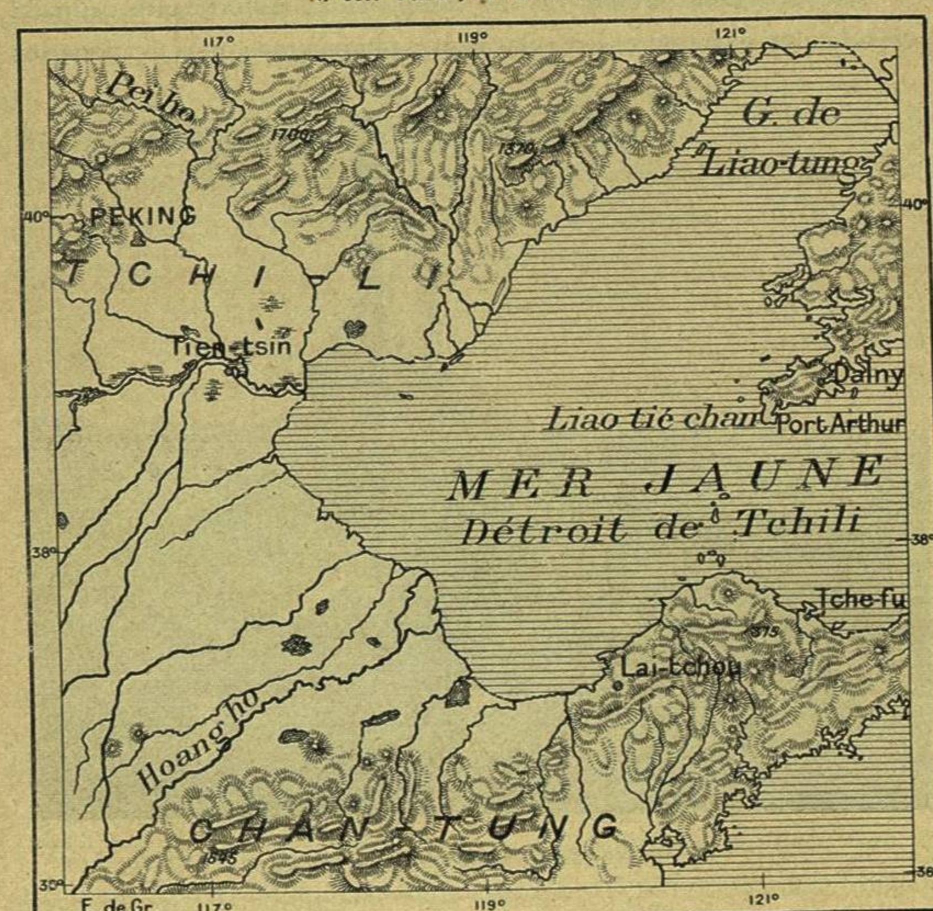
1 : 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

una de las causas del obstáculo que se opone á su residencia en los Estados Unidos y en Australia: se teme que en la concurrencia vital entre naciones la solidaridad de los instintos y de los intereses les dé demasiada preponderancia. Lo que constituye la fuerza de la China es precisamente su aparente tranquilidad. No tiene la cohesión política dada por la unidad de poder y por una rigurosa centralización, pero cada una de las células que componen el gran conjunto

donde han arraigado las colonias chinas, se conservan crecientes, inasimilables, en medio de poblaciones heterogéneas, tratando siempre de agruparse, sea en un barrio distinto, sea en una ciudad se-

N.° 517. Pekin y el Mar Amarillo.



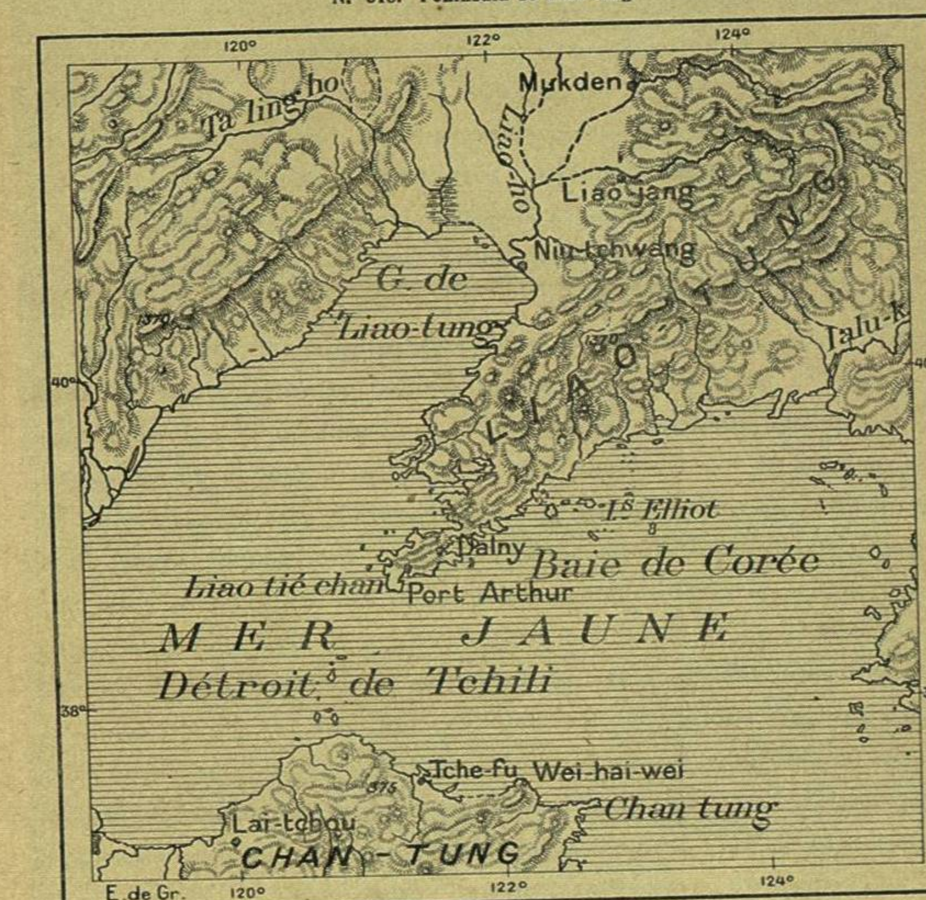
1 : 5 000 000
0 100 200 300 Kil.

La bahía de la parte inferior del mapa es la de Kiao-tcheou, concedida al gobierno alemán.

parada. Así, cerca de Saigon, los Chinos han construído las cabañas y las barracas de Cholon, una ciudad particular, que recorta una red de corrientes naturales y de canales en que hormiguean los juncos y barquillas. Allí están como en su país, y de seguro más sólidamente fijos que sus vecinos de Saigon, los funcionarios y soldados franceses.

Por lo demás, la prodigiosa fuerza de resistencia que presentan los Chinos á las tentativas de asimilación ejercidas contra ellos en el extranjero es un hecho tan bien conocido, que ha de verse en él

N.° 518. Peninsula de Liao-tung.



1 : 5 000 000
0 100 200 300 Kil.

una de las causas del obstáculo que se opone á su residencia en los Estados Unidos y en Australia: se teme que en la concurrencia vital entre naciones la solidaridad de los instintos y de los intereses les dé demasiada preponderancia. Lo que constituye la fuerza de la China es precisamente su aparente tranquilidad. No tiene la cohesión política dada por la unidad de poder y por una rigurosa centralización, pero cada una de las células que componen el gran conjunto

chino es semejante á las otras por su moral, sus tendencias y su vida. Cada grupo de familias piensa de la misma manera, se da el mismo ideal, opone á todo cambio la misma fuerza de resistencia. ¿Qué importa que un barco esté agujereado en un punto cualquiera de su carena, si todos los compartimentos son estancos [1]?

Hasta los Chinos del viejo tronco conservan todavía respecto del mundo exterior, inclusa Europa, su fuerza de iniciativa moral. A los ojos de esos filósofos conservadores, los extranjeros que les rodean no son necesariamente «bárbaros», como lo eran para los Griegos los que vivían fuera de su microcosmo helénico: ven en ellos hombres que no han comprendido todavía los principios sobre que reposa el «reino del Medio». El deber de los Chinos consiste, pues, en dar á sus vecinos la verdadera comprensión de las cosas, á la vez por la palabra y por el ejemplo. No es extraño que, guiados por esa teoría unitaria, los Chinos no conozcan la idea de «patria» á la manera de los Europeos y que ni siquiera tengan en su lengua una palabra para expresarla [2]. La verdadera patria es para ellos el conjunto del mundo donde se ha llegado á comprender, como ellos lo entienden, la constitución normal de la familia y de la sociedad.

Sin embargo, la movilidad creciente del individuo y el quebranto, la destrucción misma de las familias que es su consecuencia, presagian á las poblaciones del Extremo Oriente una revolución social y política mucho más profunda que la representada por los trastornos modernos de la Europa Occidental, producidos tras largos siglos de cambios graduales. La civilización de China y de las comarcas que se hallan bajo su dependencia moral, tales como el Tonkin y la Cochinchina, reposan absolutamente sobre la unidad de la familia, objeto de un verdadero culto: la familia china, tal es la religión de los Chinos, tal es también la razón de ser de su vida política. La municipalidad es sencillamente una federación de familias, lo mismo que el Estado es una federación de municipalidades. De ahí esa prodigiosa fuerza de resistencia que la civilización oriental presenta á los ataques de los innovadores, al impulso de los millonarios, de los mercaderes y de los conquistadores venidos de las comarcas occi-

[1] Marcel Monnier, *Le tour d'Asie, l'Empire du Milieu.*
[2] Léon de Rosny, *Publ. de la Soc. d'Ethnographie.*

dentales. Y, sin embargo, cederá, porque no está de acuerdo con las nuevas condiciones que le presenta el medio.



POSADA CHINA. — LA COMIDA DE LOS COOLIS
Dibujo de G. Courtellement.

Es cierto que la civilización china se ha sobrevivido parcialmente y que el pueblo se halla, por consiguiente, en estado de

regresión, estado manifiesto por la prodigiosa red de supersticiones en que los «Hijos de Han» se han dejado encerrar, y que no ha cesado de aumentarse con la sucesión de las edades. El Chino no tiene la libertad mental del hombre que posee la plenitud de la confianza en sí mismo y que siente la alegría de la acción. Está aprisionado en sus prácticas «como la crisálida en sus capullos». No se atreve á obrar: cada uno de sus actos debe regularse por un adivino, por uno que le diga la buena ventura; se hace dirigir por la geomancia, la necromancia, las mil figuras fugitivas del aire y de las aguas; los despreocupados no lo son más que en apariencia, y aunque afectando indiferencia se guardarán mucho de ejecutar una acción en un lugar, un tiempo ó una compañía prohibidos por los presagios. Tal es la razón por la que los Chinos faltan frecuentemente á las citas dadas; lo sienten mucho y se acusan los primeros, pero el destino les impide cumplir su palabra: no pueden correr á una desgracia que tienen por segura [1].

Los viajeros que han estudiado las costumbres chinas hablan con asombro en su mayor parte de la superstición de los indígenas, como si la gran mayoría de los Europeos no estuviese acerca de supersticiones en el mismo punto, ó al menos muy parcialmente despojada de las mismas alucinaciones y de las mismas prácticas. La principal diferencia en las supersticiones del Oriente y del Occidente consiste en que las primeras están «desnudas» puede decirse; los Chinos no las rodean de un sistema de ceremonias religiosas dirigidas por un clero oficial; pero que se reciban los amuletos de un sacerdote reconocido ó de un necromántico encerrado en una caverna, el resultado es el mismo: de una parte y de otra, de la vestidura ó de la medalla, del fragmento de jade ó de un hueso se espera la salvación. La estampilla es distinta, pero el Europeo como el Chino se entregan al miedo, y, dejando de razonar, recurren á toda clase de fetiches para hacerse proteger contra la mala suerte.

Otra diferencia de detalle entre las supersticiones orientales y las supersticiones occidentales es que las de los Chinos son más naturalistas que las de los Europeos. Los fantasmas, que tan gran

[1] Marcel Monnier, *Le Tour d'Asie, l'Empire du Milieu*, ps. 360, 361.

papel desempeñan en la mitología cristiana, sea como diablos, sea como aparecidos ó duendes, son menos temidos en China, probablemente porque el culto de los antepasados, sostenido con el mayor cuidado, ha pacificado el país. Los abuelos no pueden quejarse de sus hijos, que les aseguran tumbas bien conservadas y ricas ofrendas; pero las fuerzas de la Tierra, siempre misteriosas y terribles, pueden ser frecuentemente ofendidas sin que el hombre, tan débil ante esas potencias, sepa cuál ha sido su crimen: de ahí costosas ceremonias, frecuentes oraciones y prácticas de toda especie, para las cuales no se consulta á sacerdotes propiamente dichos, sino á geomancios, hidromancios, astrólogos, mil charlatanes, más ó menos sinceros, equivalentes al clero. Los grandes fetiches que se trata de conjurar á toda costa son los del *feng-choui*, «el aire y el agua», el conjunto de todas las condiciones del medio y el gran dragón, ó sea la tierra viviente con todo lo que se mueve en su superficie y en sus profundidades [1]. Para vivir en armonía con esas fuerzas, para rimar sus propias manifestaciones, cada uno de los actos de su vida con los fenómenos de la Naturaleza, sería necesario poseer todas las ciencias, y el Chino, lo mismo que los demás hombres, no las posee: no tiene más que el empirismo, más ó menos fundado sobre una cierta experiencia de las cosas.

Algunos escritores han emitido la opinión que Chinos y Occidentales permanecen mutuamente impenetrables en su modo de sentir y de pensar: todo acuerdo aparente ha de ser forzosamente un equívoco, puesto que las palabras mismas son intraducibles de lengua á lengua. Esto es verdad parcialmente, pero sólo por un tiempo entre todos los pueblos, entre todas las comunidades distintas. La comprensión recíproca, primeramente imposible, después difícil, incompleta y falaz, acaba por ser completa entre individuos, primero excepcionales, después cada vez más numerosos, representantes avanzados de su tipo de raza, de nación ó de profesión especial. A medida que los puntos de contacto se multiplican, aumenta la comprensión mutua: se llega á penetrarse recíprocamente, no sólo por el pensamiento, sino también por el instinto. Pero se necesita que haya

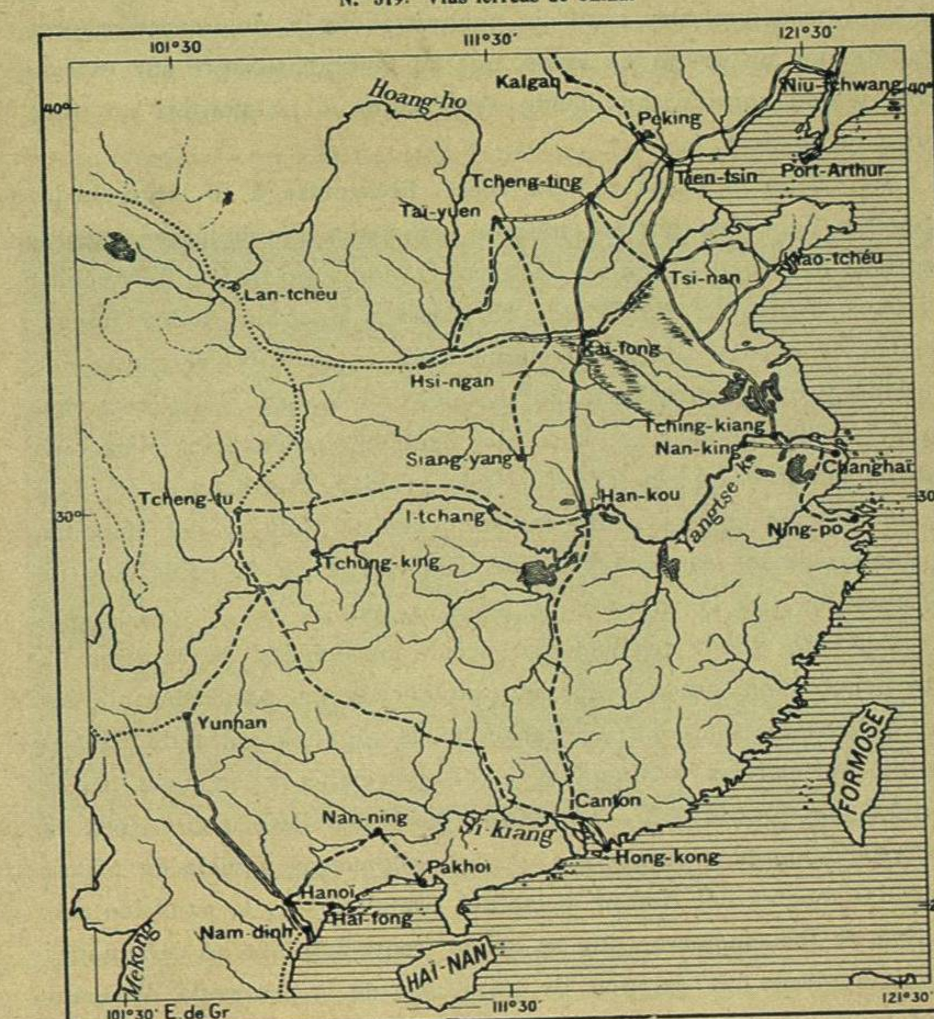
[1] M. J. Matignon, *Superstition, Crime et Misère en Chine*, p. 6 y siguientes.

simpatía, atractivo natural: el mercader que no ve en sus transacciones con el indígena más que los taels que piensa ganar, el misionero que se limita á bautizar á los moribundos para enviarlos á la gloria, el militar que gana la cruz atravesando vientres de Poussahs no harán nada útil para la penetración mutua de los genios de Oriente y de Occidente y su fusión en una comprensión superior verdaderamente humana. La industria europea que conquista China hará mucho más para producir más íntima unión, porque á obreros chinos se confía la conservación y el uso de esos aparatos revolucionarios llamados buques de vapor, locomotoras, dinamos. Además, la ciencia, la verdadera, la que observa, experimenta y compara, penetra en las escuelas chinas. Los geógrafos de la Flor del Medio se resignan á creer que la China no constituye por sí sola casi todo el mundo habitable y que los «bárbaros» no ocupan en ella más que los «rincones». Todos los que estudian cambian la orientación de su pensamiento y la amplitud de su horizonte: á las obras de Confucio y de otros filósofos morales, unen el estudio de los economistas y de los sabios modernos de Occidente, llegando hasta reformar su práctica médica, aunque los médicos de Europa no puedan todavía enseñarles métodos seguros para el tratamiento de los casos particulares. Todo cambia y se transforma: la música de nuestros artistas europeos, á la que se creía que los Chinos eran absolutamente rebeldes, ha acabado por triunfar de su atavismo, y Cantón, Changhai, Fu-tcheu aprecian ya muy juiciosamente la «música del Porvenir».

De las potencias que se disputan actualmente los jirones del territorio chino, sólo hay en realidad dos cuyas anexiones puedan ser consideradas como capaces de reamasar la población local hasta el punto de absorberla en una nacionalidad diferente. Estas dos potencias son Rusia y Japón, cuyos imperios confinan con el del Medio, y que por la penetración constante de los inmigrantes y de las costumbres y además por los matrimonios llegan á transformar los anexionados hasta en su conciencia política. Semejante resultado no puede obtenerse evidentemente con la ambición de Francia, por mucha que sea la extensión que puedan alcanzar un día sus empresas sobre las provincias meridionales: súbditos chinos seguirán siendo Chinos. La Gran Bretaña, á pesar de toda su influencia

desde el punto de vista del equilibrio comercial, no piensa en anglicanizar á los Chinos, á los cuales la mayor parte de sus colonias

N.º 519. Vías férreas de China.



D'apres Chine et Belgique

CAMINOS DE HIERRO

explotados; en construcción; en proyecto; futuros

1 : 20 000 000

0 200 600 1200 Kil.

El Yang-tsé es muy difícilmente navegable entre I-tchang y Tchung-King; así se explica la necesidad de una vía férrea paralela á la corriente del gran río.

cierran sus puertas. Los Estados Unidos, por la misma razón, no quieren asociarse en China á esos mismos hombres á quienes su

política ofende tan gravemente en el territorio de la Unión Americana. Por último, Alemania, por bien disciplinados que sean sus funcionarios y sus soldados, no cambiará los Chinos en Germanos: no será más que una potencia conquistadora y dominante, representada por un grupo de amos, que se tendrán siempre por extranjeros y que continuarán siendo aborrecidos si su política no toma dirección distinta.

En cuanto á Rusia es otra cosa. Preséntase á lo largo de las fronteras de China por los mismos caracteres que le hacen asemejarse al ingenio del Medio; llega con todos sus rebaños de pueblos asiáticos, Buriates y Mandchues, Kirghizes y Mongoles, todos descendientes de hordas que reconocieron antes el señorío del emperador amarillo y que se prosternan hoy ante el czar blanco. La alianza material, íntima, popular, se hace fácilmente por todos esos elementos étnicos, mientras que la influencia rusa propiamente dicha es debida á la colonización agrícola sobre las márgenes del Adur y del Oussouri, al trazado de los caminos y de los ferrocarriles, á la edificación de las ciudades y á la apertura de las escuelas.

Del lado donde producía su acción más eficaz, el carácter de esta penetración gradual ha sido modificada en parte durante los dos últimos años (1905). El recuerdo de algunos miles de Chinos atados por parejas y ahogados en Blagovetchensk en 1904 no se borrará tan pronto entre los Hijos de Han. Pero sobre toda la periferia mongola y turkestana — 2,500 kilómetros á vista de pájaro entre las fuentes del Amour y las del Amudaria —, la situación respectiva de los elementos que se hallan frente á frente no debe haber cambiado desde las derrotas de los Rusos en la península de Liaotung y en el valle del Liao-ho. De una parte y de otra del límite oficial, poblaciones de la misma naturaleza entran en el círculo de la civilización rusa.

El Japón, en sus relaciones con China, posee ventajas análogas. Formosa, las islas Kiu-Kiu y las Pescadores, conquistas recientes de los Japoneses, se unen al imperio del Sol Levante de la misma manera que las grandes islas propiamente llamadas japonesas se unen las unas á las otras, y los Japoneses que se introducen en gran número en esas tierras conquistadas, tienen, merced á su

cultura superior, un gran ascendiente de asimilación sobre las poblaciones nativas. Actualmente trabaja el Japón para obtener el mismo resultado en China, hasta haciéndose instructor é iniciador, haciéndose indispensable como intérprete allí de la civilización europea. Trata de acomodarse tan bien al nuevo orden de cosas, que acecha la ocasión de anexionarse fácilmente una buena parte de China, ó unirse con ella en una confederación del Oriente, bastante



Cl. P. Sellier.

ESCUELA JAPONESA BAJO EL ANTIGUO RÉGIMEN

poderosa para contrabalancear los Estados del Occidente. Entre los extranjeros que se precipitan actualmente hacia China, se cuentan los Japoneses en mayor número, y de las escuelas japonesas salen principalmente los alumnos chinos para estudiar las ciencias de Europa. ¿Quién puede asegurar que en esas escuelas los amarillos de China no aprenderán á ser soldados como lo han llegado á ser los amarillos del Japón? Por desgracia es demasiado fácil, por medio de una educación al revés, conducir un ciudadano pacífico hacia la vida brutal de la animalidad primitiva, es decir, convertir labradores en militares. Los «Hijos del cielo» dicen de sus soldados que son «tigres de papel», mas, por poco que se les ayude, puede

política ofende tan gravemente en el territorio de la Unión Americana. Por último, Alemania, por bien disciplinados que sean sus funcionarios y sus soldados, no cambiará los Chinos en Germanos: no será más que una potencia conquistadora y dominante, representada por un grupo de amos, que se tendrán siempre por extranjeros y que continuarán siendo aborrecidos si su política no toma dirección distinta.

En cuanto á Rusia es otra cosa. Preséntase á lo largo de las fronteras de China por los mismos caracteres que le hacen asemejarse al ingenio del Medio; llega con todos sus rebaños de pueblos asiáticos, Buriates y Mandchues, Kirghizes y Mongoles, todos descendientes de hordas que reconocieron antes el señorío del emperador amarillo y que se prosternan hoy ante el czar blanco. La alianza material, íntima, popular, se hace fácilmente por todos esos elementos étnicos, mientras que la influencia rusa propiamente dicha es debida á la colonización agrícola sobre las márgenes del Adur y del Oussouri, al trazado de los caminos y de los ferrocarriles, á la edificación de las ciudades y á la apertura de las escuelas.

Del lado donde producía su acción más eficaz, el carácter de esta penetración gradual ha sido modificada en parte durante los dos últimos años (1905). El recuerdo de algunos miles de Chinos atados por parejas y ahogados en Blagovetchensk en 1904 no se borrará tan pronto entre los Hijos de Han. Pero sobre toda la periferia mongola y turkestana — 2,500 kilómetros á vista de pájaro entre las fuentes del Amour y las del Amudaria —, la situación respectiva de los elementos que se hallan frente á frente no debe haber cambiado desde las derrotas de los Rusos en la península de Liaotung y en el valle del Liao-ho. De una parte y de otra del límite oficial, poblaciones de la misma naturaleza entran en el círculo de la civilización rusa.

El Japón, en sus relaciones con China, posee ventajas análogas. Formosa, las islas Kiu-Kiu y las Pescadores, conquistas recientes de los Japoneses, se unen al imperio del Sol Levante de la misma manera que las grandes islas propiamente llamadas japonesas se unen las unas á las otras, y los Japoneses que se introducen en gran número en esas tierras conquistadas, tienen, merced á su

cultura superior, un gran ascendiente de asimilación sobre las poblaciones nativas. Actualmente trabaja el Japón para obtener el mismo resultado en China, hasta haciéndose instructor é iniciador, haciéndose indispensable como intérprete allí de la civilización europea. Trata de acomodarse tan bien al nuevo orden de cosas, que acecha la ocasión de anexionarse fácilmente una buena parte de China, ó unirse con ella en una confederación del Oriente, bastante



Cl. P. Sellier.

ESCUELA JAPONESA BAJO EL ANTIGUO RÉGIMEN

poderosa para contrabalancear los Estados del Occidente. Entre los extranjeros que se precipitan actualmente hacia China, se cuentan los Japoneses en mayor número, y de las escuelas japonesas salen principalmente los alumnos chinos para estudiar las ciencias de Europa. ¿Quién puede asegurar que en esas escuelas los amarillos de China no aprenderán á ser soldados como lo han llegado á ser los amarillos del Japón? Por desgracia es demasiado fácil, por medio de una educación al revés, conducir un ciudadano pacífico hacia la vida brutal de la animalidad primitiva, es decir, convertir labradores en militares. Los «Hijos del cielo» dicen de sus soldados que son «tigres de papel», mas, por poco que se les ayude, puede

hacerse de ellos «tigres verdaderos» [1]. He ahí un peligro inminente en caso de nuevos conflictos.

Suele repetirse que los Japoneses han sabido imitar maravillosamente á los Europeos en las formas exteriores de la civilización, pero que el fondo de la naturaleza japonesa desde el punto de vista moral no se ha modificado en nada. Tales afirmaciones no pueden sostenerse ante el examen de los hechos, porque entre los cambios realizados hay muchos que atestiguan una concepción muy diferente de las antiguas ideas respecto al ideal de la sociedad. Algunas revoluciones análogas por los efectos presuponen evoluciones previas que han seguido de una parte y de otra, en Europa y bajo el «Sol Levante», la misma marcha en los ánimos. Así la destrucción del régimen feudal no puede csnsiderarse como una vana imitación. Una transformación política y social de tal importancia, originada en gran parte entre aquellos mismos que más habían de sufrir personalmente sus consecuencias, no hubiera podido realizarse si no hubiera correspondido á un movimiento interior de la nación. Otro tanto debe decirse de la abolición de la servidumbre, revolución cuyos efectos directos fueron directamente sentidos por dos millones de hombres y que cambió profundamente las condiciones de existencia para toda la masa proletaria.

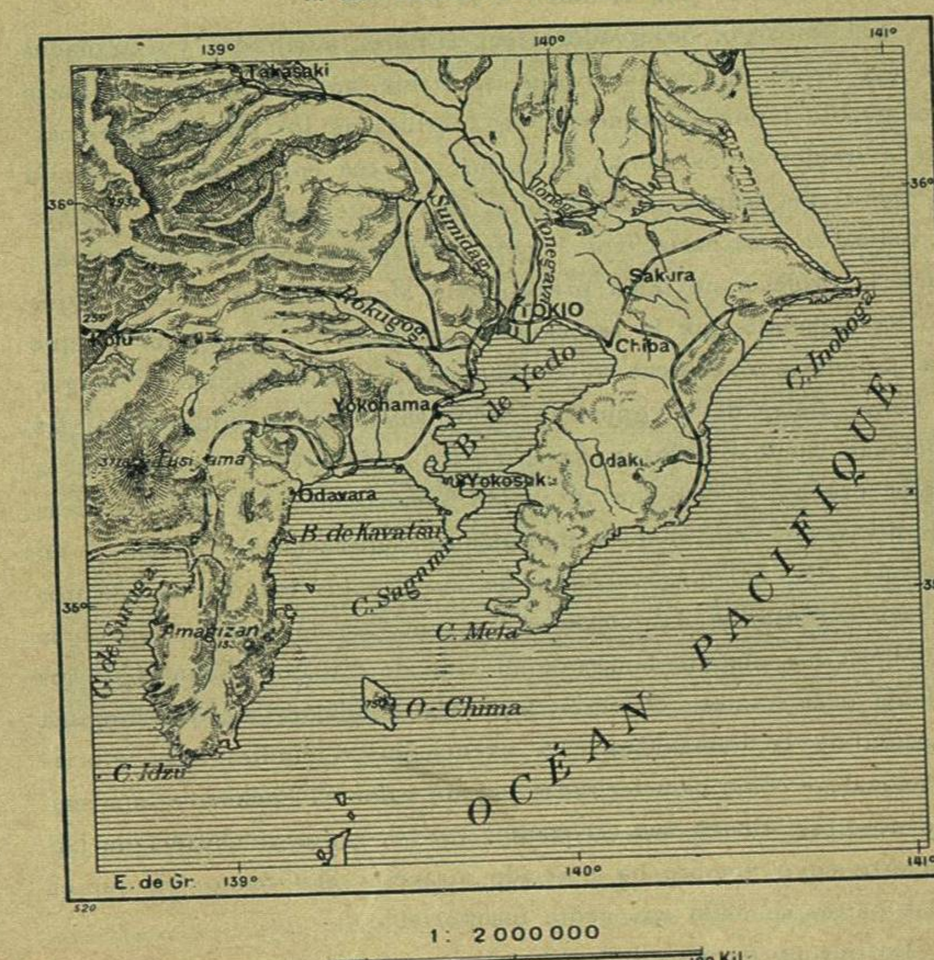
Un paralelismo histórico de los más notables ha hecho de la emancipación de los siervos en el Japón el equivalente de acontecimientos análogos realizados en Rusia y en los Estados Unidos de América, de donde partió, en 1853, la expedición del comodoro Perry, forzando en nombre del comercio mundial la apertura de los puertos japoneses. El fenómeno de una contemporaneidad casi rigurosa en la misma revolución social, la liberación de los esclavos en Rusia, en los Estados Unidos y en el Japón, países tan lejanos unos de otros, tan diferentes por su pasado y por el genio natural de los habitantes, atestiguan un impulso general que arrastra al mundo entero en una misma dirección. Sin embargo, hay que reconocer que en esa revolución los Japoneses sobresalieron en espíritu de justicia, puesto que completaron la libertad de los campesinos

[1] Félix Régamey, *Humanité Nouvelle*, Septiembre 1900, p. 290.

con la distribución de tierras y con una organización completa de la instrucción pública, aplicable á cada ciudad, á cada grupo de casas.

No hay duda que semejantes cambios no son de aquellos que pueden disminuir la importancia hasta compararlos á la adopción de

N.° 520. Yokoama y sus inmediaciones.



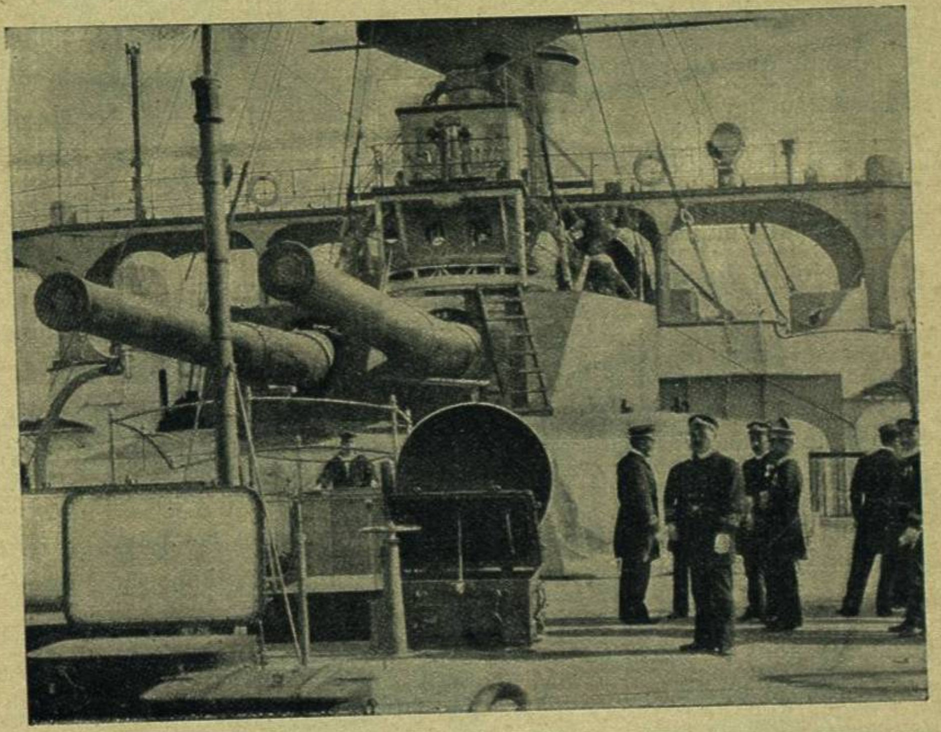
trajes nuevos, ó á la substitución del taraceo por vestidos europeos. Si la evolución japonesa se hubiera limitado á esas formas exteriores, éstas, sin gran significación especial, hubieran podido atribuirse á un exceso colectivo de vanidad, á una fiebre epidémica de la moda; pero á las modas nuevas, que, por lo demás, no se verifican sin un trabajo intelectual correspondiente, se añaden otros cambios

que afectan á lo más íntimo que existe en la manera de sentir y de pensar y hasta de apasionarse. El ejemplo más notable de esa renovación del Japón consiste en el abandono de la costumbre del *harakiri* ó suicidio por punto de honor con que los nobles japoneses se entretenían con feroz orgullo, y que han tenido la prudencia de no reemplazar por el duelo á la francesa.

Sin embargo, observadores superficiales, admirados y extrañados de esa fiebre de imitación que se había apoderado de una parte del pueblo japonés después de la apertura de los puertos al comercio extranjero, nos habían predicho que ese entusiasmo no duraría y que el día menos pensado todas esas gentes de raza aina, malaya ó polinesia desecharían con horror las importaciones de otras razas; pero la profecía no tenía probabilidad alguna de realización, lo que no ha impedido que la reacción se produzca, en el sentido de que los Japoneses obedezcan al antiguo exclusivismo nacional y tengan á honor alejar de su gobierno todos sus antiguos educadores: les conviene caminar solos y desechar los andadores. ¿No es esa la mejor prueba de que han aprendido bien su misión y que las ideas adquiridas no son simples puerilidades superficiales? Saben, á no dudarlo, que las observaciones de sus sabios, los descubrimientos de sus naturalistas, las construcciones de sus ingenieros son obras de buena ley, dignas de figurar al lado de trabajos análogos de los émulos occidentales. Además tienen la debilidad, de que ninguna fracción de la humanidad está exenta, de reivindicar sus glorias «nacionales» como caracterizadas por un valor excepcional; lo mismo que nosotros, tienen sus arrogantes *jin-go*, grotesca chusma de jactanciosos cuyo nombre ha merecido atravesar el Océano, ya que en todas partes se halla esa gente insoportable.

Lo que no permite dudar de que las transformaciones políticas y sociales del Japón son verdaderamente cambios definitivos, que no pueden retroceder, es que han pasado, por decirlo así, por la prueba del fuego. Los elementos de renovación han tropezado contra una reacción formidable, y no han podido triunfar sino por guerras intestinas, de revoluciones y contrarrevoluciones. La resistencia de los *daismio* ó señores feudales y de los nobles ó *samourai* duró una quincena de años, desarrollándose con una soberbia amplitud de epopeya

y rompiendo absolutamente los moldes tradicionales de la sociedad de la Edad Media. Esos son hechos consumados sobre los cuales no ha de volverse ya. Se vió una cosa que antes hubiera parecido monstruosa: matrimonios de clases distintas, escuelas donde se sentaban juntos hijos de nobles é hijos de obreros que estudiaban la



UN BUQUE DE GUERRA JAPONÉS

solución de los mismos problemas. El sentimiento del honor, simbolizado por la etiqueta, por las prácticas reglamentadas, de tal manera se hubiera sentido ofendido en los Japoneses del antiguo régimen, que no hubieran vacilado en abrirse el vientre antes que justificar con su presencia la posibilidad de semejantes abominaciones.

Hay un arte de origen europeo, el arte monstruoso de la guerra, en el que los Japoneses se han mostrado brillantísimos discípulos. Pronto aprendieron á manejar los fusiles y los sables, á cargar y á disparar el cañón, á maniobrar sobre el terreno, á equipar y á dirigir los buques de guerra, y eran ya maestros en la ciencia del gran exterminio cuando se les creía aún en el período del aprendizaje.

Aquel pueblo, en el que sobrevive todavía el viejo instinto de los piratas malayos, honra á los capitanes prusianos y otros que les han adiestrado militarmente. Los Chinos pacíficos desprecian precisamente á los insulares del Japón á causa de su espíritu belicoso y los llaman *Ou-hang* ó «Brutos», acusándoles de no saber bien más que dos cosas, dar sablazos y «hacer pum», ó sea disparar armas de fuego [1]. En efecto, durante la guerra de 1895 experimentaron sobre sí mismos que no se habían equivocado acerca de los talentos homicidas de sus rivales. Y, juzgados por los prácticos y los estratégicos, los oficiales japoneses se han mostrado, por la precisión y la solidaridad de sus movimientos y por las combinaciones sabias de sus operaciones, muy superiores á aquellos á quienes se había confiado antes el manejo de los grandes ejércitos en los Balkanes y en Francia.

Es de temer, por estar aún tan sometidos los hombres á la locura de los odios nacionales, que esos alineadores de soldados y apuntadores de cañón hayan de probar todavía su ciencia, mas la susceptibilidad de Rusia sobre su frontera de Extremo Oriente está adormecida por la renovación que se produce en sus provincias europeas.

Japoneses y Chinos quedan solos frente á frente en Mandchuria; en cuanto á los habitantes de Corea, es natural que deberían pertenecerse y no tener ni temer amos del Sud ni amos del Norte, pero, acostumbrados á una servil obediencia á sus propios funcionarios y empleados imperiales, no son un pueblo. No hay duda que Corea es una individualidad geográfica bien determinada por su forma peninsular y por los macizos montañosos que la separan de Mandchuria. Natural hubiera sido que se constituyera en Estado distinto ó al menos que recobrase su unidad nacional después de haberla perdido provisionalmente por las invasiones armadas. Por otra parte, Corea presenta rasgos particulares que la expusieron en todo tiempo á grandes peligros políticos y á la pérdida ó á la disminución de su independencia. Como Italia, á la que el Cho-sen ó «País de la Paz Matinal» se parece por su forma, sus dimensiones, su clima, sus productos y sus buenos puertos, la península coreana es muy larga en proporción de su anchura, y las elevaciones montañosas de sus

[1] Villetard de Laguérie, *La Corée*, p. 16.

«Apeninos» la dividen en cuencas separadas donde han solido acantonarse príncipes en lucha; también, como en Italia, los ricos valles de la Corea del centro y del mediodía han atraído á los invasores del Norte, nómadas más prácticos en el oficio de la guerra que los pacíficos Coreanos; por último, China, con su inmenso territorio, su población superabundante, su antigua civilización y la superioridad de su industria, había de ejercer sobre Corea gran fuerza de atracción y aun reducirla á la condición de vasalla. Durante los períodos históricos que favorecieron la potencia exterior del Japón, Corea se halló solicitada por dos fuerzas que obraban en sentido contrario: los dos grandes imperios, el continental y el insular, se disputaban la tutela del Estado interpuesto. El predominio perteneció más frecuentemente á China.

De hecho, por la inmigración continua de los Japoneses, lo mismo que por el éxito de sus armas, el Imperio del Sol Levante se ha asegurado últimamente la posesión de Corea, pero en los territorios limítrofes la cuestión se complica con todos los elementos étnicos y sociales que obran en el resto del mundo y que pueden favorecer á uno ó á otro de los rivales. Las naciones tienen conciencia de la solidaridad de los intereses de Europa y de Asia y el menor movimiento hace vibrar á la vez á toda la humanidad.



ÍNDICES

ALFABÉTICO

DE LOS MAPAS

Y DE LAS MATERIAS DEL QUINTO TOMO

ÍNDICE ALFABÉTICO

de los nombres propios contenidos en el tomo V

Los nombres de pueblos están en letra **negra**; los de autores, personajes históricos, etc., en *cursiva;* los de países, montañas, ciudades, etc., en carácter común ó redondo.

Las cifras rectas se refieren al texto, las inclinadas ó de cursiva, indican que el nombre correspondiente está localizado en un mapa en la página indicada.

A

Aar, río, *65*.
Aarau, loc., *65*.
Abbas chah., 514.
Abd-el-Kader, 131.
Abd-ul-Aziz, 245.
Abd-ul-Hamid, 245, 504.
Abel, 200.
Abisinia, ter., *285*, 307, 408.
Abkhasia, ter., 496.
Abkhazes, 352, 496, *497*, 498.
Abo, loc., *487*.
Abolicionistas,
Abos, loc., *363*.
Aboukir, loc., 72, *73*, 88.
Abruzzos, ter., *175*, 422.
Acheville, loc., *379*.
Achurada, islote, 516.
Ackerman, loc., 169, *491*.
Aconcagua, monte, *107*.
Acrópolis de Atenas, 81, 381.
Adana, loc., *253*, *503*.
Adda, río, 65, *174*.
Aden, loc. y golfo, *253*, 291, 412, 516.
Adige, río, *174*, *343*.
Adighés, 496, *497*.
Adis Abeba, loc., *291*.
Adour, río, *37*, 222, 369.
Adriático, mar, 256, *283*, 284, *343*, 423, 450, 466.
Adua, loc., 246, *291*.
Aezcoa, valle, 340.
Afchar, 521.
Afghanistán, ter., 170, *297*, 307, 518, 524, 526, 536.
Afghanes, 296.
Africa, 62, 72, 130, 156, 201, *203*, 204, 210, 246, 247, 251, 252, 286, 288, 290, 291, 292, 343, 371, 408, 409, 431, 445, 450, 472.
Africa meridional, 62, *263*.
Africanos, 201, 209, 258, 278, 289.
Africa occidental, 431.
Africa oriental, *291*.
Africa septentrional, menor, 292, 316, 401, 402, 442, 448.
Agadir, loc., *295*.
Agassiz (Sra.), 191.
Agde, loc., 370.
Agram, loc., 141, *147*, *481*.
Aho Juhani, 494.
Aigün, loc., 172.
Ain, río, *17*.
Aïn-fouka, *véase* Castiglione.
Aïno, 525.
Aïn-sefra, *449*, 454.
Aïntab, *503*.
Aire-sur-la-Lys, 385.
Aisne, río, *47*.
Aix-en-Provenza, loc., 15.
Akabah, loc. y golfo, *73*.
Ak-hissar, loc., *503*.
Akmolinsk, loc., *531*.
Akra, loc., *285*.
Alabama, río y ter., 85, *221*, 232.
Alaï, monte, 512.
Alameda, loc., *375*.
Alaska, ter., 244, *318*.
Alazan, valle, 499.
Albaneses, 115, 116, 346, 414, 468.
Albania, *113*, *283*, 343, 424.
Albenga, loc., 69.
Alberta, ter., 506.
Albertville, loc., *329*, *333*.
Albigenses, 433.
Albión, *véase* Gran Bretaña.
Alejandría, loc., *73*, 245, 252, 290, 325, 372, 381, 408, *409*.
Alejandro de Macedonia, 71, 506.
Alejandro III, Rusia, 239, 242.
Alessandria, loc., *333*.
Alexandrette (golfo de), *503*.
Alexandrovsk, dos loc. dif., 486, *487*, *491*, 493.
Algeciras, loc., *95*, 97, 425.
Argel, loc., *67*, *89*, 98, 128, *129*, 131, *285*, *409*, 447, 448, *449*, 451.
Argelia, ter., 88, 130 á 132, 262, 281, 292, 431, 443, 447, 448, 451, 452, 454.
Argelinos, 451.
Algonquines, 353.
Alicante, loc., 276.
Allard, 439.
Alleghanies, montes, 212, 230.
Alemania, 46, 64, 136, 142 á 145, *147*, 175, 197, 220, 255, 258, 259, 260, 261, 262, 264, 265, 286, 294, 297, 300, 343, 344, *345*, 346, 401, 402, 403, 412, 422, 424, 436, 437, 455, 458, 462, 463, 464, 465, 466, 468, 471, 473, 474, 476, *483*, 492, 494.
Alemanes, 27, 28, 41, 57, 66, 141, 144, 145, *159*, 198, 215, 216, 246, 256, 269, 301, 328, 404, 412, 456, 457, 468, 477, 479, 484, 488, 492, 493, *497*, 528.
Alemanes de Austria, 256.
Alfonso XII, España, 276.

Allier, río, *329*.
Alma, río, 169.
Almería, loc., 276.
Alófilos, 92, 479, 488.
Alpes, mont., 36, 47, 66, 68, 69, 149, 251, 256, 315, 331, 332, 334, 338, 342, 367, 394, 466, 488.
Alsacia, Alsacia-Lorena, 260, 264.
Alsacianos, 344.
Altaï, monte, 525, 529, *531*.
Alto Atlas, monte, *295*.
Altona, loc., *365*, *413*.
Altos Alpes, 218.
Alutienas, islas, 191, 351.
Amadeo de Saboya, 245, 259.
Amagizan, mont., *549*.
Amalecitas, 346.
Amarillo, río, 536.
Amarillos, 528.
Amasia, loc., *503*.
Amazonia, ter., 316.
Amberes, loc., *47*, 341, *345*, *365*, 368, *373*, *465*, 471, 422.
Amboise, loc., 366.
América, 55, 98, 109, 110, 134, 154, 155, 176, 177, 199, 216, 222, 265, 300, 301, 303, 304, 380, 385, 431.
América boreal, 351.
América central, *101*, 222, 352, 403.
América española, latina, meridional, 75, 100, *101* á 105, 151, 200, *203*, 216, 219, 237, 341, 352, 454.
Americanos, 214, 265, 301, 353, 404, 477, 522.
América septentrional, de los Estados Unidos, 75, 200, 214, 237, 251, 349, 352.
Amerindianos, 200.
Amiens, loc., 80.
Amoï, loc., 182, *183*.
Amru, 252.
Amsterdam, loc., 62, *67*, 69, 341, *345*, 472.
Amu daria, río, *297*, *510*, *517*.
Amundsen, 133.
Amur, río, 171, 530.
Anadyr, río, 171.
Anahuac, ter., 104.
Ananiev, loc., *491*.
Anatolia, *véase* Asia Menor.
Ancona, loc., 70 *174*.
Andermatt, loc., *65*.
Andes, mont., 81, 99, 105.
Andrinópolis, loc, *113*, *283*.
Angara, río, *531*.
Ange, río, *17*.
Angers, loc., *45*.
Anglesey, isla, *125*, *369*.
Anglo-Americanos, 101, 234, 352.
Anglo-Sajones, 403, 404.
Anglo-Sajonia, 402.
Angola, loc, 289.
Angulema, loc., 366.
Annam, ter., 245, *298*, 431.
Annay, loc., *379*.
Annemasse, loc., *329*.
Annenkov (gen.), 498.
Annobon, isla, 426.
Antártida, ter., 317, *318*.
Antietam, loc., 227.
Antillas, islas, 17, 76, 84, *101*, 104, 108, 126, 202, 258, 303, 352, 403, 429.
Antioch, loc., *375*.
Aosta, loc., *329*, *333*.
Apeles, 402.
Apeninos, mont., 553.
Appenzell, loc., *55*.
Apulia, *175*.
Aquitania, ter., 370.
Arabes, 414, 443, 445, 447, 448, 450, 452, 453.
Arabia, ter., *517*.
Arabkir, loc., *503*.
Aral, lago, *510*, *517*.
Aragra, río, 495.
Aragoneses, 330.
Arapghir, loc., *503*.
Ararat, mont., 516, *517*.
Araucanos, 109, 353.
Araxa, río, *517*.
Arbéroué, ter., *37*.
Arbus, loc., *363*.
Arcachón, loc., 369.
Archipiélago Francisco-José, polar, siberiano, *318*.
Archipiélago japonés, 188.
Archipiélago oceánico, 265.
Archipiélago Parry, *133*.
Archipiélago turco, 116, 504.
Arces, loc., *362*.
Arcole, loc., *89*.
Arc-Senans, loc., *329*.
Artida, ter., *318*, 325.
Ardeneses, 261.
Ardenes, mont. y ter., 36, 330.
Ardouin Dumazet, 339.
Aressy, loc., *363*.
Argelos, loc., *363*.
Argentina, ter., 81, *101*, 105.
Argentinos, 105.
Argón, río, *171*.
Argos, loc., 114.
Arkansas, río y ter., 205, *221*.
Ariège, río, 367.
Aristóteles, 402, 438.
Arles, loc., 371.
Arleux-en-Gohelle, *379*.
Armatoles, 112.
Armenia, ter., 410, 414, 430, 502, *503*, 514, 516, 525.
Armenios, 284, 306, 405, 406, 410, 411, 412, 430, 468, 479, 496, *497*, 500, 501, 502, 503, 504, 507.
Armentieres, loc., *387*.
Arona, loc., *329*.
Arno, río, 174.
Arnos, loc., *363*.
Arras, loc, *379*.
Arsamas, loc., *491*.
Arsinoe, golfo de, 252.
Artiguelonne, río, *363*.
Artix, loc., *363*.
Arve, río, *65*.
Arios, *497*, 507.
Ascensión, isla, *203*. 479, 525.
Asia, 62, 92, 118, 134, 181, 184, 199, 200, 247, 252, 286, 296, 297, 300, 403, 409, 413, 422, 431, 482, 488, 495, 505, 506, 507, 513, 515, 518, 520, 526, 528, 530, 534.
Asia central, 527.
Asia menor, 116, 284, 297, 402, 405, 504, 509, 536.
Asia oriental, *véase* Extremo Oriente.
Asiates, Asiáticos, 96,
Aspern, *véase* Essling.
Aspromonte, mont, *175*, 198.
Assab, loc, *291*.
Asseline (Luis), 160.
Assiut, loc., *73*.
Assur, ter., 514.

Asterabad, loc., *510*, *517*, 521.
Astis, loc., *363*.
Astrakhan, loc., *483*, *497*.
Asunción, loc., *101*, 105.
Atacama, des., 106.
Atbara, río, *291*.
Atchinos, 468.
Atenas, loc, 81, *113*, *283*, 342, 384, 388, *409*, 416.
Athis, loc., *379*.
Athys (Alfredo), 330.
Atlanta, loc., *221*.
Atlántico, *45*, 86, 202, 215, 217, 230, *231*, 251, 254, 290, *369*, 370, 422, 442, 443, 450, 453, 460, 461, 473, 485, 530.
Atlas, monte, 453.
Atrek, río, *517*, *521*.
Aubertin, loc, *363*.
Aubin, loc., *363*.
Auby, loc., *379*.
Auch, loc., *335*.
Aude, río, 370.
Auerstadt, loc., 80.
Anguelongue, loc., *363*.
Augusta, loc., *419*.
Augusto, 57, 59.
Aunay, loc., *362*.
Auribat, loc., *37*.
Ausseveieille, loc., *363*.
Austerlitz, loc., 80, 88, *89*.
Australasia, 349.
Australia, 472, 539.
Australianos, 264, 522.
Austria-Hungría, *véase* Austria y Hungría.
Austria, ter., 9, 44, 61, 68, 70, *89*, 94, 120, 122, 132, 144, 146, *147*, 150, 198, 220, 244, 255, 256, 259, *283*, 284, *345*, 401, 403, 412, 436, 464, 466, 467, 480, *483*, 492.
Austriacos, 68, 142, 144, 215, 216, 482.
Auvernia, ter., 432.
Auverñates, 432.
Autonesado, ter., 51.
Auxonne, loc., *267*.
Avares, *497*.
Avely, loc., *363*.
Aviñon, loc., *333*, 371.
Avion, loc., *379*.
Avola, loc., *419*.
Avril (A. de), 148.
Ax, loc., *335*.
Ayacucho, loc., 108.
Aymaras, 109.
Ayr, loc., 10.
Azara (Félix de), 100.
Azerbeidjan, ter., *517*, 521.
Azores, islas, 302.
Azorianos, 222.
Aztecas, 108.

B

Babel, *véase* Babilonia.
Bab-el-Mandeb (estr.), *291*.
Babilonia, loc. y ter., 59, 325, 358, 359, 361, 380, 509, 514.
Babilonios, 437.
Bâbis, 520.
Babœuf (Fr. Em. Gracchus), 10, 11, 53, 54.
Bachkirs, 93.
Bacon (Roger), 136.
Bactriana, ter, *510*, 514.
Baden, ter., *63*, *65*, 142.
Badenses, 158, 248.
Bafélé, loc. 287.
Baffin, 124.
Bagdad, loc., 516 *517*, 524.
Bagneres, loc., *335*.
Bagshot (W.), 124.
Bahía, loc., 201, 202, *203*.
Baïbourt, loc., *503*.
Bahía de Baffin, *133*, *318*.
Bahía de Corea, *539*.
Bahía de Hudson, *133*.
Babía de S. Francisco, *375*.
Bahía de San Pablo, *375*.
Baïkal, loc. *171*, 530, *531*.
Bailén, loc., 80.
Bailleul-sir-Berthoult, loc., *379*.
Baja Navarra, ter., *37*.
Bajina-Bachta, loc., 332.
Baks, 522.
Bakounine (Miguel), 22, 118, 250.
Baku, loc., *497*, 511, *517*.
Balaklava, loc., *169*.
Baleares, islas, *409*, 442.
Bali, isla, 471.
Balkach, lago, 509, *510* *531*.
Balkanes, Balkania, montes y ter., 282, 284, 403, 415, 467, 479.
Balleny, isla, *319*.
Baloutches, 296.
Basilea, loc, *47*, *55*, 64, *329*, 367.
Balta, loc., 491.
Baltimore, loc., 231.
Báltico, mar, 171, 430, 463, 465, *483*, 485, 493.
Bambas, 289.
Bamberg, loc., 396.
Bamian, col., *297*.
Bangkok, loc., *191*, *298*.
Bapaume, loc., 244, *267*.
Barbate, río, 95.
Barbier (Aug.), 358.
Barcelona, 58, 248, *335*, 429.
Barcelonnette, loc., *333*.
Barcelonetas, 218.
Bardonneche, loc., *333*, 334.
Barétous, ter., 340.
Barka, ter., *409*.
Barking, loc., *323*.
Barmania, ter., 297, *298*.
Barmen, loc,, *365*.
Barnet, loc., *323*.
Barnstaple, loc., *369*.
Barrow-in-Furness, loc., 351, 382.
Bartel (Anton.), 160.
Barzan, loc., *362*.
Basilicata, ter., 175, 422.
Bassorah, loc., 516, *517*.
Bassuto, 468.
Bastilla en París, 11, 15, 18, 23, 25, 27, 28, 61, 74, 94.
Bata, loc., *285*.
Bathurst, cabo, *285*.
Batna, loc., 448, *449*.
Batum, loc., 284, *409*, *497*, 498, 500, *503*.
Bávaros, 144.
Baviera, ter., 68.
Baylongue, río, *363*.
Bayona, loc., *37*, 80, 90, *335*.
Bayreuth, loc., 396.
Bazaine (mar.), 263, 264.
Beaconsfield (lord), 284.
Beaucaire, loc., 371.
Beaumont, loc., *379*.
Beaune-la-Rolande, *267*.
Beaupréau, loc., *45*.
Beccaria, 66.
Bedford, loc., *125*.
Beduinos, 156, 406.
Beecher-Stowe (Sra.), 210
Beechy Island, *133*, 134.
Beer (de), 464
Beethoven (Ludw.), 10
Beïrut, loc., 73, 140, 406.

Belfast, loc., 365.
Belfort, loc., 267, 329.
Belgas, 281.
Bélgica, ter., 46, 61, 83, 121, 122, 136, 294, 330, 339, 345, 392, 401, 437, 468, 470, 471, 472, 537.
Belgrado, loc., 159, 283, 345, 480.
Bellegarde, loc., 329.
Belle-Isle, isla francesa, 45, 369.
Belle-Isle, estrecho americano, 461.
Bellingshausen (De), 318.
Bellinzona, loc., 65.
Bellone, loc., 189, 379.
Beluchistan, ter., 297.
Bem (gen.), 160.
Bender, loc., 283, 517.
Bengalis, 194.
Bengkalis, loc., 189.
Benicia, loc., 375.
Berbera, loc., 285, 291, 516.
Bérard (Víctor), 99, 116, 504.
Berditchev, loc., 490.
Bereberes, 292, 448, 453.
Bereland, ter., 373.
Beresina, río, 81.
Bergen op Zoom, loc., 373.
Bering, estr., 134.
Berkeley, loc., 375.
Berlín, loc., 10 67, 89, 141, 144, 151, 245, 247, 260, 284, 285, 339, 345, 350, 365, 374, 409, 455, 457, 465, 472, 475, 481.
Berna, loc., 65, 67, 267, 306, 329, 345, 349, 437.
Berneuil, loc., 362.
Besançon, loc., 18, 21, 47, 65, 264, 267, 329.
Bessarabia, ter., 283, 284, 413.
Besingrand, loc., 363.
Bertaux (J.), l. s.
Bestrugef-Roumin, 119.
Beuy-Menderez, río, 113.
Beyric, loc., 363.
Béziers, loc., 370.
Bhamo, loc., 298.
Bhutan, ter., 307.
Biache Saint-Vincent, loc., 379.
Biblis, loc., 503.
Biblis, loc., 410.
Bidasoa, río, 37, 261.
Bielostok, loc., 490.
Bienne, río, 17.
Bienne, loc., 65.
Bilbao, loc., 437.
Billingshausen, 318.
Billy, dos loc. dif., 363, 379.
Bingerville, loc., 285.
Biredjik, loc., 503.
Birkenhead, loc., 365.
Birket-Kerun, loc., 73.
Birmingham, loc., 365.
Bishop (Isabel), 535.
Bismarck, 255, 258, 259, 266, 274, 284, 344, 424.
Bissao, loc., 285.
Bitche, loc., 267.
Bizanos, loc., 267, 363.
Bizerta, loc., 421, 451.
Bjærnson (Bjærnstjerne), 477.
Blackburn, loc., 365.
Blagovetchensk, loc., 171.
Blanc (Luis), 20, 34.
Blancos, 488.
Blancos-Rusos, 481.
Blantyre, loc., 285.
Bled-el-Maghzen, ter., 295.
Bled-es-Siba, ter., 295, 296
Blezer, 211.
Blida, loc., 129.
Bloch (Juan de), 93.
Boazon, loc., 363.
Bochum, loc., 365.
Boers, Boeren 290.
Bogopol, loc., 491.
Bohemia, 147, 345.
Bohemios, 146.
Boileau, 138.
Bois, loc., 362.
Bois-Bernard, loc., 379.
Boisjolin (Jacques de), 30.
Boisy-Notre-Dame, loc., 379.
Bokhara, loc., 297, 508, 509, 510, 512, 517.
Bokhariotas, 508.
Bolivar, 81, 106, 107, 109.
Bolivia, ter., 101, 353.
Bolonia, loc, 140, 343.
Boma, loc., 285.
Bomarsund, isla, 171.
Bomba, loc., 253, 408, 409,
Bombay, loc, 193, 253, 254, 409, 524.
Bonaparte (José), 90.
Bonaparte (Nap.), 67, 69 á 73, 80, 83 á 86, 90 á 93, 96, 97, 102, 118, 119, 281, 304.
Bona, loc., 445, 448, 449
Bonpland, 100.
Bonvouloir (Achard de), 36.
Boothia, península, 133.
Boqueto de los Patos, loc., 107.
Burdeos, loc., 279, 335, 396, 368, 372, 378.
Borkum, isla, 362.
Borny, loc., 92, 244.
Borneo, ter., 471.
Bosniacos, 159.
Bosnia, ter., 283, 284, 413.
Bósforo, estr., 113, 412, 485, 516.
Boston, loc., 209, 210.
Botzaris, 342.
Bouchir, loc., 515, 516, 517.
Boufarick, loc., 129.
Bougarber, loc., 363.
Bougie, loc., 448, 449.
Bouillon, loc., 47.
Boulogne-sur-Mer, loc., 81, 140.
Boumourt, loc., 363.
Bourdaloue, 252.
Bourges, loc., 264, 266, 267, 329.
Bourla-Papey, 22.
Bourneville, loc., 393, 394.
Bournos, loc., 363.
Boutmy (Emilio), 232.
Boutenac, loc., 362.
Borbones, 94, 123.
Boxers, 246.
Brabante, ter., 373, 469.
Bradford, loc., 365.
Brahmaputra, río, 316.
Braine l'Alleud, loc., 469.
Brandisi, loc., 409.
Brasil, ter., 74, 81, 83, 101, 110, 200, 202, 203, 246, 293, 353.
Brebieres, loc., 379.
Breckon, ter. y Brecknock, loc., 125.
Brenner, loc., 343.
Brema, loc, 341, 362, 465.
Bremerhafen, loc, 362.
Bremgarten, loc., 65.
Brescia, loc, 65, 142, 343.
Breslau, loc., 345, 464, 465.
Bressiure, loc., 45.
Brest, loc. 45, 369.
Brest-Litovsk, loc, 490.
Bretaña, ter., 22, 23, 30, 36, 145, 436.
Bretones, 347, 353, 477.

Briançon, loc., 331, 333, 334, 335.
Briançonnesado, ter., 331.
Briansk, loc., 491.
Brie, loc., 362.
Brigton, loc., 365.
Brigue, loc., 329.
Brisac, loc., 47.
Bristol, loc., 369.
British Museum, en Londres, 73.
Brookfarm, loc., 155.
Brooklyn, loc., 399.
Bromley, loc., 323.
Brown (John), 197, 199, 211, 212, 213.
Bruce (Will), 318.
Brück, 265.
Brügg, loc., 65.
Brujas, loc., 373.
Brünn, loc., 159, 345, 481.
Bruselas, loc., 47, 82, 267, 329, 341, 350, 365, 373, 380, 437, 469.
Buca, loc., 285.
Bucarest, loc., 283.
Buccheri, loc., 419.
Buckle, 135.
Budapest, loc., 142, 147, 159, 283, 345, 391, 465, 468.
Buena Esperanza, *véase* Cabo.
Buenos Aires, loc. y ter., 74, 80, 101, 103, 105, 355.
Búffalo, loc., 386.
Bug, río, 169, 483.
Bugeaud (gen.), 443.
Bukarest, loc., 345.
Búlgaros, 414, 415, 417, 480, 481, 497.
Bulgaria, ter., 245, 246, 283, 284, 413, 496, 504.
Buluwayo, loc., 285.
Bull Run, loc., 197, 224 231.
Buonarotti (Phil.), 53 54.
Burgewine, 184.
Burke, 214.
Buriatos, 525.
Buriatos, 525.
Burton (Rich.), 203.
Burnley, loc., 365.
Burns (Rob.), 10.
Burnside, loc., 227, 229.
Buscemi, loc., 419.
Byron, 81, 114.
Bizancio (Imperio de), 114, 453
Bizantinos, 453.

C

Cabet, 155.
Cabinda, loc., 285.
Cabo Blanco, 203.
Cabo Bon, 421.
Cabo Charles, 231.
Cabo de Buena Esperanza, 62, 71, 253, 254, 289, 524.
Cabo Haitiano, 75, 84.
Cabo Henri, 231.
Cabo Norte, 473, 487.
Cabo Verde, 203.
Cádiz, loc., 81, 95, 97, 98, 241, 245, 295.
Cadoudal (Geor.), 44
Caen, loc., 267.
Cagni, 318.
Caín, 200.
Cairo, loc., 404, 516.
Calabria, ter., 421, 422.
Calais, loc., 329, 534.
Calas, 18.
Calcutta, loc., 71.
Caldas, 100.
Caldeos, 405, 406.
California, ter., 352, 375.
Calonne (de), 9, 19.
Calvino (Juan), 19.
Callao, loc., 108.
Calloun, 206.
Cambios, loc, 363.
Cambodge, ter., 298, 431.
Cambresie, ter., 38.
Cambridge, loc., 10, 125.
Campania, ter., 175.
Campoformio, loc., 68, 69, 89.
Canadá, ter., 209, 325, 403.
Canaán, Cham ó Ham, 207.
Canadienses, 477.
Canal del Alto Deule, 379.
Canal de Bristol, 369.
Canal Kaiser Wilhelm, 463.
Canal marítimo de Manchester,
Canal Saint Georges, 369.
Canarias, islas, 288, 352, 426, 442.
Canicattini, loc., 419.
Cantín, cabo, 295.
Cantón, loc., 180 á 184, 197, 299, 545.
Canuts, 140.
Capeto (Luis), véase *Luis XVI*.
Capetown, loc., 253, 285.
Capo d'Istria, 115, 342.
Capri, isla, 489.
Carabobo, loc., 108.
Caracas, loc., 80, 81, 101, 103, 106.
Carcassonne, loc., 335, 381.
Cardiff, loc., 369.
Cardigan, loc., 125.
Caribes, 352.
Carinthie, ter., 343.
Carlistas, 123.
Carlsruhe, loc., 141, 147.
Carlos Alberto, Cerd., 150.
Carlos de Anjou, 260.
Carlos I, Inglaterra, 42, 120.
Carlos IV, España, 80, 90.
Carlos V, 98, 235, 881, 427.
Carlos X, Fran., 119 á 121.
Carmarthen, loc., 125.
Carnavon, loc., 125.
Carniole, ter., 343.
Carol (Juan), 498.
Carolinas, ter. de América, 221, 368, 370.
Carpatos, montes, 159, 464.
Carson City, 382.
Cartagena, loc. de España, 245, 275, 276, 277.
Cartageneros, 276.
Cartagena de las Indias, loc., 381.
Cartagineses,
Cartago, loc., 60, 422.
Carus (Paul), 200.
Casablanca, loc, 295.
Caspio, mar, 483, 495, 497, 508, 510, 513, 516, 517, 521, 525.
Cassavo, loc, 419.
Cassel, loc., 136.
Casteide, loc., 363.
Castelfidardo, loc., 174.
Castiglione, Ain-Fouca, loc., 443, 444.
Catalanes, 331.
Catana, loc, 421.
Catalina de Rusia, 118, 486.
Cáucaso, montes, 117, 238, 414, 489, 495, 496, 498, 505, 514, 517, 522.
Cáucaso iranio, montes, 510, 511, 512, 514, 517.
Caucasia, ter., 238, 495 506, 509.
Caucásicos, 497, 507.

Cavalesse, loc., 343.
Cavour, 172.
Cayena, loc., 101.
Cayez, l. s.
Cefalonia, 113.
Celebes, isla,
Celtas, 274.
Centtinje, loc., 283, 481.
Cerdeña, isla, 150, 409, 420, 421.
Cerro de Pasco, 372.
Cervera (alm.), 303.
César (Julio), 57, 71, 382.
Cescau, loc., 363.
Cette, loc, 370.
Ceuta, loc., 95, 294, 295, 453.
Cevennes, montes, 360, 370,
Chabaud (Em.), 218.
Chaberton, mont., 335.
Chacabuco, loc., 81, 106.
Chacow, 483.
Chalons-sur-Saône, loc., 329.
Chalosse, ter., 37.
Chambord (conde de), 280.
Chamil, 238.
Chamounix, loc., 329, 333,
Champagnolle, loc, 362.
Champery, loc., 299.
Champollion, 81.
Changhai, loc., 182, 183, 198, 299, 355, 545.
Chan-tung, ter. y cabo, 176, 538, 539.
Chao-hing, loc., 183.
Chapelier, 51.
Charing Cross, en Londres, 323.
Charlotemburgo, loc., 365.
Charleston, loc., 208, 221, 224, 335.
Chassin (Ch. L.), 25.
Chateaubriand, 10, 86.
Chateaudun, loc., 267.
Chatellerault, loc., 366.
Chatillon, loc., 45.
Chelet (Mich.), 58.
Chelif, río, 446, 449.
Chemac, loc, 362.
Chen-kia-tchao, col., 535.
Chen-si, ter., 183.
Cherburgo, loc., 120, 267.
Chermignac, loc., 362.
Chesapeake, río y bahía, 231.
Cheshire, ter., 125.
Cheshunt, loc., 323.
Chevrillon (Ad), 406, 407.
Cheyenne-City, 382.
Chiaramonte, loc., 419.
Chiavenna, loc., 65.
Chiba, loc., 549.
Chicago, loc., 306, 380.
Childa Inisseli, loc., 499.
Chile, ter., 81, 106, 222.
Chilka, río, 171.
Chima, 549.
Chinde, loc., 285.
China, ter., 60, 105, 143, 151, 176, 177, 184, 186, 188, 190 á 192, 197, 210, 246, 262, 297, 298, 300, 301, 302, 306, 307, 332, 349, 402, 479 506, 509, 512, 525, 527, 534, 536, 537.
Chinos, 176, 182, 184, 328, 403, 479, 488, 507, 521, 536, 538, 539 á 541.
Chipre, isla, 253, 284, 409,
Chios, isla, 107.
Chiras, loc., 515, 517, 521.
Chkipetars, 342.
Cholet, loc., 45.
Cholon, loc. 538.
Chosroes, 515.
Chuanes, 45.
Chun-king, loc, 535.
Church (gen.), 115.
Christin de Saint-Claude, 18.
Cíclades, islas, 113, 114. 504.
Cilicia, ter., 409.
Cincinati, loc., 221.
Cinco Villas, ter., 37.
Cingaleses, 151.
Cintra, loc., 80, 425.
Cipayos, 143.
Circaucausia, ter., 495, 509.
Cirenaica, ter., 405, 408, 409, 423.
Civita-Vecchia, loc., 142, 174.
Cize, ter., 37.
Clemente XIV, papa, 66.
Cles, loc., 343.
Clifford (Hugh.), 192.
Clipperton, isla, 101.
Coblenza, loc., 47, 78, 435.
Cochrane (alm.), 115.
Cocos, isla, 101.
Collado de Larche, *véase* Larche.
Colonia, loc., 47, 339, 345, 356, 437, 465.
Colón (Crist.). 108
Colombianos, 107.
Colón (D. Diego), 76.
Colombia, ter., 353.
Columbia, río, 86.
Comines, loc., 387.
Concarneau, loc., 369.
Conchinchina, 190, 191, 298, 431, 540.
Condé-sur-el-Escalda, 47.
Condé-sur-Vesgre, loc. 155.
Condorcet, 10, 328.
Cone (A.), 76.
Confederación germánica, 255, 256.
Confederación helvética, 65.
Confederados, Sudistas, 198, 222, 224, 229, 230.
Confucio, 544.
Congo, río y ter., 288, 289, 293, 431, 471, 472.
Congoleses, 468.
Connecticut, río, 232.
Conradino, 260.
Constanza, loc. y lago, 329, 465.
Constantino (gran duque), 117.
Constantina, loc., 169, 253, 448, 449.
Constantinopla, loc., 111, 113, 148, 282, 283, 409, 410, 430, 479, 481, 502, 503, 524.
Continentales, 81.
Cook (I.), 318, 320.
Cooper, 352.
Copenhague, 67, 80, 88, 345, 463, 465.
Coppet, loc, 17.
Corbehem, loc, 379.
Córcega, isla, 174, 409.
Corea, ter. y bahía, 171, 185, 187, 188, 189, 190, 332, 479, 488, 533.
Coreanos, 507.
Corfou, isla, 113.
Corinto, loc, 114, 384.
Cork, loc., 369.
Corme-Ecluse, 362.
Cornwall, ter., 125.
Corrientes, ter., 355.
Corthell (L.), 396.
Cortina, loc., 343.
Costa Rica, ter., 101, 104.
Costa del Oro, ter. africano, 202.
Cosacos, 92, 495, 499, 507, 513, 527.
Coubertin (Pedro de), 115.

Coulmiers, loc., 244, 267.
Courbet (Gust.), 270.
Courcelles, loc., 379.
Courchelette, loc., 379.
Courrières, loc., 379.
Courtrai, loc., 373, 387.
Cozes, loc., 362.
Cracovia, loc., 140, 146, 345, 481.
Craon, loc., 33.
Cravans, loc., 362.
Cremona, loc., 343.
Creta, isla, 113, 244, 246, 283, 309, 408, 409, 413.
Creusot, *véase* Le Creusot, 377.
Crewe, loc., 382.
Crimea, ter., 169, 238, 489, 500.
Cristinos, 123.
Croatas, 27, 141, 146, 159, 468, 480, 481, 482.
Croacia, ter., 147, 345.
Cromwell, 120.
Croydon, loc., 323.
Cruz, loc., 387.
Cuadrantes de Enderby, de Ross, de Victoria, de Weddall, 319.
Cuáqueros, 506.
Cuba, isla, 84, 101, 108, 244, 259, 277, 278, 302, 303.
Cubanos, 278, 302.
Cuiney, loc., 379.
Cuisinier (Luis), 287.
Cumberland, ter., 10, 125.
Cumbre, coll., 106, 107.
Cuneo, loc., 333.
Cuqueron, loc., 363.
Curlandia, ter., 345, 464.
Custozza, loc., 141, 147, 174, 244, 256.
Cuvier (Geog.), 10.
Cuxhaven, loc., 363.
Czartoryski, 122.

D

D'Aiguebelle, 184.
Dahomey, ter., 431.
Dalai-lama, 527.
Daliki, loc., 515
Dalny, loc, 533, 538, 539.
Dalmacia, ter., 284.
Daman-i-Koh, ter., 512.
Damasco, loc., 406, 409.
Damiette, loc., 73.
Danton, 40.
Danubio, río, 68, 144, 245, 283, 317, 332, 409, 465, 483, 490, 491.
Danzig, loc., 67, 465.
Dardanelos, estr., 113, 245, 412.
Dar-es-Salam, loc., 285.
Darial, col., 495.
Darío, 252, 514.
Darlington, loc., 81.
Darmouth, loc., 369.
Dartford, loc., 323.
Daru, 70.
Darwin (Carlos), 133, 135, 200.
Dax, loc., 37, 335.
David, 29.
Debdu, loc., 295.
Debidour (A.), 16.
Dekabristas, 82, 83, 117, 119.
Delaunay, 27.
Delaware, río y ter., 221, 231.
Delescluze (Carlos), 271.
Delfinado, ter., 23.
Delhi, loc., 192, 193, 524.
Deloche (A.), 11, 79, 83.
Demolins (Edmond), 218, 396, 438.
Denain-Dellays, 398.
Denbigh, loc, 125.
Dendre, río, 373.
Denguin, loc., 363.
Denver, loc., 382.
Derbent, loc., 497.
Derby, loc., 125, 365.
Devon, Devonshire, ter., 10, 124.
Dewey (Melvil), 350.
Dewey (alm.), 303.
Diablo, monte, 375.
Diarbekir, loc., 153, 410, 503.
Dickens (Carlos), 153.
Diderot, 118.
Dijon, loc., 267, 329.
Dindings, loc., 189.
Dinamarca, ter., 88, 126, 141, 198, 255, 345, 403, 464, 475, 476.
Dinamarqueses, 141, 146, 255, 344, 347, 475.
Djabadari, 505.
Djaliba, río, 203.
Djebel Marmoucha, 129.
Djehan, 193.
Djebel Tididjel, 129.
Djebel Zerousa, 129.
Djenghiz-khan, 507.
Djibouti, loc., 291.
Djohor, loc. y ter., 180.
Djordjatzé, 499.
Djuba, río, 291.
Djurdjura, montaña, 263, 447.
Dniepr, río, 169, 372, 409, 490, 491.
Dniestr, río, 169, 283, 483.
Dobrudja, ter., 283, 284, 332.
Dole, loc., 329.
Dolores, loc., 103.
Dollart, bahía, 363.
Domene, loc., 21.
Dominica, isla, 352.
Domo d'Ossola, loc., 329.
Don, río, 368, 483, 490, 491.
Don Carlos, 123.
Don Miguel (Port.), 124.
Donauschingen, 141, 147.
Dorchester, loc., 125.
Dordoña, río, 372.
Dorpat, loc., 345, 490, 493.
Dorset, ter., 125.
Dortmund, loc., 365.
Dos Sicilias, ter., 122, 197.
Douai, loc., 379.
Douarnenez, loc., 369.
Doubs, río, 47, 65, 329.
Doukhoborsi, 479, 497, 505, 506.
Doumy, loc, 365.
Dourges, loc., 379.
Douvre, loc., 340.
Dra, río, 295.
Drac, río, 21.
Drave, río, 151, 283, 343.
Dravidia, ter., 196.
Drazón, loc., 363.
Dresde, loc., 81, 147, 157, 345.
Dreyfus (Proceso Alfredo), 246, 401, 431.
Drin, río, 113
Drina, río, 332, 483, 488.
Drocourt, loc, 379.
Druses, 406.
Dryden, 224.
Dsungaria, ter., 296, 506.
Dublin, loc., 369
Dubois-Reymond, 442.
Ducos (Roger), 84.
Ducœurjoli, 76.
Dufour (Carlos), 392.
Duque de Angulema, 98.

Cavalesse, loc., 343.
Cavour, 172.
Cayena, loc., 101.
Cayez, l. s.
Cefalonia, 113.
Celebes, isla,
Celtas, 274.
Centtinje, loc., 283, 481.
Cerdeña, isla, 150, 409, 420, 421.
Cerro de Pasco, 372.
Cervera (*alm.*), 303.
César (*Julio*), 57, 71, 382.
Cescau, loc., 363.
Cette, loc, 370.
Ceuta, loc., 95, 294, 295, 453.
Cevennes, montes, 360, 370,
Chabaud (Em.), 218.
Chaberton, mont., 335.
Chacabuco, loc., 81, 106.
Chacow, 483.
Chalons-sur-Saône, loc., 329.
Chalosse, ter., 37.
Chambord (conde de), 280.
Chamil, 238.
Chamounix, loc., 329, 333,
Champagnolle, loc, 362.
Champery, loc., 299.
Champollion, 81.
Changhai, loc., 182, 183, 198, 299, 355, 545.
Chan-tung, ter. y cabo, 176, 538, 539.
Chao-hing, loc., 183.
Chapelier, 51.
Charing Cross, en Londres, 323.
Charlotemburgo, loc., 365.
Charleston, loc., 208, 221, 224, 335.
Chassin (Ch. L.), 25.
Chateaubriand, 10, 86.
Chateaudun, loc., 267.
Chatellerault, loc., 366.
Chatillon, loc., 45.
Chelet (Mich.), 58.
Chelif, río, 446, 449.
Chemac, loc, 362.
Chen-kia-tchao, col., 535.
Chen-si, ter., 183.
Cherburgo, loc., 120, 267.
Chermignac, loc., 362.
Chesapeake, río y bahía, 231.
Cheshire, ter., 125.
Cheshunt, loc., 323.
Chevrillon (Ad), 406, 407.
Cheyenne-City, 382.
Chiaramonte, loc., 419.
Chiavenna, loc., 65.
Chiba, loc., 549.
Chicago, loc., 306, 380.
Childa Inisseli, loc., 499.
Chile, ter., 81, 106, 222.
Chilka, río, 171.
Chima, 549.
Chinde, loc., 285.
China, ter., 60, 105, 143, 151, 176, 177, 184, 186, 188, 190 á 192, 197, 210, 246, 262, 297, 298, 300, 301, 302, 306, 307, 332, 349, 402, 479 506, 509, 512, 525, 527, 534, 536, 537.
Chinos, 176, 182, 184, 328, 403, 479, 488, 507, 521, 536, 538, 539 á 541.
Chipre, isla, 253, 284, 409,
Chios, isla, 107.
Chiras, loc., 515, 517, 521.
Chkipetars, 342.
Cholet, loc., 45.
Cholon, loc. 538.
Chosroes, 515.
Chuanes, 45.
Chun-king, loc, 535.
Church (gen), 115.
Christin de Saint-Claude, 18.
Cíclades, islas, 113, 114. 504.
Cilicia, ter., 409.
Cincinati, loc., 221.
Cinco Villas, ter., 37.
Cingaleses, 151.
Cintra, loc., 80, 425.
Cipayos, 143.
Circaucausia, ter., 495, 509.
Cirenaica, ter., 405, 408, 409, 423.
Civita-Vecchia, loc., 142, 174.
Cize, ter., 37.
Clemente XIV, papa, 66.
Cles, loc., 343.
Clifford (Hugh.), 192.
Clipperton, isla, 101.
Coblenza, loc., 47, 78, 435.
Cochrane (alm.), 115.
Cocos, isla, 101.
Collado de Larche, *véase* Larche.
Colonia, loc., 47, 339, 345, 356, 437, 465.
Colón (Crist.), 108.
Colombianos, 107.
Colón (D. Diego), 76.
Colombia, ter., 353.
Columbia, río, 86.
Comines, loc., 387.
Concarneau, loc., 369.
Conchinchina, 190, 191, 298, 431, 540.
Condé-sur-el-Escalda, 47.
Condé-sur-Vesgre, loc. 155.
Condorcet, 10, 328.
Cone (A.), 76.
Confederación germánica, 255, 256.
Confederación helvética, 65.
Confederados, Sudistas, 198, 222, 224, 229, 230.
Confucio, 544.
Congo, río y ter., 288, 289, 293, 431, 471, 472.
Congoleses, 468.
Connecticut, río, 232.
Conradino, 260.
Constanza, loc. y lago, 329, 465.
Constantino (gran duque), 117.
Constantina, loc., 169, 253, 448, 449.
Constantinopla, loc., 111, 113, 148, 282, 283, 409, 410, 430, 479, 481, 502, 503, 524.
Continentales, 81.
Cook (I.), 318, 320.
Cooper, 352.
Copenhague, 67, 80, 88, 345, 463, 465.
Coppet, loc, 17.
Corbehem, loc, 379.
Córcega, isla, 174, 409.
Corea, ter. y bahía, 171, 185, 187, 188, 189, 190, 332, 479, 488, 533.
Coreanos, 507.
Corfou, isla, 113.
Corinto, loc, 114, 384.
Cork, loc., 369.
Corme-Ecluse, 362.
Cornwall, ter., 125.
Corrientes, ter., 355.
Corthell (L.), 396.
Cortina, loc., 343.
Costa Rica, ter., 101, 104.
Costa del Oro, ter. africano, 202.
Cosacos, 92, 495, 499, 507, 513, 527.
Coubertin (Pedro de), 115.

Coulmiers, loc., 244, 267.
Courbet (Gust.), 270.
Courcelles, loc., 379.
Courchelette, loc., 379.
Courrières, loc., 379.
Courtrai, loc., 373, 387.
Cozes, loc., 362.
Cracovia, loc., 140, 146, 345, 481.
Craon, loc., 33.
Cravans, loc., 362.
Cremona, loc., 343.
Creta, isla, 113, 244, 246, 283, 309, 408, 409, 413.
Creusot, *véase* Le Creusot, 377.
Crewe, loc., 382.
Crimea, ter., 169, 238, 489, 500.
Cristinos, 123.
Croatas, 27, 141, 146, 159, 468, 480, 481, 482.
Croacia, ter., 147, 345.
Cromwell, 120.
Croydon, loc., 323.
Cruz, loc., 387.
Cuadrantes de Enderby, de Ross, de Victoria, de Weddall, 319.
Cuáqueros, 506.
Cuba, isla, 84, 101, 108, 244, 259, 277, 278, 302, 303.
Cubanos, 278, 302.
Cuiney, loc., 379.
Cuisinier (Luis), 287.
Cumberland, ter., 10, 125.
Cumbre, coll., 106, 107.
Cuneo, loc., 333.
Cuqueron, loc., 363.
Curlandia, ter., 345, 464.
Custozza, loc., 141, 147, 174, 244, 256.
Cuvier (Geog.), 10.
Cuxhaven, loc., 363.
Czartoryski, 122.

D

D'Aiguebelle, 184.
Dahomey, ter., 431.
Dalai-lama, 527.
Daliki, loc., 515.
Dalny, loc, 533, 538, 539.
Dalmacia, ter., 284.
Daman-i-Koh, ter., 512.
Damasco, loc., 406, 409.
Damiette, loc., 73.
Danton, 40.
Danubio, río, 68, 144, 245, 283, 317, 332, 409, 465, 483, 490, 491.
Danzig, loc., 67, 465.
Dardanelos, estr., 113, 245, 412.
Dar-es-Salam, loc., 285.
Darial, col., 495.
Darío, 252, 514.
Darlington, loc., 81.
Darmouth, loc., 369.
Dartford, loc., 323.
Daru, 70.
Darwin (Carlos), 133, 135, 200.
Dax, loc., 37, 335.
David, 29.
Debdu, loc., 295.
Debidour (A.), 16.
Dekabristas, 82, 83, 117, 119.
Delaunay, 27.
Delaware, río y ter., 221, 231.
Delescluze (Carlos), 271.
Delfinado, ter., 23.
Delhi, loc., 192, 193, 524.
Deloche (A.), 11, 79, 83.
Demolins (Edmond), 218, 396, 438.
Denain-Dellays, 398.
Denbigh, loc, 125.
Dendre, río, 373.
Denguin, loc., 363.
Denver, loc., 382.
Derbent, loc., 497.
Derby, loc., 125, 365.
Devon, Devonshire, ter., 10, 124.
Dewey (Melvil), 350.
Dewey (alm.), 303.
Diablo, monte, 375.
Diarbekir, loc., 153, 410, 503.
Dickens (Carlos), 153.
Diderot, 118.
Dijon, loc., 267, 329.
Dindings, loc., 189.
Dinamarca, ter., 88, 126, 141, 198, 255, 345, 403, 464, 475, 476.
Dinamarqueses, 141, 146, 255, 344, 347, 475.
Djabadari, 505.
Djaliba, río, 203.
Djebel Marmoucha, 129.
Djehan, 193.
Djebel Tididjel, 129.
Djebel Zerousa, 129.
Djenghiz-khan, 507.
Djibouti, loc., 291.
Djohor, loc. y ter., 180.
Djordjatzl, 499.
Djuba, río, 291.
Djurdjura, montaña, 263, 447.
Dniepr, río, 169, 372, 409, 490, 491.
Dniestr, río, 169, 283, 483.
Dobrudja, ter., 283, 284, 332.
Dole, loc., 329.
Dolores, loc., 103.
Dollart, bahía, 363.
Domene, loc., 21.
Dominica, isla, 352.
Domo d'Ossola, loc., 329.
Don, río, 368, 483, 490, 491.
Don Carlos, 123.
Don Miguel (Port.), 124.
Donauschingen, 141, 147.
Dorchester, loc., 125.
Dordoña, río, 372.
Dorpat, loc., 345, 490, 493.
Dorset, ter., 125.
Dortmund, loc., 365.
Dos Sicilias, ter., 122, 197.
Douai, loc., 379.
Douarnenez, loc., 369.
Doubs, río, 47, 65, 329.
Doukhoborsi, 479, 497, 505, 506.
Doumy, loc, 365.
Dourges, loc., 379.
Douvre, loc., 340.
Dra, río, 295.
Drac, río, 21.
Drave, río, 151, 283, 343.
Dravidia, ter., 196.
Drazón, loc., 363.
Dresde, loc., 81, 147, 157, 345.
Dreyfus (Proceso Alfredo), 246, 401, 431.
Drin, río, 113.
Drina, río, 332, 483, 488.
Drocourt, loc, 379.
Druses, 406.
Dryden, 224.
Dsungaria, ter., 296, 506.
Dublin, loc., 369.
Dubois-Reymond, 442.
Ducos (Roger), 84.
Ducœurjoli, 76.
Dufour (Carlos), 392.
Duque de Angulema, 98.

Duque de Brunswick, 9, 98.
Duque de Enghien, 80.
Du sburgo, loc., *365*.
Dulcigno, loc., *283*.
Dumont (Arsene), 438, 440, 441.
Duna, río, *483*, *490*, *491*.
Dunkerque, loc., 339, 341, 441.
Dupont, 79.
Durance, río, *333*.
Duret (Teófilo), 48.
Durham, loc. y ter., *125*.
Dusseldorf, loc., *365*.
Duveyrier, 293.
Dyle, río. *373*.

E

East river, *399*.
Ebro, río, 91, *335*, 367.
Echallens, loc., *65*.
Echelles de Planpinet, coll., *333*, 334.
Eckmuhl, loc., 81.
Ecuador, ter., *101*.
Ecuatorianos, 108.
Edimburgo, loc., 10, 389, 390, 462.
Efraim, 347.
Egeo, mar, *113*, *283*, 518.
Eghin, loc., *503*
Egipto, ter., 11, 60, 70, 72, 74. 79, 83, 92, 114, 132, 245, *253*, 290, 405, 408, *409*.
Egipcios, 405, 468.
Ehstas, 493.
Ehstonia, ter., 464
Eider, río, 344, *463*.
Einsideln, loc , *65*.
Elam, ter., 513. 522.
Elamitas, 405.
Elba. río, 92, 157, 255, *463*, 464. *465*.
Elba, isla, 92, *174*.
Elberfeld, loc., *365*.
El Cairo, loc., *73*. *285*, 380.
Eleu-dit-Lauwette, loc, *397*.
Elis Island, *399*
Elisabethgrad, *véase* Yelisabethgrad.
Elgólea, loc., *449*.
Elmina, loc., 202, *203*.
Emden, loc., *463*, 464
Ems, loc., *463*.
Enfield, loc., *323*.
Engelberg, loc., *65*.
Entre-dos-mares, ter., 372.
Entrerríos, ter., *355*.
Enzeli, loc., 517.
Eparques, loc., *362*.
Epidauro, loc., 114.
Epiro, ter , 112, 416.
Epping, loc., *323*.
Epsom, loc., *323*.
Erebus, volcán, 135, *319*
Erith, loc., *323*.
Eritrea, ter., *291*, 294, 343.
Erivan, loc., *497*
Erquelines, loc , *379*.
Erzendjan, loc., *503*.
Erzerum, loc., 410, *497*, *503*.
Escalda, río, *47*, *373*.
Escandinavos, 216, 403, 475, 476.
Escandinavia, ter., *318*, 344, 401, 473, 477.
Escoceses, 216, 220, 325.
Escocia, ter., 316, 462, 484.
Eslavos, 1.6, 148, 216, 281, 342, 346, 467, 480, *481*, 482, *497*, 528.
Eslavos occidentales, 480, 482.
Eslavia, 146, 344.
Eslovacos, 146, 151, 346, 468, *481*.
Eslovenos, 146, 468, *481*.
Esquerchin, loc., *379*
Esquilo, 402
Esquimales, 350, 351.
España, ter., 68, 69, 76, 81, 83, 88, 90 á 92, 96, 98, 102, 105, 110, 123, 150, 214, 221, 234, 245, 247, 258, 275, 277, 278, 285, 292. 294. 302, 371, 420, 424, *425*, 426, 427, 437, 453, 537.
Españoles, 75, 76, 97, 99, 104 á 106, 200, 216, 247, 278, 292, 352, 443, 448, 470.
Española, isla, 76, 108.
Espichel, cabo, *425*.
Esquerchines, loc.,
Essen, loc., *365*, 372, 392.
Essling, loc., 81, 89.
Essex, ter., *125*.
Estocolmo, ter., *345*.
Estrasburgo, *47*, *63*, *89*, *267*, *329*, 350, 384.
Estiria, ter., *343*.
Estrées, loc., *379*.
Estuario Platense, 422.
Estado independiente del Congo, *285*.
Estados Chan, *298*.
Estados de la Iglesia, pontificios, 122, 197.
Estados Unidos, 62, 74, 75, 85, 86, 100, 136, 137, 154, 176, 185, 197, 201, 204, 205, 208, 213, 216, 219, 220, 221, 228, 232, 237, 244, 248, 277. 300, 301, 302, 316, 341, 404, 429, 460, 539.
Etaing, loc., *379*.
Etampes, loc., 366.
Etchmiadzin, loc., 500, *503*.
Etiopía, ter., 290, 294. 422.
Etna, volcán, 420, *421*.
Etolia, ter., 417.
Eubea, isla, *113*.
Eufrates, río, 380, 406, *409*, *503*, 516, *517*.
Eupatoria, loc., *167*, 197.
Eurasia, 532.
Eure, río y ter., 438.
Europa, de 11 á 316, *passim*, 342, 343, 349, 354, 372, 398, 399. 402, 403, 408, 409, 412, 413, 414, 415, 422, 427, 431, 443, 446, 447, 450, 452, 454, 467, 471, 472, 473, 478, 482, 484, 485, 492, 494, 495, 507, 509, 517, 518, 522, 527, 528, 530, 534, 535, 539, 540.
Europeos, 96, 100, 131, 187, 188, 192, 214, 216, 287, 292, 349, 351, 353, 354, 450, 522, 526.
Euskaros, *véase* Vascos.
Eusiyama, *549*.
Everek, loc , *503*.
Evin, loc., *379*.
Extremo Oriente, 151, 177, 182, 190, 300, 473, 539.
Extremo Norte, 476.
Eylau, loc , 80.

F

Fabre d'Eglantine, 58.
Fachoda, loc., 246.
Falaise de Shakespeare, *véase* Shakespear's Cliff.
Falkland, isla, *101*.

Falmouth, loc., *369*.
Falsburgo, loc., *267*.
Fampoux, loc , *379*.
Fanariotas, 111.
Farah, loc , 515, *517*.
Faraones, 77.
Farbus, loc., *379*.
Farsis, 521.
Farwest, ter., 219.
Faucille, coll., *17*.
Fear, cabo, 368.
Federales, Nordistas, 198, 220, 224, 225, 227, 229, 230.
Federico II, Prusia, 30.
Felipe II, 108, 427, 470.
Fenicios, 370, 405.
Ferghana, ter., 512.
Ferin, loc., *379*.
Feridun, 521.
Ferla, loc., *419*.
Fernando de España, 90, 427.
Fernando VII, 96, 102, 103, 106.
Fernando de Aragón, 427.
Fernando Póo, isla, 436.
Ferney, loc., *17*.
Ferrari, 135.
Ferret, cabo, 369.
Feuchy, loc., *379*.
Fez, loc., *295*, 453.
Fidel (Camilo), 295.
Fidias, 402.
Fieschi, 140.
Figuig, loc., *295*, *449*, 452.
Filadelfia, loc., *221*.
Filipinas, islas, 246, 258, 303, 304.
Filippeville, loc., de Bélgica, 47.
Filippeville, loc., de Argelia, 448, *449*.
Filisteos, 346, 494, 507.
Filomus, 113.
Filopópoli, loc., *283*.
Finlandeses, 468, 474, 479, 507.
Finlandia, 316, *345*, 474, 485, *487*, 489, 494, 509.
Firdousi, 520.
Fitzroy, 133
Fiume, loc., *343*, 468.
Flamencos, 360, 468, 470, 471, 477.
Flandes, ter., 38, 122, 145, 330, *345*, *373*, 470.
Flensburgo, loc., 255, *463*.
Flers, loc., *379*.
Flesinga, loc., *373*.
Fleurus, loc., 47.
Flint, ter., *125*.
Florencia, loc., *141*, *174*, 388, 418, 421.
Florida, ter., *101*, *221*, 232.
Floridia, loc., *419*
Flor del Medio, *véase* China.
Foix, loc., *345*.
Fokien, ter., 180, *183*.
Fonseca, golfo, 104.
Fontainebleau, loc., 81.
Fontenay, loc , *45*.
Forbach, loc., *267*.
Forbes (Edwin), 227.
Formosa, isla, *183*, *299*, 300, *545*.
Forth, río, 462.
Foulon, 29.
Fouquieres-lez-Lens, *379*.
Foureau, 454.
Fourier (Carlos), 153, 155.
Fou-tcheu, loc., 180, 182.
Franceses, 32, 46, 52, 66, 74, 80, 81, 96, 98, 142, 182, 216, 244, 245, 246, 254, 255, 262, 266, 292, 301, 442, 443, 446, 448, 451, 453, 456, 484, 528.
Francia, 9 á 190 *passim*, 202, 221, 234, 237, 244, 251, 258, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 266, *267*, 268, 272, 278, 280, 281, 286, 291, 292, 294, 300, 325, 330 á 332, 339, 340, *345*, 346, 349, 365, 366, 367, 370, 401, 402, 412, 421, 422, 423, 428, 429, 431, 432, 435, 436, 437, 442, 445, 447, 454, 455, 458, 462, 470, 471, 483, 484, 537.
Francia africana, *véase* Argelia.
Francia, Paraguay, 105.
Franco Condado, ter., *345*.
Franco-Europeos, 446.
Francfort, loc., 10, 67, 141, 145, *147*, *345*.
Franklin (John), 134.
Frauenfeld, loc., *65*.
Freetown, loc., *203*, *235*.
Fresnes-lez-Montauban, *379*.
Fresnoy, loc., *379*.
Fribourgo, loc., de Suiza, *65*, 148.
Friedland, loc., 80, *89*.
Frigios, 405.
Frioul, ter., *343*.
Frioulanos, 160.
Fulda, loc., 136.
Fusan, loc., *187*.
Fusiyama, volcán, 187.
Fu-tchieu, loc., *183*.

G

Gabes, golfo de, 293, 442, *449*.
Gachupines, 104.
Gadiatch, loc., *491*.
Gaeta, 172, 174, *175*, 197.
Galaad, 347.
Galápagos, islas, *101*.
Galia, ter., 344, 353, 370. 433.
Galicia, ter., 97.
Galizia, ter., 141, 482.
Galos, 163.
Galway, loc., *369*.
Gállego, río, 367.
Gams, loc., *65*.
Gandolfo (Maur.), 476.
Ganga, río, 192, 353.
Gante, loc., *47*, *365*, *373*.
Garda, lago de, *343*.
Garibaldi (José), 165, 172 197, 198, 418.
Garona, río, 372, 432.
Garrison (Lloya), 209.
Gascones, 433.
Gascuña, ter., 438.
Gateshead, loc., *365*.
Gauchos, 106.
Gavachos, 350.
Gave de Oloron, *37*.
Gave de Pau, *37*, *363*.
Gavrelle, loc., *379*.
Gedis-tchai, río, *113*.
Gegenbach, loc., *63*.
Geiser (J.), 263, 441, 451.
Gelsenkirchen, loc., *365*.
Gemozac, loc , *362*.
Genadios, 112.
Génova, loc., *67*, 68, 174, 247, *333*, *409*, 417.
Genevre, monte, *333*.
Georgetown, loc. de la Guyana, *101*.
Georgetown, loc. de Pinang, *189*.
Georgia, ter. de América. *101*, *221*, 230.
Georgia, ter. Caucásico, 495, 500.

Georgianos, 468, 480, 497, 499, 500, 501, 507.
Gerlache (Adriano de), 318, 320, 321.
Germania, *véase* Alemania.
Germanos, 145, 281, 401, 404, 456, 480, 507.
Germanos, obispo, 114.
Gersau, loc., 65.
Gervais Courtellement, 541.
Gervinus, 135.
Gettysburgo, loc., 198, 221, 230.
Gex, loc., 17.
Ghadames, loc., 449.
Ghio (Paul), 420, 421.
Ghiricht, loc., 515.
Giarratano, loc., 419.
Gibelinos, 423.
Gibraltar, loc., 89, 95, 97, 253, 285, 294, 295, 405, 409, 425.
Gibrezac, loc., 362.
Gilbert (V.), 383.
Ginebra, loc., 17, 64, 65, 244, 267, 329, 333, 350, 367, 416, 503.
Gironda, río, 280, 335, 362.
Girondinos, 10.
Giseh, loc., 73.
Gladstone, 225.
Glamorgan, loc., 125.
Glaris, loc., 65.
Glascow, loc., 462.
Gloster, loc., 125.
Gobert, 366.
Godollo, loc., 141, 147.
Godunov (Boris), 239.
Godwin (Will.), 10.
Gœbel, 351.
Goergei (gen.), 142.
Goerz, loc., 343.
Gœthe (Wolfang), 10.
Gœulzin, loc., 379.
Gohier (Urbain), 435.
Goktepe, loc., 510.
Goldsmith (Oliver), 224.
Golfo de Botnia, 487.
Golfo de Corea, 187.
Golfo de Gabes, 442.
Golfo Pérsico, 412.
Golta, loc., 491.
Gomel, loc., 490.
Gomme, 375.
Goncourt, (Ed. y Julio), 34.
Gorz, loc., 343.
Gordon (gen.), 184.
Gotha, loc., 286.
Gotthard, coll., 329, 333.
Gourie, loc., 500.
Gourmont (Remy de), 138.
Goury-sous-Bois, loc., 379.
Governors Island, 399.
Goya Lucientes, 10, 91, 123.
Gozzo, isla, 421.
Gradaleje, río, 95.
Grafenau, loc., 317.
Grampound, loc., 125.
Gran Atlas, monte, 452.
Gran Bassam, ter., 262.
Gran Bretaña, isla, 60, 71.
Grandes Landas, ter., 37.
Grandes Rusos, 497.
Gran Grecia, ter., 418.
Gran Kabilia, ter., 263.
Gran Khingam, monte, 422, 88, 89, 94, 120, 126, 128, 181, 184, 190, 214, 253, 284, 286, 290, 294, 299, 330, 340, 346, 399, 402, 405, 408, 422, 424, 426, 427, 429, 462, 473, 474, 502, 516, 517.
Gran Mongol, 514.
Gran Pirámide de Giseh, 72.
Gran Rusia, ter., 525.
Granson, loc., 65.
Grant (gen.), 198.
Granville, loc., 45, 339.
Gratz, loc. de Austria, 343.
Gravellona, loc., 229.
Gravelotte, loc., 244, 261, 267.
Grecia, ter., 60, 82, 110, 111, 115, 116, 136, 245, 246, 283, 309, 341, 342, 346, 396, 401, 402, 413, 416, 417, 418.
Greef (Guill. de), 68, 70.
Green (Richard), 375.
Greenwich, loc., 323, 349.
Gregorianos, 501.
Gregorio VII, 58.
Grenoble, loc., 19, 21 á 23, 333.
Gresse, río, 21.
Grezac, loc., 362.
Griegos, 111, 112, 114. 115, 116, 342, 352, 406, 414, 415, 416, 479, 497, 502, 506, 539.
Grigorovitch, 479.
Grisons, ter., 64, 65.
Groenlandia, ter., 133, 318, 351, 476.
Grousianos, 496.
Guadalquivir, río, 95.
Guadalupe, isla, 84, 85, 429.
Guadiaro, río, 95.
Guanches, 352.
Guaranis, 105.
Guatemala, ter., 101, 104.
Güelfos, 423.
Guelma, loc., 448, 449.
Guernesey, isla, 45, 369.
Guillermo de Orange, 120.
Guillermo I, Alemania, 265.
Guinea, ter., 77, 292.
Guizot, 149.
Gumplovitz (L.), 328.
Gumuch-hane, loc., 503.
Gurgen, 521.
Gurun, loc., 503.
Guyane, ter., 84.

H

Habana, loc., 303.
Habsbourgo, 235, 256, 466.
Hadjini loc., 503.
Haguenau, loc., 47, 63.
Haiasdan, *véase* Armenia.
Haifong, loc. 545.
Haikanes, *véase* Armenios.
Hainan, isla, 183, 545.
Hainaut, ter., 330.
Haiti, isla, 75, 101, 108, 202.
Haitianos, 202.
Hakka, 182.
Haldenstein, loc., 65.
Halep, loc., 410, 503.
Halifax, loc., 365.
Hal, loc., 469.
Halluin, loc., 327, 387.
Hamadan, loc., 517.
Hamblain-lez-Pres, loc., 379.
Hamburgo, loc., 141, 147, 341, 345, 365, 368, 455, 460, 461, 462. 463, 465, 467.
Hamel, loc., 379.
Hamitas, 207.
Hammond, 206.
Hampton, loc., 323.
Hang, río, 183.
Hang-tcheu, loc., 177, 183, 355.
Han-kou, Hankeou, loc., 178, 179, 183, 299, 535, 545.
Hanoi, loc., 187, 245, 298, 545.

Hanoteau (Gab.), 280
Hanover, loc. y ter., 141, 147, 345.
Han, río, 188.
Hans, ter., 125.
Han-tchung, loc., 525.
Hanwell, loc., 323.
Harmersbach, loc., 63.
Harnes, loc., 379.
Harpers-Ferry, loc., 212, 231.
Harrow-on-the Hill, loc., 323.
Harward, loc., 210.
Hatteras, cabo, 368.
Havre, loc., 267, 279, 341.
Haynau, 162.
Heath (Rich.), 348.
Hebreos, 346.
Hegel, 10, 455.
Heidelberg, loc., 141.
Helade, ter., 112.
Helenos, 110, 114 á 116, 346, 402.
Helesponto, estr., 485.
Helgoland, isla, 462, 463.
Heliogábalo, 506.
Helmend, río, 515.
Helsingfors, loc., 487.
Hendon, loc., 323.
Henin Lietard, loc., 379.
Henriot, 22.
Herat, loc., 297, 510, 511, 517.
Herault, río, 280, 370.
Herder, 358.
Hereford, loc., 125.
Herirud, río, 297.
Herodoto, 222, 402, 518.
Hertford, loc., 125.
Herzegovina, ter., 245, 283, 284, 413.
Hesse-Darmstadt, ter., 141.
Hetairistas, 81.
Heteos, 405.
Hidalgo, cura, 103.
Hilmend, río, 297, 517.
Himalaya, montes, 297.
Himly (A.), 64, 65.
Hindostán, ter., 193.
Hindu-kuch, montes, 297, 510, 526.
Hindus, 192, 194, 468, 522.
Hiperbóreos, 507.
Hipona, loc., 445.
Hispano-Americanos, 101.
Hispano América, 234.
Hispano-Chilenos, 353.
Hoai, río, 183.
Hoang-ho, río, 171, 299, 536, 538, 545.
Hoboken, loc., 399.
Hohenlinden, loc., 80, 89.
Hohenzollern, 258.
Holandeses, 70, 192, 28?, 477.
Holanda, ter., 61, 62, 69, 122, 401, 437, 464, 471, 473, 474.
Holderer, 537.
Holstein, ter., 146, 198, 255, 463.
Holyhead, loc., 369.
Holyrood, loc., 390.
Holland, 184.
Home (Bruce), 389.
Homel, loc., 491.
Homero, 494.
Honan, ter., 183.
Hondius van Herwerden, 317, 320.
Hondschoote, loc., 10.
Honduras, ter., 101, 104, 352.
Hong-kong, loc., 299, 545.
Hotel de Ville, París, 153.
Houplines, loc., 387.
Houille, 317.
Hsi-ngan, Singan, loc., 535, 545.
Hudson Bay, 134, 325, 399, 400.
Hué, loc., 298.
Huerva, río, 367.
Huesca, loc., 335.
Hugo (Victor), 358.
Humboldt (Alej. von), 10, 100, 133, 324, 353.
Hu-nan, ter., 183.
Húngaros, 27, 141, 482.
Hungría, ter., 141, 147, 148, 220, 345, 401, 402, 436, 467, 480.
Hung, río, 183.
Hunos, 528, 534.
Hunte, río, 463.
Huntingdon, loc., 125.
Hupé, ter., 183.
Hu-tcheu, loc., 183.
Hymiaritas, 437.

I

Ialu, *véase* Yalu.
Ialu-k., 539.
Iakutsk, loc., 171.
Iaxartes, río, *véase* Sir.
Iberia, ter., 110, 424, 442.
Iberos, 353.
Ibrahim-pachá, 82, 114, 115, 132.
Ibsen (Henrik), 477.
Icaria, ter., 155.
Icaro, 155.
Ichim, río, 510.
Idria, loc., 343.
Idzu, cabo, 549.
Iena, loc., 80, 88, 89.
Ienidjé, loc., 503.
Ienikalé, *véase* Yeni-Kaleh.
Ienissei, 171, 318.
Ienisseisk, loc., 531.
Ifni, loc., 295.
Igharghar, río, 449.
Igli, loc., 295, 449.
Ihne (Ed.), 57.
Ilford, loc., 323.
Illinois, río y ter., 221.
Imperio alemán, 264.
Imperio austro-húngaro 256, 286.
Imperio bizantino, 114.
Imperio chino, 176.
Imperio francés, 89, 128, 214.
Imperio indio, 62.
Imperio japonés, de Sol Levante, 402.
Imperio mejicano, 234.
Imperio ruso, 239.
Imperio turco, 423.
India, Indias Inglesas, 60, 62, 126, 176, 181, 192, 194, 252, 254, 296, 297, 316, 353, 472, 513, 516, 518, 522, 524, 525.
Indiana, río y ter., 221.
Indios, 104, 114, 233.
Indo-China, 143, 190, 191, 262, 428, 472.
Indochinos, 403.
Indo, río, 192, 297, 450, 510, 517, 518.
Indre, río, 45.
Inglaterra, frecuentemente sinónimo de Gran Bretaña, 13, 42, 45, 60 á 62, 69, 71, 83, 88, 120, 124, 125, 126, 128, 132, 136, 144, 151, 156, 182, 192, 193, 206, 219, 220, 234, 237, 248, 290, 294, 300, 334, 339, 340, 347, 348, 353, 374, 390, 394, 398, 408, 409, 412, 421, 424,

425, 437, 474, 475, 484, 515, 524.
Ingleses, 45, 70, 72, 85, 105, 179, 180, 192, 193, 197, 216, 245, 246, 289, 296, 301, 347, 358, 404, 409, 424, 446, 468, 477, 515, 516, 528.
Ingolfr, 363.
Ingul, río, 169.
Inguletz, río, 169.
Inkerman, loc., 169.
Inn, río, 65, 343.
Innsbruck, loc , 343.
Inoboga, cabo, 549.
Inocencio III, 68.
Insalah, loc., 449.
Insulinda, 181, 190, 191, 471, 472.
Iowa, río y ter., 221.
Irán, ter , 479, 508, 511, 513, 514, 515, 516, 518.
Iranios, 479, 512, 514, 519.
Irauady, río, 298.
Irk, río, 397.
Irkutsk, loc., 171, 531, 533.
Irlanda, isla, 126, 150, 241, 305, 399.
Irlandeses, 216, 219, 220, 360.
Irtich, río, 510, 531.
Irwell, río, 397.
Isabel de España, 244, 256, 275, 276.
Isabey, 31.
Isere, río, 21, 333.
Islandia, isla, 363, 403.
Isla de Cabo Verde, 203.
Isla de la Gonave, 75.
Isla de Pedro I, 319.
Isla Melville, 133.
Islas Británicas, 150, 215, 220, 398, 403, 462, 471.
Islas Elliot, 539.
Islas Egeas, 416.
Islas Jónicas, 70, 416.
Islas Normandas, 339.
Islas Oceánicas, 301, 302.
Islas Vírgenes, 278.
Ismail-pachá, 253.
Ismail, loc , 491
Ispahan, loc., 517, 524.
Israel, 361, 408, 448.
Issy l'Eveque, loc , 51.
Issyk-kul, logo, 510.
Istria, ter., 70, 257, 342, 343, 467.
Italia, ter., 10, 11, 69, 70, 83, 112, 143, 149, 175, 244, 251, 256, 257, 261, 266, 294, 332, 334, 342, 346, 401, 408, 418, 420, 421, 422, 423, 424, 437, 442, 466, 483, 537.
Italianos, 66, 146, 215, 216, 245, 246, 247, 292, 334, 370, 422, 443, 448, 468, 477.
I-tchang, loc., 545.
Iturrigaray, 103.
Ivanovo Vosnesiensk, loc., 491.
Ivan el Terrible, Rusia, 485, 507, 528.
Izel-ler-Lenz, loc., 379.

J

Jaca, loc., 335.
Jackson, 198.
Jacmel, loc., 75.
Jacobinos, 40, 42.
Jacobo I, Inglaterra, 390.
Jacobo III, 499.
Jacuby, río, 355.
Jade, río, 463.
Jaffa, loc., 73.
Jamaica, isla, 101, 126, 202.
Jamesriver, 225, 231.
Jan Mayen, isla, 318.
Japón, ter., 105, 143, 176, 180, 185, 244, 299, 300, 301, 302, 402, 479, 509, 537.
Japoneses, 186, 265, 301, 403, 479, 488, 507.
Jaroslav, loc., 491.
Jassy, loc., 283.
Jaurés (Juan), 12.
Java, isla, 471.
Jazennes, loc., 362.
Jeetze, río, 395
Jefferson, 206.
Jemmapes, 9, 47.
Jenidje, loc., 503.
Jerez, loc., 95.
Jericó, loc., 28.
Jersey, isla, 45. 369, 399.
Jersey-City, loc., 399,
Jerusalén, Sión, 73, 407, 408.
Jesuítas, 66, 94, 149, 176.
Jesucristo, 56, 183.
Jitomir, loc., 490, 491.
Jofé (Ber.), 489.
Jordán, río, 407.
José II, Austria, 14.
Josué, 304.
Joux, loc., 329.
Juan Fernández, isla, 101.
Juan, golfo, 81.
Juárez (Benito), 235.
Judea, ter., 408.
Judíos, 183, 371, 392, 402, 408, 479, 489, 490, 491 507.
Junker, 464.
Jura, montes, 66, 360.
Jurançon, loc., 363.
Jylland, ter., 344.

K

Kabardes, 497.
Kabilas, 263, 447, 450.
Kabilia, ter., 262.
Kabul, loc., 297, 510.
Kachgar, loc., 527.
Kachgaria, ter., 296, 510, 525, 526.
Kachmir, ter., 526.
Kachovsky, 119.
Kafiristan, ter., 526.
Kai-fong, loc., 180, 545.
Kaisarieh, loc., 503.
Kalgan, loc., 545.
Kalisz, loc., 490.
Kalmukos, 93, 489, 497, 507, 525.
Kama, río, 483, 488.
Kamenetz-Podolsk, loc., 490, 491.
Kampar, loc., 189.
Kamtchatka, ter., 171.
Kandahar, loc., 517, 524.
Kangama, río, 474, 487.
Kan, río, 183.
Kansas, ter., 210, 211, 221.
Kapolna, loc., 141, 147.
Karahissar, loc., 503.
Karlovic, loc., 148.
Kars, loc., 245, 284, 497, 505.
Kartvel, *véase* **Georgianos**.
Karun, río, 516, 517.
Kassaba, loc., 291.
Kavatsu, bahía, 503, 549.
Kazan, loc., 483, 489.
Kazbek, monte, 495.
Keane, 289.
Kent, ter., 125.

Kentucky, río y ter., 208, 221, 232.
Kersoneso, cabo, 169.
Kertch, loc., 169, 524.
Kerulen, río, 171.
Khabarask, loc., 171.
Khadjar, 521.
Khartum, loc., 246, 285, 290.
Khatanga, río, 171.
Kherson, loc., 169, 490, 491.
Khiva, loc., 245, 510, 517
Khorassan, ter., 513, 517.
Kialing, río, 183.
Kiang-si y Kiang-su, ter., 183.
Kiao-tcheu, loc., 246, 299, 538, 545.
Kia-ting, loc., 535.
Kichinev, loc., 489, 490, 491.
Kiel, loc., 255, 463, 465.
Kijev, loc., 481, 483, 490, 491.
Kilia, loc., 283.
Kioto, loc., 187.
Kirghizes, 497, 525, 526.
Kirman, loc., 517, 519.
Kitia, loc., 283.
Kiu-Kiang, río, 179, 183.
Kiu-Siu, 187.
Klagenfurt, loc., 343.
Klapka (gen.), 162.
Kleindeutschen, 493.
Kleftas, 112.
Klintzy, loc., 491.
Koei-tchou, ter., 183.
Kofu, loc., 549.
Kohl (J. G.), 374.
Kokan, loc., 510.
Kola, isla y península, 351, 473, 479, 485, 486, 487, 493.
Kolpino, loc., 490.
Kolyma, río, 171.
Komorn, Comaron, loc., 142, 147.
Konakry, loc., 285.
Konieh, loc., 140.
Koniggratz, loc., 244.
Kossuth, 161.
Koubatchi, 497.
Koumanes, 159.
Koumiks, 497.
Kouriles, islas, 171.
Koutzo-Válacos, 415.
Koveit, loc., 253, 516, 517.
Kovno, loc., 490.
Krasnoiarsk, loc., 531.
Krasnovodsk, loc., 510, 511, 517.
Krementchug, loc., 491.
Kreml'en Moscou, 239.
Kretschmann (gen.), 456.
Kristianía, loc., 345.
Krolevitz, loc., 491.
Kropotkine (Pedro), 240.
Kuang-si, ter., 183.
Kuang-tung, ter., 182, 183.
Kuhn (J.), 91, 97, 131, 149, 277, 303, 332, 371, 381, 404, 417, 432, 433, 435, 445, 453, 477.
Kunduz, ter., 508.
Kupka (Fr.), 11, 79, 83, 139, 143, 196, 199, 243, 247, 310, 313, 356, 357, 400, 401, 478, 479, 553.
Kura, río, 498, 503, 517.
Kuratchi, loc., 516, 524
Kurdos, 410, 414, 497, 502, 521.
Kussnacht, loc., 65.
Kustendje, loc., 283.
Kutais, loc., 497.
Kwang-tcheu, bahía, 299.
Kwettah, loc., 253, 297, 517.
Kyzyl-Irmak, río, 503.

L

Labarre, loc., 329.
La Bastide, dos loc., 363.
La Bastida de Burdeos, 378.
Labonne, 363.
Labourde, ter., 37.
La Commande, loc , 363.
La Cumbre, coll., 107.
Lacio, ter., 402.
Ladoga, lago, 487.
Lafayette (gen.), 74, 120.
Lafitte (P.) y C.ª, 93, 456.
Laghouat, loc., 499, 453.
Lago de Garde, 343.
Lago de los Osos, 133.
Lago Isachsen, 133.
Lago Rudolphe, 291.
Lago de los Cuatro Cantones, 149.
Lagos, loc., 285.
Lagname, *véase* Madera.
Lagnano, loc., 174.
La Habana, loc., 303.
La Haya, loc., 307, 308. 350, 365.
Lahore, loc., 151, 297.
Laibach, loc., 343, 481.
Lai-tcheu, loc., 538, 539.
La Jard, loc., 362.
Lalla Rook, 352.
Lamorest, loc., 379.
Lampedusa, isla, 421.
Lancashire, ter., 124, 125.
Landau, loc., 47, 63.
Landa, ter., 370.
Landes de Hasparsen, de Mixe, 37.
Landisiau, loc., 31.
Langres, loc,, 267.
Langson, loc., 246.
Languedoc, ter., 438, 442.
La Nueva Orleans, loc., 85.
Lan-tcheu, loc., 536, 545.
Lanzarote, isla, 288.
Laos, ter., 298.
La Paz, loc , 101.
La Plata, loc., estuario y ter., 355, 382.
Laponia, ter., 55.
Lapones, 486.
La Puerta, *véase* Turquía.
Lapparent (de), 442.
Larache, loc., 295.
Larbaigt, loc., 37.
Larche, coll. de, 333, 334.
Larissa, loc., 283.
La Rochela, loc., 267.
Larous, loc., 363.
Latinos, 216, 343, 401' 402, 403, 404. 507.
Lausana, loc., 329.
Lauvin, loc., 379.
Laval, loc., 45.
La Valette, loc., 421.
Lavoisier, 10, 55.
Lawefeld, loc., 47.
Lazare (Bern.), 53, 154.
Lazes, 414, 496, 497.
Lea, río, 323.
Le Brethon de Coligny, 184.
Leclerc (gen.), 53.
Lecluse, loc., 379.
Le Creusot, loc., 372, 382, 392.
Leeds, loc., 365.
Lee (gen.), 198, 230.
Le Forest, loc , 379.
Le Guen de Kerangal, 31.
Le Havre, loc., 267, 279, 341.
Leipzig, loc., 67, 89, 345, 464, 465.
Leister, Leicester, loc., 125.
Leith, loc., 159.

Lemaire (Carlos), 288.
Le Mans, loc., 159, 267.
Lemberg, loc., 345, 468, 481.
Lena, río, 171, 318, 530.
Lens, loc., 379.
Lentini, loc., 419.
Lenzburgo, loc., 65.
León, isla, 95, 97.
Lepere, 74.
Lepretre, 327.
Lepsius, 504.
Le Puy-en-Velay, loc., 435.
Lérida, loc., 335.
Lermontov, 495.
Lers, río, 367.
Les Aubiers, loc., 45.
Lescar, loc., 363.
Les Gonds, loc., 362.
Lessing, 344.
Letchworth, loc., 394, 395.
Lettons, 493.
Lezghiens, 352, 479.
Liao-ho, río, 533, 539.
Liao-jang, 539.
Liao-te-chan, cabo, 538, 539.
Liao-tung, ter. y golfo, 538, 539.
Liao-yang, loc., 473.
Líbano, monte, 409.
Liberia, loc., 204.
Liberty Island, 399.
Libourne, loc , 366, 372.
Libreville, loc., 285.
Lichtenberg, loc., 63.
Lichtemberger (André), 52.
Licodia, loc., 419.
Licios, 405.
Lidios, 405.
Lieja, loc., 47, 372.
Liguros, 353, 451.
Liguria, fer., 422.
Lille, loc., 47, 267, 329, 365, 366, 385, 387.
Lillebonne, loc., 441.
Lima, 74, 101, 391.
Limerich, loc., 369.
Limpopo, río, 424.
Lincoln (Abr.), 198, 227, 228, 231.
Lincoln, loc., 125.
Lindenschmitt, 456.
Lindsay Brine, 184.
Lingga, isla, 189.
Liornia, loc., 70.
Lipari, isla, 175, 421.
Lippincott, 235, 237.
Liri, río, 175.
Lisboa, loc., 89, 110, 288, 409, 425.
Lissa, isla, 174, 244, 256.
Lituanios, 494, 507.
Livadia, loc., 169.
Liverpool, loc., 359, 365, 369, 371, 394.
Lives, 493.
Livonia, ter., 464.
Ljubljana, *véase* Laibach.
Llaneros, 106.
Loanda, ter., 424.
Locarno, loc., 65.
Lodz, loc., 490.
Logroño, loc., 335.
Loir, río, 45.
Loira, río, 45, 47, 329, 368.
Loison, loc., 379.
Lombardía, ter., 65, 147, 149, 150.
Lombardos, 261.
Lombok, isla, 471.
Lome, loc., 285, 387.
Lomenie de Brienne, 9, 24.
Lomme, loc., 387.
Londres, loc., 67, 89, 217, 247, 248, 249. 253, 254, 267, 306, 323, 340, 341, 358, 365, 374, 392, 395, 398, 399, 408, 409, 437.
Long (de), 318.
Long-Island-City, 399.
Longwy, loc., 9, 47.
Lonnrot (Elías), 494.
Lons, loc., 363.
Lons-le-Saulnier, loc., 329.
Lookout, cabo, 368.
Loos, loc., 379.
Lorena, ter., 264.
Loreneses, 261, 344.
Lorenzo Márquez, loc., 290, 424.
Lorient, loc., 369.
Lotchberg, coll., 329.
Lot, ter., 329.
Lot y Garona, ter., 438.
Louget, coll., 333.
Louisville, loc., 221.
Lourdes, loc., 433.
Louts, río, 37.
Louvois, 260.
Luang-prabang, loc., 298.
Lucerna, loc., 65, 147, 148.
Lucques, loc., 174.
Lugans, loc., 65.
Luisiana, ter., 85, 205, 221.
Luis Felipe, 120, 143, 280.
Luis Napoleón, véase *Napoleón III.*
Luis XIV, 119, 266.
Luis XV, 15.
Luis XVI, 9, 10, 18, 41 á 43, 266.
Luis XVIII, 93, 96, 98.
Luneville, loc., 80.
Luxemburgo, loc. y ter., 267.
Luy-en-Bearn, río, 37.
Luy-en-France, río, 37.
Luzón, isla, 183.
Lyon, loc., 140, 279, 329, 333, 366, 393.
Lys, río, 373, 385, 387.

M

Mac Duffie, 206.
Macedonia, ter., 112, 283, 346, 415.
Macedonios, 506.
Machecoul, loc., 45.
Mackensie, río, 318.
Mac-Mahon (mar.), 245.
Macon, loc., 267, 329.
Madagascar, isla, 431.
Madera, isla, 288.
Madoera, isla, 471.
Madrás, loc., 193.
Madrid, loc., 67, 89, 96, 97, 102, 381.
Magadoxo, Mogadicho, loc., 285.
Magdeburgo, loc., 345.
Magenta, loc., 174, 259.
Maghreb, ter., 452.
Maguncia, loc., 47, 267, 329.
Magyares, 141, 146, 148, 468, 480.
Maharatti, 194.
Mahdi (Le), 246.
Mahoma, 72, 522.
Mahoneses, 443.
Maipo, río, 81, 106
Maison-carrée, loc., 129.
Malacca, loc. y península, 189, 191, 192.
Málaga, loc., 295.
Malakoff, Sebastopol, 169.
Malasia, ter., 192.
Malatia, loc., 503.
Malgaches, 468.
Malinas, loc., 373.
Malpelo, isla, 97.
Maltases, 443.
Malta, isla, 72, 80, 89, 253, 342, 353, 405, 409, 421, 423, 510.

Malthus, 436.
Mallet (gen.), 81.
Mamertinos, 216.
Mamisson, río, 495.
Mamouret-el-Azis, ter., 410, 503.
Mancha, mar, 45, 267, 339, 340, 369, 471.
Manchester, loc., 365, 372, 393, 394, 397.
Mandalay, loc., 298.
Mandchuria, ter., 171, 190, 296, 479, 485, 488, 533, 536.
Mandchues, 177, 521.
Mandrin, 21.
Manila, bahía de, 303.
Mannheim, loc., 47, 141, 465.
Manresa, loc., 335.
Mantua, loc., 174, 343.
Mantoux (Paul), 346.
Mar Adriático, *véase* Adriático.
Mar Artico, 487.
Mar Azov, 169.
Mar Amarillo, 171, 538, 539
Marach, loc., 503.
Marathon, loc., 342.
Mar Blanco, 483, 485, 486, 487.
Marbach, loc., 10.
Marcas, ter., 422.
Marche, ter., 174, 432.
Marcheses, 432.
Marcq-en-Barœul, loc., 387.
Mardín, loc., 503.
Mar de Barentz, 318.
Mar de Bering, 171.
Mar de China, 192.
Mar de Creta, 113.
Mar de Gascuña, 28.
Mar de las Antillas, 104.
Mar de los Caribes, 75.
Mar del Japón, 171, 187.
Mar de Poyang, *véase* Poyang-hu.
Mar de Okhotsk, 171.
Mar de Sicilia, 421.
Mar del Norte, 267, 340, 373, 463, 465, 473.
Maremne, ter., 37.
Marengo, loc., 80, 89.
Marensin, ter., 37.
Margiana, ter., 514.
María de la Gloria, Portugal, 124.
María Antonieta, 14, 15.
María Teresa, 14.
Marienburgo, loc., 47.
Marignan, loc., 174.
Marinelli (O.), 316.
Marinpol, loc., 491.
Mar Jónico, 175, 283.
Mar Liguro, 174.
Marlowe, 252.
Mar Negro, 113, 169, 283, 316, 431, 483, 485, 496, 497, 503.
Marne, río, 47, 274, 329.
Maronitas, 406.
Marrachech, loc., 295, 307, 401, 408, 452.
Marrakech, loc., 295.
Mar Rojo, 73, 74, 252, 290, 291, 316, 443.
Marroquíes, 447, 448.
Marr (T. R.), 397.
Marruecos, ter., 190, 285, 294, 295, 296, 453, 454, 518.
Marsala, loc., 175.
Marsan, ter., 37.
Mars-la-Tour, loc., 267.
Marsella, loc , 253, 279, 333, 334, 345, 366, 372, 380, 409, 422, 451.
Marselleses, 433.
Mar Tirreno, 175, 421.
Martaban, golfo de, 190.
Martinica, isla, 429.
Martínez Campos, 245, 276.
Martius (et Spix), 133.
Marx (Karl), 251.
Maryland, ter., 205 221, 224, 231.
Mascara, loc., 448, 449.
Mason, 206.
Masqueray (Emilio), 445.
Massachusetts, ter., 204, 232.
Massieu, Sra., 193.
Massuah, loc., 285, 291.
Matifou, cabo, 129.
Matignon, 543.
Maurel, 440.
Maurice, isla, 253.
Mauritania, ter., 402, 428, 442, 450, 453.
Maurienne, ter., 334.
Mavrocordato (Alej.), 114.
Maximiliano, Méjico, 244, 259.
Mayenne, río y ter., 45.
Mazagran, loc., 295.
Mazar-i-cherif, loc., 297.
Mazeres, loc., 363.
Mazerolles, dos loc., 362, 363.
Mazzini (José), 140.
Meandro, río, 283.
Meched, loc., 297, 510, 511, 514, 517.
Mecklemburgueses, 261.
Medea, loc., 448, 449.
Mediterráneo, 73, 74, 110, 252, 262, 276, 290, 292, 317, 370, 372, 381, 401, 404, 409.
Medjerda, río, 397, 449.
Medlock, río, 397.
Megara, loc., 384.
Mehemet-Alí, 132, 140.
Meillon, loc., 363.
Mejicanos, 236.
Méjico, loc., 101, 218, 222, 230, 235, 237, 262, 403.
Méjico, ter. y golfo, 74, 86, 101, 103, 104, 234, 244.
Meknes, loc., 293, 295.
Mekong, río, 190, 298, 545.
Mekran, ter., 516, 517.
Mela, cabo, 549.
Melbourne, loc., 398.
Melilla, loc., 295, 453.
Melilli, loc., 419.
Melitopol, loc., 490.
Melville, isla, 134.
Mella (R.), 427.
Mellingen, loc., 55.
Menam, río, 298.
Menard (Luis), 112.
Mendoza, loc. y río, 107.
Mendrisio, loc., 65.
Menfis, loc., 59.
Menilmontant, París, 155.
Menin, loc., 387.
Mentana, loc., 174, 175, 244.
Meran, loc., 343.
Mercedario, monte, 107.
Mericourt, loc., 379.
Meridionales, 224, 325, 432, 433.
Merioneth, ter., 125.
Mersivan, loc., 503.
Merthyr, Tydfil, loc., 372.
Merutchak, río, 517.
Merv, loc., 245, 253, 297, 508, 510, 511, 517.
Mesenia, ter., 114.
Mesina, loc., 175, 421.
Mesopotamia, ter., 60, 298, 513, 518.
Metternich, 93, 122, 144, 149.

Lemaire (Carlos), 288.
Le Mans, loc., 159, 267.
Lemberg, loc., 345, 468, 481.
Lena, río, 171, 318, 530.
Lens, loc., 379.
Lentini, loc., 419.
Lenzburgo, loc., 65.
León, isla, 95, 97.
Lepere, 74.
Lepretre, 327.
Lepsius, 504.
Le Puy-en-Velay, loc., 435.
Lérida, loc., 335.
Lermontov, 495.
Lers, río, 367.
Les Aubiers, loc., 45.
Lescar, loc., 363.
Les Gonds, loc., 362.
Lessing, 344.
Letchworth, loc., 394, 395.
Lettons, 493.
Lezghiens, 352, 479.
Liao-ho, río, 533, 539.
Liao-jang, 539.
Liao-te-chan, cabo, 538, 539.
Liao-tung, ter. y golfo, 538, 539.
Liao-yang, loc., 473.
Líbano, monte, 409.
Liberia, loc., 204.
Liberty Island, 399.
Libourne, loc , 366, 372.
Libreville, loc., 285.
Lichtenberg, loc., 63.
Lichtemberger (André), 52.
Licodia, loc., 419.
Licios, 405.
Lidios, 405.
Lieja, loc., 47, 372.
Liguros, 353, 451.
Liguria, fer., 422.
Lille, loc., 47, 267, 329, 365, 366, 385, 387.
Lillebonne, loc., 441.
Lima, 74, 101, 391.
Limerich, loc., 369.
Limpopo, río, 424.
Lincoln (Abr.), 198, 227, 228, 231.
Lincoln, loc., 125.
Lindenschmitt, 456.
Lindsay Brine, 184.
Lingga, isla, 189.
Liornia, loc., 70.
Lipari, isla, 175, 421.
Lippincott, 235, 237.
Liri, río, 175.
Lisboa, loc., 89, 110, 288, 409, 425.
Lissa, isla, 174, 244, 256.
Lituanios, 494, 507.
Livadia, loc., 169.
Liverpool, loc., 359, 365, 369, 371, 394.
Lives, 493.
Livonia, ter., 464.
Ljubljana, *véase* Laibach.
Llaneros, 106.
Loanda, ter., 424.
Locarno, loc., 65.
Lodz, loc., 490.
Logroño, loc., 335.
Loir, río, 45.
Loira, río, 45, 47, 329, 368.
Loison, loc., 379.
Lombardía, ter., 65, 147, 149, 150.
Lombardos, 261.
Lombok, isla, 471.
Lome, loc., 285, 387.
Lomenie de Brienne, 9, 24.
Lomme, loc., 387.
Londres, loc., 67, 89, 217, 247, 248, 249. 253, 254, 267, 306, 323, 340, 341, 358, 365, 374, 392, 395, 398, 399, 408, 409, 437.
Long (de), 318.
Long-Island-City, 399.
Longwy, loc., 9, 47.
Lonnrot (Elías), 494.
Lons, loc., 363.
Lons-le-Saulnier, loc., 329.
Lookout, cabo, 368.
Loos, loc., 379.
Lorena, ter., 264.
Loreneses, 261, 344.
Lorenzo Márquez, loc., 290, 424.
Lorient, loc., 369.
Lotchberg, coll., 329.
Lot, ter., 329.
Lot y Garona, ter., 438.
Louget, coll., 333.
Louisville, loc., 221.
Lourdes, loc., 433.
Louts, río, 37.
Louvois, 260.
Luang-prabang, loc., 298.
Lucerna, loc., 65, 147, 148.
Lucques, loc., 174.
Lugans, loc., 65.
Luisiana, ter., 85, 205, 221.
Luis Felipe, 120, 143, 280.
Luis Napoleón, véase *Napoleón III*.
Luis XIV, 119, 266.
Luis XV, 15.
Luis XVI, 9, 10, 18, 41 á 43, 266.
Luis XVIII, 93, 96, 98.
Luneville, loc., 80.
Luxemburgo, loc. y ter., 267.
Luy-en-Bearn, río, 37.
Luy-en-France, río, 37.
Luzón, isla, 183.
Lyon, loc., 140, 279, 329, 333, 366, 393.
Lys, río, 373, 385, 387.

M

Mac Duffie, 206.
Macedonia, ter., 112, 283, 346, 415.
Macedonios, 506.
Machecoul, loc., 45.
Mackensie, río, 318.
Mac-Mahon (mar.), 245.
Macon, loc., 267, 329.
Madagascar, isla, 431.
Madera, isla, 288.
Madoera, isla, 471.
Madrás, loc., 193.
Madrid, loc., 67, 89, 96, 97, 102, 381.
Magadoxo, Mogadicho, loc., 285.
Magdeburgo, loc., 345.
Magenta, loc., 174, 259.
Maghreb, ter., 452.
Maguncia, loc., 47, 267, 329.
Magyares, 141, 146, 148, 468, 480.
Maharatti, 194.
Mahdi (Le), 246.
Mahoma, 72, 522.
Mahoneses, 443.
Maipo, río, 81, 106
Maison-carrée, loc., 129.
Malacca, loc. y península, 189, 191, 192.
Málaga, loc., 295.
Malakoff, Sebastopol, 169.
Malasia, ter., 192.
Malatia, loc., 503.
Malgaches, 468.
Malinas, loc., 373.
Malpelo, isla, 97.
Maltases, 443.
Malta, isla, 72, 80, 89, 253, 342, 353, 405, 409, 421, 423, 510.

Malthus, 436.
Mallet (gen.), 81.
Mamertinos, 216.
Mamisson, río, 495.
Mamouret-el-Azis, ter., 410, 503.
Mancha, mar, 45, 267, 339, 340, 369, 471.
Manchester, loc., 365, 372, 393, 394, 397.
Mandalay, loc., 298.
Mandchuria, ter., 171, 190, 296, 479, 485, 488, 533, 536.
Mandchues, 177, 521.
Mandrin, 21.
Manila, bahía de, 303.
Mannheim, loc., 47, 141, 465.
Manresa, loc., 335.
Mantua, loc., 174, 343.
Mantoux (Paul), 346.
Mar Adriático, *véase* Adriático.
Mar Artico, 487.
Mar Azov, 169.
Mar Amarillo, 171, 538, 539
Marach, loc., 503.
Marathon, loc., 342.
Mar Blanco, 483, 485, 486, 487.
Marbach, loc., 10.
Marcas, ter., 422.
Marche, ter., 174, 432.
Marcheses, 432.
Marcq-en-Barœul, loc., 387.
Mardín, loc., 503.
Mar de Barentz, 318.
Mar de Bering, 171.
Mar de China, 192.
Mar de Creta, 113.
Mar de Gascuña, 28.
Mar de las Antillas, 104.
Mar de los Caribes, 75.
Mar del Japón, 171, 187.
Mar de Poyang, *véase* Poyang-hu.
Mar de Okhotsk, 171.
Mar de Sicilia, 421.
Mar del Norte, 267, 340, 373, 463, 465, 473.
Maremne, ter., 37.
Marengo, loc., 80, 89.
Marensin, ter., 37.
Margiana, ter., 514.
María de la Gloria, Portugal, 124.
María Antonieta, 14, 15.
María Teresa, 14.
Marienburgo, loc., 47.
Marignan, loc., 174.
Marinelli (O.), 316.
Marinpol, loc., 491.
Mar Jónico, 175, 283.
Mar Liguro, 174.
Marlowe, 252.
Mar Negro, 113, 169, 283, 316, 431, 483, 485, 496, 497, 503.
Marne, río, 47, 274, 329.
Maronitas, 406.
Marrachech, loc., 295, 307, 401, 408, 452.
Marrakech, loc., 295.
Mar Rojo, 73, 74, 252, 290, 291, 316, 443.
Marroquíes, 447, 448.
Marr (T. R.), 397.
Marruecos, ter., 190, 285, 294, 295, 296, 453, 454, 518.
Marsala, loc., 175.
Marsan, ter., 37.
Mars-la-Tour, loc., 267.
Marsella, loc , 253, 279, 333, 334, 345, 366, 372, 380, 409, 422, 451.
Marselleses, 433.
Mar Tirreno, 175, 421.
Martaban, golfo de, 190.
Martinica, isla, 429.
Martínez Campos, 245, 276.
Martius (et Spix), 133.
Marx (Karl), 251.
Maryland, ter., 205 221, 224, 231.
Mascara, loc., 448, 449.
Mason, 206.
Masqueray (Emilio), 445.
Massachusetts, ter., 204, 232.
Massieu, Sra., 193.
Massuah, loc., 285, 291.
Matifou, cabo, 129.
Matignon, 543.
Maurel, 440.
Maurice, isla, 253.
Mauritania, ter., 402, 428, 442, 450, 453.
Maurienne, ter., 334.
Mavrocordato (Alej.), 114.
Maximiliano, Méjico, 244, 259.
Mayenne, río y ter., 45.
Mazagran, loc., 295.
Mazar-i-cherif, loc., 297.
Mazeres, loc., 363.
Mazerolles, dos loc., 362, 363.
Mazzini (José), 140.
Meandro, río, 283.
Meched, loc., 297, 510, 511, 514, 517.
Mecklemburgueses, 261.
Medea, loc., 448, 449.
Mediterráneo, 73, 74, 110, 252, 262, 276, 290, 292, 317, 370, 372, 381, 401, 404, 409.
Medjerda, río, 397, 449.
Medlock, río, 397.
Megara, loc., 384.
Mehemet-Ali, 132, 140.
Meillon, loc., 363.
Mejicanos, 236.
Méjico, loc., 101, 218, 222, 230, 235, 237, 262, 403.
Méjico, ter. y golfo, 74, 86, 101, 103, 104, 234, 244.
Meknes, loc., 293, 295.
Mekong, río, 190, 298, 545.
Mekran, ter., 516, 517.
Mela, cabo, 549.
Melbourne, loc., 398.
Melilla, loc., 295, 453.
Melilli, loc., 419.
Melitopol, loc., 490.
Melville, isla, 134.
Mella (R.), 427.
Mellingen, loc., 55.
Menam, río, 298.
Menard (Luis), 112.
Mendoza, loc. y río, 107.
Mendrisio, loc., 65.
Menfis, loc., 59.
Menilmontant, París, 155.
Menin, loc., 387.
Mentana, loc., 174, 175, 244.
Meran, loc., 343.
Mercedario, monte, 107.
Mericourt, loc., 379.
Meridionales, 224, 325, 432, 433.
Merioneth, ter., 125.
Mersivan, loc., 503.
Merthyr, Tydfil, loc., 372.
Merutchak, río, 517.
Merv, loc., 245, 253, 297, 508, 510, 511, 517.
Mesenia, ter., 114.
Mesina, loc., 175, 421.
Mesopotamia, ter., 60, 298, 513, 518.
Metternich, 93, 122, 144, 149.

Metualis, 406.
Metz, loc., 47, 244, 264, 267, 384.
Meurzac, 262.
Meyer (Eduardo), 458.
Michelet (Julio), 15, 16, 22, 26, 27, 38, 135.
Michigan, lago, 221, 460.
Middelburgo, loc., 373.
Middlesex, ter., 125.
Midouze, río, 37.
Miguel (gran duque), 496.
Milán, loc., 65, 67, 68, 80, 89, 140, 141, 143, 147, 150, 151, 171, 329, 333, 334, 367, 418.
Milazzo, loc., 175.
Mile-End road, en Londres, 391.
Milciades, 342.
Milford-haven, loc., 369
Mil, Garibaldinos, 172, 197.
Miliana, loc., 448, 449.
Militeo, loc., 419.
Milton, 224.
Milliere (J. B.), 275.
Mill (Stuart), 436.
Min, río, 535.
Minas, 202.
Mincio, río, 172
Mineo, loc , 419
Minsk, loc., 491.
Mirabeau, 26, 40.
Mirath, loc., 193.
Miropol, loc., 491.
Mississippi, río, 205, 221, 225, 229.
Missolonghi, loc., 82, 104, 113.
Missouri, río y ter., 205, 208, 210, 220, 221, 230, 232.
Missourianos, 210.
Mitidja, ter., 129, 131, 132, 447.
Mitrídates, 498.
Mixe, ter., 37.
Mobila, loc., 208.
Modane, loc., 333, 334.
Módena, loc., 174, 343.
Modica, loc., 291, 419.
Mogador, loc., 295.
Mogilov, loc., 490.
Mohammerah, loc., 516, 517.
Mohicanos, 352.
Mohilev, Mogilev, loc., 491.
Moirans, loc., 17.
Moisés, 86.
Mokka, loc., 291.
Moldavia, ter., 111, 283.
Molesworth-Sykes (P.), 515, 519.
Molinari (G. de), 54.
Molkte (de), 282.
Momas, loc., 363.
Mombasa, loc., 285.
Moncheaux, loc., 397.
Mongolia, ter., 171, 296, 479, 506, 525, 527, 536.
Mongoles, 177, 230, 403, 497, 507, 508, 513, 525, 526, 528, 534.
Monnier (Marcel), 528.
Monroe, 235, 237, 301, 304.
Monrovia, loc., 203.
Mons, loc., 47.
Montañas Rocosas, *véase* Rocosas.
Montardon, loc., 363.
Montargis, loc., 328.
Montauban, loc., 38.
Montbeliard, loc., 10, 47.
Mont Blanc, 329, 333.
Mont Cenis, 329, 333, 334.
Mont-de-Marsan, loc., 37.
Montebello, loc., 174.
Monte Junto, 425.
Monte Lauro, 419.
Montenegrinos, 415, 480.
Montenegro, ter., 283, 284, 413.
Montenotte, loc., 10.
Monte Rosa, 333.
Monterosso, loc., 419.
Monte San Miguel, isla, l. s.
Montes Alleghanies, *véase* Alleghanies.
Montevideo, loc., 101, 355.
Mont Genevre, 333, 334.
Montgomery, loc. de Gran Bretaña, 125.
Montgomery, loc. de los Estados Unidos, 221.
Montigny, loc., 379.
Montluçon, loc., 329.
Montmartre en París, 266.
Montmedy, loc., 41, 47.
Montmouth, loc. y ter., 125.
Montpellier, loc. de Saintonge, 362.
Montpellier, loc. del Languedoc, 362, 370.
Mont Tabor, 73.
Morat, loc., 65.
Morava, río, 159.
Moravia, ter., 345.
Moravos, 159, 482.
Mordvines, 489.
Morea, ter., 82, 110, 114, 132, 342, 416.
Morlaix, loc., 369.
Moros, 90.
Mortagne, loc., 362.
Mortara, loc., 174.
Mortillet (Gabriel de), 60.
Morreau (Guyton de), 55.
Mosa, río, 47, 329, 373, 465.
Moscou, loc., 81, 92, 238, 241, 253, 483, 485, 486, 490, 491.
Moscovitas, 482, 526.
Mosela, río, 47.
Moskova, río, 81.
Mostaganem, loc., 448, 449.
Motezuma, 104.
Mottaz (Eug.), 22.
Moucheux, loc., 379.
Mouchy, loc., 379.
Moukden, loc., 473, 537.
Mourad, Turquía, 72.
Mouravief-Apóstol, 117, 119.
Mouscron, loc., 387.
Mozambique, ter., 289.
Mozambique, isla, 424.
M'putu, 288.
Much, loc., 410, 503.
Mujik, 197 á 243.
Mukden, loc., 171, 539.
Mulhouse, loc., 47. 65.
Muluya, río, 295.
Mummius, 388.
Munden, loc., 136.
Munich, Munchen, 67, 140, 345, 383, 465.
Mundo Antiguo, 74, 194.
Murad (Jose), 94.
Murad V, 245.
Murad-tchat, río, 503.
Murcia, loc., 97.
Murghab, río, 297, 517.
Musulmanes, 192, 194, 406, 408.
Muyart de Vouglans, 15.
Muyscas, 109.
Mya, río, 449
Mytilene, isla, 113, 116, 309.

N

Nadar (Paul), l. s.
Nadir-chah, 514, 521.
Nagasaki, loc., 187.

Nagi-sarlo, loc., 141, 147.
Nam-dinh, loc., 545.
Namur, loc., 47.
Nancy, loc., 267, 279, 329, 366.
Nanking, loc., 178, 179, 183, 545.
Nan-ning, loc., 545.
Nansen, 318.
Nantes, loc., 38, 45, 267, 279, 366.
Napoleón I, véase Bonaparte.
Napoleón III, 140, 197, 234, 256, 258, 443.
Nápoles, loc., 67, 69, 70, 89.
Napolitanos, 140, 418, 449.
Narbona, loc., 325, 370, 439.
Narcastel, loc., 363.
Nardos, loc., 379.
Narvik, loc., 487.
Nassau, ter., 141.
Navailles, loc., 363.
Navarin, loc., 82, 113, 115, 132.
Navarra, ter., 97, 124.
Nebraska, ter., 210.
Nechao, 252.
Necker, 9, 18, 24.
Negreiros (A. d'A.), 288.
Negri-Sembilan, ter., 189, 192.
Negros, 76, 233.
Nelson, 72, 88.
Neo-Granadinos, 100.
Nepal, ter., 307.
Nertchinsk, loc., 171.
Nethe, río, 373.
Neuchatel, loc., 64, 65, 147, 149.
Neuveville, loc., 65.
Neuvreuil, loc., 379.
Neva, río, 485.
Nevers, loc., 329.
Nevinson, 500.
Newcastle, loc., 365.
New-Lanark, loc., 154.
Newport, loc., 369.
New-York, loc. y ter., 217, 221, 233, 251, 380, 395, 399, 460, 462.
Nezib, loc., 132, 140.
Ngan-hoei, ter., 183.
Niágara, catar., 386.
Nicaragua, ter., 101, 104.
Nich, loc., 283.
Nichapur, loc., 517.
Nicolás I, 117, 119, 485.
Niemen, río, 483.
Niger, río, 203, 291, 292, 293, 454.
Nijni-Kolymsk, loc., 171.
Níjni-Novgorod, loc., 489.
Nikolaief, loc. de Extremo Oriente, 485.
Nikolaief, loc. de Rusia, 486, 490, 491.
Nilo, río, 71, 74, 252, 380, 405, 408, 450, 516.
Nilo azul, río, 290, 291.
Nimes, loc., 38, 371.
Ning-po, loc., 182, 183, 545.
Nínive, loc., 358, 380, 520.
Nippon, isla, 171, 187.
Nippur, loc., 405.
Niu-tchwang, 539, 545.
Nive, río, 37. 261.
Niza, loc., 279, 333, 334.
Nogais, 497.
Noirmoutiers, isla, 45.
Nomu, río, 171.
Noord-rivier, 317, 320.
Nord, ter. de Francia, 224, 225.
Nordenskjold, 531.
Norderney, isla, 463.
Nordistas, *véase* Federales
Norfolk, ter. inglés, 125, 370.
Norfolk, ter. americano, 368.
Normandía, ter., 438.
Normandos, 36.
Northampton, loc., 125.
Northumberland, ter., 125.
Noruega, ter., 345, 473, 474, 476, 487.
Noruegos, 476.
Nosovitchi, loc., 491.
Noto, loc., 419.
Nottingham, loc. y ter., 125, 365.
Novara, loc., 142, 147, 174.
Novaya Zemlya, isla, 318.
Novgorod, loc., 490, 491.
Novgorod-Seversk, loc., 491.
Novicov, 428, 479.
Novipazar, loc , 283.
Novomoskovsk, loc., 491.
Novo-Rossiisk, loc., 498.
Novo-Sybkov, loc., 491.
Novotcherkask, loc., 491.
Noyelles-sous-Lens, Noyelles-sous-Bellone, Noyelles-sous-Godault, tres loc., 379.
Nueva Caledonia, isla, 428.
Nueva España, ter., 104.
Nueva Francia, ter., 317.
Nueva Granada, ter., 106, 151.
Nueva Guinea, Papuasia, isla, 317, 320, 471.
Nueva Helade, ter., 115.
Nueva Inglaterra, 209, 218, 224, 232, 233, 281.
Nueva Jersey, ter., 221, 231, 233.
Nueva Orleans, loc., 208, 221.
Nuevo Mundo, *véase* América.
Nurnberg, 388.
Nyanza, loc., 293.
Nyassa, lago, 424.
Nys (Ern.), 66.

O

Oakland, loc., 375.
Obdorsk, loc., 531.
Obeokuta, loc., 291.
Obock, loc., 285, 291.
Ob, río, 530 á 532.
Obricourt, loc., 379.
Occidentales, 92, 524, 528.
Occitania, ter., 443.
Oceanía, 31, 431.
Océano Atlántico, *véase* Atlántico.
Océano ártico polar, 134, 171, 318.
Océano antártico, 321.
Océano Indico, 290.
Océano Pacífico, *véase* Pacífico.
Ochima, isla, 549.
Odaki, loc., 549.
Odavara, 549.
Oder, río, 159, 464, 465.
Odessa, loc., 169, 253, 372, 409, 481, 483, 490, 491.
Oetoemboewe, río, 317.
Ofanto, río, 175.
Offenburgo, loc., 63.
Ogé (Vincent), 78.
Oglio, río, 65.
Ohio, río y ter., 221.
Oise, río, 47, 274.

Oka, río, 483.
Okhotsk, loc., 171.
Oldenburgo, loc., 463.
Oldham, loc., 365.
Olimpia, ter., 59.
Olorón, loc., 37, 335.
Oman, loc. y ter., 517.
Omdurman, loc., 246.
Omi, monte, 535.
Omsk, loc., 509, 531.
Onega, lago y río, 483, 487.
Onon, río, 171.
Oporto, loc., 283.
Oppy, loc., 373.
Orania, ter., 443, 454.
Orán, loc., 276, 316, 447, 448, 449.
Orbe, río, 17, 55.
Orcades del Sud, islas, 319.
Orcha, loc., 491.
Orel, loc., 491.
Orfa, loc., 503.
Orientales, 416.
Orinoco, río, 106.
Orleans, loc., 267, 366, 368.
Orleansville, loc., 448, 449.
Ormuz, estr., 517.
Orsini, 173, 197.
Orsk, loc., 510.
Orthez, loc., 335.
Osaka, loc., 187.
Osmanlis, 110 á 112, 116, 415.
Osses, 497.
Ostabaret, ter., 37.
Oste, río, 463.
Ostende, loc., 373.
Ost Friesland, ter., 463.
Ostiaks, 489.
Ostricourt, loc., 379.
Ottawa, loc., 372.
Ouadai, ter., 292.
Ouan, loc., 534, 535.
Ouargia, loc,. 449.
Oudjda, loc., 295, 453.
Oued-el-Hamiz, 129.
Oued-Mazagran, *véase* Mazagran.
Ouman, loc., 491.
Oum-er-Rbia, río, 295.
Oussant, isla, 369.
Oussouri, 546.
Oust-Ourt, 510.
Ovidiopol, loc., 491.
Owen (Ricardo), 154.
Oxford, loc. y ter., 125.
Oxus, río, 508, 511, 525.
Oxus, *véase* Amudaria.
Oyonnaax, loc., 17.

P

Pacífico, 86, 106, 187, 251, 254, 300, 375, 485, 486, 525, 530, 532, 549.
Padua, loc., 343.
Páez (gen.), 107.
Page (Th. Nelson), 224.
Pahang, loc. y río, 189.
País de Albret, 37.
País de Axel, 373.
País de Katzand, 373.
País de Waes, 373.
Países Bajos, 11, 66, 345, 471, 472.
País sajon, 281.
País Vasco, 37, 145.
Pakhoi, loc., 545.
Palatinado, ter., 63.
Palazzolo, loc., 419.
Palermo, loc., 175, 409, 421.
Palestina, ter., 408.
Palestro, loc., 174.
Palmas, cabo, 203.
Palmira, loc., 509.
Pamir, montes, 297, 479, 510, 527, 536.
Pamplona, loc., 335.
Panamá, loc. é istmo, 101, 403.
Pantelaria, isla, 421.
Pao-ning, loc., 535.
Papin (Denys), 136.
Papuasia, *véase* Nueva Guinea.
Paraguay, río y ter., 105.
Paraguayos, 106.
Paramaribo, loc., 101,
Paraná, río, 105, 355, 422.
Parbayse, loc , 363.
París, loc., 9 á 40 *passim*, 41, 47, 67, 78, 81, 89, 92, 94, 140, 149, 151, 153, 155, 217, 244, 245, 247, 262, 263, 264, 266, 267, 268 á 275, 278, 279, 282, 306, 329, 334, 340, 358, 366, 368, 374, 384, 395, 401, 409, 416, 443, 465, 503.
Parisienses, 26, 248, 291, 435.
Parma, loc., 67, 174.
Parnaso, monte, 112.
Parry, 82, 134.
Parsis, 516.
Partsch, 464.
Pasaje del Nordeste, 531.
Pasaje del Noroeste, 183.
Pascuas, isla de, 101.
Paskievitch, 162.
Paso de Calais, estr., 340, 462.
Passau, loc., 317.
Passero, cabo, 421.
Patagonia, ter., 101.
Patras, loc., 113, 416.
Pau, loc., 335, 363.
Pavía (gen.), 245.
Pavía, loc., 174.
Pavón, 100.
Peary, 318, 351.
Pechaver, loc., 297.
Pedro de Braganza, 110.
Pedro de Calabria, 421.
Pedro I, Rusia, 118, 381, 485.
Peguy (Ch.), 431.
Pehang, río y ter., 192.
Pei-ho, río, 184, 536, 538.
Pei-kiang, río, 183.
Pekin, loc., 171, 177, 189, 197, 299, 534, 538, 545.
Pelusa, loc., 381.
Pelves, loc., 379.
Pelvoux, monte, 333.
Pelletán (Eugenio), 270.
Pembroke, ter., 125.
Penck, 316.
Pendjab, ter., 151, 193, 297.
Península de Kola, 351.
Península de los Balkanes, *véase* Balkania.
Península hindu, *véase* India.
Península ibérica, italiana, *véase* España é Italia.
Península Malaya, 189, 190.
Penn (William), 200.
Pennsylvania, ter., 214, 221, 224, 230.
Penzance, loc., 369.
Pequeñas Rusias, 496.
Pequeños Rusos, 481, 482, 497.
Pequeño San Bernardo, coll., 333, 334.
Perak, loc. y río, 189, 191, 192.
Perejil, isla, 95, 99.
Perekop, loc., 169, 524.
Pericles, 342.
Perim, isla, 516.
Perm, loc., 483, 530.
Pernambuco, loc., 203.
Perou, ter., 101.

Perpignan, loc., 335.
Perrot (Geor.), 420.
Perry (Commodoro), 185, 186.
Persas, 518, 520, 522.
Persia, ter., 284, 297, 500, 506, 514, 515, 517, 518, 520, 523, 524, 536.
Pérsico, *véase* Golfo Pérsico.
Peruanos, 108.
Pescadores, islas, 546.
Peschiera, loc , 174.
Pest, *véase* Budapest.
Pestel, 117, 119.
Petchili, ter., golfo y estr., 177, 532, 538, 539.
Petchora, río, 483.
Petersburgo, *véase* San Petersburgo.
Petersburgo, loc. de América, 230.
Petit Bel, estr., 463.
Petitot, 351.
Petit Trianon, 15.
Petrovaradin, loc., 142, 147.
Phanar en Constantinopla, 111.
Philippson, 418.
Piamonte, ter., 122, 256, 334, 343, 418.
Piamonteses, 197, 198.
Piave, río, 174.
Pieles Rojas, 446.
Pinang, isla, 189, 192.
Pindo, monte, 416.
Pingrey (D.), 304.
Pío IX, papa, 141, 150, 257
Pío VI, papa, 15.
Pireo, loc , 381.
Pirineos, montes, 28, 36, 222, 260, 331, 338, 360, 443.
Pisany, loc , 362.
Pittard (E.), 496
Pittsburgo, loc., 386, 392.
Pi y Margall (Fr.), 275.
Planpinet, *véase* Echelles.
Platea, loc., 342.
Platón, 402.
Plevna, loc., 245, 282.
Plouvain, loc., 379.
Plymouth, loc., 369.
Pnom-penh, loc , 298.
Poey, 363.
Poitiers, loc., 45, 366.
Pola, loc., 343.
Polabos, 395, 466, 507.
Polacos, 96, 122, 141, 146, 248, 345, 347, 479, 481, 492, 494.
Polonia, ter., 82, 96, 118, 122, 140, 146, 149, 198, 345, 491, 492, 500.
Polo Norte, 318.
Polo Sud, 319.
Pontarlier, loc., 329.
Pontificios, 174.
Pontvin, loc., 379.
Pope (Alej.), 224.
Po, río, 65, 67, 68, 174, 329, 333, 343, 366.
Port-Arthur, loc., 171, 246, 299, 488, 533, 538, 539, 545.
Porteños, 105.
Portequenne, loc., 379.
Port-Said, loc., 253, 309.
Portsmouth, loc., 365.
Port-Sunlight, loc., 394.
Portugal, ter., 69, 82, 110, 124, 214, 288, 289, 290, 316, 424, 427.
Portugueses, 110, 111.
Posen, loc., 481.
Potanin, 526.
Potencia del Canadá, 133.
Potomac, río, 198, 212, 224, 231.
Potosí, loc., 372.
Potsdam, loc., 457.
Pouilles, ter., 422.
Pourtalet, coll., 335.
Poyang-hu, lago, 179, 183.
Poznanie, ter., 345.
Poznanios, Polacos de Alemania, 468.
Praga, loc., 141, 146, 147, 148, 345, 395, 481.
Preguillac, loc., 362.
Presburgo, loc., 79.
Preston, loc., 365.
Pretoria, loc., 285.
Principados danubianos, 169.
Prometeo, 500.
Proudhon, 166, 275.
Provenza, ter., 145, 396, 442
Provincias vascas, 222.
Prusia, ter., 44, 66, 89, 94, 122, 142, 144 á 147, 149, 175, 198, 244, 255, 256, 257, 259, 264, 345, 458.
Prusianos, 78, 244, 264, 442.
Prut, río, 283.
Pskov, loc., 490.
Ptolomeos, 74, 252.
Puaux (René), 494.
Puebla, loc., 235.
Puerta, 306.
Puerta de Oro, estr., 375.
Puerto Alegre, loc., 355.
Puerto Bello, loc., 381.
Puerto Cabello, loc., 108.
Puerto Nuevo, loc., 285.
Puerto-Príncipe, loc., 75.
Puerto Rico, isla, 101, 108, 278, 303, 304.
Puigcerdá, loc., 335.
Punta Barrow, cabo, 351.
Punta Leona, cabo, 95.
Punta Marroquí, cabo, 95.
Punta Pescade, cabo, 129.
Punta Reyes, cabo, 375.
Puntis, 182.
Puymorens, coll., 335.

Q

Quarnero, rada, 343.
Queensland, ter., 352.
Queenstown, loc., 369.
Quercy, ter., 438.
Querétaro, loc., 237.
Quesnoy-sur-Deule, loc., 387.
Quiberon, península, 45, 435.
Quichuas, 107.
Quiery-le-Motte, loc., 379.
Quillard (Pierre), 410, 503.
Quito, loc , 101, 103.

R

Rabat, loc., 295.
Racine, 138.
Radetzky (gen.), 141.
Radjputas, 174.
Radnor, loc., 125.
Ragusa, loc. de Sicilia, 419.
Raietchich, 148.
Raimbeaucourt, loc., 379.
Rambouillet, loc., 120.
Ramsay (W. M.), 506.
Rangoon, loc., 298.
Rappahanock, río, 231.
Rapperswyl, loc., 65.
Raskolniki, 505.
Rastadt, loc., 142, 147.
Ratzel (Fr.), 88, 262.
Ravenstein, 354.

Rayas, 502.
Recht, loc., 517.
Reclus (Elías), 351.
Regamey (Félix), 548.
Reggio, loc., 174, 175, 421.
Regiones polares, 315 á 319.
Reichshoffen, loc., 267.
Reims, loc., 47, 267, 279.
Reino Unido, ter., 341, 374.
Ré, isla, 45.
Rennes, loc., 22, 23, 45, 264.
República americana, *véase* Estados Unidos.
República bátava, 67.
República cisalpina, ligura, partenopea, 67, 68.
República cispadana, 67.
República de Cracovia, 146.
República de Venecia, 67.
República española, 222.
República francesa, 67.
República helvética, *véase* Suiza.
República italiana, 67.
República mejicana, 235, 236.
República romana, 67, 68.
Retaud, loc., 362.
Reunión, isla, 428.
Reveillon, 22.
Revillagigedo, isla, 101.
Rey de Roma, 80.
Reykiavik, loc., 363.
Rezonville, loc. 244.
Rhiga Constantino, 113.
Rhin, río, 47, 64, 65, 68, 70, 84, 260, 329, 455, 465.
Riazan, loc., 491.
Ricchieri (G.), 353.
Richelieu, 137.
Richmond, loc. de América, 198, 221, 224, 230, 231, 368.
Riego, 81, 97.
Rif, ter., 295.
Riga, loc., 345, 490, 493.
Rila, monasterio, 415.
Río Bravo del Norte, 102.
Río de Aconcagua, 107.
Río de Choapa, 107.
Río de Janeiro, loc., 101, 203, 391.
Río de la Plata, 102, 355.
Río de Oro, ter., 285.
Río Grande del Norte, río, 237.
Río Grande do Sul, ter., 355.
Riom, loc., 67.
Río Maipo, río, 107.
Río Mendoza, río, 107.
Rion, río, 495, 498.
Río San Juan, río, 107.
Rioux, loc., 362.
Ripoll, loc., 335.
Riuw, isla, 189.
Riviera del Tessino, ter., 65.
Rixdorf, loc., 365.
Roanne, loc., 329.
Robespierre, 10, 40, 79.
Roca, cabo, 425.
Rochambeau, 74.
Roclincourt, loc., 379.
Rocosas, montañas, 103, 251.
Rocourt, loc., 47.
Ródano, río, 17, 65, 174, 329, 333, 370, 371, 372.
Rodas, isla, 113.
Rœux, loc., 379.
Roinachvili, 501.
Rokan, río, 189.
Rokugogava, río, 549.
Rolando, 494.
Roma, loc., 60, 67, 68, 80, 81, 89, 94, 142, 143, 150, 173 á 175, 245, 246, 247, 257, 334, 345, 374, 409, 422, 423, 452.
Romanche, río, 21, 23.
Romanos, 374, 433, 453.
Romford, loc., 323.
Romme (Ch. G.), 58, 61, 119.
Romny, loc., 491.
Roncal, valle, 340.
Roncq, loc., 387.
Ronda, loc., 95.
Rontignan, loc., 363.
Roos, loc., 379.
Rosette, loc., 73.
Rosny (León de), 540.
Rosolini, loc., 419.
Ross (James), 134.
Rostov, loc., 490, 491.
Rotterdam, loc., 47, 341, 345, 365, 465.
Roubaix, loc., 365, 384, 387.
Rouire, 131, 132.
Rousseau (J. J), 358.
Rouvroy, loc., 379.
Roux (Jacques), 53.
Rovigo, loc., 129.
Ruan, loc., 267, 279, 366.
Ruckert, 260.
Rudolf, lago, 291.
Ruffec, loc., 366.
Ruhr, río, 145.
Ruiz, 100.
Rumanía, ter., 113, 114, 284, 413.
Rumanos, 141, 282, 347, 468, 507.
Rumelia, ter., 246, 283, 284, 413.
Rummel, río, 131.
Rupel, río, 373.
Rusia, ter., 81, 92, 94, 96, 115, 117, 119, 132, 169, 176, 185, 197, 199, 220, 239, 241 á 243, 282, 284, 297, 301, 306, 308, 318, 345, 346, 412, 422, 430, 467, 473, 475, 480, 481, 482, 483, 484, 486, 487, 490, 491, 495, 498 á 502, 504, 506, 507, 509, 510, 513, 515, 522, 524 á 527, 529, 530, 533, 536, 537.
Ruskin (John), 358.
Rusos, 96, 118, 141, 216, 244, 245, 248, 255, 282, 284, 301, 352, 404, 482, 484, 492, 493, 495, 498, 499, 504, 507, 509, 514, 515, 516, 525 á 528, 533.
Ruthenos, 146, 468, 481, 482, 492.
Rutland, ter., 125.
Ryleif, 119.
Ryswik, loc., 75.

S

Saane, río, 65.
Saar-Union, loc., 47.
Sabine, 134.
Sabinos, 353.
Saboya, ter., 65, 245, 334, 432.
Sacramento, río, 375.
Sado, río, 425.
Sadowa, loc., 244, 247, 255.
Safi, loc., 295.
Sagami, cabo, 549.
Sahara, ter., 295, 316, 401, 431, 442, 448, 449, 454.
Sahel, ter., 129, 131, 447.
Saigon, loc., 190, 298, 538.
Sailly en Ostrevent, 379.
Saint Amand, loc., 329.
Saint Amour, loc., 329.
Saint André, loc., 362.

Saint Bernard, monte, 329.
Saint Claude, loc., 16, 17, 18, 329.
Saint Denis, loc., 269.
Saint Domingue, 11, 31, 76, 79, 80, 84, 126
Saint Etienne, loc., 279, 329.
Saint Faust, loc., 363.
Saint Florent, loc., 45.
Saint Florentin, loc, 329.
Saint Gall, loc., 64, 65.
Saint Germain du Seudre, loc., 362.
Saint Girons, loc., 335.
Saint Gothard, coll., 329, 333.
Saint Jean d'Acre, loc., 72.
Saint Jean de Luz, loc., 339.
Saint Laurent Grandvaux, 17.
Saint Laurent, loc., 379.
Saint Leger, loc., 362.
Saint Malo, loc., 10, 45, 339.
Saint Michel de Aiguilhe, en el Puy, 435.
Saint Nazaire, loc., 369.
Saint Nicolas, loc., 373.
Saint Pablo de Loanda, loc., 285.
Saint Palais, loc., 362.
Saint Privat, loc., 244, 267.
Saint Quantin, loc., 362.
Saint Romain, loc., 362.
Saint Seurin, loc., 362.
Saint Simón de Pellouaille, loc, 362.
Sainte Gertrude, loc., 362.
Saison, río, 37.
Sajonia, ter., 147, 455.
Sajonia-Weimar, ter., 141.
Sajones, 92, 145.
Sakhalin, isla, 171.
Sakura, loc., 549.
Salamina, loc., 342.
Salangor, ter., 192.
Salau, coll., 335.
Sala y Gómez, isla, 101.
Salford, loc., 365, 397.
Sallaumines, loc., 379.
Salm, loc. y ter., 47.
Salónica, loc., 283, 409.
Salta, loc., 81.
Saluen, río, 298.
Salvador, *véase* San Salvador.
Salzkammergut, ter., 328.
Samana, bahía, 75.
Samar, isla, 305.
Samara, loc., 483.
Samarkand, loc., 244, 297, 508, 510, 512, 517.
Samoa, isla, 301.
Samos, isla, 116, 413.
San Ambrosio, loc., 101.
Sandler (Ch.), 396.
San Félix, loc., 101.
San Francisco, loc., 185, 217, 375.
San Francisco, río, 203.
Sang-yang, loc., 545.
Sanlúcar, loc., 95.
San Luis, 166.
San Luis de Senegal, loc., 203, 285.
San Luis, loc. de América, 221.
San Marino, loc. y ter., 67.
San Martín, 105.
San Pablo, bahía, 375.
San Pedro, loc., 109
San Petersburgo, 89, 119, 339, 345, 468, 473, 474, 483. 486, 487, 490, 491.
San Quintín, 10, 53, 267.
San Rafael, loc., 375.
San Roque, cabo, 203.
San Salvador, ter., 101.
San Sebastián, loc., 335.
San Simón, 152.
San Stefano, loc., 245, 282.
Santa Elena, isla, 96, 203.
Santa Fe de Bogotá, loc., 101.
Santa Marta, loc., 109.
Santa Rusia, ter., 238, 402.
Santarem, loc., 425.
Santhonax, 79.
Santiago, loc., de Santo Domingo, 75.
Santiago de Chile, loc., 107.
Santiago de Cuba, loc., 304.
Santo Domingo, loc., 31, 75, 76 á 79, 84, 126, 202.
San Vicente, isla, 352.
Saona, río, 47, 65, 329, 333.
Saoura, río, 295, 449.
Saratov, loc., 491.
Sargans, loc., 65.
Sarracenos, 420.
Sarthe, río, 45.
Saseno, loc., 113.
Saskatcheran, río, 506.
Sassenage, loc., 21.
Sassun, loc., 503.
Saumur, loc., 29, 45.
Sauvageon, loc., 363.
Savannah, 198, 208, 221, 230.
Save, río, 283, 343.
Savenay, loc., 45.
Savona, loc., 81, 333.
Sayan, montes, 531.
Scaligero, 60.
Scarne, río, 379.
Schaffouse, loc., 65.
Schiller, 10, 12.
Schlei, río, 463.
Schlesvig, loc. y ter., 141, 146, 463.
Schlettstadt, loc., 63.
Schlusselburg, loc., 490.
Schneider y C.ª, 377.
Schoneberg, loc., 365.
Schouwen, isla, 373.
Schweinfurt, 464.
Schwytz, loc. y ter., 65, 148.
Scilly, islas, 369.
Scordia, loc., 419.
Scoresby, 134.
Scot (J.), 318.
Scott (Decat), 227.
Scott (Walter), 10.
Scranton, loc., 372.
Scutari, loc., 113.
Sebastopol, loc., 169, 197, 483.
Sebu, río, 295.
Sedán, loc, 264, 265, 267, 456.
Sefirud, río, 517.
Segonzac (de), 295, 296.
Seistán, ter., 515, 517, 524.
Selangor, ter., 189.
Seldjoucidas, 519.
Sellier (Paul), 19, 35, 42, 47, 173, 201, 207, 217, 261, 273, 305, 383, 385, 407, 537.
Semenovska, loc., 491.
Semersky, 239.
Seminolas, 353.
Semipalatinsk, loc., 531.
Semitas, 507.
Sempach, loc., 65.
Semur, río, 17.
Sena, río, 45, 47, 329, 465.
Sendre, río, 362.
Senegal, río y ter., 75, 203, 292, 431, 454.
Senne, río, 373, 469.
Sens, loc., 329.

Seoul, loc., *171*.
Septentrionales, 433.
Seraing, loc., 392.
Serajevo, loc., *283*, *481*.
Serrano (gen.), 258.
Serres, dos loc. dif., *363*.
Servia, ter., 245, *283*, 284, 332, 413.
Servios, 111, 148, *159*, 347, 414, 415, 468, 480, *481*, 482.
Sestia, río, *65*.
Setif, loc., 448, *449*.
Setti Communi, grupo de villas, 489.
Setubal, loc., *425*.
Seudre, río, *362*.
Sevenoaks, loc., *323*.
Sevre, río, *45*.
Shakespear's Cliff, 337.
Sheffield, loc., *365*.
Shenandoah, río, 112, *231*.
Sherman, 198, 230.
Shetlands del Sud, islas, *319*.
Shrewsbury, loc., *125*.
Shropshire, ter., *125*.
Siam, ter., 190, 297.
Siang-kiang, río, *183*.
Siang-yang, *545*.
Siberia, ter., 117, 239, 272, 296, 318, 325, 479, 499, 501, 508, 509, 529, 530, 532.
Siberianos, 529.
Sicilia, isla, 149, *175*, *419*, 420, *421*, 422.
Sicilianos, 261, 418.
Sículos, 418, 420.
Sidi-bel-Abbés, loc., 448, *449*.
Sidi-Ferruth, loc., 129.
Sierra Leona, ter., 204.
Sieyes, 12, 34.
Si-ho, río, 181.
Si-kiang, 182, *183*, *545*.
Sikhs, 151.
Si-ko-ku, *187*.
Silesia, ter., *147*.
Silistria, loc., 332.
Simferopol, loc., *147*, *491*.
Simón de Monfort, 433.
Simplón, coll., *329*, *333*, 334.
Sinaí, monte, *73*, 443.
Singapur, loc., *189*, 191.
Sión, *véase* Jerusalem.
Siracusa, loc., *419*.
Sir-daria, Iaxarte, río, *510*.
Siriacos, Sirios, 406.
Siria, ter., *73*, 405.
Siros, loc., *363*.
Sirtes, golfos, 453.
Sivaitas, 194.
Sivas, loc., 410, *503*.
Skobelev, 507, 525.
Smith (gen.), 305.
Smyrna, loc., *113*, 116, *283*, *409*.
Sochatchevski, 532.
Sofía, loc., *283*, *481*.
Sófocles, 402.
Solarino, loc., *419*.
Soleure, ter., *65*.
Solferino, loc., 174, 259.
Somalia, ter., *291*, 294.
Somalis, 516.
Somerset, ter., 124, *125*.
Sommier (Paul), 527.
Somport, coll., *335*.
Sonderbund, 143, 148.
Songkoi, río *298*.
Sorraia, río, *425*.
Sortino, loc., *419*.
Soubestre, ter., *37*.
Soudan, ter., *291*, 454.
Soule, río, *37*.
Souleiman el Magnífico, 413.
Souraje, loc., *491*.
Southampton, loc., *125*, *365*.
South Farallon, isla, *375*.
South Shields, loc., *365*.
Spartel, cabo, *95*, *295*.
Spartivento, cabo, *421*.
Spiez, loc., *329*.
Spire, loc., *63*.
Spitzberg, isla, *318*.
Spix (y Martius), 133.
Sporades, islas, *113*.
Spree, río, 464.
Stafford, loc., *125*.
Staines, loc., *323*.
Stamboul, *véase* Constantinopla.
Stanovoi, montes, *171*.
Statel (Mme. de), 90.
Stavodo, loc., *491*.
Stavropol, loc., *497*.
Stein, loc., *65*.
Stephenson, 81.
Stieler, 316.
Stockton, loc., 81.
Stor, río, *463*.
Stoundistas, 505.
Stralsund, loc., *89*.
Stuttgart, loc., 10, 141, *465*.
Styria, ter., *343*.
Sublime Puerta, ter., 112, 114, 253, 285, 430.
Sudistas, *véase* Confederados.
Sudán, ter., 431.
Suecia, ter., *345*, 403, 473, 475, *487*, 494.
Suess, 442.
Suez, loc, istmo y golfo, *73*, 74, 244, 247, *253*, 290, *409*, 516, 518.
Suffolk, ter., 11, 64, *65* á 67, 148, 149.
Sui-ting, loc., *535*.
Suiza, 244, *343*, *345*, 422, 465.
Suizos, 27, 28, 281, 402, 465, 477.
Suleimandagh, montes, *297*.
Sulina, loc., *283*.
Sumatra, isla, *189*.
Sumidagava, río, *549*.
Sumner, 209.
Sumter, fort., 224.
Sunderland, loc., *365*.
Sungari, río, *171*.
Suomis, *véase* Finlandeses.
Surbiton, loc., *323*.
Surrey, ter., *125*.
Suruga, golfo, *549*.
Sus, río, *295*.
Susquehanna, río, *231*.
Su-tcheu, loc., *183*.
Sutledj, río, *297*.
Svein Hedin, 527.
Svir, río, *483*.
Swansea, loc., *369*.
Swift (W.), 359.
Sylt, isla, *463*.
Szegedin, loc., *159*.
Szetchuen, ter., *183*, 534.

T

Tabor, monte, *73*, 74.
Tabris, loc., *517*.
Tachkent, loc., *253*, *510*, 512.
Tafilelt, ter., *295*.
Tafna, 131.
Taganrog, loc., *483*, *490*.
Tagliamento, río, *343*.
Taigeto, río, 417.
Tailhade (L.), 58.
Taine, 22.

Taipings, 143, 151, 182 á 184, 197, 199.
Tai-yuen, loc., *545*.
Tajo, río, 424, 425.
Takasaki, loc., *549*.
Taliches, *497*.
Taling-ho, río, *539*.
Talleyrand, 93.
Tamerlan, 252, 509.
Támesis, río, *323*, 374, 400.
Tamioutin, loc., *449*.
Tana, lago, *291*.
Tanganyika, lago, 290, 293.
Tánger, loc., 294, *295*, 296, *409*.
Tanzac, loc., *362*.
Taourirt, loc., *449*.
Tarbagatai, montes, *531*.
Tarbes, loc., *335*.
Tarifa, loc., 294.
Tarím, río, 527
Tarsacq, loc., *363*.
Tártaros, 118, 489, *497*, 507.
Tarudant, loc., *295*.
Tas, río, *531*.
Tasa, loc., *295*.
Tasmania, ter., 351, 352.
Tasmanios, 446.
Tates, *497*.
Tauride, ter., *169*.
Taurus, monte, 409, 411.
Taygeto, monte, 112.
Tchad, Tzadé, lago, 292, 293.
Tchang-mao, *véase* Taipings.
Tchang-tcheu, loc., *183*.
Tchefu, loc., *538*.
Tche-kiang, ter., *539*.
Tcheng-ting, loc., *545*.
Tcheng-tu, loc., *299*, 534, *535*, *545*.
Tcheques, 146, 468, 480, *481*, 482.
Tcherkesses, 352, 414, 479, 495, 496, *497*, 498.
Tcheremisses, 489, 527.
Tcherkesof (Warlam), 500.
Tchernigov, loc., *491*.
Tchesme, loc., *113*.
Tchetchenes, 352.
Tchili, *véase* Petchili.
Tching kiang, loc., *183*, *545*.
Tchita, loc., *171*.
Tchitral, ter., *297*.
Tchu, río, *510*.
Tchung-king, loc., *535*, *545*.
Tedchen, río, *517*.
Teherán, loc., *253*, 298, *510*, 513, 516, *517*, 524.
Tejas, ter., *221*.
Tell-el-Kebir, loc., 516.
Tende, coll., *333*, 334.
Tenes, loc., 441.
Tennessee, río, *221*, 232.
Tensift, río, *295*.
Terek, río, 495.
Termonde, loc., *373*.
Terneuzen, loc., *373*.
Terrien de la Couperie, 522.
Territorio de Commandement, 448.
Territorio de Obock, *291*.
Terror, volcán, *319*, 320.
Tesalia, ter., 112, 113, *283*, 416.
Tesino, río, *65*, *329*.
Tesson, loc., *362*.
Tetuán, loc., *295*.
Tetzner (F.), 395.
Thains, loc., *362*.
Thames, *véase* Támesis.
Thelus, loc., *379*.
Thenac, loc., *362*.
Theodosia, loc., *169*.
Thezac, loc., *362*.
Thielt, loc., 470.
Thiers, 245, 264.
Thierry (Aug.), 135.
Thiois, 470.
Tholen, isla, *373*.
Thomé de Gamond, 340.
Thouars, loc., *45*.
Thouret, 34.
Tian-chan, montes, *510*, 536.
Tíber, río, 174, 175.
Tibet, ter., 316, 479, 509, 527, 536.
Tien-tsin, loc., 184, *538*, *545*.
Tierra de Baffin, de Banks, de Ellesmere, de Grant, de Grinell, de North-Deron, de North-Lincoln, de North-Somerset, del Príncipe Alberto, del Príncipe de Gales, del rey Guillermo, de Wollaston, *133*, *319*, 320.
Tierra de Coats, de Enderby, de Graham, de Guillermo II, de Knox, de Kemp, del rey Eduardo, de Wilkes, *319*.
Tierra de Fuego, 352.
Tierra de Victoria, *319*, 320.
Tiflis, loc., *253*, 495, *497*, 501, *517*, 524.
Tigris, río, *503*, *517*.
Tilloy, loc., *379*.
Tilsitt, loc., 80, *89*.
Timassanin, loc., *449*.
Timimoun, loc., *449*.
Timit, loc., *295*.
Timsah, lago, 253.
Timur, 72.
Tinehs, 351.
Tiradentes, 74.
Tirol, ter., 357, *343*.
Tiroleses, 261.
Tisza, río, *159*, 283.
Tizi-ouzou, loc., 448, *449*.
Tlemcen, loc., *295*, 448, *449*.
Tobolsk, loc., *531*.
Toggenburg, loc., *65*.
Tokat, loc., *503*.
Tokio, loc., *171*, *187*, *549*.
Tolón, loc., *333*, 444, 451.
Tolosa, loc., *279*, *335*, 367.
Tolosanos, 337.
Tolstoi (León), 330.
Tomat, loc., *291*.
Tombuctu, loc., *285*, 454.
Tonegava, río, *549*.
Tonkin, ter., 183, 190, *298*, *299*, 431, 540.
Tornea, río, *487*.
Torquemada, 304.
Torres Vedras, loc., *89*, *425*.
Tortequenne, loc., *379*.
Tortuga, isla, *75*.
Tosa, coll., *335*.
Toscana, ter., 66, *174*, 420.
Toscanos, 140.
Touat, ter., 292.
Tougourt, loc., *449*.
Toul, loc., *47*.
Tourcoing, loc., 384, *387*.
Tourneppe, ter., *469*.
Tours, loc., *45*, *267*, 366.
Tracia, ter., 112.
Trafalgar, cabo, 88, *95*.
Trajano, 252.
Transcaucasia, ter., 239, 410, 479, 505.
Transalai, monte, 512.
Transiberiano, ferrocarril, 246, 422, 512.

Seoul, loc., 171.
Septentrionales, 433.
Seraing, loc., 392.
Serajevo, loc., 283, 481.
Serrano (gen.), 258.
Serres, dos loc. dif., 363.
Servia, ter., 245, 283, 284, 332, 413.
Servios, 111, 148, 159, 347, 414, 415, 468, 480, 481, 482.
Sestia, río, 65.
Setif, loc., 448, 449.
Setti Communi, grupo de villas, 489.
Setubal, loc., 425.
Seudre, río, 362.
Sevenoaks, loc., 323.
Sevre, río, 45.
Shakespear's Cliff, 337.
Sheffield, loc., 365.
Shenandoah, río, 112, 231.
Sherman, 198, 230.
Shetlands del Sud, islas, 319.
Shrewsbury, loc., 125.
Shropshire, ter., 125.
Siam, ter., 190, 297.
Siang-kiang, río, 183.
Siang-yang, 545.
Siberia, ter., 117, 239, 272, 296, 318, 325, 479, 499, 501, 508, 509, 529, 530, 532.
Siberianos, 529.
Sicilia, isla, 149, 175, 419, 420, 421, 422.
Sicilianos, 261, 418.
Sículos, 418, 420.
Sidi-bel-Abbés, loc., 448, 449.
Sidi-Ferruth, loc., 129.
Sierra Leona, ter., 204.
Sieyes, 12, 34.
Si-ho, río, 181.
Si-kiang, 182, 183, 545.
Sikhs, 151.
Si-ko-ku, 187.
Silesia, ter., 147.
Silistria, loc., 332.
Simferopol, loc., 147, 491.
Simón de Monfort, 433.
Simplón, coll., 329, 333, 334.
Sinaí, monte, 73, 443.
Singapur, loc., 189, 191.
Sión, *véase* Jerusalem.
Siracusa, loc., 419.
Sir-daria, Iaxarte, río, 510.
Siriacos, Sirios, 406.
Siria, ter., 73, 405.
Siros, loc., 363.
Sirtes, golfos, 453.
Sivaitas, 194.
Sivas, loc., 410, 503.
Skobelev, 507, 525.
Smith (gen.), 305.
Smyrna, loc., 113, 116, 283, 409.
Sochatchevski, 532.
Sofía, loc., 283, 481.
Sófocles, 402.
Solarino, loc., 419.
Soleure, ter., 65.
Solferino, loc., 174, 259.
Somalia, ter., 291, 294.
Somalis, 516.
Somerset, ter., 124, 125.
Sommier (Paul), 527.
Somport, coll., 335.
Sonderbund, 143, 148.
Songkoi, río 298.
Sorraia, río, 425.
Sortino, loc., 419.
Soubestre, ter., 37.
Soudan, ter., 291, 454.
Soule, río, 37.
Souleiman el Magnífico, 413.
Souraje, loc., 491.
Southampton, loc., 125, 365.
South Farallon, isla, 375.
South Shields, loc., 365.
Spartel, cabo, 95, 295.
Spartivento, cabo, 421.
Spiez, loc., 329.
Spire, loc., 63.
Spitzberg, isla, 318.
Spix (y Martius), 133.
Sporades, islas, 113.
Spree, río, 464.
Stafford, loc., 125.
Staines, loc., 323.
Stamboul, *véase* Constantinopla.
Stanovoi, montes, 171.
Statel (Mme. de), 90.
Stavodo, loc., 491.
Stavropol, loc., 497.
Stein, loc., 65.
Stephenson, 81.
Stieler, 316.
Stockton, loc., 81.
Stor, río, 463.
Stoundistas, 505.
Stralsund, loc., 89.
Stuttgart, loc., 10, 141, 465.
Styria, ter., 343.
Sublime Puerta, ter., 112, 114, 253, 285, 430.
Sudistas, *véase* Confederados.
Sudán, ter., 431.
Suecia, ter., 345, 403, 473, 475, 487, 494.
Suess, 442.
Suez, loc, istmo y golfo, 73, 74, 244, 247, 253, 290, 409, 516, 518.
Suffolk, ter., 11, 64, 65 á 67, 148, 149.
Sui-ting, loc, 535.
Suiza, 244, 343, 345, 422, 465.
Suizos, 27, 28, 281, 402, 465, 477.
Suleimandagh, montes, 297.
Sulina, loc, 283.
Sumatra, isla, 189.
Sumidagava, río, 549.
Sumner, 209.
Sumter, fort., 224.
Sunderland, loc., 365.
Sungari, río, 171.
Suomis, *véase* Finlandeses.
Surbiton, loc., 323.
Surrey, ter., 125.
Suruga, golfo, 549.
Sus, río, 295.
Susquehanna, río, 231.
Su-tcheu, loc., 183.
Sutledj, río, 297.
Svein Hedin, 527.
Svir, río, 483.
Swansea, loc., 369.
Swift (W.), 359.
Sylt, isla, 463.
Szegedin, loc., 159.
Szetchuen, ter., 183, 534.

T

Tabor, monte, 73, 74.
Tabris, loc., 517.
Tachkent, loc., 253, 510, 512.
Tafilelt, ter., 295.
Tafna, 131.
Taganrog, loc., 483, 490.
Tagliamento, río, 343.
Taigeto, río, 417.
Tailhade (L.), 58.
Taine, 22.

Taipings, 143, 151, 182 á 184, 197, 199.
Tai-yuen, loc., 545.
Tajo, río, 424, 425.
Takasaki, loc, 549.
Taliches, 497.
Taling-ho, río, 539.
Talleyrand, 93.
Tamerlan, 252, 509.
Támesis, río, 323, 374, 400.
Tamioutin, loc., 449.
Tana, lago, 291.
Tanganyika, lago, 290, 293.
Tánger, loc., 294, 295, 296, 409.
Tanzac, loc., 362.
Taourirt, loc., 449.
Tarbagatai, montes, 531.
Tarbes, loc., 335.
Tarifa, loc., 294.
Tarím, río, 527
Tarsacq, loc., 363.
Tártaros, 118, 489, 497, 507.
Tarudant, loc., 295.
Tas, río, 531.
Tasa, loc., 295.
Tasmania, ter., 351, 352.
Tasmanios, 446.
Tates, 497.
Tauride, ter., 169.
Taurus, monte, 409, 411.
Taygeto, monte, 112.
Tchad, Tzadé, lago, 292, 293.
Tchang-mao, *véase* **Taipings**.
Tchang-tcheu, loc., 183.
Tchefu, loc., 538.
Tche-kiang, ter, 539.
Tcheng-ting, loc., 545.
Tcheng-tu, loc., 299, 534, 535, 545.
Tcheques, 146, 468, 480, 481, 482.
Tcherkesses, 352, 414, 479, 495, 496, 497, 498.
Tcheremisses, 489, 527.
Tcherkesof (Warlam), 500.
Tchernigov, loc., 491.
Tchesme, loc., 113.
Tchetchenes, 352.
Tchili, *véase* Petchili.
Tching kiang, loc., 183, 545.
Tchita, loc., 171.
Tchitral, ter., 297.
Tchu, río, 510.
Tchung-king, loc., 535, 545.
Tedchen, río, 517.
Teherán, loc., 253, 298, 510, 513, 516, 517, 524.
Tejas, ter., 221.
Tell-el-Kebir, loc., 516.
Tende, coll., 333, 334.
Tenes, loc., 441.
Tennessee, río, 221, 232.
Tensift, río, 295.
Terek, río, 495.
Termonde, loc., 373.
Terneuzen, loc., 373.
Terrien de la Couperie, 522.
Territorio de Commandement, 448.
Territorio de Obock, 291.
Terror, volcán, 319, 320.
Tesalia, ter., 112, 113, 283, 416.
Tesino, río, 65, 329.
Tesson, loc., 362.
Tetuán, loc., 295.
Tetzner (F.), 395.
Thains, loc., 362.
Thames, *véase* Támesis.
Thelus, loc., 379.
Thenac, loc., 362.
Theodosia, loc., 169.
Thezac, loc., 362.
Thielt, loc., 470.
Thiers, 245, 264.
Thierry (Aug.), 135.
Thiois, 470.
Tholen, isla, 373.
Thomé de Gamond, 340.
Thouars, loc., 45
Thouret, 34.
Tian-chan, montes, 510, 536.
Tíber, río, 174, 175.
Tibet, ter., 316, 479, 509, 527, 536.
Tien-tsin, loc, 184, 538, 545.
Tierra de Baffin, de Banks, de Ellesmere, de Grant, de Grinell, de North-Deron, de North-Lincoln, de North-Somerset, del Príncipe Alberto, del Príncipe de Gales, del rey Guillermo, de Wollaston, 133, 319, 320.
Tierra de Coats, de Enderby, de Graham, de Guillermo II, de Knox, de Kemp, del rey Eduardo, de Wilkes, 319.
Tierra de Fuego, 352.
Tierra de Victoria, 319, 320.
Tiflis, loc., 253, 495, 497, 501, 517, 524.
Tigris, río, 503, 517.
Tilloy, loc., 379.
Tilsitt, loc., 80, 89.
Timassanin, loc., 449.
Timimoun, loc., 449.
Timit, loc., 295.
Timsah, lago, 253.
Timur, 72.
Tinehs, 351.
Tiradentes, 74.
Tirol, ter., 357, 343.
Tiroleses, 261.
Tisza, río, 159, 283.
Tizi-ouzou, loc., 448, 449.
Tlemcen, loc., 295, 448, 449.
Tobolsk, loc., 531.
Toggenburg, loc., 65.
Tokat, loc., 503.
Tokio, loc., 171, 187, 549.
Tolón, loc., 333, 444, 451.
Tolosa, loc, 279, 335, 367.
Tolosanos, 337.
Tolstoi (León), 330.
Tomat, loc., 291.
Tombuctu, loc., 285, 454.
Tonegava, río, 549.
Tonkin, ter., 183, 190, 298, 299, 431, 540.
Tornea, río, 487.
Torquemada, 304.
Torres Vedras, loc., 89, 425.
Tortequenne, loc., 379.
Tortuga, isla, 75.
Tosa, coll., 335.
Toscana, ter., 66, 174, 420.
Toscanos, 140.
Touat, ter., 292.
Tougourt, loc., 449.
Toul, loc., 47.
Tourcoing, loc, 384, 387.
Tourneppe, ter., 469.
Tours, loc., 45, 267, 366.
Tracia, ter., 112.
Trafalgar, cabo, 88, 95.
Trajano, 252.
Transcaucasia, ter., 239, 410, 479, 505.
Transalai, monte, 512.
Transiberiano, ferrocarril, 246, 422, 512.

Transilvania, ter., 161, 281, 345.
Transoder, ter., 147.
Transoxiana, ter., 509.
Transvaal, ter., 341.
Trapani, loc., 421.
Tratchevski, 239.
Trave, río, 255.
Traversette, coll., 333.
Trebizonde, loc., 497, 503.
Trent, río, 124.
Trento, loc., 58, 343.
Trentino, ter., 342.
Tres Puntas, cabo, 203.
Treves, loc., 41, 47.
Trevise, loc., 343
Trieste, loc., 343, 345, 409, 466.
Tripolitana, ter., 294, 454.
Tripolitza, loc., 81, 114.
Trípoli, loc., 285, 409.
Trocadero, loc., 81, 95.
Tromso, loc., 487.
Troyes, loc., 47, 267.
Tsangbo, río, 316.
Tsarograd, *véase* Constantinopla.
Tsi-nan, loc., 545.
Tsing-ling, montes, 535.
Tsung-Ming, isla, 354, 355.
Tsu-Sima, isla, 187.
Tuaregs, 454.
Tucídides, 402.
Tugendbund, 96.
Túnez, loc. y ter., 245, 285, 292, 409, 421, 422, 443, 448, 449, 451, 453, 454.
Tung-ting, loc., 183.
Tunguska, río, 531.
Tupuc Amaru, 74.
Tupungato, monte, 107.
Turán, ter., 509.
Turcomanos, 525.
Turcos, 82, 111, 112, 132, 140, 282, 352, 414, 415, 417, 497, 502, 514, 520
Turgovia, ter., 65.
Turgot, 18.
Turín, loc., 41, 65, 67, 147, 329, 333, 334, 367, 418, 437.
Turkestán, Turkmenia, ter., 245, 297, 419, 506, 509, 510, 523.
Turkmenos, 507, 511 á 513.
Turner (John), 10.
Turquan (Victor), 437.
Turquía, ter., 82, 89, 132, 284, 295, 309, 409, 413, 414, 416, 482, 496, 500, 502, 504, 506, 518.
Tzade, *véase* Tchad.
Tzaritsin, loc., 368.

U

Udaipur, loc., 193.
Udina, loc., 343.
Uganda, ter., 291.
Ulm, loc., 89.
Uman, loc., 491.
Uniates, Griegos unidos, 406.
Unionistas, *véase* **Federales.**
Unkiar Skalessi, loc., 140.
Unterwald, ter., 65. 148.
Upsala, loc., 487.
Ural, monte y río, 483, 509, 510, 527, 529, 530
Uralo-Altainos, 507.
Uri, ter., 65, 148.
Uruguay, río y ter., 355.
Usola, loc., 533.
Utrecht, loc., 338.
Utznach, loc., 65.
Uxbridge, loc., 323.
Uzein, loc., 363.
Uzos, loc., 363.

V

Vacz, loc., 142, 147.
Válacos, 116, 415.
Valais, ter., 64, 65, 148.
Valaquia, ter., 81, 111, 283.
Valée (mar.), 131.
Valencia, loc. de España, 248.
Valence, loc., 333.
Valenciennes, loc., 47.
Valengin, ter., 64, 65.
Valentia, loc., 369.
Valles de los Pirineos, Aspe, Baigorry, Baretous, Baztán, Val Carlos, Ossau Osses, 37.
Valle Hermoso, 106.
Vallorbes, loc., 329.
Val Maggia, Val Moutiers, 65.
Valmy, loc., 9, 47.
Valparaíso, loc., 101, 107.
Valserina, ter., 17, 65.
Vambery (Arminius), 509, 513, 515, 520.
Van, loc., 410, 411, 503, 504.
Vándalos, 453.
Vandervelde (Emilio), 393.
Vannes, loc., 45.
Vardar, río, 113, 283.
Vardo, loc., 486, 487.
Varennes, loc., 9, 41, 47.
Varlat, 53.
Varlín, 270.
Varsay, loc., 362.
Varsovia, loc., 67, 89. 345, 481, 483, 490.
Vascos, 261, 331.
Vaticano en Roma, 257.
Vauban, 384.
Vaude, ter , 64, 65.
Vaugondy (Rob. de), 34.
Vendeanos, 45.
Vendee, ter., 44, 45.
Vendome (Columna de), 271, 273.
Vendome, loc., 53.
Venecia, loc. y ter., 67, 69, 70, 142, 143, 150, 174, 244, 247, 256, 343, 372, 409, 418.
Venezuela, 81, 106, 108.
Vercelli, loc., 333.
Verdun, loc., 9, 47.
Verdy del Vernois (gen.), 442.
Vereschagin, 523.
Verkoiansk, loc., 171.
Verona, loc., 150, 174. 343.
Verrieres, loc., 267.
Versalles, loc., 9, 25, 29.
Vestfjord, 487.
Viborg, loc., 487.
Vicksburgo, loc., 221, 225, 229.
Víctor Manuel, 162, 172, 256.
Victoria, Inglaterra, 194.
Vidal de la Blache, 45.
Vieillenave, loc., 363.
Viena, loc. de Austria, 67, 81, 89, 93, 94, 112, 141, 146, 147, 244. 286, 345, 409, 465, 468, 481, 524.
Vienne, río, 45.
Vif, loc., 21.
Vilagos, loc., 142.
Vilaine, río, 45.
Villafranca, loc., 174.
Villars-en-Pons, loc., 362.

Villasmundo, loc., 419.
Villeneuve-Saint-Georges, loc., 269.
Villersexel, loc., 244, 267.
Villetard de Laguérie, 552.
Vilna, loc., 490.
Vimy, loc., 379.
Virginia, ter., 208, 221, 228, 231, 368.
Virginia City, 372.
Virginios, 208.
Virollet, loc., 362.
Viso, montes, 333.
Vistritza, río, 113.
Vístula, río, 146, 159, 465, 483, 490, 491.
Vitry en Artois, loc., 379.
Vivien de Saint-Martin, 316.
Vizcaya, ter., 97.
Vizille, loc., 21, 23.
Vizzini, loc., 419.
Vladikavkas, loc., 495, 497.
Vladivostok, loc., 171, 485, 532.
Vógulos, 489.
Vojustza, río, 113.
Volga, río, 368, 409, 483, 490, 491.
Volney, 32, 33.
Volta, río, 203.
Voltaire, 18.
Volturno, río, 175.
Voronege, loc., 491.

W

Wagner (Rich.), 158, 325.
Wagram, loc., 80, 88, 89.
Walcheren, isla, 373.
Wallfishbay, ter., 285.
Walonia, ter., 122, 470.
Walones, 121, 468, 470.
Wanstead, loc., 323.
Ward, 184.
Warwick (conde de), 328.
Warwick, loc., 125, 328.
Washington, loc., 221, 224, 231.
Washington, 304.
Wasselonne, loc., 63.
Waterford, loc., 369.
Waterloo, 93, 469.
Watford, loc., 323.
Wattignies, loc., 10, 47.
Wattrelos, loc., 387.
Weddell, 318.
Wei-hai-wei, loc., 246, 299, 539.
Wei-ho, río, 535.
Wellesley, ter., 189.
Wellington, 92.
Wendell Philipps, 209.
Wentworth Webster, 339.
Werdenberg, loc., 65.
Wervicq, loc., 387.
Weser, río, 145, 463, 465.
Wesley, 200.
Westham, loc., 323.
Westminster, en Londres, 304.
Westmoreland, ter., 125.
Westphalia, ter., 286.
Westphalianos, 145.
Wevelghem, loc., 387.
Wexford, loc., 369.
White Chapel, en Londres, 391.
Whydah, loc., 202, 203.
Wight, isla, 120.
Wilhemshaven, loc., 463.
Willerval, loc., 379.
William Lloyd Garrison, 209.
Wilmington, loc., 368, 370.
Wilton, loc., 125.
Wilts, ter., 124, 125.
Windhuik, loc., 285.
Windischgraetz, 160.
Winterthur, loc., 65.
Wisconsin, ter., 221.
Wissemburg, Weissenburg, 63.
Wolverhampton, loc., 365.
Wolwich, loc., 323.
Woeldford, loc., 323.
Worcester, loc., 125.
Wordsworth, 10.
Woyeikov, 353.
Wrangel, isla, 318.
Wurtemberg, ter., 63. 147.

Y

Yalou, río, 300.
Yankee, 302.
Yangtse-kiang, río, 179, 183, 299, 355, 534, 535, 545.
Yanina, loc., 283.
Yaroslav, loc., 491.
Yazgat, loc., 503.
Yedo, loc. y bahía, 549.
Yegorovsk, loc., 491.
Yekaterinoslav, loc., 490, 491.
Yelisabethgrad, loc., 490, 491.
Yemen, ter., 291.
Yeni-kaleh, loc., 169, 498.
Yenisei, río, 530, 531.
Yeso, isla, 525.
Yeu, isla, 45.
Yokohama, loc., 187, 549.
Yokosuka, loc., 549.
Yonne, río, 47.
York, loc. y ter., 125.
Yorkriver, río, 231.
Youriev, Dorpat, loc., 493
Ypsilanti (Alej.), 113.
Yuen-kiang, río, 183.
Yu-kiang, río, 183.
Yukon, río, 318.
Yungas de Bolivia, ter. 353.
Yung-ngan, loc., 183.
Yunnan, loc. y ter., 298 545.

Z

Zagreb, *véase*, Agram.
Zambeze, río, 290, 424.
Zante, isla, 113.
Zanzíbar, loc. é isla, 253, 285, 462.
Zarafchan, río, 297, 510.
Zaragoza, loc., 89 á 91, 335, 387.
Zassoulitch (Vera), 242.
Zeebrugge, loc., 373.
Zeeland, ter., 373.
Zeituniotas, 411.
Zeitun, loc., 411, 503.
Zell, loc., 63.
Zilleh, loc., 503.
Ziranes, 488.
Zlynka, loc., 491.
Zofingen, loc., 65.
Zola (Emilio), 432.
Zolotonocha, loc., 491.
Zug, loc., 65, 148.
Zurich, loc., 65, 329, 503.

LISTA DE LOS MAPAS

Núm.		Páginas
427	Saint-Claude y Ferney	17
428	Grenoble y Vizille	21
429	País y cantones del País Vasco y del Bearn	37
430	Teatro de la guerra de la Vendée	45
431	Las guerras de la Revolución	47
432	El 1.° Floreal en Alemania	57
433	El valle del Rhin poco antes de la Revolución	63
434	Suiza en 1795	65
435	Las repúblicas hermanas	67
436	Egipto y Siria de Bonaparte	73
437	Isla de Haiti	75
438	Imperio de Napoleón en 1811	89
439	Estrecho de Gibraltar	95
440	Imperio Hispano-Americano	101
441	Valparaíso y el Aconcagua	107
442	La Gran Grecia	113
443	La representación inglesa en 1832	125
444	El Sahel de Argel y la Mitidja	129
445	Archipiélago polar americano	133
446	Confederación germánica	147
447	Llanura de Hungría	159
448	Teatro de la guerra de Oriente	169
449	Rusia del Pacífico	171
450	Italia del Norte	174
451	Italia del Sud	175
452	China de los Tai-ping	183
453	Japón meridional	187
454	Estrecho de Malacca	189
455	Istmo entre América y África	203
456	Inmigración á los Estados Unidos de 1820 á 1905	213
457	País de origen de los inmigrantes en los Estados Unidos	215
458	Teatro de la guerra de Secesión	221
459	Las dos capitales de la guerra de Secesión	231
460	Los Indios y los Negros en los Estados Unidos	233
461	Rutas de Londres á Bombay	253
462	Francia invadida en 1871	267

Núm.		Páginas
463	Invasión de la filoxera	279
464	Disminución de Turquía durante el siglo xix	283
465	África recortada en posesiones europeas	285
466	La Abisinia independiente	291
467	El Marruecos del Sultán y el Bled es Siba	295
468	El Afghanistán independiente	297
469	Siam entre Barmania y Annam	298
470	La China y las Potencias	299
471	Unión postal universal	307
472	Estudio progresivo del globo: Papuasia y valle del Danubio	317
473	Región polar ártica	318
474	Región polar antártica	319
475	Londres y el género humano	323
476	Vías férreas entre Calais y Milán	329
477	Vías férreas de Marsella á Milán	333
478	Vías férreas de la Gironda al Ebro	335
479	Viajeros que atraviesan la Mancha y la frontera franco-belga	339
480	Italia irredenta	343
481	Área del Pangermanismo	345
482	Dos territorios de la misma población: Uruguay y Tsung-Ming	355
483	Ciudades normalmente espaciadas	362
484	Ciudades anormalmente espaciadas	363
485	Ciudades europeas á partir de 100,000 habitantes	365
486	Costa desierta	368
487	Costas con muchos puertos	369
488	Un puerto de estuario: Amberes y el Escalda	373
489	Un puerto de alta mar: San Francisco	375
490	Ciudades agrícolas é industriales	379
491	Lille, Roubaix, Tourcoing	387
492	Slums de Manchester y Salford	397
493	Barrios de New-York	399
494	Mediterráneo inglés	409
495	Municipios de Sicilia	419
496	Italia, Malta, Túnez	421
497	Lisboa y el Tajo	425
498	Aumento de la población francesa durante el siglo xix	437
499	Reparto de la población del África del Norte	448
500	Argelia, Túnez, Sahara	449
501	Océano Atlántico norte	460
502	— de New-York á Hamburgo	461
503	Costa alemana del mar del Norte	463
504	Vías navegables de Alemania	465
505	Bruselas y el límite de las lenguas	469
506	Eslavos exteriores	481

Núm.		Páginas
507	Vías navegables y principales ferrocarriles de Rusia	483
508	Pedúnculo escandinavo	487
509	Área de los Judíos de Rusia	490
510	Algunos lugares de pogromos recientes	491
511	Pueblos de Caucasia	497
512	Lugares donde han ocurrido matanzas en Armenia	503
513	Transcaspiana y Turkestán ruso	510
514	La Persia dividida	517
515	Siberia central	531
516	Provincia de Szetchuen	535
517	Pekin y el Mar Amarillo	538
518	Península de Liao-tung	539
519	Vías férreas de China	545
520	Yokohama y sus inmediaciones	549

Mapa suelto

Reparto de la población del Globo 385

ÍNDICE DE LAS MATERIAS

del Tomo V

LIBRO TERCERO: Historia Moderna

Capítulo XVI

LA REVOLUCIÓN

Páginas

Ideal de la Revolución. — La Reina y el Rey. — Ejército, clero, servidumbre. — Motines y rebeldías. — Convocatoria de los Estados Generales. El Juego de Pelota. — La Bastilla. — El 4 de Agosto. — Los Derechos del Hombre. — Francia y Europa. — El Terror. — Babœuf. — Renovación de la ciencia. — Calendario. — Repercusión de la Revolución: Países Bajos, Suiza, Italia. — Expedición de Egipto. — Santo Domingo. 11

Capítulo XVII

CONTRA - REVOLUCIÓN

Dieciocho Brumario. — Imperio francés. — Guerras europeas. — Restauración y reacción. — Intervención francesa en España. — Guerras de emancipación de las colonias españolas. — Brasil. — Independencia helénica. Dekabristas. — Julio de 1830. — Bélgica, Polonia, Italia, España, Inglaterra. — Abolición de la esclavitud. — Conquista de la Argelia. — Progresos materiales. — Romanticismo y clasicismo 83

Capítulo XVIII

LAS NACIONALIDADES

Revolución de 1848 en Francia y en Europa. — Sonderbund. — Socialismo y socialistas. — Jornadas de Junio. — Luchas en Alemania. — Insurrección húngara. — Sublevaciones en Milán, Venecia y Roma. — Imperio. Cuestión de Oriente. — Guerra de Italia. — La China y las potencias. Los Taipings. — Transformación del Japón. — La Europa en Indo-China. — Insurrección de los cipayos 143

Capítulo XIX

NEGROS Y MUJIKS

Páginas

Población de América. — Trata de los negros. — Educación de esclavos. Movimiento abolicionista. — Tentativa de John Brown. — Emigración de Europa á América. — Guerra de Secesión. — Emancipación de los negros. — Guerra de Méjico. — Doctrina de Monroe. — Abolición de la servidumbre en Rusia 199

Capítulo XX

INTERNACIONALES

Internacional obrera. — Canal de Suez. — Sadowa. — Unidad italiana. — Guerra franco-alemana. — España. — La Commune de París y el federalismo español. — Filoxera. — Guerra ruso-turca. — Tratado de Berlín. Expansión colonial. — Repartición de Africa. — Europa y Asia. — Guerra americano-española. — Sindicato de las naciones 247

LIBRO CUARTO: Historia Contemporánea

Capítulo I

POBLACIÓN DE LA TIERRA

Conocimiento científico del planeta. — Regiones polares. — Recuento de los hombres. — Colonización del Norte. — Patriotismo y odios nacionales. Fronteras llamadas naturales. — Nacionalidades. — Ganglios mundiales. Razas suprimidas. 315

Capítulo II

REPARTO DE LOS HOMBRES

Horror y esplendor de las ciudades. — Inmigración de los campesinos. — Reparto de las ciudades. — Red de etapas. — Crecimiento normal y anormal. — Originalidad de las ciudades. — Ciudades políticas, militares é industriales. — Organización urbana. — Higiene y arte. — Ciudades jardines 357

Capítulo III

LATINOS Y GERMANOS

Páginas

Vanidades nacionales. — Latinos. — Oriente mediterráneo. — El hombre enfermo. — Grecia. — Italia. — Península Ibérica. — Francia: sus colonias, el proceso Dreyfus, París y la Provincia. — Oligantropía. — Africa Menor. — Marruecos y Sahara. — Alemania: sus defensas marítimas, la navegación interior. — Austria-Hungría. — Bélgica. — Holanda. — Escandinavia 401

Capítulo IV

RUSOS Y ASIÁTICOS

Panslavismo. — Trabajo de concentración unitaria. — Kola. — Alófilos. — Judíos. — Polacos y Alemanes de las provincias bálticas. — Finlandeses. Tcherkesses, Georgianos y Armenios. — Doukhobortzi. — Rechazo de los Asiáticos. — Transcaspiana, Turkestán y estepas. — Irán é Iranios. Pamir, Tibet, Mongolia, Siberia. — Mandchuria. — China y Chinos. Japón y Japoneses. — Corea. 479

ÍNDICE ALFABÉTICO. 557
ÍNDICE DE LOS MAPAS 583
ÍNDICE DE LAS MATERIAS. 587

PAUTA

para la colocación de las láminas sueltas

	Páginas
Toma de las Tullerías (10 Agosto 1792)	41
El Monte Saint-Michel	85
Scilla y el Estrecho, vista tomada al Norte de Messina	177
Catarata del Zambeze. — Victoria Falls	289
El Congreso de Estudiantes en Lille	349
Toledo y el Tajo	425
El sol de media noche en Spitzberg	485
El derviche cuentista en Samarkand	525